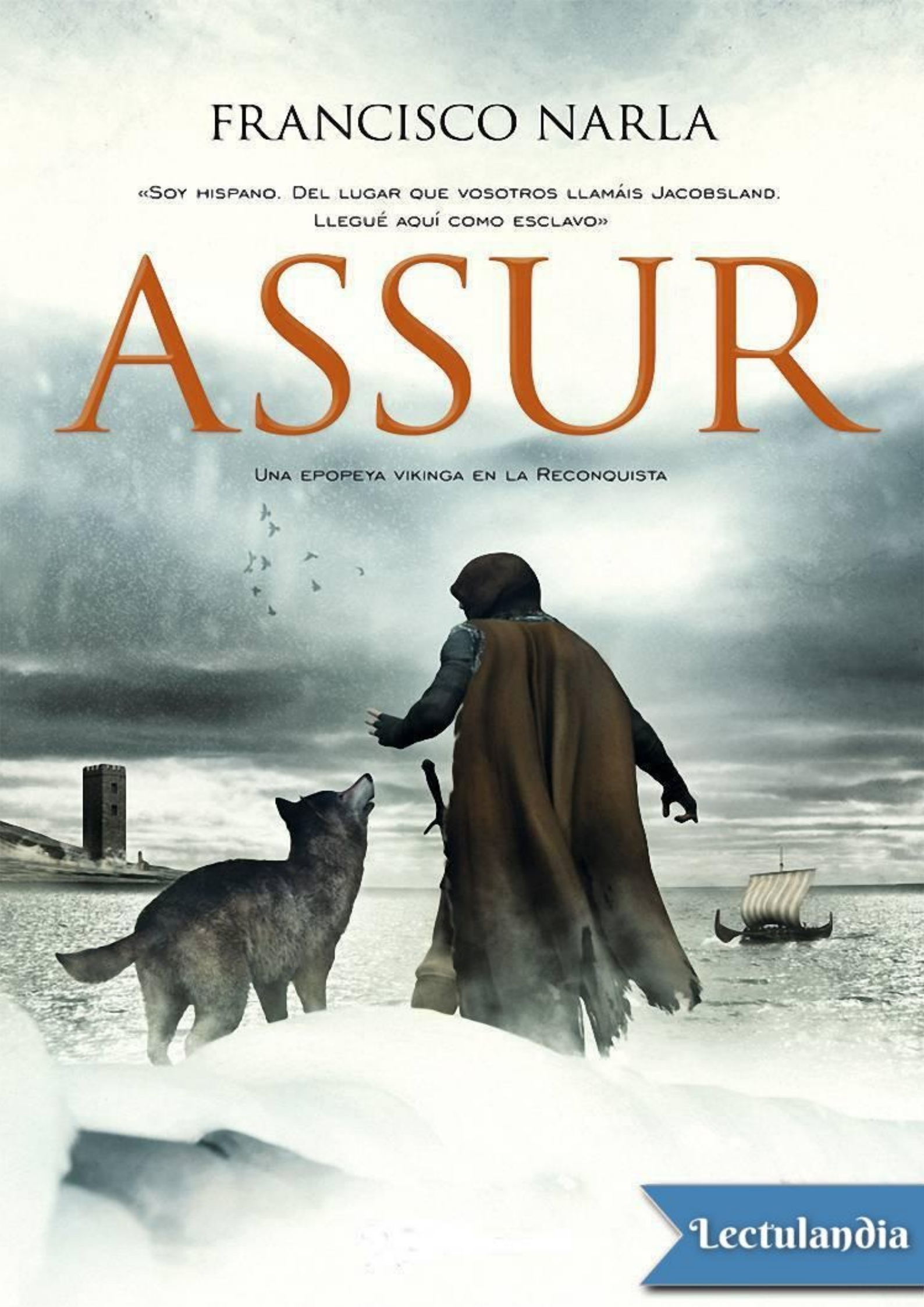
FRANCISCO NARLA

«Soy hispano. Del lugar que vosotros llamáis Jacobsland.
Llegué aquí como esclavo»

ASSUR

Una epopeya vikinga en la Reconquista



Lectulandia

Año del Señor 968. Atraídos por las riquezas de los reinos cristianos de la península ibérica, una flota de terribles guerreros nórdicos amenaza la floreciente Compostela, baluarte dela Iglesiay la corona. A su paso solo queda desolación. Y a medida que remontan los ríos con sus rápidos drekar, buscando su presa, tras ellos dejan aldeas devastadas y cenizas humeantes. Como Outeiro, el pequeño pueblo en el que vive Assur, un muchacho al que, después de la trágica muerte de sus padres, no le queda otra opción que refugiarse en la esperanza de reencontrar a sus hermanos, capturados por los terribles invasores.

Gutier de León, infanzón del conde Gonzalo Sánchez, se cruza en el camino del joven y lo acoge bajo su tutela. Así conoce a Jesse ben Benjamín, un bondadoso médico judío, y a Weland, un mercenario normando al servicio de los cristianos. Junto a ellos, Assur aprende todo lo necesario para encarar su destino: adquiere conocimientos de la ciencia de su tiempo y se adentra en el arte de la guerra. Sin embargo, cuando intenta rescatar a su hermano, en la gran batalla que se libra en el estrecho de Adóbrica contra los invasores norteños, es apresado y arrastrado hasta las heladas tierras de sus enemigos, donde tendrá que hacer uso de toda su voluntad y coraje para conseguir escapar.

Como esclavo fugado, Assur sobrevivirá convertido en ballenero, y la fortuna lo esquivará hasta que, como recompensa a una increíble hazaña, consigue enrolarse a bordo del navío que capitanea el renombrado Leif Eiriksson, hijo del fundador de las colonias de Groenland. Junto a él, Assur viajará hasta Vinland, la desconocida tierra de poniente, y habrá de sobrevivir a los más inesperados peligros. Assur será traicionado, sufrirá los más crudos inviernos, luchará por el amor de una mujer, se enfrentará a enemigos desconocidos, y buscará incansablemente a sus hermanos desaparecidos, pero, por encima de todo, mantendrá viva una única esperanza: el regreso.

Una épica y vibrante novela que narra, a través de un personaje inolvidable, los inéditos ataques normandos a la península ibérica en los tiempos dela Reconquista.

Lectulandia

Francisco Narla

Assur

ePUB v1.0
Mezki 03.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Assur*
Francisco Narla, junio-2012.
Diseño/retoque portada: Opalworks

Editor original: Mezki (v1.0)
ePub base v2.0

Para ella, mi linda niña, como siempre… He intentado llevar a estas páginas lo que tantas veces me habías pedido. Este es, más que ningún otro de mis anteriores cuentos, un relato para ti. Espero de corazón que esta historia llegue a ser tan especial como la que tú y yo vivimos juntos.

Para Tavi, que hiló fábulas para el niño que fui y que siempre me ha brindado una palabra de aliento. Tú nunca has dudado, gracias.

Para ti, viejo loco, nunca llegamos a entendernos, pero tú eres, en gran parte, responsable de estas páginas. Vivirás para siempre en tus magníficos cuadros. Seguro que ya te las has arreglado para pintar de brillantes colores todos los peces del mar del Norte.

Para Regueiro, que supo volver para comprender cuánto de Gutier hay en él. Gracias, maestro, encontré la respuesta al acertijo.

He aquí que hubo terribles augurios en la tierra de Northumbría que afligieron miserablemente a sus gentes; hubo grandes relámpagos y se vieron impetuosos dragones en el aire, y fueron seguidos por una gran hambruna, y después de eso, en ese mismo año, los paganos devastaron vilmente la iglesia de Dios en la isla de Lindisfarne mediante el saqueo y la carnicería.

Crónica anglosajona, *Anno Domini* 793

Esta novela, aunque inspirada en hechos reales, es solo eso, una novela. Y, aunque hay en ella mucho de verdad e historia, también hay partes donde solo mi imaginación podía servir de fuente, y otras en las que ella misma cobró vida y modeló la narración a su conveniencia. Ahora bien, he intentado ser riguroso en todos sus aspectos, no solo el histórico; de modo que, y vaya por adelantado, mis más sinceras disculpas por cualquier error que se me haya pasado por alto. De todos ellos soy enteramente responsable.

Por otro lado, para aquel que sienta inquietudes existen algunas referencias al final del texto.

Agradecimientos

Gracias a todos los historiadores, los bibliotecarios, los lingüistas, los escritores, los amigos… Son tantos los nombres que no habría modo de citarlos al completo. Gracias a todos los que me ayudaron a concluir la epopeya de Assur.

Gracias, querido lector, por darme esta oportunidad.

Gracias, querido librero, por prestarme atención.

Y gracias a mi familia, a toda, y muy especialmente a mi madre. Todos han luchado conmigo desde mi primera novela, ella más que nadie, infatigablemente.

PRÓLOGO:
EL MAR DEL NORTE

Entonces el Señor me dijo: procedente del norte, el mal se extenderá sobre todos los habitantes de la tierra.

Jeremías, 1:14



Los grandes hielos se habían derretido, las terribles ventiscas habían quedado atrás con la llegada de la primavera; ante el dragón tallado en la proa del ágil navío la enorme extensión del océano se abría en su inmenso azul profundo, lleno de misterios y criaturas míticas que amenazaban las pesadillas de los mejores marinos.

Desde la estilizada popa, al lado del fornido timonel, protegido con pieles de las frías gotas desprendidas por las rítmicas bogadas, Gunrød observaba orgulloso su armada de hombres temibles. El *jarl* estaba convencido de la superioridad de sus lobos; las armas estaban preparadas y los carpinteros habían trabajado a destajo para tener las naves listas; casi noventa. Ningún otro señor del norte había conseguido jamás reunir fuerza semejante, hombres de todos los rincones de las tierras del hielo habían acudido a su llamada; su arrojo y valentía, además de los éxitos de anteriores saqueos a las islas de Britania, lo habían convertido en una leyenda viva entre los suyos. Era la imagen del héroe amado por Thor a la que cantaban los escaldos en las *eddas*; su destino podía estar en manos de las *nornas*, sin embargo, sus hombres no lo dudaban, Gunrød era uno de los elegidos para la gloria. Era alto, incluso entre los suyos, tan fornido como para manejar una de las enormes espadas azuladas traídas desde las forjas al oriente de Miklagard, un arma excepcional con tal número de muertos bailando en las memorias de su filo que había acuñado ya leyendas propias. Su rostro, cubierto de viejas cicatrices que guardaban el germen de odios pasados, era origen de oscuras habladurías esparcidas por los mentideros y puertos de todo el norte. Muchos decían que era un antiguo *berserker*, un temible guerrero enloquecido que se había aupado hasta su posición de señor gracias a sangrientos duelos; en los combates jamás se quedaba atrás, dispuesto a ser el primero en dejarse llevar por las valquirias hasta el *Valhöll*. Algunos decían que su pelo y barba, de un fuerte rojo sanguinolento, lo delataban como hijo del astuto Loki, a medias dios a medias demonio; y otros decían que había sido escogido por el mismísimo Odín.

Mirara adonde mirara, los navíos de su pueblo lo rodeaban, había llegado el

momento. Había recibido los mensajes de su hombre en los mercados del sur, todo era propicio, y donde otros habían fracasado en el pasado él triunfaría, convertiría las habladurías en realidad. Conquistaría el reino de los blandos cristianos para gloria de sus hombres y sus tierras. Se haría con todas las riquezas imaginables que aquellos beatos acumulaban en sus templos, se convertiría en el rey único del norte y su recuerdo quedaría por siempre en los versos de las sagas.

Sus gélidos ojos estaban llenos de determinación, arrasaría Jacobsland.

LIBRO PRIMERO:
JACOBSLAND

A furare normannorun libera nos Domine
(De la furia de los hombres del norte, libéranos, Señor)

Plegaria altomedieval típica



Era un niño que cambiaría la historia de los hombres. Y, aunque él no lo sabía, el destino ya estaba buscando quien lo forjase.

El verano anunciaba su final con nuevos frescores en el alba, jirones de niebla se levantaban perezosos desde los vados del río, y Assur podía notar las primeras manchas pardas en las hojas de las ramas que colgaban sobre el agua. En el aire húmedo se adivinaba el rastro a hierba recién segada de algún campo cercano, y el muchacho intentaba que aquellos instantes de libertad durasen por siempre; ajeno a que su niñez iba a llegar, en un instante, a un final triste y doloroso.

Faltaban solo unos días para san Mateo, si continuaba sin llover habría que empezar con los duros trabajos de la zafra; y luego, labrar la tierra y sembrar el centeno para comenzar un nuevo ciclo. Sin embargo, por el momento, el niño podía permitirse holgazanear un poco; dejando al tiempo escurrirse lentamente mientras pastoreaba en la pradería, que, todavía húmeda de rocío, empezaba a amarillear anunciando el cambio de estación. Disfrutaba de su tan inusual mañana de asueto.

La noche anterior le había dicho a mamá que quizá fuese buena idea que él se encargase del ordeño de antes del amanecer. Calesa, así la habían llamado por capricho y empecinamiento de Ezequiel, el más pequeño de los hermanos, era la única vaca que había parido ese año, y estaba un poco inquieta esos días por culpa de un rasguño mal curado en una de las ubres. Pensando en ello, Assur había argüido que quizá los pequeños tendrían problemas para manejarla; además, había añadido, una vez almacenada la leche, lo más fácil era que él mismo siguiera ocupándose del ganado. Ella lo había mirado condescendiente, sabiendo lo que su hijo deseaba realmente: una oportunidad para entretenerse pescando truchas.

Las jornadas anteriores habían sido duras, levantando los postes de los almiares para recibir la hierba que habría de segarse en breve. Así que, fingiendo un recelo que no sentía y apretando el delantal entre sus manos enrojecidas, ella había permitido a Assur reemplazar a alguno de sus dos hermanos pequeños, que eran los que normalmente se encargaban de los trabajos menores, como atender el ganado o llevarlo a pastar.

La tolerancia serena que escondían los cansados ojos azules de mamá, según decía su padre los mismos que había heredado el propio Assur, le había permitido albergar la esperanza de llevar a casa unas cuantas pintonas del tranquilo y sinuoso Pambre. Una idea que lo henchía de infantil orgullo por contribuir como un adulto más a poner comida sobre la mesa. Eran cinco hermanos, demasiadas bocas para una familia que dependía en exclusiva de lo que la tierra y el escaso ganado tuviesen a bien regalar, por lo que cualquier aporte era siempre bienvenido. Se sentía ansioso y lleno de expectativas, con esa clase de esperanza que solo los niños saben crear, imaginando peleas interminables y peces enormes; y, lo que era todavía más importante, ya podía ver el gesto complacido de su padre ante las truchas recién fritas

en tocino. Tal y como a él le gustaban, rellenas con unas cuantas hojas de menta silvestre.

Con pasos jóvenes y elásticos Assur caminaba por entre la hierba alta de la orilla buscando saltamontes, aún inactivos por el frío nocturno. Furco, obediente y complacido, trotaba a su lado, echando de vez en cuando la cabeza hacia atrás, más pendiente del ganado de lo que lo estaba su pequeño amo. Las robustas vacas, entre rucias y pardas, con largos cuernos grisáceos en forma de lira, permanecían tranquilas, arrancando hatillos de hierba con sus dientes cuadrados, amansadas mientras el calor de la mañana no levantase a los tábanos y vigilando con alguna mirada de reojo los movimientos de sus pastores. Temerosas de recibir un mordisco en el corvejón si se alejaban demasiado.

Ya tenía la vara de sauce preparada y uno de sus dos únicos anzuelos bien atado en el cabo de la liña, con uno de aquellos complicados nudos que su hermano Sebastián le había enseñado entre pacientes resoplidos. Alternativamente miraba el cauce del río y la grama, buscando las suaves corrientes entre las ovas que servían de apostadero a las truchas, intentando descubrir algún insecto adormilado en los tallos. Era un tramo que conocía bien, pues no solo era una de las praderías de pastoreo más habituales, sino que también era un puesto perfecto para, en la primavera, sorprender patos con una piedra lanzada con rapidez.

Mechones de su pelo rubio se bamboleaban de un lado a otro acompañando sus gestos. Estaba tan concentrado que, cuando Furco gañó, se sobresaltó. Poco le faltó para terminar dándose un chapuzón.

El lobo se había dado la vuelta y corría ya hacia la niña, que descendía por la suave ladera. Las vacas se apartaron con trotes irregulares y miradas ansiosas, preocupadas por llegar a ser el centro de atención del animal. Assur sonrió complacido al distinguir a su hermana Ilduara, apenas un par de años menor que él y, como única niña, la preferida de su padre, Rodrigo. En realidad, la preferida de todos ellos, pues Ilduara resultaba ya una mujercita llena de buenas intenciones y dulce carácter, todo enmarcado en un rostro sereno de rasgos suaves en los que destacaba una nariz bien perfilada y una expresión siempre sonriente, con la que se ganaba el afecto inmediato de conocidos y extraños.

La niña traía sobre la cabeza una cesta de mimbre llena de ropa que, en comparación a su delgado cuerpecillo, aparecía enorme a los ojos de su hermano. Furco, que aún no había dejado atrás el asunto de ser un cachorro, ya brincaba de un lado a otro de la muchacha, entorpeciéndole el caminar, a lo que Ilduara respondía con risas nerviosas y complacidas.

Un año antes, cuando Assur había pasado ya su duodécimo invierno, uno de los terneros recién nacidos había aparecido muerto en otro de los páramos que usaban para el ganado, uno sito más al sur, cerca del Ulla, el gran río que limitaba las

posesiones del condado de Présaras. Había sido una triste noticia y Rodrigo, su padre, había tardado tres días en conseguir matar a la bestia que había diezmado la exigua ganadería, poniendo en peligro la supervivencia de toda la familia para el invierno, pues pagados los arreldes de carne debidos al sayón del conde, la resta a mayores del valioso ternero comprometía seriamente las reservas. Assur, curioso e inquieto, había querido acompañar a su padre a revisar los lazos instalados a lo largo de los pasos entre zarzales y jaras. Cuando descubrieron a la loba, ya fría, el niño había razonado que, entrada como estaba la primavera, era muy posible que en algún lugar de los montes colindantes se escondiera una lobera con camada. Le costó otros tres días dar con la guarida, además de un mal encuentro con una nerviosa jabalina y sus jabatos listados, que aparecieron de improviso en una vereda cerca del Pambre mientras el niño se tomaba un descanso. Pero el esfuerzo mereció la pena y, tras escarbar ansioso con sus propias manos, había hallado su recompensa. Acurrucado, gimiendo de frío y hambre, se movía inquieto el único de los lobeznos que quedaba.

Assur había tenido que pasar aquellas dos noches fuera y, cuando por fin había conseguido regresar con el cachorro envuelto en su camisola de lana, lleno de arañazos de las zarzas, con los calzones rotos y tierra hasta detrás de las orejas, se había llevado una tunda memorable. En otras circunstancias Rodrigo hubiera podido apreciar el orgullo de su hijo ante semejante hazaña, pero tanto él como su mujer habían estado enfermos de preocupación, y el logro del muchacho no les restó nada del amargor que se les había instalado tras el paladar. Los últimos años habían sido tranquilos, aunque siempre existía el peligro de que los moros apareciesen en el horizonte en una de sus frecuentes aceifas, o, peor aún, que los temibles hombres del norte surgiesen del río para arrasar cuanto encontraban a su paso.

Las cosechas habían sido escasas y las inestables fronteras del valle del Duero, al sur de las montañas que miraban al mar, hacían que muchos hablaran de aquel año de nuestro Señor de 968 como un año de miserias seguras. Era el segundo en el trono del rey niño, Ramiro III. Y, para gran parte de los lugareños, la coronación del chicuelo había sido premonitoria de grandes catástrofes, pues, a pesar de llevar el nombre de su amado abuelo, el joven rey no era más que un títere en las manos de la verdadera gobernante del reino, su tía, la monja Elvira; una mujer tan indecisa como implacable que actuaba como regente gracias al sustento del clero y a la escasa y controvertida ayuda que obtenía con el pusilánime apoyo de la madre del rey niño, una viuda absorta en su carrera eclesiástica en la antigua capital, Oviedo.

Los inviernos habían sido fríos y las heladas tardías habían resultado devastadoras, para muchos el tiempo era propicio para que el milenio llegase antes de tiempo. Algunos incluso esperaban que el arrebatamiento del Señor se avecinase por fin, llevándoselos a todos al reino de los cielos. Y las brujas que tanto había perseguido años ha el rey Casto, Alfonso, parecían haber resurgido de entre las

piedras, ofreciendo curas y pócimas, o adivinando el futuro en la cera cuajada en baldes de agua fría. Así lo atestiguaban los eventuales peregrinos que se aventuraban a cruzar aquellos montes interiores de la antigua Gallaecia romana para venerar las reliquias de Santiago el Mayor, allá, hacia el oeste, siguiendo el curso del Ulla y llegando al puerto de Iria Flavia. Desde allí, en menos de un día de marcha hacia el norte podía llegarse hasta el *Locus Sancti Jacobi* en el que aquel mismo rey casto había mandado construir, más de cien años antes y con el beneplácito del mismísimo santo padre de Roma, un templo apropiado a tan magno descubrimiento. Lo que había supuesto, con Jerusalén en manos infieles, que las tierras en las que se habían instalado los bisabuelos de Assur se convirtieran en una de las vías de paso más importantes del mundo conocido. Y, como consecuencia, en un apetitoso reducto que albergaba ofrendas y oro abundante, lo que no solo suponía orgullo y satisfacción para obispos y prelados, sino también un objetivo goloso para todo aquel con voluntad para reunir un grupo de violentos facinerosos con ansias de volverse ricos.

Sin embargo, Assur no había llegado a pensar en ningún momento en las temibles historias de muerte y destrucción que llegaban desde los mares del norte, más allá de las montañas, o desde Córdoba, más allá de los valles. Él solo había sabido preocuparse de cómo alimentar y educar al lobezno. Lo que no había conseguido más que en parte, pues el animal seguía mostrando habitualmente su carácter salvaje, y parecía obedecer únicamente a Assur. Y, aunque siempre respetaba a los niños más pequeños, no permitía jamás que un adulto le acercase una mano cariñosa.

Ahora, Furco recibía con su habitual inquietud a la pequeña Ilduara, que ya estaba a tiro de piedra.

—¡Te traigo pan y queso! —exclamó la niña con una sonrisa que se torció al ver el gesto serio con el que su hermano reaccionaba.

—Chissst… Asustarás a todas las truchas —quiso reñir Assur sin poder evitar que los grandes ojos pardos de la pequeña desarmaran en un momento su enfado—, ya te he dicho mil veces que no grites cuando estoy pescando —concluyó el niño intentando componer un aire de adulto en reprimenda que no llegó a conseguir.

La pequeña se miraba los pies haciendo esfuerzos por mantener la cesta en equilibrio y el lobo agachaba los hombros presto a jugar, ignorando la falsa regañina. Cuando Ilduara volvió a alzar la mirada, agitando sus párpados con guiños nerviosos, Assur no pudo continuar con su fingida seriedad y dejó escapar un suspiro que se confundió con una sonrisa, ante la que Ilduara encontró redaños para seguir hablando.

—Mamá me dijo que viniese a lavar al río —declaró la niña atreviéndose a soltar una de las manos del borde de la cesta y usarla para señalar las prendas del interior—, y yo pensé… No me di cuenta de que estabas… Pensé que, a lo mejor, podíamos almorzar juntos.

—Pensaste… Pensaste. Y tenías que decirlo tan alto como para que te oyesen en

Compostela. —Assur había conseguido fingir un poco más una cierta acritud, sin embargo, se arredró en cuanto vio que los ojos de su hermana se abrían aún más en una expresión desacostumbrada, preocupado de que su pantomima hubiese llegado demasiado lejos—: Oh, vamos, linda dama —así la llamaba cuando quería arrancarle una sonrisa—, no te lo tomes así, seguro que no pasa nada, si ni siquiera tengo saltamontes todavía; no tiene importancia… —El joven pastor terminó por callar cuando su hermana soltó de nuevo una de sus manos.

—¿Y ese humo? —habló por fin la niña señalando el horizonte a espaldas de su hermano.

Assur se giró a tiempo para ver cómo una nueva columna de humo se sumaba a la que ya había intrigado a su hermana.

—No lo sé…

Hacia levante, apenas perturbadas por la suave brisa de la mañana, se iban alzando, una tras otra, voluptuosas torres de humo negro y espeso. Llegaba ya un cierto olor acre y picante, con dejes de hoguera apagada a toda prisa.

—¡El pueblo! —gritó Assur, y echó a correr sin una palabra más.

Furco e Ilduara se quedaron mirándose, sin saber si debían o no seguirlo, con un absurdo gesto de perplejidad que era evidente incluso en el lobo. Tras ese instante de duda, viendo como su hermano les cobraba ya una cierta ventaja, la niña se decidió a dejar la cesta de la ropa en el suelo con un resoplido de esfuerzo, y, haciendo bailar su trenza con un asentimiento mudo, se animó a seguirlo sujetándose la amplia falda.

El lobo fue tras ella después de un momento de vacilación en el que miró con desasosiego hacia el ganado.

Los niños corrían inquietos y Furco, divertido por la agitación, variaba el ritmo de su trote para mediar entre los hermanos y evitar que Assur cobrase demasiada ventaja.

—Puede que un establo esté ardiendo… —consiguió aventurar Ilduara entre resoplidos.

La niña, deseosa de llamar la atención de su hermano, habló sin darse cuenta del sinsentido. Ya eran cuatro las espesas trenzas de negro humo que se distinguían entre los claroscuros del follaje.

Assur, que no entendió las palabras de la niña pero distinguió su voz, aminoró el paso para permitir que Ilduara se acercase. Aunque permaneció callado, respirando con pesadez. Deseaba llegar cuanto antes, sin embargo, pese a la ansiedad que sentía, tuvo la suficiente presencia de ánimo como para darse cuenta de que, si se materializaban sus peores temores, podía ser mala idea dejar a su hermana sola.

Atravesaban bosques cerrados de robles y castaños que empezaban a tapizarse de hojas muertas, olían la humedad de la tierra con cada inspiración entrecortada. Trasegaban una suave pendiente llena de helechos maduros que se arrebujaban bajo

alisos y sus pies descalzos susurraban en el sotobosque. Acortaban camino monte a través, y Assur ya podía distinguir una de las veredas que se acercaba hasta el villorrio cuando apareció, dejándose llevar por la cuesta, un aterrado Berrondo. El muchacho descendía sin gracia, a trompicones, braceando para mantener un escaso equilibrio.

—¡Los hombres…! —intentó gritar al ver a los hermanos mientras señalaba a sus espaldas con aspavientos histéricos—. Son los hombres del norte. ¡Normandos…! —consiguió decir justo antes de que sus piernas regordetas le fallasen y cayese rodando hasta los pies de Assur cuando este se incorporó al camino.

El lobo alcanzó a su sorprendido amo mientras Berrondo intentaba ponerse en pie. El gordo muchacho se quejaba lastimeramente por los raspones que se había hecho en las palmas de las manos al caer y Furco, ya sin la diversión de la carrera, encontró una mata de verdolaga recortada por alguien con fiebres y olisqueó interesado algún rastro. Ilduara llegó cuando Berrondo intentaba quitarse con dedos temblorosos las arenillas que se habían quedado prendidas en su piel. La chiquilla permaneció callada, había oído lo suficiente como para que su única idea fuera quedarse al lado de su hermano.

Assur no supo si considerar en serio las palabras de Berrondo. Aquel muchacho no le gustaba; sin embargo, el pastor era lo suficientemente maduro como para reconocerse que le tenía cierta animadversión por el solo hecho de ser el hijo menor del sayón. Aunque también era cierto que el propio Berrondo no contribuía a mejorar la idea que Assur o los demás zagales del pueblo podían tener de él. Berrondo siempre parecía querer compensar su torpeza en los juegos recordándoles a todos los demás la posición de su progenitor como delegado del conde, y si alguien amagaba con reírse de su gordura o de su poco agraciado aspecto, era rápido en presentar severas amenazas que, por desgracia, eran bien recibidas por su padre. En más de una ocasión los pagos de arreldes, odres, *argenzos* y *macellaris* habían sido exigidos antes de lo debido; incluso se habían cobrado calumnias indebidas bajo falsas acusaciones de robo. Tropelías todas de las que el sayón se servía, a todo lo ancho y largo del condado, para beneficio propio. Haciendo que, tanto padre como hijo, fuesen poco apreciados por los habitantes de los dominios del conde de Présaras.

Además, Berrondo era un niño consentido y mimado que disfrutaba de una vida sin responsabilidades o trabajo, limitándose a acompañar eventualmente a su padre. Y aunque Assur sabía distinguir un cierto regusto a envidia en sus propios sentimientos, tampoco podía dejar de recordarse que no era el único al que desagradaba aquel muchacho obeso, de tez oscura y pequeños ojos porcinos. Su hermano Sebastián, de edad parecida, lo odiaba intensamente. Y no sería la primera vez en la que el hijo del sayón se había valido de una mentira para convertirse en el centro de atención. Sin embargo, la posibilidad de que sus palabras fuesen ciertas hizo que un escalofrío

recorriese la espalda del pequeño Assur.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó al fin mientras aceptaba en la suya la mano inquieta de su hermana.

Berrondo resollaba haciendo que bailase la pequeña papada de su cara redonda. Las heridas de sus manos parecían haberse convertido en lo más importante del mundo y tardó en contestar.

—Sí, sí. Estoy seguro, son los normandos, han llegado por el Ulla…

—No digas sinsentidos —interrumpió Assur impaciente—, no pueden sortear las aguas bravas de los saltos de Mácara. En todo caso habrán dejado sus barcos negros más abajo y habrán llegado hasta aquí andando, o a caballo…

—Y… y qué más da cómo hayan llegado hasta aquí —quiso recriminar Berrondo intentando arrastrar con la voz la autoridad que tantas veces había visto ejercer a su propio padre en el desempeño de su cargo—. Hay que huir, debemos ponernos a resguardo antes de que nos cojan, ¡hay que correr! ¡Alejarse!

—Pero… ¿qué estás diciendo?

Assur no podía dar crédito a lo que oía. Recordó los despectivos comentarios que Sebastián le dedicaba a menudo al hijo del sayón y, pensando en cuánta razón tenía su hermano, pudo sentir el sabor del resentimiento, viscoso y amargo, deslizándose por su garganta.

—Tenemos que ir al pueblo, hay que ayudar, debemos llegar… —y mientras lo decía Assur se percató de que su hermana, nerviosa, retorcía su mano. Cayó en la cuenta de que sus palabras podían no ser tan lógicas como parecían. No podría perdonárselo si es que le ocurría algo a Ilduara.

Berrondo había empezado a farfullar de nuevo, urgiéndolos a marcharse. Assur lo ignoró y, al tiempo que se agachaba para ponerse a la altura de la pequeña, giró sobre sí mismo.

—Escucha, presta atención y obedece. —Ilduara lo miraba con ojos asustados, comenzando a entender la gravedad del asunto—. Yo voy a acercarme al pueblo, pero tú debes quedarte aquí… No, no… Mejor vete corriendo hasta el castaño que hay en la finca del *zoqueiro*, ¿sabes dónde? —No esperó a que la niña contestase—. Vete hasta allí y escóndete en el tronco hueco, no te muevas hasta que yo vaya a buscarte y… tú, Furco —el lobo levantó las orejas y lo miró desentendiéndose del dulce aroma a conejo que había encontrado en la verdolaga—, quédate con Ilduara, ¿me oyes?, cuida de Ilduara…

Y, sin esperar a que su hermana diera alguna muestra de aquiescencia, echó a correr de nuevo, dejando atrás las protestas de Berrondo.

Se mantuvo en la vera del camino, un tanto a cubierto, permitiendo que las ramas de los árboles le golpeasen los brazos y el torso. Y, por primera vez, entendió cómo se habían sentido sus padres cuando había desaparecido en busca de Furco.

El camino se hizo eterno. La docena escasa de viviendas que daba forma abstracta al pequeño pueblo se alzaba sin orden ni concierto en un otero que daba nombre a la aldea, la mayoría eran versiones más o menos humildes de simples pallozas con techumbres y piezas variadas según los posibles de cada familia.

Outeiro se resguardaba al este del pico de Pidre, el terreno descendía suavemente hacia el sur formando laderas soleadas donde una depresión central servía de nacimiento a un arroyuelo, otro de entre los muchos que cruzaban una tierra llena de montañas y valles en la que los inviernos traían agua y nieves abundantes.

Outeiro era uno sin más de tantos asentamientos que habían ido surgiendo al repoblar los dominios reconquistados a los hijos del islam. Otro de entre los villorrios que florecían alrededor de las tierras que, por presura, behetría o concesión de los nobles, los hispanos habían recuperado cuando sus montañas y rudo carácter coartaron las ansias de expansión mahometanas.

Herederos del indómito temperamento de unos pueblos que ya se habían resistido al dominio romano y al posterior asedio godo, aquellos hombres, liderados por sus últimos nobles, luchaban desde hacía doscientos años por su libertad, unidos contra el asedio agareno; y poco a poco, dejando tras de sí sangre y sudor, habían ido ampliando el territorio retomado, aunque las escaramuzas seguían siendo continuas. Así, las fronteras eran volubles e imprecisas, tierras de nadie en las que ni cristianos ni musulmanes conseguían asentamientos permanentes. Como consecuencia, la estrecha franja de verdes y viejas cordilleras del norte de la península ibérica frenaba la influencia de la luna menguante; quedando el futuro de la gran Europa heredera del imperio carolingio en las manos de unos cuantos que se negaban a ceder asiéndose a su fe. Prueba de ello era la pequeña capilla dedicada a la Virgen María que se escondía al sur del pueblo. Construida mal y aprisa, atestiguaba la reocupación cristiana de aquellos lares y, a pesar de la modestia, era orgullo y símbolo para los habitantes de Outeiro y los otros pequeños puebluchos de los alrededores.

Pronto llegó la curva desde la que se veía la casa del sayón, la más rica y ostentosa, que dominaba el resto desde uno de los extremos del pueblo. El olor a quemado y las sombras que bailaban por culpa de los fuegos le impidieron a Assur centrar sus sentidos en cualquier otra cosa.

También llegaron los gritos, las llamadas de auxilio y las exclamaciones de dolor. Y Assur no quiso aceptar lo que, por desgracia, comenzaba a presentir.

En el extremo del muro de piedra que rodeaba la casa del sayón, por el lado que miraba al pueblo, apareció una ominosa figura sombría que le daba la espalda al chiquillo. Un hombre, casi un gigante a los ojos de Assur. Uno de ellos. Un guerrero con un ahusado casco de hierro y una cota de malla que destellaba maliciosamente respondiendo a las chispas de los fuegos. Llevaba un hacha enorme que pendía de un brazo laxo y, aunque el muchacho no podía verla, le pareció que también cargaba

algo más en la otra mano. Caminaba con grandes zancadas pesadas, sin percatarse del niño que lo observaba. Parecía mirar con atención algo que sucedía en el interior del villorrio. Los aros metálicos de la visera del sencillo casco se entremezclaban con la hirsuta barba negra e impedían a Assur distinguir más detalles, y aunque cambió de posición unos pasos, no llegó a ver mucho más. El nórdico, que seguía moviéndose, quedó pronto oculto por la tapia, de hombros para abajo.

El normando se alejaba por la vía, justa para el paso de un carro cargado, que formaban el murete de la casa del sayón y la descuidada leñera de la vivienda anexa, la de Osorio *o zoqueiro*. Y cuando Assur, que aguantaba la respiración sin ser consciente, ya solo veía el extremo picudo del casco, aquella hacha apareció de nuevo, amenazadoramente, alzada sobre la cabeza del normando. Assur comprendió que el normando se plantaba firmemente mientras balanceaba el arma con cortos movimientos de un brazo poderoso. Preparándose, apuntando.

Vio el filo partir dando vueltas sobre sí mismo. No distinguió el blanco. Pero oyó el alarido que siguió y, lleno de angustia, se dio cuenta de que tenía que haberle dicho a Ilduara qué hacer si a él le pasara algo. Una idea que se instaló en su nuca royéndole los pensamientos mientras intentaba aclararse y decidir cuál debía ser su siguiente paso.

Oía las llamas lamiendo casas y establos con fiereza y, de fondo, un coro impreciso y atonal de lamentos. Y, por encima de todo, se destilaban las voces roncas y angulosas del brusco idioma de los hombres del norte, sonaban a órdenes impías y carentes de la más mínima clemencia.

A poco estuvo de salir corriendo con la idea de auxiliar al pobre desgraciado que hubiese recibido el hacha en sus entrañas. Solo el recuerdo de los suyos lo detuvo y, finalmente, se decantó por otra idea.

Se internó de nuevo en la espesura, rodeó el pueblo y descendió hasta los árboles que daban al costado de su propia casa, ya cerca del extremo opuesto al de la vivienda del sayón. Allí, y con el escaso refugio que le proporcionaba una silva crecida en una inclinación del terreno, se atrevió a mirar con disimulo por encima de las hojas espinosas.

Un fuego inmisericorde se comía la techumbre. La modesta casa ardía como el mismísimo infierno, las piedras de los muros se ennegrecían. De la pequeña huerta anexa al muro trasero solo podía ver un tramo. Las matas de judías habían sido pisoteadas, y el bancal de las fresas, convertido en terrones deformes salpicados por hojas sueltas. Unas pocas coles arrancadas aparecían esparcidas por todos lados. Por la mañana, cuando había salido con el ganado, aquel pedazo de tierra aparecía pulcro y cuidado, reflejo del mimo con el que mamá lo mantenía. Los surcos de la tierra bien definidos y todas aquellas matas de verde colocadas con un encanto simétrico que a Assur siempre había fascinado. Ahora parecía que una tormenta apocalíptica se lo

había llevado por delante y, por primera vez en los últimos y alocados instantes, la tristeza encontró el camino para empañar los sentimientos de Assur. Aquel huertecito era el orgullo de mamá, a ella le encantaba cuidar de cada uno de sus hierbajos. El muchacho no pudo evitar sentir una repentina sensación de culpabilidad por todas las veces en las que, prefiriendo remolonear, había intentado evitar cumplir las tareas que mamá le había pedido que llevase a cabo en aquel pedazo de tierra.

No veía el resto del pueblo; la fachada principal y el fuego se interponían, pero ya podía asegurar que al menos media docena de casas ardían como la suya. Algunos cerdos corrían de un lado a otro y un carnero desatendido balaba lastimeramente.

La puerta se abrió y el corazón de Assur dio un vuelco, esperaba ver a los suyos huyendo del fuego. Pero no apareció mamá. Tampoco el pequeño Ezequiel, ni Sebastián, el mayor de todos, ni Zacarías, que solo le llevaba un año. Y tampoco su padre.

Era otro de aquellos demonios del norte, calmado y tranquilo, despreciando el infierno que se desataba sobre él. Llevaba la cabeza descubierta y, a pesar del riesgo, ignoraba las chispas incandescentes que le caían encima; algunas llegaban a sisear en su túnica de cuero acolchado con riesgo evidente de prender en su revuelta melena pelirroja, sin embargo, el normando caminaba con confiada parsimonia, apoyando una amenazante espada en su hombro derecho. Era el mismo gesto que Assur había visto hacer tantas veces a su padre con la azada, y la similitud lo inundó de un desasosiego incierto que se transformó en angustia rápidamente; en cuanto distinguió las manchas carmesí que decoraban el pecho del jubón del normando. El tinte grana de la sangre seca destacaba con espanto en el viejo cuero clareado por el sol.

—¿Qué está pasando?

A Assur le faltó el aire de repente.

Allí, a su espalda, estaban los tres. Berrondo, Ilduara y Furco, que miraba a ambos hermanos alternativamente con una expresión casi humana. Parecía esperar un premio de Assur por haber permanecido al lado de la niña, como mostrándose orgulloso por el deber cumplido. Sin embargo, ante la falta de halagos y caricias de su amo, el lobo se desentendió pronto de la situación y, rodeando a los niños con un trote ligero, se puso a olisquear por los alrededores.

—Pero qué… ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Assur mal encarado.

Se había dirigido directamente a su hermana, ignorando a Berrondo; e Ilduara, asustada e inquieta, mostraba con la tensión acumulada en su bonito rostro que no tenía una respuesta clara que ofrecer. Cuando la pequeña empezó a farfullar, dispuesta a hacer un esfuerzo por organizar sus ideas, Berrondo la interrumpió repitiendo su pregunta.

—¿Qué está pasando? —inquirió el rechoncho muchacho intentando dar un timbre de autoridad a su atiplada voz. El inseguro esfuerzo solo sirvió para poner en

evidente manifiesto el terror que sentía.

Algo frío y duro en los penetrantes ojos azules de Assur le demostró a Berrondo que no estaba dispuesto a prestarle su atención antes de haber templado sus propias cuitas con Ilduara. Por lo que, y antes de reconocer que ambos hermanos estaban dispuestos a dejarlo a un lado, procuró salir airoso del trance aludiendo algo que hacer.

—Será mejor que juzgue por mí mismo —aseveró compuesto mientras se giraba hacia el zarzal que los ocultaba.

Assur e Ilduara se miraban fijamente obviando los pretendidos aires del hijo del sayón. El uno sin saber si era el momento adecuado para una regañina, la otra deseando que le diesen un fuerte abrazo y le asegurasen que todo aquello no era más que una pesadilla que se empeñaba en parecer demasiado real.

Y en ese momento todo cambió bruscamente. Berrondo farfulló algo desde su atalaya tras el arbusto. Assur no le prestaba atención, pero asimiló una referencia lejana sobre un grupo de hombres armados, y Furco, que se había colocado a un lado de la misma zarza, se quedó quieto. Tenía el pelaje del lomo erizado y había empezado a gruñir sordamente. Era un borboteo nervioso que le surgía de lo más profundo del pecho. Assur se giró hacia el lobo, preocupado, cuestionándose si llamaría la atención del normando que había visto salir de su casa. El muchacho juzgaba mentalmente la distancia cuando los acontecimientos se precipitaron.

En el instante en el que Assur se disponía a llamar al animal a su lado los nervios de Berrondo se rompieron como una cuerda demasiado tensa y, con un gritito histérico, intentó echar mano al lobo.

—Sal de ahí, estúpido bicho, o… —Berrondo no pudo acabar la frase. Agachándose primero y alargando el cuello después, Furco lanzó una rápida dentellada. A punto estuvo de arrancarle los dedos al hijo del sayón, que, milagrosamente, había retrocedido a tiempo.

Sin embargo, la torpeza del muchacho eligió ese preciso momento para ponerse de manifiesto. Al echar el pie derecho atrás mientras encogía el brazo y escondía la mano bajo el sobaco como un pájaro aterrorizado, Berrondo perdió el equilibrio y cayó en la zarza de manera estrepitosa. Se hundió entre ramas y hojas con un torpe revuelo de tela y brazos en el que el manto que vestía se prendió en las púas del arbusto, enredándose por culpa de los desmañados esfuerzos del zagal por incorporarse. Se revolvía buscando inútilmente dónde asirse.

Y, aunque no llegó a saber el porqué de semejante pensamiento, Assur se preguntó cómo podía aquel chiquillo gritar tanto. Recordaba lo que había sentido y oído cuando aquel nórdico había lanzado su hacha, y no lograba entender cómo Berrondo podía armar semejante escándalo por culpa de las espinas de un arbusto.

No tuvo tiempo para hallar una respuesta, y tampoco para encontrar en su interior

el reproche que deseaba sentir. Casi inmediatamente chirriaron en sus oídos aquellas roncas voces de afilados matices. No le hizo falta traducción.

Furco, de nuevo pendiente de lo que sucedía en el pueblo, arrugaba los belfos y se preparaba para atacar. Assur dio un paso al frente y tuvo la fugaz visión de tres de aquellos gigantes que se ponían en movimiento. El primero de ellos, el pelirrojo de anchos hombros y cabeza descubierta, apuntaba hacia donde se encontraban con el brazo extendido y la enorme espada al frente.

—¡Corred! ¡Corred!

Solo se tomó el tiempo suficiente para apoyar su mano en el cuello tenso y caliente de Furco, haciendo presión para que girase la cabeza y se percatase de que su amo se ponía de nuevo en marcha.

Berrondo consiguió ponerse en pie y abandonó tras de sí sus lamentos echándose a correr con la escasa soltura que sus fofas piernas le permitieron.

Assur, mucho más ágil, se adelantó fácilmente y tomó la mano de su hermana al vuelo para tirar de ella y ayudarla a mantener el ritmo de la carrera.

—Hacia el regato, al Ruxián —gritó Assur distinguiendo claramente las fuertes pisadas y el vociferar de los normandos que se acercaban peligrosamente.

El muchacho, sintiéndose responsable por no haber sabido evitar el comportamiento de Furco y el escándalo de Berrondo, valoró con rapidez sus posibilidades. El lobo no le preocupaba, pero la mansa docilidad silenciosa de su hermana sí lo inquietaba. En pocos pasos tuvo que ceder a lo evidente, la pequeña no aguantaría.

—Ven, ¡sube! —la instó tras echar una rodilla al suelo y ayudarla con el brazo a encaramarse a su espalda.

Con su hermana a cuestas, Assur solo se concedió un instante para ceder ante una pequeña punzada de culpabilidad por dejar a Berrondo, que seguía retrasado. Inmediatamente después imprimió a sus piernas de cuanta voluntad disponía y corrió liberando todo lo que tenía dentro, dispuesto a reventarse el pecho antes de que aquellos malnacidos venidos del tenebroso mar le pusieran la mano encima a Ilduara.

Se movían hacia el nordeste sin seguir un camino concreto, atravesando los familiares bosques que otoñaban. Assur tardó en darse cuenta de que su ventaja se iba reduciendo poco a poco. En solo unos momentos de carrera echar la cabeza atrás le permitió distinguir por primera vez a sus perseguidores. Al enorme pelirrojo al que había visto cruzar el umbral de la que había sido su casa se habían unido otros dos de fiero aspecto y movimientos rudos. Un bigardo larguirucho de interminables brazos que vestía cota de malla, se protegía con una rodela y agitaba una espada corta de doble filo por encima de su casco; y otro, casi tan alto como ancho, que además de vestir también la larga prenda de anillos metálicos, portaba un hacha labrada tan grande que necesitaba ambas manos para sostenerla. Aun con sus pesados pertrechos

todos ellos corrían con intimidante ligereza, además, Assur intuyó en sus rostros barbados una atroz determinación; le quedó muy claro lo que podía esperar si los atrapaban.

Aquellas bestias malnacidas que surgían de los hielos del norte no solo buscaban el oro de las iglesias o las mercaderías y posesiones de los lugareños. Había un jugoso botín del que nunca prescindirían: los esclavos.

Entorpeciendo su campo de visión, un descoordinado Berrondo corría sin gracia con la cara compungida. Assur supo con aterradora claridad que o bien hacía algo pronto, o aquellos gigantes los atraparían.

Dedicando solo la atención necesaria a mantener sus pies fuera de obstáculos que lo pudiesen hacer caer, Assur se devanaba los sesos buscando una salida. Mientras, dolorosamente, empezaba a acusar de modo evidente el esfuerzo adicional que le suponía cargar con su hermana. La pequeña, después de haber mirado tras de sí una única vez, se aferraba con fuerza a su hermano. Había cruzado sus manos sobre el cuello del muchacho y enterraba el rostro lloroso contra el hombro de él, soportando estoicamente el golpear rítmico de los huesos en su mejilla a cada zancada.

Assur sentía sus piernas arder. Y un doloroso palpitar en las sienes se aceleraba a medida que su corazón amenazaba con reventar. Oscuras premoniciones se acumulaban haciéndole perder la concentración y, con honda tristeza, tuvo que reconocerse que le costaba pensar con claridad en busca de una salida. La idea de que le hiciesen daño a Ilduara, o incluso a Furco, se empeñaba en hacerse cada vez más presente, Assur percibía cómo la pena le anegaba el ánimo tentándolo a desfallecer. E irónicamente, tras mirar de nuevo a su espalda y distinguir el cruel gesto del tajo que tenía por boca el primero de sus perseguidores, no pudo evitar pensar en cuán feliz se prometía el día. En la mañana brumosa su única preocupación había sido capturar unos cuantos saltamontes para cumplirle un capricho a su padre ofreciéndole unas truchas del Pambre.

Y, de repente, se acordó. La barca. La vieja barca de José, el molinero de Mácara. Un año antes el enjuto hombrecillo había construido y calafateado una nueva barquichuela de fondo plano para ayudar a que sus clientes de la otra orilla le pudiesen enviar los sacos de cereal a través del Ulla y, a su vez, él pudiese entregar la harina sin tener que pasar por un penoso rodeo. La nueva embarcación estaba a buen recaudo en el caz del molino, pero un favor en el que intervino una oveja perdida del rebaño de Leovigildo, algunas bromas de los chicuelos y un par de descuidos habían dejado, con el paso del tiempo, a la vieja barca aguas arriba. Olvidada, pudriéndose en una ensenada calma por encima de los rápidos que precedían a la presa del molino, esperaba serle útil a alguien.

Sintiendo un alivio lejano por la posibilidad remota que podía entrever en su imaginación, Assur viró ágilmente al sur. Corrió recuperando parte de las fuerzas

perdidas sin preocuparse de Furco, sabía que lo seguiría. No prestó atención a la posible reacción de Berrondo.

Estaba cerca. Pero cuanto más próximo se sentía a una salvación, más encima podía notar a sus perseguidores.

En su carrera pasaron cerca de la modesta capilla de Santa María, la dejaron a su izquierda sin llegar a verla, pero sabiendo que allí estaba. Y Assur le pidió ayuda a la Virgen rogándole que las piernas no le fallasen y que su hermana saliera con bien de ese aprieto.

El terreno ya descendía, anunciando el cauce del Ulla, y aunque comenzaba a rozar lo insoportable, el peso de Ilduara se hizo un poco más llevadero. El ligero alivio solo sirvió para que la ajetreada mente de Assur dejara a un lado sus ruegos y se preocupara por la niña y lo enfermiza que comenzaba a parecer su apatía. Esquivando una rama baja el muchacho se prometió a sí mismo dedicarle toda su atención a la pequeña en cuanto salieran de aquella encrucijada.

A sus espaldas oían los gritos de los normandos sin entenderlos. Entre resuellos se azuzaban los unos a los otros y al muchacho le pareció distinguir alguna carcajada cruel. Le indignó entender que para aquellos demonios del norte la persecución de tres niños era poco más que una chanza. Berrondo soltaba alaridos esporádicos que retumbaban en los oídos de Assur.

Ya estaban cerca, hacía falta un último impulso. Apuró la carrera anteponiendo su voluntad a los calambres que amenazaban sus piernas agarrotadas y doloridas.

La madera clareada por el sol estaba salpicada por manchas de humedad. La tablazón desencuadernada y medio suelta; las juntas abiertas y necesitadas de un remiendo de brea. Su aspecto era del todo lamentable, pero vislumbrarla entre las ramas caídas de un aliso desmochado por alguna tormenta supuso un alivio inigualable.

Assur no tuvo tiempo para delicadezas, dejó caer a su hermana de golpe y el escaso peso de la niña fue suficiente para romper con un crujido seco el único travesaño que servía de asiento en la pequeña falúa. Sin embargo, Ilduara no se quejó, aunque Assur estaba seguro de que se había hecho daño. La pequeña se limitó a acurrucarse contra la plana popa cuadrada. El zagal no perdió el tiempo, mientras gritaba a Furco que saltase al interior de la barca, la empezó a empujar para sacarla de la suave arena de la orilla y meterla en la corriente.

Berrondo rogaba que lo esperasen y los nórdicos rugían con indignación al ver que sus presas podían escapar. Furco, con gestos fieros y rápidos, saltó del bote para interponerse entre su dueño y aquellos hombres. Gruñía enseñando dientes afilados entre los pliegues oscuros de sus belfos retirados. Assur, inclinado sobre la barca, empujaba con todas sus fuerzas intentando hincar los pies en la suelta gravilla húmeda de la pequeña playa fluvial.

—¡Al bote, Furco! ¡Sube! ¡Con Ilduara! —le ordenó entre gemidos de esfuerzo intentando olvidarse del dolor ardiente que le laceraba los músculos de las piernas.

Berrondo seguía chillando, con un miedo palpable que se entrecruzaba con sus ruegos.

—¡Esperad…! ¡Esperadme!

Los normandos, a poco más de cincuenta pasos, aceleraban el ritmo gritando en su lengua amenazas evidentes. La barca se movía con desesperante lentitud, como presa de un disgusto inesperado por verse obligada a abandonar su retiro; la fina arena removida desprendía un oscuro olor terroso que se pegaba a la garganta de Assur con cada inspiración.

Ilduara se levantó de golpe en cuanto la popa entró en el agua y, aunque la niña no dijo nada, Assur pudo ver por entre los mechones caídos y sudados que le barrían la frente que el agua fría había entrado por las junturas del viejo bote, y Furco, ya en la barca, miraba con suspicacia como el nivel iba subiendo.

Berrondo se lanzó dentro del bote sin más miramientos que su propio terror, llegando a apoyar uno de sus pies en la espalda doblada de Assur, que perdió el equilibrio y terminó de bruces en el agua. Ni siquiera se molestó en protestar, comenzó a empujar de nuevo en cuanto comprobó la distancia que todavía los separaba de los salvajes nórdicos. Poco a poco fue sintiendo cómo la resistencia cedía a medida que el fondo del bote se metía en el agua. Cuando el esfuerzo se lo permitía alzaba el rostro de entre sus hombros estirados para mirar el interior y ver cómo se engrosaba la lámina de agua que comenzaba a cubrir el fondo de la falúa.

—¡Empuja! Vamos, empuja. ¡Van a cogernos! —gritaba Berrondo dando saltitos nerviosos.

En cuanto sintió que el agua mojaba los dedos de sus pies descalzos se aupó por encima de la pequeña borda y se derrumbó en el interior del bote respirando con dificultad. Y solo entonces se dio cuenta de que no habían cogido una pértiga con la que impulsarse.

—¡Ya llegan! ¡Están aquí! —gritaba Berrondo.

Ilduara permanecía callada, ensanchando la expresión de horror que transfiguraba su cara. Furco se movía inquieto, gruñendo de nuevo.

Assur se sentía desfallecido y sin fuerzas. Y, aunque la capa de agua fría del fondo de la barca había espabilado un tanto sus músculos agarrotados, tuvo que reunir tantos redaños como le quedaban para ponerse de rodillas al tiempo que ordenaba al histérico Berrondo que metiera su mano en el río y empezase a bracear.

—Agáchate y rema… —Assur se mordió la lengua callando lo que, en verdad, hubiera deseado gritarle al hijo del sayón—. ¡Rema o morirás!

Berrondo no pareció entenderlo, pero Assur, echando a su hermana y al lobo hacia la proa, metió el antebrazo en el agua e impulsó la barca con todas sus ansias.

Cuando el gordo chicuelo consiguió reaccionar, la barca ya escoraba a babor por el solitario esfuerzo de Assur. Algo que, sin que mediara la intención del hijo del sayón, les permitió encarar la orilla opuesta.

Las voces roncas de los normandos resonaban en sus oídos con amenazante cercanía. Ya estaban en la ensenada de la ribera que había ocupado el bote. Y, aunque Assur no se atrevió a girarse para echar un vistazo, la escena que había presenciado en el pueblo una eternidad antes se repitió ante sus ojos con una atroz claridad. Por un momento le pareció oír el silbido del filo de un hacha cortando el aire a su espalda.

El agua subía poco a poco de nivel y la podrida tablazón gemía con resentimiento. Ilduara, reacomodada frente a los dos muchachos, se limitaba a seguir mirando con aprensión hacia la orilla. Furco, apoyando las manos en el cuarteado tachón de cuero que hacía las veces de amura, enseñaba los dientes, nervioso, con su cabeza a un par de pulgadas de la de Assur. Las desmañadas manotadas de Berrondo no lograban contrarrestar las prolongadas y fuertes brazadas de Assur, lo que, unido a la corriente que los empujaba por la izquierda, daba al bote una errática deriva en la que parte del esfuerzo de los muchachos se perdía en inútiles cambios de rumbo.

Cuando Assur, sin dejar de mover su dolorido brazo dentro del agua oscura, se atrevió a mirar por encima del hombro, pudo distinguir a los tres normandos discutiendo entre ellos. Estaban apenas a una docena de pasos. Dos de ellos, llevados por el ansia irremisible de la persecución, habían avanzado hasta el mismo río, el agua lamía los bajos de sus cotas de malla, gesticulaban señalando de tanto en tanto hacia el bote, que se alejaba con parsimoniosa exasperación. No hacía falta entender sus gritos. Estaban decidiendo si deshacerse o no de las pesadas protecciones y pertrechos, era evidente que se planteaban si continuar la persecución a nado. Sin embargo, por alguna razón, no fue semejante posibilidad la que logró arrancar un nuevo escalofrío de la espina dorsal del muchacho. Fue la mirada fría y serena del que mantenía los pies en seco. Era el pelirrojo que Assur había visto salir de su propia casa. Aquel gigante de cara hosca permanecía en silencio, y no parecía estar atendiendo a la discusión que se traían entre manos sus compatriotas. Deslabonadas por la barba, el zagal pudo distinguir una serie de cicatrices que cruzaban el rostro cuadrado y curtido del nórdico. Tenía un aspecto feroz. Y, con una seguridad que detestó irremediablemente, Assur tuvo la certeza de que aquellos ojos que parecían tallados en piedra habían visto morir a sus padres y hermanos.

Las manos de los muchachos resultaban unas palas pobres y, aunque bogaban con todas sus fuerzas, se alejaban lastimeramente. Tanto que incluso cuando volvió a mirar hacia la otra orilla, Assur siguió sintiendo los ojos del normando clavados en su nuca.

Ilduara continuaba sin moverse o hablar y Furco, como si se empeñase en suplir la inmovilidad de la niña, se revolvía inquieto intentando pasar entre los dos

muchachos para acomodarse en la popa. Berrondo pareció a punto de quejarse, pero el recuerdo del salvaje bocado fallido que el lobo le había lanzado junto a la zarza retuvo sus ansias de protesta. Sin embargo, incapaz de mantener la boca cerrada, encontró rápidamente algo sobre lo que quejarse.

—El agua. ¡Nos hundimos!

Antes de contestar Assur miró a su hermana de reojo. La niña había apoyado la mano derecha sobre el costado y el muchacho estuvo seguro de que se había hecho daño cuando la había arrojado al interior del bote.

—Pues no pares —contestó al fin Assur con una acritud palpable—. Ya estamos cerca, solo falta la mitad… Aguantará…

—¿Y si no aguanta? Yo no sé nadar —arguyó Berrondo.

Assur dejó escapar un suspiro de hastío mirando cómo Ilduara comenzaba a masajearse el costado. Dudaba entre alegrarse porque la pequeña empezase a reaccionar o preocuparse por las consecuencias del fuerte golpe.

—Pues por eso mismo. Rema y calla —insistió Assur con un tono que no daba lugar a réplica mientras giraba un poco más la cabeza y observaba por un momento a los nórdicos.

Estaban ya los tres fuera del agua, mirando con fría calma cómo los críos se alejaban trabajosamente. Quizá pensando en que no merecía la pena perder más tiempo porque todavía quedaba mucho que rapiñar en el desprevenido pueblo que habían atacado esa misma mañana. Con una taimada expresión de confianza que engendró en los críos un desagradable presagio.

Assur sentía el brazo llenarse de agujas calientes que pinchaban dolorosamente sus músculos cansados. Y sus piernas doloridas se resentían por mantenerse de rodillas para poder continuar braceando. Pero era consciente de que antes o después los normandos encontrarían alguno de los posibles vados. O que simplemente avisarían a unos cuantos más y cruzarían el río a nado. Sabía que no podían detenerse, debían seguir huyendo. Y si no era por él mismo, debía hacerlo por su hermana.

El chiquillo no podía evitar que pensamientos sobre el destino del resto de su familia cruzaran su mente; pero sabía que no podía perder el tiempo. Se prometió a sí mismo que regresaría al pueblo en cuanto Ilduara estuviese a buen recaudo. Tenía que despegarse del aciago presentimiento que le había invadido al mirar a los ojos del gigante pelirrojo. No podía rendirse. Mamá, o el pequeño Ezequiel, o alguno de los mayores. Sebastián. O padre, cualquiera de ellos podía estar herido y necesitar ayuda. O podían estar huyendo como él mismo estaba haciendo. Tenía que encontrarlos.

—¡Sigue! Ya casi estamos… —dijo Berrondo simulando autoridad.

Assur no contestó. Pero era cierto, faltaba poco. Sin embargo, la orilla sur del Ulla no tenía ningún varadero practicable allí mismo, la suave curva del río había ido

escarbando un talud en la blanda tierra fértil.

Tuvieron que dejarse llevar por la corriente rechazando media docena de las proposiciones de Berrondo para arrimar la barca a la orilla. Cuando por fin consiguieron varar el bote, en un lodazal medio cubierto de lentejas de agua que se quedaban atrapadas entre las finas hojas de unos ranúnculos, Assur necesitó de toda su fuerza de voluntad para echar pie a tierra y ocuparse de bajar a su hermana.

Furco fue el único de los cuatro que pareció dejar atrás toda la angustia vivida. Y lo hizo con asombrosa facilidad, en cuanto saltó a la orilla se puso a olisquear los troncos de finos abedules blancos entre los que habían ido a parar. Berrondo, por su parte, intentaba acomodarse el manto que lucía descolocado desde que había caído en la zarza, solo entonces se dio cuenta de que en su pelea con el arbusto había perdido la fíbula con la que lo sujetaba. Por un momento pensó en protestar por su pérdida, aunque cambió de opinión al ver el rostro cansado de Assur mientras este, de rodillas, acomodaba los cabellos que se habían soltado de la trenza de Ilduara.

—¿Y ahora qué?

Assur no le hizo caso, estaba demasiado pendiente de su hermana.

—¿Ilduara? —preguntó con voz ronca por el cansancio—. ¿Ilduara?, ¿estás bien?, ¿te duele? —inquirió señalando el costado de la niña—. ¿Te has hecho daño…?

Pero la pequeña no contestaba, miraba fijamente a su hermano con los ojos contraídos.

—Dijo que tú no podías ser el único haciendo de héroe… y… y salió tras de ti y yo… yo… no me atreví a quedarme sola… Lo siento… Lo siento; no sabía qué hacer, y pensé que lo mejor era seguirte… Sé que te desobedecí… —Y sin acabar la frase la niña se abalanzó sobre Assur, y rodeó el cuello de su hermano con brazos temblorosos y lágrimas vacilantes que salpicaron la mejilla de él con cada sollozo.

—No, tranquila. Tranquila, mi niña. No pasa nada —intentó consolarla Assur pasando suavemente su mano derecha por la espalda de la niña—. No pasa nada, ya terminó. Tranquila, linda dama, tranquila…, linda dama…

—Pero ¿qué vamos a hacer ahora? ¿Adónde vamos a ir? —insistió Berrondo sin pensar ni por un momento que los dos hermanos necesitaban un instante de intimidad.

Les costó decidir qué hacer; solo cuando Ilduara se hubo calmado lo suficiente como para que sus sollozos remitiesen, Assur tuvo tiempo de tomar una decisión mientras se masajeaba el cansado brazo.

Siguieron avanzando hacia el sur. El muchacho sabía que no tenían mucho donde elegir. A ese lado del río las tierras ya no le resultaban familiares, estaban fuera de su ambiente natural. Sin embargo, había que elegir entre lo poco que conocían. Y la elección tenía que hacerse pronto, el único que parecía capaz de mantener un ritmo razonable era Furco, que disfrutaba de la agitación con su ilusión de cachorro.

Aunque la niña caminaba obedientemente y sin quejarse, Assur sabía que Ilduara no aguantaría mucho más; el terreno ascendía poco a poco y los pinos le iban robando protagonismo a los caducifolios. Al suroeste empezó a destacarse en el horizonte el macizo de Picolongo, que, a contraluz, rodeado de la claridad del sol del mediodía, se mostraba impertérrito y eterno. Y más allá, cortando el cielo con curvas erosionadas, la colina de Farelo.

—Vamos hasta Ludeiro —dijo por fin Assur mirando el promontorio—, allí podemos pedirle ayuda a Julián —aventuró el muchacho con una convicción que no estaba seguro de sentir—. Además, debemos avisarlos de que han atacado los normandos, si tienen tiempo para reaccionar, a lo mejor…

—¿Y quién te dice a ti que no lo han atacado ya? ¿Eh? —interrumpió Berrondo con gesto adusto—. ¿Cómo lo sabes? Puede que de Ludeiro no queden más que cenizas.

Se habían detenido, y Assur miraba fijamente al hijo del sayón mientras Ilduara se agachaba para acariciar a Furco con el cariño que ella misma necesitaba.

Assur, a pesar de ser un par de años más joven, le sacaba casi una cabeza a Berrondo y, como eso era algo que incomodaba al hijo del sayón, el obeso chicuelo rodeó al pastor para aprovechar la inclinación del terreno y soslayar la diferencia. Assur quedó entonces a la altura de Berrondo, aunque dándole la espalda y rumiando las palabras del hijo del sayón sin decidirse a hablar.

—Tienes… tienes razón —concedió al fin el cansado muchacho.

Aunque no le gustaba tener que admitir que se había equivocado, Assur entendía que no era el momento ni el lugar para mantener su postura por simple orgullo y cabezonería. No sabía nada de cómo los normandos habían llegado hasta allí, incluso era posible que en lugar de haber remontado el río Ulla hubiesen entrado mucho más al sur, por el gran Miño. Había oído historias. No hubiera sido la primera vez. Además, desde el último de los grandes ataques nórdicos se habían construido altas torres de defensa en la ría del Ulla. En definitiva, no tenía suficientes elementos de juicio como para saber, siquiera, si realmente el sur era o no la mejor opción.

—Debemos ir a Lugo. Allí tengo un tío que trabaja para el obispo Hermenegildo —dijo Berrondo—. Además, los normandos nunca han entrado en Lugo.

»Mi tío me contó que hace unos años el obispo hizo firmar a los notables de la ciudad una carta en la que se comprometían con su defensa. —Algo de lo que Assur también había oído hablar, toda la villa se había preparado para repeler a los normandos—. Y también está la muralla romana, allí estaremos a salvo. Seguro.

Assur, que seguía de espaldas al hijo del sayón, sabía que sus palabras no carecían de sentido, desde hacía siglos el lugar, fortificado, había sido prácticamente inexpugnable. Los godos habían echado a las legiones del decadente imperio romano, pero los mahometanos solo habían podido hacerse con su control por unos pocos

años. Las legiones imperiales habían hecho un buen trabajo para proteger la ciudad. A su pesar, el muchacho tenía que reconocer que Berrondo llevaba razón. Sin embargo, llegar hasta Lugo, mucho más al este, supondría al menos dos días de dura caminata en un terreno que, ahora se daba cuenta, no sabía si era o no hostil.

—Vamos, debemos ir a Lugo —insistió Berrondo reforzado por las dudas del pastor.

Assur se dio al fin la vuelta y miró al rechoncho niño cuyos ojos refulgían ahora con la satisfacción de estar en lo cierto; pensó con tristeza que Berrondo sentía hacia él una rivalidad innecesaria que poco ayudaría en tan difícil trance.

—Tienes razón, es cierto, pero Lugo está muy lejos. Palas de Rei está más cerca. O Chantada… Y si no han sido atacadas, nuestro deber es avisar, no podemos dejarlos a su suerte. Además… —y Assur calló. Se dio cuenta de que de nada serviría exponer en voz alta sus dudas sobre la capacidad de Berrondo, no creía que pudiese aguantar dos o tres días de dura marcha sin comida ni tiempo para descansar.

Ante el silencio de Assur, el hijo del sayón volvió a hablar.

—¿Y quién nos avisó a nosotros? ¡Nadie! No; debemos ir hacia Lugo. —El tono de Berrondo iba creciendo en intensidad, quizá por miedo a que le negaran la razón dada, o quizá por miedo a deambular por aquellas tierras haciendo de heraldos cuando lo único que él quería era refugiarse.

Assur seguía sin pronunciarse, indeciso y preocupado.

—Además, ¿qué vamos a hacer con la niña? —añadió Berrondo refiriéndose a Ilduara con la misma falsa superioridad que ensayaba tan frecuentemente.

Ilduara, si se enteró del comentario, no se dio por aludida, y siguió prestando su atención al lobo, que, echado sobre su espalda, disfrutaba de la atención recibida. Assur siguió callado, valorando sus opciones.

—¡Vámonos a Lugo! —insistió Berrondo con tozudez.

Assur lo ignoró y se acercó hasta donde Ilduara y Furco. El pequeño período de inactividad había hecho aflorar dolores escondidos, y todos sus músculos protestaban pese a su juventud y fortaleza. Esos pocos pasos fueron más propios de un anciano que de un muchacho.

—Ilduara, pequeña —le dijo Assur a la niña con voz queda agachándose a su lado —. ¿Estás bien? —Ante el mudo gesto de asentimiento se decidió a seguir. Ilduara lo miraba solo de reojo, curiosamente concentrada en las caricias con las que Furco disfrutaba—. No sé qué hacer… No le falta razón, pero no creo que lleguemos a Lugo… ¿Tú te acuerdas de Julián? El mozárabe de Toledo, al que le compramos a Calesa cuando Ezequiel empezaba a hablar…

—Sí, sí que me acuerdo…

La niña había contestado con voz rasposa, pero al menos había hablado, y Assur dejó escapar una sonrisa indulgente.

—Ya sé que estás cansada, pero no podemos pararnos. —Assur suspiró y se apartó un mechón de pelo sucio que le cayó frente a los ojos—. No podemos… Mira, no creo que seamos capaces de llegar a Lugo. Está demasiado lejos… Pero puede ser que los normandos también hayan atacado Ludeiro. ¡No podemos saberlo! —El muchacho se puso en pie sacudiendo su brazo dolorido con gestos enérgicos—. Me he devanado los sesos y creo que lo mejor es que nos separemos…

—¡No! —negó la niña con más energía de la que había demostrado desde primera hora de la mañana.

A Assur se le partió algo dentro al ver el miedo tan intensamente reflejado en el rostro de la pequeña.

—Tranquila. Solo será por un rato. Mira, no quiero arriesgarme a que te pueda pasar algo —dijo el muchacho agachándose de nuevo junto a la niña, que, habiendo dejado de acariciar a Furco, lo miraba intensamente—. La casa de Julián está un poco antes del pueblo. Yo me acerco hasta allí, y si todo está en calma le pediré ayuda. Estoy seguro de que nos acogerá, además, así podré avisarlos del peligro que corren. Si no los han atacado, y yo creo que no… En esta orilla del río y… creo que los normandos se han quedado al norte, los que nos seguían no quisieron cruzar… Bueno, si todo está bien, una vez con Julián, podremos pensar en dirigirnos a Lugo, o quizá a Compostela…

—Pero, y si… y si los han atacado, ¿qué pasa entonces?

—Pues que vuelvo aquí corriendo y nos moveremos por nuestra cuenta. No tenemos nada que perder —aseguró el zagal.

—Sí, sí que lo tenemos. ¿Y si te cogen?… ¿Y si están allí y te atrapan? —dijo la niña expresando sus peores temores.

Assur no podía dejar de admitir que la niña tenía razón, sin embargo, aquel plan le parecía la forma más razonable de continuar avanzando.

—No te apures, me llevaré a Furco. Él me defenderá, además, seré muy sigiloso… Ya sé que pueden estar allí, de modo que tomaré precauciones. Haré lo mismo que cuando acompaño a padre de caza… Saldrá bien.

—¿Estás seguro?

El muchacho no lo estaba, aunque se dio cuenta de que su hermana necesitaba que se lo reafirmase igualmente.

—Sí, lo estoy… En el peor de los casos estaremos como ahora, los tres solos. Y en el mejor podremos comer algo caliente y contar con la ayuda de los hombres de Ludeiro. —Assur estuvo tentado de añadir que también tenía la esperanza de que los hombres del pueblo lo ayudasen a regresar a Outeiro, a intentar rescatar a sus padres y hermanos. Además, Assur se sentía desbordado por todo lo que estaba pasando; ansiaba que un adulto se hiciera cargo de la situación; la responsabilidad por las decisiones tomadas le pesaba como una enorme losa—.Vamos, tenemos que buscarte

un buen escondite mientras yo me acerco a casa de Julián.

Separarse de Ilduara había sido más duro de lo que esperaba, pero Assur ansiaba creer que el plan que había ideado era la mejor solución posible. Le hubiera gustado poder preguntarle a padre, o a Sebastián, que era el mayor. Pero no estaban allí para ayudarlo y las dudas lo atenazaban.

Habían buscado un buen escondite hasta que la mañana decayó. Rechazaron varias opciones, algunas de ellas por las quejas de Berrondo, y se decidieron por el hueco natural entre las grandes rocas de un caos de berrocal; convencidos de que serviría. La vegetación crecida: tojos, zarzas y sauces caprinos, escondía la parte baja de las grandes moles graníticas, salpicadas por desgreñados musgos de largas hebras. Los enormes tolmos de roca gris despuntaban por entre el manto verde como si se asomasen tímidamente y, entre dos de los más grandes, apoyados precariamente el uno en el otro, un deforme arco natural dibujaba un vano que se prolongaba hasta la base de una tercera roca. El espacio resultante creaba un refugio natural y, aunque la bóveda que formaban las piedras no tenía mucha altura, era lo suficientemente amplio como para que Berrondo e Ilduara se escondiesen. Prueba de ello eran la tierra compactada del suelo y los cenicientos restos de fogatas que habían dejado tras de sí los pastores o peregrinos que lo habían usado con anterioridad. Lugares como ese los había utilizado el propio Assur cuando alguna tormenta lo había sorprendido con el ganado.

Ilduara, cansada y dolorida, se había sentado a regañadientes en la oquedad aprovechando el montoncillo de ramas de jara que alguien había abandonado tras de sí. Antes de dejarla allí Assur se hizo con un buen puñado de moras de las silvas de los alrededores y se lo entregó a su hermana rogándole que comiese algo. Luego le prometió que regresaría lo antes posible. La pequeña, queriendo fingir una entereza que no sentía, se entretuvo enredando sus dedos en los pocos rastrojos que, a modo de zócalo, cubrían escasamente la base de las piedras.

En cuanto al hijo del sayón, Assur había llegado a proponerle que lo acompañase. Sin embargo, Berrondo había sugerido que era mejor que se quedase atrás vigilando a la niña. Assur supo al momento que era solo una excusa para tomarse un descanso y quedarse a cubierto, pero no insistió.

Y ahora Assur caminaba cansinamente hacia el sur intentando mantener sus sentidos alerta y orientándose con la vista de Picolongo.

La tarde comenzaba llenándose del calor acumulado en la mañana. El sol, de frente, dejaba ver a contraluz nubes de polen y el vuelo de algunos insectos. De forma malsanamente contradictoria el día se mostraba a sí mismo espléndido, una soleada jornada de otoño en la que los bosques lucían verdes que se apagaban y el aire se llenaba de suaves aromas de flores tardías.

Furco, presintiendo el desánimo de su amo, caminaba tranquilo a su derecha,

alzando la cabeza de tanto en tanto y mirando con sus vivos ojos amarillos el rostro preocupado de Assur.

El muchacho, a pesar del cansancio y el cuerpo dolorido, se obligó a reaccionar; dejó a un lado los pensamientos sobre su hermana y el resto de la familia, haciendo un esfuerzo procuró no recordar el aroma del pelo de mamá cuando se lo lavaba, y se concentró en lo que debía hacer. Varió el rumbo para tener la brisa a un costado y caminó un tanto agachado, buscando la protección de las zonas más cerradas del bosque. Sabía que el rodeo iba a retrasarlo, pero quería tomar todas las precauciones necesarias.

Juzgando la posición del sol, Assur calculó que no faltaba mucho para la hora nona, y se obligó a acelerar el paso en lo posible; siendo consciente de que tendría que regresar a por Ilduara con tiempo de sobra como para que la vuelta a Ludeiro pudiera hacerse antes de la caída de la noche. Ascendía paralelo al Peizal, un riachuelo que se escurría de las laderas de Picolongo y de cuyas fuentes bebía el pueblo.

Por lo que Assur recordaba, el hogar de Julián era la primera de las viviendas de Ludeiro que se encontraría en la dirección que llevaba. El mozárabe, al que todos consideraban rico, había traído consigo fondos suficientes como para hacerse una gran casa de piedra con abundantes piezas y un negro enlosado de pizarra que, destacando entre la floresta, fue lo primero que distinguió Assur.

El zagal se tomó su tiempo antes de acercarse, escuchando con atención y observando cuanto había a su alrededor. Se movió con estudiado cuidado y, temiendo que Furco se exaltase de nuevo si es que había extraños cerca, le ordenó que lo esperase junto a un enorme roble que lindaba el fin del bosque.

El lobo, que se había inquietado un poco, no quiso obedecer hasta que el chiquillo lo obligó empujando su costado con las manos y tumbándolo. El animal entendió la orden y se quedó quieto, pero volvió a levantarse aventando el aire con repetidas inspiraciones. Assur lo conocía lo suficiente como para saber que algo había llamado su atención, pero lo instó de nuevo a obedecer.

—Quédate aquí. Quieto —le mandó severamente Assur con la palma de la mano en alto, y el lobo, finalmente, aceptó su autoridad de mala gana.

Empezó a caminar con cuidado y calma, pero una terrible intuición invadió al niño muy pronto. No pudo evitar apurar el paso. Solo se oía el canto eventual de algún petirrojo. Rodeaba ya la casa buscando la entrada principal cuando el olor lo azotó por primera vez. Lo conocía perfectamente.

A veces alguna res tenía un traspié. O una oveja se quedaba atrapada en un lodazal. Era el mismo tufo punzante y, aun así, la vista del cadáver le sorprendió.

Lo reconoció porque llevaba el mismo chaleco de cordobán repujado que había visto cuando él, Sebastián y padre habían comprado a Calesa. Era una prenda lujosa y

escasa en aquellas tierras del norte y Assur recordaba con claridad lo extraño que le había resultado que su padre, cubierto con humildes ropas de lana basta, comprase una res a un hombre tan ricamente ataviado. Probablemente el mismo Julián y el padre de Berrondo eran los únicos en los alrededores, además del propio conde, con posibles como para tener una prenda así.

Estaba de espaldas, con las piernas desmañadas en una postura muy poco natural, y solo uno de sus brazos doblado bajo el pecho en un gesto que hubiera sido incómodo. En el otro costado solo quedaba un desgarrado muñón sanguinolento justo por encima de la articulación del codo. El miembro cortado estaba unas varas más allá, con el puño inútilmente cerrado en torno a una sencilla daga.

Grandes moscardones verdes zumbaban atraídos por la peste que había dejado la muerte tras de sí, y cuando Assur fue capaz de levantar la vista del cuerpo inerte de Julián, descubrió que no era el único.

Entre el núcleo de Ludeiro y la casa del mozárabe mediaba una explanada verde que había sido deforestada tiempo atrás para dar una falsa sensación de continuidad al pueblo. De haber sido un día como cualquier otro de los que Assur había vivido, solo un par de árboles hubieran roto la monotonía de la hierba adornada de helechos. Ahora, en aquella planicie se distinguían manchas de bordes difuminados por los tallos de grama y llantén. Y el muchacho, intimidado por lo que adivinaba, no fue capaz de sentirse agradecido porque los detalles de la matanza se escapasen de sus ojos.

Por algún motivo las viviendas de Ludeiro no habían sido pasto de los fuegos de los nórdicos, pero, por lo que Assur podía intuir, no habían dejado alma alguna que se pudiese aprovechar de aquella circunstancia. El muchacho no sabía cuántos habían sido los habitantes del villorrio, sin embargo, a medida que con pasos cansinos se acercaba al grupo principal de casas, los muertos le parecieron incontables.

Assur se movía inquieto, evitando mirar fijamente los cuerpos inertes, girando la cabeza como un pajarillo asustado, procurando impedir que su mente guardase entre sus recuerdos aquellas imágenes cruentas. Ni siquiera se atrevió a gritar. No sabía qué posibilidad lo asustaba más, que contestase algún moribundo o que no contestase nadie.

Impresionado por la masacre que lo rodeaba, Assur tardó en caer en la cuenta. Los normandos también estaban en la orilla sur del Ulla…

Una vez más en aquel interminable día, salió corriendo como alma que llevase el diablo y solo perdió resuello para dar un largo silbido con el que llamar a Furco a su lado.

En cuanto lo volvieron a esconder los bosques que rodeaban Ludeiro, se arrepintió de lo que había hecho. Se sentía culpable por no haber intentado ayudar a algún posible superviviente. Pero recordar que Ilduara se había quedado atrás había

disparado los resortes de sus piernas. Lo que le llevó a sentirse aún peor por no haber sido suficientemente previsor como para buscar algo de comida que llevarle a la pequeña. Y también algo de ropa de abrigo. Sin embargo, la sola posibilidad de perder también a la risueña Ilduara le había sorbido los sesos. Se sentía confundido y lleno de culpa, pero ya solo existía una prioridad: reencontrarse con su hermana.

El camino se le hizo eterno, el sol parecía moverse con la rapidez de un halcón. Y para empeorar la situación, las piernas le pesaban como hechas de plomo. Y los pulmones le ardían. Su cuerpo se extenuaba y su mente comenzaba a desvariar. Sintiéndose culpable por hacerlo, buscaba excusas para perdonar sus errores. Intentaba convencerse de que aunque los normandos estuvieran esquilmando también la orilla sur, eso no suponía que hubiesen encontrado a la pequeña Ilduara.

Corría sin tomar las precauciones que se había procurado en el trayecto de ida. Aunque se sabía mucho más expuesto, prefería correr ese riesgo a retrasarse todavía más. Tanta era la diferencia que ya podía ver algunos de los desbaratados tolmos de piedra del berrocal donde se había quedado la niña.

—¡Ilduara!… ¡Ilduara!

Quiso oír lo que no se podía oír. Nadie contestaba.

—¡Ilduara! ¡Linda dama!

La abertura de la oquedad entre las grandes moles de granito en la que se había escondido la pequeña estaba a unos pocos pasos más. Ya solo tenía que dar la vuelta.

—¡Linda dama! —gritó forzando una sonrisa de anticipación en un rostro tenso y contraído.

Estaba vacío. No había nadie. No estaba Ilduara. Y tampoco el hijo del sayón. Furco olisqueaba contento el interior de la cavidad, reconociendo el olor familiar de la pequeña y demostrando ansia por verla.

Assur caminaba en círculos mirando en todas direcciones. Al principio no lo vio, pero poco después los signos le resultaron evidentes; las ramas rotas, los rastrojos pisoteados. Se desesperó y empezó a correr erráticamente, dando bruscos cambios de dirección de un lado a otro. Se alejó rodeando las gigantescas rocas con una amplia vuelta.

Tenían que haber sido los normandos, grandes huellas eran testigos mudos de las botas de los nórdicos.

Intentó seguir el rastro, caminó y caminó, pero el tiempo se le agotaba y el día tendía hacia su inevitable final ciñendo sus posibilidades con un apretado bozal. Cuando creía haber encontrado la pista auténtica, pronto lo acometía la desilusión porque perdía las huellas o descubría que se había equivocado y que se trataba de un paso de ganado. Furco, leal, no se despegaba de sus talones. El lobo, sin entender lo que sucedía, iba tras su amo y obedecía, y aunque Assur intentó varias veces hacer que siguiera el rastro de la pequeña, no llegó a conclusión alguna, la pista se diluía

antes o después en pasos demasiado concurridos, o cuando alcanzaban la orilla del Ulla o de cualquier otro arroyo. En una ocasión había encontrado la inconfundible pisada de uno de los finos borceguíes de Berrondo, pero nada más que le asegurase qué dirección seguir.

Cuando el ocaso comenzaba a amenazar con cubrir toda posibilidad de seguir el rastro de Ilduara, el muchacho decidió regresar hasta el berrocal antes de que la oscuridad se lo impidiese. Desesperado por la inseguridad que sentía, deseaba empezar a buscar desde allí mismo con el nuevo día, una vez más.

Cuando llegó hasta las rocas estaba exhausto, desmadejado. Y por encima de todo, confuso y aturdido. Entró a resguardo entre las piedras y dio vueltas sobre sí mismo incrédulo. Seguía sin poder aceptarlo.

En el interior del hueco que dibujaban las grandes piedras uno de los últimos rayos de luz del día se colaba por un resquicio. Un brote de cardo que crecía solitario entre las sombras del suelo de tierra, pegado a una de las paredes, quedó patéticamente iluminado. Prendida en sus pequeñas espinas estaba la cinta de lino con la que Ilduara se sujetaba la trenza. Assur se la había regalado, la había comprado en la feria de Palas de Rei, el mismo día que, juntando lo poco que tenía, había conseguido sus preciados anzuelos.

Y la tensión se liberó rompiendo toda la entereza que Assur había ido atesorando durante el día. Cayó al suelo de rodillas y violentos sollozos lo acometieron.

Assur lloraba acurrucado en posición fetal, preso de convulsiones que pronto le hicieron hipar. Todo el dolor y las lágrimas contenidos se liberaron con la fuerza de una presa derrumbada por una crecida temprana.

Furco, sorprendido e incómodo, se mantuvo inicialmente a un lado, observando con recelo a su amo. Cuando se decidió a acercarse lo hizo lentamente, con la cabeza gacha buscando el rostro del muchacho y gimiendo interrogativamente, como si le pidiese permiso a Assur.

El niño no se dio cuenta de que el lobo se había acercado hasta que la lengua rasposa de Furco le lamió generosa las lágrimas que inundaban sus mejillas. Se abrazó al cuello del animal y este se dejó caer a su lado, sin cesar de lamer el rostro triste del muchacho.

Mientras el niño lloraba el lobo hizo guardia, y cuando la noche cayó, por fin Assur quedó vencido por el cansancio y el dolor. Se sumió en un sueño inquieto y ligero lleno de terribles pesadillas.

Y Furco le aulló a una luna que era poco más que una esquirla de plata en un cielo de azabache a medio cubrir por un velo de altas nubes oscuras.

Cuando Assur despertó el alba clareaba el horizonte. Fue confuso y doloroso. Sus músculos parecían no querer responder y el muchacho podía sentir en todos sus miembros las consecuencias del titánico esfuerzo del día anterior. A fin de asimilar lo

sucedido tuvo que esforzarse para abrir camino en una pesada somnolencia; le costó reconocer el lugar.

Y allí estaba la delicada cinta. Tan cerca como para apreciar restos de tierra y ceniza en el blanco difuso del basto lino. Prendida en las espinas transparentes de un cardo, revoloteaba lánguida por los remolinos de aire que se colaban desde la boca de la covacha. Todo regresó con malsana viveza, y el brillo de sus profundos ojos azules se destiñó con oleadas de pena.

Miraba a su alrededor cuando, hacia el fondo de la cueva, donde el día anterior había visto los restos de viejas fogatas, observó apilado un montoncito de ramillas verdes a medio quemar. Comprendió que Berrondo había intentado hacer un fuego.

Imaginó el humo escurriéndose entre las piedras a plena luz del día y, de pronto, supo cómo había desaparecido su hermana. Un odio insano le llenó el alma y una determinación nueva nació en su interior.

Cogió la cinta de lino con gestos bruscos y se la ató en la muñeca del antebrazo izquierdo, apretándola con los dientes y los dedos de la mano libre. Lleno de ese nuevo rencor, que no había conocido hasta entonces, dejó atrás el cansancio y el dolor.

—¡Furco! Ven. Vamos a buscar a Ilduara… Vamos a buscar a Ilduara y al malnacido de Berrondo —le dijo Assur al animal poniéndose en marcha.

Esperando la respuesta del lobo, y cuando ya se extrañaba de que no hubiera acudido a su encuentro, Assur se dio cuenta de los gruñidos del animal.

El vello de la nuca del muchacho se erizó. El recuerdo de la persecución de los nórdicos cobró vida. No podía verlo, pero sabía que el lobo tenía la misma actitud agresiva que tanto le había enorgullecido observar cuando los normandos les pisaban los talones.

—¡Furco! —llamó de nuevo al tiempo que salía de la cueva para encontrar al lobo a unos pasos de la entrada. Tal y como se lo había imaginado, el animal estaba listo para atacar.

—¿Es tuya esa mala bestia? —dijo alguien que Assur no vio.

El muchacho, en tensión, giró sobre sí mismo oteando los alrededores sin distinguir el origen de la voz.

—¡Chico! ¡Contesta!… ¿Ese montón de dientes tiene algo que ver contigo?… —La voz sonaba llena de sarcasmo cansado.

El chico, sin saber a qué atenerse, seguía sin contestar.

—¡Muchacho! ¿Estás bien?

Un ruido entre los árboles llamó la atención de Assur. Justamente en la dirección en la que Furco gruñía apareció un hombre que se aproximaba con ademanes cautos.

Era de mediana estatura, y destacaban en él los ensanchados hombros de alguien que llevaba años practicando el arte de la espada. Se movía con calma y seguridad.

Sus pies se elevaban lo justo para no susurrar entre la hierba. Tenía el rostro curtido, de fuertes rasgos marcados por huesos prominentes, y su cabello entrecano dejaba intuir la treintena. Llevaba un tabardo holgado de lana marrón que impedía distinguir más detalles, pero Assur se percató enseguida de que la manga izquierda había sido atada al antebrazo de modo que quedase pegada a la piel. En aquella mano el desconocido sostenía un arco a la altura de la cadera y, detrás, entre los pliegues del sobretodo, se veía el brillo metálico del arriaz de una espada que, colgando de un tiracol que le rodeaba el cuello, contrapesaba la aljaba para las flechas que pendía del lado opuesto. Con los fuertes dedos de la mano derecha el hombre sujetaba la cuerda encerada y el cabo del astil de una flecha. Parecía preparado para disparar en un abrir y cerrar de ojos si lo consideraba necesario. Y el muchacho no dudó de que lo haría, los verdes ojos del hombre se lo decían con su falta de expresividad.

Assur había visto hombres así cuando el conde, a instancias del rey, había convocado al fonsado para enfrentarse a los moros. Era un hombre de armas, un espadero. Y el muchacho sintió un repentino e inmenso alivio; sin poder evitarlo imaginó en un fugaz instante que aquel extraño sería portador de las soluciones a todos sus problemas.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el niño—. ¡Tiene que ayudarme! Mi hermana… —las palabras rebullían inquietas por el raciocinio de Assur y, aunque trataba de ordenarlas, no sabía cómo explicarse—, los normandos…, los normandos han desembarcado, han atacado mi pueblo, han matado a la gente de Ludeiro —Assur señalaba en todas direcciones en un esfuerzo por poner sentido a lo que decía—, y mi hermana… Se han llevado a mi hermana —dijo al fin moviéndose hacia el extraño—. Se la han llevado… ¡Tiene que ayudarme! ¡Es muy pequeña! ¡Ella no sabe…! ¡Tiene que ayudarme!

El hombre relajó un poco más su postura y dejó la flecha en el carcaj que colgaba de su costado mimando las suaves plumas.

—Hijo, cálmate, respira —respondió sin dejar de mirar al lobo—, ¿tu hermana?, ¿de qué hablas?

Por su parte, a Furco le había cogido por sorpresa la reacción de su amo ante el intruso. Dejó de gruñir y, ladeando la cabeza, miraba extrañado la escena sin saber qué hacer.

En un principio Assur fue incapaz de enlazar sus palabras coherentemente. Tenía tanto por decir que todo se atropellaba antes de salir por su boca. Sin embargo, tras esas vacilaciones iniciales, la paciencia del extraño rindió sus frutos y, con escuetas preguntas, el recién llegado consiguió entender la historia entrecortada del muchacho.

—Mi her… mi hermana… ¡y mi familia… Sebastián, Zacarías, el pequeño Ezequiel. Hablo de ellos —dijo Assur con la voz tomada—, tenemos que hacer algo… ¡Algo!

El hombre creyó entender; había visto demasiado y, para su desgracia, sabía, casi con toda seguridad, lo que le habría pasado a la niña. Su rostro se contrajo en una mueca austera y sintió como se le encogía el alma, sin embargo, aunque no lo hubiese admitido, y a pesar de que era lo último que deseaba, se apiadó del niño sintiendo en su pecho un calor que creyó que los años habían borrado.

Intentando calmar al pequeño, el hombre lo instó a sentarse a la entrada del refugio de piedra y, en breve, Furco aceptó la situación. El lobo, suspicaz como siempre, se había acomodado al lado de su amo y permanecía con la cabeza erguida, atento a los movimientos y la voz de aquel extraño. Evidentemente preparado para defender a Assur si aquel hombre tenía un gesto impropio.

—Entonces, ¿vamos a buscar a Ilduara? —preguntó ansioso el muchacho en cuanto hubo finalizado su relato.

—Hijo…, vayamos por partes, en primer lugar, ¿cómo te llamas? —dijo el adulto intentando racionalizar la conversación y darle un principio coherente.

—Assur. Me llamo Assur…, hijo de Rodrigo —añadió finalmente.

—Bien, entonces, Assur Rodríguez… —concluyó el hombre no sin cinismo.

—En realidad, casi siempre nos han conocido como Ribadulla —explicó Assur reprochándose inmediatamente por perder el tiempo con nimiedades.

—Sea, Assur Ribadulla —concedió el hombre—. Pues ante ti…

—Y este es Furco —interrumpió el muchacho ansioso al tiempo que palmeaba el cogote del lobo.

El hombre, reuniendo su paciencia en un corral cerrado, sonrió con aire paternalista, comprendiendo la urgencia del niño por incluir a su animal en las presentaciones.

—¿Furco? —preguntó perdiendo el hilo de la conversación.

Assur levantó el mentón en un gesto de orgullo y, extendiendo su mano derecha al frente, sujetó el pulgar con el índice dejando los otros tres dedos estirados.

—Furco. Medio palmo. Era muy pequeño cuando lo encontré… Lo tengo conmigo desde que era un cachorro. Es un lobo, un lobo de verdad —aclaró el muchacho con cierta ínfula.

—¿Un lobo? Ya me había parecido, ahora me explico por qué parece tener el humor de una indigestión de berzas fermentadas… —Arrepentido casi al instante por haber banalizado la conversación, el adulto intentó recobrar el hilo—. Bueno, dejemos eso… Yo soy Gutier de León y soy infanzón al servicio del conde Gonzalo Sánchez, por orden del cual estoy aquí…

—¿Por los normandos? —interrumpió Assur emocionado—. ¿Guiais una leva? ¿Han llamado al fonsado?… ¿Hay más hombres? Vamos, llamémoslos… No hay tiempo, tenemos que rescatar a Ilduara. —Assur se había puesto en pie, excitado y ansioso—. E ir a mi pueblo, hay que ayudar a toda esa gente… Y Berrondo, también

hay que rescatar a Berrondo. Es… es… Bueno, no importa, hay que rescatarlo también.

Gutier se recordó a sí mismo que debía mantenerse al margen. Pero no pudo.

—Muchacho, cálmate —dijo con un tono de voz suave que seguía arrastrando cierto cinismo—. Estoy aquí solo, no he venido para…

Ante el gesto compungido del niño, Gutier, arrepintiéndose incluso antes de abrir la boca, decidió entrar en más detalles.

Assur, cariacontecido, palmeaba el lomo de Furco mirando al suelo.

Y Gutier habló.

Sabiendo como sabía la suerte que podían haber corrido la hermana y la familia del niño, se sintió en la necesidad de excusarse. Acababa de ver el horror sembrado por aquellas bestias, sin embargo, el crío tendría que comprender que, antes incluso de enfrentarse a los terribles ataques normandos, el reino, titubeante, divido y peligrosamente indefenso, debía recomponerse a sí mismo.

Tiempo atrás, en vida del implacable Ramiro II, las cosas habían sido muy distintas, el severo monarca había exprimido las defensas de los mahometanos llevando las fronteras cristianas hasta más allá del río Duero. Todo el poder del clero y la corte había sido contenido en el inflexible puño del rudo monarca y el reino había conocido la prosperidad gracias a la ambición de la corona. Sin embargo, tras morir el viejo rey, sus herederos se habían dividido y una sucia retahíla de intrigas de sacristía y palacio había comenzado.

Pero antes de que la corte se desmoronase habían sido años felices y Gutier aún podía recordarlos. Segundo de los hijos varones de uno de los zabazoques más renombrados de la ciudad, el infanzón había nacido en la reconquistada León, convertida en aquellos días, tras ser arrebatada a sangre y fuego a los sarracenos, en uno de los baluartes cristianos de la península ibérica. En aquel entonces, la villa contaba no solo con su propio obispado, sino también con agua tomada del Bernesga y un alfoz en el que florecían pequeños propietarios y comerciantes; tanto era así que había llegado a robarle la corte a Oviedo, la antigua capital que levantara el rey Casto siglos antes, al comienzo de la resistencia cristiana.

Incluso se había vuelto a instaurar un mercado semanal. Y cada cuarta feria, el día que los hombres de la *Legio VII gemina* que habían fundado la ciudad dedicaban a Mercurio, el interior de las murallas de León quedaba abarrotado por vendedores, buhoneros, campesinos y caldereros; y, desde bien pequeño, Gutier había acompañado a su padre a los bulliciosos puestos de abasto, donde lo ayudaba con sus tareas oficiales, disfrutando especialmente con las pesadas de los cobros.

Como en los últimos dos siglos los monarcas cristianos habían estado demasiado ocupados defendiendo su libertad como para acuñar moneda propia, en los pagos que calibraba el padre de Gutier se pesaban mezclados denarios romanos, trientes godos,

sueldos galicanos llegados desde más allá de los Pirineos, y hasta dírhems moros que traían consigo los mozárabes emigrantes. Y el hijo del zabazoque miraba ensimismado los platillos de la romana de su padre intentando adivinar los caminos que aquellas monedas habrían recorrido, las manos por las que habrían pasado. Cada perfil, cada cuño y cada símbolo le resultaban evocadores, y su infancia se había llenado de sueños en los que tanto podía ser un centurión romano como un invasor visigodo.

De aquellos intereses, atenta siempre a quien pudiera destacar en una carrera eclesiástica, se había percatado doña Gonza, la recién nombrada abadesa del monasterio de San Miguel Arcángel. Y siempre que la monja acudía al mercado para vender las conservas y dulces que producía su congregación, le prestaba atención al inquisitivo hijo del zabazoque. La piadosa mujer, encantada con el carácter despierto del muchacho, había intermediado ante el adjutor de San Justo de Ardón, que era además maestro de novicios del cenobio. Y así, tras la pertinente donación, Gutier se había vestido de hábito para mayor solaz de su familia y de la abadesa, segura de haber incorporado a la Iglesia un siervo llamado a grandes logros.

Una vez en el monasterio, el muchacho había descubierto pronto algo mejor aún que las monedas o las explicaciones de doña Gonza, los libros. Y el pequeño Gutier había aprendido rápidamente a escamotear a sus rezos y obligaciones ratos en los que poder curiosear entre las sonrisas de los frailes del *scriptorium*. Allí, además de los comentarios a los evangelios de San Agustín y de Casiodoro, también encontró textos que le permitieron peregrinar a mundos desconocidos para él hasta entonces, como los poemas de Virgilio, o fragmentos de una sobada geografía de Estrabón. Halló respuestas a preguntas viejas y nuevas, propias y ajenas; conoció la teología, el latín y rudimentos de matemáticas. Y, entre aquellos muros, en la paz del cenobio, Gutier aprendió a amar el conocimiento.

Encantado con su suerte, el joven novicio había esperado ansioso el devenir de los años, deseando, si a bien lo tenía el abad, convertirse en iluminador.

Sin embargo, aquella fortuna se había quebrado dolorosamente. Un inesperado accidente con una carreta de bueyes repleta de sacos de trigo había dejado a Gutier huérfano de padre y con un hermano mayor tullido. El muchacho se había visto obligado a abandonar su vida contemplativa y asumir la responsabilidad de una madre viuda, un hermano impedido y cuatro hermanas demasiado pequeñas como para poder aportar algo más que sencillos bordados a los fondos familiares.

Su madre, compungida y abrumada, había intentado ayudar para evitarle el mal trago a su hijo. Junto a las pequeñas empezó a cocer pan para vender en el mismo mercado del que su esposo había sido inspector. Pero el aporte adicional de poco habría servido en cuanto pasaran unos meses y las rentas adelgazasen. Finalmente, apurados por los prestamistas judíos, habían descubierto las deudas desconocidas que

el zabazoque había dejado por culpa de los dados, y al joven leonés solo se le había ocurrido una salida.

Desde la crucial batalla de Simancas, en la que cayeran las tropas del califa Abd al-Rahman III, los jinetes cristianos eran tenidos en alta estima por toda la nobleza, y era habitual entre los villanos aspirar a convertirse en caballeros al servicio del rey. Ese había sido el camino elegido por su hermano, que, antes del accidente que lo lisiara, había entrado al servicio de un noble con la esperanza de medrar como soldado de fortuna. Así, heredando del primogénito un morcillo paticorto, unos arreos baratos y armas herrumbrosas, terminó Gutier al servicio del conde Sancho, sustituyendo a su hermano en el juramento prestado.

Los primeros años resultaron, además de confusos, duros y aterradores. Gutier hubo de aprender el uso de las armas a base de fracasos, y no le habían faltado ocasiones en las que dar gracias a Dios por haber salvado el pellejo ante el moro por pura providencia divina.

Gutier, resignado, añorando la feliz vida del monasterio, sufrió los horrores de la violencia y manchó de sangre su conciencia. Y con el tiempo, sin pretenderlo, con el solo mérito de haber sobrevivido donde otros habían perecido, llegó a convertirse en uno de los hombres de confianza del conde; e incluso reconoció las virtudes de la camaradería y el honor.

Poco a poco la fortuna comenzó a sonreírle. Cobró porcentajes de botines de guerra y saqueos, y pudo garantizar el bienestar de su madre y asegurar a sus hermanas dotes generosas para acordar casorios adecuados.

Luego, cuando ya empezaba a soñar con retirarse a la paz del monasterio de Sahagún y recuperar algo de lo que había perdido, el Señor puso ante él, de nuevo, tortuosos caminos que recorrer. El conde Sancho murió y su heredero, Gonzalo Sánchez, tomó a Gutier, hombre ya curtido, como el preferido de entre los infanzones a su servicio. Y, para su desgracia, el infanzón, cínico y resabiado, pronto descubrió que, de todas las virtudes del padre, el hijo no había heredado más que el título.

Murió también el viejo rey, conquistador de los valles al sur del Duero, y el joven conde Gonzalo, ambicioso como ningún otro, decidió aprovecharse de aquellos tiempos inciertos y, como muchos otros aliados que encontró entre la nobleza, se valió de la incipiente debilidad de la corona para sembrar cizaña y cosechar abundante mies.

Un inacabable rosario de candidatos al trono, apoyados por distintas facciones de la nobleza y el clero, pelearon durante años creyéndose cada cual el único con derechos a la corona y surgió una rápida sucesión de monarcas y herederos que habían subido y bajado del trono como si el regio asiento quemase sin que ninguno de ellos llegase a ser respetado por el vulgo, que se había referido a sus efímeros reyes con sobrenombres como los de Ordoño el Malo o Sancho el Craso.

Y fue, precisamente, en los días en que el obeso Sancho había ostentado la discutida corona, cuando los cabos entre la Iglesia y el trono se tensaron hasta estar a punto de romperse, como una driza deshilachada en un vendaval. Fueron tiempos convulsos en los que Gutier, sin otro remedio que enranciar sus disgustos ante los pocos escrúpulos de su señor, se vio inmerso en sucias conspiraciones que habrían de marcar los años venideros.

Esperando sustituir al gordo rey Craso por otro heredero que les fuera más propicio, un elenco de nobles entre los que se incluía el señor de Gutier se alió con el todopoderoso Fernán González, conde de Castilla y señor de Lara, que ya había intentado arrebatar el trono de León en más de una ocasión a través de matrimonios de conveniencia y oscuras alianzas. Cerrado el pacto tras elegir a un candidato al trono, la facción nobiliaria había presionado a los obispos a fin de que extorsionasen al pusilánime rey obeso hasta que su poder languideciese.

Gutier en persona había llevado recado a la floreciente Compostela, los nobles harían generosas donaciones para la ciudad del apóstol si el obispo Sisnando conseguía debilitar la corona lo suficiente como para poder aupar hasta el trono al candidato elegido por la nobleza.

Y el rey craso tuvo que ceder, ante su pueblo no podía negarle el favor a la villa que albergaba las veneradas reliquias que tantas riquezas aportaban al reino gracias a los peregrinos; así, el prelado, favorecido por las presiones del señor de Lara en la corte, había obtenido fondos y permiso para ejercer una leva con la que reforzar sus dominios ante posibles ataques de moros o normandos.

En unos pocos meses, incluso excediéndose en su cometido al juicio de los nobles, el obispo Sisnando había exprimido la voluntad de sus feligreses para mayor gloria de la Iglesia y ridículo de la corona. Desoyendo las peticiones de mesura que llegaban de la corte, el prelado había levantado torres de defensa en las desembocaduras de los ríos Ulla y Tambre, había construido una enorme empalizada que cercase la debilitada muralla de la ciudadela compostelana; y, como medida extrema, había cavado un gigantesco foso rodeando la aglomeración de viviendas que crecía en torno al *Locus Sancti Jacobi.* Aprovechando para sí y su obispado la oportunidad, Sisnando organizó sus territorios como si no dependiesen de la corona y extendió rumores malsanos sobre independencia con los que encorajinó a la nobleza que le era cercana a la corte.

Sin embargo, la plebe, airada por tantos trabajos, aupada por los nobles contrarios al señor de Lara, se soliviantó por los abusos del obispo y elevó quejas a la corte que fueron secundadas por ciertos terratenientes; lo que le había servido de excusa al presionado rey para arrebatarle la cátedra episcopal a Sisnando y ponerla en manos de un tal Rosendo, que había sido ya obispo en Mondoñedo y tenía fama de santo en vida. Contentando a unos, disgustando a otros y enfureciendo al conde Fernán

González, que había recibido la noticia de labios del propio Gutier, enviado hasta los dominios de Lara como correo por el conde Gonzalo.

Sisnando, privado de su dignidad, acabó preso; sin embargo, hubo quien pensó que nada podía haber mejor que un obispo que debiera favores. De modo que, deseando controlar la corte, los nobles aliados con el conde de Lara urdieron una supuesta tregua que había de tratarse en la fortaleza de Castrelo de Miño y le tendieron una trampa al rey.

El conde Gonzalo, que tenía a su servicio a un médico hebreo experto en herboristería, había tenido la idea. Y Gutier había sido el encargado de escamotear el veneno salido de la botica del judío con el que, tras burlar a la guardia real apostada en la fortaleza de Castrelo, se había emponzoñado la cena del monarca. Víctima de la ambición de los nobles, el rey Sancho el Craso agonizó largamente con las tripas enredadas, presa de terribles retortijones.

Muerto el rey, una nueva batalla por la sucesión había comenzado y, mientras los distintos bandos nobiliarios discutían, Gutier había recibido otro encargo. El infanzón, acompañado de unos cuantos hombres de las mesnadas del conde Gonzalo, había cruzado el reino a uña de caballo y liberado a Sisnando para, tal y como querían los nobles acaudillados por el señor de Lara, llevarlo a Compostela y ayudarlo a recobrar su obispado.

Así, Rosendo, que apenas había tenido tiempo de disfrutar de su dignidad episcopal, sin poder contar con el apoyo del monarca fallecido, presionado por la sombra armada de Gutier que guardaba las espaldas de un airado Sisnando, había abandonado la ciudad del apóstol.

Como resultado, a pesar de que Sancho el Craso había conseguido, antes de ser envenenado, que sus acólitos entre la nobleza apoyaran a su pequeño hijo Ramiro en la sucesión, la parte del poder nobiliario que le era contraria había podido equilibrar la balanza colocando a alguien de su interés en la importantísima sede episcopal de Iria Flavia, la más rica de todas, la que controlaba Compostela.

Después de años de disputas la corona había recaído en la testa de un niño que atendía las audiencias jugando con la espada de su ayo, e inevitablemente, la integridad del reino había comenzado a cuartearse, resquebrajada por hendiduras capaces de engendrar funestos vaticinios.

Como si las disputas de las regentes no fueran suficientes, los mahometanos, oportunistas, habían enviado desde Córdoba una presuntuosa embajada con la que ridiculizar las pretensiones de la débil corona y constatar la sempiterna amenaza del islam, acantonado en el sur de la península. Y, mientras los nobles se enviaban mensajes codificados y la Iglesia se resquebrajaba, los normandos habían atacado de nuevo, con más fuerza que nunca.

Habían llegado rumores, aquellos demonios del norte habían remontado el Ulla y

Compostela había estado a punto de sucumbir. El obispo Sisnando, quizá queriendo dejar constancia de que había vuelto a hacerse con las riendas del obispado, imbuido por las obligaciones guerreras que las antiguas leyes godas exigían de sus prelados, seguro de que el niño rey no reaccionaría, fue el primero en contraatacar. Sisnando había corrido a enfrentarse a los invasores nórdicos en cuanto tuvo noticia de que habían penetrado por Juncaria, burlando las torres de vigilancia que él mismo había levantado en la ría del Ulla unos años antes. Sin embargo, de nada le sirvió al rebelde obispo todo su arrojo. Al poco de entrar en batalla, a unas millas al sur de Compostela, Sisnando fue muerto por una flecha normanda en el sitio de Fornelos durante la Cuaresma de aquel año de nuestro Señor de 968. Y el miedo se extendió como lumbre en la yesca.

Y con la llegada del otoño, entre cuchicheos pronunciados bajo expresiones compungidas bajo el peso del miedo, las cuadrillas para la zafra abandonaban los campos impulsadas por las noticias que llevaban los vientos.

Había que confirmar aquellos rumores y, bajo las órdenes del conde Gonzalo Sánchez, Gutier había partido desde las tierras del noble al borde de los montes bercianos. Marchaba solo, con la encomienda estricta de pasar desapercibido, y dos eran sus cometidos: en primer lugar, dar por ciertos los vanos rumores sobre la muerte de Sisnando y, de verse confirmados, enterarse de los movimientos de Rosendo; en segundo lugar, averiguar cuanto le fuese posible sobre las huestes normandas, efectivos, barcos, posición y cualquier detalle que pudiese ser de ayuda. El conde Gonzalo y sus compinches, conscientes de que antes o después habría guerra, necesitaban saber a qué atenerse; ya que, y Gutier tenía la certeza, no se moverían a no ser que se sintieran ganadores; si les convenía, incluso dejarían campar a los normandos a sus anchas; o comerciarían con ellos sin más, pues solo el afán por la plata de los nórdicos era comparable a su sed de sangre.

El infanzón, eficiente como siempre aun a pesar de su desagrado por la tarea, había apurado al máximo el ritmo de su trote y, aun evitando las calzadas romanas, cubrió cien millas de montes y valles de bosques cerrados en apenas cuatro días. Durmiendo al raso sin encender fogatas que lo delatasen y permitiéndose el único lujo que le brindó una liebre despistada al cruzarse con él al tercer día. Harto de cecina reseca y pan duro, había buscado un refugio en el que poder comer caliente. Encontró un hueco entre enormes berruecos donde esconder el resplandor del fuego, y se concedió una noche de descanso verdadero mientras digería los restos de liebre aderezada con romero, tumbado sobre una improvisada márfega de verdes ramas de jara. Sin poder imaginar que, en ese mismo lugar, solo unos días después, su vida cambiaría para siempre.

Había llegado a Compostela la mañana del quinto día, poco después de tercias, y pronto se dio cuenta de que los ánimos estaban soliviantados. El miedo de los

lugareños resultaba patente incluso en las escasas gentes que se cruzaba en las afueras. Todos parecían huir con los recuerdos de las recientes batallas frente a los normandos apretados en el cogote.

Gutier, embozado en su tabardo, había envuelto las armas en su loriga de cuero y las había dejado escondidas en un bosquecillo de jóvenes alisos, apenas unos cientos de pasos al sur de la gran empalizada que construyera Sisnando. Solo llevaba encima una daga escondida en la bocamanga y, tras haber desastrado su aspecto, consiguió parecer un simple peregrino.

Había traspasado el imponente cercado por el conocido lugar de Mazarelos, librándose de las preguntas de la guardia con las típicas excusas devotas del peregrino a las reliquias del apóstol, y había seguido hacia el norte por el empedrado de la rúa Novus.

Como buen soldado de fortuna, Gutier sabía que no había mejor sitio para tomar el pulso del lugar que las tabernas y, cruzando la rúa Villare, se revolvió en el laberinto de callejuelas y piedra hasta toparse con el callejón de la Rainha. En el aire se distinguían los olores de los platos preparados en las posadas y el profundo aroma del granito avejentado. Eligió la más lúgubre y oscura de las cantinas que vio, un tugurio apestoso cubierto por décadas de humo pegoteado de grasa que era conocido como O Mico Preto.

Esforzándose por parecer uno más, se movió con calma, arrastrando la pierna derecha y encorvándose, fingiendo alguna deformación. Escogió la última de las mesas, y se sentó de cara a la puerta principal con la espalda pegada a la pared. Aguzó el oído y dejó pasar el rato bebiendo pequeños sorbos del vino ácido y enturbiado que le sirvieron. Cuando se acercaba la hora sexta pidió yantar y otra jarra de aquel bebedizo acre.

El insípido guiso llevaba carne de cerdo pasada y habían intentado tapar el desastre con un desagradable exceso de tomillo. El vino, un caldo barato obtenido de uvas recogidas antes de tiempo en las cepas blancas que abundaban en la costa, era mordiente y tenía un fuerte regusto astringente que le dejó una sensación afelpada en la lengua.

Oyó vagas charlas llenas de temerosas expresiones entre los pocos parroquianos y vio a muchos pasar con morrales y macutos para el camino.

La ciudad le había parecido incongruentemente vacía. Desde hacía años Compostela se había enriquecido y crecido a un ritmo frenético, llenándose pronto de gente de toda clase y condición y sirviendo de aliviadero para muchos escapados que, aprovechando un dictado del viejo rey Ordoño II, intentaban pasar cuarenta días en la villa sin ser reclamados y, de ese modo, convertirse en hombres libres. Sin embargo, esa jornada, más bien parecía que el lugar se estuviese vaciando de almas rápidamente.

Todavía con el vino peleándose con el paladar, había seguido callejeando hacia el norte hasta llegar al *preconitorium*. Había esperado tener la suerte de escuchar algún pregón.

Pero la escasez de transeúntes o nuevas lo animó a meterse en la platería de un orfebre judío. Y aunque suspicaz por el aspecto desmañado del infanzón, el orfebre confirmó las noticias que habían llegado hasta el Bierzo; además de algunos comentarios intrascendentes sobre las sernas otoñales debidas a la Iglesia, adelantadas ese año, Gutier escuchó el relato de la truculenta muerte de Sisnando y pormenores sobre la vuelta al obispado de Rosendo. El prelado, tras recuperar su condición, había intentado calmar el temor de Compostela anunciando su firme intención de expulsar a los normandos.

Deseoso de conocer más detalles de los que podía brindarle el judío, decidió llegarse al monasterio de San Pelayo. De sus tiempos de novicio el leonés conservaba algunas amistades: frailes que habían quedado repartidos por todos los territorios del reino cristiano. Y el infanzón se había servido de ellos como informantes en más de una ocasión. La Iglesia llegaba a todas partes y, desde Oviedo a León, de Astorga a Lugo, Gutier sabía con quién podía contar si deseaba saber algo.

Gelmiro apenas había cambiado. El aguzado rostro ratonil de pequeña nariz y ojos inquisitivos parecía ser el mismo que veinte años atrás. Su constitución y porte, tan cerca de lo enfermizo como podían serlo los de un hombre sano, seguían bailando dentro de un hábito demasiado grande en el que las manchas y el hedor anunciaban de lejos al inquilino. Gutier siempre había estado convencido de que el menudo Gelmiro se empeñaba en usar tallas de más para tener huecos suficientes en los que almacenar la mugre. La única diferencia era que su ya antes escasa mata de pelo se había refugiado tras sus pequeñas orejas de soplillo, formando dos únicos mechones revueltos que despuntaban con timidez alborotada.

—¡Querido Gutier! —había exclamado exaltado el frailecillo haciendo hediondos aspavientos con las manos—. Benditos los ojos, pródigo hermano. ¡Cuánto tiempo! Venid, venid conmigo, acompañadme a las despensas a ver si conseguimos del hermano cillerero que nos permita celebrar tan bienaventurada llegada con algo de pan y vino.

En eso tampoco había cambiado Gelmiro. Tal y como recordaba Gutier, el fraile era siempre capaz de encontrar excusas que le permitieran hurtar un poco de vino de las cocinas.

—Mi buen Gelmiro —había replicado Gutier intentando que no resultase evidente el esfuerzo que hacía por no arrugar la nariz—. Tan devoto como siempre. Por lo que puedo oler, seguís convencido de que lavarse demasiado a menudo incita al pecado —había dicho el infanzón con su clásico sarcasmo revenido.

El pequeño fraile obvió el comentario y guio alegremente a su invitado,

encantado por tener una excusa para escudriñar las bodegas.

Ya con un cuenco de vino cada uno y habiéndose sentado no lejos del hogar, entre el barullo de las idas y venidas de la cocina, tras los consabidos prolegómenos banales y algunas bendiciones, Gelmiro se decidió a preguntar directamente.

—Y bien, ¿qué os ha traído hasta Compostela?

Gutier sabía que, si Gelmiro llegaba a suponer que estaba en Compostela intentando obtener información, el fraile iría corriendo a avisar a su prior, y este haría lo propio con el obispo, comprometiendo su misión y poniéndolo en una situación muy delicada.

—He decidido peregrinar hasta las reliquias del apóstol. Supongo que he recuperado algo de la santidad que tenía en San Justo…

Gelmiro no lo creyó, pero prefirió no decirlo en voz alta, lo que aprovechó Gutier para guiar la conversación a fueros de su interés.

—Y… ¿cuál es vuestra historia? ¿Alguna novedad? —había preguntado el infanzón.

—¡Ay! Amigo mío. Están los ánimos exaltados, no podríais imaginarlo. Como ya sabréis… —Gelmiro había aprovechado la pausa entornando los ojos y dándole la oportunidad a Gutier de soltar la lengua, sin embargo, como la triquiñuela pareció no funcionar, se decidió a continuar—. Rosendo es de nuevo obispo de Iria, y parece empeñado en convertir todos los monasterios a la regla de San Benito. ¡Imaginaos! Quiere que abandonemos cada cual las de San Isidoro o San Fructuoso, según corresponda, y que todos abracemos esa moda impía que llega de allende la Aquitania. Creo que quiere borrar todo recuerdo de Sisnando. ¡Acabaremos como los francos!…

Gutier no había reaccionado ante la excitación del fraile y Gelmiro, incapaz de permanecer callado mucho tiempo, continuó hablando tras pedir a un novicio que rellenase su tazón de vino.

—… No creo yo que vaya a conseguirlo. Más de un abad le ha hecho llegar ya su recelo. Además, ahora mismo tiene asuntos más importantes con los que lidiar… Mucho más importantes… Si se descuida, no va a tener monasterios que transformar…

Gutier siguió callando y Gelmiro se ocupó de volver a rellenar su cuenco, que parecía no tener fondo.

—Han llegado noticias desde Curtis —había seguido hablando el frailecillo—, esos demonios del norte han arrasado la iglesia de Santa Olalla. ¡Han robado todo lo que tenía algo de valor! ¡Y todo el vino de misa!… —Gelmiro alzó los brazos al cielo llenando el ambiente de hedores picantes—. ¡Todo! ¿Podéis imaginarlo? ¡Todo el vino! Y… hay rumores de que no dejaron a nadie con vida. —El pequeño monje se persignó con prisa—. Pobres desgraciados, ¡el Señor los acoja en su eterno amor!

El ataque de Curtis fue algo nuevo para Gutier y se atrevió a hablar.

—¿Los normandos? ¿Han llegado a Curtis?

Antes de contestar, el monje apuró lo que le quedaba de vino.

—Sí, sí, hasta… Curtis, hasta Curtis… Y todos muertos… Llegaron por el Ulla con la primavera y, ya veis, ahora… En Curtis… —Al monje se le había empezado a trabar la lengua, y entre el tono ceniciento de su rostro sucio ya destacaba el bochorno de su nariz—. Ese tal Gundericus, o como se llame, parece haber venido a hacerse el dueño y señor… Y señor de todas nuestras tierras. ¡Arderá en el infierno! ¡Demonio descreído!… ¡Impío! Rosendo conseguirá reunir a los nobles y dará igual si son cien o doscientas naves… ¡Arderán en el infierno!…

Gutier ocultó su satisfacción. Estuvo seguro de que las fuentes de Gelmiro eran fiables, el pequeño fraile siempre había sido un metiche con casi tantas ansias por los rumores como por el vino, y tan ávido era para escucharlos como lenguaraz para desvelarlos. El infanzón pudo tener la certeza absoluta de que el obispo buscaba aliados entre los nobles y, de manera natural, había elegido a los priores de los conventos de Compostela para dejar que la noticia calase. Si la situación era tan grave como parecía, cabía la posibilidad de que incluso tendiera su mano a viejos enemigos.

—¿Cien o doscientos barcos?

—Sí, sí… —balbuceó el vino en boca del fraile—, sí, sí, sí… cien… Dicen que cien naves suben por el río y con los que no comercian pues… pues los matan… ¡Paganos! ¡Son unos paganos! Y también dicen que Rosendo… —Gelmiro intentó hacer un gesto de complicidad apoyando un dedo de uña negra en el puente de la nariz—. Dicen que Rosendo no ha podido admitir que son las murallas de Sisnando las que han salvado a Compostela. ¡Y la soberbia es un pecado capital!

Sin poder obtener nada más en claro del achispado fraile, Gutier había abandonado la ciudad del apóstol con tiempo suficiente como para hacer noche en el bosquecillo donde había escondido sus armas. A la mañana siguiente se dirigió al sur y no al este. Tenía que ver cuál era la verdadera fuerza de los normandos.

No fue difícil seguir el rastro. Los normandos habían dejado tras de sí muerte y destrucción. Y, entre los que no habían perdido la vida, quedaban los que ni siquiera deseaban detener su huida para maldecir a los demonios venidos del océano tenebroso, y los que se deshacían rápidamente en lamentos en cuanto se les preguntaba.

Llegó hasta el Ulla dejando a su espalda el lugar de Fornelos, donde el obispo Sisnando había perdido la vida de una forma terrible. Y una vez en el valle siguió hacia el este, remontando el caudaloso río. Se movió con precaución, con las armas engrasadas y los sentidos alerta.

Al avanzar las señales fueron más y más recientes. Gutier cruzó campos de cereal pisoteados y arruinados, encontró casas reducidas a escombros y descubrió cabañas

enteras de ganado descuartizado. Finalmente, buscando siempre puntos altos desde los que poder observar, terminó en un pico cerca del devastado pueblo de Rendos. Y, cuando la noche ya se anunciaba en el horizonte, los vio. Y supo de inmediato que se acercaban tiempos terribles.

El muchacho seguía con los ojos clavados en el suelo, palmeando el cuello del lobo, pensativo, quizá rogando a Dios. Y Gutier sintió un desagradable escalofrío de conmiseración por el crío. Ni siquiera acudir a la providencia divina le serviría, pues la devastación que dejaban tras de sí los normandos estaba tan cercana al mismísimo averno que solo los demonios más oscuros podían campar por ella. Él lo había visto.

Estuvo a punto de mentir piadosamente al muchacho, pero luego recordó. Recordó lo que había visto en el asentamiento de los nórdicos la tarde anterior y prefirió callar.

Habían establecido su campamento en el enorme valle que permitía al Ulla unirse a varios de sus afluentes de una sola vez. La confluencia creaba una enorme ensenada que daba cabida cómodamente al ejército normando.

Allí estaban, destacando sobre las aguas tintas del enorme río. Impresionado por lo que veía, Gutier se había esforzado con la cuenta. Ochenta y tres barcos, con bancadas para alojar a un par de docenas de remeros por navío. La mayoría eran estilizados y amenazadores, de escaso calado, de maderas oscuras y afinadas proas y popas de rodas y codastes labrados, perfectos para la guerra; también había algunos de mayor manga y con más obra viva, evidentemente cargueros. Muchos estaban varados aprovechando los playones naturales, e incluso con el sol de la tarde lucían tenebrosos. Algunos se movían río arriba, aprovechando enormes velas cuadradas con franjas de color que suplementaban la fuerza de los remos, transportaban lo que parecían pequeños grupos de asalto, avanzadillas. Otros se movían río abajo, usando los remos para guiarse en la deriva de la corriente, y Gutier había deducido que habría más cargueros esperando en la desembocadura, preparados para hacerse a mar abierto si existían amenazas para el botín apresado.

En total debían de rondar los tres mil, y muchos de ellos parecían poder permitirse el lujo de llevar cotas de malla; era evidente que no se trataba de una desorganizada panda de desharrapados que se habían echado al mar como último recurso, era un contingente bélico en toda regla, preparado para la lucha. Abundaban las espadas y las hachas y, o bien colgadas de las amuras de los navíos, o bien repartidas en pilas entre las tiendas, se veían montones de rodelas de vivos colores.

Muchos parecían listos para disfrutar de una velada de excesos, a juzgar por los asados que daban vueltas en las hogueras, pero también había visto a otros que formaban retenes de guardia que quedaban pronto repartidos por el perímetro del campamento.

Las tiendas, los fuegos y el humor festivo hacían palpable la seguridad que los

normandos sentían en sus fuerzas y posición. Y a Gutier le había parecido que aquellos hombres rudos tenían razones fundadas para sentirse así.

Algunos atendían los fuegos y los espetones que giraban sobre ellos, otros racionaban enormes jarras de lo que Gutier había intuido debía de ser algún licor, unos pocos afilaban sus armas con esmero y la mayoría de los restantes parecía, simplemente, disfrutar del ocaso. Eran muchos y estaban bien establecidos, y el infanzón no había tardado en percatarse de que aquel era un campamento con visos de permanente, incluso había algunas construcciones simples de madera basta.

En el extremo occidental los nórdicos habían aprovechado una curva cerrada del río para montar un cerco de maderos cortados burdamente, allí guardaban a sus prisioneros. El infanzón no había podido diferenciar los rostros, pero la mayoría eran fácilmente identificables como niños y mujeres. Los mantenían apilados como animales y algunos de los normandos parecían estar preparando recuas de maniatados cautivos. Separaban grupos de media docena y los obligaban a caminar hasta uno de los barcos más grandes. Gutier había comprendido que serían aquellos por los que no podían o no deseaban pedir rescate, carne para los mercados de esclavos.

Una de las jovencitas se había resistido asiéndose a las faldas de su madre y Gutier había visto, horrorizado, como el normando que parecía estar al cargo de aquella tarea le propinaba un brutal golpe con la empuñadura de su espada. La muchacha había caído, inconsciente, y con gestos secos el gigantesco pelirrojo le había indicado algo a sus compinches.

Acongojado, Gutier había terminado por girar la cabeza para no seguir mirando. Estaba acostumbrado a la barbarie de la guerra, pero los alaridos de la madre de la muchacha habían llegado hasta él mientras aquellos paganos salvajes se turnaban para abusar de la pequeña.

Gutier había visto hombres terribles haciendo cosas innombrables, sin embargo, aquel gigantesco normando se le antojó el hideputa más desalmado con el que jamás se había topado. Mientras sus hombres se aprovechaban de la pobre muchacha él parecía limitarse a reír, soltando frases hirientes a los prisioneros que se arrebujaban en el lado contrario del improvisado corral. Además, Gutier había notado como, en lugar de llevar una cota de malla, se cubría simplemente con cuero, como hacía él mismo. Y el de León sabía que, pudiendo permitirse elegir, solo un hombre muy habilidoso con las armas podía preferir la ligereza de la piel a la protección adicional del metal. Eso era algo que requería mucha confianza.

Todavía incómodo, dueño ya de la información que le había pedido su señor, agazapado entre las sombras del ocaso, Gutier había seguido moviéndose hacia el este, hasta que una curva del Ulla lo había obligado a detenerse y buscar refugio.

Al día siguiente, ansioso por tomarse un buen descanso, había relajado su marcha para llegar sin prisas al mismo escondite que había usado en la venida.

Sin embargo, no había sabido anticipar lo que iba a encontrarse en aquel caos de berrocal.

Tras sus dudas, intentando olvidar el repeluzno que le habían provocado los recuerdos que acababa de evocar, procurando desechar la conmiseración que sentía, mirando con recelo al lobo, Gutier decidió hablar con franqueza.

—Mira, hijo, yo no estoy aquí para ayudarte… Tengo que regresar al este, a las tierras del conde en el Bierzo. Los normandos no son el único problema del reino… —dijo pensando en el niño rey y en la precaria relación de la corona con los nobles.

Assur seguía callado, acariciando a Furco mientras el animal, pese a los mimos que recibía, continuaba mirando fijamente a Gutier, suspicaz y alerta como era natural en él.

—¿Muchacho?

El niño no abría la boca.

—¿Chico? ¿Lo comprendes?

El lado más racional de Gutier se empeñaba en recordarle que aquel muchacho desconsolado no era, ni por asomo, una de sus responsabilidades. Pero tampoco era capaz de que la visión de cómo los nórdicos trataban a sus cautivos se desarraigase de su memoria.

Assur empezó a agitarse. Fuertes convulsiones de llanto contenido sacudían su pecho y Furco se giró preocupado hacia su amo. El niño, doblado sobre sí mismo, con las piernas encogidas, acariciaba los cabos del nudo con el que se había sujetado la cinta de Ilduara a la muñeca.

—Fue culpa mía… No debí dejarla con ese pazguato…

Ahora, era Gutier quien callaba.

—Era mi responsabilidad y… y yo tomé la decisión equivocada, ¿qué le diré a mamá? ¿Y a padre? ¡Les he fallado! ¡Le he fallado a ella! No debí… No debí… —Assur se repetía negando una y otra vez con la cabeza, había roto a llorar de nuevo, como la noche anterior. Y, aunque se avergonzaba por ello, no podía evitar que las lágrimas le corrieran por las mejillas. La pena se mezclaba con la rabia y el propio reproche despertó en él la ira que había estado conteniendo—. No debí… Yo soy mayor… Ella era mi responsabilidad, ¡mía! No debí…

Gutier intentó apoyar una mano en el hombro del chico, para calmarlo, pero Furco reaccionó de inmediato: arrugó los belfos en una amenaza plausible.

Bruscamente, el muchacho dejó de llorar con un ruido sordo y se pasó el dorso de la mano por los ojos.

—¡Muy bien! —exclamó Assur sorprendiendo a Gutier, que, intentando mantener la mano lejos de los dientes del lobo, dudó haber oído lo que creía haber oído—. Si lo tengo que hacer solo, lo haré solo —dijo Assur sin un sollozo más—. El conde, sus infanzones, tú y todos los normandos podéis iros al mismísimo infierno. Si nadie

piensa ayudarme, lo haré yo solo.

Y echó a andar resuelto, dejando atrás a Furco y Gutier, que se miraban con indescifrable asombro.

El lobo se puso pronto en marcha, y con un trote rápido se quedó al lado de su amo. Gutier, sin embargo, soltó un suspiro incómodo y se esforzó por alegrarse con el cambio de situación. Ya estaba libre, y si el muchacho había decidido irse, nada los ataba, podía volver a las tierras del conde y presentarle la información que había obtenido. Había conseguido todos sus objetivos y, con algo de suerte, el cómite le daría alguna recompensa o, cuando menos, lo dejaría tranquilo unos días mientras decidía cómo actuar con lo que su infanzón había averiguado. Gutier sabía que, antes de dar un paso, el noble cruzaría mensajes y recados con otros grandes de Galicia y con el obispo Rosendo.

Intentando olvidarse del muchacho a medida que lo veía caminar hacia el bosque, se dispuso a tomarse el día de descanso que había planeado, deseando tener la fortuna de la vez anterior y cazar algo que poder cocinar cuando cayera la noche y encendiese su fogata.

Ya cubierto por la espesura, Assur refunfuñaba lleno de determinación. Llevaba caminado un buen trecho cuando se dio cuenta de que ni siquiera sabía adónde ir, no tenía idea de lo que iba a hacer.

A medida que avanzaba, la certeza y seguridad que lo habían inundado en su rabieta se fueron diluyendo, pero no se detuvo, y decidió que, si tenía que empezar por algún sitio, lo haría por su propia casa. Los normandos habían estado allí, podía ser que todavía estuviesen. Quizá encontrase a su padre, y así ya tendría en quien apoyarse; o podía ser que Sebastián, el mayor, hubiese escapado. Y si los normandos estaban todavía en Outeiro, podría observarlos, e intentar descubrir qué había sido de Ilduara.

Sujetando a Furco por un pliegue del pellejo del cuello, Assur prestaba atención. Intentaba escuchar alguna voz, algún sonido.

Todo aparecía tranquilo y, desde el viejo tocón en el que se agazapaba, no se veía nada que le indicase que los normandos seguían en Outeiro. Había restos de la escaramuza, un cesto abandonado del que se habían caído pequeñas manzanas, una capa pisoteada y arrugada, cenizas que volaban en la suave brisa. No solo no se veían normandos. No se veía a nadie. El aire le llegaba preñado de olores fuertes y desagradables, con el penetrante hedor acre a fuego y brasas se mezclaba el dulzón hedor de la muerte.

Dio un rodeo y llegó al mismo punto que la mañana anterior, viendo la esquina del muro de la casa del sayón como la había visto antes de que los acontecimientos se precipitaran de forma tan desgraciada. El día había pasado tan lentamente como un

siglo, y el recuerdo de lo sucedido hizo que Assur sintiera una nueva punzada de culpabilidad, tuvo que cerrar con fuerza los ojos para no llorar.

Avanzó con pasos cautelosos, encorvándose sin ser consciente de ello, y muy atento a Furco, al que retenía continuamente con órdenes quedas. Lo primero que vio fueron los zuecos. Esparcidos por la tierra del camino había, al menos, una docena de pares. Unos terminados y enlustrados con grasa, otros a medio hacer, algunos eran solo proyectos en tarugos desbastados. Había uno roto junto a la puerta. Estaba abierta.

Habían saqueado la casa de Osorio y no habían visto utilidad alguna en el delicado trabajo del anciano. Assur no había visto jamás cómo tanto podía destruirse en tan poco tiempo. La techumbre se había consumido, del interior emanaba un desagradable olor a podredumbre en el que Assur no quiso pensar. Las herramientas y las pocas cosas que el *zoqueiro* había tenido aparecían tiradas de cualquier modo en los alrededores del umbral. Era evidente que se habían llevado todo lo que les había interesado. Con el resto habían arrasado.

El *zoqueiro*, vejancón, correoso y delgado como un mimbre, siempre había tratado bien al pequeño Assur, de hecho, a todos los niños del pueblo. Siempre tenía una sonrisa para ellos y, con cada nacimiento, el artesano se acordaba de hacerle algún sencillo juguete al recién llegado. El pequeño Ezequiel todavía jugaba tirando del diminuto carro que Assur había recibido años antes.

Siguió avanzando despacio, siempre atento a que Furco permaneciese a su lado. Rodeaba el muro de la casa del sayón y, por lo que podía ver, la propiedad del oficial del conde tampoco se había librado de las ansias de destrucción y pillaje de los normandos.

Y entonces vio los pies, uno de ellos todavía calzado con un zueco de oscuro nogal tratado al humo; un delicado trabajo de filigranas que se enredaban en el empeine labrado. Inconfundibles. El *zoqueiro* había caído en el estrecho paso entre su casa y la de su vecino. Assur corrió.

—¡Osorio! ¡Osorio!

Vomitó inmediatamente. Era obvio que el viejo artesano había sido el blanco del hacha que Assur había visto partir la mañana anterior. La enorme herida parecía querer escaparse del escuálido pecho huesudo del anciano. El cuerpo estaba hinchado y deformado. Las moscas zumbaban a su alrededor. En su cara, velada y pálida, se distinguía una desagradable expresión de horror, acrecentada por la inflamación que había causado la podredumbre.

Las violentas arcadas exprimieron en un instante la escasa bilis que el vacío estómago de Assur podía contener.

El muchacho, perdida ya toda precaución, echó a correr desesperado por lo que pudiera encontrarse. Furco lo seguía.

—¡Mamá! ¡Mamá!… ¡Ezequiel, Zacarías! ¡Mamá!

El pueblo le pareció inmenso.

—¡Padre! ¡Sebastián!… ¡Mamá!

Por desgracia para Assur, sus temores se confirmaron y, sin tener la posibilidad de elegir, su niñez acabó.

Encontró a mamá, a Zacarías, al pequeño Ezequiel, que sujetaba con sus manitas el carro de juguete. Y a su padre, delante de todos ellos. Assur estaba seguro de que los había defendido hasta el final.

No lloró. Quiso hacerlo. Pero se contuvo. Sabía que a padre no le hubiera gustado que lo hiciera.

Faltaba Sebastián. El mayor, el que siempre estaba ahí con una sonrisa indulgente, dispuesto a echar una mano a los pequeños aunque estuviese derrengado porque padre le había exigido trabajar todo el día como un hombre crecido.

Dudó. No sabía qué hacer. Tardó más de lo que hubiera deseado en tomar una decisión, y no fue hasta que se levantó el viento, arrastrando la pestilencia de la muerte, que se dio cuenta de cuál era su obligación.

No había nadie que pudiera ayudarlo, y el pequeño camposanto de Santa María de Pidre estaba muy lejos. No le quedó otra opción. Assur sabía que no era tierra consagrada, pero estaba seguro de que su madre, dadas las circunstancias, se hubiese alegrado de su decisión.

La tierra de la huerta había sido removida infinitas veces, pero a pesar de estar suelta y de ser fácil de manejar, Assur necesitó toda la mañana y parte de la tarde, la hora nona estaba cerca cuando terminó de cavar. Y, de algún modo, sintió que había hecho lo correcto, a mamá le hubiese gustado. Así lo sintió, y la idea le sirvió de consuelo.

Las tumbas abiertas eran irregulares, toscas. Eran heridas tan profundas en el pecho del muchacho como la del viejo Osorio, y eran igual de terribles. Tendrían que servir.

Ezequiel apenas pesaba. Y Assur le dejó llevarse su carro, estaba seguro de que el pequeño lo disfrutaría.

Con Zacarías no tuvo demasiados problemas, aunque no pudo cambiar la camisa ensangrentada y rota. Buscó una muda, pero en la casa nada quedaba aprovechable.

Para mamá lo peor fue el pelo. Tuvo que arrastrarla, y su preciosa melena se enredó, hojas del otoño y suciedad se trabaron en los cabellos. Necesitó mucho tiempo antes de conseguir que mamá estuviese bien y, aun así, no quedó satisfecho. Recurrió a todos cuantos arrestos le quedaban para no llorar.

Furco tuvo que ayudar con padre y, aun con la fuerza del lobo, le costó una eternidad moverlo. Resultó extraño y confuso sentir que era él quien debía ocuparse.

De tanto en tanto el niño acariciaba la cinta de lino que había atado a su muñeca y

su fuerte determinación se veía consolidada. Él no se dio cuenta, pero probablemente, si no hubiera sido por el resquicio de esperanza que suponía aquel símbolo, no habría sido capaz de hacer cuanto hizo. De una manera incierta y oscura ese trozo de lino fue el ancla que mantuvo la cordura del niño en su sitio.

Cuando concluyó, estaba agotado, sin embargo, no se permitió flaquear. Estaba dispuesto a hacerlo todo solo si no le quedaba más remedio. Eso era lo que padre hubiera querido, no debía rendirse.

El viento arreció y algunas ramas crujieron con sonidos que eran como lamentos. La hojarasca se revolvió en pequeños torbellinos y los cuervos que aprovechaban lo sucedido graznaron desde el interior del pueblo. Assur no sabía ningún responso, pero dedicó unos instantes a recordarlos a todos.

Consiguió no llorar, y un pequeño deje de orgullo mantuvo su ánimo lejos de la desesperación.

Pensando en recuperar fuerzas y organizar sus ideas, se sentó frente a las tumbas, mirándolas con aire ausente. Era difícil impedir que el dolor se le comiera el alma. Era casi imposible pensar en el siguiente paso. No encontró consuelo por más que lo buscó y, sin siquiera percatarse de ello, sintió un agradecimiento infinito por la lealtad de Furco. Este, por su parte, tan cansado y hambriento como podía estarlo su amo, se dejó caer de medio lado, apoyando la cabeza en las manos y cerrando los ojos.

—A lo mejor sería buena idea preparar unas cruces. ¿Quieres una mano?

La voz, con su inconfundible tono ronco, obligó al muchacho a girarse.

Gutier no dijo nada más, pero abrió los brazos para recibir al niño, que corría hacia él.

Había llegado con tiempo como para ver a Assur terminar su dolorosa tarea, y se había decidido a dejarlo continuar en solitario, sintiendo que tal hubiera sido el deseo del muchacho. Cada uno debía ocuparse de los suyos. Gutier era consciente de que esa podía ser una máxima poco cristiana, pero práctica y útil en una tierra de guerras y fronteras inestables. Además, como el infanzón bien sabía, el dolor siempre se convertía en una amante íntima y despechada que, con egoísmo infinito, reclamaba toda la atención.

No hablaron mucho, uno no quería escuchar y el otro no sabía muy bien qué decir. Para evitar que las alimañas pudiesen profanar los cuerpos cubrieron las tumbas con piedras. Luego, Gutier usó algunas de las herramientas de Osorio para apañar unos cuantos tablones y convertirlos en cruces. Por último, talló los nombres que Assur le dictó con golpes toscos y rápidos de formón, aprovechando las últimas luces del día. Fue un trabajo basto, pero el muchacho pareció quedar satisfecho.

—Cuando haya encontrado a Sebastián y a Ilduara… y resuelto todo esto, me encargaré de que un sacerdote se ocupe de sus almas. Y buscaré el modo de conseguir unas laudas… Tendré que acordarme de cuál es cuál… —Y, con esas palabras, giró

sobre sí mismo y se encaminó a lo poco que quedaba de su casa.

Gutier estuvo a punto de preguntar, pero calló en cuanto se dio cuenta de que el muchacho no sabía leer.

Al poco, el niño salió de la casa con un hatillo y se encaminó al bosque. El lobo lo seguía moviendo el rabo.

—¡Muchacho! ¿Adónde vas?

Assur ni siquiera se giró, contestó levantando la voz a medida que se alejaba.

—A buscar a mi hermana y de paso, a mi hermano mayor. Aquí ya no hay nada más que hacer… Bueno, sí lo hay, pero yo no puedo ocuparme de toda esa gente. Tengo que encontrarlos. Tengo que encontrar a Ilduara.

Gutier no dijo nada. Sabía que no era prudente quedarse en el pueblo: los restos de la muerte eran fuente de miasmas y enfermedades, así que, todavía dudando, a medias aguas entre la curiosidad y la admiración por la entereza del zagal, se animó a seguir al muchacho.

El infanzón no apuró el paso y aunque no perdía de vista al niño, le dejaba conservar la ventaja. Cuando ya llevaban un tramo recorrido en el interior del bosque, Gutier, previsor y al tanto, se puso a rebuscar en su zurrón. La reacción de Furco fue casi inmediata, se paró en seco y olisqueó nervioso con inspiraciones rápidas y agitadas. Assur necesitó unos pasos de más para darse cuenta de que su lobo se había detenido.

—¿Quieres un poco de cecina? —preguntó Gutier mientras ofrecía con la mano extendida un buen trozo de la carne seca.

Assur se giró para mirarlo con ojos brillantes y ansiosos. Tardó en contestar, y Gutier se percató del esfuerzo que el muchacho hacía.

—No, no quiero, gracias. En cuanto encuentre un lugar en el que pasar la noche, buscaré algo de comer.

A Gutier aquel niño le gustaba cada vez más. Era evidente que estaba muerto de hambre, sin embargo, había tomado la decisión de apañárselas solo y eso intentaba. De hecho, aunque no le había dicho que no lo siguiera, tampoco le había pedido que lo acompañara. Estaba seguro de que si Assur supiera escribir, tampoco le hubiese consentido encargarse de las cruces de las tumbas. Sin embargo, el infanzón no pensaba permitirle al crío que se mostrase tan altanero.

—Hijo, tienes dos opciones, o compartir conmigo mis provisiones o comerte los mocos… Así que ¡tú decides! —dijo el leonés con el gesto serio—. Pero hazlo pronto, porque yo quiero encontrar un sitio apropiado para instalarme antes de que oscurezca, a ser posible un lugar en el que poder encender un fuego sin riesgo de ser visto.

Por unos instantes, Assur tuvo el arrojo de mirar fijamente a los ojos de Gutier mostrándose impertérrito, pero tuvo que reconocer que no tenía muchas opciones.

Además, Furco, aunque no se había movido de su lado, gemía inquieto pasándose la lengua una y otra vez por los belfos húmedos y, si no tanto por él mismo, sí por su animal, aceptó la cecina que le ofrecía el infanzón.

—Gra… gracias —concedió al fin el niño bajando los ojos y alargando el brazo.

Assur había conocido épocas de hambruna, como cualquier otro niño de aquellas tierras, pero, aun así, no pudo evitar que las tripas le gruñeran con fuerza mientras aceptaba el tasajo, esforzándose por no demostrar la enorme ansia que sentía. A pesar de la cual, y recordándose que no debía ser egoísta, rompió la carne aprovechando la nervadura y repartió el trozo de cecina, mitad y mitad, con Furco, que lo tragó de un bocado ansioso y se quedó suplicando un poco más, abriendo sus enormes ojos amarillos tanto como podía.

Gutier no había preguntado al muchacho hacia dónde se dirigía o cuáles eran sus planes. Había preferido mantenerse en silencio, y no solo por respeto al duelo del chico, sino también porque él mismo necesitaba meditar sobre los acontecimientos. Se estaba viendo implicado de un modo inusual y tenía que digerir los cambios.

Por sugerencia del zagal se habían detenido junto a un gigantesco castaño. El árbol, que seguramente ya era viejo antes de que Roma cayera, tenía un enorme tronco retorcido que los años y las lluvias habían ahuecado, dejando la madera reseca y engarmada, llena de filigranas oscuras que la podredumbre había ido tejiendo. Era lo suficientemente grande como para que ni siquiera el abrazo de tres hombres juntos pudiera abarcarlo. Y solo la capa más exterior, la corteza y unas pocas pulgadas, se mantenía viva. Las ramas, cómicamente cortas, aparecían todavía verdes y sanas, cargadas de puntiagudos erizos que el otoño aún no había empezado a soltar. Assur lo conocía porque aquel tronco hueco era uno de los escondites preferidos de Ilduara.

Aun contando con la protección del inmenso árbol no se atrevieron a encender un fuego, lo que desilusionó a Gutier. Tendría que renunciar a cazar algo y conformarse con acudir a sus ya escasas provisiones. Assur, sin embargo, no encontró nada de malo en la cecina, el queso y el pan endurecido. Y, aunque no pidió más de lo que le dieron, era evidente que para el muchacho la comida había sido insuficiente. Sin embargo, Gutier observó complacido como, a pesar de la escasa ración, el muchacho no evitó compartirla con su lobo. Y, decidiendo privarse a sí mismo de lo que le hubiera correspondido, Gutier le dio un poco más de tasajo al niño.

—Y… ¿podrías decirme qué piensas hacer ahora? —preguntó el infanzón intentando no sonreír ante el ansia mal disimulada del chico por la comida.

Assur tardó en contestar. Gutier no supo si es que el muchacho no deseaba compartir sus planes o si es que no tenía plan alguno, aunque, cuando se animó a hablar, parecía seguro de sí mismo.

—Seguiré yendo al sur, hasta el Ulla —respondió el muchacho—. Por lo que sé, llegaron remontando el río, así que, si yo voy siguiendo la orilla, antes o después los

encontraré.

Gutier, asombrado, tardó en pensar una contestación lógica.

—Y… cuando los encuentres, ¿qué?

—Pues no lo sé… Lo sabré cuando llegue. Ya se me ocurrirá algo…

El infanzón notó que una involuntaria sonrisa de escepticismo se le colgaba de los labios.

—Pero, muchacho, ¿de verdad crees que tú solo vas a poder rescatar a tu hermana? —Gutier iba a añadir que ni siquiera tenía la seguridad de que la niña siguiera con vida, pero se dio cuenta de que podía ser contraproducente.

—Y a Sebastián, no os olvidéis de Sebastián, si no estaba… Si no estaba…, tienen que haberlo capturado, también… Furco y yo los ayudaremos a escapar, ya se me ocurrirá algo, ¿verdad? —Se giró y palmeó el cuello del lobo mientras le hablaba —. ¿Verdad que sí, Furco?

El animal, encantado con los mimos y el olor a cecina de las manos del muchacho, gruñó satisfecho sacudiendo una de sus patas traseras.

Gutier no deseaba entrar en detalles, pero prefirió advertir al niño de que estaba a punto de cometer una locura.

—Hijo, ¿en serio crees eso? —No esperó a la respuesta—. Yo he visto su campamento, son alrededor de tres mil, ¡tres mil! Y cualquiera de esos descreídos parece muy capaz de cortarte la cabeza sin pestañear y tomarse tus sesos para almorzar. No puedes estar hablando en serio.

A Assur no le impresionó el número, sino el hecho de que el infanzón hubiese visto el campamento.

—¿Lo habéis visto? ¿Dónde? ¿Río abajo?

—Chico, parece que nunca escuches. ¿De verdad piensas que puedes enfrentarte a tres mil normandos?

Assur lo miró seriamente mientras seguía palmeando al satisfecho Furco.

—No, claro que no, ¿me tomáis por loco? No voy a enfrentarme a tres mil normandos… Ni a tres mil ni a tres… Si ni siquiera sé cuántos son tres mil… Yo solo quiero rescatar a mis hermanos. —El muchacho respiró profundamente antes de continuar, había, al menos uno, al que si le hubiera gustado enfrentarse, pero sabía que aquel no era el momento de pensar en eso—. Así que ¿dónde están?

—Hijo, no seas mastuerzo, ¿qué pretendes? ¿Llegarte hasta su campamento y pedirles amablemente que liberen a tus hermanos?… Ni siquiera sabes con seguridad si están allí…

La noche se cerraba y, sin las atenciones de su amo, Furco se había tumbado soltando un prolongado suspiro de resignación. Assur no contestaba y Gutier, luchando con el arrepentimiento, se animó a seguir hablando.

—Mira, si quieres puedes venir conmigo. Estarás a salvo. Yo tengo que volver a

las tierras del conde y acabar lo que he empezado. Acompáñame. Ya buscaremos algo que puedas hacer, quizá de yegüerizo en los establos, quizá incluso de mozo de armas o escudero… Puedes empezar de nuevo.

Algo en los ojos de Assur cambió y Gutier distinguió en ellos una dureza que no hubiese esperado encontrar jamás en la mirada de un chiquillo.

—¿Mozo de armas? ¿Y me enseñaríais a usar la espada? ¿Me enseñaríais a luchar? —Mientras lo preguntaba, Assur pensaba en el rostro marcado del normando pelirrojo que los había seguido hasta el río.

Gutier lo había dicho llevado por un impulso, pero, ante la posibilidad de que el niño marchase contra el campamento normando en una estúpida cruzada suicida, prefirió insistir en la idea si con ello lo convencía para que lo siguiera.

—Sí, claro. Por supuesto, puedes quedarte conmigo y ser mi asistente. Te doy mi palabra de que te enseñaré a usar las armas. —Como el chiquillo no decía nada, Gutier porfió—: Mañana podemos partir hacia el este, en tres días podríamos estar en…

—¡No! —interrumpió firmemente Assur—. No, mañana rescataré a mis hermanos, y después habrá tiempo para las armas y lo que venga. Pero primero hay que rescatar a Ilduara… y a Sebastián.

Gutier, que no salía de su asombro, siguió con sus argumentos.

—Muchacho, se acerca el otoño, esos normandos no irán a ningún sitio. Pasarán el invierno aquí, no se arriesgarán con las galernas, créeme. Ven conmigo y buscaremos el modo de rescatarlos más adelante. —A Gutier le costaba creer sus propias palabras, pero no sabía qué otra cosa decir—. Estoy seguro de que, en breve, los nobles llegarán a un acuerdo, con el rey o los obispos, o la tía del rey o quien demonios sea, pero llegarán a un acuerdo y les plantarán cara… O podemos intentar pagar un rescate, seguro que se cruzarán mensajes y correos entre los nobles y los nórdicos, podríamos hacer un trato con ellos… Si estamos donde el conde, podremos enterarnos y meter baza. Hay muchas cosas que podemos hacer, pero lo que no voy a permitir es que tú, solo, te plantes en el campamento normando. Por muchos dientes que tenga el malhumorado ese de tu lobo…

—Pues entonces, venid conmigo, así ya no iremos Furco y yo solos.

Solo respondió un búho con una llamada lejana. Gutier, olvidándose de lo que iba a decir antes de que el muchacho lo interrumpiese con tanto descaro, no pudo hacer otra cosa que dejar la boca abierta en una tontuna expresión de asombro de la que solo fue capaz de recuperarse tras unos instantes.

Assur volvía a ofrecerle sus caricias al lobo y Furco, feliz, le mostraba el vientre a su amo con total confianza.

—No hay otro modo, ¿verdad? —dijo al fin el infanzón—. O voy contigo o irás solo. Es una entre dos, ¿no es así?

Assur se permitió unos instantes antes de contestar.

—Supongo que, si quisierais, podríais obligarme a acompañaros, aunque pienso que sois consciente de que me escaparía en cuanto pudiese… Además, no creo que Furco os lo permitiese de buen grado.

Y el lobo, que había oído su nombre, levantó distraídamente una oreja, aunque siguió tumbado boca arriba disfrutando de las atenciones de su amo. El asueto no le duró mucho, Gutier se irguió bruscamente y el animal reaccionó con rapidez, levantándose también.

—¡Está bien! ¡Tú ganas! Mañana te llevaré hasta su campamento y veremos lo que puede hacerse. Pero no prometo nada… Y dile a ese maldito bicho que se calme, casi me lo hago encima —protestó con sorna antes de marchar en busca de un lugar en el que descargar la vejiga.

Assur, que tenía la intuición de que empezaba a conocer al infanzón, se guardó para sí las palabras y muestras de gratitud.

Llevaban desde tercia observando y, aunque Assur se esforzaba por distinguir los rostros de los cautivos, no podía tener la certeza de si alguno de sus hermanos estaba o no en el basto redil donde los normandos mantenían a los prisioneros. Ni siquiera pudo distinguir al gordo Berrondo. Sin embargo, no parecía prudente acercarse más. Por el momento disimulaban su posición como podían, agazapados entre aviejados pinos de corteza cuarteada que crecían en la cumbre cercana a Rendos.

Desandando el camino que Gutier ya hiciera, se habían mantenido en la orilla norte, y usaban la misma atalaya desde la que el infanzón descubriera el asentamiento de los nórdicos.

El día era claro y solo algunas nubes altas cruzaban, como hilos sueltos, el cielo azul que las montañas entrecortaban. Apoyaban sus rodillas en la mullida pinocha y, cada vez que se movían, podían aspirar el penetrante olor resinoso de las coníferas.

Mirando el horizonte y juzgando la ligera brisa, Gutier habló.

—En dos o tres días lloverá… —Y aunque no lo dijo en voz alta pensó en que sería mejor que se pusieran en marcha hacia el este cuanto antes.

Gutier sabía que las pretensiones del niño eran imposibles, además, en el improbable caso de que lo consiguieran, dudaba de que pudiesen emprender una marcha lo suficientemente rápida, teniendo que preocuparse por los normandos que, con toda seguridad, los perseguirían.

El niño obvió el comentario.

—Deberíamos cruzar —dijo Assur en voz baja—, allí, más allá de Agolada —continuó mientras señalaba—, aquel pico es más alto, quizá veríamos mejor.

—Hijo, no te das cuenta de que no importa si vemos o no vemos. Es imposible, además del corral están rodeados por tres lados de agua y, por el cuarto, de tres mil normandos. Estén o no estén tus hermanos ahí abajo, no hay modo de que podamos

rescatarlos. Necesitaríamos alas.

Assur tardó en reaccionar, le costaba imaginar lo que realmente significaba tres mil, sin entender si el infanzón lo había dicho por la enormidad que implicaba o si realmente había estimado el número de normandos.

—O aletas, podríamos hacerlo por el río…

—Definitivamente, a ti el sol te ha secado los sesos —aseveró Gutier—. Ahí abajo hay tres docenas de niños y mujeres, asustados y hambrientos, muchos maltratados, y un buen porcentaje con heridas importantes. —Ambos habían podido ver a muchos que cojeaban o llevaban rudimentarios vendajes en alguno de sus miembros—. Y tú pretendes que crucen a nado más de cincuenta brazas de una fuerte corriente… Y eso suponiendo que no te descubran antes. Definitivamente, más secos que un cuesco del diablo en canícula de verano… —renegó el infanzón haciendo aspavientos—. Como… como los pezones de una vieja…

Assur, que se iba acostumbrando más y más a las habituales rudezas de Gutier, no dijo nada. La vista de los cautivos había abierto ante él horizontes de esperanza que no estaba dispuesto a perder bajo ningún concepto. Y tampoco pensaba desanimarse por el cinismo del infanzón.

—Quizá podríamos distraerlos… —aventuró el muchacho.

Gutier estuvo a punto de soltar otro comentario sarcástico, cansado de las obviedades que tenía que poner de manifiesto, sin embargo, se contuvo. Como era lógico, el chiquillo seguía manteniendo un aire taciturno y triste que no invitaba a las bromas, y el infanzón quería respetarlo, aunque no siempre le resultaba fácil evitar que su resignado y ceniciento carácter saliera a la luz. El tiempo pasado juntos le había enseñado a Gutier que aquel muchacho tenía algo especial y, aunque no pensaba decírselo abiertamente, empezaba a tenerlo en alta estima; con su arrojo y honestidad el pequeño había sabido granjearse una buena porción de respeto. Con esos pensamientos rondándole, Gutier se quedó mirando a Assur fijamente.

—Hijo, ¿cuántos años tienes? ¿Quince? ¿Dieciséis?

El muchacho se dio la vuelta y encaró al infanzón mostrando sorpresa por el cambio de tema.

—No, señor. Tengo trece —contestó obediente.

—¡Dios misericordioso! Pues debes de comer por dos, pareces mucho mayor. Serás tan grande como esos hideputas de ahí abajo.

El niño, que no pudo evitar henchir el pecho con orgullo, se revolvió ansioso, un tanto avergonzado, intentando dar la conversación por concluida y volver a fijarse en el campamento normando.

Gutier, que avanzó un par de pasos y se sentó al lado del muchacho, lo observó con atención por primera vez.

El pequeño tenía una fuerte constitución, de huesos grandes y largos, lo que, sin

embargo, no le impedía moverse con agilidad y soltura. Gutier estaba seguro de que podría convertirse en un buen espadachín. El rostro era anguloso a pesar de la juventud y el fuerte mentón le decía al infanzón mucho del carácter y la determinación del muchacho y, si no hubiese sido por las rubias greñas descuidadas, siempre revueltas, el chiquillo todavía parecería mucho más mayor. Sin duda lo más llamativo, bien colocados entre la frente ancha y la nariz delineada, eran los enormes ojos azules; Gutier los había visto envejecer y enfriarse en tan poco tiempo como para sentir escalofríos por la entereza del muchacho.

—Sí, esa es una buena idea, deberíamos distraerlos —insistió Assur sacando al infanzón de sus razonamientos—. Podríamos prenderle fuego a sus barcos con una flecha en llamas —añadió mirando el carcaj de Gutier.

El adulto suspiró antes de responder.

—Muchacho, las flechas embreadas no vuelan bien, se pueden usar para blancos enormes, pero no para acertarle a uno de esos barcos desde aquí. —El infanzón sabía bien de lo que hablaba, esa era una técnica habitual en las batallas con los sarracenos, en ambos bandos, y de poco servía si la fuerza contraria no abultaba lo suficiente—. Es un disparo cuesta abajo y con más de trescientos pasos. Además, si consiguiéramos prender una hoguera con tiempo, si pudiésemos encender una flecha sin que nos vieran, si yo fuese capaz de acertar semejante disparo, y si a la primera pusiéramos a arder una de sus naves, serviría de muy poco —Gutier continuó hablando mientras señalaba los playones y ralentizaba el ritmo de sus palabras intentando dejarle todos los inconvenientes bien claros al niño—. Esos paganos saben muy bien lo que es la guerra, ¿es que no te has dado cuenta? Entre cada par de barcos hay por lo menos una docena de pasos, las velas están recogidas y, por encima de todo, tienen un suministro inagotable de agua que baldear… Créeme, sé de lo que hablo. A su servicio el conde tiene a uno de esos descreídos, lo único que les gusta más que la guerra es el oro. Yo he hablado con él en más de una ocasión y saben cómo establecer campamentos seguros.

Aunque Gutier se ahorró sus sospechas sobre la entidad de aquel asentamiento, ahora que volvía a mirarlo con atención, estaba cada vez más seguro de que empezaba a parecer más una colonia estable que un simple campamento mercenario.

—No, como mucho —continuó Gutier con cierta desazón tras la pausa—, y con suerte, podríamos chamuscar una cubierta, lo que entretendría a los cuatro menos borrachos que estuvieran cerca, pero seguirían quedando para ti solo los otros dos mil novecientos y tantos. ¿Lo entiendes?

—Sí, me temo que sí… Lo entiendo.

Y se hizo un silencio incómodo que solo rompía el picotear de un pájaro carpintero labrando algún árbol cercano.

Furco apareció después de una pequeña excursión por los alrededores y buscó a

su amo, que, aunque distraído, le brindó al lobo las caricias que buscaba.

—Deberíamos hacerlo al revés… —dijo de pronto Assur con cierto aire dubitativo—. No podemos contar con que puedan nadar, es cierto, pero yo sí puedo hacerlo. Puedo nadar hasta el otro lado y ayudarlos a salir entre los maderos…

—Y después, ¿qué? —preguntó con su habitual laconismo irónico el infanzón.

Assur lo pensó por un momento.

—Pues ya que no podemos contar con que naden, bastaría con que se dejasen arrastrar por la corriente. Podríamos —continuó especulando el muchacho—, podríamos usar los propios maderos del redil…

—Ese, ese sí que es un tiro demasiado largo —dijo el infanzón entre resoplidos y poniéndose en pie.

Mientras Gutier se alejaba ya hacia el interior del pinar el niño lidiaba con su decepción acariciando el lomo de Furco.

—Pues más vale que a ti se te ocurra algo o de lo contrario —le dijo Assur al lobo mirándolo con ternura—, me da la impresión de que ese de ahí es muy capaz de comer lobo para cenar, no le caes bien —le aseguró el niño a Furco con un tono de complicidad—. ¿Qué? ¿Se te ocurre algo? ¿Eh? Bueno para nada.

Pero a Furco lo único que se le ocurrió fue tumbarse y ofrecer su panza, dispuesto a disfrutar de la atención de su amo.

Y, antes de que al lobo le diera tiempo a sentirse completamente a gusto, Gutier apareció de repente manteniendo el índice de su izquierda apretado contra sus labios y obligando con la derecha a Assur a tumbarse.

Al lobo le llegó un olor que le dijo mucho más que los gestos del infanzón. Olvidándose de las caricias que esperaba, se preparó para atacar encorvando el lomo y enseñando los dientes.

—Mantén a ese bicho en silencio o acabarás ahí abajo mucho antes de lo que pensabas —susurró Gutier al oído del niño.

Las voces les llegaron pronto, diluidas por el bosque, pero inconfundibles.

Assur, presionándole el lomo, obligaba a Furco a mantenerse echado y en silencio. Gutier había desenvainado su espada, y la empuñaba enterrándola entre las agujas de los pinos para evitar brillos que lo delatasen. Con el arco cruzado a su espalda se acomodó dejando la pierna derecha y el brazo izquierdo preparados para alzarse rápidamente si era necesario. Los tres, pecho a tierra, tensaban sus músculos aguantando la respiración, y esperando que la patrulla de los normandos pasase de largo. Incluso el lobo parecía darse cuenta de lo que estaba en juego.

Y si, como bien sabía el infanzón, la historia ya había dejado tras de sí batallas mucho más importantes que se decidieron por nimiedades fortuitas, aquel lance entre hispanos y nórdicos tuvo también que dilucidarse por una desagradable casualidad.

Tirados sobre la pinocha vieron horrorizados cómo entre expresiones jocosas se acercaba uno de aquellos demonios del norte. Caminaba distraído, mirando a sus espaldas y gritando palabras a un desconocido número de compañeros que se habían quedado más allá del campo de visión de los hispanos.

El nórdico, otro gigantón barbado de gesto hosco, miraba en derredor, buscando algo que ni Gutier ni Assur supieron adivinar hasta que vieron al normando acuclillarse al lado de una mata de brezo al tiempo que se afanaba deshaciendo las ataduras de sus ropajes y protecciones.

Assur miró al infanzón sin poder evitar que el miedo se reflejara en su rostro. Gutier, sereno y acostumbrado a las tensiones propias de los prolegómenos de la violencia, le devolvió el gesto al niño intentando que su expresión mostrase una relajación que estaba lejos de sentir. Cuando ambos miraron de nuevo hacia el nórdico, se encontraron con la sorpresa, los había visto. Y antes de que sucediese lo inevitable Gutier tuvo tiempo de arrepentirse una vez más por haberse involucrado en la historia del pequeño.

El normando, por encima de la mata de brezo, en una escena que tenía algo de incongruencia poética, miraba a los hispanos con una expresión de cómico asombro.

Furco, sin hacer un solo ruido, enseñó los dientes mientras el pelo del cogote se le erizaba y las ancas acumulaban la tensión necesaria para saltar. Sin embargo, los humanos no reaccionaron, por unos instantes eternos solo se miraron los unos a los otros; el primero en romper la falsa calma fue el normando.

—*Gætið ykkar! Þar bak við trén! Tveir bláþursar!* —gritó advirtiendo a sus compatriotas e intentando erguirse y recobrar la compostura y sus armas, todo al mismo tiempo.

Gutier, que aun sin entender el idioma comprendió lo que sucedía, salió como un rayo y Furco, como si hubiera estado esperando la señal, se lanzó tras el infanzón gruñendo y soltando espumarajos por la boca.

Al nórdico no le dio tiempo de recomponerse, la espada de Gutier, tras describir

un arco que a Assur le pareció interminable, se trabó en el cuello del pagano salpicando sangre y cortando, en un gorgoteo sibilante, el grito que el normando había empezado y no pudo acabar. Antes de que el cuerpo cayese, ya sin vida, Furco había trabado sus dientes en la nuca del hombre y movía la cabeza furiosamente, intentando romper el pescuezo del normando como tantas veces había hecho con las liebres. Y, por primera vez, Gutier se alegró de que el lobo estuviera de su parte.

El infanzón se rehízo rápidamente y, mientras el lobo se ensañaba con el cadáver del nórdico, corrió de regreso hasta Assur.

—¡Corre! ¡Llévate al lobo! ¡Escondeos en el castaño donde acampamos ayer! —urgió Gutier—. No te pares, no mires atrás y corre como si el mismísimo demonio te persiguiese. Espérame allí… —El infanzón calló un segundo, dudando—. Y si no he regresado mañana al alba, vete a… al monasterio de Samos, sí, a Samos. Pregunta por el hermano Malaquías y cuéntale lo sucedido. Y dile también que envíe recado a los hombres del conde Gonzalo, ¡no te olvides de eso!

El niño no reaccionó. Gutier temió que su límite hubiese llegado y que el muchacho se rompiese como un cabo demasiado tenso. Sin embargo, tras mirar fijamente el cadáver del nórdico e inclinar la cabeza para escuchar las voces airadas de los otros normandos, claramente más próximas, el niño reaccionó.

—En el castaño, y si no volvéis, al este, a Samos… —Y salió corriendo una vez más—. Furco, aquí, ¡ven!

Y el niño y su lobo desfilaron a toda prisa por el borde del risco mientras Gutier disponía sus armas y su mente para el combate.

Clavó la espada en el suelo, ante sí, y preparó una flecha con el arco a medio tensar, listo para hacer al menos un disparo antes de tener que trabarse en combates cuerpo a cuerpo. No sabía cuántos vendrían, pero intentaría abatir a todos los posibles antes de verse obligado a usar la espada.

Assur no podía sentirse más abrumado. Había perdido todo en unos instantes y, ahora, cuando había llegado a pensar que renacía la esperanza, volvía de nuevo a perderlo todo. Le hubiera gustado que Sebastián estuviese allí, con él. Se sintió más solo de lo que jamás se había sentido, y se sintió culpable, por Ilduara. Y por Gutier, él había insistido en ir al campamento normando. Incluso se sintió culpable por el destino de Berrondo. Y de un instante a otro, como si de una revelación divina se tratase, se sintió, también, incapaz de seguir corriendo.

Se detuvo resollando, con el rostro encendido y una resolución clara en su mente. Furco, inquieto, esperaba una señal para saber qué hacer.

—¡Vamos! No nos quedaremos solos de nuevo, ¡tenemos que ayudarlo! ¡No pienso volver a huir jamás!

Y echó a correr, en esta ocasión, en sentido contrario. Intentando cubrir la distancia recorrida en menos tiempo del que le había llevado llegar hasta allí.

Cuando estuvo cerca aminoró el ritmo, se agachó y puso todos sus sentidos alerta, intentando captar cualquier indicio que le permitiese hacerse una idea de lo que estaba ocurriendo antes de llegar hasta el lugar donde se había quedado el infanzón.

A cubierto, tras el tronco envejecido de uno de los pinos, se asomó lo justo para poder ver mientras obligaba a Furco a quedarse tras él.

Uno de los cuerpos ya lo conocía, el destrozo que Furco había hecho en su nuca era fácilmente reconocible. En los alrededores había otros dos, medio hundidos entre las agujas viejas y demasiado lejos como para que Assur estuviese seguro de lo que veía. Uno de ellos parecía agarrarse a un último resquicio de vida con sordos estertores que burbujeaban en la garganta seccionada. El otro estaba inmóvil, quizá inconsciente o quizá muerto, Assur no podía saberlo. Y, un poco más allá, Gutier.

El infanzón estaba en evidentes apuros, rodaba por el suelo enzarzado en una sucia pelea con el que debía de ser el último de los normandos de la patrulla. Y, a juzgar por la diferencia en tamaño y corpulencia, Assur estuvo seguro de que no le quedaba mucho tiempo antes de que el nórdico clavase en el cuello de Gutier la daga que llevaba en su puño cerrado. El hispano, con las manos cruzadas, intentaba detener el alcance de la hoja a la vez que, con una de sus piernas dobladas, protegía la ingle de posibles golpes bajos.

Los dos hombres gruñían y rodaban cambiando de posiciones, sin embargo, el infanzón seguía desarmado y el nórdico continuaba empleando toda su destreza y fuerza para hundir el puñal en el cuerpo de Gutier. Assur vio que el infanzón tenía un corte en uno de sus muslos, la sangre manaba ensuciando sus ropas y pegoteando agujas de pino en sus calzones y tabardo. El pequeño, indeciso, no sabía qué hacer. Furco parecía tenerlo mucho más claro, y, de no ser por la mano de su amo, que lo retenía, ya se habría lanzado al ataque.

En el forcejeo los hombres se bambolearon una vez más y el nórdico perdió su casco gracias a un manotazo de Gutier y, de pronto, se le ocurrió. Nervioso ahora por la idea que había tenido y por poder llevarla a cabo lo antes posible, Assur metió la mano en la pinocha y rebuscó levantando tierra y viejas agujas enrojecidas.

Tardó lo que le pareció una eternidad, pero consiguió encontrar una piedra irregular de colores apagados. No volaría tan bien como los cantos que tantas veces había cogido del río, sin embargo, como cualquier otro niño de su edad, como cualquier otro pastor, Assur sabía bien cómo lanzar una piedra, fuera del tipo que fuera; incluso sin su honda.

Esperó a que el normando rodara hasta ponerse encima del infanzón y, cuando el nórdico se alzó para tomar impulso e intentar una vez más apuñalar a Gutier, el niño apuntó cuidadosamente. Respiró y soltó el brazo como un resorte, dejando la mano recta, que siguiera el lanzamiento, tal y como le había enseñado Sebastián.

El tiro fue bueno, pero el normando se había movido y solo consiguió rozarle la

frente. Sin embargo, fue suficiente.

Furco había salido a por el normando casi con la misma velocidad de la piedra y, entre el golpe y el lobo, el nórdico se distrajo lo bastante como para que Gutier se hiciera con el puñal tras retorcerle las muñecas.

Buscando la axila, allá donde se unían las piezas de la cota de malla, el infanzón consiguió clavar la hoja hasta el mango y luego, revolverla con fuerza, para terminar sacándola con una trayectoria distinta a la que había empleado para clavarla.

Lleno de sorpresa y terror, el normando se derrumbó casi al instante, sin más gesto que el de intentar contener la vida que se le escapaba a borbotones por la herida abierta. Antes de que terminase en el suelo Furco ya le había saltado encima.

Assur se acercó intentando contener los temblores que lo amenazaban. Gutier se incorporaba sofocado y lo miraba con una severidad palpable.

El infanzón dudó, deseaba reñir al muchacho por haberlo desobedecido, sin embargo, tenía que reconocer que la ayuda de Assur había sido crucial para poder sacarse al normando de encima.

—¡Me has desobedecido! ¡Tenías que…!

Dudaba qué decir a continuación, cuando se dio cuenta de que faltaba uno de los cuerpos.

A uno de los normandos no lo había herido de gravedad, solo le había hecho perder el sentido al golpearlo con el pomo del arriaz de la espada. Antes de rematarlo, el último de ellos, con el que había terminado enzarzado, lo había atacado por la espalda y había tenido que reaccionar dejando el trabajo sin terminar.

El corte de la cara exterior del muslo le dolía y tuvo que arrastrar la pierna herida mientras caminaba hasta el borde de la cumbre: ya era tarde, el normando perdía el alma corriendo cuesta abajo hacia la orilla del río.

—Debemos irnos, en cuanto ese hideputa consiga ponerse en contacto con sus amigos, se nos van a echar encima, saben que no soy un pastor ni un campesino; me buscarán para que no pueda dar aviso a otros hombres de armas. Debemos irnos, ¡cuanto antes!

Y sacó del zurrón un retal de paño en el que había estado guardando los últimos mendrugos de pan para atárselo con fuerza en el muslo; una vez satisfecho con el improvisado vendaje, increpó al muchacho de nuevo.

—¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder! ¡En marcha!

La herida de Gutier los retrasaba, sin embargo, imprimieron a su caminar el ritmo más rápido del que fueron capaces.

—Quizá podríamos buscar ayuda en algún pueblo, es probable que hacia el este queden lugares por los que los normandos no hayan pasado —sugirió el muchacho en un momento de descanso en el que se habían detenido junto a un arroyo.

La noche ya amenazaba y Gutier aprovechaba para lavarse la herida y rellenar el

pellejo con agua fresca.

—Puede ser —contestó con voz cansada—, puede ser. Sin embargo, yo debo cumplir con mi obligación, tengo que avisar al conde. —Y Gutier no pudo evitar recordarse que, de no haberse metido donde no debía, ya hubiera podido dar por concluida su misión—. Además, si lo hiciéramos pondríamos en peligro a personas inocentes…

Y, aunque no le dio más explicaciones al pequeño, Gutier también consideraba cuál podría ser la reacción de los nórdicos al enterarse de que andaba tras ellos un hombre de armas. Por lo que él sabía, desde la batalla de Fornelos, en la que el antiguo obispo Sisnando perdiera la vida, no habían vuelto a vérselas con gentes de las mesnadas o combatientes serios. Tanto podían darle importancia como no. Pero sí estaba seguro de que no les permitiría adelantarse a la posible reacción de su señor o del resto de los nobles. Teniendo en cuenta la caótica situación del reino, si los nórdicos se decidían a lanzar un ataque masivo a las tres o cuatro poblaciones más importantes, todo podía perderse si no se forjaban las alianzas necesarias.

—¡Sigue! Mientras veamos, avanzaremos —dijo tajantemente el infanzón—. Debemos llegar hasta el paso de Nogais cuanto antes.

Y así lo hicieron, hasta que la escasa luna y la espesura del bosque volvieron a la noche tan cerrada como para convertir la marcha en imposible.

Los reniegos de Gutier habían hartado pronto al muchacho y, al segundo día de marcha, Assur había dejado de pedirle que se detuviesen en alguna de las poblaciones circundantes. Además, el chico había llegado a creer las promesas del infanzón, y no había querido importunarlo más de lo necesario; dándose por satisfecho con la seguridad que el hombre del conde mostraba respecto al pronto llamamiento que se haría al fonsado. De hecho, el infanzón había mostrado una determinación que al muchacho le había parecido admirable; la cojera de Gutier se había ido haciendo más y más evidente, sin embargo, a pesar de los padecimientos y del penoso ascenso siguió manteniendo un ritmo endiablado; y Assur quiso interpretarlo de modo tal que colmara sus esperanzas. Con la ilusión propia de su edad el muchacho imaginaba que Gutier deseaba tanto como él mismo llegar al castillo del conde. Las fuerzas de los nobles se unirían sin más dilación y, con el beneplácito del rey niño, se reunirían las mesnadas para expulsar por siempre a los normandos; el mismísimo Gutier podría rescatar a Ilduara y a Sebastián. Assur incluso se imaginó convertido en mozo de armas del infanzón, interviniendo de manera decisiva en la batalla en la que recuperaría lo poco que quedaba de su familia.

Por su parte, Gutier, cansado y dolorido, hubiera preferido no haberse convertido en esclavo de semejantes promesas, sin embargo, no se le había ocurrido otro modo de evitar que el muchacho lo retrasase todavía más. En realidad, el infanzón tenía sus dudas sobre la posible reacción del conde Gonzalo, pero había preferido pensar que,

por una vez, el bien del pueblo podría interponerse a las ventajas de los juegos políticos. Además, su herida estaba suponiendo un verdadero calvario; pensó en más de una ocasión hacer un alto en Samos y dejarse atender por los monjes, aunque no llegó a decirlo para no dar pie a más palabrería del niño, que se hubiera quejado por el retraso.

Dejaron atrás el alto de Piedrafita y el apremio impidió a Gutier detenerse en la iglesia de Santa María la Real para rogarle ayuda al Señor, además, estando aquel lugar en manos de monjes benedictinos, no tenía Gutier amigos con los que contar, por lo que no le quedó otra que apretar los dientes y seguir. Con mucho esfuerzo, consiguieron hacer noche al pie de la colina que coronaba el castillo de Sarracín, su destino, al cuarto día; y solo las molestias y calenturas de la herida de Gutier les impidieron acometer la difícil ascensión.

Prepararon campamento en un claro entre viejos robles retorcidos de corteza gris, y Assur, intentando ayudar, se ocupó de rellenar los odres con agua fresca del cristalino Valcarce. Era un río retorcido y sinuoso que cambiaba una y otra vez de dirección por culpa de la intrincada geografía del valle; sus aguas limpias le hicieron a Assur recordar la mañana de unos pocos días atrás, mientras se preparaba para pescar en el Pambre. El muchacho se sentía confundido, perdido; la excitación de la aventura que estaba viviendo se mezclaba de una manera insana con la incertidumbre por su futuro y el enorme dolor que sentía por haber perdido a su familia. La esperanza de volver a ver a Ilduara o a Sebastián era su único amarre y Assur estaba decidido a no rendirse.

Estaban rodeados de montañas por todos lados, escarpadas cumbres verdes en las que destacaban algunas manchas de colores otoñales y muelas de titánicas rocas graníticas. Una enorme muralla natural que definía las fronteras de la antigua Gallaecia romana y que, a excepción de unos pocos pasos, se convertiría pronto en una cárcel de hielo y nieve. La escasa luz de la luna y las estrellas desdibujaba la silueta del castillo en lo alto de la colina, dándole un aire siniestro que consiguió que Assur temiese de nuevo por la vida de Ilduara.

Cuando el niño llegó hasta el campamento con el agua, Gutier se había adormecido con la espalda apoyada en la base de uno de los robles. Era la primera vez que Assur lo veía así, vencido por el cansancio; en las noches anteriores el infanzón se había quedado siempre de guardia y el rostro curtido de Gutier, atento y alerta, era, en cada ocasión, lo último que el niño había visto antes de cerrar los ojos y lo primero que había descubierto al abrirlos.

Ambos durmieron sueños intranquilos, el adulto por las fiebres que le subían desde la herida y el niño por las incertidumbres que lo asaltaban.

En la mañana lloviznó pesadamente.

El conde Gatón, señor de Astorga y el Bierzo, le había cedido a su hijo suficientes

propiedades, arriendos, ganados y sedas como para que semejantes rentas pareciesen imposibles de dilapidar. Sin embargo, el que había sido un chiquillo malcriado se convirtió en un vividor malsano que supo disponer muy pronto de los bienes de su progenitor, con tan poco orden y semejante desconcierto que en solo unos pocos años desde el fallecimiento de su padre tuvo que empezar a vender sus propiedades; de entre ellas, por su valor y posición estratégica, de la que más le costó desprenderse fue de la fortaleza a la que había dado su propio nombre, Sarracín.

El fastuoso castillo dominaba el valle del Valcarce desde una posición privilegiada en uno de los picos más bellos de todos los montes bercianos. Con la amenaza musulmana, siempre viva desde las llanuras del sur, la fortaleza se había convertido, a lo largo de los años, en un bastión de la resistencia cristiana, adquiriendo un emblemático significado para todos los lugareños. El alcázar era, además, prácticamente autosuficiente, contaba con sus propios establos y caballerizas, una herrería a cargo de un artesano renombrado, una buena bodega, una despensa bien abastecida y un enorme aljibe excavado en la tierra que, al modo romano, mantenía el agua limpia con grandes anguilas que, además, de cuando en cuando se servían como platos en los banquetes celebrados en el gran salón común de la alta torre del homenaje.

Poco más de diez años antes el conde Sarracino, con enormes deudas que cubrir por sus excesos y lujuria, había vendido al cómite Gonzalo Sánchez el fantástico castillo con la sola condición de poder usarlo como lugar de pernocta cuando se ausentara de Astorga, y aceptando los términos del acuerdo, el avispado noble gallego regateó cuantos modios de trigo pudo hasta que, tras acaloradas discusiones, se hizo al fin con tan importante fortaleza y la convirtió en su residencia principal. De ese modo, poseyendo un castillo de tan alto valor estratégico y mezclándose en tantos entramados políticos como pudo, el conde Gonzalo Sánchez consiguió medrar en la jerarquía nobiliaria hasta convertirse en uno de sus miembros más influyentes.

Pero el aún joven noble tenía una ambición sin límites y esperaba que los nuevos tumbos diplomáticos del reino le permitiesen adquirir, si cabía, una posición todavía más notable.

El conde Gonzalo Sánchez era un hombrecillo enjuto y mezquino. Tenía una piel cenicienta y marchita con propensión a las verrugas y un pelo fosco y desagradable que escaseaba de manera alarmante en una enorme cabeza que parecía haber crecido sin tener en cuenta el magro desarrollo del cuerpo que la sostenía. Se tocaba con un bigotillo alargado que nunca conseguía cortar de manera simétrica; y padecía de graves dolencias intestinales que le obligaban a contar con los servicios permanentes de médicos y curanderos, además de dotarle de un aliento tan desagradable como los efluvios de una sentina olvidada y por culpa del cual los mozos y sirvientes solían referirse a él como el *Boca Podrida*. Era de pobre constitución y frágiles huesos, y

arrastraba con desgana las consecuencias de una infancia humillante en la que únicamente su posición y nacimiento lo salvaron de quedar más veces en ridículo; poco hábil con las armas y pésimo combatiente, había sido blanco habitual de las chanzas de sus primos y parientes. Sin embargo, el conde había guardado celosamente cada burla en su memoria y, en cuanto heredó el título, aún con el cadáver de su padre caliente, se deshizo de todos aquellos que en algún momento se habían atrevido a reírse de él.

Esa mañana el conde se había despertado temprano, como era su costumbre, y había empezado el día masticando menta silvestre mientras elucubraba respecto a su posición en el juego de poder que se estaba disputando en la corte; en el cielo, algunas nubes ligeras escampaban dejando un fino velo brillante sobre los verdes de los montes. La subida al trono del niño Ramiro había sido una decepción, especialmente cuando él y sus adláteres se habían tomado tantas molestias para envenenar al padre del infante. Y, si los rumores eran ciertos, la recuperación de la cátedra de Compostela por parte de Rosendo no beneficiaba en absoluto las pretensiones del conde, pues mientras que la facción nobiliaria del cómite tenía un aliado en Sisnando, con el nuevo obispado las relaciones no eran precisamente cordiales. Además, por lo que sus informantes en la corte le habían dicho, era muy probable que Rosendo hubiera hecho todo lo posible para poner de su parte a la regente doña Elvira, la tía monja del joven rey.

Y una situación semejante no le convenía en absoluto al nuevo señor del castillo de Sarracín, pues llevaba años conspirando para que el poder de la corte recayese en manos más amigables.

Tiempo atrás, cuando el rey Ordoño había muerto, esperanzado con auparse cerca de la corona, el conde Gonzalo se había aliado con Fernán de Lara, todopoderoso de Castilla, el cual, tiempo antes, había casado a su hija Urraca con el fallecido monarca y ansiaba que, una vez muerto su yerno, fuese precisamente su nieto Bermudo el que subiese al trono. Sin embargo, las tácticas y conspiraciones empleadas fallaron, e incluso hubo quien se atrevió a tachar de ilegítimo al niño Bermudo aduciendo que la consorte andaba algo suelta de cascos con uno de sus yegüerizos. De todo el embrollo resultó beneficiado únicamente el medio hermano del rey muerto, que se coronó como Sancho I y fue conocido como el Craso, para disgusto del conde Gonzalo y del señor de Lara.

Y, ahora, muerto el Craso por la manzana envenenada que saliera de la misma apoteca de Sarracín, era su hijo Ramiro el que ocupaba un trono en manos de una monja y no el nieto del poderoso conde castellano, Fernán; así que el cómite Gonzalo esperaba ansioso noticias de su infanzón, Gutier de León, a fin de planear sus siguientes movimientos y poder deponer cuanto antes al rey niño y dejar el trono libre.

Unos días antes había llegado a Sarracín una misiva del conde Fernán rogando confirmación de la muerte del obispo Sisnando e información sobre el ataque normando; y el conde Gonzalo, mientras enjuagaba su boca de los restos de la menta fresca, urdía estratagemas que pudiesen servir para sacar provecho de las incertidumbres que tales nuevas, de ser ciertas, provocarían en la corte.

Cuando bajó al salón de la torre del homenaje, con la menta ya disuelta y el aliento apestando a bicho muerto, recibió la buena nueva del regreso de su hombre de confianza. Aunque herido, el infanzón Gutier esperaba a ser recibido.

Assur abrió los ojos calado por la lluvia y, para su asombro, tuvo que despertar a Gutier, que, calenturiento y con el rostro abochornado, parecía haber pasado una mala noche. La cecina se había acabado dos días antes y, entre la somnolencia de Assur, la fiebre de Gutier y el hambre de ambos, les costó ponerse en marcha.

La ascensión al castillo se hizo eterna, ralentizado su caminar por los vericuetos serpenteantes que negociaban la pendiente de la montaña entre enormes castaños y robles con troncos llenos de escondites para los lirones. Gutier cojeaba de forma evidente y Assur hubo de servirle de apoyo en más de una ocasión; tuvieron que hacer frecuentes paradas a fin de que el infanzón se tomase pequeños descansos que le permitiesen recuperar el aliento. Mientras, Furco, aburrido por la lenta marcha, corría de un lado a otro, adelantándolos o quedándose atrás según descubriera uno u otro rastro; en una ocasión lo perdieron de vista cuando echó una larga carrera tras una ahorradora ardilla que aprovisionaba las nueces de un nogal resquebrajado de antiguo por algún rayo.

Cuando llegaron al murallón del castillo, Assur quedó sorprendido por la inmensa construcción, la alta torre del homenaje le hizo sentir vértigo por el solo hecho de pensar en subir hasta la terraza almenada.

Todo era nuevo para el pastor: hubo que dar aviso a la guardia, muchachos y sirvientes iban y venían por los patios llevando y trayendo cestos y cántaros, hombres de armas charlaban paseando y el corpulento herrero, lleno de hollín y con su mandil de cuero firme repleto de chamuscados agujerillos, habló con ellos cordialmente interesándose por el viaje del infanzón hasta que Gutier insistió en la prisa a la que lo obligaban sus deberes.

—Yo ahora debo ir a ver al conde —le dijo el leonés al muchacho cuando ya se habían despedido del artesano—, los de la guardia ya lo habrán avisado de mi llegada. Tú no puedes acompañarme; te quedarás con el hebreo Jesse, es uno de los médicos que el conde tiene a su servicio. —A Assur le sorprendió la firmeza que el infanzón era capaz de dar a su voz aun aquejado de fiebres—. Es un buen hombre, además, yo tendré que ir a verlo en cuanto termine con el conde, creo que necesito un remiendo… Así que nos encontraremos allí cuando acabe —concluyó el infanzón antes de dirigir al muchacho a la apoteca del castillo.

El muchacho pensó por un momento en recordarle a Gutier que debía convencer al conde para llamar al fonsado y combatir a los nórdicos, pero abandonó pronto la idea al percibir que esa mañana el infanzón no estaba, precisamente, de buen humor, como delataba su gesto hosco y dolorido. Tampoco tuvo demasiado tiempo, les bastó cruzar el patio principal para llegar a la botica, una pequeña construcción llena de cacharros de todo tamaño y condición que fascinó al pastor.

El médico Jesse resultó ser un hombre bajo y desgarbado, con los hombros caídos, la nariz aguileña y el tópico aspecto judío que maravilló a Assur por lo extravagante de su indumentaria y lo estrafalario de su fachada. El hebreo solo aceptó quedarse a cargo del muchacho cuando consiguió de Gutier la promesa de regresar lo antes posible para echarle un vistazo a la herida de la pierna.

Antes de marchar el infanzón se dirigió de nuevo al chico:

—Estate quieto y callado —le ordenó a Assur— y vigila a esa mala bestia —añadió señalando a Furco—, no sea que vaya a enseñarle los dientes a quien no deba.

Cuando Gutier se alejó renqueando hacia la torre del homenaje, Assur, tímido y sin saber qué hacer, se sentó en un taburete que encontró en una esquina y acarició el cogote del lobo, mirando embobado cómo los extraños rizos que colgaban de las patillas del hebreo se bamboleaban al tiempo que este machaba en el mortero la tiza que, a la mañana siguiente, diluiría en la leche del desayuno del conde para mitigar sus molestias estomacales.

Jesse ben Benjamín, hijo de un mercader de vinos franco de Aquitania, había estudiado medicina en Bagdad siguiendo una firme vocación descubierta en la adolescencia, y había terminado ejerciendo al servicio de un prohombre del califato de Córdoba porque, de regreso a su tierra natal, había descubierto que la competencia era excesiva. Sin embargo, unos pocos años antes la fama de los médicos judíos había alcanzado un máximo al ser uno de ellos el que había librado a Sancho el Craso de su extrema gordura; lo que le supuso a Jesse una oportunidad de emigrar al norte de la península ibérica y entrar al servicio del cómite Gonzalo Sánchez y sus pertinaces problemas digestivos, cometido que, a pesar del voluble carácter del noble, se veía compensado por la mayor cercanía a las propiedades de su familia en el reino franco, donde su padre, de delicada salud, luchaba contra el paso de los años.

—¿Tienes hambre? —preguntó de pronto el judío entornando sus ojillos marrones y dejando a un lado el mazo del mortero.

Aunque Assur no contestó, su expresión fue tan franca como para que una amplia sonrisa de aquiescencia apareciese en el rostro del hebreo.

—Anda, ven, acerquémonos a las cocinas —propuso el judío con su exótico acento.

Y aun con el inconveniente de la curiosidad de las mozas del servicio Assur se sintió agradecido por poder llenar su estómago con algo más que cecina reseca.

Gutier, manteniéndose a lo que juzgó como una distancia prudencial e intentando apoyar el menor peso posible en la pierna herida, relató sus andanzas y se explayó en cuantos detalles pudo sobre la información que había recabado; incluyendo la esperada confirmación de la vuelta al obispado de Rosendo tras la muerte del belicoso Sisnando y todo lo que pudo recordar sobre el campamento de los normandos.

—¿Estáis seguro de eso? ¿Alrededor de tres mil? —preguntó el conde con tanto asombro como para que la fuerza en su voz llevase su desagradable aliento hasta el infanzón.

—Sí, mi señor, pude contar ochenta y tres navíos —contestó Gutier disimulando el esfuerzo por no contraer el rostro en una mueca de desagrado—. Eso supone unos tres mil normandos, más o menos.

Las pequeñas ventanas de la sala estaban cubiertas por lienzos encerados, y enormes lámparas de brazos de madera sostenían multitud de velas que solo conseguían suplir parcialmente la falta de luz que las telas robaban a la mañana, radiante tras la lluvia de la noche. El ambiente era opresivo y Gutier se sentía incómodo, su mente afiebrada reaccionaba lentamente, estaba deseando salir de allí cuanto antes.

El conde caminaba de un lado a otro con pasos inquietos de sus pequeños pies, rascándose la desproporcionada cabeza, y el infanzón esperaba pacientemente a ser despedido.

—Pero… por el momento se han mantenido en las tierras del conde de Présaras, ¿no es así?

—Sí, por el momento sí —concedió Gutier—. Aunque no creo que les importe mucho quién sea el dueño de las tierras, creo que, simplemente, ese valle del Ulla les gusta; hay que reconocer que tienen a mano una vía de escape rápida, y los afluentes que desaguan allí les permiten moverse al sur y al norte con libertad… Además, aunque no es una posición elevada, no por ello es fácil de atacar, están rodeados de picos y montañas por todos lados; pueden no tener la ventaja de dominar una cota alta, pero es un refugio que puede defenderse; y les permite mantener un buen número de efectivos cerca de sus naves.

—Ya, ya… Eso ya me los habéis dicho —le reprobó el conde con gesto de hastío —. Y ¿cuál creéis que será su siguiente paso? Se acerca el invierno, ¿lo pasarán aquí? —El conde lanzaba las preguntas al aire mientras seguía moviéndose de un lado a otro, como si no esperase respuestas concretas—. ¿Seguirán avanzando hacia el este o volverán a atacar Compostela?… O quizá quieran bajar hasta Lisboa, no sería la primera vez… Aunque hasta ahora siempre lo habían hecho desde el mar… —Y permaneció un instante callado antes de increpar a Gutier—: Hablad, por Dios, ¿qué pensáis?

El infanzón tuvo que hacer un esfuerzo para encontrar las respuestas entre la niebla que parecía haber cubierto su raciocinio.

—No lo sé, señor… Creo que se quedarán aquí durante el invierno. Supongo que saben que, por el momento, nadie parece dispuesto a hacerles frente, aunque solo sea por la información que hayan podido sacarle a los prisioneros… —La mención de los cautivos le recordó al muchacho que lo había acompañado hasta allí—, aunque solo sea por la información que hayan podido sacarle a los prisioneros, deben saber que la situación política no es, digamos, estable… Y no se atreverán a cruzar el mar del Norte cuando empiece el frío… Pienso que avanzarán hasta donde les dejemos hacerlo, hasta donde puedan, tengo la impresión de que ese campamento del Ulla empieza a parecerse a un asentamiento permanente… Se quedarán allí mientras se lo permitamos, esquilmando cuanto encuentren.

—Eso está bien —contestó el conde—, muy bien. Así aprenderá ese desagradecido de Présaras, ¡que vaya ahora a pedirle ayuda a la monja loca esa! ¿Acaso no la apoyó cuando quiso coronar a ese mocoso? Con un poco de suerte a esos paganos les podrá la avaricia y volverán a intentarlo con Compostela… Sea como sea, tenemos tiempo para buscar el modo de que todo esto nos beneficie —dijo el noble deteniendo su ir y venir—, en cuanto se os cure esa pierna, iréis a Lara, tengo que hacerle saber al conde Fernán que ahora tenemos una oportunidad para presionar a Rosendo y al mismo rey. Veremos qué podemos sacar en limpio… Si lo ayudo a aupar al trono a su nieto, quizá pudiera…

Entonces algo se iluminó en el rostro del conde de Sarracín y su nariz se encogió revolviéndole el bigote.

—¡Aunque todavía podríamos hacer algo mejor! —bramó el noble con una alegría evidente que ni siquiera la pestilencia de su boca empañaba—. Algo mucho mejor…

Gutier conocía de sobra la tendencia a la mezquindad de su señor, tan aficionado a la cizaña como la peor de las alimañas, y no le costó adivinar las intenciones del cómite: debido a la amenaza de los normandos, la corona, aliada ahora con la Iglesia gracias a la recuperación del obispado por Rosendo, se veía en un brete y el de Sarracín podía aprovechar la situación para, ofreciéndose a intervenir o no en contra de los invasores, decantarse por el niño rey y las regentes, influidas por el prelado, o bien favorecer al de Lara, que pretendía usurpar el trono. Y, a pesar de la lealtad debida, el leonés no pudo evitar poner objeciones a lo que oía.

—Pero, señor, ¿y qué pasará? ¿Acaso vamos a dejar que los nórdicos campen a sus anchas? —Gutier hablaba intentando exponer sus quejas con el tono más humilde posible—. Sus rapiñas… matarán a mucha gente, no solo a los que ellos mismos arrebaten la vida, sino también por el hambre que dejarán tras de sí… En un par de semanas podrían llegar hasta aquí mismo, al Bierzo. ¿No sería más prudente llamar

ya al fonsado y hacerles frente?…

De no haber estado aquejado por la fiebre, quizá Gutier hubiera podido exponer sus argumentos de un modo más sibilino, intentando plantear al conde las ventajas que le supondría enfrentarse a los normandos y salir vencedor, pues de ese modo la corona estaría en deuda con él. Sin embargo, y aunque llegó a darse cuenta del error, la espesa melaza en la que parecían haberse transformado sus sesos no dio para más en esa ocasión, y se olvidó de que al Boca Podrida se le habían acabado los escrúpulos hacía años; el conde no arriesgaría a sus propios hombres o sus tierras a no ser que tuviese la seguridad de que se vería beneficiado, sin importarle si recibía la recompensa de la corona o del de Lara.

—Muchos morirán… Todos corremos un grave riesgo, ¡todos! —insistió en su protesta con tanta fuerza como le permitieron sus fiebres.

Sin embargo, el conde de Sarracín no prestaba atención a las quejas de su infanzón y Gutier se libró de una reprimenda por su descaro. De hecho, abstraído como estaba, embelesado por las perspectivas de futuro que barruntaba, el noble tardó un momento en reaccionar.

El cómite Gonzalo estiró su espalda todo lo que pudo, intentando hacer crecer su menguado cuerpecillo y recolocando su escasa pelambre para disimular su calvicie.

—Estimado Gutier, esta es una oportunidad única, ¡única! —exclamó excitado por las posibilidades que imaginaba—. Podemos hacer algo mejor que tentar a Fernán. Jugaremos con dos tableros… Iréis a ver al de Lara y, al regreso, os llegaréis a Compostela, a transmitirle mis mejores deseos al obispo Rosendo. —A pesar de la calentura, al ver confirmados sus temores, a Gutier se le escapó un gesto de disgusto —. Tenderemos nuestra mano a ambos bandos a un tiempo… Habrá que escribir con mucho tino las cartas que os daré. —Y antes de continuar giró sobre sus talones para dirigirse a un sirviente que tenía a su espalda—: Que se encarguen de enviar a alguien a los bosques del sur, que interrumpan la cacería de Weland y lo traigan aquí, cuanto antes, veamos si ese borracho sabe algo que merezca la pena sobre ese tal Gundericus. —Y se volvió de nuevo hacia el infanzón—: Podéis retiraros Gutier, id a ver al hebreo y que os curen esa pierna, las cartas que habréis de llevar estarán listas en cuanto os recuperéis.

Gutier dudó sin estar seguro de cuáles serían las palabras más convenientes.

—Pero, mi señor, ¿no deseáis entonces que llamemos al fonsado hoy mismo? —preguntó sin poder evitar encoger los hombros, temiendo la iracunda reacción del conde.

—Oh, no, no. Es pronto para eso —contestó el noble malinterpretando la sugerencia de su hombre de armas—. Por el momento no necesitamos al fonsado, ya veremos cuando reciba respuesta. Si ese curilla con ínfulas púrpuras se muestra amistoso haremos una leva, ahora que el obispado está del lado de la corona, eso nos

pondría en una posición excelente… Y si Rosendo no está dispuesto a devolvernos el favor de guardarle las espaldas, entonces, dejaremos que esos impíos arrasen Compostela y ayudaremos al de Lara a aupar hasta el trono a su nieto Bermudo. ¡No! No llamaremos al fonsado a no ser que esos descreídos decidan moverse hasta aquí, ¡en tal caso tendríamos que tomar las armas para defendernos! Pero, mientras tanto, no necesitamos a la soldadesca, con los hombres del castillo será suficiente.

Y antes de que Gutier pudiese intentar aclarar sus palabras el noble lo despidió con gestos de premura mientras se alejaba caminando hacia uno de sus sirvientes.

Sin saber qué más hacer, Gutier se retiró renqueando, con una expresión en el rostro que llevaba arrugas que no solo se debían al dolor de su pierna. Pensaba en las promesas que le había hecho al muchacho, en las responsabilidades que, sin desearlo o necesitarlo, había adquirido.

Gutier empezaba a caminar de nuevo, con pasos inseguros y todavía debilitado. Los primeros días habían sido los peores, tras volver de su entrevista con el conde, el médico hebreo se había hecho cargo de la situación y, una vez había limpiado la herida con vino y eliminado toda la corrupción, sajó la carne infectada para, finalmente, vendar la pierna del infanzón con gasas limpias que sujetaban una cataplasma de ajo, cebolla y tomillo; además, con la ayuda de un callado Assur, el judío había obligado a Gutier a beber continuamente infusiones de flores de sauco y brotes de cola de caballo secos, para reducir la fiebre; aparte, Jesse había encargado al muchacho que cambiase frecuentemente las compresas de agua fresca que había decidido aplicar sobre la frente del infanzón.

Para Assur habían sido días extraños, acostumbrándose a la vida en el castillo, echando de menos a su familia y sus rutinas. Se había negado a separarse del infanzón. Durante el día, ayudaba al judío en todo lo que le requería y se preocupaba de que no le faltase de nada a Gutier y, por la noche, cuando el hebreo regresaba a la vivienda cedida por el conde en el valle, Assur velaba los sueños inquietos del infanzón: dormitando al lado del camastro que el hebreo tenía en la trasera de la apoteca, a modo de escuálido dispensario en el que atender a sus enfermos, y en el que ahora convalecía Gutier. El apoyo de Jesse había resultado fundamental, el pacienzudo hebreo había sabido callar cuando el muchacho lo había necesitado, y había sabido escuchar en las pocas ocasiones en las que el niño no había podido evitar desahogarse. Además, y aun sin saber todos los detalles de la historia, el judío se había preocupado por evitar que Assur se dedicase en exceso a sus tristes recuerdos; Jesse había pasado con él tanto tiempo como le había sido posible, compartiendo con el muchacho algunos de sus conocimientos, enseñándole a preparar ungüentos, moliendas y medicinas varias: buscando mantener al niño ocupado con tareas nuevas e intentando que los ratos en los que se abstraía acariciando la cinta que llevaba atada en la muñeca se redujesen al mínimo posible. Y, siempre que un

sirviente o una moza de las cocinas intentaba hablar con el chico, con la excusa de ir a buscar un mandado de la torre, los echaba con cajas destempladas en cuanto veía que Assur se sentía incómodo con las respuestas que debía dar.

Ahora, que ya había pasado una semana, Gutier recuperaba la entereza recostado en el camastro en el que había sufrido sus fiebres, en la pequeña y destartalada trastienda de la botica, y miraba agradecido al niño, que, con rostro contraído, intentaba entender algo que el judío le explicaba mientras acariciaba a su fiel animal, pegado a él.

Cuando estaba a punto de llamar al muchacho a su lado para darle las gracias por sus cuidados, buscando las palabras adecuadas para explicarle que, por el momento, no podrían ir en busca de sus hermanos, un estruendo de cacharrería llegó desde la estancia principal de la botica.

—¡Gutier de León! Bastardo hijo de mala madre, ¿dónde os escondéis?

Solo Furco reaccionó; girándose hacia el cortinón que separaba las piezas de la apoteca, ya empezaba a arrugar los belfos; los humanos, sorprendidos, se limitaron a mirar hacia la pesada tela.

—¡Maldito cobarde! ¿Habéis perdido el coraje? ¿Os cortó la lengua un sarraceno?, ¿o acaso os ha castrado algún moro? ¿De qué rasguño os andáis quejando? Vamos, salid y mostraos —era una voz potente y hosca, llena de un anguloso matiz que provocó escalofríos en el muchacho.

Assur, intentando contener a Furco, se giró hacia el infanzón buscando consejo y no tuvo tiempo de entender por qué en su rostro se dibujaba una enorme sonrisa.

—¡Weland! Pagano desagradecido. Pena es que el Señor no haya escuchado mis plegarias, rogué para que un jabalí os despanzurrase.

Jesse, hombre tranquilo y calmado, se echó atrás, como queriendo mantenerse al margen, y, con un gesto de la mano, le indicó a Assur que todo estaba en orden. El muchacho miraba hacia el cortinón y al camastro alternativamente, sujetando a Furco, que ya había empezado a gruñir, y observando asombrado como el infanzón se ponía trabajosamente en pie con una expresión cercana a la risa.

Cuando la pesada tela estambrada se apartó, Assur se quedó sin aire y su mano se contrajo instintivamente en el pellejo del lobo. Era uno de esos demonios del norte.

—Chico, ¡sujeta a tu saco de dientes! ¿Qué manera es esa de recibir a un amigo? Tendremos que trabajar tus modales… —le dijo el infanzón mientras pasaba a su lado renqueando, dirigiéndose hacia el normando.

Assur hizo lo que le pedían, y se echó atrás junto al hebreo mientras miraba sin entender cómo el castellano y el nórdico se abrazaban entre risas estruendosas. Furco, confundido y extrañado, soltó un resoplido de indignación y se tumbó con desgana a los pies de su amo, mirando hacia el pequeño hogar de la estancia como pretendiendo ignorar a todos los ocupantes.

Gutier era un hombre fornido y bastante alto, sin embargo, al lado del normando lucía como un adolescente. El nórdico le sacaba casi un palmo al hispano, y sus enormes manazas parecían perfectamente capaces de quebrar el espinazo del infanzón como si fuese una rama seca. Como era tan habitual entre los suyos, vestía cota de malla y botas y, de un tahalí amarrado al cinto, pendía la espada más grande que Assur hubiese visto jamás. Tenía un alborotado pelo rucio que, junto a la poblada barba, le daba un aspecto de oso vejancón y feroz, además, para asombro del muchacho, llevaba relucientes joyas de oro y plata: un par de anillos trenzados de oro hilado y un enorme brazalete que, imitando una serpiente, rodeaba con dos vueltas el grueso brazo del normando, tan ancho como la pierna del niño.

—Tranquilo —le dijo el hebreo al muchacho apoyando una de sus manos en el hombro de Assur—, es Weland; un nórdico que lleva años al servicio del conde Gonzalo. Él y Gutier son grandes amigos… La guerra suele unir de un modo muy especial a los hombres —añadió el hebreo como pretendiendo justificar la inconcebible amistad entre dos que debieran ser enemigos.

—Jesse, buen amigo, ¿no tendréis por ahí escondido algo con lo que celebrar este reencuentro? ¿Un poco de aguardiente? Por acaso… —preguntó el infanzón todavía con un brazo rodeando el cuello de Weland e inclinándose peligrosamente sobre la pierna buena para compensar la diferencia de altura.

El judío pareció dudar unos instantes y, mirando con sincera resignación al muchacho, le habló en voz baja:

—Un poco, ¿un poco? Entre estos dos bien podrían beberse todo el aljibe. —Y, tras suspirar, elevó el tono de voz y se dirigió a los hombres de armas—: Creo que me queda un barrilete de aguardiente de manzana, la traje conmigo en el último viaje que hice a casa de mi padre. Pero no hay más, si queréis beber hasta perder el sentido, como tenéis por costumbre, tendréis que convencer al bodeguero… —amenazó vagamente el judío antes de volverse para coger el alcohol prometido.

Assur se dio cuenta de que la indignación del hebreo era fingida, y sonrió tímidamente mientras observaba al infanzón y al nórdico, que ya buscaban acomodo para sentarse uno junto a otro.

—Y decidme, Weland, ¿en qué asuntos andáis metiendo vuestra apestosa cabeza estos días? —preguntó el infanzón sin perder la sonrisa al tiempo que intentaba colocar su pierna herida del modo menos doloroso posible.

El médico Jesse les tendió dos sencillos cuencos de madera y el pequeño barril de licor, acercando en el mismo gesto un taburete en el que sentarse con sus amigos.

—Estaba disfrutando de una partida de caza en los picos del sur —contestó el normando con su afilado acento—, y ayer apareció un yegüerizo con recado del conde; me estropeó una magnífica oportunidad con un buen gorrino… En fin, el infanzón Gutier había regresado —y al tiempo que lo decía Weland trazó un amplio

arco con su mano pretendiendo abarcar al hispano—, y mi presencia era requerida.

El nórdico vació de golpe su primer cuenco de aguardiente y se sirvió de nuevo antes de continuar.

—He hablado con el conde antes de venir a veros. Me parece que se le van a caer los calzones con tanta excitación… Tengo la impresión de que está deseando que los míos ataquen de nuevo Compostela y que, a ser posible, le saquen los pulmones por la espalda a Rosendo. Es peor que un hijo malcriado del astuto Loki… Pero paga bien —dijo tocando el enorme brazalete en forma de serpiente que ceñía su musculoso brazo—. Creo que espera que, si el obispo cae, él y los demás nobles conseguirán poner en el trono al bastardo de Ordoño y así, tener el reino en manos de un muñeco que vaya y venga según su conveniencia… Ese será un buen nombre, Bermudo el Muñeco, sí, señor… —Y volvió a beberse de un trago la nueva ración de aguardiente como poniendo con ello punto final al comentario.

El judío permanecía callado, sorbiendo lentamente el fuerte licor de su Aquitania natal, y pareciendo desinteresado por los comentarios de los otros dos adultos. Assur, por el contrario, estaba deseando saber más, así que, lo más disimuladamente que pudo, se acercó a los tres hombres y se sentó en el suelo junto a Furco.

—Eso parece —concedió el infanzón con evidente resignación—, eso parece. De hecho, el conde me ha ordenado partir hacia Lara lo antes posible. Y después debo ir a Compostela, pretende reconciliarse con el obispo sin perder la oportunidad de traicionarlo una vez más…

Assur tuvo que hacer un enorme esfuerzo por no interrumpir con sus cuitas, ansiaba preguntar por el llamamiento al fonsado; deseaba, más que ninguna otra cosa, enfrentarse a los nórdicos.

—¿Son tantos como ha dicho el Boca Podrida? —preguntó Weland—. Si es como dice, debe de ser la mayor fuerza que jamás se ha desplazado hasta estas tierras. Mucho mayor que mi propia expedición…

—Sí lo son. Algo más de ochenta navíos, alrededor de tres mil hombres; al mando de un tal Gundericus —contestó el infanzón—. Y, teniendo en cuenta lo que ya se han atrevido a hacer, me parece que no van a detenerse hasta que conviertan todo en un erial. Además, como ya le dije al conde, me da la impresión de que están muy a gusto en ese valle del Ulla que han encontrado, es un buen campamento y ellos lo saben.

Assur, que había visto con sus propios ojos lo que el infanzón describía, no podía estar más de acuerdo; y miraba impaciente al nórdico esperando que les revelase el modo de conquistar aquel asentamiento, de vencer a los demonios del norte.

El hebreo permanecía en silencio y Weland se atusaba la barba pensativo.

—¿Ochenta? Humm… ¿Eran solo rápidos *drekar* de guerra o también había *knerrir*…, cargueros*?* —preguntó el nórdico recurriendo a su lengua natal.

El infanzón, que ya había tratado sobre los temas de la guerra con el nórdico, entendió la pregunta y contestó aclarando las dudas de Assur:

—La mayoría eran estilizados botes de combate, pero también pude ver un buen número de cargueros.

La respuesta le permitió al muchacho asociar rápidamente los nombres nórdicos originales con cada tipo de embarcación.

—¿Y tres mil hombres?

—Más o menos —se apresuró a contestar el infanzón acomodando su pierna mala —, aunque fue un cálculo a ojo, por las bancadas de remeros.

Y a Assur le sorprendió de nuevo el número, para él los nórdicos habían sido, simplemente, muchos, demasiados para contarlos.

—Gundericus… Supongo que eso debe de ser, en realidad, Gunrød. Ha de tratarse de un *jarl* muy poderoso, poderoso y respetado, es una fuerza extraordinaria.

—¿Lo conoces? —intervino el hebreo interesado.

—No, no lo conozco —contestó titubeando—, hace ya ocho años que abandoné los hielos del norte y con las continuas trifulcas solo los dioses sabrán quiénes son ahora los *jarls* más influyentes. A saber de qué *fjord* ha salido, puede que de Sogn o quizá de Hordaland, del sur… —Weland lo dijo como si solo sus compatriotas de las tierras de más al norte mereciesen su respeto. Parecía reflexionar, quizá intentando recordar—. Tres mil, ¿eh? Increíble, sea de donde sea, suena a elegido del mismísimo Thor…

Assur se dio cuenta de que el normando dejaba de atusarse la barba para acariciar un colgante que pendía de su cuello y, aunque no pudo distinguir de qué se trataba, sí pudo vislumbrar un brillante reflejo dorado.

—No seré yo quien lo niegue —concedió Gutier—. Pero más importante que su linaje, su país, o sus dioses, son sus intenciones; ¿qué creéis?, ¿pasarán el invierno aquí?, ¿se retirarán? El conde no quiere mover pieza hasta que sepa algo de sus aliados, de los viejos o de los nuevos que busca, pero temo que nos pasen por encima…

El nórdico dejó de entretenerse con su colgante labrado como un pequeño martillo y pasó a darle distraídas vueltas a su cuenco, revolviendo el fondo de fuerte licor; a Assur le pareció distraído.

—Sí, el conde también me ha preguntado… De lo que estoy seguro es de que pasarán el invierno aquí, con el año tan avanzado los mares del norte no se pueden navegar. Se quedarán mientras nadie se lo impida. Haciéndose con tanto botín como…

—¿Y los prisioneros?, ¿qué pasará con los cautivos? —interrumpió Assur, que se avergonzó al instante por el atrevimiento.

Los tres adultos se giraron al unísono y lo miraron: el judío con una triste mirada

de comprensión, el infanzón con un serio gesto de reproche, y el nórdico con una divertida expresión de cinismo.

Weland no sabía todos los detalles, pero los sirvientes del castillo le habían contado lo suficiente cuando les pidió nuevas mientras esperaba a que el conde lo recibiese.

—Por el momento —contestó Weland alzando la mano para evitar que Gutier riñese al muchacho—, negociarán rescates con los que puedan, nobles y clérigos. A los demás los venderán como esclavos cuando tengan ocasión. Es probable que naveguen hasta el mar interior, el que vosotros llamáis Medi Terraneum, y busquen los mercados de las costas árabes, o si no, se los llevarán, algunos se los quedarán para el servicio propio; otros los enviarán por el Volga abajo, en sus orillas se han fundado ciudades con grandes mercados, siempre ávidos de esclavos para los señores de Oriente.

Jesse recordó los eunucos que guardaban los harenes de Bagdad y sintió una conmiseración que se le antojó insuficiente. El muchacho, todavía avergonzado, recibió su mano en el hombro con una mirada de profundo agradecimiento y se guardó el resto de las preguntas que hubiera deseado hacer.

Unos días más tarde, el infanzón se preparaba para partir y había dejado para el último lugar la tarea que más le preocupaba. Estaba con Jesse en la apoteca, el hebreo examinaba los labios rosados de la cicatriz que se empezaba a formar en el muslo de Gutier con ojos expertos y asentía para sí. El muchacho había ido a los establos para ayudar con unos carros de forraje y el infanzón sabía que tenía que aprovechar el momento para hablar con el médico antes de que el chico regresase.

—Si no apuráis el ritmo no tendréis problemas, podréis llevar una marcha casi normal —aseguró el hebreo—. De todos modos, untaos la zona con el aceite de rosas que os he preparado siempre que tengáis ocasión, y si lleváis caballo montad todo lo que podáis.

El judío se dio cuenta de que sus palabras eran ignoradas e, indicándole al infanzón con un gesto de la mano que se arreglara los calzones, se puso en pie y preguntó:

—¿Vais a decirme lo que os preocupa o voy a tener que adivinarlo?

Y como no obtuvo respuesta, volvió a preguntar guiándose por sus instintos:

—¿Es por el muchacho?

Gutier sonrió, aliviado en parte por la perspicacia de su amigo.

—Sí, es por el muchacho —concedió el infanzón—. No sé… Pensé que una vez en el castillo podría quedarse como mozo de cuadras o en las cocinas, pero no importa las tareas que le encargue, en cuanto termina vuelve a mí como un cachorro obediente… No sé cómo deshacerme de él. Tiene demasiadas esperanzas puestas en mí…

El judío, que fingía estar ocupado recolocando su instrumental, percibió en el infanzón mucho más de lo que dejó entrever con sus siguientes palabras.

—Es un buen chico…

—Lo sé, lo sé…, y valiente —concedió Gutier antes de sobresaltarse—. ¡Si se lo hubiese permitido, se habría lanzado contra el campamento de los nórdicos sin más compañía que ese lobo suyo!…

—Ya solo le quedan sus hermanos… —repuso el hebreo afilando sus palabras con un deje interrogativo.

—Yo no quiero…, no puedo tener una responsabilidad más —dijo el infanzón bufando como un gato enfadado.

—Claro, claro —concedió el hebreo.

Siguió un silencio en el que el judío intuyó todo lo que su amigo no se atrevía a decir. Jesse conocía al infanzón, y sabía que para Gutier el muchacho alejaba la posibilidad de volver a la vida monacal una vez arreglada la última de las dotes que le quedaba por resolver. Pero también sabía que, a pesar de que el infanzón no desease admitirlo, entre el hombre y el chico se había establecido un vínculo de raíces profundas.

—Podríamos dejar las cosas como hasta ahora. Mi Déborah se rasgaría las vestiduras si me lo llevase, y ya no está acostumbrada a los niños, hace años que mis hijos buscaron su propio camino, además, ¿un cristiano viviendo bajo el techo de un judío? Tendríamos problemas… —Jesse escudriñó el rostro de su amigo intentando confirmar sus sospechas—. No es mozo de armas ni escudero, así que no se ha ganado el derecho a dormir en el salón común de la torre; tampoco con los infanzones y mercenarios. Por no hablar de que al conde no le gustaría descubrir que tiene una boca más que alimentar; porque supongo que no habéis pedido su venia, ¿verdad?… —No hizo falta que Gutier contestase—. Y no creo que queráis llevarlo a León y dejarlo a cargo de vuestra hermana pequeña.

»Sin embargo, podría quedarse aquí, así no habrá quien ponga objeciones. Si no tengo pacientes puede dormir en el camastro. Me servirá de ayudante, y si el conde o alguno de sus mayordomos preguntan, bastará con responder que está a mi cargo como aprendiz. —El hebreo disimuló lo mejor que pudo el haber percibido el alivio evidente del infanzón—. Además, le vendrá bien aprender algo de provecho. Y estoy seguro de que, si tanto desea desfogarse con las armas y la batalla, Weland estará encantado de completar su instrucción.

Gutier miró a su amigo con una franqueza mucho más evidente por la expresión de sus ojos que por lo dicho hasta el momento.

—Así que aceite de rosas…

El judío no dijo nada más.

—Gracias… Volveré lo antes posible…

Y, sabiendo cuánto le costaría al infanzón confesarse, el judío se acercó hasta él para darle una afectuosa palmada en la espalda y zanjar la cuestión sin necesidad de más parloteo.

Poco después, Gutier marchó sin el sentimentalismo de cálidas despedidas y Assur, obediente, se quedó en el castillo de Sarracín. Fueron pasando los días y Jesse ben Benjamín asumió su papel de mentor con la misma dedicación con la que había afrontado sus propios estudios. Le gustaba el muchacho y se compadecía de su desafortunada situación, y como hombre que conocía el dulce placer de las respuestas encontradas en el conocimiento, ansiaba compartir las soluciones a los dilemas que antaño se había planteado; y Assur, tanto por curiosidad innata como por satisfacer a su maestro, resultaba un discípulo razonablemente aplicado; además, el pastor sabía que debía mantener las apariencias para que su presencia en el castillo no levantase mayor revuelo del que ya había causado.

Una tarde, pocos días tras la marcha del infanzón, el hebreo llevaba un buen rato hablando sobre la sangre y las teorías de Galeno al respecto.

—… abogaba por que el hígado es el órgano principal del sistema vascular, diciendo que, desde él, la sangre se desplazaba hacia la periferia del cuerpo formando la carne. Además, fue el que rechazó la idea de que las arterias transportaran aire…

Assur recordó el enfrentamiento con los normandos en el pinar y la rápida muerte del nórdico al que Gutier había clavado la daga en la axila.

El muchacho escuchaba prestando tanta atención como su voluble temperamento de adolescente le permitía, deseando que las horas pasasen hasta la llegada de Weland. Se sentía muy agradecido por los esfuerzos del hebreo, y escuchaba con genuino interés tanto tiempo como le era posible; sin embargo, tanto si se trataba, como en esa ocasión, de discursos médicos, como si el tema era la gramática o la geometría, el chico no conseguía sentirse verdaderamente atraído por las disciplinas del saber que el judío intentaba poner a su disposición. Tras lo ocurrido con su familia e, influenciado por la admiración idealizada que había desarrollado por Gutier, al muchacho, más que los poetas romanos o los filósofos griegos, le atraían las enseñanzas sobre el combate que el nórdico Weland compartía con él las tardes en las que sus obligaciones con el conde le permitían dedicarle unas horas. Jesse lo sabía, y cuando consideraba que Assur había hecho esfuerzos meritorios con la mayéutica, el álgebra de los sarracenos o en sus tareas como ayudante en la apoteca, hacía que sus lecciones divergieran a retazos de historia y, para embeleso del chico, le hablaba de las batallas de Escipión, de las grandes victorias de Alejandro Magno o de las glorias de Julio César. Assur disfrutaba especialmente con las historias sobre los gladiadores, escuchando al hebreo revivía los enfrentamientos entre los *murmillos*, los *scissores* y los *dimachaeri*; y el judío procuraba prestarle tantos detalles como recordaba, aun cuando las glorias de los *lanistas* de la vieja Roma no fuesen una de

sus especialidades.

Los días pasaban y Assur se esforzaba por obedecer y mostrarse disciplinado, ayudaba en cuanto le pedían e intentaba mantener frescas en su memoria las palabras de su padre sobre el trabajo honrado y, aunque no podía alejar de su mente los deseos de venganza que albergaba hacia los nórdicos, procuraba seguir los consejos de Jesse y Weland, ambos lo instaban a dejar atrás el pasado y vivir el presente aprovechando las oportunidades que su nueva situación le brindaba. Sin embargo, le bastaba un rato a solas para terminar soñando con liberar a sus hermanos al tiempo que su mano buscaba los cabos del nudo en su muñeca.

Los fríos tardíos del otoño anunciaban la llegada del invierno llevándose con sus vientos helados las hojas marchitas de los caducifolios que adornaban la vega del Valcarce. Los ciervos berreaban en sus señoríos, apurando los machos los favores de las hembras; y los osos ascendían a sus refugios de invierno rebosantes de la gordura acumulada en el estío. Ya había nevado en un par de ocasiones y, aunque no había cuajado, pronto llegaría el tiempo en que las montañas se cubriesen de su blanco manto invernal.

Desde el regreso de Gutier los días de Assur no habían cambiado tanto como el pastor hubiera deseado; para disgusto del muchacho, el infanzón tenía demasiadas responsabilidades como para pasar el día pendiente de él. Sin embargo, en algunas ocasiones afortunadas el tiempo de ocio de sus tres improvisados tutores coincidía y Assur se veía felizmente rodeado de los hombres a los que había aprendido a admirar y respetar.

Esa tarde el cielo estaba preñado de nubes bajas, cargadas de agua, que amenazaban con abrir sus vientres grises y dejar caer una lluvia constante y fría. Gutier, Weland y Jesse estaban sentados en un recodo del patio del castillo, al lado de los establos.

Braulio, el herrero al servicio del conde, había vuelto de una de las ferias de Castilla con un barril de cerveza y, para solaz de un morriñoso Weland, que no llegaba a acostumbrarse al vino hispano y que pese a los años seguía echando de menos los fermentados de cebada, los tres amigos compartían el espumoso bebedizo amargo. Charlaban distraídamente sobre los tejemanejes políticos de los nobles y las últimas noticias que tenían respecto al movimiento de los normandos; mientras, Assur entrenaba el combate a espada con un escudero que solía atender a Weland y con el que, a base de golpes y verdugones, Assur ya había entablado una cierta amistad. Por orden del nórdico lo hacían sin los pesados escudos de mimbre que normalmente usaban en las prácticas, ese día el normando quería que los chicos ensayaran sus reflejos sin el resguardo de las protecciones.

Furco estaba tumbado al lado de los tres hombres, dormitando, y un desconfiado Assur lo miraba cuando el combate se lo permitía; en sus primeros entrenamientos el

lobo había sido una verdadera molestia, el animal parecía no comprender muy bien las peleas simuladas de su amo y, en cuanto lo veía enzarzarse en una lucha, salía disparado con la intención de comerse al oponente. De modo que el muchacho había tenido que esforzarse mucho para hacerle comprender que solo debía acudir a su lado cuando lo llamase. Esa tarde Furco parecía estar comportándose e ignoraba los bríos de su amo por lograr un golpe que pudiera considerarse mortal y alzarse victorioso.

El entrechocar de las espadas de madera llenaba el aire de golpes sordos que hacían que Jesse se encogiera instintivamente; si por él fuera, el muchacho estaría aprendiendo latín clásico, el paso lógico ahora que parecía haber empezado a dominar los rudimentos escritos de su propio idioma. Sin embargo, además de las disciplinas de combate, en lo referente a las lenguas extranjeras, Assur solo parecía haberle encontrado el gusto al rasposo lenguaje nórdico de Weland, ya que, siguiendo el consejo del propio normando, el zagal estaba dispuesto a conocer a su enemigo lo mejor posible. El judío había intentado en más de una ocasión refrenar el escondido odio y las ansias de venganza mal disimuladas que veía en el joven; lamentablemente, había fracasado frente al ímpetu de la adolescencia.

—El conde de Lara aceptó el mensaje complacido y me hizo aguardar hasta dictar respuesta, creo que se barrunta la oportunidad de subir a su nieto en el trono. Sin embargo, el obispo no quiso ni recibirme, no pude hacer otra cosa que dejar la carta del cómite en manos de un secretario —explicó el infanzón banalmente mientras repartía su atención entre la conversación y las evoluciones de Assur en su práctica —. Pero creo que, aunque no lo admita, estará encantado de saber que el conde Gonzalo está dispuesto a aliarse con él, aquí podemos reunir una fuerza considerable… Aunque da igual… Está jugando en dos bandos a un tiempo. O mucho me equivoco, o ambas misivas proponían alianzas similares, me da a mí que al conde Gonzalo le va lo mismo en aliarse con Fernán González o unirse a Rosendo. Sin embargo, me cuesta creer que el obispo acceda sin más a la ayuda que le propone el conde. Me pregunto… —Gutier calló al ver cómo Assur esquivaba con fortuna una finta y se preparaba para asestar una estocada; pendiente del zagal, echó un trago de cerveza y chasqueó la lengua mohíno, sin verse capaz de imaginar qué les gustaría tanto a los nórdicos de aquel amargo fermentado—, me pregunto en qué lío nos está metiendo nuestro querido señor —terminó el infanzón la frase con evidente cinismo antes de cambiar de tema—. El muchacho parece un tanto distraído estos días…

Jesse no dijo nada. Mucho más perspicaz que sus amigos para ciertos asuntos, él ya sabía cuáles eran las tribulaciones del joven, aunque no consideraba necesario compartirlas.

—Es muy probable que así sea —concedió Weland—. Ese diminuto *troll* cabezón con aliento a bosta tiene más ínfulas que carne —aseveró el nórdico para sorpresa de sus amigos, que, aun conociéndolo, dejaron claro por sus expresiones que el

tratamiento de Weland hacia su patrono era un atrevimiento impropio incluso para el lenguaraz normando.

Jesse no pudo evitar mirar a todos lados buscando oídos indiscretos que pudiesen chivarle al conde semejante falta de respeto. Pues aunque todos sabían que la lealtad de Weland al noble era solo tan profunda como la paga que recibía por sus servicios de mercenario, a juicio del hebreo, aquello tampoco era excusa para tal atrevimiento.

Assur, demasiado ocupado como para estar pendiente de la conversación de los adultos, retrocedía atosigado por una serie de mandobles furiosos que, si bien carentes de técnica, lo obligaban igualmente a dar pasos atropellados.

—¡Equilibrio! ¡Equilibrio, muchacho! —le gritó el infanzón antes de mirar a Weland con un claro gesto de reproche por su exceso.

El nórdico, sin darle más importancia al asunto, continuó hablando:

—Yo creo que Rosendo va a mandar al *troll* a recoger nabos con los dientes, es demasiado orgulloso para aceptar confederarse con el que le quitó el obispado… Y me parece que eso es lo que prefiere el enano. Pero da igual, me temo que, en cualquier caso, como siempre, los únicos perjudicados seremos nosotros. Sean cuales sean las alianzas que se forjen, corona e Iglesia o nobles, antes o después, nos tocará pelear.

—Eso es cierto, el acuerdo final no importa demasiado —concedió Gutier—. Por el momento parece que los normandos no se han movido, solo algunas escaramuzas sin importancia, aunque, como habéis dicho, tarde o temprano tendremos que enfrentarnos a ellos.

Assur había conseguido rehacerse, y ahora plantaba cara al escudero con algo más de soltura. Pero la velocidad de las acometidas de ambos contrincantes había disminuido tanto como para resultar patente a los observadores que los dos muchachos estaban derrengados. Las espadas de prácticas eran, como los escudos, mucho más pesadas que las reales y Assur se había quejado por ello en las primeras sesiones, hasta que Jesse le había explicado que ese era el modo en el que entrenaban sus adorados gladiadores, precisamente para que el peso adicional les ayudase a fortalecer los músculos y ser más rápidos con las reales.

En el tiempo transcurrido en Sarracín el cuerpo de Assur había empezado a reaccionar favorablemente al entrenamiento y la buena alimentación de las cocinas del castillo, asegurada con el patrocinio de Jesse; además de crecer había comenzado a ensanchar, y en su espalda y pecho se dibujaban líneas tensas que auguraban músculos poderosos. Era unos años menor que el escudero al que se enfrentaba, sin embargo, tenía su misma altura y ya resultaba más fornido; y sabía de sobra que si salía derrotado, ni Weland ni Gutier admitirían como buena la excusa de la edad, de hecho, no admitirían de buena gana ningún tipo de justificación.

El otro muchacho giró hábilmente esquivando el último de los golpes de Assur y,

aprovechando el impulso, rodeó al antiguo pastor para propinarle un formidable puñetazo en los riñones que Assur recibió con un resoplido y un peligroso traspié con el que por poco no terminó de bruces en el suelo, lo que hubiera ofrecido su nuca como un blanco fácil y hubiese dado por terminado el combate con un triste fracaso.

Assur podía digerir las derrotas cuando Weland o Gutier hacían las veces de contrincante, sin embargo, no lo sobrellevaba tan bien cuando era otro de los muchachos del castillo el que lo vencía.

Volviéndose como pudo, esquivó un nuevo puñetazo y, haciéndose a un lado al tiempo que giraba sobre sí mismo, atrapó la muñeca de su oponente cuando este intentaba lanzarle una estocada a las costillas. Forcejearon unos instantes antes de separarse resollando y con la guardia baja.

—¡Mantén la postura! ¡Levanta el brazo, maldito enano cometierra! —le gritó Weland—. Como bajes de nuevo la guardia, te haré excavar estas montañas hasta que encuentres oro, ¡y después te haré forjarlo con los dientes!…

Assur logró reaccionar y, acostumbrado a la rudeza de Weland, no le dio importancia a sus palabras. Lo malo fue que su contrincante también se había hecho eco del consejo del nórdico. Volvieron a tantearse el uno al otro, dando largos pasos y moviéndose alrededor de un círculo con el tamaño justo para abarcar los brazos extendidos de ambos.

Assur arremetió de repente buscando el cuello de su contrincante, pero este alzó su espada haciendo que ambas empuñaduras se trabasen con un sonoro clac; Assur, viendo su ataque frenado, lanzó un codazo a la cara de su oponente que consiguió tumbarlo en el suelo. Y cuando el pastor ya pensaba que las tenía todas consigo, las tornas cambiaron de pronto.

El escudero notaba la sangre manar desde su carrillo, llenándole la boca, había recibido el codo del pastor en su mejilla con un impacto franco y luchaba por mantener la consciencia; intentaba incorporarse sobre extremidades inseguras y, viéndose acorralado, se decidió por una jugarreta. La tierra pisada de los alrededores del establo no tenía muchos granos sueltos, sin embargo, escarbó frenéticamente con la mano izquierda hasta hacerse con un puñado y, revolviéndose, se la lanzó al rostro a su contrincante.

—¡Eso ha sido muy sucio! —exclamó el hebreo sin poder contenerse.

Gutier, que viendo el combate concluido se levantaba ya para propinarle un coscorrón a Assur por haberse confiado después de tumbar a su oponente, se giró hacia el hebreo y, encogiéndose de hombros, le dijo con sarcasmo:

—En la guerra no todo es limpio, amigo mío…

El escudero recuperaba el aire preparándose para rematar la faena.

Assur, desesperado por verse derrotado ante las atentas miradas de Gutier y Weland, se frotaba furioso los ojos sintiendo una vergüenza que lo enfurecía, buscaba

una solución que, en última instancia, lo salvase.

El hebreo miraba la escena preocupado y Weland, dando por terminado el combate, se ocupaba de la cerveza.

Entonces, aun sabiendo que no era lo más correcto, Assur acudió a la única salida que se le ocurrió: silbó.

—¡Furco! ¡Aquí!

Gutier se detuvo y miró con desaprobación cómo el lobo salía corriendo para interponerse entre los dos muchachos. Jesse sonrió tímidamente y Weland no pudo evitar exclamar su sorpresa por la reacción de Assur.

—*Sá slyngi dirokkur*!

El infanzón, sin querer saber qué había dicho su amigo, estaba a punto de recriminar a su discípulo cuando intuyó las verdaderas intenciones del chico y relajó el rostro con una expresión de alivio.

Assur seguía pasándose la mano por los ojos llorosos, pestañeando tan rápidamente como era capaz para librarse de la incómoda sensación.

—Aquí, Furco, quieto…, quieto…

El lobo no entendía muy bien lo que sucedía, pero, obediente, había acudido a la llamada de su amo, y ahora permanecía sin mover otros músculos que los de su hocico, que se arrugaban para enseñar sus colmillos con fiereza. Estaba preparado para atacar en cuanto Assur se lo pidiera.

El escudero se había quedado petrificado, la imagen del lobo listo para saltarle al cuello le había robado toda la iniciativa.

Assur seguía esforzándose por recuperar la visión. Tenía los ojos enrojecidos y le escocían tanto como para que la incomodidad de mantenerlos abiertos fuese igual de desagradable que el esfuerzo de cerrarlos y arrastrar las arenillas que se le prendían bajo los párpados.

Weland, que como el infanzón intuía el gesto de Assur, sacudía la cabeza, negando una y otra vez mientras estentóreas carcajadas le surgían de lo más hondo.

Tras unos instantes que se le hicieron eternos la vista de Assur comenzó a aclararse y pudo distinguir de nuevo a su oponente. Se frotó el rostro unas cuantas veces más y, cuando sintió de nuevo seguridad en lo que podía percibir, volvió a dirigirse a su animal.

—Furco, quieto, túmbate. —Y acompañó las órdenes con palmadas cariñosas en el cuello del lobo.

En un principio, Furco pareció dudar, sin embargo, el tono tranquilo de su amo le hizo entender que todo estaba bien y, con una expresión de satisfacción por los cariñosos manotazos, se tumbó sin más, tal y como Assur le había pedido.

Finalmente, Assur le hizo gestos a su oponente para animarlo a reanudar el combate, sin embargo, el escudero no podía hacer otra cosa que mirar con

desconfianza al lobo, y bastó una rápida finta de Assur para que terminase con la espada del pastor apoyada en el cuello, un golpe que hubiera sido mortal y que clasificaba a Assur como vencedor.

—¡Quia! Se acabó por hoy. A tomar viento… Dejad las espadas y acercaos a que Jesse les eche un vistazo a esos golpes —ordenó el infanzón.

Gutier se sentía profundamente impresionado por la nobleza y buen hacer de Assur, ya que si bien era cierto que había recurrido al lobo, solo lo había hecho para contrarrestar la jugarreta del otro muchacho, y no se había aprovechado de la situación para ganar el combate sin más, había actuado con honor. Aunque no pensaba dedicarle semejante halago, temeroso de que los cumplidos volvieran blando al muchacho. Cuando los dos jóvenes pasaron a su lado para acercarse al hebreo, Gutier le habló a Assur lo suficientemente alto como para que el escudero lo oyese.

—No debiste dejar que te sorprendiese con un truco tan rancio, tenías que haberlo esperado.

Y antes de que el chico pudiese responder lo animó a seguir caminando con un gesto de la mano.

Assur había estado aguardando un elogio de Gutier desde la vuelta del infanzón, sin embargo, ese momento de modesta gloria todavía no se había producido, y el consuelo que le brindaba Jesse excusando al infanzón como un maestro poco dado a los cumplidos no le servía de mucho.

Weland, que seguía riendo tanto como para haberse atragantado con la cerveza, no tuvo tantos reparos como el infanzón en alabar al muchacho.

—Estúpido loco, un método muy poco práctico de ganar un combate…, pero con gloria suficiente como para ser incluido en una *edda* del mismísimo Thor —le dijo el nórdico a Assur entrecortando las palabras con su risa—. Casi se caga en los calzones cuando ese bicho tuyo ha salido con todos los dientes por delante… —Y terminó la frase con una carcajada al tiempo que levantaba su vaso de cerveza.

Jesse ya se había acercado hasta los muchachos y examinaba los morados y contusiones con eficiencia. Cuando consideró que ninguno de ellos revestía gravedad, los despidió guiñándole un ojo a Assur.

—Mañana venid a verme y aplicaremos algún ungüento. Ahora id a las cocinas a que os den algo de comer.

Y la expresión de Assur cambió, ensanchada por una sonrisa radiante.

Los dos muchachos se pusieron en camino. Dejando a los adultos tras de sí, comentaban los lances del combate, olvidada ya la fingida rivalidad que habían mantenido durante el enfrentamiento. Furco los seguía contento, intuyendo las sobras que podía recibir.

Gutier regresó junto a sus amigos y, cuando los dos chicuelos se habían alejado lo suficiente, se atrevió a hablar.

—Es un gran muchacho, ha sido un gesto propio de un hombre de honor…

—Sí, señor, una maldita hazaña —interrumpió Weland—. ¡Brindemos por ello!

Jesse los acompañó con gesto distraído, mirando las espaldas de los muchachos y sonriendo.

Despreocupados, siguieron bebiendo durante un buen rato, disfrutando de la compañía mutua y de las obscenas historias que, con la lengua suelta por el alcohol, Weland se animaba a contar. La tarde ya decaía y empezaba a refrescar cuando se decidieron a despedirse, principalmente porque Jesse había confesado que, si se retrasaba mucho más, su esposa sería capaz de hacerle dormir en el suelo. Se despedían ya cuando uno de los habituales en la guardia se acercó corriendo.

—¡Gutier! ¡Gutier!

El infanzón conocía al vigía desde hacía años y era uno de sus confidentes habituales en el castillo, bastaban algunas monedas eventualmente o una invitación esporádica a las tabernas de Valcarce para mantener al hombre contento y dispuesto a contar todas las novedades de las que se enteraba. Cuando llegó hasta el grupo de amigos, el hombre, sabedor de la confianza del infanzón en los que lo rodeaban, se explicó.

—Acaban de llegar unos campesinos que han escapado, uno de ellos ya ha pasado a la torre a despachar con el conde… Los normandos se han movido. ¡Han atacado Chantada!…

Assur caminaba esperanzado hacia las cocinas. No solo por la ración caliente que su estómago reclamaba con rugidos evidentes, sino también por las posibilidades que tenía de verla a ella. Lo que terminó resultando en perjuicio del pobre Furco, que se sintió extrañado cuando, tras ajustar el paso y acercar el hocico a la mano de Assur, este no le devolvió una palmada cariñosa. El lobo, un tanto airado, miró a su amo con expresión circunspecta al tiempo que, desentendiéndose de la caricia que buscaba, adelantó a los dos chicos.

Hasta el momento no había intercambiado con ella más que unas pocas palabras tímidas, sin embargo, Assur atesoraba todas y cada una de ellas como si se trataran de las más maravillosas perlas negras que los comerciantes del golfo arábigo pudiesen encontrar, pues, según le había explicado Jesse, esas eran las joyas más extraordinarias que nadie podría jamás poseer.

La primera vez se había cruzado con ella mientras ayudaba a transportar cestas de castañas recién recogidas. Las mozas de la cocina recibían los frutos y los clasificaban según el uso futuro, desechando las pasadas o picadas y eligiendo las que se secarían, las que se asarían y las que se emplearían en carísima confitura gracias al azúcar sarraceno; le había parecido una visión celestial. Para averiguar su nombre había sobornado a uno de los niños de las leñeras con un trozo de tocino del que se había privado: Galaza. Y por las noches se quedaba dormido repitiéndolo en voz baja

una y otra vez, Galaza.

En solo unos pocos días los sueños adolescentes de Assur se habían cubierto de los recuerdos magnificados que podía construir con las fugaces visiones de ella en sus idas y venidas por la cocina. Todo era nuevo para el muchacho y, aunque se sentía al tiempo encantado y confuso, se estaban produciendo en él cambios que no lograba entender y que, por motivos que desconocía, le asustaban. Solo Sebastián, el mayor, le había hablado alguna vez sobre cuanto estaba descubriendo y, más que nunca, incluso a pesar de las flojas sonrisas con las que se llenaban sus tardes, echaba de menos a su hermano.

Por primera vez miraba a las muchachas de su alrededor como mujeres, y a las mujeres como fuentes de pasiones desconocidas, dándose cuenta de detalles y circunstancias que hasta entonces le habían pasado desapercibidos. Ahora, se ruborizaba cuando los pliegues de un vestido dejaban entrever la curva de un pecho, o se preguntaba cuál sería el tono de la piel de unos muslos insinuados por el pesado tejido de una falda; sentía una curiosidad por el desnudo femenino que solo supo calificar de impúdica.

Había oído historias que excitaban su imaginación, los mozos de cuadra más mayores se jactaban de cosas que no llegaba a comprender, y la anatomía femenina se le antojaba un dulce misterio por resolver. Alimentada por sus dudas y los cambios que sentía en su cuerpo, su desazón había ido en aumento hasta que, una mañana, agitado y abochornado, se había confesado a Jesse; la noche anterior había manchado su lecho en un sueño inquieto y rebelde cuyo simple recuerdo le coloreaba las mejillas.

El judío lo había escuchado con su sempiterna paciencia, sin extrañarse de que un joven cristiano tuviese tantas dudas con un tema que parecía intimidar tanto a los católicos. Práctico como siempre, Jesse se había decantado por enfocar el asunto desde el punto de vista médico, y un asombrado Assur recibió información más que suficiente como para sentirse escandalizado; sin embargo, para regocijo del hebreo, la curiosidad del muchacho pudo más que su castidad cristiana y a aquella primera sesión de preguntas la siguieron muchas más.

Así, pensando en Galaza y soliviantado, se dirigía ahora Assur a las cocinas, intentando seguir el hilo de la conversación que le proponía el escudero sin que se notasen demasiado sus ensoñaciones. A pesar de la diferencia de edad, elucubraba con apasionadas declaraciones amorosas que Galaza recibía con radiantes sonrisas complacientes; abriéndole sus brazos y entregándole sus labios.

—Chantada —repitió Gutier en voz baja, negando suavemente con la cabeza.

Aunque hubiera sido evidente para cualquiera de ellos que los nórdicos seguirían sembrando violencia y muerte mientras no hubiese quien les plantase cara, esa certeza no aliviaba la chispa de odio que insinuaba prender en sus amargas

resignaciones. Especialmente para Gutier, que se sentía pieza de una culpable maquinaria obsoleta, incapaz de ponerse en movimiento si su dueño no obtenía beneficios por ello. Las divisiones del reino, las peleas entre los herederos y las ambiciones de los nobles se le antojaban al leonés excusas muy débiles cuando eran vidas lo que se ponía en juego. En Chantada él tenía amigos.

—¿Y el monasterio de San Salvador? ¿Lo han atacado? —preguntó.

—Sí, eso han dicho. Y la fortaleza de Castro Candade, no han dejado piedra sobre piedra… Y la iglesia de Santa Mariña… —contestó el vigía inclinando el rostro—. Por lo que he oído, llegaron hace apenas cuatro días, con el amanecer, y antes de décima lo que no estaba ya ardiendo estaba en ruinas… Creen que habrá más supervivientes, quizá siga llegando gente, aunque supongo que muchos otros se dirigirán a Lugo, por las murallas, o puede que a Compostela. Estos han venido aquí porque la hija de uno de ellos es sirviente en las cocinas. Esperaban que el conde los acogiese.

El silencio que siguió fue incómodo para todos, sabían que el conde no era, precisamente, un hombre piadoso que se hiciera cargo de las penurias de unos labriegos. El noble no tenía por costumbre permitir que todo el que lo necesitase pudiese acudir a sus dominios. Gutier recordó que la situación de Assur en el castillo era un secreto a voces.

—Está bien, Arias, está bien. Gracias por avisarme. Regresa a tu puesto, ya buscaré el modo de que puedas librarte de las guardias de cuarta y quinta feria. Gracias.

El vigía, contento en parte por la promesa de Gutier, ya pensaba en las visitas a las tabernas de la vega que serían posibles gracias a ese tiempo libre prometido. El infanzón sabía que en cuarta y quinta feria las guardias que le tocaban a Arias eran nocturnas y, conociéndolo de tantos años, Gutier era consciente de que la oportunidad de gastar unos trientes con alguna de las fulanas que decoraban las mesas del par de posadas que se escondían en el valle era el mejor modo de devolverle el favor.

Cuando los tres amigos se quedaron de nuevo solos, se miraron por unos instantes, con gesto de disgusto, hasta que Weland puso la nota discordante siguiendo su costumbre:

—*Þar fór í verra!* Ahora tendré que emborracharme…

Y el hebreo lo miró incrédulo, preguntándose la idea exacta de una borrachera que podía tener el nórdico si, a su juicio y considerando la enorme cantidad de cerveza que ya había ingerido, estaba en ese momento tan borracho como podía estarlo la horca que su padre usaba para bazuquear el mosto mientras fermentaba.

—Pues ya somos dos —añadió el infanzón.

Y el judío, encogiéndose en previsión a lo que tendría que oír una vez llegase a su casa, se decidió por unirse a ellos.

—Tengo que bajar al valle de todos modos… Así que supongo que nada me impide hacer una parada en la taberna antes de irme a casa…

La estridente risa de Weland levantó un poco el ánimo de los tres amigos. El nórdico rodeó los hombros de los otros dos con sus enormes brazos y, como un preludio de lo que sucedería, echaron a caminar apoyándose mutuamente con un aire taciturno que estaban dispuestos a borrar a base de alcohol.

Era la mañana del día de San Severo y las noches eran ya tan largas como para anunciar la inminencia del invierno; llovía pesadamente, grandes gotas gélidas que preludiaban la nieve que llegaría pronto. Había pasado una semana y, aparte de los pocos desahuciados que llegaron al castillo pidiendo asilo, no se tenían noticias nuevas de los normandos. Con aquellos labriegos asustados habían venido también los rumores y las habladurías sobre la crueldad de los demonios llegados del mar. La lucha, hasta entonces restringida a los valles accesibles desde las costas y a las playas mismas, se hacía más presente e inmediata, revolviendo los ánimos de las gentes de la fortaleza y de la vega del Valcarce.

Weland y Gutier habían discutido las distintas posibilidades que se les ocurrieron, ambos entendían que los nórdicos pasarían un invierno tranquilo, era fácil suponer que, con la nieve amenazando cerrar los pasos, al menos por el momento, las huestes normandas no se atreverían a moverse mucho más al este y arriesgarse a que los montes del Bierzo les supusieran una trampa en la que plantear batalla resultase imposible. Sin embargo, ambos estaban seguros de que todo el valle del Ulla seguiría sufriendo la ocupación y dominio de los nórdicos hasta que las fuerzas hispanas se les opusieran. Con el reino dividido y la corona en manos indecisas, mientras no hubiera quien les plantase cara, Weland y Gutier sabían que los normandos no regresarían sin más a sus tierras del norte.

Gutier deseaba hablar con el conde y, de algún modo, convencerlo para tomar una decisión antes de la primavera. Quería ilusionarse con la perspectiva de una expulsión antes de que empezase el verano. Y, aunque sabía que un simple infanzón como él no tenía semejante derecho arrogado, no podía evitar pensar en ello. Le bastaba mirar al muchacho para recordar el dolor que aquellos paganos descreídos podían engendrar.

Por su parte, Assur seguía intentando adaptarse al rosario de inesperados cambios que su vida había sufrido. Lo había perdido todo y ahora existían resquicios de esperanza, había sido un simple campesino y ahora se formaba para convertirse en hombre de armas, aprendía a montar a caballo y sus muñecas se fortalecían con la espada; estaba descubriendo la palabra escrita, conocía ya los principios del álgebra y la geometría, había asimilado a través de las lecciones de Jesse nociones básicas de filosofía y medicina, e incluso había comprendido que el mundo era mucho mayor de lo que jamás había imaginado: mientras Assur pensaba en celebrar la Natividad del Señor, el hebreo hablaba del Janucá y Weland explicaba la importancia de la fiesta

del Jolblot. Además, Jesse le había contado su viaje a Bagdad y detalles sobre su vida en Córdoba, dejando entrever al muchacho el orbe musulmán y sumiéndolo en tal cantidad de novedades e ideas que el pobre pastor se sentía a menudo desbordado por la enormidad de su ignorancia; algo que, para asombro del muchacho, ponía de manifiesto, según el judío, lo inmenso de su sabiduría.

Assur tenía nuevos amigos en los que confiar, un lugar en el que sentirse seguro y una curiosidad innata que se veía saciada en raciones que se le antojaban escasas. Y ahora, además, había descubierto el amor. Sin embargo, toda la excitación y novedad se diluía amargamente en un triste velo de melancolía y pena. En más de una ocasión se sorprendió a sí mismo reconociéndose que, a pesar de la fortaleza que pretendía mostrar a los demás, hubiera preferido que las cosas no hubiesen cambiado. Echaba de menos a padre, con su orgullo severo, y a Ezequiel, con sus palabras entrecortadas y su dulce mirada de inocencia, a Zacarías, con el que le hubiera encantado compartir confidencias sobre Galaza y discutir todas las sensaciones que estaba descubriendo; pero, sobre todo, echaba de menos a mamá. Todos los días y en todo momento.

Y con cada día el cambio de estación se hacía un poco más palpable; los hombres se enfrentaban a la nostalgia arrimándose al fuego de los hogares y los caminos, convertidos en barrizales, se desbordaban por el agua de las pertinaces lluvias.

En el patio del castillo se formaban incómodos charcos para la práctica de la esgrima. Y, por lo general, forzado por el tiempo inclemente, durante los inviernos Gutier solía disponer de más tiempo de asueto y no era extraño que si las nubes, con su agua y su nieve, se lo permitían, se acercase a León para ver a sus hermanas, especialmente a la más joven, que era la única que seguía soltera. Sin embargo, ese año las cosas eran muy distintas, sabía que no iría a León, aunque sí despachó, a través de los escasos mercaderes que se movían todavía de un lado para otro, un par de misivas para su hermana, y otra destinada al padre de un pretendiente que le parecía adecuado y al que estaba deseando azuzar para que tomase una decisión. Pero no iría hasta la vieja ciudad.

Ese invierno Gutier tenía otras responsabilidades y, además, se sentía gustoso de aceptarlas. Aquel muchacho había demostrado todo lo que él esperaba de un hombre en una medida y calado impropios para su edad. Le gustaba el chico. No pensaba demostrarle lo orgulloso que se sentía de él, pero, sin lugar a dudas, le gustaba. Y, aunque no lo deseaba en absoluto, se sentía responsable de él y quería cuidarlo, por lo que intentaba, siempre que sus deberes se lo permitían, estar pendiente del muchacho.

Aquel día gris de San Severo el conde había planeado salir de caza a por algún venado, revolucionando a todo el personal y servidumbre con los preparativos y especiales requisitos que siempre exigía para sus cacerías; pero como el Boca Podrida se había levantado con las tripas más revueltas de lo normal, había reclamado a Jesse a su lado de inmediato, obligando a un mozo a bajar a buscarlo a la casa del judío en

el valle antes incluso de que el hebreo se presentase en la apoteca del castillo y, pese a no salir personalmente de caza, había encargado a Weland que trajese una enorme cornamenta de la que presumir en el salón de la torre del homenaje. Impaciente mientras aguardaba respuesta de Compostela, su humor se había vuelto tan irascible como sulfurosas sus digestiones. Así que, con el castillo en calma y sin ninguna otra ocupación, Gutier pensó que sería una buena oportunidad para pasar unas horas con el muchacho y, quizá, enseñarle alguna cosa.

Tuvo que buscar al chico durante un buen rato hasta dar con él. Estaba sentado en el murallón del castillo, mirando al valle con el lobo a su lado, con las piernas encogidas y las manos entrelazadas. Gutier se dio cuenta de inmediato de que el zagal estaba sumido en uno de sus períodos de melancolía.

—¡Muchacho! —lo llamó mientras pensaba en cuál sería el mejor modo de animarlo.

Furco se giró al instante y, cuando bostezó ruidosamente para desperezarse, Gutier agradeció haberse ganado la confianza del animal. El lobo se guardó los colmillos y trotó por el adarve de la muralla hacia el infanzón. Assur se levantó también, sin decir palabra, y esperó obedientemente a saber qué querían de él.

—¿Qué te parece si practicamos un poco con el arco? —le dijo sabiendo que era la disciplina de la que más disfrutaba su pupilo.

El chico respondió de inmediato, aunque sin la sonrisa que Gutier había esperado.

—Como digáis.

El infanzón se dio cuenta de que el rostro del muchacho se recomponía. El pastorcillo estaba evidentemente triste esa mañana, sin embargo, había aceptado la sugerencia como una orden y sin protestas.

—Anda, ven, veamos si eres capaz de tensar mi arco —Gutier lo decía intentando alentar al chico, que llevaba semanas aguantando estoicamente las negativas a sus peticiones para probar las armas de los adultos.

Algo brilló en los ojos de Assur al tiempo que se ponía en marcha, pero su rostro siguió compungido.

Cuando llegó a su lado, Gutier estuvo tentado de posarle una mano en el hombro, pero se contuvo.

El esfuerzo del muchacho era evidente, y aun con la lluvia, que persistía ahora como una pesada cortina de suave humedad, el infanzón podía ver las gotas de sudor que perlaban la frente del chico. En el bosque, un cárabo soportaba el aguacero mirando entretenido la práctica de los humanos.

—Recuerda, el brazo del arco no tiene que estar tenso, basta con que lo trabes en la posición de tiro —decía el infanzón—, la mano no puede empujar el arco, ha de estar suelta para que todos los disparos se repitan del mismo modo.

El muchacho asintió con un gesto contenido y soltando el aire relajó de nuevo la

postura destensando el arco y respirando acaloradamente.

—Calma, vuelve a intentarlo cuando hallas recuperado el fuelle —dijo Gutier, y estuvo tentado de añadir que ya resultaba asombroso que, aun sin control, el muchacho consiguiera manejar su arco, aunque rechazó la idea.

Furco los miraba con curiosidad, protegiéndose como buenamente podía del final del aguacero bajo la copa desnuda de un enorme aliso que delimitaba el claro donde los hombres practicaban el tiro. A pesar de que se sacudía enérgicamente cada poco, su pelaje húmedo se apelmazaba en mechones oscuros que le daban un cómico aspecto.

Assur miraba al suelo respirando profundamente, intentando aliviar la incómoda premonición de fracaso que se cernía sobre él, quería demostrarle a Gutier que agradecía la oportunidad que le brindaba, y que era capaz de usar el arco del infanzón tan bien como los más livianos que había venido utilizando hasta el momento. No quería decepcionar a su maestro.

Gutier miraba al chico ensayando su paciencia. El cambio operado en el muchacho resultaba notable; el crío había crecido sus buenas pulgadas, sus hombros y espalda resaltaban musculosos, definidos en la tela húmeda de la camisa, y su rostro se había afilado, e incluso le pareció distinguir algo de bozo.

—Tendremos que enseñarte a usar la navaja —dijo de pronto intentando cambiar el hilo de su discurso para no presionar demasiado al muchacho—. La pulcritud es una virtud tan deseable como cualquier otra. Además, con esos ojos y ese pelo, como te dejes crecer la barba, parecerás uno de esos malnacidos normandos.

El infanzón lo había dicho con ánimo y tono de mofa, pero Assur estaba demasiado concentrado para poder advertirlo, simplemente afirmó sacudiendo el mentón y volvió a colocar la flecha en la cuerda, listo para tensar el potente arco a medida que inspiraba.

La saeta voló y la cuerda del arco produjo un ruido sordo. Se clavó en uno de los alisos del otro lado del claro, a unos pasos a la derecha de la saca de lino basto que, llena de heno y colgada de la rama de otro árbol, servía de blanco. Había fallado de nuevo, pero al menos la altura era la correcta y, teniendo en cuenta la distancia, Gutier sabía que era un disparo más que aceptable.

—No puedes soltar la cuerda como si quemase… Debes dejar que se escape sola de entre tus dedos, como si los atravesase sin más; y relaja el brazo del arco… Vuelve a intentarlo, seguiremos aquí hasta que aciertes, y no me importa si estás cansado o te duelen los brazos, ¡otra vez!

Al chico se le escapó una mueca de desagrado por la reprimenda, y Gutier sonrió al darse cuenta de cómo el muchacho se esforzaba por borrarla de su cara.

En ese momento Furco gañó y salió corriendo hacia Assur, en cuanto llegó a su lado se sentó como si se lo hubiesen ordenado y miró al muchacho con la cabeza

entornada.

Gutier conocía lo bastante a tan estrambótica pareja como para suponer que el lobo había acudido al presentir el ánimo de su amo. El infanzón suspiró y se permitió una licencia:

—Muchacho, ¿estás bien? ¿Te sucede algo?

Assur no respondió, seguía mirando al suelo y, tras palmear la cabezota del lobo, se tocó distraídamente la cinta de la muñeca. Gutier pensó por un momento regañarlo por no contestar.

—¿Es verdad? —preguntó entonces Assur.

El infanzón permaneció callado, sin saber a qué se refería el chico.

—¿Es verdad? —volvió a preguntar Assur; y sin darle tiempo al infanzón para responder siguió hablando—. ¿Es cierto que tenemos alguna posibilidad de encontrar a mis hermanos? ¿A Sebastián? ¿A Ilduara?… ¿La tenemos?

Gutier se daba ahora cuenta de que no había calibrado como debiera la melancolía callada del chico. Estaba a punto de responder intentando darle ánimos cuando Assur siguió hablando.

—Era mi responsabilidad… Y ahora… ahora… todo esto es… Pero yo no sé lo que debo hacer, ni siquiera sé qué debo sentir, no puedo evitar pensar en que me gustaría contarle a mis hermanos y a los chicos del pueblo que he aprendido a leer y a escribir, o que sé usar una espada —Assur hablaba atropelladamente, librándose tan rápido como podía de un peso enorme—. Pero yo debería estar de duelo, o atacando el campamento de los normandos… ¿Qué iba a pensar padre de mí?… Pierdo a Ilduara y me dedico a cumplir sueños, ¡sueños infantiles! Fingiendo ser un caballero…

El infanzón, sorprendido por la madurez del muchacho, no sabía qué decir. Assur palmeaba de nuevo la cabeza de su animal y mantenía la mirada baja. Gutier fue consciente de que el chico luchaba por no llorar.

—¿Qué pensaría padre de mí? No tenía que haber dejado sola a Ilduara… Y la casa, y los campos, nadie se ha encargado de la siega… ¡Nadie los ha arado!… Debería volver y asumir mis responsabilidades, ya tendría que haber sembrado…

Cuando Assur pareció callar al fin, desfogado, Gutier se tomó unos instantes antes de hablar, considerando muy seriamente sus palabras y pensando en las consecuencias.

—Hijo —apeló Gutier acercándose—, tú no has hecho nada malo. Tú has hecho mucho más de lo que se podía esperar de un niño —le dijo cogiéndole el mentón y alzándole el rostro para obligar al chico a mirarlo a los ojos—. No tienes la culpa de nada, ¿entiendes? —Assur se esforzaba por no llorar—. De nada… Y tu padre —Gutier dudó un instante—, tu padre se sentiría muy orgulloso de ti.

Los ojos de Assur se abrieron agradecidos con una expresión solemne.

—Estoy seguro de ello —añadió Gutier—, yo… yo lo estoy… Yo estoy muy orgulloso de ti.

Assur dejó caer el arco y se abrazó al infanzón como ya había hecho tantos días atrás. Gutier, poco acostumbrado a esos gestos de cariño, dudó con sus manos en el aire en un ridículo gesto hasta que, sin saber qué otra cosa hacer, rodeó al chico con sus brazos.

Estuvieron así, dando tiempo a la lluvia a terminar de escampar, hasta que Furco, celoso, hociqueó la cintura de Assur reclamando algo de atención; lo que Gutier aprovechó para librarse de tan embarazosa situación. Y, sin transición alguna, como dando el incidente por olvidado, el infanzón instó al muchacho a continuar con la práctica de tiro.

—Recoge el arco y vuelve a intentarlo, no nos iremos hasta que consigas acertar en el blanco —dijo Gutier con el tono de voz más serio que pudo componer.

Assur obedeció sin decir nada más. Tampoco hacía falta que lo hiciese, su expresión era casi jubilosa. Para el chico estaba claro que las palabras del infanzón no iban a perderse en el olvido de un momento para otro.

El muchacho tensó el arco de nuevo y, soltando el aire poco a poco, apuntó al blanco considerando la parábola a la que obligaba la distancia y la suave brisa que empezaba a soplar.

—Con suavidad, el disparo debe sorprenderte —dijo Gutier en voz baja.

Assur mantenía la posición de tiro frunciendo el ceño y haciendo un esfuerzo patente, su mano izquierda temblaba ligeramente, y las venas del cuello y los antebrazos se marcaban en su piel.

La flecha voló y Furco se sobresaltó con el silbido que produjo el emplumado al cortar el aire girando a toda velocidad.

—¡Bien hecho! —exclamó el infanzón antes incluso de que la flecha impactase en el saco del otro lado del claro.

No había sido un disparo perfecto, un poco escorado a la derecha, pero había dado en el blanco y era evidente para todos, incluso para Furco a tenor de la alegría de los humanos, que aquella flecha había arrastrado consigo algo más que la puntería del muchacho.

El rostro de Assur, triunfal, se giró de pronto hacia el infanzón y el muchacho preguntó:

—¿Qué hay que hacer para gustarle a una mujer?

El pobre oblato sufría la ventisca sin más protección que su hábito raído y la bondad de la providencia divina en la que, más que fe ciega, tenía confianza. El pollino que montaba agachaba la cabeza para avanzar, como buenamente podía, luchando con el fuerte viento gélido.

El invierno se había instalado ya en los montes del Bierzo, y el manto de nieve se

veía punteado aquí y allá por las copas verdes de los pinos y las telarañas de gris y siena que formaban las ramas desnudas de los árboles de hoja caduca. Cruzar los pasos de las montañas con el frío tan avanzado era una empresa impropia de un hombre de Dios, sin embargo, en la Iglesia la obediencia era una regla inquebrantable, y al frailecillo no le había quedado otro remedio que seguir las órdenes dadas; cuando el todopoderoso obispo Rosendo decidía hacer llegar un mensaje, no sería la nieve enviada por el Señor la que lo impidiese.

La afición de Weland por los licores tenía algunas consecuencias para el nórdico, que, a su vez, implicaban ciertas incomodidades para Assur. Tiempo atrás, el conde había decidido racionar la cantidad de aguardiente y espirituosos de la que su mercenario podía disponer en la bodega del castillo y, aunque Weland casi siempre encontraba a quien sobornar para proveerse, de tanto en tanto no le quedaba más remedio que hacer acopio de plata y comprar algún barril en los mercados, granjas o posadas fuera de la fortaleza de su patrocinador. Y en esa fría mañana de invierno, quizá por nostalgia de sus tierras del norte, Weland había deseado empezar el día trasegando licor. De modo que Assur terminó siendo el encargado de bajar hasta el pueblo y subir cualquier clase de alcohol disponible.

La vereda que descendía al valle se había mantenido relativamente limpia en el centro gracias al ir y venir de las gentes del castillo y, aunque Assur, bien abrigado con una fuerte capa de lana, había elegido mantenerse en ese estrecho paso del embarrado sendero rodeado de nieve sucia, Furco prefería ir brincando de un lado a otro, enterrándose aquí y allá y reapareciendo cubierto por blancos copos esparcidos por su pelaje. Era evidente que se divertía hasta que algo inusual le llamó la atención. Fue el primero en darse cuenta de que alguien se aproximaba y, dejando a un lado su entretenimiento, salió corriendo hacia el visitante.

Assur, que conocía bien a su animal, supo enseguida que un extraño se acercaba.

El pobre oblato tenía la cara más blanca que la nieve que los rodeaba, el borrico resoplaba entrecortadamente por los ollares abiertos y tenía los ojos desorbitados; Furco solo los miraba con curiosidad, pero lo único que supieron ver el fraile y el pollino era un lobo enorme que se interponía en su camino.

—Estad tranquilo, padre, no os hará nada —dijo Assur cuando llegó hasta la escena.

El religioso, todavía intentando digerir el asombro que le había provocado la aparición de Furco, no supo cómo reaccionar. Assur siguió caminando por el barro, manteniéndose en el centro del sendero, libre de nieve acumulada.

—Os lo juro, no os hará daño —insistió el muchacho.

—¡No se jura en vano! Y… y… y… ¡no soy sacerdote! Fray servirá, fray Esteban… —reaccionó finalmente el oblato.

Assur, despistado con la jerarquía de la Iglesia, no le dio importancia a las

palabras del asustado fraile y se limitó a llegarse hasta Furco. El animal lo recibió alzando la cara amistosamente y Assur le acarició el cogote intentando demostrar con hechos que su lobo no atacaría.

—¿Vais al castillo de Sarracín? —preguntó Assur con tono afable, intentando cambiar los aires de la conversación.

El fraile tardó en reaccionar.

—¿Acaso no resulta evidente? ¿Qué otra cosa iba a hacer un fraile en medio de una ventisca subiendo por este mald…, por este…?

El pollino rebuznó, como intentando terminar la frase de su jinete, y empezó a recular sin perder la expresión de pánico que le transformaba el rostro.

—Podéis subir tranquilo, el barro será vuestro único problema, ¿queréis que os acompañe? Yo bajaba a la vega a por… —Assur dudó, no estaba seguro de si era correcto mencionar las apetencias de Weland—. Volveré a subir en un instante.

Tan pendientes estaban el uno del otro que ni el fraile ni el muchacho se dieron cuenta de que a lo lejos, por entre los árboles del bosque que rodeaba la subida al castillo, una figura embozada caminaba luchando por no hundirse en la nieve. Furco lo olió, sin embargo, estaba tan divertido con el fraile y su pollino que no quiso darle importancia. Era un olor curioso, mezcla de sudor, cuero vejancón y algo metálico que se diluía con un deje de aceitoso humo de fragua. Por unos instantes le pareció familiar, pero la brisa se revolvió con un torbellino de copos y el borrico volvió a rebuznar asustando a una corneja que alzó el vuelo. El lobo se distrajo y se olvidó pronto de aquel aroma.

La noche cerrada arropaba el castillo con un frío penetrante que olía a resina vieja y los pucheros de las cocinas rezumaban jugosos olores que Weland ventisqueaba en el aire como un perro.

—Me comería un buey —rugió Weland con los ojos achispados por el alcohol.

Gutier estaba sentado al lado del nórdico en un taburete basto, con un cartapacio de cuero viejo en el regazo, e intentando hablar con el mercenario de sus preocupaciones sin conseguirlo; despistado por notar que su amigo parecía aquel día más dispuesto a la borrachera de lo normal, quizá intranquilo por algo que el infanzón desconocía, o puede que simplemente melancólico. Lo único que el leonés sabía es que, desde temprano, cuando se había encontrado con el normando en la fragua del herrero Braulio, a tiempo de ver como el artesano reavivaba las brasas para el trabajo de la jornada azuzando a sus ayudantes, su amigo ya se había mostrado hosco.

Weland se servía de continuo, vaciando un pequeño barrilete de aguardiente, y esperaba ansioso que una de las mozas de la cocina le trajese algo del estofado que había quedado de la cena servida en la torre para el conde. Anticipando la comida, masticaba algo de pan de centeno cuando no tenía la boca ocupada con el vaso de madera.

Gutier esperaba que le preparasen un hatillo con víveres para el duro viaje que tenía por delante, antes de acercarse a las cocinas se había pasado por el establo y se había asegurado de que su caballo estaba bien atendido.

—Partiré mañana al alba, incluso a pesar de la ventisca, el conde no ha querido atender a razones —se explicaba el infanzón—. Se ha puesto muy nervioso con el mensaje que ha traído el frailuco ese. Creo que Rosendo se ha negado a asociarse con él. Y ahora, con el ataque de Chantada, ya siente en el cogote el aliento de los tuyos y quiere forjar sus alianzas lo antes posible…

Weland dio un gruñido por única respuesta.

—Por eso tengo que ir a Lara en primer lugar… No sé lo que hay aquí —dijo Gutier palmeando la cartera de piel en la que llevaba la misiva del conde—. Puede que le pida ayuda a Fernán una vez más, o que lo mande a tomar viento e intente convencer a Rosendo de otro modo…

—No, seguro que no —interrumpió el nórdico—, ese mezquino nunca se atrevería a enemistarse con Fernán González, estoy seguro de que el Boca Podrida procurará mantener los dos bandos dispuestos a aliarse con él, incluso aunque Rosendo le haya contestado que puede ir a ahogarse entre las piernas de una puta vieja. Además, esa no es su única jugada… Creo que yo sí sé lo que pone ahí —dijo Weland señalando con la barbilla el regazo de Gutier—, quiere presentar una solución de su mano, como si fuera el que les puede sacar las castañas del fuego a todos. —Gutier torció el gesto intrigado—. A mí me ha ordenado que vaya hasta el campamento de los nórdicos a parlamentar, quiere que averigüe las intenciones de ese tal Gunrød y que plantee el pago de un…, ¿cómo se dice?, de un *gafol*… De plata, oro, lo que demonios sea… De un *danegeld*, como pagan los anglos a los de Danemark.

—¿De un tributo? —preguntó el infanzón pensando en la parada que tendría que hacer en su regreso desde Lara.

A Gutier no le extrañó la propuesta, había oído tiempo atrás la historia de cómo los navarros habían tenido que pagar rescate por el rey García, preso por los normandos en un razia de casi cien años antes.

—Sí, un pago para que no sigan los ataques y se vayan… Un *heregeld*.

—¿Y eso funcionaría? —preguntó el infanzón yendo al grano—. ¿Se marcharían?

—Sí, claro, a fin de cuentas, oro es lo que quieren. Y si ese Gunrød no está demasiado empecinado con Compostela, funcionará. Se ha hecho siempre… Muchos han pagado ya. Carlos el Calvo pagó en París… Y en Northumbría también, y los sajones, que se cagan en los calzones en cuanto ven nuestros *drekar* en sus costas, ¡llevan años pagando!, miles de libras en plata, miles…

Gutier resopló sorprendido por la cantidad.

—Entonces, ¿cobrarían y se irían?

Weland mordió un buen bocado del pan moreno antes de contestar.

—Sí, se irían… Pero si esta vez se les paga para que se vayan…, podéis tener por seguro que volverán a buscar más en cuanto lo hayan gastado. Si se paga el *heregeld* una vez…

—Entiendo —acotó Gutier pensativo.

Se quedaron callados, cada uno sumido en sus pensamientos. Gutier no supo ver que su amigo le estaba ocultando una parte de la verdad: había sido el propio Weland el que le había sugerido al conde la idea del tributo y la visita al campamento.

Al poco, una de las mozas de la cocina se acercó con un plato humeante lleno de estofado, era voluptuosa e insinuante, las curvas de sus pechos generosos se veían provocativas, abultadas por las ataduras de la camisola que llevaba bajo el delantal. Al verla, Gutier recordó algo.

—¿Weland?

—Hummm… —gimió el nórdico como único signo de aquiescencia, perdido en el escote de la moza.

—Con toda esta nieve y semejante invierno voy a tardar una eternidad en ir y volver a Lara, además, no puedo regresar sin más, tendré que subir al norte, a Oviedo… —Gutier se detuvo, consciente de que estaba divagando, y fue al grano—: Es el muchacho, está… está un tanto confundido estos días —dijo el infanzón mirando a la moza con una expresión muy distinta a la del nórdico.

Weland, que intentaba mirar las posaderas de la mujer mientras pretendía acertar con la cuchara en el plato de estofado, se dio cuenta de que Gutier también miraba en la misma dirección.

—Bueno —continuó Gutier—, me gustaría que mientras estoy fuera ayudaseis a Jesse con el muchacho, que estéis pendiente de él. Creo que puede necesitaros a ambos… Quizá el hebreo no sea… —Gutier sacudió la cabeza—. No importa, ¿lo haréis?

El nórdico volvió a mirar las curvas de la mujer y sonrió, creyendo entender lo que su amigo no llegaba a decir.

—Tranquilo, ese hebreo enclenque y yo nos ocuparemos del muchacho —dijo Weland con una franca sonrisa en los labios—. Marchad sin apuro.

Y Gutier agradeció al Señor poder confiar en sus amigos de nuevo para ocuparse del muchacho.

Las prisas del conde Gonzalo Sánchez habían permitido a Gutier recuperar su caballo para el largo viaje, aunque la comodidad de la montura no suplía el rigor del invierno y sus fríos.

El infanzón apuraba el ritmo tanto como Zabazoque, el semental zaíno de trote largo que robara en una incursión al califato, se lo permitía. Desmontaba a menudo, y sobrellevaba como podía el resentirse de la herida reciente del muslo, pero sabía que

no podía exigirle más al rocín, los caminos embarrados y la nieve blanda no eran un firme adecuado para los cascos del jumento, y Gutier, aun con tanta prisa como llevaba, lo trataba con cuanta consideración podía: a no ser que fuera absolutamente imprescindible, se mantenía en lo que el paso del tiempo había dejado de las viejas calzadas romanas.

Los restos de las anchas vías que la maquinaria de guerra imperial había usado para expandir el poder de la ciudad de las siete colinas resultaban, a pesar del deterioro, pasos mucho más cómodos que los de sus anteriores cometidos, monte a través. Cómodos y fáciles de seguir, la mayoría del tiempo, aun con la nieve, podía dejar las riendas de Zabazoque sueltas y resguardar las manos en el tabardo, protegiéndose del frío.

Cuando llegó a Astorga dudó si seguir el camino del norte o el del sur, las dos calzadas corrían hacia el este; la una amenazada por las nieves de las montañas anejas y la otra por los moros que, en una aceifa improvisada, se hubiesen atrevido a vadear el Duero. Se decidió por la del sur, para protegerse del frío y poder, además, evitar la tentación de detenerse en León si seguía la más septentrional. Le apetecía ver a su hermana y hablar con ella, quizá comentarle lo del muchacho y compartir sus cuitas, sin embargo, su sentido del deber se antepuso y consiguió evitar el posible retraso.

No se sacaba al muchacho de la cabeza, estaba más preocupado por él de lo que hubiera reconocido. Y, como el lento camino le permitía mantener la mente ociosa, terminó buscando en qué razonar con tal de no pensar en los problemas que había traído a su vida el joven pastor huérfano.

Tener que detenerse al regreso en Oviedo era una maniobra curiosa. El conde le había encargado a Gutier llevarle una misiva al obispo Fruminio, con el que hasta el momento no había tenido relación alguna de interés, y el infanzón se preguntaba si no estaría el noble berciano pensando en traicionar a su antiguo aliado Fernán González. El frailuco que apareciera en el castillo debía de haber traído una respuesta airada de parte de Rosendo, y el conde intentaba acercarse de nuevo al obispo de Compostela estableciendo una relación con el episcopado de Oviedo, convencido de que le convenía más una alianza con Rosendo y la corona que con el noble castellano. La propuesta de Weland no era descabellada, era probable que el conde Gonzalo pretendiese argumentar que estaba en disposición de expulsar a los nórdicos intermediando en el pago del tributo.

Gutier sabía de primera mano cómo se habían ido desarrollando los acontecimientos, y empezaba a intuir que se avecinaban cambios en el panorama político. Los dos miembros de la nobleza, Gonzalo y Fernán, habían confabulado juntos contra el obispo que regía Compostela, buscando el ascenso al trono del nieto del conde de Lara. Ahora, con Rosendo de nuevo en la sede episcopal de Iria Flavia, la Iglesia estaba mucho más cerca de la corona, que aun reposando sobre la cabeza de

un niño estaba, de hecho, en manos de una monja. De tal modo, el infanzón se imaginaba que, de sus dos mensajes, uno era una patraña, una falsa declaración de amistad y buenas intenciones, destinado al conde Fernán y con el objetivo de, aparentemente, dejar las cosas como estaban. Por el contrario, el otro mensaje bien podía ser una astuta artimaña del de Sarracín para acercarse al bando contrario a pesar de que el obispo Rosendo se hubiera negado a ello en un principio.

Una oferta de paz y halagüeña esperanza nunca podría llegar a Compostela de manos de enviado alguno del conde Gonzalo, como bien sabía Gutier, el mismo noble berciano se había encargado de levantar al obispo de su cátedra en tiempos pasados. Por lo tanto, imaginando la inquina lógica que el prelado tendría por el conde, Gutier se olía que el Boca Podrida intentaría usar a Fruminio como un intermediario hábil; buscando, al ponerse del lado de los intereses de la Iglesia, complacer a la regente y, con ello, ganar el favor de la casa real.

Gutier llevaba ya una semana fuera. Las mañanas seguían despertando a las gentes del castillo con el viento soplando entre los carámbanos que se formaban en los aleros y el invierno avejentaba despacio.

Esa tarde, después de un ajetreado día ayudando en la leñera, Assur sobrellevaba como podía la lección sobre la astronomía de Hiparco. Jesse, que sabía que el muchacho echaba de menos al infanzón, procuraba hacer lo posible para interesar a su alumno por la grandeza de los cuerpos celestes.

Estaban en la pieza delantera de la botica y, mientras Furco dormitaba, el hebreo movía los tarros de sus hierbas haciendo analogías con las que explicar el orden de los planetas al muchacho.

Assur no había protestado y no lo haría, se sentía demasiado agradecido, pero, por más que se esforzaba, no lograba comprender de qué le serviría saber sobre la lógica aristotélica, la mayéutica socrática o la medicina de Galeno. Entendía la utilidad de la escritura, y podía ver algo de sentido en el aprendizaje de los números, sin embargo, no entendía la importancia del resto de los conocimientos que el afanoso hebreo se empecinaba en poner a su alcance. En su fuero interno el pastor seguía pensando en la vida acorde a los ritmos de las estaciones, el calendario lo marcaban los tiempos del campesinado y no los equinoccios de los que le hablaba el judío. Aun así, se esforzaba tanto como podía a fin de agradar a su maestro.

—¿Hebreo, saco de huesos? ¿Dónde diablos te escondes, judío narigudo?

Jesse y Assur sonrieron al unísono al reconocer el acento rijoso de Weland.

—¡Deja en paz al muchacho! Le vas a llenar la cabeza de majaderías sin sentido…

El médico miró al muchacho sin poder evitar que la condescendencia se reflejase en su rostro.

—Anda, ve…, ve —dijo el hebreo con severidad fingida—, y no pongas excusas

para complacerme. ¿O vas a pretender que te crea cuando dices que mis enseñanzas son para ti tan interesantes como las de ese bruto desmañado? ¡Ve!

Furco ya esperaba ansioso en el umbral y Assur se levantó sonriendo, destilando un agradecimiento patente en su expresión.

—Conque estás ahí, bribonzuelo —alborotó Weland al ver salir al muchacho—, ¿se te ha consumido la sesera o todavía tienes hueco ahí dentro para aprender algo de verdadera importancia?

Assur no tuvo tiempo para contestar, el nórdico siguió hablando.

—Tengo que partir… —anunció Weland con un deje interrogativo.

El muchacho se esforzó por no dejar que su desilusión trasluciese.

—… y tú vas a venir conmigo —concluyó el normando ensanchando la sonrisa entre las púas entrecanas de su bigote.

En un principio el chiquillo no supo cómo tomarse la noticia. Incrédulo y excitado a partes iguales.

—¿Qué les pasa a los esclavos en el norte?

Assur no había podido guardarse la pregunta por más tiempo.

Estaban acampados al este del castillo, a media jornada de marcha, en un recodo del valle del Valcarce donde el sinuoso río dejaba un estrecho brazo de tierra plagado de robles envejecidos. Sentados en las raíces de dos de los árboles más grandes, se dejaban calentar por las llamas de la hoguera y Weland se afanaba pretendiendo tostar la piel del costrón de tocino que había arrimado al fuego, bien untado con miel y vinagre.

Se habían puesto en marcha en cuanto Assur había reunido su equipo: cogió una alforja con algunos víveres, un pellejo de cabra para el agua, su modesto arco de entrenamiento y una aljaba con unas pocas flechas, una capa para protegerse del frío y un amplio gorro de borreguillo que le había regalado Jesse. Solo se habían entretenido el tiempo suficiente como para que Weland departiera unos instantes con el herrero Braulio mientras Assur, excitado por la aventura, acomodaba como podía sus trastos.

El muchacho, que no sabía ni su destino ni sus obligaciones, se había prometido guardarse las preguntas que le rondaban, pero no había podido mantenerse fiel a sus intenciones.

El nórdico compuso como pudo un gesto serio, consciente de la gravedad implícita de la pregunta del muchacho. Intentó responder con el rigor y el tacto que el chico merecía.

—No es como en el sur, con los moros, y no es como te habrá contado Jesse que hacían los romanos. En el norte, los esclavos, los *thralls*, se encargan de las tareas más pesadas de la granja; pero no los obligamos a mutilarse, no los convertimos en gladiadores, no los castramos para guardar harenes, no los enviamos a las minas de

sal…

—¿La granja? —interrumpió Assur con desconcierto.

—Sí, la granja. Claro —contestó Weland con una sonrisa—, ¿acaso imaginabas que vivimos en nuestros barcos, sin más oficio que la guerra? —La sonrisa se ensanchó—. ¿Has visto mujeres o niños normandos?, ¿pensabas que surgíamos del mar sin más?… Hombres barbados armados con espadas paridos por ballenas…

La ironía le hizo más gracia al nórdico que al muchacho. Weland reía de su propia chanza y Assur, ensimismado, se daba cuenta de que no había pensado en ningún momento en los nórdicos como padres, madres o hijos. Solo había visto de ellos el mal que esparcían por donde pasaban y el dolor que dejaban a sus espaldas.

—Yo me crie en una granja…

El nórdico calló, recordando imágenes de su niñez, y Assur intentó asimilar las palabras de Weland.

—Nací en el *paso del norte*, en Halogaland, demasiado lejos para que aquí eso solo signifique más allá; en las islas de los britanos y los anglos nos llaman *fingheinnte*, y los germanos nos dicen *ascomanni*, hombres del fresno, y hay muchos que nos llaman, simplemente, habitantes de los lagos, aunque eso son solo los de las bahías de Götaland. Y para otros, como bien sabes, somos normandos o nórdicos, los hombres del norte… Suele pensarse que todos venimos de un único lugar, pero no es cierto. Las costas de las tierras del hielo son enormes, hay multitud de *fjords* y *víks*, y hay muchos señoríos, el reino del frío es enorme, mucho más grande que todo el califato de Córdoba. —Assur intentaba visualizar la descripción de Weland—. También están los de Jutlandia, al sur, son el terror de los sajones; los hombres de Svealand, adoradores de cerdos, más al este, siempre ansiosos por los tesoros de Oriente, y todavía más al este los hombres del *finnvitka*… Y los same, que sí parecen salir de los lagos, pero que en realidad son una tribu distinta…

»Y aunque nos peleamos y luchamos entre nosotros, compartimos un idioma, y muchas costumbres. Todos nos hemos esparcido por el mundo buscando riquezas y poder. Yo estoy aquí, otros fundaron Dubh Linn… Y la *isla del hielo*, Iceland, allí también hemos llegado… Hemos colonizado lugares lejanos y hemos preñado a las mujeres de los hombres de todas las tierras conocidas…

Assur se dio cuenta de que Weland hablaba con orgullo de los suyos y, aunque no dijo nada, sintió escalofríos al pensar en las palabras del nórdico. Prefirió no considerar la posibilidad de que el campamento que había visto junto a Gutier se convirtiera en una ciudad.

—Hacia el este, hasta la que vosotros llamáis Constantinopla. Y la tierra de los rus… Muchos se han hecho ricos, han regresado a sus granjas en el norte envueltos en oro y joyas. Dispuestos para convertirse en señores poderosos, en *jarls*, dueños de cuanto los rodea y pretendiendo adquirir los derechos de un rey. ¡Yo también lo haré!

…

Weland calló de pronto, tornando su expresión con una nostalgia que el muchacho, abstraído, no supo ver; y en la que no llegó a adivinar los encontrados sentimientos que atenazaban la conciencia del nórdico. Ansioso por saber, ajeno a las tribulaciones de Weland, Assur se animó a preguntar de nuevo por aquello que tanto deseaba saber:

—De acuerdo, granjas. ¿Y cómo es la vida de los esclavos en esas granjas? —reformuló el chico.

El nórdico, sumido en sus ensoñaciones, tardó en contestar.

—Yo nací en una isla al noroeste —dijo al fin sacudiendo su barbudo rostro como si quisiera librarse de la culpa que empezaba a sentir por lo que vendría—. Cerca del estrecho de Moskenstraumen, donde una corriente cálida llena las aguas de peces y asegura la comida en el duro invierno —continuó haciendo girar el costrón de tocino en el espetón—. Eran los tiempos en que los hijos del rey Harald el de la Cabellera Hermosa desmembraban las tierras que, con tanto esfuerzo, su padre había unido bajo el mismo yugo. Muchos huyeron a Iceland, pero mi padre se mantuvo firme, era un *jarl* poderoso que dominaba la práctica totalidad de la isla. —Weland se percató de que el muchacho estaba a punto de preguntar de nuevo y se decidió a acercar su monólogo a los intereses del chico—. Teníamos siete *thralls*, ellos se encargaban de mantener la fragua, del secadero de pescado, de arar, de remendar las redes de los arenques, de los trabajos más duros. No los tratábamos mal, vivían en su propia dependencia, una cabaña mucho más pequeña que la *skali*…, que el gran salón donde mi padre ordenaba las celebraciones, pero caliente en invierno. Supongo que podría decirse que eran como jornaleros…

Assur imaginó que el nórdico intentaba suavizar la descripción. Tal y como Weland lo contaba, la vida de un esclavo en las tierras del norte no parecía tan dura.

—No eran libres, no podían marcharse, y tampoco podían acompañarnos en nuestras incursiones. Y no tenían derecho a los botines que mi padre traía… No tenían derechos de ningún tipo. Pero podían conseguir su libertad.

Assur reaccionó ante estas palabras.

—Como los gladiadores, ¿ganando un *rud*…?, ¿un *rodi*…?, ¿ganando una espada de madera?

El nórdico sonrió, era evidente que, aunque el chico no se daba cuenta de ello, las enseñanzas del hebreo habían calado hondo.

—No, simplemente comprándola. O bien con oro, o bien con una demostración de lealtad o fuerza, algo relevante que convenciera a mi padre para manumitirlos.

—¿Cómo? —preguntó Assur inquieto.

—Bueno, teníamos un *thrall* que era nórdico, había contraído deudas que no pudo pagar y no le quedó otra que acabar como esclavo. Mi padre le devolvió la libertad

cuando mató a un oso que llevaba meses acosando al ganado.

Weland consideró un instante aprovechar el silencio del muchacho para recalcar que, en su desgracia, sus hermanos vivirían mejor como esclavos en el norte que si acabasen en manos de los sarracenos o en los mercados orientales. Sin embargo, se dio cuenta de que no serviría de mucho insistir en la idea y decidió cambiar el rumbo de la conversación; no era el momento de hablar de aquellos temas y él deseaba seguir las indicaciones de Gutier respecto al muchacho en un sentido muy distinto.

—Si estuviéramos en mi granja, ya te habría llegado la hora. Tengo algo para ti —anunció Weland al levantarse tras dar una nueva vuelta al espetón del tocino.

El nórdico rebuscó en su zurrón un rato mientras Assur rumiaba las palabras del normando procurando hacerse una idea del posible futuro que esperaba a sus hermanos si no conseguía rescatarlos.

—Probablemente, como hicieron con mis hermanos —dijo Weland con cierto aire enigmático, ocultando a su espalda algo que había cogido del macuto—, y como hicieron conmigo, te hubiesen enviado a pasar un tiempo en otra granja; hay que evitar que unos padres sean demasiado tolerantes o demasiado exigentes, debe buscarse una educación equilibrada. Y a tu vuelta, llegado el momento, tendrías que convertirte en un hombre…

La pausa sirvió para que Assur se retrepase en la raíz buscando acomodo, sorprendido por el nuevo rumbo de la conversación. Furco miraba embelesado el tocino en el fuego, ajeno a la conversación de los humanos.

—Cuando llega el momento los niños han de convertirse en hombres —continuó Weland—. Deben participar en un saqueo, o en un combate, demostrar su valía y su destreza de algún modo —Weland abrió el brazo libre, como para indicar lo fácil que eran las cosas en su tierra natal—, y a partir de entonces se convierten en adultos; deben asumir sus obligaciones y adquieren sus derechos, pueden llevar el nombre de su padre… —Assur miraba intrigado a su mentor—. Y luego lo celebramos con una gran fiesta, bebiendo *mjöd* y comiendo hasta reventar. —Weland sonrió con picardía antes de continuar—. Y también nos ocupamos de que los muchachos conozcan los misterios que las mujeres guardan entre las piernas… —Assur, azorado, bajó el rostro intentando esconder su vergüenza—. Ellas también tienen sus propios rituales para las muchachas, pero se ocupan de mantenerlo en secreto, es *seidr*… De eso no sé mucho, aunque no importa —añadió Weland moviendo su cabeza de un lado a otro —. Lo que importa es que el momento ha llegado para ti, y debes convertirte en un hombre —concluyó Weland tendiéndole la mano al muchacho con la palma abierta.

Era una daga. Sencilla y sin adornos, pero bien equilibrada. Eficaz y ligera.

—Por eso os parasteis a hablar con el herrero antes de salir del castillo.

Weland asintió, aunque Assur se dio cuenta de que los ojos del nórdico brillaron de un modo extraño.

—Cógela, es para ti. Es un regalo —dijo el nórdico acercando la mano con el puñal hacia el chico.

Assur, todavía abochornado por el comentario sobre las mujeres, tardó en reaccionar, hasta que el brillo del metal de la afilada hoja le llenó el rostro de ilusión.

El muchacho tomó la daga con respeto reverencial y se atrevió a pensar en que ya empezaba a parecer un hombre de armas, como Gutier y el propio Weland.

Mientras Assur miraba embelesado la afilada cuchilla, Weland volvió a hablar.

—El Boca Podrida me ha pedido que vaya a parlamentar con los normandos, el malnacido quiere ser el primer noble en ofrecer a la monja una solución, y se le ha ocurrido que yo podría negociar un tributo con los míos. Así que voy al campamento que Gutier vio en el Ulla, para entrevistarme con Gunrød y procurar un pago por su marcha… Y me vas a acompañar… Es hora de que empieces a comportarte como un hombre y asumas las obligaciones de un adulto.

Al pobre Assur casi se le cayó la daga en el pie con la impresión. La sorpresa le impidió ver la familiaridad con la que Weland había hablado del jefe nórdico.

En pleno invierno, con la nieve y el hielo tomando el valle, lo que vio a su alrededor condujo a Weland hasta recuerdos que creía olvidados. Había en todo lo que lo rodeaba un aire de familiaridad que, contradictoriamente, se le antojó como la advertencia de un peligro inminente. Después de tanto tiempo había llegado el momento; los hombres del norte, los suyos, estaban allí, en aquel campamento tan similar a los que habían quedado atrás en el pasado, junto a terribles batallas. Y el peso de la palabra empeñada se hizo agobiadoramente patente. Tuvo la inexorable sensación de que alguno de los *draugrs* de los que hablaba su madre tanto tiempo atrás se aparecería para romperle todos y cada uno de sus huesos; cuando traspasó el umbral de lo que parecía una *skali* como las de su tierra natal, casi esperaba ver el *haugbui* de su padre aguardándolo en el interior listo para atormentarlo.

—Weland, ¡Weland el Errante! Me alegro de verte. Han pasado años…

El sonido de su propia lengua se hizo extraño a los oídos de Weland, y no le gustó que le recordaran su apodo; tenía demasiadas implicaciones peyorativas, cabos sueltos de una urdimbre de oscuras reminiscencias que solo había comenzado a deshilacharse gracias a las inesperadas amistades que había trabado en aquellas tierras de Jacobsland, donde había encontrado, sin pretenderlo, una nueva vida.

Aun con las prisas y lo tosco del trabajo, la estancia estaba dispuesta con bastante tino, como una versión pobre pero digna del original nórdico: dominándolo todo con su resplandor y calor, un gran fuego central ayudaba a despegarse el frío del exterior, estaba rodeado de largos bancos corridos con mantas y pieles que los cubrían malamente, había algunos hombres sentados que bebían y charlaban, y en el par más alejado el *godi* atendía a unos heridos. Los escasos ventanucos estaban cubiertos con vejigas tensadas y la luz del día se agazapaba en las soleras y el umbral, las llamas y

el humo apelotonado en la techumbre marcaban los claroscuros. Los troncos de las paredes todavía se perlaban de la savia que rezumaba el duramen, había gotas de ámbar que devolvían el fulgor del fuego, y entre ellas, armas, principalmente hachas y espadas, algunas melladas, todavía con restos cuajados de sangre seca, también algunos escudos. Había arcones herrados con grandes cerraduras y cubiertos de inscripciones rúnicas.

Y en el lugar de privilegio, un enorme sillón de pilastras labradas donde el *jarl* se acomodaba para beber *jolaol* de un cuerno tallado e intrincado con filigranas de oro.

Para Weland fue como regresar a casa con el alma emponzoñada por algún secreto que no permite que lo ignoren. Al principio, a su llegada a aquellas tierras del sur, había sido fácil, la ambición le había dado fuerzas. Pero con el devenir de los días, a medida que descubría las bondades de su nueva vida, su determinación había flaqueado y ahora, rodeado por aquellos símbolos de su pasado, se dio cuenta de que había esperado que semejante momento no hubiese llegado jamás.

Por primera vez, Weland fue realmente consciente del doloroso roer de los parásitos que la perfidia había ido dejando en su alma. Por primera vez, fue consciente de que se había convertido en un traidor.

Gunrød, sentado en su sillón fabrido con dragones y olas serpentinas, miraba con sus penetrantes ojos al hombre que acababa de entrar en el gran salón. Weland se percató de que el asiento aún lucía nuevo, poco afectado por el hollín y el uso, probablemente porque el *jarl* había lanzado los *ondvegissulur* de su viejo sillón al mar antes de salir para colonizar Jacobsland. Casi con toda seguridad, en el que se sentaba ahora Gunrød era el trabajo reciente de uno de los carpinteros de la expedición.

—Ven, hablemos, toma un cuerno y bebe. Bebe. Hay que celebrar la ocasión —insistió el *jarl*.

Weland se fue acercando, receloso de la docena de guardaespaldas de fiero aspecto que rodeaban a su señor. No se fiaba de ellos, ni de ellos ni de ninguno de los que analizaba su avance. No le hubiera confiado su hermana a ninguno de los presentes.

Gunrød captó la incertidumbre del Errante; y frunciendo el ceño, no sin desconfianza, analizó de hito en hito a su infiltrado en el reino cristiano. El tiempo se había ido estirando como el hilo caliente que saca el artesano de un metal dúctil y el *jarl* no quería dar por sentada una lealtad sobre la que solo tenía las palabras de un desesperado años atrás.

—Bebe y cuéntame. Hemos esperado tanto por esta oportunidad… Ahora que la casa no tiene perro que la guarde, podemos hacer lo que queramos. Incluso puede que, tras arrasar el norte, sigamos hacia el sur. Deberíamos ocuparnos de desteñir a esos hombres azules del sur, quizá consigamos que acaben siendo blancos —aunque

el tono de Gunrød parecía amistoso y afable, Weland supo de inmediato que le estaban lanzando un ultimátum. El *jarl* quería escuchar de sus labios una confirmación y su falta de respuestas podía ser malinterpretada—. ¡Quizá deberíamos probar suerte con sus harenes!

El Errante dudaba. Gunrød lo observaba.

—¡Primero les sacamos las tripas y después el color! ¡Y luego las mujeres! —gritó alguien que Weland no supo identificar.

—¡Sí! ¡Hasta Córdoba! —vitoreó otra voz—. ¡Sigamos hasta Córdoba!

—¡No! ¡A Roma! ¡Vayamos a Roma!

Gunrød, sin abandonar la suspicaz mirada con la que examinaba al Errante, sonrió complacido por los ánimos exaltados de sus hombres. Sabía que sus lobos no se detendrían si no era él mismo quien lo ordenaba. Y consideró seriamente la posibilidad de llegar hasta Roma, le habían hablado de gigantescas iglesias llenas de tesoros, de un señor de los cristianos que acumulaba las más increíbles riquezas. Y, de camino, toda Hispania, el norte de África, las islas del mar interior: todo podía caer rendido a sus pies.

Los nervios de Assur se habían ido cebando para crecer tanto como se lo había permitido el camino hasta allí. Alocadas ideas sobre la salvación de sus hermanos se habían cruzado por su mente continuamente. Se llegó a ver como un héroe legendario que destruía el campamento normando como si no fuera más que una mala ilusión, y cuando su imaginación se desbocaba tenía que recurrir al recuerdo del rostro severo de Gutier, que tantas veces lo reconvenía por soñar despierto.

Y ahora que ya estaba allí donde tanto había deseado, no sabía cómo afrontar lo que veía.

Le habían vedado la entrada a la gran cabaña alargada a la que Weland se había referido como *skali*. Era un niño y a pesar de haber conseguido no mearse en los pantalones cuando los vigías les dieron el alto, no tenía derecho a discutir con los hombres sobre los asuntos que solo son propios de los adultos.

Estaba fuera, resguardado de la brisa gélida que subía desde el río bajo el alero de la techumbre, sobrellevando el frío con las manos en los sobacos y aceptando, entre divertido y decepcionado, que no parecía suponerle una amenaza a ninguno de los que por allí pasaban. A su lado, dos grandes maderos labrados con cabezas de reptiles titánicos estaban plantados señalando los dominios del *jarl*, para el muchacho era evidente que se trataba de un par de mascarones de proa de los navíos normandos. Entre ellos, cambiando de lugar de vez en cuando, la pareja de guardas que se mantenía junto al portalón de entrada sobrellevaba el frío con más comodidad que Assur. Ambos hombres se habían limitado a rugirle órdenes secas en cuanto había intentado separarse para explorar. En sus gritos Assur había creído reconocer expresiones que ya le resultaban familiares de tanto que el mismo Weland las repetía

cuando el muchacho hacía mal algún ejercicio o se equivocaba con algún movimiento. Para todos los demás que pasaban por allí, el chico parecía invisible y Assur echó de menos la confianza que le suponía tener a Furco a su lado; Weland se había empeñado en que lo dejasen en el bosque, temía que el lobo resultase demasiado llamativo y eso los perjudicase. Según Weland, y para disgusto de Assur, no debía parecer más que un simple recadero, y Furco, el arco y gran parte de los pertrechos de Assur se quedaron atrás; sí le dejó llevar la recién estrenada daga, escondida en la trasera del cinturón y cubierta por la capa, aunque con la explícita advertencia de no desenfundarla a no ser que no quedase otro remedio.

Esperando a que Weland terminase con su parlamento, Assur intentó absorber todos los detalles que le fueron posibles.

Lo primero en que se fijó fue en el redil que meses atrás había visto servir como prisión de los esclavos. Estaba vacío. Algún madero suelto quedaba, mal colocado, pero no se veía mucho, la nieve sucia diluía la silueta del que había sido un improvisado corral y Assur, haciendo acopio de templanza, tuvo que asumir que los nórdicos habrían entendido que, con el invierno cerca, a la mercancía no le convenía enfriarse y morir.

Le había rogado a Weland que si tenía ocasión le preguntase al señor de los nórdicos por los esclavos. Assur incluso se había atrevido a pensar que, tal y como había predicho Gutier, se podría negociar un rescate. O simplemente comprar a sus hermanos. El muchacho esperaba que, si llegaba el momento, el infanzón, Weland y Jesse le permitieran contraer con ellos la deuda que estaba dispuesto a aceptar con tal de recuperar a Ilduara y a Sebastián.

Weland salía ya del gran salón. Al abrirse el portalón, una ráfaga de aire frío agitó las llamas y el *godi* que atendía al final de la sala a los enfermos refunfuñó tan alto como se atrevió.

Gunrød, pensativo, se rascaba las cicatrices de la mejilla izquierda viendo cómo su infiltrado abandonaba el lugar. Hacía ya mucho tiempo que no recordaba el dolor que había tenido que superar; para las torturas que le habían dejado el rostro como un cuero rancio, el *jarl* hacía ya mucho que había reservado la gruta más oscura de su mente.

No le gustaba lo que acababa de suceder. Desconfiaba.

—¿Es él quien te ha pasado información a través de los comerciantes de estaño?

Einar el Afortunado era el que preguntaba. Era uno de los hombres de confianza de Gunrød y uno de los pocos que podía atreverse a dirigirle la palabra sin ser interpelado primero. Tosco y rudo, con el aspecto de un barril, casi tan ancho como alto y con un cuello como el de un oso en el que los hombros, más que empatar, chocaban irremediablemente; miraba al mundo desde unos prietos ojos oscuros que apenas se distinguían del tono de su barba y cabellos.

—Sí, es él —concedió el *jarl* sin girarse hacia su interlocutor.

—Y ¿a qué venía ese estúpido interés por los esclavos?

Gunrød pensaba, él también se sentía amoscado. Intentaba recordar lo que sabía de Weland y encuadrarlo en lo que había visto. Algo no encajaba.

Weland era de una de las islas del noroeste, de las Lofoten, el hijo segundón de un *jarl* de poca importancia y una concubina cualquiera, con derecho al nombre pero sin tierras o herencia. Un caso común de mercenario ansioso de convertirse en un recuerdo lleno de gloria, queriendo pasar a la leyenda y ser invitado de honor en los banquetes del Asgard. Queriendo que su linaje perdurase. Tanta había sido el ansia que, con los elogios adecuados y sabiendo que no tenía granja a la que volver, había resultado fácil para Gunrød convencerlo de establecerse en Jacobsland, y servirle de informador. Pero ahora había algo que no cuadraba.

Había recibido información valiosa sobre los movimientos políticos de los obispos, nobles y representantes de la casa real. Sabía que, por el momento, tenía el camino expedito, la tierra de los cristianos estaba a su disposición. Sin embargo, la insistencia de Weland en saber sobre el destino de los cautivos era, cuando poco, extravagante.

—Prepárate, vas a seguirlo —anunció Gunrød volviéndose hacia Einar—. No me fío. Averigua adónde se dirige y descubre cuanto puedas del lugar y de ese tal conde Gonzalo Sánchez.

El abigarrado nórdico miró a su *jarl* y asintió sin más.

Furco los recibió con franca alegría, ansioso por moverse, y sin atreverse a abandonar el lugar en el que le habían ordenado esperar. Recogía Assur sus cosas cuando se animó a hablar.

—Entonces…, ¿ya no hay esclavos ahí abajo?

El muchacho, mientras acariciaba a Furco, feliz por el reencuentro, seguía intentando digerir las explicaciones de Weland.

—Solo unos pocos, para ayudar con los trabajos del campamento —respondió Weland pacientemente—. Pero a la mayoría los han mandado a los *knerrir* que tienen fondeados en la costa, buscando climas más benignos e intentando repartir el botín… —Weland no pudo evitar la expresión; cuando no son los propios los que han visto su vida transformada en un valor al peso, es difícil darse cuenta de que se trata, justamente, de eso, de vidas humanas.

Assur no se tomó el desliz en serio y, aunque le disgustó pensar en sus hermanos como simples reses, valorados en modios de trigo, en trientes de oro o sueldos de plata, no le guardó rencor al nórdico por haberlo hecho.

—… Para repartir los cautivos, el oro, las joyas y demás fortuna en distintos puntos. De ese modo evitan que, en caso de un ataque, puedan perderlo todo de un único golpe. —Assur asintió mientras seguía prestando atención a Furco—. Se ha

hecho siempre así. Probablemente Gunrød conservará junto a él las joyas más valiosas y una buena parte del oro. Además…

Y Weland calló de nuevo, había estado a punto de añadir que, casi con toda seguridad, el *jarl* también habría reservado unas cuantas de las cautivas más atractivas para su propio disfrute y para el entretenimiento de sus hombres. Afortunadamente, se percató a tiempo del daño que sus palabras habrían podido causar.

Assur lo miraba inquisitivo, esperando que el nórdico continuase.

—Además, alejando parte de las posibles ganancias del grueso de sus hombres y dejándolas con distintos grupos de confianza, Gunrød se asegura evitar un motín.

Assur volvió a asentir antes de formular una nueva pregunta.

—¿Y dónde creéis que pueden estar mis hermanos?

Weland se abstuvo de comentar la posibilidad de que ya estuviesen separados y, encogiéndose de hombros con un tintineo de sus pertrechos, contestó:

—Podrían estar en la desembocadura del Ulla, en Juncaria. O en alguna ría más al norte, quién sabe.

—Pero, si solo los controlan pequeños grupos, entonces podríamos atacar e intentar rescatarlos, ¿no os parece?

Weland no podía quitarle la razón al muchacho, aunque encontró el modo de darle una respuesta satisfactoria que no lo alejase de sus obligaciones.

—Supongo que sí… Aunque será mejor que discutamos eso con Gutier. Es probable que pueda persuadir al Boca Podrida para enviarnos con algunos infanzones más.

Como esperaba el nórdico, el muchacho aceptó sus palabras.

—Bien, ¿y qué sucede con lo del tributo?

—Aceptaría cien mil sueldos —contestó Weland con falsa certidumbre, sabedor de que Gunrød se limitaría a apropiarse de semejante suma y seguir como hasta el momento; el mercenario sabía que los suyos no se moverían si no era por la fuerza, el *jarl* estaba demasiado obsesionado con las riquezas de Compostela—. Pongámonos en marcha —concluyó Weland.

Furco, percibiendo el ánimo de los humanos, fue el primero en echarse a trotar hacia el este, levantando sus patas para librarse de la capa de nieve en la que se hundían.

Assur se quedó en un principio rezagado. Había visto valorar una yunta de bueyes en veinte sueldos, y había oído hablar de que un caballo moruno, como Zabazoque, el semental de Gutier, podía llegar a cobrarse en más de cien sueldos. Sin embargo, no era capaz de imaginar la cifra que Weland había propuesto con tanta naturalidad.

Tuvieron que acampar al raso, los desmanes de los nórdicos no habían dejado posadas o tabernas en las que refugiarse de las noches de invierno. Y Assur aprendió

a preparar un vivaque con un abeto joven: forzando el tronco a troncharse, pelando las ramas superiores para emplearlas como acolchado en el lecho y usando las laterales entretejidas para servir de techumbre. El chico descubrió encantado cómo, si bajo la márfega de ramas rotas del abeto se disponía una capa de brasas con algo de tierra por encima, se podía pasar la noche relativamente caliente pese al manto de nieve que rodeaba el campamento.

Por la mañana, Weland tostó pan de comuña, que sirvió con queso fundido al amor de la lumbre, de ascuas todavía calientes por el gran fuego que habían prendido para alejar el frío y espantar a las alimañas. Batiendo unos huevos a los que añadió algo de nata y en los que sumergió unas castañas secas, preparó un remedo abizcochado que Assur y Furco disfrutaron como si se tratase de su última comida. Y aunque el chico echaba de menos a Gutier, hubo de reconocer que, en lo tocante a la comida, prefería la gula de Weland al ascetismo del infanzón, que parecía conformarse con cecina y pan duro como si en su nueva vida como hombre de armas conservase la obligación de la pobreza de sus tiempos monásticos. Assur supo percatarse de que el frío y las circunstancias adversas del invierno resultaban mucho más tolerables junto al nórdico.

Cuando por fin se pusieron en marcha, no sin que Weland hubiese ya disfrutado de unos cuantos tragos de cerveza, Assur y Furco afrontaron el camino con un ánimo más que dispuesto.

Antes de tercia, el muchacho ya se había dado cuenta de que, de tanto en tanto, Furco se daba la vuelta extrañado, mirando tras ellos y venteando la brisa contraria como queriendo descubrir algo. Al principio no le dio excesiva importancia, pensando que quizá el lobo percibía algún rastro interesante que los remolinos de aire del bosque llevaban hasta ellos. Sin embargo, cuando ya se acercaba sexta y habían hecho un alto al resguardo de unas grandes lajas de pizarra, se atrevió a hablar.

—Creo que nos siguen —dijo con timidez.

Weland miró hacia el horizonte, entrecortado por árboles y lomas que dejaban tras de sí, antes de contestar.

—Sí, es cierto. Nos siguen; es un hombre solo. Un explorador. Puede que, al fin, tengamos la oportunidad de ver de qué madera estás hecho, chico.

Einar llevaba el sobrenombre del Afortunado porque, según los suyos y desde su más tierna infancia, había estado bajo la protección de los dioses. Tanto era así que, creyendo por propia conveniencia que en verdad era un elegido poseedor de lo que los suyos llamaban *hamindja*, raro era el cometido que no afrontaba con seguridad plena.

Cuando su *jarl* le había ordenado que siguiera al infiltrado que había mantenido en las tierras de los débiles cristianos, Einar no se había atrevido a protestar aun sabiendo lo poco que le apetecía tener que cruzar montes helados en pleno invierno.

Sin embargo, y en honor a su apelativo, la suerte se le puso de cara una vez más. Algún *álfar* bondadoso dispuesto a ayudarlo habría torcido los caminos de aquellos dos para brindarle ahora la oportunidad de la venganza.

Lo intuyó al ver las primeras huellas, y pudo confirmarlo al ver cómo descendían una ladera. Acompañando a aquel al que llamaban Weland el Errante estaba el muchacho que se les había escapado unas lunas atrás. El lobo lo hacía inconfundible, el chico había crecido, parecía ya un hombre en ciernes, pero con aquel enorme animal a su lado no había modo de olvidarlo. Einar sabía que Gunrød tenía aquella escapada de unos simples chicuelos como una espina clavada. Especialmente por la niña, que bien podía haber alcanzado un buen precio como esclava en solo una temporada más. Además, la resolución del chicuelo le había supuesto al *jarl* una desagradable demostración de irrespetuosa osadía por parte de quien hubiera debido rendirse de inmediato, temeroso de su poder. Una inconcebible rebeldía que Gunrød ansiaba cobrarse con sangre. De modo que Einar el Afortunado, mientras seguía las inconfundibles huellas del hombre, el muchacho y el lobo, pensaba en cuánto se contentaría su *jarl* si podía llevarle al díscolo e impertinente mocoso. Estaba seguro de que Gunrød se mostraría encantado, despellejaría lentamente al crío para poder clavar su piel reseca en los postigos de su *skali*.

Einar no sabía qué relación unía al chico del lobo con Weland, y dudaba entre simplemente acercarse y decirle que entregase al muchacho, o si tendría que usar la fuerza. Prefería inclinarse hacia la idea de que la sola mención del nombre del *jarl* haría que Weland cediese. Pero asumió que la mejor estrategia sería observar al trío durante una jornada entera y luego decidirse. De modo que en la primera mañana apuró el ritmo e intentó acortar distancias.

Se habían detenido y ambos observaban al lobo, venteando el aire y mirando hacia el paso que habían cruzado.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Assur mientras, como le había enseñado Gutier, ya se esforzaba pensando cuál sería el mejor modo de enfrentarse a la situación.

Weland no contestó. Se había dado cuenta de que tenían a alguien tras ellos antes que el muchacho, y llevaba ya un par de horas razonando qué motivaciones podría tener su perseguidor. Obviamente, los habían estado siguiendo desde que abandonaran el campamento del Ulla, y Weland tenía la seguridad de que aquel que lo estuviera haciendo obedecía órdenes de Gunrød, algo que le planteaba dudas respecto a las motivaciones del *jarl* para haber mandado a uno de sus secuaces tras ellos.

Weland era consciente de que sus respuestas y presencia durante la entrevista con Gunrød no habían sido tan buenas como habría deseado; no había podido evitar que sus sentimientos aflorasen, dejando ver que las convicciones que años atrás lo habían

llevado a aceptar su misión en las tierras cristianas habían flojeado en los últimos tiempos. Aunque si el *jarl* había percibido esos titubeos, Weland no llegaba a entender qué ganaba Gunrød haciendo que los siguiesen, o qué esperaba conseguir.

—Tendremos que pararle los pies —afirmó finalmente el nórdico convenciéndose a sí mismo de que era la mejor solución.

Assur, inquieto, cambió el peso de pie haciendo crujir la nieve. Si había entendido bien las palabras de Weland, tendrían que enfrentarse con su perseguidor. Estuvo a punto de preguntar cómo y cuándo, pero, recordando las admoniciones de Gutier, decidió callar y limitarse a obedecer.

—De momento debemos seguir caminando, tenemos que aparentar que no nos hemos dado cuenta. Hemos de aprovechar la ventaja que supone el que nosotros sepamos algo que él —dijo Weland moviendo la cabeza para señalar a sus espaldas— no puede adivinar si sabemos o no.

Assur entendió rápidamente el razonamiento; acorde a las enseñanzas sobre la guerra y las maniobras bélicas que había recibido en los últimos meses, la maniobra tenía sentido.

Cuando ya se acercaba la hora nona y el terreno comenzaba a ascender, como un anuncio de las montañas bercianas en las que se resguardaba su destino, Weland volvió a hablar:

—Nos detendremos ahí —dijo el nórdico señalando con la mano abierta un amontonamiento rocoso—. Le haremos creer que nos preparamos para pasar la noche al abrigo de esas peñas.

El muchacho afirmó con un leve movimiento, pensando mucho y sin atreverse a decir nada, obediente y dispuesto a hacer lo que le mandasen, aun a pesar del miedo que empezaba a sentir.

Weland comenzó por comportarse del mismo modo en que lo hubiera hecho en circunstancias más normales y Assur le siguió el juego del mejor modo que pudo, concediéndole a los nervios nacientes en su interior el menor acomodo posible.

—Debemos controlar nosotros la situación —dijo Weland bajando el tono de voz, dedicándose a vaciar los útiles de su zurrón y sin mirar hacia el muchacho—. Tiene que acercarse cuando nosotros queramos, ni antes ni después.

Assur no dijo nada y empezó a librar de los restos de la última cellisca un trozo del terreno en el que prender una hoguera, tal y como le había enseñado Weland: vigilando no hacerlo justo bajo una rama cargada de nieve que pudiese cimbrear y apagar las llamas por culpa de una ráfaga de viento, y dejando el espacio justo para sus lechos entre el hogar de la lumbre y las piedras, buscando que el calor del fuego les sirviese para atemperar la noche.

—Ve a buscar leña, llévate al lobo contigo. Si nos separamos crearemos una oportunidad que él querrá aprovechar —afirmó Weland echando el mentón por

encima del hombro.

El nórdico parecía seguro de lo que decía y Assur no podía dejar de entender la lógica de la treta; así que el muchacho aligeró algo el peso dejando el pellejo de agua y el morral.

—Llévate el arco —le dijo Weland al chico cuando vio que se libraba de su equipo—, si te llamo pidiendo ayuda, úsalo, no se te ocurra enzarzarte en un cuerpo a cuerpo con él, no tendrías ninguna posibilidad —añadió el nórdico mirando fijamente al muchacho.

Assur hizo lo que le dijeron y llamó a Furco al tiempo que empezaba a alejarse.

Por su parte, Weland, mirando hacia las peñas disimuladamente, se aseguró de que la espada salía fácilmente de la vaina y se preparó para recibir el ataque pretendiendo que acomodaba el trozo de tierra que había limpiado el chico.

Ambos habían asumido que el interés de su perseguidor estaría centrado en Weland y no en Assur. Cuando en realidad era al revés.

Einar se escondía al abrigo de dos pinos que crecían juntos, robándole aire a un regoldo que se inclinaba escuálido en busca de luz y que tenía pocas probabilidades de aguantar hasta el siguiente invierno. Estaba seguro de que había logrado pasar desapercibido, en un par de ocasiones el viento se había revirado, pero había reaccionado con rapidez cambiando su posición.

Ahora veía cómo el muchacho se alejaba con su animal, aparentemente con la intención de recoger combustibles para la hoguera. Se habían detenido antes de lo normal, pero el Afortunado lo atribuyó a su suerte y no a que sus perseguidos hubieran descubierto su presencia.

Así, separados, sería más fácil, Einar estaba seguro de que Gunrød estaría encantado si le llevaba al muchacho, aunque no pudiese cumplir con su cometido original de seguir al infiltrado. El recuerdo de la huida de aquel crío le había robado más de un pensamiento a su *jarl* y él lo sabía.

Dejó que transcurriese un buen rato, para darle al muchacho tiempo a alejarse lo máximo posible. Weland parecía ocuparse del asiento de la hoguera.

Cuando lo creyó conveniente se puso en marcha, rodeando a contraviento a sus perseguidos y esperando sorprender al crío sin tener que quitarle la vida. Solo le preocupaba la posible reacción del lobo, aunque se atrevió a imaginar que podría matarlo fácilmente y llevarle a Gunrød el pellejo del animal como un trofeo más. Einar asumía que, si conseguía hacerse con el muchacho sin hacer ruido, podría amordazarlo y ponerse en camino antes de que Weland lo echase en falta.

Haciendo honor una vez más a su apelativo, y considerando lo bisoño de su oponente, Einar estaba seguro de que ya era todo cosa hecha. Ya se veía de vuelta en el campamento disfrutando de los cumplimientos de su *jarl* y bebiendo *jolaol* bien enfriado en el cauce del río.

Avanzaba despacio, pendiente del viento, moviendo los pies con la suavidad y la calma del que conoce bien la nieve como territorio de caza. Buscaba la cobertura de los árboles más grandes y prestaba atención a los sonidos de madera rompiéndose. No tardó mucho en divisar al muchacho a lo lejos, que se hacía con las ramas bajas y secas de las coníferas y con lo poco que parecía estar libre de la humedad de la nieve.

Assur pensaba en las palabras de Weland y se preguntaba cuál habría sido la suerte de sus hermanos. Ya planeaba rogarle a Gutier que le dejase acompañarlo si el conde Gonzalo permitía alguna expedición de castigo a los asentamientos normandos de la costa. Estaba tan sumido en sus pensamientos que tuvo que reconvenirse para permanecer alerta y dedicarse a aparentar que recogía leña. Cuando se puso a ello fue lo suficientemente espabilado como para acomodar las ramas bajas y marchitas que rompía de los pinos y abetos de tal modo que pudiera soltarlas con facilidad, Weland le había dicho que actuase con naturalidad, por lo que no le preocupaban los crujidos de la madera seca, aunque sí procuró prestar más atención a las reacciones de Furco y a lo que le decían sus sentidos. Llevaba el arco cruzado a la espalda y la daga seguía prendida en el cinturón; incómodo por los nervios que sentía y confiando en lo que había aprendido, si llegaba el momento, esperaba saber usar sus armas. Había ganado seguridad en sí mismo como para atreverse a realizar un disparo eficiente sin temor a herir a Weland en caso de que los dos normandos estuviesen luchando con espada, o incluso con los puños, a corta distancia.

Assur podía no ser un hombre de armas curtido y lleno de mañas, todavía le faltaban años para eso; pero algo sí que era, y sin lugar a dudas muy bueno: era pastor. Y lo había sido toda su vida, y cualquier pastor está acostumbrado a prestar atención a cuanto le rodea, el sonido de un arbusto moviéndose puede ser una res que se aleja, o una alimaña que se acerca. Cuando el ganado sale a la nieve porque hay que aprovechar los pocos claros de pasto, se le oye hociquear, o se percibe el crujir de las pezuñas incluso en la cellisca más fina, y es que Assur, además de pastor, era pobre, y perder una sola de las reses significaba una desgracia para toda la familia, significaba hambre y significaba penurias.

Cuando intentó explicarlo más tarde, hablando con Gutier, no atinó a describir exactamente cómo lo supo, en parte porque con el rabillo del ojo vio a Furco reaccionar, en parte porque oyó algo indefinible, y en parte porque, simplemente, lo sintió; cuando se giró lo vio. Allí, apenas a cincuenta pasos, estaba su perseguidor; caminando despacio hacia él y colocándose el índice ante los labios para indicarle al muchacho que callase.

Aquel nórdico no solo cometió el error de suponer que le sería fácil sorprender al chico, sino que también dio por sentado que aquel que tenía frente a sí era el mismo niño asustado que había visto correr ante él unas lunas antes. Apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que el crío le ordenaba al lobo que se estuviera quieto; no había

entendido las palabras, pero el expeditivo gesto de la mano no necesitaba traducción alguna. Y, acto seguido, se percató de que llevaba un arco que no había visto hasta entonces. Lo que vino después no pudo asimilarlo, y fue incapaz de impedirlo por más que echó a correr en cuanto se dio cuenta de lo que iba a suceder, convencido de que tenía tiempo de evitarlo.

Assur preparó el arco y cogió una de las flechas por el cabo del astil, la asentó en la cuerda con calma estudiada. El nórdico, encorvado y zigzagueando, se acercaba. Furco gruñía una vez más. Assur inspiró profundamente, alzando el arco, y pensó en las palabras de Gutier. Veía la cota de malla, veía el casco. Apuntó, compensó la altura, previó el avance del normando. Y cuando el nórdico, sin detener su carrera de requiebros, intentaba alzar su hacha para lanzarla contra Assur, la saeta voló.

El pastor dejó que la cuerda se desprendiese de sus dedos sin gesto alguno que pudiese viciar el disparo. La flecha se curvó, comprimiéndose por la tensión liberada en un suspiro, la cuerda se acomodó y la flexión de las palas del arco se transmitió al astil, que se enderezó de nuevo.

Fue un impacto claro y limpio, en el cuello, y la sangre empezó a brotar con la fuerza de un manantial en el deshielo de la primavera.

Assur volvió a decirle a Furco que se estuviera quieto, el animal, nervioso, intentaba avanzar con pequeños pasos, deseoso de intervenir y defender a su amo.

Pero el normando, devolviéndole ahora la sorpresa al chico, con una mano echada al cuello y el astil de la flecha sobresaliendo entre los dedos apretados, seguía corriendo con una expresión fiera. El muchacho, por alguna razón incomprensible, había pensado que todo acabaría cuando la flecha diera en el blanco. Le costó reaccionar. El nórdico se les echaba encima, Furco lanzaba espumarajos mostrando sus colmillos relucientes de saliva. Y Assur no sabía qué hacer, aquello que sucedía no había entrado en sus planes. El normando debería haber muerto.

Furco desobedeció y salió corriendo hacia el atacante; y fue únicamente el miedo a que su animal recibiese un tajo del nórdico lo que hizo saltar los resortes del muchacho. Cogió otra flecha y la disparó con el gesto limpio y completo que tanto había ensayado, convirtiendo toda una serie de pequeñas acciones y movimientos en una única secuencia armoniosa y fluida.

En esta ocasión falló. La flecha dio primero en la cota de malla con un ángulo extraño y algo desprendido del impacto entre metal y metal pareció rasgar la mejilla del nórdico; al menos el tiro sirvió para que a Furco no le rebanase el cuello el hacha que el normando bajó con toda su intención. El lobo escapó con habilidad y, revolviéndose mientras el normando se recuperaba del impulso del golpe, que lo había desequilibrado, Furco consiguió morder justo por la juntura entre la pantorrilla y la corva.

El nórdico gritó algo que Assur no entendió y se giró para atacar al lobo. Assur

cogió una flecha más y disparó. El casco del nórdico tenía una cogotera de fuerte cuero, pero ya estaba demasiado cerca.

El virote del muchacho se clavó con fuerza suficiente como para obligar al normando a asentir ante su propia muerte.

Assur oyó unos estertores que le revolvieron el estómago y le provocaron una desazón que no comprendió.

Algo que permitía respirar al nórdico se había roto y el aire se llenó de sonidos sibilantes. Furco corría de un lado a otro armando barullo y dispuesto a comerse lo que quedase del normando. Assur tuvo que ordenarle que se acercara y se estuviera quieto. El muchacho se dio cuenta de que respiraba pesadamente y de que había sudado tanto como para sentir el frío penetrar en sus prendas caladas. Su corazón desbocado parecía no querer detenerse y, de un instante a otro, sintió un enorme cansancio echársele encima. Se dejó caer doblando las piernas y Furco se le acercó preocupado.

—Creo que es uno de ellos —le dijo al lobo con la voz entrecortada y falto de aire —. Uno de los que nos persiguió aquel día… Si hubiera sido aquel pelirrojo de la cara marcada… —concluyó negando con la cabeza y apretando los puños.

Y aunque el lobo no entendió las palabras de su amo, sí percibió lo que este necesitaba. Furco acercó su cabezota al brazo del muchacho y le lamió la mano. Se quedaron allí, en silencio, hasta que llegó Weland.

Hubo que rematar a Einar, a quien la fortuna se le había acabado por siempre, y sobre el que, Weland estaba bastante seguro, no planearía valquiria alguna para llevárselo a los grandes banquetes. Se había dejado sorprender por un crío, y aunque no deseaba restarle méritos al muchacho, no podía dejar de pensar que aquel cretino tenía que haber sido muy poco precavido y bastante torpe.

Weland, tras ocuparse de su compatriota, tuvo menos reparos a la hora de saquear el cuerpo de los que había tenido Assur durante el enfrentamiento.

—Quédate con la cota de malla y con el hacha. La *brynja* te estará más o menos bien de largo, este era un enano; pero tendrás que comer más para llenarla —dijo con evidente diversión mientras señalaba alternativamente de un lado a otro—. Y yo te enseñaré a usar el hacha.

Assur no dijo nada, todavía se esforzaba por asimilar lo sucedido; confuso, asustado, e incluso enfadado consigo mismo por sentirse de ese modo. Su cabeza daba demasiadas vueltas como para pensar en lo que Weland le decía.

Ambos necesitaron de sus propios silencios hasta llegar al castillo. Assur echó de menos a Gutier, y a Jesse; privado de respuestas a preguntas que todavía no sabía formular. El nórdico sintió cómo sus convicciones se resquebrajaban.

El invierno empezaba a apagarse con los tibios anuncios de la primavera, escondida en algún remolino de los vientos que llegaban desde el sur, de las llanuras

allende las montañas. Las luchas de los machos de los bucardos, a cabezazos que sonaban como truenos en los montes, ya habían terminado. Por las cuentas del hebreo, Gutier estaba a punto de regresar, y Assur aguardaba impaciente la llegada del infanzón. Jesse lo sabía y, con su eterna comprensión llena de palabras apropiadas, intentaba animar al muchacho y evitar aquellos asuntos que seguían confundiéndolo o apenándolo. El judío se empeñaba cada día en hacerse cargo de los cambios en la situación de Assur, y procuraba tener el tacto suficiente como para guiarlo sin tener que recordarle explícitamente sus mayores preocupaciones.

Hablaban sobre la geometría de Euclides y, aunque hacía tiempo que Jesse había olvidado gran parte de lo que aprendiera leyendo los textos del matemático griego en la biblioteca de la universidad de Bagdad, recordaba lo bastante como para que Assur se sintiese tan perdido que en su rostro se dibujaba una cómica expresión de incomprensión. Como tantos otros días, y a pesar de que se aplicaba cuanto podía para satisfacer a su maestro, el chico esperaba la vuelta de tornas y poder seguir sus adiestramientos con Weland. El nórdico le había dicho que lo iría a buscar en cuanto resolviese ciertos asuntos. Antes de empezar sus lecciones de geometría, Assur lo había visto en el patio del castillo: hablando con el herrero; y el muchacho intuía que las frecuentes charlas entre el nórdico y el artesano se debían a que, en su desempeño como armerol, Braulio estaba ocupado intentando forjar para la soldadesca del castillo aquellas piezas que Weland, como consejero pagado por el conde Gonzalo, recomendaba para enfrentarse a los normandos. Assur albergaba la esperanza de que pronto se produciría la llamada al fonsado.

—Jesse, ¿puedo haceros una pregunta? —dijo el muchacho aprovechando una pausa del hebreo para recomponer sus ideas sobre lo que estaba explicando.

El judío, que sabía percibir el momento en el que la concentración y buena disposición del muchacho había llegado al límite, sonrió y lo animó a hacer su pregunta con un ademán de la mano.

—Sigo sin entender…

—¿Lo de los *tzitzit*? —se anticipó Jesse.

—Sí —afirmó Assur inclinando la cabeza.

Jesse sonrió nuevamente, las pesquisas del chico por las tradiciones judaicas podían deberse únicamente a un modo de evitar lecciones más densas. Sin embargo, el hebreo consideraba que lo importante era el aprendizaje en sí, a su parecer, todo conocimiento era válido antes o después a lo largo de la vida, por lo que no escatimaba sus explicaciones.

—Están para cumplir un mandamiento —aclaró Jesse—, y sirven para recordarnos que el Todopoderoso nos sacó de la esclavitud de Egipto y nos hizo su pueblo elegido —Assur quiso interrumpir y Jesse tuvo que alzar las manos para pedir paciencia—, consagrado a su servicio. Además, al verlos debemos tener presente que

Él nos ha dado sus mandamientos en la Torá, para que los pongamos por obra. Por otro lado, en la *guematría* equivalen a seiscientos, lo que, sumado con ocho hilos y cinco nudos, supone un total de seiscientos trece, que es el número de mandamientos de la Torá…

—Pero si solo son unos flecos que atáis a la camisa —se le escapó a Assur—. No entiendo, tenéis tantos mandatos y preceptos, ¿cómo os acordáis de todo?, ¿por qué no se pueden mezclar la leche y la carne?, ¿a qué viene que no podáis comer conejo o liebre?

Jesse sonrió paciente, escuchando ya como Weland entraba en la apoteca.

—No debes ver tu mundo o tu verdad como lo único cierto, los cristianos tenéis la cuaresma, y los mahometanos no comen cerdo. Debes aprender a ver fuera de ti mismo.

—Es que tampoco entiendo eso, ¿de verdad creéis que si un musulmán se está muriendo de hambre en pleno invierno no va a comer un buen trozo de tocino, o un cristiano en día de vigilia?, pero si aquí apenas hay pescado… No lo entiendo. Y a Weland —continuó el muchacho señalando al nórdico, que ya había pasado a la trasera de la botica y, extrañamente, había permanecido en silencio—, a Weland todo eso le da igual, él come carne cuando le apetece… Y, además —siguió Assur cogiendo carrerilla—, ¿quién tiene razón? Cada uno dice una cosa distinta. Todos creen que sus preceptos son los verdaderos y su dios, el único.

Furco se había acercado hasta Weland y lo olisqueaba contento.

Jesse, comprendiendo las inquietudes de Assur y complacido por la madurez de su alumno al considerar un mundo más allá del pequeño reducto cristiano de la antigua Iberia, decidió cambiar la orientación de su discurso.

—No olvides que no es tu comprensión la que define la realidad, recuerda lo que hemos hablado sobre Platón. —Y, ante la evidente confusión del chico, añadió—: Anda, ve con Weland, por hoy ya hemos tenido bastante teoría.

El nórdico, sintiéndose aludido, pareció reaccionar y salir de su aparente abulia de esa tarde.

—Sí, dejemos a este hebreo loco con sus manías y vayamos a divertirnos un poco, hoy necesito distraerme.

El hebreo había temido que Weland se dejase llevar por su temperamento y soltase alguna blasfemia de mal gusto, sin embargo, el nórdico no añadió nada más y Assur pensó, al escuchar las palabras del mercenario del conde, que la diversión a la que se refería consistiría en algún entrenamiento con el hacha o alguna otra disciplina; pero en cuanto salió con el normando de la botica del hebreo, Weland lo sorprendió.

—Hoy bajaremos al valle, necesito algo de entretenimiento.

El muchacho no quiso preguntar, percibía que ese día el nórdico se mostraba

taciturno, pero a pesar de sus dudas se contentaba con librarse de las lecciones de geometría, de modo que se limitó a seguir a Weland.

Como el frío empezaba a remitir, aun con la noche cerniéndose en la vega, el descenso fue agradable. Weland se mantenía en silencio, absorto en sus pensamientos, y Assur se dedicó a entretenerse lanzándole palos a Furco para que se los trajese.

El lobo tuvo que quedarse fuera y Assur pensó agradecido en el aumento de temperatura de las últimas noches. Antes de entrar, el muchacho le ordenó a Furco que estuviera quieto y se portase bien.

—Aquí no podrá ayudarte —dijo Weland con cierto misterio.

Una vez dentro, Assur lo observó todo con detenimiento, lleno de curiosidad.

En las mesas bastas había hombres del campo, fácilmente reconocibles por las manos encallecidas y la ropa sencilla, también algunos infanzones que Assur ya había visto en el castillo, y un par de caballerizos con los que el muchacho se había cruzado en alguna ocasión. En el centro ardían con fuerza unos leños en el hogar y una caótica mezcolanza de velas y hachones llenaba el lugar de una tambaleante luz anaranjada que parecía flotar bajo el humo que se acumulaba contra las vigas que cruzaban el techo. Había también alguna mujer con los lazos de la camisa demasiado abiertos como para no dejar claras sus intenciones y Assur, pensando en Galaza, no pudo evitar ruborizarse al entrever la sombra alargada que el valle de los generosos pechos de una de ellas dibujaba.

—Aquí no tenéis *mjöd*, pero ya buscaremos algo que puedas beber. Vamos a sentarnos allí —dijo Weland señalando una mesa vacía hacia el fondo de la estancia.

Assur, apocado e intimidado por el ambiente vespertino de la taberna, tardó en seguir al nórdico. Había visto la posada de día, yendo a comprar licor para Weland, pero la tranquilidad de los parroquianos que buscaban algo de comer o el eventual peregrino que se procuraba un pellejo de vino no tenía mucho que ver con el ambiente cargado que percibía ahora. Los infanzones, que mataban el tiempo entre historias de guerra echando los dados alrededor de sus vasos de vino, levantaron la voz discutiendo una jugada. En otra mesa alguien gritó un improperio. En el aire se percibía una mezcla de olores que cuarteaba la presencia del hollín de la lumbre, recuerdos a comidas viejas y al raspón agrio del vino pasado se colaban entre el sudor reseco y el cuero curtido.

En cuanto se acomodaron, una de las hijas del tabernero, con la que Assur se había topado en alguna ocasión, se apresuró a acercarse.

—¿Qué va a ser? —preguntó la muchacha inclinándose lo suficiente para que Assur prefiriese mirar a otro lado.

—Algo que acabe por convertir al muchacho en hombre —dijo el nórdico echándose a reír sin más—. Un jarro de ese aguardiente que guarda tu padre para

matar a los caballos que se rompen una pata…

La moza asintió sin dar importancia a lo despectivo del comentario, como si, pese al asombro de Assur, aquel tipo de frases fuesen algo común.

El chico, que había levantado de nuevo la cabeza y observaba a la mujercita, no pudo evitar ser franco en sus intereses y Weland rio de nuevo olvidando las preocupaciones que lo habían mantenido tan callado hasta el momento.

—No me extraña, no me extraña —dijo entre carcajadas y palmeando al muchacho entre los hombros—. Unas tetas así bien valen el pago de un *heregeld*… ¡Tiene la proa de un *knörr*!

Assur no entendió todas las palabras de Weland, pero se ruborizó igualmente.

Había bebido cerveza y vino, sobre todo rebajados con agua, o en el caso del vino, incluso caliente y especiado, o con miel y huevos, como le había dado en más de una ocasión Jesse para desayunar. Sin embargo, al primer trago de aguardiente el antiguo pastor sintió un calor intenso que se le subió pronto a la cabeza y, de no ser porque le daba vergüenza, le hubiera dicho a Weland que prefería pasarse al vino.

El nórdico no estaba especialmente hablador aquella velada y Assur, empezando a sentir que su boca se volvía un poco pastosa y jugando con su vaso sin llevárselo a los labios, analizaba lo que le rodeaba con fascinación.

Al poco tiempo, Weland se le quedó mirando e inclinó el rostro con un gesto de aquiescencia casi imperceptible antes de levantarse. Como Assur observaba embobado el moverse entre las mesas de la moza que les había servido el aguardiente, no se dio cuenta de que el nórdico no salía para aliviar la vejiga, como había dicho, sino que se acercaba a la mesa de los infanzones.

Assur siguió sumido en el descarrío de sus ensoñaciones, sorbiendo con miedo el aguardiente, más por disimular que por gusto, hasta que le llegó el primer puñetazo.

—Mocoso malnacido, ¿cómo te atreves a mirar de ese modo a mi hermana?

Envuelto en el estrépito propio del taller de un ebanista, entre las patas de su escaño, Assur cayó al suelo sin entender lo que pasaba. Casi inmediatamente sintió como se le hinchaba la mejilla y un dolor relampagueante que trepó por su rostro.

—¡Vamos, muchacho! ¡Defiéndete! —gritó Weland desde la mesa de los infanzones, sonriendo y en aparente camaradería.

Assur había tenido el tiempo justo para pensar en disculparse y salir con la cabeza gacha. Sin embargo, ver al nórdico con los otros hombres de armas le dio una idea de lo que estaba pasando.

—Señor —dijo tímidamente—, no deseo problemas —añadió pensando en las veces en las que Gutier le había dicho que no se hiciese notar.

El airado infanzón miró por un momento a Weland y se cruzaron un par de asentimientos, luego volvió a increpar a Assur con displicencia.

—Pues deberías haberte mirado los mocos que te pegas en los dedos… ¡Levanta!

Assur dudaba, creyendo entender lo que Weland pretendía, pero pensando en lo que Gutier hubiese esperado de él.

—¡Levanta! En cuanto acabe contigo me cobraré yo con tu hermana…

Assur no sabía si ese infanzón había oído o no sobre su historia, o si simplemente lo había dicho por decir, sin embargo, aquel comentario le dolió de un modo profundo que arrastró algo dentro de él.

El muchacho se levantó, era ya casi tan alto como su oponente y, aunque todavía tenía la delgadez de la adolescencia restándole corpulencia, sus hombros eran tan anchos como los del hombre de armas. Se pasó la mano por la mejilla dolorida y asentó los pies recordando las lecciones de Gutier y del propio Weland. Sabía que no podía confiar en la fuerza bruta y, observando el aplomo que parecía tener su oponente, decidió fingir. Volvió la mano al rostro y recompuso su postura, encogiendo los hombros y aparentando que el alcohol lo había vuelto poco equilibrado, había visto las consecuencias de las borracheras de Weland tan a menudo como para saber qué debía pretender.

El nórdico vio enseguida las pretensiones de su pupilo y un brillo de orgullo le llenó los ojos; para él, como para todos los suyos, la astucia era una de las virtudes más importantes de un guerrero y, aunque a sus ojos el truco parecía burdo, el oponente de Assur semejaba dispuesto a caer en la añagaza, probablemente porque, a su vez, también había bebido demasiado.

Assur se movía despacio, analizando a su contrincante y esperando jugárselo todo a un par de movimientos rápidos y por sorpresa. A pesar del aguardiente se esforzó por afilar sus sentidos.

Los parroquianos miraban divertidos y el muchacho oyó cómo se cruzaban un par de apuestas.

Assur vio que su rival avanzaba dispuesto a terminar la pelea con rapidez y, sabiendo que era diestro, se pegó a la mesa dejándole al infanzón el menor espacio posible y acomodándose para el golpe directo que esperaba.

Cuando el exaltado infanzón se acercó, Assur observó lo que Gutier le había enseñado a esperar: el hombro que se retira, la tensión que se acumula en el cuello, el cambio de peso en el juego de pies. El muchacho aguardó, manteniendo su farsa, y en el momento justo, sorprendiendo a su oponente, que ya lo consideraba vencido, Assur rodó por encima de la mesa tirando el aguardiente y los vasos, cayó flexionando las piernas ágilmente y, en medio de la algarabía de la concurrencia, tomó por una pata el taburete en el que había estado sentado Weland y lo descargó en la cabeza del infanzón con un único movimiento fluido.

El hombre cayó inconsciente sin más florituras y Assur se abochornó de nuevo al oír el rugido de aprobación que salió de los presentes. Especialmente de los hombres de campo, probablemente porque habían oído los rumores sobre él y se sentían cercanos al que había sido pastor hasta unos pocos meses antes.

Antes de que el muchacho hubiera asumido todo lo que estaba pasando, Weland ya se había puesto a su lado y lo había sacudido con un abrazo de oso, armando jolgorio.

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho, muchacho! Vamos a celebrarlo… Hay que emborracharse —sentenció el nórdico.

Assur solo pudo reaccionar dubitativamente.

—¿Estará bien? —preguntó el joven refiriéndose al infanzón, que ya era recogido por sus compañeros y arrastrado hasta su antigua mesa.

—Claro que sí, nunca fue muy listo el condenado, tampoco se perderá mucho si le has removido los sesos. Venga, ¡vamos a beber!

Assur se dejó llevar hasta su asiento de nuevo, y la hija del tabernero se acercó sonriendo, traía otro jarro de aguardiente con el que reemplazar el que se había roto en la refriega.

—No es mi hermano —le susurró subrepticiamente mientras apoyaba la bebida en la mesa por encima del hombro del muchacho.

Assur asintió mirando a Weland, que reía estruendosamente y se hurgaba la barba complacido.

—¡Bebe! ¡Bebe, muchacho! —le urgió Weland sirviendo aguardiente en los vasos de madera—. Te lo mereces, hoy los cuervos de Odín tendrán algo que contarle a su señor. Ya podría decirse que eres un hombre… O casi…

Al terminar sus palabras Weland se rio sardónico elevando el tono de sus carcajadas, mirando al muchacho con un fulgor indefinible en sus ojos claros.

—Todos lo saben, el deber de un hombre es ser recordado por sus hazañas —continuó el normando—. Debes tenerlo presente; estar siempre preparado para la lucha, listo para triunfar o morir sin agachar la cabeza. Siempre que entres en un lugar nuevo, observa a tu alrededor, elige a los rivales apropiados y mantente alerta. Cuando un hombre muere, solo queda el respeto que mereció y las glorias que logró.

Si vas a morir como una vaca, tumbado en la paja caliente del establo y renqueando de viejo, entonces es que no eres un hombre. ¡Recuérdalo!

Assur percibió que las palabras del nórdico estaban cargadas con una profundidad extraña, le pareció que Weland hablaba también para sí mismo.

El nórdico vació una nueva copa y siguió hablando:

—Hoy ha estado bien, y el otro día con el escudero. Sí… —La sonrisa del nórdico se ensanchó y Assur temió que se atreviera a organizar una nueva pelea—. Además, me has hecho ganar unas monedas al apostar por ti. —Weland miró con intención al muchacho y Assur entendió que en él se había depositado un voto de confianza que lo hizo sentirse orgulloso—, así que tendremos que buscar en qué gastarlas… Lo mejor será que terminemos con tu adiestramiento… —concluyó Weland enigmático mientras se alzaba haciendo rechinar el taburete.

Assur se atrevió a beber un poco más y, aunque hubiera preferido un buen trago de agua fresca, sintió que el fuerte alcohol empezaba a acomodarse mejor en su estómago. Miraba el contenido del vaso de madera preguntándose cómo era que aquel líquido ejercía tanta atracción para algunos hombres y, volviendo a sentir el calor del aguardiente esparcirse por su sangre, descubrió que Weland regresaba desde el otro lado de la posada acompañado.

El nórdico parecía un zorro con dos gallinetas recién sacadas del corral. Con su estatura y corpulencia ninguna de las dos le llegaba a los hombros, eran las mismas mujeres descocadas que habían atraído la mirada de Assur al entrar en la taberna. La de la izquierda parecía ser la más joven, aunque el muchacho descubriría más tarde que era mayor de lo que había imaginado; era escurrida, de talle recto y un busto pequeño que apenas redondeaba la camisa, tenía un rostro afable con un bonito mentón afilado y unos vivarachos ojos verdes que resplandecían entre los mechones rubios que le caían revoltosos por la frente. La otra era voluptuosa, insinuante, y Assur, confundido, intuyó en ella, por primera vez, la malevolencia femenina sobre la que Gutier, convencido creyente desde sus tiempos de novicio, le había advertido al hablarle severamente sobre el pecado de Eva; llevaba prendida en los labios una sonrisa escéptica que predispuso al muchacho a alzar su guardia. Era bacante y sensual, transpiraba deseo, y su escote formaba el laberinto en el que Assur había encontrado su rubor al pasar el umbral de aquel tugurio al que Weland lo había arrastrado. Tenía espesos bucles morenos que le recordaron a Assur un calabrote deshilachado; los pómulos altos hacían brillar la suave piel del rostro de color aceitunado con curvas largas y finas que recogían la luz de las velas y hachones, reflejados en la profundidad castaña de unos enormes ojos oscuros. Un lunar del tamaño justo bailaba encima de la comisura de los labios, húmedos y brillantes, pecaminosos.

—Permíteme presentarte a estas dos lindas damas —anunció Weland con una

picardía evidente que caló en el muchacho de un modo desagradable por la elección de palabras—. Aquí tienes a Teresa y a Sancha —añadió señalando a la jovencita rubia y a la mujer morena respectivamente—, les he dicho que pueden compartir nuestras bebidas…

Assur se sintió intimidado, especialmente por la fría mirada que le dedicaron los ojos morenos de Sancha, era evidente que la mujer había calibrado al muchacho y, habiendo decidido que no merecía la pena, estaba dispuesta a centrar toda su atención en el nórdico. El desequilibrio también lo percibió Teresa, que, con una sonrisa casi medrosa, se sentó en un taburete al lado de Assur mientras su compañera se abalanzaba con jolgorio a las rodillas del nórdico, tirándole traviesamente de la barba y prendiendo el colgante de oro que el nórdico llevaba al cuello.

—Es el martillo de Thor… —dijo Weland mirando con desparpajo el escote de Sancha y atreviéndose a meter una de sus manazas bajo la falda de la meretriz.

Teresa estudió a Assur por unos instantes y, desentendiéndose de la conversación de la otra pareja, le habló al muchacho con voz enmelada y tersa.

—¿Cómo os llamáis, caballero campeón?

El chico se sorprendió por el respetuoso tratamiento y el halago.

—Assur, me llamo Assur Ribadulla… y no soy caballero, ni infanzón, ni nada parecido —se apresuró a aclarar—. Y tampoco soy campeón. Es solo que Weland quería ponerme a prueba y su sentido del humor es… es… —Sin saber cómo continuar, Assur pensó en añadir que había tenido suerte en el enfrentamiento, o que debía marcharse ya, pero se dio cuenta de que eso no era lo que hubiera hecho Gutier y calló de pronto, sorprendiendo a Teresa.

Weland y Sancha se confabulaban estruendosamente y el nórdico ya había pasado con descaro de las piernas al busto. Teresa, que no solía tener que preocuparse por la reacción de los hombres que la rodeaban, dudó respecto a cómo tratar al guapo muchacho que parecía buscar respuestas mirando fijamente la lumbre del hogar. El chico semejaba no saber qué hacer, o no estar interesado en lo que podía hacer, sin embargo, el gigantón había pagado bien y por adelantado, y el atractivo perfil del muchacho la hacía sentirse afortunada por tener un cliente agraciado. Le habían gustado sus ojos, de un bello azul profundo que parecía envejecido por atrayentes secretos, y a ella le encantaban las historias que guardaban secretos. El chico había empezado a toquetear una cinta que llevaba atada a la muñeca y los músculos de sus antebrazos se delineaban en la piel clara de un modo llamativo. Teresa sabía que el muchacho no podría darle una buena propina y aceptaba la jerarquía que le suponía a Sancha quedarse con el nórdico que servía al conde; sin embargo, a pesar de que no pudiese contar con alguna moneda adicional, se sintió afortunada.

—Sancha y yo tenemos un cuarto aquí en la posada, quizá os gustaría acompañarme…

Assur tardó en reaccionar. Cuando por fin se giró hacia ella, Teresa disfrutó del llamativo contraste entre el rubio ceniciento del pelo del chico y aquellos ensoñadores ojos azules.

—¡Yo me debo a una dama! —replicó Assur pensando en Galaza.

Teresa encontró el gesto tan encantador que no pudo evitar sonreír con adulación.

—Podéis acompañarme sin que por ello faltéis a su recuerdo —dijo Teresa parpadeando coqueta y acercando su mano al brazo de Assur.

Hasta sentir el cálido tacto de ella Assur había estado a punto de contestar con vehemencia, pero en cuanto notó como los largos y delicados dedos se apoyaban en su brazo, no pudo hacer otra cosa que beberse de un trago el aguardiente que le quedaba en el vaso.

Teresa no esperaba reticencia por la descripción que había hecho el nórdico del muchacho, pero conocía bien su trabajo, y estaba dispuesta a ganarse merecidamente los dineros del normando.

—Habladme entonces de esa mujer tan afortunada… —dijo ella enigmática, acercando el taburete al de Assur lo suficiente como para permitir que sus piernas rozasen convenientemente las del muchacho.

Antes de que Assur pudiera contestar, Teresa se encargó de rellenar su vaso de aguardiente y animarlo a beber con un gesto de sus manos delicadas.

Sin que el muchacho pudiera explicarlo si se lo hubieran pedido, turbado por la neblina del alcohol y la excitación, Assur terminó acompañando a Teresa hasta el tabuco, dejando a Weland con Sancha para terminar con las reservas de aguardiente del tabernero.

Ella lo tumbó en uno de los sencillos lechos con palabras lisonjeras y caricias que se entretenían justo en los lugares donde el muchacho se sentía mortificado. Se apartó dando unos pasos insinuantes y trasteó con los cordajes y prendedores, hasta que quedó desnuda frente a él para que Assur contemplara con admiración los pechos erguidos y sus pezones del color de las bayas maduras. El joven la observó ansioso, deteniéndose en cada rincón desconocido y deslumbrándose por el montículo de espeso vello rizado.

Teresa avanzó con pasos largos, haciendo bailar sus senos con hipnótica precisión, y se tumbó al lado del muchacho, acodándose con un brazo y pasando la mano libre por el pelo de él, que gemía complacido. Le besó el cuello con aleteos suaves de labios expertos y él gruñó de satisfacción mientras la mano de ella le recorría el pecho y el vientre, trazando arabescos que Assur podía sentir a través de la tela de sus prendas.

Ella inspiró el olor profundo del muchacho y buscó su boca para conseguir que se la entregara a su antojo.

—Deberíais afeitaros —dijo ella notando el bozo que cubría el rostro del

muchacho—, al menos hasta que la barba se os vuelva prieta y plena. Os aniña la expresión, mi señor…

Ella terminó su consejo besándolo de nuevo y Assur solo escuchó las palabras a medias.

Teresa movió su mano, descendiendo por el vientre duro de Assur, dibujado por las líneas de sus músculos. Entre la ropa revuelta sus dedos arañaban la piel del muchacho, desplazándose como las patitas de un animalillo hasta que encontraron la cintura de los calzones y la mano se resguardó en la improvisada madriguera. Ella encontró su hombría, palpitante y caliente, firme y preparada para lo que tendría que venir, y se sorprendió por descubrirla mayor de lo que esperaba para un joven como él.

Assur se quiso revolver y Teresa lo calmó con nuevos besos mientras empujaba las prendas de él y se alzaba para montarlo a horcajadas. Veterana, se mojó con su saliva antes de dejarse penetrar. Y cuando lo tuvo en su interior apretó hasta que Assur gimió profundamente encorvándose con un espasmo que le recorrió la espalda. Se movió suavemente y buscó las manos del muchacho para que le recogiesen los pechos. Assur se dejó llevar por el instinto y los oprimió con la suavidad justa, observando los misterios que había anhelado desvelar.

Jugueteó con los pezones entre sus dedos fuertes y la oyó gemir también a ella al tiempo que sentía una humedad nueva que le cubría. Y cuando notó que el pecho iba a reventarle, justo en el momento en que agarró las finas caderas de ella, para ayudarse a llegar tan hondo como quería, Teresa se detuvo y, lentamente, con una parsimonia que sabía a tortura, descabalgó.

—Ven, trae… —le susurró ella al oído lamiéndole una mano y mojando los dedos de Assur lascivamente.

Teresa recordaba la petición del nórdico y le descubrió al muchacho su intimidad, enseñándole, permitiéndole encontrar el ritmo adecuado de las caricias y que su tacto ahondase en lo que hacía de las mujeres hembras.

Cuando sintió que el clímax se acercaba, tiró de la camisa de él hacia arriba y lo obligó a tumbarse encima de ella. Maestra paciente, le dejó a Assur buscar la postura hasta que volvió a sentirle tan dentro como para que un ronroneo le revolviese el gaznate.

Assur se movió, primero torpemente, y luego ajustándose a las indicaciones que las uñas de ella, clavadas en los músculos abultados de su espalda, le hacían variando la presión en su piel.

Ella terminó antes y él se liberó con un gruñido hondo. Sus ojos se abrieron con fuerza y Teresa, viéndolos azules y bellos, tuvo sueños de novata y pensó en futuros imposibles, sintiéndose agradecida una vez más por haber concluido con el muchacho y no con el rudo nórdico de largas manos al que, en más de una ocasión, se le

escapaba alguna bofetada.

Assur se durmió tendido en el pecho de ella, y despertó sobresaltado y con una sensación palpitante en la cabeza.

—¡Furco! —exclamó conteniéndose al final por temor a despertarla.

No estaba seguro de cuánto tiempo había pasado. Se notaba aturdido.

En el lecho gemelo Sancha dormía sola, respirando profundamente, aunque Assur recordó haberse despertado un rato antes, brevemente, y entreabrir los ojos para ver a Weland encima de ella. Había vuelto a dormirse entre la bruma del alcohol y la pasión desgastada sin darle mayor importancia.

Se despidió de Teresa con un beso tierno en la mejilla y, cuando la mujer se revolvía para acaparar el espacio vacío y caliente que había dejado el muchacho, Assur ya salía por la puerta a medio vestir.

En la planta baja se hizo con algunas sobras de carne del estofado frío y pegoteado que quedaba en unos platos que alguien había olvidado recoger, y salió fuera intentando no hacer ruido, pues algunos de los parroquianos habían preferido dormir su ebriedad en la taberna en lugar de atreverse con el frío de la noche. Tirado en un escaño cercano al moribundo fuego del hogar dormía el infanzón que había sido su oponente, y al muchacho se le escapó una sonrisa orgullosa.

Al lado de la entrada, donde le habían ordenado que aguardase, estaba el lobo, enredado como un ovillo y apoyando la cabeza en sus manos. Alzó las orejas en cuanto Assur cerró la puerta de la posada tras de sí.

—Buen chico, buen chico —le dijo Assur al animal mientras le palmeaba el cuello con una mano y le ofrecía las sobras con la otra.

El muchacho notaba como el aire frío de la noche empezaba a despejarle la cabeza y respiró profundamente mientras acariciaba a su animal.

—No te imaginarías lo que ha pasado —empezó a decirle Assur al lobo, confidente impertérrito que lamía ansioso la grasa de los dedos del muchacho—. He ganado una pelea y… Bueno, ya te contaré, anda, vamos al castillo.

Y Furco se levantó entendiendo las intenciones de su amo.

Cuando tomaban la serpenteante trocha de ascenso al castillo, Assur vio delante de sí dos siluetas que se recortaban contra la claridad que la luna y las estrellas colaban entre las nubes. Una de ellas era Weland, resultaba inconfundible, la otra le pareció el herrero Braulio; y Assur supuso que el nórdico había decidido, como él mismo, regresar al castillo, y que quizá se había encontrado con el artesano roncando la pea en una de las mesas de la taberna.

Una lechuza ululó en alguno de los añejados castaños de la vereda y Assur, recordando las palabras de su madre, sintió el presagio y tuvo un mal presentimiento.

El deshielo se anunciaba tímidamente y en el Valcarce, que bajaba lleno y revuelto, las truchas remontaban los rápidos, preparándose para la freza. La mañana

era limpia y clara, las últimas lluvias habían dejado en el aire un agradable olor a tierra fértil.

En cuanto había salido de la torre del homenaje, Gutier había buscado a su amigo Jesse. Sabía que Weland estaba en Castrelo de Miño, llevando recado del conde a unos nobles locales, se lo había dicho uno de los mayordomos. Y, lamentando la ausencia del nórdico, el infanzón deseaba ver a su otro amigo; tenía ganas de compartir unas horas con el hebreo, además, quería preguntarle por el muchacho, desde su llegada esa mañana aún no lo había visto y estaba seguro de que el médico sabría dónde se había metido el zagal.

Estaban en la estancia delantera de la apoteca y Gutier, sentado con su pierna resentida bien estirada y disfrutando de un vaso fresco de vino dulce rebajado, le comentaba al hebreo sus impresiones sobre los últimos movimientos políticos del noble Gonzalo Sánchez.

—Le he dado muchas vueltas —dijo el infanzón—, muchas… Y estoy prácticamente convencido de que el ataque a Chantada le ha metido al conde el miedo en el cuerpo. Si los nórdicos se siguen aproximando al Bierzo, además de la boca le van a apestar los calzones —añadió Gutier con una sonrisa incipiente—. Quiere resolver esto, pagando o luchando, pero resolverlo antes de que sus tierras corran peligro y, a ser posible, haciéndose imprescindible para uno de los actores, o el conde castellano o la alianza de la Iglesia y la corona. Además, si hay que pagar, preferirá que pague cualquier otro… —Gutier hizo equilibrios con las manos como si ejecutase malabares—. He tenido que llevarle un mensaje al obispo de Oviedo —continuó el infanzón—, creo que para que intermedie con Rosendo y… y si no se recibe una respuesta afable de Compostela gracias a esa maniobra, creo que el conde cerrará filas con el de Lara y llegaremos al principio del fin…

Jesse revolvía sus cajas, jarros y botes buscando algún ingrediente del que el infanzón no recordaba el nombre y que serviría para intentar reducir la pertinaz acidez del cómite, de la que, últimamente, se quejaba con mucha más profusión de lo habitual en él. El hebreo, como hombre metódico que era, dividió eficientemente su atención entre la charla y su rastreo del fármaco, preguntándose si no habría sido Assur el que despistara el bote.

—A juzgar por cómo se le han revenido los intestinos en estos días, creo que tienes razón… Está más inquieto que un ratón con un gato en la entrada de la ratonera… —El hebreo perdió por un momento el hilo de sus palabras antes de dejar escapar sus ideas en voz alta—. Ese muchacho, ya ha vuelto a desordenar mis tarros, ¿dónde habrá dejado la raíz de regaliz?

Gutier sonrió recordándose que, pese a lo que le había contado Jesse sobre los avances del muchacho, el pastor seguía siendo un crío.

—Pondría la mano en el fuego —dijo el infanzón retomando el tema que le

interesaba—, el conde Gonzalo quiere deshacerse de los nórdicos por interés propio, sin embargo, creo que intentará hacer que Rosendo se lo pida y, así, tenerlo como deudor. Poco puede haber mejor para un noble ambicioso que tener un cobro pendiente con el señor y dueño de Compostela. Y por eso me envió a Oviedo —dijo el infanzón simulando una estocada con el índice de la diestra—, para que el obispo Fruminio le transmita la proposición al de Compostela; era su única opción… Si hubiera intentado tratar directamente con el obispo Rosendo, no hubiera conseguido nada, hay demasiado rencor entre ellos… Además, tanto si hay guerra como si la corona se decide a pagar el tributo, el conde intentará presentarse como el salvador de la situación…

Jesse, que seguía de espaldas al infanzón trasteando en los anaqueles de la botica, asintió imperceptiblemente. Era consciente del papel que el propio Gutier había tenido en las desgracias de Rosendo y estaba de acuerdo con su amigo, un cara a cara sin más entre los dos hombres jamás hubiera funcionado.

—¿Crees entonces que esta primavera se llamará al fonsado?

Gutier, comedido como siempre, meditó su respuesta.

—Sí, creo que habrá guerra pronto, y también creo que no será como las razias contra los sarracenos. Podría haber un gran enfrentamiento. Necesitaremos organización, y mucha caballería. Mucha —concluyó el infanzón pensativo.

El hebreo se giró por un momento y miró al infanzón de reojo.

—Voy a buscar en el cuartucho de atrás, a veces Assur coge el regaliz para mojarlo en miel y comer un poco; le he dicho cientos de veces que es muy caro, pero parece que no puede remediarlo. —Y antes de cruzar el cortinón que separaba las piezas de la apoteca volvió a hablar—: ¿Tanto os preocupa?, ¿será duro?

—Sí, lo será. Le he dicho al conde que deberíamos pensar en minar a los normandos con pequeños escarceos, intentar hundir algunas de sus naves, buscar el sabotaje —se explicó Gutier alzando el tono de voz para que el hebreo pudiera oírlo desde la otra estancia—. Le he dicho que debemos retrasar el gran enfrentamiento directo cuanto podamos, procurando sacar ventaja del terreno conocido. Deberíamos destacar grupos de unos pocos hombres, ágiles y que puedan moverse de un lado a otro rápidamente, desgastando a los normandos cuanto podamos antes de tener que asumir una lucha abierta.

»Son gente entrenada y curtida, y nosotros… y nosotros —al infanzón se le arrugó el rostro en una mueca desdeñosa—, en la mayoría de los casos somos siervos o villanos, reconvertidos en caballeros por el azar y la presión de los sarracenos en esta eterna reconquista en la que siempre faltan hombres dispuestos a enfrentarse a los moros. No podemos arriesgarnos, deberíamos ser como el mosquito con el león…

Jesse ya regresaba de la trasera de la botica, se le veía componer una expresión triunfal que servía para rodear el tono paternalista de sus gestos, era evidente que

negaba con la cabeza pensando en el reproche que le debía a Assur.

—¡Lo tenía ahí detrás! —exclamó antes de recobrar la compostura y, mucho más seriamente, replicar a Gutier—. Recordad que al final de la fábula, después de que el mosquito venciera al león, una araña se lo zampa —añadió el judío midiendo en la balanza una pequeña porción de la raíz de regaliz—. Deberíais ser cuidadosos, hay mucho en juego… El peligro puede venir por muchos sitios, ¿qué pasaría si Fernán González se entera y acabamos peleándonos entre nosotros en lugar de contra los normandos?, ¿o si los moros se percatan y lo aprovechan? Recordad los enfrentamientos por los fueros de Castilla… Y como bien sabéis, muchos nobles no quieren seguir ni al rey niño ni a su tía Elvira, cada cual se preocupa de mirar su ombligo…

Gutier conocía el final de la fábula y también entendía las objeciones del hebreo, todas eran válidas y casi todas igual de peligrosas, especialmente la falta de unidad que provocaba en el reino que el trono estuviese en manos de una antigua monja y su mojigata hermana. Pero también estaba seguro de que no contaban con una fuerza armada capaz de repeler a los normandos con autoridad de una tacada contundente; estaba convencido de que su idea era buena, cuanto más desmochasen las huestes normandas, más fácil sería vencerlas cuando llegase el momento. Dejando reposar las palabras de su amigo, Gutier decidió cambiar de tema.

—Entonces, ¿dónde está ese condenado muchacho?

—De caza. Últimamente, en especial cuando Weland no está, intenta escabullirse de mis lecciones siempre que puede. Le gusta pasar el tiempo en los bosques.

—¿Sigue todo igual? —preguntó el infanzón—. ¿Está todavía encaprichado de esa moza de las cocinas?… ¿Le ha enseñado Weland algo de importancia? ¿Has leído ya con él algo de griego?

El hebreo alzó la vista de la delicada balanza y sonrió ante el torrente de preguntas. Aunque ya lo había intuido en los primeros días de la relación, le seguía resultando cómico redescubrir en las reacciones del infanzón su interés por el muchacho. Si se lo hubieran dicho un par de años antes, Jesse habría renegado de la proposición lleno de convencimiento; le seguía costando creer que el taciturno Gutier hubiese encontrado en su corazón el candor necesario para encariñarse con el crío.

—Algunas cosas han cambiado. Y no, no creo que siga interesado en la moza de las cocinas —contestó Jesse—. Creo que el asunto de las mujeres está, digamos, resuelto… Al menos por el momento —titubeó el hebreo con una sonrisa—. Pero hay otras cosas, se fue con Weland y…

Jesse no pudo terminar la frase y Gutier no pudo preguntar por eso de que Assur hubiese acompañado al nórdico, Furco entró atropelladamente, buscando al infanzón ansioso e interrumpiendo al hebreo con la algarabía. Tras el lobo, un instante después, llegó Assur.

—¡Gutier! —exclamó el muchacho desde la puerta con evidente ilusión.

El hebreo se guardó sus palabras, y se prometió buscar algún momento para, más tarde, hablar con el infanzón sobre las cuitas del joven.

—¡Qué alegría! —se reafirmó el muchacho acercándose hasta el infanzón—. Os he echado de menos… —Assur calló intimidado por su repentina sinceridad—. Y Furco también…

El hebreo se acercó y Gutier se levantó, conteniendo a duras penas el abrazo que hubiera deseado darle al chico; tuvo que reconvenirse para no ser excesivamente blando.

—Yo también me alegro de verte. Espero que te hayas comportado como es debido, muchacho.

Ante el tono serio de su mentor Assur se enderezó y le ordenó a Furco que se estuviese quieto. El gesto arrancó una sonrisa de Jesse, que miraba la escena divertido.

Gutier observó al muchacho. Aunque no quería expresarlo en voz alta, era evidente que el crío empezaba a dejar su niñez atrás a pasos agigantados. Aunque solo habían pasado unos meses desde que se había topado con él, Gutier veía cambios llamativos, todos ellos formaban un armonioso conjunto que el muchacho lucía con apostura, anunciando el hombre en el que se convertiría.

Assur vestía ligero, con camisa holgada y sin capa o chaleco. Llevaba atada la manga izquierda del modo en que le había enseñado el infanzón, y al cinto tenía prendida una daga sencilla pero de buena factura que a Gutier le recordó al trabajo de la herrería del castillo. Del otro costado llevaba un carcaj con flechas bien emplumadas y una traílla de la que pendían un par de conejos. El muchacho se mantenía erguido, respirando profundamente, y en la postura se adivinaba que había dado un estirón, ganando sus buenas pulgadas. Sus hombros, tras haber ensanchado, se cargaban ahora con brazos musculados. El rostro se había afilado, marcando las cejas y la mandíbula. Y para asombro de Gutier, vio en las mejillas del muchacho los inconfundibles cortes sin importancia de quien empieza a afeitarse torpemente.

En el agradable calor de su madriguera el topillo abrió sus ojos legañosos. Todo estaba como debía, las hebras secas de hierba y grama que había acumulado pacientemente en el otoño estaban un poco más revueltas, pero todo seguía en orden. En cuanto se desperezó, estirando su frágil cuerpecillo, venteó ansioso con su hocico bigotudo, estaba hambriento y esquelético, no había comido nada durante meses. Aun estando bajo tierra podía percibir los cambios, había olores dulces que le contaban cómo los primeros brotes de la primavera se abrían.

Sacudiéndose la somnolencia de encima, se aseó, lamiéndose cuidadosamente el pelaje y mordisqueando los parásitos que habían aprovechado su hibernación para acomodarse. Cuando se decidió a salir, tomó sus precauciones, al principio solo se

asomó tímidamente, mirando en todas direcciones. Desde el valle, allá abajo, le llegaba el rumor del río, y en la falda de la montaña de enfrente se veía un rebaño de cabras montesas buscando pasto entre las peñas. En su ladera, en una higuera cercana que le llenaba la cabecita de melosas promesas para el verano, silbaba un mirlo. Le sorprendió una mañana radiante con un cielo azul despejado que solo rompía la silueta de un águila real, volando a lo lejos, sobre la vega.

El roedor observó al gigantesco pájaro, daba vueltas aprovechando las corrientes de aire y observaba las faldas de las colinas que formaban el cauce del río. Era evidente que la rapaz buscaba una presa, y el roedor no pudo evitar encogerse deseando relajar sus intestinos. Poco después, mientras el topillo decidía si era seguro o no correr hasta una mata de brezo cercana, el águila dio un quiebro en el aire y se lanzó en picado sobre un saliente de roca de la ladera contraria. Justo cuando parecía que iba a estrellarse contra las peñas salpicadas de matojos, desplegó las alas y abrió sus garras; en un instante, y sin que la madre pudiese hacer otra cosa que balar lastimeramente, la rapaz se llevó un recental como si el cabrito no pesase cinco veces lo que ella, y el águila, con sus alas extendidas en toda su imponente envergadura, sobrevoló la falda de la colina descendiendo hacia el valle del Valcarce, de sus enormes garras colgaba el recental paralizado por el miedo. El águila y su presa pasaron apenas por encima de algunos miembros del rebaño; uno de los bucardos, con los enormes cuernos amenazantes de los machos de la raza, los miró con la indiferencia propia de sus grandes ojos oscuros.

Perdiendo de vista a la impresionante ave, y seguro ya de que ningún otro depredador amenazaba su existencia, el topillo se decidió a salir de su madriguera. Echó una carrera hasta la mata de brezo y miró el camino de los hombres que había más allá; en el lado contrario de la vereda, justamente en donde la tierra se amontonaba al borde del camino por culpa de las ruedas de los carros, había unas colmenillas recién aparecidas entre la hierba verde y joven.

El topillo cruzó la trocha con rapidez y antes de atreverse a probar las setas las olisqueó embelesado, admirándose por la plenitud de su aroma y prometiéndose un festín tras el letargo invernal. En el mismo instante en el que abría su boca oyó a los hombres y, tras un último vistazo goloso a los hongos, echó a correr de nuevo, directo a esconderse en su madriguera.

Eran dos jinetes y azuzaban a sus monturas, venían desde el paso del fondo del valle a uña de caballo, sin perder un instante.

Gutier tensaba demasiado las riendas del pobre Zabazoque, que sudaba profusamente manchando sus arreos y resoplaba ensanchando al máximo sus ollares. Estaba preocupado por lo que había visto y deseaba pensar en las consecuencias. Le parecía demasiado pronto para todo aquello y temía que no pudieran reaccionar a tiempo.

Weland mantenía el ritmo y se preocupaba de aguijar también a su caballo, intentando conservar el galope de Gutier, sin embargo, las dudas que le asaltaban eran muy distintas a las del infanzón.

Y el pobre topillo se acurrucó de nuevo en su madriguera, temblando por el estruendo de los cascos. No se atrevió a salir hasta que el sol alcanzó su cénit.

La noticia la había traído Weland a su regreso de Castrelo de Miño: los suyos se movían, y lo hacían como siempre, sembrando muertes a su paso. Aún quedaba nieve en los picos altos, pero los nórdicos parecían tener prisa por continuar con el expolio del año anterior. Y sus batidas eran peligrosas, se acercaban a las montañas del este.

A Gutier le inquietaban muchas de las posibilidades futuras, pero, mientras sacudía una vez más las riendas para exigirle el máximo al extenuado Zabazoque, no podía dejar de pensar en el presente. Él había perdido a muchos en Chantada, pero ahora se trataba de Jesse, y al infanzón casi le afectaba más el dolor que le esperaba a su amigo que el suyo propio.

En aquellas tierras del reino no había demasiados judíos y el médico, años atrás, había concertado los matrimonios de sus hijos eligiendo entre las pocas familias residentes en los alrededores. Y el lugar más evidente había sido Monforte de Lemos, ciudad vieja desde la invasión romana y ocupada con un antiguo barrio judío donde comerciantes, cambistas y usureros hebreos ostentaban sus negocios desde tiempos inmemoriales.

Y Monforte había sido la siguiente etapa de la terrible incursión normanda en las tierras del apóstol Santiago. Probablemente porque, además de las riquezas de las iglesias y del nuevo monasterio de San Salvador, la tradición herrera de la ciudad había atraído a los normandos, ansiosos de proveerse de una excelente producción de espadas y hachas.

Weland y Gutier habían visto la desolación que los nórdicos habían dejado tras de sí, y si tan solo la mitad de lo que habían oído era cierto, las calles de la ciudad se habían bañado en sangre fresca. Les hablaron de madres que habían muerto chillando encima de sus retoños, de chicuelas violadas por varios hombres, de capillas quemadas, de hombres descuartizados por tiros de bueyes, de un sacerdote despellejado vivo. Gutier, aun acostumbrado a los terribles horrores de la guerra, seguía sintiendo escalofríos al recordar las lágrimas del campesino del alfoz que le había contado cómo toda su familia había sido masacrada. Y no quería imaginar cómo afectaría a Jesse la noticia, o a su mujer; por lo que podía suponer, las dos hijas del médico estaban muertas, y su hijo, con suerte, podría haber estado ausente, en uno de sus viajes al sur por la Ruta de la Plata, aunque a su regreso no encontraría otra cosa que desolación.

Gutier quería retrasar el momento de hablar con el hebreo lo máximo posible y tenía la excusa conveniente del deber cumplido, de modo que en lugar de buscar la

casa del médico en el valle se dirigían al castillo, y en vez de pararse en la apoteca pensaban ir directamente a la torre del homenaje para entrevistarse con el conde Gonzalo.

El cómite los recibió enseguida.

—Hablad de una vez, ¿qué ha sucedido? —dijo el noble haciéndoles llegar a los dos hombres que resollaban la podredumbre de sus tripas.

—Los nórdicos se acercan, se han movido hacia el este —contestó Gutier intentando regular su respiración—. Han llegado al valle de Lemos, han asolado Monforte…

El noble pareció necesitar un instante para asimilar lo que le contaban.

—¿Y qué opináis, vienen hacia aquí? ¿Cuándo llegarían?

A Gutier le dolió comprobar una vez más cuán mezquino podía ser su señor; en lugar de preguntar por los muertos, por el vulgo, solo se había preocupado por el peligro que corrían sus propias tierras. Weland, que adivinó los pensamientos del infanzón, se animó a contestar antes de que Gutier pudiese cometer la ligereza de ser impertinente.

—No podemos saberlo —mintió el nórdico—. Es una opción, aunque también es probable que sigan hacia el sur, Ourense supone una buena tentación…

Al conde se le iluminó el rostro. Se estiró tanto que se puso por un momento de puntillas y empezó a gesticular ansioso al tiempo que parloteaba.

—¡Ourense! No… Quizá sería mejor decir la diócesis de Ourense.

Gutier no entendió la relación entre la calidad episcopal de la ciudad con los movimientos de los normandos.

—Precisamente —dijo Weland—, la catedral guarda caudales que suponen un botín enorme y ahora, tras haber vaciado las herrerías de Monforte…

El nórdico no terminó la frase, era evidente que el conde no le estaba prestando atención.

—No conozco al obispo de Ourense… —dijo el conde hablando más para sí mismo que para sus hombres—. ¿Cuánto tardarían en llegar?

El conde se había girado hacia Weland al hacer la pregunta, y el nórdico, entendiéndose aludido, contestó.

—Depende de si lo hacen por el interior o si lo hacen por el río…

—¡Claro! ¡Los barcos! —interrumpió exaltado el conde—. Si abandonan el campamento y descienden el Ulla, les basta seguir la costa hacia el sur, después pueden remontar el Miño, como en la expedición en la que tú participaste —dijo el noble señalando a Weland otra vez—. Llegarían a Ourense en pocos días, el río es caudaloso y tranquilo, es un trayecto sencillo. Hasta podrían dividirse y enviar a unos en los botes y a otros por el interior…

—Supongo —concedió el nórdico.

Tanto Weland como Gutier se dieron cuenta de que el conde tramaba algo.

—Y después, siguiendo el curso del Miño se encontrarán con el Sil —continuó el cómite excitado por sus razonamientos—. Desagua unas millas al norte de Ourense, y también es navegable, y es un paso expedito hacia el este, hacia Castilla, además tienen otro objetivo goloso en el camino, Quiroga…

Los dos hombres de armas se miraron confundidos, aquello era mucho suponer.

El conde se echó a andar con las manos en la espalda, razonando para sí. Y Gutier se decidió a intervenir.

—Pero, mi señor, no podemos saber si eso es lo que van a hacer —objetó el infanzón—, no tienen por qué abandonar su campamento, y si lo han establecido en ese valle, puede que sea porque pretenden intentarlo de nuevo con Compostela este año. Puede que se hayan atrevido con Monforte solo por expoliar los armeros. Compostela sigue siendo el objetivo más apetecible de todos, no podemos asegurar que se sigan moviendo hacia el sur…

El conde giró sobre sí mismo dando unos cuantos pasos más antes de volver a hablar.

—Y eso qué más da, la verdad no es lo que importa… Tampoco podemos asegurar que no lo hagan. ¿Cuántas millas hay hasta el paso del Sil?

—Alrededor de unas treinta —contestó el infanzón desconcertado.

—Pues es perfecto, perfecto… Es el acicate perfecto para que ese desagradecido de Rosendo tome una decisión…

El noble dio pasos rápidos en una y otra dirección, acariciando su bigotillo y moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Pero no conozco al obispo de Ourense —habló de nuevo el cómite—, habrá que intentarlo de nuevo a través de Fruminio.

Gutier estuvo a punto de caer en el atrevimiento de preguntar. Sin embargo, creyó empezar a entender: bastaba plantear la hipótesis para situarse en una posición de poder. Si los nórdicos abandonaban el Ulla para remontar el Miño, podían arrasar Ourense con total impunidad, no era una ciudad fortificada y las viviendas y construcciones partían desde la misma ribera. Y con Ourense saqueada podían seguir remando contracorriente hacia el norte, hasta la confluencia con el Sil. El afluente los llevaría a un paso viable entre las montañas, a Quiroga, y desde allí podrían ya oler la arcilla de las llanuras de Castilla, se convertirían en una amenaza real para León y para la corona. Incluso sería posible que atacasen la capital. Por otro lado, desde las tierras del castillo de Sarracín, unas pocas millas al norte, en el paso de Nogais que formaba el Valcarce, era fácil prometer que podían interponerse al avance de los normandos por el paso del sur, el que formaba el Sil encañonándose en los montes.

El conde, mucho más resuelto, volvió a hablar.

—Tengo que redactar una misiva para el obispo Fruminio, ahora Rosendo tendrá

que aceptar mi propuesta, no le quedará otro remedio…

A Gutier no le cupieron ya dudas, al noble no le importaba la verdad, le bastaba un mensaje plausible. Si hacía creer a los obispos y a la corona que los nórdicos podían llegar a Castilla, el conde Gonzalo se vería aupado a una privilegiada posición de indispensable aliado. Le bastaba enviar recado diciendo que los nórdicos se habían dividido, desde Monforte una partida se dirigía al sur, hacia Ourense, y desde el océano otra partida remontaba el Miño con los terribles navíos negros. Una vez arrasada la ciudad ribereña, podían seguir hacia el este por el gran afluente, y el noble podía proponerse como la solución viable con el tiempo apremiando. Más aún, si lo hacía con suficiente diplomacia, disfrazando su astucia con buenas palabras, podría, al ofrecerse como escudo, no enemistarse con el de Lara, que tampoco querría ver a los nórdicos avanzando inexorablemente por los llanos de Castilla, demasiado cercanos a sus dominios.

El infanzón también comprendió que el coste en vidas que supondría enfrentarse a los normandos de manera directa tampoco importaba. Si la corona y la Iglesia le proponían aliarse y luchar, y el de Lara se mantenía al margen, expectante, el Boca Podrida parecía dispuesto a hacerlo. Sin siquiera tomar en cuenta el consejo de Gutier de intentar minar a los demonios del norte a través de escaramuzas sueltas y maniobras de sabotaje.

—Mi señor… —quiso interpelar el infanzón.

El conde agitó los brazos como un niño pequeño al que importunan en medio de una rabieta.

—¡No hay nada que añadir! —dijo pareciendo más enfurruñado que vehemente —. Weland, partirás con un mensaje para Oviedo, deben veros, sois uno de ellos. Tenéis que entrevistaros en persona con Fruminio y convencerlo, deben creeros. Si conseguís asustar a Fruminio… entonces Rosendo… y la monja… ¡Hay que aprovechar esta oportunidad!

Y el noble marchó a buscar recado de escribir.

Gutier no esperó a ser despedido, simplemente se giró y abandonó el gran salón; disgustado por la conversación que se seguiría con su amigo el médico hebreo y enfermo de preocupación porque el destino de todos ellos estaba en manos de un ser mezquino y egoísta. Estaba seguro de que la guerra iba a llegar, pronto, y no importaría si se pagaba o no un tributo; por lo que Weland le había contado, el tal Gunrød no abandonaría sus sueños de saquear Compostela por mucho que le pagasen. Y el conde Gonzalo no parecía querer considerar siquiera la posibilidad de ser derrotado, era evidente que estaba obcecado con los provechos pancistas que obtendría si se erigía como salvador de la capital y la corona.

El día de San Maximiliano había quedado atrás, estaban en los idus de abril, sin embargo, nadie le había preguntado y Assur no lo dijo, de modo que su cumpleaños

había pasado sin pena ni gloria hasta que a Gutier se le ocurrió comentarlo por casualidad.

Ahora estaban en las cocinas, esperando a que Galaza les sirviera un pastel de miel que terminaba de hacerse en el horno y, mientras Weland, que había regresado de Oviedo dos días antes, trasegaba su adorada cerveza con sed insaciable, Gutier escuchaba hablar al muchacho y Furco roía encantado el hueso de un codillo que la misma Galaza, por consideración hacia Assur, le había dado.

En las últimas semanas los acontecimientos se habían precipitado, y además de otras obligaciones y de la ausencia de Weland, el duelo de Jesse, una vez confirmada la muerte de sus hijas, les había impedido reunirse; por lo que ahora aprovechaban la oportunidad.

Gutier balanceaba la daga nueva de Assur en la palma de su mano mientras escuchaba al muchacho contarle lo sucedido durante su viaje por Castilla como mensajero del conde.

—Loco irresponsable —interrumpió el infanzón dirigiéndose al nórdico cuando el chico narró azorado la pelea de la taberna—. El muchacho podía haber resultado herido.

Assur tuvo la fugaz intención de argüir que era capaz de defenderse por su cuenta, pero vio en los ojos encendidos del infanzón que no era el momento para expresar su opinión. Y, apartando la mirada, buscó a Galaza por entre el rebullo de las cocinas.

—Así es como debe ser —se limitó a decir Weland.

Assur, tras perder un instante contemplando el angelical rostro de la bella muchacha, se volvió hacia Gutier y se reafirmó en su idea. Convencido de que era mejor callarse el resto de la historia, guardó para sí lo que había sucedido tras la refriega en la posada.

—No deberíais haberlo hecho —insistió el infanzón con evidente malestar—. Esas no son maneras.

Weland terminó su trago.

—¿Y cuál es el modo?

—Pues ser paciente, no hay que tener prisa por jugarse los dientes. ¿Y si lo hubieran hecho prisionero en el campamento del Ulla, y si ese normando lo hubiese matado, y si el infanzón…?

—Y si, y si… —cortó Weland a Gutier—. Hay que saber cuanto antes si se tiene o no madera… En el norte, cuando un niño nace débil, el padre tiene derecho a dejarlo toda la noche a la intemperie en el bosque, solo formará parte de la familia si sobrevive, si no es así, será un *úborin börn*… —Weland, algo atontado por la cerveza, dudó pensando el modo de traducir el término.

Assur estuvo a punto de intervenir, había aprendido el nórdico suficiente como para sugerir las palabras que Weland buscaba, sin embargo, Gutier no le dio opción

de meter baza.

—Es que estáis todos locos, ¡locos!…

Assur se quedó de nuevo con la palabra en la boca porque cuando iba a intervenir para defender a Weland, aduciendo que todo había salido bien, el nórdico habló.

—Pues no sé los demás, pero yo sí debo estarlo, si no qué diantres pinto yo con un cristiano medio monje, un médico judío y llevando de putas a un pastor… Parezco salido del chascarrillo que cuenta un viejo verde en una taberna…

Y, después del asombro inicial por la revelación de las meretrices, entre la franqueza del normando, el colorado subido del rostro de Assur y la escandalizada expresión de Galaza, que casi dejó caer el humeante pastel, a Gutier no le quedó otra que echarse a reír.

Con algo menos de mal humor, el infanzón pensaba dar el tema por zanjado con un último reproche cuando, en esa ocasión, fue él quien debió guardarse sus palabras.

—¡Gutier! Mirad quién ha venido.

El que había gritado era Arias, que desde el portalón de la cocina entraba en la estancia acompañado de un fraile.

Fray Esteban había agradecido repetidas veces al todopoderoso Creador su bondad por la llegada de la primavera. Si su anterior viaje desde Compostela había sido un paso por el purgatorio, este nuevo trayecto lo tentó con entretenerse en más de una ocasión, y solo las secas órdenes que le habían llegado de boca del mismísimo obispo Rosendo habían conseguido azuzarlo lo suficiente como para no pensar en otra cosa que llegar al castillo de Sarracín cuanto antes.

Lo recibió un vigía de escasa estatura, un hombre de evidentes aficiones a los excesos en vino y otros pecados, que lo llevó a las cocinas, ante un infanzón de rostro curtido y mirada apagada que compartía mesa con un gigantón barbado, un muchacho de mirada abochornada que le resultó familiar y un enorme lobo que roía un hueso como si fuese manteca sin que a nadie pareciera extrañarle. Al principio desconfió, pero cuando se le ofreció un refrigerio y relevarlo en la responsabilidad de llevar su misiva, aceptó tras hacer un par de preguntas discretas sobre la relación entre el infanzón y el conde Gonzalo.

En cuanto el fraile quedó en manos de Galaza, a la que miró con evidente rostro compungido por lo excesivo de su escote, Gutier, apretando el legajo lacrado en su mano, fue a la apoteca con el chico para dejarlo a cargo del médico, mientras Weland, para divertirse, le preguntaba al escandalizado fraile si le apetecía bajar al valle a buscar compañía femenina.

En los últimos días el leonés había procurado que el crío pasase todo el tiempo que le fuese posible con el hebreo, se lo había pedido explícitamente después de que Jesse terminase con el duelo por sus hijas. Tanto el judío como su mujer estaban pasando tiempos difíciles, y Gutier estaba convencido de que la presencia del joven

ayudaba al hebreo a sobrellevar su honda pena y la incertidumbre sobre el destino de su hijo, sobre el que todavía no se sabía nada. En cierto sentido, y el leonés era consciente de ello, ahora el judío y el muchacho compartían un lazo muy especial. Además, el infanzón no olvidaba que las lecciones que el médico impartía al pastor ayudaban al hebreo a mantenerse alejado del dolor. De hecho, le había pedido al chico que se aplicase en lo posible y no le diese problemas a su maestro.

Jesse trasteaba con sus platillos y balanza, casi como cualquier otro día, de no ser porque parecía que las manos le pesasen quintales. Se movía con desgana.

—Ve al tabuco a buscar tus útiles de escribir —le ordenó el leonés al chico tras disculparse por la interrupción.

Cuando se quedaron solos Gutier no pudo evitar notar los ojos caídos y el rostro preocupado de su amigo.

—Ha llegado un mensaje de Compostela —dijo proponiendo un tema de conversación—, lo ha traído el mismo fraile de la otra vez y se lo llevo ahora al conde… —El leonés dudó ante la indiferencia que veía—. Creo que las téseras ya ruedan. Me parece que no hay vuelta atrás, sea cual sea la cara que muestren cuando paren.

El judío asintió pesaroso. En los últimos tiempos, Jesse parecía haberse alejado de sus habituales intereses por la política y los juegos de poder que se estaban librando en el reino.

—He estado hablando con Déborah, estamos pensando en irnos… Ya no hay nada aquí que nos ate, y estoy harto de atender a ese… a ese…

Assur escuchó sin pretenderlo desde la otra estancia y sintió una enorme compasión por el hombre al que había aprendido a querer como a un padre.

—Entiendo —dijo el infanzón aliviando a Jesse de tener que buscar las palabras adecuadas para expresar su descontento—. ¿Pensáis volver a Aquitania?

—No lo hemos decidido, ella quiere aferrarse a la esperanza de que Mirdin está vivo, quiere instalarse en su casa de Monforte y aguardar… Quiere…

No dijeron una palabra más, pero en un gesto impropio Gutier tomó la mano de su amigo en las suyas y la palmeó con afecto.

—Si necesitáis algo, decidlo.

Y antes de dejarse ahogar por sus sentimientos se marchó con un nudo en la garganta. Dispuesto a enfrentarse con el conde y sus decisiones, pero más que nada, dispuesto a expulsar a los normandos del reino.

Tal y como habían quedado antes de llevar al chico con el hebreo, Gutier se encontró con Weland en el patio para llegarse hasta la torre del homenaje y darle al conde el mensaje arribado desde Compostela.

El noble bajó saltando a pares los chirriantes peldaños de madera que formaban la escalera de la torre en cuanto uno de sus asistentes subió a avisarlo de que Gutier y

Weland lo esperaban en el salón con una carta traída por un monje.

—¿Es de Compostela? ¿De Rosendo? —preguntó exaltado en cuanto llegó a la gran sala—. ¿Eh? Decidme, ¿es de Rosendo?

Durante un parpadeo de las velas de las lámparas todos los presentes se sintieron azorados por el infantil e impropio comportamiento ansioso del noble. Las mozas que arreglaban el suelo bajaron el rostro y los asistentes miraron a otro lado. Gutier, que guardó silencio al tiempo que se erguía en una postura marcial, le lanzó una furibunda mirada de reproche a Weland, que comenzaba a doblarse sobre sí mismo al tiempo que se le ensanchaba la boca amenazando con una risa estridente.

El conde se percató del incómodo silencio e intentó recomponerse alisando la capa de brocado con fingida seriedad. Gutier le dio un codazo a Weland capaz de tumbar a cualquier otro hombre, pero que, en el caso del nórdico, sirvió para que se enderezase intentando contener la risa.

Cuando la incomodidad pareció diluirse, Gutier se animó a contestar.

—Eso parece, mi señor —contestó el infanzón tendiéndole al noble la funda de cuero que guardaba el mensaje.

A medida que lo leía, la sonrisa del conde Gonzalo crecía retorciendo su bigotillo como una oruga resecándose al sol. Cuando terminó no pudo evitar que se le escapase una frase que le dijo a Gutier cuanto necesitaba saber.

—Se lo han tragado… No les llega la camisa al cuerpo…

El infanzón entendió que la engañifa del posible ataque remontando el Sil había dado los resultados esperados por el conde. Probablemente, con la influencia de Fruminio, la regente Elvira había cruzado mensajes con el obispo de Compostela y ahora aceptaban la intermediación del conde de Sarracín para librarse del avance de los normandos.

El cómite, evidentemente excitado, habló más de la cuenta.

—Ese remilgado de Rosendo me pide ayuda en nombre de la corona. La monja está dispuesta a pagar los cien mil sueldos… Y también me autorizan a que llame al fonsado y haga una leva, quieren que me asegure de que los normandos no puedan llegar a los cañones del Sil.

Gutier reconoció que Rosendo y la regente se mostraban inteligentemente previsores, no solo ofrecían el tributo, sino que querían contar con la persuasión necesaria para que los normandos aceptaran el pago sin tener tentaciones de timar a la corona. Sin embargo, no habían sabido ver las artimañas del de Sarracín, que ahora tenía varias opciones posibles para terminar con el asunto y, en todas ellas, salir beneficiado.

Weland interrumpió los razonamientos del infanzón con un sordo regüeldo que apenas pudo contener y que llevó hasta Gutier el olor acre de la cerveza. El infanzón se sintió agradecido de que el conde pareciese demasiado exaltado para percibir el

poco respeto que Weland le mostraba.

—Tenemos que trazar un plan… —dijo el cómite—. Debemos buscar un lugar apropiado para el pago, un lugar en el que se pueda tender una emboscada…

El infanzón estuvo a punto de preguntar, pero no le hizo falta. Era evidente que el conde quería prometer el pago a los nórdicos para tentarlos y conducirlos a una encerrona; la única duda era si el noble se quedaría con el tributo para sí, o si simplemente lo devolvería a las arcas reales dándoselas de salvador del reino.

—Entonces es mejor que sea un puerto, una ensenada o una ría —intervino Weland—. Si queréis acabar con ellos, debéis acabar con sus barcos.

Gutier se sintió decepcionado al ver cómo su amigo parecía aceptar las confabulaciones del noble de manera tan natural.

—¡Cierto! —exclamó el conde ilusionado—. Debemos destruir sus barcos…

El cómite, fiel a su costumbre, empezó a caminar de un lado a otro. Midió la estancia con pasos nerviosos por unos momentos y, cuando al fin se detuvo, mandó salir a todas las mozas y mayordomos antes de hablarles al infanzón y al mercenario.

—Si hundimos unos cuantos, nadie podrá saber si ya habíamos hecho la transacción… —dijo el conde declarando abiertamente sus intenciones una vez se quedaron solos—. Debe ser un lugar lógico para partir hacia el norte, podemos hacer que parezca que lo que nos preocupa es verlos izar velas para el regreso.

Ahí estaba, ya no le quedaban dudas al infanzón, el noble pretendía quedarse con el tributo y argüir que el oro del reino había terminado en el fondo del mar.

—El gran puerto de Ártabros —dijo entonces Weland—. La ría del norte, la de Adóbrica, es un embudo.

—Sí, no es la primera vez que… Sí, pero ellos no lo saben, es una buena elección —concedió el conde.

Gutier conocía el lugar, entre montes que se escurrían hasta el mar se abría un golfo accidentado al que daban forma cuatro estuarios rodeados de angostos cabos: en el norte, el del río Iuvia, y descendiendo hacia el sur, los cauces del Eume, Mandeo y Mero, que albergaban poblaciones de mayor o menor importancia que se resguardaban en los valles de los propios ríos y que se alimentaban de la pesca, de su estratégica posición comercial y del frecuente paso de peregrinos hacia Compostela.

Las cuatro rías convergían, abriéndose más o menos para formar un gran puerto natural, y la más septentrional, la que había mencionado Weland, era una lengua de mar con una bocana estrechada por dos cabos puntiagudos que apenas permitía el paso de un navío de cada vez. En esa ensenada formada por el Iuvia los nórdicos tendrían sitio para atracar sus barcos, pero con fuerzas de ataque convenientemente dispuestas en los acantilados a ambos lados del exiguo acceso no podrían salir. De hecho, bastaría con hundir unos cuantos navíos en la bocana para volverla impracticable y obligar a los normandos a buscar tierra, donde podrían ser

emboscados con facilidad. Era una buena estratagema, aunque deberían asegurarse de que no les ganaban la espalda desde alguna de las rías de más al sur que también confluían en el golfo.

—Lo conozco —siguió diciendo Weland—, no atacamos el lugar, pero fue uno de los primeros en los que recalamos cuando yo llegué aquí… Es como un cepo —comentó el nórdico recordando los farallones que creaban el estrecho—. Si proponemos el intercambio en Adóbrica, bastará con esperar a que crucen los cabos para tenerlos encerrados. Si se disponen hombres en los riscos de ambos lados, será un juego de niños…

Weland y Gutier no habían hablado demasiado de la llegada del nórdico a sus tierras como invasor, en la cortesía de la amistad ambos aceptaban que no merecía la pena excitar ciertas susceptibilidades. Sin embargo, el infanzón sabía de aquella incursión de los demonios del mar del Norte: habían entrado por el golfo de Ártabros y, aunque como había dicho Weland, no habían asaltado Adóbrica, sí se habían interesado por las poblaciones de las rías de más al sur. Habían asolado Brigantium, y Crunia, probablemente atraídos por el faro que los romanos habían construido y pensando que el botín habría de ser de importancia por tener la ciudad una torre de tan majestuoso aspecto. Y precisamente la cercanía de lugares habitados de importancia preocupaba al infanzón, si bien era cierto que el angosto estuario era un buen lugar para el ataque, a Gutier le arredraba pensar en el peligro que correrían esas villas si algo se desmandaba y los nórdicos se les escapaban, probablemente su venganza sería difícil de olvidar.

Había otros puertos y rías más aisladas o con poblaciones menores, especialmente al norte de Lugo.

—¿Qué opináis, Gutier? —preguntó el noble—. ¿Os parece un buen lugar?

El aludido tardó unos instantes en contestar, tuvo que forzarse a tener presente cuál era su deber.

—Sí, pero hay demasiadas poblaciones cerca…

El infanzón calló al ver que su señor negaba agitando su cabeza.

—Eso no importa, ¿es o no un buen emplazamiento para una emboscada?

Gutier sintió un odio intenso por aquel enano presuntuoso.

—Sí —contestó secamente mordiéndose la lengua.

—Bien, bien…

Gutier miró a Weland, buscando su intervención, pero su amigo no tuvo tiempo de interpretar el ademán antes de que el conde volviese a hablar.

—Entonces hay que dejar a la piedra rodar montaña abajo…

A Gutier incluso le pareció ver que los pequeños ojos morenos del conde se volvían estrábicos contando los cien mil sueldos.

—En esta ocasión el fraile llevará respuesta al obispo —dijo el noble con una

expresión sardónica—. Y habrá que buscar a alguien que le transmita melosas palabras al de Lara para que no intervenga… A vosotros dos os necesito aquí.

Y antes de despedir a sus dos hombres de armas para escribir la misiva que el oblato llevaría a Compostela, les dio una orden más:

—Avisad a los sayones, hay que hacer sonar las bocinas, debemos llamar al fonsado. Necesitamos estar preparados para cuando llegue la respuesta… Ahora que la monja ha hincado las rodillas, hay que acabar con todo esto antes de que cambie de opinión y busque otros aliados.

Las espadas, recién salidas de la herrería, brillaban con cada volteo y finta, recogiendo la luz de la mañana que se colaba entre las nubes altas. Rodeándose con parsimonia, los dos hombres se estudiaban con cautela, cada uno observaba los movimientos del otro, era evidente que se sentían incómodos con el peso de los escudos y las lorigas, y en ambos resultaba patente la tensión que sus nudillos acumulaban al sostener los hierros con manos nerviosas.

Weland observaba con el ceño fruncido las evoluciones de la pareja de combatientes y Assur, sufrido alumno del impaciente nórdico, sabía que Weland no tardaría mucho en estallar lanzando improperios y exabruptos de todas las clases imaginables; aquellos dos estaban tardando demasiado en hacer algo de provecho que lograse complacer al normando.

Como el entrenamiento no tenía interés para el muchacho, vista la poca habilidad de los involucrados, decidió no demorarse más y continuar con sus quehaceres, tal y como le había ordenado Gutier.

En los últimos días el castillo era el centro de una actividad febril. Cada jornada, acudiendo a la llamada del fonsado, llegaban más infanzones y caballeros, y gracias al derecho a leva obtenido por el conde Gonzalo, también desesperados y desahuciados que veían en la guerra la única salida a sus manidos problemas; entre ellos había muchos como el propio Assur, gentes que habían perdido todo por culpa de la invasión de los hombres del norte y se aferraban ansiosos a ideas como la venganza. A mayores, todo escudero, caballerizo, boyero o mozo de establos con fuerza suficiente era alistado, pues el conde esperaba reunir la mayor fuerza posible para intentar superar a las huestes nórdicas. Assur sabía que Gutier había insistido en ello, ya que, si su estratagema inicial de atacar a base de escaramuzas dispersas que pudiesen debilitar a los normandos no había sido aceptada, al infanzón solo le quedaba aconsejar al noble que confiase en la superioridad numérica para vencer a guerreros tan diestros. Si todo iba a depender de un único golpe, como parecía pretenderse, a mayor número de efectivos, mayores posibilidades.

Braulio, el herrero, armaba como se podía a aquellos que no disponían de pertrechos propios y, por su parte, Weland y Gutier, como hombres de confianza del conde, se encargaban de darles una instrucción mínima para intentar que, si llegaban

a enfrentarse a los normandos, tuvieran al menos la esperanza de parar los primeros envites, hasta que hombres más experimentados acudieran a socorrerlos.

Cuando sus tutores le daban permiso, Assur participaba gustoso en los entrenamientos, y había llegado a ganarse el respeto de muchos de los recién llegados, pues, por lo general, ninguno de aquellos hombres esperaba de un crío tanta habilidad con las armas; y aunque Gutier le recriminaba el pecado del orgullo, Assur no podía evitar caer en la tentación.

Ese día, sin embargo, Gutier le había mandado acompañar y ayudar a Jesse en cuanto le pidiera. El hebreo le había solicitado permiso al conde para retirarse a las ruinas de Monforte con su mujer, ansiosos ambos por estar en la ciudad si su hijo regresaba, incluso a pesar del peligro que podía suponer que los normandos volviesen sobre sus pasos. El cómite se había negado a darle la dispensa al judío hasta que la cruzada contra los descreídos nórdicos terminase, lo quería a su lado como médico de campaña y el requerimiento era innegociable. Y Assur, que en la comprensión del dolor de su mentor se había visto unido a Jesse de un modo nuevo y frío, estaba encantado de ayudar al hebreo a desmantelar la apoteca y preparar bártulos: unos para llenar las alforjas de las mulas que los acompañarían en su expedición de asalto, vendajes, sutura, algo de vino e instrumental; y otros para llevarlos a la casa del judío en el valle, como sus pocos libros y muchos de sus cacharros y tarros, listos y empaquetados para trasladarlos a la ciudad del valle de Lemos en cuanto todo acabase.

Esa mañana Gutier andaba ocupado enseñando a unos cuantos a usar el arco en el claro entre los alisos, donde solía practicar con Assur, y el muchacho, tras agenciarse una cebolla para desayunar, cruzaba el patio camino de la botica. Furco, que no estaba muy contento esos días por el barullo y el tumulto del castillo, caminaba al lado de su amo, girando continuamente la cabeza para observar cuanto sucedía a su alrededor, entre sus colmillos llevaba un trozo de pan duro frito en manteca que había sisado en las cocinas y que no se decidía a morder.

Assur hizo un esfuerzo por dejar de lado la excitación que sentía y compuso su sentir con una radiante sonrisa, dispuesto a animar al decaído hebreo.

—¿Cómo os encontráis hoy, maestro? —dijo el muchacho en cuanto cruzó al umbral y vio al judío trasteando en los anaqueles.

El judío contestó únicamente con un encogimiento de hombros, demostrando una vez más lo afectado de su espíritu. Assur, que no supo qué otra cosa hacer, buscó una pregunta apropiada para darle la alegría al hebreo de tener que repasar alguna de sus lecciones, ya que, como había descubierto, el empeño en su educación parecía ser de las pocas cosas que caldeaban el espíritu del judío. Se le ocurrió recurrir a algo sobre lo que había estado bromeando con Gutier.

—Aristóteles se equivocaba…

Jesse detuvo su mano dejando el frasco que estaba a punto de colocar en un cuévano pendiendo de sus dedos finos, pero no dijo nada, y Assur decidió insistir.

—Sí, lo he estado pensando, seguro… Aristóteles se equivocaba.

Jesse se giró por fin, abandonando el tarro en un estante, y miró a su pupilo con los párpados caídos y escasa voluntad en el rostro.

—Veréis… —dijo Assur con el justo tono de incógnita para reflejar un brillo de curiosidad en los ojos del judío—. Me basta desplumar una gallina, así de sencillo.

Jesse, que conocía lo suficiente al muchacho como para intuir las buenas intenciones que escondían las palabras, no pudo, sin embargo, sobrellevar tanto rodeo.

—De acuerdo, las gallinas y Aristóteles… ¿Y?

—Pues que si desplumo una gallina tendré un bicho con dos patas y sin plumas, ¿no?

El hebreo, que no sabía adónde quería llegar Assur con su razonamiento, terminó por concederle, no sin dudas, la hipótesis propuesta.

—Supongo que sí, aunque no sé yo qué tal lo llevaría el pobre animal…

—Ya… Pero el caso es que sería un bípedo sin plumas, y Aristóteles dijo que los únicos bípedos sin plumas son los humanos, por lo que esa gallina se habría convertido en humano —Assur terminó la frase con el grandilocuente gesto de un prestidigitador.

Pero, pese a los esfuerzos del muchacho, el judío no pareció tomárselo muy a bien.

—¿De modo que yo pierdo mi tiempo y mi esfuerzo para que tú te burles del bueno de Aristóteles tergiversando sus silogismos? —preguntó el médico con un tono que, de modo evidente, plasmaba lo que pensaba respecto a la impertinencia del zagal.

Assur temió haber sido demasiado irrespetuoso o inoportuno; pero descubrió pronto la verdad. Unos instantes después Jesse ya no pudo contener más su seriedad, y en los revoltijos de su barba fueron evidentes las contracciones con las que forzaba su mentón para evitar la sonrisa que pugnaba por obrarle el ánimo.

—Anda, ven —dijo el hebreo saliendo de su mostrador y sus estantes llenos de cacharros, sonriendo ya con franqueza.

Se abrazaron hasta que Assur decidió hablar de nuevo.

—¿Sabéis?, desde que llegué al castillo no he vuelto a hacerlo, pero, si os apetece, podríamos ir a pescar. A mí me gusta, o al menos me gustaba —dijo el muchacho con un tono que parecía el de un anciano hablando de su adolescencia—, y me han dicho que en el Valcarce hay tantas truchas que tienen que salir a pasear a los prados…

Jesse no había pescado desde que, siendo un niño, tenía por costumbre acompañar

a su abuelo al siempre cristalino Adour, en su Aquitania natal.

—Vamos, animaos —insistió Assur—, ya le dedicaremos la tarde a la cacharrería…

Incluso Furco, que los rodeaba una y otra vez dando vueltas y vueltas a la pequeña estancia al tiempo que movía su rabo inquieto, parecía querer despejar la moral del judío de los nubarrones que cargaba.

El hebreo no pudo evitarlo.

—Está bien, supongo que ya habrá tiempo más tarde. Podríamos entretenernos hasta sexta y dedicar el resto de la jornada al trabajo. A fin de cuentas, está ya casi todo hecho…

Tuvieron que pedir un par de favores para hacerse con cuanto les hacía falta, pero antes de tercia estaban ya en un pozo del río, ayudando con varas verdes de sauce a que los saltamontes que habían prendido en sus anzuelos derivasen por la corriente que desaguaba la mansa tabla mientras Furco, acostumbrado a la rutina y sabedor de que no debía acercarse al río armando barullo, dormitaba a la sombra de un fresno después de haberse zampado el currusco que había arrastrado toda la mañana.

El enrevesado río de aguas claras les cedió generoso sus peces, cimbreantes truchas de un palmo con vientres ambarinos y lomos brillantes de oscuro mármol pulido, cubiertas hasta las agallas de pecas negras y rojas con areolas blanquecinas, y que prometían una carne blanca y jugosa. Cuando tuvieron media docena, las suficientes para una comida ligera, dejaron la pesca y se limitaron a charlar sobre banalidades.

Aquellas horas de tranquilidad unieron al hombre y al muchacho de un modo especial que caló en sus almas enraizándose, habían sufrido desgracias similares y se supieron, más que nunca, ligados por lazos inquebrantables.

Cuando, obligados a regresar por sus tareas pendientes, volvían al castillo, no llegaron a la botica; en el patio vieron a Gutier y se detuvieron. El infanzón hablaba con Weland y un desconocido de capa raída y botas llenas de barro que sujetaba los arreos de un caballo cubierto de sudor que seguía resollando como si hubiesen galopado por millas sin descanso. Al parecer, había novedades, y las prácticas de tiro y los entrenamientos a espada se habían visto interrumpidos antes de tiempo, algo importante sucedía.

Gutier estaba demasiado enfrascado en la conversación como para darse cuenta de que sus amigos esperaban una oportunidad para hablar con él y saciar su curiosidad. Pero cuando despedía al evidente recién llegado, vio al judío y al muchacho y, tras cruzar unas últimas palabras con Weland, se acercó hasta ellos.

—¿De dónde venís? Os hacía en la botica…

—Este pícaro me ha convencido de abandonar mis quehaceres y recuperar mi infancia —dijo el judío con una sonrisa—, hemos ido al Valcarce, a pescar —

concluyó el hebreo alzando la vara de mimbre en la que llevaban las truchas engarzadas por las agallas.

Gutier observó el rostro plácido del hebreo y le dedicó un leve gesto de asentimiento al muchacho en el que Assur quiso ver comprensión y agradecimiento.

Furco, más preocupado por saludar que por las noticias, se acercó al infanzón y le lamió la mano cariñosamente. Gutier, pensativo, bajó el rostro y palmeó la cabezota del lobo.

—Han llegado noticias de Compostela —dijo cambiando de tema—, el conde tiene ya su respuesta. El obispo, al parecer con el beneplácito del rey, ha aceptado los términos del Boca Podrida y se pagará el tributo.

»Sin embargo, con buen juicio, Rosendo exige que las mesnadas estén presentes en el pago, para intimidar a los normandos y obligarlos a marchar…

Jesse afirmó inclinando el rostro y Assur estuvo a punto de interrumpir, pero Gutier alzó su mano de la cabeza de Furco y los instó a ambos a callar.

—Se ha fijado la fecha y el lugar, en poco más de un mes, el día de San Lorenzo. En el puerto de Adóbrica —aclaró—. Weland partirá a reunirse con los suyos y explicarles los términos, el conde en persona guiará a los hombres, saldréis en diez días —dijo Gutier señalando a Jesse—, y yo debo partir a Compostela, he de elegir a unos cuantos hombres y servir de escolta al obispo, quiere llevar el tributo él mismo, al menos hasta el monasterio de Caaveiro… Probablemente recela de que el Boca Podrida pretenda quedarse con el pago…

Assur, ansioso por las nuevas, quiso intervenir, pero Jesse se adelantó.

—¿Diez días?, tendré que dejarlo todo dispuesto, ¿creéis que antes de marchar podríais pedirle a un par de infanzones que acompañen a Déborah a Monforte?

Gutier respondió enseguida.

—Por supuesto, no os preocupéis, me encargaré de ello antes de marchar. —El infanzón calló un momento antes de hablar de nuevo; observaba al muchacho con el rostro revirado—. En cuanto a ti…

Assur se irguió, enderezando la espalda y pretendiendo mostrarse como un adulto más.

—Supongo que no importa mucho lo que yo opine, ¿verdad? —No le dio tiempo al muchacho a contestar—. Si te digo que te quedes en el castillo, te escaparás, y si te digo que acompañes a Jesse y te asegures de no abandonar la retaguardia, tú y ese saco de dientes os terminaréis por lanzar a pecho descubierto contra los normandos… ¿No es así?

Jesse miraba al muchacho, que se mantenía impertérrito, en silencio respetuoso y sacando pecho.

—Así que supongo que lo mejor es que vengas conmigo —Gutier tuvo que levantar de nuevo la mano para acallar al chico—, así al menos podré asegurarme de

que no terminas rompiendo la espada de un normando con esa cabeza tan dura…

Y sin dar más detalles giró sobre sí mismo para caminar hacia la soldadesca, dispuesto a elegir a sus acompañantes y ponerse en marcha.

Assur miró a Jesse con un rostro brillante y lleno de esperanza.

—Espero que encuentres a tus hermanos.

La partida sobrellevaba su cometido con buen ánimo, principalmente porque hacer de escoltas del obispo y el tributo, aun con evidentes responsabilidades, les evitaba otras tareas más pesadas, como la preparación del campamento en Ártabros. Además, algunos pensaban ansiosos en las tabernas de Compostela, esperando disfrutar de una noche de ronda y farra antes de tener que partir desde la ciudad hacia el norte.

Y, sin duda alguna, el más feliz de los siete humanos era Assur, contento por las expectativas que se prometía y orgulloso por contar, aunque fuese por estrambóticos motivos, con la confianza de su mentor. Por otro lado, uno de los hombres elegidos por Gutier era el infanzón con el que Assur se había peleado en la taberna del Valcarce, de nombre Froilo, que había sobrellevado la derrota con buen humor sincero, y se había ocupado de hablar de ello con el resto, contándolo como una anécdota cualquiera de borrachera, con lo que consiguió granjearle al muchacho una serena fracción del respeto de los demás hombres de la partida.

A mayores de Froilo, Gutier, Assur y el excitado Furco, que trotaba al lado del muchacho, estaban otros cuatro. Delante de Assur y siguiendo al de León, iban dos de ellos: Ariolfo, un lenguaraz y alegre caballero maragato delgado como un mimbre, tranquilo en la lucha y con un buen temperamento, solo estropeado por un serio problema de juego y apuestas, era capaz de clavarle una flecha a una paloma al vuelo a más de cincuenta pasos; y, más atrás, casi a la par de Assur, Nuño, que caminaba sin prisa aceptando el esfuerzo de la marcha como un trabajo mucho menos penoso que el de la labranza, y es que Nuño, o simplemente *el Mula*, era un campesino que, inconcebiblemente, era aún más corpulento que Weland, un hombretón con cuello de toro y puños como jamones que había sido el único capaz de derribar al nórdico en las luchas cuerpo a cuerpo; tenía un basto pelo castaño y unas enormes cejas, pobladas como zarzales, que se unían sobre una gigantesca nariz bulbosa de la que se arrancaba a menudo rizados pelos, obligando a sus ojos bovinos a lagrimear, y si bien no tenía una mente brillante, era el ejemplo claro de un hombre en el que se podía confiar la vida propia, dispuesto a acatar lo mandado y con la ración adicional de valor que proporciona la ignorancia; no llevaba loriga, arco o espada, pues como hombre de campo que era, jamás había tenido armas o pertrechos de guerra, solo cargaba con la enorme hacha que Assur había cobrado como primer botín de guerra; el muchacho, incapaz de hacerse con el gran peso, se la había regalado gustoso al labriego, que, aun con una evidente falta de técnica, se las había arreglado, más por

ímpetu y fuerza bruta que por otra cosa, para aprender a usarla de un modo temible.

Cerrando la comitiva, tras el muchacho y el lobo, se las apañaba el otro par, en el que uno charlaba animadamente sobre mujeres y vino y el otro callaba condescendiente. El que hablaba era Lope, que aun habiendo dejado las papillas treinta años atrás, levantaba del suelo menos que Assur, de mal carácter y propenso a incluir un improperio cada tres palabras que salían de su boca con una precisión casi matemática; aficionado a todo tipo de reyertas, era un luchador escurridizo y hábil, además de un fenomenal oponente cuando se trataba de usar el puñal, que manejaba con la soltura de una costurera vieja, y se empeñaba en montar un titánico garañón britano de cascos peludos en el que su menudo cuerpo parecía el muñeco desmadejado de un niño en un caballo de madera demasiado grande. El que callaba respondía al nombre de Velasco, y de todos ellos era el más comedido y cabal, un infanzón que había compartido suficientes penurias con Gutier como para convertirse en un lugarteniente apropiado para la situación; era un hombre singular que arrastraba los horrores de las luchas de la reconquista de los cristianos con un humor taciturno.

Siendo como eran, los dos únicos sin montura, Assur y Nuño solían compartir los comentarios banales del camino y el muchacho disfrutaba hablando con el gigantón, pues de casi cualquier observación el campesino era capaz de sacar un comentario sobre el crecimiento de las verduras o el mejor abono según la época y la hortaliza, y el chico, de una cierta manera reconfortante, encontraba cálidas aquellas palabras sencillas, que lo acercaban a tiempos no tan lejanos.

Gutier, que montaba a Zabazoque en vanguardia, dejando un espacio vacío entre él y sus hombres, contemplaba el bosque intentando solazarse con lo buen jardinero que demostraba ser el Señor: las flores silvestres estaban dispuestas en cuidados arriates que bordeaban los caminos, el pesado calor del estío todavía no había agostado la hierba, y los musgos seguían brillando llenos de verde en las cortezas que apuntaban al norte; los colores de las bolsas de pastor, de las caléndulas, de los quitameriendas, de algunas matas de espliego y de los humildes pero llamativos dientes de león punteaban los juegos de verde con encanto providencial. Y en el aire se mezclaban aromas que atraían a las abejas y que anunciaban dulces y chucherías de miel.

Aunque no era necesario en ese trayecto sin oro u obispo que guardar, Gutier ordenó establecer turnos de vigía para su primera noche, esperando acostumbrar a sus hombres a la rutina que deberían llevar.

Ariolfo había aprovechado bien el camino, haciéndose con una buena percha de las perdices que Furco había asustado olisqueando entre los matorrales y ahora, las aves se asaban a fuego lento bajo la atenta mirada del Mula, que, como buen hombre de campo, se las apañaba para recoger la grasa del tocino con el que habían mechado los pájaros y la rociaba de nuevo sobre la piel tostada.

—No deberíamos asarlas hasta dentro de unos días, la perdiz bien se conoce por la nariz… —se quejó el campesino rascándose su enorme cabeza con aire dubitativo.

Furco miraba los espetones pasándose la lengua una y otra vez por los belfos y parecía no compartir su opinión. Velasco hacía guardia y los demás, rodeados de las continuas maldiciones que Lope soltaba si la mano no le cuadraba, jugaban con unos dados que Ariolfo había sacado de su escarcela. Assur, tras haber tenido que cepillar con manojos de hierba seca a los caballos, observaba a Gutier, que, apartado del grupo, afilaba concienzudamente su espada con gesto serio.

El muchacho se acercó al infanzón acariciando el puño de la daga que llevaba al cinturón, la que le había regalado Weland.

—Si os parece, luego practicaré con Lope…

Gutier tardó en contestar.

—Está bien, está bien…

Assur estuvo a punto de darse la vuelta y regresar con el grupo, pero la actitud dubitativa del infanzón generó en el muchacho cierta indecisión que lo obligó a hablar.

—¿He hecho algo malo?

Gutier miró al muchacho con cierta sorpresa.

—Sé que no soy como ellos —continuó Assur señalando a los hombres de armas —, todavía. Pero no os fallaré, lo juro. Podéis contar conmigo… —Assur calló sin saber qué más decir—. Quisiera agradeceros que…

El infanzón negó con la cabeza y el muchacho se detuvo.

—No has hecho nada malo, y luchar por mantener la esperanza de encontrar a tus hermanos es una causa noble. No te preocupes —le dijo Gutier con un tono sincero —. No se trata de ti, es toda esta situación en la que andamos metidos, no me gusta cómo se han desarrollado los acontecimientos. —Assur no pudo evitar asombrarse por la inusual locuacidad del infanzón—. Estoy cansado de ser un juguete, de que seamos juguetes en manos de unos pocos, no debería ser así…

Assur no supo si se esperaba de él que dijese algo o no, de modo que permaneció en silencio.

—Además, todo esto es una mala idea… Es un mal lugar —continuó Gutier exponiendo sus pensamientos en voz alta sin darse cuenta—, muy malo, hay inocentes que pueden salir heridos, especialmente si intenta apropiarse del tributo. Y la fecha tampoco es buena, a San Lorenzo lo quemaron, en una parrilla… Precisamente por negarse a darle los cuartos de la Iglesia a los romanos…

Compostela fue para Assur todo un descubrimiento. Hasta entonces, la población más grande en la que había puesto el pie era la humilde Palas de Rei, cuyos mercados y ferias eran referente para los habitantes de la ribera del Ulla, pero que, aun con toda su historia y tradición, era mucho más pequeña que la floreciente sede episcopal. Y,

aunque Compostela distaba de la grandeza de León u Oviedo, la metrópoli, incluso así, a medio abandonar por el terror que inspiraban las escuadras nórdicas que la codiciaban, resultó para el muchacho un mundo tan ajeno y distinto al que conocía que le costaba creer cuanto veía. Los grandes edificios, tan altos que resultaban inconcebibles; las largas calles empedradas, que se revolvían formando laberintos en los que parecía imposible orientarse; la multitud de pequeños comercios, en los que no solo se podían conseguir los objetos, joyas, ropajes y utensilios que Assur conocía, sino también muchas otras cosas de las que ni siquiera había oído hablar; las muchedumbres variopintas, adornadas con peregrinos de toda condición, que sugerían procedencias evocadoras; gentes singulares con las que se cruzaban, vestidas con ropajes de confección extravagante que, causando el asombro del muchacho, lo obligaban a girar la cabeza para mirar con estupefacción. Si se lo hubieran contado, le hubiera costado admitirlo. El ambiente de Compostela era asombroso, estaba lleno de rumores y ruidos, gritos lejanos y palabrería en idiomas extraños e inconcebibles; plagado de olores nuevos y efluvios de mil comidas preparadas a un tiempo en tabernas, posadas y viviendas; también se percibían los hedores de la humanidad hacinada en habitaciones y pequeñas callejuelas por las que se escabullían mendigos y lisiados combatientes que pedían limosna por sus heroicidades contra los moros, y aunque Assur se sentía incómodo, la excitación le ayudaba a sobrellevar la falta de espacios abiertos y el agobio que se cernía sobre él. Furco lo llevaba mucho peor, el desconcertado animal se pegaba a las piernas de su amo con el rabo gacho, era evidente que, de no ser por la lealtad debida, saldría corriendo de un momento a otro, se sentía intimidado, temeroso, y estornudaba ruidosamente a menudo, desacostumbrado a cuanto los rodeaba.

Era la mañana de su cuarto día de marcha y, tras haber franqueado la entrada sur de las murallas, cruzaban la urbe ascendiendo por la rúa Villare. Tras unos cuantos giros, llegaron ante la fachada de la basílica que guardaba los restos del apóstol Santiago, al lado del convento de San Pelayo, donde el infanzón había descubierto de labios del borrachín Gelmiro los detalles de las primeras incursiones normandas.

El santuario, impertérrito, ingente, hermoso en su magnificencia, enseñoreaba la plaza asentado en sus enormes sillares, elegantemente ensombrecidos por la humedad, testigos de la ambición de los reyes, manifiestos del poder de la Iglesia. Y su sola presencia, inmensa ante el humilde recuerdo de la pequeña capilla de Pidre, bastó para amedrentar al muchacho, que hasta ese día no había visto nada semejante.

Para desazón de Gutier, el resto del grupo charlaba sin más, como si se hubieran detenido ante el puesto de un calderero. Pero el muchacho no, el chico observaba el lugar con una expresión a medio camino entre la devoción y la sorpresa, y Gutier, que conocía bien a su pupilo, pensó que el obispo bien podía esperar unos instantes más.

—Como sucede con los hombres, lo verdaderamente importante no es la

apariencia, sino lo que guardan en el interior…

El zagal, confuso, alzó el rostro para mirar al leonés y el infanzón le brindó una de sus escasas sonrisas.

—Anda, ven…

Gutier les ordenó a sus hombres que mantuviesen las formas y, apoyando la mano en el hombro de Assur con un gesto que el muchacho agradeció, lo animó a entrar en el templo dejando los animales a cargo de Nuño, que, desde que perdiera a su familia, prefería mantener una distancia prudencial en cuanto a la Iglesia y lo divino se refería.

El pastor cruzó el umbral escudriñando con asombro las junturas de la enorme arcada y el ambiente sacro se impuso pronto, envolviéndolos. Los grandes bloques de piedra umbría se elevaban sobre sus cabezas alzando el templo entre las líneas de escasa luz que se colaban por los delgados resquicios que servían de ventanas. El incienso, aferrado a la madera de los bancos y la sillería se esparcía como una evocación lejana, y el murmullo de las plegarias y las confesiones se destilaba en el aire cargado. Gutier, como siempre que pisaba suelo sagrado, recobró de entre sus recuerdos la paz de sus tiempos de novicio, lo que asentó su revuelto ánimo, tan castigado por las dudas e incertidumbres de los últimos tiempos. Assur, que miraba a todos lados queriendo abarcar cuanto los rodeaba, por el contrario, se sintió intimidado.

El leonés inspiró profundamente, dejando que el pecho se le llenase de aquellos aromas que lograban devolverlo al *scriptorium* de San Justo y, sin ser consciente de ello, recuperó con añoranza las conversaciones que tantos años atrás había mantenido con los iluminadores y copistas del cenobio.

—Después de que el obispo Teodomiro encontrara las reliquias del apóstol —explicó el infanzón con aire nostálgico—, hace más de un siglo, el rey Casto, Alfonso II, mandó construir un templo de inmediato. Empezó como una modesta capilla de maderos, pero la devoción y el fervor de los creyentes, y sus donaciones, la hicieron medrar pronto…

Ahora, para el asombro del muchacho, de aquellos humildes comienzos ya solo quedaba el recuerdo. La enorme basílica había crecido hasta quedar dividida en dos grandes capillas unidas por una crujía abovedada; una más sencilla, dedicada a la Virgen María, y otra, mucho más solemne y con un gran presbiterio, en honor al *bonaerge*, hijo de Zebedeo, que predicara por la Hispania romana. Ambas tenían una decoración profusa e incluían modernos retablos que, como hombre aferrado a la liturgia clásica, disgustaron a Gutier, pues le parecía que robaban importancia a los altares. El infanzón, de férreas tendencias, seguía pensando que los cambios en el oficio de los últimos tiempos, con el sacerdote celebrando ante el altar de espaldas a su rebaño, restaban importancia al admonitorio mensaje sagrado y se la otorgaban a

florituras y adornos como los dichosos retablos. Assur, sin embargo, lo que vio en aquel despliegue de riquezas fue una razón para explicar la avaricia de los nórdicos por conquistar aquel lugar.

Con pasos calmos se dirigieron hacia el oratorio bajo la advocación de Santiago el Mayor y, dejando a un lado sus elucubraciones sobre el santo oficio, Gutier siguió hablando.

—El descubrimiento sirvió de orgullo a la Iglesia y a la casa real, y la noticia corrió como lumbre en la yesca, atrayendo a los indeseables. —Gutier hizo un ademán grandilocuente y Assur asintió—. Los nórdicos, que olieron pronto la presa, podían llegar fácilmente a Iria por el río y la sede episcopal se trasladó pronto aquí, abandonando el fasto del puerto Flavio y decantándose por contar con la fama de las santas reliquias. Pero no fue hasta el reinado de Alfonso III que se empezaron las obras de lo que hoy puedes contemplar aquí. —El infanzón abarcó con sus brazos el espacio circundante—. En su empeño, el rey Magno, tras pararles los pies a los sarracenos, que intentaron más de una vez alcanzar Compostela, quiso que los peregrinos llegasen a un templo digno del Señor, para loor y gloria de su apóstol, y dedicó gran parte de la fortuna de la corona para levantar esta magnífica obra.

Assur escuchaba mientras seguían con su recorrido. En la capilla dedicada a Santiago, ocupando un lugar privilegiado, destacaba un arcón bellamente herrado con cantoneras de metales bruñidos, no lejos de una lauda decorada con profusión que, según dijo el infanzón, era la del propio obispo Teodomiro, el cual, deseoso de permanecer al lado del santo apóstol, había ordenado que dispusieran su tumba en la misma capilla erigida en honor de Santiago, y cuyo deseo había sido respetado con la reforma.

Mientras hablaban llegó un peregrino ataviado con el sombrero y el báculo que delataban su condición y, poniéndose de rodillas, empezó a rezar en un idioma que a Assur le recordó vagamente al de Weland.

—Parece magiar —le susurró Gutier al chico bajando respetuosamente el tono y dando por concluido su sermón.

Assur no estaba muy seguro de por dónde quedaba la tierra de los magiares, de hecho, se preguntaba cómo diantres podía Gutier intuir semejante cosa, pero lo que sí sabía era que aquel hombre había llegado de muy lejos, mucho. Y el pastor no pudo dejar de pensar en la gran influencia que tenían aquellas reliquias guardadas en el arcón dispuesto ante él, tanta como para que, desde cualquier punto del orbe cristiano, hubiera gentes dispuestas a acercarse a Compostela para rendir culto, tanta como para que desde confines desconocidos hubiera hombres dispuestos a cruzar mares embravecidos por la gloria de conquistarlas. Y, tras considerar al peregrino, que seguía de rodillas rezando fervorosamente, Assur se sintió imbuido de un especial halo de misticismo.

—Ilduara, Sebastián —se le escapó al muchacho en un susurro que, contra su voluntad, puso voz a sus pensamientos—, os ruego que me ayudéis a encontrarlos…

Y, mentalmente, añadió una petición de indulgencia por las almas de sus padres y del resto de sus hermanos.

Gutier pretendió no haber oído la súplica del muchacho y se limitó a permanecer con gesto serio, aun cuando, íntimamente, se sintió reconfortado al descubrir que el muchacho había comprendido.

El templo recataba su opulencia gracias al halo de santidad con el que se rodeaba, sin embargo, el palacio episcopal era una lujosa extensión que no se cohibía al mostrar las riquezas de la diócesis compostelana. Inacabables tapices de increíbles colores cubrían las sólidas paredes, y las gigantescas lámparas que llenaban el aire con aromas de cera requemada parecían sostener estrellas que punteaban los altísimos techos; todo era magnificencia remachada de espléndidos detalles en los que se incluían tallas de santos suficientes como para que a Assur se le acabasen pronto los nombres.

Gutier, aun sabiendo que la recepción del obispo podía distar de amistosa, había instado al muchacho a acompañarlo, deseando brindarle la oportunidad de conocer a uno de los personajes más influyentes de su tiempo y queriendo darle una muestra del poder de la Iglesia.

Los hombres todavía esperaban fuera, bajo la hosca mirada de la guardia del palacio, y el infanzón se barruntaba que pronto buscarían una taberna en la que matar el tiempo. Él, junto al muchacho, aguardaba pacientemente a que el obispo Rosendo los recibiese. Sobre la forzada espera Gutier también sospechaba las razones, probablemente el dignatario se cobraba el rencor que sentía hacia el hombre del conde Gonzalo, y pretendía dejar clara su meridiana autoridad.

Después de que la guardia les franquease la entrada tuvieron que esperar en la portería, manteniendo un respetuoso silencio que a Assur se le antojó eterno y cuando, por fin, un estirado secretario de ropajes ampulosos y gestos exagerados los hizo pasar al despacho episcopal, las tripas de Assur rugían de hambre y Gutier tuvo que increparlo buscando del muchacho sus mejores modales.

Sentado a una gran mesa de fabrida madera oscura, en una cátedra que ponía de claro manifiesto su condición de prelado, estaba el obispo Rosendo. A su alrededor todo aparentaba haber sido cuidadosamente elegido para declarar su posición en la jerarquía eclesiástica: tras él colgaba un repostero con símbolos que el muchacho no comprendió, a un costado, un facistol taraceado sostenía una enorme biblia iluminada con llamativas tintas de brillantes colores que consumió la atención de Assur mientras se prolongaban las fórmulas de cortesía pertinentes y hasta que volvió a observar al obispo con curiosidad.

Rosendo era un hombre corpulento, de rostro redondo y hombros absorbidos por

sus gorduras, y cuya barba, recortada con esmero, vibraba cuando su pronunciada papada temblaba con cada palabra. Poco amigo de los fastos pero amante del trabajo, vestía con una sencilla túnica negra de larga botonadura morada, a juego con la estola que le colgaba del grueso cuello. Vestiduras que completaba tocándose con un sencillo gorro redondo que a Assur le recordó a la kipá que siempre usaba Jesse; más tarde, Gutier le explicaría que se llamaba solideo y que su color morado era el propio de la dignidad episcopal; sin embargo, Assur quedó absorto por lo cómica que se le antojó la delicada prenda, que parecía el punto que coronaba la enormidad del obispo, milagrosamente prendido de su monda calva y rodeado por escasos y lacios cabellos negros que, de tan ralos, no daban ni para tonsura. Su piel pálida solo cobraba color en los hinchados párpados ojerosos, se intuía enfermiza. Parecía débil, un hombre casi pusilánime, pero esa idea se desprendía fácilmente en cuanto se miraba a sus ojos, oscuros como simas, casi sin pupila, llenos de determinación y fuerza, ojos que se alzaban mirando bajo las foscas y pobladas cejas mientras su rostro permanecía inclinado sobre un pergamino en el que el obispo parecía anotar algo de importancia.

Cuando el amanerado secretario cerró las grandes puertas, el obispo habló por fin, dirigiéndose directamente al infanzón mientras abandonaba con descuido el cálamo con el que había estado escribiendo.

—No esperaba yo de vuestro señor la osadía de enviaros, precisamente, a vos…

Gutier permaneció en silencio, mostrándose tan reverencialmente humilde como le fue posible. Y el obispo pareció aceptar el tácito gesto de sumisión; Assur creyó ver una leve inclinación de cabeza y el infanzón se dio cuenta de que el prelado se echaba la mano al pecho buscando algo que ya no estaba allí, fue entonces cuando Gutier cayó en la cuenta de que al obispo le faltaba su crucifijo.

—Partiremos mañana, después de laudes, ya he enviado aviso a Caaveiro, estarán esperándonos —añadió Rosendo con rostro displicente, todavía palmeándose el pecho—. Supongo que habréis traído una escolta apropiada, tal y como ordené.

Tampoco el infanzón contestó, se limitó a asentir moviendo su cabeza.

Aparentemente satisfecho por la humildad y obediencia mostrada, el obispo los despidió con un ademán apenas perceptible antes de volver a acomodar el cañón de la pluma entre sus rechonchos dedos, en los que brillaba con ansia un enorme anillo dorado.

El bueno del Mula, tan poco interesado por las diversiones mundanas como por la religión, los esperaba afuera atendiendo a los jumentos y a Furco, con el que parecía entenderse sin problema.

—Han dicho que os esperaban en O Recuncho… Preguntaron a un peregrino por un lugar en el que gastar los dineros en vino y…

Gutier le dio a entender que no le hacían falta más explicaciones con escasas palabras y, tomando las riendas de Zabazoque en su mano, echó a andar hacia el

callejón de la Rainha.

Y, aunque tenían gran parte del día por delante, Gutier estaba de un humor apropiado como para perder la jornada con diversiones vanas. Además, el infanzón era consciente de que sus hombres agradecerían un buen jolgorio antes de meterse de lleno en faena.

La noche llegó pronto entre risas despreocupadas y vino barato, algunos se entretuvieron apostando a los dados, Gutier y Nuño simplemente dejaron que las horas se escurriesen, Lope a punto estuvo de destripar a un franco por una desafortunada mención a su estatura, y Assur encontró en una de las mozas una compañía inesperada gracias a la cual descubrió que no todas las mujeres eran igual de atentas y cuidadosas con un novel.

A la mañana siguiente, antes de acudir a la comprometida cita con el obispo, Gutier dejó a sus hombres durmiendo los excesos y se acercó a San Pelayo para ver si podía sonsacarle a Gelmiro sobre los últimos rumores de Compostela.

El verano había cambiado notablemente el valle del Ulla, la ausencia de nieve y el aumento de las temperaturas que había traído el estío rodeaba el campamento de un aire pesado, lleno de la humedad que se le escapaba al río, y en el que los tábanos se cebaban con hombres y bestias mientras las primeras cigarras de la temporada chirriaban entre los arbustos de las orillas.

Weland se había tomado su tiempo para llegar hasta allí, dejando a su montura ir al paso en casi todo momento, aprovechando la oportunidad que le brindaban los días en soledad para madurar las ideas y sentimientos que le rondaban la cabeza en los últimos tiempos.

Le bastó cruzar unas pocas palabras con el primer vigía que encontró. Una vez el caballo estuvo atado a uno de los postes dispuestos en el perímetro, otro hombre lo acompañó hasta la gran cabaña que, dominando el asentamiento, los suyos habían construido para hacer las veces de cuartel. Antes de granjearse el permiso de los dos *berserker* que guarnecían la entrada, observó con nostalgia manifiesta las rodas de los barcos, talladas como cuellos y cabezas de amenazantes dragones; habían sido chantados ante la *skali* y, sin poder evitarlo, pasó una mano que buscaba recuerdos por las escamas labradas en la oscura madera.

Más o menos, las cosas estaban tal y como Weland recordaba, aunque ahora el gran hogar central no alojaba un fuego furibundo que alejara los fríos. En un principio nadie le hizo caso; Gunrød paseaba entre sus hombres bebiendo *jolaol* de un cuerno con filigranas de oro. Uno de los nórdicos partía burdamente una gran cruz de plata, botín evidente de alguno de sus saqueos a iglesias; usaba un bloque de granito como yunque y repartía los pedazos de *hacksilver* entre los hombres de un corrillo que se había formado alrededor sin que ninguno de ellos le diera la más mínima

importancia al símbolo que destruían. El estrafalario *godi*, sin hombres a los que cuidar o ceremonias que celebrar, trenzaba, con gestos torpes de sus manos artríticas, el pico de un ave que Weland no supo identificar en su melena cana y suelta. Resultaba obvio que los normandos no se sentían en modo alguno amenazados, la placentera escena bien podía haber transcurrido en el gran salón de cualquier *jarl* en su Halogaland natal.

Cuando Gunrød se volvió y descubrió a Weland, su rostro marcado se contrajo con una deforme mueca siniestra.

—Dos hombres salieron, solo uno regresó —entonó el *jarl* como tarareando una tonada—, dime, Weland, ¿perdió Einar su fortuna a manos de Loki o le robaste tú algo más?

Se oyeron algunas carcajadas, evidenciando que a todos los presentes les venía a dar igual una cosa que la otra, pues su respeto por la habilidad de un guerrero era mucho mayor que el que podían albergar por cualquier vida. Weland eludió la conversación cambiando el tema a tratar, no quería dar explicaciones y, ni mucho menos, tener que confesarle a Gunrød que, a fin de proteger su tapadera, había preferido matar a uno de sus hombres antes que a un simple muchacho cristiano.

—Si os marcháis pagarán. Cien mil sueldos —dijo escuetamente.

Los ojos de Gunrød brillaron y sus párpados se entornaron de tal modo que Weland tuvo la sensación de estar mirando a una bestia que se disponía a saltar sobre él para abrirle el vientre y vaciarle las tripas; ya no estaba tan seguro de los términos de su acuerdo con aquel *jarl*, además, en los últimos tiempos muchas cosas habían cambiado.

—¿Y cómo no iban a hacerlo? —inquirió Gunrød con un falsete que hizo que la mandíbula de Weland rechinase—. Solo tenían dos opciones, ¿eh? —dijo recuperando su tono normal y lanzando la pregunta a los hombres que lo rodeaban—. Dos opciones. —El *jarl* giraba sobre sí mismo, abriendo los brazos y derramando el licor—. O pagar… ¡O morir! —rugió y, lanzando el cuerno a una esquina, movió sus manos de arriba abajo animando a sus hombres a corearle—. ¡O pagar o morir! —insistió.

Todos menos Weland jaleaban. A su alrededor se gritaba y se bebía, los hombres repetían las palabras de Gunrød, una y otra vez, excitados e inquietos. El *godi* los acompañó aullando incoherencias y agitando su bastón.

—Es su miedo el que paga —bramó el *jarl*-, ¡son unos cobardes! ¡Será todo nuestro! Sus tesoros, sus mujeres, sus tierras… ¡Todo! O nos lo dan o lo arrancaremos de sus manos muertas y frías…

El *godi* empezó a canturrear y a moverse de un lado a otro, animando a los hombres mientras jaleaban a su señor. Los que tenían a mano un vaso o un cuerno los alzaron, se oyó cómo alguien rompía un tonel.

—Han fijado fecha y lugar —dijo Weland esperando interrumpir el frenesí que parecía avecinarse—. En el norte, en un puerto llamado Adóbrica… —Necesitó un instante para repasar el calendario—. En dos semanas…

Y Gunrød, quedándose quieto, miró fijamente a su infiltrado en el reino cristiano desentendiéndose del follón que se estaba armando a su alrededor. Había percibido un claro tono dubitativo que le hizo desconfiar una vez más, sin embargo, se limitó a seguirle la corriente.

—¿Y dónde está ese puerto exactamente?

El obispo se presentó a lomos de un semental árabe que, a todas luces, era demasiado caballo para un jinete tan poco diestro, pero a pesar de lo cómicos que podían resultar los patéticos esfuerzos del orondo prelado para domeñar al temperamental caballo, ninguno de los hombres de Gutier se atrevió a reír, amenazados como estaban por los ojos serenos del leonés.

Acompañando a Rosendo aparecieron también dos frailes de aspecto circunspecto que no podían ser otra cosa que despojos de los campos de batalla frente a los muslimes, hombres atormentados que habían encontrado en el servicio a Dios la penitencia apropiada para las atrocidades de la guerra; para Gutier eran muestra suficiente de que el obispo no se fiaba del conde y de que deseaba mantener junto a los caudales a quien le hubiera jurado lealtad a él mismo y a Dios, no a un noble que había dado pruebas evidentes de mezquindad. También apareció su rimbombante ministro, que daba a los dos primeros órdenes impropias que eran desobedecidas en silencio para terminar guiando una carreta tirada por dos borricos de orejas erguidas que compartían arreos con rebuznos contentos que respondían al chirriar de las ruedas. En el carro, de poca alzada y hecho de maderas viejas, se amontonaban media docena de toneles de a tres o cuatro modios, desiguales, con la mayoría de sus duelas oxidadas y la tablazón tinta de viejas manchas de vino joven.

El obispo, haciendo equilibrios en su digna silla sin estribos, solo se confesó a Gutier, sin embargo, todos intuyeron rápidamente que en el vino que se agitaba a cada paso de los borricos se escuchaban tintineos suaves que delataban los dineros, y cada cual compuso su idea: Froilo y Lope se miraron sin saber si preferían haber aprovechado el vino que los curitas habrían derramado para dar cabida a los cuartos, o si se decantaban por los dineros en sí; Ariolfo hurgó en su memoria pensando en apuestas que supusieran aquel monto; Velasco, como Gutier, pensó que mala artimaña era aquella, pues si pretendían pasar por unos desharrapados llevando vino de misa, no habría quien explicase a qué venía la compañía de seis hombres armados y un muchacho seguido por un lobo. Nuño, que aun sin ser tan útil en el análisis resultaba siempre práctico, se acercó a los burritos y, tras rascarle la oreja al que le quedaba más a mano, se hizo con la confianza de ambos pollinos con palabras amorosas, de manera que, sin necesidad de que se pronunciase ninguno de los

hombres de más alta jerarquía, quedó al cargo de la carreta y su tiro sin mediar otra frase; librando a los frailes de las órdenes incoherentes del secretario del obispo, algo que le agradecieron con una respetuosa inclinación de cabeza. Sin embargo, y aun cediendo la responsabilidad de los borricos al hombretón, ninguno de los callados religiosos se separó de la carreta y Gutier, que observaba la escena con ojo crítico, pensó agradecido en la manifestación implícita de su mando que el Mula había conseguido, aunque fuese involuntariamente; y tuvo también que reconocerle a Rosendo habilidad como estratega al asegurarse de que, precisamente, aquellos dos guardasen los dineros en nombre de la Iglesia.

No había más que hacer, y el infanzón, pidiendo permiso con una mirada humilde al obispo, dio la orden que todos esperaban.

—¡En marcha! —gritó Gutier esperando un gesto de aquiescencia del obispo—. Faltan dos semanas para San Lorenzo y todavía hay mucho que hacer…

Abandonaron Compostela por la salida del noreste, sin cruzar más palabras que las necesarias, y con la suspicacia propia entre dos grupos de hombres tan dispares, en los que se miraban los unos a los otros con tímida desconfianza.

Mientras se alejaban, echando de tanto en tanto la vista atrás, Assur no llegó a imaginar cuántos años habrían de pasar hasta volver a tener la oportunidad de regresar a la ciudad del apóstol. Mucho menos, intuir lo cerca que había estado de descubrir el paradero de uno de sus hermanos.

Weland dudó por un momento, considerando, no por primera vez, cuál de las dos lealtades juradas debía prevalecer. Cada vez le gustaba menos lo que veía en el *jarl*, pero tampoco le agradaba lo que había visto en el conde; no le llevó mucho decidirse, la codicia erradicó fácilmente a las buenas intenciones.

—Es una trampa —dijo con voz quebrada.

Gunrød no pareció sorprenderse y repitió la pregunta original como si ya hubiese imaginado que de los cristianos no podía esperar otra cosa que una encerrona. El resto de los hombres no les prestaba atención, incendiados por las palabras de su señor, seguían gritando toda clase de barbaridades y obscenidades, el alcohol empezaba a correr.

—¿Y dónde está ese puerto? —insistió.

Weland no se vio con ganas como para recalcar la idea y, asumiendo que se trataba de mero desprecio del *jarl* por la artimaña hispana, se limitó a contestar a lo que le preguntaban y dejó el asunto de la trampa a juicio de Gunrød.

—Un par de días al norte desde la desembocadura de este río.

Las manos del *jarl* le pidieron más detalles revolviéndose una sobre la otra con gestos rápidos.

—Con ayuda de los remeros supongo que incluso menos, deben de ser alrededor de cien millas —añadió usando la medida romana, demasiado acostumbrado a sus

años en territorio hispano.

El *jarl* pareció tomarse un momento.

—¿Lo conoces?…

A Weland le pareció entender que aquella pregunta tenía un trasfondo, imaginaba que Gunrød empezaba a barruntar cómo darle la vuelta al asunto de la añagaza de los cristianos. Y no le extrañó la audacia, sabía muy bien de lo que era capaz aquel que tenía ante sí.

—Sí, fui yo quien lo propuso. Se sentirán confiados —y respiró un instante antes de añadir las palabras que, a su entender, el *jarl* deseaba escuchar—, pero es tan buen lugar para tender una emboscada como para evitarla si se sabe con antelación…

El Errante terminó la frase variando el tono lo justo, al modo de la coda de un poema, como para que, al acompasar las palabras con una inclinación de cabeza, quedase claro su mérito y su esperanza de recompensa. Sin embargo, Gunrød fingió no darse por aludido y, evitando rememorar sus promesas, siguió preguntando.

—¿Y? —Sus manos volvieron a pasearse una por sobre la otra.

Los nórdicos se fueron acercando, cerrando un círculo alrededor de los interlocutores. El *godi*, aunque pretendía disimular dando a entender que aquellos asuntos terrenales no le correspondían, permaneció a la distancia justa como para oír, pero conservando su paripé de danzas y cánticos rituales.

—Es una ensenada natural, la desembocadura de un río —aclaró Weland—, pero los brazos de tierra que la forman se van acercando el uno al otro a medida que avanzan hacia el mar.

El *jarl* asintió comprendiendo.

—¿Muy estrecho? —dijo pensativamente.

—Lo suficiente como para que sea fácil de bloquear una vez hayan pasado los *drekar*, además, en esos cabos las tierras son altas, formadas por acantilados cubiertos de bosques. Es una posición inmejorable para usar flechas embreadas y quemar los barcos.

El *godi* ululó algo incomprensible ante el sacrilegio que supondría quemar sus queridos navíos.

—Bastaría con no entrar en la ría y sorprenderlos desde el sur… —concluyó Weland, queriendo de nuevo poner de manifiesto sus méritos a la hora de proponer el lugar.

Se oyeron algunos gritos inquietos que Gunrød acalló pronto alzando los brazos.

—Dibújalo —le dijo el *jarl* con vehemencia al tiempo que le tendía su propia daga indicando el suelo de tierra pisada.

Tomando el puñal, el Errante se acuclilló y empezó a trazar un círculo incompleto como el de una moneda mordida; empezando por lo que dijo era el suroeste, fue rascando la tierra con la punta de la daga hacia lo que correspondería al nordeste,

intentando recordar con precisión lo que había visto con sus propios ojos tantos años atrás.

—Cuatro grandes estuarios se encuentran en un mismo golfo que se va estrechando al salir al mar, Ártabros lo llaman, es como un puerto gigantesco. —A medida que hablaba, Weland esbozaba las lenguas de agua salobre que formaban las rías dotando de detalles el dibujo—. Y el *heregeld* estará en la de más al norte —concluyó señalando con la punta de la daga.

Gunrød observó el escorzo en silencio durante un buen rato. Miraba las toscas líneas e intentaba componer una idea útil sumándole lo que ya conocía, imaginando las grandes rocallas de la costa, las cañadas de los ríos, los fuertes oleajes del océano que había navegado y el conjunto que debía formarse.

—Y ese conde Gonzalo, ¿cuántos barcos tiene a su disposición?

Weland negó suavemente con la cabeza antes de contestar.

—No tienen. Aquí solo se usan para la pesca. Llevan demasiados años combatiendo contra los muslimes… La guerra en y desde el mar solo está presente en las leyendas que dejaron las galeras romanas.

Algunos elevaron comentarios malsonantes por la poca pericia de los cristianos como marinos. Los normandos se sabían superiores, habían llegado hasta todos los rincones del mundo conocido, y lo habían hecho navegando, por lo que la inutilidad de los cristianos en la mar les resultaba motivo de burla.

El *jarl* no dijo nada, pero una tétrica sonrisa frunció sus labios como si hubieran sido cosidos con puntadas demasiado tensas.

—¿Cuántos hombres? —preguntó escuetamente.

—Alrededor de unos mil quinientos, no han podido reunir más. Muchos sin experiencia…

—¿Refuerzos? —interrumpió Gunrød.

Weland se tomó un segundo antes de contestar.

—No lo creo, el conde Gonzalo se ha encargado de que no haya alianzas entre los nobles, está ansioso por presentarse como el salvador de la corona —el Errante titubeó un momento—, es ambicioso, muy ambicioso…

El *jarl* meditó sobre lo que oía. Si salvaba la trampa que le tendían, el camino a Compostela estaría tan abierto como las piernas de una fulana barata. Los cristianos tardarían mucho en organizarse tras semejante derrota. Si barría a esos enclenques religiosos pendientes de su cruz y sus débiles santos, toda Jacobsland estaría a sus pies. Le bastaba encontrar un modo de darle la vuelta al engaño.

Gunrød volvió a observar el esbozo que Weland había arañado en el suelo.

—Y ese otro estuario, el de más al sur —indicó el *jarl* acuclillándose a su vez—. ¿Viene de un valle cerrado?

—Sí, eso creo —contestó Weland reavivando la memoria e intentando

comprender las intenciones de Gunrød.

El *jarl* pareció no digerir muy bien la incertidumbre de Weland.

—¿Hay algún islote por ahí?

—No, no que yo recuerde, algunas peñas y rocalla sobresaliendo en marea baja…

El *jarl* miró a Weland con sus gélidos ojos garzos.

—Pero hay una península —se apresuró a aclarar el Errante, que imaginaba que el otro ya tenía alguna engañifa en mente—, unida a tierra por un istmo muy estrecho. En su parte más amplia tiene apenas unos cientos de pasos de ancho. La llaman la Isla del Faro.

Gunrød pareció meditar profundamente unos instantes, arrugando su ceño y afeando las cicatrices que le cubrían el rostro, hasta que, por fin, dijo lo que pergeñaba.

—Entonces, quizá podríamos hacer algo más que evitar una emboscada…

Sus hombres jalearon.

—¡Jacobsland será nuestra! ¡Nuestra!

Aunque no tenían vías romanas que seguir, el buen tiempo y las trochas recorridas por todos los peregrinos que acudían a Compostela desde los puertos del norte les permitieron mantener un buen ritmo. Con la sequedad del verano empolvando los caminos ya habían dejado atrás la antigua Brigantium, donde habían hecho noche la jornada anterior, y también habían cruzado el río Mandeo. Continuaban moviéndose hacia el norte, y aun con las escasas mañas del obispo como jinete y el lento avanzar de la carreta, Gutier se sentía satisfecho por el paso que mantenían; en un día más, a lo sumo, si no se estropeaba el buen tiempo, llegarían al monasterio de Caaveiro.

Se movían cerca de la costa para evitar el terreno más accidentado del interior y les faltaban solo unas millas para llegar al valle del Eume; luego, una vez cruzado el río, les bastaría subir por la orilla derecha hasta los grandes bosques que encañonaban las rápidas aguas y llegarían a su destino.

En su avance, Gutier distinguió una loma hacia el este, tierra adentro. Una colina que le brindaba la oportunidad que había estado esperando, dejó que Zabazoque aminorase el paso y esperó a ponerse a la altura de Velasco.

Assur, que tras varios fracasos ya había abandonado la intención de amigarse con los rudos frailes, seguía su rutina de las últimas jornadas: caminaba junto a Nuño y los pollinos que tiraban del carretón, siempre guardado por los poco amistosos hombres del obispo, a los que, confirmando las sospechas del infanzón, ya habían visto practicar con los hierros que escondían con maestría entre los pliegues de sus hábitos.

El muchacho observó a Gutier retrasarse desde la vanguardia del grupo y conversar con Velasco unos instantes, para después refrenar el caballo hasta quedar a su altura y descabalgar al lado de la carreta.

—Ven, tenemos algo que hacer —le dijo el infanzón caminando al paso de los borricos y reservándose las palabras por si los hombres de Rosendo escuchaban algo más que el continuo tintinear de los barriles.

Había acordado con Velasco reencontrarse con el grupo en la desembocadura del Eume, donde, según recordaba, un par de tabernas y casuchas de pescadores les servirían para buscar quien les proporcionase una embarcación con la que cruzar el cauce del río, y le había dado unas monedas al otro infanzón con el encargo de tener resuelto ese asunto antes de su regreso.

Se separaron y, mientras la mayoría continuó hacia el norte, Assur y Gutier, seguidos por Furco, se desviaron hacia el este, ascendiendo el abrupto terreno que precedía a la colina en la que se había fijado el infanzón. Como buen estratega, Gutier tenía en mente algo más que la simple escolta del tributo hasta Caaveiro.

No les llevó mucho alcanzar la cima, y el muchacho, sabedor de que su tutor no llevaba bien los excesos de curiosidad, permaneció callado.

Furco, que encontró algún olor interesante detrás de un tocón rodeado de matas de fresas silvestres, se entretuvo dando vueltas en busca del origen.

Aunque ya le había sorprendido cuando unos días antes habían llegado a la costa por primera vez, Assur quedó mudo al ver el océano desde la atalaya natural que formaba el otero. La fastuosidad del mar, y su azul profundo de aguas batidas con olas que se aborregaban incluso al socaire del viento, le produjeron al muchacho una fuerte sensación de insignificancia. Incluso concibió un cierto respeto por los nórdicos, capaces de reunir el valor suficiente como para cruzar aquellas aguas insondables sin más ayuda que las tablas colocadas por un carpintero y su ingenio.

Mientras Assur se llenaba de asombro, Gutier analizaba cada rincón de la costa que se abría ante ellos.

Tras unos instantes tupidos por sus propios silencios, Assur, siguiendo la mirada del infanzón, no supo guardar por más tiempo su curiosidad y terminó por preguntar:

—Es allí, ¿verdad? —dijo el muchacho señalando con el mentón los cabos superpuestos que formaban la ría del Iuvia.

Desde donde estaban, la lengua de tierra de más al norte quedaba cubierta a medias por la del sur, y se mostraba a trozos por sobre las ondulaciones del terreno a lo largo de la media docena de millas en que las aguas dulces del río se enamoraban de la sal del mar. Las pequeñas penínsulas se proyectaban hacia el gran océano cerrándose sobre sí mismas, como dos grandes malecones hechos de rocas bastas y pedazos de monte bravo.

—Sí, es allí —contestó al fin Gutier, y volviéndose hacia el chico, decidió compartir con él sus cuitas—. Son las puntas de Coitelada y Prioriño —dijo indicando con la mano abierta y haciéndola saltar para corresponder cada nombre con su cabo—. No estamos tan arriba como para verlo bien, pero se acercan lo suficiente

como para que la boca de la ría resulte fácil de vigilar y cubrir.

—¿Y el puerto? —preguntó Assur.

—En el lado norte, en mitad de la ría.

El muchacho observó lo que su maestro había mirado con tanta atención y terminó por atreverse a emitir un juicio.

—Parece un buen lugar para una emboscada…

Gutier asintió sin demasiada convicción antes de corregir a su pupilo.

—Ese es el problema, solo lo parece —dijo enigmático—. Lo sería si los sorprendiésemos sin más, pero esto será un encuentro pactado, y me temo que ellos desconfiarán. No me gusta, si permanecen en mar abierto, no podremos hacer nada. Es necesario que Weland cumpla con su cometido y consiga que confíen en él.

Assur miró al infanzón sin comprender y Gutier se explicó.

—Weland tiene que convencerlos para que entren en la ría con todos los barcos posibles, los suficientes para que si los hundimos les hagamos un verdadero daño. Si no es así, no obtendremos mucho… Y habremos abierto la caja de los truenos, no nos perdonarán que los ataquemos a traición.

El muchacho no entendía el alcance de las palabras de su mentor y se atrevió a aventurar su opinión.

—Pero… y si les entregamos el tributo, se irán, ¿no? —Assur lo dijo guardándose la emoción que le producía la confrontación y sabiendo, con cierta vergüenza, que no debía anteponer sus ansias de venganza a la idea de una batalla en la que muchos podrían perder la vida.

Gutier miró al chico con un gesto cándido.

—No es tan sencillo. Por desgracia, no lo es… El conde quiere quedarse con el pago, o al menos presentarse ante el obispo como el destructor de la flota normanda y el héroe que evitó la entrega del tributo…

Assur, que, como cualquier otro que hubiera pasado una temporada en el castillo de Sarracín, sabía de la mezquindad del noble berciano, no dijo nada.

—Además, aunque la intención sea, en el fondo, rastrera, la idea no es mala, si pagamos hoy tendremos que volver a pagar mañana… Aunque lo lamento, es necesario que les plantemos cara…

Y después de guardar silencio un instante Gutier añadió algo que Assur recibió con inquietud.

—Y si los normandos se huelen la engañifa, no tendremos elección, se echaran sobre nosotros como lobos hambrientos… Con suficientes navíos fuera de la ría podrían atacarnos por la espalda; ese cabo es un excelente lugar para lanzar un ataque, y por eso mismo es también un pésimo lugar para defenderse…

Assur digirió lo que le decían sin saber cómo tomárselo. Lo que él deseaba era recuperar a sus hermanos, y no lograba poner en orden sus sentimientos,

especialmente porque la excitación de la adolescencia parecía gritarle que la batalla sería algo memorable.

Furco, cansado de perseguir al topillo que se había escondido en la mata de fresas, se acercó a los humanos y, como tantas otras veces, reclamó la atención de Assur golpeándole la mano con el hocico. El muchacho respondió rascando al animal tras las orejas mientras pensaba en las lecciones sobre grandes batallas que Jesse había compartido con él.

Los tres permanecieron en el alto de la colina hasta que, mirando al sol, Gutier juzgó que era hora de ponerse en marcha para llegar a las orillas del Eume antes de anochecer.

El Eume, revoltoso y lleno de aguas blanqueadas por sus vertiginosos rápidos, más que fluir, se aceleraba llevado por las pendientes de su cauce y chocaba con las grandes rocas erosionadas del valle con fuerza suficiente como para pulirlas con eficiencia. Encerrado entre lomas y cubierto de árboles que se apretaban en los resquicios de tierra fértil que se acumulaba allá donde el viento la dejaba caer, al socaire de grandes tolmos graníticos, el río parecía un animal enjaulado. Toda su vega era un lugar de selvas profundas salpicadas de berruecos que despuntaban entre las curvas del río, forzándolo, en ocasiones, a tomarse un descanso y arremolinarse en impacientes pozos profundos de aguas azules y limpias por las que remontaban reos que subían desde su estuario.

El mar templaba el clima, y la protección de la ría y del golfo de Ártabros dotaban a la vega de benignos veranos y suaves inviernos de pesadas lluvias en los que la nieve era extraña, la pesca era buena y las tierras eran generosas con sus frutos; gentes y tribus de nombres olvidados se habían beneficiado de ella desde tiempos anteriores a la historia que Jesse podía enseñarle a Assur.

Con los principios del siglo múltiples anacoretas habían buscado la protección de aquellos bosques para ponerse a bien con Dios, rodeados de un paraje que podría haber sido visto como un edén y en el que la providencia del Señor ponía de manifiesto su grandiosidad. Y cuando aquellos ermitaños se sintieron demasiado apretujados en sus soledades, se unieron para fundar un monasterio que pusiera orden a sus rezos y convivencias terrenales sin perder nunca de vista la grandeza del Todopoderoso.

La pobre construcción se colgaba de las rocas del valle como el nido de un águila, desmochada y a medio terminar, con sillares inacabados que se esparcían por el exiguo repecho en la pendiente donde el buen Dios había llamado a aquellos hombres a instalarse; solo era accesible a través de una penosa e interminable ascensión a lo largo de anchos peldaños labrados en las piedras que hacían parecer a las cabalgaduras cabras en equilibrio y que ponía los pelos de punta a todo aquel que se atreviese a mirar al fondo del valle mientras subía. Las copas de árboles viejos le

servían de bóveda, y en las tardes de verano los juegos de luces que los rayos de sol colaban entre las verdes hojas hacían las veces de modernas vidrieras.

La humilde comunidad sobrevivía gracias a la caridad y a la buena disposición de algunos patronazgos eventuales de los nobles, y todos los monjes aceptaban gustosos los períodos de escasez y el ayuno forzado, viendo pruebas divinas y sentido de la devoción donde otros veían locura. Sin embargo, su suerte cambió unos años después cuando, llamado por la bondad de aquellos hombres y lo hermoso del lugar, el obispo Rosendo se había dejado influir por las historias que del modesto cenobio se contaban, y había decidido premiar a la comunidad con importantes donaciones que engrandecieron el patrimonio del monasterio, y a las que, además de reliquias, cruces y un bello altar, añadió regalos más mundanos que ayudasen a luchar contra el hambre. Rosendo cedió al cenobio unas buenas fanegas cultivables en su misma orilla del Eume y otorgó a los frailes jurisdicción sobre villas y feligresías de los alrededores, eximiéndolos incluso de su propia autoridad en el obispado de Compostela. Tanto fue así que, con el paso del tiempo, la iglesia que naciera por el amor de unos ermitaños obtuvo la categoría de Real Colegiata, con seis orgullosos canónigos que no olvidaban agradecer a Dios todos los días las preces recibidas bajo el auspicio del obispo.

El lugar era casi una fortaleza encerrada entre montañas, protegida por las laderas y deudora de su magnanimidad, por eso, el obispo Rosendo, mucho menos belicoso y con menos ínfulas que su predecesor Sisnando, había elegido refugiarse en Caaveiro en tan difícil trance. Y aunque había sido la mismísima regente Elvira la que, a través de carta llegada desde León, le había pedido que se encargase del pago del tributo personalmente, el obispo prefirió obedecer solo en parte.

Rosendo dudaba de que su presencia física frente a los terribles paganos del norte fuera necesaria, prefiriendo dejar el asunto en manos del mezquino Gonzalo Sánchez, más de la catadura de aquellos temibles descreídos. Y aun con reservas respecto a la bondad de toda la idea del pago de un tributo, por no hablar de que temía una traición del conde berciano, no estaba dispuesto a terminar con una flecha en la espalda, como terminara Sisnando en la batalla de Fornelos al intentar defender Compostela del ataque de los nórdicos. Había oído que al díscolo obispo le habían arrancado los pulmones por la espalda después de darle muerte, en una suerte de sádico ritual que, de solo imaginarlo, conseguía que su hombría buscase un bolsillo nuevo en la túnica. Así que, sin pretender desobedecer las órdenes recibidas desde la casa real, Caaveiro era el lugar más cercano a los normandos en el que pensaba estar, pues, según razonaba, Dios lo había llamado a este mundo para más excelsas tareas que engrandecieran su obra y palabra, y si para que aquellos demonios heréticos tuvieran que irse había que pagar, por él bien estaba siempre y cuando los caudales los aportase la misma regente a través de préstamo gravado del obispado compostelano.

Y bien a gusto que se sintió Rosendo con su decisión cuando, tras haber enviado a uno de aquellos desagradables hombres de armas a dar recado, fue recibido al pie de la escalinata que subía al monasterio con toda la pompa y boato que aquellos monjes de Caaveiro podían ofrecer.

Aunque el obispo parecía complacido con toda aquella algarabía de respetuosos saludos e interminables fórmulas de cortesía, Gutier estaba deseando seguir camino hacia el norte y llegar hasta el campamento que los hombres de Sarracín ya debían haber instalado en la desembocadura del Iuvia. Sin embargo, tuvo que aparentar humilde obediencia durante un buen rato, y cuando por fin entendió que todo aquel recibimiento había terminado, se dio cuenta de que se había hecho demasiado tarde como para continuar, y de que tendrían que hacer noche en el monasterio de Caaveiro.

Weland vivía el frenesí de los preparativos en el acantonamiento normando con un humor melancólico y dubitativo. Había intentado en varias ocasiones hablar con Gunrød, deseaba reclamar su pago y marcharse al norte cuanto antes, ansioso por disfrutar de su nueva condición de hombre rico y de la fama que acarrearía su hazaña: años infiltrado en tierras cristianas para abrir las puertas de Jacobsland. Sin embargo, el *jarl* lo había evitado en todas las ocasiones, frustrando los intentos de Weland por dejar de convertirse en el Errante.

Los *knerrir* de la costa habían recibido aviso y a pesar de su condición de cargueros todos estaban siendo aprovisionados de armas y escudos, las grandes bodegas que los barcos tenían a proa y popa estaban siendo aliviadas para dar cabida a los guerreros, sus enormes velas cuadradas se remendaban, los nudos de las cajetas se rehacían y nuevas escotas se trenzaban. Todos seguían las instrucciones de su señor; el *jarl* tenía un plan, había ideado una argucia que les aseguraría un asiento en los banquetes sagrados. Se respiraba la ansiedad. Las huestes se agrupaban y las espadas se afilaban mientras los hombres limaban su impaciencia con comentarios acuciosos. Todos hablaban de las riquezas que obtendrían, de las glorias que ganarían para el recuerdo y de cómo los escaldos narrarían sus hazañas, y Gunrød, orgulloso de todos sus lobos, los animaba con verborrea engrandecida mientras repasaba los preparativos: barrerían a los cristianos, arrasarían Jacobsland y no dejarían tras de sí nada más que huesos calcinados.

—Quiero irme, quiero mi pago —logró decir Weland con la firmeza justa para solamente rozar la impertinencia.

A su alrededor la actividad era frenética y todos parecían tener tareas pendientes. La atención del *jarl* era solo marginal y a Weland no se le escapó el gesto de desprecio que torció las cicatrices de Gunrød.

—Termina de ajustar las jimelgas de los mástiles de los *skutas*. Y asegúrate de renovar las cintas de los timones —le ordenó secamente el *jarl* al carpintero con el

que había estado hablando antes de que el Errante se atreviera a interrumpir.

Estaban en un playón del río donde los menestrales revisaban las embarcaciones mientras Gunrød supervisaba con gesto severo a sus hombres y miraba con ojo crítico sus adorados navíos.

Solo después de que el artesano se hubiera marchado el *jarl* se dignó a mirar a Weland.

—No. Todavía te necesito. Quiero que los cristianos te vean en uno de los barcos cuando entremos en el estuario.

Weland quiso protestar, pero dos de los *berserker* que solían rodear al *jarl* hicieron amago de avanzar al intuir su reacción. No le quedó otro remedio que contenerse si no deseaba acabar descuartizado allí mismo.

—Podrás irte cuando hayamos acabado —sentenció Gunrød.

Los romanos ya habían luchado a sangre y fuego por aquel pedazo de costa, enfrentándose a bárbaros desgreñados que parecían no conocer el miedo, después lo hicieron los suevos, que supieron ver inmediatamente el valor estratégico del enorme puerto natural y, justamente allí, en el refugio que formaban las rías del golfo de Ártabros, donde los moriscos nunca se atrevieron a llevar sus barcos por no atravesar los mares embravecidos que lo rodeaban, habían probado suerte los normandos en más de una ocasión. Ahora, cuando faltaban cinco días para que se cumpliera el plazo puesto por los cristianos, unas nuevas huestes nórdicas, ansiosas como animales rabiosos, volverían a sembrar su violencia.

Manteniendo una ordenada formación, la gran flota normanda bojeaba hacia el norte desde la desembocadura del Ulla, ayudando a las grandes velas de lana con bogadas que seguían el ritmo de las canciones que los remeros dedicaban a Odín. Y su *jarl*, acodado en la borda de uno de los *drekar* que guiaban la partida, observaba la costa y el avance orgulloso de los suyos, de sus lobos, una manada que montaba dragones que surcaban las hijas de Ran. Estaban dispuestos para el combate. Gunrød, apoyado en el extremo libre de rodelas de la traca de arrufo, descansaba el hombro contra las escamas del madero tallado que formaba la proa del navío, el labrado cuello de un mítico monstruo de expresión amenazante hendía las aguas oscuras lanzando espumillones de agua. Sus ojos azules miraban hacia tierra llenos de concentración.

Costeaban farallones que le recordaban a los *fjords* y *víks* de sus tierras, algo más pequeños, imbricados, llenos de rocas desiguales y de calas escasas en las que no había opción a fondear porque los bajíos amenazaban con peñascos afilados. Todo eran roquedales abruptos coronados por bosques verdes entre los que se escurrían cursos de agua que se esforzaban entre pizarras y granitos por llegar al océano. Incluso pudieron ver la caída rabiosa de un riachuelo que se precipitaba directamente al mar desde un roquedo a más de cincuenta pasos de altura, creando una aguzada

cascada de suelta agua blanca.

Unos arroaces se cruzaron ante los navíos, jugando a las carreras con los barcos de los nórdicos mientras con sus saltos rompían el oscuro océano que, aun con el tiempo bonancible, usaba sus azules profundos para amenazar con tragarse las ágiles naves. Viendo lo que veía, Gunrød entendía la premura de los romanos, que habían buscado con desesperación puertos seguros más al norte y que, una vez encontrados, fundaran allí sus ciudades y se preocuparan de señalizarlo con una torre desde la que un fanal ardiente guiase al hogar a los marineros entre las aguas traicioneras.

El nombre había ido cambiando con el paso de los años, despegándose de una pátina de su latín original, y ahora las gentes conocían a la ciudad como Crunia, aunque, si las cosas no cambiaban, era probable que no quedase mucho por recordar con el paso de los años. La población, arrimada a las abruptas y pedregosas playas del cabo que abría el golfo de Ártabros por el sur, se había ido vaciando a medida que los miedos de las gentes se habían ido hinchiendo. En las últimas décadas los normandos les habían traído a la memoria horrores que creían olvidados desde que los suevos arrebataran de manos de los centuriones del imperio el dominio de aquellas tierras. Cansados de los eventuales saqueos y hartos de la salvaje piratería de los demonios del norte, los lugareños habían buscado refugio en la siguiente ría del magno puerto, acomodándose en Brigantium, más abrigada y protegida que Crunia. Sin embargo, tras ellos y su abandono quedaba el faro que los romanos habían construido para guardar las vidas de los marinos y salvar los sueños de hijos que, gracias a la torre, no serían huérfanos.

Montado en su propia lengua de tierra, tras la punta que las gentes llamaban Penaboa, quedaba el faro erigido en nombre de Hércules, solitario y vendido al destino, azotado por vientos y tempestades, pero siempre cumplidor con su tarea de mantenerse en pie aunque su luz ya no guiase a los marinos.

Gunrød lo miró todo con ojos críticos y le gustó lo que le rodeaba. Era el lugar perfecto para lo que pretendía; el estuario se enredaba plegándose sobre sí para esconderse en un valle con colinas que lo salvarían de miradas indiscretas.

No le costó dar la orden, los *knerrir* fondearon y los *drekar* se adentraron en la bahía. Algunos hombres se echaron al agua con cabos para, apoyándose en las orillas del Mero, guiar las maniobras de remonte al marcar los virajes apropiados gracias a la tensión de las cuerdas que llegaban hasta los navíos.

Cuando la noche ya amenazaba por el este, los barcos más rápidos y ágiles de la flota estaban escondidos en el río, aguas arriba de los remansos salobres, e incluso aquellos que, por falta de espacio, habían tenido que fondearse en la misma desembocadura estaban ocultos para los cargueros que permanecían en la cola del estuario.

En las orillas del río algunos de los normandos que habían echado pie a tierra se

preparaban para la noche. En las hogueras se rustían las piezas que las partidas de caza habían conseguido antes del ocaso, y muchos bebían sin mesura entre eructos y fanfarronadas llenándose las narices de los aromas de la carne asada. Otros afilaban sus hachas y espadas, algunos apretaban los aretes metálicos de sus *brynjas*, muchos se lanzaban pullas cuestionándose mutuamente la virilidad, el valor o la habilidad con las armas, y las altivas respuestas siempre incluían brutales juramentos en los que los nombres de sus dioses se mezclaban con amenazas. Era evidente que se sentían a gusto, olían su presa como sabuesos frenéticos tras el rastro. Se preparaban para la guerra.

Y, mientras los hombres solo echaban en falta a algunas barraganas que sustituyeran a las usadas y famélicas esclavas, su *jarl* ultimaba los detalles de la trampa que tendía; rodeado por la élite de sus hombres y sentado al lado del mayor de los fuegos, hablaba por encima del crepitar de las llamas con el Errante.

—Cuando llegue el momento tendrás tu pago… Por ahora, hay algo que deberás hacer… —le dijo Gunrød con un suspense que parecía divertirle—. Debes convencerlos de que el resto de las naves ya han partido hacia el norte.

Y Weland empezó a comprender que su codicia lo había llevado hasta rincones que hubiera deseado no conocer.

Para Gutier fue un alivio saber que el obispo no pensaba llegarse hasta Adóbrica, pero aún lo fue más ponerse al fin en marcha y dirigirse al norte, aun teniendo que cargar con la ruda pareja de frailes que Rosendo había elegido para guardar en su nombre los barriles con el tributo, y que parecían dispuestos a dejarse despellejar en vida antes que separarse de la carreta.

Preocupado por todos los preparativos, el infanzón deseaba ponerse al cargo de sus hombres en las mesnadas cuanto antes, dudaba de la capacidad como estratega del conde Gonzalo y esperaba poder intervenir para evitar que el planteamiento del noble fuese inapropiado, especialmente después de lo que había visto desde la colina a la que había subido con Assur.

Por su parte, procurando no demostrar la inquietud que sentía, el muchacho intentaba mantener la compostura que sabía que su tutor esperaba de él.

El resto de los hombres afrontaban, cada cual a su modo, lo que se avecinaba, aunque todos compartían un cierto desagrado por haber dejado atrás la sencilla misión de escolta. A excepción de Nuño, eran gente curtida en la batalla y sabían que, se presentase como se presentase, lo que estaba por llegar no tendría nada bueno para ellos, al menos nada más allá de la supervivencia, ya que, en esa ocasión, ni siquiera tendrían tesoros sarracenos que saquear.

Ariolfo, que además del vicio del juego tenía la virtud de la transparencia, no dejaba de mirar los barriles.

—Olvídalo —le dijo Lope por lo bajo—, si no te mata ninguno de esos dos

frailes, lo hará Gutier…

Velasco, que se había percatado de la escena, sabía bien que Lope sembraba en barbecho su cizaña, conocía a Ariolfo, y aunque no dudaba de que las tentaciones estarían royendo las tripas del maragato, estaba seguro de que jamás traicionaría a Gutier. Al Boca Podrida sí, pero no a Gutier. De hecho, no podía imaginarse que alguien pudiese traicionar a Gutier.

Assur no encontró medios para evitar la decepción que sintió; influido por las historias de Jesse y las referencias a las temibles legiones romanas o a los sanguinarios hoplitas espartanos, lo que vio a su alrededor no era, en absoluto, como había esperado.

El grupo llegaba al Iuvia desde el sur, y descubría que el Boca Podrida, en lugar de optar por uno de los dos brazos de tierra que formaban la ría, había decidido asentarse en un otero que dominaba la misma desembocadura.

Sin más orden que el azar se dispersaban las tiendas, camastros improvisados, fogatas e incluso hombres de las fuerzas que había reunido el conde Gonzalo Sánchez. Unos perros famélicos se escurrieron entre los huecos libres y, quizá atraídos por el chirrido de las ruedas de la carreta, se acercaron hasta ellos, aunque salieron pronto corriendo con el rabo gacho en cuanto olieron a Furco. Había incluso un buhonero que, atraído por las mesnadas, se había unido al grupo y vendía a voz en grito toda clase de fruslerías.

Cierto era que también había algunos hombres entrenándose con la espada, unos cuantos se delataban como infanzones o caballeros por sus ropajes, y otros que, finiquitando el trabajo de los herreros tras fijar las afiladas puntas a los astiles, emplumaban flechas que juntaban en haces. Sin embargo, Assur había esperado mucho más de aquellos en los que confiaba para recuperar a sus hermanos.

Gutier, que supo ver la desilusión del muchacho, dejó las riendas de Zabazoque en manos de Velasco y se acercó hasta Assur.

—En las afueras del campamento siempre se queda la chusma. Hay hombres que merecen la pena…

Assur no dijo nada, aunque pensó que la estampa que le había ofrecido el campamento de los normandos era bien distinta.

—Anda, busca a Jesse. Yo me reuniré con vosotros en cuanto el conde se haga cargo de la maldita carreta.

Y así lo hizo el infanzón, aunque no regresó de buen humor.

El hebreo se había instalado, con algunos de sus tarros y cachivaches, en una tienda improvisada en el extremo opuesto del campamento, apenas unos palos que tensaban una malla de sombreo, aunque al menos se alejaba lo suficiente de la muchedumbre como para poder obviar el olor a humanidad y excrementos, además de servir como improvisada consulta.

Jesse había recibido al muchacho con alegría todavía descompuesta por el dolor del luto, pero alegría al fin y al cabo, y se había mostrado encantado con la charla distraída que le brindaba su pupilo mientras Furco sesteaba a los pies de Assur, ajeno al barullo de las mesnadas. De cuando en cuando, interrumpiendo la pobre conversación, algún paciente venía a pedir consejo sobre una herida menor, a que le ligasen una torcedura propia de los lances de entrenamiento, o a cambiar el vendaje de las ampollas que arrastraba desde hacía días. Sin embargo, con la aparición del infanzón, el hebreo buscó de inmediato una excusa para alejar al chico y poder hablar a solas con su amigo, deseaba tener noticias frescas sobre el futuro de la contienda, deseaba albergar la esperanza de volver a Monforte con su esposa en un par de días. Y, aunque había esperado ansioso el reencuentro con Gutier, la comprensión de su amigo no le evitó el disgusto que se le atravesó en el gaznate al conocer el pesimismo del infanzón por lo que se avecinaba.

Había llegado el día, pronto amanecería, y con el sol llegarían también los normandos.

Una niebla pesada brotaba de la ría como el aliento de un titán, alzándose perezosa y rodeando los bosques y peñascos de las orillas. La bruma abrazaba a los hombres con una humedad que se agarraba a sus prendas y los hacía sentir incómodos, como si su rocío fuese un dogal de funestos augurios, todos sabían que era el anuncio del caluroso y radiante día que se avecinaba, y todos sabían que el enemigo arribaría pronto.

Las desoídas quejas de Gutier no habían servido de mucho; el conde había dispuesto a sus hombres confiando solo en su criterio y esperando que la sorpresa fuese suficiente para garantizarle una victoria. El noble, convencido de que la ausencia del obispo le pondría en bandeja los dineros del tributo, no parecía dispuesto a prestar la atención merecida a la planificación de la batalla, como si razonase que bastaba con decirles a los nórdicos que no pensaba entregarles el pago para que se marchasen sin más.

Junto con Jesse, los impedidos, menestrales y herreros, y todos los que no estaban llamados a luchar, se habían quedado en el alto donde se había establecido el campamento. Los demás, los útiles para la guerra, se habían repartido.

Una pequeña fuerza, de apenas cien hombres, acompañó al noble hasta Adóbrica, moviéndose por el cabo más septentrional y con la intención de presentarse como embajada de buena voluntad ante los normandos. Y Gutier hubiera preferido estar allí, pero el cómite había querido que él se encargase del resto de las tropas, que debían distribuirse en el lado sur del estuario para emboscar a los nórdicos. Y el leonés había obedecido.

De hecho, Gutier no solo había acatado la orden de cubrir la parte meridional de la bahía, también había tenido que mantener una desagradable conversación a la

sordina con dos de sus hombres a fin de acatar lo mandado por el noble: junto a la pareja de frailes al servicio del obispo se movían Nuño y Lope, que habían recibido sus órdenes a través del infanzón. Si surgía la oportunidad, discretamente, en el fragor de la batalla, aprovechando la confusión, debían dar muerte a los religiosos y huir con los sueldos de oro, intentando pasar desapercibidos y escoltando al conde Gonzalo hasta lugar seguro.

Solo un puñado estaba al corriente de la codiciosa maniobra del conde Gonzalo, pero Gutier estaba seguro de que muchos se olían la perfidia.

Por mucho que le disgustase, la obediencia debida se imponía sin dejarle una vía de escape, de igual modo que cuando había tenido que involucrarse con la expulsión del obispo Rosendo o con la muerte del rey Craso. Y si había que hacerlo, aunque fuera con mala conciencia, el leonés deseaba hacerlo bien, por eso había confiado en la habilidad de Lope con el puñal y en la fuerza bruta del Mula.

En cuanto a Velasco, Gutier le había pedido que permaneciese a su lado para guiar a la infantería, por si los normandos llegaban a echar pie a tierra; y a Froilo lo había destacado con un pequeño grupo al que había mandado marchar más al sur para anticiparse ante la posibilidad de que los nórdicos dejasen barcos en la retaguardia, pues, aunque el conde no parecía dispuesto a admitir esa eventualidad, el infanzón deseaba tener ojos a sus espaldas.

El que faltaba del grupo que había partido del Bierzo, Ariolfo, se desayunaba ahora con cecina y pan duro mientras observaba el estuario con una expresión triunfal; había pasado el día anterior lanzando una flecha tras otra a la bocana de la ría, midiendo las distancias y calculando los tiros que los arqueros habrían de hacer para asegurarse, desde las líneas que se habían establecido, que harían blanco en los navíos de los normandos; y no había podido evitar aprovechar la jornada para cruzar apuestas que le habían permitido sanear un poco su maltratada bolsa, famélica por los envites de los dados.

Y con la mañana, entre la niebla, junto a Ariolfo y los hombres a quienes había estado instruyendo, un Gutier de aire circunspecto hablaba con un par de los infanzones que mandarían líneas de arqueros, y Assur, algo ausente, compartía su ración con Furco.

Allí, en el lado sur del estuario, impacientes, escondidos por los bosques y refugiados por la costa abrupta del extremo del cabo, se dispersaban el resto de los cristianos, conformando el grueso de las mesnadas del conde Gonzalo y listos para la batalla. En aquel terreno escarpado la tierra del cabo iba elevándose desde el interior para acabar formando un cerro que dominaba la bocana de la ría antes de hundirse en las aguas bravías del mar. Una atalaya que les aseguraba a los cristianos la buena posición que Gutier había querido aprovechar gracias a la habilidad de Ariolfo.

—¿Estáis seguro? —le preguntó el infanzón al arquero señalando con el mentón

uno de los haces de flechas que habían dejado preparados, a mano para permitir una rápida sucesión de disparos.

Ariolfo, que como atestiguaban sus ganancias sabía perfectamente que no todos los que usarían el arco tendrían su habilidad, no titubeó al responder:

—Sí, basta con que se usen las marcas y referencias que tomamos ayer. Si no se levanta el viento, no habrá fallos… Además, aunque las flechas embreadas tiendan a escorar, bastarán uno o dos blancos, la madera de los barcos suele arder como yesca, saldrá bien —concluyó con convicción.

Habían partido en cuanto la luz fue suficiente para no temer encallar en las trampas de roca de aquellas aguas traicioneras que, con sus bajíos plagados de peñascos, cercaban la costa.

Habían buscado las aguas más abiertas del golfo y, con rumbo nornordeste, habían dejado atrás la península del faro de Hércules.

El viento rolaba indeciso negándoles su ayuda, sin obligarlos a luchar con la deriva, pero haciendo flamear los trapos contra los cordajes de las cajetas y obligando a que algunas bancadas de los *knerrir* tuvieran que bogar para compensar. Aun así, avanzaban a buen ritmo y antes de que el sol levantase mucho más, llegarían a Adóbrica.

En el *knörr* que encabezaba la flota, Weland permanecía sentado en la popa, junto al codaste, mirándose los pies con aire ausente. Al lado del timonel esperaba mantenerse bien lejos de la proa, lo más lejos posible del *berserker* que Gunrød le había asignado para ejercer con él de perro guardián y que, a través de veladas amenazas, mantenía viva la intimidatoria coacción con la que el *jarl* deseaba asegurarse de que el Errante no encontrara en su conciencia remordimientos por la traición a sus nuevos amigos, los cristianos.

En ese y en el resto de la veintena larga de navíos los hombres se animaban y jaleaban a los que llevaban los remos, contentos de entrar en acción. Todos los que no estaban escondidos en las bodegas llevaban sencillas prendas de lana, muchos iban con el pecho al descubierto; no se veían lorigas o cotas, ni espadas, y solo unos pocos escudos en las amuras. A primera vista podrían haber pasado por una simple expedición de mercaderes, todo el material bélico estaba escondido en las bodegas y arcones, disimulando su verdadera naturaleza, aunque Weland sabía bien que no era así; las zonas de carga, y las mantas extendidas que disimulaban trampillas y bargueños, y todos los huecos posibles… No había plata ni metales, tampoco especias o madera, ni una sola cabeza de ganado, nada de valor. Todo había quedado atrás, escondido en la ría de Crunia, en apenas unos cuantos *knerrir*, panzudos y sobrecargados. Ellos no estaban pensando en el comercio.

Cruzaban el golfo de Ártabros, rielando apenas rumbo al Norte, con las abruptas líneas de tierra a la vista, entrando y saliendo en el océano de manera indecisa.

Doblaron punta Torella, dejando quedar a la derecha la ría de Brigantium y el estuario que formaba el Eume, donde Weland había oído hablar de un rico monasterio que había alcanzado el rango de Real Colegiata y en el que había pensado a menudo en los últimos días: si Gunrød lo traicionaba, buscaría un par de hombres con los que aliarse y asaltaría el cenobio, los tesoros de los religiosos serían suficientes para convertir en ricos a todos los de un pequeño grupo de asalto, y así podría asegurarse un porvenir en el norte. O donde fuera, pero dejando atrás un presente que deseaba convertir en pasado cuanto antes.

La mañana estaba cargada de un aire húmedo y pesado que reducía la visibilidad, sin embargo, aun desde su asiento en el gobierno del timón, Weland ya podía distinguir la verde lengua de tierra que se desprendía para formar el brazo sur del estuario del Iuvia y actuaba como un enorme rompeolas para el puerto de Adóbrica, en el lado norte de la desembocadura.

Cuando faltaban unas pocas millas, y ya discernían con claridad la mordaza que formaban los cabos del estuario, Weland ordenó que se redujese la marcha y el ritmo de las bogadas se volvió lento y pausado, dejando el trabajo para el suave viento, que apenas hinchaba el pujamen de las velas. Ante ellos, entre la niebla que empezaba a levantarse al calor del día, se veía el callejón de mar que se dejaba embudar y, al notar cómo la nave capitana aminoraba la marcha, todos los demás hicieron lo acordado: cesaron la boga y se dejaron mecer al pairo, justo frente a la bocana del estuario. Solo el de Weland se adentró en la ría, buscando el puerto de Adóbrica mientras los hombres a bordo miraban a su alrededor con suspicacia.

Pese a la niebla, Assur lo reconoció pronto, su vista era joven y su posición inmejorable. Parecía sentado al timón del primero de los *knerrir* y el muchacho esperaba que los vigías que Gutier había instalado más al sur ya hubiesen enviado recado. Él, aun con la impaciencia que sentía, estaba dispuesto a cumplir su cometido, incluso a pesar de que, internamente, sabía que el infanzón lo había mandado hasta allí para alejarlo del comienzo de la batalla si las cosas se torcían.

Escondido como estaba entre las rocas, no tenía miedo a ser descubierto, además, Furco lo esperaba obediente un poco más allá de la línea de la pleamar. Lo que sí le preocupaba era que sus flechas se mojasen. Tenía una obligación de vital importancia, señalar la entrada en la ría de los últimos navíos negros, aquellos que, incendiados y hundiéndose, deberían servir para retener al resto dentro del estuario.

Assur se dio cuenta de que algo no cuadraba, al adivinar sus siluetas entre los velos de la bruma contó apenas veintitantos barcos, y en ninguno parecía haber esclavos. Además, cuando estaba pensando en sacar el pedernal para prender la brea de sus saetas, observó atónito cómo los normandos detenían su avance y solo uno de sus navíos se adentraba en la ría. Assur temió que Weland hubiera fallado en su cometido de atraer a los nórdicos al interior de la ría.

El muchacho se estaba poniendo nervioso, no estaba seguro de lo que haría si el resto de los barcos no cruzaba la bocana, como había temido Gutier, y tampoco se le ocurría cómo avisar a su maestro de que no todos los navíos negros que habían visto en el Ulla habían navegado hasta Adóbrica. Dudaba si lanzar o no las flechas ardientes que debían servir de aviso a los arqueros cristianos.

Gutier, agazapado en las sombras del bosque junto a sus hombres, observaba la escena con preocupación evidente.

El navío normando avanzaba por la cuña de agua salobre arrimándose ya a la orilla norte para buscar el puerto. La delegación del conde, bien por delante del noble y los dineros, amurallaba el puerto con hombres armados prestos a lanzarse al ataque si así lo indicaba su señor.

El conde Gonzalo, montado a duras penas en un enorme caballo de batalla desde el que sus piernecillas colgaban ridículamente, observó cómo Weland avanzaba con parsimonia hasta la proa de la nave y cruzaba unas palabras con un normando de fiero aspecto que se cubría con un pellejo de lobo.

Weland habló con el *berserker* en cuanto se dio cuenta de que al lado del cómite había una carreta con dos frailes. Tenía que tratarse del dinero traído desde Compostela, y aunque el nórdico imaginaba que el noble intentaría huir con el tributo en cuanto tuviese una oportunidad, suponía que no se habría atrevido a no tener los cuartos allí, por si las cosas se torcían y tenía que simular el pago. Finalmente, resignado, sin saber muy bien a qué atenerse, ordenó arriar la gran vela cuadrada de lana. Era la señal que el resto de la flota esperaba.

Assur vio como los normandos comenzaban de nuevo a remar para obligar a los pesados cargueros a maniobrar y el muchacho se movió hasta sus flechas sacando el pedernal.

Gutier dio la orden y se prendieron los regueros de brea que, aprovechando taludes ensanchados del terreno, se habían preparado para que los hombres tuvieran fuego a mano con el que prender los venablos.

El conde Gonzalo miró una vez más a la carreta y a los frailecillos de rostro curtido que la acompañaban, y agradeció de nuevo la suerte de no tener a Rosendo vigilando sus pasos. Si surgía la oportunidad, se quedaría con el tributo.

Viendo el trapo de la nave de Weland arriado, los navíos normandos fueron entrando uno a uno en la ría con el único impulso de sus escasos remos mientras sus ocupantes, entre palada y palada, intentaban, con gestos disimulados, ir haciéndose con sus pertrechos.

Assur prendió la primera de las flechas ante el asombro asustado de Furco, que lo miraba inclinando la cabeza.

El último *knörr* cruzó la bocana y el muchacho, intentando no quemarse con las gotas de brea derretida que se deslizaban por el astil, disparó alto una sucesión de tres

flechas y salió corriendo hacia el cerro.

Gutier distinguió los trazos de gris anaranjado que la señal del muchacho bosquejó en la niebla y gritó las órdenes a los arqueros al tiempo que Ariolfo, al ver también los dardos de Assur, corría ya de una línea a otra recordando a los tiradores las referencias que habían estimado.

Ambos bandos habían dado sus señales, la suerte estaba echada.

Los cristianos de infantería esperaban ansiosos ajustando correajes y tahalíes, sobando los arriaces de las espadas y luchando con su nerviosismo.

El conde y unos pocos acólitos escuchaban sin demasiada atención las declaraciones de Weland, que, tras las amables palabras del reencuentro, les aseguraba que como signo de buena voluntad la flota normanda se había dividido. La mayoría había partido ya hacia el norte demostrando sus sanas intenciones de retirarse en cuanto se recibiera el pago. El conde incluso animó a los religiosos con gestos sonrientes para que acercasen la carreta con los toneles del tributo. Apenas unos pocos normandos habían echado pie a tierra cuando el conde Gonzalo vio el cielo surcado por flechas incendiarias. Era el momento.

El horizonte empezaba a clarear y la niebla, anticipando lo que vendría, parecía arredrarse.

Assur apuraba su marcha hasta quedarse sin aliento, deseando avisar a Gutier de que apenas treinta barcos habían entrado en la ría. Mientras esquivaba las ramas pensaba en los esclavos, era evidente que los normandos habían llevado al golfo una flota llena de guerreros y el muchacho se preguntaba dónde habrían dejado a los cautivos y si, como había predicho Gutier, los escasos cargueros anunciaban que pronto aparecerían más navíos para cercar a los cristianos desde el lado sur.

Los últimos barcos normandos que habían cruzado el estrecho empezaban a arder y el conde Gonzalo pensó que la suerte ya estaba de su lado, los descreídos no saldrían de la encerrona. Sin darle tiempo a la comitiva nórdica a reaccionar, el cómite puso en marcha su plan con un explícito gesto de su cabeza. El Boca Podrida, haciendo ya que su caballo empezase a recular, sonrió retorcidamente una vez más, henchido de mezquino orgullo.

Nuño no entendió bien el gesto de cabeza del noble, pero Lope sí lo hizo, en un instante desenfundó su daga y retrocedió desentendiéndose de la refriega que ya comenzaba al borde del puerto.

Froilo y los hombres que junto a él había destacado Gutier en el sur corrían tan rápido como para sentir que sus hígados se salían de sitio. Querían avisar cuanto antes, habían visto a una segunda flota normanda que cruzaba el golfo de Ártabros.

Tras la orden de abrir fuego, Gutier se dio cuenta con consternación de que en el estuario no había más que unos pocos navíos. Eran muchos menos de los que había visto en el Ulla, y aunque se concedió unos instantes para lamentar el haberse dejado

llevar por la señal del muchacho, se rehízo con premura y ordenó a Velasco que destacase a unos cuantos hombres a lo largo de la costa sur, en previsión de un desembarco a sus espaldas. Antes de tener que atender a sus propios problemas pudo ver cómo la lucha comenzaba en la otra orilla, el enorme caballo del conde destacaba mostrando cómo su jinete buscaba resguardarse en la retaguardia, luego concentró su atención en lo que estaba sucediendo en la ría.

Las referencias y consejos de Ariolfo habían dado sus frutos, la última media docena de naves negras ardía con altas llamas que se agarraban a los mástiles prendiendo incluso en las carnes de sus marinos. La bocana quedaría pronto bloqueada por armazones humeantes que apenas podrían mantenerse a flote.

Los normandos estaban reaccionando con una rapidez asombrosa, se habían dado cuenta de que en Adóbrica no había más que un centenar de cristianos y habían despreciado aquella lucha que entendían resuelta por unos pocos. Unos cuantos intentaban apagar los fuegos de a bordo con los cubos de achique, pero el resto ya empezaba a desembarcar en la orilla sur de la desembocadura. Se protegían con grandes escudos que habían sacado de los barcos, sobrellevaban las andanadas de flechas cubriéndose con las rodelas hasta que estas parecían puercoespines de púas erizadas. Para sorpresa de Gutier, de sus barcos parecía surgir un suministro inagotable de armas y escudos, además de normandos cargados con largas lanzas similares a los *pila* romanos que arrojaban con una fuerza asombrosa y que, si bien carecían del alcance de los venablos cristianos, causaban con sus impactos bajas mucho más seguras que las flechas de los hispanos, detenidas muchas veces por los abundantes escudos y las eventuales cotas de malla que muchos se vestían a toda prisa.

Pronto los arqueros cristianos se vieron obligados a dejar de prestar atención a los navíos normandos y tuvieron que buscar hacer blanco en los nórdicos que empezaban a correr desde la orilla. Los de infantería, aun con dudas y las deserciones de algunos labriegos reconvertidos, salieron de los bosques unidos, buscando el encuentro con los paganos.

En la orilla norte los hombres del conde formaron cerrando filas, no con la habilidad de una falange macedonia, pero sí con la práctica que las luchas por decenios contra los sarracenos habían proporcionado, se percibía que el conde había elegido a los más curtidos para proteger su lado de la ría. No había arqueros y se produjeron los primeros combates cuerpo a cuerpo, haciendo resonar las espadas con los enardecidos normandos, que parecían dispuestos a llevarse por delante a los cristianos con el simple arrojo enloquecido que arrastraban a la batalla. Muchos cargaban con sus escudos tachonados, entraban en las filas cristianas como un árbol viejo cayendo sobre un bosque, abriéndose camino con estruendo.

En la orilla meridional, Assur estaba ya cerca de la acción y se cruzaba con

arqueros que se movían buscando mejores posiciones y grupos de infantería que se enfrentaban a los demonios del norte. Entre los normandos vio a unos cuantos enloquecidos que corrían dando alaridos sin importarles si ante ellos tenían a uno o a diez cristianos, sus pieles y su actitud enfebrecida los delataba; el muchacho había oído a Weland hablar de ellos en más de una ocasión, eran los temibles *berserker*, que, influidos por misteriosos brebajes de hongos malditos, entraban en combate poseídos por trances místicos que los transformaban en frenéticos animales despiadados que no conocían el miedo.

Los frailes enviados por el obispo, que, aunque como bien había supuesto Gutier, eran hombres que conocían la guerra, no supieron ver la perfidia que los rondaba y, esperando que el mal les llegaría enseñándoles el rostro, no pudieron evitar la sorpresa cuando la daga de Lope les robó la vida mientras estaban pendientes de la lucha que comenzaba delante de sus narices. Sus puñales, ocultos entre los pliegues de los hábitos, ni siquiera llegaron a ver la luz de la mañana. A pesar de las advertencias de Rosendo sobre la bajeza del conde Gonzalo, no habían llegado a imaginar su final en medio de aquella batalla.

Gutier, que no tuvo tiempo de lamentar una vez más la mezquindad del cómite o sus propias acciones, gritaba órdenes concisas y exhortaba a los arqueros a tomar las espadas y reunirse con los de infantería en líneas por encima de las estrechas calas por las que avanzaban los demonios del norte, quería a todos los hombres juntos para ofrecer una barrera infranqueable. Y quería acabar cuanto antes con los que habían entrado en el estuario, estaba seguro de que llegarían más y sabía que necesitaría a todos en el lado sur cuando llegase el momento. Pero cuando el muchacho llegó se distrajo.

—¡No han venido todos! —gritó Assur en cuanto vio al infanzón—. Son apenas treinta…

Gutier solo asintió.

—Quédate a mi lado —ordenó con gesto severo, ya girándose hacia la costa.

Assur hubiera deseado comentar que no había visto a los cautivos, pero pronto se dio cuenta de que no era el momento de ser egoísta y, haciéndose con un manojo de flechas de los haces que habían estado a disposición de los arqueros, se reunió con el infanzón y animó a Furco a seguirlo manteniéndose pegado a sus piernas.

Muchos descendían hacia el estuario, dispuestos a enfrentarse al desembarco nórdico. Y Gutier los refrenó y obligó a sus hombres a ordenarse en las posiciones más elevadas.

En el lado norte Nuño obedecía a Lope y hacía que los pollinos avanzasen siguiendo al conde, que, tras haber llamado a su lado a un grupo de infanzones de su confianza, se había puesto en marcha hacia el este, hacia el campamento, dejando con presunción inocente la lucha en manos de sus mesnadas. Ahora que varios de los

navíos negros ya se habían hundido y sin frailes que contradijesen su versión de los hechos, rodeado de hombres cuyo silencio sabía garantizado, le bastaría argüir que la batalla se había desencadenado tras la entrega del tributo.

El viento seguía escondido en mar abierto y Gunrød gritaba una y otra vez, quería que los suyos se despellejaran las manos remando, ya faltaba poco y como bien sabía el *jarl,* sus rápidos *drekar* de guerra, al contrario que los lentos *knerrir*, basaban su velocidad en la fuerza bruta de sus bogadas. Había visto flechas embreadas surcar el cielo en amplios arcos, desmadejando la niebla, y había supuesto con acierto que eran señales de los cristianos, todas ellas habían partido del lado del cabo sur más cercano al mar, desde un cerro con vegetación rala que despuntaba entre las rocas, cubierto por el verde del bosque. Ordenó a sus timoneles virar a estribor, si desembarcaban hacia el este, justo en la confluencia con tierra firme, tendrían a los hispanos acorralados, sin vía de escape. Hacia ese lado, a la sombra de uno de los muchos oteros de aquella accidentada tierra había una cala perfecta, lo suficientemente amplia como para dar cabida a la mayoría de los suyos. Muchos ya habían buscado otros lugares, pero dio órdenes que se gritaron de uno a otro barco, aquel debía ser el lugar en el que se concentrasen las fuerzas.

Assur veía cómo la arena de las pequeñas playas y los eventuales roquedales entorpecían los movimientos de los nórdicos que ya habían desembarcado sin que estos perdieran un ápice de su arrojo. Se dio cuenta pronto de que hacía falta mucho más que valor para tener fe en salir victoriosos de un desembarco frente a un enemigo que esperaba en tierra firme, dispuesto a disparar sin piedad una andanada de flechas tras otra. Los nórdicos caían, y aunque en el cuerpo a cuerpo eran, sin lugar a dudas, mucho más hábiles con sus hachas y espadas que la gran mayoría de los cristianos, la batalla empezaba a decantarse.

Un hatajo de normandos descolló de entre las líneas hispanas, se acercaba al grupo que, junto a unos pocos arqueros, formaban Gutier y Assur.

Furco, tranquilo hasta ese momento, bajó la cabeza y arrugó los belfos gruñendo. Assur asentó los pies y, clavando las flechas en la tierra ante sí con un gesto de muñeca, eligió una que montó en la cuerda del arco después de repasar el emplumado con dedos cuidadosos. Apuntó con esmero. Y el primero de los nórdicos, un musculoso rubio que gritaba el nombre de Odín, se paró en seco al recibir el impacto del venablo en el pecho. El resto se acercaba. Otro de los paganos cayó por una flecha amiga.

Gutier desenvainó, preparándose para el encontronazo, y algunos de los hombres lo imitaron. Assur se olvidó del arco y desenfundó la daga echando de menos tener su propia espada.

El muchacho no disfrutó del lujo del miedo, todo fue demasiado rápido. Antes de llegar a asumir lo que pasaba, unos y otros se enzarzaron. Era un caos de gritos entremezclados.

Assur esquivó un rápido mandoble de un normando al que, mientras el muchacho fintaba, Furco mordió con brutalidad en un muslo. El chico reaccionó por miedo a

que hirieran a su animal; el nórdico bajaba su espada de nuevo con la intención de dañar al lobo y Assur lo rodeó para, como le habían enseñado, clavarle la daga buscando los riñones. La hoja entró con facilidad y Assur notó como la guarda detenía su mano; cuando el filo entero se escondió en la carne del normando, Assur la giró con todo el ímpetu del que fue capaz y escuchó como el hombre resollaba al tiempo que Furco, habiéndose echado atrás, se preparaba para saltarle al pescuezo. El muchacho volteó la daga en sentido contrario y tiró de ella con todas sus fuerzas dejando que una sangre oscura y espesa manase de la espalda del hombre, que se derrumbó con la vida justa para mirar con odio al chico que había sido capaz de vencerlo.

Furco se tiraba ya sobre otro normando que ponía en apuros a Gutier con salvajes envites de un hacha gigantesca y Assur, tomando la daga por la punta, repelió el asco que sintió al notar la sangre caliente y viscosa en sus dedos para, recordando las explicaciones de Lope, lanzarla contra el nórdico.

El puñal le acertó al normando en el hombro, y aunque la herida no era de importancia, sirvió para que su guardia bajase el tiempo suficiente. Gutier lo aprovechó y descargó su propia espada entre el cuello y el hombro del pagano. La sangre manó a borbotones y, dejando caer el hacha, el nórdico echó mano al tajo para contenerla inútilmente.

Assur ya se revolvía buscando otro blanco, pero se dio cuenta de que los normandos no conseguían salir de las pequeñas playas, luchaban con fiereza, pero no avanzaban.

En el norte, los pocos que habían desembarcado habían sido despachados ya, y aunque las bajas en las filas cristianas eran importantes, las dos docenas de supervivientes de las mesnadas del conde se movían hacia el este para rodear la ría y acudir a ayudar a los del cabo sur, que se veían más apurados.

Weland, que había intentado evitar enfrentamientos directos, se había percatado de los movimientos del conde y seguía al tributo desde una distancia prudencial, dejando atrás la batalla del puerto y preocupándose únicamente de recuperar los caudales cristianos. El *berserker*, después de abrirse camino despachando con facilidad a media docena de hispanos, lo acompañaba como su propia sombra, y el Errante se planteaba sus posibilidades en un enfrentamiento directo.

Assur tomó la espada perdida por el primero de los normandos y sosteniéndola con esfuerzo se allegó a Gutier llamando a Furco cuando uno de los escuderos que conocía del castillo se acercó corriendo.

—¡Llegan más! Desde el mar, por el sur.

A Gutier, al que no cogían por sorpresa las noticias, le bastaron unos instantes para gritar unas cuantas órdenes, buscó a Ariolfo por los alrededores, y lamentó encontrarlo, el maragato yacía muerto con un brutal tajo de hacha por el que

asomaban entrañas rosadas, caído junto a un pino tronchado a veinte pasos a su derecha; una de las lanzas normandas le sobresalía del pecho con el asta rota.

—Baja a las playas y dile al primer infanzón que veas que deben aguantar, que no retrocedan —le gritó al escudero.

Gutier sabía que ahora comenzaría la parte más dura. La batalla en el puerto ya no era más que un rescoldo, pero en su lado de la ría la lucha amenazaba con parecerse al mismísimo infierno.

El sol estaba alto, faltaba poco para sexta, de la niebla ya solo quedaba el calor húmedo que hacía el mediodía pegajoso, y mientras las gaviotas empezaban a pelearse por los cadáveres Gutier tuvo la certeza de que si las mesnadas no aguantaban el envite de los normandos por el norte, el lado de la ría, sus hombres, atrapados por dos flancos, se verían condenados. El peor escenario posible se había desencadenado y Gutier lo lamentó profundamente, no por él, y no tanto por sus hombres, condenados por la codicia mezquina y egotista del conde; lo lamentó, sobre todo, por el muchacho.

Entre la pendiente y el peso, la marcha de los borricos se hacía demasiado lenta para el gusto del conde; pero en ningún momento llegó a entender que aquella parsimonia de los jumentos podría traerle problemas. Estaba ensimismado, su mente andaba ya ocupada inventando su versión de la historia para el obispo y la casa real. Había visto el comienzo de la batalla y la gran cantidad de naves nórdicas que ardían en el estuario sería la excusa perfecta, tan convencido estaba de la victoria de sus mesnadas que no llegó a plantearse lo que sucedería en caso de una derrota.

E, inevitablemente, gracias al trote cansado y corto de los pollinos, sin permitirle al Boca Podrida rematar sus ensoñaciones, Weland y el *berserker* alcanzaron al grupo; y sin darle tiempo al Errante a abrir la boca o sugerir una estrategia, el escolta de Gunrød se lanzó como un demonio surgido de las tinieblas sobre los infanzones que guardaban al noble. Haciendo justa la fama de los de su clase, le bastaron unas pocas arremetidas para dejar tras de sí un amasijo de miembros sajados y una caterva de hombres rudos convertidos en plañideras que se sujetaban muñones o simplemente morían.

El carro se detuvo con un último chirrido, los asnos rebuznaron asustados desorbitando sus ojos, y el conde, tras echar una mirada por encima de su hombro, azuzó a su montura hasta el galope con una expresión de terror evidente cruzándole el bigote y su aliento apestoso escapándose ante él empujado por grititos nerviosos. Nuño palmeó el cuello de los pollinos cariñosamente, procurando calmarlos, y se encaró al salvaje normando tras persignarse y agradecer al señor la oportunidad de venganza que se le brindaba. Lope, práctico como era, dejó al gigantón enfebrecido para su compadre y entornó los ojos intentando adivinar las intenciones de Weland, desenfundó el puñal y se preparó.

Nuño y el *berserker* arremetían ya el uno contra el otro con poca técnica y enorme fuerza, acabaron pronto sin armas, arrancadas de sus muñecas por las salvajes estocadas; luchaban a puñetazo limpio, intentando hacer presa el uno en el otro. Sus brutales golpes resonaban haciendo chirriar los dientes de Lope, que de solo oírlos imaginaba el desaguisado que cualquiera de aquellos cuatro puños hubiera hecho en sus escasas carnes.

El Errante solo se tomó un momento para observar la encarnizada pelea. Los dos combatientes habían comprendido pronto lo parejo de sus fuerzas y, como su tamaño les privaba de la resistencia para un largo enfrentamiento, ya se limitaban a girar uno en torno al otro con los brazos caídos, resollando como caballos extenuados maltratados por igual. Las señales de la lucha eran evidentes en ambos: pómulos abiertos, cejas sangrantes, labios partidos y narices aplastadas; y en el torso inmensos cardenales que daban fe de la enormidad de su fuerza.

Nuño escupió un salivazo sanguinolento y se hurgó un momento en la boca hasta soltar una muela que el *berserker* le había aflojado de un cabezazo en la mejilla. Aprovechando el gesto, el nórdico se le echó encima y el Mula lo recibió con los brazos abiertos, el impacto sonó como el de dos bucardos luchando a cabezazos en época de celo. Se atraparon el uno al otro con abrazos de oso, intentando romperse mutuamente el espinazo al tiempo que roncos gruñidos de esfuerzo les rasgaban las gargantas.

—¿Venís a lo que mal pienso o pienso mal porque venís? —preguntó Lope a Weland sin perder su cínica sorna.

Pronto fueron dos las parejas que luchaban y en una los combatientes resultaban parejos por la extenuación y fuerza que compartían. Pero en la otra la comparación era insana, Lope era mucho más ágil y extremadamente diestro, sin embargo, se enfrentaba a una inamovible montaña. En breve solo dos de los cuatro hombres quedaron en pie.

A Weland no le había costado mucho deshacerse de Lope, el habilidoso luchador no había podido anteponer sus mañas, y la rápida daga no había servido de mucho al medirse con la apurada hoja de la enorme espada del Errante. Habían bastado media docena de lances para que la muñeca del hispano se rompiese con un ruido sordo dejándolo sin guardia. Weland lo había rematado piadosamente.

Unos gritos rompieron la concentración del Errante, que, con la cabeza gacha, honraba la memoria del cristiano. El conde, demostrando que un jinete con tan poca gracia y tamaño no debería elegir jamás una fabulosa montura britana, berreaba unos cientos de pasos más allá, caído del caballo y sujetándose la pierna, rota en un ángulo extraño. El noble se revolvía como podía mientras su semental galopaba hacia el horizonte, probablemente tan cansado del cómite como todos los que se habían visto obligados a su compañía durante un tiempo.

Weland sonrió con cinismo recordando el terrible aliento del noble y compadeciéndose de la montura. Aunque no tuvo mucho tiempo para divagar, el Mula lo esperaba.

Los dos guerreros se miraron calibrándose y el normando agradecía estar fresco en comparación con su contrincante, que si bien había sido capaz de quebrarle el pescuezo al *berserker*, había quedado muy mal parado: le costaba respirar por la nariz rota y sangraba profusamente por un corte en una ceja, además, tenía el ojo derecho amoratado y tan hinchado que apenas podía ver a través de la rendija ensangrentada de sus párpados inflamados.

Fue injusto y rápido. Y Weland tuvo la conmiseración suficiente como para darle una muerte digna, merecedora del orgullo de los dioses. Antes de terminar con el cristiano le dejó coger lánguidamente el hacha que había pertenecido al *berserker*, porque pese a la fe del otro, el Errante estaba seguro de que una valquiria recompensaría su valor y vendría a buscarlo, y Weland quería que la mítica mujer encontrara al hispano blandiendo un arma en el campo de batalla, como le era debido. Incluso le dedicó una plegaria a Freya por Nuño.

El conde pidió clemencia chillando histéricamente en cuanto vio a Weland acercarse.

—En el norte jamás hubierais ostentado poder alguno, os hacían mucho dalgo, viviendo del nombre de vuestro padre, y ninguno merecíais. Sois débil, mezquino y cobarde.

Y a pesar de las súplicas del noble el Errante no tuvo piedad y se dejó llevar por el odio acumulado en años.

Al cómite no le dio una muerte honrosa, le abrió las tripas de un tajo y lo dejó lloriqueando a esperar una dolorosa y lenta agonía en la que pudiese oler su propia inmundicia saliéndole de las entrañas.

Sintiéndose extrañamente liberado y hastiado, puso rumbo al Sur, animando a los pollinos a avivar el cansado paso. Si no perdía el tiempo podía esperar llegar a la ría de Crunia antes del anochecer y, con suerte, una vez allí convencer con oro a algunos de los hombres que habían quedado al cuidado de los esclavos y la carga; si aceptaba repartir los cien mil sueldos del tributo, estaba seguro de que podría hacerse con un barco y una tripulación con los que huir.

El calor ya apretaba y la batalla seguía indecisa como una mujer caprichosa ante el muestrario de joyas de la manta de un calderero. Lo intrincado del terreno y los distintos frentes hacían languidecer la lucha, el cansancio de los hombres resultaba patente. La hora sexta ya amenazaba con cumplirse y el bochorno apretaba las gargantas sedientas de los luchadores.

Escaramuzas sueltas tenían lugar aquí y allá. Sin una planicie que facilitara las grandes formaciones de combate los hombres de ambos bandos se enfrentaban donde

podían, esparcidos como semillas sembradas al viento a lo largo del istmo que unía el cabo sur de la ría del Iuvia con tierra firme. Y Gutier, preocupado por los refuerzos nórdicos llegados desde el mar, se esforzaba por concentrar a las fuerzas cristianas en un claro elevado que miraba a la playa en la que estaban desembarcando la gran mayoría de los demonios del norte.

El fluir continuo de combatientes frescos inquietaba al infanzón, era evidente que aun considerando que ambos bandos hubieran sufrido bajas similares, los nórdicos contaban, además de con la superioridad numérica, con refuerzos continuos que alimentaban su retaguardia.

Froilo y los suyos llegaron por fin, abriéndose camino hasta el grupo de Gutier y Assur. No hicieron falta palabras, a su alrededor tenían las explicaciones que hubieran podido necesitar, los hombres se arrejuntaron prestos para la lucha. Eran poco más de una veintena, y a excepción de Assur, que solo disponía de su arco y su daga, el resto iban fuertemente armados, y aunque la partida de Froilo acusaba el esfuerzo de la carrera respirando con pesadez, todos estaban indemnes y lo bastante frescos como para anteponer el valor al temor.

—¿Qué, muchacho?… Negro como el culo de un sarraceno, ¿eh?

Assur miró a Froilo de reojo, sin dejar de prestar atención a un grupo de normandos que avanzaba hacia ellos, pero no dijo nada. Fue Gutier el que habló:

—¡Corre! Pasa la palabra —le dijo a Assur—, busca a todos los que puedas y diles que nos reagrupamos ahí, en la loma. —Y le indicó con la punta de su espada el cercano altozano que se levantaba tierra adentro y que dominaba la cala donde más *drekar* se acumulaban—. Si encuentras algún escudero o mozo de espadas repíteselo, que lo pasen a su vez.

Gutier se daba cuenta de que solo como un grupo compacto dominando un terreno delimitado podrían aguantar las avalanchas del desembarco normando. Razonaba que debían aprovechar sus recursos y enfrentarse a los nórdicos a medida que ponían pie a tierra.

Assur había oído a Jesse contar historias sobre muchas batallas y captó enseguida lo que le pedía su maestro. Tras ordenar a Furco que lo siguiese se puso en marcha.

—¡Vamos! A la loma —gritó entonces Gutier moviendo todo su brazo en un amplio gesto que invitaba a los hombres a cubrir la escasa distancia.

—¡Corred, malnacidos! Como si el demonio os estuviese llenando el trasero de coces —increpó Froilo siguiendo las órdenes de Gutier.

En cuanto empezaron a llegar los hombres, Gutier ordenó las filas cristianas marcando relevos gritados a viva voz para que la media centena escasa de combatientes que tenían espacio para luchar codo con codo entre las rocas, árboles y peñas que flanqueaban el pequeño otero tuvieran la oportunidad de mantenerse frescos.

Llegaron algunos arqueros que Gutier mandó situar a su espalda echando de menos el buen hacer de Ariolfo, gracias al cual, estaba seguro, los disparos hubieran sido mucho más certeros. Sin embargo, la tentación de desfallecer los rondaba, la marea nórdica parecía inagotable y los *drekar* se amontonaban en la arena a medida que más y más iban llegando.

Gunrød, como correspondía a un *jarl* de su posición, fue uno de los primeros en echar pie a tierra, abandonando el *langskip* con un gesto ágil gracias a lo liviano de su loriga de cuero. Al contrario que los hombres de los cargueros, que se habían visto obligados a disimular, los refuerzos normandos habían llegado a la costa cristiana con todos sus pertrechos, y buscaron víctimas en cuanto sacudieron el agua de sus botas.

Después de asegurarse de que los suyos se organizaban en el desembarco, el *jarl* llamó a los más ágiles de entre los que reconoció en derredor para que fueran a explorar las cercanías, quería conocer las posiciones de los cristianos, quería estar al corriente de lo que había sucedido en el cabo norte y quería, en suma, saber a qué atenerse para dilucidar la estrategia a seguir.

En un principio todo parecía ser simple caos, después de que hubiesen repelido con cierto éxito la acometida de los *knerrir* en el norte, los de ambos bandos se mantenían dispersos, luchando cuando se encontraban y llenando los bosques de gruñidos y gritos de batalla entre los que se colaban tintineos y chasquidos metálicos que ponían de manifiesto los cruces de espadas y hachas.

Mientras a su espalda los suyos seguían surgiendo de las naves, Gunrød avanzó rodeado de sus *berserker*, que tras haberse bebido hasta la última gota de sus místicos brebajes de hierbajos y hongos aullaban como animales rabiosos agitando en su carrera las pieles de lobo y oso con las que se cubrían; ya a bordo habían empezado a gritar, excitados por el aroma a sangre y muerte que anticipaban, moviéndose tanto como para suponer un riesgo de zozobra, mordiendo sus escudos con ojos desorbitados, como perros de pelea que se revuelven en su correa, ansiosos por verse liberados para azuzar a un verraco acorralado por cazadores. El *jarl* sabía que no eran la fuerza más ordenada con la que podía contarse, y que si no se tenía cuidado, en su frenesí alucinógeno, incluso podían volverse contra sus propios hombres, pero su pasado lo obligaba a tener en alta estima a los terribles guerreros.

Y no lo decepcionaron. Los *berserker* encontraron a un grupo de cristianos que reculaba ante las arremetidas de tres normandos. Entre unos y otros despedazaron pronto a los hispanos mientras Gunrød recibía las primeras noticias de los exploradores, que comenzaban a regresar para informar a su señor de los inciertos resultados.

Nada se sabía del tributo o de Weland, al otro lado de la ría todo parecía haber terminado, sin embargo, el *jarl* miraba a su alrededor con optimismo. Aunque no parecía haber nada decidido, estaba seguro de que los débiles cristianos aunarían

antes voluntad para caer de rodillas y rezar a su pusilánime dios que redaños para enfrentarse a los hombres del norte. Cuando todos estuvieran muertos, ya se ocuparía del Errante y el pago.

A su lado pasaban de largo las tripulaciones de los *drekar* a medida que desembarcaban, jaleando barbaridades y llamando a sus dioses, y Gunrød gritaba órdenes secas para esparcir a sus hombres en el terreno que podía ver a su alrededor, formando líneas dispersas que le permitiesen asegurar que los cristianos no pudieran llegar a sus navíos. Cabía asumir las pérdidas de los *knerrir* en el estuario, ya lo había anticipado, pero no estaba dispuesto a perder más barcos y quería cerciorarse de que, además de descuartizar a los hispanos, sus hombres no dejaran sin defensas a los *drekar* varados.

Gunrød lamentaba el calor que crecía espesando el ambiente, lleno del salado y penetrante aroma del océano, sus hombres eran gentes de nieve y frío, y se verían afectados por el bochorno antes que los cristianos, quería acabar con ellos sin darles tiempo a reaccionar ordenadamente.

Sin embargo, los hispanos se rehicieron antes de lo que el *jarl* esperaba, estaban organizándose peligrosamente en una loma descubierta, cercada de los bosques y peñascos del cabo, empezaban a agruparse y su posición dominaba el punto que había elegido para desembarcar.

Pronto los hispanos hicieron uso de sus arcos, las flechas cristianas empezaron a volar causando bajas, y unos pocos parecían haber conseguido arrimarse a alguna lumbre, parte de los venablos llegaban prendidos, buscando peligrosamente el maderamen de los navíos. El hombre que parecía llevar la voz cantante gritaba órdenes que llegaban al *jarl* con los regüeldos de la brisa y, aunque no entendía las palabras, Gunrød notó enseguida que aquel debía ser su objetivo, era el líder al que abatir para descabezar la amenaza. Aunque hubo algo que lo distrajo de sus razonamientos.

El maldito crío, el mocoso del lobo estaba allí, al lado de aquel hombre que parecía guiar a los débiles cristianos. Y Gunrød notó la rabia que crecía en él, aquel muchacho impertinente y su lobo sarnoso se le habían escapado de las manos, incluso arrastrando a un gordo y a una niña, y eso era algo imperdonable, una irrespetuosa demostración de osadía que debía castigarse. Mejor, si estaba allí, también se ocuparía de él.

Pero Gunrød conocía bien su papel como general de un ejército, primero se ocupó de sus naves; dio órdenes que debían pasarse: una vez desembarcados los hombres, un timonel y unos pocos debían permanecer en cada barco para volver a alejar los navíos de la costa y, fuera del alcance de los arcos cristianos, fondearlos con seguridad.

Luego, llamó a sus *berserker*.

El terreno se iba elevando, anticipando el valle que seguiría, los pollinos bufaban esforzándose por arrastrar la pesada carreta, y Weland miraba a su alrededor viendo con ojos melancólicos la belleza de la tierra que lo había adoptado, teniendo tiempo para detestar una soledad que llevaba a su mente hasta rincones que deseaba mantener ocultos.

Faltaba poco para el mediodía y se mantenía ocupado calculando la distancia y el tiempo necesarios para llegar a Crunia. El camino no era fácil, además de los desniveles hubo de cruzar varios ríos y regatos que se unían a la ría; de no haber sido por los pasos y vados que ya habían domado las fuerzas que habían acompañado al conde a Adóbrica, un hombre solo no habría podido guiar el tiro del carretón por aquellos lugares, y Weland se concentraba en cada paso procurando apartar las negras sensaciones que lo atenazaban.

Llegando al alto se desvió, había signos evidentes de que los hispanos habían elegido aquella zona elevada para acampar, y Weland deseaba evitar encuentros inesperados, por lo que tomó un sendero algo más accidentado que rodeaba la pequeña colina. Pronto la pendiente cambió y empezó a descender disfrutando de amplias panorámicas sobre la ría del Iuvia. Tenía la batalla a sus pies.

En el brazo de tierra del norte ya solo podía distinguir apenas un par de docenas de hombres, allí ya no quedaba más leña que cortar, excepto esos pocos rezagados, el resto estaban muertos o impedidos. Las gaviotas peleaban con los cuervos por la carroña.

En la bocana, cinco de los barcos negros se amontonaban con ya solo los mástiles ardiendo, apenas se veía humo y los restos calcinados de sus tingladillos eran batidos por el mar.

En el estuario en sí, una pareja de *knerrir* sobrecargados sorteaba navíos que seguían ardiendo por las flechas embreadas de los cristianos y, recogiendo a unos pocos que nadaban en las aguas frías, navegaban hacia el lado sur, hacia donde la batalla seguía.

En el cabo meridional todo era muy distinto, la acción se desarrollaba frenéticamente. Aunque Weland solo tenía una visión parcial, entre las rocas y los árboles había claros en los que se distinguían grupos de hombres luchando. Por lo que pudo apreciar, las *nornas* no se decidían, la muerte rondaba a los dos bandos por igual. Aunque parecía que los cristianos podían albergar cierta confianza. Con un movimiento inteligente, comenzaron a agruparse en una loma despejada que miraba a la cala principal que los normandos usaban para el desembarco, si conseguían asentarse y usar sus flechas podían tener una oportunidad, escasa, pero al menos suficiente como para albergar la esperanza de sobrellevar la superioridad numérica de los nórdicos. Sin embargo, los suyos reaccionaban, los rápidos *drekar*, mucho más maniobreros que los *knerrir* del norte, comenzaban a alejarse de la costa, poniéndose

más allá del alcance de los arcos cristianos en cuanto sus ocupantes echaban pie a tierra. Y, siguiendo las órdenes que Gunrød estaría dando, las inconfundibles manchas grises de las pieles de los *berserker* comenzaban a agruparse peligrosamente. Weland supo que los hispanos tenían el tiempo justo, si el *jarl* soltaba a sus bestias sin que los cristianos se hubieran reunido, sus posibilidades serían escasas. De repente Weland tuvo la desagradable certidumbre de que muchos morirían; de que sus amigos morirían.

Cuando el valle del Iuvia lo recibió, menguado por el estío, abandonó la carreta y los pollinos. Al vadear el río hubo algo del alma de Weland que se quedó en la escasa corriente, y el nórdico tomó una decisión de la que no llegó a arrepentirse jamás.

Gutier se dio cuenta de que los normandos reaccionaban: alejaban a sus barcos de la costa y se agrupaban en partidas. Era consciente de que tenía el tiempo justo para reaccionar.

—¡Los arqueros en filas de a tres de fondo! ¡Organizadlos! —le gritó a Froilo—. Que se coloquen detrás y nos cubran.

En cuanto el otro se puso manos a la obra, Gutier solo perdió un instante más para echar un último vistazo a los normandos, de entre los que un grupo vestido con pieles de animales empezaba a destacarse, corriendo hacia ellos y berreando con expresión fiera.

—Busca a otros mozos y escuderos, aseguraos de que no les falten flechas —le ordenó ahora a Assur al tiempo que señalaba a los arqueros que Froilo intentaba agrupar.

Quedaba poco tiempo, los *berserker* se acercaban y Assur recordó las historias que Weland contaba en la taberna sobre su barbarie y crueldad.

Y fue entonces cuando lo vio, el pelirrojo de la cara marcada, el demonio venido del norte, el hombre que había surgido de entre las llamas en las que se consumía la palloza en la que Assur se había criado. Allí estaba, exhortando a sus hombres a avanzar con gestos bruscos, mandando aniquilar a los débiles cristianos, pidiéndoles a sus lobos que no dejaran ni a uno solo de aquellos pánfilos con vida. Y los suyos lo seguían aullando como locos, era el *jarl*, su *jarl*, uno de los señores del norte y el responsable de todo.

Acarició la cinta que llevaba atada en su muñeca. Sintió como se avivaban las brasas de su odio.

Gutier estuvo a punto de repetir la orden, pero siguió la dirección de la mirada del muchacho y pudo imaginar lo que sucedía. Y en el fragor de la lucha, con el aplomo que era debido, Gutier habló calmo a la oreja del chico.

—Sé lo que piensas, pero no es el momento… Muchos dependen de nosotros, si fallamos, tendrán el reino a sus pies…

Dejó que sus palabras calasen en el muchacho antes de continuar.

—Ve, haz lo que te digo…

Assur miró al *jarl* una vez más, incluso tuvo la certeza de que el normando le devolvía el gesto y de que sus ojos se cruzaban camuflando un reconocimiento.

El muchacho tardó en reaccionar, sin embargo, Gutier tuvo que admitir que todo era perdonable.

—Voy —contestó al fin con gesto resuelto, rozando una última vez con las yemas de los dedos los cabos deshilachados del nudo que había hecho tanto tiempo atrás.

El infanzón miró en los ojos del crío, y vio el sordo rencor que destilaban, pero también se dio cuenta de que obedecería.

El chico echó a correr, su lobo lo siguió, y en sus gestos ágiles y pasos firmes el infanzón percibió la sangre fría con la que el niño que encontrara en el bosque se movía ahora, en medio de la descontrolada violencia de una batalla sin cuartel posible. No cabía duda, había aprendido a querer a aquel muchacho, no solo eso, había tenido que admitirse que era para él como un hijo del que sentirse orgulloso y admirado, un buen hijo.

La primera oleada de *berserker* fue terrible, alrededor de una centena de hispanos murieron antes de tener tiempo de reaccionar o antes de que Gutier pudiera imponer su buen criterio y organizarlos. De entre todos los normandos, aquellos eran los guerreros más extraordinarios, locos que seguían avanzando con flechas atravesadas en sus torsos o brazos mutilados sin importarles el dolor o la sangre. Cuando aquellos perturbados volvieron a arremeter contra el bloque cristiano, Gutier tuvo el tiempo justo de ver cómo ya no desembarcaban refuerzos de los navíos nórdicos. Se había acabado y tendrían que medirse los unos con los otros. No había más tela que cortar. Y aunque calculó que la proporción se había reducido un tanto, favoreciéndolos, a primera vista las cosas no pintaban bien; Gutier estimó que debían de ser alrededor de trescientos defendiéndose frente a unos quinientos. Cada bando con una ventaja estratégica sobre el otro, los cristianos no podían echarse atrás porque cederían el control de la loma y abrirían ante ellos camino para los nórdicos; tampoco podían maniobrar con soltura, aunque eso también los salvaba de ser rodeados; y los nórdicos tenían tras de sí el océano, pero en él estaban sus barcos, una vía de escape segura, pero que, ante la cercanía de los arqueros hispanos, no podían usar sin asumir riesgos enormes.

Como en los juegos de guerra que habían llegado de Oriente, todas las piezas estaban dispuestas en el tablero, y había que empezar a moverlas.

El comienzo fue brusco y sangriento. Después del ataque de los *berserker*, Gutier siguió usando el ejemplo romano y mantuvo a los arqueros cubriendo a sus hombres al tiempo que los de primera línea eran relevados por otros que habían tenido un rato de descanso. Los nórdicos, mucho menos organizados, pero mucho más diestros en el combate individual, masacraban esas primeras líneas frescas que el infanzón se

empeñaba en mantener, pero iban sufriendo sus bajas.

Cuando la tarde comenzaba, el ritmo de los enfrentamientos se redujo y ambos líderes empezaron a darse cuenta de que tenían otros problemas que resolver además de las estrategias bélicas. El hambre y la sed empezaban a hacer mella, el día se estaba haciendo eterno e iba a hacer falta un golpe de efecto irreversible para cambiar definitivamente las tornas de la batalla y que la balanza inclinase su fiel a uno u otro lado cuanto antes. Gutier empezaba a temer que la lucha se convirtiese en un asedio, y la perspectiva de pasar una noche inquieta con centinelas y vigías amenazados por los nórdicos no le agradaba en absoluto.

En una de las falsas pausas que brindó el cansancio de los hombres, Gutier se sentó junto a Froilo y permitió que Assur los acompañase.

—Esos hideputas son duros —dijo Froilo—, sobre todo esos gigantones desharrapados que llevan pieles mugrientas… Sobre todo esos… Prefiero a los moros, ¡se dejan descuartizar sin tanto revolverse!

Froilo rio su propia gracia con gusto, aunque a Gutier las carcajadas le sonaron huecas, como una olla siseando vapor, sencillamente un modo de liberar tensión acumulada a lo largo de un día que se estaba haciendo angustiosamente interminable.

—Se llaman *berserker*, y sí, son temibles… —comentó Assur—. Cuando no están combatiendo incluso los suyos los repudian…

Gutier también había oído a Weland hablar de aquellos guerreros terribles, sin embargo, otras ideas le rondaban la cabeza y se decidió a intervenir en la huera conversación.

—Hay que descabezarlos, tenemos que acabar con ese pelirrojo malnacido de la cara marcada.

Aquellas palabras hicieron que Assur irguiese el rostro de un modo que le recordó a Gutier los gestos de Furco, casi le pareció ver cómo las orejas del muchacho se alzaban. Sin embargo, el chico se comportó como debía, no dijo nada y esperó a que los adultos terminasen su conversación.

—Pues no va a ser fácil, sería más sencillo atrapar un pedo que a ese malnacido… —aseguró Froilo con una amplia sonrisa.

Callaron por un rato. Assur bajó el rostro y acarició a Furco en el lomo haciendo al lobo gruñir satisfecho.

—Puede que no… —aventuró Gutier.

Los otros dos miraron al infanzón intrigados.

—Puede que si la pieza es jugosa él mismo se acerque a cobrarla… —dijo Gutier mirando con marcada intención a Assur—. Es él, ¿verdad?

El chico tardó en responder, y cuando lo hizo se limitó a asentir con un ademán adusto.

—Sí, y estoy seguro de que me ha visto… Me ha reconocido… —concedió al fin

Assur.

Gutier lo miró muy seriamente, sabía que no había mucho más que decir, el muchacho había comprendido y de él debía depender la respuesta.

—¿Qué queréis que haga? —preguntó al poco Assur con expresión convencida.

Y Gutier, lleno de orgullo, le explicó lo que pretendía.

Froilo lanzó un ataque desesperado, guiando a unos pocos en un acto que rozó lo suicida con suficiente honestidad como para arrastrar a gran parte de las huestes normandas hacia ellos, temerosas de verse desbordadas por aquellos arrojados cristianos que en nada parecían valorar su vida. Gutier, dejándose ver con disimulo, repartió pellejos vacíos entre los mozos y escuderos haciendo aspavientos con claros aires de urgencia. El último de los odres se lo dio a Assur.

El mayor de todos ellos no llegaba a la quincena, sin embargo, ni uno solo protestó, los muchachos marcharon hacia la desembocadura, como si fueran a llenar de agua del Iuvia los pellejos. Cada cual siguió un camino, escurriéndose entre los árboles y dando a entender que las fuerzas se dividían para que, al menos uno, consiguiera regresar. Assur fue el que menos se alejó antes de meterse en el bosque, y se aseguró muy bien de que Furco caminase a su lado. Se escondían en peñas y troncos lo justo para fingir, pero no tanto como para que los normandos no los viesen. Ni él ni Gutier podían estar seguros de si el cebo resultaría atractivo, y Froilo, que solo sabía de la historia de Assur detalles sueltos, se limitó a obedecer; aunque el muchacho deseaba con todas sus fuerzas que el *jarl* cayese en la trampa.

Cuando los mozos se fueron, Gutier se entretuvo un buen rato con los arqueros, aparentando que ordenaba sus filas y dando a entender que le preocupaba el cómo mantenían su formación. Cuando pudo se escabulló por el lado opuesto de la loma que los hispanos dominaban y, resguardándose en el bosque, viró hacia tierra adentro, tras Assur.

Como siempre, el único libre de la tensión de los nervios era Furco, que trotaba feliz al lado de su amo sin involucrarse en la emboscada que se preparaba. Caminaba por entre los árboles justo un paso por detrás del chico, esforzándose por no dejarse llevar por los atrayentes aromas que venteaba y cumpliendo su cometido como le habían enseñado.

El primero en aparecer fue el moreno larguirucho de interminables brazos, que apuntó al chico con su gran espada; Assur lo reconoció al instante.

—Ok þar hofum vér á ný hina hugrokku rottu!

Furco se contuvo únicamente porque su amo se lo ordenó en voz calma y queda.

Assur vio que otros dos hombres habían seguido al espigado normando, pero en lugar de temer el resultado de la confrontación que se avecinaba, lamentó no ver allí a Gunrød.

—Ek… Ek óttast þik eigi —le dijo Assur en el vacilante nórdico que había podido

aprender gracias a Weland. Y era casi cierto, casi no le tenía miedo.

El muchacho contuvo una vez más a su animal conminándolo a estarse quieto y, tras dejar el pellejo vacío en el suelo, respiró hondo al tiempo que armaba su arco con una de las flechas que él mismo había recuperado del campo de batalla. Había poco más de treinta pasos, y muchas ramas bajas que se interponían en el camino que habría de seguir la saeta, sin embargo, Assur sabía que, si los suyos no llegaban a tiempo, tendría margen para hacer uno o dos disparos, y no pensaba desperdiciarlos.

Cuando encaraba ya el culatín de la flecha, las cosas cambiaron.

—*Hann er minn!* —rugió una voz desde más allá de los normandos.

Allí estaba, el *jarl*, el demonio pelirrojo de la cara cortada. Gunrød. Reclamando para sí la pieza.

El nórdico avanzó y se puso delante de sus hombres haciendo amenazantes ademanes hacia el muchacho.

Gutier también lo vio, llegaron a la escena casi al mismo tiempo desde lados opuestos, y solo lamentó no tener un tiro limpio. Al moverse hacia el muchacho el *jarl* había quedado oculto por el tronco de un gran pino. El infanzón apostó a la única opción que le quedaba.

Todos oyeron los silbidos de las flechas y Assur comprendió que no reaccionaran, estaban sorprendidos porque seguían viendo que él sostenía su arco tenso, sin liberar su venablo, por lo que no sabían de dónde procedían aquellos sonidos siseantes. Los dos tras el larguirucho cayeron casi al mismo momento y Assur comprendió que Gutier se había hecho acompañar de al menos otro hombre, pues en aquel bosque, con la bóveda de ramas y hojas que cubría sus cabezas, no se podían conseguir dos impactos al tiempo siendo un único tirador; como le había enseñado su tutor, para algo así hacía falta estar a campo abierto, donde hubiera lugar para que la primera de las flechas trazase una gran parábola; Assur había practicado la técnica con Gutier, tenían que haber sido dos tiradores. Y pronto se pusieron al descubierto, corrían desenvainando sus espadas y dejando sus arcos atrás. Gutier intentó abrirse para acercarse a Gunrød, pero el alto y flaco normando se interpuso.

Gunrød obvió los refuerzos cristianos y caminó hacia el muchacho.

—*Ek mun rísta á þik bló*

orn ok rífa lungu þín út um baki

… —amenazó el *jarl* con una expresión macabra en su rostro deforme, muchos se hubieran arredrado y habrían salido corriendo, pero Assur dejó el arco y desenfundó la daga, ni siquiera la horrible muerte que había sufrido Sisnando podía amedrentarlo.

Gutier vio con preocupación como el muchacho parecía dispuesto a enfrentarse él solo al *jarl* normando, pero ahora tenía que atender otros asuntos. Uno de aquellos nórdicos, estirado como si durmiese colgado de los pies cada noche, acababa de atravesarle el pecho a Vitiza, el caballero de antepasados godos que, por fresco y

hábil con la espada, había elegido para acompañarlo. No le quedaba otra opción, el crío tendría que apañárselas por su cuenta mientras él despachaba al otro.

Assur no quería, bajo ningún concepto, que Furco interviniese en lo que se avecinaba, y lo mandó alejarse.

—Allí, quédate allí, junto al tocón —le dijo con rostro severo al lobo al tiempo que señalaba lo que una tormenta había dejado de un abeto.

Furco obedeció, reculando y sin dejar de mirar al *jarl* mientras le mostraba sus grandes colmillos, era obvio que se sentía tentado a desobedecer.

Gunrød sonrió ante el gesto de valentía del joven cristiano, que parecía dispuesto a resolver sus asuntos sin la ayuda del fiero animal. Pero no pensó por ello concederle clemencia alguna, el impertinente atrevimiento al que había osado aquel crío, escapándose de uno de los señores del norte, debía castigarse sin merced o piedad.

El *jarl* hizo girar su espada moviendo el arriaz con la muñeca, eran gestos sueltos, de los que se heredan de la práctica, y aceleró su andar abalanzándose sobre el muchacho mientras este oscilaba de un lado a otro con pasos ágiles, intentando no resultar un objetivo fácil. Assur se movía con eficiencia, cruzando los pies y sosteniendo el puñal como le habían enseñado, equilibrando el mango con la palma hacia arriba y apretando suavemente, sin que la tensión le contrajese la mano. Sabía que tenía pocas oportunidades, pero no pensaba ponérselo fácil; vio que Gutier se enzarzaba con el larguirucho y supo que tendría que arreglárselas solo.

Furco, mal sentado y alternando las manos para apoyarse con gestos nerviosos, gañía debatiéndose entre la obediencia y la furia, obviamente, deseando lanzarse contra el normando y abrirle el pescuezo a dentelladas.

Gutier fue descuidado, estaba demasiado pendiente del muchacho. En una rápida sucesión de lances desatendió la guardia lo suficiente como para que su oponente encontrase la falla y le propinase un buen codazo en las costillas al que, tras girarse, siguió un envite que estuvo a punto de cortarle el brazo y que, por los reflejos del infanzón, terminó únicamente en un tajo sangrante. Herido, trastabilló apartándose de la lucha al tiempo que cambiaba de mano su propia espada, no tuvo tiempo de reaccionar y recibió un nuevo corte en su ya maltratada pierna. Se daba ya por muerto, sin más esperanza que la de ser recibido en el Reino de los Cielos si es que el buen Dios podía perdonar los pecados a los que le había arrastrado la guerra. Y lamentó su desliz y el resultado con el que se zanjaría el combate, no por su orgullo o por sus ansias de vencer al normando, sino, más que nada, una vez más, por el muchacho.

Gutier respiró hondo, le lanzó una plegaria al Señor rogándole que cuidara del chico y cerró los ojos dispuesto a morir.

Lo siguiente que oyó fue un estrambótico gorjeo que no logró identificar. Pasó una eternidad que no comprendió y, cansado de esperar su propio descabello, abrió

los párpados. Cuando sus ojos se centraron vio que la punta de una espada sobresalía de la garganta del normando, tensándole la piel en las comisuras de la herida, por donde los filos del arma habían abierto la carne. La hoja se retiró con un sordo sonido acuoso y, después de que las pupilas se le nublasen, el hombre se derrumbó, recordándole por su exagerada altura a la caída de un gran árbol talado.

Era Weland el que empuñaba la espada.

—Ya sabía yo que no podía dejaros a solas —bramó el nórdico con tono jovial—. Sois dos frágiles damas, necesitáis a un caballero que os valga.

Gutier no se sentía con ánimos como para seguir las chanzas del normando, aunque agradeció su buen humor.

—El muchacho, ¡ve por el muchacho! —le dijo el infanzón arreglándose como podía para componer unos improvisados vendajes en sus heridas.

Weland asintió haciendo que su barba se agitase y que su cota de malla tintinease. Se marchó antes de que Gutier pudiese incorporarse.

Assur estaba demasiado ocupado esquivando los mandobles de Gunrød como para darse cuenta de que Weland se acercaba. El muchacho sabía que no podría aguantar mucho más los envites del *jarl*, sin embargo, se defendía con gallardía, fintando y moviéndose con rapidez para evitar ser ensartado y esperando su oportunidad de usar el puñal como si fuese un aguijón afilado. Buscaba los puntos más sensibles y letales.

Gunrød se estaba hartando de aquel juego del gato y el ratón con el mocoso, en un principio no apretó demasiado, disfrutando de la caza en sí, pero ya solo podía pensar en despacharlo. Pero el muchacho apuntaba maneras y, desde su último encuentro, había crecido notablemente, sus hombros se habían ensanchado y su cuerpo anunciaba a un hombre corpulento que sería motivo de orgullo incluso en las tierras del norte; era un rival digno, pero el *jarl* sabía lo que debía hacer, a fin de cuentas, no era más que un crío. Lo había visto reaccionar bien al amago de hombros y anticiparse a sus movimientos, de modo que pensó engañarlo. Giró un poco sobre sí mismo, anticipando la reacción del lobo una vez matase al crío, no quería que el animal le saltase por la espalda; luego movió sus pies hasta colocarse de costado y, haciendo el conato de levantar la espada para descargarla con el sesgo contrario, consiguió que el muchacho se preparase para evitar la caída del filo, lo que le sirvió para, con la mano izquierda, propinarle un brutal puñetazo al chiquillo que lo tumbó de espaldas y lo dejó a su merced.

Assur se sintió defraudado consigo mismo al haber caído en la trampa, el giro de la cadera y el cambio de pie lo habían llevado a pensar que tenía que apartarse de un peligroso movimiento de espada y, sin embargo, el *jarl* lo había cogido desprevenido con un fantástico puñetazo. Ya sentía como la cara se le empezaba a entumecer, y podía notar un terrible dolor en toda la mejilla y el arco de los pómulos. Además, al

caer se había hecho daño en ambos codos y, sin remedio alguno, la daga se había escapado de su mano con el impacto, que lo había obligado a abrir los dedos. Falto de ideas y de recursos, pensaba ya en recurrir a Furco cuando oyó una voz familiar.

—¡En el suelo, muchacho! ¡Quédate en el suelo!

Era Weland, que ya cruzaba su espada con la del *jarl*.

Se trataba de dos hombres curtidos, acostumbrados a la batalla y habilidosos con las armas. Con la corpulencia de ambos, cada vez que los hierros chocaban producían estruendos que resonaban por todo el bosque como campanadas.

Assur se apoyó en uno de sus doloridos codos y vio que Furco corría hacia él con una expresión casi humana de preocupación. A lo lejos, Gutier se recomponía y se acercaba a la pelea, cojeaba ostensiblemente y se sujetaba el brazo herido con la mano contraria; avanzaba con lentitud.

Los dos normandos giraban sobre sí mismos.

—Fyrst sveikstu þá er þik vernduðu um árabil, nú svíkr þú þitt eigit kyn ok ertu engu skárri en skítr úr geitarrassi.

Assur, entre los lametones de Furco, dudó de lo que había oído. Su nórdico era muy deficiente, pero le había parecido escuchar claramente una referencia a la traición. Sin embargo, no fueron esas palabras de Gunrød a medio entender las que le revelaron la verdad. Fueron los ojos de Weland.

El Errante no pudo evitarlo, cuando el *jarl* le echó en cara su cambio de idea, miró al muchacho. Assur lo había adivinado, estaba seguro.

Gutier no se dio cuenta, solo vio que su amigo perdía la concentración un instante.

Assur no quiso creer lo que su razón le decía que debía creer. Pero algunas piezas empezaban a encajar; recordó los viajes del herrero, aquella noche en la taberna. No quiso creerlo.

Gunrød aprovechó la oportunidad y Weland no tuvo tiempo de hacerse a un lado. La espada del *jarl* se clavó en el hombro de su compatriota, solo la cota de malla salvó a Weland de una muerte inmediata.

El señor del norte pagó caro el pecado del orgullo, su loriga de cuero no pudo soportar la acometida de los formidables brazos de Weland, la espada le entró en el vientre lo suficiente como para que se doblara sobre sí mismo con gesto contraído, con el movimiento su propia hoja chirrió en los aros de metal de la protección de Weland, profundizando la herida y condenando al Errante a dejar atrás su pasado de nómada sin patria.

Cayeron de rodillas a un tiempo, pero, mientras Weland perdía el arma, trabada en las entrañas de *jarl*, la nueva posición le sirvió a Gunrød para que su hoja se liberase, quedando en disposición de dar un último mandoble al cuello del Errante.

—*Svikari*!

El chico lo entendió con toda claridad. «Traidor.»

Assur fue rápido. La daga entró en la nuca del *jarl* y el muchacho la revolvió con toda la saña de la que fue capaz, hasta cortar el espinazo; Gunrød se desplomó sin más, ya muerto.

Gutier apuraba su paso cuanto podía, temiendo lo peor.

Furco gruñía rodeando el cadáver del *jarl*, y Assur, con sentimientos encontrados, inseguro, luchó con el rechazo que sentía y se acercó al que había sido su ejemplo. Al hombre que había aprendido a querer y respetar.

Weland se apoyaba precariamente, dejándose ya caer mientras sentía como su vida se escapaba a borbotones calientes desde su cuello.

—Por favor… —balbució el nórdico cuando el chico le tendió sus manos—. Por… por favor…, no se lo digas a él…

Gutier se acercaba gritando el nombre de su amigo y Assur comprendió, pero no dijo nada.

—Lo… lo siento…

Assur apretó entre las suyas una de las manos de Weland.

—No se lo digas…

El muchacho se dio cuenta de que no podía negarle aquel último favor y asintió consiguiendo que Weland sonriera con evidente sinceridad, a pesar del dolor que le contorsionaba el rostro.

Gutier ya llegaba y Assur volvió a asentir.

—Weland, ¡aguantad! Saldréis de esta… Muchacho, ¡ve a buscar al hebreo!

El nórdico ya no conseguía centrar su mente, empezaba a recordar imágenes de su infancia que creía olvidadas, allá en los mares del norte, pero sabía muy bien que el médico judío no podría hacer nada.

—N… no… Mi espada…

Gutier ya estaba allí, agachado al lado de su amigo.

—Mi espada…

Assur entendió lo que Weland quería, solo los guerreros de verdad, los que compartirían los grandes banquetes, los que tendrían el favor de los dioses, morían con honor en la batalla, con su espada en las manos y, dejando a los adultos decirse lo poco que les quedaba por decir, se apresuró a sacar la espada de su mentor del cuerpo sin vida del *jarl*.

Weland el Errante iba a morir muy lejos de su tierra, y si las glorias y la fama de la fortuna no le llegaron para con los suyos, sí lo hicieron entre aquellos cristianos que lo habían recibido en la rica tierra de Jacobsland. Sus últimas palabras fueron para el muchacho.

—Los esclavos… esclavos… —balbució entre jadeos—, están en Crunia…

Y Assur supo que nunca jamás le diría a nadie que había descubierto la traición

de un hombre en el que había depositado su confianza, sabía que nada podía ganar ensuciando su memoria, y también sabía que le debía la vida.

La tarde decaía y el hombre y el niño compartieron el dolor de perder a un amigo.

El día de San Lorenzo anunciaba su fin dejando que el sol se tumbase sobre las copas de los árboles en el cabo de punta Coitelada, algunas nubes llegaban del oeste, anunciando lluvia y mal tiempo para los días siguientes, el verano, de pronto, empezaba a hacer sitio para el otoño.

Jesse, al que Assur había ido a buscar y en el que era evidente que pesaba la noticia de la muerte de Weland, suturaba las heridas de Gutier tras haberlas enjugado en vino y el infanzón, aunque contraía de vez en cuando los labios, no protestaba; miraba hacia los navíos negros que, todavía indemnes, permanecían fondeados fuera del alcance de los arcos hispanos.

Assur, acariciando la cinta que llevaba atada en la muñeca, no dejaba de pensar en las últimas palabras de Weland, estaba deseando que aquella maldita lucha se decidiese, quería marchar a Crunia y rescatar a los cautivos, quería encontrar a Ilduara y a Sebastián, quería recuperar esa parte de su vida.

—Somos dos mirlos tirando de la misma lombriz —dijo Gutier pensativo.

Froilo, que, junto a unos pocos, había logrado sobrevivir por pura providencia al ataque de distracción que habían ideado horas antes, esperaba el turno para ser remendado por el médico y dio su opinión:

—No se atreverán a acercar los barcos para recoger a los que quedan en la playa, saben muy bien que se arriesgan a perderlos.

—Es cierto, pero tampoco creo que abandonen a sus hombres aquí. Y si los que hay a bordo desembarcan…, entonces estaremos en un grave aprieto…

A Gutier le asistía la razón, la situación era compleja: los efectivos normandos seguían siendo superiores y, aunque solo les quedaba algo más de una docena de sus navíos, si sus tripulaciones echaban pie a tierra, las mermadas fuerzas cristianas poco podrían hacer contra todos ellos unidos. La defensa de los arqueros era crucial, era evidente que los nórdicos no podían arriesgarse a perder más barcos si querían garantizar su regreso a los dominios del norte, incluso contando con los navíos que, basándose en lo dicho por Weland, podían estar fondeados en la ría de Crunia.

—Pues no podéis quedaros así, mirándoos los unos a los otros con ojos suspicaces como maridos cornudos —declaró Jesse tirando del largo cabello que usaba como sutura para atar el último de los puntos de la pierna de Gutier.

Froilo rio con ganas, divertido por la ocurrencia del hebreo.

—Con ese hideputa de Gunrød muerto, las cosas deberían ser más fáciles, probablemente les cueste decidirse… Además, Jesse lleva razón, o hacemos algo, o nos arriesgamos a quedarnos así hasta Pascua…

Assur, impaciente por resolver cuanto antes la situación, se atrevió a intervenir en

la conversación de los adultos.

—Ataquemos. Sin su *jarl* dudarán… ¡Podemos acabar con esto!

Gutier miró al muchacho con aire severo, conteniendo la reprimenda que se merecía por inmiscuirse, pero sin atreverse a corregirlo porque sabía que el chico tenía razón; el hebreo no le dio tiempo a decidirse.

—Se acercan nubes y habrá luna nueva. Será una noche oscura.

Todos miraron al judío, que había hablado mientras clavaba la aguja curva en uno de los labios de la herida del brazo de Gutier.

Froilo, que creyó entender lo que Jesse sugería, lo contradijo.

—Pero no todos los hombres saben nadar, además, harían falta muchos para ocuparse de tanto barco… La loma quedaría sin defensa…

—Es cierto —concedió Gutier—, si nos descubren o fallamos, quedaríamos a su merced. Es un riesgo demasiado grande.

—Tampoco podéis quedaros así por siempre, si envían un mensajero a los barcos del sur…

No hizo falta que Jesse terminase la frase, todos entendieron lo que implicaría la llegada de refuerzos cuando el enfrentamiento se había demostrado tan ajustado.

Assur dejó de acariciar a Furco y, aun sin olvidar la reprimenda contenida de la vez anterior, se decidió a intervenir de nuevo.

—Démosles un motivo para huir de una vez por todas…

Como todos los demás callaron sorprendidos y Gutier no le dijo nada, el muchacho se animó a exponer su idea.

—No hace falta que nos hagamos con todos los barcos, si atacamos dos o tres y tomamos el control, podemos virarlos y empezar a remar al sur, como si sus tripulaciones huyesen… Los demás navíos nos seguirán, ver marchar a unos será acicate para los que queden, sobre todo si al tiempo atacamos la playa y los convencemos de que nada pueden hacer por los hombres de tierra…

Froilo asintió, empezando a comprender la sugerencia del chico, pero sin tenerlas todas consigo. Podían atacar la playa, sin embargo, sabía que sería un nuevo sacrificio con muy pocas garantías de salir con vida; si los barcos, en lugar de huir, acudían en ayuda de los suyos, las castigadas fuerzas cristianas no aguantarían y el hecho de quemar los navíos negros no iba a ser consuelo cuando cientos de normandos victoriosos clamaran venganza. El ataque solo serviría de algo si eran capaces de aguantar hasta que, sin barcos que los llevasen de regreso a casa y sin un líder que los dirigiese, los nórdicos se rindiesen. Sabía que no tenían muchas posibilidades, pero si Gutier se lo pedía lo haría, confiaba en su juicio.

—Muy justo va a ser eso —dijo Froilo—, pero si me lo ordenáis me llevaré a los que quedan a esa playa, no os defraudaremos, armaremos tal barullo que los de a bordo pensarán que los suyos no tienen ninguna posibilidad —concluyó mirando a

Gutier con gesto convencido.

Assur, confiado por no haber escuchado ninguna queja, insistió.

—Si dos o tres barcos ponen rumbo al Sur y los restantes ven que atacamos la playa, el resto se dará la vuelta.

Jesse terminó con la sutura del brazo de Gutier y, al tiempo que le indicaba que se levantase, animó a Froilo a ocupar el lugar libre para atenderlo.

—Puede ser, puede ser… —dijo Gutier rumiando todavía las palabras del chico mientras flexionaba el brazo herido con rostro dolorido—. ¿De verdad creéis que podréis aguantar en la playa? No quiero perder más hombres, hasta ahora no hemos conseguido mucho…

Froilo, después de jurar en vano por el escozor que le provocó el alcohol del vino con el que Jesse le lavaba un corte en la ceja, se tomó unos instantes para reflexionar antes de contestar.

—Sí, creo que sí. Si ven a los suyos huir y si los arqueros lo hacen bien… Nos mantendremos firmes hasta que sus navíos pongan proa al Sur, luego, dará igual si nos retiramos… Sin el apoyo de sus barcos será cuestión de tiempo.

Gutier tenía sobrados motivos para confiar en la voluntad de Froilo, que había demostrado su valía y arrojo en más de una ocasión. Sin embargo, no estaba convencido, temía la reacción de los normandos, eran hombres duros y cruentos, podía ser que, incluso imaginando la playa perdida, no quisieran seguir a los barcos que en manos hispanas aparentasen huir. Además, con sus heridas no podría ser uno de los que se echase al agua, y no deseaba eludir esa responsabilidad.

Jesse, que no era un hombre de guerra, conocía bien a su amigo e imaginaba sus dudas. Pero, como Assur, estaba deseando que todo aquello terminase y, valiéndose de la confianza ganada a través de los años, se atrevió a apremiar al infanzón.

—Debéis tomar una decisión.

Gutier sabía que el hebreo tenía razón. El ocaso ya amenazaba en el horizonte y había que hacer algo pronto.

—¡Al diablo! Intentémoslo.

Assur contuvo con esfuerzo su ansiedad y, asumiendo la mayor seriedad posible, habló con una seguridad que asombró a los adultos.

—Quiero ser uno de los que vayan a los barcos.

Gutier dudó, ya le había hecho pasar por un difícil trance cuando habían atraído al *jarl*, y no deseaba exponer de nuevo al chico, sin embargo, vio en los ojos del muchacho una certeza tal que solo pudo asentir. Sabía bien que Assur se sentía culpable de pecados que deseaba expiar y, aun conociendo el riesgo, supo que no le quedaba, como en tantas ocasiones, otra que consentir.

Los preparativos se terminaron justo con la llegada de la noche, cuando los grillos empezaron a cantar y el fresco de la brisa que llegaba del mar les erizó a todos el

vello de la nuca. Froilo había dicho que estaría preparado en cuanto la noche se cerrase.

Para la tropa de asalto Gutier eligió a los mejores disponibles, treinta hombres divididos en tres grupos, armados con lo justo y sin más protección que los calzones, las instrucciones eran sencillas: en cuanto los de Froilo iniciaran el ataque, tres de los navíos debían ser abordados y capturados, con los tripulantes muertos había que poner rumbo al Sur, hacia Crunia, fingiendo huir.

Assur había afilado su daga, había hablado con Jesse sobre banalidades y le había pedido a Furco que se portase bien y que obedeciese a Gutier. Ahora, en pensativo silencio, estaba sentado en un peñasco de la punta del cabo, considerando cuánto había cambiado su vida en el último año y temiendo por el destino de sus hermanos cautivos. A su alrededor los hombres hablaban en susurros, todos iban embadurnados con cenizas para evitar que sus pieles brillasen antes de echarse a nadar, parecían los espíritus de las mágicas cofradías sobre las que le había hablado su madre, ánimas en pena que vagaban por las noches anunciando a los caminantes una muerte pronta.

Assur supo, viéndose entre aquellos hombres, que ya no era un pastor, era algo muy distinto que no comprendía y sobre lo que no estaba seguro. Echó de menos a mamá, y a padre. Al pequeño Ezequiel. A Zacarías. Y mientras esperaba la orden de zambullirse toqueteó la cinta de lino que llevaba atada a la muñeca sintiendo el escalofrío de un mal presagio roerle la cerviz.

Assur se había criado en la ribera del Ulla, estaba acostumbrado a nadar, sin embargo, averiguó pronto que aquello no era lo mismo que jugar en el río con sus hermanos. El suave oleaje retrasaba su avance, y su apresurado corazón le robaba un aliento que necesitaba desesperadamente, se sintió como la primera vez que Sebastián lo había animado a zambullirse; en más de una ocasión estuvo tentado de acortar el rodeo que se habían impuesto para pasar desapercibidos. A ambos lados, cuando sus propios esfuerzos se lo permitían, podía oír los chapoteos contenidos y ver cabezas que se movían al ritmo de las brazadas.

La noche, como había predicho Jesse, se había cerrado pronto tragándose todo resquicio de luz, y las bajas nubes de lluvia que llegaban desde el océano borraban el escaso brillo de las estrellas.

Antes de alcanzar su destino Assur pudo escuchar los gritos lejanos de la batalla que había comenzado, solo distinguía sombras borrosas en el contorno difuminado de la loma y el cabo, y pronto destacaron las hogueras que los hombres de Froilo se encargaron de encender para poder prender antorchas y hachones con los que guiarse.

El frío del mar se colaba hasta sus huesos y el esfuerzo minaba su voluntad. Notaba los labios abiertos protestar por el enjuagado con agua de mar, y sentía la garganta seca con el escozor de la sal quemándole la boca, su cara herida palpitaba. Assur sabía que no aguantaría mucho más.

Los barcos normandos eran estilizados y ágiles, con regalas bajas que los dotaban de poca obra muerta y los hacían rápidos, sin embargo, eso mismo los hacía fáciles de abordar.

Assur escuchó gruñidos de pelea en cuanto consiguió chantar sus manos húmedas en un trecho libre de la amura del barco y enseguida pudo confirmar que no era el primero en llegar al barco que le habían asignado.

No logró auparse hasta el segundo intento. Y cuando pudo alzarse por encima de la regala un remache suelto de las tracas le abrió una herida en las yemas de los dedos. Cayó en cuclillas dejando tras de sí el miedo, escrutando la oscuridad lleno de concentración.

En la cubierta había sombras moviéndose con rapidez. Oyó maldiciones en normando y a uno de los suyos rogar al señor que lo acogiese en su seno. Cuando consiguió asentar sus pies descalzos en la tablazón del barco el frío lo venció, los músculos se le contrajeron y empezó a temblar. Tuvo que realizar un enorme esfuerzo para evitar que sus dientes comenzasen a castañetear. Estaba todavía intentando recomponerse cuando uno de los normandos de la escasa tripulación se abalanzó sobre él.

Assur, lento de reflejos por el frío que entumecía sus músculos, no pudo apartarse. El nórdico lo arrolló y ambos cayeron sobre cubierta. El muchacho se lastimó la espalda con los duros maderos y sintió cómo, ante el peso del hombre, sus costillas cedían dolorosamente. Tuvo suerte y pudo mantener la daga en la mano. Cuando el nórdico se incorporaba para lanzar el primer puñetazo, Assur le robó la guardia en el momento justo y le clavó el puñal en el corazón con un rápido movimiento en el que descargó toda su fuerza. El normando no pudo evitarlo y murió al instante soltando un resoplido que olía a cerveza amarga y ajos. El muchacho apenas tuvo el tiempo necesario para apartarse antes de que el nórdico se desplomase.

Habían sido afortunados, Assur se dio cuenta de que los embarcados no habían esperado un ataque, no estaban armados y no llevaban puestas las *brynjas*. Tenían una posibilidad.

A su derecha vio como una de las naves ya viraba rumbo al Sur. A su espalda la lucha en la playa seguía con un rumor lejano y, por la borda contraria, uno de los suyos se alzaba como podía por encima de la traca de arrufo con los ojos bien abiertos. Ya no vio nada más.

Haciéndose con uno de los pocos escudos que quedaban sujetos en la borda, y a falta de un arma mejor a mano, uno de los normandos había resistido, el hispano con el que se había enfrentado yacía flotando en el mar con una brecha enorme abierta en el rostro por el tachón de la rodela. Se acercaba a Assur por la espalda mientras el muchacho observaba su alrededor.

Gutier aguantaba como podía el dolor de sus heridas, el galope era enloquecido y

el sufrido Zabazoque resollaba desfondado, pero incluso a pesar del riesgo que suponía aquella endiablada carrera para las patas de su querido semental, el infanzón no pensaba aminorar. Sabía que su única oportunidad se escurría entre sus dedos como arena fina, no quedaba tiempo.

Froilo, cubierto de vendajes y con heridas que aún sangraban, se había unido al galope. Incluso Jesse. Y Furco.

Los normandos habían huido, sus navíos negros de rodas talladas se habían dado la vuelta. Y los que quedaban en la playa, al ver su único modo de regresar alejarse, habían decidido deponer las armas con la esperanza de recibir la clemencia de los cristianos. De las casi noventa naves que el infanzón había visto tanto tiempo atrás no quedaban más que una docena, aun contando las que estuvieran a buen resguardo en la ría de Crunia; y de los tres mil normandos, como mucho, un par de cientos. Y, gracias a los mozos que subían y bajaban desde y hacia el campamento haciendo mandados, incluso habían recuperado el tributo, abandonado en una trocha que descendía de la colina del asentamiento que el conde había elegido para sus mesnadas.

También hallaron el cadáver eviscerado del propio cómite, apestando el ambiente entre grandes moscones que se cebaban en su carne muerta, con los miembros tensos por el calor del día y los ojos vaciados por las ansiosas gaviotas; sobre su pérdida aún no se había oído un solo lamento.

Todo había salido bien, todo menos una cosa.

Se despertó con un descomunal dolor de cabeza, sintiendo los sesos revueltos y una lacerante molestia que le hacía arder la frente por culpa de la brecha que el escudo normando le había abierto en la sien. Contuvo a duras penas las náuseas que le atenazaban el estómago. Su cara maltratada estaba hinchada, pintada de distintos tonos de púrpura, y sentía su mejilla rígida, con la piel tirando dolorosamente de su carrillo.

No recordaba lo que había sucedido, pero se dio cuenta de que tenía las manos atadas, y al rosario de dolores e incomodidades tuvo que añadir las escaras que la basta soga le había causado mientras estaba inconsciente. Por un momento, antes de preocuparse por su situación, temió que la cuerda hubiera roto la cinta de lino de Ilduara. Hizo un gran esfuerzo retorciendo las muñecas heridas hasta que, escasamente, logró tocar el pedazo de tela y respiró aliviado.

Se incorporó con parsimonia, en un esfuerzo que lo obligó a recordar daños tan graves como el par de costillas rotas y heridas tan pequeñas como los cortes de las yemas de los dedos de su mano derecha.

Tenía frío, caía una lluvia fina que oscurecía el horizonte y destilaba las nubes bajas que con sus panzas grises cubrían el cielo.

No reconocía el lugar, una playa, otra playa, pero dónde. Normandos ocupados

con fardos se movían apresuradamente, vio varados algunos de sus barcos y adivinó que los cargaban.

Miró a su alrededor y comprendió. A la izquierda, levantándose en toda su magnificencia, el gran faro cuadrado que los romanos habían levantado con aquella piedra oscura de la Gallaecia. Estaba junto a la torre de Hércules, que miraba orgullosa el océano mientras el pesado moverse de la neblina del orvallo la batía, su silueta se recortaba contra un cielo que se pegaba a un mar oscuro y encabritado que recibía el mal tiempo anunciado agitándose con fiereza. Supo que los navíos normandos habían huido, aunque él hubiera fallado, la idea había dado resultado, los nórdicos habían regresado a Crunia para lamer sus heridas; y ahora se preparaban para marchar al norte antes de que los hispanos les dieran caza. Preparaban su botín y su carga repartiéndolo en los barcos que todavía eran útiles, escapaban a toda prisa, sin su *jarl*, con solo una décima parte de su temible flota, y sin haber arrasado Compostela, y en su desgracia Assur se consoló con la noticia.

Se recompuso como pudo aguantando los gemidos de dolor que se le apelotonaban en el fondo de la garganta y consiguió sentarse tras un esfuerzo titánico. Estaba empapado, lleno de moratones y sangre que no lograba secarse por la humedad, cubierto de incómoda arena que rozaba su piel maltratada, casi desahuciado, pero decidido. Sabía lo que tenía que hacer a continuación: escapar.

Observó. Los normandos estaban demasiado ocupados terminando sus preparativos. A su lado había otros pocos, todavía inconscientes, reconoció a uno de los que había formado parte de su grupo, también hecho prisionero, y un poco más allá otro que había muerto.

Estaba pensando qué hacer, cómo despertar a los demás y hacia dónde huir en aquella alargada península que formaba la Isla del Faro cuando vio algo que cambió su vida para siempre.

Dos normandos azuzaban a una recua de cautivos hacia el único *knörr* que parecía seguir entero. Iban atados a un mismo cabo y con los pies lazados para que no pudieran correr. Gran parte eran jóvenes, los más mayores solo unos pocos años más viejos que Assur, y el muchacho sabía que el destino de aquellos desgraciados terminaría de golpe en los mercados de esclavos.

Estaban demacrados, famélicos, y sus lejanos rostros destilaban desesperación.

Y fue en ese momento cuando lo vio. Mucho más delgado, con el pelo sucio y desgreñado, vestido únicamente con harapos que le cubrían escasamente las vergüenzas, mugriento, convertido en un desecho, caminaba arrastrando sus pies, impulsado por la inercia de los demás cautivos.

Los obligaron a ir subiendo al *knörr* como si fuesen simple ganado, metiéndoles prisa y haciéndoles trastabillar. Uno de ellos cayó y, al tener sus manos atadas, no pudo evitar golpearse brutalmente; uno de los nórdicos que acompañaba a los presos

se adelantó y no perdió el tiempo, se agachó al lado del joven, le rebanó el pescuezo y soltó sus ligaduras de la cuerda de la reata exhortando a los que seguían con vida a que apurasen.

Ya no podía escapar solo, tenía que encontrar el modo de rescatarlo. Sus hermanos perdidos habían sido el tiro que lo había mantenido en movimiento; y allí estaba uno de ellos. Miró en todas direcciones, buscó ideas en su aturdida cabeza. Allí estaba su hermano, Sebastián. Y puede que también Ilduara. No podía pensar en escapar si no era con él, con ellos. Tenía que hacer algo.

LIBRO SEGUNDO:
EL NORTE

… Cuando nace un niño el padre se acercará al pequeño espada en mano advirtiéndolo de que no heredará propiedad alguna, habrá de vivir con aquello que consiga con esa misma arma…

(Notas sobre los habitantes del norte del explorador y geógrafo persa del siglo X Ahmad ibn Rustah)



Ilduara, sentada en el montón de ramas de jara, pensó que aquel era un bonito lugar para jugar, una misteriosa cueva en la que esconderse y dejar volar la imaginación. Tuvo la certeza de que a Ezequiel le hubiera encantado agazaparse en los huecos entre las grandes piedras y hacerse pasar por un legionario, quizá un valiente decurión, el último de los suyos, abandonado y sin refuerzos, asediado por los godos en una de aquellas fortificaciones que los soldados del imperio romano habían construido; ella sabía que Ezequiel soñaba despierto a menudo, inventando sus propios juegos.

Sebastián, el mayor, había dejado tiempo atrás aquellas ensoñaciones, siempre queriendo parecer mayor, como si ya solo pudiese hablar con padre. Zacarías, al contrario, era demasiado callado, como si nunca encontrase su lugar, o como si supiese exactamente cuál era, pero fuese incapaz de llegar hasta él. Y Assur era distinto; Assur sabía escuchar con paciencia, él entendía por qué el olor a pan recién hecho la hacía sentirse segura, cerca de mamá; él siempre estaba dispuesto a tallar para ella un trozo de madera, a escuchar sus preguntas, a ser su confidente, a inventarse bonitas historias que la hacían reír. Pero los tres eran ya mayores para ver allí, en aquel roquedal, algo más que un sitio en el que guarecerse. Sin embargo, Ezequiel todavía guardaba sus ilusiones como el más preciado de sus tesoros. Ilduara estaba segura de que al pequeño le encantaría aquel lugar. Y la niña pensó que, en cuanto todo acabase, ella misma podría llevar hasta allí al chiquillo.

Berrondo se había cansado pronto de esperar, y ahora se paseaba nervioso a la entrada de la oquedad, dando grandes pasos que acompañaba con exagerados movimientos de sus brazos rechonchos. Murmuraba palabras que se apelotonaban unas sobre otras por culpa de un evidente mal humor contenido. Ilduara no llegaba a entender lo que decía, aunque tampoco tenía interés en los reniegos del hijo del sayón, por el momento se limitó a concentrarse en las moras que Assur había recogido para ella. No había comido nada en todo el día, el almuerzo se había quedado olvidado en la cesta que había cargado hasta la orilla del Pambre, y su estómago vacío empezaba a resultar tan molesto como para ver en aquellos frutos un exquisito manjar digno de las mesas de los nobles.

Con las piernas encogidas y el cuerpo acurrucado para que las sombras de las rocas no le robasen el calor, la niña mordisqueaba las oscuras bayas del otoño temprano sacándole a cada una dos o tres bocados que masticaba largamente, haciendo explotar las cuentas que las formaban, llenándose de su dulzor y recordando cómo mamá le permitía recogerlas y comer hasta empacharse cuando salían a buscar castañas, de las que todos los años hacían acopio para los largos inviernos. En esa época, cuando llegaba la temporada y las zarzas acusaban el cambio de estación, mamá siempre usaba las prietas frutillas para acompañar las gachas y el queso fresco, y las más maduras y dulces servían de premio para ella y sus hermanos cuando se

portaban bien. Le encantaba ese sabor que le llenaba el paladar, y le gustaban los recuerdos que le traía.

Se sentía muy sola. Desamparada. Y buscaba en derredor esperando encontrar algo familiar y cálido, algo que la ayudara a esperar hasta que su hermano llegase. Pero no había nada, solo piedras, hierbajos, y un cardo, creciendo con esfuerzos espartanos entre las sombras que arrojaban los berruecos, como si fuera ese legionario con el que Ezequiel hubiera soñado; y la pequeña lo miraba embobada llenándose de remembranzas que aliñaban la frugal comida.

La tarde comenzaba y la niña escuchó a un escandaloso arrendajo que cantaba con entusiasmo en uno de los árboles cercanos. A pesar de su paciente ritmo ya solo le quedaban un par de moras, y seguía hambrienta.

—Tanto si vuelve como si no, parece que tendremos que pasar la noche aquí —anunció el hijo del sayón entrando de nuevo en la cueva.

A la pequeña no le gustó que Berrondo considerase siquiera la posibilidad de que Assur no regresase. Pero no dijo nada.

—Será mejor que nos preparemos —resolvió Berrondo sentándose pesadamente al lado de la niña—. ¿Me las das? Yo no he comido nada desde el almuerzo…

Ilduara siguió sin pronunciar palabra y, aun con el hambre que sentía, le tendió las dos últimas bayas al hijo del sayón con un gesto tímido de hombros encogidos y ojos temblorosos. Berrondo las tomó de la pequeña mano ansiosamente y las engulló de una sola vez, empujándolas hasta su boca con un gesto presuroso.

—Vamos a hacer un fuego.

La niña encontró desagradable que Berrondo hablase con las moras trituradas todavía pintándole los dientes con sus granos de negro rojizo, mamá siempre le recordaba que eso no debía hacerse, y no entendió por qué el hijo del sayón le decía que debían encender una fogata y no hacía ademán alguno de ir a buscar leña.

—Así, cuando llegue la noche, puede que este maldito lugar esté un poco más caliente.

La niña se encogió de hombros pensando en que a su hermano no le gustaría la idea, en un día tan claro el humo que se colase por entre los resquicios de las rocas sería visible desde muy lejos. Sin embargo, estaba acostumbrada a obedecer a sus mayores, así que siguió callada.

Después de un buen rato Ilduara no solo comprendió que a Berrondo le gustaba decidir lo que los demás debían hacer, sino que también le agradaba evitar tener que hacerlo por sí mismo, algo que padre siempre les recriminaba cuando se mostraban perezosos. La exigua leña la había reunido ella sola mientras el hijo del sayón se había entretenido comiendo moras de los zarzales que el propio Assur había encontrado y aunque la niña deseó pedirle que guardase unas pocas para ella, no se atrevió. Lo poco que Berrondo aportó fueron unas ramillas todavía verdes, que

arderían con dificultad y harían demasiado humo. Ilduara sabía que mamá o Sebastián la hubiesen reñido de haber hecho lo mismo.

El hijo del sayón necesitó de varios intentos torpes y desmañados para conseguir prender la yesca que Ilduara había preparado con la borrilla del cardo y las ramillas más pequeñas y secas, tal y como le habían enseñado a hacerlo para encender el horno. Y por ende protestó como si la culpa fuese de la pequeña, por no haber reunido suficientes pajuelas que ardieran con más facilidad. Ilduara pensó que Assur ya hubiera tenido una gran hoguera ardiendo.

Cuando las pequeñas llamas se aferraron a las ramas secas y arrugaron las hojas verdes de las que había traído Berrondo, el hijo del sayón se sentó satisfecho abriendo las manos hacia su triunfo.

Ilduara seguía pensando en el hambre que le atenazaba el estómago, y esperaba que Assur volviese pronto para poder marcharse a casa. Quería volver con mamá, y con papá. Y con Sebastián, Zacarías, Ezequiel…

La niña, distraída, se pasó la mano por su cabello y se dio cuenta de que, con tanto ajetreo, su trenza había comenzado a deshacerse. Y, como sabía bien que mamá la reñiría si veía que había descuidado su aspecto, desató la cinta con la que se sujetaba el pelo y empezó a rastrillar con sus dedos abiertos la larga melena, agitando la cabeza de tanto en tanto y disponiéndose a trenzarla de nuevo. Aún no había terminado de apartar los tres grandes mechones, apenas había empezado, cuando oyó las pisadas y la incertidumbre la hizo detenerse; podía ser Assur. Pero luego vieron las sombras que aparecieron a la entrada de la cueva y, antes de que pudiesen saber si eran hombres de Ludeiro a los que Assur había traído consigo, oyeron las voces.

Berrondo se levantó ansioso con la expresión del rostro demudada por el obvio terror que experimentaba.

Eran sonidos inconfundibles. Y no les hacía falta traducción para entender que los urgían a salir. Eran los normandos. Ilduara deseó que Assur estuviese con ella.

Assur perdió la esperanza en más de una ocasión. Era fácil hundirse en la más negra desazón; estaba atrapado entre tablones que crujían a cada embate del mar, rodeado de cuerpos gimientes con la voluntad vencida que se golpeaban unos con otros al compás de las olas; las pocas veces que encontraba unos ojos en la oscuridad descubría miradas huecas. Era solo uno más en aquel grupo de desharrapados, con el estómago vacío y la sed amenazando con romper su garganta resecada por el salitre. Aunque el olor era aún peor, el aire parecía pesar, todo se llenaba de un hedor penetrante en el que el sudor rancio, reblandecido con la humedad, luchaba por sobreponerse al punzante tufo ácido de orines y excrementos humanos que despuntaba por encima de los pasados restos de las bostas del ganado que había viajado allí mismo en otras travesías. Y las pocas veces en que sus captores abrían los portones que daban al tramo central de cubierta, el escaso alivio apenas servía para

calmar las ansias de todos aquellos cuerpos hacinados.

A pesar de la confusión el muchacho intuía perfectamente la situación, estaba encerrado en la bodega de popa de uno de los grandes *knörr* de los nórdicos, muy probablemente alguno de los mayores, con más de treinta varas de eslora y que, por lo que el pastor había visto en Adóbrica, los normandos no habían empleado en el ataque por su torpeza y lentitud. Sin embargo, saber eso no le ayudaba mucho, aunque estaba rodeado de cautivos, no podía saber si su hermano estaba allí, en el pañol de proa o en cualquiera de los otros cargueros que, presumiblemente, formarían la expedición. Pero Assur no desfalleció, buscó a Sebastián, removiéndose entre la apretada multitud, intentando proteger sus maltratadas costillas rodeándose el torso con el brazo; ellos se apartaban atemorizados a su paso, como en un campo de centeno, estaban ya demasiado acostumbrados a la sumisión, a obedecer sin rechistar. Recorrió aquella bodega una y otra vez, trastabillando con piernas y brazos que sus dueños dejaban descuidadamente a uno u otro lado como si no fuesen partes vivas de sus cuerpos. Incluso obligó a muchos a girar sus rostros vueltos para vomitar, en ocasiones dejando caer sus desechos sobre otro cautivo que ni siquiera llegaba a inmutarse; siempre esperando encontrar los rasgos conocidos de su hermano. No desfalleció hasta el tercer o cuarto día, pero Sebastián no estaba allí, tenía que haber más de un barco con esclavos. El suyo no podía ser el único, porque si eso fuese verdad, entonces, no haber intentado escapar habría sido un error imperdonable. Lo había visto, y aunque las dudas se acercaban por su espalda como amenazantes sombras en la noche de un bosque cerrado, Assur las espantaba aferrándose a sus esperanzas.

Los días se hicieron pronto iguales, perdió la cuenta cuando se sintió incapaz de saber cuántas veces había visto el sol entrar por los huecos escasos de la tablazón. Y el frío sustituyó a la pestilencia. Una sempiterna sensación helada que se calaba hasta el fondo de sus articulaciones haciendo que sus dedos se negaran a obedecer. Un frío húmedo y terrible que empeoraba día a día, que le hacía temblar y llenaba la bodega del *knörr* de un macabro repiqueteo de dientes que castañeteaban. Y pese a los hedores y pestilencias se pegaban más y más los unos a los otros, para compartir el escaso calor de sus cuerpos magros. Pronto el frío lo llenó todo y Assur comprendió adónde se dirigían, los llevaban al norte.

Gutier le hubiera dicho que su fe y perseverancia se habían visto recompensadas por la gracia de Dios, sin embargo, Assur no tuvo mucho tiempo para consideraciones divinas, había encontrado a Sebastián, cierto, lo había visto, o eso creía, una cara conocida en medio de una marea de rostros demudados llenos de miedo. Pero su hermano era solo una sombra de aspecto ceniciento, estaba consumido y además, parecía herido y enfermo.

Habían desembarcado en un lugar desconocido y misterioso, a la luz de una

mañana que al pastor se le antojó extraña, más tenue, más diluida, con un sol escondido en largas nubes blancas en un amanecer detenido misteriosamente. Hacía frío, pero no había nieve, no todavía. Era una bahía estrecha rodeada de altas paredes de piedra negra, no tan distinta de las rías que Assur había visto en su propia tierra, también con un inquieto río de rápidas tablas que desaguaba en el estuario desde un valle profundo y raso que al muchacho le pareció inusual por lo abrupto, las faldas de los riscos y acantilados no se encontraban la una con la otra para dejar al cauce correr, sino que dejaban una amplia y tranquila planicie entre ambos lados, al refugio de las paredes de roca y piedra. El lugar, bucólico y plácido, resultaba bello, y Assur sabía que hubiera podido disfrutar de lo que veía de no haber sido un cautivo al que arreaban como ganado. Había grandes construcciones alargadas, hechas de enormes travesaños de madera que el sol había ido clareando, había otras más pequeñas y redondeadas, se veían humos que anunciaban hogares calientes, y se veía gente. Mujeres, incluso niños. A pesar de su dolor y de la incertidumbre Assur sintió un cálido ambiente a hogar que le recordó con pena a su propio pueblo.

Los habían desembarcado a empellones, metiéndoles prisa con palabras de incomprensible urgencia y golpeando a los rezagados sin dar merced a los heridos y débiles. Al principio los pusieron en un gran corral, tal y como Assur los había visto hacer en el valle del Ulla, como simples animales; no muy lejos de otros rediles similares. Había corpulentos caballos de poca alzada y pelambrera hirsuta que cubría sus cascos, y robustas reses entre las que se movían bueyes de larguísimos cuernos retorcidos y que tenían espesos mantos híspidos manchados de colores castaños y rojizos, también una especie de grandes ciervos de extrañas cornamentas cubiertas de borra que corrían de un lado a otro.

Estaban todos allí, la carga de los pañoles de dos *knerrir*. Eran poco más de un ciento y no parecían más que distintas versiones de la misma ánima en pena meciéndose al son de la brisa marina, y entre ellas la fugaz visión del rostro de su hermano. Assur, lleno de inquietud, se abrió paso como pudo sin dejar de mirar al lugar en el que había entrevisto a Sebastián, desesperado ante la posibilidad de volver a perderlo una vez más. Ya estaba cerca, con preguntas acerca de Ilduara a punto de brotarle de entre los labios.

—¡Sebastián! ¡Sebastián!

Estaba allí, uno más. Su hermano reconoció el sonido de su nombre y miró hacia Assur. Al principio no reaccionó, como si los maltratos y penurias sufridas le hubieran privado de su capacidad de asombro.

—¡Sebastián!

Assur recordó instantes de su infancia juntos, tardes de pesca en el Pambre, el trabajo con el ganado, las tareas de la huerta. Ya estaban cerca.

Al fin los ojos se abrieron y una sonrisa apagada enseñó una boca sangrante y

maltratada. Sebastián levantó los brazos.

Assur se refrenó justo a tiempo para no arrollar a su hermano. Estaban juntos, aunque todo había cambiado. Sebastián ya no parecía el mayor, estaba muy delgado, desmejorado, cubierto solo con harapos, y además de su mala condición una brecha reciente en la ceja le sangraba copiosamente; había sido lento al desembarcar y era evidente que los nórdicos le habían metido prisa a base de golpes. Incomprensiblemente, el hermano pequeño se había vuelto más alto y corpulento, y aunque todavía había moratones en su rostro que viraban al amarillo, su aspecto era mucho mejor.

Los dos hermanos se fundieron en un abrazo y Sebastián empezó a sollozar.

—Llegaron antes… Padre y madre… Ezequiel…

A Sebastián se le atragantaban las palabras con las lágrimas y su pecho escuálido se convulsionó. Assur comprendió de repente que algo profundo y triste había cambiado entre ellos, había buscado a su hermano para encontrar en él una luz que habría de guiarlo, y ahora se daba cuenta de que no podía contar con ello.

—Lo sé, lo sé —dijo Assur palmeando la espalda de su hermano mayor con fuerza contenida—. Lo sé, tranquilo… Están en la huerta de mamá, yo me encargué, tranquilo…

Assur hubiera deseado dejarle hacer a Sebastián, y quería preguntarle si había visto a Ilduara, pero se dio cuenta de que debía mantener la entereza por los dos.

—Yo me ocupé de ellos…

El hermano pequeño notó cómo el mayor se aferraba tembloroso haciendo que la tela de la camisa le rozase la piel al compás de los tensos lloros.

—¿Ilduara? Ella fue a buscarte…

Assur no supo cómo contestar, aquella pregunta decía mucho más de lo que hubiera deseado escuchar. Dudó. No estaba seguro de cómo confesarle a su hermano que, de hecho, había atesorado en su interior la celosa esperanza de reencontrarse con ella allí mismo, como una más de los cautivos de los demonios del norte. Al muchacho le faltaban palabras para explicarle a su hermano la responsabilidad de la que se había hecho cargo y que ahora le pesaba como una enorme losa sobre la conciencia.

—¿Dónde está Ilduara? ¿Está bien?

Sebastián insistía esperanzado, pero Assur no contestaba abrumado por una culpa de la que, pese a los discursos repetidos una y otra vez por Gutier, no conseguía despegarse. El chico buscaba palabras que contasen lo que sentía. Sin embargo, no tuvo tiempo, antes de que se le ocurriese el modo de explicar cuanto quería decir, un alboroto lleno de gritos y riñas los interrumpió.

Los normandos discutían entre ellos con palabras airadas, algunos niños miraban a sus madres con desconsuelo, y de entre los pocos que habían regresado se oían

palabras malsonantes que Assur, reconociéndolas apenas con los rudimentos aprendidos gracias a Weland, no pudo comprender.

Pero hubo escenas que el muchacho sí entendió: de rodillas, una mujer hablaba con dos pequeños de cabellos rubios, los tres rostros se desdibujaban con una tristeza evidente y Assur comprendió sorprendido que entre aquellas gentes también había viudas y huérfanos, y sufrimiento por los seres queridos perdidos. Le extrañó. Le dejó un regusto amargo que le hizo ver en los demonios del norte una humanidad que hubiera preferido no haber descubierto. Allí había dolor y lamentos, la mayoría contenidos, incluso por los vacilantes mentones alzados de pequeños que parecían escuchar el relato de la muerte valiente de su padre en combate, pero, en cualquier caso, sentimientos humanos y dulces que le hicieron ver con unos nuevos ojos, que no deseaba, a aquellos hombres de los hielos.

Algunos, sobre todo las mujeres y los niños, empezaban a dispersarse, pero la mayoría formaba corrillos que discutían acaloradamente y señalaban los arcones y cajas que estaban siendo descargados de los *knerrir* varados en el fiordo. Otros se preocupaban por los pequeños barcos de pesca que descansaban en la bahía. Y dos de los hombres se encaraban gritándose improperios y amenazándose con gestos explícitos.

Assur no entendía todo lo que se decía, además, la distancia y los sollozos que Sebastián procuraba contener le impedían comprender. Intuía que, con la muerte de Gunrød, aquellos dos hombres estaban intentando imponerse como nuevo *jarl*. Uno de ellos era el patrón del *knörr* en el que había llegado hasta allí, lo había visto dar órdenes al desembarcar, al otro no lo reconocía, pero había en él una autoridad que al muchacho no le costó ver, era mucho mayor y sus barbas y pelo entrecano le delataban como un hombre de edad. Sin embargo, el muchacho sabía que las disputas internas de sus captores no eran asunto de su incumbencia, tenía demasiadas cosas de las que ocuparse, y sus propias preguntas sobre el cautiverio de Sebastián o el rastro de Ilduara tendrían que esperar.

—¿Puedes andar? —le preguntó a su hermano deshaciendo el abrazo.

Sebastián se restregó los ojos con las palmas e indefinibles manchurrones de inmundicia y polvo de dos países distintos le ensuciaron las mejillas. Un reguero de sangre le corría desde la herida en la frente hasta el mentón.

—Sí…

Assur se dio cuenta de que su hermano no parecía muy convencido de la afirmación hecha, y entendió por qué; la pérdida de peso era evidente, y así lo ponía de manifiesto el rostro cadavérico, pero la debilidad de Sebastián no era el único problema. Su piel, allá donde la porquería no la cubría, parecía transparente, llena de cardenales de pequeño tamaño; su pelo, antes de un brillante color castaño, estaba fosco y quebradizo, y bajo los ojos hundidos su boca enseñaba dientes torcidos y

encías sangrantes, estaba enfermo. Con el ánimo de tener un poco más de espacio, Assur había decidido alejarse del centro de la multitud. Permitiendo que Sebastián apoyara su escaso peso en uno de sus hombros, los hermanos se abrieron paso entre el resto de los cautivos y Assur condujo a Sebastián a una esquina del redil para sentarlo contra uno de los postes.

Los nórdicos seguían berreando, ahora que estaban al otro lado del corral, Assur ya no podía verlos discutir, pero comprendió que el acero se impondría pronto donde las palabras no lo hacían y prefirió prestar toda su atención a Sebastián. Assur desgarró una de las mangas de su camisa y vendó como pudo la frente de su hermano esperando tener oportunidad de limpiar la herida más adelante.

Estaba tan concentrado examinando a su hermano mientras pensaba en Ilduara e intentaba recordar las enseñanzas de Jesse que Assur no se dio cuenta de cómo uno de aquellos normandos se fijaba en él. Era un viejo desdentado y arrugado de piernas torcidas. Su piel tenía el aire del pellejo reseco al sol y sus ojos estaban cubiertos por una neblina que lo obligaba a bizquear cuando miraba fijamente, parecía haber estado examinando a los esclavos con codicia hasta que algo le llamó la atención y se centró en Assur.

Sigurd Barba de Hierro llevaba años sintiéndose demasiado cansado como para tener que bregar con algo más que cuernos llenos de *jolaol*. Se había vuelto viejo y torpe, lo sabía, y ya que las *nornas* no habían querido que una espada le arrebatase la vida en el fragor de una batalla gloriosa, se había visto obligado a resignarse al paso de los años sin más consuelo que los relatos de sus propias batallas contados por los escaldos.

Como muchos otros segundones, Sigurd había tenido que aceptar el verse relegado en la herencia por su hermano mayor y hubo de buscar fortuna ya en su adolescencia. Se había embarcado sin más que su voluntad de alcanzar la gloria. Participó en asaltos a las costas de Northumbría y consiguió comerciar en las orillas del Tyne vendiendo ámbar, pieles y la plata que habían arrebatado a los débiles cristianos de más al sur.

La buenaventura no le duró mucho, había empezado ya a medrar cuando un desembarco en las costas de los sajones orientales salió mal. Quedó con poco más de lo puesto y solo se libró de una muerte segura por pura casualidad. Sin embargo, tras sobrevivir malamente como ladronzuelo en los mercados de los anglos, consiguió llegar a los asentamientos del norte y enrolarse de nuevo en busca de mejores horizontes. Después de unos años de tumbos sin ventura terminó en una expedición a tierras de Oriente, asociado con algunos hombres de Estland y Vandalia. Sigurd descendió con ellos los grandes ríos y perdió la mitad de su bolsa en los lupanares de Nóvgorod, conoció lagos tan grandes como el mar; y siguiendo el curso del Dniéper llegó hasta Kíev para dejar la otra mitad de su escarcela en las apuestas que se

cruzaron en el azuzamiento de un oso. Finalmente, desesperado, aceptó hacerse cargo de unos pocos *skutas* destartalados para llevar esclavos a los mercados de Itil.

Sigurd no era tonto y sabía que había conseguido el encargo por ser el único loco capaz de aceptar el cruce de los grandes rápidos con semejantes tartanas, pero acometió su misión con toda la entereza y el arrojo que pudo. Consiguió atravesar las siete míticas cataratas y solo perdió un tercio de su carga en la infranqueable cascada Aifur, considerada como la más temible y traicionera. Pudo llegar hasta la *isla de los abedules*, Berenazy, y tomar la ruta al este, hacia los grandes mercados de Seljuk, Ispahan y Bagdad.

Sigurd incluso creyó estar llamado para la gloria cuando se vio tan cerca de su destino tras semejante ruta parida por mil demonios, pero una vez más el destino tejido por las *nornas* se guardaba sus propias trampas. Cuando llevaban apenas unos días remontando el gran río, dos partidas de jázaros se les echaron encima y masacraron a sus hombres. En aquella lucha Sigurd se ganó su sobrenombre.

El nórdico estaba enzarzado con uno de aquellos hombrecillos de piel cetrina. Había perdido su hacha en un enfrentamiento previo y se estaba viendo obligado a recular acorralándose contra la orilla, sin más que una daga para repeler los envites de la larga espada curva del jázaro. Sigurd pensaba ya en las glorias del *Valhöll* y aceptaba su fin cuando su mayor fuerza bruta le permitió sorprender al otro apresándole las muñecas y echándosele encima al tiempo que le propinaba un fuerte rodillazo en las costillas. Los dos cayeron y rodaron el uno sobre el otro forcejeando para imponerse.

El griterío de la lucha aumentaba y los nórdicos parecían llevar las de ganar, mientras, Sigurd intentaba resolver su peliaguda situación, el jázaro se había hecho con una flecha e intentaba usarla como puñal aferrando con fuerza el astil. Valiéndose de su corpulencia, el nórdico evitaba que la punta de la saeta le atravesara uno de los ojos, pero cuando se dio cuenta de que por el momento ninguno de sus compañeros podría acudir en su auxilio, decidió jugarse el todo por el todo. Soltó las manos del jázaro y le agarró el pescuezo con la intención de quebrárselo. Consiguió su objetivo en el momento justo, sin embargo, su oponente tuvo un instante de oportunidad que aprovechó para intentar clavar la flecha en el pecho de Sigurd, aunque se le escaparon las fuerzas antes de llevar a cabo su intención y el empeño del envite fue demasiado vago. La punta de la flecha solo llegó con el empuje suficiente como para quedar prendida entre las anillas medio sueltas de la vieja *brynja* de Sigurd, maltrecha y oxidada, pero la única al alcance de sus bolsillos. Cuando el cuerpo del jázaro quedó laxo, Sigurd se levantó lanzando un exultante rugido, el astil de la flecha sobresalía de entre sus barbas y para sus hombres se forjó pronto la leyenda.

Aquella victoria conseguida desde la inferioridad no solo le valió a Sigurd su apodo, también le sirvió para granjearse el respeto y la fama ansiados.

En pocos años, Sigurd Barba de Hierro consiguió muchos más hombres y riquezas, y aumentó el radio de sus viajes llegando a comerciar incluso en las plazas de la suntuosa y espectacular Miklagard, la gran ciudad, el capricho de Constantino. Y tal llegó a ser su fama que pronto fue llamado a contratarse como mercenario al servicio del emperador para luchar incluso con sus propios compatriotas, que, atraídos por las riquezas de la antigua Bizancio, buscaban, como él, la gloria y el oro.

El devenir de las estaciones lo hizo leyenda, tras él quedaron conquistas y batallas que se convertirían en versos de los cantares que habrían de recitarse, y aunque la fama le dejó una rodilla maltrecha y le hizo perder los dedos menores de su mano izquierda, jamás se arrepintió del largo viaje emprendido; mas con el peso de los años la morriña creció y buscó regresar a los fríos del norte.

Muchos lo siguieron e, incluso a pesar de la edad, pronto se convirtió en el señor de un bello *fjord* en el que su palabra fue ley. Y navegando entre dos aguas, valido por la astucia enseñada por la experiencia, se mantuvo al margen de las disputas por el poder que reclamaron los hijos del rey Harald. Consiguió que su hacienda y sus gentes prosperasen, y fomentó el comercio con la díscola Nidaros, siempre al margen de las intrigas cortesanas, y ajena a la influencia de la Iglesia del crucificado, que empezaba a llegar desde el sur con oleadas en las que Sigurd intuía estúpidas confrontaciones y luchas sin sentido.

Intentando que tan bellos logros no se malograsen, Sigurd jamás centró todas sus actividades en las propias de sus dominios, se preocupaba por las cabañas de carneros, bueyes y renos, prestaba atención a la labranza y a las apariciones del salmón y, sobre todo, cuidaba el comercio. Siempre regido por la prudencia de los años, solo recurría a la violencia cuando los salmos de sus escaldos no parecían ser suficientes para recordarles a todos el valor y la gloria de su *jarl*; Sigurd se había vuelto comedido, pero no estaba dispuesto a permitir que la sublevación tuviese la oportunidad de germinar. Sin embargo, no podía evitar la fogosidad de los jóvenes y, cuando señores de otros *víks* acudían hasta él para reclamar hombres, siempre se mostró hospitalario y generoso, brindando a los ansiosos la posibilidad de unirse a esos *jarls*. Consciente de su propio pasado, incluso sonreía con orgullo ante el nerviosismo de los adolescentes que, como él había hecho, se marchaban en busca de gloria acompañando a los señores de la guerra que buscaban acólitos.

Solo puso pegas en una ocasión, cuando sus dos hijos mayores decidieron embarcarse para seguir a Gunrød el Berserker. Y no se trató de que fueran sus propios herederos, sino del hombre al que habían decidido seguir, era demasiado codicioso y ambicioso, y la edad había enseñado a Sigurd que la templanza era necesaria incluso en la guerra desatada. Pero no se opuso, los cachorros se habían convertido en perros de presa y él entendía bien sus ansias.

Ahora había visto sus temores confirmados, hasta él regresaba solo uno de sus

hijos, Hardeknud. Había vuelto a casa trayendo los restos de los hombres que Gunrød había reunido, de algún modo se había hecho con el mando y aun a pesar del desastre evidente que había supuesto el intento de saqueo de Jacobsland, se presentaba allí como si su padre hubiese ya muerto, acarreando esclavos y un escaso botín para intentar imponerse como *jarl* de cuanto su mismísimo progenitor había conseguido con el solo pretexto de haber regresado con las migajas de aquella incursión.

A Sigurd le molestó que su hijo se presentase allí como un triunfador cuando en realidad era solo el mensajero de una derrota, y llegó a sentirse insultado cuando, apenas echado el pie a tierra, Hardeknud empezó a disponer que trasladasen al ganado para dejar libre el mayor de los corrales y acomodar allí a la recua de pobres desgraciados que mostraba orgulloso como parte más importante del botín.

Mientras las mujeres y los niños recibían las noticias de desconocidos y los corrillos de rumores se llenaban de preguntas, unos pocos afortunados, apenas un puñado de los que habían partido desde allí mismo, se reencontraban con sus familias. Otros querían disponer naves que los llevasen hasta sus propias tierras: Jaeder, Agdir, Vestfold y muchos otros lugares y aldeas, como Oseberg, Gokstad e incluso Balagard. Y ante la confusión, Sigurd se sintió obligado a imponerse, podía reconocerle a su hijo los méritos de haberse impuesto como líder de aquellos hombres, pero no iba a permitir que el brazo de su vástago se convirtiera en el trono de sus halcones con tanta facilidad.

Pesadamente, Sigurd Barba de Hierro caminó al encuentro de su hijo abriéndose paso entre las mujeres que lloriqueaban y los niños que miraban a los recién llegados buscando a sus padres. A medida que avanzaba, sus hombres más fieles se iban agrupando tras él, sin necesidad de que él los llamase, todos ellos sabían cuándo eran reclamados.

El redil de los esclavos se cerró al fin conteniendo a todos aquellos desgraciados de caras asustadas y anodinas que tantas veces había contemplado, y Sigurd vio con el rabillo del ojo el estrambótico danzar del gorro de lana roja del *godi*, el hechicero same curioseaba entre los prisioneros sin darle importancia a la lucha de poder que se avecinaba. Su hijo seguía gritando órdenes con una autoridad que no le había sido cedida en ningún momento y Sigurd temió las consecuencias de los posibles pactos que tendría que acordar con su cachorro si tenía que imponerse para evitar un derramamiento de sangre.

Los dos hermanos cuchicheaban en la esquina del redil, intentando compartir los cambios que sus vidas habían sufrido, averiguando cada uno las desventuras del otro. Sebastián confirmó los temores de Assur, no había visto a Ilduara y, de hecho, saber que la pequeña estaba también en manos de aquellos demonios del norte le supuso un duro golpe.

—A veces… a veces entraban en las bodegas y escogían a las mucha…

Assur apoyó la mano en el hombro de Sebastián sin darse cuenta de que lo estaba haciendo del mismo modo en que Gutier lo hubiera hecho.

—Lo sé, lo sé…

Assur acarició la cinta de lino que llevaba atada a la muñeca y echó de menos a Furco, le hubiera gustado tener a su lado al lobo para sentirse más seguro. No pensaba decírselo a Sebastián, sabía que debía mostrarse fuerte para que su hermano no se derrumbase, pero estaba asustado.

Ambos se prestaron consuelo mientras profundos silencios se intercalaban con espontáneas parrafadas en las que uno de los dos se desahogaba con la premura urgente de un condenado a muerte. Assur descubrió que Sebastián no había estado jamás en el campamento del Ulla; excepto algunas noches sueltas, había permanecido siempre embarcado en uno u otro navío. Y saber eso le sirvió a Assur para recordar algo que Jesse le había contado respecto a los marinos que navegaban hasta las aguas del bacalao, al norte de su Aquitania natal. No tenía a mano lo que necesitaba, pero, colándose entre los postes del corral, pendían las ramas de un escaramujo, coloridas con sus frutos de vivo rojo otoñal, y supuso que podrían servir.

—Aguarda un instante —le dijo a su hermano mientras se incorporaba.

Cuando se puso en pie, Assur consideró escapar, el vallado del redil era fácilmente franqueable, y resultaba evidente que los habían colocado allí provisionalmente, por lo que la oportunidad podía durar solo unos días, sin embargo, se dio cuenta de que aun suponiendo que Sebastián tuviera fuerzas para algo semejante, una vez libres, no sabría cómo regresar, no tendrían adónde ir. Tenía que ser paciente, tal y como le había enseñado Gutier, antes de tomar una decisión debía analizar la situación.

Pudo ver a un vejancón desdentado con la piel arrugada y esqueléticas piernas zambas que lo miraba entornando los ojos con una sonrisa codiciosa. Pero Assur se desentendió de la incomodidad que suponía ser observado tan inquisitivamente, como si no fuese más que una pieza de carne a la venta entre los cortes de un ternero en la plaza de abastos. Sabía muy bien que se había convertido en un esclavo, y estaba dispuesto a pasar por tal mientras no se le ocurriese un modo de sacar a su hermano de allí. Se hizo con unas cuantas frutas del arbusto y, tras abrirlas cuidadosamente y limpiar las semillas, obligó a su hermano a masticarlas lentamente.

—Come, lo necesitas, te ayudará a sanar…

A su espalda la discusión de los nórdicos parecía haber terminado, y Assur pudo ver cómo el joven, con evidente disgusto, renegaba nombrando a sus dioses y se dirigía al corral con aire decidido. El anciano encorvado que los había estado rondando se alejó renqueante como si el acercamiento del otro no presagiase nada bueno.

Hardeknud se sentía desairado y humillado, había esperado sacar provecho de la

situación en la que se había visto inmerso. Ganarse la confianza de Gunrød había sido una tarea dura y llena de insatisfacciones, la ardua escalada en la jerarquía hasta hacerse cargo del mando del Ormen, el mejor y más rápido de los navíos cargueros, había estado llena de esfuerzos zalameros y dificultades que tuvieron que resolverse, en ocasiones con enfrentamientos directos y en otras con traiciones evidentes que acabaron con muertos degollados durante largos turnos de guardia. No había tenido escrúpulos. Y su contento ante la oportunidad que le había brindado el destino había sido, a su parecer, un merecido pago que estaba dispuesto a aprovechar. Su ilusión había crecido a medida que los *knerrir* ascendían hacia el norte por aguas cada vez más oscuras, de él había sido la idea de guiarlos hasta la hacienda de su padre; estaba casi seguro de que el magro botín sería bastante para alzarse con una cota de poder suficiente, hasta relevar al viejo, al que consideraba vencido por los años y el cansancio, blando y clemente, carente de la fuerza y el empuje necesarios para ser un *jarl* tan poderoso como el mismísimo Gunrød. Aunque él se creía más que capaz de igualar al Berserker, incluso de volver a intentar el asalto a Jacobsland. Pero todo se había torcido, estaba furioso; aun con el respaldo del botín traído, los hombres del *vík* habían seguido apoyando lealmente a su padre. Lo único que había conseguido de él era que admitiese sus derechos sobre la parte de los cautivos y la ración del botín que los supervivientes de la partida de Gunrød le permitiesen quedarse.

Y Hardeknud no estaba dispuesto a quedar como un pusilánime ante tantos observadores. Pensaba hacerse en aquel mismo instante con aquello que le correspondía, se dirigía al redil de esclavos y miraba buscando a los que parecían más valiosos. Les gritó a un par de los hombres de su *knörr,* que, siguiendo sus órdenes, apartaron a los cautivos que su patrón les iba diciendo, aquellos que parecían más sanos y fuertes.

Sigurd aceptó con resignación ese acto de rebeldía de su hijo, sabía que para aquel joven descarado hacerse notar había sido siempre una constante, incluso había hablado con su madre sobre ello, eso le hacía débil, un mal líder. Y lleno de un cansancio demasiado familiar, lamentó que fuese el otro hermano el que no había regresado, y dedicó un esperanzado pensamiento a la posible sucesión de sus hijos más pequeños, especialmente de Gorm, que pronto llegaría a la mayoría de edad y apuntaba maneras de un modo sorprendente. Por ahora, en cuanto a Hardeknud, sabía que, si además le negaba su parte del botín, corría el riesgo de un enfrentamiento directo que no deseaba.

Assur no tuvo tiempo más que para tirar de su hermano a la vez que lo arrastraban fuera del redil tras haber sido señalado por el más joven de los nórdicos que había visto discutiendo. Sebastián siguió a su hermano menor como pudo, dando traspiés y solo porque este le aferraba el brazo con una mano que parecía hecha de hierro.

Sigurd se acercaba pesadamente, esperaba que no hubiera más problemas. Pronto

hubo cerca de una veintena de esclavos alineados ante el redil y aunque resultaba evidente que era una tajada demasiado suculenta del botín, nadie protestó, los pocos que conocían al viejo Barba de Hierro confiaban en su juicio, y los que no, la mayoría, estaban más preocupados con procurarse un modo de regresar a sus propios territorios o por granjearse la posibilidad de permanecer allí mismo. Algunos parecían ya dispuestos a pedir permiso a Sigurd.

Sebastián se componía del mejor modo que podía intentando mantenerse erguido gracias al apoyo que le proporcionaba el hombro de Assur.

Hardeknud se plantó delante de la fila de esclavos. Eran todos muchachos a excepción de una jovencita que parecía haberse mantenido más entera que otras pese a los rigores de la captura, el aislamiento y el viaje. Tenía un bonito rostro en el que unos grandes ojos castaños conservaban una inusual serenidad que destacaba entre la suciedad y el pelo desmadejado y mugriento; a Hardeknud le pareció un desafío y una buena excusa. En dos zancadas se plantó junto a la muchacha y se complació al ver la sombra de terror que demudó la expresión de ella. Con un gesto brusco la agarró del pelo y la lanzó hacia sus hombres arrancándole un chillido agudo de sorpresa.

Todos miraban sin intervenir y a Sigurd, que podía entender la lujuria como cualquier otro, no le gustó aquella demostración de su hijo, no era el momento, además, maltratar la mercancía siempre la depreciaba, no era aconsejable, pero se mantuvo en silencio incluso cuando los hombres de su hijo arrancaron los harapos de la muchacha al tiempo que gritaban obscenidades. Era bonita, con pechos jóvenes y firmes que apuntaban su adolescencia, y sus piernas largas y torneadas por el trabajo en el campo terminaban en un montículo abultado de vello ensortijado.

Hardeknud se desentendió pronto de la situación, había lanzado un hueso a sus perros, y ahora disfrutaba oyendo el jaleo que armaban: mientras uno de ellos protestaba enfurecido, reclamándola para sí únicamente, el resto, burlándose de su compañero, gritaba pidiendo turno.

Obviando la trifulca y pensando solo en cómo constatar el poder que tanto ansiaba, se fijó en los prisioneros. Quería únicamente a los que pudiesen alcanzar mejor precio, e iba a reclamarlos antes de que alguien se atreviese a cuestionar su autoridad. En la fila había un muchacho asustado y encogido que estaba claramente enfermo, no recordaba haberlo señalado, pero era evidente que no tenía valor, estaba roto por el cautiverio. Por un instante consideró devolverlo al redil, pero aquello podía ser entendido como un gesto demasiado magnánimo, débil, en exceso parecido a los de su propio padre y se limitó a desenfundar su espada.

Assur estuvo a punto de perder el control y saltar para defender a la joven. Aunque sabía que no era así, no podía dejar de imaginar a Ilduara en esa misma situación. Pero no tuvo tiempo para más consideraciones, pronto vio con horror como

el nórdico más joven estudiaba a Sebastián con expresión de disgusto y tuvo otras cosas de las que preocuparse. Y aun sin poder prestarle tanta atención como le hubiera gustado, también vio con el rabillo del ojo que el viejo encorvado se acercaba al mayor de los nórdicos.

Sigurd comprendió enseguida que su hijo quería mostrarse como un hombre poderoso y severo, deseando imponerse, pero sin darse cuenta de que ningún hombre cabal seguiría a un líder que se dejaba arrastrar por su ira. No dijo nada cuando Hardeknud entregó la muchacha, aunque no le gustaba que se maltratase a la mercancía de ese modo, pero no pensaba permitir que descuartizase a uno de los cautivos; si las ganancias eran ya exiguas, aquello solo iba a mermarlas aún más, y no había necesidad.

Assur supo al instante lo que debía hacer y ni siquiera le dio tiempo a Sebastián para protestar.

Sigurd Barba de Hierro se había curtido en mil batallas y, como buen hijo de los hombres del Midgard, sabía apreciar el valor por encima de todo. Y aunque era evidente que algo especial unía a los dos chicos, el valor del más alto era digno de granjearle el permiso de Freya al gran salón de banquetes.

El osado muchacho se había interpuesto entre su espada y el otro esclavo y Hardeknud dudó. En los ojos azules de aquel cautivo había una furia contenida que lo arredró.

—Morirás —amenazó Assur haciendo un esfuerzo por emplear su vacilante nórdico con la firmeza suficiente como para que la advertencia calase.

Todos los que rondaban por allí se giraron, y el resto de los cautivos se apartó, temerosos todos ellos de que aquel que parecía ser uno más fuese en realidad uno de los demonios del norte. Los normandos que rodeaban a la muchacha hispana se detuvieron para mirar la escena, y a la chica le dio tiempo a escapar cubriendo sus vergüenzas con manos temblorosas; una robusta mujer de pelo negro le ofreció una capa con la que cubrirse y la animó con palabras suaves.

Sigurd dejó que la sorpresa le dibujase el rostro con una sonrisa cínica.

Hardeknud dudaba y el *godi* aprovechó la oportunidad para cobrarse un viejo favor que había dejado pendiente; corriendo tanto como le permitieron sus piernas retorcidas de hinchadas articulaciones, se llegó hasta la esposa de su señor, que atendía a la esclava, y le susurró al oído. Cuando ella asintió, se acercó hasta su *jarl*.

Sigurd Barba de Hierro escuchó las palabras del hechicero same y consintió.

—¡Detente! —gritó a tiempo para que Hardeknud no bajase la espada que ya había alzado—. Esos dos son míos…

Las diferencias se fueron haciendo cada día más evidentes. Al principio llegó incluso a dudarlo, pero a medida que las estaciones avanzaban se hacía patente que las noches se volvían más y más largas, llegaron a parecerle eternas; el cielo se fue

oscureciendo poco a poco, perdiendo incluso los brillos del mediodía, con un sol que, perezoso, se quedaba a medio camino en el horizonte, era como si todo se cubriese con una pesada manta para prepararse ante la llegada del invierno. Y es que lo peor era el frío, intenso y cortante, que aumentaba con el paso del otoño y se hacía con el calor de forma avara y ansiosa. Tanto que Assur no recordaba haber vivido algo semejante, había días en que el escaso calor no lograba deshacer la helada nocturna, y los dos hermanos sufrían a menudo de sabañones que les enrojecían manos y pies.

Y aunque Assur no dejaba de pensar en la huida, se había dado cuenta de que no tenía opciones por el momento. El frío y las ventiscas de aguanieve que iban y venían le advertían de que los más duros rigores estaban aún por llegar; además, Sebastián, aunque muy mejorado, no se había llegado a recuperar del todo, y las privaciones y penurias del cautiverio todavía eran evidentes en él. De hecho, Assur solía cubrirle en sus obligaciones, intentando aliviar el trabajo de su hermano mayor, que parecía siempre agotado, y en todo momento se ofrecía a llevar a cabo las tareas más pesadas. Sin embargo, tal y como los dos hermanos cuchicheaban por las noches, a regañadientes tenían que reconocer que su situación podría haber sido mucho peor. Por algún motivo que no conocían, el viejo curandero del lugar se había encaprichado de ellos en aquel primer día en la bahía y, de algún modo, había convencido al *jarl*, un bigardo de mano tullida y barba cana que hubiera hecho pequeño a Weland, para que se los cediera, de modo que Assur y Sebastián pasaron al servicio de aquel anciano de huesos retorcidos y mirada nublada.

En general, sus tareas no eran pesadas. La mayor parte del tiempo se limitaban a ayudar al viejuco de origen same, una tribu de curiosas costumbres y vestimenta que, por lo que aprendieron los hermanos, eran de un lejano lugar más allá de las montañas que rodeaban las planicies de la costa y que eran, además, muy apreciados como hechiceros y curanderos. A capricho del anciano, los hermanos recolectaban las últimas hierbas de la temporada o lo ayudaban a atender a los que enfermaban y, en ocasiones, le echaban una mano en sus estrambóticas ceremonias, llenas de extraños rituales que asustaban a los muchachos por las evidentes connotaciones paganas. Dada su condición de esclavos, también se veían obligados a acatar las órdenes de muchos otros y Assur, que era el único de los cautivos que podía comprender lo que se le pedía, era reclamado a menudo, por lo que no era extraño que atendiese a los animales, o que hiciese de recadero o esportillero.

Aun cautivo, Assur seguía ensanchando y creciendo, se convertía en un hombre corpulento a ojos vista e iba dejando muy atrás al debilitado Sebastián. Era habitual que le ordenasen realizar trabajos mucho más pesados, como arrastrar maderos y cortar árboles para el astillero. Por su parte, Sebastián podía centrarse en asistir al viejuco de bizarros ropajes de colorida lana, la mayor parte del tiempo sirviéndole de improvisado lazarillo, ya que, con más picaresca que realidad, el same se hacía pasar

por medio ciego, aprovechando que la edad le había nublado la vista con lo que Jesse llamaba caída de los humores de los ojos, aunque, como Assur bien sabía, el vejestorio era capaz de ver perfectamente aquello que le interesaba.

Precisamente, el muchacho empezaba a sospechar que habían sido las enseñanzas de Jesse las que les habían puesto en aquella situación relativamente cómoda, ya que era habitual que el *godi*, como lo llamaban los normandos, le hiciera pasar largas veladas a la luz de las antorchas clasificando las hojas, hierbas y hongos secos que habían recogido y seleccionado, y no era extraño que el anciano le repitiera una y otra vez preguntas sobre las propiedades de cada uno, como si esperase del muchacho sorprendentes revelaciones. Aunque todavía no lograba comprender todo cuanto le decían, Assur creía que el hechicero deseaba averiguar lo mucho o poco que él sabía, al tiempo que forjaba a un destrón adecuado para ayudarlo en sus tareas cuando la ceguera le impidiese defenderse por sí mismo. El muchacho se esforzaba por recordar cuanto podía de las lecciones sobre medicina y botánica que le había dado el hebreo, y procuraba aprovecharse del *godi* de manera recíproca, teniendo siempre en mente los consejos de sus mentores. Sabía que debía conocer lo que le rodeaba, si escapaban por tierra, todos aquellos detalles sobre su entorno les serían de gran ayuda. Y no le estaba resultando difícil porque, aunque había menos árboles y la vegetación parecía temer a los fríos que se anunciaban, mucho de cuanto veía le resultaba familiar.

Sin embargo, también consideraba otras posibilidades: siempre que podía escaquearse o que sus mandados lo llevaban hasta el taller del carpintero, observaba con atención y lanzaba miradas furtivas a los armazones de los barcos negros de los nórdicos. Si se decidía por robar un bote para huir por mar, quería sentirse seguro y capaz tanto de elegir con tino una embarcación resistente, como de gobernarla con pericia suficiente.

Assur aprendía; el sistema de construcción naval de los normandos era muy ingenioso, y se dio cuenta pronto de que en lugar de utilizar grandes costillares pesados, montaban sus barcos al modo que el herrero del castillo hubiese llamado tingladillo. Usaban siempre armazones ligeros de fresno o roble, haciendo que cada traca, desde la quilla hasta la amura, se fuera superponiendo a la inferior, todas sujetas por remaches de hierro y aseguradas con cuerdas embreadas que las dotaban de impermeabilidad; era un sistema rápido y sencillo que daba lugar a barcos livianos y manejables. Assur entendió por qué aquellos hombres habían conseguido hacerse los dueños del mar sembrando el terror en todas las costas conocidas, sus barcos eran la clave, y él estaba dispuesto a aprovecharse de ello si tenía la oportunidad.

Esa misma tarde Assur había ayudado al carpintero a acuñar un gran tronco de roble para sacar largos tablones aprovechando la veta, sin embargo, se habían recogido pronto, el cielo despejado y las ganchudas nubes altas a las que padre siempre llamaba colas de caballo habían anunciado que la noche sería fría, y ahora,

sentados al amor del fuego, los dos hermanos pulverizaban una gran cantidad de pequeñas flores blancas desecadas siguiendo las instrucciones del *godi*.

Como tantas otras noches, una buena parte de los que vivían en la bahía estaban reunidos en la gran casa de la hacienda de Sigurd Barba de Hierro, *skali* la llamaban los normandos, un enorme salón con portones remachados en hierro y labrados con míticas figuras que obligaban a Sebastián a persignarse cada vez que los franqueaba; las terribles fauces de aquellas serpientes sin fin talladas en la madera representaban para el muchacho los monstruos de los avernos. El enorme fuego central y las antorchas retenían en el entramado de la techumbre un espeso humo que pegaba una gruesa capa de hollín en los escudos y armas que decoraban las paredes. Era la mayor de todas las construcciones de la planicie del fiordo y estaba rodeada por distintas edificaciones de diferentes tamaños que cumplían funciones menores como de herrería, de almacén o de ahumadero para las capturas que traían en pequeñas chalanas los pescadores.

Había otras granjas más chicas que habían florecido alrededor de la del propio Sigurd, pero ninguna tenía tantas dependencias y mostraba tanto la riqueza de sus dueños como la del *jarl* Barba de Hierro, que incluso contaba con una pequeña cabaña que se usaba para baños de vapor, una bárbara costumbre que Assur veía con ojos desorbitados, los hombres sudorosos y desnudos salían corriendo de aquella choza y se lanzaban al agua fría del largo estuario.

Ese y muchos otros hábitos le señalaban a Assur cuán lejos estaba de su casa. No llegaba a comprenderlos, eran gentes demasiado distintas y echaba mucho de menos su tranquila vida pasada.

Aquella noche, mientras los dos hermanos trabajaban con las flores del *godi*, los hombres, como tantas veces, charlaban estruendosamente compartiendo licores y recuerdos de batallas vividas. En ocasiones se oían comentarios sobre el tiempo, la cosecha o los animales, pero para Assur seguía resultando sorprendente la importancia que la lucha tenía para los nórdicos. Tanto era así que entre ellos había uno, delgado como una astilla, que no perdía oportunidad de llevarse unas monedas por contar las viejas glorias y magnificadas sagas de los héroes de la memoria. Respondía al nombre de Snorri y, según había oído Assur, había llegado desde lo que llamaban *isla del hielo;* tal y como le había contado Weland, el escaldo no perdía oportunidad de halagar al propio Sigurd narrando su cruce de las temibles cataratas que lo habían llevado a Miklagard o cómo había luchado con sus hombres defendiendo al lejano emperador de aquella mítica ciudad. Y aunque le costaba reconocerlo, Assur había llegado a admirar a Barba de Hierro.

Las mujeres, por su parte, se ocupaban de regañar a los chicos que interrumpían las historias de los mayores, o amamantaban a los más pequeños abriendo las pecheras de sus vestidos. Algunas tejían charlando distraídamente y otras terminaban

de recoger los restos de la pantagruélica cena en la que las carnes asadas en la enorme hoguera central habían constituido el plato principal, para asombro de los hermanos hispanos, que no estaban acostumbrados a tales abundancias con el invierno tan cerca. Además, las mujeres organizaban las tareas y deberes de los siguientes días; y, de hecho, las normandas llevaban gran parte del peso de la administración de la granja y las fincas. Ellas tomaban decisiones sobre la siega o los cuidados de los animales, al contrario que en la distante ribera del Ulla; las mujeres llevaban atadas al cinto sus propias faltriqueras y las llaves de casas y arcones, y los hombres aceptaban aquel papel dominante con deleite, para ellos el comercio y las incursiones en territorios lejanos parecían ser los únicos temas con valor suficiente para llamar su atención.

—No logro entender a esta gente —le comentó Assur a su hermano en voz baja al ver cómo una mujer parecía increpar a su esposo por los evidentes síntomas de borrachera.

Sebastián se encogió de hombros. Aparte de sus problemas de salud, el chico no conseguía animarse, mantenía una apática actitud en la que la resignación era la clave de su decaído temperamento.

—Sigue… o nos gritará…

Era evidente que se refería al viejo *godi*, que tenía tendencia a gritarles cuando presentía que holgazaneaban, pero Assur no consideraba tan terribles las regañinas del arrugado same, en las que intuía había más una necesidad de reafirmación de su ascendencia sobre ellos como esclavos que verdadero enfado. Sin embargo, no dijo nada, a pesar de que Sebastián estuviese tan desmejorado, él lo seguía tratando con el respeto debido a un hermano mayor, por lo que volvió su atención a los pétalos secos, agradecido porque el trabajo no era exigente.

Antes de reanudar su tarea Assur echó un furtivo vistazo a Toda, la muchacha que había llegado en su misma partida de esclavos. Desde que Weland lo llevara a la taberna del Valcarce, los meses pasados en el norte habían supuesto su mayor período de abstinencia, y sus noches empezaban a llenarse de embarazosos sueños cálidos que lo obligaban a limpiar apresuradamente las pieles que le servían de cobertor; y la muchacha era bonita, con un rostro redondeado de mentón marcado que resultaba bello, sin embargo, al pensar en ella como cautiva recordó a Ilduara y, de golpe, se arrepintió de los carnales pensamientos por los que se había dejado embaucar.

—Voy fuera —dijo Assur pensando más en buscar algo de aire fresco que en aliviar su vejiga.

Sebastián asintió cansino.

—Vuelve antes de que se enfade el cuesco reseco —añadió inclinando la cabeza hacia el same de gorro chillón que los observaba entornando los párpados de sus ojos nublados.

La *skali* estaba rodeada por un cerco que delimitaba un pasto especial con cierto carácter sagrado que Assur no llegaba a comprender. Lo cierto es que no entendía muchas de las cosas que le rodeaban y, aunque había descubierto con asombro que los nórdicos tenían mucho más en común con la vida que había dejado atrás de lo que hubiera podido imaginar, no podía evitar sentirse tan agónicamente melancólico que dolía. Echaba de menos su casa y su familia, extrañaba a Gutier y a Jesse. Y le hubiera gustado que Furco estuviera con él.

La noche era fría, y Assur podía ver cómo su aliento se condensaba ante él formando pequeñas nubes. El muchacho se sentó al lado de una extraña piedra cubierta de incomprensibles inscripciones en la lengua de los nórdicos, Assur no comprendía lo que se decía en ella, pero, gracias a las vistosas tallas, intuía que hablaba de una batalla en tierras lejanas al borde de una gran catarata.

En el horizonte, prácticamente despejado, refulgían las estrellas, blancas y bien definidas, además, en el eje de levante a poniente un extraño arco de luz verdosa cruzaba el cielo nocturno. No era la primera vez que el muchacho lo veía, pero seguía asombrándose cada vez que la noche le sorprendía con aquellas extrañas luminiscencias. El viejo same le había dicho que se llamaban *guovssahas*, algo que Assur había interpretado a su modo como «luz que puede oírse», sin embargo, el chico nunca había escuchado nada, por lo que dudaba de su traducción; pero después de los reveses sufridos en los últimos tiempos Assur había perdido su interés por lo místico, su fe flaqueaba, y sabía reconocerse que no tenía el menor deseo de involucrarse en las creencias de aquellos hombres precisamente cuando incluso dudada de las suyas propias. Y tampoco se creía la versión que le había dado el carpintero normando del extraño fenómeno, según el artesano se trataba de los reflejos que las armaduras de las sagradas valquirias emitían bajo la luz de las estrellas.

Fuera como fuese, siempre que lo veía, una terrible nostalgia lo invadía, era una prueba evidente de que estaba muy lejos de su hogar.

Triste y melancólico, el muchacho regresó al gran salón rebuscando en sus ideas la esperanza debida al ansia de huir.

—¡Jala! ¡Tira con todas tus fuerzas!

Y aunque no era fácil, Assur hacía lo que le ordenaban. Apoyando uno de sus pies en la arrufadura, el muchacho intentaba vencer la áspera fricción que amenazaba con despellejarle las manos al tiempo que procuraba usar los músculos de piernas y espalda. Se echaba hacia atrás ganando pulgada a pulgada de cordaje y se ayudaba con su propio peso para hacer palanca.

—Vamos, ¡tira! A lo mejor traemos una *marmennil* con enormes tetas en las que podrás hozar toda la tarde…

Assur estaba seguro de que una bestia medio mujer y medio pez no era el tipo de

hembra con el que desearía compartir su lecho, sin embargo, acompañando las carcajadas de Thorvald, sonrió complaciente, contento de no contradecir al viejo e ilusionado por su reciente descubrimiento.

La red daba la impresión de estar a punto de reventar y al muchacho le parecía que pesaba quintales, no podía evitar que se le escapasen roncos gruñidos de esfuerzo entre las grandes bocanadas de aire iodado que aspiraba. Mientras, el patrón, sentado en una traviesa de la barquichuela, se hurgaba los rastrojos de su barba irregular llena de calvas, satisfecho por ahorrarse el esfuerzo.

Thorvald, cuyo rostro era poco más que un pellejo reseco y tirante encolado a una calavera angulosa, se dedicaba al oficio que, después del de puta, hacía más feliz a un cliente como el *godi*, era pescador. Como Assur había descubierto, si bien los años no habían sido capaces de agotar la insaciable libido del anciano same, sí lo habían dejado medio ciego y por completo lleno de las más estrambóticas manías, como por ejemplo, desayunar todos los días arenques, a ser posible, frescos y nunca de más de medio palmo. Y ahora que la temporada de pesca había llegado con el suave calor del verano, el *godi* se había buscado el modo de sacar aún más provecho de su nuevo esclavo haciendo un trato con el pescador, una jugosa ración de las capturas siempre que el joven extranjero ayudase en la faena. Por eso, en esas últimas semanas Assur había aprendido que los callos de sus manos no eran tan duros como pensaba, y que la salada humedad del mar servía para ablandar sus palmas y disponerlas para dolorosas ampollas que, por las noches, le hacían palpitar los dedos con terribles calambres.

Sin embargo, Assur consideraba el duro trabajo un precio asequible por el que colmar sus ansias de libertad contra todo pronóstico. Empezaba a descubrir los secretos de las mareas y a conocer el océano con la peligrosa valentía de la ignorancia. Pero lo más importante es lo que había encontrado. En una abrupta cala de guijarros al norte del poblado descansaban los restos oscurecidos de una vieja barca que, como el esqueleto abandonado de un náufrago, se dejaba batir por las olas. No estaba seguro de si el armazón le serviría de algo, quizá la podredumbre había llegado hasta el duramen de los maderos, pero, tal y como ya había hablado con Sebastián, era una esperanza a la que no podían renunciar. Si se las apañaban para robar los tablones y otros materiales, quizá podrían reflotarla y pensar en huir. Al mayor de los hermanos le parecía una locura, sin embargo, Assur intentaba imbuirlo una y otra vez de sus esperanzadas expectativas.

—¿Y cómo te las vas a arreglar para llevar hasta allí las tracas? —le había preguntado la noche anterior Sebastián entre susurros.

Assur era consciente de todos los inconvenientes, pero su ánimo no desfallecía.

—Nadando, la madera flota, me servirán de ayuda —había contestado sin perder la ilusión.

—Pero te llevará una eternidad, no podrás transportar más que unas pocas cada vez.

—Lo sé, lo sé…

—¿Y cómo pretendes hacerlo sin que te descubran? —objetó una vez más Sebastián.

—Con paciencia, por las noches. Unas pocas cada vez, es muy importante no levantar sospechas, de todos modos, el carpintero pasa la mitad del día borracho y el resto durmiendo la mona. No se dará cuenta.

—Puede, pero ¿y después? ¡La verán!

Assur sabía perfectamente que si él sabía de la existencia del pecio, tenía que ser algo conocido por todos los que allí se dedicaban al mar, incluido el propio Thorvald. Sin embargo, ya había pensado en ello.

—La hundiré, al principio será fácil, no se notará. Y cuando tenga la tablazón terminada, la hundiré. Hay piedras allí mismo, y cada noche la reflotaré para trabajar… Y al terminar la hundiré de nuevo, así no la verá nadie… Puede que alguien la eche en falta, pero probablemente pensarán que las olas la han destruido…

Sebastián había callado, mohíno, se había guardado la más difícil de las preguntas para el final.

—Y aunque lo consigas, ¿qué? Suponiendo que puedas librarte del cuesco reseco —dijo refiriéndose al viejo same—, ¿qué haremos si consigues que sirva para navegar?, ¿adónde iremos?, ¿de veras crees que eres capaz de llegar a casa?

Assur había tenido que reconocerlo, la ilusión no le había dejado pensar en esa parte del proyecto. No había sabido qué contestar.

Los dos callaron mientras Sebastián rumiaba el pan duro de la escasa ración de la que su hermano se había privado.

El mayor se había dormido rápidamente, derrengado por las sencillas tareas y vencido por su todavía débil estado, pero Assur se había mantenido despierto, elucubrando, aferrándose a ese resquicio de esperanza sin darse cuenta de que no era más que un clavo ardiendo.

Los arenques se movían, luchando por respirar fuera del agua, y entre los ojos de la red se veían destellos plateados; Assur tuvo que regresar al radiante sol de la mañana y olvidarse de los temores de su hermano y de sus propias ilusiones. Esa noche intentaría por primera vez llegar hasta los restos del pequeño esquife para poder estudiarlos.

—¡Tira, desgraciado! ¡Que los perdemos!

Y Assur se esforzó por subir la hinchada red, impaciente por que llegara el perezoso ocaso de aquellas lejanas tierras del norte.

La bonanza del sol de los largos y extraños días no lograba eliminar del todo el frío que la anochecida siempre anunciaba. Y, aunque para asombro de los hermanos

la tarde se colgaba con una curiosa claridad que brillaba por encima de las olas del oeste, la actividad del pueblo llegaba a su fin. Muchos se reunían ya junto a los fuegos dispuestos a comer y beber, los menestrales habían dejado sus herramientas y los huertos y cultivos se habían quedado sin atención.

Sebastián entretenía al *godi* trasteando entre las colecciones de hierbas enjugadas y Assur se escabulló en cuanto tuvo la certeza de que nadie le prestaría atención. Solo se cruzó con Toda, que llevaba un brazado de ramas secas para prender algún fogón, pero Assur no creyó que la muchacha se percatase de su presencia. Los separaban más de cincuenta pasos.

Estaba cansado, pero el duro trabajo de las últimas semanas había fortalecido su cuerpo y, aunque compartía su propia comida con Sebastián, la ilusión llenaba sus castigados músculos.

Se desvistió al abrigo de unas rocas al norte del pueblo, dejándose únicamente los raídos calzones y amontonando las humildes prendas de basto *vathmal* en una piedra por encima de la línea de pleamar. Sintió cómo se le erizaba el vello al meter el pie en el agua oscura. Cuando el suave oleaje le batió la cintura no pudo evitar trampear, sorprendido por el frío repentino en su entrepierna, y dio un par de cómicos pasos en los que solo apoyó las puntas de los dedos de los pies.

Se echó a nadar soltando un sonoro soplido. Luchó con corrientes que lo quisieron arrastrar, y tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para que el largo trecho, que tan poco parecía cuando lo navegaba en la barca de Thorvald, no se volviera eterno.

Cuando consiguió llegar hasta las peñas en las que descansaba el pecio, necesitó de un rato de resuellos y maldiciones sibilantes para recuperar el aliento, aquello empezaba a parecer mucho más duro de lo que había imaginado.

El primer trozo de madera que tocó se deshizo entre sus dedos dejando un mucilaginoso rastro de verdín en sus yemas, obligándolo a contraer los párpados en un gesto de disgusto, sin embargo, no se dejó desfallecer; y siguió examinando los restos de la malograda barquichuela sin poder evitar que aflorasen recuerdos sobre aquel día, tan lejano ya, en el que el sencillo bote del molinero de Mácara los había salvado a él y a Ilduara.

Estaba mucho peor de lo que había imaginado, pero algunos de los baos parecían mantener la entereza suficiente. La peor parte se la había llevado el trancanil, que, amén de la podredumbre, estaba muy castigado por los golpes con las rocas. Sin embargo, la quilla, la pieza más importante, la que él jamás hubiera podido fabricar por sí mismo, se mantenía en un estado razonable. Habiendo sido tallada en una única pieza de un solo tronco, la corrupción no había provocado en ella más que una roñosa capa oscura que se desprendió al rascar con las uñas.

Había aprendido lo suficiente gracias a sus visitas al astillero del fornido

carpintero para saber que podría servir. Tenía motivos para mantener vivas sus ilusiones. Necesitaría paciencia, tendría que hacerlo tan lentamente que resultaría exasperante, pero era factible.

Antes de regresar se permitió un instante de disfrute en el que miró hacia la luz difusa del horizonte al tiempo que acariciaba la cinta de lino que llevaba atada a la muñeca.

En una ocasión, el mismo verano en el que necesitó por primera vez usar trapos que contuvieran el flujo que la convertía en mujer, Toda había visto cómo la señora de uno de los nobles terratenientes de Castilla había pasado por Curtis de camino a Compostela. La flamante dama, condesa de Lara y abuela reciente de uno de los candidatos al trono, viajaba a la ciudad del apóstol para rendir culto a las reliquias y pedir por su nieto de pocos meses, aunque los rumores decían que, en realidad, iba a negociar en nombre de su esposo con el obispo, esperando alguna prebenda para la sucesión a la corona de su vástago.

Aquel fue un acontecimiento por el que los cuchicheos de las chismosas rebosaron durante semanas y, ante tanto fasto y boato, la tranquila vida del lugar se alborotó irremediablemente. Y, como no podía ser de otro modo, Toda, al igual que el resto de las chicuelas del pueblo, comida por la curiosidad, había aprovechado cada recodo del camino, cada una de las esquinas del pequeño pueblo para fisgonear el avance de aquella comitiva de rancio abolengo que peregrinaba sin que el ama diese un paso, bien a gusto en un refinado carruaje mientras la guardia y el servicio se dejaban las suelas en el empeño.

Toda, como cualquiera de las admiradas muchachas de Curtis, había visto el respeto con el que la mujer era tratada, la opulencia de sus ropajes y las joyas que la embellecían; los brillantes cabellos limpios bien trenzados, los brocados, los exquisitos borceguíes, las sirvientas que se agachaban. Lo había visto y lo había envidiado. Y desde aquel mismo momento, lamentando sus humildes prendas de lana y su triste séquito, compuesto solo por Petronila, la desdentada hija del matarife, Toda se había creído en el derecho de aspirar a ser tan bella, admirada y rica como la señora de Lara.

Asqueada de levantarse antes del alba para el ordeño, o de que se le cuarteasen las manos en los lavaderos del río, Toda se había convencido a sí misma de que su futuro no podía estar en una modesta granja como aquella en la que se había criado.

Y lo único que le restó por saber en ese momento, cómo conseguirlo, le fue desvelado poco después, cuando con el paso de los meses, la edad hizo que sus formas se volviesen generosas atrayendo las miradas de los mozos del pueblo. Al poco, Toda descubrió cómo una sonrisa a tiempo o una insinuación podían conseguirle promesas y regalos, y comprendió pronto que los hombres eran tan tontos como grande su lujuria. Especialmente después de que dos de los jóvenes de Curtis se

deshiciesen el alma a puñetazo limpio por el rencor de los celos, con lo que Toda aprendió de golpe que aquel pecaminoso escondrijo en la horquilla de sus muslos tenía sobre los varones, de toda clase y condición, una ascendencia mucho más importante de lo que hubiera podido imaginar.

Cuando llegaron los normandos, a Toda la llevaba su padre de las orejas a la iglesia de Santa Olalla, la confesión era urgente porque había sido sorprendida coqueteando con un acomodado aparcero y semejante actitud pecaminosa no solo se merecía los dos bofetones con los que le cruzó la cara su progenitor, sino también una profunda contrición y la absolución del Señor. Sin embargo, no encontraron al párroco, sino a unos gigantes barbados que se emborrachaban con el vino de misa y que no dudaron a la hora de decapitar a su padre burdamente, con repetidos golpes de una espada poco afilada.

Había sido horrible. Aún se despertaba asustada, creyendo oír una vez más aquel espantoso golpear del hierro contra las carnes del cuello de su padre.

Y desde ese terrible momento hasta su llegada a aquel extraño y frío lugar del norte, sin otra ayuda de la que valerse, falta de otras opciones, obligada a sobreponerse, Toda había salido adelante aprovechándose de las únicas armas que conocía y sabía utilizar.

Durante su cautiverio en los rediles y barcos de los nórdicos había usado sus dulces sonrisas para sacarle un mendrugo de pan a algún otro prisionero, o insinuado promesas a uno de los normandos para que le cediese una pieza de ropa más con la que mitigar el frío. Y, buscando protección, había empleado sus más profundos encantos para encelar a algunos de entre sus captores y así, en precario equilibrio, librarse de los abusos que sufrían otras prisioneras que no encontraban la protección de quien las convirtiese en sus favoritas.

Así, logrando no cortarse, Toda recorría de puntillas el aguzado filo de la continua amenaza, valiéndose de uno o dos de los normandos para evitar convertirse en el trofeo de una jauría. Y había sobrevivido saliendo incluso mejor parada que la mayoría de los pobres desgraciados que la rodeaban. Sin embargo, el mismo día en que desembarcó en el norte, poco faltó para que ese atractivo que le había servido para granjearse los favores de uno de sus carceleros le costase ser entregada como un simple animal.

Sin saber muy bien cómo, Toda terminó desnuda frente al resto de los cautivos mientras aquellos malnacidos normandos peleaban entre ellos, rijosos como sementales, y temió que se le hubiese terminado la suerte. Sin embargo, aunque su protector acabó apaleado por los suyos al intentar interponerse, cuando ya pensaba que no podría evitar caer en manos de aquellos demonios del norte, que vertían sobre ella lascivas miradas, tuvo la inesperada fortuna de acabar al servicio de una tal Brunilda, que no parecía dispuesta a que su nueva esclava sirviese de juguete a los

hombres del fiordo. La mujerona, que aparentaba hacer las veces de esposa del jefe del lugar, un hombre de aspecto brutal y de nombre impronunciable que sonaba a gargajo, era capaz de intimidar hasta a sus propios hijos, advirtiéndoles continuamente con amenazas que eran evidentes para Toda incluso a pesar de no entender el idioma. Sin embargo, la muchacha temía que la racha se le acabase pronto y alguien llegase demasiado lejos, o que se la llevaran para venderla en Oriente, como habían hecho con los otros hispanos cautivos.

Así que, siendo previsora, y sin confiar en que la protección de Brunilda fuese eterna, Toda, con una maestría que sabía malsana y condenable, pero de la que elegía no arrepentirse, había repartido sus encantos eligiendo bien a los cándidos hombres que la observaban con deseo; y consiguió una vez más ropas calientes, botas abrigadoras, una márfega cómoda en la que dormir y mejores raciones de comida.

Pero había más, la relativa comodidad de la que disfrutaba había hecho brotar de nuevo la semilla de su antigua codicia, y había empezado a coquetear con la idea de labrarse una mejor posición en aquel poblado del norte, y para hacerlo había decidido aprovecharse de la lujuria de alguno de aquellos bárbaros. Sin embargo, para su desánimo, lograba vislumbrar que la pasión desatada de los normandos solo duraba hasta que su pegajosa simiente se derramaba en su interior, una vez se retiraban, flácidos y sudorosos, no parecían dispuestos a considerarla más que lo que era, una esclava. Pero encontró una salida satisfactoria cuando una noche, al calor del fuego de la gran casa, escuchó hablar a los hermanos de la ribera del Ulla. Cuchicheaban tranquilos suponiendo que nadie entendía sus palabras, pero ella lo hizo, hablaban de escaparse.

Por eso, cuando esa tarde vio al menor escabullirse del poblado mientras acarreaba ramillas secas para el fogón de Brunilda, se hizo la despistada hasta que, dejando la brazada en el suelo, se decidió a seguirlo para tener un pícaro momento de intimidad. Estaba segura de que, si el cebo era lo suficientemente pasional, podría convencerlo para que se la llevara con ellos cuando huyesen.

Así que aprovechó el momento y fue tras él. Mantuvo una distancia prudencial y la caminata no duró mucho. Toda vio como el fornido muchacho rubio se detenía en una pequeña playa de grava, supuso que quizá buscaba un momento de soledad para lloriquear, como le había visto hacer al otro hermano, y temió que no fuese un hombre lo suficientemente maduro como para usar sus encantos con él.

Valoraba sus posibilidades cuando el joven la sorprendió quitándose las ajadas botas que calzaba. Ella esperó intrigada. Y Assur, ajeno al interés que alimentaba, se despojó también de la camisa, tirando de ella por encima de su cabeza, y Toda vio los surcos de la musculatura de su espalda.

Tenía unos miembros bien proporcionados que usaba con gestos elegantes y fluidos que despertaron en ella un deseo sincero. La piel del muchacho brillaba de un

modo singular en la media luz de la anochecida, las líneas de su torso abultado se definían delatando las alargadas sombras que sus músculos bien desarrollados arrojaban.

Pensaba ya en acercarse cuando, para su asombro, el muchacho se metió en el agua.

Lo esperó hasta que se le hizo demasiado tarde como para que las excusas fueran creíbles e, imaginando el cuerpo mojado de él surgiendo del mar, se fue a terminar con sus tareas antes de acostarse con los ojos azules del muchacho clavados en sus recuerdos.

Era evidente que aquella iba a ser una velada muy especial para los normandos. Y a los hermanos les disgustaba trabajar para una causa semejante, pero estaban contentos de abandonar la desagradable tarea de los últimos días, en los que habían tenido que pasarse horas hirviendo agua de mar para obtener la sal con la que el *godi* pensaba conservar sus tan preciados arenques para disponer de ellos durante todo el invierno. Esa mañana, después de cargar con ámbar, esteatita y paños de *vathmal* las naves que iban a salir de expedición, los chicos estaban ayudando con el despiece de los animales que servirían para el festín; eran los finales de unos preparativos que habían durado dos semanas enteras, desde que Gorm, el hijo menor del *jarl*, había llegado a lo que Assur, recordando las enseñanzas de Weland, entendió como una celebración de la mayoría de edad del adolescente nórdico. Y aunque todas aquellas disposiciones habían supuesto mucho trabajo desagradable, también habían incluido una febril actividad en la carpintería, para deleite de Assur, que había intentado aprovecharse de ello a fin de proveerse de materiales y herramientas que escamotear para llevar a cabo sus planes de huida.

Era como un día feriado, mientras los esclavos atendían a los trabajos pesados, los normandos se entretenían haciendo carreras y competiciones de tiro con arco, un grupo jugaba con una pelota de cuero a algo que llamaban *knartlik*, y los más jóvenes luchaban entre ellos poniendo a prueba sus habilidades en combate. Las mujeres de más edad, *husfreyas*, señoras de la casa y la hacienda, recogían coles, desgranaban guisantes y aprovechaban las hortalizas que el calor había madurado; los cazadores traían patos y liebres cogidas con lazo o arco, y los *einherjar* de Sigurd habían conseguido algunas torcaces con los fuertes y rápidos halcones de su *jarl*. Además, dos de los robustos bueyes de largos cuernos curvos que solían retozar en los corrales habían sido sacrificados; y los hermanos hispanos seguían las indicaciones del *godi* para descuartizar las rodillas de las reses, el aviejado same les había dicho que deseaba aquellos pequeños huesos de las articulaciones para sus rituales. Ambos estaban concentrados en su tarea, con las manos tintas de sangre y las narices envueltas por el olor picante del buey recién muerto.

Assur intentaba compartir con su hermano algunas noticias, la noche anterior

había conseguido robar de la carpintería un buen puñado de remaches, sin embargo, Sebastián parecía absorto.

—Es bonita, ¿verdad?

Assur no supo muy bien cómo reaccionar. Le alegró ver que su hermano era capaz de abstraerse de sus continuas quejas, pero estaba impaciente por seguir hablando de la restauración del esquife.

—Sí, lo es —contestó sin demasiado entusiasmo.

Se había dado cuenta de que la muchacha se había pasado el día echándoles miradas furtivas, algo que venía haciendo en los últimos tiempos con mucha frecuencia, pero sus días estaban siendo demasiado cortos como para dedicarle tiempo a pensamientos banales sobre mujeres. Sabía muy bien que Sebastián todavía desconocía muchos de los secretos femeninos que la azarosa vida que había llevado antes de ser capturado le había descubierto a él mismo e, imaginando lo que hubiera pensado Gutier, se le escapó una sonrisa condescendiente en la que, aun sin malicia, Sebastián vio algo que lo hizo sentirse celoso.

—Creo que ella…

Sebastián no terminó la frase, pero Assur comprendió igualmente. A veces una mujer podía hacer que un hombre pensase muy poco en sus propias desgracias, ofuscado por sus ansias de amor. Assur lo había visto, había escuchado las historias picantes de la soldadesca y era consciente de que su hermano, ante tantas privaciones, bien podía aferrarse a aquella ilusión; desde unos días atrás mencionaba a menudo a la muchacha y parecía encantado de suponer que era el centro de su atención.

—Puede que tardemos más de lo que había pensado —dijo Assur, que quería cambiar de tema y dejar de lado a la joven—. Tenemos que conseguir más remaches…

El muchacho tuvo que abandonar sus palabras en el aire, el *godi* se acercaba de nuevo hasta ellos, y aunque era evidente que no podía entenderles, Assur tenía la sospecha de que el viejo same podría intuir lo que estaban planeando, por lo que intentaba no airear sus intenciones de fuga si aquel pellejo relleno de arrugas andaba cerca.

—¡Vosotros dos! Inútiles sacos de boñiga reseca, ¿acaso pensáis holgazanear todo el día?

Sebastián entendió el tono perfectamente y adoptó una postura sumisa encogiendo los hombros. Assur, llevándole la contra, miró al anciano con el porte justo para resultar indolente, pero no tanto como para ganarse una golpiza por la bravata. Estaban trabajando tan duro como podían, y eran tareas que conocían muy bien, en casa habían ayudado desde siempre en los días de matanza, y el muchacho no pensaba permitirle al vejestorio un trato injusto.

El *godi*, con aire impaciente y un destello de ira en sus ojos nublados, golpeaba en

su palma el recazo del cuchillo curvo que usaba para recoger las hierbas, era evidente que estaba tentado con cruzarle la cara al indolente esclavo.

—Hay mucho que hacer —dijo negando con la cabeza. No deseaba perder más tiempo—, tenemos que preparar la ceremonia de despedida, esos jóvenes no pueden irse de *vík* sin ser honrados como se debe.

Assur sabía que el vejestorio estaba inquieto, ese verano el hijo menor del propio Sigurd saldría por primera vez de expedición, y aunque el desapego de aquellos hombres por los suyos era evidente, el muchacho sabía que el *godi* deseaba que todo saliera a la perfección, pues la ira de Barba de Hierro era legendaria por lo temible. Era obvio que el hechicero no deseaba incomodar a su *jarl* con augurios que no fuesen propicios o con una ceremonia inapropiada. Y Assur, siendo consciente de que el hechicero tenía muchas otras preocupaciones que apretaban su calendario, se permitía algunos actos de sencilla rebeldía como aquel, era el único modo que tenía de mostrar su disgusto porque una nueva horda de aquellos demonios del norte partiera hacia el expolio y el saqueo.

—Cuando tengáis las rótulas, llevad las piezas de carne a la *skali* —concluyó el viejuco antes de darse la vuelta con prisa para terminar de preparar sus cachivaches.

Al llegar el ocaso grandes espetones sostenían sobre el fuego las piernas y costillares de los bueyes, que se rustían al calor de las brasas mientras las mujeres los untaban con especias y los salpicaban con hojas de rábano troceadas. También había aves mechadas con tiras de tocino, sostenidas sobre las llamas bajas en horquillas de madera, y grandes calderos de hierro que pendían de las vigas del techo con cadenas, en ellos hervían guisos de repollo y gachas de avena con piñones y corteza de pino. Incluso tenían al fuego lomos de esos extraños ciervos de los que Assur no conocía el nombre; y, fritos en grasa, truchas y salmones frescos aromatizados con comino. Lo más ligero de entre todas las viandas eran los calderos de humilde sopa de cebolla con huevos de gaviota batidos y las grandes hogazas de pan de cebada, crujientes y olorosas, pero que no lograban ahuyentar el añorado regusto a centeno y trigo que guardaban los hispanos. El alcohol, en ingentes cantidades, corría sin medida, y los hombres armaban barullo gritando y riendo, bebiendo de sus cuernos y copas incansablemente, con las bocas llenas de grandes pedazos de carnes grasientas.

Con pequeños pasos tímidos el escaldo Snorri se movía por el salón para procurar el entretenimiento de los presentes narrando las aventuras de su señor en el Oriente con un lenguaje enrevesado que Assur apenas comprendía.

—… En el enorme prado de las gaviotas el lobo de los cordajes aullaba preñando las velas, tensando las hebras de lana y amenazando con romper las escotas. Los *drekar* sufrían el ataque del mar y los potros de las olas de Sigurd Barba de Hierro gruñían protestando por la tortura. Llevaban días a la deriva hasta que en la costa vieron el lugar que buscaban, los peñascos derramaban su sangre…

El *jarl*, sentado en su gran sillón de madera labrada, dominaba el salón, sonreía complacido por las alabanzas del meloso bardo y, con el brazo alrededor de los hombros del menor de sus hijos, rugía órdenes de vez en cuando, exigiendo que se sirviera más comida y bebida, y todos lo jaleaban.

En una esquina dos de los normandos se batían a puñetazos entre insólitas carcajadas, como si los tremendos golpes no fueran más que cosquillas, al parecer, habían discutido por un desacuerdo en una partida de *hneftafl*, pero ahora habían encontrado un divertimento mejor que el del tablero. Al otro lado, un jayán de cara hosca los observaba divertido mientras rastrillaba su barba en busca de liendres con un peine de hueso.

Hardeknud hablaba en voz baja con algunos de sus secuaces, y para Assur era evidente que el nórdico estaba preocupado por su herencia, a pesar de ser el mayor de los hijos vivos del *jarl*, desde su regreso al fiordo con los restos de la fallida expedición de Gunrød, el temible Sigurd Barba de Hierro parecía haberle retirado el favor, haciendo prevalecer a Gorm, el menor. Assur había oído rumores, cuchicheos aquí y allá, no estaba seguro, pero parecía que aquel festín y la celebración de la primera marcha de su hijo pequeño tenían muchos significados para los nórdicos que no eran tan aparentes como podría pensarse. Y Assur se barruntaba que los augurios del *godi* jugarían un papel importante en toda la historia, de ahí el nerviosismo y mal temple del viejo en los últimos días.

—El cuesco reseco está tan nervioso como para que de tanto sonreír se le junten las orejas en el cogote —le dijo Assur a su hermano mientras salían con cubos de hierro a buscar agua fresca.

Pero Sebastián estaba distraído. Sus ojos seguían los movimientos de Toda mientras la muchacha ayudaba a las mujeres que atendían los asados.

Estrellas blancas brillaban en un horizonte que parecía carbón pulido, con unas pocas ascuas prendidas en la línea de poniente, donde el sol escondido dejaba un testimonio de escasa luz; había llegado la noche, y el *godi* tendría el pequeño momento de gloria que tanto había ansiado.

La gran mayoría de los hombres ni se tenía en pie, estaban tan borrachos como para que más de uno, tirado de cualquier manera, roncase sonoramente en alguna de las esquinas de la *skali* sin siquiera haberse preocupado de abrir los largos escaños y sacar sus lechos.

El arrugado hechicero same avanzó renqueando mientras canturreaba alguna tonada incomprensible que, entre sus pocos dientes, sonaba sibilante y monocorde. Llevaba un curioso bastón tallado con estrambóticos símbolos que Assur le había visto consultar muy a menudo, el muchacho estaba casi seguro de que era una especie de calendario y, a escondidas, lo había inspeccionado muchas veces, ansioso por hacerse una idea del tiempo pasado, pero no conseguía entender, por más que se

empeñaba, cómo funcionaba.

Cuando llegó a los pies de Sigurd y su hijo, entronados en el estrado que dominaba el gran salón, el viejo same se sentó cansinamente, resoplando y removiendo el morral que llevaba con sus manos de articulaciones hinchadas. En cuanto consiguió acomodar su escurrido trasero, con tanto aspaviento que parecía que el suelo quemase, empezó a sacar del zurrón pequeñas piedras con inscripciones, huesecillos de cuervo y las rótulas de los bueyes que los muchachos habían extraído.

Assur vio como Hardeknud y algunos de sus allegados bromeaban ostensiblemente cuestionando la hombría de Gorm. Hacían comentarios hirientes sobre su capacidad para salir de *vík* y regresar con un botín importante, y Assur creyó intuir un cierto recelo ante las atenciones no recibidas. Y no fue el único, el hechicero los había oído y, mientras intentaba aparentar que seguía con su ceremonia, lanzó furibundas miradas de sus ojos velados hacia el grupo de Hardeknud.

El hispano ya había visto al *godi* hacer paripés semejantes otras veces, y tampoco tenía especial interés en las cuitas de Hardeknud y su comprometida situación como heredero, así que, pensando que nadie se fijaría en él, decidió escabullirse por un rato.

—Voy fuera —le dijo a Sebastián, que asintió sin darle más importancia, mientras rebañaba un cuenco de sopa de cebolla con un currusco de pan y miraba por encima del borde al grupo de mujeres que trajinaba con los cacharros.

Toda se percató de que Assur abandonaba el gran salón y pensó que se le presentaba una buena oportunidad de engatusarlo. Se había dado cuenta de que era el otro, Sebastián, el que le prestaba atención con miradas furtivas que la desnudaban con lascivia tímida, pero prefería al primero, mucho más fornido y atractivo.

Y llegó la distracción apropiada, el hechicero gritó de repente, increpando a Hardeknud y sus hombres por sus soeces comentarios y falta de respeto a la ceremonia.

Aprovechando que todos se centraban en las palabras balsámicas de Sigurd, que intentaba mediar entre el same y su hijo, Toda farfulló el poco nórdico que había aprendido y, ayudándose con fingidos gestos medrosos, pidió permiso para salir a aliviar la vejiga. La despidieron con gestos resueltos mientras el hechicero amenazaba a Hardeknud a pesar de las peticiones de concordia de Barba de Hierro.

Como esperaba, el muchacho estaba donde lo había visto otras veces, sentado junto a la gran piedra tallada que los nórdicos tenían chantada fuera de la *skali*. Antes de insinuarse recompuso sus cabellos y se alisó el delantal pasando las manos por el tejido, luego se pellizcó las mejillas para darles algo de arrebol.

—A… a lo mejor es como nuestros cruceros.

Assur se giró hacia la voz que hablaba en su propio idioma y descubrió a la muchacha señalando la piedra de los normandos, era una linda muñeca, con un rostro de altas mejillas redondeadas y una boca de labios anchos y sedosos; pero había algo

en ella que no le gustaba. Se encogió de hombros.

—Ya sabes, puede que señalen lugares… —insistió mirándolo a los ojos.

La voz de Toda era melosa, se acercaba a él a medida que el ritmo de sus palabras descendía y dejaba su parloteo sin terminar.

—Creo que no —dijo Assur con indiferencia—. Me parece que es un modo de dejar testimonio de sus hazañas… Eso es importante para ellos.

El joven pensó extenderse en explicaciones, pero como prefería quedarse solo, decidió callar. Podía oler el ligero aroma almizclado de ella, tenía unos bonitos ojos almendrados.

—Ah, ya —dijo la muchacha con un parpadeo coqueto al tiempo que se sentaba al lado del chico.

Estuvieron callados un rato. Assur se sentía confundido por las atenciones repentinas.

Deseando romper la inactividad, Toda se retrepó permitiendo que sus muslos se acercaran a los de Assur, y él se sintió incómodo, llevaba mucho tiempo sin tocar a una mujer y su cuerpo empezaba a reclamar caricias de unas manos delicadas, pero algo en ella no le convencía, ya la había visto ser zalamera con los nórdicos, y eso era algo que, aun siendo una cautiva, era más que cuestionable; levantaba en él terribles reminiscencias respecto a la suerte que hubiera podido correr Ilduara.

—Echo de menos mi casa —dijo ella con voz dulce, acercando su mano a la de él tanto como para que los dedos se rozasen.

Esperaba guiar la conversación hasta un fuero en el que pudiese meter la baza de la huida. Con algo de coordinación él podría estar lo suficientemente excitado como para concederle la promesa que esperaba.

La luna mediada se reflejaba en el cabello de Toda. Se pasó la lengua por los labios con un gesto demasiado lento para ser un impulso y exhaló un largo suspiro melancólico con el que su pecho se movió haciendo que las exuberancias de su cuerpo se anunciasen. Assur estuvo tentado, se sintió turbado, pero recordó que Sebastián se había fijado en ella. Se levantó.

—Tengo que volver para ayudar a mi hermano, el *godi* terminará pronto y se le ocurrirá algo que ordenarnos —dijo él poniéndose en pie.

Assur echó a andar hacia el gran salón sin mirar atrás.

A Toda se le escapó un mohín extraño de disgusto, no esperaba haber fallado, ni siquiera había podido tocar el tema de la huida, ni tocarlo a él. Sin embargo, no todo estaba perdido, todavía le quedaba otro de los hermanos.

Sebastián se sentía agotado, la sopa caliente había resultado reconfortante, pero el cansancio acumulado había dejado su huella, todavía le dolían las manos, llenas de escaras por culpa de la humedad salobre que las corroía cuando desalaban agua de mar y, aun con los meses pasados, las encías le seguían molestando. Estaba deseando

que todo el jolgorio terminase y poder retirarse a dormir.

Assur regresó pronto, el *godi* aún seguía lanzando sus piedras y hablando en tono apocalíptico.

—Están eligiendo a la tripulación que acompañará a Gorm en el barco principal, exactamente dos veces doce —le explicó su hermano menor al tiempo que se sentaba a su lado.

A Sebastián le venía a dar igual que los nórdicos hicieran una cosa u otra, en lo que a él respectaba, y a pesar de que Assur insistiese en que debían conocerlos para poder salir con bien de su cautiverio, todos ellos podían irse al infierno uno detrás de otro, empujándose a base de coces en sus gordos traseros.

El hechicero seguía con sus cánticos histriónicos moviéndose con gestos grandilocuentes que hacían que su gorro rojo resbalase en la calva sudorosa.

—¿Crees que si me voy a acostar podrás cubrirme? —inquirió señalando con el mentón al *godi*.

Assur le sonrió de un modo demasiado paternal para su gusto, y a Sebastián le molestó esa constatación del papel que ahora jugaba en su vida su hermano menor. Sabía que no tenía derecho a sentirse así, pero no podía evitarlo, una malsana envidia se empeñaba en recordárselo demasiado a menudo.

—Vete tranquilo —contestó Assur—, ya se me ocurrirá algo si pregunta por ti. Yo me encargaré de todo.

Al llegar afuera solo pensaba en retirarse a la cabaña que los nórdicos dedicaban para ellos, el *thrall,* una sencilla construcción que apenas servía para resguardar a los esclavos de las inclemencias del tiempo, pero que Sebastián había aprendido a apreciar porque significaba descanso sin órdenes que obedecer. Con la cabeza gacha pensaba ya en el calor de las pieles raídas y los jirones de paño buriel con los que se cubría para dormir cuando a punto estuvo de darse de bruces con Toda, la muchacha que había servido de cebo para los hombres de Hardeknud el día en que habían llegado a aquel maldito lugar.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó ella inclinándose hasta estar tan cerca como para sentir que el rubor le subía a las mejillas.

Sebastián no contestó y la muchacha le puso la mano en el hombro y volvió a hablar.

—Pareces cansado, ¿te ibas a acostar?, ¿te acompaño? Sí, te voy a acompañar. Es normal que quieras retirarte, ese brujo raro está siempre pidiéndoos cosas, tiene que ser duro, muy duro.

Ella parloteaba y él callaba. En esta ocasión Toda veía lo que deseaba, el muchacho estaba acobardado: apocado, miraba las curvas de sus pechos entornar el delantal.

—Pobrecito mío, ven, apóyate —le dijo tomándole la mano y recogiéndola en el

juego de su antebrazo.

Con el impulso de ella ambos se pusieron en camino y Sebastián siguió sin hablar, pero se atrevía a echar fugaces miradas al perfil de la muchacha, buscando en la abertura de la camisola entrever la curva de piel sedosa que marcaba el nacimiento de su busto. La muchacha se dio cuenta y, con gestos como aleteos, apartó la capa con capucha con la que se cubría y la recogió a su espalda tensando la tela de la sayuela para incitar al muchacho.

Toda entró primero con una familiaridad jovial que inquietó a Sebastián, allí no dormían las mujeres, solo los hombres.

—Echo de menos mi casa, mucho, ¿y tú?

Ella lo miró por un momento, pero no le dio tiempo a contestar.

—Yo soy de Curtis, ¿lo conoces? Vosotros sois de la ribera del Ulla, ¿no? —Y después de una cuidada pausa continuó con su cháchara—. ¿Crees que algún día podremos regresar?

Ella lo miró con fijeza y Sebastián afirmó, moviendo la cabeza ligeramente con un aire dubitativo que ponía de manifiesto que ni siquiera estaba seguro de a cuál de las preguntas contestaba.

Toda bostezó abriendo sus brazos.

—Yo también estoy cansada, muy cansada. —Y mientras lo decía bajó sus manos haciendo florituras en el aire y terminó por desatarse el delantal, que cayó a sus pies con un frufrú de tela áspera—. Estoy harta, harta de pasar el día de un lado a otro haciendo esto y aquello. —Empujó el delantal a un lado con uno de sus pies, como si apartase un paño sucio de mala gana—. En casa tampoco me gustaba trabajar —declaró desatándose el cabello y moviendo la cabeza para que cayese libremente sobre los hombros.

Sebastián seguía sin decir nada y Toda estaba empezando a pensar que no iba a conseguir más que esa boba admiración de su cuerpo.

—Pero me gustaría volver de todos modos…

—Mi hermano está reparando una barca —dijo Sebastián de golpe, y se arrepintió al momento de haberle dado el protagonismo a Assur.

Ahora ya sabía cuál era el plan de aquellos dos, solo le hacía falta un compromiso, una promesa.

—¿De verdad? ¿Para marcharos? ¿Vais a huir?

A medida que preguntaba se iba acercando, y Sebastián podía notar cómo su cuerpo se acaloraba e ideas inconcebibles y prohibidas revoloteaban en su cabeza.

Toda decidió entonces no ahondar en el tema e intentó ser un poco más provocadora, el chico no parecía decidirse.

—¿Cuáles son tus pieles?

Sebastián había oído a sus padres hacer cosas en el lecho, había visto sombras. Y

había escuchado cosas. Le había preguntado a Assur, pero su hermano siempre se mostraba reservado, aunque había quien era más propenso a las fanfarronadas. Sabía lo que un hombre y una mujer podían hacer en un lecho y no pudo evitar bajar el rostro abochornado para mirarse los pies.

Ella le cogió el mentón.

—No seas tan tímido, me gusta oír tu voz. Estoy harta de oír cómo hablan esos brutos.

Toda le acarició la barbilla y llevó sus dedos hasta el lóbulo de la oreja. Con la otra mano tomó la de él entre dedos ligeros.

—Me siento sola aquí, no puedo hablar con nadie, podríamos charlar juntos de vez en cuando.

Estaba empezando a cansarse, él no reaccionaba, así que fue un poco más allá y acercó la mano de él hasta su pecho al tiempo que acercaba sus labios a la boca del muchacho.

Sebastián se sintió turbado. Se había preguntado muchas veces qué sentiría. Aun a través de la tela le sorprendió el tacto, era firme y turgente, y pudo notar cómo el pezón se endurecía cuando cerró la mano para recoger en la palma todo el peso. Deseó más, mucho más, pero no sabía qué hacer.

Toda se dio cuenta de que el muchacho no tenía experiencia. Quiso ponérselo todavía más fácil.

Se echó hacia atrás y se sacó la camisola. Él miraba embobado sus senos y ella se irguió ofreciéndoselos; cuando no reaccionó, le pasó la mano por el cabello y lo atrajo hacia sí. Una vez el muchacho empezó a besarla buscando los pezones con su lengua medrosa, Toda deslizó su mano por la nuca y la espalda, la revolvió en la cadera y buscó el bulto de la entrepierna. Él se quedó sin aire de repente.

Sebastián advirtió que ella buscaba su pene y sintió un morboso placer que le provocó escalofríos. Se sentía tan excitado que podía notar como su miembro palpitaba, luchando contra la ropa por liberarse.

Toda lo complació, gimiendo con tonos halagadores como respuesta a los besos tímidos que él desperdigaba por sus pechos.

Cerró los dedos ejerciendo la presión justa y Sebastián no pudo evitar empujar con la cadera buscando más al mismo tiempo que llevaba sus lametones hasta el nacimiento del cuello. Ella movió la mano sin aliviar el apretón. Primero abajo y luego arriba. Y Sebastián balbuceó algo incomprensible mientras ella se levantaba la falda con la mano libre y lo invitaba a buscar entre sus piernas.

Sebastián fue brusco, demasiado impaciente, movió la mano sin ritmo y se preguntó por qué no había humedad donde creía que debería haberla; había mucho que no entendía. Pero no tuvo tiempo para muchas más dudas, ella apuró el ritmo, apretando más al bajar y relajando los dedos al subir.

Toda esperaba que él comenzase a rogarle más cuando a Sebastián se le escapó un gemido ahogado desde el fondo de la garganta. Notó casi de inmediato como su miembro se relajaba mientras una humedad caliente se extendía por la tela del tiro. Ya estaba.

Él se quiso apartar, estaba inseguro. Pero ella tenía práctica, sabía muy bien lo que hacer.

—¿Confías en mí?

Sebastián miraba al suelo.

—Y yo, ¿puedo confiar en ti?

El muchacho afirmó una vez más con la cabeza sintiéndose incómodo por haberse manchado como hacía en las noches de sueños más inquietos.

Toda se agachó llevando sus manos a la cinturilla de los pantalones de él y deshizo los nudos con facilidad. Sebastián intentó apartarse otra vez, pero ella no le dejó. Puso las manos en las escuálidas caderas y empujó, no le costó vencer la resistencia. En un momento tuvo su miembro mojado y flácido entre los labios y empezó a chupar con suavidad, moviendo la lengua con práctica, esperando a que creciera en su boca.

No le hacía falta el extraño bastón del *godi* para saber que había pasado demasiado tiempo. Llegaba el tercer invierno desde aquel día en que habían desembarcado en el fiordo de los nórdicos.

Pero en aquellas semanas la agonía por saberse tan lejos de casa durante tantos meses se enconaba porque, como para el peregrino, la cercanía del destino ensalzaba la necesidad de la llegada. Ya solo faltaba calafatear el bote, y coser los últimos retazos de la vela hecha de remiendos que escondía bajo unas rocas en el norte del pueblo. Incluso tenía una buena porción de las cuerdas que necesitaba para embrear las junturas de las tracas. Habían sido muchas noches de duro trabajo, aguantando el frío y soportando durante los eternos días la falta de sueño. Ya estaba cerca el final, estaba seguro de que esa primavera se podrían ir. Y lo más importante, ya sabía adónde irían: el hogar estaba demasiado lejos, era una travesía imposible para un patrón con tan poca experiencia, sin embargo, había escuchado a hurtadillas las conversaciones de los comerciantes que habían llegado hasta el fiordo, había hecho algunas preguntas solapadas. Y la expedición de Gorm se lo había confirmado. Hacia el sur, un tanto al oeste, a apenas unos días de navegación estaban las islas de los anglos, la Britania romana de la que le había hablado Jesse, y esa era una empresa factible. Primero al sur para evitar la corriente que subía hasta los hielos eternos de los que los nórdicos hablaban con reverente terror, y luego al suroeste. Había pensado en todo, una vez allí, les bastaría convertirse en peregrinos, como aquellos de Compostela; había muchos caminos que llevaban a visitar la tumba del apóstol y él había visto con sus propios ojos como hombres de aquellas islas llegaban hasta el

santo sepulcro. Esa sería su ruta.

Pronto tendría que empezar a escamotear raciones, había llegado el momento de hacerse con algunos víveres y un par de pellejos para el agua, y pensar en ello le provocó un cierto disgusto; tendría que procurarse sustento para tres, aunque al menos ella le había prometido a Sebastián que podría contribuir robando algo de las cocinas y la despensa de Brunilda. Si bien ese gesto no lograba convencerlo de las buenas intenciones de Toda, que siempre se mostraba zalamera con Sebastián, pero a la que también había visto acaramelarse con alguno de los normandos, especialmente con el nuevo preferido del *jarl*, su hijo Gorm, que había vuelto de Britania cargado de oro y arrastrando el respeto de todos sus hombres. Y Sebastián no quería reconocerlo, o siquiera verlo, aun así, Assur se sentía encantado por la alegría de su hermano, era evidente que Sebastián había recuperado gran parte de sus ansias de vivir, incluso se ilusionaba hablando de la huida, a veces hasta se atrevía a presumir de haber conquistado a la única otra hispana, dejando que un leve tono de orgullo le preñara la voz cuando hablaba de una vida en común a su regreso a Outeiro.

Assur solo callaba y asentía, le agradaba el cambio operado en su hermano, pero le disgustaba ella, no se fiaba.

Aquel día nevaba, era la primera ventisca del año, grandes copos blancos se iban amontonando, pero aún era pronto, no había hielo en el río y aunque todavía faltaban unas pocas semanas para que las noches fueran las más largas del año, el frío ya se agarraba a los huesos, haciendo difíciles muchas de las tareas del día y convirtiendo el sueño en un tormento que solo se hacía soportable cuando conseguían birlar unas cuantas piedras calientes del hogar del gran salón. Assur temía que, como el año anterior, el invierno se recrudeciera tanto como para obligar a los normandos a sacar al ganado de los rediles y tener que usar sus propias casas y salones para resguardarlo, era el único modo de evitar que, con las heladas de la mañana, las reses apareciesen tiesas, pegadas por la escarcha a la hierba congelada de los corrales. Si los nórdicos se decidían a hacerlo, la cabaña de los esclavos era uno de los primeros lugares escogidos, y aunque el calor que desprendía el ganado ayudaba a superar las frías noches y el heno del alcacel servía para amortiguar la dureza del suelo, era muy desagradable que la única estancia que tenían destinada se convirtiera en un establo lleno de la suciedad y el penetrante olor de las bostas.

De todos modos, Assur tenía otras preocupaciones más inmediatas, en esos días el ambiente estaba un tanto revuelto: Hardeknud aprovechaba la ausencia de su padre para reasentarse en una posición de poder. Sigurd y Gorm habían partido la semana anterior, en sexta feria o, como decían los nórdicos, en el día de Freya. Barba de Hierro había sido el *jarl* elegido para auspiciar los años de adolescencia de uno de los hijos de un gran señor del sur, *jarl* a su vez de uno de los territorios más importantes de la región de Agdir.

Siguiendo la costumbre normanda, el muchacho pasaría unas cuantas estaciones en el seno de una familia nueva que evitase un trato demasiado blando por parte de los suyos; los nórdicos temían que el amor fraternal excesivo diese lugar a hombres débiles y sentimentales, poco preparados para los saqueos, las luchas y la búsqueda de la gloria. Y para Sigurd era un gran honor convertirse en el anfitrión de un huésped de tanta importancia como parecía tener aquel joven. Tanto era así que había decidido formar una comitiva de recepción con la que encontrar la partida del muchacho y servirle de escolta hasta el fiordo. Parecía evidente que las relaciones políticas también tenían un peso importante entre los nórdicos.

Y Hardeknud no había perdido el tiempo, estaba convirtiendo la aldea en su feudo para una tiranía desmedida en la que tomaba lo que deseaba y sumía a los esclavos en innecesarias crueldades; lo que hacía la vida de Assur mucho más incómoda y cansada, llena de mandados caprichosos y agotadoras tareas inútiles.

Por su parte, con la connivencia del propio Assur, Sebastián se estaba librando de las grandes pilas de leña o de otros trabajos pesados. El viejo *godi* ya apenas veía algo más allá de un palmo de sus narices enrojecidas y Sebastián, que no había llegado jamás a recuperarse por completo de sus padecimientos, le servía la mayor parte del tiempo de lazarillo y llevaba una vida mucho más desahogada en esos atareados días. Además, la partida de Gorm le había quitado de encima la mayor de sus preocupaciones, ya que Toda parecía estar decantando sus atenciones hacia el hijo menor del *jarl*, quizá esperando que sus encantos le procurasen una buena posición en el futuro si, como se rumoreaba, Gorm iba a ser nombrado heredero en detrimento del arisco Hardeknud.

Y aunque Assur intentaba no echar sal en la herida, evitando hablar con su hermano de las evidentes atenciones con las que Toda cubría al menor de los hijos de Sigurd, sabía bien que la ausencia de Gorm estaba permitiendo a Sebastián respirar tranquilo en esos días, libre del verdoso rencor de los celos.

Toda había visto una oportunidad que no pensaba desaprovechar: el favorito de Sigurd Barba de Hierro bebía los vientos por ella, y estaba segura de que, si dosificaba de manera adecuada sus encantos, Gorm sería incluso capaz de manumitirla y tomarla por esposa, no como una simple concubina, sino como la mujer que ordenaría su hogar y reinaría más allá del umbral de su puerta, con plenos derechos para ella y sus hijos. Algo así se imaginaba de la misma Brunilda. Aunque Toda jamás se hubiera atrevido a preguntarlo, sus cabellos oscuros y los rasgos redondeados parecían contar la historia de la esposa del *jarl* sin necesidad de palabras.

En un principio solo se había interesado por los hispanos, ansiosa por dejar atrás aquel lugar desolador, y esperanzada en la huida que planeaban los hermanos. Había aprovechado todos sus recursos para conseguir que Sebastián le prometiese incluirla

en la fuga. Y no había sido fácil, era evidente que Assur no la miraba con buenos ojos, pero había logrado capear el temporal con bastante éxito. Sebastián, por el contrario, la contemplaba con expresión de carnero degollado y acudía a ella con la inquietud de un perrillo faldero, aunque parecían faltarle los redaños suficientes para imponerse a su hermano menor y obligarlo a aceptar su compañía en la barca que reparaban. Solo había conseguido que Assur se mostrase dispuesto a llevarla con ellos cuando se había comprometido a proveerles de suministros robados a las reservas de Brunilda.

Sin embargo, en los últimos meses la reticencia del orgulloso Assur ya no era la mayor de sus preocupaciones. Ahora Gorm se había interesado por ella, ofreciendo una salida distinta, incluso era fácil coquetear con la idea de permanecer en aquellos lares si en lugar de ser una simple esclava se convertía en la esposa del futuro *jarl*.

Además, había descubierto algo maravilloso: contaba con una baza más para jugar, una que podía poner sobre la mesa ante cualquiera de sus dos pretendientes, y que podía asegurar su futuro si lo hacía en el momento oportuno y de la manera adecuada. No sabía cuál de los dos era el responsable, pero eso no sería importante, bastaría con que la creyesen, y ella podía llegar a ser muy convincente. Incluso podía decírselo a ambos, podía estar segura de que no lo discutirían entre ellos. Aunque a Sebastián debería engatusarlo para que no le dijera nada a Assur, y a Gorm solo debería contárselo si tenía la certeza de que serviría para sus propósitos y no como una excusa para rechazarla; tenía que ser cuidadosa, debía elegir muy bien cómo y cuándo les diría que estaba preñada.

Faltaba ya poco para la última luna del año, y el frío no era lo único que había empeorado; consciente del pronto regreso de su padre y su hermano, a tiempo para la celebración del Jolblot, Hardeknud pagaba su disgusto con todo aquel que tenía a su alrededor; se mostraba tan irascible como para que incluso sus hombres de confianza intentaran evitarlo.

Lo que más le molestaba era la incertidumbre, la espera le estaba resultando eterna. Mucho había quedado atrás, y en más de una ocasión había tenido que mancharse de sangre; el precio había sido demasiado alto como para permitir que todo fuese obliterado.

Desde la muerte de su hermano mayor en aquella maldita batalla en el golfo de Jacobsland había estado saboreando la mies que recogería a su regreso al norte. Cegado por una codicia y una ambición que no podía reconocerse a sí mismo, no esperaba otra cosa que convertirse en *jarl*, incluso soñaba con reunir una nueva expedición para regresar al feudo de los cristianos y conquistarlo, estaba seguro de que donde Gunrød había fracasado él triunfaría.

Pero antes tendría que hacer por convertirse en el señor del lugar, debía asegurarse de usurparle el cetro al viejo Barba de Hierro y de evitar la escalada al

poder de su hermano Gorm. Sabía que podía contar con la tripulación del Ormen, eran sus hombres, él los había traído de vuelta, además se había preocupado, y mucho, de colmarlos con algo más que simples promesas, les había dado plata, armas, brazaletes con serpientes talladas que recordaban a la enorme Jörmungand, mordiéndose la cola para rodear el mundo, colgantes con martillos de Thor labrados y monedas traídas desde todos los rincones del mundo; había repartido riquezas y había cobrado lealtades. Sin embargo, no podía saber cómo reaccionarían los acólitos de su padre, o las gentes de la aldea, especialmente el esperpéntico *godi*, que de seguro intentaría convencer a todos de los malos augurios que traería su ascenso al poder, aquel viejales marchito siempre había estado del lado de su padre. Y aunque no le importaba pasar a cuchillo a todos ellos, no quería ser el señor de un erial cubierto de cadáveres; había tenido una ambiciosa idea que podría evitar algo semejante: podía contar con algunos de entre los que, como derrotado remanente de las fuerzas de Gunrød, habían regresado al norte junto a él; especialmente con un grupo de indeseables facinerosos de Gokstad, que únicamente se habían unido al Berserker embelesados por las riquezas de las iglesias de los seguidores del Cristo Blanco, y a los que tanto les daba matar, robar, violar o saquear si la recompensa era lo suficientemente alta. En cuanto su padre y su hermano habían partido hacia el sur, les había enviado un mensaje gracias a un mercader de pieles con cara de comadreja avariciosa que iba haciendo escalas desde el norte en una barquichuela raquítica y sobrecargada, unas monedas bastaron para que llevase el recado; les había prometido oro suficiente para estar seguro de que aceptarían el encargo. Había puesto su idea en práctica, el *jarl* Sigurd Barba de Hierro y su orgulloso heredero no regresarían jamás de su viaje al señorío de Agdir, los de Gokstad los interceptarían y acabarían con ellos y él, Hardeknud, se convertiría en el nuevo *jarl*.

Solo le quedaba una cosa: esperar. Un día cualquiera recibiría la noticia que tanto ansiaba. Por el momento, esa noche pensaba ahogar su nerviosismo con grandes cantidades de *jolaol*, deseaba beberse hasta los restos espumosos del último barril de hidromiel.

Ajenos a las maquinaciones de Hardeknud, los dos hermanos hispanos intentaban pasar desapercibidos, contentos con librarse de las iras del hijo del *jarl*. Esa tarde, mientras el *godi* dormitaba entre ronquidos que se oían desde el exterior de la choza, Assur y Sebastián preparaban leña para el invierno. A espaldas de uno de los rediles, Sebastián iba poniendo leños en un viejo y curtido tocón y Assur los abría a golpe de hacha.

—Entonces, ¿para esta primavera?

Assur descargó un nuevo golpe y el trozo de abedul colocado por su hermano crujió bajo la fuerza del filo antes de partirse en dos grandes pedazos que enseñaban la blanca madera. Antes de contestar descansó un momento apoyándose en la contera

del mango, mientras, Sebastián apilaba los cachos recién cortados.

—Sí, ya solo falta calafatearla. —E hizo un gesto con el mentón indicándole a Sebastián que pusiese un nuevo leño en el tocón.

—Pero ¿estás seguro?, ¿en la primavera?

Assur alzó de nuevo el hacha con facilidad, y se preparó.

—Sí, si todo sale bien, estará lista. Aunque también tenemos que terminar los remiendos de la vela. Y está el asunto de las provisiones… —dejó las palabras en el aire lanzando una mirada cargada de intención a su hermano.

Sebastián, que pretendió no darse por enterado de la insinuación, colocó ahora un madero de roble.

—O sea, que podríamos hacernos a la mar en unos dos o tres meses, ¿y crees que podríamos estar de vuelta en casa antes del otoño?

Assur volvió a bajar el hacha descargando un golpe que sonó como un trueno y que obligó a Sebastián a mirar con envidia los anchos brazos de su hermano.

—No creo, no basta con llegar a las islas de los anglos —contestó el hermano menor secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Una vez allí, por lo que tengo entendido, tendremos que viajar al sur, hay que atravesar esas tierras hasta una gran ciudad a orillas de un río. —Assur hubiera jurado que algo cambiaba en la expresión de Sebastián—. Y luego habrá que buscar el modo de hacer algunos cuartos, habrá que conseguir dineros con que pagarse el pasaje.

Sebastián perdió el ritmo de trabajo por un momento, parecía meditar sobre las palabras de su hermano.

—Pero, entonces, ¿cuándo estaremos de vuelta?

Assur se extrañó por la insistencia de su hermano, pero no tuvo tiempo ni de contestarle ni de preguntar al respecto, el *godi* se había despertado y se acercaba renqueando.

—¿Acaso pensáis que toda esa leña se va a cortar sola? —refunfuñó el hechicero meneando su bastón como si amenazase con moler a palos a los hispanos—. Basta de cuchichear como dos viejas troceando coles para el estofado, ¡a trabajar!

Los dos hermanos agacharon la cabeza con sumisión y aceleraron el ritmo de la faena ante la severa mirada del vejestorio; Assur pensó con alivio en el poco tiempo que le quedaba de soportar abusos semejantes y Sebastián recordó con renovada ilusión lo que Toda le había dicho esa mañana, y esperó que Assur no se hubiera dado cuenta de su secreto; durante todo el día se había preocupado por encontrarse con ella a hurtadillas para intercambiar dulces palabras y promesas, pero había intentado, en todas las ocasiones, que Assur no se percatase de la emoción que sentía.

Mientras los hispanos trabajaban y el same se recolocaba una y otra vez su raído gorro de lana roja sobre la calva, el prolongado ocaso del norte se colgó del cielo anunciando el fin del corto día y la larga noche de invierno que se avecinaba. En el

gran salón, rodeado de las mujeres y esclavas que ultimaban la cena, Hardeknud vaciaba un cuerno tras otro y agradecía el efecto sedante del alcohol reviviendo una y otra vez sus ensoñaciones de poder y grandeza. Pronto llegarían noticias.

Assur no había podido evitarlo. Los acontecimientos se habían desencadenado hacia un irremisible final, y ahora se había quedado sin posibilidades, todo se había ido al garete. Tendría que huir esa misma noche, Sigurd podía regresar en cualquier momento y toda ventaja sería poca ante las iras desatadas del *jarl*.

Lamentaba no haber sido capaz de mantener la sangre fría debida, estaba seguro de que Gutier hubiera reprobado su comportamiento, además, no había servido de nada, todo había acabado antes de poder evitarlo.

Había oído los gritos al salir en busca de aire fresco, huyendo del cargado ambiente del gran salón, atestado de hombres que bebían, comían y gritaban sitiados por fuentes de comida que las mujeres cargaban entre las volutas de humo de los hachones y el fuego; por algún motivo los secuaces de Hardeknud parecían más exaltados de lo normal, igual que lobos oliendo la enfermedad que debilita su presa, y el opresivo ambiente había sido demasiado para Assur. Antes de llegar hasta la gran piedra labrada los había oído a los tres. Había reconocido la voz atiplada de Toda, entreverada por las farfullas en nórdico de Sebastián; y, por encima de ambos, las imprecaciones de la voz ronca de Hardeknud, tomada por los regüeldos del *jolaol*.

Había rodeado el gran salón a toda prisa intuyendo problemas; al llegar no le costó imaginar lo sucedido hasta entonces. Toda tenía la ropa hecha jirones y reculaba gritando en castellano que la dejasen en paz, a cada paso sus pechos se insinuaban entre las rasgaduras, echando lascivas sombras que reptaban sobre su vientre hasta el triángulo de oscuro vello rizado, la piel pálida estaba tensa, reflejando la escasa luz con destellos blancos. Sebastián, a medio camino entre la muchacha y Hardeknud, echaba su brazo izquierdo hacia atrás en un gesto fútil, como queriendo proteger a Toda, y en la mano derecha esgrimía el ridículo cuchillo para hierbajos del *godi*. Hardeknud, borracho como una cuba, le gritaba que se apartase, amenazándolo con arrancarle la cabeza y violar su cuello sangrante antes de hacerse igualmente con la esclava.

Por el momento estaban solo ellos cuatro, y Assur creía que la escandalera no alertaría a los del interior de la *skali*, sin embargo, sabía que si se demoraba lo suficiente el viejo same vendría a buscarlo refunfuñando, amoscado por la tardanza, aunque tenía motivos más que fundados para suponer que el hechicero no intervendría en su favor o el de su hermano, lo más seguro es que incluso admitiese de buena gana que el hijo del *jarl* abusase de la esclava.

Assur estaba seguro de que no sería la primera vez que Hardeknud se beneficiaba a Toda, aun a pesar de la tontuna que impedía a Sebastián reconocer los escarceos coquetos de la muchacha, sin embargo, no era el momento de razonar con su

hermano, que, aun inflamado de amor, sería incapaz de defenderse ante la acometida de un hombre que pesaba al menos cuatro arrobas más y era un experto combatiente; Sebastián ni siquiera sujetaba el cuchillo como debía, lo agarraba con dedos apretados, con el mismo gesto de un niño a punto de lanzarle un palo a su cachorro.

Falto de otras opciones, Assur se decidió.

—¡Déjalos! —le gritó al nórdico al tiempo que echaba a andar hacia ellos pensando en qué decir—. Puedes disponer de cualquier otra muchacha del pueblo…

Pero Hardeknud no pareció escucharlo, y Assur temió que la embriaguez del nórdico alienase cualquier discurso conciliador en el que pudiera pensar.

Toda ya no tenía adónde ir, pegaba su espalda a la montonera de turba que hacía de paredón entre los troncos que servían de contrafuerte a la *skali*. Hardeknud pisoteaba sin atención la capa con capucha que había vestido la joven y ella intentaba cubrirse recogiendo con las manos los escasos trozos de las ropas que le quedaban, apretándolos contra su vientre. Sebastián se había detenido unos pasos por delante de ella, y se había encarado al nórdico como si no fuese más que una de las peleas de los chiquillos del pueblo en la era, a cada poco echaba la cabeza atrás con gesto preocupado, mirando, con los ojos desorbitados de un conejo al que están despellejando, a la mujer a quien había aprendido a amar.

Hardeknud inclinaba el rostro a un lado y a otro, intentando atisbar a la mujer tras el hispano con ojos encendidos por la lujuria y el alcohol.

Assur sabía que se le agotaba el tiempo, si el nórdico se abalanzaba hacia su hermano, él no podría llegar hasta ellos antes de que se enzarzase con Sebastián. Temiendo por su hermano, echó a correr.

—¡Espera! —le gritó en castellano—, ¡ya voy!

Sebastián sí escuchó, y Assur vio en la cara de su hermano un gesto compungido que no entendió, había miedo, mucho miedo. Miraba hacia Toda una y otra vez con el rabillo del ojo, y luego a su hermano, como queriendo decir algo que no podía expresar. Y la angustia se reflejaba en su rostro mostrando preocupaciones mucho mayores que su propia integridad. Había algo extraño en el modo en que Sebastián miraba, escondiendo palabras que, obviamente, deseaba pronunciar.

Assur vio a su hermano retroceder manteniendo el cuchillo torpemente ante sí. Con el brazo retrasado apoyó la mano en las de Toda, cruzadas en su regazo, revueltas en los harapos sobre su barriga. Con ese gesto Assur tuvo un terrible presentimiento.

Aun tan ebrio como para costarle caminar por una vara, Hardeknud se dio cuenta de que el esclavo había dejado de prestarle atención.

Sebastián miró una vez más a Toda y luego a su hermano, pretendía decirle algo, pero no tuvo tiempo, Hardeknud lanzó un rugido de oso y se echó hacia adelante cogiendo la muñeca de Sebastián con la izquierda y soltando un puñetazo con la

mano libre que el hispano recibió de lleno. El joven trastabilló con un ahogado sonido ronco trabado en la garganta.

Toda gritó y el nórdico se tambaleó mientras intentaba asentar los pies para lanzar un nuevo golpe. Sebastián, con los labios partidos y el pecho salpicado de sangre, forcejeó inútilmente, incapaz de librarse de la presa de Hardeknud.

—¡Suéltame! ¡Hijo de Satanás!… ¡Déjala en paz!

Le faltaban apenas una docena de pasos cuando Hardeknud calló los gritos de Sebastián echándole ambas manos al cuello y Assur vio cómo su hermano intentaba usar el cuchillo cortando los antebrazos del nórdico, sin alcance suficiente como para clavárselo en el pecho o conseguir herirlo de gravedad. Disgustado, vio cómo Toda echaba a correr alejándose de la pelea, libre de cualquier preocupación aparente por Sebastián.

Ya podía oler el tufo a alcohol que Hardeknud rezumaba.

El nórdico pareció impacientarse al ver escapar a la esclava y, sin darle tiempo a Assur para poder evitarlo, removió sus manazas por el gorjal de Sebastián, sujetándole el pescuezo con una y aferrándole el mentón con la otra, y Assur vio con horror como los músculos de los hombros de Hardeknud se tensaban abultando la camisa y consiguiendo que los pies de Sebastián arrastrasen las puntas de los dedos por el suelo.

Su hermano, alzado como un pelele, pataleaba infructuosamente al tiempo que intentaba clavarle el cuchillo a su oponente.

El primer golpe, un codazo a los riñones en el que Assur descargó todo su peso en carrera, llegó justo después del ronco crujido. Sebastián cayó desmadejado como un muñeco de trapo y, antes de que Assur pudiese asimilar lo sucedido, inquieto por la extraña postura de la cabeza de su hermano, Hardeknud se dio la vuelta y le encaró.

—Debí haberte matado en cuanto te desembarcamos —le espetó el normando mirándolo con desprecio.

Assur miraba el cuerpo de Sebastián cuando recibió el primer puñetazo de Hardeknud, la carne del pómulo se le abrió con una dolorosa brecha y el hispano tuvo que hacer un esfuerzo por abandonar las ideas que se le agolpaban y concentrarse en la batalla que tenía por delante. El siguiente envite lo esquivó con soltura al tiempo que recordaba las enseñanzas de Gutier y Weland, consiguió que un halo de vieja frialdad le sirviese de bálsamo.

Como si fuese una burla del desparejo enfrentamiento anterior, en esta ocasión, los oponentes, ambos desde sus más de seis pies de altura, podían mirarse directamente al rostro, viendo cada uno en el otro el odio encendido que se profesaban. Giraban midiéndose y Assur pudo percibir, para su disgusto, que a pesar de las venillas palpitantes de las mejillas y de los enrojecidos ojos, Hardeknud tenía sobriedad suficiente como para suponer un formidable rival y, tal como le habían

enseñado las luchas al borde de la fogata del campamento con Nuño el Mula, decidió aprovecharse de la corpulencia de su oponente en lugar de sacar ventaja de la suya propia.

El hispano se mantenía en movimiento, apoyando solo los dedos de los pies y con las rodillas dobladas, listo para reaccionar ágilmente.

La noche cerrada traía los rumores del jolgorio de la *skali*. El aire olía a la humedad fría del norte, y la picazón salada del cercano mar se colaba por sus narices.

Hardeknud se dejó llevar por la ira. Se abalanzó sobre Assur cuando se dio cuenta de que cambiaba el sentido de giro, esperando derribarlo; pero el hispano estuvo rápido, había sido un simple amago, y pudo recibirlo preparado para apartarse al tiempo que se agachaba lo suficiente como para agarrarlo por la rodilla retrasada y, de un fuerte empellón, hacerle perder pie.

Assur se encogió lo justo para que el brazo del normando le pasase por encima de la cabeza, haciendo al nórdico errar el golpe. Aprovechó el impulso, y ahora el nórdico se desplomaba como un corrimiento de tierra. Hardeknud cayó de bruces sobre el suelo helado y el fuerte chasquido de sus mandíbulas al cerrarse resonó como un latigazo. Antes de que pudiera levantarse, Assur se le echó encima, se sentó a horcajadas en la espalda del nórdico y le rodeó el cuello con un brazo al tiempo que aseguraba la presa aferrándose la muñeca con la mano libre. Con el primer apretón solo consiguió un resoplido sibilante que salió con un gorjeo de la garganta del normando, capas de músculo y grasa amortiguaban los esfuerzos de Assur, que ceñía el brazo con toda su voluntad, intentando asfixiar al díscolo hijo del *jarl*.

Hardeknud gruñía con desespero y, braceando desde su incómoda posición, intentaba echar las manos atrás para coger a Assur, que arqueaba la espalda apartando el rostro de aquellos fuertes dedos de uñas sucias y perdía así fuerza en su llave, cediéndole espacio al nórdico para maniobrar.

Desde el océano llegaban nubes bajas que anunciaban un cambio de tiempo, el invierno se presentaba reclamando frío y nieve, y las estrellas se escondían oscureciendo la noche.

Hardeknud consiguió revolverse obligando a Assur a soltar su presa. Al estar tirado en el suelo no pudo echar el brazo atrás tanto como hubiera deseado, pero aun así el puñetazo fue brutal, tanto como para descabalgar al hispano y lanzarlo a un lado.

Assur cayó pesadamente cerca del cuerpo de su hermano y perdió unos instantes preciosos asumiendo lo sucedido ante los ojos apagados de Sebastián, dándole tiempo al nórdico para abalanzarse de nuevo sobre él. Ahora era Assur el que sentía sobre su pecho las tres fanegas del corpachón del nórdico.

Descargó sus puños con toda la rabia que pudo, pero Hardeknud no se inmutaba, parecían no afectarle.

Braceó buscando una piedra con la que conseguir un golpe mucho más contundente, y al desatender la guardia recibió una serie de rápidos puñetazos que le entumecieron el rostro. No había nada, solo hierbajos y tierra suelta; entonces recordó el pequeño cuchillo. Pero estaba demasiado lejos.

Llegaron más golpes, y mientras intentaba protegerse de las arremetidas enfurecidas del nórdico, escurrió la cadera para cambiar las piernas de posición y asentarse mejor. Y, cuando pensaba en usar las rodillas, Hardeknud cesó en sus golpes para abrir los brazos y echarle las manos al cuello con la intención segura de acabar con él del mismo modo que con Sebastián, pero Assur reaccionó con presteza; viendo la oportunidad, lanzó un salvaje golpe a la nuez del normando, que, de inmediato, se quedó sin aire, boqueando. Assur aprovechó la debilidad para desasirse al modo de un turón saliendo de la madriguera.

Y todo acabó en un instante. Assur llegó hasta el cuchillo, se revolvió, y antes de que Hardeknud se levantase lo apuñaló. La hoja entró sin resistencia en el ojo derecho del nórdico y, pese al escaso tamaño, llegó hasta los sesos interrumpiendo el gesto de Hardeknud de echarse las manos a la cara. Murió al momento. Tardó un buen rato en desplomarse, tanto como para darle tiempo a Assur a llegar hasta el cadáver de su hermano y recoger en el regazo a Sebastián conteniendo las lágrimas que pugnaban por ser liberadas.

No supo cuánto tiempo pasó, pero el cielo estaba ya cubierto por completo de densas nubes bajas cuando la oyó regresar. Entre los pasos de sus pies delicados sonaba el frufrú de los harapos que intentaba arreglar para cubrir su desnudez.

Assur no se giró, siguió sosteniendo el cuerpo de Sebastián, al que la noche arrebataba avariciosamente el calor. Hizo la pregunta asumiendo de antemano las responsabilidades con las que habría de cargar si la respuesta era afirmativa.

—Estás embarazada, ¿verdad?

Como ella no contestaba, él la miró.

—¿Sí o no? ¿Lo estás?

Toda pensaba con rapidez sin querer dar una respuesta que la comprometiese inútilmente. Conocía a Assur lo suficiente como para darse cuenta de que estaría dispuesto a hacerse cargo de ella y su bebé si creía que Sebastián era el padre, pero dudaba de si sería lo más conveniente.

—¡Contesta! ¿Es Sebastián el padre? —insistió él con un gesto tan duro como para obligarla a dar un paso atrás.

Assur bajó los ojos un instante al percatarse de que había hablado de su hermano como si aún estuviese vivo. Toda advirtió que prefería volver a Galicia que quedarse como concubina de Gorm, no podía dejar escapar esa oportunidad, además, podía quedarse con el mejor de los hermanos.

—Sí, lo estoy, y sí…, fue Sebastián —contestó finalmente componiendo la voz

con la mayor melancolía de la que fue capaz, convencida ya de que era mejor aprovechar esa oportunidad que arriesgarse a esperar la comprensión y afecto del hijo del *jarl*.

Assur volvió a mirarla destilando una suspicacia que a ella no le pasó desapercibida.

—Es de él, ¡es suyo! —aclaró señalando el cuerpo de Sebastián—. El hijo que llevo en mis entrañas es de Sebastián —se apuró a insistir entrecerrando los ojos y apretando las manos contra su vientre.

Assur escrutaba el rostro de la mujerzuela buscando la verdad, que intuía lejana y distante. Y, aunque dudó, terminó asintiendo.

Aceptando los problemas que suponían las palabras de Toda con resignación evidente, Assur empezó a maquinar una salida de todo aquel embrollo.

—¡Tenemos que irnos! —urgió Toda.

Assur no dijo nada, era evidente que tenían que huir, pero ahora estaba pensando en cómo arreglárselas para darle cristiana sepultura a su hermano.

—No podemos dejar que nos encuentren así —volvió a insistir ella señalando el cadáver de Hardeknud.

Era obvio y no ayudaba en nada. Aunque el propio Sigurd estuviera de viaje, sus hombres no permitirían que Assur saliese con bien de aquello, lo apresarían hasta el regreso del *jarl* y luego tendría que responder por haber matado al hijo de Barba de Hierro. Assur sabía que aunque Sigurd no tuviese aprecio por su díscolo vástago, su propia posición como señor del lugar lo obligaba a tomar medidas, como poco lo despellejarían, de nada servirían las excusas que pudiese urdir, y tampoco estaba dispuesto a pedir clemencia por haber acabado con aquel desgraciado de Hardeknud. Había que salir de allí cuanto antes.

—Vamos a por la barca, ¡marchémonos! ¡Tenemos que irnos!

Assur pasó la mano una última vez por el rostro de su hermano y le cerró los ojos con un gesto lleno de cariño contenido. Apoyó el torso de Sebastián en el frío suelo y se irguió para encarar a la mujer que él creía sería la madre del hijo de su hermano.

—Tendremos que hacerlo a pie, el bote aún no está listo —anunció él aceptando el irremisible hecho de que ni siquiera tendrían tiempo para terminar los trabajos de reparación del esquife, sabía que debían poner tierra de por medio cuanto antes.

—Pero… pero Sigurd y Gorm regresarán en cualquier momento, y si no los hombres de Hardeknud… ¡Nos atraparán! ¡Necesitamos el bote!

Assur pensaba ya en la necesidad de hacerse con rapidez con algún pellejo para el agua y unos pocos víveres. Todo se había ido al traste, pero no podía dejar que la situación lo sobrepasase.

—Por tierra no lo conseguiremos, ¿adónde iríamos? —insistió Toda con la voz tomada por un nerviosismo evidente.

Pero las palabras urgentes de ella de nada servían, la barca no estaba lista. Y, tristemente, aunque lo estuviese, la malina no les favorecía, no era el momento de hacerse al mar, y a cada instante que se entretenían allí perdían una ventaja preciosa. En cualquier momento podían salir de la *skali* los acólitos de Hardeknud, o cualquier otro, ninguno de los normandos se quedaría de brazos cruzados ante lo sucedido.

—Iremos al norte, a la desembocadura del río Nid, allí hay un gran puerto.

Assur lo había dicho pretendiendo una mayor seguridad de la que sentía. Pero no tenían otra opción, y la llamada Nidaros era una importante aldea comercial con un puerto relevante desde el que, con un poco de suerte, podrían apañárselas para buscar un modo de regresar a casa.

Toda lo miraba con ojos desorbitados y Assur lamentó no ver en ella algo más de afectación por la pérdida de Sebastián.

—Nos llevará días, puede que semanas. ¡Y llega el invierno!

Assur sabía que no sería fácil, el frío había empezado, había noches en las que en el cielo se dibujaban las *guovssahas*, y era un trayecto desconocido para ellos, por tierras que se empezaban a cubrir de nieve y en las que el horizonte insinuaba agrestes colinas y costas escarpadas de las que nada sabían.

—Cierto —concedió Assur—, pero no queda otra opción. ¿Acaso prefieres esperar a ver cómo se lo toman?

Toda recomenzó a arrepentirse de la baza jugada. La opción de Gorm empezaba a parecer mucho más atractiva, aquel trayecto hasta Nidaros se le antojaba una locura, ella había supuesto que podrían usar el bote que Assur llevaba meses reparando, Sebastián le había dicho que estaba prácticamente a punto, pero ahora intuía que la complacencia del muchacho era solo un modo de afianzar su relación haciéndose imprescindible para ella. Y ahora todo se había convertido en humo. A cada instante le parecía más fácil imaginar cómo Gorm, emocionado por saberse padre, la liberaba y la convertía en su esposa, dispuesto a cederle las llaves de su casa y a convertirla en su *husfreya*.

—Pero es un suicidio, no llegaremos, ¿por qué no lo intentamos con la barca? —objetó ella sin atreverse a extenderse con más quejas.

Assur decidió no perder el tiempo.

—Yo iré a la cabaña, a por las pieles y los pocos aprestos que he tenido tiempo de preparar —dijo pensando en un pequeño pedernal, un pellejo de agua remendado, un cuenco rajado, y unos pocos avíos más que tenía previstos—. Tú búscate algo de ropa y mira a ver si puedes hurtar algo de las despensas, necesitamos víveres.

Toda no reaccionó, pero Assur miraba de nuevo hacia el cuerpo de Sebastián, luchando contra la necesidad que sentía de cavar una fosa para su hermano y sabiendo que no tenía tiempo que perder.

—¡No llegaremos! —insistió Toda—. No podemos cruzar este maldito lugar de

hielo y nieve a pie, ¡es imposible!

A ella le bullían los sesos pensando en cómo darle la vuelta a la situación, decidida ahora a quedarse allí y esperar a Gorm, y Assur estaba a punto de contestar cuando los interrumpieron.

—Diga lo que diga, serán mentiras, no es más que una puta… —dijo alguien en normando a sus espaldas.

Era el *godi*, que golpeaba con la contera de su bastón el cuerpo de Hardeknud mientras una sonrisa le cruzaba la cara arrugada.

—Así que Tyr, riendo en su sitial del Asgard, se ha servido de tu brazo para matar a este desgraciado engreído —continuó el rancio hechicero al tiempo que se acercaba renqueando sobre sus piernas torcidas y un gesto socarrón le removía el rostro—. Los hombres mueren por sus madres, pero matan por sus putas… No dudo que lo tenga bien merecido —añadió señalando con su bastón el cadáver de Sebastián—, pero te van a hacer falta algo más que las ocho patas de Sleipnir para poder escapar.

El viejo hechicero same no necesitaba que nadie le explicara lo que había sucedido. Los hispanos llevaban tanto tiempo entre ellos como para que los hechos resultaran evidentes a sazón de los dos cadáveres y la ropa desgarrada de Toda.

—Espero que termine en las simas del *Hel* y que el acceso a los grandes banquetes le sea negado, no era más que un presuntuoso cagajón reseco salido del culo de una cabra tiñosa. Pero no creo que a Sigurd le haga tanta gracia como a mí —terminó el *godi* entre divertidas carcajadas que enseñaban sus encías, desnudas a excepción de unos pocos dientes oscurecidos y corruptos.

Assur lamentó que la situación se hubiese vuelto tan enrevesada. No había otra opción que matar al viejo antes de que diese la alarma; dio un par de pasos decididos hacia el same.

El hechicero se dio cuenta de la frialdad escondida en los profundos ojos azules del hispano.

—Tranquilo, tranquilo, cachorro —le dijo alzando su mano de dedos engarfiados de articulaciones hinchadas—. Por mí puedes ir en paz, si este irrespetuoso aborto de loba tiñosa se hubiese hecho con el poder, mis días habrían llegado a su fin, se hubiera buscado su propio *godi*. Ahora ya no es más que un pedo al viento —dijo riendo su propia gracia—, y eso es bueno para mí, y bueno para ti —añadió haciendo sonar sus palabras como el estribillo de una cantinela de taberna—. Ahora lo peor que puede hacer es convertirse en *haugbui*, y para luchar contra eso ya tengo mis propios remedios…

Aquellas palabras pillaron a Assur por sorpresa.

—Puedes ir, yo no diré nada, pero te aseguro que aunque se llevasen como dos cuervos peleando por el mismo ojo del único cadáver, Sigurd no te dejará escapar así como así, es cierto que no se soportaban, pero, al fin y al cabo, era su hijo, y un *jarl*

no puede permitir que algo así quede impune.

Eso Assur ya lo sabía. Aunque oírlo de labios del *godi* le convenció de que podía dejarlo tranquilo para trampear sus propios achaques, lo que tenía que hacer era huir. Finalmente asintió y, obviando al viejo, se volvió hacia Toda.

—¡Vámonos! Haz lo que te he dicho.

Ella no hizo gesto alguno y Assur estaba a punto de volver a exigirle que se pusiera en marcha cuando por fin habló con una contundencia que el hispano no esperaba.

—¡No! No pienso arriesgarme a morir congelada…

Algo había cambiado en la expresión de ella, había algo nuevo y malicioso sin restos del miedo aparente y el desconsuelo. Assur se dio cuenta de que había estado fingiendo, pero no quiso creer lo que su intuición le decía.

—Y yo no pienso dejar que el hijo de mi hermano nazca sin… —Calló un momento, no estaba muy seguro de lo que quería decir, y mucho menos de las implicaciones y responsabilidades que arrastrarían sus palabras—. Sin un padre… —terminó la frase titubeando.

Ella torció el rostro con una sonrisa difícil de interpretar. El *godi*, por su parte, miraba la conversación sin necesidad de entender el idioma para barruntarse lo que discutían los dos hispanos. Él, como curandero que era, había notado el rubor y la hinchazón de los pechos, estaba al menos de cuatro lunas. Y la pequeña redondez del vientre a medio cubrir por los jirones de la camisola de lana burda lo hacía aún más evidente.

—No eres tú el que tiene que decidir sobre el padre de mi hijo —le espetó Toda con furia evidente.

El viejo same seguía riendo, complacido.

Assur bajó el rostro por un momento y, sin quererlo, volvió a ver el cuerpo de Sebastián.

—Ni siquiera lo sabes, ¿no es así?

Esta vez fue ella quien permaneció callada, manteniendo una expresión altiva y adusta que decía mucho más que las palabras que guardaba.

—Ni siquiera sabes quién es el padre. Me has dicho que era Sebastián solo para poder venir conmigo en ese maldito bote…

Y Assur no supo qué más decir. Una bilis amarga y correosa se le revolvió en el gaznate dejándole un terrible sabor a decepción.

Se dio la vuelta y echó a andar. Quería abandonarlo todo.

El *godi* se reía y Toda pensaba ya en el regreso de Gorm, pero, para desilusión de ambos, las cosas no resultarían como tanto anhelaban, el uno acabaría asaetado contra un árbol por no haber ofrecido sacrificios apropiados que le hubiesen permitido evitar el fatal desenlace, la otra acabaría repudiada por reclamar la paternidad del heredero

defenestrado. En aquellos mismos momentos Gorm yacía muerto, desmembrado y exangüe, mientras, su padre, habiendo arrancado la confesión sujetando sogas atadas a sus sementales a las extremidades de uno de sus atacantes, volaba a uña de caballo para matar a su otro hijo. Sigurd Barba de Hierro clamaba venganza y Assur no llegó a saber jamás que el *jarl* no solo hubiese perdonado su crimen, sino que, de hecho, también le hubiera ofrecido su herencia.

Assur tuvo la presencia de ánimo suficiente como para vencer el imperioso deseo de poner tierra de por medio y, antes de dar ese primer paso hacia lo desconocido, se dio el tiempo justo para recoger sus pocos pertrechos y retirar el cuchillo del *godi* del cadáver de Hardeknud.

De su destino solo sabía lo que había oído en los cuchicheos y rumores de los comerciantes, pero al menos tenía la certeza de que estaba en el norte, y aunque el cielo aparecía cubierto de espesas nubes cenicientas, no era difícil orientarse; sin volver la vista atrás, intentando deshacerse de aquella pesadilla traída por las *maras* de las que despotricaban aquellos demonios del norte, caminó con la cabeza gacha, cambiando con pesadez el pequeño hatillo de un brazo al otro y acariciando la desgastada cinta de lino que llevaba atada a la muñeca; con el océano a la izquierda, siempre a la izquierda.

Sabía que no hubiera podido descansar aunque se lo hubiese permitido, había mucho que lamentar, además, tampoco tenía en mente darles oportunidades a los normandos para recortar la ventaja que tanto le estaba costando cobrarse; aquella primera jornada no se detuvo. No comió, no bebió, solo caminó, lenta y penosamente, adivinando el lugar hacia el que dar el siguiente paso, cernido por la penumbra de aquel norte de albas interminables.

Y, con la luz del día, grandes copos como plumones de ganso empezaron a desprenderse de aquellas apretadas nubes tintadas que acercaban el cielo tanto como para parecer que podía rasgarse con los ápices de los grandes abetos que lo rodeaban. Assur, taciturno y afectado, siguió andando, bordeando la costa a buen ritmo hasta que llegó un nuevo ocaso y el cansancio amenazó con vencerlo.

El terreno era escarpado, salpicado de peñascos oscuros punteados de líquenes y tocados por penachos de largos musgos en los que se quedaban prendidos los copos de la nieve que no llegaba a cuajar; hacia el norte y el este ganaba altura, elevándose sobre las manchas de bosques verdes, y dejando que la misma nieve que no se agarraba en la costa cubriera con un manto blanco las sierras.

Antes de que llegase la oscuridad se desvió hacia el este, rodeando la escarpada cañada de un arroyo, y buscó refugio bajo un abeto tronchado que le permitió amontonar ramas al tronco y fabricarse en poco tiempo una techumbre bajo la que, siguiendo no sin cierto rencor las enseñanzas del *godi*, acumuló aquel musgo de turbera que tanto abundaba con la intención de alejar su sueño del frío del suelo. A la

boca del improvisado vivaque prendió lumbre sirviéndose del pedernal, y derritió nieve que aprovechó para hacer una infusión con la corteza arrancada de las ramillas de temporada de un aliso cercano, cubierto de amentos que anunciaban el fin del otoño. Un verderón escuálido que buscaba semillas en aquellos diminutos frutos apiñados se espantó.

Entre recuerdos y lamentos durmió inquieto, vencido por el cansancio y con las tripas retorciéndose por el hambre.

Cuando llegó la mañana tuvo que enfrentarse pronto a una decisión, apenas con unas pocas millas a sus espaldas llegó hasta los riscos que enmarcaban el valle de un fiordo en el que se distinguían las columnas de humo de los hogares de una aldea; si se quedaba en la costa se beneficiaría del clima más benigno, ablandado por el mar, pero además de la posibilidad de toparse con gentes que deseaba evitar, tendría que enfrentarse con un terreno agreste y enrevesado donde el océano no parecía capaz de ganarle la partida a la tierra firme y los riscos se alternaban con acantilados en los que el océano se batía. Por el contrario, si se adentraba hacia el interior conseguiría atajar las vueltas obligadas por los cabos y calas, pero la elevación del terreno le restaría calor a los días. Tras mucho pensarlo se decidió por atravesar los bosques y buscar los oteros que se anunciaban por encima de las puntiagudas copas verdes de las coníferas, suponía que así su rastro sería más difícil de seguir y además en la floresta podría encontrar algún animalillo que cazar.

La marcha se complicó pronto, no solo por la dureza del terreno, sino también por el hambre que empezaba a acusar; encontraba frecuentes manantiales que le evitaban las penurias de la sed, pero como única fuente de alimento tenía que contentarse con los piñones amargos y duros de los abetos. Además, la soledad y la tristeza le llenaban el alma en connivencia con la monotonía de aquellos inmensos páramos en los que el frío comenzaba a mellar su voluntad y el hambre le consumía el cuerpo.

Encontró alguna trocha eventual que rompía la iterativa cobertura de arbustos ralos, pero se mantuvo siempre fuera de aquellos caminos; justo en la línea donde el frío de las alturas y el aire enrarecido hacían de las coníferas meras invitadas, y desde aquella irregular frontera, acudía al interior del bosque cada jornada para procurarse el escaso alimento.

Los días pasaban sin más aliciente que el siguiente paso, siempre hacia el norte, un pie tras otro. La nieve lo dejó tranquilo, y tuvo la dudosa suerte de empaparse únicamente con los fríos chubascos de grandes gotas pesadas que dejaban tras de sí noches húmedas de tiritera y desconsuelo en las que la lumbre se negaba a arder con fuerza suficiente mientras la lluvia siseaba en las brasas.

En las primeras jornadas no se concedió descanso, temeroso en todo momento de girarse y ver en la lontananza las siluetas de Sigurd y sus hombres, pero cuando llevaba ya una semana huyendo a ese infernal ritmo, encontró un escuálido avellano

que le regaló unos pocos frutos y, confiando en haber cobrado suficiente ventaja como para desanimar a sus posibles perseguidores, decidió tomarse un merecido descanso con la esperanza de capturar alguna de las ardillas que había visto corretear por entre las copas de los árboles.

Usó los cordajes con los que aseguraba las cañas de las botas para preparar unos lazos y, eligiendo árboles bajo los que se veían restos de piñas aprovechadas por los roedores, tendió ramas entre el suelo y los troncos de modo que sirvieran a las curiosas ardillas de cómodos atajos en sus escaladas hasta los frutos. Aprovechó los nudos de la madera para colocar sus lazos en aquellos pasos artificiales después de enmascarar su propio olor frotando todo el montaje con pinocha.

Mientras daba tiempo a las trampas buscó refugio. Por primera vez en días el cielo aparecía despejado y el sol, que ya pretendía tenderse sobre el horizonte, se veía rodeado de un brillante halo que anunciaba el frío que vendría. Iba a ser una noche de helada, y la nieve llegaría pronto para quedarse hasta la primavera.

Encontró un repecho de roca negra bajo el que amontonó ramillas y musgo y, colocando un buen montón de troncos que le sirviesen para cerrar el habitáculo, prendió una hoguera con la esperanza de que la peña le ayudase a mantener el calor de las llamas durante la noche.

Tanteando el puñado de avellanas que llevaba, se obligó a no comerlas hasta haber revisado los lazos. Cuando regresó a las trampas no pudo evitar que recuerdos sobre los seres queridos ya perdidos lo desconsolaran. Al frío y el hambre, se añadió la soledad. Se sentía vacío y perdido. El abatimiento le carcomía la conciencia, y podía sentir que el anhelo de seguir adelante se le escurría entre los dedos como arena fina. Ya no estaba seguro de adónde ir, ni siquiera sabía si deseaba regresar, porque en esos días de eterna caminata se había dado cuenta de que ya no tenía hogar, nadie lo esperaba. Y, por primera vez desde aquella mañana de años atrás en la que su odisea había empezado, perdió toda esperanza.

Esa noche, mientras masticaba pequeños mordiscos que pretendían alargar las magras carnes de la ardilla capturada, en una ración digna de un festín, oyó a los lobos llamarse con aullidos lastimeros y el recuerdo de Furco lo llevó a penar por la nostalgia de esos que habían quedado atrás.

Los días pasaban con una peligrosa monotonía que atraía el abatimiento. Había perdido ya la cuenta de las noches pasadas en escondrijos y notaba la debilidad del hambre, que apenas podía calmar con los sempiternos piñones, alguna ardilla los días más afortunados y, en las últimas tardes, amarillentas larvas de escarabajo que había descubierto entre los maderos secos que usaba para sus fogatas.

La nieve había llegado para quedarse y las quebradas de las colinas a todo su alrededor acumulaban ya más de dos palmos. El frío era tan intenso que Assur notaba, cada mañana, como el cabello húmedo por el sudor de su frente se quedaba

congelado al poco de iniciar la marcha y se quebraba cuando intentaba apartarlo de sus ojos. La última de las ardillas que había capturado la había encontrado colgando del lazo completamente helada, tan dura como un pedrusco, ni siquiera había sido capaz de despellejarla.

Pero el norte seguía estando en el mismo lugar, y sus pasos continuaban hacia allí, hacia el puerto de Nidaros, dejando el mar siempre a su izquierda, porque el hecho de tener una meta era lo único capaz de mantenerlo en marcha, como un muñeco sin voluntad.

Una tarde Assur encontró en la nieve fresca el inconfundible rastro en forma de ele de una liebre, y lo siguió ansioso con la esperanza de poder tender un lazo cerca de la madriguera. La traza lo llevó hasta unos matorrales de alisos y sauces enanos en los que se amontonaba la nieve helada y entre los que esperaba descubrir el escondrijo del animal, sin embargo, su esfuerzo solo sirvió para descubrir con disgusto las pelusas sueltas, los manchurrones de sangre y las huellas de la matanza; un lince se le había adelantado y esa noche no pasaría tanta hambre como él, que tendría que volver a conformarse con piñones y gusanos.

El desvío lo llevó hasta cerca de un lago a la orilla del cual decidió descansar y dar el día por terminado.

En los recodos de la ribera, entre los juncos que punteaban la nieve, el agua empezaba a helarse y Assur caminó por la orilla sur buscando un lugar apropiado en el que pasar la noche. Y en sus sueños enfebrecidos por la hambruna recordó la casita de Outeiro, a sus padres y al pequeño Ezequiel. Cuando despertó, la terrible soledad que sentía era suficiente como para empequeñecer el frío del alba.

Para seguir camino al norte tuvo que rodear el lago y, cuando llegó hasta un desagüe que se transformaba en un arroyo, decidió seguirlo para intentar librarse de las cumbres heladas de las sierras.

Fue descendiendo el valle del río asegurándose un suministro de agua fresca y dejando atrás el frío de las alturas y, siguiendo las enseñanzas del *godi*, aprovechaba el jugo limpio y aséptico que extraía exprimiendo el musgo de las turberas para curarse las ampollas y heridas de sus castigados pies.

El cauce se iba ensanchando y las corrientes cobraban fuerza lamiendo piedras en las que se quedaban prendidos carámbanos de hielo que reflejaban los escasos rayos del sol que se filtraban por entre las madejas de nubes grises que se negaban a abandonar el horizonte.

Empezaba ya a albergar tímidas esperanzas. Aun sin estar seguro de la cuenta, llevaba por lo menos dos semanas de caminata: no podía faltar mucho. Incluso, intentando encontrar las mentiras que no delatasen su condición de esclavo fugado, comenzaba a pensar en historias plausibles que inventar una vez llegase a Nidaros. Sin embargo, aquella tierra de hielo y frío parecía dispuesta a ensañarse con el

hispano; al atardecer del segundo día tras abandonar el lago comenzó la ventisca.

El viento aullaba inmisericorde, el aguanieve se arremolinaba levantando hojas y copos añejos, las rachas de aire escarchado clavaban en su piel perdigones de hielo, gotas congeladas que se solidificaban en cuanto empezaban a caer de aquellas nubes oscuras y bajas. Los árboles gemían y llenaban el valle de crujidos lastimeros mientras sus ramas más débiles estallaban lanzando astillas que las ráfagas de viento levantaban. Assur apenas veía más allá de sus manos. Buscó refugio, se desorientó. Dio vueltas en vano, ensordecido por los chillidos del viento y cegado por los remolinos de hielo y nieve que se levantaban ante él.

Pronto se sintió empapado, cubierto del sudor de sus esfuerzos y los copos que se derretían por entre las junturas de sus ropas lamiendo con heladas gotas su piel. Apenas sentía los dedos y le costaba flexionar las manos. Y supo enseguida que aquella humedad lo mataría si dejaba que el frío helador se apoderase de ella. Tenía que hacer algo y pronto. Si no, moriría.

Supieron que estaban cerca cuando el cuervo que habían soltado no regresó, y esa misma tarde distinguieron la silueta verdinegra de la costa temblando en el horizonte. Solo habían errado por dos días al sur, les bastó bojear unas pocas millas hacia el norte para encontrar el gigantesco fiordo en el que desembocaba el Nid, enrevesado como un manojo de lombrices apareándose, y tan largo como una noche de invierno sin una mujer a la que abrazarse.

Estaba exultante. Habían partido tarde, para tener la seguridad de evitar los grandes bloques de hielo a la deriva que se escurrían en el verano desde los blancos perpetuos del norte, pero llegaban antes de lo previsto. Solo habían tardado dos semanas. Un adelanto conveniente, porque tal y como insistía su padre, en los últimos tiempos los inviernos eran madrugadores, y Leif deseaba encontrar cuanto antes el calor de los burdeles y los dineros de los comercios, a ser posible, mucho antes de que las nevadas y crecidas cubrieran por completo los pantalanes del puerto e hiciesen de las callejas de Nidaros barrizales helados, convirtiendo la vida en la pequeña ciudad atestada de casuchas en una miserable penuria cuajada de tiritonas al abrigo de humildes fuegos.

Había llegado hasta allí perseguido por la gloria de la tradición familiar. Era el descendiente de una saga de intrépidos viajeros que habían marcado a los hombres de su tiempo y Leif Eiriksson, como su padre y su abuelo antes que él, buscaba la fama: tras un verano eterno haciendo acopio de pieles y colmillos de morsa se permitió soñar con igualar las gestas que convirtieron a los suyos en leyenda y bajo cuyas sombras laureadas estaba cansado de vivir. Leif había aprovechado el otoño para capitanear sus naves cargadas a lo largo de una ruta inexplorada, algo que nadie había intentado antes, y aunque todavía no había logrado descubrir nuevos territorios que colonizar, la suya era igualmente una hazaña de la que sentirse orgulloso: desde

Groenland había llegado hasta la tierra de sus ancestros, a la madre patria, al *paso del norte*, y lo había hecho sin escalas, sin necesidad de detenerse en Iceland y evitando las rocallas de los archipiélagos, un logro digno de ser incluido en las narraciones de los escaldos.

Desde la hacienda de Brattahlid, en el fiordo groenlandés que había colonizado su padre años atrás en aquellas tierras desconocidas hasta entonces, había navegado al sur rodeando Farvel, y los cabos boreales de esos nuevos territorios ocupados por la expedición que había liderado Eirik el Rojo y, de ahí, al este, aprovechando las corrientes, derivando lejos del norte y evitando la *isla de hielo*, de la que había sido exiliado en su adolescencia por culpa de las rencillas entre los vecinos y su padre, al que la leyenda atribuía el sobrenombre de el Rojo no solo por sus cabellos, sino también por su ira descontrolada. Luego, una vez en mar abierto, tuvo que tentar el rumbo, para dejar las *islas de los carneros* a babor, donde algunas veces se había detenido para comerciar con los renegados que habían escapado años atrás de las ínfulas de Harald el de la Cabellera Hermosa; y a estribor quedaron las *islas de las focas* y el archipiélago de Hjaltland. Así, sin escalas intermedias, ganando cada milla a las inquietas hijas de Ran, había llegado de un tirón hasta la gran tierra, la de sus antepasados.

Habían arribado al gran fiordo, y pronto encontrarían el desagüe del Nid, que formaba un meandro que envolvía la aldea de artesanos y comerciantes al resguardo de tierra firme, en una posición privilegiada tanto para la defensa como para el mercadeo. Sus hombres remaban contra la corriente, estaban cerca, y el cielo despejado y sin nubes parecía recibirlos con contento, el sol se movía despacio en su eterna fuga, escapando del gran lobo Sköll y cubriendo el valle con oblicuos rayos dorados.

Los frailecillos alborotaban en las paredes de roca de las orillas y las gaviotas que cruzaban por encima les chillaban con condescendencia, quizá, acostumbradas a los hombres, esperaban ansiosas que la tripulación arrojase por la borda algún comistrajo que picotear. Eran tres docenas de hombres fornidos de anchas espaldas curtidas por los remos, todos buenos navegantes, hechos al aullar del viento en los cordajes de la vela y capaces de mantener los pantalones secos incluso cuando el carro de Thor atronaba los cielos en medio de tormentas tan negras como el sobaco de Hugin. Algunos habían acompañado a Eirik el Rojo desde su exilio de la *isla de hielo*, y ahora servían con igual orgullo a su hijo Leif, al que todos consideraban un patrón del que fiarse y en el que confiar cuando la furia de Njörd se desataba y sus hijas revolcaban el Mora metiendo sus blancas melenas a bordo y amenazando con ahogarlos a todos.

Al lado de su timonel Bram, tan estirado que parecía siempre más largo que su propia sombra, Leif miraba al horizonte soñando con la *edda* que contaría su hazaña. Podía sentir el crujir de los maderos y las rozaduras de los remos en los toletes, estaba a gusto. Navegaba, y esperaba que el tejido urdido por las *nornas* lo llevase mucho más allá, más lejos, adonde su abuelo y su padre no pudieron siquiera soñar. Y, al recordar a los escaldos contar junto a los fuegos de Brattahlid las aventuras de su

padre, Leif sonrió sin poder evitar echar mano al broche con el que se ataba la capa que le cubría el chaleco y el gambesón dejándole el brazo derecho libre. Tallada como una cabeza de lobo y adornada con imágenes del sol, la fíbula estaba hecha de la plata salida de una de las cantoneras de los libros sagrados de aquellos adoradores de la cruz, no sabía cómo su padre la había conseguido, pero había sido su regalo antes de la partida, y aquel escaso cumplido de Eirik el Rojo había significado mucho para él.

Y es que Leif, no siendo el primogénito, llevaba toda su vida intentando ganar la aprobación y respeto de su padre, sin darse cuenta de que, a pesar de las escasas palabras de aquel hombre rudo, ya los había ganado hacía tiempo.

Leif llevaba con garbo sus más de seis pies de altura, era corpulento, como cualquier navegante, pero sus hombros y cuello no estaban cargados. Tenía un rostro delineado por huesos fuertes y había heredado los cabellos rojos de su padre y los intensos ojos verdes de su madre. Era un hombre sonriente, lleno de sueños, pero sin la amargura de los mezquinos que no logran sus metas. Sabía ordenar, pero también sabía cumplir, y su buen hacer como navegante le había granjeado el respeto de sus hombres. Cierto era que el barco había quedado un tanto batido por el viaje, pero había merecido la pena.

Tyrkir el Sureño, uno de los que ya habían estado al servicio de Eirik el Rojo y tan complacido como los demás por ver ya cerca el fin de aquella interminable travesía, procuró centrarse en asuntos más prácticos que las ensoñaciones de su patrón y, cuando comenzó a distinguir el cambio en la tonalidad del agua que anunciaba la desembocadura del Nid en el fiordo, dio dos pasos hacia su patrón, contrapesando con cada uno el bamboleo de las pequeñas olas que el mar encañonado arrastraba.

—Cuando atraquemos habrá que buscar artesanos. Hay que cambiar algunos de los remos, espero que tengan carpinteros decentes —dijo con su estrambótico acento germano—. Y hay que ocuparse de renovar las piedras de lastre, han acumulado tanto limo que apestan como el culo de un *troll* con diarrea.

Leif, complacido con las palabras que imaginaba ya inscritas en su propia saga, se giró hacia el Sureño sin perder la sonrisa o el buen humor, como era habitual en él. Aquel hombre de pobre constitución, nudoso como un nogal centenario, llevaba con él desde su adolescencia y, aunque solía excederse en su papel de eterno protector, requerido por Eirik el Rojo años atrás para asegurarse de que su impetuoso hijo pudiese contar con los consejos y apoyo de un hombre de su confianza, Leif se tomaba su excesivo celo con paciencia y calmada resignación.

—Tyrkir…, eres un viejo gruñón lisiado —contestó fingiéndose afectado sin lograr ser convincente—. Has cruzado el reino de Njörd sin mojarte ese escuálido trasero tuyo, y solo puedes pensar en quejarte… Pareces una virgen metida a puta.

El Sureño, acostumbrado a que su maniática eficiencia fuera denostada con bromas similares, no insistió; se limitó a arrastrar nerviosamente los incisivos por el labio superior prendiendo los pelillos del bigote y encogió los hombros.

—Ya nos ocuparemos de eso. Ahora, ¡hay que emborracharse! —Y girándose hacia el resto de los tripulantes, Leif continuó hablando, elevando el tono para hacerse oír por encima del chapaleo de los remos—. ¡Tenemos que buscar cerveza y mujeres! Apuesto a que aquí hay antros que apestan menos que vuestros pies peludos… Y a ver si conseguimos que tú bebas hasta perder el sentido —añadió señalando al contramaestre germano antes de volver a gritar hacia el resto de la tripulación—: Esta noche, ¡a emborracharse! ¡Hay que celebrarlo!

Y, desde las bancadas de los remos, entre sus arcones de viaje, los hombres dejaron de bogar un instante para alzar los brazos y jalear a su líder, ilusionados por la noche de juerga y desenfreno que las palabras de su patrón prometían.

—Habrá que encontrarle una puta limpia a Tyrkir… —gruñó Bram entre carcajadas que los remeros recibieron con sonrisas pícaras. Todos sabían lo tiquismiquis que era el segundo de Leif en cuanto a las mujeres.

—A mí me basta con que tenga piernas que poder separar —bramó otro de la tercera bancada conocido como el Tuerto y con fama de tener un miembro de tal tamaño que arredraría a una mula.

Sin embargo, no fue tan fácil como hubieran querido, Nidaros se estaba transformando a pasos agigantados. Olav Tryggvasson, del que se decía era tataranieto del legendario Harald el de la Cabellera Hermosa, se había autoproclamado rey, gran *konungar* de todas las tierras del *paso del norte*; con sus intrigas, sobornos y alianzas había conseguido desechar al *jarl* Haakon Sigurdsson, por el que las gentes del norte sentían desprecio y rencor, pues había descontento por sus abusos y extremismos, ya que siempre se había aprovechado de su poder y posición; y el pueblo, harto, había renegado de él y apoyado las aspiraciones del ambicioso Tryggvasson. Así, el descendiente del mítico Harald no solo consiguió la lealtad de todos aquellos bajo el yugo de Haakon, *jarl* de Hladr y tirano a juicio de muchos; al que decapitó en una porqueriza gracias a la felonía de un esclavo. Además, rechazando las antiguas prácticas paganas que tanto protegía el depuesto Haakon Sigurdsson, el nuevo monarca consiguió hacerse con la fidelidad de los señores de los territorios dominados por el rey de Danemark, que como él mismo, eran afines a la influencia meridional de los seguidores del Cristo Blanco; y ahora, como señor único de todas las tierras del norte, imponía su ley a sangre y fuego haciendo correr su voz y orden con los recados que recitaban sus dragomanes. Y entre sus mandatos estaba la imposición total de la religión del crucificado en sus recién unificados dominios, pues él estaba convencido de que aquella tenía que ser la religión verdadera, ya que así se lo había dicho el mismo ermitaño de las islas

Sorlingas que le había profetizado su ascenso al poder y que lo había bautizado asegurándole que en la redención del hombre crucificado encontraría el bálsamo necesario para aliviar las penurias que sufría desde su viudedad.

Y, siguiendo sus firmes convicciones recién estrenadas, Olav Tryggvasson estaba decidido a erradicar los antiguos cultos y hacer olvidar a todos los dioses de Asgard, y a talar y quemar el tocón del mítico Yggdrasil. El nuevo monarca parecía querer borrar para siempre no solo su turbulento y difícil pasado, sino también las costumbres y usos de los suyos, dispuesto a pasar a cuchillo a todo aquel que no desease reconocer su estirpe o su moderna fe en el crucificado. Las *völvas* y todos aquellos que habían hecho de la magia un modo de vida fueron abandonados en los roquedales de playas y fiordos para que la pleamar los ahogase, y ahora, tras haber instalado en la floreciente Nidaros la capital de su reino, se había empeñado en construir un templo para la nueva religión y en dotar al antiguo puerto comercial de un puritanismo lejos de la realidad que se vivía en sus callejuelas retorcidas.

Así, Leif y sus hombres tuvieron que hacer preguntas discretas y morderse la lengua hasta que fueron capaces de encontrar un lugar en el que perderse entre los vicios del alcohol y las piernas de las mujeres; agradecidos por descubrir que, fuese cual fuese la religión, los bajos instintos encontraban siempre el modo de aflorar, y más en un puerto de paso, al que siempre llegaban hombres ansiosos tras largos viajes de forzada abstinencia.

Después de varias vueltas en vano, encontraron un tugurio atestado en el que los olores de la salmuera, el sudor pasado y el alcohol derramado competían por destacar a la luz vacilante de los hachones y fuegos. Pero con suficiente alcohol para servir de regocijo a la tripulación del Mora y su patrón, que tenían mucho que celebrar.

Leif y sus hombres bebieron sin medida o juicio. Derramaron la espuma de sus cuernos de hidromiel entre cada empellón y pellizco que lograban prender en los traseros de las mozas, cantaron con voces roncas tomadas por el exceso de alcohol, discutieron sobre sus hazañas como navegantes, se jactaron de las tormentas a las que habían sobrevivido y le metieron miedo a las mujeres hablándoles de aterradoras criaturas marinas de enormes cuerpos y largos tentáculos capaces de engullir hasta el más grande de los *knörr*.

—Será mejor que nos pongamos en marcha, hay mucho que hacer —anunció Tyrkir con su complacencia de siempre—, ya ha amanecido. Y los días más largos ya han pasado, nos hará falta el tiempo…

Leif, medio cubierto por la paja del lecho y las sayas sueltas de una corpulenta morena de grandes labios, fue solo capaz de gruñir lastimeramente.

—El sol ya está bien alto en el horizonte… —apremió el contramaestre.

Leif abrió los ojos legañosos con pereza. Y se vio obligado a volver a cerrarlos ante la claridad que entraba por los huecos de los escasos tragaluces que, aun estando

cubiertos por vejigas de cerdo tensadas, dejaban entrar tanta luminosidad como para arredrarle los sesos. Necesitó de un rato para recordar dónde estaba y cómo había llegado hasta allí. La cabeza le latía miserablemente y tenía la lengua tan hinchada como un cadáver al sol.

—Por los cuervos de Odín, ¿es que ya no puede uno disfrutar de una bien merecida resaca? —dijo al fin, componiendo el mismo gesto de un niño pillado en una travesura—. Si tenemos todo el invierno para ocuparnos de eso…

Tyrkir no se atrevió a contestar y permaneció impasible mientras su patrón se desperezaba, soltaba un portentoso pedo y despedía a las dos muchachas con las que había pasado la noche, todo a un tiempo.

—Eres como mi madre —volvió a quejarse Leif—. Siempre preocupándote por lo que debo hacer.

El Sureño se dio cuenta de que las protestas no eran más que la rutina habitual, su señor sonreía viendo las cachas blancas de una de las mozas que se alejaba, al tiempo intentaba componerse la ropa y se arreglaba como podía los cabellos y la barba.

—¿Y los demás? Puede que Bram quiera hablar con alguno de los carpinteros…

Entre las patas de un par de taburetes rotos, caído fuera de otro de los montones del heno que había extendido el tabernero la noche anterior, su timonel, espatarrado y tumbado cuan largo era, roncaba como un oso rabioso y Leif, que solo veía a algunos más de sus hombres, desperdigados por el suelo y las mesas de la taberna sin orden ni concierto, sonrió de un modo paternal y decidió concederle a su tripulación el descanso que merecía después de la gloriosa travesía que habían completado.

—Dejémoslos, así habrá al menos alguno que pueda seguir soñando con grandes banquetes y gigantescos toneles a rebosar de cerveza hecha de alcacel y arrayán.

Tyrkir bajó el mentón asintiendo y dejó paso a su patrón, que, sin perder la sonrisa, buscaba la tina de agua de lluvia sita a la entrada.

El sol radiante los hizo bizquear a ambos, aunque Leif fue el único que necesitó menear la cabeza como un perro mojado para intentar alejar los efectos del trasiego de alcohol de la víspera.

—Lo mejor sería ir primero a buscar a los carpinteros de ribera en los astilleros locales —aventuró el Sureño.

Leif pensaba que sería mucho mejor tratar con los mercaderes para vender las pieles y colmillos que atestaban los pañoles de su nave cuanto antes, pero le apetecía pasear junto al mar para despejarse, así que no dijo nada.

Era evidente que Nidaros llevaba un buen rato despierta; en las granjas de los pudientes terratenientes de las afueras las faenas del campo estaban ya avanzadas, y en las tienduchas y comercios de la ribera se movían mercancías, y los esportilleros hacían mandados al tiempo que los menestrales calentaban sus forjas o preparaban sus herramientas.

A medida que caminaban desde el lado sur, envuelto por la gran curva del río, hasta la orilla norte, abierta al fiordo, se fueron encontrando con gentes ocupadas. La aldea crecía a pasos agigantados gracias al impulso oficial suscitado por la subida al trono del nuevo gran *konungar*, y a las actividades de los lugareños se sumaban las idas y venidas de artesanos y comerciantes llamados por el auge que experimentaba el lugar.

Al remontar la ribera del meandro del Nid adelantaron a un enorme carro manejado por cabizbajos esclavos que cargaban con grandes rocas; y vieron al otro lado del río altos pinos blancos desmochados que, todavía enraizados, se curaban a la intemperie hasta estar listos para ser cortados y labrados. Era evidente que las obras de la *stavkirke* de Olav progresaban a buen ritmo.

No sin cierta curiosidad cruzaron algunas preguntas y, de hecho, descubrieron que el recién entronado gobernante se había propuesto fundar allí mismo un templo digno de ser un lugar de culto memorable para el crucificado a la vez que un soberbio emplazamiento para su propia sepultura. Artesanos de todas las tierras del norte habían llegado hasta Nidaros para aprovecharse de las riquezas que, con la mano abierta, parecía estar dispuesto a prodigar el rey.

Cuando se cansaron de mirar cómo se preparaban los cimientos del solar para recibir las grandes losas de piedra que aislarían de la humedad a los maderos de la tabicada, siguieron camino hasta la orilla norte del pueblo, bañada por las aguas salobres que se internaban en el fiordo.

Algunas mujeres y niños aprovechaban la marea baja para recoger moluscos usando angazos que arrastraban con esfuerzo, y aunque vieron varios diques secos, descubrieron que gran parte de los artesanos estaban ocupados con las obras de la *stavkirke*; solo uno de ellos parecía seguir afanándose con asuntos navales.

Tyrkir se apresuró y, antes de que Leif pudiese advertirlo de nuevo de que tenían tiempo de sobra, ya estaba hablando con uno de los mozos que, a juzgar por las blancas virutas que llevaba prendidas en el pelo, servía de aprendiz al ebanista.

Cuando el maestro acudió, Leif se presentó y obvió el ceño fruncido que le sirvió la mención de su padre haciendo una rápida referencia a la bolsa de plata y oro que llevaba, así como a las mercancías de las bodegas del Mora. Pero en cuanto se empezaron a tratar los temas con más detalle se aburrió. A él le gustaba enfrentarse al mar embravecido y a los retos de la navegación, pero el mantenimiento y la logística lo hastiaban; después de cruzar cuatro frases con el carpintero le cedió el protagonismo de las negociaciones a su subalterno, eficiente hasta lo enfermizo y siempre fiable.

Ya libre de sus responsabilidades, valoró la posibilidad de regresar a la taberna para homenajearse con un buen desayuno de carne y cerveza, ahora que parecía que el estómago se le iba asentando después de los excesos de la noche anterior; luego

podría pasar al ruedo tras la cantina, había oído que algunos lugareños habían acordado celebrar un par de combates de caballos en los que intervendría un garañón del que hablaban maravillas. Sin embargo, no tuvo que moverse del sitio, el entretenimiento que buscaba llegó pronto, unas voces en la playa le llamaron la atención.

Un grupo de hombres se acercaba por la arena oscura armando alboroto. Se retaban los unos a los otros con amenazas vacías y parecían bromear sobre las cuantías de las apuestas que pensaban cruzar, lo que interesó inmediatamente al libertino Leif. Eran media docena, vestidos con sencillas prendas de *vathmal* sin teñir y sin otras armas o pertrechos que los grandes arpones que portaban.

Leif, dejando definitivamente al carpintero en tratos con su contramaestre, llamó al aprendiz con un gesto de la mano.

—¿Quiénes son esos?

El chico solo contestó después de sorberse ruidosamente los mocos que le colgaban hasta el mentón.

—Son balleneros —dijo ronqueando mientras tragaba con dificultad—, acaban de regresar del norte porque la temporada ha terminado. Y ahora se dedican a holgazanear y gastarse la plata que han ganado con la carne y la grasa de los rorcuales que han matado, y seguirán así hasta que la acaben —añadió el chico con un gesto grandilocuente—. Todos los años hacen lo mismo. Mi madre dice que son unos puteros marrulleros… —aseveró como si no estuviese seguro de lo que aquello significaba—. Pero en unas semanas vaciarán sus bolsas y buscarán cualquier chapuza para malvivir hasta la temporada que viene. Siempre hacen lo mismo…

El muchacho parecía ser capaz de seguir hablando hasta la llegada de la noche y Leif ya sabía que los arponeros no solían ser más que marinos desahuciados de vida difícil que, sin otra salida, se jugaban los dientes luchando contra los gigantescos rorcuales porque era el único modo de seguir adelante. Esperando acallar al chico, decidió darle una propina y sacó del cinto un pequeño trozo de plata cortada del tamaño de un guisante. Se lo dio con una sonrisa, y consiguió que el muchacho se quedara sin habla, incapaz de hacer otra cosa que mirar con los ojos exorbitados el tesoro que acababa de recibir.

Dos de los hombres de la playa levantaban un gran montículo de arena y Leif vio con interés cómo los restantes se alejaban. Al reparar de nuevo en los arpones cayó en la cuenta de que se estaba organizando una competición, y eso explicaba lo de las amenazas y advertencias sobre postas y apuestas que aquellos hombres se cruzaban.

El muchacho corría a esconder su fortuna sin perder la sonrisa que se le retorcía en las orejas. Tyrkir discutía los pagos con el carpintero, regateando sobre el calafateado del Mora, y Leif, anticipando el espectáculo, buscó asiento en un gran tronco de roble a medio trabajar como quilla, olvidándose de los peleones restos de su

resaca y dispuesto a saciar su curiosidad.

Como imaginaba, los arponeros empezaron pronto los lanzamientos, estableciendo turnos. A medida que iban acertando en el montículo, aquellos con mejor puntería se iban alejando a intervalos de cinco yardas. En tres rondas los papeles de cada uno quedaron claros para Leif, que, como patrón, estaba acostumbrado a distinguir los valores de cada hombre por sus actitudes. Uno que era contrahecho y con algo de joroba se quedó pronto fuera de la competición; incapaz de pasar la segunda ronda, tuvo que asumir las chanzas de sus compañeros y hacerse cargo de las postas además de quedar designado como recadero, obligado a traer los arpones clavados a cada vuelta. Y otro, que era el más corpulento de todos, parecía esperar pacientemente a que la distancia se hiciera interesante para él, desdeñando con serenidad los lanzamientos más cortos y manteniéndose al margen con los brazos cruzados sobre el pecho. Entre el resto destacaba un vocinglero de barbas rubias que parecía alardear más que hablar, pero que había ganado ya todos los envites.

En el cuarto lance el viejo sombrero de cuero en el que el jorobado llevaba el monto de las apuestas parecía pesar tanto como el martillo Mjöllnir, era evidente que los arponeros arriesgaban las ganancias de la temporada como si el mundo estuviese ardiendo y Leif no pudo resistir la tentación por más tiempo; aun cuando jamás en su vida había usado un arpón, la expectativa de un nuevo juego en el que poner a prueba su valía era demasiado poderosa.

Sabedor de que las palabras de poco servirían ante hombres de aquel tipo, el aventurero sacó de su escarcela el cantón del brazo de una cruz de oro sin darle importancia a cómo podría sentar en la recién cristianizada Nidaros tal sacrilegio y se lo lanzó al contrahecho ballenero sin siquiera saludar.

El jorobado cogió el metal como pudo, intentando que no se le cayese el cuarteado sombrero.

—¿Compra eso un intento en la siguiente ronda?

El arponero miraba el trozo de cruz con ojos golosos, tenía una desagradable cicatriz que le blanqueaba la piel y formaba una calva irregular en la barba de su mejilla derecha. Antes de que pudiese contestar, el que Leif había identificado como el bravucón del grupo habló.

—Mientras sigas cagando pedazos de oro como ese —dijo el rubio señalando el trozo de cruz que el jorobado tenía en las manos—, podrás probar suerte…

A Leif aquellas palabras le sonaron más cercanas a una amenaza que a una invitación. Y tampoco se le escapó que el grandote que había visto separado del grupo se sentaba en la arena como si hubiera abandonado la idea de unirse a la ronda que los arponeros iban a lanzar antes de la interrupción de Leif.

El jorobado, complacido maestro de ceremonias, se presentó como Orm y le dictó el nombre de los otros. Leif solo le dio importancia al que parecía comportarse como

el rival más capaz, Halfdan el Rubio.

—¿Y ese otro? —preguntó señalando al que todavía no había lanzado ni una sola vez.

—Es Ulfr —contestó el jorobado Orm—, no suele apostar hasta que llegamos a veinte brazas. Y tampoco es que sea muy hablador —añadió con una sonrisa enigmática.

Ulfr; y Leif no supo si era el nombre verdadero o un apodo, los cenicientos cabellos y los serenos ojos azules bien podrían haberle ganado un sobrenombre como aquel, el Lobo.

—Es un tipo raro, creo que llegó del este hace unos años —añadió Orm como si aquella procedencia lo explicase todo—. Me parece que es un sviar…

—Sí, seguro —intervino otro de largos mostachos que comprobaba la alineación de los arpones mirándolos de cabo a punta entre sus brazos extendidos—, es uno de esos cobardes adoradores de cerdos que viven escondidos en sus lagos más allá de los *same* —dijo con evidente sarcasmo—, probablemente alguna *völva* le hizo jurar por la marrana de su madre que no hablaría si no le prometían oro a cambio.

—Parecéis dos jovencitas cuchicheando sobre las vergas de sus amantes —los reprendió otro—. No es un sviar, es sureño… Y ahora qué, ¿lanzamos o no?

Leif se dio cuenta de que el interpelado permanecía impasible ante las ofensas, y no supo si era el rudo compañerismo de hombres que se enfrentaban juntos a los peligrosos monstruos de las profundidades del reino de Njörd o la simple indiferencia la que hacía que aquel hombre se mantuviera al margen. Sin embargo, intuyó que si Ulfr se levantara las chanzas cesarían de inmediato, había algo en sus ojos. A Leif le recordó a un oso al que había visto azuzar, todos los espectadores habían sido valientes, habían usado sus picas hasta que la cadena se rompió y el gran animal quedó libre para perseguirlos, entonces las puyas cayeron y los más vocingleros cambiaron las palabras por zancadas nerviosas. Aquel oso había matado a tres hombres antes de que su padre y algunos de sus hombres consiguieran reducirlo, para el pequeño Leif se había convertido en un recuerdo imborrable, y aquel hombre de gestos comedidos había evocado aquellas escenas. Le había recordado a aquel oso preso.

Los arpones sorprendieron a Leif por lo pesado, tenían largos mangos de fresno ahumado de más de una vara que encerraban un alma de hierro que se prolongaba hasta unas puntas amenazadoras que delataban claramente su sangriento propósito.

Como cualquier otro chico del norte, Leif había aprendido a usar la lanza, además de la espada, el hacha y el escudo. Así que, después de balancear el gran arpón que le cedieron hasta encontrar el punto de equilibrio, se sintió capaz de arrojarlo con tanta precisión como los propios arponeros.

El montón de arena que hacía de blanco tenía el tamaño del torso de un hombre, y

aunque a Leif le pareció un objetivo pequeño, se dio cuenta de que para aquellos hombres era una práctica de puntería, ellos estaban acostumbrados a arrojarlos contra enormes criaturas de míticas proporciones que hacían empequeñecer a *knerrir* de una veintena de bancadas.

Leif acertó a la primera y disfrutó como un niño cuando se repartieron el monto de las postas entre los tres que habían conseguido trabar su arpón desde las cuarenta yardas.

Después de pesar los pedazos con una ingeniosa balanza de platillos que se plegaba sobre su propio fiel, el jorobado no solo le devolvió el cantón de la cruz, sino que añadió tres buenos pedazos de *hacksilver*.

Así, para las cuarenta y cinco yardas solo quedaban tres de ellos, el bravucón Halfdan, un rubicundo moreno al que le faltaba un trozo de oreja y el propio Leif.

—Déjalo tal como está —le dijo Halfdan al jorobado cuando le ofreció su parte de los metales.

Orm se sorprendió, habiendo pasado esa ronda, las ganancias del Rubio rondaban la libra, pero el contrahecho normando sabía que Halfdan se olía las riquezas del nuevo y que, probablemente, esperaba que Ulfr se mantuviera al margen para poder desplumarlo impunemente.

El hosco moreno de la oreja tullida se retiró feliz con sus ganancias en cuanto, como Orm, intuyó las ideas de Halfdan.

—Pues parece que solo quedamos tú y yo, forastero.

Leif no se sintió intimidado.

—Pues hagámoslo más interesante —dijo devolviendo su plata al sombrero que sostenía el jorobado, y completó el monto con otro pedazo de la misma cruz—. Y movámonos un poco más —añadió sonriendo—, hasta las sesenta yardas —dijo en un impulso.

Todos sabían que aquello era excesivo, pero, como buenos jugadores, estaban más que dispuestos a disfrutar del entretenimiento, a fin de cuentas, como a menudo les recordaban las astillas que reflotaban entre aguas turbulentas, la siguiente temporada siempre podía convertirse en la última si uno de aquellos rorcuales arremetía contra su nave. Enseguida empezaron a cruzarse apuestas paralelas entre los espectadores, y las voces se alzaron discutiendo las posibilidades de cada uno de los lanzadores ante aquella distancia excepcional. El de la oreja maltrecha que se había retirado en la ronda previa mandó al aprendiz del carpintero a por un barril de cerveza, y el propio artesano, acompañado por Tyrkir, se decidió a bajar hasta la playa, interesado por la algarabía.

Se estaba armando un buen barullo, y era obvio que Halfdan disfrutaba siendo el centro de atención. El Rubio, con teatralidad evidente y llenándose la boca con los lujos que iba a permitirse en cuanto ganase, eligió el arpón que más le gustaba

después de sopesarlos todos con ojo crítico. Estiró tanto como pudo su tiempo, hasta que temió que alguien osara acusarlo de entretenerse por miedo, y lo aprovechó para recibir con inclinaciones de cabeza de falsa humildad las palabras de ánimo de los que estaban de su parte y devolver comentarios hirientes a aquellos que no le auguraban ninguna posibilidad.

Leif disfrutaba de la situación y esperaba pacientemente, observaba a la concurrencia mientras Halfdan terminaba con su representación. Sin embargo, no pudo evitar guiñar los ojos con disgusto cuando el Rubio, tras un par de pasos de carrera, lanzó el arpón con evidente puntería.

Mientras el hierro volaba los asistentes callaron, y cuando impactó en la arena del montículo con un crujiente sonido sibilante, el silencio se rompió con gritos de alegría y fastidio que se elevaron por igual, repartidos según si quien los lanzaba había apostado en un sentido u otro.

El aprendiz del carpintero, todavía agradecido por el trozo de plata que le había sido entregado, se prestó enseguida a servirle de asistente a Leif y, en cuanto el barril de cerveza que había traído rodando fue abierto, corrió a hacerse cargo de la capa de su benefactor, a acercarle los arpones, a ofrecerle un trago con el que aliviar el gaznate y dispuesto de buen grado a obedecer cualquier otro mandado.

Con el pulido mango ya entre sus dedos, Leif miró el montículo de arena con aire circunspecto y se dio cuenta de que aquellas yardas de más habían convertido la distancia en algo que se antojaba insalvable. Pero no perdió el buen humor o su sempiterna sonrisa, se enfrentaba a un desafío más, y sabía que, si conseguía ganar, su propia leyenda se vería patrocinada por la hazaña. Antes de tomar carrerilla echó un vistazo a su alrededor y observó los rostros que lo rodeaban, el muchacho del astillero se sorbía los mocos nervioso, Orm miraba el interior del sombrero con expresión de asombro, Halfdan le devolvía una sonrisa llena de cinismo, algunos ya estaban medio borrachos y a Leif le apeteció volver a echarse un buen trago de cerveza al coleto. El único que parecía indiferente era Ulfr, que se entretenía tallando un pequeño trozo de asta con un cuchillito de hoja curva y que solo le dedicó un gesto, una leve negación de cabeza cuando Leif sopesó el arpón con un gesto inquieto que no pudo evitar.

La concurrencia, impaciente, gritaba exhortando a Leif a lanzar de una vez.

—¡Extranjero!, si lo necesitas puedes acercarte una braza —desafió Halfdan con bravuconería, recibiendo complacido los abucheos que sus simpatizantes dedicaban a Leif.

Haciendo oídos sordos, el viajero respiró profundamente y centró su mirada en aquel montículo de arena.

El arpón empezó su vuelo de manera prometedora, parecía un acierto, sin embargo, se desvió pronto, yéndose poco a poco hacia la izquierda. Terminó

clavándose a una vara del montículo entre los cacareos y gritos de los espectadores.

Leif agitó el puño con frustración, más preocupado por haber errado que por las pérdidas, y tuvo que recibir con una sonrisa apocada el gesto admonitorio de Tyrkir, que lo miraba con desaprobación pensando en las repercusiones que aquel despilfarro tendría para las reparaciones y aprovisionamientos del Mora y sus tripulantes.

Pero Leif no se desanimó y decidió buscar una salida honrosa a la situación que no rebajase su posición. Y para él solo había un modo de seguir adelante, jugarse el todo por el todo, y Halfdan parecía lo bastante engreído como para dejarse liar.

—Ha sido un golpe de suerte, no lo repetirías ni aunque Baldr te prestase su brazo… —retó elevando la voz por encima de la algarabía para hacerse oír por Halfdan, que presumía entre los achuchones y felicitaciones de los suyos.

El Rubio estaba de buen humor y no se imaginó en qué modo podría romperse su racha.

—¿Quieres volver a apostar? —preguntó Halfdan.

Leif mantuvo un silencio expectante antes de hablar.

—Puede… Pero solo si dejamos de comportarnos como niños de calzones meados, esta vez vamos a hacerlo de verdad… —añadió lanzándole al jorobado su bolsa completa y disfrutando de la expresión de incredulidad con la que el Rubio enmudeció.

Leif sabía que Halfdan podía repetir el lanzamiento si mantenían la distancia, pero también sabía que a semejante matasiete no se le ocurriría arredrarse sin más si lo azuzaba, la capacidad para enmerdarse hasta el cuello sin necesidad era una cualidad innata de todo fanfarrón. Y era evidente que Halfdan se sentía tentado, pero que el enorme monto lo obligaba a titubear, aun a regañadientes.

Intuyendo las ansias de su rival, Leif decidió ayudarlo a meterse en el hoyo, necesitaba acorralarlo para que no pudiese echarse atrás cuando llegase el momento.

—Pues yo creo que parloteas más que una vieja tejiendo junto a la lumbre y creo que tienes la boca más grande que las mentiras de Loki… —dijo el aventurero esperando imprimir en su voz el tono justo—. No creo que seas capaz de repetirlo…

Como Leif había esperado, el Rubio no fue capaz de tragarse la insinuación.

—Puede que tú necesites que la puta te diga lo que hacer con tu arpón cuando tienes el blanco a un palmo —gritó Halfdan por encima del alboroto recibiendo con rostro complacido la ovación con la que le respondieron—. Pero yo no, ¡yo puedo hacerlo de nuevo! Tantas veces como quiera.

Leif compuso en su cara un leve gesto de indignación, fingiéndose afectado, pero respondió pronto.

—Entonces…, ¿te parece fácil? Hablas como si lanzar desde sesenta yardas fuese un simple juego de tablas para ti…

—Lo es —replicó Halfdan sin dejar que Leif terminase.

Y el aventurero agarró la oportunidad de recuperar sus pérdidas.

—Entonces…, diez yardas más no serán un problema, ¿te ves capaz de hacer blanco a setenta? —inquirió con miras después de una pausa al tiempo que intentaba remarcar cuanto podía el carácter personalizado de la pregunta.

Ante las miradas expectantes de su público Halfdan no tuvo más remedio que mantener sus aires jactanciosos.

—Claro que sí, yo nunca fallo.

Leif quiso aprovecharse para forzar aún más la situación. Intuía que Halfdan no tenía fondos para cubrir su apuesta y que necesitaría un empujón para animarse.

—Pues a mí me parece que todos aquí saben que lo único con lo que aciertas es con tu lengua fanfarrona.

Halfdan rechistó de inmediato, era obvio que la alusión al público había herido su orgullo.

—Yo no fallo nunca.

Leif devolvió la finta con rapidez, aunque cuidó sus palabras, no fuera a ser que el asunto se le escapase de las manos y Halfdan quisiera zanjar las dudas sobre su honor con un duelo.

Tyrkir sonreía anticipando la encerrona, y el resto de la concurrencia estaba tan absorta con el desafío que hubo cuernos que quedaron a medio vaciar.

—¿Incluso si son setenta y cinco yardas?

Y Halfdan estaba tan metido en su papel que ni siquiera titubeó.

—Como si son ochenta, yo nunca fallo.

—Ya veo, eres el mejor arponero, el mejor de todos, ¿no?

—Así es, ¡Halfdan el Rubio es el mejor de todos! —contestó pinchándose el pecho con el pulgar de su puño derecho al mismo tiempo que alzaba el mentón orgulloso—. Puedo hacer blanco incluso a ochenta yardas.

Orm no creía siquiera que semejante tirado se hubiera intentado jamás, de hecho, estaba seguro de que él no sería siquiera capaz de cubrir la distancia, y mucho menos hacerlo con puntería como para acertarle al blanco.

—Pues yo lo dudo —dijo Leif moviendo la cabeza negativamente—. Si tan seguro estás, ¿por qué no cubres la apuesta?

Se oyó alguna risa, y más de uno se atrevió a importunar a Halfdan desde el anonimato de la muchedumbre que iba creciendo, más de una altisonante referencia a la hombría del Rubio resonó por encima del murmullo de los congregados.

Halfdan resopló con exagerada indignación y, tras levantar la mano pidiendo paciencia a la concurrencia y al propio Leif, habló con los de su alrededor. Primero de buenos modos, luego con evidentes amenazas remarcadas por puños cerrados.

A tiempo para que llegase un nuevo barril de cerveza, Halfdan había conseguido plata suficiente como para cubrir el envite de Leif. Cuando Orm acabó de pesar los

metales con su balanza, hubo que recurrir a dos sombreros más para contener todo el monto, sobre el que caían miradas ansiosas de todos los asistentes, especialmente del aprendiz del carpintero: el pobre muchacho no se había imaginado que hubiese en todo el mundo conocido semejantes cantidades de oro y plata; la mayoría eran pedazos brutos y dentados obtenidos del destrozo de piezas mayores, pero también había una buena porción de monedas de toda condición, incluyendo las viejas y ya verdosas calderillas acuñadas en el sur por Angantyr y algunas de extravagantes símbolos llegadas de las tierras conquistadas por los rus.

Sabedor de que Halfdan ya no podría echarse atrás, Leif jugó con su última ventaja antes de asumir el riesgo de perder toda su fortuna y verse obligado a depender únicamente de los posibles beneficios que consiguiese de la venta de su carga. Tras llamarlo con un gesto mandó al aprendiz del carpintero a buscar la plomada del Mora.

—Pues midámoslas, no me fío de las marcas que habéis hecho.

Tyrkir se dio cuenta de lo inteligente del juego de Leif. Probablemente las mediciones hechas estaban bien, los arponeros eran, al fin y al cabo, marinos, pero también sabía que la plomada del Mora era un legado del mismo Eirik el Rojo y que estaba más viciada que la más vieja de un burdel. Si medían las ochenta yardas con esa plomada baqueteada, tendrían que contar cuarenta brazas para hacer la equivalencia, y en cada una de ellas habría una diferencia de al menos una pulgada, Leif ganaría, como poco, otra yarda.

Cuando todo estuvo listo, el trasiego de cerveza ya había conseguido que los puños se soltasen en más de una ocasión entre los que habían cruzado apuestas a favor y en contra de Halfdan.

Tras la línea en la arena que había trazado el aprendiz, el Rubio sopesaba una vez más los arpones echando furtivas miradas disimuladas al lejano blanco.

Leif ya se había unido a los bebedores con aire despreocupado y, aunque había tenido que soportar las protestas de Tyrkir por haber puesto en riesgo todos sus fondos, estaba de buen humor, había merecido la pena; tanto si ganaba como si perdía la apuesta.

—Prepárate para pasar el invierno pidiendo limosna, extranjero —gritó Halfdan antes de dar el primer paso de su carrera para el lanzamiento.

El Rubio echó el arpón hacia atrás arqueando la espalda y, tras amagar el gesto unas pocas veces, inició su galopada.

Soltó el hierro con un gruñido seco al tiempo que intentaba recuperar el equilibrio, vencido por el brutal impulso que había pretendido, le faltó poco para caer de bruces; pero la distancia era suficiente como para que pudiese levantarse y contemplar el vuelo del arpón antes del impacto.

Tyrkir apretaba las manos blanqueando sus nudillos. El aprendiz del carpintero

sonreía bobaliconamente, encantado por toda la algarabía, en su puño estrujaba con fuerza el trocito de plata que le había dado Leif.

El arpón ni siquiera cubrió toda la distancia. Se clavó a media docena de yardas del montículo, encarado con el blanco, pero corto. Y, mientras Halfdan gritaba rabioso, el contrahecho Orm se alegró de que aquel fanfarrón que tan a menudo lo increpaba hubiese encontrado a alguien que le bajase los humos.

La tensión se desató, estallaron más peleas y se oyeron acusaciones sobre la bondad de las monedas o los pedazos de plata apostados.

Leif creía firmemente en que el honor era igual de importante en la victoria como en la derrota. Sirvió cerveza en uno de los cuernos y se acercó hasta Halfdan, que murmuraba lamentándose con la cabeza gacha.

—Buen intento, casi lo consigues —dijo sonriendo.

Halfdan lo miraba con expresión tensa, y Leif se percató de que el Rubio estaba cayendo en la cuenta de que se había dejado engatusar por culpa de sus propias ínfulas y ansias de grandeza. Pero el aventurero estaba encantado con la suerte corrida, y aunque una buena pelea era siempre un modo fantástico de terminar cualquier asunto, prefirió cambiar las tornas y cederle a Halfdan una justa oportunidad de redención que los dejase en buen lugar a ambos.

—Tu brazo no es tan fuerte como dices —dijo de modo enigmático—, pero… he oído que no tendrás nada que hacer hasta que vuelva a empezar la temporada de caza. Yo me marcharé después del invierno, una vez haya vendido lo que hay en las bodegas de mi barco, el Mora… Y regresaré a Groenland, sin escalas, tal y como he llegado hasta aquí. —Leif se detuvo para dejar que la noticia calase y escuchó complacido los rumores—. Y luego, ¿quién sabe? ¡La gloria! Buscaré nuevas tierras y conseguiré oro, pieles, maderas… Forjaremos una leyenda… —Halfdan seguía con la cabeza gacha—. Y aunque tu brazo no es tan fuerte como dices, puede que sea suficiente para remar… ¿Quieres unirte a mi tripulación y buscar la gloria? —preguntó conciliador.

Halfdan lo miró de hito en hito sopesando la expresión de Leif y dudando de si la oferta iba o no en serio.

Los que esperaban haber visto una buena trifulca fueron los únicos que protestaron, animando al Rubio a romperle los morros a Leif y recuperar su dinero. Pero Halfdan vio en la sonrisa del forastero una expresión sincera que lo convenció, además, formar parte de la tripulación de un patrón solvente era una vida mucho más prometedora que la de un mal pagado ballenero que solo tiene una estación para buscarse el sustento de todo un año.

—Trato hecho —dijo tendiéndole el antebrazo derecho a Leif y aceptando con la mano libre el cuerno de cerveza.

Tyrkir se acercaba a pasos agigantados con gesto nervioso y el aprendiz de

carpintero saltaba encantado de un lado a otro. La concurrencia bramó, contenta por el entretenimiento y el buen final. Algunos, terminado el espectáculo, se retiraban ya, otros, presos de la gula, aprovecharon hasta la última gota de cerveza. Y Leif, de un humor excelente, estaba dispuesto a regresar a la taberna y empalmar una tarde de borrachera con una noche de juerga, pero antes le ofreció sin palabras un par de los pedazos más grandes de plata a Halfdan, convencido así de ganarse su lealtad por siempre con el magnánimo gesto. Cuando ya se giraba desdeñando paternalmente los agradecimientos del Rubio, oyó una voz a su espalda que lo obligó a pararse en seco.

—Yo puedo hacerlo…

Se volvió y vio la gran silueta de Ulfr recortada contra la luz del mediodía, caminaba a su encuentro.

—Si doy en el blanco…, ¿me cederás una bancada en tu nave a mí también?

Leif observó al hombre que tenía enfrente. Aparentaba una edad similar, de su misma altura, pero bastante más corpulento. En el rostro curtido se adivinaban años que habían pasado demasiado pronto, en él destacaba una fuerte mandíbula cuadrada que era evidente incluso a pesar de la poblada barba cenicienta, pero lo más llamativo eran los ojos, del triste azul profundo que se esconde bajo las olas.

Ulfr tenía el porte de un luchador, sus brazos y muñecas eran los de alguien que había usado la espada a menudo. Y aunque no cojeaba, era evidente que cargaba el peso en el pie derecho supliendo con habilidad y práctica alguna vieja lesión, también tenía una fea cicatriz de perfil irregular en la palma de la mano.

Hablaba con un acento extraño que al aventurero no le pareció el de un sviar, y lo rodeaba un incierto aire de incomodidad que le contó a Leif secretos no revelados de una historia turbulenta sobre la que prefirió no preguntar; él sabía bien lo que era tirar de los grilletes de un pasado embarazoso, su abuelo había sido desterrado de Jaeder, y su padre obligado a abandonar la *isla del hielo*. Pero, a pesar de lo que no lograba intuir, había algo en aquel arponero que le gustó. Además, había sido un gran día y aquel tipo tenía algo que despertaba su curiosidad.

—Si eres capaz de hacer blanco, tendrás tu bancada en el Mora —concedió sonriente.

El repentino cambio excitó aún más a la concurrencia, que empezó de inmediato a apostar sobre si el callado arponero podría triunfar allá donde su compañero había fallado; la mayoría de ellos no le daba ni la menor oportunidad, ochenta yardas era una distancia que ni el mismísimo Thor podría salvar, y muchos se habían creído las fanfarronadas de Halfdan, por lo que pensaban que si el Rubio no lo había conseguido, nadie podría hacerlo. Leif escuchaba complacido aquellas voces y especulaciones, fuera como fuera, él saldría ganando; si Ulfr lo conseguía, sería una gesta que se contaría en las noches de invierno y él pensaba pagar suficiente alcohol para que todos recordasen que al hacerlo había pasado a formar parte de su

tripulación. Y si fallaba, nadie olvidaría al patrón que había ofrecido tan generosa recompensa.

Ulfr no necesitó de tanta ceremonia como había requerido Halfdan. Simplemente eligió un arpón y cruzó la raya que había trazado el aprendiz de carpintero en la arena con la ayuda del peso de la plomada.

Todos le concedieron al tirador un instante de silencio.

Pero, cuando el hierro salió de la mano de Ulfr, el griterío se volvió ensordecedor. Envuelto en la algarabía, el arpón cortó el aire con el sonido de una flecha.

Unos pocos se dieron cuenta de que estaban siendo testigos de algo que podrían contar una y mil veces porque nunca sería olvidado.

Más tarde, ya en la taberna, los borrachos perdieron pie antes de que la noche llegase a anunciarse, y la tripulación del Mora recibió con ilusión al patrón y sus ganancias, todos dispuestos a bebérselas antes del siguiente amanecer. Había quien tenía motivos para celebrar y otros, simplemente, se unieron a la juerga. En el playón solo quedó el aprendiz del carpintero.

Sentado junto al montículo de arena que habían levantado aquellos hombres, el muchacho apretaba el trozo de plata que Leif le había dado y miraba, todavía con aire incrédulo, el arpón allí clavado.

Como si hiciera falta una prueba a la que señalar cuando alguien quisiera escuchar la historia, nadie se atrevió a sacar de la arena el arpón que Ulfr había lanzado.

A medida que el solsticio de invierno se acercaba, los días menguaban y la leyenda de Leif crecía, corriendo de boca en boca, ensalzándose a cada noche por las adulaciones de los borrachines. Algunos decían que había sido solo cuestión de suerte, y los había que, llanamente, no lograban creer que el hijo del infame Eirik, asesino reconocido, hubiese sido capaz de cruzar el océano desde Groenland sin hacer una sola escala. Pero había muchos más que estaban convencidos de que aquella era una hazaña digna de inscribirse en las piedras, y la fama de Leif se inflaba con los rumores que se cruzaban sobre el alcohol de las tabernas que el puritanismo de Olav no había conseguido cerrar. Y buena culpa de aquellas loas se debía al revuelo que, en el día de su llegada, había armado el aventurero, enzarzándose en apuestas impensables con un grupo de facinerosos arponeros con el que se había jugado montos capaces de comprar la más lujosa de las *boer* de toda Nidaros.

A Leif ya solo le quedaba por vender un hato de las pieles de peor calidad que, sin un comprador poco escrupuloso o un ingenuo a quien engañar, deberían venderse al mínimo precio a un cordelero que tenía su tienducha cerca de los astilleros para ofrecerles aparejos a los marinos y comerciantes que necesitaban repuestos para asegurar las velas. Sin embargo, estaba más que satisfecho, había conseguido pingües beneficios, en buena medida gracias a la paciencia en los eternos regateos del siempre

eficiente Tyrkir, porque, en lo que al propio Leif respectaba, los pies le ardían después de tanto tiempo sin más excitaciones que las juergas nocturnas y las apuestas en los combates de caballos. Y, mientras el Sureño se entretenía haciendo tratos sobre las mercaderías que llevarían de vuelta a Brattahlid, buscando especialmente esteatita y maderos de calidad, aquel lento pasar del frío otoño de nieves cuajadas, largas noches y mañanas heladas enervaba a Leif, que estaba deseando izar el trapo del Mora y echarse a la mar. Pero el regreso a las *tierras verdes* le sabía a poco.

—… Herjolf era un viejo de entrepierna calenturienta y manos largas que solo era capaz de prestar atención si decías *tetas* cada diez palabras… —Leif calló esperando que la chanza calase, Ulfr se mantuvo impasible—. Cuando mi padre volvió de su exilio con nuevas sobre una tierra verde cubierta de pastos —y Leif sí sonrió al recordar las grandilocuentes alabanzas que Eirik el Rojo había hecho sobre aquella nueva porción del mundo que había descubierto—, Herjolf fue uno de los que se decidió a seguirlo. Supongo que o estaba borracho, o estaba harto de la decadencia de Iceland, en aquellos tiempos había continuas disputas en la isla, la asamblea solo servía para discutir los problemas de los terratenientes más antiguos, parloteaban días enteros sobre las marcas de unas tierras si eran suyas, pero para los colonos nuevos como mi padre solo había protestas…

Leif se dio cuenta de que divagaba al ver que Ulfr encogía los hombros ligeramente.

—… Herjolf creyó las exageraciones de mi padre y se apuntó a la expedición, veinticinco barcos —aclaró recuperando el hilo del relato—, casi todos *knerrir*; cargados hasta la regala con cuanto les podía hacer falta para empezar de nuevo en aquellas tierras que mi padre había descubierto… Once de ellos no lo consiguieron —concluyó Leif negando levemente con la cabeza mientras en sus ojos brillaba el fulgor de un mal recuerdo en el que enormes olas y vientos desbocados cobraban vida —. No salió bien, pero algunos llegamos.

Leif se dio cuenta de que, como ya le venía pasando desde que sus caminos se cruzaran, los prolongados silencios de Ulfr terminaban por obligarlo a hablar más de la cuenta; y comprendió que aquel hombre taciturno se estaba convirtiendo en un confidente y amigo que ya valoraba.

Antes de seguir hablando, Leif miró hacia las aguas del fiordo sin saber qué esperaba encontrar.

Estaban sentados en unos postes cubiertos a medias por nieve que se negaba a fundirse con el sol de la tarde despejada; a sus espaldas, Bram y Tyrkir discutían el precio de un par de toneles de salmón ahumado con un pescador de manos callosas que, de tan bizco, como había anunciado Bram, corría el riesgo de que con un estornudo los ojos le cayeran rodando por los hombros. Les hacían falta provisiones amén de mercancías, y su segundo buscaba en las tiendas ribereñas vituallas que

aguantasen el baqueteo de la travesía, sin descuidar los tratos sobre el reacondicionamiento del Mora y las mercaderías que llenarían las bodegas, ya habían apalabrado unas cuantas jaulas con aves de corral, petición del mismísimo Eirik, y habían llegado a compromisos firmes con varios artesanos. A no ser que el océano reclamase al Mora para un descanso eterno, Leif no solo conseguiría gran parte de la fama que buscaba, también se haría con una fortuna.

—Herjolf tenía un hijo —continuó el navegante oyendo de fondo las maldiciones de Bram por el precio que pedía el pescador por su salmón—, un avaricioso con cara de rata llamado Bjarni que se ganaba la vida comerciando entre estas costas y las de Iceland, sus precios eran siempre desorbitados, en una ocasión quiso cobrarle a mi tío…

Leif sonrió con indulgencia y Ulfr, de nuevo, permaneció en silencio.

—… Bueno, eso no importa, lo relevante es que un día llegó a la *isla de hielo* y descubrió que Herjolf se había venido con nosotros a colonizar Groenland. El muy cicatero solo pensó en lo bien que sería recibido por los recién instalados inmigrantes, todavía faltos de líneas de comercio habituales. Y pese a no conocer la ruta se hizo a la mar con las pocas respuestas que consiguió tras pagar un par de tajadas. Me da en la nariz —dijo Leif llevándose la mano al rostro— que si hubiera sabido que aquella travesía hundió once de nuestros barcos, se habría limitado a vender sus cachivaches a los viejos estirados de Iceland.

›Al final se perdió, se lo tragó una niebla espesa como gachas y las sierras de Iceland desaparecieron en un horizonte prieto y gris como la panza de un rorcual antes de poder tomar como referencia las montañas blancas de Groenland. Puedo imaginarlo —dijo Leif afirmando con la cabeza—, las corrientes y el viento no ayudaron, y el muy idiota siguió hacia poniente como un ciego tentando con sus manos lo que no puede ver ante sí. Estoy seguro de que los huevos le tapaban los oídos…

Ulfr asintió y Leif se dio cuenta de que, al igual que él mismo, el ballenero habría sufrido las inclemencias del peligroso océano septentrional en más de una ocasión; todos por aquellas tierras habían oído alguna vez la abrumadora historia de la galerna de Swanage, en la que las aguas del mar se habían tragado más de cien barcos. Más aún, en el caso del arponero, a las tormentas, las olas y los vientos se unían aquellos enormes monstruos capaces de hundir una nave de veinte remeros con una sacudida de su portentosa cola.

—Y ese cabeza de chorlito siguió navegando hacia el oeste sin puñetera idea de dónde diablos acabaría. ¿Y sabes qué?

Ulfr se limitó a encogerse de hombros una vez más.

—Pues que Bjarni jura por la memoria de su madre que llegó a tierra, no sabe, ni ha sabido jamás dónde, pero él dice que se topó con la costa.

—¿Al oeste de Groenland? —preguntó Ulfr sorprendiendo a Leif—. ¿Tierra?

—Sí, eso dice el roñoso ese de Bjarni —contestó Leif, que volvía a cuestionarse la procedencia del curioso acento del arponero—. Cuenta que vio una costa, pero que no pudo distinguir los grandes ríos de hielo de los que le habían hablado, ni las praderías de las que mi padre había presumido, así que supuso que no eran las nuevas tierras de Groenland. ¡Había árboles! Muchos, grandes bosques llenos de altos árboles, ¡madera! Pero ese cagajón miedica no se atrevió a echar pie a tierra, seguro que temía que le rebanasen el pescuezo y le robasen las bodegas.

›Con toda esa madera a su alcance al muy cobarde solo se le ocurrió bojear al norte hasta que se topó con una gigantesca meseta helada, y decidió volver proa a levante para regresar, convencido ya de que había pasado Groenland de largo y que si volvía hacia el este, encontraría las *tierras verdes*. Y lo hizo, en poco más de una semana…

Leif no se atrevía a decirlo en voz alta, pero se daba cuenta de que la idea pugnaba por salir. La *stavkirke* de Olav estaba consumiendo la producción de madera local, en su regreso a Brattahlid no podría contar con ello, y la *isla de hielo* no era una buena opción, sin embargo, en Groenland necesitaban madera, mucha; las *tierras verdes* eran fértiles, y en los fiordos occidentales había lugares en los que se podía llevar una vida agradable incluso en el rigor del invierno, pero no había madera, solo unos cuantos árboles raquíticos y lo poco que el expolio de los primeros años de colonización había perdonado. Y Leif había pensado mucho en los beneficios que le reportaría la madera que pensaba comprar en Nidaros, pero el templo del crucificado que estaba levantando el nuevo rey iba a privarle de esa posibilidad, y Leif no podía dejar de pensar en el relato sobre los interminables bosques de aquellas nuevas tierras con las que Bjarni se había topado.

—¡Esa urraca de pico afilado! —gritó Bram rijoso sorprendiendo al patrón—. Sabe lo de tus condenadas apuestas y espera que paguemos su podrido salmón como si fuese un manjar digno de las mesas del *Valhöll*.

El timonel y Tyrkir se acercaban.

—Me temo que será mejor que busquemos otro proveedor —anunció el Sureño.

Leif se giró hacia sus hombres con expresión afable y se recordó que todavía tenía que dilucidar cómo regresar a Groenland antes de soñar con una nueva epopeya. Jamás lo hubiese dicho en voz alta, pero Leif era consciente de que la fortuna había estado de su parte en la venida; para el retorno era muy probable que tuviese que hacer escalas en algún archipiélago, o que la travesía se prolongase demasiado por los vientos contrarios, debía ser cuidadoso y no tensar demasiado la urdimbre que estaban tejiendo las *nornas*. Aunque no pensaba permitir que sus hombres sospechasen que tenía ciertas dudas respecto al regreso a las *tierras verdes*.

—Como quieras, pero cuando compres mantequilla asegúrate de que esté bien

salada —dijo el aventurero con más jovialidad que acritud—. La última vez tardó solo unos días en ponerse tan rancia como las tripas del Tuerto.

Bram rio con estruendo y Tyrkir sonrió tímidamente. Ulfr se limitó a tocar el hombro de su nuevo patrón con un gesto ligero y hacer un ademán con el mentón.

Una pareja de fornidos guerreros cubiertos por relucientes *brynjas* de anillos apretados se acercaba. Eran dos de los *húskarls* de Olav, y era evidente que venían buscándolos.

—¿Leif Eiriksson? —preguntó de sopetón uno de los guardas personales del nuevo *konungar*.

El aludido se antepuso a sus tripulantes y arregló una sonrisa amigable mientras repasaba mentalmente las últimas noches. Habían tenido una batahola bastante sonada el *mõntag* anterior, unos cuantos huesos rotos y algún destrozo, pero no había esperado que una nimiedad como aquella llamase la atención del nuevo monarca.

—Yo soy Leif, hijo de Eirik el Rojo, hijo de Thorvald de Rogaland.

Leif apeló a su ascendencia esperando que los guardas de Olav no olvidasen que sus antepasados eran también del *paso del norte*. En los últimos meses, él y su tripulación habían descubierto muchas cosas sobre el autoproclamado rey y Leif esperaba que, si de hecho se habían metido en un lío, aquel argumento sirviese de atenuante; aunque el aventurero sabía que los caprichos de los monarcas eran tan volubles como ellos mismos.

—El rey Olav, de la estirpe de Harald el de la Cabellera Hermosa, te reclama.

A Leif no se le escapó el tono burlón con el que el *húskarl* había hecho referencia al afamado y mítico antepasado del monarca, con la intención justa de infravalorar su propia alusión familiar.

—¡En marcha! —ordenó con vehemencia el otro guardia demostrando que tanto parloteo le venía trayendo sin cuidado.

Bram hizo el ademán de adelantarse, indignado porque alguien se atreviese a hablarle de modo tan irrespetuoso a su patrón, pero Leif lo detuvo con un gesto serio, deseaba evitar más problemas. El aventurero también tuvo tiempo de darse cuenta de que Ulfr se había desplazado a un lado con disimulo, preparado para rodear a los guardias, el arponero ya se acomodaba la capa para tener la derecha libre. Era evidente que su nuevo tripulante sabría cómo desenvolverse si hacía falta recurrir a la violencia. Pero Leif no quería problemas, sus preocupaciones estaban más allá del horizonte, en nuevas tierras y descubrimientos; y no quería actuar sin saber a qué atenerse; finalmente, el navegante y sus hombres siguieron a los enviados del monarca.

Por lo que había averiguado en los últimos tiempos, Leif sabía que el *konungar* era un déspota con el que no le convenía enemistarse. Olav Tryggvasson había llegado al trono gracias a un cúmulo de casualidades, pero su posición de poder era

legítima y estaba avalada por un pueblo harto de los abusos del *jarl* Haakon. Además, se había visto respaldado por los nobles, hastiados de que el gobernante de facto prevaricara gracias a sus derechos adquiridos; los tripulantes del Mora habían oído, entre mofas, que una de las costumbres de Haakon había sido reclamar a las hijas de los nobles para devolverlas una semana o dos después, cansado de la novedad, y probablemente eso mismo había sido parte de su perdición, pues, sin el apoyo de los pudientes terratenientes, el vulgo no hubiera podido alzarse en el conato de rebelión que terminó trayendo al trono del *paso del norte* al muchacho que había tenido que huir en el pasado, perseguido por los asesinos de su padre.

Leif también había escuchado el relato de la azarosa vida de Olav, había lugareños de sobra a los que la promesa de una ración de hidromiel soltaba la lengua. El *konungar* había sido un niño obligado a escapar de los regicidas liderados por Harald Capa Gris, con el cadáver de su padre aún caliente, y el chico había terminado en un exilio desafortunado: tras un naufragio fue hecho prisionero y acabó como esclavo en la lejana Holmgård de los rus. Pero ahora, tras años de batallar y clamar venganza, había recobrado posesión del trono que le habían arrebatado al asesinar a su padre, y estaba dispuesto a convertirse, como tantos otros, en leyenda; y a hacerlo con mano dura. Entre una y otra ronda de los combates de caballos de unos días antes, un obeso comerciante de colmillos de morsa le había contado a Leif cómo el nuevo monarca había mandado decapitar por traidor al esclavo Kark, el mismo que le había servido la cabeza del *jarl* Haakon, sin mostrar un ápice de la magnanimidad que todos hubieran esperado hacia el hombre que le había dejado el camino a la corona expedito. Definitivamente, por lo que sabía de él, a Leif no le gustaba el *konungar*.

Además, parecía un extremista radical dispuesto a despellejar a todo el que no le siguiese la corriente, y había encontrado una excusa perfecta en la nueva fe que se prodigaba desde el sur. Converso recalcitrante, la religión del crucificado le había permitido a Olav reclamar sus derechos sobre las tierras de Viken, pretendidas por los de Danemark, y como el depuesto *jarl* había sido amante de las viejas tradiciones, el gusto por el Cristo Blanco le servía al *konungar* para discernir entre los que tenía de su parte y quienes seguían rezando a los dioses del Asgard, tal como había defendido el decapitado Haakon. Por lo que le habían contado, Leif sabía que el bautismo era una imposición ante la que el más mínimo titubeo podía significar una condena a muerte. Era obvio que, con el nuevo culto, el *konungar* se aseguraba de distinguir amigos de enemigos nostálgicos del anterior gobernante. Pero también le servía para establecer alianzas, incluso, por lo que parecía, Olav estaba empeñado en cristianizar las lejanas colonias y archipiélagos: un timonel achispado le había contado a Leif como en Orkneyjar ya había un puñado de sacerdotes acompañados por *húskarls* intentando limpiar las *islas de las focas* de cualquier vestigio de los viejos dioses.

Sin embargo, Leif descubrió pronto que la humildad y pobreza de las que, según le habían contado, hacían gala los servidores del Cristo Blanco, vestidos con andrajosas túnicas y dispuestos a pasar su vida rezando recluidos entre paredes de piedra, no eran asuntos por los que el *konungar* Olav se decantase. En una demostración de poder y riqueza, el rey los recibió en un enorme y recién estrenado gran salón lleno de lujos inimaginables. Rodeado de sus pretorianos, en medio de impresionantes columnas talladas y con tanto marfil y ámbar a su alcance como para comprar cien haciendas, los recibió Olav Tryggvasson sentado en su enorme trono labrado con motivos cristianos, como si aun habiendo aceptado la nueva religión, le costase desprenderse de los símbolos de poder de las antiguas creencias.

Pronto entendieron por qué algunos lo llamaban el Espeso, Olav era un hombre rotundo, lleno como un barril rebosante, casi tan ancho como alto y con brazos mucho más gruesos que las piernas del envejecido Tyrkir.

Como si su nombre no fuese suficiente para anunciar su posición, el rey iba vestido con exquisitas prendas entre las que se adivinaban sedas traídas desde Miklagard, y se cubría con una capa de impecable factura que llevaba bordados de hilo de oro y cuello de armiño. Hasta las esclavas que rondaban por el salón llevaban collares de abalorios de vidrio como si aquellos lujos estuviesen al alcance de cualquier hacendado.

El rey despachaba asuntos que parecían importantes con algunos de sus *lendennetz* haciendo esperar a los visitantes como si su tiempo fuese el único con valía.

Tyrkir permanecía serio y mudo, mirando inquisitivamente de un lado a otro como una liebre que hubiera encontrado un turón en su madriguera. Bram hacía intentos de entablar conversación susurrando por lo bajo incrédulos comentarios ante la grandeza que los rodeaba. Ulfr se había quedado un paso atrás y se comportaba como si nada de todo aquello tuviese la menor importancia, callado y tranquilo; Leif observó de reojo cómo, mostrándose previsor de nuevo, Ulfr solo había anunciado con voz queda los doce pasos que los separaban de los portalones entornados que les habían franqueado la entrada.

Leif, dudando de lo que se esperaba de él, se limitó a aguardar pacientemente a que el monarca se dignase a prestarle atención repasando una vez más sus correrías de los últimos tiempos para discernir si tenía motivos para temer haberse metido en un lío o no.

Al poco, desde la trasera del salón llegó un orondo calvorota de ojos enrojecidos que dio un traspié al rodear el entarimado en el que se elevaba el trono. Era evidente que era uno de los monjes de la isla de los tuathas, con su túnica roñosa de lana blanca y su cinto verde, aparentemente otro de aquellos iluminados que, con insaciable denuedo, se empeñaban en llevar las creencias del Cristo Blanco hasta

todos los confines del mundo. Y Leif, sabedor de cómo su padre había despachado a unos cuantos de aquellos supuestos hombres de Dios a lo largo de más de una de sus aventuras de colonización, temió que una reclamación por los excesos de Eirik el Rojo con aquellos mensajeros del crucificado fuese el motivo de su presencia ante el *konungar*.

Antes de prestarle su atención al grupo de Leif, el rey departió unos instantes con el fraile y terminó por ladrarle un par de secas órdenes que el navegante no pudo entender, pero que le dejaron claro que Olav, aun convertido a la nueva religión, no esperaba recibir de los discípulos del crucificado otra cosa que obediencia.

—Cuentan que has llegado hasta aquí desde Groenland en una travesía sin escalas en las islas, ¿es así? —preguntó Olav de sopetón sin más preámbulos o presentaciones.

A Leif no le desagradó que el *konungar* se mostrase tan directo, le gustaban los hombres que se expresaban sin rodeos, pero no estaba seguro de cuáles serían las consecuencias de su respuesta. Tras sopesarlo decidió contestar del mismo modo: sin tapujos.

—Así es, sin escalas —dijo al fin sin poder imaginar las siguientes palabras del monarca.

Tyrkir, a espaldas de su patrón, asintió levemente, complacido por ver cómo el muchacho que había visto crecer se convertía ahora en un hombre capaz de llamar la atención de un rey.

—Sin duda es una hazaña, una nueva ruta digna de ser tenida en cuenta. Y, sin duda, una hazaña que el Todopoderoso ha permitido en su infinita bondad y providencia. Porque solo el amor del Señor puede explicar que hombres indignos y descreídos puedan acometer semejante logro. Estoy convencido de que es Él, Dios Padre, el que os ha guiado hasta este puerto, ahora consagrado a su fe y devoción, libre ya de los heréticos pensamientos antiguos.

A Bram, que miraba las maderas del techo abstraído mientras esperaba escuchar los elogios evidentes que el nuevo trayecto merecía, semejante declaración lo cogió tan desprevenido que poco le faltó para sacarse un ojo con el dedo con el que andaba hurgándose las narices.

Leif oyó el respingo de su timonel y se giró a tiempo de ver cómo se frotaba los morros con ojos llorosos y expresión furibunda. Sin embargo, el patrón asumió mucho mejor que su timonel el evidente desprecio con el que les había hablado el monarca.

Leif se había percatado de que las palabras del *konungar* habían sonado falsas y cargadas de intenciones ocultas.

—Sin duda, así es —adujo en tono conciliador esperando complacer a Olav—, ha sido la protección del nuevo dios crucificado la que ha marcado nuestro rumbo

apartando las tormentas de nuestra ruta y librándonos de las iras de la mar —concluyó aportando a sus palabras el tono justo de ironía.

El *konungar* miró al patrón a los ojos con aire suspicaz, intentando valorar aquellas palabras que humeaban desaire, y Leif, mientras esperaba la siguiente frase, se dio cuenta de que un inquieto Tyrkir evitaba que Bram abriese la boca para soltar algún improperio clamando sus virtudes como navegantes como las únicas responsables de haber logrado cruzar el océano.

—Sí, es evidente que habéis sido auspiciados por Jesucristo nuestro Señor… Porque ha sido precisamente en estos tiempos en que la fe auténtica ha venido a nosotros que tú has llegado, a tiempo para servir de loor a este reino y su rey por haber abrazado la única religión verdadera…

El *konungar* calló para mantener la intriga de los presentes. Y Leif escrutó los oscuros ojos del monarca buscando las verdaderas intenciones del gobernante, obviamente veladas por toda aquella palabrería.

—Y esta es una travesía digna de recordar, un logro acaecido en los tiempos de Olav, hijo de Tryggva, de la estirpe de Harald el de la Cabellera Hermosa, y que servirá para establecer nuevas rutas comerciales con esta, la capital del reino.

Leif sonrió aliviado ante la última acotación del monarca. Amén de tanto boato y discurso, las intenciones de Olav bien podrían ser tan simples como la codicia y la avaricia, quizá el rey, a pesar de los circunloquios, solo quería tener excusas nuevas para cobrar tributos recién ideados. Bram y Tyrkir, que intercambiaron un par de cuchicheos bajo la mirada ceñuda de uno de los guardias, relajaron también el gesto, oliéndose algo parecido.

—Pero ya lleváis en Nidaros semanas, ¿verdad? —inquirió Olav Tryggvasson con un cierto misterio que los navegantes no supieron interpretar.

El patrón pensó que los impuestos no solo serían por haber establecido la nueva ruta comercial, sino también por permanecer el invierno comerciando antes de volver a partir.

—Es cierto, hace ya tiempo que llegamos —reconoció Leif al tiempo que empezaba a echar cuentas de sus fondos y recursos.

—Entonces, además de alardear de vuestros logros de navegante habréis tenido tiempo para actividades más importantes. Porque estoy seguro de que desde el mismo día en que echasteis pie a tierra supisteis que el impío gobierno del pagano Haakon había caído, ¿no es así? —Olav dejó la pregunta en suspenso por un instante antes de añadir la siguiente frase—. Supongo que ya habréis abrazado la fe del salvador crucificado…

Leif calló sorprendido. No había esperado algo así y no sabía qué responder, como cualquier otro, estaba al corriente de que el bautismo era el modo del que Olav Tryggvasson se servía para distinguir amigos de enemigos, pero a él ambos bandos lo

traían al pairo, le bastaba con mantenerse al margen, dejando la religión y el poder para los que sacaran provecho de ellos, al propio Leif solo le interesaba su propia ventura.

Tras oír al *konungar*, Tyrkir tragó con dificultad. Bram resopló y, mientras Ulfr seguía impasible, Leif se admitía a sí mismo que mentir podía tener consecuencias todavía peores si el engaño se descubría. Sabía que no debía alardear de haber sido bautizado. Pero tampoco quería reconocerlo llanamente, pues temía que si lo hacía, el monarca lo tomase por uno de los simpatizantes del viejo régimen.

—La nueva fe es, fuera de toda duda, la única verdadera y cierta, como nuestro nuevo monarca nos ha hecho ver a todos… —dijo sin demasiada convicción, sabía que no era en absoluto una respuesta y se preguntaba con qué derechos pensaba Olav que podía esperar ser reconocido como monarca por alguien como él, colono de los lejanos asentamientos de Groenland.

Entonces, antes de que Leif pudiera pensar en cómo completar de modo más convincente sus últimas palabras, el rey habló de nuevo sin darle oportunidad de buscar una manera conveniente de eludir el problema que parecía echársele encima.

—Tengo entendido que vuestro barco está siendo reparado en uno de mis astilleros. Imagino que no pensáis partir hasta la primavera…

El tono era evidentemente amenazador, y Leif no necesitaba que le recordasen que estaba atrapado en Nidaros. Además, no le gustó el modo en que el gobernante se empecinaba en incluirlo sin más en el conjunto de la tripulación, como si lo degradase; y mucho menos oír cómo el *konungar* hablaba del astillero como si fuese de su propiedad.

Leif dudaba y el rey esperaba cuando, sorprendiendo a todos, Ulfr se adelantó y habló por primera vez.

—Mi señor —dijo el arponero con voz solemne—, todos los tripulantes del Mora sabemos que Jesucristo es nuestro Señor y salvador, y todos hemos sido instados por nuestro patrón a convertirnos a la fe verdadera que, con tanta sabiduría y magnanimidad, vuestra excelencia promulga. —Tyrkir y Bram miraron embobados al ballenero, a Leif se le escapó media sonrisa—. Sin embargo, los quehaceres del invierno son casi tantos como los de la propia navegación y, desafortunadamente, no todos hemos podido ser bañados en el agua bendita, como san Juan hizo con nuestro Señor.

Leif no lograba entender cómo mojarse la cabeza iba a cambiar las creencias de nadie, no tenía ni la más remota idea de quién era el tal Juan y no comprendía por qué su nuevo tripulante parecía saber tanto de la religión del crucificado. Pero se dio cuenta de que el fraile asentía comprensivamente al tiempo que Olav parecía relajar la expresión.

—Porque, tal y como nos ha iluminado la sabiduría de nuestro bienhallado

monarca, la fe cristiana es la única cierta, y todas las viejas costumbres deben ser olvidadas —continuó Ulfr, que consiguió un gesto complacido del *konungar*-. Yo he recibido ya el sacramento del bautismo invocando a la Santísima Trinidad, y mi alma puede esperar la redención, libre ya del pecado original. Y estoy seguro de que antes de que la primavera marque nuestra partida a Groenland todos los demás tripulantes del Mora recibirán, como yo, las santas aguas del bautismo cristiano.

Aunque complacido, el monarca parecía tener sus dudas y Leif se dio cuenta de que, tras una pausa en la que parecía calibrar las reacciones del *konungar*, Ulfr mantenía el juego vivo mientras seguía hablando con su extraño acento.

—Además, con la venia de nuestro rey, estoy seguro de que será un honor para nuestro patrón Leif, hijo de Eirik, hijo de Thorvald, llevar a través de esta nueva ruta abierta la palabra del Señor hasta las paganas tierras de Groenland, para brindarles a los colonos la posibilidad de redimirse de sus descreídas vidas impías y adorar al único Dios verdadero; así como al único rey cristiano del *paso del norte*.

Leif no pudo evitar que los labios se le abrieran en una radiante sonrisa ante el inteligente ofrecimiento del arponero. A él semejante promesa de servir de mensajero del monarca y su nueva fe le venía a traer sin cuidado, de hecho, como en los últimos tiempos, lo único que preocupaba a Leif eran los confines del mundo conocido de los que Bjarni le había hablado siendo niño. Sin embargo, si eso evitaba que terminasen decapitados por no haberse bautizado, Leif estaba dispuesto a llevarse en el Mora a todos los obispos de la nueva Iglesia que Olav fuese capaz de encontrar.

Tyrkir miraba a todos lados buscando una salida, con su natural pesimismo ya asumía que tendrían que salir de allí por las bravas si querían evitar ser degollados por haber pretendido compartir los intereses cristianos del *konungar*. Y es que Olav no parecía convencido.

Después de unos instantes de tenso silencio, el rey llamó a su lado al monje y le dijo algo que Leif no entendió. El religioso carraspeó y empezó a hablar con voz engolada en el idioma dulzón de la Iglesia del crucificado.

—Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum. Veniat regnum tuum.…

A Leif le pareció que el monje se había detenido a medias en algún cántico sagrado, y era evidente que esperaba de ellos que respondieran de algún modo, pero no tenía ni idea de lo que se esperaba que dijese, aunque el apremio severo de los ojos del *konungar* le dejó bien claro que más le valía encontrar las palabras adecuadas. El arponero lo resolvió salvando la situación de nuevo.

Ulfr dio otro paso al frente y habló.

—… Fiat voluntas tua, sicut in caelo, et in terra. Panem nostrum supersubstantialem da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra.…

Ulfr hablaba en aquel mismo idioma acompasando el canturreo sincopado con el que el monje recitaba; y Olav, más relajado, asentía a medida que se completaban los

ruegos de la oración.

Tanto Bram como Tyrkir, así como su patrón, se quedaron anonadados al oír aquel rezo surgir de labios del hosco arponero, pero todos supieron agradecer aquella suerte. Además, Leif reaccionó rápidamente uniéndose a la promesa hecha por Ulfr.

—Toda la tripulación del Mora será bautizada antes de partir hacia Groenland —se apresuró a decir, y valoró la posibilidad de ofrecer una donación para el templo del *konungar*-. Y yo mismo me encargaré de que en los asentamientos de aquellas *tierras verdes* se sepa de la buena nueva de la subida al trono de Olav, hijo de Tryggva, así como de predicar la fe del crucificado —concluyó razonando que eso le haría más gracia al gobernante.

Tyrkir afirmó silenciosamente, inclinando la cabeza hacia su patrón al percatarse de que hacía alusión a las noticias sobre el nuevo rey. El contramaestre tenía años suficientes para saber que muchos gobernantes no desean oro y joyas, sino simple zalamería.

—Así lo espero —dijo el *konungar* mirando fijamente al grupo de los navegantes —, así lo espero. Y Dios provee generosamente para ello —continuó Olav haciendo un gesto al monje para que se adelantara—. Este es Clom, un escota de la isla de Erin, la de los reinos tuathas; un ministro ordenado de la Santa Iglesia que os acompañará en vuestro regreso a Groenland y os ayudará a llevar la buena nueva.

—Y a predicar la palabra de Dios para lograr la conversión de esos colonos paganos —dijo el monje apuntillando las palabras del monarca con un estrambótico acento que despellejaba su nórdico mal aprendido.

En esta ocasión fue Ulfr el que detuvo las protestas de Bram con un gesto seco.

—Tal y como sea ordenado —concedió Leif con tono complaciente—. Será un honor llevar hasta Groenland la voluntad del trono —otorgó el navegante sabiendo que aquello solamente tenía la verdadera intención de que en las colonias se reconociese al nuevo gobernante.

Hubo algunas promesas más y algo de charla banal en la que, habiéndose asegurado las lealtades de los navegantes, el *konungar* parecía dispuesto a alardear de los logros de su reinado; especialmente haciendo notar los grandilocuentes planes que tenía para el nuevo templo en honor del crucificado que se estaba erigiendo en Nidaros.

Cuando salieron al fin del gran salón de Olav, Leif le ordenó en voz baja al larguirucho Bram que entretuviera al monje. Había algo de lo que deseaba hablar con Ulfr.

Así, mientras Bram y Tyrkir acosaban al religioso con preguntas sobre la *stavkirke* que se construía, Leif tomó el codo de Ulfr y lo obligó a adelantarse a los otros tres. Y, al tiempo que caminaban hacia la taberna que se había convertido ya en los barracones oficiosos de la tripulación del Mora, Leif sació su curiosidad.

—Tú no eres un sviar, ¿verdad? —inquirió el patrón con una sonrisa amigable.

Ulfr giró el rostro hacia Leif, pero no contestó.

—Vamos, no te apures —insistió el navegante con efusión—, a mí me da igual, como si eres franco o uno de los eunucos que los muslimes usan para guardar sus harenes. Con un brazo como el tuyo y después de haberme salvado el pellejo ahí dentro —continuó señalando con un ademán distraído hacia sus espaldas—, por mí como si me dices que eres otro de esos monjes borrachos venidos de Erin. Pero tengo curiosidad, ¿quién eres?

Ulfr tampoco contestó y Leif, componiendo un gesto serio, se detuvo antes de hablar de nuevo.

—Escucha, eres uno de mis hombres, has jurado lealtad, y yo espero de mis tripulantes tanto como yo estoy dispuesto a ofrecer. Si tienes secretos, estarán a salvo conmigo. Es solo que has despertado mi curiosidad… Además, gracias a ti —dijo volviendo a su habitual sonrisa afable—, sigo teniendo la cabeza sobre los hombros, cuéntame tu historia y luego iremos a emborracharnos, prometo pagarte tanto hidromiel como puedas beber… y un par de mujeres que te calienten por la noche.

Leif se dio cuenta de que fue más la seriedad con la que había hecho su planteamiento, que la promesa de una juerga, lo que desató la lengua del arponero.

—Era el *Pater Noster* de San Jerónimo, la versión de la vulgata, tal y como lo aprendí de niño… —dijo el ballenero, que parecía perdido en sus recuerdos.

Leif calló dándole tiempo al otro a buscar las palabras. Su historia y la de su familia eran oscuras, su abuelo primero y su padre después habían sido exiliados. Leif sabía que el pasado de un hombre puede ser una losa de la que es fácil arrepentirse, pero con la que es difícil cargar, y también sabía que en el alma de un hombre podía haber penalidades difíciles de exhortar.

—Por un momento temí no recordarlo…

Tyrkir y Bram vociferaban exclamaciones de asombro mientras Clom les relataba la pasión de Jesucristo.

—No, no soy un sviar —dijo al fin el arponero—. Mi nombre es Assur, Assur Ribadulla, y soy hispano, del lugar que vosotros llamáis Jacobsland; llegué aquí como esclavo…

Mientras caminaban Assur habló y Leif escuchó, entendiendo por fin el curioso acento y las extrañezas del arponero. Entre aquellas palabras sueltas de las que Ulfr se desprendía con desgana el navegante vislumbró al hombre detrás de aquel rostro cuadrado de ojos tristes y profundos, y supo que los hilos que tejían las *nornas* para cada uno de ellos se enlazaban en una urdimbre común.

—… De la esclavitud pasé a la indigencia. Llegué aquí como un *ùmagi*, sin nada, solo hambre y llagas —dijo el hispano acariciándose la cicatriz que le afeaba la palma—, un desgarrón en la mano y los dos dedos menores del pie izquierdo negros

y congelados… Luego supe que aquel fue uno de los inviernos más duros que se recuerdan, y aquella tormenta una de las peores, aún se habla de ella…

La tarde del corto día llegaba a su fin con el sol tendido sobre la boca del fiordo en uno de aquellos ocasos del norte que parecían eternos. Assur miró al horizonte con melancolía y Leif aguardó.

—… Los dedos hubo que amputarlos y en cuanto a mi mano, yo no conocía el frío, aún no sabía lo que debía y no debía hacer, la hoja de mi cuchillo se heló y yo tiré sin más…

Leif había visto a un carpintero descuidado con el labio deforme por culpa de un incidente similar cuando era un aprendiz y todavía tenía por costumbre sujetar los clavos entre los dientes. Y había visto a sus hombres pelearse con los carámbanos de hielo que sobrecargaban el Mora colgando de la regala y las bancadas. Él conocía el demoledor trabajo del frío, el hielo y la nieve en su barco y en sus tripulantes, cuando ni las pieles mejor engrasadas servían para evitar que la humedad del propio sudor se congelase aguijoneando el rostro. A Leif no le costó imaginar el calvario por el que aquel hombre había pasado para alcanzar Nidaros.

—Pero llegué, llegué hasta el puerto para descubrir que no tenía adónde ir ni medios. Un perro perdido sin más que hacer que lamerse las heridas… Me convertí en un pordiosero y, durante un tiempo, renqueando de un lado a otro, no hice otra cosa que intentar no morir de hambre… Cuando conseguía algo de plata me la bebía, así era más fácil no recordar…

Leif hubiera querido saber más, pero estimó que era mejor no preguntar. Los detalles del relato eran escasos, era evidente que el hombre que le hablaba prefería resguardarse en la parquedad del silencio que en la franqueza de las palabras.

—No hay mucho más que decir, los inviernos pasaron, unos malos, otros peores. Yo procuraba no llamar la atención, contestaba a las preguntas con evasivas y no hacía referencias a mi pasado. Que yo sepa, Sigurd Barba de Hierro no llegó a hacer correr la voz sobre mi huida —confesó Assur mirando al navegante a los ojos sin llegar a saber que el *jarl* nunca se había preocupado por el esclavo huido que había dado muerte a su vástago traidor—, pero preferí no asumir riesgos. De todos modos, creo que ha habido rumores cercanos a la verdad, aquí siempre me he encontrado con recelos…

›Finalmente, con el paso del tiempo, la historia del sviar, o la versión del sureño, calaron, aunque las cosas no se volvieron fáciles. Terminé haciendo lo que nadie más quería hacer, en el verano navegaba al norte para arponear ballenas, y en el invierno me colaba en los bosques para hacer de trampero.

El navegante sabía de lo que le hablaban. Había visto a hombres así internarse en la nieve con sus largos *skiths* en los pies, sin más que un arco y unos cuantos lazos, dispuestos a arriesgarse a ser sepultados por el desprendimiento de una morrena o a

terminar enterrados bajo una avalancha de nieve, únicamente para hacerse con los pellejos de martas, linces o grandes osos blancos. Como en el caso de los arponeros, hacía falta una clase de hombres desesperadamente especiales para jugarse la vida así: pieles de animales capaces de despedazar a cualquiera de un zarpazo o carne de ballenas que, de vez en cuando, varaban por sí mismas en las playas. Ambos eran trabajos para locos o desesperados.

Había sido un relato monocorde, apagado e, indudablemente, triste. Para Leif aquella falta de emoción era la muestra palmaria de que aquel extraño hombre del sur deseaba dejar tras de sí recuerdos amargos, pero también que había muchos más que deseaba olvidar a cualquier precio. Leif tenía pendientes mil preguntas que la parquedad de Assur había dejado sin contestar, pero él sabía bien que había respuestas que era mejor no verse obligado a dar.

—Y lo del nombre, Ulfr, ¿de dónde viene? —preguntó esperando no tensar demasiado el cabo de un nudo incómodo, y se arrepintió al momento de no haber podido reprimir su curiosidad.

Assur miró al patrón a los ojos y Leif torció los labios en una sonrisa indecisa.

—Lobo, el lobo… Por nada, fue lo primero que se me ocurrió —mintió Assur recordando una vez más a Furco—. Por nada…

Leif se debatía sopesando qué más podía preguntar sin ofender al arponero cuando Bram se acercó dejando al monje con Tyrkir.

—Ese fraile empieza a caerme bien —dijo el timonel con tono enigmático—. Ya se ha cansado de nuestras preguntas, y nos exige que nos pongamos en marcha, dice que hay mucho que hacer y que ya es tarde…

El patrón lamentó una vez más la intromisión de aquel original alcahuete impuesto por el *konungar*. Deseaba continuar hablando con Assur, pero sabía bien que estaba obligado a atender al fraile, al menos, mientras permanecieran en Nidaros.

—¿Qué pretende? ¿Ha intentado ya meter esa cabezota tuya en el río?

El navegante se dio cuenta de que Bram contenía la risa arrugando su enorme cara con esfuerzo.

—¿Acaso piensa bautizarnos a todos ahora mismo? ¿O es que espera que hinquemos las rodillas y nos pongamos a rezar? —preguntó Leif amoscado.

Bram no pudo más y liberó las carcajadas contenidas al tiempo que contestaba con palabras entrecortadas.

—No, lo que quiere es hidromiel… —dijo entre risotadas el timonel—. Se ha cansado pronto de nuestras preguntas y nos ha prometido gracia divina e indulgencias plenarias si le conseguimos una buena ración de *jolaol*… No sé qué demonios significa eso, pero me parece que ese gordinflón vendería a su madre por una jarra de cerveza…

Leif, sorprendido por la revelación, no supo qué contestar y, simplemente, miró

con incredulidad hacia el orondo fraile, que seguía hablando con Tyrkir unos pasos más atrás.

—Será mejor que cuando lleguemos a Brattahlid pongas sobre aviso a tu padre —añadió el timonel entre bufidos de risa contenida—, o guarda bajo llave todos sus barriles, o ese desgraciado bien parece capaz de bebérselos. Incluso ha preguntado si creíamos que le pagarías con algo lujoso, como algún vino traído del sur —aclaró Bram con una carcajada ronca.

El patrón superó el asombro uniéndose a las risas de su timonel y, reavivando su buen humor, dejó atrás los significados por descubrir del conciliábulo que había mantenido con su nuevo tripulante.

—¡Por todos los monstruos del *Hel*! —bramó Leif con rostro sonriente—. Pues démosle de beber a ese borrachín… Y de paso bebamos nosotros también, hay que celebrar que seguimos teniendo la cabeza sobre los hombros, quizá quiera bautizarnos con *jolaol*…

Y una vez más en aquel invierno, la tripulación del Mora luchó contra la larga noche con ayuda de hidromiel y cerveza. Todos se dejaron llevar por el ánimo juerguista de su patrón, que les prometió un glorioso regreso a Groenland, donde serían recibidos como héroes y recordados por los escaldos.

Clom el monje se unió como uno más y Leif se contentó porque el enviado del *konungar* resultaba más o menos llevadero. Le fue fácil simpatizar con el religioso, capaz de beber tanto como el Tuerto y de roncar con más estruendo que el propio Bram. Por lo que pudo averiguar, el monje estaba exultante, contento de librarse de los extremismos y las actitudes radicales del monarca.

—Puedes imaginarlo —le había dicho Clom al navegante con las palabras trabadas por la embriaguez—, no nos permite beber vino. Olav ha guardado todas las reservas y solo nos deja usarlo para celebrar misa —había dicho el monje con asombro evidente, como si hubiera recibido la noticia de que el infierno se había congelado—. Y digo yo, ¿por qué?, ¿acaso no ha repartido el Señor su mies en la tierra para que los hombres justos la disfruten, no hizo llover su maná para saciar a los hambrientos?…

Leif sospechaba más bien que Olav guardaba el vino para sí mismo o para comerciar con él, allí en el norte las vides se morían en los fríos inviernos y los caldos eran un bien escaso y caro que tenía que ser importado.

Assur, integrado como uno más, disfrutó de la velada con mesura; Leif no había compartido con nadie el pasado de su nuevo tripulante, no consideró que aquella historia, o la vida como *thrall* de Ulfr, fuese de la incumbencia del resto de sus hombres. Además, no había necesidad de arriesgarse a que una lengua demasiado suelta por el hidromiel pudiera ponerlo en peligro de ser apresado.

El arponero de extravagante acento, apadrinado por el patrón, había sido recibido

en la hermandad como uno más. Pero en aquella celebración Assur bebió con moderación, compartió todas las chanzas y bromas, incluso se avino a contar él mismo la historia de su lanzamiento a ochenta yardas al tiempo que la tripulación lo jaleaba, encantada de que un hombre con un brazo como aquel fuera ahora uno de ellos. Sin embargo, cuando el alcohol y las mujeres empezaron a tumbar a los hombres, él salió para caminar hasta uno de los pantalanes y mirar al cielo. Ahora tenía una esperanza plausible.

En aquella ventisca de inviernos atrás Assur había perdido mucho más que la orientación. Cuando se dio cuenta de que la cinta de lino de Ilduara se había desprendido de su muñeca, la buscó durante horas, helándose en la nieve que arreciaba y condenando a la congelación a sus pies húmedos, pero no la había encontrado, y atados a aquel trozo de tela ajado habían quedado sus anhelos, haciendo hueco para la desesperanza. Pero ahora, tenía una ilusión nueva, una razón para seguir adelante. Unido a la tripulación del Mora había una posibilidad de redención para dejar atrás los excesos, y olvidar el miedo encontrado en las olas provocadas por los coletazos de las ballenas, o la incertidumbre ante las grandes huellas de oso que cambiaban de dirección bruscamente justo cuando el viento rolaba y dejaba al rastreador al descubierto.

Acariciando su muñeca, como si la cinta de su hermana siguiera estando allí, Assur contempló las aguas del fiordo librándose de gran parte de la melancolía que se había apegado a él en los últimos tiempos.

Leif deseaba llegar a Groenland antes de que el verano mediase, a tiempo para presentarse en el *thing*, cuando, bajo el auspicio de su padre, Eirik el Rojo, todos los hacendados y hombres libres de la nueva colonia se reunían en asamblea para dirimir los pleitos del año, convocar nuevas demandas y, como era lógico, extender con rumores grandilocuentes las nuevas de la temporada, entre las que el navegante esperaba que destacase el logro de su travesía, primera de las hazañas que le granjearía un lugar en la memoria de las sagas que se narrarían en el futuro; además, sería un buen momento para que su padre filtrase entre los más influyentes del joven asentamiento las presiones del *konungar* Olav.

Sin embargo, los rebeldes vientos no favorecían a los viajeros. El Mora y los demás barcos estaban atrapados en el fiordo de Nidaros esperando que la brisa rolase para abrir aguas hacia el oeste y el sur, o, como en el caso de la tripulación de Leif Eiriksson, hasta allende del océano conocido, a las *tierras verdes*.

Pronto llegarían los salmones para remontar los ríos en busca de las aguas claras de los pequeños afluentes en los que frezarían. El brezo y los matorrales florecían, y muchas de las aves migratorias habían cubierto ya sus buenas millas desde el sur para aprovechar la bonanza del estío y sacar adelante a sus polluelos. Y, lo más importante para marinos y mercaderes, los largos días acompañados de buen tiempo permitían

osar con aventurarse en el peligroso mar del Norte sin miedo a que las furias de Njörd terminasen por enviarlos al fondo del océano.

Esperando el cambio del viento, el Mora presumía de su porte entre los otros mercantes; había sido remozado y remendado, la bolsa de Leif había pagado la mejor grasa de foca para calafatear las juntas de su tingladillo y ahuyentar a los teredos, la regala había sido cepillada con mimo y las piedras de lastre, viejas y cubiertas de verdín, sustituidas por pesadas lajas nuevas y limpias. El navío destacaba entre los demás barcos. Assur ya había aprendido a amarlo como todo marinero debe querer a su nave. Era un barco orgulloso. El codaste y la roda eran altos, labrados por manos hábiles, y elevaban la obra muerta haciendo sitio para alojar gran cantidad de carga; era más pesado y de mayor manga que los afilados barcos de guerra que tanto tiempo atrás habían atacado en Adóbrica, aquellos a los que los nórdicos llamaban dragones eran navíos tirados de larga eslora que podían convertirse en el terror de cualquier ribereño, pero que no servían para comerciar, y Assur comprendía perfectamente a Leif cuando en las noches de taberna argüía que era una pena verlo así, quieto, casi impaciente por surcar las olas.

De toda la tripulación, el único capaz de sacar ventaja de la inactividad era Tyrkir, obsesionado como siempre por velar a favor de los intereses de su patrón. El retraso le había permitido al Sureño arreglar a última hora un fantástico trato de esponjas de hierro con un mercader desesperado por las deudas de las apuestas. Y, como los herreros de la colonia se mostraban siempre impacientes por recibir materia prima de calidad, esperaba obtener del mineral en bruto unos buenos beneficios a costa de las fraguas de Groenland. Sin embargo, Leif, aun cuando era el destinatario del mayor porcentaje de tales ganancias, no estaba tan complacido con los posibles acuerdos como lo estaba el Sureño.

—Como sigamos así, nos van a salir raíces en los pies, y en lugar de pelo nos brotarán verdes hojas de las orejas —chistó Leif en falsete a la vez que le revolvía las greñas al aprendiz del carpintero que había reparado el Mora.

El muchacho se había acercado una vez más para pedir ser aceptado como grumete a bordo del barco de Leif y el patrón, una vez más, le había prometido con una radiante sonrisa que lo enrolaría en el siguiente viaje, cuando tuviese hombros para remar como era debido, ofrecimiento que parecía servir para contentar al zagal una mañana más, especialmente cuando Leif añadía algún chascarrillo sobre la gloria y la riqueza que podían lograr los navegantes osados.

—Tampoco hay prisa —aventuró Bram, que en los últimos días se había enamoriscado de una muchacha de torso generoso y estaba empezando a cogerle el gusto al retraso—. Hay tiempo…

Assur, que miraba con ternura como el chicuelo se alejaba con aires soñadores, negó con la cabeza antes de hablar a su vez.

—Si esperamos mucho más, podemos encontrarnos con los hielos que derivan desde el norte —dijo el hispano—, los he visto al seguir las ballenas…

No hizo falta que Assur completase la frase, todos sabían lo que aquellas enormes moles blancas podía hacerle al *knörr* más robusto y Leif, que aun hastiado no perdía su buen humor, quiso cambiar el tono de la conversación.

—Podríamos decirle a Bram que agitase esos brazos tan largos que tiene, si lo hace con fuerza a lo mejor echa a volar, así podría buscar el viento, como lo hacen los charranes —dijo el patrón señalando unos cuantos pájaros que se alejaban de la costa.

—Puede que lo consiga si se tira suficientes pedos —apuntilló el Tuerto con una carcajada que todos menos Leif acompañaron.

Assur se dio cuenta de que su patrón parecía rumiar alguna idea para averiguar si tenía provecho que sacarle.

—¿Y por qué no? —preguntó Leif sin dirigirse a nadie en particular, todavía mirando a los charranes—. Ellos tienen la brisa en contra, como nosotros, pero se alejan igualmente de la costa, quizá unas millas mar adentro el viento sea distinto…

Y una pagaza alzó el vuelo desde un peñasco como si Odín le hubiese ordenado al animal darle la razón al aventurero.

Cuando otros los vieron partir, se cruzaron apuestas respecto a cuándo volverían los del Mora al interior del fiordo, a base de remos, cansados y arrepentidos. Todos los demás capitanes pensaron que era una más de las locuras de aquel joven patrón que parecía no conocer los secretos del océano. Pero Leif llevaba pisando cubiertas desde que, siendo un niño, se vio obligado a seguir a su padre en el exilio, había visto cabecear sus barcos por culpa del peso de las grandes velas que se empapaban de agua en las tormentas y cuyas urdimbres se destensaban amenazando con volverse un hato de jirones, había cruzado las triples olas sobre las que se relataban leyendas espeluznantes, y para sus tripulantes su palabra era ley, ya que tenían fe ciega en su patrón.

Y Leif no se equivocó, unas millas mar adentro encontraron vientos favorables en los que aquellos charranes y pagazas se mecían preparándose para pescar. Y las bancadas de remeros recibieron aquella brisa que levantaba espumillones con entusiasmo desgastado por el esfuerzo, todo había resultado tal y como el hijo de Eirik el Rojo había predicho.

—Ahora iremos al norte, hay que recuperar el retraso.

Bram pasó las órdenes y Assur no necesitó explicaciones, para avanzar hacia el oeste los mejores vientos solían encontrarse cerca de los peligrosos hielos boreales, bordeando el mar de Dumb, pero si había suerte, la travesía podía acortarse unos días.

—En menos de una semana podremos bordear Iceland, luego seguiremos al oeste, hasta Groenland —concluyó el patrón con una sonrisa.

El hispano descubrió con respeto cómo la férrea disciplina del barco se mantenía

gracias a un cambio evidente en el patrón y los tripulantes, Leif era el primero en levantar un cuerno de cerveza cuando estaban en tierra, pero, una vez embarcado, se convertía en un patrón serio y meditabundo empeñado en percibir hasta la última astilla de la tablazón del Mora a través de las plantas de sus pies.

Los marineros remaban, achicaban, encordaban la garrucha, acomodaban la vela y, con ayuda de los vientos que Leif había encontrado, hacían que el Mora ganase millas trabajando bajo la férrea disciplina impuesta por su patrón sin una sola queja o protesta. Formaban una tripulación bien avenida, engrasada como las pieles con las que se cubrían para el frío, y Assur, bajo el patronazgo de Leif, pudo sentirse uno más desde el mismo instante en que comenzaron a bogar.

La noche del día en el que distinguieron por primera vez el resplandor de las blancas cumbres de las montañas de la *isla de hielo*, el veterano Tyrkir se acercó hasta Assur, que tenía el turno de achique y vaciaba el cubo por la borda. Algunos ya dormían apretujados en el escaso espacio de la nave y unos pocos jugaban al tablero entre susurros; Leif, acomodado en la proa, miraba las estrellas. El *knörr* avanzaba espoleado por vientos favorables que henchían el pujamen de la vela, y los hombres, libres de la prisión de los remos, estaban descansados.

—No es lo mismo que esas barquichuelas en las que dabais caza a los rorcuales, ¿verdad? —inquirió el Sureño con medio mohín colgado de su rostro curtido y arrugado.

Assur solo asintió. Quizá porque el propio Leif así lo había ordenado, muchos de los hombres se habían acercado a hablar con él, y supuso que Tyrkir también tenía algo que decirle respecto a su ingreso en la hermandad del Mora.

—Dicen que Grettir el Fuerte llevaba en su barco de diez remos un enorme toro, lo había comprado para ser el semental que cubriría toda su ganadería, era un animal excepcional, de pelambre dura como alambre de cobre y robusto como una montaña.

Aprovechando la pausa, el veterano marino miró con intensidad al hispano, como para asegurarse de que sus palabras calaban en el arponero como era debido.

—Pero las aguas del reino de Njörd no siempre se comportan como una sopa de col en el puchero, a veces hay complicaciones, a veces llegan tormentas, en ocasiones la niebla oculta las estrellas y la costa… O la vela se empapa de agua de lluvia y el peso merma la capacidad de maniobra convirtiendo a los barcos en trozos de corteza sin gobierno que pueden zozobrar en cualquier momento —añadió Tyrkir con un amplio ademán de sus manos callosas—, solo los ignorantes o los fanfarrones creen que pueden controlar su barco, y lo cierto es que solo llegan a viejos los marinos que han aprendido a obedecer al verdadero patrón: el propio mar.

›A Grettir le sucedió que su barco encontró marejada y, por culpa de aquel brusco oleaje, el toro se encolerizó, se puso hecho una furia y se libró de sus cordajes. Aquel animal, prendido por los nervios, empezó a cocear, irritado y fuera de sí, corneó a

varios remeros y embistió el mástil. La situación se complicó, aquel toro era un animal excepcional, y pronto, además de los hombres, el propio barco sufrió su furia desatada. La tablazón y las cuadernas empezaban a soltarse, castigadas por las arremetidas del enorme bicho; o hacían algo pronto, o naufragarían, y Grettir pensó en tomar un hacha y dar muerte al toro, pero estaba seguro de que lamentaría la pérdida.

Assur, que había visto en más de una ocasión un toro enfurecido cuando de muchacho atendía el ganado, entendió perfectamente la gravedad de la escena que le describía el Sureño. En un espacio tan reducido como un navío un semental enfebrecido solo podía augurar el naufragio de un montón de tablones convertidos en astillas.

—Sin embargo —continuó el viejo marino—, Grettir el Fuerte era consciente de que debía actuar con premura, tenía que tomar una decisión antes de que la situación se le fuera de las manos y todos acabasen en el fondo del mar. Y como no le quedaba otra opción, Grettir se lanzó contra el toro sin más que sus manos, ni siquiera se vistió su *brynja*, pues sabía que si caía al mar, el peso lo arrastraría a las profundidades. Era un hombre de fortaleza extraordinaria y consiguió asir los cuernos de la bestia y detenerla en seco —dijo Tyrkir cerrando los puños como si él mismo estuviese sujetando al astado—. Grettir forcejeó con el animal mientras gritaba pidiendo ayuda a los dioses, también bramó órdenes para que sus hombres sujetaran los cuartos traseros del animal, y, a pesar de las coces y cabezazos, antes de lo que un hombre tarda en caminar cien pasos, consiguió reducir al toro y mandar a sus tripulantes que atasen las rodillas y corvas del animal además de asegurar de nuevo la carga suelta. Poco después todo volvía a la normalidad, sin más inconvenientes que las olas de la marejada y el barullo de los mugidos del semental. Probablemente otro patrón hubiera perdido el barco, o hubiera tenido que matar al toro, pero Grettir salió airoso…

Tyrkir se tomó un instante antes de continuar, dejándole tiempo al ballenero para que asimilase la historia de Grettir el Fuerte.

—Hay quien dice que hay piedras que reflejan la luz del sol incluso en los días nublados —continuó el Sureño—, y hay quien habla de *völvas* que pueden predecir los vientos, o de hechiceros *same* que pueden preparar ungüentos y panes que se mantienen frescos por una estación. Hay rumores y habladurías que solucionan la vida de un barco, pero solo funcionan cuando los cuentan los borrachos en una taberna. Al final, todo depende del patrón, siempre —concluyó el Sureño tras una pausa.

Y sin añadir otra palabra Tyrkir se alejó hacia la popa, donde se puso a hablar con el zanquilargo Bram sobre el rumbo que mantenía el timonel.

Assur comprendió pronto que el relato del veterano había sido a un tiempo

consejo y amenaza, probablemente una historia repetida a todo novato con la que Tyrkir buscaba aleccionar a los nuevos tripulantes sobre la importancia de la disciplina a bordo y la confianza debida al patrón. Y, con aquel gesto comedido y bien pensado, Tyrkir, como ya había hecho el propio Leif, se ganó también el afecto de Assur.

Brattahlid, la hacienda de Eirik el Rojo, en el corazón de un intrincado y largo fiordo de empinadas paredes cubiertas de hierba fresca en la que pacían carneros de cuernos retorcidos, fue una agradable sorpresa para Assur. A un día de navegación desde mar abierto, la bahía formada por el valle del antiguo glaciar protegía la hacienda y los alrededores del rudo clima, que se anunciaba hecho a base de inviernos fríos y mañanas brumosas. Sin embargo, allí las heladas aguas cargadas de hielos a la deriva quedaban lejos y era evidente que se podía vivir al pairo de la furia de las terribles tormentas que se formaban en el océano.

Un lugar mucho mejor de lo que Assur hubiera podido esperar cuando, unos días atrás, había visto por primera vez el pico helado de Gunnbjorn y Leif le había dicho que, ante el esperón del Mora, se encontraban las famosas *tierras verdes* que Eirik el Rojo había colonizado.

—Mi padre siguió una ruta parecida la primera vez que llegó a estas costas —le había dicho Leif señalando hacia las tierras de Groenland.

Él y Assur charlaban en la proa mientras observaban las líneas abruptas que delineaban el litoral de las *tierras verdes*. Y, quizá pagando la confianza depositada en él mismo por el propio Assur, el patrón habló también de su pasado.

—Los esclavos de mi padre derribaron el muro de la hacienda de un hombre llamado Valthjof, y eso, como ya sabrás, es una ofensa grave…

Assur asintió recordando las propiedades de Sigurd Barba de Hierro, había vivido entre ellos lo suficiente como para saber que los nórdicos se tomaban muy en serio la inviolabilidad de sus fincas y el respeto de los lindes.

—… Así que, como represalia, un pariente de Valthjof quitó la vida a los *thralls* de mi padre cerca del saliente de Vatn. Y mi padre, desairado, reclamó a su vez la muerte de aquel hombre, y lo mató. Y también sirvió a los cuervos el cuerpo de otro al que llamaban Hrafn el Duelista. Pero muchos entendieron que el Rojo se había excedido. Al final, mi padre fue procesado por aquello y desterrado al valle de Hauka —recitó rápidamente—. Sin embargo, sus problemas no acabaron ahí.

Leif interrumpió su historia para ordenarle a Bram virar un punto a babor y evitar que el viento terminase por engolfarlos en una bahía de oscuros roquedales entre los que se mecían peligrosos bloques de hielo.

—Mi padre tomó entonces posesión de las islas de Brok y de los Bueyes, y pasó el primer invierno en Tradir. Y prestó las tablas de su sitial a Thorgest de Breidabolstad. —Assur estaba ya perdido con tantos nombres y lugares distintos,

pero no quiso interrumpir con preguntas que tampoco servirían para hacer que el fondo de la historia fuese distinto—. Hecho esto, mi padre se trasladó a la isla de los Bueyes y se estableció en Eiriksstadir, por lo que, una vez instalado, pidió que su sitial le fuera devuelto, sin embargo, Thorgest se negó. Y eso era algo que Eirik el Rojo no pensaba permitir —dijo Leif con una sonrisa—. Así que marchó a Breidabolstad y se hizo con las tablas de su sitial por la fuerza, recuperando lo que, por derecho, era suyo.

›Pero Thorgest quiso responder y salió en su persecución. Cuando se encontraron, una terrible batalla tuvo lugar cerca de la granja de Drangar y, como dicen los escaldos, la sangre se derramó y corrió como arroyos de deshielo. Dos de los hijos del propio Thorgest, además de muchos otros, encontraron la muerte.

Assur se dio cuenta de que por los ojos de Leif pasó una sombra de amargo recuerdo que le hizo suponer que su patrón había estado presente en aquella lucha.

—Desde entonces, tanto mi padre como Thorgest mantuvieron levas de guerreros en sus casas, y ambos tuvieron partidarios de unas y otras tierras. En la mayor parte de los casos las lealtades eran falsas, basadas en simples conveniencias o promesas, además las mujeres presionaron, reclamando arbitrajes que de nada servirían, pero urgiendo a sus hombres a buscar venganza… Hubo más escaramuzas, pero al final, fue la asamblea de la villa de Thorsnes la que resolvió la disputa: mi padre y sus hombres fueron declarados proscritos y sentenciados al destierro. No le quedó otra que aparejar sus barcos y llamar a sus hombres. Aunque hubo algunos días en que no fuimos más que una liebre perseguida por perros de presa, al final mi padre consiguió aliados y, mientras Thorgest batía las islas para darnos caza, pudo convencer a esos pocos para que le sirvieran de escolta hasta más allá de los archipiélagos. Aún a día de hoy mi padre sigue reconociendo esa deuda de honor con aquellos que lo ayudaron; cuando partimos les dijo que iría al oeste, hacia la tierra que las leyendas situaban más allá…

Assur se dio cuenta de que aquella última frase estaba cargada de un significado especial para Leif y creyó entender las raíces de aquella obsesión del navegante por rebasar la última frontera conocida.

—Nos hicimos a la mar pasado el glaciar de Snaefell y desembarcamos cerca del que hoy en día se conoce con el nombre de Blaserk —continuó Leif señalando uno de los blancos ríos de hielo que se veían rompiendo la rocalla negra de la costa de Groenland—. Luego, mi padre navegó hacia el sur, quería descubrir si estas nuevas tierras eran o no habitables.

Assur, mirando hacia aquellas costas, pensó que semejantes páramos helados, que parecían escurrirse cuesta abajo desde altas montañas nevadas en las que nacían innumerables glaciares, no eran lugar para especular con asentarse. Sin embargo, no dijo nada.

—Pasó el primer invierno en una isla a la que le dio su propio nombre, y con la primavera navegó hasta encontrar un fiordo en el que, libres de los hielos eternos, los prados verdes se extendían por laderas pronunciadas de fértil tierra negra. —Era obvio que Leif hablaba de aquel lugar con genuina emoción—. Es un valle precioso al que también cedió su nombre, convirtiéndolo para siempre en Eiriksfjord, y en el que decidió que nos estableceríamos. Pero no le bastó encontrar un lugar para sí mismo y su familia, siguió navegando para buscar otros emplazamientos en los que instalar colonias. Aquel verano exploró el yermo que había hacia el oeste, y dio nombre a los lugares más sobresalientes…

El orgullo en la voz de Leif era evidente para Assur, y sus palabras sonaban tan solemnes como podían hacerlo cuando el ruido de fondo eran los gorjeos del gordo Clom, que estaba empeñado en vomitar por la borda hasta la primera papilla, mareado como una cabra y tan pálido como para que los marineros lo tacharan de haber muerto y haberse levantado como un espíritu con cuentas pendientes entre los vivos.

—El segundo invierno nos asentamos en unas islas cerca de Hvarfsgnipa y, durante el tercer verano de su exilio, mi padre navegó hacia el norte, siguiendo la ruta hasta Snaefell. Continuamos hasta adentrarnos en el fiordo de Hrafn, donde mi padre se dio cuenta de que estábamos más al interior que en Eiriksfjord. Al verano siguiente, terminado ya su tiempo de destierro, regresó a la *isla de hielo*, y aún tuvo que volver a luchar con Thorgest, que no había olvidado, o no había querido olvidar. Luego convenció a muchos para unirse a él y fundar colonias en las nuevas tierras, a las que él llamo Groenland por aquellas praderías verdes de los fiordos, esperando que el nombre atrajese a muchos a acompañarlo en la aventura que pensaba emprender. Y así fue como veinticinco *knerrir* partimos de Iceland cargados hasta la borda para iniciar una nueva vida… Pero esa es otra historia.

Assur recordó las propias palabras de Leif, sabía que en aquella expedición muchos habían perdido la vida, solo catorce de los navíos llegaron a las nuevas tierras.

—Y hoy, en nuestro regreso, aprovecharemos las mismas corrientes y seguiremos una ruta parecida a la que usó mi padre para bordear Groenland, navegaremos hasta el asentamiento del este, que también es el más meridional, y lo haremos tras la estela del barco de Eirik el Rojo. Seremos recibidos en Brattahlid como héroes —anunció Leif con una amplia sonrisa que pretendía alejar la melancolía evidente que le había traído la última parte de su relato.

Los glaciares labraban aquellas peñas negras creando valles, tal y como lo hacían los ríos, pero los quebrados que resultaban eran mucho más anchos y de paredes más abruptas; cuando Assur se dio cuenta, recordó lo que tanto tiempo atrás había visto desde la loma del golfo de Adóbrica con Gutier, eran como las rías de Galicia, pero

como si hubiesen sido hechos con más prisa. El pausado trabajo del cauce del río dejaba las colinas redondeadas y los valles parecían pulidos, sin embargo, el agresivo hielo hacía estallar y resquebrajarse las rocas, labrando igualmente su camino, pero de un modo mucho más brusco. Eran distintos, pero, de algún modo, a Assur le gustaron desde el primer día. Allí se sentía como reencontrándose con un viejo amigo.

Las aguas del fiordo elegido por Eirik el Rojo se abrían hacia el mar desde un estrecho estuario que apuntaba a los grandes páramos de hielo de más al norte. Allí, lejos de las inclemencias del mar abierto, Assur descubrió la colonia que se había establecido, brotando alrededor de la enorme hacienda del propio Eirik, Brattahlid.

Todo estaba rodeado del verde de la grama y la hierba alta, mecidas por la brisa y salpicadas de arbustos ralos de pequeñas flores brillantes. Ordenado según el gobierno de Eirik el Rojo, el asentamiento había medrado hasta casi las doscientas granjas, prósperas *boer* en las que la fértil tierra negra se roturaba cada primavera para cultivar cereales y hortalizas, y donde vacas y ovejas, al cuidado de los colonos, disfrutaban de los pastos frescos que cubrían las paredes del fiordo.

De manera similar a como ya había visto en los dominios de Sigurd Barba de Hierro, las grandes viviendas de paredes curvas recordaban a barcos revolcados por la marea, que presentaban la quilla al aire. Y alrededor de las *skalis* se arrebujaban construcciones más pequeñas, despensas y almacenes, amplios corrales, ahumaderos, y cabañas para esclavos que hicieron que Assur sintiera una dolorosa punzada en el pecho al tiempo que un profundo agradecimiento por el silencio de Leif, que guardaba los oscuros secretos del pasado del hispano. También se distinguían las columnas ahumadas de un par de forjas en las que pronto se empezarían a trabajar aquellas esponjas de hierro que Tyrkir consiguiera en Nidaros.

Pero había diferencias con lo que Assur había conocido del mundo de los nórdicos: como en Groenland la madera era escasa, los grandes postes que servían de puntales para los salones eran, en su mayoría, maderos traídos hasta la costa por el mismo mar. En torno a ellos se levantaban gruesos muros de más de un anal de ancho que permitían combinar piedra y grandes cantidades de tepe para aislar la vivienda de los fríos invernales. Las techumbres se hacían sobre entramados de listones en los que se disponían estrechas tiras del mismo tepe de las paredes, y se asentaban con zarzo, no era raro ver a los carneros subidos en ellas, pastando los brotes tiernos de la hierba que allí germinaba.

Para completar los casi dos millares de almas que vivían en las *tierras verdes* había otra colonia, más al norte, menos numerosa, y más sufrida. De hecho, sometida a los rigores de un clima extremo, la caza y la pesca no eran tan abundantes, y como ganado solo podían contar con unas cuantas cabras empecinadas en comer líquenes amargos. Pero allí, en Eiriksfjord la vida era más que apacible. Y Assur supo pronto

que aquel era un lugar en el que podía comenzar de nuevo, en el que podía alimentar las esperanzas renacidas que habían surgido desde aquella mañana de apuestas, en la que Leif le permitiera integrarse a la tripulación del Mora.

Habían llegado la tarde anterior y, desde el primer vistazo, aquel se le antojó a Assur como un buen lugar para vivir, un lugar donde se podía pensar en fundar un hogar y envejecer.

Los habían recibido con una mezcla de mansa costumbre y alegría, era evidente que allí todos estaban habituados a que sus hombres salieran a navegar.

—Te veo, hijo, te veo, ¿qué hay de nuevo? —le había gritado Eirik el Rojo a su vástago mientras todavía caminaba hacia el embarcadero abriendo los brazos para recibirlo.

Como en cualquier puerto, la buena nueva se había esparcido como llama en la yesca y Assur se vio pronto inmerso en una vorágine de presentaciones llenas de preguntas curiosas, aunque tuvo la suerte de pasar a un segundo plano en cuanto Leif hubo de presentar al monje Clom a los lugareños y dar cuenta de la noticia de la subida al trono del *konungar* Olav. El arponero percibió enseguida la suspicacia en la mirada torcida que Eirik le dedicó al religioso, pero como señor y *jarl* de aquel lugar, Eirik se mostró al momento más preocupado por los condicionantes políticos asociados al fraile que por su ansia evidente en pisar tierra, emborracharse y, si la resaca se lo permitía, ponerse a la mañana siguiente a bautizarlos a todos.

En cuanto a Assur, fue presentado por Leif como Ulfr; Ulfr Brazofuerte había contestado el navegante cuando su padre había cuestionado el linaje de su nuevo hombre de confianza. Y Assur había mirado sorprendido a Leif por aquella salida, pero su patrón la explicó encogiéndose de hombros con un gesto explícito que dejaba claro que semejante sobrenombre era lo primero que se le había ocurrido para no dar más explicaciones; de hecho, mientras caminaban hacia Brattahlid acompañando a Eirik, que había sacado un peine de asta con el que acomodaba su leonina cabellera, Leif empezó a contar una vez más la historia de aquel lanzamiento a ochenta yardas, evitando que preguntas más indiscretas pudiesen revelar el sombrío pasado de Assur. Y así el hispano fue introducido en la colonia como uno de los hombres más allegados a Leif Eiriksson y, como tal, fue invitado a compartir el hogar de Brattahlid y a disfrutar de la amistad de la familia del Rojo.

Deseando celebrar el regreso de Leif y la buena noticia de la nueva ruta abierta por su hijo hasta la madre patria, Eirik había ofrecido a todos los presentes una gran cena regada con sus mejores barriles de hidromiel. Antes de que el sol se hubiera puesto por completo, la enorme *skali* de Brattahlid bullía con la multitud congregada y la frenética actividad de las mujeres y esclavos, y el fraile Clom los sorprendió a todos bebiendo a la par de curtidos hombres de mar como el Tuerto, o el timonel Bram.

Era un gran salón mayor que el que Assur había conocido en la hacienda de Sigurd. La *skali* de Eirik tenía más de cincuenta pasos de largo y casi veinte de ancho, con muros tan gruesos como un hombre erguido y unos cimientos y suelo cubiertos de grandes lajas de piedra que alejaban la humedad de la tierra. El gigantesco hogar central cubría el largo de un tercio de los bancos que se acomodaban a cada lado, bajo lanzas, espadas y escudos que recordaban viejas batallas. Assur se dio cuenta de que, ante la escasez de madera, los groenlandeses se las ingeniaban para suplirla con cualquier otro material que tuvieran a mano, parte de aquellos escaños en los que los hombres comían y bebían estaban hechos con enormes omóplatos de ballena.

Sobre aquellas llamas, Thojdhild, la esposa de Eirik y *husfreya* de Brattahlid, se encargaba de que se dispusieran los calderos y las piezas de carne. Era una mujerona impetuosa de generosas curvas que cuadraba a la perfección con su corpulento esposo, al que reprendía de continuo con frases que perdían fuerza rápidamente por lo cariñoso de sus expresiones.

Todos parecían complacidos y, a excepción de Tyrkir, que ya se andaba ocupando de arreglar tratos por las mercancías de los pañoles del Mora, tanto los locales como los viajeros habían disfrutado de una larga y agradable velada en la que la travesía de Leif, para orgullo de su padre, se relató una y mil veces pasando de boca en boca.

Assur se había percatado de esa afectación mal disimulada de Eirik, evidentemente movido por las palabras de elogio que se vertían sobre su hijo. De hecho, solo le había visto torcer el gesto con mohínes preocupados cuando, a petición propia y mientras repeinaba por enésima vez sus rebeldes cabellos rojizos con su sobado peine, Leif se sentó a su lado para contarle con más detalle el cambio sufrido en la situación política ahora que Olav Tryggvasson se había declarado *konungar*.

Las morsas eran bichos mal encarados que berreaban con enfado en cuanto la partida de caza se acercaba. Se avisaban unas a otras con extravagantes mugidos que podían oírse desde grandes distancias. Pero a pesar de que los gigantescos machos podían aplastar a un hombre con facilidad, o incluso despedazarlo con los largos colmillos con los que se aupaban en las brechas del hielo, Assur consideró aquel cometido mucho más llevadero que el rececho de las grandes ballenas.

El suave y blando marfil de aquellos colmillos, que podían llegar a rondar el paso de largo en los ejemplares más grandes, era apreciado en todos los mercados, y el fraile Clom había contado cómo los obispos y otros clérigos de buena posición lo adoraban como material para los puños de sus bastones, las conteras de sus libros sagrados, o, especialmente, labrados como crucifijos. Y, aunque Leif dudaba entre distintas opciones, el navegante sabía que aquel marfil sería, como siempre, una excelente moneda de cambio; tanto si partía en busca del cobre de Jòrvik, como si seguía hacia el sur para tratar con los muslimes de Hispania, o si, sencillamente,

regresaba a Nidaros por la ruta que él mismo había inaugurado.

Sabía que, fuera cual fuese su destino, el marfil de aquellos mastodontes sería una mercancía inmejorable para conseguir beneficios; era ligero en comparación con lo que se podía obtener por él, era fácil de almacenar y, además, por largo que fuera el viaje, la humedad de los pañoles y arcones del Mora solo conseguía darle una pátina de suciedad que no llegaba a estropearlo, algo que sí pasaba con las pieles, la carne o la madera y, a mayores, con los pellejos de aquellos monstruos se hacían los mejores cordajes para el velamen.

Todas eran razones más que sobradas para que el navegante quisiera una buena provisión de aquel marfil, pero además, ese verano la caza de morsas en la gran bahía de Dikso, cuatrocientas millas al norte de la colonia del oeste, justo donde los grandes hielos perpetuos empezaban, suponía una excusa perfecta para alejar a su nuevo hombre de confianza de la gran asamblea que se iba a celebrar, así que Leif le había cedido a Assur unas cuantas piezas de plata para cubrir provisiones y gastos, le había asignado unos cuantos hombres, le había dado referencias para conseguir embarcaciones en el otro asentamiento y, por último, le había encargado al hispano la misión de traerle un buen cargamento de marfil de morsa antes de que la temporada de caza llegase a su fin.

Y es que Assur se había incorporado al asentamiento de los groenlandeses auspiciado por Leif, y eso había significado estar bajo la protección del mismísimo Eirik el Rojo, que venía a ser igual que ponerle un estandarte en el cogote y convertirlo en el centro de atención y objeto de los chismorreos de todos los hacendados que se reunirían en consejo para hablar de las disputas del año, resolver litigios pendientes y hacer correr las nuevas de la temporada. Y Leif, conocedor del pasado poco claro de Assur, había pensado que la asamblea sería un lugar demasiado expuesto en el que surgirían preguntas incómodas, por lo que, usando como excusa sus tiempos de arponero y trampero, Leif mandó a Assur al norte, y a todos les pareció razonable.

Así que, a tiempo para evitar las tormentas tempranas de las tierras del norte, pero con suficiente retraso para que los días de asamblea hubieran quedado atrás, Assur viajaba al sur, camino a Brattahlid. Para no apurarse demasiado se habían movido a pie hasta la colonia más occidental y allí habían rentado pequeños *faerings* con los que bojear la abrupta costa hasta la gran bahía en la que se concentraban las morsas y, ahora, después de devolver las embarcaciones en el asentamiento del oeste, que también estaba más al norte que el fiordo de Eirik, Assur regresaba llevando en unos cuantos caballos pagados con la plata de Leif un excepcional cargamento de colmillos con los que esperaba complacer a su patrón, y demostrar su agradecimiento por las preocupaciones que el navegante se tomaba para permitirle ocultar su pasado como esclavo.

En cuanto el grupo empezó a descender hacia el interior del fiordo, los chiquillos que andaban tirándoles piedras a las ovejas hicieron correr la noticia.

Leif los recibió con una de sus radiantes sonrisas y los brazos abiertos, al pie de los mismos muros de la hacienda de su padre.

—Y yo que esperaba que uno de esos bichos te hubiera atravesado las tripas con sus colmillos… —gruñó el navegante con evidente cinismo.

Los dos hombres se fundieron en un cariñoso abrazo mientras los muchachos deshacían los cordajes del cargamento y elucubraban sobre la gran cacería que anunciaban aquellos trofeos. Sus exclamaciones y resoplidos comenzaban a enervar a los toscos caballos, que empezaban a cabecear inquietos.

—¿Has encontrado lo que te dije? —preguntó Leif mirando hacia los grandes paquetes en los que curioseaban los chicos.

—Sí, de más de un paso —contestó Assur señalando la última de las bestias, un bayo de hirsuto pelaje y ojos mansos que cargaba un único petate—, creo que tu padre estará complacido.

Leif asintió contento. Esa sería la cara trucada del dado, con el regalo de aquellos dos magníficos colmillos Assur se ganaría por méritos propios el patronazgo del propio Eirik, de modo que, si por alguna desagradable casualidad se descubrían los secretos del hispano, el propio Rojo se encargaría de protegerlo, satisfecho por el beneplácito de su hijo para con el propio Assur y pagado por la muestra de lealtad que supondría un regalo de tanta valía. Leif estaba seguro de que su padre solo juzgaría a Assur por lo que era y no por lo que fue, a fin de cuentas, él mismo había sido un prófugo.

—Perfecto, perfecto…

Los críos se gritaban unos a otros, algunos se hacían pasar por grandes machos de morsa, sujetando con esfuerzo los enormes colmillos como podían y rugiendo estrambóticos sonidos que hacían relinchar a los caballos, los demás pretendían ser cazadores.

—Pero dejemos eso, tenemos que ponernos al día, he tenido una gran idea… —añadió Leif con una enigmática socarronería—. Una gran idea…

A espaldas del gran salón había varias construcciones, dedicadas a almacenes y despensas, estaban repletas de grandes toneles llenos a rebosar de arenques, salmón ahumado, carne de caribú salada y otras conservas, también había sacos de grano, gruesas lajas de tocino colgadas y barriles más pequeños de legumbres secas, además, allí se guardaban pieles, fardos de lana y pelo de cabra, y otros bienes de la familia de Eirik; Leif señaló uno de ellos al resto de la partida y, mientras los hombres regañaban a los muchachos y llevaban los colmillos adonde el patrón les había dicho, Assur y Leif se adentraron en la *skali* después de que el hispano hubiese cogido los gruesos y grandes marfiles que había elegido para el Rojo, los mejores de todo el

cargamento.

En el interior del gran salón se preparaba la cena y, después de cumplir con los saludos de rigor que le eran debidos a Eirik y entregarle los dos preciosos colmillos de morsa que le había traído como presente, Leif y Assur se retiraron a una esquina a charlar cómodamente compartiendo algo de hidromiel al tiempo que el Rojo se atusaba los cabellos con su peine de asta y miraba complacido el marfil que habían dejado ante su sitial.

—Al hablar de cómo nos habías librado de que Olav nos decapitase a todos, hubo quien preguntó, pero bastaba con contar la historia de tu lanzamiento desde ochenta yardas para que se olvidaran… Puedes estar tranquilo, la mayoría te toma por un sviar que quizá pasó un tiempo en tierras del antiguo imperio de los francos, y el resto piensa que eres un sureño, como Tyrkir. No habrá acusaciones, estoy seguro.

Assur asintió, agradecido de que Leif aclarase primero aquel asunto.

—Pero eso no es lo más importante de la asamblea —añadió el patrón—, ni mucho menos —dijo haciendo un gesto para que una de las muchachas les sirviese algo de beber.

El hispano supuso que las consecuencias políticas de la subida al trono de Olav y su presión para convertir al cristianismo a todos los groenlandeses habrían sido el tema principal de la reunión del *thing*. Era obvio que la decisión estaba en las manos de Eirik, pero también lo eran, como Assur y la tripulación del Mora habían visto, las implicaciones políticas de semejante decisión, la conversión significaba también aceptar la voluntad del *konungar*, dándole legitimidad al nuevo rey y a su posición. Por lo que Assur se sorprendió cuando Leif soltó por fin la noticia que guardaba como un niño inquieto.

—Bjarni ha anunciado que no volverá a salir de expedición, dice que ya está viejo.

Assur no entendió a qué venía aquello.

—Y la verdad es que parece el pellejo podrido de un ciervo muerto el invierno pasado, no le queda un trozo de cuero sin arrugas —añadió Leif riendo—, además, si estira el brazo no se distingue los dedos, ve menos que un canto rodado, como si hubiera metido la cabeza en el culo de un *troll*.

—Pero… ¿qué diablos?… ¿Y qué pasa con Olav?, ¿qué ha decidido tu padre?, ¿y la nueva ruta?

Assur preguntaba apresuradamente, interesado por la situación de la colonia, consciente de que su propio futuro dependía de las decisiones que allí se tomaran. El hispano sabía que, si quería empezar una nueva vida, necesitaba que Groenland disfrutase de un período de paz que solo podría tener si las colonias no se enemistaban con el nuevo *konungar* de las tierras del norte.

—A la única a la que le ha hecho gracia la historia esa del Cristo Blanco es a mi

madre, no deja de atosigar al gordinflón de Clom sobre los milagros del crucificado… —dijo Leif contestando con prisa, como queriendo librarse de aquellas respuestas cuanto antes—. Y mi padre no ha tomado una decisión por el momento sobre ese asunto de la religión, de hecho, creo que no le hace mucha gracia que su propia esposa se interese por esa patraña; además, con la nueva ruta abierta hasta Nidaros, lo que le interesa al viejo es convencer a más paisanos para que la hagan de vuelta y estas colonias crezcan.

—Está bien —concedió Assur—, ¿y qué tiene que ver Bjarni con todo eso?

Leif sintió la tentación de corregir la pronunciación del hispano, que seguía siendo muy extraña, pero estaba demasiado impaciente.

—Pues que, hasta ahora, en razón del honor, suyo sería el derecho, pero, si no piensa volver a navegar, entonces, podríamos hacerlo nosotros, ¡nosotros!, ¡podríamos ir!

Assur seguía sin entender de qué hablaba el navegante.

—¿Qué derecho? ¿Adónde?

—Sobre las tierras que ese roñoso tacaño de Bjarni vio cuando se perdió, esos grandes bosques del oeste —contestó Leif con una enorme sonrisa en el rostro—, podríamos reclamarlos.

Assur se sentía a gusto en el asentamiento groenlandés, como hombre de confianza de Leif, disfrutaba de los privilegios que suponía su cercanía a la familia de Eirik el Rojo, y le agradaban las gentes y el ambiente de aquella colonia resguardada en el fértil fiordo. Sin embargo, desde su regreso de la bahía de Dikso ciertos asuntos se habían complicado, precipitándose como un guijarro cayendo cuesta abajo, y Assur se sentía llevado por el desconcierto, dividido entre el anhelo y el deber. Especialmente después de la decisión que Eirik el Rojo había tomado al poco de su vuelta del *thing* y de haber puesto en conocimiento de los groenlandeses las noticias traídas por su hijo.

El descubridor de las *tierras verdes* había optado por aprovecharse de la nueva ruta abierta por su heredero hasta la madre patria. Como había supuesto Leif y, esperando atraer el mayor número posible de nuevos colonos a los asentamientos de las *tierras verdes*, Eirik el Rojo había decidido acoger en Groenland la vieja norma que había regido la *isla de hielo* durante los primeros pasos de su propia colonización: cualquier recién llegado podía reclamar su propio pedazo de tierra. Siempre y cuando no perteneciera ya a alguien, el nuevo colono podía tomar posesión de aquel territorio que fuese capaz de cubrir caminando desde el amanecer al anochecer, marcar los lindes y establecer su hacienda como hombre libre. El Rojo, habiendo madurado la idea entre pasada y pasada de su sobado peine, había hecho correr la voz entre todos los marinos que se disponían a viajar ese verano siguiendo los pasos de Leif; todas las nuevas demarcaciones de los que llegasen serían

validadas en el *thing* del verano siguiente, dándoles tiempo a regresar tal y como lo había hecho su propio hijo. De ese modo, Eirik esperaba atraer a un gran número de colonos que harían crecer la población de Groenland y, por tanto, su riqueza y posibilidades de comercio, lo que convertiría a las *tierras verdes*, hasta el momento poco más que el feudo privado del propio Rojo, en una región tan relevante como Halogaland o Agdir. Además, para ello y al menos de cara al nuevo rey, declararía que todos los cristianos serían bien recibidos, pues, tal y como el *konungar* había propuesto, el culto al crucificado sería adoptado por quien lo desease. De hecho, gracias a las labores que desempeñaba el fraile Clom, cuando no estaba tan borracho como para ser incapaz de articular media docena de palabras seguidas, las conversiones se empezaban a producir en la misma Groenland, y aunque era un secreto a voces que en la mayoría de los casos no eran más que una simple declaración pública que poco tenía que ver con la fe, a ojos de Eirik deberían ser suficientes como para que los rumores que llegasen hasta Olav Tryggvasson le resultaran satisfactorios. Por ende, y a instancias de su esposa, Thojdhild, que parecía ser de los pocos sinceramente convencidos de las bondades del culto al Cristo Blanco, Eirik había ordenado construir una pequeña iglesia de tepe en honor al crucificado, y darle así al borrachín escoto un lugar sagrado en el que celebrar sus estrambóticos rituales y a los conversos un aparente refugio para su nueva fe.

Con tales decretos la vida de Assur se veía asaltada por las dudas. Por primera vez desde que había sido capturado, el hispano podía soñar con recuperar su antigua existencia, podía imaginar las sensaciones que supondría ser dueño de un pedazo de tierra, construir un hogar, tener una finca que roturar, una granja en la que criar ganado, un futuro en el que las estaciones pasasen esperando la cosecha y en el que cada anochecer lo arropase ante un hogar encendido. Sin embargo, no se atrevía a plantearlo, tenía con Leif deudas impagables y, precisamente en esos mismos días en que las noches de Assur se llenaban de sueños, el navegante aspiraba a acometer una nueva hazaña para con la que, irremediablemente, el arponero se sentía obligado.

—Esa nueva ley que tu padre ha instaurado, eso del *landman*, ¿es así?, ¿el terreno que pueda cubrir en un día?

Junto con otros hombres del Mora, Leif y Assur observaban a algunos navíos prepararse para partir antes de la llegada del otoño. Era el momento en el que se enviaban mensajes a los parientes que se habían instalado en Iceland, en las tierras anglas dominadas por los de Danemark, o en los archipiélagos de Orkney y Hjaltland. Y era habitual que los marinos desocupados curioseasen en los pantalanes, además, precisamente, Leif estaba allí recordando con su presencia a todos los que partían el edicto de su padre y el ofrecimiento de tierras disponibles que suponía.

—A pie, debe ser a pie —aclaró el navegante—, pero sí, es así —concluyó mirando con suspicacia al hispano.

Assur se arrepintió al momento de haber hablado y cambió el tema de inmediato.

—¿Y cuándo piensas partir exactamente hacia el oeste?

Leif miró a los ojos durante un rato al que ya consideraba su amigo antes de contestar.

—Pues lo sabrás esta noche —dijo Leif volviendo a sonreír abiertamente—, iremos a ver a Bjarni y, en cuanto le saquemos a ese cobarde avaricioso los detalles de la ruta que siguió, lo decidiremos.

Assur se sentía agradecido por la confianza que el patrón había depositado en él al anunciarle sus planes, le constaba que solo había compartido sus propósitos con Tyrkir y con él; pero verse incluido como partícipe de la decisión lo abrumó y apesadumbró. Gutier le había enseñado que el honor exigía pagar las deudas de un hombre y, si Leif contaba con él hasta ese punto, Assur sabía que, por mucho que lo desease, no debería anteponer sus anhelos de sosiego y vida asentada a su servicio al patrón, que le había brindado una vida más allá de la mísera existencia que había llevado en Nidaros.

No era una hacienda grande, pero era lo que Bjarni había heredado de su padre, y se consideraba más que afortunado por no haber tenido que hacer menguar sus propios ahorros para conseguirse un techo. Además, como el viejo verde de Herjolf había sido uno de los primeros en seguir a Eirik hasta Groenland, había podido elegir un terreno de situación inmejorable que ahora permitía a su hijo disfrutar de los frutos que, en cada cosecha, cedían aquellas fértiles tierras oscuras.

El veterano Tyrkir, que en los últimos tiempos ya se quejaba de dolores en las articulaciones; Assur, al que todos seguían llamando Ulfr; y Leif, que llevaba en el rostro la expresión soñadora de un adolescente enamorado, apenas tardaron en llegar hasta el muro que rodeaba la propiedad de Bjarni. En el trayecto el único que habló fue Tyrkir, que pronosticó un cambio de tiempo.

Uno de los *thralls* de Bjarni los recibió con la deferencia debida al hijo de Eirik el Rojo, y Assur, consciente de la condición del hombre, no pudo evitar un desagradable escalofrío al rememorar las interminables horas que había compartido con Sebastián obteniendo sal.

La *skali* de Bjarni estaba repleta de trastos de toda condición y había tantos arcones como para que los visitantes se preguntaran si aquel vejancón cegato podría recordar lo que guardaba en cada uno de ellos.

Una muchacha alta de largos y finos cabellos rubios les ofreció hidromiel y cerveza que, como pronto descubrieron los hombres del Mora con disgusto, estaban aguadas.

—Gracias por recibirme, Bjarni, hijo de Herjolf —dijo finalmente Leif con toda la cortesía que pudo después de perderse por un momento en las bonitas líneas que dibujaban las largas piernas de la muchacha en la tela del delantal.

Bjarni desechó las fórmulas de protocolo con un gesto vacío de la mano que daba a entender, para quien desease sentirse aludido, que no tenía otra opción tratándose de quien se trataba su visitante.

—He de decir que, tanto mi padre como yo —continuó Leif sin darle importancia al ademán de Bjarni—, lamentamos haberte oído anunciar en el *thing* que habías decidido quedarte en tierra. Tus dotes como navegante son legendarias y el comercio de estas tierras echará de menos tus mercancías —continuó Leif con los halagos de rigor.

Tyrkir, que ya había vaciado su cuerno de hidromiel, hizo una seña a la muchacha para que le sirviera más, esperando que el calor del alcohol desentumeciese sus coyunturas resentidas con la humedad que cargaba el ambiente. El viejo contramaestre sabía que las estrellas brillarían antes de que aquella reunión terminase y prefería aguardar sabiendo que los dolores de sus manos no le molestarían.

—Odín reserva la gloria para los jóvenes vigorosos y yo, como una vaca vieja, ya solo deseo pasar el día tumbado en el heno —contestó Bjarni con voz rasposa—. Pero acepto vuestros cumplidos con agradecimiento, y espero que sean muchos los inviernos que os aguarden.

Mientras las fórmulas de cortesía se prolongaban la joven se acercó con una jarra y Assur se dio cuenta de cómo los curiosos ojos de la muchacha lo miraban con intensidad. El hispano se sabía una exótica novedad en la colonia y, aceptando amablemente su papel, sonrió con afabilidad hacia aquella mirada del color de la miel de cerezo.

Cuando ya habían hablado de cuantas nimiedades habían podido sacar a colación, y Tyrkir ya había vaciado su buena media docena de cuernos de hidromiel, Leif intentó llevar la conversación hacia el tema que, en realidad, lo había traído hasta allí.

—Hace años —dijo Leif con voz clara—, cuando llegaste aquí por primera vez siguiendo los pasos de tu padre, contaste frente al fuego la historia de tu viaje…

La pausa del patrón le dio tiempo a Bjarni a entornar los ojos, sin embargo, Leif no supo si era suspicacia o si al viejo le fallaba la vista.

—Todavía recuerdo, a pesar de los inviernos que han transcurrido, la narración de aquel viaje… Y estoy seguro de que a tu pericia se sumó la misma fortuna de Baldr para guiarte hasta aquí y poder vender la carga de tu *knörr* obteniendo buenos beneficios —añadió Leif tras darse cuenta de que no debía ser demasiado explícito si no deseaba que el viejo avaro se adelantase a sus intenciones—. Fue sin duda tu sombra, así como la de mi propio padre, las que hicieron mella en mí y me obligaron a convertirme en navegante con la esperanza de igualar hazañas como las vuestras.

Bjarni entornó los ojos de forma enigmática una vez más y, de nuevo, Leif no supo si el vejestorio se olía o no sus intenciones.

A instancias de Tyrkir la joven volvió a acercarse para servir más hidromiel y, en

esta ocasión, a pesar de que su cuerno no estaba más que mediado, Assur también lo alzó para que la muchacha lo rellenase. Por alguna razón que no vislumbraba, le apetecía volver a verse observado por aquellos ojos trigueños enmarcados por altos pómulos.

—Puede ser… Puede ser —dijo Bjarni pensativamente—. Pero ahora debo esperar cada noche sentado e inútil, demasiado viejo para pensar en otra cosa que dormir malamente, comer purés que no molesten a mis machacadas encías y tirarme pedos.

Leif sabía que el viejuco exageraba. Bjarni disfrutaba todavía de suficiente salud como para buscar el calor de sus mujeres en las noches frías, y durante el *thing* había presumido de ello con bravuconería, pero Leif suponía que aquellos lamentos tendrían alguna segunda intención. De modo que, como si ambos estuviesen ante las piezas dispuestas en el tablero, Leif esperó el siguiente movimiento de Bjarni antes de hacer su jugada.

Assur, dándose cuenta de que la conversación empezaba a ponerse interesante, dejó de mirar en derredor buscando a la muchacha de los ojos de miel y se centró en el cruce de palabras entre los dos hombres de mar.

—Y ni siquiera puedo tener la seguridad de que las rentas obtenidas a lo largo de tantas temporadas de ir y venir de acá para allá me sustenten —continuó Bjarni con aire apesadumbrado—, apenas tengo suficiente para comportarme como es debido con mis obligaciones; mi hermano Egil, que vive en la otra colonia, me ha enviado a su hija para que me haga cargo de ella unos inviernos, y con una boca más mis despensas se resienten…

Leif supuso que Bjarni se refería a la muchacha rubia que parecía dispuesta a servirle suficiente hidromiel a Tyrkir como para emborracharlo. Y también se dio cuenta de que, aunque era difícil que Bjarni hubiera adivinado sus intenciones, era innegable que se había percatado de que Leif pretendía algo de él, por lo que, fuera cual fuera el asunto, empezaba a allanar el terreno para pedir algo a cambio.

—Estoy convencido de que quien ha sido capaz de cerrar tratos tan memorables encontrará el modo de proveer su hacienda para los años venideros —dijo Leif con una sonrisa.

Tyrkir, que empezaba a agradecer el aturdimiento del alcohol, rechazó una nueva ración, deseoso de permanecer con la cabeza lo suficientemente despejada como para poder servir de ayuda a su patrón si le era necesario.

—Nunca se sabe —replicó Bjarni negando con su cabeza cubierta de lacios cabellos canosos—, Loki podría tentarme con algún engaño y hacerme perder lo poco que me queda —graznó lastimeramente.

Leif entendió que el viejo parecía dispuesto a perder el tiempo toda la noche, aferrado como una garrapata a su tacañería; como era de esperar, no insinuaría un

precio si no sabía cuál era la mercadería. Así que Leif decidió sincerarse esperando no hablar demasiado.

—Estoy seguro de que en tu memoria podrás encontrar los recuerdos de aquellos días en los que la bruma te hizo perder la orientación, y las corrientes y los vientos te arrastraron hasta lugares ignotos…

Bjarni contestó con presteza.

—He navegado los mares desde las islas de los anglos y los pictos hasta el reino de Dumb, he pasado más veranos de los que se pueden contar con las manos cortando las melenas de las hijas de Njörd, y las grandes nieblas me han robado la orientación en más de una ocasión…

Leif, cansado ya de tanta vuelta, decidió ir directo al grano.

—De acuerdo. Quiero navegar hasta los bosques que encontraste cuando venías a las *tierras verdes* por primera vez, deseo cruzar el mar hasta esas costas ignotas —dijo al fin con franqueza—. Y espero de ti que me des todos los detalles que recuerdes y que me facilites todas las descripciones que puedas. Si puedes darme pormenores precisos que me sean útiles, serás recompensado con generosidad. Pon el precio.

Tyrkir se atragantó con el sorbo de hidromiel que pretendía beber y no pudo hacer otra cosa que negar una y otra vez moviendo la cabeza pesarosamente al tiempo que carraspeaba procurando reconducir el fuerte licor. Assur, que aun siendo forastero sabía lo suficiente del protocolo en el que solían perderse los normandos en las largas noches de invierno, no pudo evitar que sus labios se arrugasen con un titubeante resoplido.

A un lado sonaron las risillas que se le escaparon a la muchacha de los rizos dorados y a la avejentada hija mayor de Bjarni.

—He oído que uno de esos dos sureños tuyos ha vuelto de Dikso con un buen cargamento de marfil de morsa… —comentó el viejo, y el patrón del Mora asintió con una sonrisa, feliz de que por fin la conversación cobrase interés—. Y no creo que haya mejor navío que el Gnod si es que pretendes cubrir la misma ruta que yo mismo cubrí hace tantos inviernos.

Leif se rio complacido, el vejestorio no podía hacer las cosas si no era a su modo; y, si bien era cierto que era tan descarado como para esperar abiertamente una recompensa, no parecía serlo tanto como para pedirla sin tapujos, y prefería disimular en virtud de costumbres más viejas que él mismo. Según parecía, a cambio de darle los detalles de su travesía, Bjarni esperaba que el hijo de Eirik pagase un desorbitado precio por su carcomido barco. Y aunque Leif sabía que el traqueteado navío no valdría ni con suerte medio marco de oro, el patrón del Mora estaba dispuesto a seguir el juego encubierto del viejo navegante.

Tyrkir se retrepó en su asiento y se inclinó levemente para disimular al tiempo

que intentaba hablarle en voz baja a Leif, pero su patrón no quiso hacerle caso.

Al hijo del Rojo no le importaba si el precio era o no adecuado, lo único en que podía pensar era en lo que supondría reclamar aquellos territorios desconocidos y en traerse un enorme cargamento de madera de aquellos supuestos bosques fastuosos de los que Bjarni había hablado. Y si el viejo avaro esperaba salir ganando vendiéndole su roñoso barco, Leif estaba dispuesto a comprar el navío y cuanto le pidiese.

—Ve a por unos cuantos colmillos —le pidió a Assur—, y asegúrate de marcar unos pocos que queden en el almacén como un tributo generoso para mi padre, del resto escoge los mejores y tráelos contigo, dejemos que Bjarni vea la calidad de la moneda con la que espera ser pagado, ¡y vuelve cuanto antes! —le instó impaciente.

Al tiempo que Tyrkir seguía negando con la cabeza, incapaz de contenerse y guardar las maneras que le suponían no abjurar de la opinión de su patrón, Assur se levantó para hacer lo que le pedían.

Leif ni siquiera llegó a plantearse el reconvenir a su contramaestre, esperaba el relato de Bjarni como un chiquillo aguardando escuchar de nuevo el cuento del dragón Fafnir.

Antes de que Assur pudiese llegar al umbral, Bjarni carraspeó y comenzó a narrar con tanto detalle como fue capaz su peripecia de tantos años atrás, cuando, siguiendo a su padre Herjolf, había navegado desde Iceland a Groenland y había terminado por perderse en la niebla que cubría las oscuras aguas del norte para acabar recalando frente a costas desconocidas.

Al salir de la hacienda de Bjarni, Assur se cruzó con la joven que les había estado sirviendo, que parecía volver de atender los establos, y aunque no se dijeron nada, el hispano percibió un agradable aroma a espliego y un suave olor a lavanda que le contó cómo Bjarni comerciaba con especias y telas, y que lo transportó hasta una tarde en el Ulla, una bonita tarde de cielo despejado en los principios de una primavera que ya había sido olvidada; era el recuerdo de un niño que jugaba con un pequeño carro de madera en la orilla del río mientras su madre lavaba en las aguas frías la ropa de la familia usando un jabón aromatizado cuya esencia perseguiría a Assur hasta su edad adulta.

El Gnod se conservaba bastante mejor de lo que Leif habría esperado. El navegante había cerrado el trato pensando únicamente en los detalles que Bjarni le proporcionaría sobre esos días de navegación, pero fue un consuelo para el patrón descubrir que, después de haber convenido pagar el abusivo precio que el tacaño Bjarni había exigido, la nave podía usarse para algo más que para acumular basura o pudrirse al pairo, así no todo estaría perdido. De hecho, Leif empezaba a pensar que, para transportar los maderos que esperaba traerse desde aquellas tierras del oeste, el baqueteado barco de Bjarni podría ser mejor opción que su adorado Mora. El Gnod era más grande, tenía enormes bodegas llenas de viejos olores, una multitud de

apaños remachados y una orgullosa roda bellamente labrada, además disponía de un original y poco común juego de guindastes para remolcar cómodamente un pequeño *skuta* auxiliar que podía resultar muy conveniente; y lo más importante, a simple vista se podía apostar que, si no se le soltaban los clavos, desplazaría muchas más toneladas de carga.

—Usaremos el Gnod —anunció finalmente el patrón a un preocupado Bram—, no saldremos hasta el próximo verano, así tendremos tiempo para devolverle su orgullo a esta nave —añadió pasando una mano cariñosa por la mellada arrufadura—. Nos ocuparemos de adecentarlo. Necesita que se repasen todas las tracas, y hay que conseguirle un nuevo juego de velas, ligeras, de lino mejor que de lana. Y en cuanto lo hayamos puesto a punto, tendremos que hacerlo navegar, habrá que surcar unas cuantas millas, conocer cómo muerde agua la quilla. Saldremos del fiordo y lo tentaremos en mar abierto, debemos saber si necesita de mucho achique, amigarse con sus cordajes y, lo más importante, descubrir sus vicios. Es un navío viejo, y no podemos pelearnos con él, habrá que aprender a hacer las cosas a su modo —terminó por aseverar Leif paseando sus ojos por cubierta con gesto sonriente.

Bram y el Tuerto escuchaban a su patrón y, aunque tenían dudas, no quisieron cuestionar a Leif. Tyrkir había amenazado a toda la tripulación con castrarlos y obligarlos a comerse sus propios testículos si se atrevían a alzar una sola queja. Hasta ahora los hombres de Leif siempre habían disfrutado del éxito de las empresas a las que el patrón se había lanzado, incluso cuando todos en la colonia lo habían tachado de loco, y el contramaestre no estaba dispuesto a permitir que la tripulación lo olvidase, por muchas supersticiones y míticas quimeras que los borrachines se empeñasen en recordar. Y aunque ahora el reto fuesen tierras desconocidas que se escondían más allá de poniente, y no una nueva ruta por aguas más o menos conocidas, Tyrkir estaba empeñado en evitar que la disciplina de la tripulación se quebrantase. Solo tenían la palabra de un vejestorio arrugado y medio ciego, pero si eso era suficiente para el patrón, también debía serlo para su tripulación.

—Tiene más calado que el Mora, si aún navega bien iremos con él al oeste y mandaremos al Mora a Jòrvik para mercadear con cobre —anunció Leif—. Es mejor no echar todos los huevos en una sola cesta, y si mandamos a unos cuantos hombres a un puerto seguro, podremos tener la certeza de que la temporada no será en balde, incluso si la historia de Bjarni no es más que un cuento para niños de teta.

Leif había advertido a Bjarni de que le reclamaría el marfil pagado si navegando dos semanas al oeste no encontraba rastro de las costas de las que hablaba el viejo navegante, y la seguridad con la que Bjarni había aceptado sus palabras le había dado la confianza que esperaba. Sin embargo, el Tuerto, como algunos otros, no compartía tal certeza, y todos ellos esperaban que Leif los designase como parte de los destacados a Jòrvik. Como había sucedido el año anterior, cuando el hijo del Rojo

había anunciado que pensaba llegar hasta el *paso del norte* de una tirada, la mención de la posible gloria no era un acicate del todo eficaz. Bram, por su parte, hubiera seguido a Leif hasta las mismísimas simas del *Hel*, y hubiera entrado en ellas aferrando el timón sin vacilaciones y luciendo una sonrisa en su rostro si es que era su patrón quien marcaba el rumbo.

Assur, que aun siendo el nuevo había sido capaz de ganarse el respeto de los tripulantes del Mora, había oído algunas de aquellas dudas, pero no había llegado a comentárselo a su patrón, no le había parecido apropiado delatar a sus compañeros, aunque él mismo creyese, como Bram, que Leif no podía equivocarse. Además, las tribulaciones de Assur eran otras, y esa mañana, mientras Leif inspeccionaba el Gnod para cerrar el trato, el hispano estaba ocupado llevando el total del pago en marfil a la hacienda de Bjarni.

En el trayecto, y siendo consciente de que Leif lo había honrado con una nueva responsabilidad, Assur se debatía pensando en si debía o no atreverse a pedirle al hijo del Rojo permiso para asentarse en su propia hacienda, pero al hispano no se le ocurría cómo compensar al patrón a cambio de dejar la tripulación a la que había jurado lealtad. Desde el edicto del *jarl* Eirik, Assur no era capaz de sacarse la idea de la cabeza: todo el terreno que un hombre pudiese cubrir en un día de caminata. Eso serían unas tierras de mucha más extensión que aquellas que con tanto esfuerzo había labrado su padre tanto tiempo atrás. Considerarse dueño de algo así era más de lo que hubiera podido soñar jamás, y eso no era lo mejor, mucho más importante sería poder dejar atrás el dolor y las muertes, las luchas, los gritos en la batalla, el recuerdo de la esclavitud, el hambre de los inviernos trampeando y la incertidumbre de las expediciones balleneras.

Esta vez, más preocupado por las rentas que por la diplomacia, el mismo Bjarni los recibió en la cancela del muro de su hacienda, apoyado en un bastón de roble y forzando impacientemente sus ojos para ver la llegada del tan ansiado cargamento de colmillos de morsa.

—Daos prisa, que este frío de la mañana me corta las carnes —urgió Bjarni a los hombres de Leif, gritándoles a voz en cuello a la vez que se alzaba precariamente en la punta de sus pies haciendo esfuerzos por mantener el equilibrio con su arrimo.

Assur llegaba acompañado de otro de los hombres del Mora, un callado mozo de Gotland de hombros caídos con el que el hispano se sentía a gusto por los largos silencios, y que respondía al nombre de Ásmund. Llevaban los petates a lomos de dos de los caballos del propio Eirik y, ante la impaciencia del marino retirado, Assur les chistó a los animales para que aceleraran el paso, aunque solo era una simple pretensión; sus órdenes eran alargar la entrega todo lo posible, debían esperar allí hasta que Leif enviase recado de que estaba satisfecho con la inspección del barco de Bjarni. Algo que le había enseñado a Assur una valiosa lección sobre su patrón. Leif

podía aparentar tomar decisiones por las bravas y dejarse llevar por meras ansias de fama, sin embargo, aunque no se molestase en hacérselo ver a otros, resultaba patente que sus resoluciones tenían mucho más fondo y raciocinio de lo que podía parecer.

—Espero que todos sean igual de buenos que los que me enseñaste anoche —dijo Bjarni bajando el tono de voz ahora que los hombres de Leif estaban más cerca.

Assur imaginaba que, a no ser que no fuesen otra cosa que ramas secas, el viejo cegato no se atrevería a protestar por la calidad del marfil, a fin de cuentas, había recibido un pago más que generoso por algo tan poco meritorio como perderse; y si Leif echaba pie a tierra en aquellos nuevos territorios del oeste, un pedazo de la gloria que conseguiría el hijo de Eirik el Rojo sería también para él.

—¿Dónde quieres que los guardemos? —preguntó Assur.

—Por aquí, por aquí —dijo Bjarni renqueando al tiempo que los animaba a seguir sus pasos moviendo espasmódicamente su brazo pellejudo.

Assur echó un vistazo en derredor, y como no había señales de ningún hombre del Mora para dar el beneplácito del patrón, decidió perder el tiempo.

—¿Y dónde guardas tu hospitalidad, Bjarni?, ¿no vas a ofrecernos un trago con el que refrescarnos antes de descargar esta fortuna para ti? —cuestionó diciendo lo primero que se le ocurrió.

—¡Claro!, en cuanto terminemos con el trabajo, habrá tiempo de compartir una jarra o dos de cerveza —dijo Bjarni sin detenerse.

Assur no pudo evitar sonreír por la evidente inquietud del viejuco.

Como en Brattahlid, aunque mucho más humildes, había varias dependencias alrededor de la *skali*, y el viejo marino cegato avanzaba sin dejar de mover su brazo de delante atrás. Sus pies solo batían la tierra lo justo para no caerse y su bastón volaba por encima de los hierbajos llegando antes que él en cada escuálida zancada.

Assur iba a decirle a Ásmund que no se apurase cuando algo llamó su atención.

La muchacha que parecía haberse empeñado en que Tyrkir tuviese fácil emborracharse la noche anterior salía de uno de los almacenes de Bjarni. La joven caminaba llevando un gran capazo de corteza de abedul, lleno a rebosar de lana recién lavada y cardada, lista para hilar. Inclinada para contrapesar la carga, la moza sujetaba el cesto contra su cadera con el brazo estirado y las curvas de su cintura se hacían evidentes, andaba midiendo con cuidado sus pasos, para no perder el equilibrio, y sus largas piernas jugaban a enseñar los tobillos bajo el ruedo de la falda. El sol revolvía los reflejos trigueños que aparentaban esconderse en los mechones ondulados que, en largos rizos rubios, rodeaban lujuriosamente el rostro con una luz propia. Cuando vio a los hombres del Mora, la joven sonrió tímidamente y rehuyó las miradas girando la cara con un gesto retraído. A Assur le pareció una visión maravillosa; era casi de su misma altura, generosa en sus formas, pero de proporciones armoniosas. Ella siguió andando hacia la *skali* sin prestar más atención

a los marinos; a los pocos pasos, cambió el capazo de lado, obligando a sus caderas a zarandearse y, sin pretenderlo, a dar a luz codiciosas esperanzas. Assur se dio cuenta de que Ásmund la miraba con evidente descaro y sintió que le molestaba.

—¡Vamos! Moveos, vais a echar raíces —los instó Bjarni malhumorado.

Mientras descargaban los colmillos, tan lentamente como para dar tiempo a que llegase el recadero de Leif, Assur se preguntó cuál sería el nombre de la muchacha.

Para desesperación de Bjarni, no terminaron con el marfil hasta que recibieron el beneplácito del patrón de boca del Tuerto, que llegó preguntando por las viejas velas del Gnod, tal y como había sido acordado. Cuando acabaron, las nubes de lluvia que Tyrkir había anunciado con su dolor de huesos llegaban desde mar abierto dispuestas a vaciarse en las laderas del fiordo.

Aquella noche Assur pensó en algo más que en cómo plantearle a Leif sus deseos de convertirse en un simple granjero. Cuando despertó, todavía se preguntaba el nombre de aquella joven de exuberante melena rubia.

El otoño se acercaba y aquellos mansos aguaceros de gruesas gotas se habían vuelto habituales. Los días se iban empequeñeciendo poco a poco, pero seguían siendo tan largos como para que la cosecha pudiera recogerse sin prisa cuando la lluvia daba un descanso.

Como los dominios de Sigurd Barba de Hierro, el asentamiento groenlandés estaba al sur de Nidaros, y las noches nunca llegaban a ser tan largas como para que los días fueran poco más que un ocaso penumbroso en el que, bajo la luz del sol de mediodía, un hombre solo tuviera tiempo para recorrer unas pocas millas.

Y, pese a la amenaza de las largas noches en que los escaldos tenían tiempo para narrar sagas completas, Assur había sido paciente al elegir el lugar en el que pensaba comenzar una nueva vida. Era una decisión demasiado importante como para dejarse llevar por las prisas.

Coronada por un cabo de oscura rocalla, a algo menos de medio día de marcha desde la colonia, había una península de suaves pendientes cubiertas de hierba verde, rodeada de los recovecos replegados de la cabecera del Eiriksfjord. Era una franja irregular de tierra fértil, lamida por las aguas del laberinto formado por los canales de agua de la bahía, que entreveraban aquellas costas a la sombra de los hielos eternos del interior de Groenland. Era obvio que no había llamado la atención de los colonos porque, hasta ese momento, en los alrededores de Brattahlid, siguiendo la misma ribera de la propia hacienda de Eirik el Rojo, había lugares más que apropiados para instalarse. Pero Assur buscaba algo especial, y aquel rincón, separado del asentamiento por una loma redondeada, lo era. Estaba al resguardo de los vientos predominantes y, aun aislado, lo suficientemente cerca del resto de groenlandeses como para verse inmerso en la vida de la colonia siempre que lo desease.

En un repecho tocado de arbustos había una pequeña meseta que se extendía

irregularmente por más de doscientos pasos de ancho y unos trescientos de largo, y a un costado había un arroyuelo con una represa natural que bajaba lleno y turbio, asegurando una fuente cómoda y cercana. Era el lugar perfecto para plantar los postes de su casa. Tendría espacio para añadir un corral, un establo, un almacén, y si las cosas iban bien, su propia forja, y si encontraba piedra que aguantase bien el calor, incluso podría hacerse un horno como el que madre había usado para el pan. Y un huerto. Assur había pensado en todo.

Si trabajaba duro, aunque tuviese que hacerlo solo, el verano siguiente tendría tiempo para cavar los cimientos y sellarlos a la espera de que las mareas o el propio Leif trajesen maderos apropiados; en un año podría alzar la estructura y cubrir al menos un tercio. Si no se concedía descanso, aun teniendo que viajar al norte para poder cumplir con Leif, antes de tres inviernos podría tener un techo propio bajo el que dormir.

Ahora, habiendo meditado pacientemente sobre cada aspecto de todo aquel asunto, solo necesitaba plantearle a Leif su idea. Una vez sincerado, ya solo podía esperar que el patrón le permitiese materializar sus propósitos sin ponerle impedimentos.

Assur miró una vez más las aguas que batían en aquellas rocas que serían el linde de su hacienda si las cosas salían bien, suspiró y se puso en marcha. El sol ya despuntaba, y necesitaría lo que quedaba de jornada para llegar a tiempo. En esa velada, como colofón al anuncio formal hecho en la asamblea, Eirik ofrecería una gran comilona, un festejo en el que se celebrarían los logros de su hijo, y en el que Leif pretendía anunciar sus planes para el año siguiente. Además, con un gesto que a Assur se le antojaba noble y propio, Leif pensaba pedirle a su padre que le acompañase a bordo del Gnod para descubrir aquellas nuevas tierras que aguardaban en poniente. Assur llevaba el tiempo suficiente en Brattahlid como para saber que Eirik añoraba la gloria de sus años pasados, y el hispano sabía que Leif deseaba fervientemente brindarle a su padre una oportunidad más de aparecer en los versos de las sagas.

Assur seguía sin acostumbrarse a los excesos de alcohol y comida con los que los normandos solían disiparse tan a menudo. Y ahora que había dejado atrás sus tiempos más oscuros, en los que el *jolaol* despachado en las tabernas de Nidaros se convirtió en su único consuelo, el hispano tendía a evitar las bebidas fuertes, consciente de que cuando se embriagaba tan solo conseguía agriar su carácter y terminar enredado en reyertas y peleas. Sin embargo, para los normandos, pantagruélicos menús e ingentes cantidades de hidromiel y cerveza parecían estar siempre dispuestos con cualquier excusa; lo que no dejaba de asombrar a Assur, aun comprendiendo que las largas noches invernales necesitaban de entretenimientos.

Toda la colonia del Eiriksfjord estaba en Brattahlid, desde los más influyentes

terratenientes hasta los más modestos artesanos. Todos compartían las jarras de las bodegas de Eirik y daban buena cuenta de los corderos que se asaban en el hogar de la *skali*, bajo la atenta mirada anfitriona de Thojdhild.

Aunque todavía quedaban piezas enteras sin trinchar al calor de las llamas, Clom ya arrastraba su pobre nórdico mientras contaba, a los que querían escucharlo, cómo sus hermanos en Cristo se dejaban ir a la deriva por las aguas del océano en pequeñas embarcaciones, dispuestos a asentarse como ermitaños y mensajeros del Señor allá donde la providencia tuviera a bien vararlos. El pobre infeliz ni siquiera se daba cuenta de que, lo que para él era un elogiable acto de fe, para los pocos que lo escuchaban era una locura motivo de chanza.

Al otro lado del gran hogar, el Tuerto presumía de sus capacidades amatorias gritando a voz en cuello las virtudes de lo que le colgaba entre las piernas. Tyrkir, más mesurado, se masajeaba las manos con aire taciturno, echándole, de vez en cuando, comedidos bocados a un costillar dorado y crujiente que había sido aromatizado con miel, romero y especias traídas desde Miklagard como la llamativa copa de cristal tallado en la que Eirik bebía una ración tras otra de licor. Hasta había vino importado de Frisia, y extraños frutos con cáscara cuya carne tenía el color de la hierba, llegados desde la misma Bagdad como parte del pago de la última partida de esclavos que había vendido uno de los hijos de Eirik, más aficionado a las expediciones de saqueo que a las exploraciones de rutas desconocidas.

El propio Rojo vestía con galas de seda compradas en Oriente y las llevaba abrochadas con botones de hilo de la mejor plata de los escotos; su capa, digna de un *konungar*, se sujetaba con una enorme fíbula anular rematada con bolas labradas en forma de cardo. Y todos podían ver que Eirik el Rojo parecía dispuesto a echar el resto aquella velada. Tanta ostentación y semejante homenaje a la gula servían para demostrar su posición como líder de la peculiar comunidad, asentando sus últimas decisiones tras el *thing* y, de paso, enseñando a todos cómo un padre orgulloso presumía de los logros de su vástago.

Assur fue tan cortés como su natural tendencia a la soledad le permitió, y repartió escuetos saludos a todos los presentes a los que reconoció. En medio de aquella turbamulta donde se formulaban preguntas vanas y se oían promesas de borracho, el hispano también tuvo tiempo de fijarse en la joven de los dulces ojos a la que suponía sobrina de Bjarni. La muchacha acompañaba al viejo con expresión seria, sirviéndole a medias de lazarillo y a medias de andas; lo ayudaba a mantener el cuerno lleno y la boca ocupada.

En un momento en el que la joven fue reclamada por la *husfreya*, Assur vio cómo el vejestorio caminaba hacia Starkard, probablemente el hombre más poderoso y rico de la colonia después del mismo Eirik. Por los tambaleos se adivinaba que Bjarni, acostumbrado a aguar sus propios caldos por tacañería, había bebido ya más de lo que

le correspondía. Después de unas pocas palabras resultó obvio que el arrugado marino se sintió incómodo por algo que Assur no pudo interpretar; un momento después, el viejo parecía discutir airadamente con Starkard.

Al lado de las brasas del hogar, cerca de la comida que se rustía al amor del fuego, Halfdan contaba alguna bravuconería con gestos exagerados haciendo que los de su alrededor lo mirasen con ojos escépticos.

Leif hablaba con uno de sus hermanos, ambos estaban sentados al pie del gran sitial de Eirik compartiendo raciones moderadas, y Assur, saciado su escaso apetito con unos bocados de paletilla, se dispuso a esperar el momento oportuno pacientemente.

El estirado Bram, que era un glotón confeso sobre el que nadie era capaz de imaginar dónde escondía las enormes cantidades de comida que ingería, estaba entretenido rebañando los huesos de un cordero que había despachado él solo.

El *godi* de Brattahlid, un same no muy distinto al que Assur había conocido en los terrenos de Barba de Hierro, mordisqueaba con deleite una pieza de carne mientras escuchaba a dos marinos hablar de las grandes ballenas de mejillas blancas y lomo negro que podían destrozar a un hombre caído por la borda.

Víkar, el hijo del influyente Starkard, se acercó a saludar; desde una mañana en que se habían hecho unos juegos de arco, Assur y él habían hecho cierta amistad al resultar los dos mejores tiradores de todo el Eiriksfjord. A Assur le gustaba, era un tipo afable y de buen talante al que no le agradaba la charlatanería, y con el que no le hubiera importado entablar conversación. Pero la discusión entre Bjarni y Starkard parecía haber cobrado aire y amenazaba con arruinar la fiesta, así que Víkar se apresuró a despedirse para ir a mediar entre su padre y el viejo marino retirado.

Para el gusto de Assur, la noche estaba discurriendo con demasiada lentitud.

Los que eran capaces de andar se marcharon tarde, unos pocos seguían brindando y contándose antiguas batallas, pero la mayor parte de los presentes roncaba ruidosamente en los bancos de los laterales de la gran *skali* de Eirik.

Justo cuando Assur empezaba a pensar en que su oportunidad para hablar con Leif había llegado, Bjarni se acercó. El viejo, que parecía haber bebido suficiente como para olvidarse de que necesitaba su bastón, caminaba hacia él con los ojos encendidos.

—Le he echado un buen vistazo a esos colmillos de morsa que trajiste, sureño —anunció sin siquiera saludar antes—. Los he mirado con atención, uno por uno… —A Assur no le costó imaginar al rancio avaro pasando una y otra vez sus dedos arrugados por el marfil—. ¡Y estoy descontento! ¡Muy descontento! —cacareó Bjarni de pronto sorprendiendo a todos a su alrededor—. ¡Rayados y sucios! ¡Y en las costas de poniente haréis una fortuna!, ¡y todo gracias a mí! ¡No ha sido un trato justo!

Assur, pasmado, lo miró detenidamente e intentó calmarlo alzando las manos y

animándolo a callar antes de llamar demasiado la atención. El trato había sido más que justo, pero parecía que la retorcida tacañería del viejo había encontrado una vía de escape gracias al alcohol.

Algunos cuernos de hidromiel cayeron de manos sorprendidas, pero tras el estupor inicial, la mayoría pasó por alto las palabras del viejo, sin darles mayor importancia. Assur incluso pudo ver a Leif riendo abiertamente.

—Serán solo unos pocos… —intentó decir el hispano.

—Demasiados muchos son pocos —dijo atropelladamente Bjarni, que se detuvo de pronto al darse cuenta de que su lengua y su cabeza no habían llegado a coordinarse.

Las risotadas de Leif se oyeron por encima del murmullo creciente de los presentes suficientemente sobrios.

—Pocos colmillos… ¡No!, muchos… —volvió a insistir Bjarni con cara de desconcierto, como si le costase admitir que sus palabras no se correspondían con sus intenciones.

—¡Muchos! Demasiados, son los cuernos que te has echado al gaznate, ¡eso seguro! —gritó alguien animando la hilaridad general.

Algún borracho se despertó y exhortó a los que armaban jaleo para que se callasen.

Y Assur respiró aliviado al entrever que quizá la dura acusación quedaría en agua de borrajas. Todos parecían no haber concedido importancia a las palabras de Bjarni. Todos menos uno.

Para sorpresa de sus hijos, que reían dándose codazos, Eirik, probablemente también movido por su misma embriaguez, abandonaba a un lado su sobado peine y empezaba a levantarse de su sitial con el rostro contraído. El Rojo apartaba su capa echando mano al pomo de la enorme espada que llevaba al cinto.

—¡Voy a colgarte del umbral de esta casa con tus propias tripas! —rugió Eirik—. ¡Nadie se atreve a llamar a mi hijo estafador!

La joven de los ojos dulces, que hablaba en una esquina de la estancia central con Thojdhild y Víkar, se giró preocupada. En cuanto intuyó lo que sucedía, resultó obvio que se asustó. Salió corriendo hacia su tío antes de que la *husfreya* pudiera gritarle a su esposo que dejase tranquilo al viejo borracho; y Víkar, evidentemente incómodo, se giró para comentar algo con su padre, que se había acercado hasta donde Thojdhild hablaba con la sobrina de Bjarni y su hijo.

—Los colmillos… —volvió a trabarse Bjarni negando con su cabeza de blancos cabellos revueltos.

Assur se dio cuenta de que debía hacer algo antes de que el Rojo degollase allí mismo a Bjarni para castigar su impertinencia.

—Puede que sea así —dijo el hispano sin querer llevarle la contraria al viejo—.

Pero el marfil sigue sumando el peso acordado con mi patrón…

Assur no pudo terminar la frase.

—¡Pedirás clemencia! —gritó Eirik enfuriado, interrumpiendo al arponero.

Leif se movía tras su padre intentando decirle algo. Tyrkir iba al encuentro de ambos desde el extremo opuesto.

Escoltada por una de las hijas del vejancón, la sobrina de Bjarni llegó hasta Assur y echó el brazo alrededor de los hombros caídos del viejo cegato. Ella miró al hispano con aire asustado y ojos muy abiertos.

—No digas eso, tío, no hables así del generoso precio pagado por Leif Eiriksson —dijo Thyre viendo que su prima Hiodris no se atrevía a intervenir.

Antes de que ella girase el rostro para hablarle a Bjarni, Assur tuvo tiempo de ver sus facciones de cerca. Tenía los labios carnosos y llenos, el inferior era ligeramente más grande, lo que le daba a su boca un aspecto incitador. Los pómulos eran altos, y la piel en ellos brillaba limpia y blanca, con solo unas pecas que parecían danzar allí donde Assur sintió repentinos deseos de posar su mano. El mentón estaba bien definido, aguzando el rostro lo justo para que el conjunto resultase armonioso con la nariz, que era fina y de líneas rectas. Lo que Assur no vio fue la expresión contrita de Víkar al advertir cómo el arponero observaba el rostro de la joven.

Tyrkir había llegado a tiempo de sujetar a Eirik. Y aunque no era fácil contener al antiguo guerrero, el contramaestre lo animaba a escuchar las palabras conciliadoras de Leif, que le hablaba con frases monocordes a su padre.

Assur se dio cuenta de que la joven se giraba y se interponía entre su tío y el enfurecido Eirik. La propia hija de Bjarni, una tal Hiodris según recordaba el hispano, se mantuvo a un lado, evidentemente asustada por la violencia que parecía presagiarse.

—Venerable Bjarni —habló Leif por encima de los gruñidos de rabia de su padre —, si quieres unos cuantos colmillos más —dijo el patrón con aire zalamero—, estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo, pero por ahora, dedícate a beber hasta hacer callar esa lengua tuya, que hoy es día de celebraciones y no de peleas.

Leif bien podía sentirse ofendido por las palabras de Bjarni, pero le preocupaba más cómo reaccionaría el asentamiento si su padre despellejaba a un viejo borracho que solo había cometido el error de ser lenguaraz. El pasado del Rojo pesaba demasiado en algunas conciencias, y el delito del viejuco no justificaba arriesgarse a perder el control de los colonos.

—Mañana mandaré a mis hombres a tu hacienda con unos cuantos colmillos más y zanjaremos este asunto, podrás sustituir los que estén dañados o quedártelos todos, pero cálmate…

Tyrkir sujetaba a Eirik y le hablaba con palabras quedas. Bjarni, ajeno al follón que él mismo había armado, se miraba los dedos intentando contar y trabucándose a

cada intento.

—Eso no será necesario —habló la muchacha con voz clara a la vez que obligaba a su tío a retroceder—, el precio pagado es más que justo. No hay daño o falta que reparar —sentenció la joven con contundencia.

Bjarni mostraba sus huesudas manos abiertas como queriendo indicar que no se contentaría con menos de diez colmillos más.

Eirik pareció calmarse al oír las sensatas palabras de la joven y Tyrkir pudo aliviar la presión de los dedos que hundía en los brazos del Rojo.

—En nombre de mi familia pido las más humildes disculpas a la casa de Eirik, hijo de Thorvald. Lamento profundamente el altercado —insistió la muchacha mientras obligaba a su tío a moverse.

La joven empujaba al viejo, que seguía murmurando incoherencias, hacia el portalón de salida y, mientras evitaba que se revolviese, hizo un gesto con el mentón para indicar al resto de los que habían asistido desde casa de Bjarni que había llegado la hora de marcharse.

Todos estaban un tanto sorprendidos de que la joven se hubiese hecho cargo de la situación. Y Leif quiso zanjar la cuestión desviando la atención de su padre.

—Padre, si a fin de cuentas no hubiera tenido ningún mérito despellejar a ese viejales medio ciego —dijo el navegante como si el vigor de Eirik siguiese siendo el de sus años mozos—. No como cuando venciste en aquel duelo a tres escudos al hijo de Hildibrand, que era tan alto como un abeto y campeón de *glima*. Aquello sí fue un combate digno de recordarse… —concluyó Leif con toda la intención.

Aquella referencia a sus viejas glorias pareció contentar a Eirik, que alzó el brazo y ahuecó la mano para que el primero en pasar se encargase de colocarle un cuerno de hidromiel.

—¿Lo recuerdas, padre?

Eirik sonrió radiante y se volvió para echar a caminar hacia su sitial.

—Era un invierno muy duro, llevaba tres semanas nevando cuando… —empezó a narrar el Rojo con evidente ilusión por el recuerdo.

Assur se había quedado en el sitio, mirando hacia el portalón por el que Bjarni y su sobrina habían salido.

—Una joven excepcional, ¿verdad?

El arponero se giró sorprendido para encontrar a un afable Tyrkir que le ofrecía una jarra de hidromiel.

El Sureño observó a Assur con intensidad y el hispano volvió a girarse sin decir nada.

—Thyre, se llama Thyre —dijo Tyrkir con una benévola sonrisa paternalista que arrugaba su rostro curtido.

Con el agitado fin que había tenido la velada, Assur había perdido su oportunidad de hablar con Leif. Más tarde, un sueño inquieto lo había obligado a ser madrugador y, para luchar con la impaciencia que sentía, se decidió por ejercitarse un rato y desentumecer las extremidades anquilosadas por la incómoda noche cortando algo de leña.

El sol ya se había movido un dedo en el horizonte cuando los primeros resacosos empezaron a vaciar la *skali* de Brattahlid y Assur esperaba que Leif, capaz de levantarse siempre animado y fresco, por más exagerada que hubiera sido la noche, como si los abusos de comida y bebida no le hicieran mella, apareciese de un momento a otro.

Sin embargo, el primero de los tripulantes del Mora en salir fue Tyrkir, que lo miró entretenido por unos instantes antes de sonreírle con picardía y seguir camino. Assur supuso que el eficiente contramaestre iría a atender algún asunto relacionado con la puesta a punto del Gnod.

El montón de leños troceados tenía ya la altura de su cintura cuando Leif, bostezando como un oso en primavera, salió del gran salón de su padre. Y como el patrón, siempre afable, se acercó hasta él con la clara intención de darle los buenos días, Assur se decidió a hablar de una vez por todas, sin cuestionarse por más tiempo si era o no el mejor momento.

Leif se sentó pesadamente en uno de los tocones en los que se cortaba la leña y se puso a hablar amigablemente.

—¿Puedes imaginarlo? Aquí no hay más que arbustos retorcidos, azotados por el viento, ni el mejor herrero de los enanos podría aspirar a forjar una azuela capaz de sacar una tabla recta de uno de ellos —dijo el patrón cogiendo uno de los enrevesados leños de los juníperos groenlandeses que el hispano estaba troceando.

En aquellas *tierras verdes* bautizadas por Eirik el Rojo también había algunos alisos, sauces y abedules; la mayoría poco más que raquíticos y enclenques aspirantes a convertirse en verdaderos árboles, pero aun así, Assur pensó que Leif exageraba.

—Los bosques de esas costas de poniente, imagínalo. ¿Recuerdas cómo los describió Bjarni? Altos abetos tiesos como la verga de un novio en su noche de bodas… Nunca más tendríamos problemas con la escasez de madera… Si ese viejo cegato ha dicho la verdad… Por cierto, menudo arranque de tacañería tuvo ese arrugado saco de huesos anoche… —Leif calló un momento y luego cambió de tema —. Espero que mi padre se anime a venir con nosotros, está hambriento de gloria, y sé que le ilusiona pensar en esas nuevas tierras.

—Yo quería hablar sobre eso…

—¿Sobre qué? ¿Sobre la borrachera de Bjarni o sobre lo del viaje al oeste?

Assur no titubeó, pero tal y como recordaba de las lecciones de lógica de Jesse, se esforzó por presentar las proposiciones en el orden conveniente.

—Aparte de las protestas de Bjarni, ¿estás satisfecho con los colmillos de morsa?

La pregunta cogió desprevenido a Leif.

—Eh… Sí, claro que lo estoy, jamás había conseguido un cargamento semejante —contestó Leif divertido por no saber adónde quería llegar el ballenero.

—En Nidaros subía al norte cada verano, hasta las aguas de los rorcuales. Y en invierno trampeaba en los bosques… —Leif asintió—. Cada año lo mismo; no tenía otras opciones, así que lo hacía, aunque no me gusta —dijo Assur abriendo las manos — dar muerte a un animal cuando no lo necesito para comer. Matar por la piel, los cuernos, o lo que sea, me incomoda. Pero sé hacerlo, y sé hacerlo bien… —El hispano resopló antes de seguir—. Y aquí, para obtener marfil, hay que hacer algo parecido, subir al norte cada verano para encontrar las manadas de morsas, y luego cazarlas, todo para conseguir sus colmillos…

Leif estuvo a punto de interrumpir, acotando que en el siguiente verano estarían talando aquellos magníficos abetos de las costas que Bjarni había descrito. Pero sentía curiosidad por el discurso de Assur; que él recordase, a excepción del momento en el que el arponero se había sincerado respecto a su pasado, aquella era la parrafada más larga que le había oído.

—… Y yo podría hacerlo para ti. Cada temporada, siempre que volvieses de tus expediciones, encontrarías un nuevo cargamento de marfil, listo para meterlo en las bodegas de tus barcos.

Assur tomó aliento antes de continuar y Leif permaneció en silencio sin comprender lo que el hispano pretendía.

—A medio día de marcha hacia el este he encontrado un pequeño cabo con un promontorio, es una tierra fértil que nadie ha reclamado hasta ahora —dejó caer finalmente sin más explicaciones.

Leif meditaba antes de dar una respuesta para la que Assur no le dio tiempo.

El hispano habló mirando fijamente a su patrón a los ojos.

—Sé que te debo lealtad, estoy ligado a ti por un juramento, soy uno de los hombres del Mora, lo sé —dijo Assur teniendo muy presente la figura de Gutier—. Y nunca lo olvidaré, lo exige el honor…

Leif no necesitó más explicaciones, cada *jarl* reclamaba de sus hombres fidelidad, y cada patrón ligaba a todos sus tripulantes con una promesa. Pero como su padre había descubierto con la traición de sus aliados, y como él mismo había sufrido en más de una ocasión, la voluntad humana era, en ocasiones, solo tan fuerte como las conveniencias. Y, aunque creía firmemente en la lealtad del arponero, sabía que no ganaba nada corriendo el riesgo. Tampoco entendía qué mejor podía haber para un hombre que partir en busca de fama y reconocimiento, y quiso preguntarle al hispano sus motivos para no desear convertirse en leyenda, pero en realidad, ya había tomado una decisión antes de hablar.

—¿Y la gloria? ¿Acaso no quieres que tus hijos y tus nietos oigan tu nombre de labios de los escaldos? Si llegamos a esas nuevas tierras, la historia nos recordará. Se hablará de nosotros dentro de mil años. ¡Alcanzaremos fama!

Assur se encogió de hombros sin darle importancia a la grandilocuencia de Leif.

—No quiero más gloria que la de ver el trigo crecer en mis propias tierras, y no necesito que la historia me recuerde —dijo el hispano sin dejar de mirar a los ojos del nórdico—. Solo deseo vivir en paz, tener un hogar y sentir que no volveré a perderlo. Nada me queda, y ya no tengo a nadie, lo he perdido todo —se lamentó Assur bajando por primera vez la vista y tocándose la muñeca—, y estoy harto de vagar de un lado a otro del mundo. Si me das permiso, lo único que deseo es volver a sentir que pertenezco a un lugar, que tengo un hogar.

Leif se dio cuenta del sufrimiento que destilaban las palabras que su amigo se guardaba. Como siempre pasaba con el hispano, había mucho más que entender en lo que no decía que en las frases que pronunciaba.

Assur se recompuso de su instante de melancolía y volvió a mirar al patrón a los ojos con serenidad palpable.

El islandés se levantó para que ambos estuviesen cara a cara. A Leif le apenaba no poder contar con el hispano para su próxima travesía, pero le tenía el afecto de sobra como para no obligarlo a hacer algo que no desease. Assur era un hombre con el que se podía contar, un tripulante en el que confiar, era su amigo y deseaba tratarlo con el respeto merecido. Mirando los profundos ojos azules del hispano, Leif vio la tristeza que aquel hombre deseaba olvidar y, aunque hubiera preferido darle su beneplácito sin más y asegurarle que podía hacer con su vida lo que desease, también comprendió que Assur no se conformaría con eso. El arponero era de esa clase de hombres para los que la palabra propia valía más que el oro, y Leif sabía que Assur se sentía deudor de un pago inexplicable. El hijo del Rojo comprendió que, precisamente por el afecto que le tenía, debía permitirle que cazase aquellas condenadas morsas para él.

—Yo mismo me encargaré de explicarle a mi padre los lindes de esas tierras —anunció con solemnidad—. Puedes considerarlas tuyas desde hoy mismo. En cuanto al marfil, solo pongo una condición… —Assur asintió dispuesto a aceptar cualquier acuerdo—. Será únicamente por tres temporadas…

Ambos hombres guardaron silencio por unos instantes. Luego, Leif tendió su mano y Assur le correspondió, cada uno aferró la muñeca del otro y se dieron una fuerte sacudida que selló el acuerdo.

—Gracias —murmuró Assur.

Y, como Leif sabía que no serviría de nada explicarle a aquel cabezota testarudo que no eran necesarios los agradecimientos, soltó su mano y lo envolvió en un abrazo.

Cuando se separaron Leif se sintió contento de ver cómo el gesto siempre serio del hispano se relajaba. Había una luz nueva en aquellos ojos fríos, verla hizo que el navegante sintiera una emoción burbujeante que le alegró el día.

Leif buscaba alguna frase ocurrente y jocosa con la que dar por terminado el asunto con algo de alegría cuando los interrumpieron.

—Lamento molestar —dijo una voz que solo Assur reconoció.

Era Thyre, que cargaba con un fardo de tela encordado. Un par de mechones de su cabello suelto se descolgaban por las mejillas y le rodeaban el rostro, el sol de la mañana los hacía vibrar con reflejos de heno.

—He traído un regalo, para presentar disculpas en nombre de la casa de Bjarni Herlfhojsson —anunció ella—. Es solo un humilde hato de pieles de marta, pero…

Thyre calló al darse cuenta de que estaba a punto de decir algo inapropiado, y fue obvio que el papel que desempeñaba le resultaba incómodo. Los dos hombres se percataron de que la muchacha estaba demasiado nerviosa.

—Eso no era necesario —atajó Leif sin afectación—. Todos sabemos que a veces el hidromiel suelta la lengua con demasiada facilidad.

Ella asintió y el navegante ensanchó su sonrisa comprensivo. Bjarni llevaba años viudo, y el viejo parecía haber aceptado que la muchacha que había acogido a petición de su hermano hiciera los papeles de *husfreya* mientras estuviera con él, y era evidente que a la joven se le estaba haciendo difícil asumir las responsabilidades de la hacienda.

—Sin embargo, mi tío me ha pedido que transmita a esta casa sus más sinceras y sentidas disculpas —insistió Thyre—. Está muy arrepentido por su comportamiento y espera que tú y tu padre las aceptéis. Además, me ha pedido que insista en aclarar que se siente plenamente satisfecho por el pago que ha recibido a cambio de su barco.

Todos sabían que el pago era más bien por el derrotero a esas tierras del oeste, pero nadie parecía dispuesto a insistir en lo obvio. Y Leif, de su habitual buen humor, no quiso darle más vueltas a aquel asunto. Y aunque el navegante suponía que, en realidad, había sido la muchacha que tenía frente a sí la que había obligado a actuar al viejo Bjarni de manera sensata, quiso dar por terminada la historia de la rabieta del tacaño vejestorio.

—As… Ulfr, si no te importa, acompáñala a ver a mi padre para que pueda hacerle entrega de las pieles —dijo Leif—, es él quien debe recibirlas. Yo voy a ver si encuentro a Tyrkir… Por la tarde nos ocuparemos de hablar sobre los lindes de tu hacienda con el viejo Eirik —añadió el patrón poniéndose ya en marcha.

Assur bajó el mentón para afirmar y Thyre sonrió con evidente alivio.

Cuando la pareja cubría la escasa distancia a la *skali* del Rojo, la joven habló después de resoplar y balancear el fardo de pieles.

—Menos mal que todo ha salido bien —dijo con una alegría radiante que coloreó

sus mejillas—. Estaba muy preocupada, ayer me llevé un buen susto cuando mi tío se puso a despotricar de ese modo, pero es que siempre se pone muy mohíno cuando bebe, ya no aguanta el hidromiel como antes… Y suele pensar más en lo que guarda en sus almacenes y cofres que en lo que hace su lengua, desde que yo llegué aquí lo he visto contar y recontar los pedazos de plata de sus baúles infinitas veces…

Cuando ella calló de pronto, apagando su sonrisa, Assur entendió que Thyre se sentía cohibida por haber hablado demasiado, pero al hispano le gustó la refrescante sensación que sintió ante la alegre locuacidad de la joven.

—Es un buen hombre —continuó ella como si quisiera dar excusas que nadie le había pedido—, me ha aceptado en su casa y se ha hecho cargo de mí.

Assur supuso que Bjarni no lo hubiera hecho de no ser por que tales obligaciones familiares estaban muy arraigadas entre los nórdicos. Probablemente, el viejo roñoso había despachado a sus hijos en cuanto pudo para salvaguardar sus ahorros, pero ahora, cuando se le pedía que devolviese el favor, lo hacía de mala gana.

—Yo nací en Iceland, pero vine aquí en el primer viaje. Aunque no me acuerdo —aclaró volviendo a recuperar su risueña expresión—. Creo que ni siquiera era capaz de caminar bien —añadió dando los pasos temblorosos de un bebé—, o eso cuenta mi madre.

Ella miró a Assur como esperando algún comentario al respecto de su animada representación. Como el hispano no dijo nada, Thyre se decidió por llenar el silencio.

—Pero me crie en el otro asentamiento, ¿lo conoces? —ante la muda afirmación, la joven siguió hablando—. Solo llevo un invierno aquí, supongo que volveré a casa en dos o tres más, los hijos de Bjarni estuvieron con nosotros dos inviernos, pero a mí me gustaría volver antes, si a mi tío le parece bien; echo de menos a mi familia… Aunque me gusta estar aquí, no hace tanto frío como en casa y me llevo muy bien con mi prima Hiodris. Pero aún no conozco a todo el mundo, con el verano llegaron muchos barcos, gente nueva, y yo no tengo muchas amigas todavía… —explicó agitando la mano libre—. Tú tampoco eres de aquí, ¿verdad?

Assur se perdió un momento en el perfil de las suaves líneas de su nariz antes de responder.

—No, soy de un lugar en el sur —contestó Assur sin querer dar más detalles.

—Ah, sí, como Tyrkir, le oí a mi tío Bjarni decirlo.

El hispano prefirió no hacer aclaraciones, se sentía un tanto intimidado por la cháchara desmedida que había provocado el alivio surgido en Thyre tras ver las disculpas de su familia aceptadas.

—Pronto seréis muchos más. Aprobado el *landman*, vendrá gente de todas partes, incluso sureños como tú —añadió la joven.

Thyre caminaba con pasos gráciles, apoyando los pies como si pisara sobre el musgo empapado de rocío de un amanecer de primavera. Assur callaba.

—El Rojo ha sido muy inteligente, ¿no crees? —La joven, dicharachera, miró al hispano como esperando una confirmación, pero se contestó ella misma sin darle a Assur la oportunidad de hacerlo—. Ha aceptado al monje enviado por Olav, y ha proclamado que la religión del Cristo Blanco es bienvenida a Groenland, pero también ha prometido tierras a los que lo deseen, asegurándose de que muchos quieran venir…

Assur la miraba sorprendido.

—… El viejo zorro navega a medias aguas —aclaró ella risueña—, tanto si vienen cristianos como si no, las colonias crecerán y estas serán unas tierras populosas en las que, gracias a la nueva ruta de Leif, el comercio medrará —dijo haciendo obvio el juego político del Rojo—. Y venga quien venga, Eirik gana. Él no se ha convertido, pero Thojdhild sí. Si llegan renegados escapando de las presiones de Olav, tendrá una excusa para aceptarlos, y si vienen partidarios del *konungar,* también —aclaró ella alzando cada mano al compás de sus argumentos—. Ha sido muy inteligente. Se ha puesto al tiempo en una situación aceptable tanto para los partidarios de Olav como para sus enemigos…

Assur, boquiabierto, dio un paso en falso que provocó una risa franca de ella. El hispano no había esperado que aquella joven alegre tuviera una idea tan precisa de las maniobras políticas en liza en aquellos tiempos de cambio, y fue para él una agradable sorpresa descubrir tal perspicacia en la joven. Aquellas palabras hicieron que el arponero se diese cuenta de que, pese a sus rasgos, todavía adolescentes, tenía ante sí a una mujer madura que, por encima de aquellos altos pómulos bien delineados, miraba al mundo con sus vivos e inteligentes ojos de preciosos tonos dorados.

—¿Y tú? ¿Te vas a quedar aquí, en las *tierras verdes*? —preguntó ella de pronto con tono cantarín.

Assur la miró, sonriendo a su vez, inevitablemente contagiado por la jovialidad de la muchacha.

—Creo que sí, creo que he encontrado mi lugar…

Y, mientras ambos cubrían el escaso trecho que les restaba hasta el gran salón de Brattahlid, un silencio amigable los abrigó. Las miradas les dijeron mucho más de lo que hubieran podido hacerlo las palabras. Y Assur sintió la necesidad de hablarle del promontorio que había elegido para forjar su hogar. Y Thyre, jugueteando con dedos ansiosos entre sus largos rizos trigueños, se arrebujó en el deseo de contarle sus juegos de infancia.

Aquellos escasos instantes les parecieron eternos, y demasiado breves a un tiempo. Ambos se dieron cuenta de que algo que no esperaban aguardaba para suceder.

A medida que el otoño perdía su batalla anual con el invierno, Assur había

llegado a confiar en sus sueños. Todavía se sentía obligado por la hospitalidad que recibía en Brattahlid, y se había esforzado por recordarle a Leif que podría contar con él siempre que lo necesitase. Y, aunque el hispano tenía muy presente la palabra dada, siempre que la ayuda que prestaba en la hacienda de Eirik o sus obligaciones como tripulante del Mora se lo permitían, se tomaba unos días para llegarse hasta el lugar en el que esperaba levantar los muros de su propia casa.

Poco a poco, trabajando casi siempre a mano desnuda, había arrancado los hierbajos y arbustos, había desbrozado toda la zona, y, después de hacerse con un omóplato astillado de ballena para usarlo como pala, había empezado a ahuecar los cimientos. Por primera vez en años Assur sentía que podía dejar atrás el dolor y la desesperación, hasta había empezado a aceptar la pérdida de su familia, de Ilduara.

Assur tuvo incluso la fortuna de encontrar en un playón de guijarros, a unas millas al sur, un enorme árbol de extraña madera que el mar había arrojado justo por encima de la retorcida línea de restos que dejaba la pleamar. Y, preguntándose si acaso había llegado desde esas tierras con las que soñaba Leif, el hispano había arrastrado el gran tronco hasta el promontorio que había elegido. Estaba decidido a que ese fuera el primer poste de su propia *skali*.

Si con la temporada siguiente reunía suficiente marfil para Leif, Assur planeaba rogarle al patrón que le permitiese quedarse con un pequeño porcentaje. Un par de colmillos, el escote que podía reclamar como un tripulante más, así tendría fondos con los que contar para comprar materiales y utensilios. No esperaba tener para sí las grandes fortunas de los *jarls* y señores del norte, no aspiraba a colgar de las paredes de su salón escudos y espadas legendarias. Assur solo quería llevar una vida humilde y tranquila, sacar provecho de la tierra, cuidar de unos cuantos animales, tener una existencia apacible.

Había dedicado largo tiempo a situar la huerta, planificar los campos que roturaría, idear los almacenes y graneros. Y, aunque sabía que faltaba mucho para lograr que todos esos sueños se materializasen, el simple hecho de tenerlos le otorgaba una paz que colmaba sus expectativas más íntimas.

En las últimas semanas Assur apenas había dejado de pensar en el futuro que planeaba. Aunque había una excepción que se empecinaba en interrumpir sus ensoñaciones haciéndose presente en sus noches: aquellos ojos del color de la miel.

Thojdhild llevaba con vanidad el apelativo de *pecho de knörr*, no en balde era una mujerona de grandes curvas que recordaban una exuberante juventud. Sus prominentes caderas testificaban el haber traído al mundo a los dignos hijos del mismísimo Eirik el Rojo, señor y descubridor de Groenland; un papel que Thojdhild asumía con orgullo. Activa e inquieta, era la esposa de un hombre que había forjado su camino desde el exilio, y ella sentía, con paciente ánimo, que las penurias y la vergüenza del destierro podían quedar atrás si, unidos como clan, sabían seguir

adelante e imponerse allá donde otros no lo habían intentado jamás.

Envuelta en sus pardos cabellos, arreglados con pulcritud y recogidos con un garvín blanco, Thojdhild era una de esas matronas que siempre tienen a mano un currusco de pan que ofrecer a los nietos, unos trozos de plata con los que sacar de apuros a un hijo con problemas de liquidez, y unas palabras de consuelo y ánimo para un esposo entristecido por los avatares del destino. Era una mujer excepcional, llena de recursos y dotada del mismo buen humor y apacible ánimo que su hijo Leif parecía haber heredado. Pero también era una esposa decidida, celosa de su posición, y sabía perfectamente cuáles debían ser sus prioridades si quería seguir disfrutando de los logros de su marido. Y en eso era implacable.

Como *husfreya* de Brattahlid, ella colgaba las llaves de la hacienda de su cinto, y lo hacía con jactancia, a su parecer, se lo había ganado. Thojdhild llevaba largos años aceptando con animosa resignación los infortunios del destino. Y había soportado la azarosa aventura que había conformado su vida al lado del problemático esposo que las *nornas* habían dispuesto para ella. E incluso en las noches más duras, en las que no había encontrado desahogo, ella jamás se había permitido demostrarlo. Por duros que fueran los tiempos, Thojdhild siempre estaba dispuesta a servir una palabra de aliento a cualquiera que acudiese hasta ella buscando consejo o consuelo. Y, aunque a veces sombras de remordimiento amenazaban sus momentos de soledad, de cara a cualquiera que no fuese ella misma, Thojdhild jamás habría admitido semejantes tribulaciones. El aparentar era tan importante como el ser, y eso era algo que ella, como señora de Brattahlid, inmersa en el complejo juego de falsas cortesías, alianzas y pactos entre los emigrantes de Groenland, tenía muy claro. Tan obvio para ella como sus ansias de permanecer como figura dominante de las colonias.

Además, y procurando siempre no hacerse notar, Thojdhild sabía preocuparse de aquellos asuntos de los asentamientos para los que su esposo parecía no tener ojos u oídos. Porque aunque Eirik el Rojo pensaba que el comercio, las grandes expediciones o la gloria reclamada para sí mismo o los suyos eran lo único importante, su esposa comprendía que había muchos otros asuntos que atender si se deseaba mantener la prosperidad de aquellas *tierras verdes*. Por eso mismo, y buscando siempre el modo de que su esposo no perdiera jamás el protagonismo que ella le cedía con gusto, Thojdhild se preocupaba por conservar la buena sintonía de las relaciones entre los vecinos de ambos emplazamientos, de ofrecer soluciones de compromiso para las disputas por los lindes, y de hacer las veces de madrina, alcahueta, comadrona, tía cariñosa, suegra malcarada o cualquier otra tarea que se terciase. Ella había animado a su esposo a instaurar el *landman* en Groenland, y también a convencer a algunos de los personajes influyentes de las colonias para que se convirtiesen a la nueva religión de los partidarios del flamante *konungar*.

Thojdhild sabía bien que contentar a medias a un rey podía servir de tan poco

como no contentarlo en absoluto, sin embargo, ella misma había sugerido ese compromiso. Mientras los platillos de la balanza no inclinasen el fiel definitivamente, no era seguro decantarse abiertamente por uno de ellos. Así, nadando y guardando la ropa a un tiempo, mientras Eirik se mantenía aferrado, en apariencia, a las viejas y paganas costumbres, como el mismo *landman*, ella se había preocupado de que todos supieran de su conversión a la fe del crucificado e intentaba que, al menos de puertas para fuera, algunas de las influyentes familias de los asentamientos hicieran lo mismo; esperando así que las noticias que desde Groenland recibiese el *konungar* Olav le sirviesen para pensar en aquellos asentamientos, si no como aliados fiables, al menos, no como enemigos, acérrimos defensores de los viejos tiempos y regímenes que, al negar al crucificado, negaban también la legitimidad del gobernante.

En ese propósito de mantener la achicadura por debajo de la línea de flotación Thojdhild había ideado algunas maniobras, como la construcción de la pequeña iglesia de humilde tepe que se estaba erigiendo en los límites de Brattahlid, o su propia conversión. Y ahora, aprovechando la ascendencia de algunas de las familias del asentamiento, la *husfreya* esperaba colmar las ansias religiosas y políticas de Olav Tryggvasson haciendo correr la noticia de que el próximo matrimonio entre hacendados influyentes de las *tierras verdes* se celebraría por el rito cristiano. Lógicamente, y ya había hablado sobre ello con el gordo fraile escoto, por si es que Olav requería de su enviado alguna referencia, la ceremonia sería cristiana solo en apariencia. En el fondo, parte de las viejas costumbres tendrían que seguir vivas para que las familias aceptaran sobrellevarlo, y el monje Clom no había encontrado quejas que formular, a fin de cuentas, el propio Eirik le había asegurado que si hacía lo que se le pedía, no echaría en falta ni una sola gota de hidromiel mientras estuviese en Groenland. Un soborno más que aceptable a cambio de unas pocas mentiras, como había reconocido el propio fraile.

A mayores, los recién casados podrían partir con la primavera. Un acto de buena voluntad, para presentar sus respetos al *konungar* con los mejores deseos de los asentamientos de Groenland. Formarían una comitiva que, sin duda, apaciguaría las ganas de revolver las colonias que pudiese tener el gobernante, especialmente si sabían aparentar una fidelidad a toda prueba y una fe inquebrantable. Aunque unos cuantos presentes, como había sugerido Thojdhild, serían la puntilla perfecta para convencer al rey de que, desde Groenland, se apoyaba su subida al trono.

Eirik y su esposa sabían que, en el juego de conveniencias y displicentes tiras y aflojas, el matrimonio de enviados podría ser retenido a modo de rehenes encubiertos, si es que en algún momento los detractores del *konungar* recuperaban el poder. Sin embargo, la pérdida de la joven pareja como represalia podría ser asumida por los groenlandeses siempre que la facción que consiguiese el poder supiese que, al menos en parte, las colonias de las *tierras verdes* seguían apegadas a las viejas costumbres y,

por tanto, dispuestas a aceptar el nuevo cambio de poderes.

Era un buen compromiso entre ambos extremos posibles, aunque había inconvenientes. Incluso sumando las dos colonias no eran muchos los jóvenes casaderos, y menos aún los de familias relevantes que pudieran tener una cierta influencia en la corte de Nidaros. Además de la consideración de que no todos los candidatos resultarían prescindibles si las cosas finalmente se torcían.

Thojdhild era consciente de que, como ellos mismos, aquellos que habían seguido a su esposo hasta los nuevos territorios habían sido, en muchos casos, repatriados, exiliados, maleantes o desesperados. Pero había excepciones y Víkar, hijo de Starkard, era una de ellas. Un joven heredero promisorio, descendiente de una familia que podía hablar de sus antepasados hasta la décima generación sin caer en vergüenzas ni desasosiegos.

Y, como hombre leal a Eirik, a Starkard le bastaría contar con la promesa adecuada como acicate para ofrecer a su hijo. Quizá, brindándole convertirse en socio armador en algunas de las expediciones que el propio Eirik patrocinaba, Starkard aceptaría el papel de su hijo. Por lo que solo faltaba una novia adecuada, y la algarada de unas semanas antes le había dado a Thojdhild la idea.

Cuando la *husfreya* de Brattahlid intentó averiguar el porqué del alboroto que el veterano Bjarni había armado, Thojdhild descubrió que, a lo mejor, ya tenía una candidata adecuada para celebrar ese matrimonio propagandístico. Había tenido que interpretar la mezcolanza de rumores de los que por allí rondaban, pero al parecer, Starkard había insinuado que la sobrina de Bjarni, llegada desde la otra colonia, podía ser una moza casadera de interés para su hijo Víkar, y aunque al principio Bjarni se había relamido pensando en los beneficios que tal enlace le proporcionaría, cuando supo la dote que Starkard esperaba que fuera aportada por la novia, al viejo roñoso le faltó poco para sufrir una apoplejía, sabedor de que él, como patriarca, debería hacerse cargo de aquello que su hermano no pudiese cubrir.

Thojdhild se había hecho una rápida composición de lugar. Bjarni, temiendo que se le escapase la oportunidad de unir su familia a la de gentes tan influyentes, lamentó al instante no haber conseguido un mejor trato de su última venta: de haber pedido a Leif un pago mayor, podría cubrir la dote pretendida sin problemas. Y el exceso de alcohol en el vejancón avaro había hecho el resto.

La *husfreya* lo vio como una oportunidad, las cosas serían mucho más fáciles así: partiría con mitad del camino andado. Con las palabras adecuadas incluso podrían convencer a Starkard de que, en realidad, debería un favor. Y Bjarni se dejaría comprar encantado si podía asegurarse un pellizco para sí mismo. En cuanto a los novios, si la boda se concertaba, Thojdhild suponía que a los jóvenes, imbuidos por la fogosidad propia de su edad, les daría igual casarse por los antiguos ritos o bajo los auspicios de la fe del crucificado.

A Víkar lo conocía bien, lo había visto crecer. Sabría comportarse y resultaría un buen embajador para Groenland, con la apostura suficiente para hacer un papel digno en la corte de Nidaros, aunque también era cierto que, en ocasiones, resultaba algo impulsivo y, quizá, demasiado celoso del nombre de su familia, pues siempre se esforzaba en ahogar cualquier habladuría de la colonia que pusiese en duda las virtudes de los suyos, pero la *husfreya* también sabía que ese orgullo suspicaz por su linaje le haría obedecer en cuanto Eirik hubiese convencido a su padre. Además, había visto la lujuria contenida en los ojos de él al mirar a la sobrina de Bjarni, era obvio que el joven la deseaba, y eso haría todo mucho más fácil. Sin embargo, de Thyre apenas sabía nada, tenía la edad apropiada y le gustaba el arrojo que había demostrado al hacerse cargo de la hacienda de su tío. Aunque Thojdhild necesitaba conocerla mejor; Bjarni obedecería impelido por su avaricia, pero era necesario asegurarse de que la novia sabría comportarse si llegaba el momento.

—Estas serán las piedras que tensarán los hilos de tu propio telar —le dijo Thojdhild a la joven, examinándola como si mirase a un animal en una feria de ganado mientras sopesaba la faltriquera que llevaba al cinto con un ademán inconsciente.

Thyre evitó sonrojarse haciendo un esfuerzo por mantener la calma que resultó visible. Era consciente de que, al hablarle de tener su propia tejeduría, la esposa de Eirik estaba haciendo una referencia explícita al matrimonio.

—Tienes una edad en la que debes pensar en formar tu propia familia —insinuó la *husfreya* de Brattahlid—. Ya va siendo hora de que tengas un hogar con un umbral del que ocuparte…

Thyre se sentía confusa, pero puso todo su empeño en mantenerse impasible. En los últimos tiempos su tío había hecho insinuaciones respecto al matrimonio, y la joven era consciente de que, con sus inviernos, era habitual que se concertase un marido para ella. Pero no llegaba a sentirse cómoda con esa idea, en su interior burbujeaban ansias de libertad que se encogían ante la posibilidad del matrimonio. Y no le gustaba pensar que tendría que conformarse con el esposo que su tío, con el beneplácito de su padre, eligiera para ella.

La joven había acudido a Brattahlid porque Bjarni se lo había ordenado. Y, aunque se sentía cohibida por tener que presentarse de nuevo en la hacienda del Rojo tras haber estado allí por última vez para rogar que se aceptasen las disculpas enviadas por su tacaño tío, Thyre había obedecido.

Pero no le gustaba. Como una avalancha de nieve arrasando los bosques de una ladera, las obligaciones de su futuro inminente parecían dispuestas a borrar las ilusiones de su adolescencia, y se sentía fuera de lugar. En las últimas semanas, el viejo Bjarni la urgía una y otra vez a aceptar el hecho de que debía encontrar un hombre con el que casarse. Y esa mañana, su tío había añadido una piedra más al

humilladero, Thyre debía ir a la hacienda de Eirik el Rojo para recoger las esteatitas taladradas que servirían para tensar la urdimbre de su telar, su primera aportación al ajuar de novia. Al parecer, Bjarni las había comprado para ella, encargando las mejor labradas de la extensa remesa de piedras que Eirik recibía cada pocas temporadas de las canteras del archipiélago Hjaltland, desde las que se enviaban a Groenland esteatitas talladas como cuencos, plomos para redes, volantes de huso, pequeñas lámparas y, por supuesto, pesos para telar.

Y ahora, para colmo, Thojdhild la sometía a un exhaustivo interrogatorio que resultaba intimidatorio.

—¿Cuántos inviernos tienes?

—Cumpliré diecinueve antes de las celebraciones del Jolblot —contestó la joven tímidamente.

—¿Y hasta cuándo te quedarás con tu tío?

Thyre dudó, sus padres no habían hablado con ella sobre su estancia en el Eiriksfjord. Se habían limitado a enviarla al asentamiento siguiendo las viejas costumbres, del mismo modo que ellos habían recibido a los hijos de Bjarni. Pero la joven tampoco tuvo tiempo de responder.

—Bueno…, bueno, ya hablaremos de eso. ¿Qué me dices de los pesos? ¿Te gustan? Supongo que sabes usarlos, ¿no?

La pregunta no tenía mucho fondo. Como cualquier otra muchacha nórdica, desde pequeña había sido aleccionada para cardar, hilar y tejer la lana de las ovejas y cabras, y para manufacturar el lino. Thyre se limitó a asentir intimidada por los penetrantes ojos oscuros de Thojdhild, que la escrutaban con intensidad, analizando cada gesto.

—¿Qué sabes del culto al crucificado? ¿Te he contado ya que la nueva fe tiene su propio rito para los casamientos?

Thyre solo había tenido oportunidad de hablar con la esposa de Eirik en la noche en que su tío había terminado por desbaratar la velada. Ocasión en la que Thojdhild se había mostrado como una anfitriona amable y complaciente, conversando solo sobre banalidades. Le había causado buena impresión. Sin embargo, ahora la *husfreya* lanzaba una cargante pregunta tras otra. Y, considerando las continuas referencias que su tío se había acostumbrado a hacer sobre el matrimonio, Thyre se dio cuenta de que, estando Bjarni viudo y careciendo de las habilidades sociales requeridas, como había demostrado, era probable que su tío hubiese hablado con Thojdhild para recibir consejo al respecto. Incluso puede que la mujerona estuviera ya actuando como alcahueta, imaginando posibles pretendientes, a tenor del examen al que la estaba sometiendo.

—¿Has podido hablar ya con el fraile Clom sobre el Cristo Blanco?

Cansada, Thyre se atrevió a sugerir una huida encubierta con la primera excusa

que se le ocurrió.

—Debería irme, tengo… tengo que ayudar con los preparativos de la cena…

Thojdhild se tomó su tiempo antes de disimular malamente su aceptación. Tras un instante, ensanchando su sonrisa de grandes dientes cuadrados, le dio permiso a la joven para marchar.

—¡Claro! ¡Claro! Me alegro mucho de que hayamos podido hablar de nuevo, el otro día nos interrumpieron antes de que pudiéramos conocernos. Puedes irte, está muy bien que ayudes en las tareas, muy bien.

A Thyre, escamada, no se le escapó la marcada intención de la última frase. Le faltó muy poco para elevar una protesta, pero se mordió la lengua a tiempo y se apresuró a inclinarse para recoger el cesto en el que se amontonaban los roscos de esteatita para tensar la urdimbre del telar; solo para darse cuenta de que era una carga demasiado pesada para ella y terminar por quedarse medio agachapada, con los brazos estirados y el gesto contraído.

—¡Oh! Por supuesto, disculpa, buscaremos a alguien que te ayude…

Thojdhild miró de un lado a otro, pero solo había esclavas que, como había dicho Thyre, empezaban a preocuparse por el hogar y los pucheros. Y, antes de tener que verse privada de una de ellas, apareció una solución cruzando el umbral, Leif y su nuevo tripulante, el callado arponero que había venido con él desde Nidaros, cruzaban las hojas abiertas del portalón de la *skali*.

—Ulfr Brazofuerte te ayudará —dijo sonriendo, como si el sobrenombre del adusto ballenero lo diese todo por explicado.

Thyre, todavía agachada, se giró para ver a los recién llegados. Vio los ojos azules del ballenero abiertos de par en par por la sorpresa, y sonrió. Tras un instante de vacilación su gesto fue correspondido por otra sonrisa franca y la joven no pudo evitar que sus labios carnosos se abriesen enseñando blancos dientes bien alineados que resaltaron ante el rubor que le subió a las mejillas.

De lo que no se percató la pareja, demasiado ocupada mirándose, fue de que Thojdhild los observaba con suspicacia.

Solo unos pocos alisos se empeñaban en crecer, revirados por el viento y menguados por el clima, entre las rocallas de las costas, alejados de los eternos hielos. Sus hojas se habían marchitado con el otoño, y ahora que las noches crecían llenando las veladas de largas sesiones de cerveza y leyendas al amor de los fuegos de las *skalis*, se caían desnudando las ramas grises de los árboles, listas para soportar las nieves y las heladas.

Leif, inmerso en la excitante promesa de nuevos territorios tapizados de bosques que aguardaban ser descubiertos, se ocupaba de los preparativos del Gnod. Eirik presumía de los logros de su hijo y Thojdhild, interrumpida más a menudo de lo que quisiera con los desmanes del fraile Clom a causa del hidromiel, se ocupaba de aliviar

las tensiones de la colonia. La *husfreya*, al tiempo que intentaba promover algunas conversiones al cristianismo, hilaba fino la estratagema que había ideado para presentar ante el *konungar* Olav una señal de buena voluntad desde las *tierras verdes*; lo que no estaba resultando nada sencillo por culpa de la avaricia desmedida de Bjarni. El viejo roñoso argüía una y otra vez que, siendo el tío de la cristiana y devota esposa que habría de transmitir los buenos deseos de las colonias al monarca, la dote bien habría de merecer ser recordada por su cuantía; lo que no mencionaba, y Thojdhild se daba cuenta de ello, era qué parte de aquel magnífico ajuar que aportaría la novia al matrimonio, para el que reclamaba el auxilio de los fondos de Brattahlid, escamotearía para sí mismo como soborno por ceder la mano de su joven y guapa sobrina.

Además, la pequeña iglesia que se estaba levantando se vería retrasada por la llegada de las nieves y, por el momento, las familias dispuestas a aceptar la fe del Cristo Blanco no eran tan abundantes como Thojdhild hubiera deseado para causar buena impresión en el radical Olav. Por el momento, lo único que marchaba según lo previsto era la aceptación del compromiso por parte del hijo de Starkard; el joven Víkar se había mostrado tan encantado con la idea como para hacer que Thojdhild temiese que tanta ansiedad le hiciese perder la compostura cuando los recién casados llegasen a Nidaros.

Aún más lentos que los progresos en el sencillo templo eran los de Assur en su empeño personal y, entre la distancia que debía cubrir y su escasez de medios, el hispano apenas había logrado poco más que unos cuantos montones de piedras y algunos maderos, dispuestos al lado de los cimientos que, con tanto esfuerzo, había cavado. Todo estaba ordenado y pulcro, pero cada día se le antojaba mucho menos de lo que necesitaba cuando empezaba a pensar en ello incluyendo a Thyre, cuya imagen era incapaz de alejar de sus sueños.

La joven, por su parte, dejaba que su imaginación volase preñada de ilusiones. Y, aun a pesar de las continuas indirectas descaradas de su propio tío y de Thojdhild, se permitía imaginar una vida en la que sus elecciones primasen sobre lo que sus mayores habían determinado para ella.

Los mejores carpinteros de la colonia se ocupaban de reparar el Gnod y, mientras los hombres de Leif que irían a Jòrvik en el Mora disponían de algo más de asueto, los que habían sido elegidos para la nueva gran expedición planeada por el hijo de Eirik se veían desbordados por los preparativos.

Las esponjas de hierro que habían llegado desde Nidaros se transformaban en las fraguas y muchos restos, una vez templadas espadas y hachas, se aprovechaban para forjar los fuertes clavos que servirían para reparar la tablazón del Gnod y otros barcos.

Nacieron unos pocos niños, pero, para desconsuelo de las jóvenes madres

primerizas, dos de ellos murieron a los pocos días, acompañando a un cansado leñador que, entre achaques, había llegado a la asombrosa cifra de setenta temporadas. También hubo que hacer un funeral para uno de los primeros colonos, uno de aquellos que se había atrevido a seguir al Rojo en su aventura inicial; fue enterrado con su barco, su caballo, sus armas, sus copas y cuernos, y recibió el respetuoso adiós de todos los del asentamiento porque era un hombre querido y respetado que siempre había hablado en el *thing* con mesura y juicio. Su primogénito heredó la hacienda; uno de los hijos menores se enroló en el Mora, obsesionado con las riquezas que le traería el monto del cobre de Jòrvik que le correspondiese. Otro de los hermanos, uno al que apodaban Costado de Hierro, decidió pedir ayuda al pudiente Starkard y conseguir fondos con los que armar una expedición de saqueo a las costas de Frisia.

Los trabajos más rezagados de los campos se finiquitaban y, además del grano almacenado, los ahumaderos terminaban de preparar las reservas para el invierno y para el avituallamiento de los navíos que partirían en primavera.

Un mercader retrasado, el último en llegar de la temporada, había traído bonitas cuentas de colores y algo de ámbar, pero lo que más interesó en la colonia del Eiriksfjord fueron las noticias sobre el nuevo *konungar*, que parecía seguir empeñado en purgar a sus enemigos valiéndose de la excusa de la nueva fe. El comerciante, agarrando su cuerno de cerveza con nudillos blancos, había comentado que la retahíla de decapitaciones había continuado. Y Eirik y su esposa habían hablado largo y tendido sobre ello. Thojdhild estaba convencida de que era necesario insistir en el tema de las conversiones y porfió hasta enfurecer a su esposo respecto a la conveniencia de conseguir un matrimonio notable de una pareja de jóvenes cristianos que enviar a Nidaros.

Los días pasaban y Assur se acostumbraba a la vida en la colonia. Se llegó a sentir como un groenlandés más, dispuesto a empezar de nuevo. Ya casi había conseguido dejar atrás la lejana Galicia, ya era más fácil para él pensar en su tierra como Jacobsland. Prácticamente había olvidado los días como esclavo, con el viejo same de escurrido gorro colorado gritándole órdenes todo el día. Incluso había aprendido a aceptar su culpa en la muerte de Sebastián, incapaz de perdonarse. Hasta podía asumir que Ilduara no sería ya más que un recuerdo, y se esforzaba por no pensar en ella, en aquella mañana en la orilla del Pambre, cuando le había traído el almuerzo y Furco la había recibido con alborozo.

Como ya había hecho con el Mora durante el invierno pasado en Nidaros, Leif procuraba que su nuevo barco estuviese a punto para la gran travesía que deseaba emprender cuanto antes. Pero el Gnod era poco más que un avejentado amasijo de tablones que los teredos habían hecho suyo, dejándolo forado y maltratado, por lo que los carpinteros tenían que esmerarse con especial cuidado para convertirlo de nuevo

en un navío fiable. De hecho, con los gastos extraordinarios que supondrían tantas atenciones, cuando los ebanistas terminasen de calafatear el barco con grasa de foca, Leif habría asumido muchas más deudas de las que hubiera estado dispuesto a reconocer, incluso para alguien que, como era tan habitual en él, atendía a los acreedores con la despreocupación de un cachorro que se mordisquea las pulgas de los costados. Sin embargo, era evidente que hubiera salido mejor parado si no se hubiese dejado llevar por la triquiñuela del roñoso Bjarni y se hubiese limitado a pagar por el derrotero que el viejo navegante había seguido hasta aquellas ignotas tierras del oeste, la compra del Gnod lo estaba arrastrando a la ruina.

Al menos, podía consolarse pensando en la expedición paralela que planeaba con el Mora, una valiosa salvaguarda que evitaría el fiasco total si en aquellas desconocidas costas de poniente no encontraba las riquezas que esperaba.

Fuera como fuese, Leif no era de los que perdían el tiempo lamentándose por futuros inciertos, y su atención estaba centrada en los preparativos del viaje que, con la entrada del verano, emprendería hacia esas costas desconocidas del oeste sobre las que no tenían más certeza que las elucubraciones del rancio Bjarni.

Era temprano y la única luz llegaba difuminada desde levante alzándose con la perezosa amanecida que vaticinaba la llegada del invierno. Hacía frío, y una ligera aguanieve se mezclaba con el espeso ambiente que despedían los calderos de los calafates. Era una mañana desapacible del final del otoño, y el calor de las hogueras ayudaba a sobrellevar el mal tiempo.

—¿Te han entregado ya los juegos de velas? —le preguntó Leif a su contramaestre.

—Sí, dos fantásticos paños de lino, como pediste. Ligeras y resistentes. Y ya están engrasadas —contestó Tyrkir con una sonrisa eficiente.

Ambos contemplaban los pucheros en los que se caldeaba la brea para el Gnod y, mezclados entre los carpinteros y aprendices, supervisaban las tareas del astillero envueltos por el penetrante tufo de la pez caliente.

—¿Y? —dijo Leif escuetamente mientras miraba el interior de la enorme marmita bizqueando por la pestilencia.

Tyrkir abandonó la sonrisa y compuso un gesto de seriedad adecuado al informe que su patrón le solicitaba con aquella sencilla pregunta.

—Son livianas, mucho —señaló en primer lugar intuyendo qué era lo que más preocupaba a su patrón—. Y el tejido es muy prieto, no se destensarán como las viejas velas de lana, no necesitaremos sujetarlas con cajeta para evitar que se embolsen demasiado, se mantendrán planas. Y no harán falta tantas escotas… —Tyrkir calló cuando se percató de que Leif había escuchado suficientes detalles, y se sintió orgulloso de saber que el patrón confiaba en su criterio.

Leif se movía para hablar con uno de los carpinteros, dejando ya de lado el tema

de las velas cuando, de improviso, giró sobre sí mismo para obligar a Tyrkir a detenerse en seco.

—Lo que me preocupa son los vientos —anunció sin más.

El contramaestre frunció el ceño, pero no dijo nada.

—No tenemos ni idea de lo que vamos a encontrarnos, y el Gnod es muy grande como para pensar en que los remos nos sacarán de apuros, sobre todo si vamos cargados.

Tyrkir estuvo a punto de apuntillar que así había sido y así sería para los hombres de mar, siempre a merced de los caprichos de Njörd. Sin embargo, comprendió que un comentario como aquel hubiera sido del agrado de Eirik, pero no de su hijo, que era un hombre mucho más pragmático y desligado de la voluntad de los dioses.

—Llevo tiempo dándole vueltas a la idea… Con vientos encarados una vela acuñada sería más práctica, podríamos jugar con ella y abarloarla a conveniencia, ¿entiendes? Habría que zigzaguear como un borracho —aclaró el navegante moviendo su mano de un lado a otro—, pero podríamos aprovechar parte del viento en contra para seguir avanzando.

El curtido contramaestre no era amigo de las novedades, y las palabras de su patrón le sonaron a chifladura.

—Pero no creo que se comportasen bien con mal tiempo, además, perderíamos empuje cuando soplase de popa… —añadió Leif encogiéndose de hombros.

A Tyrkir no le costó imaginar cómo un enclenque trapo acuñado bailaría como una gallina chocha en una galerna de aquel océano del norte que tanta veces había navegado. Casi pudo oír como las escotas del pujamen se partían restallando como látigos.

—Quizá habría que añadir otro mástil, y así tendríamos ambas cosas… —dijo Leif con expresión meditabunda antes de echarse a andar de nuevo hacia el maestro carpintero.

El contramaestre sabía muy bien que tales vacilaciones no eran habituales en su patrón. Leif podía parecer atolondrado y despreocupado, pero era un patrón juicioso que sabía leer las aguas y los vientos con increíble intuición y destreza. Hasta ahora, por descabellada que pareciese la travesía, siempre había llevado a sus hombres a buen puerto. Y Tyrkir supuso que aquellas dudas planteadas en voz alta eran el modo que Leif tenía de exorcizar sus temores ahora que el día de la botadura se acercaba.

—Cuando regresemos tenemos que hacer algunas pruebas, ¡puede que funcione! —concluyó el patrón justo antes de ponerse a hablar con el carpintero sobre los trabajos de calafateado.

Tyrkir se arrebujó en la piel que se había echado sobre los hombros y, venciendo un escalofrío que le traía la edad en aquella helada mañana, aguardó con el respeto debido; esperando por si era requerido por su patrón. Y, mientras lo veía hablar con el

artesano, siguió dándole vueltas a la propuesta de Leif, cuanto más lo pensaba, menos irrisoria le parecía la idea.

Era evidente que aquella era una travesía muy importante para Leif. Hasta ese día, Tyrkir no lo había visto jamás inspeccionar personalmente hasta el último de los preparativos de un viaje. Y es que, hasta que la estrambótica idea de lanzarse en busca de aquellas tierras desconocidas de poniente había nacido, Leif había confiado más en su pericia y habilidad que en cualquier otra cosa, dispuesto a hacerse a la mar en una cáscara de nuez sin más compañía que una sonrisa y el buen humor de un muchacho el día en que prueba el *jolaol* por primera vez, por muy negros que fuesen los nubarrones del horizonte, sintiéndose capaz de que el viento rolase a su antojo para no tenerlo jamás de proa. Pero ante la proximidad del nuevo viaje, el contramaestre comprendió que llegar a aquellas costas era, precisamente, lo que Leif había esperado toda su vida; regresar del oeste anunciando nuevas tierras ricas en bosques lo convertiría en un digno hijo de Eirik el Rojo, merecedor de que sus hazañas se cantasen en las sagas, y Tyrkir comprendió las ansias preocupadas del patrón.

El Sureño sonrió paternalmente y se dispuso a avanzar al encuentro de Leif, que seguía discutiendo los detalles de la reparación del Gnod con el carpintero, cuando oyó a sus espaldas que alguien llegaba.

—¡Menuda peste! No me extraña que oláis como una porqueriza cuando regresáis del mar…

Tyrkir se giró para descubrir la rotundidad de Thojdhild, que lo miraba con pardos ojos serenos al tiempo que se taponaba la nariz con una mano y asentaba el pulgar de la otra en el lazo de los cordones de su faltriquera.

—Dile a mi hijo que venga, he de hablar con él, ahora mismo, no pienso esperar aquí y permitir que este tufo se me agarre al cabello y a la ropa.

El Sureño asintió y fue a hacer lo que le ordenaba la mujerona.

Cuando Leif llegó hasta donde su madre esperaba, la matrona ya había empezado a moverse y el patrón la siguió tras lanzarle una sonrisa cómplice a Tyrkir, una pícara expresión en la que dejaba claro que solo el buen humor le permitía sobrellevar que la *husfreya* lo siguiese tratando como a un crío.

El contramaestre dejó a la pareja adelantarse y echó un vistazo distraído al horizonte. El chubasco de aguanieve amainaba y Tyrkir comenzaba a alimentar sutiles esperanzas para sus doloridos huesos ante el día que empezaba a clarear cuando, sin poder evitarlo, escuchó algo que no se suponía que debía haber escuchado.

—¿Qué sabes de ese arponero sureño, ese tal Ulfr?

—A veces, cuando callas, te tocas la muñeca… Como si buscases algo que ya no está ahí…

Assur miró una vez más aquellos ojos trigueños en los que adoraba naufragar y agitó la cabeza con pesadumbre. Siempre atesoraba con pasión todos los momentos que podía compartir con Thyre, pero ese día, algo que Tyrkir el Sureño le había dicho por la mañana le estaba robando la ilusión.

—Hay faldas que es mejor no desatar, puede que ya tengan dueño… —había comentado el contramaestre con retranca, sin venir a cuento.

Había sonado como una clara advertencia. Más por el severo tono paternalista que por las palabras en sí.

En el ajetreo de la mañana habían pasado el uno al lado del otro, ni siquiera se habían saludado, con el tiempo justo para que uno hablase y el otro escuchase. Y Tyrkir había seguido camino, volviendo hacia la *skali* de Brattahlid desde la atarazana de los calafates al tiempo que, en voz alta, comentaba algo sobre la puesta a punto del Gnod con Halfdan, como si lo que le había dicho al hispano no tuviera importancia. Y el arponero se había quedado con un pie atrás en un paso pendiente, turbado. Rumiando aquel consejo con visos de amonestación.

Y Assur había seguido mordisqueando las aristas de aquellas palabras del contramaestre durante todo el día. Y ahora, junto a Thyre, el amargo sabor que le habían dejado se empeñaba en estropearle el momento.

Esa tarde, sentados sobre una vieja piel de oso que Assur había llevado consigo, contemplaban el tendido ocaso del norte sobre el horizonte cobalto del océano, delineado entre las curvas abruptas de los agadones de la costa. Ella aguardaba. Él, abstraído, meditaba.

Assur y Thyre habían cruzado palabras entrecortadas que los habían ayudado a saber cuánto desconocían el uno del otro. Habían descubierto algunos de sus secretos más íntimos y, escapando cada uno a sus obligaciones, habían aprendido a convertirse en confidentes encontrándose en los rincones más disimulados, ansiosos por tener algo de tiempo para ellos solos. Como esa tarde.

El cielo, tras el aguanieve con que había levantado el día, aparecía ahora diáfano y limpio, como la casa de un ama hacendosa. Las jornadas eran ya muy cortas, faltaba poco para que el *einmànathr* coronase el invierno, y las brisas enfriadas del final del día lo atestiguaban. El aire olía al salitre empreñado de las esencias de serbales y enebros, muy de fondo se percibían los aromas de las bayas maduras del final del otoño.

Podrían haber disfrutado de la mutua compañía, pero aquellas palabras del Sureño habían estropeado la alegría del hispano por poder encontrarse con la mujer que había despertado en él sentimientos tan profundos como no recordaba. Assur sabía, ella se lo había dicho, que el viejo Bjarni, confabulado con Thojdhild, parecía empeñado en encontrarle un marido. Sin embargo, hasta aquellas palabras de Tyrkir, Assur no había pensado en ello con detenimiento. Era más fácil obviarlo.

Ahora se sentía agobiado, con las entrañas tensas como una vejiga reseca cubriendo un tragaluz.

—¿Estás bien? —insistió Thyre preocupada ante la falta de respuesta.

Assur tampoco contestó, seguía mirando el horizonte. Y ella, inclinándose para recoger sus pies descalzos bajo sus muslos, reunió el valor suficiente para acercar su mano hasta la del hispano.

Thyre dudó, ansiosa por dejarse llevar y preocupada por el rechazo. Después de juguetear tímidamente con la apolillada pelambrera de la piel, reunió el coraje que necesitaba y revoloteó con sus dedos sobre el dorso de la mano de Assur. En cuanto sintió el contacto, el hispano se giró hacia ella y la miró con intensidad.

La joven vio aquellos ojos que la escudriñaban y temió haber hecho algo incorrecto, se sintió amedrentada y notó cómo el rubor cubría sus mejillas. Quiso retirar su mano, pero Assur se lo impidió apresurándose a tomar entre los suyos aquellos delicados dedos.

Ella, abochornada, bajó el rostro y apagó sus ojos en el raído cuero. Y un pequeño escarabajo que se esforzaba por atravesar el laberinto de la vieja pelambre se convirtió en el centro de su mundo mientras el corazón amenazaba con romperle el pecho.

Assur la miró, embriagándose de ternura. Rizos desmañados caían ocultándole el rostro, y la línea limpia de la frente recortaba su perfil entre aquellos reflejos pajizos, en el puente de la nariz bailaba un destello de la puesta de sol, y las suaves curvas de los labios se combaban con evidente tensión. Entre los cabellos se veía un delicado lunar que moteaba la suave piel nacarada de su cuello, y Assur tuvo que reprimirse para no besarla justo allí. Inclinado sobre el nacimiento del pecho pendía un collar de coloridas cuentas de vidrio que oscilaban al ritmo de la agitada respiración llenando el aire con un frágil tintineo hipnótico.

Thyre no se atrevía a mirar a aquel hombre que le había enseñado a desear que su ropa se disolviese en un suspiro, a anhelar que él fuese la imagen de sus sueños. No lo veía, sin embargo, podía sentirlo, tan cerca y tan intensamente que dolía. Sus manos vigorosas recogían la suya con la delicadeza justa para poder refugiarse en toda aquella fuerza, contenida con la ternura necesaria para evitar dañarla. Su olor la abrazaba haciendo que sus piernas se estremeciesen.

Él soltó una de sus manos y tomó el frágil mentón de ella con delicadeza. Thyre sintió la piel maltratada de la cicatriz y, de improviso, notó un calor irrefrenable que le inundaba el rostro. El tacto era rudo, pero le gustó, y le gustó porque aquella cicatriz era él, un pedazo de él, era una parte de aquel hombre al que estaba aprendiendo a amar, con esa y con todas las imperfecciones que lo hacían único. Único y suyo.

La presión de la mano de Assur aumentó y ella se dejó hacer. Cuando alzó el

rostro vio aquellos ojos que sabían a mar y se sintió perdida. Por un momento sintió un dolor insondable atravesarle las entrañas, por un instante imaginó lo que supondría no volver a ver aquellos ojos jamás y casi pudo oír el silbar del viento zumbándole en los oídos mientras caía desde el más alto acantilado del norte.

—Viajaba hacia el norte, intentaba llegar a Nidaros… —dijo Assur en tono meditabundo, soltando a la joven para masajearse la muñeca—. Una tormenta me sorprendió, y no tenía donde refugiarme…

Thyre quiso decirle que no hacía falta que diese explicaciones, que no le importaba, pero el hombre calló repentinamente.

Él sentía deseos de trazar los rumbos que unían las constelaciones que las pecas formaban en aquellas suaves mejillas. Más aún, necesitaba tocarla, fundirse en su piel, hundir el rostro en su melena. Y no tuvo más remedio que dejarse arrastrar por la sinceridad que su alma deseaba liberar.

—No, no es así…

Ella solo miraba.

—Yo tengo…, tenía una hermana…

Y Assur contó su historia y se sintió agradecido por aquel silencio comprensivo con el que ella supo regalarle.

Salió a borbotones como la corrupción supurante de una herida infectada. Y fue doloroso.

Leif había escuchado gran parte de aquellas mismas palabras, pero esta vez Assur dejó escapar todo el dolor, toda la amargura que su alma había apresado con codicia a lo largo de tantos y tantos años. Le habló de la pequeña granja de Outeiro y de la apacible y olvidada vida que había quedado allí, en la ribera del Ulla. Contó cómo la hiel había subido a su garganta al descubrir en aquel escondrijo entre las piedras que Ilduara ya no estaba, le describió el abrumador peso de la responsabilidad. Le habló de aquellas tumbas sin nombre que habían quedado abandonadas. Explicó cómo había dejado con Ezequiel el pequeño carro de juguete.

Assur se desahogó rompiendo una vieja presa que rezumaba bilis indigesta. Thyre lo escuchó. Él pasó una y otra vez del alivio a la pena y comprender tanto sufrimiento hizo que temblorosas lágrimas cohibidas se desprendieran desde las largas pestañas de ella. A él la voz se le trababa con los recuerdos más ingratos.

También le habló de Gutier, de su paciencia, de cómo descubrió la importancia del honor y la camaradería; del abrigado cariño de Jesse, y de cómo se sintió al tener que guardar el secreto de la traición de Weland; y de sus tiempos más oscuros, cuando el alcohol y las reyertas en las tabernas de Nidaros se convirtieron en sus únicos amigos, cuando toda esperanza de encontrar a Ilduara se disolvió en el rencor que nació de la aceptación de la muerte de Sebastián.

Se hizo tarde, tan tarde como para que el frío de la noche los obligase a acercarse

más, y como para que ella olvidase que hacía mucho que debía estar ya en la hacienda.

Y Assur solo se guardó una cosa. No dijo nada sobre el comentario que Tyrkir había hecho en la mañana. Pero como Thyre comprendería años más tarde, él siempre pensaba en protegerla.

Cuando él calló con un prolongado suspiro, ella acercó su rostro, deseando apresar con sus labios la boca de aquel hombre.

—Y entonces apareciste tú… —concluyó Assur mirándola una vez más a los ojos.

Fue un beso dulce, lleno de ansiosa pasión y urgente necesidad. Torpe al principio porque su deseo los nublaba, pero dominado pronto por la devoción que atesoraban el uno por el otro. Fue un beso que tachonó la luna y las estrellas del horizonte impidiéndoles recorrer el cielo para marcar el paso del tiempo; largo y sostenido, y, aunque al principio solo jugaron con sus labios, sus bocas se abrieron pronto generosas y sus lenguas descubrieron sabores soñados en noches de soledad.

Ella lo rodeó con los brazos y se emborrachó con la cálida protección que sintió al verse correspondida, arropada por el abrazo de él. Ambos se vieron envueltos en la cálida sensación de haber regresado; sin saberlo, se habían estado buscando y ahora, por fin, se encontraban.

Se exploraron ansiosos, dibujándose arabescos en los surcos de sus cuerpos con las yemas de los dedos, repartiéndose caricias impacientes que los estremecieron. Sus manos tocaron melodías de complicados acordes divinos, erizando el vello, provocando escalofríos de placer.

Thyre dejó que él acallase sus miedos con pacientes palabras cariñosas y pronto intuyó que Assur, de un modo especial y único, se refrenaba sin rogarle nada que no esperase con toda su alma. Él le enseñó qué significaba sentirse una mujer deseada. Ella descubrió cómo la humedad la inundaba, convirtiéndola en una alcancía lista para llenarse hasta rebosar, y también averiguó lo que hacía de él un hombre, lo notó firme y palpitante bajo las ropas y se excitó aún más al escuchar cómo él gruñía de placer y se apretaba contra su mano.

Assur venció su batalla con las capas de tela y rebuscó con sus dedos hasta intentar contener el manantial que de ella brotaba, y mientras se esforzaba por mantenerse lo suficientemente sereno como para no verse arrastrado por la pasión enfebrecida que se desbocaba en su interior, usó su mano libre para conseguir que el blusón se elevase y los rotundos pechos de ella se endureciesen al aire frío de la noche.

Eran grandes y llenos, colmados, y él los besó, rodeándolos con sus labios y dejando en ellos el rastro brillante de las huellas de su boca. Y cuando él mordisqueó uno de aquellos frutos maduros que coronaban las areolas, a Thyre se le escapó un

grito en el limbo entre el dolor y la pasión.

Él alzó el rostro y vio como la punta de su lengua rosada asomaba por entre los labios fruncidos, la curva de su mentón, la piel tensa de su garganta, y la vio tan bella como la esperanza de un reencuentro, tan bonita como las flores de un cerezo entre la nieve de primavera.

Ella inclinó la cabeza y descubrió los ojos de él mirándola con ternura. Y lo que vio dio sentido a los versos de los escaldos, eran las lunas de su rostro. Y también vio en ellos algo dulce y profundo que borró aquella tristeza adusta que los envolvía a diario.

Assur insistió una y otra vez, diciéndole que no tenían por qué continuar, asegurándole que aquello que estaba naciendo entre ellos viviría eternamente. Y ella sintió la certeza que necesitaba para seguir adelante.

Los oídos de cada uno se llenaban de los gemidos del otro, sus pieles se llamaban con pasión desesperada haciendo que sus cuerpos ardiesen como ascuas al viento.

Assur la invitó a montar sobre él, dejándole a ella decidir el momento y la fuerza adecuados.

Y cuando sus cuerpos se encontraron por fin como uno solo, el lejano rumor del oleaje del mar les dictó el ritmo al que debían mecerse.

—¿Qué sabes de ese arponero sureño, ese tal Ulfr?

Leif, sorprendido, no respondió. Su madre lo miraba con severidad, calibrando la reacción de su hijo. Fue un silencio incómodo en el que Tyrkir disimuló como pudo el haber oído aquella pregunta, intentando retrasarse unos pasos más y luchando contra su curiosidad. Tras unos instantes, Thojdhild asintió, más para sí misma que para su interlocutor.

—¿Cómo van las cosas? ¿Tendrás todo a tiempo? ¿Quieres que me encargue de preparar unos cuantos barriles de salmuera para alguna conserva? —dijo finalmente la *husfreya* de Brattahlid.

Leif parpadeó intrigado. Y aunque tampoco contestó, Thojdhild no protestó.

Habiendo dejado resueltos sus asuntos con carpinteros y calafates, el patrón pensaba en regresar a la hacienda para dedicarle algo de su tiempo al avituallamiento y otros pormenores, pero Thojdhild se había adelantado plantándose allí, disimulando con excusas que sonaban a falso desde la primera palabra. Ahora caminaban cara a la hacienda y el hijo se preguntaba qué tramaría la madre, no era habitual en ella preocuparse por los detalles de una expedición a no ser que tuvieran consecuencias políticas y Leif sabía que, solo si efectivamente traía noticias de nuevas tierras, su madre se interesaría sinceramente. Y, más que ninguna otra cosa, Leif se cuestionaba sobre cuánto sabía su madre sobre el pasado de su amigo.

—Tu padre no podrá acompañarte, la situación política es delicada, y no podemos permitirnos que el señor de Groenland ande dando tumbos por el mundo…

El navegante, que hubiera esperado algo más de disimulo para arreglar el brusco comienzo de la conversación, quizá alguna pregunta más sobre las cecinas o los ahumados que pensaba cargar, quedó sorprendido por la franqueza de la matrona. Estaba a punto de objetar algo cuando su madre se le adelantó y regresó una vez más, incapaz de contenerse, al asunto que la había llevado hasta la pestilencia de los calafates.

—¿Qué sabes de ese Ulfr?

Leif quiso protestar pidiendo algo de tiempo, empezaba a sentirse acosado, pero Thojdhild no le dio oportunidad.

—¿Es germano? ¿Y su familia? ¿Quién es su padre?

Definitivamente, la matrona estaba siendo algo más directa de lo habitual en ella.

Leif percibía el apremio en las palabras de Thojdhild, y se amoscó enseguida. Su madre bien podía entrometerse sin haber sido invitada, no era raro en ella. Pero como los años le habían enseñado, los eternos tejemanejes de Thojdhild en las sombras solo podían significar una cosa: que a la matrona se le había metido algo en la cabeza y no cejaría en su empeño. Sin embargo, antes de contestar, había compromisos de sinceridad y confianza que valorar. Y Leif, aunque dicharachero y aparentemente despreocupado, no era de los que se dejaban coger en un renuncio con facilidad.

—Pues no sé mucho —mintió Leif decidiéndose por la neutralidad entre el deber hacia su madre y la lealtad hacia su amigo—, se ganó su puesto en el Mora con una apuesta…

Thojdhild interrumpió a su hijo con un bufido de desagrado decorado con aspavientos que dejaban bien claro lo atolondrado de la idea y lo harta que estaba de que los hombres que la rodeaban tomaran decisiones tan importantes a partir de juicios tan ridículos. Y aprovechó los ademanes para intentar despegarse el tufo de la brea, que todavía los rondaba.

—Ya sé, ya sé… Pero y su familia, ¿quién es su padre? ¿Desciende de algún *jarl*? Aunque sea sviar…

La mujer terminó la frase con una entonación que demostraba el poco respeto que le merecían las tribus del este.

—Espero tenerlo todo listo para antes de la primavera, quiero partir en cuanto mejore el tiempo —dijo Leif dándose un instante para pensar en el modo de evitar hablar más de lo debido—. No sé, la verdad —terminó por contestar el marino ante los gestos de apremio de su madre—, cuando un nuevo tripulante se enrola, me preocupan más sus habilidades que su pasado…

Thojdhild, como la mayoría de las mujeres del norte, además de casarse con uno, había parido y criado a hombres que habían dedicado la mitad de su vida al mar, incluso había conocido a muchos que la habían perdido en las frías aguas del océano de los grandes hielos, y sabía que su hijo mentía. Un buen patrón era el padre, el

confesor y el amigo de todos sus hombres, era su obligación conocerlos y hacerlo bien, porque, como sabía la mujerona, el único modo de mantener la autoridad de una forma duradera era ganarse la confianza de todos y cada uno de los de a bordo. Y a ella le constaba, con orgullo, que su hijo era uno de esos líderes capaces y templados que mantenía la disciplina y el respeto gracias al conocimiento que tenía de sus tripulantes.

Por un momento sintió un leve deje de orgullo, su retoño medía el impacto de sus palabras valorando las consecuencias políticas, quizá había por fin madurado y era capaz de ver más allá de la gloria de expediciones imposibles. En cualquier caso, las evidentes evasivas de Leif la pusieron sobre aviso, si hasta el momento había considerado la idea de cambiar sus planes, aquellas palabras le hicieron desechar la iniciativa de plantear un compromiso entre Thyre y Ulfr. Los había visto hablar en la hacienda, y le daba la impresión de que los dos jóvenes se llevaban demasiado bien; si el enigmático ballenero tuviera un linaje del que enorgullecerse, ella hubiera podido decantarse a favor del arponero en lugar de Víkar, demasiado ansioso desde que su padre le había hecho ver lo que se esperaba de él. Pero Leif sabía algo que no quería contarle, un secreto inconfesable de su amigo, y esa certeza fue suficiente para abandonar esa posibilidad. Era obvio que, si quería organizar un matrimonio cristiano entre notables groenlandeses que pudieran servir de embajadores en Nidaros, el tal Ulfr no podría ser uno de los contrayentes; si no, ¿a qué venía el silencio de su hijo?

—Como quieras…, tu silencio es también una respuesta. Como quieras… Pero deberías decirle que se mantenga alejado de la sobrina de Bjarni —añadió de sopetón —, me parece que últimamente le ha estado prestando demasiada atención.

Tyrkir fingió no haber oído y se pasó una mano distraída por la dolorida articulación de su cadera.

Leif miró de reojo a su madre, sopesando con cuidado el significado de lo que la *husfreya* le decía, pero ya estaban llegando a Brattahlid y Thojdhild se desvió para hablar con las muchachas a su servicio sin darle oportunidad de réplica a su hijo.

El ajetreo de la mañana se notaba en las idas y venidas de las gentes de la hacienda. Tyrkir, que había caminado tras Leif y Thojdhild, guardó ahora una distancia prudencial; listo por si el patrón llamaba, pero dejándolo a su aire para rumiar las palabras de la matrona.

De entre los que salían de la granja, el Sureño vio a Halfdan y, pensando en tareas más prácticas, aprovechó la ocasión para desviarse sin tener que dar explicaciones. Cuando llegó hasta el Rubio le ordenó que volviese a revisar el trabajo de los calafates que se estaban ocupando del Gnod. Y en ese instante vio a Ulfr.

Le había tomado cariño al silencioso ballenero de profundos ojos azules, le gustaba aquel Brazofuerte que se había hecho merecedor de su respeto a base de obedecer, callar y hacer bien lo que se le ordenaba; y no pudo evitar advertirlo. Lo

que acababa de oír podía tener consecuencias para Ulfr, y no supo prescindir del impulso de tener un gesto hacia aquel que había cruzado las aguas del océano a su lado.

Desde el aviso del Sureño, haciendo malabares para evitar que Thyre se preocupase, Assur había procurado mantener su relación, que crecía día a día inflamada por la ilusión, en un difícil plano discreto. Y, a lo largo de las semanas, siempre había intentado que sus encuentros se sirvieran del disimulo de las afueras del fiordo, aportando excusas vanas si surgían preguntas. Algo que a cada ocasión les iba sabiendo a menos, pues cada día se necesitaban y deseaban con más y más premura. El problema era que ambos desconocían que el tiempo del que disfrutaban se debía única y exclusivamente a la avaricia sin medida de Bjarni, que no parecía dispuesto a ceder a su sobrina a no ser que la recompensa que esperaba escamotear fuera memorable. Algo que estaba sacando de sus casillas a Víkar, que, encantado con la idea de contraer matrimonio con Thyre y tener la oportunidad de representar a la colonia en la corte de Nidaros, solo se contenía cuando su padre le recordaba con machacona insistencia que el buen nombre de su linaje lo obligaba a mantener las apariencias.

La primavera se anunciaba con timidez, y los nuevos amantes, ajenos a la impaciencia de Víkar, no eran los únicos que se sentían llenos por los cambios que empezaban a mostrarse. Las brisas revolvían la vegetación del fiordo y los arroyos bajaban estruendosos, henchidos por el deshielo. Además, los preparativos para la partida del Gnod, destacada ante cualquiera otra de las expediciones que se gestaban, revolucionaban la colonia. Todos se contagiaban del alegre impulso con el que Leif, que apenas podía pensar en otra cosa, ultimaba su gran viaje. Incluso el viejo Eirik dejaba más a menudo su manido peine para presumir de que su hijo le había pedido que lo acompañase a descubrir las ignotas costas de poniente, se le llenaba la boca hablando de los grandes bosques de altos árboles desde los que traerían madera.

Pero Thojdhild no se dejaba contagiar del alborozo debido al cambio de estación, y tampoco se sentía atraída hacia el jolgorio con el que los marinos pensaban en sus próximas travesías. Ella estaba mucho más preocupada por lo que pudiera llegar desde Nidaros, temerosa de que, desconfiando fácilmente de la labor del borrachín Clom, el *konungar* enviase más emisarios a Groenland. Las conversiones a la nueva fe no marchaban tan bien como la matrona hubiera deseado, la figura del Cristo Blanco, aun a pesar de los sobornos ofrecidos entre sonrisas, no lograba calar tan hondamente como Thojdhild pretendía. Y, para su disgusto, su marido, tentado por recuperar las glorias del pasado, pensaba más en lo que le prometía la próxima aventura de Leif que en la delicada situación política en la que se podían ver comprometidas las colonias de las *tierras verdes*. Sin embargo, ella no olvidaba las penurias del exilio y la vergüenza de la huida, y no pensaba permitir que existiese la

más mínima posibilidad de que el entronado Olav pudiese llegar a albergar tan siquiera una leve duda de la lealtad de los asentamientos groenlandeses.

Tenía que ocuparse de que su esposo dejase a un lado sus ambiciones infantiles y rigiese sus dominios. Y tenía que ocuparse de concertar de una vez aquel matrimonio.

—Pero yo quiero ir, quiero llegar hasta esos enormes bosques, y espero que haya pelea —dijo Eirik el Rojo con los ojos encendidos y blandiendo su peine de asta como si fuera un puñal.

A Thojdhild se le escapó una sonrisa tierna, el paso de los años había avejentado el cuerpo de su esposo, haciéndolo propenso a los achaques y al dolor recurrente de las viejas heridas de batallas pasadas, pero ese mismo devenir del tiempo parecía haber rejuvenecido sus ansias de gloria. Sin embargo, la matrona sentía el peso de las responsabilidades de un modo más acuciante.

—Y ¿qué pasará si Olav Tryggvason envía a un senescal mientras estás embarcado? ¿Quién responderá ante él?

Eirik sabía que su esposa tenía parte de razón, pero estaba demasiado ilusionado como para renunciar a sus expectativas.

—Además, ¿de qué crees que se hablará en las colonias si no estás aquí cuando haga falta?

El Rojo se dio cuenta de que su autoridad podría verse menoscabada si, en su ausencia, tenía que delegar en otro de sus hijos o en alguno de los notables de los asentamientos, muchos no lo verían con buenos ojos, especialmente, si algún enviado del *konungar* aparecía.

—Debemos ocuparnos de hacer que el culto al Cristo Blanco sea más presente, hay que acabar de levantar la iglesia, y hay que concertar esa boda de la que hemos hablado, tenemos que prepararnos… No podemos permitirnos que el *konungar* dude de nuestra lealtad, y no hay tiempo para que te dediques a navegar hacia lo desconocido.

Eirik rastrillaba sus rebeldes greñas con aire pensativo. Como tantas otras veces a lo largo de los años, su esposa tenía razón, pero a él le costaba dar su brazo a torcer.

Thojdhild sabía que tenía que ofrecerle una salida orgullosa a su esposo, de no ser así, jamás cedería.

—Basta con que cuando llegue el momento de embarcarte tengas algún percance que te impida viajar, todo el mundo lo entenderá… Podrías simular algún achaque…

Eirik insistió en las patillas con gesto contrito.

—Podrías caerte del caballo…

El Rojo suspiró y afirmó levemente con la cabeza.

Thojdhild no pensaba permitir que la tacañería de Bjarni, o los mal disimulados melindres de Starkard, empeñado en ocultar las ansias de su hijo al tiempo que

procuraba aparentar que la encomienda de que Víkar representase a la colonia en la corte lo hacía henchirse de orgullo, pudiesen coartar la estratagema que había ideado para evitar cualquier posible resquemor del *konungar* hacia las colonias de Groenland.

En las últimas semanas había dejado que ambas familias rumiasen sus protestas y alegaciones, dándoles tiempo y esperando que unos temiesen perder la oportunidad de cobrarse un favor del propio Eirik el Rojo, y que el otro pudiera arrepentirse de no llegar a recibir parte de los bienes de la suculenta dote que podía llegar a acordarse, inflada por el aporte que se haría desde los arcones de Brattahlid. Pero, con la cercanía de la primavera, Thojdhild quería que el asunto quedase resuelto, antes de que, desde Nidaros, pudiesen llegar noticias de Olav.

Y, aunque durante un tiempo, especialmente mientras las celebraciones del Jolblot que la habían mantenido ocupada, Thojdhild no había prestado tanta atención como hubiera deseado a la joven Thyre, ahora pensaba retomar sus obligaciones al respecto.

La había visto cruzar sonrisas que sabían a coartada cómplice con el nuevo tripulante de su hijo, y aunque había intentado averiguar si el tal Ulfr podría llegar a sustituir a Víkar como prometido, no las tenía todas consigo. El curioso ballenero no parecía una buena opción, incluso si ella y su esposo lo patrocinaban proporcionándole fondos con los que presentarse al compromiso de manera digna, correspondiendo a la altísima dote que Bjarni reclamaba, el recién llegado no dejaría de ser más que un paria, y su compromiso no resultaría significativo políticamente. En cualquier caso, como buena ama de casa, Thojdhild sabía que hacían falta todos los granos para llenar el saco, por lo que en los últimos días había estado esperando una oportunidad para poder ahondar un poco más en el tema, pero no había surgido. Sin embargo, esa tarde el único que podía revelarle algo más sobre el enigmático arponero se cruzaba en su camino.

—¡Halfdan! —llamó la matrona al Rubio desde el otro lado de los muros de Brattahlid cuando lo vio pasar hacia los astilleros.

No necesitó mucho para hacer hablar al lenguaraz ballenero, que parecía dispuesto a vender su alma si con eso se granjeaba algo de atención. Al poco de la conversación, y a pesar de las frecuentes referencias autobiográficas de Halfdan, la matrona ya había obtenido la información que deseaba.

La llegada a Nidaros de Ulfr había sido mucho más interesante de lo que hubiera podido imaginar.

Assur la vio acercarse con una sonrisa en los labios que se anunciaba forzada y falsa, compuesta como el cincelado brusco de un mal artesano en una piedra demasiado dura.

El hispano había estado mirando las llamas del gran fuego que dominaba la *skali*

de Brattahlid, recordando el largo y dulce beso con el que se había despedido de Thyre aquella tarde. Había estado pensando, su hogar empezaba a intuirse en las huellas que sus denodados esfuerzos dejaban en la tierra del cabo que había elegido para labrar una vida. Había estado soñando, pero ahora se forzó a componerse serio y tieso, tuvo el tiempo justo para albergar un terrible presentimiento.

En cuanto llegó hasta Ulfr, la boca de Thojdhild rechinó.

—Así que tú eres el que consiguió acertar a ochenta yardas…

Assur se encogió de hombros.

A su alrededor los *thralls* iban y venían, las muchachas al cargo de Thojdhild se preocupaban de los preparativos de la cena. Una de ellas tejía lana teñida de gris con infusión de aliso. Otra eliminaba las habas picadas de entre las que tenía extendidas ante sí sobre una esterilla.

—Mi hijo habla a menudo de ti, parece ser que te tiene en gran estima —añadió la matrona girando levemente el rostro; las palabras se le desprendieron con un tono que Assur no supo descifrar—, precisamente, hace unas semanas estuvo hablando con su padre sobre tus pretensiones…

A uno de los esclavos se le cayó un cubo hecho con corteza de abedul y el líquido que contenía se desparramó salpicando a los que pasaban, pero Thojdhild no se molestó en protestar, solo echó una mirada despectiva al desaguisado y volvió a centrar su atención en el antiguo arponero.

—Está muy bien que quieras unirte a nosotros, todo nuevo colono es bien recibido. Y Leif nos ha comentado que has elegido un bonito lugar a apenas medio día de marcha…

Assur se retrepó en el banco y se tocó la muñeca con aquel gesto que no conseguía olvidar.

—Estoy segura de que tendrás una hacienda preciosa. El marfil de morsa es un género muy bien pagado, y no hay muchos que se atrevan a ir a buscarlo tan al norte. —El ballenero asintió con suspicacia—. Y no creo que haya problemas en el *thing*, estoy convencida de que Eirik avalará tu petición. Después de la asamblea del verano podrás considerar esos terrenos como tuyos, serás un *bondi* de pleno derecho, un hombre libre que trabaja su propia granja.

Al arponero no le gustó el tono, y temió las segundas intenciones que evidentemente ocultaba la mujer.

—Sería una pena si alguien encontrase algún motivo para oponerse a tu alegato en el *thing*, una verdadera pena…

Assur miró fijamente a la matrona.

—… Es curioso, he estado hablando con Halfdan —el hispano notó como se le tensaban los músculos de la espalda, los puños se le cerraron sin que pudiese evitarlo —, y me ha contado algunas cosas sobre vuestras andanzas en Nidaros.

El ajetreo de la *skali* crecía a medida que la hora de la cena se acercaba, ya había espetones que siseaban grasa sobre el fuego, y los caldos borboteaban en los pucheros que colgaban de las espernadas que pendían de las vigas del techo.

Al hispano no le costó imaginar la boca suelta de Halfdan hablando más de la cuenta. El Rubio era un bravucón lenguaraz de orgullo desmedido al que no le resultaba difícil encontrar palabras inmensas para relatos pequeños.

Thojdhild calló el tiempo suficiente para dejar que sus palabras calasen y, como vio que Ulfr no parecía dispuesto a decir nada, decidió pasar a un ataque mucho más directo.

—Las palabras de Halfdan son suficientes para dudar de tu condición de hombre libre. Antes de que se rumorease sobre tu origen germano o sviar, muchos en Nidaros llegaron a pensar que eras un esclavo huido. Y supongo que eres consciente de que, aunque ningún señor llegase a reclamarte —dijo la matrona marcando cada palabra —, una declaración así sería suficiente para que la asamblea no te concediese las tierras que ansías. Tendrías que esperar hasta que pudieses presentar a otros hombres libres que atestiguaran tu condición, ¿lo entiendes?

Assur porfió en su silencio, todavía no estaba seguro de adónde quería llegar la señora de Brattahlid.

Thojdhild, ávida por terminar, dio la última puntada.

—Sin embargo, es posible que todo el asunto se, digamos, olvidase…

El hispano dudó.

—Si hicieras lo que debes…

Alguien rio a lo lejos y Tyrkir cruzó el umbral hablando con uno de los hombres de Leif.

—Si te olvidas de esa muchacha… Yo misma me encargaría de que mi esposo velase por tus intereses en el *thing*, como bien sabes, su palabra bastaría para garantizarte los terrenos…

La matrona miró al hispano con fría intensidad y Assur no tuvo ninguna duda, aquella mujer estaba dispuesta a hundirlo en la miseria.

Y, viendo la expresión endurecida del rostro de Ulfr, Thojdhild quiso dejar bien claras sus intenciones.

—La sobrina de Bjarni está llamada para asuntos con los que tú no tienes nada que ver. Y si porfías en tu interés por ella, no solo me ocuparé de que esas tierras no sean tuyas, también le rogaré a mi esposo que te expulse de Groenland y te obligue a regresar a Nidaros. No puedes probar que eres un hombre libre…

Assur tensó su mandíbula antes de responder.

—No renunciaré a Thyre por un pedazo de tierra. Por mí, eres libre de decirle a Eirik el Rojo que puede hacer como le plazca…

Thojdhild no había esperado aquel ataque de integridad, hubiera sido mucho más

lógico decantarse por la posibilidad de tener una hacienda propia que la promesa de un amor que solo sería eterno mientras durase. De repente se sentía como si hubiera equivocado su lugar.

Lo que la matrona no sabía era que Assur había dejado atrás demasiados seres queridos. El alma del hispano no estaba dispuesta a echar de menos a nadie más, su cupo se había alcanzado hacía tiempo, y prefería la miseria a perder a la mujer que le había enseñado a aguardar cada amanecer con la jovialidad de un niño.

—No renunciaré a ella —insistió Ulfr recordando las miradas dulces que se colgaban de los ojos trigueños de Thyre—. ¡Jamás!

Thojdhild, sin embargo, fue capaz de recomponerse rápidamente y, aunque no había esperado algo así, tenía otros modos de hacer realidad sus propósitos.

—Entiendo…

Algo cambió en la expresión de la matrona, que se mordisqueó el labio inferior con sus grandes dientes cuadrados antes de hablar de nuevo.

—Pretendes comprometerte con ella, organizar una boda, ¿verdad? Crees que podéis formar una familia sin importar si tenéis o no dónde caeros muertos… Piensas que vuestro amor es suficiente, ¿no es así?

Assur no quiso tomarse la molestia de contestar; dando el asunto por zanjado, hizo amago de levantarse, pero la mano de la mujerona se posó en su hombro para impedírselo.

—Y cuando esté sentada en el banco, durante la boda, aguardándote en la ceremonia, ¿qué regalo piensas presentarle?, ¿cuál va a ser tu pago por la dote?

El hispano quiso morderse la lengua, pero no supo guardar la dignidad del silencio y él solo se metió en la encerrona.

—A ella eso no le importa —dijo Assur, y se arrepintió de notar en su voz un deje lastimero que no supo evitar.

—Claro —contestó Thojdhild destilando un cinismo ácido que corroyó los tímpanos del hispano—, seguro. Y tampoco le importará que la asamblea os deniegue las tierras a las que aspiras, pero ¿y tu pasado?

—Ella sabe todo lo que tiene que saber —dijo él apresuradamente, midiendo sus palabras para no admitir nada más allá de lo que Thojdhild ya sospechaba.

—Por supuesto, os queréis, os amáis, no tenéis secretos… Pero ¿y su familia?… ¿Acaso piensas que Bjarni aceptaría esa ceremonia?

La matrona dejó que el silencio alborotado de la *skali* los envolviese. Cuando volvió a hablar lo hizo con una firmeza que no dejaba lugar a dudas.

—¿Eres consciente de que mi esposo es el *jarl* de Groenland? De las dos colonias —apuntilló Thojdhild con claras intenciones.

Assur entendió la amenaza.

—Vosotros os queréis, pero ¿piensas que su amor por ti será suficiente para vivir

en el exilio? —preguntó Thojdhild destilando amarguras pasadas en su voz biliosa.

Al hispano empezaban a sobrarle los detalles.

—¿Y te parece que su amor por ti será suficiente para perdonarte que toda su familia sea también exiliada?…

Assur sintió cómo algo se le encogía en el pecho.

—Eirik podría reclamarle a Bjarni por el escándalo que montó sobre el pago en marfil, podría retarlo a un duelo, o podría pedir una compensación, quizá incluso de un precio tan alto como para que las hermanas de Thyre tengan que ser vendidas como esclavas…

—Leif no lo permitiría —negó Assur entre dientes.

—Me temo que no lo comprendes, no importa lo que Leif quiera, se hará lo que mi esposo decrete, y mi esposo hará lo que yo le diga… O cambias de actitud, o me encargaré de que los que no acaben como esclavos sean exiliados, podrás casarte con ella, pero te aseguro que, antes de la noche de bodas, ella partirá encadenada hacia los mercados de esclavos de Oriente, acompañada de todas sus hermanas…

—¡Bobadas! Ni mal presagio, ni mala fortuna… Es más sencillo, las *nornas* no han querido concederme la oportunidad de buscar la gloria de nuevo… ¡Los inviernos me han ablandado los huesos!

La multitud congregada escuchaba las palabras de su señor, y Eirik, *jarl* de Groenland, rugía desde un roquedal al que sus hombres le habían ayudado a subir. Mantenía su pierna derecha estirada, envuelta con jirones de tela basta que, bien prietos, sostenían un par de tablillas que ayudaban a mantener los huesos de la pantorrilla y el tobillo en la posición correcta. La propia Thojdhild se la había vendado cuando, mientras cabalgaba desde Brattahlid al embarcadero, el caballo que el Rojo montaba se había encabritado y el señor de Groenland había acabado por los suelos entre bufidos y relinchos.

Unos pocos hablaron de malos augurios, y el nombre de Loki se mencionó por lo bajo. Pero el buen humor de Eirik parecía suficiente para disipar las dudas.

—Y si mis huesos se ablandan, ¡los de mi linaje se endurecen! Mi hijo Leif parte al oeste. Tras la estela de la gloria y la fama de toda Groenland. Parte a una travesía hacia costas ignotas de las que nada se sabe. —Bjarni sonrió con malicia, pero no abrió la boca—. Regresará con riquezas y tierras que todos los groenlandeses podremos reclamar. —Eirik vio de reojo que su esposa le hacía un gesto contenido con el mentón y el Rojo recordó algo que debía añadir—, y para loor del nuevo *konungar* Olav Tryggvasson y esparcimiento de la nueva fe del Cristo Blanco, que llegará así hasta los más escondidos rincones del mundo de los hombres.

Nunca se podía saber si los que escuchaban hablarían de más en el futuro, y había que tomar precauciones; el único mercader que había llegado hasta el Eiriksfjord siguiendo la ruta abierta por Leif el año anterior había levantado rumores. El poder y

la influencia del monarca crecían por momentos, y el juego a medias aguas que Eirik y su esposa habían planteado en un principio parecía obligado a decantarse definitivamente, ambos habían decidido insistir, al menos públicamente, en la instauración del cristianismo.

Casi todos los habitantes de la colonia escuchaban a su señor hablar, solo faltaban algunos chiquillos y mujeres. Y los pocos ancianos que ya no podían hacer otra cosa que consumirse en sus lechos esperando el desenlace final. Y todos los presentes parecían dichosos e imbuidos por las palabras de Eirik, especialmente, la orgullosa tripulación del Gnod, curtidos hombres que el propio Leif Eiriksson había elegido personalmente. La caída del Rojo les había dejado a falta de un par de brazos, pero en el último momento se les había unido alguien dispuesto a cubrir la vacante.

Ulfr se había presentado ante Leif y había sido aceptado sin una sola pregunta, y toda la tripulación confiaba en el juicio del patrón, además, muchos conocían el valor como marino del callado arponero.

Contando a Leif, al veterano Tyrkir, al timonel Bram, al bravucón Halfdan, al chabacano Tuerto, a unos cuantos colonos del asentamiento del norte hambrientos de gloria y a dos gemelos del tamaño de osos blancos que se las apañaban como carpinteros de a bordo y respondían a los nombres de Helgi y Finnbogi; aun con la falta de Eirik, sumando a Ulfr, eran un total de treinta y cinco hombres dispuestos a seguir a Leif hasta el fin del mundo. Y se habían preparado para ello, en las bodegas de Gnod habían cargado harina, salazones, conservas, armas, pieles engrasadas, sal en bruto, barriles de agua dulce y unos cuantos animales a los que habían atado las patas por si un golpe de mar los enfurecía. Estaban listos.

—No estoy llamado a descubrir más países que este en el que ahora vivo —continuó el Rojo—. Y este viaje ha terminado para mí antes incluso de partir… Pero estoy seguro de que vosotros lo conseguiréis, todos los hombres del norte hablarán de la hazaña que lograréis. ¡Vuestros nombres se cantarán en las sagas! —rugió alzando los brazos.

Y todos vitorearon. El hispano, que era el único que no parecía compartir el buen ánimo, se mantenía apartado esperando la orden de hacerse a la mar. Sentado en un pequeño repecho cercano al embarcadero, con la cabeza gacha, Assur tallaba un trozo de colmillo de morsa que había recortado, esforzándose por vaciarlo de la dura médula interior. En su mejilla izquierda todavía se distinguía el rubor de un cardenal que se desdibujaba bajo la sombra de la barba.

Una brisa se revolvió desde el mar. Los aromas de la primavera inundaban el aire anunciando el buen tiempo. El sol brillaba en un cielo limpio e impecable en el que los pájaros hacían cabriolas.

—¡Partid con la marea y no regreséis si no es envueltos en gloria!

A los hombres del Gnod se unieron los colonos y todas las gargantas bramaron

ovaciones. Imbuido del espíritu alegre, el patrón dio la orden que todos esperaban.

—¡Todos a bordo! ¡Zarpamos!

Los marinos caminaron entre las despedidas de los que se quedarían en tierra y las bromas y pullas que se lanzaban mutuamente. Ulfr permanecía silencioso y, de tanto en tanto, rebuscaba con la mirada entre los presentes intentando encontrar a alguien que no estaba allí.

Aparejaron el Gnod, izaron la gran vela de lino, limpia y reluciente. El pujamen se dobló y el paño se dejó preñar por los vientos que se alejaban de tierra firme. El pesado *knörr* zarpó jaleado por los vítores de los colonos groenlandeses. Siguiendo las órdenes de Leif, aproaron un rumbo largo, aprovechando casi todo el viento, roda a poniente. Y Bram, observando la tensión de las escotas, ajustó el timón un punto. Todos miraban hacia el océano de azul intenso preguntándose qué futuro estaban tejiendo las *nornas* para ellos. Sin embargo, Assur barrió una última vez la línea de costa con una mirada apagada y, cuando no encontró lo que buscaba, se sentó en un arcón de las bancadas y recomenzó su talla con el pequeño cuchillo de hoja curva que tanto tiempo atrás le había quitado al same.

Por el momento había hecho poco más que ajustar el tamaño y delinear los motivos principales, un pájaro de fuerte pico y diseño claramente normando; Assur llevaba demasiados años en el norte como para no dejarse influir por sus tendencias.

Una ola de mar de fondo hizo cabecear el Gnod y la punta del pequeño cuchillo se salió de la talla. Assur se cortó. No era una herida profunda, pero unas gotas de sangre empezaron a manar del pulpejo del índice derecho y, mientras las miraba, el hispano suspiró recordando.

—Ha ido muy justo, pensé que no podría llegar a tiempo —había dicho Thyre al encontrarlo—, creo que mi tío sospecha algo. Hace un par de días habló con Thojdhild y, desde entonces, está muy suspicaz, me está siempre preguntando adónde voy y qué estoy haciendo.

Assur la había mirado intentando encontrar el modo de no perderla, buscando alguna solución de última instancia que no lo obligase a renunciar a la paz que encontraba en aquellos ojos del color de la miel. Pero, como en cada ocasión en los últimos días, todas las opciones morían a manos de las amenazas de la matrona de Brattahlid. La mujerona lo había dejado claro.

Assur apretó el dedo herido contra la tela áspera de sus pantalones e hizo presión esperando detener la pequeña hemorragia. A su alrededor los hombres iban y venían, Bram mantenía el rumbo y Leif hablaba con su contramaestre Tyrkir.

—Estaba deseando verte, ¡ya han pasado dos días! —había dicho ella con una enorme sonrisa al tiempo que se acercaba ofreciendo sus labios húmedos—. ¡Te he echado de menos!

Y Assur había dejado que el dulce beso llenase su alma de esperanzas. La amaba

tanto que dolía.

Y ahora, mientras restañaba la sangre de su herida, recordaba el sabor de aquella boca que le había correspondido. Incluso le pareció sentir en su rostro la caricia de aquellos largos rizos.

Por momentos dudaba, arrepentido. Y la sola idea de que quizá había dejado malograrse la única posibilidad de estar con ella hasta el fin de sus días lo castigaba impenitentemente.

Todo estaba perdido ya, pero no podía dejar de pensar en ello. Era incapaz de olvidar y repasaba una y otra vez lo sucedido, intentando desesperadamente encontrar el modo de eludir las explícitas coacciones de Thojdhild. Pero no encontraba el modo. Y sabía muy bien que podía vivir con su propio dolor, pero que jamás hubiera podido perdonarse el haberle hecho daño a ella. Podía sobrellevar cualquier mal que se cebase en él, pero solo pensar en lo que le sucedería a Thyre cuando Thojdhild hiciese efectivas sus coerciones hacía que un espectro helado le reptase por la columna vertebral.

El aceitoso, denso y maloliente poso del dolor propio era algo a lo que estaba acostumbrado, los años le habían enseñado a tolerar esa pena honda que se acomodaba en el alma para corroerla; madre, padre, el pequeño Ezequiel, Sebastián. E incluso las esperanzas deshechas sobre Ilduara. Pero lo que nunca hubiera podido perdonarse era el daño que podría haber causado a Thyre, por eso había preferido hacer las cosas de ese modo, porque el amor que sentía le había gritado al oído su obligación, lo único importante era que ella estuviera bien. Tenía que garantizar su bienestar, y el saber que su marcha impediría que las amenazas de Thojdhild se cumpliesen era su único consuelo.

Durmió desazonado y malamente. Ni siquiera el suave bamboleo del Gnod, mecido por el oleaje, le ayudó a conciliar el sueño.

La mañana apareció bonancible. El viento soplaba favorable y no había siquiera un jirón de niebla. Eran buenos augurios y el ánimo de la tripulación, a pesar del trasiego de horizontes desconocidos hasta entonces, se mantenía alto. Leif cruzaba frases jocosas con sus hombres y todos respondían con efusividad, imbuidos por el contento del patrón. Se hacían bromas sobre monstruosas criaturas surgidas de las profundidades de aquellas aguas por descubrir y todos los interpelados respondían con bravuconería. Nadie parecía dudar del buen fin de la aventura.

Algunos aprovechaban la holganza que les regalaba el buen viento para desayunar con calma panes ácimos y salazones. Y un grupo elucubraba sobre lo que aquella travesía les depararía, ansiosos ya por arribar.

—Si sigue soplando así, llegaremos en unos pocos días —anunció Bram—. Y si aparece algún monstruo viscoso de grandes dientes queriendo comerse a Tyrkir, dejaremos que el Tuerto lo ahogue con su tentáculo —concluyó entre carcajadas

mientras dejaba colgar su antebrazo ante la entrepierna en un gesto obsceno.

Todos los que oyeron la chanza rieron y el aludido recibió palmadas en la espalda al tiempo que Tyrkir reconvenía a la tripulación con una intensa mirada. Sin embargo, Leif no protestó, le satisfacía el buen humor de sus hombres, por lo que el contramaestre prefirió callar.

El patrón seguía su ronda intercambiando frases sueltas con unos y con otros, y solo los más veteranos se dieron cuenta de que Leif asentaba los pies de distinto modo según la parte del maderamen en la que se detuviese. El patrón analizaba las respuestas del barco a los suaves embates del mar y miraba con disimulo la tensión de los cordajes y el trapo. El Gnod era un barco nuevo para él y los que llevaban años viéndolo a cargo del Mora sabían apreciar en los gestos del patrón su interés por el comportamiento del navío.

Cuando llegó hasta el hispano, que permanecía callado y sombrío, Leif detuvo su ronda y le sonrió con franqueza.

—Ya lo verás, encontraremos interminables bosques. Regresaremos cargados de altos maderos.

Assur asintió en silencio terminando de rumiar un salado arenque algo correoso.

El patrón conocía bien a Ulfr y se dio cuenta de que la apatía del antiguo ballenero tenía una profundidad nueva y distinta. Su gesto alegre mudó y se tomó unos instantes para escrutar el rostro del que consideraba su amigo.

—¿Quieres hablar sobre ello? —preguntó Leif.

Assur no respondió. No había nada nuevo que decir, como mucho, agradecer una vez más el haber sido admitido a bordo en el último instante. Atrás quedaban los sueños y solo restaba optar por la mansedumbre de la conformidad.

—¿Ha sido mi madre? —inquirió Leif recordando las pesquisas de Thojdhild sobre el hispano y arrepintiéndose al instante por no haber estado un poco más pendiente de aquel asunto.

No hubo respuesta y, mientras veía cómo su amigo se perdía en pensamientos que le eran ajenos, el patrón lamentó no haber hecho algo distinto.

La bofetada no fue lo que más le había dolido. Habían sido sus ojos, lo que había visto en ellos, aquella pena honda y franca que los oscureció.

La había perdido, y lo había hecho con incongruentes y dolorosas mentiras. Había sido un embustero. Obligado a esconder en un lugar remoto sus verdaderos sentimientos, comprometiéndose con una farsa. Había mentido porque la amaba y, por ridículo que fuese, Assur sabía que ella debía creer aquellas mentiras para salvarse de las amenazas de Thojdhild. Y él tuvo que consolarse con esa única idea: sus embustes habían sido, al fin y al cabo, para protegerla.

Se había preparado para la regañina, para recibir algún golpe más. Pero ella se había rehecho enseguida. El silencio los había envuelto con pesadez plomiza y él

pudo sentir el frío de un acero afilado royéndole las entrañas. Había esperado más protestas. Quería escucharla recriminarlo, echarle en cara su cambio de opinión, su deslealtad. Hubiese sido tranquilizador. Sin embargo, ella solo lo había mirado respirando agitadamente. Él había sentido el rubor que le cubría la mejilla, justo sobre la picazón de la bofetada. Había esperado sus palabras egoístamente, queriendo librarse de la carga de la traición, pero Thyre no había hablado, había mantenido la entereza, consiguiendo que su amor por ella creciese, consiguiendo que su dolor llenase simas profundas de su ser que creía tapiadas desde hacía años. Y Assur se sintió sucio por culpa de sus mentiras. Había deseado decirle la verdad, explicarle que ella era el aire que le faltaba cada mañana de soledad después de haberse dormido soñando con sus ojos del color de la miel. Pero, justamente porque la amaba como jamás había amado, Assur mintió.

Leif intuyó mucho de lo que pasaba por la mente del hispano. No le hacían falta las palabras que no escuchaba. Lo había imaginado al verlo aparecer de improviso rogando ser admitido a bordo. Y la sonrisa de su madre, mientras el Rojo rechazaba los malos augurios de la caída que lo había dejado en tierra, se lo había confirmado.

—El amor es como el fuego del hogar, hace falta para calentarse, pero si uno se descuida puede quemarse…

Leif hubiera querido decir mucho más, pero no sabía el qué. Le hubiera gustado encontrar palabras que explicasen lo obvio, pero se dio cuenta de que recordarle al hispano que había aspirado a tener un imposible no serviría de consuelo.

Assur seguía rememorando aquellos ojos dorados que lo habían mirado con tanta tristeza, llenos de una amarga decepción. Había querido explicarse, excusarse, hablarle de por qué las cosas debían ser así. Pero se había contenido para que a ella no se le ocurriesen alocadas ideas de fugas y huidas a media noche. Había querido protegerla y proteger a los suyos y en ese instante, justo antes de que Thyre se diese la vuelta, él había visto una sombra de comprensión en el bello rostro demudado. Y al sofoco de su angustia se unió la terrible certeza de que ella se sintiese decepcionada.

Su amigo seguía callado y Leif no supo qué otra cosa hacer que apoyarle una mano en el hombro.

Thyre se había ido y Assur la había amado todavía más al comprender todo lo que ella había sabido ver.

Leif apretó la mano en un vano gesto de consuelo y Assur salió de su estupor, arrojó los restos del duro arenque por la borda y miró a su patrón.

—Pues dicen que morir quemado es la forma más horrible de morir…

Los dos hombres se dieron cuenta de que otros los miraban con curiosidad y Leif soltó el hombro de su amigo y rebuscó rápidamente en su repertorio la chufa que soltar al siguiente marinero.

Assur se quedó a solas con sus recuerdos y, sintiendo el viento que revolvía sus

cabellos, dudó de si alguna vez encontraría la paz que tanto ansiaba.

Para intentar evadirse recuperó la talla en la que trabajaba y centró su atención en terminar el vaciado del trozo de colmillo.

El viento se reviró por un momento y Bram no fue capaz de hacer reaccionar el timón con suficiente rapidez. La vela restalló y se oyeron algunas maldiciones de los que miraron preocupados como el paño se tensaba de golpe. Assur fue el único que no se molestó en volver el rostro.

Tuvieron el viento de popa y, como seguían a la inversa la ruta que Bjarni había tomado para llegar a Groenland tras haberse perdido, en apenas una semana divisaron la última de las tierras de las que había hablado el viejo navegante roñoso. Un horizonte de cumbres blancas y desiguales que despuntaban sobre el azul inmenso del océano rodeadas de jirones de nubes bajas.

A medida que se acercaban a la desdibujada línea de la costa y aquellos montes crecían, notaron como el viento rolaba enfriándose; viraba desde el norte, deslizándose pesado sobre las aguas, cargado del frío que lo había preñado en la banquisa de hielos eternos. Peleando con el timón y las drizas para no ganar deriva, pronto distinguieron las rocas peladas de la abrupta ribera, cuajada de cortos fiordos de aspecto familiar.

Al ganar millas se dieron cuenta de que a babor la costa se rompía en un pequeño archipiélago, hacia estribor una cadena de montañas parecía extenderse indefinidamente sobre tierra firme, los picos se encaramaban unos sobre otros coronados de blanco.

Todos a bordo miraban hacia aquellas costas desconocidas, llenos de inquieta curiosidad, cuando el acuoso sonido de un chapoteo los obligó a centrar su atención a unas cuantas varas de la proa del Gnod. Un grupo de grandes ballenas marmoladas nadaba a ras de superficie salpicando cortinas de espuma a medida que se abrían paso en las frías aguas de aquel mar oscurecido por la profundidad.

—Por los cuervos de Odín —bramó Halfdan al fijarse en los animales—, ¡tienen cuernos!

Algunos ya señalaban e incluso Assur, vencida su apatía por la curiosidad, se levantó para mirar. Tal y como había dicho el Rubio, aquellas ballenas parecían tener cuernos, astas largas como picas y dibujadas por una retorcida espiral que las anillaba con un trazo oscuro.

De los gruesos pescuezos de los enormes animales surgían chorros vaporizados de agua cada vez que cabeceaban para respirar.

—Pero solo tienen uno… —dijo Leif dubitativamente.

Assur no habló, pero se dio cuenta de que el patrón tenía razón. Los más grandes, de prácticamente seis anales de cabeza a cola, tenían un único cuerno de otras tres varas de largo. Y cuando una de las ballenas resopló, se percató de que las astas no

salían de su frente, sino que parecían surgir de un lado de sus bocas y dedujo que, como en el caso de las morsas, aquello eran colmillos y no cuernos.

Toda la tripulación estaba pendiente de las evoluciones de aquellos monstruos marinos y la costa seguía acercándose, así que Leif decidió desviar la atención de los hombres antes de que tuvieran tiempo de dejarse llevar por los chismorreos que pronto levantaría el avistamiento de aquellos extraños animales.

—Mantén el rumbo, Bram, soltaremos anclas y arriaremos la falúa, hay que echar pie a tierra —ordenó el patrón, que, no fiándose de los bajíos en los que despuntaban las rocas, prefirió designar el esquife en lugar de arriesgar la obra viva de su *knörr* a pesar del poco calaje.

El contramaestre Tyrkir refrendó las órdenes del patrón y en breve se siguieron más. La actividad pronto se volvió frenética, preparando la nave y la tripulación para el desembarco, en el que usarían la pequeña chalupa auxiliar del Gnod.

Tras recoger el trapo y soltar el ancla, Leif designó al destacamento que bajaría a tierra. El Sureño se quedaría al mando a bordo del Gnod y el patrón lideraría al grupo de hombres. Buscando a los más válidos para ordenarles que se armasen por si había nativos hostiles, Leif eligió a Ulfr, a Halfdan, a Bram, al Tuerto y a la pareja de gemelos, grandes y peludos como osos antes de invernar.

Por lo que veían desde su bote, parecía un lugar yermo e inhóspito. El viento soplaba constante, erizándoles el vello y haciendo que en sus bogadas tuvieran que pelear con la deriva, que parecía empeñada en alejarlos hacia el sur.

—El invierno se ha quedado aquí agarrado como una garrapata —gruñó Halfdan entre los gemidos con que acompasaba las paladas.

—Quizá encontremos mujeres de dulces piernas que te ayuden a calentarte —arguyó el Tuerto con un bufido escéptico mientras forzaba la riñonada tirando de su remo.

El pequeño *skuta* abría el mar con su proa baja y Halfdan miraba a todos lados. Como antiguo ballenero, sabía lo que podían esperar si aquellos extravagantes rorcuales astados se enfurecían y los atacaban.

Leif observaba la costa que se definía ante ellos. Metiéndose en el océano, destacaban las cicatrices de los fiordos, y hacia el interior resaltaban los helados flujos de los glaciares. No se distinguían pastos o tierras de cultivo, y no había señales de asentamientos humanos; a pesar del frío no se veía ninguna columna de humo que pudiese anunciar un hogar encendido. El panorama era poco prometedor, y lo único familiar que pudo ver a su alrededor fue un grupo de moteadas focas que holgazaneaba al relente del mediodía en unas peñas de los bajíos, eran del mismo tipo de las que se veían en Groenland.

—No se puede decir que los árboles abunden… —apuntilló Halfdan con sorna ganándose un brutal codazo de Bram.

Tuvieron que costear un par de millas hasta encontrar una cala de guijarros irregulares en la que fondear y poder echar pie a tierra.

Caminaron mirando en todas direcciones con las manos listas en los arriaces de las espadas. Las piedras crujían bajo sus pies y espantaron una bandada de gordas aves similares a los gansos.

Además de algunos arbustos raquíticos y plantas que parecían sobrevivir de milagro, lo único que vieron con vida fue un zorro de blanco pelaje que corrió asustado en cuanto la brisa le llevó el olor de los hombres.

A lo lejos, hacia el interior, solo se distinguía una enorme planicie helada que a la luz del cielo despejado brillaba con tintes plateados de vetas azules.

Todos estaban un poco decepcionados, habían esperado mucho más.

—Al menos, ya hemos mejorado lo que hizo el cobarde Bjarni y hemos puesto nuestros pies en esta tierra —anunció Leif con tenaz optimismo.

Los gemelos se encogieron de hombros, contentos por el simple hecho de obedecer. Bram le susurró a Halfdan una amenaza, exhortándolo a callar. Y Assur, simplemente, observó su alrededor con atención. El hispano era el único que todavía llevaba la mano sobre el pomo de su espada, y aunque los nórdicos vieron en ello una superstición en busca de buena fortuna, el hispano lo hacía porque seguía teniendo muy presentes las enseñanzas de Gutier. Era siempre mejor prevenir que lamentar: las historias de marinos confiados que habían muerto a manos de ribereños enfurecidos eran de factura común.

Con el horizonte dominado por aquella ingente planicie helada que se erguía a lo lejos, Leif optó por que siguiesen caminando hasta que, por la altura del sol en el cielo despejado, juzgó que les haría falta el tiempo para volver antes de que cayera la noche, que se anticipaba fría y corta.

Cuando se dieron la vuelta aquella meseta plateada seguía pareciendo lejana, pero Leif ya se había decidido, aquellas tierras yermas no merecían la pena y era mejor seguir travesía en busca de parajes más prometedores.

Las últimas bogadas para llegarse al Gnod las dieron ya bajo la luz de la antorcha que, con sumo cuidado entre tanta madera reseca, manejaba Bram. Todos se dieron cuenta de que el ocaso era más tendido y perezoso que en casa, era obvio que, aun cuando se habían esforzado por mantener el rumbo, habían terminado desviándose hacia el norte.

—Nada hay en estas costas que merezca la pena recordarse a excepción de esas extrañas ballenas con cuernos —anunció Leif con cierta retranca—. Son yermas y estériles como el vientre de una vieja hechicera y nada tienen que ofrecernos, partiremos hacia el suroeste aprovechando el viento.

Muchos asintieron, pero era evidente que la decepción había calado en los ánimos de la tripulación.

—Seguiremos navegando y encontraremos lo que buscamos —dijo Leif intentando reanimar las adustas expresiones de sus hombres.

Tyrkir, que se había pasado el día oyendo los cuchicheos de a bordo decidió intervenir para echar una mano a su patrón.

—Y puesto que nosotros hemos sido los primeros en pisarlas, nuestro es el derecho de nombrarlas y, al hablar de estas tierras, ¡los escaldos enunciarán los nombres de los tripulantes del Gnod! —exclamó el contramaestre.

—Así es, así es —concedió el patrón dándose un instante para reflexionar—. Y desde hoy estas costas se conocerán como Helluland.

Algunos jalearon, pero era evidente que la mayoría preferían maderos, pieles, ámbar y otras riquezas antes que la gloria de ser cantados en las *eddas*.

A Assur le venía dando igual una cosa que la otra, pero, recordando el aspecto de aquella enorme planicie de rocas achatadas cubiertas de nieve y hielo, pensó que Leif había elegido un buen nombre. En su lengua, Helluland se podía traducir como *tierra de las rocas planas*.

Se dieron cuenta de que iban en andas de una corriente que los ayudaba a navegar hacia el sur, llevándolos como un padre amoroso ayuda a su hijo menor a caminar. Y todos miraban con atención más allá de la proa, buscando, entre las brumas que oscilaban en el horizonte, señales de tierra.

Volvieron a cruzarse con una manada de aquellas extrañas ballenas de largos colmillos; un súbito remolino en la poco profunda corriente les dio un revolcón y lejos, a su popa, vieron bloques de hielo que descendían de las banquisas del norte, pero no tuvieron ninguna incidencia importante, y en solo un día más distinguieron la línea verde de una tierra arbolada que elevó sus ánimos.

Era una costa salvaje y rota que no invitaba al desembarco, y siguieron bojeando hacia el sur aprovechando la corriente que parecía haber barrido y moldeado aquellas tierras.

Con el océano a babor y el contorno difuso de la ribera sobre la regala de estribor, navegaron anhelosos buscando bahías o fiordos que les permitieran echar pie a tierra.

Leif estaba exultante, una borrosa mancha glauca cubría aquel nuevo paraje igual que una piel abandonada en el lecho, con lomas y repliegues en los que distintos tonos de verde entretejían la floresta. Para su regocijo, allí estaban los bosques de los que el roñoso Bjarni les había hablado. Llevaban ya dos días navegando hacia el sur con un punto al este, y aquella exuberancia no hacía sino ganar intensidad y despertar la avaricia de los tripulantes, que estaban ansiosos por llenar sus bodegas de esa madera que tan bien recibida sería en Groenland.

Sin embargo, el patrón no tenía prisa. Después de las escasas noches, cada mañana amanecía más templada y Leif se barruntaba que cuanto más al sur navegasen, más densos y poblados serían aquellos bosques.

—Una vez más —le dijo Tyrkir al patrón con el alba de la cuarta jornada—, una vez más… A todos les parecía una locura, y aquí estamos, contemplando interminables bosques listos para que los talemos… Una vez más nos has traído hasta la gloria.

A Leif no se le escapó la indirecta, tras la decepción de las costas a las que había bautizado como Helluland, los hombres anhelaban tocar aquellos árboles y sentirlos suyos, y el contramaestre tenía aquel especial modo, entre halago y recordatorio, de sugerirle que una parada sería bien recibida por la tripulación.

—La temporada acaba de comenzar, podríamos pasar el invierno en estas tierras y llenar nuestras bodegas al regresar. Por el momento seguiremos explorando con rumbo sur.

Tyrkir, ceñudo, rumió la sutil negativa. Se imaginaba las cuitas de su patrón, era lógico que Leif no quisiera arriesgarse a un nuevo desembarco que resultase poco fructífero. Y lo que parecía prometedor desde la cubierta del Gnod podía no serlo tanto una vez en tierra, por lo que el experimentado marino buscó el modo de darle a su patrón una excusa plausible.

—No nos vendría mal rellenar las cubas de agua dulce…

Leif sonrió ampliamente. El viejo contramaestre no le contradiría jamás, pero tenía otros modos de porfiar.

Después de pensarlo unos instantes y, teniendo muy en cuenta que nadie era más indicado para tomarle el pulso a la tripulación que el veterano Sureño, Leif decidió ceder. Él mismo había oído algún comentario altisonante, en especial del grupo de tripulantes que había reclutado entre los colonos del asentamiento del norte de Groenland. Eran marinos rudos que habían llegado allí desde Iceland unos pocos inviernos antes, y aunque no le habían gustado excesivamente, no había sido fácil encontrar hombres para cubrir las bancadas del Mora y del Gnod a la vez.

—De acuerdo, si vemos una ensenada practicable y prometedora, enviaremos el bote.

El Sureño asintió con gravedad sin permitir que su aquiescencia se viese demasiado efusiva.

En apenas un par de días más, cerrada por cabos perlados de islas con bajíos peligrosos, se abrió ante ellos una gran bahía de aspecto prometedor.

—Es como la entrepierna de una barragana —gritó exaltado el siempre obsceno Tuerto—, ¡abierta, caliente y húmeda!

Y todos los que lo oyeron, a excepción de Assur, rieron.

Allí la costa descendía con suavidad desde los altos del interior, y moría en playas de arena blanca cuya monotonía solo rompían las verdes copas puntiagudas de los árboles. Y Leif, para satisfacción de todos los hombres del Gnod, ordenó que se arriase la chalupa auxiliar y destacó un grupo que se encargaría de inspeccionar el

territorio y de rellenar los barriles con el agua fresca de los incontables ríos y lagos que se adivinaban en aquellas fértiles tierras.

Había abedules, y había piceas oscuras, y también otros árboles que no conocían: altas coníferas de cortas agujas y diminutas piñas, cubiertas de corteza que se descascarillaba fácilmente pero cuya madera, que algunos probaron cortando ramas bajas con sus hachas, era firme y blanca, con largos nudos veteados que prometían su valía como material de talla y construcción.

Encontraron muchos arroyos y ríos de aguas limpias que todavía bajaban tumultuosos por el deshielo de la primavera. Había asustadizas truchas de oscuros lomos que cimbreaban en los pozos y nadaban buscando refugio en los taludes de las orillas cuando los hombres se aproximaban.

Assur, que hacía guardia con los gemelos mientras el resto de los hombres que había dejado a su cargo Leif henchían los grandes barriles del Gnod, observaba los alrededores y, embargado por el desánimo que lo acompañaba desde hacía semanas, se sintió preso de la nostalgia.

El sol se colaba entre las yemas y hojas tiernas de las ramas, dibujando bastones dorados que parecían ayudar a los árboles viejos a mantenerse en pie. Cachipollas y moscas de la piedra revoloteaban entre los musgos y líquenes de las rocas de las orillas. En el aire calmo y limpio se mezclaban aromas de tierra húmeda, de vegetales poco maduros, de ranúnculos que empezaban a brotar. Y el hispano no pudo evitar que los recuerdos aflorasen, melancólico y temeroso de que el patrón se decidiese a regresar tan pronto.

Mientras el grupo de Ulfr se entretenía con el reabastecimiento y la aguada, Leif y Bram, tras haber braceado la señal acordada a los que permanecían en el Gnod, paseaban por la brillante arena pulida de la playa.

Aquellos árboles desconocidos se arracimaban apartados de las sombras de las altas piceas negras y parecían ser la especie más abundante y exitosa. Leif, que golpeaba suavemente su palma izquierda con la coda de una rama pelada, caminaba absorto mientras Bram guardaba silencio.

El timonel conocía desde años atrás al patrón y sabía que la decisión que tenía por delante no era fácil.

Leif dudaba. Podía arramblar con toda la madera posible y regresar a Groenland de una tacada, estarían de vuelta en Brattahlid para pasar el invierno cómodamente al calor del hogar. Nadie dudaría del buen fin de su expedición, sin embargo, el hijo de Eiriksson se sabía preso por una tradición de fama y gloria que lo cargaba de cadenas, no podía volver sin más. Tenía tiempo, y las corrientes y el clima prometían vergeles interminables hacia el sur.

—Seguiremos navegando esa corriente —anunció al fin haciendo un gesto vano con la mano en la dirección de la orilla.

Y Bram se sintió complacido, él prefería seguir tentando la suerte. A su entender, debía de haber fortunas y tesoros mejores que la madera en otros parajes, y siempre merecía la pena la intentona.

Cuando Assur regresó con su grupo, remaron hasta el Gnod y las órdenes pasaron de boca en boca gracias a los gritos del contramaestre. No todos se sintieron complacidos, pero la tripulación al completo obedeció.

El robusto *knörr* se aparejó, estibaron el bote entre gruñidos de esfuerzo, el paño cazó el viento y la corriente se los llevó al sur, dejando atrás aquellas tierras de grandes bosques a las que Leif había dado el nombre de Markland.

Las noches se alargaban, los ocasos se hacían más cortos y el clima mejoraba. Continuaban empujados por vientos estables del nordeste y Bram había conseguido acostumbrarse a los remolinos que tanto parecían abundar en la corriente que navegaban.

Amanecía, y muchos despertaban con los rumores del día anterior todavía pegados al paladar, había algunos que opinaban que más valía darse la vuelta, expoliar aquellos interminables bosques que habían dejado atrás y regresar cargados de madera a Groenland para pasar el invierno cada cual en su *boer*.

El aire pesaba con la humedad, y la mañana se anunciaba brumosa. Assur, que apenas había dormido, tallaba las filigranas de la arqueta en la que había estado trabajando. De la gran ave central, que extendía sus alas por toda la vuelta del trozo de colmillo, tenía ya casi todo el trabajo terminado y ahora había empezado a idear cómo intrincar en el enrevesado diseño otros animalillos.

—¡Una isla! —gritó Karlsefni, uno de los exiliados que se habían asentado en la colonia norte de Groenland y que estaba haciendo de vigía en aquel momento.

Todos alzaron el rostro a la nublada amanecida. Unas millas a proa un otero despuntaba en aguas abiertas, al tiempo, la costa abandonaba su babor y se retorcía alejándose de ellos a pesar de que Bram mantenía el rumbo con destreza.

—Parece la boca de una gran bahía —estimó Leif dudando por la neblina, pero sintiendo en sus pies, gracias al escaso viento, la diferencia del embate de las olas que regresaban de tierra según con qué borda topasen.

Bram asintió, se había dado cuenta de que la corriente se revolvía con intensidad por la influencia del reflujo de la marea en aquel estrecho.

Assur, que después de tanto tiempo entre aquellos hombres de mar había aprendido a leer en el agua los mismos signos que los nórdicos, no se sorprendió cuando entre la neblina descubrieron la otra orilla de la bahía, aunque no estuvo seguro de si se trataba de un estrecho entre grandes islas, la ensenada de un río o un gigantesco fiordo. Sin embargo, sí entendió que, tras lo que ya habían dejado atrás y los días que llevaban de navegación, tantas millas de costa solo podían significar que aquellas tierras que el roñoso Bjarni había encontrado por pura suerte tenían que ser

algo más que un mero grupo de islas. Aquellas costas parecían más bien terrenos colindantes de un mismo y único territorio, una enorme extensión de tierra firme con árboles autóctonos y características propias. Una nueva y desconocida parte del mundo de la que jamás habían tenido noticia.

Tras sus viajes y aventuras, Assur sabía muy bien que no solo había llegado mucho más al norte de su Galicia natal, también estaba convencido de haber llegado mucho más al oeste del cabo de Finisterrae, aquella lengua de tierra que, colgada sobre el océano tenebroso, era para los hispanos el místico hito que marcaba el fin del mundo. Y el antiguo arponero sonrió al recordar las lecciones de geografía que tantos años atrás recibiera del médico hebreo, el mundo parecía ser mucho mayor de lo que se suponía. Y si el mundo se extendía hacia oriente para llegar a lugares como Miklagard, hasta más allá de la tierra de los rus, o a lugares tan distantes que habían sido solo un rumor para el médico judío mientras estudiaba en Bagdad, quizá sucedía lo mismo hacia poniente. Assur no pudo evitar preguntarse qué descubrirían si seguían aventurándose hacia el oeste.

La niebla se levantaba escurriéndose sobre los montes y bosques como el pañuelo de un prestidigitador. Pronto pudieron ver que, más allá de la isla, había una costa que corría hacia el suroeste, alejándose de la que iban dejando a su espalda. Y como el ángulo entre ambos terrenos parecía abrirse hasta más allá de donde la vista alcanzaba, Assur se imaginó que la extensión de tierra de babor, en la que se adivinaban las montañas más altas, podía ser la principal mientras que la costa que empezaba a definirse ante su proa era la sección septentrional de una gran isla que destacaba tras un islote muchísimo más pequeño, aquel que había llamado el vigía un rato antes.

El Gnod cabeceó revirado por un golpe de mar imprevisto y Leif tomó una decisión que Assur no pudo sino aceptar de buen grado.

—Haremos un alto en ese islote y subiremos a ese monte —dijo señalando el otero que despuntaba—. Hay que echar un buen vistazo a este estrecho antes de navegarlo.

Y como Assur, el resto de los tripulantes estuvo de acuerdo, aquel último empellón del mar había sido advertencia suficiente.

Tyrkir pasó las órdenes del patrón y una nueva partida fue destacada, eran los mismos que habían desembarcado en las verdes costas de un par de días atrás, aquellas que Leif había nombrado como *tierras de los bosques*.

El hispano se aseguró una vez más de que la espada se libraba sin problema de la vaina, se vistió su *brynja* e hizo rotar los brazos para desentumecer los hombros antes de remar.

Surgiendo del mar con acantilados de bordes afilados, el islote se alargaba de norte a sur, elevándose hasta terminar coronado por un picacho pelado con faldas

pintadas de verde por arbolillos y matojos. La costa estaba llena de cortantes escollos, y tuvieron que rodear el islote hasta el extremo norte, donde la ribera se volvía más gentil y pudieron encontrar un embarcadero natural que les sirvió para fondear el *skuta*.

Cuando consiguieron abandonar el esquife, la bruma ya se había levantado por completo y la mañana se había vuelto radiante. El sol brillaba enluciendo un cielo azul intenso que robaba el protagonismo del océano. Entre las peñas surgían arbustos que llenaban el aire de aromas primaverales, y unos cuantos animalillos parecidos a topillos corretearon asustados por las pisadas de la partida de hombres. La grama y la hierba estaban cubiertas de perlas de rocío que brillaban devolviendo reflejos iridiscentes a la luz matinal. Pequeñas flores se abrían en plantas rastreras de hojas variegadas.

El esfuerzo hecho a los remos había secado sus gargantas y varios de los hombres echaron mano al rocío acumulado en las hojas más grandes y refrescaron sus labios disfrutando del dulce sabor del agua fresca y limpia.

En ocasiones el terreno los obligó a desandar el trecho cubierto, pero finalmente encontraron una vía que les permitió subir hasta el punto más alto del montecito que formaba la cima de aquel islote barrido por suaves vientos que corrían hacia el estrecho.

Desde esa cima pudieron distinguir fácilmente el cambio en los colores del océano, que se oscurecía a medida que ganaba profundidad hacia el oriente.

Assur recordó a Gutier y aquella otra mañana de su infancia en la que el infanzón le había enseñado el golfo de Adóbrica desde un otero al norte de Brigantium.

Hacia el oeste se abría poco a poco el estrecho de bajíos en el que la corriente que los había traído desde Markland se revolvía con la influencia de las mareas.

Y hacia el sur se adivinaba el contorno de la gran isla que Assur había imaginado: un lugar cubierto de bosques y rodeado de amplias bahías de playones con arenas claras bañadas por aguas poco profundas. Como una copia agigantada del islote desde el que la contemplaban, la gran isla crecía hacia el sur elevándose sobre enormes bosques regados por lagos y ríos. Un territorio similar a aquellos que ya habían dejado más al norte, pero que parecía bendecido por un clima mucho más benigno que permitía a aquellos árboles desconocidos crecer hasta casi las veinte varas de alto. Eran, sin duda, fértiles tierras que estaban allí ofreciéndoles riquezas inimaginables y llamándolos para encontrar el camino a la gloria que buscaban.

—Atracaremos en una de esas ensenadas —dijo Leif señalando las bahías de la mayor de las islas—, luego enviaremos partidas para recorrer la costa del estrecho. Y ya decidiremos si merece la pena volver a embarcarse y seguir explorando. Por ahora, creo que ha llegado el momento de darles a los hombres unos días de descanso.

La marea baja los sorprendió en aquellas aguas someras, haciendo que el Gnod

fondeara en la suave arena de la ensenada, posándose como una platija. Y era un buen lugar para quedarse varado, un puerto natural, recogido y bien protegido, con un brazo de tierra que hacía las veces de rompeolas. Era uno de los menores de entre la serie de pequeños golfos y bahías que, decorados por escollos y cayos, formaban el irregular cabo norte de la gran isla que habían visto.

La quilla había crujido lastimeramente, pero Assur no se inquietó, les había visto hacer lo mismo muchas veces. Sabía que aquel era un procedimiento habitual entre los nórdicos, algo que podían hacer gracias a la ligereza y al poco calado de sus barcos, que incluso en el caso de los mayores cargueros, como el Gnod, tenían muy poca obra viva.

Leif organizó todo en unos instantes. Dejó a un destacamento reducido en el *knörr* varado, y ordenó al resto de la tripulación marchar a tierra firme cargando con los suministros y las pieles, la zona parecía prometedora y el patrón se había reafirmado en su decisión, acamparían allí.

La retirada del mar había convertido aquella franja de la ensenada en una marisma de brillantes arenas húmedas que dificultaban la caminata. Los pies se enterraban hasta el tobillo y a cada paso los hombres tenían que esforzarse para no perder sus botas en el lodo, que parecía tener vida propia y ser capaz de tirar de ellas. Por toda la ensenada se oían las maldiciones de los marinos entre aquellos sonidos de pasos, que recordaban al batir de palmas en el agua.

Un penetrante olor iodado los cubría, y el sol brillaba en los charcos que la marea había dejado atrás. En ellos se movían pececillos y erizos de mar, y un par de hombres se entretuvieron recogiendo algo fresco para la comida. Manojos de algas mucilaginosas se veían esparcidos por doquier.

Más allá de la línea de pleamar el terreno se iba elevando con suaves repechos cubiertos de praderías de verdes intensos en los que anidaban algunas zancudas. Y a su izquierda vieron el desagüe de un tortuoso río que se revolvía entre las suaves cañadas cubiertas de hierba.

Antes de que cayese la tarde ya habían elegido una estrecha planicie orientada de norte a sur y bordeada por aquel arroyo de aguas limpias. Sujetaron las pieles de sus tiendas con largas ramas que cortaron allí mismo y prendieron hogueras con las que calentarse.

Leif dividió a los hombres y les mandó explorar los alrededores, quería saber a qué atenerse. Bram bordeó la costa hacia el sur junto con dos miembros más de la tripulación, Halfdan y el Tuerto la siguieron hacia el norte, Karlsefni y los otros colonos norteños acompañaron a los gemelos, que fueron destacados para recoger leña de reserva y echarles un vistazo a los bosques, y unos cuantos buscaron altozanos para establecer turnos de vigía. Tyrkir recibió la orden de seguir el río y asegurarse de que el suministro de agua dulce era fiable. El Sureño eligió a Ulfr como

compañero.

Los dos, sin *brynjas* pero con sus espadas, remontaron la orilla derecha del cauce observando como el agua saltaba entre las peñas. El río se retorcía y se dejaba caer hasta el mar entre rocas erosionadas que le ayudaban a remansarse y enseñar sus limpias aguas transparentes.

—Eso parecen salmones —dijo Tyrkir. El contramaestre señalaba un remanso del río en el que los flancos plateados de los peces devolvían destellos de luz—. A Leif le encantará saberlo, tendremos pescado fresco asegurado hasta mediados del verano.

Assur observó con atención, recordando los saltos del Mácara, en los que de niño había pescado aquellos fuertes peces de cachas plateadas. La escena le resultó melancólicamente conocida: la mayoría de los salmones aprovechaban las zonas más tranquilas del pequeño pozo para recuperar fuerzas y unos pocos, vigorizados por el ansia del celo, coleaban para acelerar antes de saltar la caída de blanca agua espumosa que formaba la cabecera del remanso. Solo unos cuantos lo conseguían al primer intento, pero los que fallaban no se rendían, después de descansar dejándose mecer en la suave corriente de las orillas, o pegados al lecho del río, volvían a intentarlo con denuedo. Todos estaban obsesionados con llegar a las fuentes del río para frezar a tiempo y permitir a sus esguines disfrutar de la bonanza del verano y engordar con la abundancia de insectos del estío.

Acortando los tramos curvos y caminando a través de las praderías, no les llevó mucho llegar hasta una plácida laguna, calma como metal bruñido, en la que se formaba el nacimiento del río. Allí los salmones se orillaban buscando las zonas de puesta que más les convencían. Assur sabía lo que pasaría cuando llegase el otoño; las hembras, más cortas y rotundas, se ladearían para abrir un surco en la grava a base de coletazos en el que depositar sus huevos anaranjados, y los machos, más afilados y de cabezas ganchudas, las esperarían para cubrir la freza.

—Siento que saliera mal —dijo Tyrkir de pronto sorprendiendo al hispano.

Assur se tomó un tiempo para mirar fijamente al Sureño, que bajo su frente ancha y despejada, surcada de arrugas y marcas de la edad, lo miraba con llana franqueza de intensos ojos castaños.

—Es solo culpa mía. Tú me lo advertiste y yo me equivoqué —concedió el hispano con aplastante sinceridad.

Tyrkir revolvió sus escasos cabellos con sus manos encallecidas notando los dolores que la edad había traído a las articulaciones de sus dedos. El Sureño, encantado por haber llegado una vez más a destino bajo las órdenes de su patrón, se había atrevido a hacer el comentario llevado por el buen humor; y ahora dudaba, pensando en si era o no prudente añadir algo, cuando Ulfr habló de nuevo.

—Al menos ella está bien…

Un salmón se cebó en una enorme mosca de la piedra que revoloteaba

infructuosamente a ras de agua, y el chapoteo rompió el tenso momento.

—Será mejor que volvamos y le contemos a Leif lo que hemos descubierto. Esa laguna es un buen lugar para fondear el Gnod, es demasiado grande y pesado para dejarlo varado como un *langskip*…

Durante su regreso no hubo aliento para más palabras. Y aunque Tyrkir sentía cierta curiosidad, no se atrevió a importunar al antiguo ballenero. Por su parte, Assur no tenía en el contramaestre la misma confianza que había aprendido a depositar en Leif Eiriksson, por lo que no se sintió con ánimos de hablarle de su pasado o aclarar los problemas que le había causado su antigua condición de esclavo.

Llegaron los últimos. A las traqueteadas rodillas del contramaestre les costó un enorme esfuerzo recorrer la última milla y Assur había tenido que relajar el paso para no perderlo. Leif ya estaba departiendo con el resto de los tripulantes, y recibió con agrado la noticia sobre los salmones y el fondeadero.

Un poco más tarde aquella noche, después de que muchos se hubieran excedido con las raciones de hidromiel que Leif había dado permiso para repartir, el patrón comentó sus impresiones con el contramaestre.

—Esta ensenada es fácilmente defendible.

Tyrkir asintió con cierta incertidumbre. Por primera vez en años no había sabido moderarse, y ahora el exceso de alcohol le estaba nublando la mente.

—Y está bien resguardada… Las tierras son fértiles, hay agua dulce a mano, y además de los salmones podríamos aprovecharnos de las bajas mareas para capturar peces planos…

Leif echó un trago de hidromiel antes de continuar. Y Tyrkir, ilusionado por haber llevado a buen fin aquella nueva aventura, se animó a acompañar a su patrón.

—Desde aquí podemos explorar las tierras del sur, y ver si le podemos sacar a este lugar algo más que madera. Y el invierno tiene pinta de ser benigno, seguro que hará menos frío que en Groenland.

Tyrkir estuvo una vez más de acuerdo.

—Nos quedaremos aquí, no debemos volver sin saber qué más podemos encontrar, no puedo permitirme cometer el mismo error que Bjarni.

—Tu padre te despellejaría si lo hicieses —dijo Tyrkir con cierta impertinencia, más alentado por el hidromiel que por la confianza que los años de relación habían forjado.

Pero Leif no se tomó a mal la salida de tono de su contramaestre, a fin de cuentas, el Sureño era para él como un segundo padre.

—Sí, desde el pescuezo a los pies —concedió Leif con una amplia sonrisa—, me despellejaría y curtiría la piel para hacerse unas botas. Así que nos quedaremos y veremos lo que encontramos… Estoy seguro de que podemos exprimir algo más estos territorios…

Pero Tyrkir no llegó a escucharlo, el hidromiel trasegado había conseguido adormecerlo y el contramaestre cabeceaba respirando con contundencia. Leif lo miró inclinando el rostro. Estaba exultante, y era obvio que haber conseguido llegar a aquellos desconocidos territorios de poniente había elevado el ánimo de todos, hasta del circunspecto contramaestre. Con anterioridad, y a pesar de todos los años que llevaban juntos, solo había visto al Sureño tan borracho como para dormirse en otro par de ocasiones. Probablemente al baqueteado contramaestre le molestaban sus cansadas articulaciones y había recurrido al calor del alcohol para calmar su dolor.

Se oían gritos y ronquidos, y algunos ya se jugaban las ganancias que aún no habían conseguido en unas apuestas que Halfdan había organizado. Karlsefni era incapaz de tenerse en pie y balbuceaba incoherencias. Por el contrario, los dos enormes gemelos cantaban tan desafinados como para que los de alrededor tuvieran que apartarse tapándose los oídos. Todos los tripulantes del Gnod parecían compartir la dicha de haber descubierto aquellas nuevas tierras.

Leif se sentía elevado más allá del Midgard de los hombres, y ya parecía oír los versos que lo recordarían. Al fin, como había hecho su padre, entraría a formar parte de la historia, y su leyenda se narraría como tantas otras. Sería recordado como Sigurd el Volsungo o Grettir el Fuerte. Las *eddas* hablarían de sus travesías y sus logros.

Y, con un poco de suerte, si en aquellas tierras había algo más que madera, incluso podría sobreponerse a la alargada sombra de la fama de su padre.

Se quedarían allí a pasar el invierno e intentarían encontrar minerales, ámbar, pieles, hierro, oro. Y para la próxima primavera volverían a Groenland precedidos de gloria.

Aquella fue una decisión de la que Leif tendría la oportunidad de llegar a arrepentirse. El patrón fue uno de los pocos que sobrevivió.

Tenían a mano cuanto precisaban. El granito y el gneis afloraban en distintos lugares rompiendo el manto verde de las praderías, se elevaban y formaban la escabrosa sierra que se extendía imponente hacia el suroeste, una solemne serie de cerros que escondían las puestas de sol como las almenas de una fortaleza. Por todos lados crecían aquellos árboles desconocidos de dura madera; altos y bien formados, se alzaban hacia el cielo aprovechándose de las suaves temperaturas. Y, en aquellas tierras oscuras y fecundas que llenaban el aire con dulces aromas en las mañanas húmedas, abundaban campos fértiles a todo su alrededor, ofreciéndoles multitud de lugares en los que hacerse con tepe y zarzo.

Leif impartió órdenes concisas y muy pronto todo el mundo tuvo algo que hacer. Helgi y Finnbogi, los gemelos que hacían las veces de carpinteros, ayudados por los exiliados de la colonia norte, consiguieron hachas de entre las herramientas y armas de los pañoles del Gnod y empezaron a talar los mejores maderos, no tendrían tiempo para dejarlos curar como era debido, pero si querían un techo para resguardarse en invierno, no quedaba otro remedio. Además, recibieron el encargo de ir desmochando una buena provisión de ejemplares de aquella especie desconocida, de las distintas variedades de fuertes piceas y de abedules; al llegar la primavera, justo antes de regresar a Groenland, los cortarían. Al patrón le gustaba tener el trabajo adelantado, y si no encontraban en aquellas tierras mercancías de mayor valor, aquellos maderos supondrían un inestimable cargamento que alcanzaría precios más que apetecibles una vez de vuelta en las *tierras verdes*.

Pero había muchas más cosas que hacer que procurarse un techado. El curtido *knörr* fue vaciado para elevar su línea de flotación y, aprovechando la pleamar, lo obligaron a remontar a golpe de remo el río de los salmones. Atracaron el veterano navío en el plácido lago, que era un embarcadero natural bien resguardado, a salvo de las posibles tormentas inesperadas que pudieran arrasar la ensenada. Y también era un buen lugar para poder reparar la jimelga, que se había resquebrajado el día en que la rápida retirada de la marea en las someras aguas de la bahía los había sorprendido y obligado a fondear el navío.

El pequeño esquife de apoyo lo dejaron en la desembocadura del río, que se reviraba justo antes de desaguar formando un cómodo amarradero. Y, de tanto en tanto, alguna pareja salía a aguas abiertas para probar suerte con redes que plomaban con piedras horadadas.

Además, como las conservas y salazones que habían traído consigo en el *knörr* no durarían lo suficiente, se destacaron grupos y turnos de avituallamiento. Los cercanos salmones tenían una excelente carne rosada y grasa, y en breve pensaban preparar un ahumadero. Y Karlsefni, que dijo haberse criado en las grandes ensenadas arenosas de los golfos meridionales del *paso del norte*, cerca de las tierras pretendidas por los *jarls* de Danemark, les enseñó la técnica correcta para cavar zanjas durante la

bajamar, de tal modo que, cuando la marea se retiraba de nuevo, en aquellos surcos quedaban atrapados enormes peces planos, gigantescos parientes de las platijas y lenguados que ya conocían. Tenían una carne blanca y friable de suave sabor, tierna pero con suficiente contundencia como para que pensaran en tajadas que podrían secarse y almacenarse para el invierno. Y, aunque no podían conservarse, cuando cavaban aquellas zanjas, conseguían abundancia de almejas y otros moluscos que les ayudaban con la manutención diaria.

También pudieron aprovechar algunas hierbas y bayas que reconocieron de entre las muchas que allí crecían y que no habían visto jamás. E incluso descubrieron una variedad de corto trigo salvaje, de pequeños granos redondeados y morenos, que, una vez maduro, les serviría para obtener harina.

Para su acomodo, después de valorar las opciones y el tiempo disponible y tras consensuarlo con Tyrkir, Leif se decidió por levantar tres viviendas, *skalis* modestas de apenas una docena de pasos en las que repartir a los hombres, sus pertenencias y a los animales. A mayores, planearon unas cuantas cabañas para los servicios y para utilizarlas como almacenes y, por sugerencia de Halfdan, que había aprendido años atrás a forjar puntas para arpones, pensaron en levantar un horno y una fragua al otro lado del río. Sin embargo, no construyeron establos, tenían pocos animales y aprovecharían su compañía para acumular calor en el invierno acomodándolos en las estancias contiguas a los salones dormitorio de las viviendas. Aunque decidieron no almacenar forraje, era evidente que incluso en lo más crudo de la estación habría pastos disponibles. De hecho, acostumbrados a la rudeza de Groenland, todos estaban sorprendidos por la bondad del clima.

Para coordinar toda aquella retahíla de ocupaciones, Leif delegó en sus hombres de confianza, había mucho que hacer. Y en unas pocas jornadas Tyrkir, Bram y el propio Assur se vieron arrastrados a una vorágine de tareas que, cada mañana, empezaba sacudiéndose el rocío del amanecer y no terminaba hasta que caía la noche.

A Assur, toda aquella actividad le libró de la apatía en la que se había hundido en los últimos tiempos. El pesado trabajo lo ayudó a desentumecer los anquilosados músculos, inactivos mientras había durado la travesía del Gnod, y estaba tan atareado que su mente no tenía tiempo de lamentarse.

Fue una recompensa inesperada sentirse capaz de modelar el repecho elegido por Leif, sobreponerse al capricho de la naturaleza, que había plegado aquellas tierras dejándoles una terraza perfecta en la que disponer sus construcciones. Después de haber perdido su oportunidad en las *tierras verdes*, viendo sus esperanzas pulverizadas hasta disolverse, Assur estaba ansioso por dejar atrás su vida expatriada, y aquel modesto campamento que él mismo se ocupaba de levantar le parecía, cada día un poco más, un lugar apropiado para sí mismo y para su soledad. Y aunque tenía el regusto acre de un segundo bocado amargo, era mejor que nada.

Uno de los trabajos más fatigosos fue el de chantar los postes de las *skalis*, los grandes troncos pesaban lo suficiente como para desriñonar a los más fuertes de entre la tripulación. Y aun a pesar de que hubo fanfarrones de lengua suelta que se ofrecieron a ayudar, como Halfdan, finalmente fueron Assur y los gemelos carpinteros los únicos que mantuvieron el durísimo ritmo de trabajo. Especialmente, cuando Leif ordenó que, además de las *skalis*, las cabañas y la fragua, era necesario levantar un pequeño viaducto de madera para cruzar el río de los salmones.

Por su parte, un Leif atareado, y sin más asueto que los pocos momentos de relajo antes de dormirse derrengado cada noche, supo buscar tiempo para preocuparse por su amigo, y se sintió dichoso al percatarse de que el hispano parecía ir saliendo poco a poco de la abulia que lo había estado consumiendo.

Empezaron los trabajos del campamento antes de que la luna llegase a cuarto menguante, y para la primera noche de luna llena ya durmieron por primera vez bajo techo, con los almacenes abastecidos y los animales gordos y lustrosos. Lo último que terminaron fue el puente que les permitía pasar de un lado a otro del río sin tener que vadear sus frías aguas. Eligieron los mejores alisos de los alrededores y usaron su madera, resistente al agua, para hacer los pilotes.

Matoaka tenía un rostro afilado de nariz larga y estrecha, con pómulos elevados y una frente suavemente redondeada. Sus ojos pardos, altos en su cara y ahusados, eran tan oscuros que las niñas apenas se distinguían. Todos los rasgos se perfilaban contra su cabello, fino y lacio, de un color castaño ensombrecido que tenía reflejos casi azules cuando solo lo iluminaban las estrellas de las noches despejadas. Tenía una piel tersa de un lustroso tono cobrizo que brillaba al sol de las mañanas.

Usaba un vestido de ligera gamuza de alce al natural y calzaba cómodos mocasines de la misma piel, que le permitían correr ligera y ágilmente, haciéndole olvidar las penosas caminatas sobre raquetas que llenaban el invierno. De su cuello estilizado pendía un sencillo collar de *wampum* hecho con abalorios de conchas que su madre había labrado y, como todos los de su tribu, llevaba el pelo suelto sobre los hombros.

Era una chiquilla atrevida, llena de inquietudes y siempre envidiosa de la suerte de los muchachos, a los que les enseñaban a cazar, a usar el machete y a tirar con arco. Porque a Matoaka le hubiera gustado que la preparasen como a un guerrero, o que el *sachem* la hubiera tomado como pupila, y odiaba tener que labrar conchas u ocuparse de coser pieles con el resto de las muchachas del poblado. Le costaba hacer lo que su padre le ordenaba y siempre buscaba excusas con las que poder ausentarse para recorrer los bosques, allí era libre para seguir rastros, tender emboscadas imaginarias y vivir de lo que ella misma era capaz de procurarse.

Esa mañana había abandonado el *wigwam* de su familia escabulléndose con cuidado de no soliviantar los suaves ronquidos de su padre. Había salido temprano,

antes de que el sol se abriese camino en el horizonte y había caminado mucho.

Hacía menos de una luna que se habían instalado en el campamento de verano, bastante más al norte que cualquiera de sus habituales asentamientos de invierno. Y aunque había estado muy ocupada atendiendo al anciano Obwandiyag, que se había quedado solo con las hambrunas de las últimas heladas y había sido acogido por su familia, hoy había podido escaparse por fin.

Al terminar el verano pasado, en otra de sus incursiones en los bosques, había visto cómo una joven pareja de castores comenzaba a levantar una presa en uno de los arroyos del río de la laguna. Y hoy volvía con la esperanza de que les hubiera ido bien durante el año. Estaba convencida de que la piel de una de las crías de los castores de esa temporada sería un regalo del que su padre se sentiría orgulloso.

Sin embargo, aunque la pareja de grandes roedores había conseguido remansar el arroyo, solo habían sido capaces de sacar adelante una cría. Una pequeña réplica que nadaba con torpeza de un lado a otro del estanque siguiendo a su madre. Y Matoaka sabía que no estaría bien cazarla, sería mejor esperar hasta la siguiente temporada. Así que, decepcionada, se había limitado a observar a aquellos simpáticos animales durante un buen rato hasta decidir entre regresar o buscar un nuevo reto.

Con el sol de mediodía ya decayendo, y sabiendo que la reprimenda sería mayor cuanto más se retrasase, Matoaka optó por acercarse hasta la desembocadura del río de la laguna. Si no podía conseguirle a su padre una piel de castor, al menos podría obtener un buen puñado de almejas para el anciano Obwandiyag, y su madre tendría conchas para *wampum*.

Pero cuando ya estaba cerca de la laguna, a la que su pueblo solía acudir para conseguir salmones, notó algo raro que la puso en tensión. Al principio no supo qué era lo que le causaba esa sensación, pero había algo indeterminado que no cuadraba.

Lo primero que vio fue unos cuantos abedules desmochados que se secaban. Una atrocidad. Su pueblo respetaba con veneración los espíritus de aquellos bellos árboles de blanca corteza, una corteza que usaban para sus canoas y para sus cabañas, incluso para algunos cacharros, pero que eran capaces de extraer sin provocar la muerte del árbol. Porque no había necesidad de importunar a los *manitous* de cualquiera de los seres vivos del bosque, desde niña había aprendido que era su obligación respetar el equilibrio de los espíritus de lo bueno y de lo malo. Aquello estaba mal, muy mal.

Luego la brisa le llevó el olor acre del hombre. Y los ruidos de voces y golpes. Se asustó.

En la laguna había una enorme canoa de intimidante y extraño aspecto meciéndose en el agua donde los salmones frezarían. Había muchos más árboles talados, y caóticos rastros de hierba y arbustos aplastados, iguales a las trochas llenas de ramas quebradas que los osos abrían cuando corrían con desenfreno persiguiendo a algún ciervo herido.

Dudó, tentada con salir corriendo de regreso al poblado, pero su curiosidad pudo más que la prudencia y siguió avanzando hacia el mar.

Había hombres, altos hombres barbados de piel clara con amenazantes hachas y puñales brillantes de extraño aspecto. Parecían estar construyendo enormes cabañas.

Los observó escondida. Uno de los más altos y fuertes estaba en un meandro del río, trabajando con dos gordinflones que le parecieron iguales. Aunque no entendió el porqué, a Matoaka le dio la impresión de que intentaban asentar grandes maderos en medio del cauce.

Regresar hasta su *wigwam* le llevó bastante menos que llegar hasta allí, apenas había oscurecido cuando intuyó los olores de la lumbre en los hogares de su gente. Tenía mucho que contarle a su padre y el miedo a recibir una reprimenda por haberse escapado una vez más ya no le pareció importante.

Después del ajetreo de las primeras semanas los hombres esperaban poder disfrutar de unos días de merecida holgazanería, pero Leif no les dio la oportunidad de descansar que tanto ansiaban. En cuanto estuvo satisfecho con las *skalis*, la forja, los almacenes y el puente, a los que pasaba revista cada jornada, ordenó que todos los días se montasen expediciones.

—Tenemos que aprovechar el tiempo antes de que llegue el invierno —le había dicho a Tyrkir—, no creo que sea tan duro como en casa. En cualquier caso, prefiero no tentar a las *nornas.* —El contramaestre lo miraba con gravedad—. Será mejor rotar a los hombres para que no siempre sean los mismos los que tengan que salir —añadió el patrón haciendo girar sus manos una sobre otra en un gesto explícito. Antes de continuar miró a su alrededor, sus tripulantes trabajaban ultimando detalles del campamento—. Cada mañana dividiremos a la tripulación en dos y una de las mitades saldrá de expedición.

›Finnbogi me ha dicho que el otro día, mientras buscaba árboles para los pilotes del puente, aguas arriba de la laguna, vio una de esas presas que hacen los castores, como en las tierras de los rus. Esas serían buenas pieles, y quizá haya armiños… Y habrá que enviar grupos a las montañas —dijo señalando la gran sierra del suroeste —, puede que haya ámbar, o esteatita, o incluso oro.

Tyrkir afirmó con un seco gesto de la cabeza. Ya estaba pensando en cómo dividir a los hombres para asegurarse de que no hubiera problemas entre ellos.

—¿Por dónde quieres empezar? —le preguntó a su patrón.

—De momento, con calma, quiero a todo el mundo de vuelta al anochecer, así que haremos expediciones cortas, de medio día de marcha como mucho. Luego ya veremos.

—¿Y hacia dónde quieres enviar al primer grupo? —insistió Tyrkir al darse cuenta de que el patrón le había contestado dándole voz a pensamientos propios, pero sin responder realmente a su anterior pregunta.

—Las faldas de la montaña son tan buenas como cualquier otro lugar… No, mejor aún, las propias montañas…

—Mañana saldrá la primera partida —afirmó rotundo el contramaestre.

Leif se tomó un momento para reposar sus ideas y luego, antes de girarse para acercarse hasta donde Assur estaba terminando con los cordajes del pequeño puente, añadió:

—Y diles que suban tan alto como puedan. Hay que averiguar si esto es o no una isla.

Tyrkir asintió con gesto severo y se frotó las manos, le dolían los dedos y la molestia lo obligó a mirar al cielo preguntándose cuándo llovería.

La mañana amaneció cubierta por blancas nubes altas que parecían pinceladas descuidadas. Y el aire pesaba cargado de un bochorno húmedo que había logrado despertar a todos los condenados mosquitos de las lagunas y pozos de los alrededores.

Muchos se despertaban rascándose furiosamente, y entre ventosidades y bostezos maldecían a los insectos. Algunos no tenían muy buen aspecto, no habían logrado acostumbrarse a las extrañas y contradictorias variaciones de las horas del día y de la noche a las que se habían visto sometidos: habían partido de Groenland con la primavera, navegado al oeste y luego al sur, haciendo que sus noches crecieran en lugar de empequeñecer, y ahora, que llevaban un tiempo instalados, los días empezaban a acortarse de nuevo tras el solsticio de verano. Muchos ya no estaban seguros de si la noche era día o el día era noche, y sus horas de sueño se veían afectadas.

Hacía ya unas cuantas jornadas que las primeras expediciones habían comenzado, y no había novedades relevantes. Y aunque la excelente madera que empezaban a acumular era un consuelo más que satisfactorio, los había que seguían esperando mejores mercancías que las pocas pieles que habían conseguido las partidas.

El campamento empezaba el día con la pereza propia de la mañana y, mientras Tyrkir designaba a los expedicionarios, Assur, que ya había salido el día anterior, contemplaba el mar recordando los ojos de Thyre y pensando en acercarse a pescar un par de salmones.

Leif se aproximó sonriendo, aunque Assur vio que en los ojos verdes del patrón había una sombra de preocupación.

—Si te pido que subas a esas montañas —dijo el patrón señalando la sierra en cuanto llegó hasta el hispano—, ¿crees que podrás hacerlo?

No era habitual que el patrón hablase de manera tan directa, normalmente, lleno de buen humor, Leif hablaba con tapujos disimulados en sonrisas y no preguntaba nada de lo que no supiera ya la respuesta; por lo que Assur miró con gravedad al horizonte y se tomó un tiempo para contestar, tiempo que Leif aprovechó para

explicarse.

—Las partidas que lo han intentado no han logrado ir y volver en el día, no les da tiempo… Y yo no creo que sea prudente que nos mantengamos divididos más de una jornada, ni siquiera sabemos si somos los únicos por aquí…

Assur seguía mirando hacia la cordillera cuando habló, demostrando haber adivinado las intenciones del patrón.

—O es una isla, o es una península…

Leif recuperó una de las amplias sonrisas de su repertorio, admirado de ver cómo su amigo había intuido cuáles eran sus preocupaciones.

—Lo sé, lo sé, yo también he visto el mar —afirmó Leif, consciente de cómo se comportaban las mareas de aquellas costas—. Pero la diferencia es importante.

El antiguo arponero inclinó el rostro con aquiescencia.

—¿Hoy?

Leif no pudo evitar sonreír de nuevo.

—Sabía que podía confiar en ti, ningún otro está tan loco como… —El patrón calló, dándose cuenta de que no hacía falta mencionar los peligros de una encomienda como esa—. Gracias.

—Volveré cuanto antes.

—Pídele a Tyrkir todo lo que necesites. Y ve bien armado…

Assur preparó un hatillo con un par de pieles, un odre de agua y algunas provisiones y, aunque se llevó espada y puñal, prefirió no cargar con la pesada cota de malla. Antes del mediodía ya estaba en marcha. Cruzaba los bosques con paso elástico, rumbo a los picachos que se distinguían entre las copas puntiagudas de las coníferas.

Era una niña y le había costado mucho hacerse oír, porque a pesar de las clementes intervenciones de su madre, su padre estaba realmente enfadado, harto de las escapadas al bosque de su hija.

Pero su madre había sabido ver el miedo refulgir en los ojos de su pequeña y la había creído. A la mañana siguiente había hablado con su enfurruñada hija interrumpiéndola a cada poco para evitar que se atropellase con tanto como tenía que decir. Luego, convencida, había empleado las palabras del modo en que deben hacerlo las esposas para persuadir a los hombres tozudos y Sigo había cedido.

Después de que el padre de la pequeña hablase con Obwandiyag, el consejo se había reunido, habían escuchado a la pequeña Matoaka, que había vuelto a hablar apresuradamente, con el rostro acalorado bajo la severa mirada de su padre.

El consejo de ancianos había estado mucho tiempo haciéndole preguntas mientras sus achacosos miembros fumaban con parsimonia en largas pipas de fina caña. Al principio les había costado creerla, y Matoaka había odiado una vez más ser solo una niña. Hasta su hermano menor, que todavía no había ido al bosque a encontrar el

sueño que lo convertiría en hombre, era tenido más en cuenta por los adultos por el mero hecho de ser varón.

Habían tardado otros dos días en volver a llamarla, y lo habían hecho para cuestionar su historia de nuevo.

Sin embargo, la muchachita era lo suficientemente madura como para sobreponer los intereses de la comunidad a los suyos propios. Estoicamente, aguantó las burlas y las serias dudas que su padre le planteaba, dolida porque él pudiese pensar que aquella historia sobre gigantes de barbas pobladas fuese solo una excusa para evitar ser reprendida por su escapada.

Pero ahora, el anciano Obwandiyag, con una hipnótica sonrisa tierna que retorcía de manera inverosímil los cientos de arrugas que le cruzaban el rostro, acudía en su ayuda.

—Creo que Matoaka sabe bien que mentirnos no le traerá nada bueno —dijo el anciano ganándose la atención del consejo—. Ha venido a nosotros hablando de hombres que parecen *chenooes.* —La niña sintió un escalofrío por la comparación, las historias sobre aquellos gigantes de hielo caníbales habían servido durante generaciones para asustar a los de su tribu—. Hombres, si es que lo son, que matan y talan, que dañan a los árboles sin pensar en las consecuencias, sin siquiera pedir permiso a los espíritus del bosque…

El resto de los ancianos asintió durante la pausa de Obwandiyag, cuyo criterio era tenido muy en cuenta, pues tenía edad para haber despedido a la mayoría de sus nietos y, sin embargo, su mente seguía siendo ágil.

—Cuesta imaginar que si esos seres existen sean hombres, quizá sean espíritus malvados… O quizá Matoaka se lo haya inventado todo para que Sigo no la castigue por pretender comportarse como un muchacho buscando el sueño sagrado que debe hacerle adulto…

La descripción de la asustada niña había sido tan apocalíptica y temible que, realmente, costaba imaginar que seres así existiesen, por lo que las dudas de Obwandiyag parecían razonables.

Matoaka estuvo a punto de protestar una vez más enérgicamente, pero supo reunir el respeto debido cuando vio en los ojos del anciano, tan certeros como los del águila Klu, un brillo conciliador.

—Sin embargo, Matoaka también sabe cómo la liebre consiguió sus largas orejas —dijo con marcada intención el anciano mirando a la niña fijamente.

La pequeña se dio cuenta de que Obwandiyag le estaba dando un voto de confianza, ella había oído la fábula muchas veces, incluso se la había contado en varias ocasiones a la más pequeña de sus hermanas. La liebre había tenido pequeñas y bonitas orejas, hasta que Kluskap la había sacado de un arbusto tirando de ellas con fuerza, para poder reprenderla por haber hecho correr la voz entre todos los animales

del bosque de que el sol no volvería a salir. Y Matoaka sabía cuál era la moraleja, no debía mentir.

—Así que lo mejor será enviar a un par de guerreros a explorar, debemos tener paciencia, como el sabio puercoespín, siempre habrá tiempo para reprender a la pequeña si es que no ha dicho la verdad —concluyó el arrugado Obwandiyag.

A Matoaka se le escapó un mohín de aire irrespetuoso, pero lo poco que había conseguido era mejor que nada, y ella lo sabía. Como también era consciente de que la seguridad de su pueblo era mucho más importante que su orgullo herido.

Hubo que esperar otro día más, pero a la mañana siguiente, temprano, tras los rezos del alba, dos jóvenes guerreros mi'kmaq, portando mazas, arco y flechas, partieron hacia el norte abandonando el poblado de verano que los ancianos habían elegido para esa temporada. Era una mañana calurosa y, siguiendo la costumbre, llevaban el torso descubierto. Además de los flexibles y silenciosos mocasines únicamente vestían zahones de gamuza que, atados en la cintura, sujetaban el chiripá que les protegía la entrepierna. Llevaban las sienes afeitadas y la mata central de pelo negro brillaba con grasa de oso. Eran apenas dos adolescentes que habían vuelto del bosque convertidos en adultos solo un par de temporadas antes. Y para disgusto de Matoaka, la ironía estaba pintada en los rostros de los jóvenes, que, obviamente, partían creyendo que su cometido era ridículo y estúpido.

Ella los miró marchar desde la entrada del *wigwam* de la familia, sujetando la piel de oso que servía de postigo con una mano y, con la otra, acariciando pensativamente las brillantes cuentas de *wampum* que adornaban la cintura de su vestido sin darse cuenta de que con sus alocadas carreras parte de los adornos de abalorios se habían desprendido. Absorta, Matoaka rogó a los espíritus para que los guerreros dejaran atrás el orgullo e hicieran lo que debían con cuidado porque ella había visto a aquellos gigantes e imaginaba de lo que serían capaces.

Assur se sentía bien. La soledad y el camino por delante eran antiguos compañeros con los que siempre se podía contar. Y saber que tenía un lugar al que regresar, aunque fuera solo un campamento desportillado, era una novedosa sensación reconfortante a la que le costaba acostumbrarse.

Aquel bosque era muy distinto a los de su infancia, pero no tan diferente de los que había conocido en el *paso del norte*. Las agujas de las coníferas predominaban, los alisos tenían las hojas más afiladas y estrechas; no había robles o castaños, pero sí abedules, aunque no tenían la blanca corteza de manchas cenicientas con las que madre hacía pomadas para las rozaduras.

Las huellas que encontraba no le resultaban conocidas en la mayoría de los casos, si bien solían tener un aire familiar. No mucho después del mediodía se topó con el rastro de una manada de lobos cuyas pisadas le dijeron que eran grandes y que iban a la carrera, y poco más tarde halló los restos poco reconocibles de un ciervo de gruesa

cornamenta que le recordó a los de Nidaros y alrededores, pero no a los de Galicia; por el estado de lo poco que quedaba dedujo que habría sido la última presa de la manada, solo uno o dos días antes de que él llegase.

Caminaba hacia el sudoeste, hacia las montañas, y gracias al recio trabajo de las últimas semanas se sentía descansado a pesar de la dura marcha. Con la tarde de aquel primer día pasó por unos matorrales de pequeñas hojas oscuras y redondeadas que olían al marcaje de un gran gato, pero no encontró huellas claras y decidió desviarse dando un rodeo, no fuera a ser que el bicho tuviera malas pulgas y grandes colmillos.

Cuando el sol rozó la cima de las montañas, empezó a buscar un lugar en el que hacer noche.

Había muchos arroyos y lagunas, y en todos ellos el verano presumía de sus largos días con aguas brillantes en las que las manchas verdes de algas y ovas serpenteaban en las corrientes. Encontró un riachuelo de apenas un paso de ancho que bajaba con prisa desde la sierra y, después de remontarlo un par de millas asustando gordos saltamontes, se topó con un roquedal que le serviría de refugio para la noche.

Para acomodar el vivaque amontonó ramas verdes en una cornisa entre las dos peñas más grandes. Una vez satisfecho con el improvisado lecho, prendió una hoguera con ramas secas que no hicieran humo a fin de evitar el relente de la noche y, haciéndose con un par de largas varas verdes y flexibles de un árbol que no conocía, se dispuso a pescarse la cena. Antes de lo que se tarda en recorrer una milla ya tenía dos lustrosas truchas que asar en un espetón sobre las brasas. Eran peces afilados de grandes bocas llenas de pequeños dientes blanquecinos. Tenían los costados y el lomo del color verdoso y brillante que cobran algunas pizarras los días de lluvia. Desde el lomo, más oscuro, surgían por los flancos pecas extrañamente claras, de un amarillo desvaído que recordaba al de las flores de gualda, y sus vientres estaban teñidos de un naranja apagado que se extendía a las aletas, ribeteadas de blanco. No había visto truchas así jamás.

Mirando cómo se cocinaban aquellos peces de tan curiosa hechura, Assur contempló el bosque, tan distinto y tan parecido a la vez, y se preguntó adónde lo había traído Leif y qué más sorpresas le depararían aquellos ignotos territorios del oeste.

Los dos muchachos mi’kmaq corrían como el viento. Habían visto lo que Matoaka había contado y, después de frotarse los ojos para estar seguros de que era verdad, se habían puesto en marcha haciendo que sus mocasines volasen sobre las puntas de la hierba alta. Se desfondaban moviéndose como lumbre prendiendo carozos.

Llegaron al riachuelo que pasaba por el campamento de verano justo antes de que lo hiciera la noche, con el ocaso. Los últimos pasos, ya con los humos de las *wigwam*

a la vista, se les hicieron eternos. Cuando alcanzaron por fin el círculo de cabañas de corteza, su juventud les impidió ser prudentes.

—¡Obwandiyag! —gritó el más alto, que respondía al nombre de Tamo y que, al ser algo mayor, había adoptado naturalmente el papel de líder.

Las mujeres que estaban fuera de sus *wigwam* alzaron el rostro sobresaltadas. Algunas se levantaron para llamar a sus hombres y otras recogieron a los pequeños mientras miraban con recelo a los jóvenes, que resollaban.

—¡Es cierto! ¡Hay hombres en la desembocadura del río de los salmones! —vociferó Panounias.

Pronto se reunió un corrillo en el que Matoaka, tras haberse escabullido de su madre, intentó hacerse un hueco. Las dudas surgieron, todos querían conocer los detalles y en un instante todo eran voces disonantes que acosaban a los jóvenes guerreros, incapaces de mantener el ritmo de respuestas ante la avalancha de preguntas.

La pequeña Matoaka tuvo tiempo de recibir un par de codazos antes de que Sigo la sacase del tumulto tirándole de las orejas. Ella no pudo evitar abochornarse ante la severa mirada de su padre, tan serio que la obligó a callarse las palabras soberbias con las que había pretendido recordarles a todos que ella ya se lo había advertido.

—¡Silencio! —resonó la voz de Kitpu.

Mientras su padre se la llevaba a rastras, Matoaka vio la figura del imponente *sagamo* de su tribu, que alzaba los brazos y les ordenaba que se callaran. El guerrero jefe, curtido por las viejas cicatrices, era un hombre alto y rubicundo, con el pecho amplio y los brazos fuertes, que demostraban su capacidad de tensar incluso los arcos más pesados. Era un hombre paciente y tranquilo que siempre había sabido evitar enfrentamientos innecesarios con las tribus del sur, y que siempre tenía una palabra amable para el que se acercase hasta él. Matoaka se sintió encantada al ver cómo el *sagamo* le sonreía con picardía cómplice antes de volver a pedir silencio.

—Está bien, ya habrá tiempo de cuchichear más tarde. Ahora debemos consultar al consejo. ¡Tamo! ¡Ve a buscar a Obwandiyag! —ordenó Kitpu— Creo que está aguas abajo, recogiendo raíces.

Con el tiempo que el cansado anciano se tomó para regresar, el resto de los miembros del consejo tuvo ocasión de ir ocupando su lugar. Cuando Obwandiyag acomodó sus escurridas posaderas, algunos de los viejos guerreros ya habían prendido una pipa y fumaban mientras Kitpu les pedía a los muchachos exploradores que guardasen sus palabras hasta que todo estuviera dispuesto.

—La pequeña Matoaka tenía razón —concedió apresuradamente el mayor de los jóvenes cuando recibió el permiso del *sagamo* para explicarse—. Hay hombres allí, grandes, muy grandes… Sus caras no tienen color, son pálidas, y para disimular las cubren con largas barbas —afirmó convencido—, visten ropajes extraños que los

cubren por completo, como si tuvieran frío, pero que no son de gamuza… Parecen *chenooes* —terminó Tamo sin saber qué otra cosa decir para describirlos.

Panounias asentía con sus ojos muy abiertos, todavía respirando con fuerza y sintiendo cómo el punto que le había estado acribillando el costado desde la carrera remitía.

—Han construido unas *wigwam* muy extrañas —continuó Tamo apresuradamente, intentando soltar de golpe cuanto había visto—, y han estado cazando, tenían pieles extendidas al sol. Han talado muchos árboles, muchos. Y han estado pescando. Parece que han venido para quedarse…

Varios de los ancianos se revolvieron incómodos en sus asientos. Uno de ellos tosió tras atragantarse con una bocanada del humo de la pipa y otro encontró algo interesante que ajustar entre los abalorios de sus zahones.

—¿Creéis que serán hostiles? —preguntó Kitpu sin poder evitar adelantarse al dictamen del consejo.

—Sí, tienen armas, muchas, tan pulidas que brillan —aseguró el joven sin saber nada sobre el hierro—, y algunos las llevan encima todo el rato —dijo Tamo al tiempo que Panounias afirmaba contundentemente moviendo la cabeza arriba y abajo.

Kitpu sopesó las palabras del joven guerrero con cuidado, que aquellos extraños hombres tuvieran armas no significaba necesariamente que fuesen hostiles, de hecho, los dos muchachos habían llevado sus propios arcos. Pero era evidente que la situación llamaba a la prudencia.

El anciano Obwandiyag, tras aceptar la pipa que le pasaban, habló con la calma que solo la edad proporciona.

—Están demasiado cerca, ellos —dijo señalando a los dos muchachos—, apurando la marcha, han ido y vuelto en el día. Debemos mudarnos a otro de los campamentos de verano, quizá incluso más al sur, a uno de los de invierno…

El *sagamo* se dio cuenta de que, como siempre, el anciano tenía razón, esa debía ser su primera preocupación, ya habría después tiempo de saber si aquellos recién llegados eran o no hostiles, o si sus ropas eran de tal o cual modo. Lo más apremiante, por ahora, era poner a su gente a salvo.

—Cuando estemos al menos a dos o tres días de marcha, sobrará tiempo para decidir —continuó Obwandiyag—. Si fuera necesario, podríamos avisar a las otras tribus de la isla, incluso podríamos enviar mensajeros a la gran tierra del oeste.

Kitpu sabía que era verdad, el anciano había resuelto rápidamente la situación y, aunque el consejo seguiría discutiendo pormenores a la luz del fuego hasta bien entrada la noche, era evidente que todos se daban cuenta de que al amanecer tendrían que ponerse en marcha.

Sin embargo, como *sagamo*, Kitpu también tomó una decisión al margen. A la mañana siguiente su pueblo se movería hacia el sur, pero él y unos cuantos se

quedarían guardándoles las espaldas a los ancianos, las mujeres y los niños. No podía permitir que los cogieran desprevenidos, además, tenía que ver con sus propios ojos que aquello que había oído era cierto.

Los había muy grandes, era fácil capturar algunos de más de tres piedras de peso. Y Karlsefni estaba encantado de ser el responsable de la idea, porque gracias al arte que había aprendido de niño en las bahías de Viken, ahora podía ganarse el respeto de su patrón capturando aquellos grandes peces planos de curioso aspecto.

Cada vez que la marea se retiraba, unos cuantos quedaban encerrados en las zanjas sesgadas que se habían cavado según sus instrucciones. Los grandes peces daban coletazos furiosos intentando ganar fútilmente aguas abiertas, pero siempre había marineros dispuestos a capturarlos con ramas ahorquilladas endurecidas al fuego. Ahora que el verano comenzaba a languidecer y los salmones se terminarían por esa temporada una vez hubieran frezado, la curiosa técnica les permitiría seguir contando con un suministro de pescado fresco.

El propio Leif Eiriksson se había sentado cerca de él la noche anterior y un asombrado Karlsefni había recibido complacido las felicitaciones del patrón por su ocurrencia, contento de que el avituallamiento de la numerosa tripulación no se convirtiese en un problema añadido gracias a aquella especie de gordas platijas.

Así que Karlsefni se sentía afortunado. Era uno de esos hombres poco destacables, sin nada particular, ni por su físico ni por sus logros, con el anodino aspecto del que no solo lo es, sino del que también desea pasar desapercibido; sin embargo, en los últimos tiempos Karlsefni estaba ansioso por cambiar su estrella. Había conseguido enrolarse en un buen barco con un patrón competente que los había guiado hasta unas tierras que prometían riquezas para todos, y ahora el patrón parecía dispuesto a tenerlo en cuenta. Quizá incluso, si encontraba el modo de destacar un poco más sin arriesgarse, Leif estaría de acuerdo en asignarle un pequeño monto adicional cuando llegase el momento del reparto de las ganancias de la expedición, cambiando así, por fin, la mala sombra que parecía haber estado persiguiéndolo.

En los últimos años las *nornas* habían tejido para él una urdimbre muy poco apetecible, y permitirse albergar tan halagüeñas esperanzas era mucho más de lo que hubiera podido pensar.

Karlsefni, que, echando la vista atrás, no pensaba poder considerarse un hombre favorecido por la voluntad de los dioses del Asgard, no había sido ambicioso antes. Se había convertido en lo que era por necesidad, no por deseo, dejándose llevar por la corriente. Y el peso de los errores del pasado se cobraba sus querencias. Su vida había transcurrido a las órdenes de uno u otro patrón, como marinero, o como mercenario, y no tenía nada; por lo que desde hacía unas temporadas su único objetivo era asegurarse una vejez tranquila y cómoda. No es que Karlsefni tuviera deseos de morir en batalla cubierto de gloria mientras su espada goteaba sangre

enemiga; más bien al contrario, se sentía complacido y a gusto con la idea de morir feliz, gordo, y bien harto de hidromiel tumbado en la paja de su lecho, por mucho que sus compatriotas vieran en ello una desgracia.

El problema era que los inviernos pasados, y muy especialmente la maldita humedad del mar, que se le había metido en los huesos, empezaban a hacerse presentes con cada cambio de tiempo, recordándole su edad. Necesitaba darse prisa si quería conseguir fondos que le permitieran dedicarse a envejecer sin más preocupaciones que elegir una buena esposa y estar seguro de que la despensa estuviese llena. Y no pensaba desaprovechar esta oportunidad que Leif le había dado, sabedor de que podía ser la última tras tantos fracasos.

Aunque tampoco se podía decir que en su juventud hubiera disfrutado de las bondades de la vida, la verdadera mala racha había comenzado años atrás. Se había dejado obnubilar por las grandilocuentes palabras de los hombres de un señor de la guerra que estaban reclutando mesnaderos para una inmensa expedición al sur, hablaban de medio centenar de *drekar* y casi una treintena de *knerrir*. Una inmensa fuerza de combate para un viaje de saqueo al reino de los cobardes adoradores del Cristo Blanco. A un lugar del que se hablaba con reverencia y brillante codicia en las tierras del norte, regido por un inmenso templo en el que reunían riquezas incontables, ofrendas que constituían verdaderos tesoros. Oro, plata, piedras preciosas y quién sabía qué más. Y la fama de Gunrød el Berserker, y más aún su pasado, eran cuestionables. Karlsefni había oído crueles historias sobre duelos indiscriminados gracias a los que el Berserker había hecho fortuna, retando a combate a cualquier *bondi* con una hacienda o una mujer apetecible, pero aquellas habladurías no habían bastado para que se echase atrás; aquel destino era una promesa abierta, la rica tierra de Jacobsland.

Y todo había comenzado con una imparable sucesión de éxitos halagüeños, llegaron y no encontraron oposición. Gunrød tenía hombres allá que habían pasado un mensaje clarificador: los reyes cristianos peleaban entre ellos sin preocuparse de atender las amenazas externas.

Él procuró mantenerse al margen de las acciones principales, pero disfrutó de los logros de los hombres del Berserker. Agostaron los campos, quemaron las granjas, capturaron esclavos y todo eran celebraciones y peas con el vino que robaban de los templos cristianos. Sin embargo, cuando iban a asestar el gran ataque que sería definitivo y les dejaría el camino al centro de Jacobsland expedito, las cosas se torcieron y su mala suerte lo había encontrado. No por el hecho de haber sido derrotados, pues a Karlsefni las mieles de la victoria le daban igual, sino porque habían tenido que huir con poco más para repartir que hambre y sed; pues los pocos esclavos y el escaso botín se los adjudicaron los lugartenientes que habían salvado el pellejo. Con el exiguo monto que le correspondió Karlsefni apenas consiguió regresar

hasta las bahías en las que se había criado.

Y bastante tuvo para conformarse, pues había podido huir porque, esperando no tener que entrar en batalla, Karlsefni había sido el primero en ofrecerse voluntario para quedarse con los *knerrir* que Gunrød había dejado en retaguardia, en custodia de los esclavos y el botín que habían conseguido hasta aquel día. Aunque aquello no había sido para Karlsefni buena fortuna, sino buen juicio. Además, poca fortuna era esa si, aunque habían escapado de la muerte segura que les hubieran dado los cristianos, no tenían otra cosa que apurar el trapo y forzar los remos para regresar antes de que los mares del norte los devorasen con sus temporales de invierno.

Había sido un viaje que lo había llevado muy lejos de casa. Una agotadora travesía recibiendo órdenes de un déspota con ínfulas que respondía al nombre de Hardeknud Sigurdsson y al que Karlsefni recordaba con inquina, pues lo había hecho azotar en una ocasión en la que descubrió que se escaqueaba de su turno a los remos. Hardeknud los había guiado hasta el fiordo que dominaba su padre, un *jarl* que había pertenecido a la guardia varega y al que todos conocían como Barba de Hierro.

Le había costado llegar a su hogar en las bahías del sur. Y al hacerlo descubrió que su esposa, una mala pécora de bigotillo rastrojero con más codicia que encantos, se había fugado con otro, un mercader viudo, llevándose los arcones de su casa, al parecer con la excusa de haber recibido la noticia de que las huestes del Berserker habían sido masacradas en Jacobsland. Aunque a Karlsefni le constaba que la muy bellaca llevaba tiempo esperando una excusa como aquella.

Con todo perdido, Karlsefni no supo hacer otra cosa que meterse en líos. Al principio no le fue mal jugándose sus pocos ahorros en las apuestas de los puertos, pero pronto se arruinó. Finalmente, un mal lance terminó con las tripas de un boyero calvo de Balagard esparcidas por el suelo de la taberna y el futuro de Karlsefni encerrado en un diminuto tarro de especias.

El *thing* había decretado su exilio. Y a Karlsefni no le quedó otra que agachar la cabeza una vez más y poner tierra de por medio. No tenía demasiadas opciones y decidió acudir a la única parte del mundo conocido en que, al menos por el momento, no hacían preguntas: Groenland.

Pero en las *tierras verdes* su mala racha había continuado, en el asentamiento principal todo el pescado se había vendido antes de su llegada. Las mejores tierras eran feudo de las familias relevantes y el Rojo no le había dado la opción de instalarse en el Eiriksfjord, donde el *jarl* quería mantener solo a la flor y nata de la colonia. Resignado, se trasladó al asentamiento norte, la más pequeña de las colonias de Groenland, y allí llevó una vida mediocre.

En esa apatía de la humildad obligada, sin más animales que un gato demasiado vago para cazar ratones y una vieja gallina reseca que solo ponía un par de veces cada luna, Karlsefni conoció la ambición. Sin embargo, el poco apetecible riesgo de

navegar a Dikso en el verano para conseguir marfil de morsa le había parecido excesivo, por lo que había esperado repartiendo patadas de rabia entre el gato de largo pelo y la gallina de escaso plumaje. Hasta que recibió las noticias de que Leif Eiriksson, el hijo del Rojo, que había conseguido navegar de un tirón hasta Nidaros, emprendía una nueva aventura hacia unas fabulosas tierras desconocidas de poniente. Allí vio su oportunidad.

Y ahora, gracias a su habilidad para la pesca aprovechando las mareas, había conseguido llamar la atención del patrón sin tener que arriesgar el pellejo; y pensaba mantenerse en esa posición. Por eso, cuando Tyrkir se acercó esa mañana, ya sabía que no se negaría, aunque fuese una misión peliaguda. Diría que sí con complacencia antes incluso de que el contramaestre preguntase.

—Hoy te toca de nuevo, Karlsefni —anunció el Sureño—. Ayer la partida encontró un rastro interesante, parece que también hay zorros en este lugar. Veremos si podemos hacernos con unas cuantas pieles.

Habían encontrado el rastro, y las huellas parecían, efectivamente, de zorro. Pero no habían sido capaces de dar con los animales. Por lo que, con la caída de la tarde, se volvían con las manos vacías, cansados tras el fallido rececho y deseando encontrar algo de comida caliente esperándolos antes de echarse a dormir y desprenderse del agotamiento.

—Acortaremos por allí —dijo Tyrkir frotándose sus viejas muñecas de huesos doloridos para procurarles algo de calor.

Se oyeron algunas quejas pusilánimes cuando los más comodones vieron la dureza del terreno que señalaba el Sureño.

Durante la infructuosa cacería habían seguido el errático ir y venir de las huellas del raposo en sus rondas nocturnas, en las que zigzagueaba a conveniencia en busca de animalillos y restos con los que procurarse sustento; por lo que, en línea recta, no habían llegado a alejarse mucho de su campamento. Y ahora, esperando ahorrar algo de tiempo, el contramaestre, haciendo gala de su buena orientación, proponía atravesar un espeso bosque de suelo irregular, cubierto de tupidos matorrales que sobresalían entre afloramientos rocosos.

Karlsefni afirmó complaciente con enérgicas sacudidas, pensando en algo ocurrente que decir para halagar la decisión del Sureño y destacar ante las quejas chismosas de los demás por la dureza de la marcha. Pero el contramaestre caminaba hacia algo que había llamado su atención, justo en el borde del bosque, sin prestar atención a los hombres. Y cuando Karlsefni, sonriente, se acercó para hablar por fin, Tyrkir ya se había dado la vuelta.

—Vamos, en marcha —los apremió el contramaestre coartando las intenciones de Karlsefni.

—Si necesitas un rato a solas, nosotros podríamos ir adelantando camino —

añadió Halfdan con tono jocoso al tiempo que hacía el ademán de ponerse en cuclillas y bajarse los pantalones—, mientras te ocupas de tus asuntos, el resto avanzaríamos por aquel llano de allí —sugirió pícaramente señalando con el mentón un terreno mucho más accesible.

Tyrkir miró al grupo con gesto severo.

—Como no empieces a caminar ahora mismo, te voy a dar una ración de intimidad encerrándote con una osa en celo. ¡Y eso va por todos! ¡En marcha!

El Rubio fingió afectación torciendo su rostro sonriente y echó a andar haciendo un ademán con las manos a sus compañeros. Tyrkir apuró el paso para adelantarlos y liderar la partida, pareciendo ansioso por querer marcar el ritmo. Sin embargo, Karlsefni, que se había quedado con la palabra en la boca, tardó en reaccionar, y pudo fijarse en Tyrkir. El contramaestre cerraba el puño con fuerza, como queriendo esconder algo que luego dejó caer entre los pliegues de la camisa.

Karlsefni se quedó en la retaguardia, lamentando haber perdido su oportunidad de halagar al segundo de Leif.

Cuando llevaban apenas una dura milla de lento avance, Tyrkir se detuvo de pronto frente a otro de aquellos arbustos de oscuros troncos retorcidos.

—¡Uvas! Ya decía yo… —exclamó—. ¡Por Odín! ¡Son uvas!

La compañía se detuvo, todos eran del norte, uno incluso había nacido en Groenland. No conocían las parras, necesitadas de climas más benignos, pero todos habían probado alguna vez el maravilloso y caro bebedizo que se podía hacer con ellas: vino.

Karlsefni recordó el deje afrutado de aquellos caldos pajizos que, con gula, había trasegado sin mesura en sus correrías por Jacobsland.

Halfdan se acercó apresuradamente. El ballenero no había salido jamás de los dominios del hielo, y lo único que sabía sobre el vino era que alcanzaba inverosímiles precios en los mercados de Nidaros.

—Son muy dulces —anunció Halfdan metiéndose una de las oscuras bayas en la boca y paladeándola con fruición—, creo que me gusta más el hidromiel, son empalagosas —concluyó el Rubio.

Tyrkir miró con atención el grupo de arbustos. Los años de infancia en su Germania natal quedaban muy lejos, pero recordaba el grato sabor del mosto recién exprimido. Y también aquellos manojos arracimados de oscuras uvas de color purpúreo que colgaban entre las ramas cubiertas de hojas verdes.

—¡No seas cenutrio! —intercedió Helgi echándose un manojo de bayas al gaznate—. Las uvas no saben a vino. La cerveza tampoco sabe a cebada… ¿Verdad, Tyrkir?

El contramaestre no contestó.

Karlsefni se preguntó si aquel matojo ante el que se había detenido el

contramaestre era del mismo tipo que aquel que había llamado su atención en primer lugar.

Eran bajos, la mayoría no pasaba de la vara de alto, y las ramas se entrelazaban llenando los huecos con sus brotes. Tenían delicadas flores blancas agrupadas en frágiles corimbos. Las hojas eran pequeñas y redondeadas, con una pátina serosa, algunas viraban hacia el rojo anunciando que el verano quería terminar y las frutas maduras tenían un inconfundible color tinto.

—Y tampoco la miel sabe a hidromiel, ¡idiota! El vino se hace fermentando el zumo…

Halfdan, demasiado práctico para preocuparse por los detalles, no captó el tono de reproche de su contramaestre.

—¿Y cuánto tiempo necesitaremos para conseguir vino? —preguntó echándose en la boca un par más de las dulces bayas al tiempo que miraba el resto de un pequeño racimo que sostenía en su mano.

Tyrkir le dio un cachete que lanzó las frutas a la espesura.

—¡Déjalo ya! ¡Vámonos! Esto sí le va a encantar a Leif, ¡vamos! Hay que llegar cuanto antes —dijo con apremio—. Y tú, coge unos cuantos racimos —le ordenó a Karlsefni dándose la vuelta.

A todos les costó entender la prisa del contramaestre, especialmente con tan buenas noticias que llevar.

Assur había apurado al máximo la jornada. La noche ya caía y el hispano, con el estómago vacío, notando como el frío de las alturas se le quería meter en el cuerpo a pesar de lo avanzado del verano, estaba sentado junto a la fogata que había encendido. Contento por haber llegado tan alto como para obtener respuestas, pero lamentando no haber sido más previsor con las vituallas.

Al calor de la lumbre y sin luz para refinar el trabajo de la talla exterior, Assur pulía el interior hueco de la pequeña caja que llevaba tiempo labrando en aquel trozo de colmillo. Viendo el humo bailar sobre las llamas, el hispano tuvo tiempo de recordar aquella fogata entre los berruecos con la que todo había comenzado; inconscientemente, se tocó la muñeca buscando la cinta de lino de Ilduara.

Había visto lo suficiente como para suponer aquello que sus ojos no alcanzaban a distinguir. Estaban en una isla, grande, de cientos de millas por su lado más largo, definido precisamente por la cordillera que Assur había escalado. Y estaban rodeados por estrechos pasos de un mar bravío y caprichoso modelado por las costas cercanas, como muy bien habían intuido al notar la influencia de las mareas en los remolinos de la corriente que los había ayudado a navegar hacia el sur. Y más allá, anunciada por esos estrechos, se abría una extensión de terreno mucho mayor, inmensa. Entre el azul del océano había intuido las manchas borrosas de algunas otras islas menores, pero eso no era lo relevante. Lo importante era la gigantesca línea verde, rota por

enormes montañas, que había distinguido hacia el oeste. Era inmensa, ocupaba todo cuanto alcanzaba su vista. Todo el poniente estaba lleno de aquella tierra verde y fecunda.

Assur se durmió cuestionándose cuanto se le ocurrió sobre aquella gigantesca tierra que se abría ante ellos. Pensaba en si Leif decidiría continuar hacia poniente para explorarla y dudaba si habría alguien capaz de domeñar aquellas inmensas extensiones de interminables bosques y montañas sobre las que nada sabían. De hecho, Assur se preguntaba cómo serían los inviernos. Se notaba que las noches crecían, pero el hispano dudaba de que, aun en lo más crudo de la estación, llegasen a ser tan largas como para triplicar la duración de los escasos días, como sucedía en Groenland.

Se despertó antes del amanecer y avivó el fuego con aceitosas peladuras de corteza de abedul, que prendieron con facilidad. El aire era calmo y el día se anunciaba espléndido. Y para reconfortarse en su soledad recordó la sonrisa de Thyre, su cuerpo pleno, su voz dulce, y no permitió que la imagen de ella con otra vida, sin él, llegase a formarse. Víkar era el heredero de un terrateniente, de un hombre poderoso en Groenland, y Assur sabía, por mucho que le doliese, que ella estaría bien. Y aunque recuperarla era su mayor deseo, no se atrevió a soñar con ello.

En cuanto algo del calor de las llamas le sirvió para librarse de la humedad del rocío y de sus tristes pensamientos, Assur deshizo los restos de la hoguera y los tapó con tierra. Antes de que el sol lograse elevarse sobre las copas de los árboles, ya estaba en camino, intentando no pensar en ella.

Era agradable descender, descansado, bastaba con dejarse llevar teniendo cuidado de dónde se ponían los pies. Y decidiéndose por seguir una ruta distinta a la que le había llevado a la cima, Assur cortó la pendiente buscando las planicies del sureste.

A la mañana siguiente ya caminaba por terrenos planos y avanzaba a un ritmo aún mejor.

Llegó a un bonito valle que le obligó a sentir una vez más nostalgia. Había un arroyo y Assur decidió probar suerte con la pesca, había pasado algo de hambre en los últimos días y un par de aquellas curiosas truchas de vientre anaranjado se le antojaron deliciosas.

Pero cuando caminaba buscando una vara en la que prender la liña, se dio cuenta de que el terreno estaba pisado. A su alrededor la hierba apenas levantaba del suelo, y el tono era distinto.

Le extrañó, era demasiado incluso para una trocha animal, ni siquiera los osos hubieran podido hacer algo semejante. Empezó a dar vueltas y pronto encontró la explicación: cabañas.

Eran viviendas modestas, de apenas unos pocos pies, de planta redonda. Cubiertas por grandes trozos de corteza de abedul ajada que se sostenían en largas ramas

apiladas, clavadas en el borde y forzadas a inclinarse unas sobre otras para atarlas en lo alto, dándole a las chozas un curioso aspecto acampanado.

Sin embargo, constatar la presencia humana no fue lo que más le preocupó. Un poco más allá, había varios tocones marcados que Assur identificó al instante, incluso encontró una punta de afilada piedra labrada, incrustada entre las vetas de la madera machacada.

El hispano midió la distancia al punto en el que las marcas del suelo evidenciaban la línea de tiro. Cincuenta pasos. Volvió a mirar hacia los blancos. Era un campo de tiro con arco, como aquel claro entre los alisos junto al castillo de Sarracín. Y los tiradores eran buenos, las cicatrices de los tocones, dando fe de ello, estaban bien agrupadas.

Assur se olvidó de su almuerzo y se puso en marcha apurando el paso cuanto pudo.

Kitpu eligió a sus diez preferidos, entre ellos los había con experiencia en combate. Los más mayores habían tenido la desgracia de ver el horror de la batalla en viejas guerras tribales de causas que se perdían en el tiempo y sobre las que solo los ancianos de los consejos conocían las raíces.

Iban bien armados. Llevaban arcos y una buena provisión de flechas, grandes garrotes hechos con madera nudosa de raíces, lanzas con puntas de hueso afiladas, puñales y hachas de piedra. Se habían pintado sus rostros con arcilla roja mezclada con grasa, y Kitpu había prendido en su pelo las largas plumas caudales de un águila. Si llegaba el momento, estaban preparados para la lucha. Dispuestos a defender lo que, por derecho, era suyo.

—¡Es una gran noticia! —exclamó Leif con alborozo—. Uvas…

Karlsefni se había adelantado para tener la oportunidad de ser el primero en notificárselo al patrón.

—Al viejo le va a encantar —añadió el hijo del Rojo sonriéndole al contramaestre, que aguardaba pacientemente tras Karlsefni—. ¡Uvas!

Leif ya pensaba en los posibles beneficios, cada temporada podrían regresar a Groenland en el otoño con un cargamento de dulces uvas con las que elaborar vino.

Karlsefni le tendía el racimo que Tyrkir le había ordenado recoger, pero el patrón lo ignoraba absorto en sus pensamientos.

—¡Y vino! ¡Vino! —exclamó Leif con una sonrisa radiante—. Todos querrán instalarse aquí, basta con que los rumores extiendan las nuevas… Haremos lo mismo que mi padre con Groenland. Le pondremos un nombre… ¡Vinland! Es perfecto, desde hoy estas tierras se conocerán como Vinland… ¡Es una gran noticia! —concluyó, y tomó las bayas que le tendía Karlsefni, dispuesto a probarlas.

Con la boca llena del dulzor contenido por el aterciopelado pellejo de las frutas,

Leif descubrió algo llamativo en la mirada cómplice de Tyrkir. Llevaba tantos años con el contramaestre como para saber, con ese simple vistazo, que el Sureño necesitaba decirle algo urgente lejos de los oídos de la tripulación.

No tuvo que esperar mucho; excepto Karlsefni, que seguía ante el patrón como un buen perro esperando una orden de su amo, toda la partida se disgregó con rapidez. Después de la larga jornada todos tenían prisa; buscaban el origen de los olores que se desprendían de los pucheros al fuego, o caminaban lánguidamente hacia alguna de las *skalis* para echarse a dormir.

—Ve a ver a los gemelos, averigua si han hecho progresos con el acopio de maderos —le ordenó Tyrkir a Karlsefni bajo la suspicaz mirada del patrón.

Leif se limpió la comisura de los labios con el dorso de la mano y, después de observar el rastro morado que quedó en su piel, miró inquisitivamente a su contramaestre frotándose con los dedos de la otra mano.

Pero, en lugar de hablar, Tyrkir cogió la mano sucia de Leif y depositó algo en su palma.

Eran cuentas blancas y azules, un tramo engarzado de abalorios sujetos con un hilo ligero, parecía una sección de algo mucho mayor, como un collar ancho o un brazalete. Los distintos colores dibujaban un motivo geométrico con suaves ángulos en los que las tonalidades de la cuentas alternaban. Cada una estaba pulida hasta brillar, era un trabajo cuidadoso.

—No somos los únicos aquí…

Leif seguía mirando lo que le había entregado su contramaestre, preguntándose cuántos serían, si estarían armados, si se mostrarían hostiles. No se le escapó que gentes capaces de elaborar aquel delicado trabajo tenían que disfrutar de paz, y si lo hacían es porque sabían mantenerla. Leif recordó historias de desembarcos que habían salido mal por culpa de nativos hostiles, y pensó en las narraciones de su padre sobre los monjes de la *isla de hielo*. Si aquellas tierras estaban habitadas, había muchas consideraciones que hacer.

El patrón le daba vueltas en su mano al trozo de *wampum* que habían elaborado las mujeres mi’kmaq sin decidirse a hablar.

—Lo encontré al pie de las cepas, de hecho —añadió Tyrkir señalando los abalorios—, fue eso lo que llamó mi atención, y no las uvas… Al principio ni siquiera las reconocí, hace muchos años, muchos que no veo una cepa, desde que era un chiquillo; luego fueron la excusa perfecta para que los hombres no se enterasen de lo que me había llamado la atención. Pero no me hubiera dado cuenta de lo que eran de no haber notado que las habían estado recogiendo, solo las de las ramas más bajas, como si lo hubiera hecho un niño…

Leif alzó el rostro hacia su contramaestre. Era evidente que aquello no tenía un origen conocido, era un tipo de artesanía sobre la que ni siquiera habían oído hablar.

Y que no se parecía ni a las más exóticas mercancías que llegaban de Oriente, lo único similar que había visto eran las perlas que los judíos del golfo de Masqat enviaban a los mercados de Miklagard.

—¿Lo han visto? —preguntó Leif con suspicacia echando el pulgar hacia las *skalis*.

Tyrkir negó con la cabeza y Leif se tomó su tiempo antes de añadir algo más.

—No debemos precipitarnos… Puede ser de alguien que esté de paso…

El contramaestre no dijo nada, no hizo falta, bastó con su expresión.

—Tienes razón, tienes razón… Será mejor que nos preparemos para lo peor —concedió Leif—. Les diremos a los carpinteros que empiecen a cargar el Gnod con los maderos que se han estado secando. Y mañana iremos a buscar esas uvas, también intentaremos llevarnos unas cuantas cepas. Yo no sé ni regar las coles, pero a lo mejor prenden en Groenland. En cualquier caso, serán un excelente regalo para mi padre…

›De todos modos, empezaremos a llenar las bodegas, así estaremos preparados para izar velas sin dejar el cargamento atrás…

Tyrkir asintió, le parecía una idea sensata. No sabían cuántos serían o si eran hostiles, y antes que huir cabía la posibilidad de luchar y vencer. Fuera como fuese, estar preparado era la mejor opción.

Luego, el patrón dibujó en su rostro una de sus grandes sonrisas y cambió de tema con rapidez dejando que el verde de sus ojos brillase con intensidad.

—Así que uvas… ¡Ricos! Nos haremos ricos, nunca faltarán los borrachos dispuestos a pagar por vino, basta con que lo ofrezcamos a mejor precio que el que llega desde los mercados del sur… Ricos —dijo echando el brazo cariñosamente por encima de los hombros de su contramaestre—. Anda, vayamos a buscarte algo de comer, viejo amigo.

Tyrkir hubiera preferido discutir las posibilidades con el patrón, pero el arrollador buen humor de Leif no le dejó. Antes de que pudiese poner una sola objeción ya estaba riendo con las bromas del hijo del Rojo. Leif, por su parte, solo quería asegurarle algo de descanso al que consideraba un segundo padre, más tarde pensaba impartir algunas órdenes.

Assur había intentado llegar la noche anterior, pero por más que apuró el ritmo, no fue capaz, de modo que pasó una impaciente velada de luna nueva, obligado a esperar hasta que el alba le dio luz como para poder continuar sin miedo a partirse la crisma.

Cuando ya estaba cerca se llevó la sorpresa de que le dieran el alto, y se alegró de saber que Leif había adoptado una medida tan prudente.

Una vez franqueado el paso, descubrió el campamento, que en ese momento despertaba. Un somnoliento Bram pasó ante él frotándose los ojos con una mano y

rascándose las posaderas con la otra. Solo le dedicó una breve inclinación de cabeza. Y Halfdan quiso entretenerlo haciéndole inoportunas preguntas sobre las que respondió con evasivas. A lo lejos, Helgi y Finnbogi discutían por alguna nimiedad mientras salían de la forja con algo entre las manos.

Sorteó los bancos improvisados en que algunos hombres desayunaban entre bostezos y entró en la mayor de las *skalis*. Encontró a Leif y a Tyrkir sentados junto al fuego, el Sureño extendía sus manos ante sí intentando robarle calor a la lumbre para calentar sus huesos. Tras ellos algunos marinos se movían preparando macutos y morrales.

—Tenemos que hablar —anunció sin siquiera saludar.

El patrón lo miró fingiendo disgusto por el ímpetu de Assur.

—¿Acaso has encontrado oro? —preguntó el patrón mordaz.

Assur negó antes de responder.

—No, no he encontrado oro. Pero es igual de importante…

Leif calibró la expresión de su amigo y vio la oportunidad perfecta para bromear un poco.

—Seguro que no es tan importante como lo que ha encontrado Tyrkir…

Assur, confundido, dudó el tiempo suficiente para darle al patrón oportunidad de continuar hablando.

—Vamos a tener todo el vino que queramos, ni cerveza, ni hidromiel, ¡vino!

El hispano, que había nacido en un lugar en el que el vino no resultaba tan excepcional como en las tierras del norte, negó con la cabeza.

—Creo que te interesará más…

—Y yo creo que a ti te interesa echar algo caliente a las tripas y prepararte, te vienes con nosotros a buscar esas uvas que Tyrkir ha encontrado.

Assur miró al contramaestre y vio la sonrisa contenida, sus ansias se calmaron de pronto comprendiendo.

—¿Ya lo sabéis?

—Sí, lo sabemos —afirmó Leif lanzándole a Assur los abalorios que el contramaestre había encontrado en el bosque—, pero ellos todavía no —añadió señalando vagamente en derredor—. Así que cállate y come algo antes de que nos pongamos en marcha.

Mientras Assur se echaba al buche algo de pan ácimo, recién horneado con la harina de la primera cosecha de aquel trigo salvaje que habían encontrado, Leif le explicó que, además de haber establecido turnos de vigía para el campamento, también había ordenado que se empezasen a llenar las bodegas del Gnod.

Leif, Tyrkir y Assur disimulaban; el hispano llevaba los abalorios en su mano y, de vez en cuando, los observaba haciéndose preguntas. El resto de los hombres caminaba con alborozo, contándose chufas y bravuconerías; más de uno pensaba que

a la tarde siguiente estarían bebiendo vino.

Tyrkir guiaba la ruta, andando con tan buen ritmo como le permitían sus añejadas piernas. A su paso marchaban Leif y Assur; tras ellos, cargando cuantos capazos y cuévanos tenía la expedición, caminaban las dos docenas de hombres que el patrón había designado: el contramaestre había sugerido que la partida fuera numerosa, por si se producía un mal encuentro, y Leif había decidido llevarse a la mayoría de sus tripulantes.

Teniendo en cuenta que lo descubierto por Assur reforzaba los indicios sobre presencia nativa que ya había encontrado Tyrkir, el patrón se había vuelto precavido. En cuanto tuviesen las bodegas cargadas, abandonarían aquellas tierras hasta la temporada siguiente, cuando pudieran volver con un mayor número de hombres. Y, por el momento, Leif había preferido que formasen un grupo nutrido no solo para poder cargar con tantas uvas como fuera posible, sino también por acallar las reservas de Tyrkir. En el campamento quedaron solo unos cuantos a cargo de Bram, al que había advertido sobre las últimas noticias. Le ordenó que estuviera atento y que no dudase en recurrir a las armas si lo creía necesario.

—Los cristianos siempre usan vino en sus ritos —apuntilló Karlsefni de pronto sacando de sus pensamientos a Leif—. Y Olav Tryggvasson está obligando a todo el norte a abrazar la fe del Cristo Blanco… —concluyó con marcada intención.

Leif, que había tenido otros asuntos de los que preocuparse, cayó en la cuenta y se detuvo. Cuando se giró hacia su contramaestre, los ojos le brillaban.

—¿Te das cuenta, amigo mío? —le preguntó a Tyrkir con una amplia sonrisa—. Karlsefni tiene razón —concedió el patrón al recordar al borrachín de Clom—. Al viejo le va a encantar… Le va a encantar —dijo entre carcajadas—. Cada otoño recogemos las uvas, nos las llevamos para Brattahlid —titubeó un momento dudando de cómo diantres se hacía el vino—, las dejamos fermentar y, para la primavera —afirmó no muy convencido—, un *knörr* cargado de cubas de vino partirá hacia Nidaros… ¡Ricos! Ulfr —añadió mirando a Assur—, vas a poder construirte la *skali* más grande de todo el norte…

El hispano no recordaba mucho sobre la elaboración de los caldos de uva, los recuerdos de su vida en Outeiro quedaban muy lejos, pero dudaba de que los normandos consiguieran lo que pretendían, al menos, no por el sencillo método que proponía el patrón del Gnod.

—¡Cagaremos oro cada mañana! —gritó Halfdan entre risas—. Ni siquiera el Tuerto encontrará furcias suficientes para arruinarse.

Tyrkir pidió calma alzando las manos e instó al patrón a seguir la marcha. Assur, más preocupado por saber que no eran los únicos en aquel lugar que por la elaboración del vino, prefirió callar y no arruinar las ilusiones de Leif.

Ahora se escuchaban las risas de todos y francas carcajadas rompían el barullo de

las voces de la veintena larga de hombres.

Karlsefni, encantado por haber sido el protagonista, no quiso perder la atención del patrón y se decidió a seguir hablando con aire baladrón.

—Sí, así es. A los cristianos les encanta el vino —dijo disfrutando por saberse escuchado—. Yo estuve en la expedición de Gunrød el Berserker a Jacobsland. —Leif fue el único que vio el frío relámpago que cruzó los ojos azules de Assur—. Sus casas y pueblos eran pobres, pero en sus templos conseguíamos siempre buenos botines —fanfarroneó—. En sus santuarios siempre había oro y plata, y estatuas y símbolos hechos de materiales preciosos, y sus libros, con herrajes que servían para comprarse una hacienda, ¡y en todos ellos había vino! A ese crucificado suyo le debe gustar mucho pasarse el día borracho… Y fue fácil, como un paseo —continuó Karlsefni buscando qué más decir para no perder la atención de Leif—, sus *godis* se negaban a pelear, y los demás eran labriegos y campesinos, apenas encontramos resistencia…

—Eso no es lo que yo he oído —dijo Halfdan con retranca—, por lo que me han contado, salisteis de allí con el rabo entre las piernas —apuntilló entre risas.

Leif cambió el paso para ponerse junto a Assur.

—No es cierto, ellos perdieron más hombres que nosotros, y eso no fue hasta el final —protestó Karlsefni negando con su cabeza—. Fue una pena. Perdimos docenas de *drekar* y *knerrir*, y muchos hombres. Los sucios cristianos nos tendieron una trampa, una emboscada terrible en un valle estrecho que parecía un fiordo afilado, una ratonera infecta en la que quedamos atrapados… —Leif miró a Assur, cuyos dientes oía rechinar, con una sombra cómplice en el rostro, pidiéndole que evitara problemas—. Íbamos a cobrar un *heregeld* que un infiltrado del Berserker había negociado, ¡cien mil sueldos de oro! —presumió Karlsefni como si hubiera sido uno de los hombres que había llegado a luchar en la ría de Adóbrica—. Pero esos sucios perros nos mintieron, nos tendieron una trampa.

Assur perdió su ira por un momento, disuelta en el remolino de pena que le trajeron aquellas palabras al recordarle la traición de Weland.

—Ya, ellos a vosotros… No sería tanto como dices —intercedió Leif queriendo quitarle hierro al asunto—, no conocí al Berserker, pero mi padre sí. Y conque tan solo la mitad de lo que he oído fuese cierto, me apostaría el Gnod a que Gunrød hubiera cobrado el *heregeld* y no se hubiera marchado. Era un tipejo de la más baja calaña —terminó el patrón cruzando una nueva mirada con Assur.

El hispano tensaba su mandíbula. Su expresión se endurecía y sus ojos relampagueaban. Llevaba la mano apoyada en el pomo de la espada y Leif temió que no fuese capaz de contenerse.

—Supongo que sí, supongo que sí… —concedió Karlsefni—. El trato era que nos marcharíamos tras cobrar, pero aún no habíamos logrado hacernos con las arcas de su

lugar más sagrado, y ese era el verdadero objetivo del Berserker, siempre lo había sido, en Jacobsland está uno de los santuarios más venerados de los adoradores del crucificado, y Gunrød lo quería arrasar… Al parecer —dijo con afectación—, allí guardan el cadáver de uno de sus santones, y cristianos de todo el mundo viajan para llevarle tributos, sedas, joyas, ámbar, ¡y oro! —añadió sacudiendo la cabeza dando a entender que no lograba comprender tan bárbaras costumbres; todos en el norte sabían que para evitar pestes y enfermedades lo mejor que se podía hacer con los muertos era quemarlos—. ¿Podéis imaginarlo? El más importante de todos, el más rico. Gunrød nos decía que había tanto oro que no seríamos capaces de cargarlo todo en nuestros *knerrir*…

Tyrkir, que aún sin saber el porqué se había dado cuenta de que su patrón había intentado detener las fanfarronadas del otro, intervino también.

—¿Tanto oro como para que las bodegas de docenas de barcos no fuesen suficientes? Cuesta creerlo… Mejor será que olvidemos viejas batallas y nos ocupemos de recoger esas uvas.

Leif inclinó el rostro en un suave ademán en el que su contramaestre supo ver el agradecimiento. Assur giraba su puño apretado en el pomo de la espada y, tras ellos, los hombres más cercanos prestaban atención a las palabras de Karlsefni mientras los de la retaguardia seguían con sus chanzas.

La marcha se había ralentizado y el Tuerto aprovechó para aliviar la vejiga. El aire de la mañana racheaba haciendo que los árboles enseñaran el envés de sus hojas. Tyrkir olió la tormenta que se estaba preparando en el aire, que tenía el mismo deje metálico de una forja achuchada por el fuelle.

—Pero es cierto —protestó—, allá, los *godis*, esos hombres del crucificado, son ricos, ¡muy ricos! Y ese santuario debe de ser un lugar lleno de tesoros de incalculable valor…

—¡Claro! Y los cristianos iban a abriros las puertas amablemente… —dijo Halfdan.

—No, por supuesto que no —renegó Karlsefni—. Pero estoy seguro de que el Berserker hubiera descubierto el modo. Era tan astuto como el mismísimo Loki… Además, son débiles, no saben luchar, ni siquiera quieren luchar… Solo lo intentaron una vez, al poco de que llegásemos, al sur de su gran templo, pero no dejamos a uno con vida, solo las murallas de la ciudad nos detuvieron y Gunrød prefirió buscar un lugar donde acuartelarnos antes de planificar un sitio u otro ataque. Fue la única represalia que sufrimos, la única… Y solo al final topamos con hombres de armas de verdad, con capacidad para plantarnos cara… Pero hasta entonces fue como dar un paseo.

Leif apoyó su propia mano sobre la de Assur, intentando evitar que su amigo pudiera llegar a desenfundar. Tyrkir vio el gesto y se preparó aun sin entender lo que

estaba sucediendo.

—Recuerdo una ocasión en la que nos hicimos con un cargamento de candelabros de plata y barriles de vino sin siquiera desenvainar… —Karlsefni, como tantas otras veces a lo largo de su vida, no supo mantener la boca cerrada—. Y con uno de esos libros sagrados que decoran con piedras y oro, también había maderas pintarrajeadas y ropas extrañas que no valían nada, pero a pesar de las bagatelas fue un botín excepcional, con un pedazo de aquella *hacksilver*…

Y Karlsefni calló de pronto, pensándose mejor si le convenía terminar la historia de la apuesta en la que había perdido el trozo de plata, del tamaño de un pulgar, que el propio Gunrød le había entregado como monto.

—Seguro, de los árboles caían monedas y las mujeres hacían cola para tirarse encima de vosotros levantándose las faldas —comentó Halfdan picajoso, buscando entre los hombres miradas cómplices de incredulidad.

Leif se envaró al ver que Assur se giraba hacia el Rubio, reaccionando al burdo comentario con una tensión evidente en los músculos de su cuello, que palpitaban abultando la piel curtida por el mar.

—Fue así —continuó Karlsefni molesto de que se llegara a dudar de su palabra —, no miento. Llevábamos en Jacobsland varias lunas, y nos habíamos instalado para el invierno en un gran valle. Ya habíamos arramplado con todo lo que habíamos encontrado en los villorrios de los alrededores y Gunrød, a la vez que negociaba con los *jarls* que tienen allí y ganaba tiempo, rumiaba sus planes para atacar el gran templo cristiano. Pero mientras, el Berserker nos mantenía ocupados. Casi todos los días salían partidas, a veces el propio Gunrød las lideraba. —Assur volvió a girarse —. Exploramos aquellas tierras buscando sus templos y fortalezas, las que no estaban defendidas las arrasábamos y las mayores las dejábamos para la primavera…

Assur recordó aquel campamento en el valle del Ulla, aquel normando al que había dado muerte tendiéndole una emboscada con Weland. Recordó los ataques a Chantada y a Monforte, el dolor de Jesse y Gutier.

Parte de los que escuchaban asintió. Casi todos habían participado en alguna que otra expedición de saqueo; desde las tierras de los rus hasta Frisia, incluyendo las islas de los escotos y los anglos, y llegando tan al sur como para enfrentarse con los hombres azules que adoraban a la luna y que tenían fastuosas ciudades de cuidados jardines, como queriendo olvidarse de los desiertos de los que habían salido. O comerciaban o saqueaban, pero al norte había que regresar cubierto de oro y gloria.

Y, excepto a los más rezagados, a los que no les llegaba el sonido del relato, todos prestaban atención, encantados de ver la marcha amenizada por una buena historia.

—De vez en cuando nos topábamos con gigantescas *skalis* hechas con piedras, allí se encerraban cientos de esos *godis* cristianos en habitaciones minúsculas para pasarse el día con sus ridículas oraciones, ¡no hacían otra cosa! Hasta que llegamos

nosotros…

Assur entendió a lo que Karlsefni se refería: a los monasterios y cenobios. Y su mano abandonó la espada para persignarse con un gesto que creía olvidado, como el odio que ahora sentía renacer en sus entrañas.

—Y pretendes que creamos que os hicisteis con los tesoros de una de esas *skalis* sin que ninguno de esos cientos de hombres os obligase a desenvainar —apuntilló Halfdan con escepticismo evidente.

—No, no, eso fue otro día, durante una patrulla…

—A lo mejor fue una noche, mientras soñabas —dijo alguno con sorna.

Unos pocos rieron la gracieta. Tyrkir se preguntaba qué sucedía entre Ulfr y el patrón. El aire seguía cargándose como si el propio Thor estuviese soplando sobre ellos limaduras de hierro.

—Una mañana, al final del primer verano, yo guiaba una patrulla al sur del río donde nos habíamos instalado, habíamos salido tres o cuatro mientras, liderando un gran grupo, el Berserker había ido al norte. Era más fácil hacerlo así que mover a tres mil guerreros de golpe, y Gunrød era codicioso, lo quería todo y lo quería cuanto antes…

Assur recordó aquella mañana. La imagen del Berserker saliendo del que había sido su hogar, con enormes llamas a su alrededor. Y el huerto de madre, pisoteado con desprecio.

—Aquello no es tan distinto a esto —continuó Karlsefni—, bosques y montañas que hacían el camino muy duro. Mis hombres y yo llevábamos todo el día marchando y no habíamos encontrado nada especial. —Leif dudó de que Karlsefni hubiese llegado a tener el mando de una partida y, una vez más, se arrepintió de haberlo admitido en su tripulación—. La orilla sur de aquel gran río no parecía tan habitada, aunque luego supimos que otra de las partidas había arrasado uno de sus pueblucho. Nosotros, por el contrario, no nos topamos con nada interesante hasta que, ya hecha la mañana, vimos una columna de humo negro que llamó nuestra atención, y fuimos hacia ella encantados, pensando que podría ser una fragua o una tahona; sin embargo, cuando llegamos —Assur se había detenido, las siguientes palabras las escuchó estupefacto, a medida que el grupo lo adelantaba—, ¡eran solo un par de críos!, escondidos entre un montón de rocas…

—¡Basta de cháchara! Hay trabajo que hacer —dijo Leif con más severidad de la habitual en él—. ¡Vamos!

Tyrkir se dio por aludido, había urgencia en el tono del patrón, y el Sureño actuó como buen contramaestre.

—Ya habéis oído, ¡basta de cuentos!, holgazanes hijos de perras famélicas, os voy a quitar las ganas de hablar a base de trabajo duro.

Leif se dio la vuelta y se llegó hasta donde su amigo se había detenido mientras la

partida, guiada por Tyrkir y espoleada por los gritos de Karlsefni, que deseaba complacer al patrón, seguía camino hacia las uvas.

Kitpu no lograba creer lo que sus ojos veían. La pequeña Matoaka tenía razón, eran hombres, grotescos, pero hombres.

No les había costado dar con ellos. Después de despedir a los suyos, el grupo de guerreros se había puesto en marcha hacia el río de los salmones, pero no les había hecho falta llegar hasta la desembocadura en la que, según la pequeña, se habían instalado aquellos hombres estrafalarios.

El *sagamo* miraba a menudo al cielo para calcular cuándo estallaría la tormenta que se preparaba.

Avanzaban por parejas separadas, atentos a su alrededor, cuando la quietud natural del bosque se quebró con la estruendosa algarabía de voces que hablaban con chirriantes sonidos secos.

Portaban grandes cestos vacíos y Kitpu no supo si es que era una extraña costumbre o si es que iban en busca de algo. Pero tomó una rápida decisión.

Chistó como un arrendajo azul y, en breve, todos sus guerreros lo rodeaban. Entonces, tras recorrerlos con su mirada, extendió la mano derecha ante sí y, manteniendo los dedos juntos, la movió en círculo como pretendiendo abarcarlos a todos ellos. Acto seguido cerró el puño dejando el índice libre y sacudió la mano en dirección a aquellos hombres de extravagante aspecto; por último, usó las dos manos abiertas para moverlas adelante y atrás frente a su pecho, la una al lado de la otra, como pies apoyándose en una carrera.

Cuando todos sus hombres asintieron, la partida de guerreros mi’kmaq comenzó a seguir a los normandos.

Assur rumió lo que había oído con desazón, pero logró calmarse e intentó razonar con frialdad. Ni siquiera se molestó en decirle a Leif que aquellas *uvas* no se parecían en nada a las que tantas veces había visto en Galicia, ni las cepas. En esos instantes sus dudas no tenían valor alguno. Mientras el grupo amontonaba racimos de aquellas bayas en los cestos, el hispano guardó silencio y aprovechó la repetitiva tarea para pensar, cuestionándose si, de hecho, quería conocer el final de la historia de Karlsefni, sin llegar a admitir en ningún momento del día que, en el fondo de su alma, ya se había arraigado la decisión.

—Y… ¿cómo conseguisteis aquel fantástico botín sin llegar a desenvainar las espadas?

La tarde decaía preñada con el bochorno pegajoso de la tormenta. Tras su llegada los hombres se habían esparcido por el campamento y Karlsefni, como siempre, se había quedado cerca de la mayor de las construcciones, la de Leif. Los años no pasaban en balde y el normando acusaba el esfuerzo del día, se había sentado en un

corro de lajas de piedra que se habían dispuesto ante la *skali* y bebía cansinamente tragos largos de agua del río.

A Karlsefni le sorprendió la pregunta, pero pensó que era buena idea tener contento al corpulento Ulfr no solo porque pareciese capaz de quebrarle el espinazo con una sola mano si se lo proponía, sino también porque era uno de los más allegados al patrón.

—Ah…, ¿qué fue lo último que os conté?

Assur hizo un esfuerzo consciente por mantenerse sereno y, bajo la tensión, su nórdico sonó con un acento más marcado de lo habitual.

—La columna de humo… —contestó escuetamente.

Karlsefni revolvió los ojos en las cuencas, haciendo memoria.

—Sí, ya me acuerdo… Pues… nos acercamos pensando que encontraríamos algo de provecho, pero era solo un roquedal en el que dos chiquillos se habían escondido. Un gordito y una chicuela. —Assur dejó de respirar por un instante—. Supongo que se habían escapado de alguno de los villorrios que habíamos atacado… No eran gran cosa, pero podíamos añadirlos a los que ya teníamos en el campamento, además, como sabes, las niñas siempre alcanzan buen precio en los mercados de Oriente… —El hispano tuvo que reprimir el impulso de hacerle saltar las muelas a Karlsefni cuando vio la sonrisa cómplice con la que el otro había terminado la frase—. Una virgen es siempre bien recibida por los esclavistas…

Assur consiguió no echársele encima concentrando toda su fuerza de voluntad. Necesitaba asegurarse.

—¿Pero no has dicho que era solo una niña?

Karlsefni se encogió de hombros, como si aquello no tuviera importancia.

—Niñas, niños, ¡qué más da! A los sarracenos les vale todo, además, con el tiempo de completar el viaje hasta Miklagard o Itil habría tenido oportunidad de desarrollarse lo suficiente. Y lo hubiera conseguido, hay muchos que mueren durante el viaje, los débiles nunca aguantan la travesía —aclaró Karlsefni con expresión de haber dicho una obviedad—. Sin embargo, ella lo hubiera conseguido, era una muchacha muy resuelta.

›Imagínate, el gordito no paraba de gritar y patalear, el rato que no sollozaba, parloteaba gimoteando. Pero la niña no, ella se mantuvo en silencio. Yo creo que incluso hacía esfuerzos por no aparentar miedo. Lo único que parecía preocuparle era su trenza…

Assur se puso bruscamente en pie, suspirando. Y Karlsefni se encontró con dos fragmentos de hielo azulado que lo miraban obligándolo a encogerse.

—¿Su trenza?

Karlsefni no entendía lo que sucedía, pero, aparte de tragar con esfuerzo, no se atrevió a hacer otra cosa que contestar.

—Ssss… sí, sí… Su trenza, estuvo todo el rato rehaciéndola, ya sabes. —Karlsefni revoloteó con sus dedos sobre su hombro imitando el gesto de la niña—. Supongo que en algún momento perdió la cinta con la que la ataba… Pero nunca mostró miedo. Podría haber pasado por una de las nuestras, por la noche intentó escapar, ¡tuvimos que atarla a un árbol!

Assur tuvo que girar sobre sí mismo.

Sobre el océano una pareja de gaviones de alas negras planeaba buscando presas. El sol se agazapaba entre finas nubes deshilachadas de color sanguinolento.

—¿Qué pasó?

Assur había hecho la pregunta sin volverse, pero el tono perentorio le resultó a Karlsefni evidente incluso por encima del rumor del oleaje.

—Pues que… a la mañana siguiente, cuando regresábamos al campamento nos topamos de bruces con unos cuantos de esos *godis* cristianos, como el borracho ese que envió Olav a Groenland… Llevaban esos vestidos largos atados a la cintura, parecían escoltar a otro que iba a lomos de un fantástico caballo caldeo con demasiados bríos para un jinete tan torpe; un gordo de aspecto bizarro que se cubría con un ridículo gorrito morado —aclaró el nórdico haciendo girar la mano sobre su coronilla a la vez que torcía el rostro con una complaciente sonrisa nerviosa— y que vestía de modo distinto. Ah, y también se tocaba con una de esas enormes cruces de los cristianos que colgaba de su cuello como un martillo de Thor. Debía de ser un *godi* importante entre los suyos y el grupo parecía guiar un carro tirado por asnos en el que había arcones y barriles… Al principio pensamos que lucharíamos, pero…

—¿Pero qué? —apremió Assur girándose de nuevo. Comenzaba a imaginar de quién le hablaban.

—Nos pagaron —se apresuró Karlsefni intentando llegar al final de su historia—, nos dieron todo lo que cargaban a cambio de…

Los gritos les interrumpieron, algo pasaba más allá de las *skalis*.

A su alrededor los hombres se giraban para mirar hacia el origen del alboroto. Assur reconoció el inconfundible retumbo metálico de una espada al golpear algo sólido.

Kitpu y los suyos observaron a aquellos hombres llenar sus capazos de arándanos y el *sagamo* se preocupó. Estaban haciendo acopio de una cantidad desproporcionada, ni aun comiendo únicamente arándanos durante días enteros serían capaces de consumirlos antes de que se estropeasen. Era algo muy extraño, quizá planificaban un sacrificio o pensaban usarlos como tintura.

Viéndolos trabajar, Kitpu tuvo la oportunidad de empezar a conocerlos. Eran hombres fornidos, cargados con ropas extrañas de pesado aspecto y que llevaban armas brillantes y amenazadoramente afiladas. Pero eran ruidosos y parecían poco ágiles, era evidente que no conocían el bosque, y que no sabían hablar con los

manitous y mucho menos escucharlos. Solo uno de ellos pisaba y se movía como debía hacerlo un hombre, aunque de vez en cuando arrastraba su pie izquierdo, y Kitpu no llegó a averiguar si se debía al cansancio o a alguna herida ya vieja.

Cuando los extranjeros terminaron, Kitpu decidió seguirlos hasta el campamento que Matoaka había descrito, quería verlo. Necesitaba conocer más al posible enemigo. Tenía que estar seguro de cuántos eran en total, descubrir sus hábitos.

Desafortunadamente, uno de sus hombres cometió un error imperdonable.

Finnbogi no entendía el repentino interés de Leif por apostar vigías en el perímetro del campamento, pero había supuesto que sería su deseo de empezar a llenar los pañoles del Gnod el que había animado al patrón a tomar precauciones. Puede que no tanto porque hubiera nativos malhumorados, sino porque hubiese quien había decidido seguir al hijo de Eirik el Rojo en su nueva expedición. No sería la primera vez que alguien hacía el trabajo y otro se llevaba los réditos.

Había probado por primera vez en su vida las uvas y, como Halfdan, no estaba convencido de que aquellas bayas dulzonas pudiesen producir un alcohol mejor que la cerveza de cebada y arrayán, o que el hidromiel. Y ahora, todavía con el regusto empalagoso de los frutos pegado al paladar, echó a andar alejándose de las *skalis* y los hombres que preparaban algo caliente para cenar.

Se sentó en el tocón de uno de los árboles que él mismo había talado, un aliso que habían elegido para servir de pilote al puente que les daba acceso a la orilla donde habían instalado la fragua. Y, como buen tragaldabas que era, lamentó tener que conformarse con unas lonjas de salmón ahumado y perderse el estofado que su hermano gemelo preparaba en la más pequeña de las *skalis*.

Era un ocaso caluroso en el que se cocía un bochorno pegajoso que presagiaba tormenta, aunque Finnbogi no estaba seguro, todavía no conocía los cielos de aquellas tierras del oeste y dudaba de si la lluvia y el granizo llegarían. Pero lo que sí sabía era que la temperatura iba en aumento, algo que constataban los grillos, pues a pesar de que la noche ya amenazaba en el horizonte, los pequeños bichillos negros apuraban con nervios sus serenatas amorosas.

Se había llevado algo de agua fresca en un odre y, una vez se sentó, echó un buen trago para librarse del sofoco a la vez que del pastoso sabor dulzón que le llenaba la boca. Después de darle media docena de vueltas a las distintas posturas que le encontró al tocón, se resignó incómodo, miró con pena la exigua ración de pescado y pensó en alargarla a base de pequeños bocados.

Kitpu se movía con cuidado, oyendo como los *wampanos* macho se excitaban con la subida de temperatura, anunciaban la tormenta cantando cada vez más aprisa. Les había dicho a sus hombres que se abriesen formando un arco que rodease a los extranjeros y les permitiese cubrir el campamento desde todas las posibles salidas. Si todo salía bien se reunirían al alba, en la presa de los castores de la que Matoaka

había hablado, en cuanto la escasa luna creciente se tendiese en el horizonte. Hasta entonces tenían que aprender cuanto pudiesen sobre aquellos hombres.

Pero las cosas no salieron bien. Kitpu estaba cerca, oyó el silencio del error que cometió su guerrero, los grillos se quedaron mudos de repente.

Finnbogi tenía más de carpintero que de mercenario, pero la repentina quietud lo puso alerta. La escasa luz empezaba a perderse y las sombras alargadas se confundían con la oscuridad que llenaba los espacios del bosque. La anochecida avanzaba y las nubes crecían en el horizonte hasta parecerse a enormes yunques. Se levantó dejando el salmón sobre el tocón y dio un par de pasos al frente, escudriñando los huecos entre los árboles.

El hambre le pudo. Y el normando estaba a punto de recuperar su asiento cuando lo vio. Al principio le costó creerlo; parpadeó confuso pensando en los hongos que tomaban los *berserker*. Pero era cierto, había un hombre unas brazas más allá, un hombre con el pecho descubierto y la cara pintarrajeada con algo que parecía arcilla roja. Y de entre sus cabellos parecía salir un manojo de grandes plumas oscuras. Estaba tan estupefacto que le costó reaccionar.

El guerrero mi'kmaq arrugó el rostro en cuanto se dio cuenta de que había pisado una rama seca. Estaba tan inquieto por la novedad que había cometido el error de un muchacho, y ni siquiera los suaves mocasines que calzaba impidieron que el seco sonido llenase la noche. Los grillos, que habían venido apurando el ritmo de su canto, callaron de pronto y el gordo extranjero que tenía ante él se dio cuenta.

De no ser porque el mi'kmaq no sabía que los normandos usaban *brynjas*, Finnbogi hubiese muerto al primer disparo. La flecha fue directa al corazón, pero el armazón de aretes metálicos funcionó como un escudo eficaz y el normando tuvo tiempo de reaccionar dando la voz de alarma.

Todo podía haber quedado en nada, pero Abooksigun supo al instante que su hermano había metido la pata y no tuvo tiempo de refrenar su impulso. En dos saltos se había puesto tras el extranjero y había descargado su maza con tanta fuerza como había podido.

Del terrible golpe apenas manó sangre, pero Finnbogi cayó muerto con el grito de alarma agonizando en sus labios y los sesos hechos puré.

A partir de ese momento todo fue rápido y sucio.

Los mi'kmaq conocían el bosque, eran ágiles y silenciosos. Los normandos eran brutales, animales de guerra acostumbrados al horror de la batalla, y estaban mejor armados.

Cuando Assur llegó hasta el lugar en el que los tripulantes del Gnod se agrupaban, se encontró con Tyrkir, que sangraba por una herida en el brazo por la que asomaba el astil quebrado de una flecha, justo donde terminaba la manga de la pesada loriga que vestía.

El hispano no necesitó explicaciones; asentando los pies en el suelo, Assur desenvainó y se preparó para la lucha. El primer relámpago estalló y Tyrkir, entrecerrando los ojos, asintió para sí.

Con el destello Assur vio los cuerpos de Finnbogi y Bram, desmadejados en la verde hierba que precedía al bosque. El hispano apretó los dedos sobre el arriaz y se puso en guardia.

La tormenta retumbaba acercándose hasta el campamento normando.

—Nunca pensé que acabaría muriendo a manos de pajarracos pintarrajeados —gruñó Tyrkir alzando su espada.

Assur no entendió a qué se refería el contramaestre hasta que el siguiente relámpago estalló en el cielo y el breve instante de deslumbradora luz le permitió ver a qué se enfrentaban.

Empezaron a caer gruesas gotas cálidas que se habrían de mezclar con la sangre de unos y otros.

LIBRO TERCERO:
EL REGRESO

…Yo canto la muerte de bravos pintada en la faz del escudo…
Bragi el Viejo canta la muerte de Sorli y Hámdir.

Edda Menor, Snorri Stúrluson



Cuando la luna ganó el cielo, lo hizo presumiendo del halo de plata con el que se cubría, resguardándose de unas pocas nubes altas que parecían trazos de ceniza en el manto oscuro del horizonte. El aire calmo olía a otoño y las estrellas se dejaban ver entre las copas de los árboles.

Ilduara escuchó aullidos y no pudo evitar pensar en Furco y recordar a Assur. Echaba de menos a su hermano, y al lobo. Estaba muy asustada; transida de hambre y frío. Luchaba por evitar que sus dientes castañeteasen porque sus ropas todavía estaban mojadas; los normandos los habían obligado a cruzar el Ulla por las piedras de los rápidos del Mácara, y cada vez que se movía los bajos húmedos de la saya rozaban la piel de sus pantorrillas con un tacto helador que la obligaba a encogerse.

Berrondo, agotado por sus continuos sollozos y lloros, se había quedado dormido en cuanto su hipo había remitido. Ahora, el hijo del sayón respiraba silbando entre mocos agarrados al gaznate, revolviéndose de vez en cuando. A Ilduara le parecía que se había acurrucado como hacía Ezequiel, en esas noches en que las historias de ánimas y *lobisomes* que contaba Osorio *o zoqueiro* al calor del hogar le llenaban el sueño de pesadillas.

La niña, incapaz de dormir o de hacer otra cosa que lamentarse, estaba sentada con sus piernas dobladas ante sí, apoyando los antebrazos en las rodillas y sujetando, con sus manos atadas, el vuelo de la falda para evitar el repeluzno que le provocaba la pesada lana mojada. El fuego que los normandos habían prendido se ahogaba entre brasas cenicientas que ya ni siquiera siseaban al calor, y el que se había quedado como vigía dormitaba con holgazanería con la espalda apoyada en un árbol. Contándolo a él, que era el único de una alzada normal, sumaban seis; y a ella los otros cinco le parecían gigantes, todos más corpulentos que padre, que era el hombre más grande que Ilduara había conocido. Hablaban soltando ásperos reniegos, como si masticasen ascuas que les quemasen la lengua, y todos tenían a mano espadas y hachas que ella no podía dejar de mirar con miedo reverencial.

Un lobo volvió a aullar en la lejanía de los cerros y, una vez más en aquel largo y desdichado día, Ilduara no pudo evitar que las lágrimas aflorasen. Sabía que Assur le hubiese dicho que tenía que mantenerse serena, y no olvidaba que padre le hubiera ordenado que guardase la dignidad. Lo sabía, pero no pudo evitar el llanto, que surgió indomable al tiempo que la pequeña deseaba escuchar a su hermano llamándola *linda dama*.

Fue un lloro contenido y suave, no quería que ellos la oyesen. Pero aun así, suficiente para inclinar su cabeza como un tallo tronchado, haciendo que sus desarreglados cabellos le cayesen sobre el rostro, obligándola a soltar la falda y encogerse de frío para poder recomponer la trenza una vez más. Y lo hizo con manos torpes por las ligaduras que laceraban sus muñecas.

El que debía estar vigilándolos resopló tras atragantarse con un ronquido y la

niña, llevada por un impulso, tomó la decisión en un instante, se puso en pie con todo el cuidado del que fue capaz.

Sorprendida por no escuchar uno de aquellos hoscos gritos ordenándole que se estuviese quieta, reunió el valor para intentar escapar. Lo último que hizo antes de echar a andar con el mayor sigilo posible fue enjugarse las lágrimas.

No sabía adónde ir, pero le bastó avivar la certeza de que no se detendría, para albergar fe en sus posibilidades. Lo único que le importaba era alejarse y hacerlo cuanto antes. El bosque tintado de negro estaba lleno de misterios y leyendas que espoleaban su miedo y tuvo que hacer un esfuerzo por sobreponerse. El carrasposo ulular tartamudo de una lechuza la asustó, y la obligó a detenerse y a contemplar el enrejado de ramas prietas que la cubrían. Todo resultaba amenazador, sin embargo, consiguió encontrar un resquicio de esperanza con el que ilusionarse. A cada paso, encogía el rostro cuando la tela mojada la rozaba; además del desagradable frío que le transmitía, sonaba como un suave aplauso tocado con sordina.

La lechuza que había oído echó a volar ante ella enseñándole el envés blanco de sus alas silenciosas.

Se giró temiendo ver qué había asustado a la rapaz, pero solo vislumbró la penumbra resquebrajada que pintaban sobre el suelo las difusas sombras de la arboleda. Todo eran manchas oscuras que resultaban amenazantes. Y las siluetas de las ramas que la brisa mecía parecían cobrar vida transformándose en perfiles de hombres a la carrera.

Asustada, pensó en Assur y decidió que debía regresar hasta aquel lugar entre las rocas. Allí estaría su hermano, él siempre cumplía su palabra. Assur habría regresado al berrocal, lo había dicho. Y se dio cuenta de que tendría que encontrar el modo de volver a cruzar el río.

Estaba tan abstraída que no los oyó. Era difícil orientarse.

Empezó pronto a jadear, había sido un largo día, estaba cansada y dolorida, el costado le ardía y la tentación de detenerse era inmensa, quería dejarse atrapar por la languidez que la pretendía, como la cálida sensación de sueño que la arropaba cuando, en la tibieza del establo, debía encargarse del ordeño de primera hora de la mañana, cuando solo el temor a la reprimenda de padre evitaba que se quedase dormida apoyando la mejilla en la dulce calidez del vientre de Calesa, aun a pesar del incómodo taburete.

Entonces le llegó el rumor de las ásperas voces. El ruido de la carrera, el tintineo de las armas. Se sintió acorralada, como horas antes en aquellas piedras, al darse cuenta de que no era Assur quien se acercaba.

Corrió una vez más en ese aciago día. Corrió hasta que una nueva sombra cruzó ante ella, envuelta en el estruendo de gritos hoscos y chasquidos metálicos.

La pequeña dudó. Giró sobre sí misma con tiempo como para notar una vez más

el desagradable tacto húmedo y frío de la falda mojada. Intentó escabullirse por un hueco entre los árboles.

Tras ella las ramas se quebraban, las voces gritaban y las pesadas botas rasgaban el manto de hojarasca. Se cernían sobre ella. La acorralaban.

Y todo acabó, demasiado pronto. Cuando Ilduara despertó, con la cabeza dolorida y un feo costrón de sangre reseca taponando la brecha que el golpe había abierto encima de su ceja, se descubrió atada al mismo fresno en el que el vigía se había apoyado.

Dos de los normandos la señalaban entre risas provocadas por palabras que no entendía. Parecían mordisquear sus almuerzos y, a pesar del dolor de cabeza y la desorientación, a la niña se le hizo la boca agua.

Berrondo lloraba de nuevo, ni siquiera le dirigió una mirada. Y a la lechuza de la víspera le respondía ahora un alcaudón que imitaba el canto de los jilgueros que aprovechaban las bayas de un escaramujo. Ilduara sabía que, en cuanto los coloridos pajarillos se confiasen, la pequeña ave de presa capturaría al más torpe para empalarlo en las púas del espino y comerlo con calma. La niña se sentía sola y asustada, muy asustada.

Antes de que los obligasen a ponerse en pie y echar a andar, Ilduara tuvo tiempo de dejarse abatir por la desdicha. Había perdido toda esperanza y miraba a todos lados aguardando ver a Assur aparecer y salvarla.

Los forzaron a ponerse en marcha con órdenes secas que no necesitaban traducción. Y la caminata a un destino sobre el que no sabía más que lo que su desbocada imaginación pretendía se volvió eterna ya antes de que el sol llegase a su cénit en el horizonte.

Confiados, los normandos descendían por una manida y ancha vereda que Ilduara creyó reconocer, pero a la que no pudo situar. En una amplia curva cubierta por ramas de grandes castaños, los nórdicos se detuvieron de pronto y el que parecía liderar la partida, un bigardo de desordenadas greñas negras que manejaba una gigantesca hacha de doble filo, mantuvo la mano libre en alto dándole a los suyos la orden de permanecer donde estaban.

Ilduara no supo por qué hasta que oyó el inconfundible chirriar de las ruedas de un carro. Alguien se acercaba en sentido opuesto.

La visión de los hábitos consiguió iluminar el rostro de la pequeña. Berrondo dio saltitos nerviosos sin atreverse a gritar. Y el más bajo de los normandos se retrasó para echar una mano sobre los hombros de los niños y refrenarlos. Los demás se prepararon para lo que mejor sabían hacer. Y los siseos de las armas en sus vainas obligaron a la pequeña a encoger los hombros.

Del carretón tiraban dos asnos de largas orejas que se arredraron con pasos nerviosos ante los normandos, tensando los arreos que dos corpulentos frailes de

aspecto fiero y viejas cicatrices sostenían con firmeza. A su lado iban otros hombres con los mismos hábitos pero con menos arrestos, pues reaccionaron de modo similar a los borricos, queriendo echar los pies atrás y abriendo los ojos.

Tras el carro llegó otro hombre más, de carnes gruesas, montado en un alto caballo de reluciente pelaje con demasiados bríos para obedecer al jinete. Ilduara no había visto jamás a un sacerdote con ese aspecto, su hábito tenía una botonadura tan interminable que a la niña se le antojó que abrochársela debía de ser un suplicio eterno, y solo estuvo segura de lo que era aquel hombre gordo por el brillante crucifijo que le pendía del cuello.

—*¡Laus Deo!* —exclamó aquel orondo religioso haciendo que la escasa corona de ralos cabellos oscuros que tenía se agitase en torno a un curioso sombrerete de color morado que intrigó a Ilduara.

Eran ocho y solo tres parecieron capaces de mantener la calma: el jinete de extravagante bonete y los dos frailes que guiaban a los asnos, que desprendían un aire marcial. De entre los demás destacaba un amanerado curita, magro como un tallo, que cambiaba los pies con gestos nerviosos que le recordaron a Ilduara los miedos de Berrondo.

Los normandos cruzaron palabras secas y la niña vio como se abrían en formación, preparados para atacar; instintivamente arrugó los párpados entrecerrando los ojos.

—¿Estáis bien? —preguntó el jinete alzando la voz al tiempo que luchaba con las riendas para domeñar a su impetuosa montura.

Al principio Ilduara no se dio cuenta de que ella y Berrondo eran los aludidos. Escuchar su propio idioma después de un día entero con los normandos se le hizo extraño. Cuando al fin reaccionó, solo pudo asentir.

—¡Ayudadnos! ¡Ayudadnos! —gritó el hijo del sayón a tiempo para recibir un fuerte puñetazo que lo dejó despatarrado y gimiendo.

Ilduara se encontró la furibunda mirada del nórdico que había golpeado a Berrondo. El normando constataba la amenaza implícita de que algo similar le sucedería si hacía una tontería como la del hijo del sayón.

El enorme nórdico que actuaba como líder gruñó unas cuantas órdenes y los suyos avanzaron hacia los religiosos.

Entonces Ilduara vio algo aún más sorprendente que las ostentosas ropas de aquel jinete. Los dos fornidos frailes que guiaban a los asnos del carretón abrieron sus sayos y cada uno sacó una daga que resplandeció al sol de la mañana.

—¡Quietos! Haya paz, por el amor de Dios. Ya se ha derramado sangre de sobra —dijo el grueso jinete negando con la cabeza.

Y a continuación aquel curioso personaje se quitó el gran crucifijo que pendía de su grueso cuello y lo lanzó con disgusto hacia el greñudo normando.

—Basta ya de muertes, tomad lo que queráis y dejadnos seguir nuestro camino… Y liberad a los niños —ordenó señalando a los dos pequeños.

En su voz se notaba la autoridad del que está acostumbrado al mando.

El cabecilla de los normandos atrapó el crucifijo con soltura y lo examinó con cuidado. Luego, sopesando la joya en su palma, miró a sus hombres y dijo algo rudo ante lo que rieron. Cuando volvió a mirar hacia el jinete, señaló a su vez el carro levantando con su otra mano el hacha.

Ilduara, que temía albergar esperanzas fútiles, supuso que el normando estaba dispuesto a aceptar el pago, pero que quería más. A fin de cuentas, podían limitarse a recurrir a la fuerza y asaltar a aquellos religiosos sin más contemplaciones.

En el carro había unos cuantos barriles y un par de arcones. E Ilduara se preguntó cuál sería su contenido.

Los dos frailes de aspecto más rudo asentaron los pies y, para asombro de la pequeña, alzaron sus puñales y parecieron prepararse para contrarrestar la avariciosa cometida que prometían las dudas de los normandos. Sin embargo, el jinete asintió de mala gana mirando al líder de los nórdicos y volvió a señalar a los niños.

—Coged lo que deseéis… —dijo resignado a perder su carga con tal de salvar a los críos y evitar un enfrentamiento.

Entonces dio órdenes secas a los que parecían sus subalternos para que se apartasen del carro.

El nórdico al mando, mirando a aquellos fornidos frailes de rostro adusto, pareció dudar. Finalmente, bramó algo, y el que estaba al cargo de Ilduara y Berrondo se volvió hacia los críos sacando un puñal que llevaba sujeto al cinturón que aseguraba su cota de malla.

Ilduara vio aquel rostro anodino y temió que su vida fuese a acabar en ese mismo momento. Sin embargo, aunque el nórdico acercó el puñal hasta su pecho, solo lo usó para cortar las ligaduras de sus muñecas.

La niña no supo cómo reaccionar, se quedó estupefacta, quieta.

—Venid aquí, hijos míos, venid —dijo el jinete.

Berrondo salió corriendo en cuanto cortaron sus ataduras, pero Ilduara procuró mantener la dignidad. Ella echó a andar con la cabeza alta y pasos calmos.

—Dejad que esos descreídos paganos tomen lo que quieran —dijo el jinete cuando ambos niños llegaron hasta él a la vez que hacía aspavientos con la mano que no sujetaba las riendas.

Los monjes, con evidente resignación, se apartaron del carro obedientemente y el sacerdote descabalgó.

Mientras los normandos montaban una buena algarabía al descubrir el vino de los barriles, el grueso religioso se acercó a los niños con ojos brillantes.

—Bien hallados, pequeños —dijo con ternura—, soy el obispo Rosendo

Gutiérrez, de Compostela.

—Mi padre también se llamaba Gutier —dijo el obispo sorprendiendo al infanzón por lo inesperado de la frase.

Tras Rosendo pasaron unos monjes arrastrando el cuchicheo de su conversación y el siseo de los hábitos, trabado por el ritmo sincopado de las pisadas de sus sandalias. Y el de León aprovechó la mirada de reproche que les lanzó el prelado para guardar silencio, asombrado por aquellas primeras palabras.

Mientras los frailes se disculpaban por la algarabía, Gutier cambió de postura, ahogando un gemido por el dolor que le recorrió la pierna herida. El frufrú de las mantas del camastro hizo que Rosendo se volviese de nuevo hacia el infanzón, olvidándose de los ruidosos monjes.

—Era un buen hombre —continuó el obispo como si no hubiera pasado nada—, temeroso de Dios. Un buen cristiano.

Gutier miró al prelado inquisitivamente, sin atreverse a decir nada por miedo a resultar irrespetuoso. Luego, pensó aludir a su pasado en San Justo de Ardón, pero no estaba seguro de lo que pretendía el obispo. Así que calló y observó, recordando al severo adjutor del monasterio leonés con el que había pasado sus años de novicio.

Rosendo se palmeó el pecho como buscando algo y, cuando no encontró otra cosa que sus botones forrados de morado, negó suavemente con la cabeza y sonrió haciendo que su papada cabriolease.

—Habéis recuperado el tributo, ¿verdad?

Gutier tomó aire antes de responder.

—Sí, así es, lo hemos traído hasta aquí, los monjes ya se han hecho cargo de él —habló por primera vez el infanzón, contento de responder a una pregunta concreta.

—Bien, bien… ¿Y los prisioneros?

—No estoy seguro, dejé al cargo a un infanzón de nombre Froilo, ni siquiera sé cuántos son… Algo más de un ciento…

—Bueno hijo —intercedió el prelado pensativamente—, pues ya recibiremos mandado de doña Elvira…

Gutier no consideró prudente apuntillar que, aun siendo un secreto a voces, hubiera sido más lógico hablar de la decisión del rey niño Ramiro que granjearle sin más el mérito a la regente.

El obispo pareció meditar unos instantes, quizá dándose cuenta del desliz y arrepintiéndose, con la mirada perdida entre los sillares del dormitorio común del cenobio. Y el infanzón lo dejó recogerse en sus pensamientos.

Las fuertes piedras aguantaban el envigado de anchos maderos de roble de la techumbre. Y, sabiendo como sabía el obispo que el monasterio estaba ahorcado en un empinado risco que había obligado a los canteros a adosar enormes contrafuertes lombardos que pendían del barranco como las raíces de un árbol, Rosendo pensó en

la bondad infinita de Dios, que había permitido a sus humildes siervos construir aquel templo, sostenido de milagro en las alturas por la Providencia divina.

El infanzón también tuvo tiempo de recapitular. Tras el infructuoso intento de recuperar a Assur, Gutier había hecho de tripas corazón y, antes incluso de dejarse llevar por sus preocupaciones, decidió acercarse hasta Caaveiro para devolver el tributo a manos del obispo. Y cuando había pensado en regresar al campamento del conde Gonzalo en la ría, los benditos monjes del claustro se lo habían impedido. Sus heridas se habían abierto, y a pesar del enorme lobo que los miraba a todos con suspicacia, lo habían obligado a quedarse con ellos para ser atendido.

A la mañana siguiente el mismo obispo Rosendo se había acercado al convaleciente infanzón a pedir nuevas. Y ahora estaban ambos allí, en la amplia cámara empedrada donde los frailes pasaban sus noches.

—¿Y el muchacho? —preguntó el obispo señalando a Furco, que no se había separado del lecho de Gutier.

El infanzón, incómodo, se incorporó cuidando la postura para evitar los dolores. El lobo alzó su cabezota y lo miró con ojos tristes.

—Capturado por los normandos —dijo con pesadumbre al tiempo que acariciaba a Furco entre las orejas sin conseguir que el animal reaccionase—, estará rumbo al Norte, convertido en esclavo.

El obispo volvió a hacer amago de buscarse el crucifijo que le faltaba antes de hablar.

Y Gutier, con aquel gesto de Rosendo que buscaba la ayuda de la Santa Cruz, recordó las palabras oídas tanto tiempo atrás en aquella huerta arrasada de Outeiro y se atrevió a pedirle un favor en nombre de Assur al prelado.

—¿Padre?

Rosendo, pensativo, miró al infanzón.

—Ese muchacho… Hay algo que me gustaría hacer por él, sus padres también murieron a manos de los norteños…

—¡Hemos perdido a tantos…! ¡Demasiados! —interrumpió el obispo con aire pesaroso—. Demasiadas almas… ¿Y el cómite? —preguntó como acordándose de pronto.

El infanzón se vio obligado a dejar de lado su petición.

—Muerto —contestó Gutier con el tono y gesto propios del poco desasosiego que le producía la noticia.

El obispo miró con intensidad al infanzón, reclutando los sentimientos que los ojos de Gutier traslucían.

—Hijo mío, hasta el más malvado de los hombres es digno del perdón divino, no lo olvides.

Gutier dudó. Sabía que el obispo hablaba con la razón de su parte, pero, en el caso

del cínico Gonzalo Sánchez, al infanzón le costaba creer que la piedad del Señor fuese capaz de abarcar tanta miseria.

—Entiendo que los hombres que envié a guardar el tributo también han sido llamados a descubrir el reino de los cielos…

Y ahora el infanzón asintió, recordando la añagaza de la orilla norte de Adóbrica y la parte que los hombres que él mismo había elegido habían desempeñado.

—¡Qué pena! Dios los acoja en su Gloria. Eran también buenos siervos del Señor, almas que la guerra contra el moro descarrió, pero que supieron encontrar el amor de Dios en su corazón a tiempo para arrepentirse…

Las palabras del obispo calaron profundamente en el infanzón.

Gutier sintió un arrebato que no pudo refrenar. La pírrica victoria le había traído pérdidas irrecuperables y su pasado llamaba a las puertas del presente ansioso por librar el zaguán de su conciencia.

—Padre, le ruego acoja mi confesión…

Los penetrantes ojos del obispo miraron con intensidad al infanzón. Aquella era una petición que parecía implicar desasosiegos con los que Rosendo no estaba seguro de querer cargar.

—Habla, hijo, habla… —dijo con familiaridad anteponiendo el buen oficio.

Y Gutier le contó el peso de su resignación obligada por las tristes circunstancias de su familia. Le explicó su paso a hombre de armas con la pena de abandonar su vocación temprana, y le habló de su decepción al descubrir el terrible heredero sin escrúpulos que el conde Sancho había engendrado para vestir su título.

Escondiendo el rostro en el pecho y buscando la cabeza de Furco para compartir la culpa con un compañero, Gutier confesó sus implicaciones en el envenenamiento del rey Craso y los sucios juegos en los que participó para apoyar al contrario del propio Rosendo a la cátedra de Compostela; único momento en el que el obispo torció el gesto, recordando al infame Sisnando.

Al final, mientras la mañana se deslizaba calentando los gruesos muros del monasterio, el infanzón le habló de la traición del Boca Podrida y de cómo habían muerto los hombres del obispo sin que él mismo o ningún otro de las mesnadas del conde hubiera tenido el valor de oponerse a lo que sabían no debía hacerse.

Rosendo no pareció sorprendido, y constatarlo hizo el recuerdo de los hechos aún más doloroso para Gutier.

—Hijo, los caminos del Señor son, ciertamente, tortuosos e indescifrables, pero bien es sabido que si la contrición es sincera, el alma puede volver al rebaño…

›Pero agua pasada no mueve molino. A veces en maitines hay que pensar en los salmos de laudes… Ahora que esos paganos han sido expulsados, hay mucho que hacer, y en eso debemos centrar nuestros esfuerzos. Y gracias a ello puedes encontrar la redención que buscas… Porque, hijo, creo que tú no necesitas mi perdón, sino el

tuyo propio…

Y el obispo calló colgando en su rostro una sonrisa beatífica.

Gutier habría preferido obtener una fórmula más explícita que solazase su alma, pero tuvo que reconocerse que Rosendo tenía razón. Él necesitaba algo distinto al sacramento de penitencia.

—Muchos se han quedado sin nada —siguió hablando el obispo sin darle importancia a lo que acababa de decir—, y hay muchos otros que no tienen otro consuelo que la fe. Debemos reconstruir lo que esos descreídos han arrasado, y debemos ocuparnos de que el hambre y las miasmas no hagan presa en nuestras gentes. Hay mucho que hacer, mucho… Y puede que encontréis en esas labores el primer peldaño de la escalera que debéis subir, porque, hijo mío, para llegar al último escalón solo hay una cosa segura, hay que subir el primero antes…

Las últimas palabras del obispo estuvieron tintadas por un regusto enigmático que el infanzón no supo interpretar.

—Al poco de regresar al obispado de Compostela —continuó Rosendo lanzando una seria mirada de reconvención a Gutier en la que, sin palabras, ambos recordaron que había sido la intervención del infanzón, a expensas de los tejemanejes de los nobles, la que lo había privado de su dignidad en primer lugar—, fui presa del pecado del orgullo, del orgullo y también de la impaciencia. —El infanzón dudaba sobre el destino del discurso del prelado, pero escuchó en silencio—. Había tanto que hacer… Y yo quise hacerlo todo de una vez… Llené mi diócesis de reformas, impuse nuevas devociones, y quise arreglar los desaguisados de los normandos, todo de un plumazo —aclaró con un gesto expedito de su mano rechoncha—. ¡Todo a la vez! Atendiendo más frentes de los que podía abarcar, partí hacia Curtis en cuanto recibí la noticia de que Santa Olalla había sido saqueada. —Gutier recordó su conversación con el apestoso Gelmiro—. Pensaba que en un par de días podía hacer que el templo recobrase los oficios e incluso expulsar a los normandos si me los topaba. Pero el Señor supo poner freno a mi soberbia…

›Estaba de camino, pensando que yo solo podría consolar todo el dolor de este *horrorum normandorum* —confesó el obispo recurriendo al latín—. Pero el Señor supo pararme los pies y ponerme en mi sitio, ¡y pude aceptar mi humilde condición! Lo único que conseguí fue perder los suministros que llevaba, y mi propia cruz. —Se llevó la mano al pecho y palmeó el lugar en el que debería haber pendido—. Sin embargo, no todo fue en vano, además de verme obligado a tragarme mi soberbia y pasar un buen susto, el Señor me dio un cometido más a mi medida.

El infanzón no entendió a qué se refería el obispo.

—Topamos con una banda de nórdicos a los que, con suerte, convencimos para que nos dejasen con vida, pero nos robaron cuanto llevábamos a Curtis. Santa Olalla tuvo que esperar para volver a parecer una verdadera iglesia, aún a día de hoy quedan

cosas por hacer —le dijo al infanzón mirándolo con vehemencia—. Pero el Señor me hizo ver la luz, y me hizo comprender que había otras cosas mucho más importantes de las que ocuparse; yo quería convertir estas tierras en una diócesis ejemplar, cayendo en el pecado de la soberbia. Pero recibí mi lección y, gracias a Su bondad, encontré el modo de darle un comienzo a esta enorme tarea que tenemos por delante por culpa de esos descreídos… Un comienzo mucho más importante que el vino, las tallas, el cáliz, o la parafernalia de una iglesia. El Señor me dio una primera tarea, humilde, con la que poner mi primera piedra. Me dio la oportunidad de salvar a dos huérfanos que esos paganos habían capturado.

Gracias a los que iban y venían, trayendo los recados del obispado, supo que, además de lugares de mucho más renombre, como Monforte o Chantada, Outeiro había quedado reducido a cenizas. Y aunque se aferró a la posibilidad de volver a ver a Assur algún día, porque de él no había recibido noticias, saber que había perdido todo lo demás que, hasta entonces, había dado sentido a su vida fue un mazazo del que la pequeña Ilduara no se recuperaría jamás. Pasó las primeras semanas tan abatida que el obispo encargó a todo su personal velar por la huérfana con especial cuidado, convirtiéndola en la niña mimada de la residencia episcopal. Por su parte, Berrondo recibió las noticias de un modo mucho más pragmático, pensando en el título que le correspondía heredar y descubriéndole a la niña una vileza que Ilduara no había siquiera imaginado.

Había noches en que la tristeza se le atravesaba en la garganta haciendo que el amanecer pareciese un sueño imposible. Pero las lágrimas fueron quedando atrás poco a poco y el tiempo, sabio consejero de fácil pago, le trajo las sonrisas que los recuerdos felices guardaban; consuelos pobres, pero que le servían para reunir voluntad con la que afrontar su situación.

Así, a medida que los días pasaban, Ilduara se iba adaptando. Aprendió a convencer con sonrisas al personal de cocinas y conseguir dulces que comer entre horas, o un currusco de pan fresco que podía mojar en la nata del almuerzo del obispo y mordisquear con aire pensativo recordando las mañanas de ordeño, cuando mamá la dejaba ser golosa untando en el pan la tona de la leche del día anterior y cubrirla de miel. Incluso buscó las confidencias de una de las mozas que atendían los dormitorios de Rosendo y, en más de una noche, acabó sollozando en el hombro de la paciente muchacha.

Con el devenir de las semanas, a medio camino entre el duelo y el arrepentimiento por permitirse continuar con su vida cuando los suyos no podían, consiguió descubrir el mundo que la rodeaba y pronto vislumbró lo inmenso de Compostela. Pues casi todas las mañanas había quien la animase a acompañar a alguna de las mozas al mercado, o a los esportilleros a recoger algo de la curtiduría, o a llevarle un encargo a uno de los orfebres judíos. Para Ilduara la urbe resultó un

mundo impensable en el que perderse, tan enorme y distinta a cualquier otro de los lugares que había conocido que la pequeña se frotaba los ojos a menudo, intentando asimilar lo que veía. Bastaba recorrer un tramo de cualquiera de sus calles para encontrar algo nuevo y curioso.

Cada día las preguntas se le acumulaban en los labios atropellándole la lengua. Quería saber sobre los diminutos callejones que guardaban los aleros de las pequeñas casas, sobre los lugares empedrados en los que la humedad pintaba de verde el granito de las losas, sobre las gentes de todo aspecto y condición que se cruzaban en su camino. Y sobre los peregrinos; que llegaban desde lugares de los que jamás había oído hablar: anglos, frisios, aquitanos, britones, lombardos, magiares. Gentes de todo el mundo conocido, mucho mayor de lo que Ilduara había imaginado jamás, peregrinaban hasta Compostela para rendir culto a los restos del apóstol Santiago. Algunos llegaban caminando, otros a caballo, si es que venían desde el este o el sur; y, desde el norte cruzaban el mar en barcos y atracaban en Brigantium, Crunia o Adóbrica para cubrir el trecho que les faltaba a pie. Y sobre todos ellos Ilduara descubría preguntas que quería hacer.

Así, poco a poco, aun con el horror de cargar con sus penas, Ilduara se ganó el favor del personal del obispado. Adoptada por todos en la residencia episcopal, incluso por los rudos hombres de la guardia, siempre había alguien que le brindase su compañía, pero la pequeña pasaba casi todo el día al cargo del secretario del obispo; un amanerado hombrecillo de magras carnes que carecía de paciencia, que respondía al florido nombre de Adosindo, y ante el que la niña siempre reaccionaba con una sonrisa pícara.

A Berrondo lo habían despachado pronto, apenas un par de semanas después de ser acogidos por el obispo Rosendo. Sus quejas y las continuas referencias al título de su familia eran suficientes por sí solas, pero además el chiquillo fue incapaz de sentirse a gusto, sin importar las prebendas que le dispensasen. E Ilduara tuvo que sufrirlo con paciencia: Berrondo se había tomado la confianza de la cercanía e insistía en trasladarle sus quejas sobre las comidas, la estancia o el trato, como si la pequeña tuviera alguna responsabilidad. Sin embargo, tanto Adosindo como el propio Rosendo habían encontrado en breve el modo de enviar complacientes correos hasta Lugo y, a pesar de la presión normanda, que los paganos ejercían desde el campamento que habían instalado en el centro mismo del reino, el tío del muchacho, que trabajaba a las órdenes del obispo lucense Hermenegildo, aceptó hacerse cargo de él. E Ilduara no lo echó de menos.

Mientras, ella fue aprendiendo sobre los oficios. Descubrió las escrituras y se formó en los rezos de su fe. Incluso llegó a encontrar consuelo en las oraciones. Además, después de que Berrondo se hubiera marchado, la vida de Ilduara fue mucho más sencilla y, de no ser por los frecuentes ataques de melancolía de los que era

presa, cuando recordaba la pérdida de los suyos, la niña parecía casi feliz.

Se acordaba de mamá y papá, del pequeño Ezequiel y de Sebastián. Y, sobre todo, de Assur. Pero las estaciones fueron pasando y la pequeña fue acostumbrándose, de a pocos, a convivir con su duelo y las sorpresas de la gran villa.

Oyó sobre los horrores de aquel primer ataque de los normandos en Fornelos en los cuchicheos de los hornos de pan, y se enteró de cómo el anterior obispo Sisnando había encontrado la muerte de forma terrible. Así aprendió a sentirse reconfortada ante la visión de las empalizadas que rodeaban la ciudad, y a temer a los hombres de la soldadesca o a los enviados de la corte leonesa que, con sus espadas, sus arcos y sus grandes caballos de batalla, le recordaban el pavor de la guerra. Siempre que uno de aquellos heraldos de la violencia aparecía por el obispado, ella escapaba a las cocinas o los establos, especialmente a los establos, donde casi siempre podía prodigarse en caricias y juegos con algún ternero o potrillo de grandes ojos dulces.

Los hombres de armas eran para ella mensajeros de horribles presagios y portadores de estampas del dolor de su pasado. Nunca llegó a entender por qué sus mayores buscaban la guerra cuando no traía más que muerte y dolor.

Solo muchos años después pudo saber que sus miedos y recelos de la soldadesca le habían privado de la oportunidad de reencontrarse con su hermano. Pues hubo un día en que un infanzón de León, de nombre Gutier, según le contó uno de lo yegüerizos, trajo mensaje del conde Gonzalo Sánchez de Sarracín; al parecer, las fuerzas cristianas habían llegado por fin a un acuerdo para echar por siempre a los normandos, pero ella, como siempre que los hombres de la guerra se acercaban al obispado, prefirió escabullirse y abandonar su curiosidad para poder olvidar también sus penas.

Las noticias de la lucha y la política le llegaban siempre de segunda o tercera mano, y si podía evitarlas, lo hacía. Ella prefería refugiarse en los oficios divinos, o escuchar de boca del propio obispo la vida de Santiago el Mayor, que había llegado desde Tierra Santa hasta Galicia para predicar la palabra del Señor. Del resultado de la batalla de Adóbrica y de la huida de los nórdicos se enteró al regreso de Rosendo, y no por gusto, sino porque a su alrededor nadie sabía hablar de otra cosa.

Viviendo al cargo del obispo, su camino pareció marcado desde el principio. El ambiente piadoso y las enseñanzas del prelado y los suyos le sirvieron para refugiarse de su dolor, y ella aceptó con gozo la paz de esos rezos y preces que la rodeaban. La niña creció y encontró un consuelo familiar y reconfortante en la fe. Dios la llamaba a su rebaño e Ilduara, a la que ya no le quedaba nada ni nadie, abrazó gustosa la cita.

La noticia de la vocación de la pequeña fue una alegría para Rosendo. Más aún que recuperar para el culto los templos que los nórdicos habían arrasado o volver a ver a su rebaño libre del yugo de aquellos paganos, pues desde aquel primer encuentro salvador de camino a Curtis, la niña se había convertido en la familia que

sus votos le impedían tener.

Intentando complacer a doña Elvira, el obispo llevaba tiempo enviando a cuantas jóvenes llamaba el Señor a su seno hasta el monasterio de San Pelayo de León, que había sido un lugar santo en el que la regente vistiera los hábitos, templo fundado por el mismo Sancho el Craso para albergar las reliquias del niño mártir Pelayo, que muriera a manos de los mahometanos en Córdoba. Y ahora que Ilduara deseaba ingresar como novicia, Rosendo supo al instante adónde la enviaría y con quién.

Gutier se había sentido agradecido desde el primer momento. Y aunque sus obligaciones no le dieron descanso, las sobrellevó con gusto, pues el trabajo siempre fue honrado y honorable.

El obispo Rosendo pareció encantado de hacer borrón y cuenta nueva, y ya en los primeros meses, justo tras regresar de Caaveiro, el infanzón fue tres veces a León, un par a Oviedo y hubo de volver a Lara para enviar recado del obispo al todopoderoso Fernán González. Pasaba sus días en el camino, palmeando el cuello del obediente Zabazoque y encontrando la paz de la soledad que había descubierto en sus tiempos de novicio. Además, gracias a su continuo ir y venir, había ocasiones en las que podía tomarse una tarde de asueto en la que compartir una agradable charla y una jarra de vino con su amigo Jesse. Gutier sabía que en Monforte siempre podía encontrar una sonrisa cálida, una lumbre en la que calentar los huesos y una ración de heno sin gorgojos para Zabazoque. Lo único que lamentaba de sus visitas al hebreo era constatar el violento deterioro de su amigo, al que las penas y el dolor no solo habían cuarteado el alma, sino también el cuerpo. Y Gutier intentaba siempre consolarlo recordándole que al menos había recuperado al joven Mirdin, que había vuelto sano y salvo de su expedición de comercio por la Ruta de la Plata. Pero igualmente el pobre Jesse semejaba haber cumplido en unos pocos años todos los que le habían sido reservados, y su tez pálida y sus manos traslúcidas parecían querer anunciar que vivía de prestado.

Aparte de la de Jesse, Gutier también conservó la amistad del lobo del muchacho. Al principio, más por obligación que por deseo, pues ningún otro parecía dispuesto a adoptar al corpulento animal. Además, Furco se había mantenido con las orejas gachas y el mal humor presto a enseñar los dientes. Sin embargo, para sorpresa del infanzón, con el tiempo, hombre y animal llegaron a un acuerdo plagado de silencio en el que los dos se hicieron gruñones solitarios que solo sabían vivir si estaban cerca el uno del otro. En ocasiones, en mitad del camino, sin más techo que el cielo estrellado ni más compañía que las llamas de la hoguera, le gustaba hablarle al lobo del chico. Y el animal parecía capaz de contestarle cuando Gutier le preguntaba si recordaba cómo Assur había hecho tal o cual cosa. Y a veces, incluso se permitía soñar, imaginando que el crío había sido capaz de abrirse camino en las duras tierras del norte. Nunca perdió la fe.

El obispo Rosendo le había dado la oportunidad de redimirse sirviendo a la Iglesia y olvidando las inquinas del conde Gonzalo Sánchez. Y Gutier, aunque satisfecho por el nuevo rumbo con el que navegaba su vida, seguía sintiendo una cierta melancolía. No podía dejar de recordar aquellas agradables tardes de *scriptorium* en San Justo de Ardón. En los últimos meses incluso se había atrevido a sugerírselo al mismísimo obispo. Pero Rosendo parecía tener siempre para él alguna tarea que requería su atención, evitándole el retiro que tanto ansiaba.

El reino seguía viviendo tiempos confusos. Haberse librado de los normandos no había significado la paz duradera y estable que Rosendo y el propio Gutier hubieran deseado. El rey niño había crecido, pero la regente tenía que seguir al mando de nobles díscolos que trababan alianzas peligrosas; el todopoderoso conde de Lara continuaba empeñado en subir al trono a su nieto Bermudo. Y la continua amenaza de los sarracenos desde los valles del sur, empecinados en dominar la totalidad de la península ibérica, obligaba a las mesnadas a mantenerse prestas.

Por su parte, el obispo Rosendo, imbuido de su epifanía particular, se obstinó en reconstruir Galicia destinando fondos y bríos a lugares tan distintos como Chantada, Monforte o Curtis. De hecho, para el caso del templo dedicado a Santa Olalla, Rosendo encontró hueco en el perdón concedido a Gutier para indultar también al abad Pedro de Mezonzo, antiguo soporte de su enemigo Sisnando, y dedicó ímprobos esfuerzos para que los templos de Curtis y del cercano monasterio de Sobrado pudieran recobrar el esplendor que los ataques normandos habían agostado.

Pocos veranos después de la derrota de los nórdicos en Adóbrica, la compleja situación encontró un tranquilo hueco, justo en el momento en el que Gutier regresaba de entregar al noble Martín Placentiz un poder para asumir el mando del condado de Présaras.

Atendiendo las pequeñas rosas silvestres que poblaban el jardín de su residencia, el obispo Rosendo vio al infanzón departir unos instantes con Adosindo, siempre preocupado por perturbar los escasos momentos de paz de los que disponía recordándole alguno de sus infinitos quehaceres. Finalmente, Gutier alzó la mano con gesto hosco y el secretario se retiró entre gestos contrariados.

Desde Adóbrica, Gutier arrastraba una cojera provocada por el tajo mal curado de su pierna, que ya había sido lastimada con anterioridad, y el obispo imaginó que el viaje hasta las nuevas tierras de Placentiz, aunque corto, debía de haber sido duro, pues el infanzón renqueaba ostensiblemente.

—Placentiz aceptará el desempeño, pero quiere recibir recado del rey de que tiene la concesión del condado —anunció el infanzón tras las salutaciones de rigor.

—¿Qué tal la pierna? —preguntó afablemente el obispo sin dejar de mirar los pétalos de una apretada corona del color del vino, restándole importancia a la noticia que el infanzón le había traído.

Gutier ya estaba acostumbrado a las erráticas conversaciones del obispo, así que se limitó a contestar:

—Hace unos años, cuando tenía que pasar desapercibido, solía fingir alguna dolencia de la espalda o de las corvas y me hacía pasar por cojo o lisiado —dijo masajeándose la pierna—. Supongo que el Señor me ha hecho cargar con esta penitencia por aquellos pecados…

En los ojos francos del obispo brilló algo.

Furco, que ya no era un cachorro que se entretuviese lanzando dentelladas a las moscas, intuyó que los hombres hablarían por un rato más, y se tumbó con un soplido después de dar un par de vueltas sobre sí mismo para allanar la hierba al pie de los rosales del obispo.

—Fuisteis novicio de San Justo de Ardón, ¿no es así?

Gutier, que con los años había aprendido a aceptar que el obispo solía llevar sus pensamientos dos o tres pasos por delante de los de aquellos que le rodeaban, no dijo nada.

—Y respecto a esas aspiraciones de las que me habéis hablado… ¿Seguís deseando volver?

Gutier contuvo su satisfacción lo mejor que pudo, queriendo ser prudente por si las tornas cambiaban.

—Sí, claro que sí. Especialmente ahora que mi hermana menor ya se ha desposado. Nada más tengo pendiente de este mundo terrenal, y nada me gustaría más que dedicar los días que me quedan a la paz del claustro y a los textos del *scriptorium*.

Rosendo afirmó inclinando el rostro y echando una mirada desconfiada al lobo, que incluso con sus grandes ojos cerrados y la cabeza apoyada en las manos, como la tenía, le seguía pareciendo amenazador.

—Bien, bien…

Gutier esperó escuchar algo más.

—Por cierto, debéis partir a León para acompañar a una muchacha que entrará como novicia en el convento de San Pelayo, es la huérfana de la que ya os he hablado alguna vez, ¿la conocéis?

—No, no la conozco, pero haré lo que se me diga.

Rosendo asintió complacido.

—Bueno, no importa, la conoceréis de camino, creo que os gustará. —El obispo revolvió las manos como queriendo deshacerse de sus últimas palabras—. Hablad con Adosindo antes de partir —continuó más resuelto—, él tiene una vitela con mi sello para que se la llevéis a la abadesa de San Pelayo. No ha mucho que han trasladado los restos del niño mártir desde Córdoba, es una comunidad joven que aún precisa de guía y sentido, y creo que la abadesa agradecerá la incorporación de una

nueva novicia.

Gutier, entendiendo que ya no había nada más de que hablar, se dispuso a dar media vuelta cuando Rosendo le hizo una seña.

—Por cierto…, también le menciono a la abadesa que os ayude a entrar de nuevo bajo la regla en San Justo o en cualquier otro cenobio que deseéis —anunció Rosendo con picardía.

Cuando la vio algo le resultó familiar.

La mañana, diáfana, tenía la luz tensa del otoño. Y aun con el buen tiempo Compostela olía a la humedad curtida que se enraizaba en sus piedras. El cielo limpio parecía un lienzo que alguien hubiera entintado con maestría. Y en el obispado cada uno atendía a lo suyo como en cualquier otro día, había mucho que hacer y Rosendo era un hombre exigente.

La muchacha, en esa edad en que los encantos pasan de despertar ternura a despertar interés, caminaba resuelta tras Adosindo, que le hablaba de León y de su alfoz.

Gutier, que atusaba las crines de Zabazoque con cariño, los vio acercarse con el rabillo del ojo, y no tuvo tiempo de preguntarse de qué le sonaba aquel bonito rostro de ojos vivos. Furco gañó llamando su atención y, antes de que pudiera hacer nada, el lobo salió disparado como una flecha, directo hacia el secretario del obispo y la muchacha.

Gutier se temió lo peor, él no olvidaba que el lobo le obedecía cuando le parecía conveniente, y no olvidaba que solo Assur había sido capaz de domeñarlo; si quería detener la masacre, tendría que matar al pobre animal.

El infanzón sabía que Furco era amigo de enseñar los dientes a cualquiera que armase barullo a su alrededor, o a quienquiera que intentase acariciarlo, pero no podía imaginar qué podía haberlo hecho reaccionar de un modo tan inesperado.

Aunque hasta entonces Furco no había hecho nada semejante, Gutier no pudo evitar los negros presagios que lo inundaron. Por un instante, imaginó al lobo lanzándose sobre el cuello de la muchachita.

Adosindo corría asustado. La niña se había quedado paralizada. El infanzón, comprensivamente, supuso que el horror de ver al lobo marchar hacia ella a toda prisa la había privado de voluntad.

Furco llegó hasta la muchacha antes de que Gutier tuviera tiempo de desenvainar. El lobo saltó y el leonés no pudo evitar encogerse de hombros. Pero cuando la bestia cayó encima de la joven, no le mordió el cuello como un perro sarnoso escapado del infierno, como el infanzón lo había visto hacer años atrás con los nórdicos. Le cubrió la cara de dulces lametones. Y a Gutier el mentón le llegó al pecho con la sorpresa.

—¡Furco! ¡Furco! —exclamaba la muchacha llena de júbilo.

La jovencita lloraba llenando su rostro de lágrimas. El lobo gañía como un

cachorro inquieto y se movía de un lado a otro, revolviendo su cabezota parda y gris. Hocicaba en el cuello de la muchacha y le arrancaba risotadas sinceras que entrecortaban su llanto.

Adosindo, todavía con los bajos del hábito prendidos en sus frágiles manos, seguía corriendo, y dando gritos agudos que pronto reunieron a una multitud que lo miraba con incredulidad.

En un instante todo el recinto del obispado se convirtió en una casa de locos, y hubo quien dio la voz de alarma haciendo que otros salieran a toda prisa hacia las cocinas con cubos de agua con que sofocar el incendio. Y al patio principal bajaron los tres o cuatro infanzones que andaban aquellos días por el obispado, listos para el combate. Alguno hubo que pensó que atacaban los sarracenos o que volvían los nórdicos.

Aunque Adosindo, en lugar de responder a las preguntas inquietas de los alarmados curiosos, siguió corriendo sin echar la vista atrás; ante lo que las mozas de las cocinas, dándose cuenta de que no corrían peligro alguno, compartieron chanzas y burlas, imitando los gestos amanerados del endeble sacerdote.

Furco empezó a dar vueltas alrededor de la joven, que pudo incorporarse y arreglarse las ropas enmarañadas. Y, de cuando en cuando, con evidente contento, buscaba una mano que le palmease entre las orejas. Gutier solo lo había visto comportarse así con el propio Assur.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el infanzón mirando los ángulos de aquel rostro que se le hacía conocido.

—Ilduara, me llamo Ilduara Ribadulla, mi señor —contestó la joven acariciando el cuello del lobo mientras el animal cerraba los ojos encantado.

Y entonces Gutier comprendió.

Eran hombres y no pájaros, pero se movían con la habilidad y el sigilo de las grandes águilas que, tantos años atrás, Assur había visto cazar en el valle del Valcarce.

Tyrkir pasó la mano por su herida, restañando la sangre con cuidado de no mover el astil roto; pero la flecha había entrado de través y el tajo era amplio, lo que hacía difícil el gesto. Pese al cuidado movimiento del contramaestre, la fina vara de madera vibró con la presión de su mano en la carne abierta y no pudo evitar que se le escapase un gruñido ronco. El Sureño escrutaba las sombras del bosque buscando a aquellos enemigos inesperados; antes de que cayese el siguiente trueno, que lo obligó a enmudecer, tuvo el tiempo justo de advertir a Assur.

—Son rápidos, llevan arcos y mazas, pero creo que no tienen espadas o hachas… De momento no he podido abatir a ninguno, y no tengo ni idea de cuántos son… Se cubren con el bosque, son como sombras…

Assur aceptó la descripción con un leve asentimiento. Escudriñaba la noche a

través de las cortinas de agua fría que el cielo descargaba. En su interior rebullían mil preguntas que necesitaban respuesta, quería seguir hablando con Karlsefni; pero tuvo que forzarse a asumir que no era el momento adecuado, había causas más inmediatas a las que prestar atención.

El tremor del trueno llegó a la vez que el resplandor del relámpago: la tormenta estaba sobre ellos. Justo antes de que el ensordecedor tamborileo creciese hasta hacer retumbar la tierra que pisaba, Assur vio una silueta que se movía agazapada entre los primeros árboles del bosque, allá donde entre los altos troncos se entremezclaban los tocones que Helgi y Finnbogi habían dejado.

—Debemos agruparnos, ¡vayamos hacia las *skalis*! —gritó Assur intentando hacerse oír por encima del estruendo que los envolvía.

Mirando fijamente el cadáver de Bram, Tyrkir afirmó moviendo la cabeza y el hispano comprendió que aquellos hombres llevaban demasiados años juntos como para que despedirse fuera fácil. Sin embargo, Assur no le dio al Sureño el tiempo que merecía. Tenían que buscar un lugar con el que guardar la espalda para evitar que los rodeasen.

—¡Vamos!

Su carrera fue evidente para algunos más, que intuyeron la idea y se les unieron. Assur tomó una decisión. La *skali* de más al sur, asentada en un meandro del río, justo aguas arriba del puente y la forja, tenía una fachada que daba al bosque, donde se amontonaban un pequeño almacén y el improvisado secadero de las pieles. Si se resguardaban allí, solo podrían ser atacados desde un angosto espacio abierto. De espaldas a la *skali*, aquellos hombres de las sombras solo podrían echárseles encima si cruzaban el vano entre el secadero y el almacén.

Pequeñas bolas de duro granizo empezaron a caer entre intensas rachas de viento. Al llegar al suelo bailaban chapoteando sobre los infinitos charcos. El frío los cubrió y un rayo cayó sobre la forja, y la techumbre, resecada por el calor de los fuegos, quiso prender a pesar de la intensidad de la lluvia.

Cuando Assur echó cuentas, se vio rodeado de apenas una docena de hombres. Se alegró de poder confiar en la fuerza de Helgi, la veteranía de Tyrkir, o la valentía fanfarrona de Halfdan. Pero el que más le preocupaba, porque desde poco antes se había convertido en el más importante de todos para él, no estaba allí. Karlsefni no le había caído nunca bien, era de esa clase de hombres mediocres que acude al halago y no a las acciones para hacerse valer, y nunca entendió por qué Leif lo había admitido en la tripulación del Gnod. Sin embargo, Assur necesitaba desesperadamente que Karlsefni sobreviviese, porque había preguntas que requerían respuestas que llevaban esperando años, y solo él podía dárselas.

Una flecha pasó junto a la mejilla de Assur y se clavó en el cuello de uno al que llamaban el Negro. El viento y el granizo terminaron de abatirlo, antes de lo que se

tarda en recorrer cien pasos, murió desangrado, abriendo sus labios en inútiles y crueles bocanadas que trajeron hasta Assur el horror de la guerra. Todos se pusieron en guardia. Pero no sirvió de mucho. Ni siquiera veían contra quién peleaban.

Assur no sabía si los que faltaban estaban dispersos o si formaban un grupo como el suyo en algún otro lugar del campamento. O si estaban todos muertos.

—Bastardos hijos de perras tiñosas, ¡venid aquí!, ¡dad la cara! —gritó Halfdan hacia el bosque.

Kitpu no había esperado que los acontecimientos se hubieran precipitado de aquel modo; ya no había vuelta atrás. Ni siquiera sabía cómo había empezado, pero lo había hecho y ahora tenía que ponerle remedio. Y aunque no le gustaba lo que debía hacer, era pesarosamente consciente de que no le quedaba otra opción, no podía correr riesgos. A los que podían verlo les hizo las señas con las manos y les pidió que pasaran su mensaje a los demás. El *sagamo* sabía que antes de que el cielo volviera a abrirse con un relámpago todos los suyos conocerían sus órdenes. Ninguno de aquellos extranjeros podía quedar con vida.

Abooksigun entendió lo que las manos de Kitpu le decían. Agachado entre las grandes raíces de uno de los tocones de los árboles que aquellos extranjeros habían talado, no lejos del cadáver de su hermano y los cuerpos de dos extranjeros, el mi'kmaq intentó no pensar en cómo tendría que decirle a su padre que había perdido a uno de sus hijos en la batalla. Pero Abooksigun sabía lo que su padre le preguntaría, y también lo que su hermano hubiera querido.

Había visto a los extranjeros agruparse, uno que debía de ser su *sagamo* los había reunido frente a una de aquellas extrañas cabañas. Y Abooksigun decidió que era mejor empezar por los que estaban desperdigados, serían blancos más fáciles. Pese a que la noche y la tormenta le ayudaban a pasar desapercibido, se mantuvo agachado. Buscando la orilla del río, caminó encorvando, zigzagueando entre los arbustos, los árboles y los tocones. El granizo caía picando su piel y le obligaba a concentrarse en alejar el dolor. Cuando llegó a la ribera, otros dos guerreros se le habían unido.

Leif había pensado que el barullo se debía a la tormenta y no se dio cuenta de lo que sucedía hasta que, a la parpadeante luz de un relámpago, pudo ver como Bram era abatido por un extraño que no llevaba más ropa que unos pantalones estrafalarios. Al principio pensó que la luz indecisa del rayo le había jugado una mala pasada, le había parecido que aquel hombre tenía el rostro rojo como la sangre. Luego, cuatro pasos le sirvieron para descubrir que Bram y Finnbogi yacían inmóviles sobre la hierba. Antes de saber qué estaba pasando, la tormenta estalló con fuerza y Karlsefni vino corriendo hacia él entre grandes aspavientos.

—¡Nos atacan! ¡Nos atacan!

Empezó a granizar y Leif entrecerró los ojos.

Karlsefni no llegó a decir mucho más, uno de aquellos hombres surgió de la nada

y saltó sobre el nórdico.

Por un instante lo único que Leif sintió fue alivio, no es que tuvieran el rostro bermellón de las bestias del *Hel*, lo llevaban pintado.

El viento silbaba arrastrando hielo y agua, los árboles crujían, un rayo alcanzó la forja y todo se llenó de un olor como el de una olla de hierro abandonada al fuego.

Aquel hombre cayó con la gracia de un gran felino. Sus piernas amortiguaron el salto doblándose con soltura. El brazo derecho, que había aprovechado el impulso para, en lo más alto, hacer caer sobre la cabeza de Karlsefni una enorme maza, completó un gran arco.

Leif lamentó al instante no llevar casco.

Assur estaba preocupado, allí, entre la *skali* y las dos construcciones menores, estaban protegidos; incluso en el peor de los casos, el de verse acorralados, podrían entrar en la vivienda y salir por algún otro de los postigos. Estaban a salvo; pero intranquilos, quietos, esperando, y él quería saber si Karlsefni estaba bien. Y Leif.

El hispano tomó una rápida decisión y afirmó tras el gruñido con el que Tyrkir contestó a su propuesta.

El granizo arreciaba haciéndose interminable, truenos y relámpagos se sucedían iluminando todo un instante para luego resonar como una montaña derrumbándose.

Abooksigun llevaba un buen trecho de la orilla recorrido. Miraba a todos lados, atento a que nadie lo sorprendiese. Rodeó una de las cabañas y, en el centro del campamento, vio a uno de los suyos usar la maza para acabar con otro de aquellos forasteros. Pensó en silbarle para hacerle una señal, pero se dio cuenta de que la barahúnda de la tormenta no se lo iba a permitir. Además, el guerrero parecía caminar decidido hacia otro de aquellos hombres barbados.

Leif retrocedió hacia el río mirando a todos lados, preguntándose dónde estaban sus marineros y cuántos de aquellos nativos con malas pulgas los estaban atacando. Aquel que tenía enfrente se acercaba. Balanceaba el garrote con el que había matado a Karlsefni en la derecha y blandía un rústico puñal de piedra en la izquierda.

Como había dicho Matoaka, Abooksigun vio que aquellos forasteros habían levantado un puente sobre el río de los salmones e hizo señas a los que lo seguían para que vadeasen el cauce y rodeasen al hombre que ya desenvainaba una larga espada, dispuesto a enfrentarse al guerrero que lo estaba encarando levantando su maza. Y Abooksigun supo que aquel extranjero era hombre muerto.

El granizo dio paso a la lluvia, que caía como si los cielos, a punto de naufragar, se esforzaran por achicar el agua que llenaba sus bodegas.

Leif empezó a preocuparse cuando descubrió a otro de aquellos hombres con el rostro pintado acercarse por la orilla del río. El patrón retrocedió con un par de pasos, hacia el puente.

Abooksigun observó cómo el guerrero mi’kmaq hacía un par de fintas y se echaba

al frente con ágiles zancadas al tiempo que alzaba la maza. Echó un vistazo a la otra orilla y distinguió a los suyos trepando en el barro cuajado de guijarros de la ribera para llegar al pasadero de los extranjeros; era su oportunidad para cubrir el ataque del otro.

Leif vio el pecho descubierto, brillante por la escorrentía del agua de lluvia, tintado con chorretones de la roja arcilla grasosa que se le desprendía del rostro. Vestía extraños zahones con flecos y cuentas como las que había encontrado Tyrkir, tenía la nariz aguileña y ojos oscuros de párpados apretados. Llevaba el cabello largo y suelto, con las sienes afeitadas, y a un lado de la cresta central de pelo negro colgaban lo que parecían dos plumas deslustradas por la tormenta.

El patrón del Gnod intuyó los amagos de aquel guerrero que se movía con la soltura del que ha sobrevivido a más de una batalla. Leif no se dejó engañar. Plantó los pies firmemente sintiendo cómo la tierra aguachenta rezumaba y hacía hueco para su peso. Giró el torso. Esquivó el primer golpe y cruzó la espada hasta encontrar carne, entonces vio al otro.

Abooksigun no perdió detalle, el guerrero mi'kmaq fue hábil, pero el extranjero lo fue más. La afilada hoja de extraño y brillante material entró en los pulmones haciendo que un silbido se perdiese en el retumbar de la lluvia. Un rayo barrió la noche y Abooksigun preparó su lanza.

Leif lo vio, pero no pudo hacer nada, el primero de los guerreros, aun con la espada atravesándole las entrañas, pudo reunir fuerzas para amenazar con el puñal de piedra.

Los otros dos cruzaban el puente. Leif no lo advirtió, tuvo que evitar la cuchillada golpeando con el codo a su atacante, pero sintió la lanza robarle el aire al impactarle en el costado; de no haber vestido su *brynja*, hubiera muerto. Cuando se dio cuenta de que lo rodeaban, se sintió perdido.

Abooksigun no entendió por qué su acometida solo consiguió arrancarle un sufrido resoplido a aquel hombre de extraños cabellos rojos. El mi'kmaq se preguntó si aquellos forasteros pintaban su pelo en lugar de su rostro cuando iban a la guerra.

El patrón no pensaba vender su vida tan fácilmente y, después de rematar al primero de sus atacantes con una nueva estocada, movió la espada, chorreante de sangre y agua, y consiguió quebrar la vara que sostenía la punta de afilado hueso de la lanza del otro.

Varios relámpagos se apelotonaron con el sonido de los truenos.

Assur pasó como una exhalación, golpeando con el antebrazo al guerrero de la lanza y empujando a Leif a un lado, saltó sobre el cadáver de otro de aquellos nativos de las tierras del oeste.

Al otro extremo del puente había dos más y Assur aprovechó el impulso de su carrera para cargar sobre uno con el hombro y girar sobre sí mismo moviendo la

espada en un círculo mortífero que alcanzó al otro. La hoja resbaló en la clavícula tras levantar un filete de aquella piel cobriza y seccionó todo el lateral del cuello. Antes de que el hispano pudiese enfrentarse al que había arrollado recibió un fuerte golpe en la mejilla derecha y notó el sabor metálico de la sangre que le llenaba la boca.

Abooksigun desechó la pértiga rota de su lanza y cogió su maza con las dos manos. Pero el extranjero pelirrojo se movió con rapidez y el golpe cayó en la parte alta de la espalda.

Assur completó su acometida y, tras estrellar su puño contra el pecho del guerrero, volvió a girar echando la espada hacia atrás bajo el arco que describió su propio brazo. La hoja entró con facilidad en las tripas del otro y Assur, sabiéndolo muerto al oír cómo caía el cuerpo al río, prestó atención a la pelea de su patrón.

El hispano vio como Leif se derrumbaba dolorido y se sintió incapaz de salvar los pasos que los separaban antes de que el extravagante guerrero pudiese matar al patrón.

La lluvia se dio un respiro momentáneo para, tras un trueno que pareció eterno, precipitarse como una cascada furiosa durante el deshielo.

A Assur solo se le ocurrió una cosa.

—¡Eh! ¡Tú! Pajarraco —gritó traduciendo al castellano la expresión del Sureño.

Abooksigun oyó hablar al otro extranjero, uno que parecía haber pintado sus cabellos con ceniza. Al que acababa de golpear había caído rendido.

Assur se dio cuenta de que lo había oído a pesar de la tormenta e insistió.

—¡Déjalo! —chilló de nuevo recurriendo a su lengua natal.

Los dos hombres, nacidos en extremos opuestos del mundo, se miraron. Assur movió la espada incitando al mi’kmaq. Abooksigun levantó su maza de pesada madera. Y sus lugares de nacimiento o sus distintas culturas no evitaron que se entendiesen. Leif yacía en el suelo y ya no era un rival digno.

Cada uno supo ver en el otro el honor del desafío.

Assur revolvió la lengua sintiendo la tibieza de su propia sangre. Tenía el pelo pegado al cuero cabelludo, empapado por la incesante lluvia, y sus ojos chispeaban.

Abooksigun equilibró su maza y estudió al corpulento hombre que lo retaba con confianza.

Leif giró sobre sí mismo en el suelo abriendo la boca para buscar aire y encontrando solo grandes gotas de agua. Con el siguiente relámpago sus ojos abiertos se deslumbraron y el patrón llegó a pensar que había visto a una valquiria buscando a los héroes caídos que tendría que llevar al *Valhöll*.

Assur volvió a asentir hacia su enemigo. Luego giró el rostro y escupió un gargajo de flema sanguinolenta, estiró los músculos de los hombros y volvió a mirar a su rival.

—¡Vamos! —gritó conminando al otro con un gesto de las manos.

Abooksigun no necesitó conocer las palabras en su idioma, dio un paso al frente y asintió mirando al invasor de sus tierras.

El hispano pensó una vez más en aquellos ojos dorados que lo habían mirado con ternura y se preparó para morir o matar.

Tyrkir echó de menos los escudos que habían quedado en las paredes de la *skali* y la regala del Gnod.

Esa no era forma de luchar, aquellos desgraciados no daban la cara, se escondían como gallinas y aprovechaban la oscuridad para enviarles sus flechas y lanzas.

Otro de los suyos recibió una saeta en el ojo y murió al instante. Al caer, los que lo rodeaban se abrieron como el agua de un lago. O se escondían en la *skali* como ratones asustados, o les plantaban cara, pero si se quedaban allí, irían muriendo poco a poco. Aquellos cobardes no parecían dispuestos a plantear una lucha abierta.

Tyrkir sabía que tenía que tomar una decisión. Solo quedaban nueve, dos estaban heridos, y muchas de sus espadas estaban ya melladas. El contramaestre los dividió en grupos de tres con órdenes secas y mandó que se separasen, no sin lamentar no poder conservar la fuerza del grupo y levantar un impenetrable muro de escudos en el que sentirse cómodo.

Kitpu adivinó al instante las intenciones de los extranjeros, se habían protegido en el hueco que formaban sus cabañas. Y aguardaban a que su tribu se lanzase al ataque. Pero el *sagamo* se dio cuenta de que con aquellas armas de filos brillantes los forasteros tenían las de ganar en un espacio cerrado. Sus enemigos habían tenido una buena idea, sin embargo, a Kitpu se le ocurrió el modo de contrarrestarla. La escasa luz no ayudaría, pero los matarían usando sus flechas, uno a uno.

Diluviaba. Los aljibes de los cielos parecían inagotables y las ráfagas de viento levantaban las enormes gotas pesadas que habían sustituido al granizo.

Abooksigun endureció el gesto y se lanzó hacia el puente con la maza dispuesta.

Leif pensó agradecido en Ulfr y se dijo a sí mismo que debería recompensar al hispano por haberle salvado la vida.

Assur pudo ver que el hijo del Rojo se incorporaba trabajosamente con el dolor reflejado en el rostro. Luego prestó atención al guerrero que corría hacia él.

Abooksigun aprovechó uno de los pilotes del puente para apoyar un pie y tomar altura. Leif consiguió sentarse y se echó la mano a la dolorida espalda. Assur se agazapó adelantando un pie sobre los maderos que él mismo había colocado. No perdía de vista la maza del guerrero.

Mientras Abooksigun caía, levantaba la maza ajustando el golpe. Assur se impulsó arrastrando los pies sobre la madera y giró encorvado. El garrote erró el golpe y los hombres acabaron mirándose frente a frente desde lados opuestos a los que tenían al comenzar el desafío.

Leif vio como Ulfr se escabullía y rehacía su guardia. Y el patrón se asombró de los rápidos reflejos del antiguo ballenero, que, aun siendo un hombre tan corpulento, se movía con la agilidad de un muchacho inquieto.

Assur tuvo muy presentes los consejos de Gutier: se balanceó en las puntas de los pies buscando el equilibrio que necesitaba y ajustó el agarre de su espada con mesura sintiendo el familiar tacto del pomo y el arriaz. El agua no ayudaba y Assur abrió y cerró los dedos un par de veces intentando no perder la sujeción que necesitaba.

El mi'kmaq supo enseguida que se enfrentaba a un formidable rival, mucho más rápido y atento que los otros forasteros. Pero Abooksigun no pensaba fallar de nuevo.

Las maderas del puente crujieron cuando los dos hombres se enzarzaron. Chorreaban el agua que caía y el río rugía empezando a acusar el imparable aguacero.

Assur consiguió esquivar un nuevo golpe, pero su rival giró la muñeca con soltura y volvió a aporrear con su maza. El duro nudo de raíces del extremo apaleó la hoja de la espada y el arma salió bruscamente del puño del hispano. El hierro cayó al agua del río con un chapoteo silenciado por un nuevo trueno. Y Assur, pese al dolor que le recorrió el brazo, consiguió revolverse evitando el codazo con el que su enemigo había buscado su rostro. Mientras lo hacía estuvo a punto de llamar a Furco a su lado y, por un instante, la melancolía casi nubló sus reflejos.

Assur logró descargar un rodillazo en el vientre del guerrero y aprovechó la reacción del otro para cogerle el antebrazo que sujetaba la maza.

Abooksigun notó los fornidos dedos del extranjero haciendo presa. Aun con el agua y la grasa que se le había desprendido del rostro, aquella mano parecía hecha de piedra, el forastero tenía una fuerza extraordinaria.

En el forcejeo, Assur volvió a levantar la rodilla e hizo palanca. El brazo del guerrero se quebró con un chasquido y el hispano apreció el valor de su rival cuando solo escuchó un gruñido como queja.

Los truenos ya no seguían a los relámpagos con la intensidad de amantes celosos, la tormenta empezaba a alejarse.

Assur soltó el brazo y giró sobre sí mismo empujando su espalda sobre la del guerrero. Antes de que su rival pudiese evitarlo, había hecho presa en el cuello.

Leif solo podía ver aquello que le permitían las parpadeantes luces de los relámpagos.

Y el patrón vio cómo Ulfr cercaba al guerrero para ponerse a su espalda. Y con el siguiente rayo vio al arponero rodear el cuello de aquel hombre de rostro pintado. Lo último que vio fue cómo el cadáver caía a las revueltas aguas del río.

Assur lamentó la vida perdida. Matar era siempre injusto. Después de mirar un rato los remolinos que se apretaban en el cauce, preñado por el diluvio de la tormenta, echó a andar hacia su patrón.

Leif recibió agradecido la mano que le tendía el ballenero para ayudarlo a

levantarse.

—¿Y Karlsefni?

El patrón no entendió el interés de Ulfr, pero señaló con el mentón.

Cuando llegó hasta el cuerpo, Assur negó con la cabeza, ahora sus preguntas no tendrían respuesta. De todos modos, ya sabía lo que tenía que hacer, buscarlas por sí mismo.

Leif se masajeaba su dolorida espalda y miraba con curiosidad al ballenero, cuando Tyrkir llegó sacudiendo la cabeza como un perro empapado.

—Creo que se ha acabado —dijo el contramaestre mirando los cuerpos de los guerreros abatidos por Assur—. Pero no sé si hay alguno que haya escapado con vida.

Todos sabían lo que eso significaría: vendrían más.

—De acuerdo —asintió Leif asumiendo su papel de patrón—, hagamos recuento, atendamos a los heridos y preparémonos para marcharnos llevándonos todo lo que podamos.

Assur se alegró de saber que regresarían. Groenland tendría que ser la primera etapa hasta las respuestas que necesitaba.

Tyrkir se giró para empezar a alejarse y cumplir las órdenes de su patrón.

Leif pasó un brazo por encima de los hombros de Ulfr y dijo una sola palabra a la que el hispano respondió inclinando su cabeza.

—Gracias.

Kitpu corría lo más rápido que sus heridas le permitían. Se sabía el único superviviente y, aunque perdiese la vida por el esfuerzo, era consciente de que tenía que llegar hasta su gente para reunir al consejo. Llevaba consigo una de aquellas armas extranjeras, pesada, de hoja afilada y brillante; tendría que mostrarla y que aquellos a quienes debía pedir ayuda le creyesen al hablar de altos forasteros con enormes canoas que tenían aquellos formidables filos a su antojo.

La tormenta cerraba la oscuridad del bosque sobre él, pero no pensaba detenerse. Si su tribu quería sobrevivir, tendrían que llamar a los clanes del sur y prepararse para la guerra, y Kitpu era consciente de que no podía fallar. Tenía que llegar, con vida, y lo antes posible.

El cielo estaba limpio como el cuenco de un hambriento; el paso de la tormenta lo había dejado de un incólume azul brillante, parecía una enorme bóveda de piedra pulida, casi al alcance de la mano de un niño pequeño. El mar tenía un aspecto aceitoso, calmo, y las ondulaciones del agua jugaban con la luz radiante de la tarde robándole destellos. El viento era solo una ligera brisa que apenas llenaba el trapo y eso les obligaba a estar atentos con el cordaje y, cuando la ballena resopló, su aliento acre con un profundo regusto a pescado llegó hasta el Gnod.

Con su brazo vendado y el rostro ceñudo, Tyrkir le daba instrucciones a Ulfr con la calma y el buen hacer del maestro experimentado. Ahora que Bram había muerto y que el contramaestre estaba herido, Leif había tenido que elegir entre los pocos disponibles. Finalmente, el patrón había decidido que el hispano fuese el timonel en la travesía de regreso a Groenland.

El Sureño miraba hacia los gigantescos animales recordándose que el hombre que tenía a su lado había sido capaz de enfrentarse a ellos sin más ayuda que unos pocos arpones, a bordo de enclenques falúas, y todo para conseguir un escaso sustento. Además, durante la batalla con los belicosos nativos de Vinland, había actuado con el arrojo y valor propios de un nórdico, y le había salvado la vida al patrón. Y durante la mañana, antes de partir, había demostrado conocimientos propios de un *godi* same, había sido Ulfr el que le había vendado el brazo y el que había atendido a los heridos. Y Tyrkir supo que, como en el caso de Leif, Ulfr era uno de esos escasos hombres por los que él estaría dispuesto a dar la vida.

—… Si es blanco no hay problema —declaró el Sureño dejando a un lado sus valoraciones sobre el ballenero—, probablemente será una cornisa desprendida de un trozo mucho mayor, o simplemente un pequeño pedazo reciente que ha caído desde algún acantilado de la costa. Sin embargo —acotó levantando el dedo de su mano buena a modo de advertencia—, si parecen nieve meada debes tener cuidado, serán viejos y compactos. En algunos también verás estrías marrones, o verdes. Son los restos arrancados a la tierra por el glaciar al que pertenecían hasta que cayeron al mar, esos son peligrosos, auténticos bastardos sanguinarios y cobardes que se agazapan entre las olas y que son capaces de destrozar el mejor construido de los navíos…

A popa quedaban aquellas *tierras del vino*. Si echaban la vista atrás, todavía se distinguía el horizonte quebrado de sus costas; con sus grandes bosques de fantástica madera, y todas sus promesas de riqueza. Quedaba el campamento que tanto esfuerzo les había costado construir y sobre el que Leif albergaba la esperanza de que fuera útil para próximas expediciones. Y aquellas extrañas uvas sobre las que Assur dudaba, pero que eran suficientemente buenas como para que Leif se contentase. Pero también quedaban atrás sus peligrosos nativos.

Un punto a estribor, a proa, despuntaba la isla en la que se habían detenido a la venida, aquella mañana de meses atrás que ahora parecía tan lejana.

El amanecer los había sorprendido con la calma que siguió a la terrible tormenta. Y a su alrededor, con la luz del nuevo día que revelaba los secretos de la noche, el panorama había resultado desolador. El granizo y el agua lo habían barrido y machacado todo. La hierba aplastada, los charcos rodeados de barro reluciente, el rumor grave de las aguas enlodadas del río, las techumbres deslucidas de las *skalis*, todo resultaba extraño, incongruente; retocado por los brillos de la mañana en la humedad que se punteaba aquí y allá, parecía limpio, recién lavado, bien dispuesto,

casi con un inexplicable aire de orden inalterable. La única excepción eran los cuerpos.

Habían salvado el Gnod y su carga, incluso el abarrotado esquife auxiliar, pero habían perdido demasiados hombres. Bram, Finnbogi, Karlsefni y muchos otros, demasiados. Y mientras recogían los cadáveres de los suyos, los nórdicos también pudieron ver los cuerpos de aquellos extraños guerreros: las prendas de fina piel estaban tiesas por la sangre y el lodo, las cuentas brillantes con las que decoraban sus perneras y cintos tenían faltas que rompían los rígidos dibujos, todos ellos llevaban el pecho descubierto y alguno aún tenía restos de la tintura roja que había usado para pintarse el rostro, casi siempre tenían cerca unas cuantas flechas, o la cabeza de un hacha de piedra, o el vástago roto de una lanza. Se habían comportado como rivales dignos y Leif ordenó que los tratasen con el respeto que merecen los hombres de honor cuando deben afrontar la muerte.

Además, el hijo del Rojo también había decidido que debían marcharse cuanto antes, y tuvieron que sobreponerse a las heridas, las pérdidas y la desgana; todos sabían que aquellos hombres de rostros pintados podían volver, y que podían hacerlo con un grupo mucho más numeroso. Y algunos de los nórdicos incluso se dieron cuenta de que, si no hubiera sido por la tormenta, podrían haber perdido el Gnod por culpa de unas pocas flechas embreadas.

Ahora, los normandos eran apenas una maltrecha docena de los treinta y cinco que habían llegado hasta las ignotas costas de poniente y, aunque llevaban las bodegas llenas de fantásticos maderos, todos tenían el regusto amargo de la decepción instalado en el paladar. Alguno pensó que no deberían haber tentado a la suerte dejando cortas las tres docenas de tripulantes que hubieran respetado la costumbre.

Era una tripulación escasa para el gran *knörr* y muchos estaban heridos, resultaba un trabajo titánico encargarse de tareas que antes habían sido sencillas, faltaban manos. Tan solo llevaban media jornada navegando, pero de no haber sido por la pericia de Leif y la veteranía de Tyrkir, ya habrían zozobrado en las aguas de aquel peligroso estrecho que los llevaba al nordeste. De vuelta a Groenland.

Assur intentaba acomodarse al tacto de la caña del timón y a las respuestas de la nave, escuchando de tanto en tanto el gemido del ancho correaje de cuero que sujetaba la barra de gobierno a la amura de estribor. Y, a la vez, atendía a las lecciones del Sureño sobre los peligrosos bloques de hielo de aquellos mares del norte, que derivaban sin rumbo fijo por aquellas aguas profundas, dispuestos a acuchillar la obra viva de un navío como si fuese un arenque para ahumar.

—… Los más peligrosos son también los más difíciles de ver, son viejos bastardos que merodean buscando sus presas entre las corrientes. Las olas los han ido puliendo, consumiendo la parte que sobresale y formando una cuchilla de hielo

compacto y duro —dijo Tyrkir juntando los dedos de ambas manos y separando las palmas—. Aun navegando de vagar pueden rajar la nave de proa a popa, y luego seguir su camino como si nada.

Assur intentaba concentrarse en sus nuevas obligaciones, consciente de que en sus manos tenía la vida de todos los marinos del Gnod, pero en su mente rebullían demasiados asuntos pendientes. No podía dejar de analizar una y otra vez su última conversación con Karlsefni.

Tenía que ser un obispo, si el nórdico le había dicho la verdad, tenía que ser un obispo. Los años habían borrado los detalles, y ya no se acordaba de mucho de lo que el infanzón le había enseñado, se reconoció Assur acariciándose la barba y sabiendo que Gutier no la hubiese aprobado. Pero, por lo que podía recobrar de entre su memoria, solo los obispos usaban aquel bonete morado que Karlsefni había descrito. Assur se esforzaba por rememorar el nombre que Gutier le había dado a aquel tocado episcopal, pero no lo conseguía. Podía revivir la escena, en aquel gigantesco despacho con enormes tapices. Y el facistol, y el anillo dorado que llevaba el prelado. Y aquel gesto de llevarse la mano al pecho para no encontrar el crucifijo que debería haber estado allí.

Y cayó en la cuenta de que, a lo mejor, ya tenía una de las respuestas que buscaba. Al menos una. Y tan poco era mucho más de lo que había tenido durante los últimos años.

Leif observaba al ballenero escuchar atentamente a Tyrkir y, aunque echaba frecuentes vistazos a la costa que desaparecía en poniente, volvió a pensar en cómo su amigo le había salvado la vida la noche anterior. Luego se preocupó pensando en las malas noticias que tendría que dar, habían muerto muchos, y otros, como Halfdan, se agarraban a un único y frágil hilo de vida.

Ni los vientos, que soplaban de través con la fuerza justa para disolver las crestas de las olas en espumillones blanquecinos; ni las corrientes, que o bien los retrasaban, o bien amenazaban con retorcer la quilla, les ayudaban. La travesía se estaba haciendo eterna, en lugar de avanzar hacia el este, parecía que el océano fuese creciendo ante su proa. Se abría en azules oscuros que hacían entender las leyendas sobre los monstruos de las profundidades, tan interminable como la desesperanza.

El Gnod cabeceaba con pesadez, tarado por su carga. Las órdenes del timón solo eran preludios a las respuestas que, tras un instante de vacilación, el *knörr* entregaba. El buen tiempo únicamente los acompañó en las primeras jornadas, luego, los cielos se abrieron para amenazar con el duro invierno que llegaría. A veces, en el frío del alba, si los correajes se tensaban, apretando sus fibras empapadas, soltaban agua que se convertía en diminutos cristales de hielo antes de tener tiempo de caer.

Además, pese a los esfuerzos de Assur, que hizo cuanto pudo por poner en práctica lo que recordaba de las enseñanzas de Jesse, no todos los heridos se

recuperaron. A un sureño de Wendland llamado Mieszko se le gangrenó el antebrazo izquierdo; una fea herida de labios irregulares, sajada con uno de aquellos puñales de piedra de los nativos de Vinland, que se había infectado. Fue preso de fiebres altas y todo él olía a rancio; incluso sin necesidad de levantar el vendaje y aun a pesar de que las canastas de las bayas que habían recogido en Vinland empezaban a rezumar un penetrante olor dulzón que acaparaba toda la cubierta. Assur, no sin resignación, tuvo que tomar la difícil decisión de amputarle la extremidad justo por encima de la articulación del codo.

Las prisas por abandonar el campamento tampoco habían ayudado y pronto empezaron a escasear las provisiones y el agua fresca. Incluso Halfdan, convaleciente y hambriento, había dejado sus baladronadas atrás. El único que parecía inmune a la desazón era el patrón, de hecho, no solo se preocupaba de calcular rumbos o estimar vientos, sino que también dedicaba todo el tiempo que podía a hablar con sus hombres y a encontrar palabras halagüeñas con las que darles consuelo.

La noche empezaba y en el cielo las luces de la aurora jugaban con los colores. Mieszko sufría en un duermevela afiebrado. A proa se oían los susurros de Halfdan echando cuentas de su parte del botín. Tyrkir dormitaba de mala manera, sin alejarse de la popa, y Leif se acercó hasta su nuevo timonel.

Assur, al ver al patrón aproximarse, inclinó el rostro asintiendo y permaneció en silencio, rumiando sus preocupaciones.

—¿Bien? —preguntó Leif escuetamente con una amplia sonrisa que enseñaba sus dientes.

Assur miró al patrón y asintió de nuevo con cierta desgana, estaba cansado.

Leif sabía que su amigo estaba algo más taciturno de lo normal, y aunque desconocía la razón, se decidió a animarlo sin importunarlo con su curiosidad.

—¿Piensas hacer como Halfdan? ¿Te gastarás todo en mujeres e hidromiel intentando hincharte las tripas de lenguas de alondra y otros bocados reales?

El hispano, perdido en sus pensamientos, tardó en reaccionar.

—¿Gastarme el qué? —preguntó con cierta incredulidad.

—El botín, ¿qué va a ser? Tu parte por la venta de la carga…

Assur no parecía dispuesto a decir nada, y Leif aprovechó para insistir.

—¡Eres rico, botarate! Aunque lo vendiéramos a precio de saldo, tendrás plata suficiente para pasar borracho todos los días del resto de tu vida —sentenció Leif ensanchando su sonrisa—, puedes asociarte con Halfdan…

El hispano dudó. Había estado pensando en las palabras de Karlsefni, en Ilduara, en su pasado. Se había acostumbrado a darlo todo por perdido, a renunciar a la esperanza, y ahora las ascuas de un fuego tiempo atrás olvidado refulgían de nuevo. Había estado tan inmerso en la lucha con sus más íntimos demonios que no se había dado cuenta de que su situación había cambiado, y mucho.

—Además, por desgracia —continuó Leif apagando su sonrisa—, somos menos. Todos llevaremos una parte mayor de la que habíamos planeado… Y en tu caso —dijo ahora desechando la pesadumbre con una sacudida—, más aún, eres el timonel, y como tal te corresponde un monto mayor —sentenció con una mirada cómplice.

Assur entendió la concesión que Leif había hecho y el favor que suponía su elección para gobernar el Gnod. Por un momento intentó calcular lo que le correspondería una vez se vendiese la carga y le pareció tal exageración que no logró asumirlo.

—Y verás cuando vendamos esas uvas, ¡y el vino! Y podremos volver cada año, tendrás tanta plata que no podrás embarcar sin riesgo a hundir el barco —dijo el patrón con afabilidad, sin querer reconocer que las frutas recogidas habían empezado por su cuenta a fermentar, pareciendo querer echar al traste sus planes.

El hispano lo miró con suspicacia y decidió ahorrarse comentar lo que pensaba sobre el brebaje que resultaría de todo aquel desmán, que se las prometía imbebible, y, sin poder evitarlo, recordó las tardes en las que Jesse, obviando las lecciones de geometría, le hablaba del trabajo de los vinateros de su familia en Aquitania.

Intentando alejar la melancolía con una sonrisa que le supo a aquellas en la trastienda de la botica de Sarracín, Assur decidió ser comedido.

—Yo no estoy muy seguro de que sean uvas —dijo Assur midiendo sus palabras.

—Ya, ya… Bueno, puede que en tu tierra sean distintas. Tyrkir —añadió Leif señalando al contramaestre— está convencido de que sí lo son. De todos modos, no importa, no creo que haya muchos en Groenland que hayan visto uvas alguna vez —continuó con el rostro iluminado con una expresión pícara como la de un chicuelo—, y solo los que han viajado al sur han probado el vino… Así que no me preocupa lo que sean mientras no sean venenosas…

Leif rio con carcajadas amplias y sinceras, encantado.

Assur tenía otras preocupaciones y decidió que aquel era un buen momento para hablar. Sabía que no volvería a sentir paz si no lo intentaba, no podría perdonarse el esconderse de aquel resquicio de esperanza.

—Sé que primero te pedí permiso para quedarme en Groenland —dijo con gravedad—, y también sé que luego tuve que rogarte que me permitieras embarcar…

Leif interrumpió al hispano con aspavientos bruscos con los que pretendía restar significancia a todos esos asuntos del pasado. Pero Assur estaba convencido de que le debía al patrón mucho más de lo que podría corresponderle jamás.

—Quisiera pedirte un último favor —reconoció—. Quiero regresar al sur, a Jacobsland.

El patrón no preguntó, pero estuvo seguro de que el taciturno Ulfr no confesaría ni bajo tortura, e intuyó que, de algún modo, aquello estaba relacionado con las palabras de Karlsefni.

Leif recobró la seriedad y miró al hispano con intensidad grabada a fuego en el verde de sus ojos.

—Amigo mío, ¡eres libre! ¡Libre y rico! Puedes hacer lo que te plazca, nada me debes, y mucho menos después de haberme salvado la vida… De nuevo… Más aún, puedes contar conmigo para lo que necesites.

Y, como ya les había sucedido otras veces, no les hizo falta recurrir a más palabras.

Llegaron cuando ya empezaban a pensar que los primeros hielos se les echarían encima. La travesía se había hecho eterna y el invierno había tenido tiempo de perseguirlos, tomándose la libertad de enseñarles las galernas que preparaba y los fríos que guardaba. Cuando alcanzaron la boca del Eiriksfjord, Leif no fue el único que sintió el cálido alivio del regreso al hogar, todos a bordo estaban deseando echar pie a tierra.

Avanzaron por las aguas calmas del fiordo construyendo ilusiones y, al distinguir las pendientes de Brattahlid tintadas por el largo ocaso del norte, todos imaginaron un recibimiento digno de su hazaña, habían descubierto tierras desconocidas y traían las bodegas llenas, y aun a pesar de las bajas sufridas, su expedición podría recordarse con orgullo en los versos de las sagas. Sin embargo, pronto descubrieron que las cosas habían cambiado en su ausencia.

No se veía a nadie por los alrededores y, pese a que podían ver los humos de los hogares, el panorama aparecía extrañamente tranquilo. Tan apacible que no presagiaba nada bueno. Y, como veteranos marinos que eran, la tripulación al completo sintió el erizarse del vello que avisa en las calmas que preceden a las tormentas.

Solo un chiquillo cenceño y desgarbado que apacentaba carneros los vio atracar el Gnod y salió corriendo a trompicones para sembrar la noticia de la llegada del hijo del Rojo.

Mirando con suspicacia cómo el muchacho se alejaba, Leif dio unas cuantas órdenes ceñudo y Tyrkir se encargó de que la escasa tripulación las llevase a cabo con presteza. Vararon el Gnod en la suave arena del puerto natural del Eiriksfjord a tiempo para ver cómo se acercaba Thojdhild, con toda seguridad traída por la noticia que el pastorcillo había esparcido por la colonia.

A Leif le bastó ver el rostro de su madre para saber que algo no iba bien y empezó a preocuparse antes incluso de que ella llegase hasta el Gnod. Assur, por el contrario, tuvo que hacer un esfuerzo por constreñir su ira al ver a Thojdhild, el hispano seguía teniendo muy presentes las amenazas de la *husfreya* de Brattahlid.

Aún no había desembarcado ni uno solo de los hombres cuando ella habló.

—Tu padre te necesita —anunció la mujerona sin perder el tiempo con preámbulos corteses.

Leif asintió con severidad.

—¡Tyrkir! El Gnod es tuyo, hazte cargo. ¡Ulfr! Ven conmigo.

Al hispano no se le escapó la avinagrada mirada de Thojdhild, pero se limitó a seguir al patrón, tal y como le habían ordenado.

Los tres caminaron escuchando los gritos bruscos del contramaestre, que organizaba las tareas de los marinos; y madre e hijo no cruzaron palabra hasta que Assur tuvo el buen ojo de quedarse un poco atrás, para darles algo de intimidad cómplice.

Entraron en la gran *skali* de Brattahlid por el portón principal y descubrieron el interior atestado. Había incluso gentes de la colonia del norte y Assur no pudo evitar buscar a Thyre entre todos los que estaban allí, pero no la encontró. Aun con los meses transcurridos y sabiendo, por labios de Leif, que ya debía de haberse casado con Víkar, el hispano no podía evitar desear encontrarse con ella; verla al menos una vez más antes de marchar al sur. Aunque solo fuera una. Pero no fue capaz de reconocerse a sí mismo que, en realidad, esperaba mucho más que la simple oportunidad de verla. Solo distinguió a Starkard, que interrumpió la conversación que mantenía con otro de los hacendados para mirarlo con evidente rencor.

Los *thralls* de Eirik el Rojo se ocupaban del fuego y servían cerveza e hidromiel a los que rodeaban el calor del hogar hablando en voz baja con los rostros gachos. Era obvio que el ambiente estaba cargado de tensiones inciertas. Las conversaciones sonaban a murmullos desvaídos, tabaleados por las consonantes de aquella lengua que, ahora más que nunca, le recordaba a Assur que ese no era su lugar.

Thojdhild cruzó algún saludo breve y muchos miraron con asombro a Leif, pero Assur se dio cuenta de que la matrona coartaba las preguntas y la curiosidad de los presentes, que tendrían que esperar para conocer de boca del patrón las nuevas del viaje.

Assur lo comprendió cuando pasaron a una de las estancias y encontraron al Rojo en su gran lecho labrado. La *husfreya* había buscado intimidad para su esposo enfermo y en la habitación solo estaban el *godi* de Brattahlid, con sus cánticos guturales, y una esclava que cambiaba las compresas frías con las que atemperaban la frente del *jarl* de Groenland.

Hedía a muerte, y si el penetrante olor no era suficiente para asumir lo que sucedería, bastaba con mirar al rostro del Rojo para entender. Hasta la luz de los hachones parecía haberse escondido por miedo a contagiarse, y en la penumbra el ambiente de la estancia se apretujaba volviéndola opresiva. Rodeado por el deshilachado velo de sus propios cabellos, escasos y sin lustre, el antaño rubicundo rostro de Eirik se había consumido y enseñaba los huesos a través de una tez cérea y tiesa. Las mejillas sobresalían hundiendo los ojos en recovecos oscuros y en su cuello tenso se adivinaban los pellejos envejecidos que la barba, despoblada por mechones

asustados, dejaba entrever. Los antaño poderosos brazos parecían quebradizos como las patas de una zancuda, y las manos que habían sostenido espadas teñidas de sangre enemiga eran ahora incapaces de arrebujar las pieles con las que el *jarl* de Groenland no lograba ni calentarse ni esconder la fetidez de los humores que se pudrían en su interior. Eirik agonizaba y Assur supuso que la burda placidez de su expresión se debía únicamente a alguno de los brebajes del *godi*.

El arponero vio con asombro como Leif se acercaba hasta su padre y pasaba una mano tierna por la sien derecha de Eirik, peinando los pocos cabellos que allí quedaban. Fue un gesto dulce que rechinó en aquel ambiente de hombres que habían sabido hacer de la guerra un modo de vivir.

El silencio se hizo pesado mientras el hijo contemplaba cómo su padre moría, e incluso la dura Thojdhild pareció compadecerse con un ademán de los hombros y el pecho en el que Assur creyó ver cómo la *husfreya* contenía el llanto.

Leif miró al hispano y le hizo un significativo gesto con el mentón.

Assur se sintió abrumado por la responsabilidad, pero desechó las protestas que se le agolparon en la garganta.

—Cuando termines ven a verme —dijo el patrón tomando a su madre por el codo y saliendo de la habitación.

La adusta expresión de Assur fue suficiente para librarlo de las preguntas de los que atestaban la *skali* de Brattahlid. Y él se alegró de no tener que dar incómodas respuestas.

Encontró a Leif sentado en una peña mirando cómo el fiordo embocaba las olas, y hubo de reunir el valor necesario para explicarle que lo poco que había aprendido gracias a las explicaciones del *hakim* Jesse ben Benjamín no era suficiente para evitar que Eirik fuese llamado a las mesas del *Valhöll*.

—No hay mucho que yo pueda hacer —se confesó con disgusto a la vez que se sentaba al lado del patrón.

Leif lo miró con sus ojos verdes enrojecidos.

—El viejo loco…

Negó con la cabeza unas cuantas veces y Assur calló dándole tiempo al marino a rehacerse.

—¿Qué le sucede? —preguntó finalmente Leif recomponiendo el rostro compungido.

—No lo sé —respondió Assur con franqueza acentuada por un encogimiento de hombros—. No lo sé…

Ambos guardaron silencio y el hispano comprendió que su patrón necesitaba algo más.

—He hablado con el *godi*, pero no ha servido de mucho… Puede que se le hayan retorcido las tripas, o puede que tenga bubas en el hígado, o un tumor… De cualquier

modo, no hay nada que yo pueda hacer por él, nada —concluyó Assur apenado por no encontrar mejores palabras.

Leif bajó de nuevo los ojos hacia el rumor del oleaje.

—Lo lamento —añadió el hispano arrepentido de no haber sabido encontrar más sabiduría en las pacientes lecciones del médico hebreo.

—¿Cuánto tiempo le queda? —inquirió Leif todavía mirando el batir del agua.

Assur no quiso tomarse a la ligera la pregunta y tardó en contestar.

—Poco, días, no mucho más… Si no lo mata el mal que lo aqueja, lo matará el hambre, parece incapaz de retener nada de lo que come, ni siquiera los caldos más ligeros.

Leif afirmó bajando el mentón y pareció rebuscar las palabras que necesitaba. Abrió y cerró los labios un par de veces sin llegar a hablar. Luego empezó a negar haciendo que aquella pelambrera que había heredado el tono rojizo de su padre le barriese la frente.

—Todo ha tenido que ser siempre a su modo… Siempre —rezongó Leif.

Assur prefirió mantenerse en silencio.

—Demandando más y más… Haciendo todo difícil, siempre difícil… ¡No podía haber elegido peor momento!

Leif seguía negando con la cabeza y Assur se sorprendió agradablemente al descubrir que el falso resentimiento de las palabras del patrón bastaba para marcarle una cínica sonrisa que le iluminaba el rostro.

—Cuando éramos pequeños, mis hermanos y yo, quiero decir, siempre se le ocurría el modo de exigirnos más y más —dijo Leif con aire nostálgico—. Hiciéramos lo que hiciéramos, nunca era suficiente. Siempre había un modo mejor de hacerlo, siempre. Y cuando lo conseguíamos, buscaba la manera de liarlo todo de nuevo, reclamando cada vez algo más. —Assur entendió a qué se refería el patrón; él mismo había sufrido las recias demandas de Gutier a lo largo de su educación en Sarracín—. Y ahora… Ahora parece haberlo planeado todo para dejarme una última y complicada obligación a la que hacer frente.

El hispano seguía callado, sin entender adónde quería llegar Leif con su discurso, pero comprendió que su amigo necesitaba desahogarse y sintió el compromiso de escucharlo tanto como fuera menester. Poco después el patrón del Gnod siguió hablando.

—Aquí son algo más grandes, y tienen el plumaje más oscuro, pero en Iceland eran más rápidos… Unos animales excepcionales —aclaró Leif sin que Assur comprendiese—. En una ocasión conseguimos un polluelo, un polluelo fuerte como para poder sobrevivir a la crianza, pero aún joven, listo para adiestrarlo y enseñarle a cazar. Apuntaba maneras, era un halcón único, incomparable. —Assur echó el torso hacia atrás, comprendiendo—. Sin embargo, aunque ahora sé que el brillo en sus ojos

era el de un padre orgulloso, él solo supo sugerirnos que era una pena que no fuese un águila de cola blanca…

Leif negó una vez más con la cabeza, ensanchando su sonrisa, y el hispano entendió que por la mente del patrón surcaban de nuevo añejos recuerdos que eran bienvenidos a puerto.

—¡Un águila de cola blanca! ¡Son enormes! Con garras capaces de destripar a un ternero. Son aves prodigiosas. Y solo crían en los cerrados fiordos del oeste de la *isla del hielo*, en nidos colgados de paredes de roca donde solo ellas se sienten a gusto. Pero yo quería ganarme su aprobación, yo quería que se sintiera orgulloso de mí, ¿entiendes? —preguntó girándose hacia Assur.

El ballenero asintió volviendo a recordar las severas prácticas de esgrima y arco con Gutier y Weland.

—Así que yo terminé colgado en uno de aquellos acantilados batidos por el viento, solo la fortuna del mismísimo Baldr me salvó de romperme la crisma. Rachas enloquecidas me zarandeaban de un lado a otro, mi cuerda chirriaba rozándose con las piedras del borde, acabé mareado como una cabra y batuqueado como el cántaro de una coja… Pero lo conseguí, conseguí un precioso polluelo chillón todavía con el primer plumón… Además de una aparatosa colección de cardenales y cortes en todos los rincones imaginables… Pero lo conseguí…

Un gavión pasó volando a ras de las olas y Leif soltó dos carcajadas traídas por los recuerdos.

—Y ahora tengo que volver a hacer lo mismo… Regreso de tierras desconocidas con las bodegas del Gnod repletas, y el viejo encuentra de nuevo el modo de exigirme algo más. Siempre un paso más allá, siempre más difícil…

Assur dudaba de si Leif estaba simplemente hablando por hablar, en busca de consuelo y desahogo, o si bien el patrón escondía alguna intención más tras sus palabras. Pero le bastó reunir paciencia para aguardar un poco más y así comprender.

—Olav Tryggvasson ha muerto —anunció Leif desconcertando a su nuevo timonel—. Se ha dejado emboscar volviendo de una expedición a Wendland, ahora son los *jarls* de Haldr los que han recuperado el poder. —Assur intuyó que el patrón debía de referirse a los despechados herederos del depuesto Haakon—. Según me ha contado mi madre, el muy idiota se metió en un lío de faldas con la hermana de Svend Barba Hendida…

Assur, que aun con el tiempo vivido entre los nórdicos no llegaba a comprender las complejas y tensas relaciones entre los gobernantes de una y otra región, prefirió no pedir aclaraciones.

—… Y parece que a Svend le sentó como si le hubieran echado grasa derretida por el cogote. Sediento de venganza, consiguió aliarse con los sviars, los wendas y los hijos de Haakon. Reunió una gran fuerza con la que cobrarse su presa y le tendió

una trampa a Olav.

»Por las noticias que han llegado hasta aquí, fue la ambición la que perdió a ese loco sanguinario, el muy estúpido incluso se creyó con el derecho de acuñar una moneda propia, al modo de Ethelred en las islas, hasta pensó que podía conseguir que su matrimonio con la hermana de Svend le garantizaría ascendencia sobre los nobles de Danemark; ahora descansa para siempre en el fondo de la bahía de Svolder… Según parece, él mismo se tiró por la borda cuando se vio perdido.

—Pues creo que todo eso demuestra el buen hacer de tu padre, no llegó a comprometerse jamás con el *konungar* Olav, ni siquiera cuando regresamos de Nidaros.

Leif asintió varias veces sin poder evitar que una sonrisa le colgase de las mejillas.

—Ahora —continuó Assur—, aunque los de Haldr hayan recuperado su poder, no pueden tomar represalias contra Groenland, tu padre se cuidó de no darles excusas a los enemigos de Olav.

El patrón abrió las palmas y bajó el mentón un par de veces para darle la razón al antiguo ballenero.

—En realidad se trata de una alianza —aclaró Leif—, los de Haldr han mantenido sus lazos con Svend y con otros nobles de Danemark. Ni siquiera estamos seguros de los detalles… Pero eso es lo de menos, lo relevante es que aquí, en Groenland, habrá cosas que tendrán que cambiar… Yo debo tomar ahora el liderazgo, así se ha decidido. Tengo que asumir mis responsabilidades como hijo de Eirik el Rojo y es necesario que me asegure de que las *tierras verdes* no sufren por culpa de este cambio en el poder, más aún, estoy obligado a garantizar la prosperidad de ambas colonias… No es algo que desee, pero parece que voy a convertirme en *jarl* de Groenland.

Assur comprendía que su amigo podía sentirse abrumado por los acontecimientos y entendía que las responsabilidades que tendría que asumir lastraban el ánimo de Leif.

—No creo que —se animó a decir el hispano—, si pudieran elegir otro líder, los habitantes de Groenland lo hiciesen. Eres digno hijo de tu padre y lo has demostrado en más de una ocasión, serás un *jarl* amado y respetado, y tu vida encontrará sus propios versos en las *eddas* —afirmó Assur con evidente sinceridad.

—Un líder no lo es de verdad si el orgullo es el único cataviento de su barco… Ahora que el momento se acerca, me doy cuenta de que hay muchos asuntos a los que nunca había prestado atención, y también me doy cuenta de que no tengo las soluciones —reconoció Leif sin revelarle al hispano lo que su madre le había contado sobre Víkar y la testarudez de Thyre—. Todos tienen preguntas que necesitan respuesta, mi madre me ha advertido de que la enfermedad del viejo ha dejado mil

historias sin resolver… ¡Antes de que regresases, Starkard se ha acercado a pedirme una compensación! ¡Y mi padre aún está vivo!

Assur no supo ver lo que significaban para él las últimas palabras de Leif, pero sí comprendió con admiración la gran verdad que acababa de escuchar, y se sintió seguro de que las dudas que corroían el ánimo de su amigo demostraban, de hecho, que se convertiría en un líder digno y juicioso.

—No sé si podré hacerme cargo de todo. Y eso por no hablar de la guerra, ¿qué ocurrirá si los del Haldr deciden que los pequeños gestos hacia Olav han sido excesivos? Puede que envíen *drekar* llenos de hombres ansiosos de sangre, a saber cuáles son las intenciones de Svend y su alianza…

El hispano perdió por un momento el hilo del discurso del patrón, estaba pensando en aquella frase sobre Starkard, pero las siguientes palabras de Leif le obligaron a prestar atención de nuevo.

—… Necesitaré a los míos, no podré hacerlo solo. Sería un mentecato si pensase lo contrario. —Assur no evitó la franca mirada del patrón y se preocupó al instante—. Los consejos de Tyrkir serán ahora más valiosos que nunca, es una pena haber perdido tantos hombres buenos en Vinland.

Se volvían las tornas y Assur temió que el patrón se arrepintiese de haberle granjeado su libertad. El hispano sabía que no podría negarse, se sentía en deuda con aquel hombre, era su amigo. Y si Leif le pedía que abandonase la idea de regresar a Galicia, Assur sabía que se quedaría en Groenland. No podría negarse. Y la pregunta que le corroía el alma tendría que quedar sin respuesta, ya no podría saber si sería capaz de encontrar a Ilduara.

Cada palabra le atravesó el gaznate como un trago de plomo derretido, pero Assur lo dijo igualmente:

—Si hay algo que pueda hacer, no tienes más que decirlo… Me quedaré en Brattahlid…

El patrón miró a su amigo a los ojos dejando que su sonrisa se diluyese. Afirmó con un leve gesto, suspiró, y asumió un tono severo para hablarle al hispano.

—Por eso mismo voy a lamentar que te vayas…

Assur escrutó el rostro extrañamente serio de su amigo y no tardó en comprender que era sincero.

—Gracias.

—No tienes nada que agradecer, como ya te dije en el Gnod, eres libre…

El hispano se sintió reconfortado al descubrir que la sonrisa había regresado al rostro del patrón. Aun así, necesitó añadir algo más.

—De todos modos, me quedaré hasta la primavera…

Leif asintió. Y ambos se abrazaron con la torpeza singular e incómoda de dos osos de feria, dudando de cómo y dónde colocar manos que habían pasado

demasiados años empuñando espadas y preparándose para el combate.

Clom era ante todo un hombre prudente, con ideas claras. Por lo que no puso ninguna objeción cuando supo que Eirik el Rojo iba a ser despedido a la vieja usanza. Incluso a pesar de que la viuda parecía haber recurrido a la nueva fe para mitigar su dolor, y le había solicitado consuelo y consejo desde una ferviente devoción que sustituía a la suspicacia a la que se había acostumbrado anteriormente, Clom no quiso imponer su criterio cuando se enteró de que Leif no pensaba enterrar a su padre con una misa y una cruz.

A él le bastó con saber que, tras las exequias, habría hidromiel abundante y que, mientras los escaldos recordaban las hazañas del *jarl* muerto, él podría ocuparse de bebérselo. Por lo que el sacerdote no insistió en sus sugerencias sobre celebrar un ritual cristiano, consciente, además, de que desde la muerte de Olav su situación era más bien precaria, pues los nuevos señores del norte, incluido Svend Barba Hendida, parecían encantados con la idea de borrar de un plumazo todos los esfuerzos que el derrocado *konungar* había hecho por la fe de Cristo.

Así, esa noche, mientras Brattahlid se ahogaba en cerveza espumosa y licores fuertes, Clom se emborrachaba con paciente disciplina escuchando las alabanzas que todos tenían para el muerto; diciéndose a sí mismo entre susurros que, fuera cual fuera la religión, los recién muertos siempre encontraban halagos en las conversaciones de los vivos. Aunque fueran cumplidos que solo duraban hasta que se terminaba el funeral. Y el religioso lamentó que fuera la última de las noches en las que se celebraban las honras del *jarl* de las *tierras verdes*.

Eirik había recibido los honores que solo eran dispensados a los grandes señores del norte. Bajo la ceñuda mirada de Leif habían sacado a dique seco su viejo *langskip* y lo habían acomodado en un terraplén a espaldas de los almacenes de Brattahlid, en una pequeña meseta desde la que se dominaba el fiordo que llevaba su nombre.

En lo único en lo que Leif cedió fue en la cremación. El nuevo *jarl* de Groenland habría preferido encender el cuarteado navío y, como en los viejos tiempos, permitir que el fuego se hiciese cargo. Pero Thojdhild se había dejado llenar la sesera por las ideas del borracho Clom y había insistido tanto que Leif había terminado por consentir.

Sin embargo, en todo lo demás, su padre recibió los honores que se habían dispensado siempre a los grandes señores: en su *langskip* introdujeron sus mejores capas y una docena de las más bellas pieles, incluido el enorme y grueso pellejo de uno de aquellos fieros osos blancos de los hielos del norte. También dejaron junto a él los dos grandes colmillos de morsa que Ulfr había conseguido la temporada anterior. Y las más bellas de sus fíbulas, los escudos que le habían acompañado en su batalla en Breidabolstad, y la espada con la que limpió su honor en Thorsnes. Su hacha

preferida, las plumas de sus mejores águilas, un arcón con herramientas en el que metieron dos básculas para plata, y un cofre que llenaron de ámbar, metales y piedras preciosas. Y también su lecho fabrido y su sitial labrado.

Y, tal y como era debido, el propio Leif se aseguró de que su padre vistiese pronto para la batalla. Eirik el Rojo se despidió calzando su mejor *brynja*, pulida y brillante, la más valiosa de sus capas y la más afilada de sus espadas, listo para ser recogido por una bella valquiria y sin dejar lugar a dudas de que, aun viéndose privado del honor de morir en la guerra, aquel hombre batido por los fríos de septentrión había sido, ante todo, un hombre de armas.

Y, aunque no se sacrificó a ninguno de los *thralls* de Brattahlid, sí los obligaron a ver más allá con ayuda de los brebajes del *godi*. Se aseguraron de que Eirik encontraría quién lo recibiera para llevarlo al *Valhöll*. Además, engarronaron dos de sus caballos, un par de sus lebreles y un gran macho cabrío, y los dispusieron a todos en la tablazón del navío.

El túmulo se levantó aupado en tramos de zarzo y tepe, y se marcó con grandes piedras que siguieron el perfil de la borda del *langskip*. Todo el conjunto se convirtió en un gran monumento digno del hombre que Eirik había sido. Y durante las noches de los días que duraron las exequias el gran salón de Brattahlid acogió a todos los de la colonia para escuchar a los escaldos y compartir hidromiel y cerveza.

Esa velada, la última del largo funeral, los hombres de Groenland le dieron su definitivo adiós a Eirik el Rojo y recibieron a su heredero, Leif Eiriksson, como su nuevo *jarl*; el ciclo debido se cumplía y la vida continuaba. Y entre los muchos que, rebosantes de alcohol, eran incapaces de hacer otra cosa que tambalearse, también había otros que, taciturnos, lamentaban profundamente haber vivido para ver morir a su líder.

Assur bebía con moderación, una vez más sorprendido por la gula y sed desmedidas de los nórdicos. Habían sido días duros y extraños. El antiguo ballenero se había preocupado de estar siempre dispuesto para echar una mano a Leif. Él mismo había ayudado a disponer la tumba. Y una jornada tras otra se había esforzado porque su amigo se sintiera arropado.

La que peor parecía estar llevando los cambios era Thojdhild. La antaño incombustible *husfreya* de Brattahlid había perdido su fuerza y carisma, ya solo parecía preocupada por encontrar consuelo en las oraciones y plegarias que Clom le enseñaba cuando estaba sereno. Viéndola así, el rencor que Assur había llegado a sentir se apagó como una fogata abandonada en un día de lluvia, sibilante y sin fuerzas para prender de nuevo.

Pero si el odio de Assur se apagó, hubo otros que se reavivaron.

Entre los muchos que llenaban el gran salón de la *skali* de Brattahlid estaba Starkard, al que Assur vio hablar airadamente con Leif, lo que le hizo recordar las

palabras del patrón unos días antes. Algo que no fue suficiente para que el hispano tuviera ocasión de prepararse para lo que iba a suceder.

Víkar, tan ebrio como para que sus pasos se contradijeran, tardó una eternidad en recorrer el escaso trecho, y el timonel del Gnod solo lo vio cuando ya se le echaba encima.

Assur se preparó para una pelea, el normando irradiaba furia. Tyrkir, intuyendo problemas, se acercaba a toda prisa. Los de alrededor se arremolinaron en un instante. Y el antiguo ballenero se dio cuenta de que muchos comenzaban a susurrar con gestos cómplices que tapaban bocas y cuellos estirados que acercaban oídos ansiosos.

—Fue culpa tuya —gritó Víkar con voz tomada y haciendo un claro esfuerzo por mantenerse derecho—, he esperado hasta hoy…

Por un momento el nórdico calló, perdido el hilo de sus pensamientos por culpa del alcohol.

—He esperado hasta hoy. —Hubo una nueva pausa en la que Víkar braceó para mantener el equilibrio—. Pero ya no esperaré más… *¡Hólmgang! Hólmgang* —bramó el normando alzando ambos brazos y escupiendo saliva—. *¡Hólmgang!*

Assur no sabía lo que significaba aquella palabra, pero se dio cuenta de que no podía presagiar nada bueno, pues incluso los más borrachos parecieron salir de su estupor para corear los gritos de Víkar. Y, si no estaba seguro, le bastó ver la expresión preocupada de Tyrkir. El contramaestre negaba pesadamente con la cabeza, y los temores de Assur se reafirmaron.

—Como un *einvigi*…

La cara del arponero le dijo a Tyrkir que tampoco comprendía aquella palabra.

—Un duelo… —insistió el contramaestre con tono interrogativo.

El Sureño vio que Ulfr asentía y decidió explicarse.

—Es una tradición vieja como el hombre. El modo en el que se resuelven las disputas. Algo que se hacía en el *paso del norte* y que se siguió haciendo en Iceland. Especialmente, en la *isla de hielo*…

»Cuando las tierras fueron insuficientes para los colonos, muchos prefirieron labrarse su porvenir gracias a los desafíos. Era normal acudir al *hólmgang* cuando entre dos *bondi* surgía una disputa por los lindes de un terreno, o por el ganado de una hacienda; si el que se consideraba agraviado no podía, o no quería, esperar a la decisión que tomaría el *thing* cuando se reuniese, tenía la opción de retar al otro y confiar en su habilidad con la espada.

Assur asintió, llevaba el tiempo suficiente entre los nórdicos como para haber oído alguna de esas historias: duelos por tierras, mujeres o riquezas, e incluso, en ocasiones, por el sueño del poder.

—Aunque también había desharrapados que no tenían donde caerse muertos, pero que habían luchado en incontables expediciones de saqueo y que sabían usar la

espada. Ayer y hoy, aquí y allá, en todo el norte, siempre ha habido hijos de perra codiciosos con ganas de morder. Hay quien ha hecho del *hólmgang* una forma de ganarse la vida, aprovechando la tradición para ir desafiando a un duelo tras otro al que se le antoje… Basta con estar dispuesto a perder la vida o, en algunos casos, a perder hasta la camisa, pues en muchas tierras el que desafía y pierde es obligado a pagar para resarcir al desafiado… La costumbre es que el pago ascienda a tres marcos de plata…

Assur sabía que era una cantidad elevada, pero entendió que era una práctica justa: había que estar seguro del agravio para arriesgarse a perder un monto así.

—Ha habido más de un *berserker* que se ha convertido en *jarl* gracias a ganar un *hólmgang* tras otro… —comentó el contramaestre negando con la cabeza, y Assur supuso que algún recuerdo llamaba con nostalgia.

Sin embargo, en aquel momento el hispano tenía en mente asuntos más urgentes.

—¿Y qué diablos tiene todo eso que ver conmigo? Yo solo tengo la parte que me corresponde de las bodegas del Gnod, Víkar es mucho más rico, e instaurada la vieja ley del *landman*, él puede reclamar tanta tierra como esté dispuesto a caminar… No gana nada retándome…

—Puede que no, pero sí le has dado motivos para sentirse ofendido —aclaró Tyrkir para sorpresa de Assur—, él piensa que su nombre debe ser restaurado, y el honor es la única causa justa para llamar a *hólmgang*.

El hispano clavó sus ojos azules en el contramaestre, intuyendo y temiendo lo que iban a contarle.

—Escucha, hijo —dijo Tyrkir tomándose la familiaridad con una sonrisa paternalista—, yo no sé muchas cosas, he sido siempre un marino al servicio de un patrón… Pero tengo muy claro que no eres un sviar, y mucho menos un sureño; y también me doy cuenta de que hay algo oscuro en tu historia, no se mantendría entera ni con toda la argamasa de Roma —anunció con la misma seguridad del que recita un dogma—, pero eso no importa. Porque un hombre puede ser honesto y digno hijo de su padre aunque se vea obligado a acarrear un saco de estiércol; puede que sea incapaz de desprenderse del olor, sin embargo, aun apestando, existen muchos que guardan en su interior una ración suficiente de honor y valor…

El hispano, Ulfr para el contramaestre y Assur por su bautismo, entendió, por el tono, que el Sureño no le concedía especial importancia a su pasado o a su historia.

—… Y, créeme, he pateado mundo suficiente a lo largo de los años; todo hombre arrastra su propio saco, con su propio estiércol, no hay de qué avergonzarse. Todos lo hacemos, nos guste o no. Y tú cargas con un saco enorme en el que se han mezclado secretos sobre un pasado que te incomoda. Pero a mí me da igual qué clase de mierda llevas en tu saco, Ulfr, me has demostrado en más de una ocasión que puedo confiarte mi vida y, lo que es más importante para mí, la del muchacho. —Assur comprendió

que el curtido contramaestre no podía olvidar que había visto crecer a Leif—. Por eso mismo, creo que te mereces entender el lío en el que te has metido.

Los que habían bebido demasiado roncaban tirados de cualquier manera en alguno de los rincones de la *skali* de Brattahlid. Otros se habían ido a sus propias haciendas. Pero del revuelo que el desafío de Víkar había provocado ya no quedaba nada. Todo estaba envuelto en un pesado manto de tranquilidad interrumpido por algún que otro ronquido ocasional. Los hachones ardían mortecinos, con apenas un fulgor anaranjado cubierto por brasas de lomo ceniciento. El hogar se consumía, velado por troncos esparcidos a medio quemar; las llamas habían cuarteado las caras vistas de los leños, parecían curtidos escamosos del pellejo espelucado y tieso de uno de aquellos dragones que poblaban los *kenningar* de las sagas.

Los únicos despiertos eran Tyrkir y Assur, y mientras el hispano veía aquellos míticos animales escondidos en las sombras de las ascuas del lar, el contramaestre hablaba.

—Han pasado muchas cosas desde que nos fuimos, demasiadas…

El Sureño se hurgó la barba tensando los pelillos del mentón, quizá ordenando sus pensamientos.

—He viajado de un extremo a otro del horizonte. He navegado tan al norte como para ver un escupitajo congelarse antes de llegar al suelo… He visto cómo los mejores barcos naufragaban arrastrando al reino de Njörd a tripulaciones enteras, he admirado a héroes que se desangraron en el campo de batalla, he contemplado reyes que cayeron en desgracia y mi escudo ha sido uno más de los muros que decenas de hombres levantaron para luchar contra ejércitos inmensos que se suponían nuestros aliados —el contramaestre alzó la voz, inquieto—. Incluso he visto monstruos marinos capaces de encogerle los huevos al más valiente de los guerreros…

Assur no supo a qué se refería el contramaestre, pero lo dejó hablar. Recordaba la historia de Grettir el Fuerte, y sabía que el Sureño no siempre iba al grano cuando se explicaba.

El contramaestre volvió a buscar palabras en la barba de su mentón antes de continuar.

—Hay pocas verdades inmutables e imperecederas. Pero hay algo de lo que puedes estar seguro, hoy y siempre, de la determinación del corazón de una mujer…

Tyrkir tomó aire antes de continuar y Assur giró el rostro para mirar a los ojos del Sureño, deseando escuchar las palabras que sus sentimientos hacían aflorar. En los restos del fuego se oyó el sisear de las brasas y un intenso olor a quemado les rondó las narices.

—Víkar te ha retado porque se siente despechado, Thyre se negó a contraer matrimonio con él… Y el muchacho sabe que la culpa es tuya…

Assur tuvo entonces una terrible premonición.

—Pero ¿y ella?, ¿está bien? Thojdhild me amenazó con… —Assur calló, no quería hablar de las miserias de la matrona y menos aún ahora que acababa de enviudar—. ¿Thyre está bien? —preguntó abreviando.

El contramaestre sonrió consiguiendo que miles de arrugas le surcasen el contorno de los ojos y que la barba de sus mejillas se rizase.

—Sí, tranquilo, ella está bien… Las noticias sobre la muerte de Olav y la enfermedad de Eirik pusieron freno a las elucubraciones de Thojdhild —afirmó el Sureño sin que el hispano se diese cuenta de que Tyrkir, tan cercano a Leif, había sabido siempre mucho más de lo que hubiera esperado Assur—. No te apures, ella está bien, las miradas hoscas y los cuchicheos malintencionados nunca han hecho daño a nadie…

Al antiguo ballenero se le agolparon las ideas en la frente, lo último que le preocupaba ahora era su duelo con Víkar. De repente todo había cambiado y las dudas se abrían paso, no sabía qué hacer. La amaba, con toda su alma, pero también quería regresar, necesitaba saber si podía encontrar a Ilduara.

Mientras Assur se devanaba los sesos, Tyrkir se explicaba. Los acontecimientos se habían precipitado; la avaricia de Bjarni había retrasado el compromiso, habían llegado las noticias de la muerte del *konungar* y el enlace cristiano de dos jóvenes colonos se había vuelto superfluo, incluso inconveniente si los rumores sobre Svend Barba Hendida resultaban ciertos, Nidaros ya no necesitaba embajadores de buena voluntad llegados desde Groenland. Luego Eirik había enfermado y Thojdhild y sus tejemanejes habían perdido fuelle. Y, por encima de todo, Thyre se había negado en redondo, una y otra vez, a contraer matrimonio con el hijo del influyente Starkard, provocando la ira del terrateniente y la desazón de su hijo a la vez que alimentaba la codicia de su tío. La cosa había pasado a mayores cuando Starkard, animado por su hijo a promocionar el matrimonio en cualquier caso, había ofrecido un primer pago para compensar la futura dote de la novia y Thyre, para escándalo de los habitantes del Eiriksfjord, se había escapado a la colonia del norte, a la casa de sus padres.

Assur escuchaba al contramaestre como si le hablase desde las ochenta yardas que había cubierto en aquel lanzamiento en Nidaros. La voz del Sureño era un rumor lejano. El hispano, entre todas sus dudas, había descubierto un verdadero martirio que empezaba a carcomerle el alma y el corazón: puede que ella hubiera rechazado a Víkar, pero nada le aseguraba que siguiera amándolo y mucho menos que pudiera comprenderlo y perdonarlo por haberse marchado.

—… De todos modos, ahora tenemos otros asuntos de los que ocuparnos. Siguiendo la tradición, Víkar querrá despellejarte dentro de tres días, al amanecer, y hay algunas cosas que deberás aprender.

El día amenazaba lluvia. Un espeso manto de nubes bajas y grises, ahítas de agua, cubría el sol haciendo que el alba fuera solo una intuición en el horizonte de levante.

El aire estaba cargado de la sal del mar y del olor dulzón que desprendían las gavillas de la siega al corromperse y, en aquel promontorio, se apuraba formando ráfagas que pasaban raudas peinando los líquenes de las piedras. Las *skalis* de las haciendas del Eiriksfjord despuntaban entre la hierba y los peñascos, y el túmulo del Rojo todavía se mostraba oscuro, con la tierra recién removida aún suelta.

Assur, sentado en una de las rocas que rodeaban el *hólmgangustadr* donde se celebraría el duelo, pensaba en Thyre mientras afilaba la corta espada que Tyrkir le había conseguido. Había sido el primero en llegar.

El hispano no quería pelear, no tenía nada en contra de Víkar, y aquel enfrentamiento le repugnaba, se sentía hastiado y cansado. Deseaba poder llevar una vida tranquila, sin luchas, sin muertes, y junto a Thyre. Lo que le preocupaba era conciliar esas aspiraciones con haber descubierto que su hermana podía seguir viva y a salvo en Galicia.

Mientras amolaba el filo de su arma empezó a lloviznar con pesadez. La capa de lana que habían dispuesto entre los postes de avellano se fue llenando de oscuras tachas, allí donde caían las frías gotas de agua. La brisa se levantó de nuevo y con las primeras ráfagas los curiosos empezaron a llegar, como traídos por el viento.

Hiodris se arrebujó en su capa para luchar contra la ventolina fría que revoloteaba desde el mar. Estaba allí, en medio de la turbamulta que rodeaba el *hólmgangustadr*, apretujada entre codazos de hombres y mujeres que curioseaban como podían, intentando acomodarse para no perder detalle. Algunos chiquillos gritaban a lo lejos, peleaban con espadas de madera y hacían parodias inocentes del duelo que iba a librarse en breve. A Hiodris le horrorizaba la violencia, pero entendía que era algo que debía hacer si quería cumplir con lo que su prima le había pedido, y ella, aunque no se podía decir que pensase mucho, estaba decidida a no fallarle a Thyre.

Thyre la había ayudado con palabras y gestos de consuelo desde el primer día en que su padre la había enviado a la colonia del norte, donde se había sentido sola e intimidada, además del blanco de burlas que la hacían consciente de sus limitaciones. Y, a pesar de la diferencia de edad, se habían llevado siempre bien. Su prima era quien la había consolado cuando la desmedida avaricia de Bjarni había coartado las escasas oportunidades de matrimonio que habían surgido. Y, cuando Thyre había sido enviada al sur, Hiodris la había recibido con alegría, contenta de que su prima asumiera el papel de *husfreya* al que ella misma no conseguía acostumbrarse desde la muerte de su madre; pues Hiodris era una mujer apocada y tranquila, de cuerpo enjuto y rostro marchito, avejentado antes de tiempo, pero con un espíritu que sus sesos poco surtidos mantenían joven y que, en definitiva, no conseguía hacerse con las responsabilidades de la casa de su padre.

Ahora Thyre se había marchado. Y Hiodris solo estaba segura de que la echaba de menos, y de que ella no se hubiera atrevido a enfadar de semejante modo a sus

mayores. Con solo recordar los espumarajos que salían de la boca de su padre cuando aullaba de rabia al enterarse de la huida de su sobrina, a la pobre Hiodris se le encogía el pecho. Pero Thyre siempre había sido buena con ella, y aunque Hiodris no lo entendía, iba a cumplir con su encargo, y si no lo había hecho ya, era porque había intuido que a su prima le gustaría saber el resultado del *hólmgang*.

El rumor del gentío se elevó; Hiodris prestó atención. Aquel guapo pretendiente que su prima había tenido se acercaba. Y ella recordó con vergüenza que había envidiado a Thyre cuando supo que el hijo del rico Starkard deseaba casarse con ella. Víkar era un hombretón corpulento de enorme sonrisa que solo su mal humor de los últimos tiempos había estropeado, un pretendiente con el que cualquiera de las hijas de las colonias hubiera deseado contraer matrimonio, porque era apuesto, rico y, hasta hace bien poco, capaz de desabotonar cualquier escote gracias a su buen humor. Sin embargo, Thyre le había explicado extravagantes historias sobre Thojdhild de Brattahlid que Hiodris no supo entender, y le había contado cómo había descubierto que el aire le faltaba al pensar en el extranjero que había llegado con Leif desde Nidaros, aunque Hiodris no había comprendido cómo el aire podía faltarle a su prima si los vientos parecían inagotables.

Y aquel extraño sureño sobre el que corrían tantos rumores se alzaba ahora en el centro de la capa que habían tendido en el suelo del *hólmgangustadr*, esperando a Víkar con el rostro serio.

Hiodris sintió que un escalofrío le recorría la espalda al ver a aquellos dos hombres de fuertes mandíbulas y poderosos brazos; inocentemente, y aun pese al presagio de violencia, le parecieron bellos, hermosos, capaces de calentarla en las noches frías, tal y como sus sueños febriles le recordaban de tanto en tanto.

El propio Starkard sostendría los tres escudos de su hijo, y Tyrkir, el otro sureño, asistiría al extranjero. El combate iba a empezar y Leif, que era ahora el *jarl* al que se debía obediencia, se acercaba a las cuerdas que, atadas entre los postes de avellano, delimitaban el ruedo del área preparada para el combate.

El viento cesó, como guardando el respeto debido, y la voz de Leif se oyó anunciando el *hólmgang*. La pesada cortina del orvallo también se descorrió, pero las nubes, testarudas, siguieron ocultando el sol.

Incluso Hiodris se dio cuenta del poco afortunado gesto del *jarl* cuando, decidiéndose por uno de los contrincantes, deseó buena suerte al sureño, del que se decía que se había atrevido a cazar morsas la temporada anterior.

Los improvisados escuderos tendieron la primera de las rodelas a cada uno de los hombres, y a Hiodris las fieras expresiones de los contrincantes le parecieron tan temibles que cerró los ojos hasta que el ruido sordo de un potente golpe la obligó a abrirlos de nuevo, y mirar aquello que no deseaba ver.

Los chiquillos que habían estado jugando a ser luchadores gritaban animando a su

favorito, el gentío se revolvía inquieto haciendo que los murmullos subiesen y bajasen de tono como olas que rompían en una cala.

Con los pies bien plantados en el centro de la capa tendida sobre la tierra aplanada, aquel del que también se decía que había sido ballenero se mantenía firme, con el escudo preparado y la espada baja. Se limitaba a defenderse de las estocadas que Víkar le lanzaba.

Hiodris había oído que lo apodaban Ulfr Brazofuerte y le bastó ver cómo el ancho hombro amortiguaba los espadazos de Víkar en el tachón de la rodela para comprender el sobrenombre.

Pronto se oyeron algunos abucheos, había entre el gentío individuos crueles que estaban deseando ver sangre derramada. Hiodris comprendió que la pasiva actitud del sureño, que solo parecía dispuesto a defenderse, los disgustaba. El propio Víkar imprecaba al extranjero con palabras que la hicieron sonrojar. Sin embargo, la actitud de Ulfr no mudó.

En breve la primera rodela se rompió con un crujido de madera y Tyrkir, el otro sureño, se apresuró a tender una nueva que, para desgracia de su compatriota, se partió con la primera arremetida de Víkar, que cargaba como un toro furioso.

Ya solo le quedaba un escudo, pero ni la virulencia de los ataques del heredero de Starkard ni los abucheos crecientes parecieron capaces de inmutar a Ulfr, que, sin apenas mover los pies, contenía la furia de su rival.

Las nubes escupieron un nuevo regüeldo. Por unos instantes cayó una mollina blanda de gotas tan pequeñas como para que Hiodris se preguntase si aquello era o no lluvia.

La última de las rodelas de Ulfr se rompió también, y ante la salvaje sonrisa lunática de Víkar el sureño se limitó a parar con hábiles juegos de muñeca las estocadas, manteniendo, siempre que tenía un respiro, la guardia baja.

El cielo clareó y un rayo de sol se coló entre dos nubes iluminando a Tyrkir para que Hiodris pudiera ver cómo el viejo marino negaba moviendo pesadamente la cabeza.

Assur envolvió la empuñadura con sus dedos y agradeció los consejos de Tyrkir. De haber usado su hierro habitual, el largo alcance hubiera penalizado la rápida maniobrabilidad que necesitaba en aquel exiguo campo de batalla.

Ya no le quedaban escudos. Y el hispano movía su muñeca por simples reflejos, trabando el metal de las espadas con chasquidos que, de tanto en tanto, chispeaban con la fuerza de los golpes.

—¡Cobarde! ¡Pelea! ¡Pelea!

Ni los gritos de Víkar ni los abucheos de las gentes que los rodeaban le molestaban. Lo único que le dolía era no encontrar el modo de evitar una muerte más.

Tyrkir miraba preocupado a Ulfr, disgustado porque sabía que el ballenero no

deseaba aquel combate, y turbado porque estaba seguro de que Víkar no se sentiría satisfecho con la salida que habían ideado. Sin embargo, pronto lo sabrían, con la rotura de la última de las rodelas había llegado el momento.

Assur era consciente de que no había cumplido con lo que había discurrido junto al contramaestre, pero le habían faltado ánimos para fingir, mantenerse allí había supuesto esfuerzo más que suficiente. Y ahora había que terminar con aquella farsa.

—Tú ganas, Víkar, tuyo es el honor de la victoria —dijo Assur echando un pie atrás.

En solo dos pasos, recibido por las exclamaciones del público, Assur salió de la capa de lana que marcaba el *hólmgangustadr*. Se retiraba como un perdedor, cobarde y humillado, pero su honor era lo que menos le importaba.

Víkar, como la mayoría de los que allí se habían reunido, se quedó estupefacto, con la guardia baja y una expresión bobalicona en el rostro. Para él, un hombre no era digno ni de recibir nombre alguno si huía, y ahora, aquel que le había arrebatado sus sueños se rendía sin que pareciera importarle lo que los escaldos pudieran contar.

Leif, tras la sorpresa inicial, sonreía maldiciendo a su contramaestre, consciente de que, probablemente, todo había sido idea de Tyrkir.

El sol encontró algún otro hueco entre el manto de nubes y la humedad de la hierba brilló por un instante. La brisa se revolvió de nuevo.

Muchos se retiraban ya, enfadados, cuchicheando sobre la deshonrosa cobardía de aquel que había forjado su leyenda lanzando arpones desde distancias imposibles y venciendo a los bravos *skraelingar* emplumados de las desconocidas tierras de poniente. Ahora podrían decir que aquellas historias magníficas no eran más que mentiras. Habían esperado un combate en toda regla y ni uno solo de ellos hubiera podido imaginar un final así.

Hiodris no entendía muy bien lo que estaba pasando, pero parecía que el extranjero seguiría con vida, por lo que ya podía cumplir con el encargo de su prima.

—Esto no acabará hasta que uno de los dos muera —dijo Víkar de repente, alzando poco a poco la voz—. Si no eres capaz de afrontar un duelo como un hombre, entonces recurriremos a las viejas tradiciones —gritó furibundo, enseñando los dientes como una bestia enloquecida—. ¡Volveremos a los combates que no estaban sujetos a ley alguna!… *¡Einvigi!* ¡Prepárate a morir, bastardo malnacido!

Tyrkir no había esperado algo así, él y Ulfr habían supuesto que Víkar se conformaría con un combate disimulado y una retirada a tiempo. Y aunque la actuación del arponero había sido pésima, el contramaestre no había imaginado que Víkar quisiera llegar hasta el final, incluso atreviéndose a nombrar las costumbres ya olvidadas. No habían sabido calibrar que, unida al rechazo de Thyre, la falsa victoria, en lugar de servirle de resarcimiento por el despecho, lo enfurecería tan terriblemente.

Assur negó con la cabeza y, aun de espaldas a su rival, aseguró su agarre en el pomo de la espada.

Víkar se lanzó hacia él cegado por la furia y todo acabó en un abrir y cerrar de ojos. Assur había luchado con hombres mejores y, lo más importante, había visto morir a luchadores más serenos y preparados.

Se hizo a un lado con rapidez y aprovechó el cambio de peso para girar sobre el pie derecho y trabar el hombro de Víkar con su espada.

La carne se abrió en un feo tajo y el brazo del nórdico perdió la sensibilidad. De la mano laxa de Víkar cayó el hierro, y un instante después las primeras gotas de sangre se mezclaron con el agua que empapaba la lana del *hólmgangustadr*.

—Yo no conozco vuestras costumbres, pero si no aceptas que me retire, acepta tu derrota. Tu sangre cae y la tradición llama perdedor a aquel cuya vida moja la capa de duelo. Si no te sirve mi retirada, conténtate con mi victoria, yo no iré más allá… Ya ha habido demasiadas muertes.

Leif se dio cuenta de que era un buen momento para intervenir. Después de las palabras de Ulfr nadie se atrevería a decir que había abusado de su posición para proteger a su amigo. Hacía años que los combates a muerte se habían dejado para el olvido, no servían para nada más que para perpetuar venganzas imposibles que pasaban de padres a hijos y de hijos a nietos.

El *jarl* dio algunas órdenes y pronto hombres de confianza rodearon a un iracundo Víkar que gritaba como poseído por los más temibles espíritus.

Hiodris no comprendió todo lo que había sucedido, pero sí estuvo segura de que ya podía cumplir con su cometido. Se alejó buscando a uno de aquellos chiquillos que había visto entre la gente, y rebuscó en sus ropas para hacerse con la pequeña pieza de plata que su prima le había dado. Ahora tenía que elegir a uno en el que poder confiar para enviar el mensaje que Thyre deseaba oír.

En cuanto salió de la *skali* vio el halo que rodeaba la luna anunciando nieve y, aunque todavía no hacía mucho frío, un estremecimiento la obligó a envolverse en sus propios brazos y recolocar su capa.

El chiquillo desgreñado hablaba con un descaro que solo podía compararse a la inmensa cantidad de mugre que le cubría el rostro. Se lo había encontrado durmiendo entre las cabras del rebaño de su padre, buscando el calor de los animales, y cuando ella había salido para atenderlas, como cada mañana, el muchacho se había levantado de golpe provocando un coro de balidos nerviosos.

Él estaba vivo, al menos estaba vivo. Habían llegado noticias, todos en Groenland sabían que aquellas tierras del oeste existían, y que eran algo más que elucubraciones del viejo Bjarni. Y que no solo tenían inagotables bosques de grandes árboles y fértiles extensiones de vides plagadas de dulces uvas, sino que también ocultaban a temibles guerreros de extraño aspecto a los que los chismosos ya habían dado el

nombre de *skraelingar*. Muchos habían muerto, pero él estaba vivo.

—¿Y qué pasó después?

El crío se hurgó la nariz concienzudamente hasta que, contemplando satisfecho el enorme moco que le colgaba del dedo, pareció capaz de recordar.

—No lo sé —confesó limpiándose el dedo en uno de los pliegues de su camisa, que de tan sucia parecía capaz de mantenerse derecha por sí misma—, los hombres de Leif apresaron a Víkar y el otro se marchó. Fue lo último que vi… Pero la hija de Bjarni me dijo que me darías otro trozo de plata si venía hasta aquí —afirmó el muchacho con el tono bien marcado y un par de gallos que se le escaparon a su voz de adolescente—, ¡y yo he venido! Incluso a pesar de la tunda que me dará mi padre por haberme ausentado varios días —concluyó dándose un aire de ufana importancia que hubiera sido más propio de un *jarl* vestido con capa de armiño.

El chiquillo se quedó callado y, cuando su mano indecisa no supo qué hacer con los dedos de uñas ennegrecidas, la dejó caer a un costado para tabalearlos sobre su muslo derecho con aire vacilante y, de paso, limpiarse los restos pegajosos del moco en la sucia tela. Sus ojos se revolvieron en las cuencas para mirar al cielo y abrió la boca de nuevo para añadir algo más, pero se arrepintió enseguida y optó por extender su mano sucia al frente, mostrando una palma llena de roña parduzca.

A Thyre se le escapó una sonrisa que tenía un poco de tierna y mucho de cínica y, reprendiendo al crío por su desfachatez con una severa mirada, le tendió su recompensa. El sucio muchacho miró el trozo de metal brillante y, acto seguido, salió corriendo sin siquiera despedirse; con lo que consiguió que varios de los cabritos del año salieran trotando ante la parsimonia de sus mayores.

La joven se volvió para cruzar los muros de la modesta *boer* de su padre, olvidándose de sus tareas con el rebaño, y pensó en las noticias que había recibido, agradecida por el buen hacer de su prima Hiodris.

Todo había sido complicado, como caminar por una pendiente embarrada. Ella sabía bien que, de no ser por la muerte de Olav y la enfermedad de Eirik, las cosas serían ahora muy distintas. Lo que desconocía era la clase de urdimbre que las *nornas* tejían para su destino.

Quizá el *hólmgang* reavivaría de nuevo la polémica. Y estaba segura de que era mejor que su padre no se enterara; ahora que los ánimos parecían haberse calmado, no resultaba conveniente darle motivos para recordar que su hija había rechazado un matrimonio ventajoso provocando el escándalo y el deshonor de la familia. Thyre todavía sentía escalofríos mordaces al recordar los gritos de su padre cuando había regresado con la cabeza gacha, justo a tiempo para adelantar a las vergonzosas habladurías que la siguieron y que sirvieron para enfurecerlo aún más. Pero al menos él había vuelto sano y salvo.

Todavía lo amaba, incluso a pesar de la traición y el abandono, todavía lo amaba.

Y, aunque se decía a sí misma que jamás lo perdonaría, una parte de ella se contradecía cuando recordaba la sensación de sentirse arropada en aquellos fuertes brazos, envuelta en aquel aroma intenso y penetrante que él desprendía, resguardada por aquel amplio tórax en el que le gustaba recostarse para dibujar filigranas entre las líneas que marcaban los músculos de aquel abdomen. Sin embargo, se repetía una y otra vez que no lo perdonaría.

Día tras día, con machacona insistencia, su orgullo le recordaba que no aceptaría excusas, las deudas contraídas eran demasiado altas. Pero también sabía que, si no podía tenerlo a él, no tendría a ningún otro, porque todavía lo amaba, aún lo necesitaba. Tanto como para que sus mañanas fueran oscuras y sus noches eternas, porque no solo no lo tenía, sino porque también sabía que nunca volvería a ser suya, porque aunque él regresase pidiendo perdón, ella lo rechazaría. Lo que quería era poder odiarlo, repudiarlo, pero cuando lo intentaba, algún dulce recuerdo se lo impedía. La herida todavía sangraba y la sola evocación de sus besos le encogía el pecho. Él la había abandonado, rompiendo una delicada vasija llena de ilusiones que nunca jamás podría recomponerse. Pero al menos estaba vivo.

—No creo que se haya acabado —dijo Leif zarandeando el cuerno lleno de espesa cerveza de arrayán—. El *godi* ha dicho que parecía un perro rabioso cuando le cosía el corte —añadió antes de echar un trago—. Ahora la fiebre ha prendido en su herida y, por lo que me ha dicho —aclaró limpiándose la espuma del bigote con el dorso de la mano—, en sus delirios se acuerda de tu familia hasta la décima generación…

Assur bebió a su vez y asintió sin más. El que se animó a hablar fue Tyrkir.

—De todos modos, no creo que se atreva a contradecir tu dictado —dijo moviendo el mentón hacia Leif.

—Ya, pero este —contestó el nuevo *jarl* de Groenland señalando a Assur con una inclinación de su cuerno ya medio vacío— pisó fuera del *hólmgangustadr* antes de asestar el golpe que sirvió para declararlo vencedor, si Víkar eleva una queja ante el *thing*, tendrá derecho a ser escuchado…

—Para algo así tendrá que esperar al verano —interrumpió el Sureño—, y por lo que has dicho, no creo que encuentre la paciencia necesaria, ¿crees que se atreverá con un nuevo desafío?

Leif bebió otro trago de cerveza encogiéndose de hombros antes de volver a hablar.

—No lo sé, supongo que podemos esperar cualquier cosa —concedió el nuevo *jarl* acomodándose en el sitial que los carpinteros habían tallado para que él dominase el gran salón de Brattahlid desde la misma tarima desde la que lo había hecho su padre.

—Pero tú declaraste vencedor a Ulfr, le guste o no, tendrá que aceptarlo —insistió Tyrkir.

Assur escuchaba a sus dos amigos sin animarse a intervenir, estaba pensando en Thyre.

—Ya veremos, ya veremos… —dijo Leif mirando hacia el hispano, que se mantenía absorto, como si la conversación no fuera con él.

Tyrkir estaba a punto de añadir algo cuando Assur los interrumpió.

—¿Vas a enviar al Mora a Jòrvik de nuevo? —le preguntó al *jarl*.

Leif, sorprendido por el cambio de rumbo, sopesó la pregunta antes de responder.

—Todavía no lo he pensado…

Assur inclinó el rostro para asentir y se levantó.

—Estaré en los pantalanes si necesitáis algo —les dijo.

Tyrkir y Leif se miraron y, cuando el antiguo ballenero cruzaba el umbral de la *skali*, el contramaestre se decidió a preguntar.

—¿A qué ha venido eso?

El patrón dudó por un instante. No quería traicionar la confianza que Assur había depositado en él, pero intuyó que, especialmente después de la ayuda que Tyrkir le había prestado al hispano en el *hólmgang*, al arponero no le importaría la confidencia. Así que el nuevo *jarl*, después de terminar su cerveza, le contó a su contramaestre lo poco que sabía, completando con sus propias deducciones aquello de lo que no estaba seguro. Fue un relato desordenado y apresurado, y aun así les dio tiempo a despachar un cuarto del barril de cerveza del que se estaban sirviendo.

—… Algo de lo que le dijo Karlsefni lo cambió todo, aunque no sé exactamente qué fue. Pero creo que por eso quiere regresar, hay deudas que el tiempo no sabe saldar…

—¡Jacobsland! Aún se habla de aquella expedición del Berserker —dijo Tyrkir con asombro—. Ahora entiendo por qué le daba igual ganar o perder el duelo… ¡Y muchas otras cosas!

Leif ya pensaba en cómo organizar sus naves para la siguiente temporada, había estado considerando enviar ambos barcos a Vinland, con un gran contingente que pudiera enfrentarse a los *skraelingar* y asegurar un buen cargamento de madera y uvas, pero no le disgustó la idea de recibir un nuevo envío de cobre desde Jòrvik, sobre todo si así podía hacerle un último favor al hispano. Además, aunque todavía no había encontrado a nadie dispuesto a probarlo, y él mismo no quería reconocerlo, el mejunje que fermentaba en el fondo de los barriles que habían traído repletos de las frutas de Vinland parecía cualquier cosa menos vino. Con lo que quizá fuese mejor traer únicamente madera desde aquellas costas de poniente.

—Entonces bastará con que Víkar no encuentre redaños para desafiarlo de nuevo antes de la primavera —añadió el contramaestre interrumpiendo los razonamientos de Leif—. Porque lo vas a dejar marchar, ¿verdad?

Leif, olvidándose del aparente fiasco de las uvas de Vinland, sonrió al

comprender que aquel hombre que había sido para él como un segundo padre había adivinado su decisión antes incluso que él mismo.

—Sí, claro que sí, le debo la vida… Y tú también —apuntilló recordando el encuentro en Nidaros con el *konungar*-. Lo echaremos de menos, pero debemos dejar que siga su camino. Se lo ha ganado… Se lo ha ganado…

Tyrkir asintió pensativamente, rememorando algunos de los momentos vividos junto a Ulfr, y una sonrisa le enseñó sus muchas arrugas al patrón. Luego, recordó algo de improviso.

—¿Y Thyre? —preguntó el contramaestre pensando en las habladurías que llenaban el Eiriksfjord—. Después de todo este revuelo, ¿crees que Ulfr esperará a la primavera y se marchará sin más?…

A Leif se le escapó una risotada antes de responder.

—Eso no sería muy propio de nuestro amigo, ¿no es cierto? —cuestionó. Y se sirvió una nueva ración de cerveza al tiempo que negaba con la cabeza y sonreía francamente.

Assur no recordaba haberse sentido así desde que era un niño. Había subido a la bahía de Dikso para enfrentarse a los titánicos machos de morsa, pero ni siquiera cara a cara con aquellos monstruos de enormes colmillos, o arponeando los gigantescos rorcuales de las costas del *paso del norte*, había vivido un temor tan intenso. El hispano sabía que esa sería su única oportunidad.

—No tengo nada que decir y tampoco hay nada que quiera escuchar —le dijo ella barriendo sus ojos dorados con aquellas largas pestañas del color del trigo maduro.

Assur la vio darse la vuelta para marcharse y no pudo reprimirse.

El antiguo ballenero se adelantó, la tomó del brazo y la obligó a girarse de nuevo. El cubo de corteza de abedul en el que ella llevaba la leche recién ordeñada cayó al suelo derramando su contenido.

—Tienes que escucharme…

Thyre miró aquel rostro conocido deseando acercar la mano para dibujar con las yemas de sus dedos las líneas que marcaban los labios apretados de él.

—No, no tengo, ¡déjame en paz!

Un cabrito que tenía un parche de pelaje negro que le cubría uno de los ojos hasta el carrillo baló asustado, como protestando por el alboroto. Después de mirar a la pareja con preocupación se alejó con saltos inconexos, buscando a su madre, que ramoneaba un poco más allá.

Él aumentó la presión del brazo y ella hizo el ademán de zafarse, enfadada.

—No tenía otra opción —dijo él odiando tener que excusarse—, era lo mejor que podía hacer —concluyó. Y tras soltar el brazo de Thyre, cerró el puño sin saber a qué dedicar la mano libre.

Ella se envalentonó al oír aquello.

—Sí la tenías, podías haberte quedado… Tenías que haberte quedado. ¡Lo arruinaste! Lo arruinaste…

»Todo fueron mentiras, ¡todo! Me enseñaste el lugar donde construiríamos nuestro hogar, me hablaste de tu pasado, me contaste tus secretos. Me hiciste soñar… ¡Me mentiste! ¡Me mentiste! Eres un embustero, ¡y un cobarde! Te fuiste dejando tus promesas en el aire.

Ella, con el rostro arrobado, respiraba entrecortadamente después de la parrafada. Su pecho subía y bajaba. Sus ojos amenazaban con lágrimas contenidas. El cielo amenazaba con abrirse. Algunos de los animales se apretujaban anticipando la primera nevada de la temporada.

—¡Me mentiste!

Assur la miró ocultando su dolor.

—No, yo no te mentí, hice lo único que podía hacer —insistió él, y se arrepintió una vez más por la excusa.

Ella volvió a girarse y él volvió a sujetarla.

Algunas nubes se apelotonaron sobre ellos y el rebaño se reunió por sí solo. El viento empezó a soplar, primero indeciso, luego constante. El fuerte olor de los animales se esparció entre ellos.

Thyre no pensaba consentírselo. Se zafó con brusquedad, echó un paso atrás para tomar impulso e, inclinándose de nuevo hacia delante, terminó por darle una bofetada que hizo que el rebaño se abriera con ondulaciones como las que hubiera provocado una piedra en un charco.

Assur recibió el golpe sin otro gesto que la inclinación de su cabeza.

Ella naufragó una vez más en el mar de los ojos de él, y él se acercó mirándola con intensidad.

Thyre sintió cómo sus piernas flaqueaban y silenció los gritos indignados de su orgullo derrotado. Sus labios se mantuvieron cerrados hasta que los brazos de él la rodearon, recogiéndola.

Fue un beso largo, urgente, dulce, capaz de barrer el rencor y el dolor. Un beso que les dijo mucho más de lo que hubieran podido confesar sus silencios o sus palabras. Sus lenguas jugaron a esconderse la una de la otra y, cuando Thyre ya no fue capaz de escuchar las protestas airadas de su orgullo, ella también alzó los brazos para rodear al hombre que le había robado el corazón. Giraron sobre sí mismos y encontraron lo que habían perdido sujetándose los labios con bocas ansiosas que no querían separarse. Ambos supieron que en aquel mismo instante sellaban para siempre una promesa mutua que perduraría hasta el último día de sus vidas.

Cayeron los primeros copos, grandes y plumosos; envolviéndose en la brisa y alzándose justo antes de llegar al suelo para posarse con suavidad. Algunos se quedaron prendidos de sus cabellos y permanecieron allí, fundiéndose, mientras

ambos volteaban sus rostros para encontrar en sus bocas rincones que habían creído perdidos.

Se separaron solo el tiempo justo para tomar aire y, cuando Assur quiso decir algo, ella lo calló besándolo de nuevo con todavía más ardor.

Dejaron caer los brazos y se tomaron de las manos al tiempo que volvían a mirarse a los ojos. Y Assur, tan rendido como ella, le contó la verdad. Le habló de las amenazas de Thojdhild y del pavor que había sentido al imaginarla convertida en esclava. Thyre escuchó.

Ella se dio cuenta de que él había hecho lo que había hecho, precisamente, porque la amaba. Se sintió henchida de una satisfacción inimaginable que contradecía los reproches que su conciencia quería hacerle por haber sido egoísta. Él no la había abandonado, la había protegido, y había dejado atrás sus propios sueños para salvarla. En aquel mismo instante ella supo que jamás se separaría de él, tuvo la certeza de que ansiaba ser la madre de sus hijos. Quería ser el calor de sus noches, quería enseñarle su amor cada mañana. Sin embargo, él mudó pronto el gesto y Thyre se preocupó una vez más.

La contemplaba con devoción y no pudo evitar sonreír cuando un copo se entretuvo en el puente de su nariz, obligándola a palmearse el rostro con un gesto ansioso que también hizo caer la nieve que cubría el delicado garvín con el que ella se recogía la melena; un detalle al que Assur no prestó atención, pues, aun con los años que había pasado entre ellos, no conocía todas sus costumbres.

—Puede que mi hermana esté viva —le dijo entonces retomando el aire preocupado que ella había intuido un momento antes.

Y Assur le contó lo que había oído de labios de Karlsefni, ni siquiera le ocultó el odio que sintió. También le dijo lo que había pasado, y cómo el ataque de aquellos feroces nativos le había impedido averiguar toda la verdad; aunque no hizo mención alguna al combate que había librado en el puente. Luego le explicó sus dudas, deseaba regresar a Jacobsland, pero no estaba dispuesto a perderla de nuevo. Le pidió comprensión. Le rogó con la devoción de un pecador arrepentido que esperase, y le dio su palabra de que regresaría. Le suplicó comprensión, porque desde lo más profundo de su alma sentía la certeza de que no podía dejar su vida pasar sin saber qué había sido de Ilduara.

Él era consciente de que estaba pidiendo demasiado y se arrepintió al instante, buscando el modo de silenciar la necesidad que tenía de regresar. Assur, tolerante, temió que ella se enfadase de nuevo, sabiendo que medio mundo los iba a separar mientras él iba en busca de una quimera. Pero no fue así.

—Entonces —dijo ella haciendo que Assur se preparase para escuchar lo peor—, tendrás que enseñarme a hablar tu lengua…

Al principio no la entendió. Y Thyre sonrió con picardía al ver el asombro en los

ojos de él.

—¿Cuándo partimos?

Y, comprendiendo, Assur se sintió el hombre más afortunado del mundo.

Se besaron de nuevo mientras la nieve arreciaba y el rebaño se apretujaba mirando con desconfianza los grandes copos que caían a su alrededor.

Cuando se enteró, contento por la felicidad que irradiaba su timonel, Leif tomó la decisión en un abrir y cerrar de ojos. No pensaba consentirle a su amigo que hiciera las cosas de manera chapucera y chabacana; si había encontrado a su futura esposa, él pensaba ayudarlo. Y ya que Ulfr no tenía una familia que respondiese por él ni un padre que le cediese su nombre, Leif asumió, entre los efusivos agradecimientos del hispano, la tarea de apadrinarlo. El patrón, harto de las habladurías y chismes que llenaban las *tierras verdes*, se propuso organizar un enlace digno y acorde a las viejas tradiciones, deseando acallar los rumores y esperando lo mejor para su amigo.

Siguiendo la costumbre y aprovechando la abundancia de después de las cosechas, el nuevo *jarl* organizó la boda para hacerla coincidir con las festividades del Jolblot. Sería una ceremonia celebrada por todo lo alto y, tal y como le había dicho a Tyrkir, no solo serviría para demostrar su beneplácito como señor de Groenland, sino también para terminar de una vez con el escándalo que toda aquella historia entre Ulfr y Thyre había provocado.

A excepción de Thojdhild, que se iba hundiendo día a día en un pozo de desconsuelo del que solo salía para acompañar a Clom con sus rezos al Cristo Blanco en la capilla que Eirik había construido para ella, todas las mujeres de Brattahlid, incluyendo las esclavas, se alegraron de saber de la buena fortuna de Ulfr Brazofuerte. El extravagante extranjero siempre había sido amable y correcto con ellas. Y todas envidiaron a Thyre, pues el extraño sureño era un hombre fornido y apuesto que, además de haberse hecho rico, había forjado su propia leyenda consiguiendo auparse hasta una posición predominante como hombre de confianza del nuevo *jarl*.

En cuanto a los hombres, las cosas no fueron tan correctas, y entre las bromas que Assur aguantaba estoicamente se podía intuir la corrosiva dentera que a muchos les provocaba la belleza de la novia. Aunque el hispano también sabía que muchas de las felicitaciones que recibió eran sinceras. Pero los comentarios mordaces o las miradas envidiosas no fueron el mayor problema: Starkard, con su hijo todavía convaleciente, reclamaba una indemnización por la ruptura del acuerdo al que había llegado con la *husfreya* de Brattahlid. Y no se sintió satisfecho hasta recibir un dispendio igual a la mitad de lo que se había pactado meses antes, pero Assur pagó contento por zanjar el asunto. Por desgracia, la plata que sirvió para calmar al padre no hizo más que echar sal en la herida del hijo; mientras Starkard pareció conformarse con ese modo de salvar las apariencias, Víkar, aún convaleciente, a punto estuvo de matar a golpes al

thrall que le dio la noticia. Si el resultado del *hólmgang* hubiese sido distinto, quizá hubiera podido conformarse con aquel modo de restaurar su maltrecho honor tras el público rechazo de Thyre, pero el vergonzoso resultado del duelo había infiltrado la conciencia de Víkar de un solitario odio inconmensurable, tan espeso y oscuro como el más pestilente de los albañales del *Hel*.

De haber sabido las consecuencias de su generosidad, Leif no hubiera actuado como lo hizo, sin embargo, pensando únicamente en devolverle a Assur parte de cuanto consideraba que le debía, y portándose una vez más como un amigo digno de ser llamado como tal, le había comprado al hispano su parte de la carga del Gnod. Y, a pesar de las protestas de Assur, el patrón había fijado un exorbitante precio. Un asombroso total que no solo le permitió al antiguo ballenero resolver las protestas de Starkard, sino también disponer de oro más que suficiente para asumir el pago que Egil exigía a cambio de su hija.

Aun así, mucho más difícil que convencer al padre de Thyre fue doblegar la avaricia del entrometido Bjarni, al que cualquier pago ofrecido le parecía insuficiente para su sobrina, aunque la dote sugerida no supusiera ninguna maravilla. Leif lo resolvió asegurándole bajo cuerda un porcentaje de las dos próximas expediciones del Gnod a las tierras de poniente. Y a partir de ese momento, sabedor de que no solo no le costaría ni un mísero marco de plata, sino que incluso saldría ganando, el propio Bjarni intercedió ante su hermano para que aceptase las condiciones que Leif, como padrino del hispano, había impuesto. Y todos olvidaron pronto las negociaciones que se habían iniciado tiempo atrás con Starkard, pues toda Groenland sabía que un matrimonio que la mujer no aceptaba de buen grado estaba condenado al fracaso.

Los pagos se intercambiaron y el acuerdo se formalizó; y Assur, recordando las palabras de Thojdhild, se sintió complacido de poder llevar al banco de su boda un regalo digno de la mujer que amaba.

Por otro lado, en un nuevo acto de generosidad que Assur no supo cómo agradecer, Leif ratificó la elección de las tierras que el hispano había hecho la temporada anterior, cuando Eirik el Rojo había instaurado los derechos de la vieja ley del *landman*. Además, el patrón encargó a todos los carpinteros y calafates del Eiriksfjord que se ocupasen de levantar a toda prisa una digna *skali* que recibiera a los novios. Y el antiguo ballenero, con la pena de saber que su marcha llegaría con la primavera, pudo contemplar un hogar en el lugar que él mismo había empezado a escavar y labrar. Incluso usaron como postes los troncos que el propio Assur había recuperado de la línea de pleamar. Así, en aquel precioso terreno sobre el océano, Assur pudo, por primera vez en su vida, sentirse dueño de la tierra que pisaba.

Tuvieron el tiempo justo de terminar con todos los arreglos necesarios. Presidido por el nuevo *jarl*, vestido con sus mejores galas, el enlace se celebró con toda dignidad en el último día de Freya, antes del solsticio de invierno. La boda se

prolongó durante tres noches, hasta la mañana del día de la luna. Y, como era costumbre, no faltó el hidromiel y la cerveza; los panes ácimos recién horneados, los guisos de coles y guisantes, los asados de cabritos, corderos, patos y cerdos; y los rustidos de bueyes y de aquellos grandes ciervos del norte. Incluso, por insistencia de Leif, después de filtrarlo con grandes estameñas, se sirvió el vino hecho con las uvas traídas desde poniente y, entre sonrisas corteses, nadie se atrevió a decir la verdad sobre aquel caldo imbebible.

Los escaldos, entonando frases plagadas de alegorías, contaron la historia de Groenland. Hablaron de las hazañas de Eirik el Rojo y del digno sucesor que era su hijo. Relataron los logros de Ulfr y todos corearon cuando se mencionó aquel lanzamiento hecho en la ribera de Nidaros; y los niños jugaron a ser adultos, imitando el fiero combate, cuando uno de los bardos narró aquella lucha en el puente de Vinland en la que el *jarl* había salvado la vida gracias al sureño.

Mientras la bebida corría y se daba buena cuenta de la comida, se escuchó la historia de Grettir el Fuerte, el relato del dragón Fafnir, y la recreación del sueño del rey Gylfi. Dos de las *thralls* de Brattahlid unieron sus voces melodiosas y entonaron la balada de Grotti, alternando su canto para interpretar los papeles de Menia y Fenia, las siervas compradas por el rey Frodi.

Hubo juegos y apuestas; y los hombres, incorregibles a ojos de las mujeres, cruzaron envites ebrios organizando competiciones de arco y de fuerza. Y Assur no se resintió al ser derrotado por el hermano menor de los gemelos Helgi y Finnbogi, tan orondo como los carpinteros y que, a pesar de su juventud, había sido capaz de levantar un tarimón en el que se sentaban dos muchachas del servicio de Brattahlid. El hispano fue el esperado vencedor en los juegos de tiro y Tyrkir ganó a todo el que quiso ser su rival manejando las piezas del juego de tablas.

Assur recibió la espada que Thyre le regalaba para asegurar la prosperidad de su hogar y él le dio a cambio otra que serviría para garantizar el sustento de su primer hijo. Luego intercambiaron los anillos que simbolizaban su matrimonio, dos bellas piezas de orfebrería en cordón de oro que el mismo Leif les había regalado con la más sincera de sus bendiciones.

Y los novios, agotados, abandonaron la fiesta cuando todavía había muchos que se creían sobrios como para seguir bebiendo. Juntos montaron uno de los sementales de Brattahlid y se encaminaron hacia su hogar.

Viéndolos marchar, contento por haber ayudado a su amigo, Leif incluso se atrevió a probar el vino que había resultado de las uvas traídas del oeste.

Apretujadas en los barriles y cuévanos, las bayas, vencidas por su propio peso y el bataneo de las olas que habían sacudido el Gnod en la travesía, se habían ido exprimiendo mientras las que se habían quedado arriba criaban una sospechosa pelusilla malsana.

Cuando ante la insistencia del nuevo *jarl* Tyrkir sirvió un cuerno de aquel brebaje, lo hizo con ojos entrecerrados.

Leif lo tomó sonriendo, tras echar un último vistazo a la pareja que abandonaba Brattahlid y, sin siquiera pensarlo, echó un trago.

Tyrkir miraba con curiosidad y no pudo evitar que se le escapase una sonora carcajada cuando Leif se atragantó ruidosamente en su intento frustrado por vaciar el cuerno.

El hijo del Rojo, conteniendo las lagrimillas que se le acumulaban en las comisuras de los párpados, no tuvo más remedio que reconocer su fracaso.

—Espero que para la temporada que viene podamos hacerlo mejor… —aventuró con la voz rasposa.

Tyrkir, aguantando como podía las risotadas que se le agolpaban en la garganta, intentaba componer una expresión grave y digna mientras Leif inspeccionaba con gesto serio el contenido del cuerno.

—¡Por Odín! Sabe a meados de mula en celo…

Ambos rieron con franqueza.

—Será mejor que busquemos algo de cerveza —anunció el contramaestre echando el brazo sobre los hombres de Leif—. ¡Vamos! ¡Hay mucho que celebrar!

Pasaron las horas del camino en un reconfortante silencio cómplice, solo interrumpido por los sonidos de la naturaleza que los rodeaba y los resoplidos de la montura.

Cuando llegaron, tras abrir el postigo de madera, que aún desprendía un fuerte olor a resina, Assur tomó en brazos a su esposa. Ella se lo había pedido y a él le había parecido bien seguir la tradición de los nórdicos. Thyre, contenta de sentirse alzada entre aquellos fuertes brazos, rodeó el cuello de Assur y recostó su cabeza en el amplio hombro de su esposo. Assur flexionó los brazos y pegó el cuerpo de Thyre al suyo. Y así, en volandas, ella entró por primera vez en el hogar que compartiría hasta la primavera con su esposo, evitando llamar la atención de los poderosos espíritus que habitaban en el lugar más mítico de la *skali*, el umbral.

Él prendió el hogar para calentar la estancia y ella dispuso las pieles que habían traído en un hatillo. El olor de la madera recién labrada los envolvía y el rumor del mar se oía a lo lejos, como un cariñoso susurro dicho con el tono de voz justo.

Ambos se sentían arropados por una indescriptible sensación reconfortante y en cada ocasión que sus miradas se cruzaban no podían evitar sonreírse el uno al otro, llenos de deleite por la sola verdad de la mutua compañía.

Mientras las llamas empezaban a bailar sobre los leños, los esposos se encontraron junto al hogar, se tomaron las manos y se contemplaron con feliz devoción. Dejaron que sus bocas hallasen caminos a los reinos de la pasión. Se acariciaron recuperando el tiempo perdido y sus manos recorrieron los cabos de las ropas hasta encontrar el modo de desnudarse y caer rendidos sobre las pieles.

—Te he amado desde el primer día, desde el primer instante… Te he amado siempre —confesó ella con palabras entrecortadas por los besos de él.

Assur se alzó apoyándose en un antebrazo y la miró a los ojos durante una apacible eternidad en la que Thyre se olvidó de respirar.

—Eres la parte de mí que he echado en falta toda mi vida —repuso él con la voz tomada.

Thyre lo abrazó y le cubrió el nacimiento del pecho de besos suaves y dulces, delicados como semillas de diente de león al viento. Y él correspondió tomándola de la cintura y obligándola a acercarse.

Assur descendió. Besó las mejillas arrobadas, lamió las curvas del cuello y, recogiéndolos entre sus manos, rodeó los pechos de Thyre con suaves lametones que erizaron los pezones, volviéndolos maduros para su boca. Ella ronroneaba complacida, enredando sus dedos en los cabellos de él.

Assur siguió descendiendo, entreteniéndose en el ombligo, pequeño y bien formado, escondido entre los pliegues de su vientre plano; y su barba le hizo cosquillas, y ella rio cohibida y feliz. Luego, estirando sus brazos para volver a coger sus senos, hundió el rostro en la horquilla de los muslos de ella y probó su humedad

almizclada.

Thyre gimió y corcoveó llevada por el placer, acercando su cuerpo a la boca de él. Pronto Assur se ayudó con los dedos, que resbalaron con facilidad en el interior de ella logrando que sus nalgas se elevaran por un instante al tiempo que se le escapaba un largo gorjeo.

Ella cayó rendida tras el clímax y, alzando la cabeza, vio los ojos de Assur mirándola con picardía entre las curvas de sus muslos. Se incorporó tomándolo de la nuca en la ambuesta de sus manos entrelazadas para obligarlo a acercarse y besarla, y notó su propio sabor en los labios de él. Luego siguió inclinándose y lo forzó a tumbarse haciendo que la espalda de su esposo quedase fuera de las pieles. Entonces ella también recorrió el torso de él con besos suaves. También mordisqueó los abultados músculos del pecho y tironeó del vello apretándolo entre los dientes.

Las manos de Thyre recorrieron los costados de Assur, deteniéndose amorosamente en las cicatrices, y su boca buscó la virilidad de su esposo. La tomó entre sus labios y la sintió crecer y endurecerse. Movió la boca y la lengua al tiempo que subía y bajaba y la sintió palpitar.

Assur, enloquecido de placer, se alzó con brusquedad y, con movimientos tan recios como para demostrar su ansiedad pero tan suaves como para probar su amor, la obligó a tenderse sobre las pieles.

Sus cuerpos se unieron como si fuera la primera vez, reencontrándose para olvidar el dolor de la separación. Al principio con ímpetu nervioso, luego con el mismo ritmo constante de las olas del cercano mar. Assur alzaba sus caderas con rapidez para dejarlas caer en lenta agonía y Thyre clavaba sus uñas en la espalda de su hombre.

Se amaron hasta que el hogar se apagó, dejando solo una fina capa de ascuas que ya viraban al negro.

Cuando la mañana llegó, Thyre abrió los ojos para descubrir a su esposo mirándola con devoción. En el lar había leños ardiendo y en un cuenco había gachas con frutos rojos. Se sintió afortunada porque se sabía amada. Rieron juntos y compartieron confidencias. Thyre le confesó que aquella primera vez que se habían visto, en casa de su tío, ella había estado a punto de derramarle la bebida encima porque no sabía dejar de mirar en el fondo de aquellos ojos azules. Assur le contó algunos de sus recuerdos de infancia, y le habló entre sonrisas de los juegos con Ezequiel o de las bromas que gastaban los mozos del pueblo el último día de cuaresma.

Salieron fuera y pasearon por su humilde hacienda, viéndola con los ojos comprensivos de propietarios complacidos.

Él le dio las llaves de su hogar y ella aceptó su papel de *husfreya* recogiendo su pelo, que, como mujer casada, no volvería a llevar suelto a no ser en la intimidad del

hogar. Para su esposo.

El invierno fue mucho más suave de lo que todos habían esperado y únicamente la colonia del norte tuvo que resguardar a los animales. La nieve solo se mantuvo unas pocas semanas con una capa fina que crujía cada mañana.

No hubo ninguna muerte, aunque el viejo Jormunrekk estuvo a punto de perder la vida cuando se cayó de la escalera en la que se había subido para reparar la techumbre de su *skali*. Poco le faltó para romperse la crisma y, de no ser por la ayuda de Assur, el viejo *godi* no hubiera sido capaz de enderezar los huesos rotos de las piernas del granjero, que a pesar de su edad, o quizá gracias a la enorme cantidad de cerveza que despachaba cada día, se mantenían robustas como robles centenarios. Hubo dos matrimonios más y dos enrabietados bebés lloraron por primera vez para recibir la espada que su padre les entregaba.

En la ribera los carpinteros remozaron los barcos de los terratenientes y, entre ellos, el Gnod y el Mora, que quedaron listos para la primavera.

Leif, asumiendo su papel como líder, resolvió disputas, entabló amistades, y forjó alianzas cubierto por los humos de la *skali* de Brattahlid, donde colgó sus propios escudos y espadas para hacer compañía a los que su padre había dejado. Y, como patrón y armador, renunció a su vida de marino para poder atender sus nuevas obligaciones, pero eligió tripulantes para las expediciones de la temporada; Tyrkir se haría cargo del mando del Mora, los años empezaban a pesarle y Leif quería asegurarse de que su viejo amigo no tendría que enfrentarse a los *skraelingar* de las tierras de poniente, por eso lo designó para hacerse cargo del menor de sus navíos y llevarlo a Jòrvik, además, quería cerciorarse de que Assur contase con un buen patrón. Para el Gnod, Leif destacó a todos los supervivientes de la temporada anterior, completando la tripulación con muchos voluntarios, incluyendo a Erp, el hermano menor de Helgi y Finnbogi. Para cederle el mando eligió a Sinfiotli, pues Tyrkir le dijo que el callado marino había luchado con arrojo contra los nativos de Vinland y siempre había demostrado valía y mesura.

Thojdhild llegó a pensar en viajar al sur y encerrarse en una de aquellas *skalis* sagradas en las que las mujeres cristianas pasaban el día rezando a su dios crucificado, pero Leif prometió suficiente hidromiel a Clom para que la convenciese de lo contrario.

Bjarni pasó un enfriamiento muy fuerte y Thyre se separó de Assur unos días para ayudar a Hiodris a cuidar a su tío, pero el viejo explorador les chistaba ordenándoles que le sirvieran carne fresca en lugar de insípidos caldos. Era evidente que el anciano no quería dejar de ser el centro de atención de los que lo rodeaban.

Las mujeres tejieron *vathmal* y prepararon salazones y ahumados. Además, remendaron velas y cajetas, y rehicieron los nudos de las redes. Los hombres presumieron de hazañas pasadas. La vida siguió en las colonias de Groenland y, como

no llegaron barcos, no se recibieron noticias de Svend Barba Hendida y su alianza con los *jarls* de Haldr.

Víkar rumió su odio durante semanas, encerrado como una fiera enjaulada y, mientras su brazo se recuperaba, juró venganza. Él, digno hijo de Starkard, recuperaría el honor que creía perdido. Antes o después encontraría el modo y acabaría con Ulfr Brazofuerte. Lo machacaría hasta convertirlo en polvo, aunque tuviese que perseguirlo hasta los mismísimos confines del *Hel*. Sabía que no podía mover pieza en Groenland, bajo la atenta mirada de Leif, al que el extranjero había engatusado, pero su padre le había hecho llegar las noticias: Assur partiría a Jòrvik en la primavera, y ella iría con él. Y Víkar pasó muchas noches en vela, imaginando mil modos de matar a aquel advenedizo que había dejado en entredicho su valía.

Lo perseguiría allá donde fuese y le daría caza. Como a la más vil de las alimañas.

Si el invierno había sido suave, la primavera, por el contrario, llegó con el ímpetu de una mujerzuela entrando en una tabernucha en busca de un pardillo dispuesto a gastarse la bolsa; caldeando el ambiente hasta que el más retorcido de los arbustos castigados por el viento brotó con lujuriosa fertilidad.

Los vientos cambiaron pronto llamando a los marinos y muchas mujeres se sintieron incómodas al saber que sus hombres se marcharían en unos pocos días. Los niños protestaron por saberse excluidos de las aventuras que emprenderían sus mayores en mares lejanos y tierras perdidas. Todos ellos querían crecer pronto para labrarse su propio futuro y forjar sus propias leyendas, ellos también deseaban escuchar algún día a los escaldos narrar sus hazañas.

Las bodegas de los barcos se llenaron de provisiones, bastimentos y barriles de agua dulce. Se plegaron velas de repuesto y los patrones repasaron hasta el último de los clavos de los tingladillos recién embreados. Cada uno de ellos examinó sus naves con maniática eficiencia, todos conscientes de que la vida de sus hombres y la suya propia dependerían de cómo los *knerrir* aguantasen los embates del mar.

La mañana del día en que habían fijado la partida del Mora, Assur y Thyre llegaron a Brattahlid a lomos del mismo animal que habían montado tras su boda. Assur entregó las llaves de su hacienda a Leif y este no quiso aceptarlas porque deseaba poder albergar la esperanza de que su amigo regresaría algún día. Assur no insistió y cambió de tema, hablándole de cómo planeaba atravesar de norte a sur la isla de los anglos, con la intención de alcanzar los grandes puertos meridionales, en los que se hacía la ilusión de poder encontrar un navío que cruzase el brazo de mar hasta Frisia, o que llegase hasta la propia Jacobsland.

Los dos amigos se dijeron adiós sin más palabras y, aunque ambos sabían que nunca volverían a encontrarse, escondieron su disgusto con halagüeñas predicciones y promesas de largos viajes para volver a verse.

Thyre se despidió entre lágrimas de su prima Hiodris e incluso el rancio Bjarni se animó a levantar su cuerno y desear suerte a la pareja.

Con la luz plena y radiante del mediodía el Mora surcó las suaves olas contenidas del Eirkisfjord rumbo a mar abierto. En formación con otros navíos que partían hacia otras tierras y bajo las órdenes que gruñía Tyrkir, el *knörr* maniobró mientras la pareja contemplaba Brattahlid más allá del bamboleo del codaste labrado. Iban cogidos de la mano y, aunque se sentían nerviosos e inquietos, albergaban grandes esperanzas.

Pero ellos no sabían que, rumbo a las tierras de los escotos, en un pequeño barco que cargaba ámbar para intercambiarlo por esteatita, también alguien navegaba para, como ellos, atravesar la isla de los anglos de norte a sur, pero él iba de cacería, no de paso hacia un destino mucho más lejano.

La plata había comprado el silencio del patrón y, como había embarcado auspiciado por la oscuridad de la noche, para esperar la mañana escondido entre las bancadas, Leif no lo sabría hasta que fuera demasiado tarde. Además del secreto, las influencias de su padre le habían granjeado un cómodo y disimulado pasaje gracias al que no tendría que trabajar como cualquier otro marino, así tendría tiempo para afilar sus armas y alimentar su insaciable cólera. Aunque Víkar, mientras balanceaba suavemente su brazo, todavía dolorido, en un ademán que se había convertido en costumbre, no llegó a imaginar el interminable suplicio que le supondría la espera.

—Creo que la mitad de esos hacinados infelices no sabe siquiera a quién debe lealtad —dijo Tyrkir señalando con el brazo extendido—. La ciudad ha cambiado demasiadas veces de manos…

Ayudado por el esfuerzo de los remeros, el Mora remontaba el estuario abierto de un gran río, primero al oeste y luego hacia el norte, poco a poco se internaban en un valle cercado por erosionadas colinas redondeadas que delimitaban el discurrir del cauce. Eran tierras verdes de suaves lomas en las que se adivinaban grandes bosques e interminables cercos de brezo que marcaban las vaguadas. Desde la proa del *knörr*, bajo una colcha de nubes bajas y grises, ya se distinguía la silueta de la muralla romana que Jòrvik había heredado, coronada por las almenas que formaban las humaredas de los hogares.

Assur y Thyre miraban hacia el horizonte preguntándose sobre su futuro mientras Tyrkir les hablaba.

—Es un puerto demasiado jugoso, siempre lo ha sido. Varios señores del norte han derramado sangre en los adarves de esas mismas murallas —dijo el nuevo patrón del Mora con un desprecio evidente de raíces desconocidas para el matrimonio—. Ahora lleva varios años bajo el control de los sajones, pero esos mentecatos son demasiado avariciosos para cerrarnos las puertas, quieren nuestro oro y nuestra plata. Además, muchos de los nuestros siguen viviendo en esta isla…

»Cualquier día algún *jarl* armará a un par de centenares de hombres y se hará con este pantanal inmundo cruzado por canales llenos de mierda —aseguró el Sureño antes de escupir por la borda y continuar—, lo único que espero es que no suceda mientras yo mantengo mi nave aquí —concluyó Tyrkir con un chasquido al tiempo que se giraba para ladrarle órdenes a su recién nombrado contramaestre.

Respetuosa con el patrón, Thyre esperó hasta que el Sureño se alejó unos pasos por cubierta, gruñendo improperios al timonel para que mantuviera estable el rumbo, pues se acercaban a unos bajíos del río que amenazaban con hacer encallar el Mora.

—¿Qué vamos a hacer cuando desembarquemos?

Su esposo miró con atención la ciudad que iba creciendo ante ellos, tenía un aspecto gris y apagado, triste.

—Viajar al sur —contestó el ballenero volviéndose hacia ella—, tengo entendido que allí hay grandes ciudades con barcos que parten al reino de los francos, a Wendland, a Frisia, e incluso a Jacobsland —dijo recordando lo que, años atrás, había planeado con su hermano Sebastián—. Debemos conseguir pasaje en uno de ellos, lo importante es cruzar el canal que separa esta enorme isla de las grandes tierras del sur.

Thyre asintió, eso ya lo sabía, pero en lugar de preguntar de nuevo esperó. Assur la miró, comprendiendo, y se explicó.

—He estado hablando con Tyrkir —dijo haciendo un gesto vago con la mano hacia sus espaldas—, un próspero talabartero que se ha asentado aquí fue uno de los hombres del Rojo hace años. Tyrkir dice que nos ayudará.

Thyre volvió a asentir y apretó la mano de él en la suya. Tenerlo cerca le daba la seguridad que necesitaba para continuar adelante con aquella aventura.

La confluencia de los dos ríos que creaban el puerto, que había traído prosperidad a la villa desde su fundación por las huestes de Roma, también la convertía en un intrincado laberinto de canales y albañales en los que el barro era un invitado permanente. Y los malos olores de tantas almas apiladas en un reducto tan pequeño les explicaron a Assur y Thyre las razones del desprecio que Tyrkir parecía sentir por el lugar.

Todo a su alrededor eran diminutas parcelas alargadas con reducidas viviendas de apenas ocho o nueve yardas de largo y unas pocas varas de ancho. En la frontal de casi todas ellas, organizados por barrios, se abrían tenderetes de mayor o menor fortuna en los que se vendían toda clase de objetos y mercancías. Había menestrales de baja estofa que elaboraban fraudulentas preseas de la plata pobre y cargada de plomo de las minas cercanas, pero también vieron algunos orfebres de la más digna mención que le recordaron a Assur a los artesanos hebreos que tantos años atrás había visto en Compostela.

Observando el delicado trabajo de unas fíbulas, las viejas enseñanzas de Jesse

regresaron a la mente del ballenero. Aquel lugar, con sus dos millares de habitantes, tenía que tratarse de la próspera ciudadela en la que el primer emperador cristiano, Constantino, había sido aupado al poder por aquellos que lo habían visto luchar una vez se había deshecho de sus rivales.

La tripulación había recibido el encargo de permanecer a bordo, Tyrkir no se fiaba de las gentes de Jòrvik. Y al nuevo contramaestre se le había ordenado dirigirse a un lugar llamado Coppergate, para empezar las negociaciones que los habían traído hasta allí. Mientras, aprovechando que casi cualquiera al que paraban sabía hablar nórdico, Tyrkir pedía indicaciones para llegar al barrio de los curtidores y los artesanos del cuero.

De haber querido, Assur podría haber vaciado su bolsa en apenas un centenar de pasos; tras los orfebres aparecieron las herrerías, con armas y cuchillos de todo tipo, y, cruzando un pequeño puente, pasaron al barrio de las pañerías y las tiendas de lana e hilo. Luego caminaron entre puestos que ofrecían pieles, y unas pocas miradas intrusas a través de puertas abiertas le descubrieron a Assur que algunas de las casas contaban con sótanos que los propietarios usaban como almacenes para su género.

Tyrkir le dio un dírham sarraceno a un tullido y, siguiendo sus tartamudas indicaciones de desagradable aliento, doblaron un par de esquinas para recibir de golpe el fuerte olor a orines de la zona de los curtidores, capaz de cubrir las pestes acumuladas de los muladares de las traseras de las viviendas.

El Sureño lanzaba imprecaciones por lo bajo, arrugando cómicamente la nariz, y a Thyre se le escaparon risillas tímidas al ver a aquel serio y curtido marino quejándose como un niño.

En breve, tras las atarazanas de los cordeleros, pasaron frente a los talleres de los zapateros y, anticipando su destino, Tyrkir preguntó una vez más por el lugar que buscaban.

Apenas veinte pasos más allá encontraron un pulcro taller en el que se exhibían correajes, tahalíes, bridas y cinturones entre mil objetos más de bonito acabado fabricados con todo tipo de cueros. Tras el mostrador de madera basta, una gruesa mujer con los brazos de un herrero y la cofia desatada los miró inquisitiva con grandes ojos pardos que se abrían sobre una nariz recta y bien formada. De no ser por el exceso de grasa que le redondeaba las facciones, hubiera sido una mujer atractiva.

—Busco a Odd, hijo de Sturli…

La mujerona, en lugar de contestar, examinó a los tres extraños con aire circunspecto.

—¿Y quién lo busca?

—Eso es algo que trataremos entre él y yo —replicó Tyrkir con cierta dureza.

La matrona resopló con un gesto cansino que hizo reverberar sus labios rollizos y cogió del mostrador un sacabocados que alzó amenazadoramente, logrando que el

Sureño y Assur dieran instintivamente un paso para ponerse delante de Thyre.

Luego, más por sí misma que por el gesto de los hombres, la mujer pareció dudar y se miró la mano como si fuera la de otra persona. Finalmente, bajando los ojos, depositó la herramienta ante sí y, cuando volvió a alzar su rostro, la evidente expresión de resignación que lo colmaba le recordó a Assur las tallas de penitentes que tantos años atrás había visto en el obispado de Compostela.

—¿Qué ha hecho ese botarate? ¿En qué lío se ha metido esta vez? —preguntó con la estoica entereza del que se enfrenta una vez más a un dilema conocido.

A Víkar le daban igual pictos que sajones o anglos, por lo que vio de ellos, todos eran miserables follaovejas que se refugiaban de las fuertes lluvias que azotaban esas tierras de rocas negras y matojos en tristes chozas escondidas entre cañada y cañada.

Era un lugar barrido por vientos que pelaban los montes condenándolos a poco más que rastrojales y, entre los impasibles mares de hierba y musgo, la única nota discordante la ponían los enormes rebaños de ovejas, cuya pelambre húmeda se olía desde millas antes.

Desde el mismo día en que desembarcó se propuso un ritmo infernal capaz de quebrar las piernas de cualquier otro con menos odio. Sabía que la inestable carraca en la que había viajado era mucho más lenta que el *knörr* de Leif, y no quería que la ventaja que pudieran haber cobrado sus presas aumentase.

A la primera oportunidad que tuvo degolló a un jinete desprevenido frente a una hoguera para, después de engullir el estofado de carnero viejo que había estado preparando el desdichado, robarle la montura y apurarla hasta que la pobre bestia desfalleció con los ollares ahuecados y los flancos cubiertos de espumarajos de sudor.

Para su sorpresa, las leyendas que hablaban de los muros que los romanos habían levantado para dominar a aquellas gentes indómitas resultaron ser ciertas. Después de dos jornadas de penosa caminata, con el segundo caballo que robó, al que daba los descansos justos no por piedad, sino por no verse obligado a perder tiempo sustituyéndolo, atravesó en apenas un par de días más los restos imprecisos de la pareja de murallas que las legiones del antiguo imperio habían dejado tras de sí.

Así, movido por su ira, Víkar no reposaba más que lo imprescindible para no reventar al caballo y, si podía fiarse del camino, descabezaba cortos sueños sin siquiera desmontar. La sed de venganza le emponzoñaba el alma extendiéndose como la capa mohosa y glauca que cubría la corrupción de los cadáveres a la intemperie. No le hacía falta comer, ni beber. Para reunir fuerzas y seguir adelante le bastaba imaginar la muerte lenta y agónica con la que pensaba despachar a aquel desgraciado. Y, si en algún momento los lamentos que imaginaba surgiendo de los labios apretados de aquel indeseable no eran suficientes, entonces, se deleitaba recordando los detalles del cuerpo de ella y se prometía recorrerlos con lenta satisfacción; porque ahora ya no le importaba si ella se negaba o no, sería suya, solo suya.

Faltaba poco, muy poco, y todo su odio vibraba emocionado con la sola posibilidad de encontrarlos en Jòrvik.

Había sido extenuante, una sucesión de días fríos y grises con la única escolta del cansancio y el ansia de venganza, pero ya podía ver la bruma del valle, las curvas del río, la silueta de las murallas de la ciudad. Estaba cerca.

—¿Cómo diantres pude aceptar las llaves de su casa? —se preguntó a sí misma la matrona—. ¡Es una calamidad con barba y patas! ¡Un desastre! Sería capaz de perderse en su propio taller…

Los tres que habían llegado de Groenland la miraban con asombro, sin decidirse a interrumpir la parrafada, incómodos. La mujerona, indiferente a las impresiones que causaba, pasó de las resignadas protestas a la indignación y fue alzando el tono de voz a medida que continuaba hablando.

—… ¡Tres días! ¡Tres! Lo único que sabe hacer es contar las mismas batallas una y otra vez, una y otra vez… Siempre alardeando de las viejas historias, que si en Breidabolstad esto, que si en Thorsnes aquello —apuntilló haciendo que su voz sonase más grave y engolada, imitando burdamente a un hombre con demasiada cerveza a cuestas—. Hace tres días que lo mandé a buscar género, solo tres —recalcó levantando los dedos apropiados de su gruesa mano ante sus ojos chispeantes—, y le ha sobrado tiempo para meterse en líos. —La matrona volvió a mirar a sus sorprendidos interlocutores—. ¿Qué ha sido esta vez?, ¿una apuesta?, ¿una deuda?… A ver, ¿qué ha hecho? —preguntó de nuevo con la severidad de una abuela, como si Assur y Tyrkir no fuesen más que los compinches de la última travesura de su nieto.

El Sureño miró al hispano en busca de ayuda, en un abrir y cerrar de ojos, ante el ímpetu de la mujer, había pasado de ser el orgulloso patrón de un carguero con grandes glorias a sus espaldas a convertirse en un mocoso reprendido por sus mayores.

La matrona esperaba explicaciones, Assur se encogía de hombros, desconcertado. Tyrkir empezaba a recomponerse formando una cínica sonrisa en sus labios cuando alguien habló desde el interior de la vivienda.

—Madre, ¿va todo bien?

La mujer contestó con un gruñido y, del rebullir que surgió tras ella, apareció un joven de generosas carnes en cuyo rostro el Sureño adivinó los mismos rasgos que años atrás había visto en el propio Odd.

Ante la mirada interrogativa del recién llegado el Sureño terminó de recobrar la compostura y, obviando la severa mirada de la matrona, decidió comenzar de nuevo.

Thyre lo observaba todo divertida, encantada con la rotundidad de la talabartera.

—Soy Tyrkir, patrón del Mora, y busco a Odd, hijo de Sturli…

El rostro del otro, desproporcionado y anguloso, todavía con cuentas por saldar con la adolescencia, se iluminó de inmediato.

—¿Tyrkir? ¿Tyrkir el Sureño? ¿El hombre de Eirik el Rojo?

La matrona resopló una vez más, anticipando la larga sarta de fanfarronadas de los hombres. Y ante aquel gesto de cansina resignación la sonrisa de Thyre se ensanchó.

La vivienda era una versión reducida de los grandes salones de las *boer* nórdicas que Assur había conocido. Y pese a que el exiguo espacio entre las murallas de Jòrvik obligaba a sus gentes a la modestia, alejando aquellas casas de las haciendas que el hispano había visto en el *paso del norte*, era obvio que la esposa del talabartero resultaba una propietaria esmerada, preocupada por mantener su lar pulcro y digno: las piedras que cercaban el rectángulo del fuego central estaban libres de hollín.

Todo parecía ocupar su lugar y los recién llegados sintieron el sabor a hogar que se desprendía de aquellas paredes. En una esquina, junto a un cubo de abedul con roscos de esteatita, había un telar con la urdimbre bien tensada y una labor de colores neutros recién empezada. De las vigas de la techumbre, libres de telarañas, colgaban dos grandes pucheros de hierro y algunos útiles, todos limpios y sin manchas de óxido. Y a un lado de la pequeña estancia central también había un par de redondas muelas de granito para quebrantar el grano y, junto a ellas, un par de capazos de bramante entretejido. A un costado del fuego se asentaba un tarimón bellamente labrado que servía de acomodo y lecho; sobre él habían dejado varias pieles y frazadas pulcramente dobladas. Y no había escudos o hachas que embellecieran las paredes, solo bonitas piezas de cuero: algunos cinturones y correajes, mucho más llamativos que los expuestos en el exterior, y también pulcros trabajos de repujado en cordobán y fina anca de potro.

La mañana, que aún seguía cubierta, era fresca, de vientos revueltos que se entretenían en las esquinas de los callejones y que hacían agradecer a los visitantes el amor del fuego ante el que se habían sentado. Thyre, con las piernas recogidas y la saya tensa, extendió tímidamente las manos al frente para calentarse, pensando por un momento en aquellos inviernos suaves del sur de los que su esposo le había hablado.

—¡Madre! ¿Dónde ha quedado nuestra hospitalidad? Tráenos algo de beber, haz el favor, ¡hay mucho que celebrar! —bramó entusiasmado el joven hijo del talabartero sin dejar de mirar al Sureño.

Bebieron un primer trago de cerveza, servida en copas de bronce similares a las que los recién llegados habían visto al atravesar Jòrvik, y comenzaron las presentaciones.

—Yo soy Sturli, hijo de Odd, llevo el nombre de mi abuelo —anunció el joven con seriedad—. Y ella es mi madre, Brýnhild. —La aludida los miró a todos con rubicunda suspicacia, calibrando si la idea de su hijo de haberle granjeado el paso a los forasteros le gustaba o no—. Y en el nombre de mi padre debo decir que es un honor compartir nuestra cerveza con vosotros, mi padre me ha contado más de cien

veces cómo le salvaste la vida luchando contra Thorgest de Breidabolstad.

Como era debido, Tyrkir asintió con humildad y habló de las virtudes de Odd en batallas pasadas, que habían sido luchadas una vez, pero servidas cien, cuando el frío de las noches del norte dejaba que el *mjöd* desatase las lenguas de los hombres. Brýnhild rezongó de tanto en tanto, si es que las exageraciones parecían demasiado descaradas; pero también le dejó hacer a su hijo, mirándolo con aire de reprimenda cuando, interrumpiendo al Sureño, se puso en pie, vociferando emocionado mientras revivía la gloria de la lucha de su padre en Breidabolstad, en la que Odd y Tyrkir habían ayudado a Eirik el Rojo a recuperar las tablas de su sitial.

Cuando la *husfreya* se cansó definitivamente de las fanfarronadas de los hombres, se sirvió de una mirada cómplice para convencer a Thyre de que había llegado el momento de que las mujeres, mucho más sensatas y productivas, hicieran un aparte.

Thyre entendió a la primera y, tras un leve apretón cariñoso, soltó la mano de Assur para unirse a la mujerona, dispuesta a charlar sobre asuntos más juiciosos que viejos combates y a preparar algo de comer para todos.

Assur se perdió parte de la conversación entre el Sureño y el hijo del talabartero, estaba mirando cómo su esposa hablaba amistosamente con Brýnhild mientras ambas troceaban nabos y se ocupaban de los pucheros, condescendientes con sus aburridos hombres.

Al volver a prestar atención, Sturli había dispuesto ante Tyrkir un tablero de juego y colocaba las piezas, animado a plantarle batalla al viejo compañero de armas de su padre. Al tiempo que disponía su línea de soldados, tallados como enfebrecidos *berserker* que mordían el canto de sus escudos, el joven pareció entender que la debida diplomacia había sido suficiente y se animó a ir al grano.

—Mi padre está de viaje, tardará unos días en volver, pero podéis considerar esta vuestra casa hasta su regreso —anunció buscando de reojo la aprobación de su madre —. Estoy seguro de que su alegría será inmensa al encontraros aquí, y querrá escuchar él mismo las tristes nuevas que habéis traído —añadió haciendo evidente para todos cuánto lamentaba las noticias sobre la muerte de Eirik el Rojo—. Compartiréis el fuego de nuestro hogar y, mientras mi padre esté ausente, haré cuanto esté en mi mano para que no tengáis ocasión de echarlo en falta —añadió como orgulloso anfitrión antes de preguntar sin tapujos—: ¿Qué puedo hacer por vosotros?

Tyrkir correspondió con una sonrisa cortés antes de contestar. Y Thyre ahogó la risa que le provocó el gesto de fastidio de Brýnhild ante la pretendida hombría de su hijo, que hablaba como si fuese ya el señor de la casa, esforzándose por cumplir con lo que su padre hubiese deseado.

—Como ya sabías antes de preguntar —replicó el Sureño recobrando un aire afectado al tiempo que inclinaba el rostro hacia el hijo del talabartero—, estoy aquí para pedirle un favor a tu padre no solo en mi nombre, o en el de Ulfr —añadió

señalando al hispano con el pulgar—, sino en el del mismo Leif Eiriksson, que responde por nosotros —aclaró haciendo girar ahora el índice como para abarcarse a sí mismo y a Assur.

Sturli, juiciosamente, imaginando la actitud severa que hubiera mantenido su padre ante semejantes referencias, no se molestó en alabar al hijo del Rojo o en perder el tiempo con palabras vanas; terminó de colocar las piezas sobre el tablero de escaques pardos y claros y, después de mover uno de sus soldados centrales, revolvió con afectación sus dedos rechonchos, unos sobre otros, animando a Tyrkir a continuar y arrancándole un nuevo mohín a su madre.

—Ulfr y Thyre han abrazado la fe del Cristo Blanco —dijo el Sureño con tono severo—, y quieren llegar hasta los puertos del sur para hacer peregrinaje a las tierras santas de su nueva religión, desean llegar a Jacobsland…

El hijo del talabartero, aun pese a su juventud, caló enseguida la mentira; le bastó mirar al viejo amigo de su padre para saber que aquellas palabras tenían mucha menos enjundia de la que callaban.

Assur no pudo evitar encoger los hombros. Habían acordado simplificar la historia e intentar evitar excusas innecesarias, pero, ahora que la oía por primera vez de labios de Tyrkir, el hispano temió las preguntas que pudieran surgir.

Sin embargo, tras cruzar una mirada con los serios ojos de su madre, que se había detenido en su labor, Sturli fingió lo mejor que pudo, sabedor de que no sería apropiado cuestionar a sus huéspedes.

—Jòrvik es un buen lugar para comenzar —dijo el hijo del talabartero atusando su joven barba antes de rascarse la bulbosa nariz sonrojada que había heredado de su padre—, hasta aquí llegan caminos desde cualquier punto de la isla. —Assur miró al joven con suspicacia, todavía inseguro—. Los artesanos siempre necesitan material para trabajar y permitir que los mercados sigan abiertos… Y por donde se puede llegar también se puede partir.

Tyrkir asintió, complacido de que el otro se reservase las preguntas que, sin duda, tenía; y Assur respiró algo más tranquilo.

Sturli, sin olvidarse de maldecir a los bandoleros y ladrones que se refugiaban en los bosques, detalló algunas de las posibles rutas hasta el sur de la isla y, recordando viejas promesas y compromisos sin dejar de mencionar en varias ocasiones más la memoria del Rojo, Sturli dio su palabra: estaba dispuesto a ayudar a la pareja que el Sureño patrocinaba, pues eso mismo hubiera hecho su padre.

—En ese caso, yo volveré a mi barco antes de que esa tripulación de pazguatos todavía secos encuentre el modo de hundirlo mientras está atracado en el puerto.

Sturli bajó los ojos hacia el tablero con aire de disgusto.

—¿Tanta prisa llevas? —preguntó fingiéndose un anfitrión ofendido—. Mi padre lamentará no poder compartir un barril contigo a su regreso. —El hijo del talabartero

pareció meditar por un instante, valorando la expresión del patrón y sus propias obligaciones, quizá pensando en lo que hubiera hecho el propio Odd—. Sea, ten por seguro que mañana me encargaré de que tus amigos encuentren montura y avíos, y yo mismo les daré cuantas indicaciones necesiten —dijo zanjando el asunto sin más preámbulos—, pero quedaos hoy con nosotros, por favor.

»Me encantaría escuchar vuestra versión de las historias que tantas veces le he oído contar a mi padre al amor del fuego —confesó con aire infantil—. Ten al menos la paciencia de perder una batalla —añadió con picardía señalando el tablero con la mano abierta, ansioso por compartir, gracias al juego, las viejas glorias que a él mismo se le habían escapado—. Que si esta vida apacible de tendero no me ha servido para igualar las hazañas de mi padre, permíteme al menos que derrote a tu ejército en el tablero…

Tyrkir, condescendiente, estaba a punto de asentir cuando la matrona intervino con sorna.

—¡Pero sin apuestas! —advirtió Brýnhild amenazando con uno de los nabos como si fuera un cuchillo.

Assur vio que su esposa tensaba la boca con una sonrisa tierna que obligaba a las pecas que pintaban sus mejillas a perseguirse unas a otras y él sonrió a su vez.

Cuando llegó la noche, la familia del talabartero y los llegados de Groenland seguían charlando, disfrutando de la mutua compañía entre agradables recuerdos, amables risas y las compuestas reprimendas de Brýnhild.

El caballo murió reventado a las puertas de la ciudad, pero una vez en Jórvik, todo fue mucho más fácil de lo que había podido imaginar, le bastó acercarse a los muelles y, con discreción, soltar unos cuantos trozos de *hacksilver* en las manos adecuadas. A pesar de lo populoso de la ciudad, antes de media tarde ya había seguido el rastro hasta la casa y taller del viejo talabartero. Podía ver el humo del hogar que se escapaba del tiro en la techumbre.

Resguardándose de miradas indiscretas, templando su impaciencia, Víkar esperó la noche en un sucio antro cercano. Tapó el olor a vómito reseco con largos tragos de rasposo hidromiel e intentó matar el tiempo pateando las grandes ratas que correteaban entre los barriles mohosos que servían de escaños.

Y cuando la oscuridad se cernió sobre los techos de paja, la usó como aliada. En la madrugada de borrachos y meretrices maltratadas, con la pesadez de los albañales de la villa colándosele en el pecho, embozado en su capa, Víkar caminó al abrigo de los muros de zarzo, sorteando estrechas callejuelas entre canales, escuchando el coro nocturno de los gatos encelados por la primavera.

—¿Dónde?

La voz sonaba como el rugir de una fiera herida. Era un hombre corpulento de

espaldas anchas y guedejas pardas que caían en mechones húmedos sobre la amplia frente, enmarcada por cejas abundantes que hacían resaltar el gris de sus ojos crispados. Tenía el aspecto desastrado y sucio del que ha pasado largo tiempo sorteando los barros del camino; las prendas roídas, las salpicaduras resecas y los rotos de su capa servían para acrecentar su aire de perro rabioso.

—¡Contesta, maldito viejo!

Y Brýnhild vio horrorizada como Odd recibía una serie de rápidos puñetazos. La magullada cabeza de su esposo se sacudió con violencia desprendiendo gotas de sangre que volaron trazando arcos que se le hicieron eternos.

—¿Adónde han ido?

Había entrado en plena noche, arramplando todo a su paso como una avalancha. Su hijo Sturli había intentado interponerse. Ahora, su cuerpo exangüe, caído sobre las brasas del hogar con un terrible tajo que le abría la garganta, se empeñaba en recordarle que aquello no era una simple pesadilla traída por las *maras*.

Su hijo estaba muerto. Ella estaba atada y amordazada, con tiras del mismo cuero crudo que trabajaban en su taller; y su esposo se tambaleaba con las manos a la espalda, apenas sentado en un pequeño escabel, recibiendo un golpe tras otro mientras aquel furibundo desconocido preguntaba una y otra vez por Thyre y Ulfr. Y, por lo que parecía, estaba dispuesto a arrancarle la cabeza a golpes.

Víkar estaba harto del persistente silencio de aquel decrépito vejestorio. La tozudez del anciano estaba entorpeciendo la buena marcha de su persecución y Víkar empezaba a perder la paciencia.

Los sorprendió dormidos, abrazados como recién casados, y su ira se desbordó. Acabó con el joven antes de que tuviera tiempo de dar la voz de alarma. A los viejos los golpeó con furia asesina. Y, después de trabarle las manos a la espalda con el primer correaje que encontró, sentó al gordo talabartero en un taburete y comenzó su interrogatorio.

Pero estaba resultando que el viejo guerrero conservaba parte del arrojo que le había granjeado un puesto entre los hombres de confianza de Eirik el Rojo. A excepción de la barba blanca, salpicada de goterones, el rostro ya no era más que una masa sanguinolenta y deforme. De la nariz, rota y aplastada, surgían lastimeros silbidos a cada respiración en los que una mezcolanza de esputo y sangre burbujeaba. Sin embargo, los ojos, clareados por la edad, seguían firmes y serenos, plantando batalla. Llenos de una convicción que Víkar estaba dispuesto a doblegar a cualquier precio.

—No sé de qué hablas —insistió Odd con la voz entrecortada por toses carrasposas.

Víkar sabía que el viejo mentía. Sus sobornos en los pantalanes le habían permitido averiguar que el Mora había estado atracado allí mismo unos días antes.

Pero esa certeza no resolvía sus problemas ni calmaba su ira, no le quedaba otra opción que arrancarle la verdad al artesano. Del modo que fuese. Sus presas se le habían escapado entre los dedos y, si quería tener una oportunidad de atraparlos, necesitaba saber hacia dónde y cuándo habían partido. Cuanto antes para evitar que pudiesen cobrar aún más ventaja.

La mujer sollozaba desprendiendo lagrimones que rodaban por su mejillas con cada convulsión. Hacía rato que sus fuerzas se habían agotado y ya no intentaba vencer la mordaza con gritos de auxilio asordados por la ligadura que le cruzaba el rostro.

Fuera de sí, Víkar usó el canto de la espada para golpear las rodillas, haciéndolas crujir como ramas secas, y escuchó impaciente los aullidos del vejancón, acompañados por los chirridos de madera ajada de las sufridas patas del tambaleante escabel.

—¿Adónde se dirigen? ¿Qué ruta siguen? ¿Cuándo partieron?

Brýnhild comenzó de nuevo a luchar con su mordaza intentando pedirle a aquel monstruo que parase. Odd respiraba con dificultad, procurando contener sus quejas, pretendía mostrarle al intruso que no sentía ningún miedo.

—En Iceland conocí a una muchacha que respondía al nombre de Thyre —dijo Odd con la voz tomada—, pero no he vuelto a verla…

Víkar, harto, clavó su puñal en uno de los gruesos muslos del viejo y lo revolvió consiguiendo de él gritos que le aclararon la voz de pronto.

—… De todos modos —continuó Odd resoplando trabajosamente y sin preocuparse por echar un vistazo a la sangre que manaba de la nueva herida en su pierna—, tampoco es que fuese una gran pérdida, tenía más bigote que yo mismo…

Consumido por su propio odio, a Víkar se le hincharon las venas del cuello y le rechinaron los dientes, su paciencia se estaba agotando rápidamente.

Odd se dio cuenta de la reacción airada del intruso y no supo callarse. Y su esposa, que lo conocía a la perfección, se encogió llena de temor.

—Aunque puede que a ti te guste que te rasque los bajos un buen mostacho…

Ante la retorcida sonrisa que el viejo intentaba componer con sus labios partidos Víkar estalló. Cogió la cabeza del anciano con ambas manos y descargó con brutal impulso un rodillazo en la mejilla derecha del magullado rostro de Odd. Cuando el crujido de los huesos rotos se apagó, el talabartero perdió el sentido y quedó desparramado como un muñeco de trapo desmadejado. Su propio peso lo fue venciendo y cayó al suelo de costado haciendo saltar con un repiqueteo de madera el pequeño taburete en el que había estado sentado.

Brýnhild se agitó despellejándose las muñecas ligadas. Loca de preocupación y temiendo haber perdido al hombre que llevaba tantos años a su lado. Cuando consiguió calmarse y las lágrimas que bañaban sus ojos le dieron un respiro, pudo

distinguir con alivio cómo el pecho de Odd subía y bajaba, lenta pero regularmente. Para ella ya había sido más que suficiente, ya no podía aguantarlo. Luchando con la mordaza, gritó cuanto pudo, ya no para pedir ayuda, sino para decirle a aquel engendro maldito salido de la noche todo lo que quisiera con tal de que parase.

Los gritos amortiguados traían palabras que sonaban familiares y Víkar se giró hacia la mujerona, que, con el rostro descompuesto, hacía esfuerzos que amenazaban con descoyuntarle la mandíbula. Tenía los mofletes hinchados, brillantes por la humedad de sus lágrimas, que se mezclaban con goterones de sudor y reavivaban el rubor que le cubría el rostro. El camisón basto que vestía abría el escote para mostrar el nacimiento de sus pechos, grandes y flácidos, y en la penumbra Víkar distinguió la multitud de arrugas que los años habían dejado como muestra, y pudo ver las estrías nacaradas de la lactancia. Sus tobillos gruesos forcejeaban intentando colocar los pies. Se movía con espasmos que sus sollozos hacían inconexos y descoordinados. Hedía a miedo y él supo que tenía una oportunidad.

Solo para asegurarse de que no se equivocaba, Víkar lanzó un puntapié desalmado al pecho del caído consiguiendo nuevos crujidos atroces al romperse las costillas del talabartero.

La reacción de la mujer, que intentaba aullar a través de la mordaza, le confirmó lo que había intuido. Echando un último vistazo al desfallecido artesano, Víkar se acercó con pasos calmos a la matrona. La mujer, en actitud suplicante, rogaba con los ojos en blanco. Era evidente que le hubiera vendido su alma con tal de que parase.

Le sacó la mordaza estirando hilos de saliva, rojiza por las heridas que los cueros habían provocado en las comisuras de los labios.

—¡A Lundenwic! ¡Han ido a Lundenwic! —chilló Brýnhild entre espumarajos—. Buscan un barco que los lleve a Jacobsland —concluyó dejando caer la cabeza en un gesto triste y malsano.

Víkar llevaba el tiempo suficiente en la isla como para saber que la mujer se refería al fuerte de London.

Odd había recuperado la consciencia y negaba con melancolía, barriendo el suelo con sus cabellos blancos.

—¿Qué ruta? —preguntó Víkar librando su hierro de la funda.

Brýnhild no respondió, aliviada al ver que su marido había recobrado el ánimo y asustada por las consecuencias que intuía.

—¿Qué ruta? —insistió el intruso alzando el mentón de la mujer con la punta de su espada desenvainada.

Ella vio cómo su marido negaba una y otra vez, pero una infantil esperanza le había sorbido el seso y no supo hacer otra cosa que contestar.

—Por Lindon y Venonis, siguiendo las antiguas calzadas romanas, es la mejor opción…

Víkar gruñó contrayendo el rostro con una sonrisa fiera y brutal que le arrugó el entrecejo.

—¿Cuándo?

Ella no contestó.

—¿Cuándo?

Odd, sabiendo lo que les esperaba a ambos, tras un último vistazo al cadáver de su hijo, buscó los ojos de su mujer y, cuando los encontró, juntó dolorosamente los labios para susurrarle palabras de amor. Ella tuvo el tiempo justo de corresponderle.

Víkar sabía que, como mucho, le llevaban cinco o seis días de ventaja, no se habrían marchado antes de que el Mora abandonase los muelles.

La espada atravesó la garganta de la mujer con la última sílaba con la que le dijo a su esposo cuánto lo amaba. Y lo último en lo que pudo pensar fue en el humilde e incongruente consuelo de no haberle contado a aquel monstruo toda la verdad. Pues aun con la amenaza del miedo había sido capaz de guardar un secreto.

El talabartero contuvo como pudo la mano que le apretó el corazón al ver a su mujer desangrarse, una clase de imagen que pensaba que había quedado para siempre atrás, lejos, cuando había abandonado una vida de luchas y batallas para instalarse en Jòrvik con esperanzas de un nuevo futuro rebosante de ilusión.

Víkar se giró hacia el anciano y señaló el cuerpo de la mujer y el del muchacho.

—Ahí tienes el pago a tu silencio…

Odd solo lamentó tener que morir como un bastardo cobarde, con las manos a la espalda y sin posibilidad de defenderse.

Víkar no concedió un instante a la reflexión, tenía prisa. Ni siquiera limpió su espada de la sangre de la mujer antes de hundirla en el pecho del hombre, que murió con los ojos destilando un odio que no le afectó.

Antes del amanecer abandonaba la villa por la puerta orientada al sur. Todo dependería de cuán rápido se moviera Ulfr, Víkar sabía que si aumentaba su ritmo lo suficiente, podría alcanzarlos antes de llegar a la gran ciudad.

Habían pasado ya cinco días. Sin embargo, todavía tenían el amargo regusto del adiós en la conciencia, porque con ese adiós dejaban atrás el calor de lo conocido y se convertían en extranjeros en aquella tierra desconocida.

Thyre se había sentido incómoda ante la despedida; entre su esposo y el viejo marino se habían forjado lazos desconocidos para ella, pero no le había costado intuir la desazón de Assur. Y, aun a pesar de las halagüeñas palabras de la esposa del talabartero, que le palmeaba el vientre cariñosamente, no pudo evitar sentirse dolida por la tristeza del hombre que amaba cuando el hispano le había dicho adiós a Tyrkir.

Antes de partir, Brýnhild aún había reunido aliento para despedir severamente a su hijo, amenazando a Sturli con las consecuencias que le supondría entretenerse en los curros donde se celebraban los combates de caballos. La mujerona había hablado

en falsete con pretendida severidad y no les había dejado marchar hasta que se había cansado de pasar sus manos por los hombros de la pelliza que había dispuesto para su hijo.

Colmada de un fresco que parecía rastro del invierno, la mañana no había sido mucho mejor que la del día anterior y la humedad persistente de aquel lugar se había pegado a sus capas.

Con la ayuda de Sturli, además de algunas viandas y pertrechos, habían comprado dos caballos bretones, de poca alzada y pecho amplio. Animales de escasa gracia, pero fuertes y resistentes; un par de castrados de crines pardas y enmarañadas que les daban un curioso aspecto entrañable que sus grandes ojos redondos completaban. Además, sirviéndose de la pericia de un mulero tuerto con el que el padre de Sturli parecía mantener una larga amistad, se habían hecho con una bestia de carga de brillante pelaje perlado a la que, entre sonrisas, Thyre había dado el nombre de Thojdhild mientras Assur, recordando las mañas de Nuño, le había rascado cariñosamente el interior de las largas y velludas orejas.

—… Debéis manteneros siempre en las antiguas vías romanas, son los caminos más seguros —se había explicado el hijo del talabartero haciendo que el hispano, recordando las enseñanzas de Gutier, asintiese—. Las gentes del rey no las rozan tanto como debieran, están demasiado ocupados matándose los unos a los otros… Algunas son ahora poco más que caminos comidos por los rastrojos, pero aun así son el modo más efectivo de evitar bandoleros y facinerosos, que por estos andurriales abundan como los hongos en otoño, siempre esperando las mercancías y pagos que entran y salen de la ciudad —había dicho Sturli escupiendo hacia la maleza que rascaba el borde del camino con sus espinas—. Además, así no os perderéis…

Libertos sin fortuna, ladrones y malnacidos los había en cualquier lugar, pero el ímpetu de las advertencias que el hijo del talabartero había hecho con respecto a los que se refugiaban en los bosques de la isla había conseguido que Assur se alegrase de portar sus armas.

—Debéis seguir por esta misma calzada hasta la villa de Lindon —continuó el artesano insistiendo de nuevo en los detalles de la ruta que les había recomendado—, poco más que cuatro casuchas apretujadas en un pantano. De ahí, continuar marcha hacia el suroeste, hasta el cruce de Venonis, y luego, la etapa final, al antiguo fuerte de London, como lo llaman los sajones… Aunque para mí sigue siendo Lundenwic. Allí está el mayor puerto de toda la isla, apretujado en un gran río calmo y lodoso por el que en más de una ocasión los nuestros han mandado sus *drekar* —terminó Sturli con una sonrisa feroz que hablaba de viejos tiempos narrados mil veces al amor del fuego—. Si todo va bien, tardaréis tres o cuatro jornadas entre cada encrucijada, en poco menos de media luna llegaréis a destino.

Cuando finalmente el hijo del talabartero había dado media vuelta, dejando caer

sus últimas palabras con prisa, casi con toda seguridad para ir a apostar desobedeciendo a su madre, la pareja se había quedado a solas contemplando el viejo camino empedrado. Thojdhild había rebuznado, como apremiándolos, y Thyre pasó a reír con carcajadas francas que le iluminaron el rostro, obligando a Assur a inclinarse en su montura y besarla dulcemente.

Ninguno de los dos había imaginado que, pocos días después, aquel joven alegre estaría muerto.

El camino transcurría entre praderías en las que el verano empezaba a asomar a la sombra de las montañas que dividían aquella isla de norte a sur. Era una franja de tierra que, a pesar de los esfuerzos de los nativos, había estado dominada durante décadas por los normandos de Danemark, bajo el estandarte del cuervo, con poderosos *jarls* que imponían su ley y su capricho, y aunque hacía años que la influencia nórdica había ido debilitándose gracias al empeño de los gobernantes anglos, Assur y Thyre seguían encontrándose con gentes y lugares que les recordaban a Groenland, Iceland o al *paso del norte*, incluso en la lengua, pues la mayoría de aquellos con los que se cruzaban entendían sus palabras.

Para Assur y Thyre fueron días que atesorarían de por vida. Avanzaban complacidos por sus expectativas, felices por saberse el uno al lado del otro, contentos con lo poco que tenían y sin necesitar más que las miradas cómplices, los gestos cariñosos y las sonrisas sinceras que compartían. Había mucho que desconocían, pero el disfrute del amor que sentían, envuelto por la extraña intimidad que proporcionaban los bosques que los rodeaban, colmaba sus inquietudes.

Aquella tarde, a medida que viajaban hacia el sur, el cielo se fue despejando de las nubes de los últimos días, librándose del agua como un cachorro saliendo de un charco. La temperatura fue mejorando poco a poco y la noche se prometía agradable, casi como si pudiese ser la precursora del estío que pronto llegaría.

Con el ocaso acamparon en un claro entre fresnos y abedules que todavía tenían las hojas tiernas. Comieron algo del pan moreno y el queso que habían comprado en Jòrvik, y dejaron que el tiempo pasase charlando, sentados uno junto a otro frente a la fogata que Assur había prendido.

—… Cuando oímos como el hielo se rompía, Sebastián y yo nos quedamos mudos del susto —le contaba el hispano a su esposa—. El río se lo tragó en un suspiro con un gran chapoteo, el pobre se asustó tanto que ni siquiera gritó… Y nosotros salimos corriendo como si nos hubieran prendido fuego a los calzones, pero antes de que pudiéramos llegar a la orilla, vimos que Ezequiel sacaba la cabeza por entre los pedazos del hielo roto, resoplando y chorreando, con el aspecto de un pollo en un día de lluvia —comparó Assur pasándose las manos por el pelo y el rostro—. Estaba tan asustado y temía tanto que lo riñésemos por haber desobedecido que no se atrevió a protestar, aunque era evidente que estaba muerto de frío…

Thyre sonreía y disfrutaba de los recuerdos que su esposo compartía con ella, feliz por conocer los momentos alegres que la vida había dispuesto para él; deseosa de saber más y más sobre aquellos años que habían transcurrido antes de conocerse y encantada con las cariñosas descripciones que el hispano hacía de su tierra natal. Y no podía evitar percatarse de la amarga contradicción cada vez que recordaba que, de no ser por las pérdidas y el dolor del pasado de su esposo, ahora no podría estar con él.

Envueltos en una gruesa frazada que Assur había comprado en Jòrvik y acostados sobre la piel de oso que habían traído desde Groenland, sentían que nunca tendrían suficiente el uno del otro. Con caricias tiernas y largas hicieron el amor al ritmo suave y dulce de una balada melancólica, susurrándose palabras melosas y permitiendo que sus cuerpos se reclamasen con ansia.

Poco antes de quedarse dormida, agotada y henchida, Thyre sintió cómo su esposo se escabullía con suavidad del improvisado lecho. Lo oyó alejarse sin poder evitar el absurdo miedo de que no volviese y se sintió intranquila, pero no se atrevió a abrir los ojos. Por el ruido rasgado y chispeante supo que su esposo había añadido unos leños al fuego, después, lo oyó apartarse un poco más para orinar largamente. Cuando regresó hasta ella, sumergiéndose con cariñosa parsimonia para no importunarla, Thyre se dio la vuelta y se dejó recoger por los fuertes brazos, sintiendo el calor de Assur. En ese mismo instante una plenitud desconocida la bañó haciendo que un escalofrío le recorriese la columna. Se acurrucó encogiendo las piernas y pegando la espalda al vientre de su marido, ansiosa por fundirse con él y enloquecida de pasión en cuanto pudo notar como él reaccionaba endureciéndose.

Volvieron a hacer el amor, entregándose con una inexplicable urgencia que desató sus bocas con mordiscos y sus dedos con arañazos que les dejaron marcas. Como si, de repente, sus días fueran a acabarse y aquella fuera la última oportunidad que tenían de desfogar su deseo. Después, con la modorra de la pasión agotada, rieron como niños cuando Thyre le pidió que le dijera el nombre de las partes de sus cuerpos en su extraña lengua. Ella porque el castellano se le engolaba en la lengua y él porque aquellos labios que adoraba titubeaban como los de un bebé sin saber dónde colocar cada letra para que las palabras sonasen como debían.

A la mañana siguiente se toparon con un riachuelo de aguas transparentes que, intuyeron, debía de ser uno de los tributarios del gran río que servía a Lindon y sobre el que Sturli les había hablado. Como muchos otros de los que habían visto allí, era un largo cauce que perdía el ímpetu de la caída desde las estribaciones de las montañas, olvidando la prisa que traía desde las arribes para calmar sus aguas en las llanadas de hierba verde, salpicadas de las flores abiertas de la primavera, que llenaban el aire con aromas de miel.

Los herrerillos les disputaban el protagonismo a los petirrojos y, gracias al sol que

brillaba en un cielo limpio de nubes, todo a su alrededor resplandecía con colores tibios que transmitían los olores contrapuestos de la primavera, prendidos de las flores y los brotes verdegales que salpicaban el paisaje.

No sabían que, tras ellos, dejando tras de sí el cadáver de su última montura, Víkar atravesaba las puertas de Jòrvik, cercándolos, ansioso por despellejarlos y, como no tenían prisa, pensaron en aprovechar la mañana para concederse algo de asueto. Decidieron detenerse en la ribera para dejar que los caballos y la mula abrevasen y pastasen a su antojo, y eligieron un suave meandro de taludes apenas tensados por el cauce. Thyre trasteó preparando un acomodo y Assur perdió un buen rato buscando unas varas flexibles con las que granjearse el almuerzo en las aguas limpias del riachuelo.

El verano aún no era más que un presagio, pero Assur encontró verdes saltamontes de grandes alas con los que cebar el anzuelo y, mientras Thyre disfrutaba del sol del mediodía, riendo como una niña cuando la cariñosa mula le hocicó en la espalda buscando atenciones, él caminó aguas arriba estudiando el cauce y buscando los apostaderos de las truchas que, a buen seguro, tenía el río.

Aunque intentaba encontrar las sombras ahusadas de las pintonas en las colas de las chorreras que mecían las ovas, Assur no podía evitar descentrarse de tanto en tanto. Algo en su interior lo obligaba a echar la vista atrás y buscar a su esposa para contemplarla embobado durante unos instantes. Ella se había soltado la melena y los espesos bucles de largas ondas se desparramaban devolviéndole al sol reflejos de cereal maduro. Llevaba un vestido amplio de *vathmal* que no lograba disimular su femineidad. Y, por encima de todo, mucho más importante que la belleza que irradiaba era el modo en el que ella conseguía que se sintiese; porque sus sonrisas, sus gestos amables, su dulce trato con los animales, su desprendida generosidad al atreverse a marcharse con él hacia tierras desconocidas, y sus comprensivos silencios hacían de Assur un hombre feliz.

Esta vez, después de tantas decepciones, el hispano sentía que podía aspirar a mucho más que a vagabundear sin pena ni gloria. Regresaba a casa, tenía la esperanza de reencontrar a su hermana, Thyre estaba a su lado y, gracias a la munificencia de Leif, contaba con fondos suficientes para vivir con despreocupación. A punto de abrazar una felicidad esquiva y traicionera que había sabido evitarlo por años; sus sentimientos eran tan dispares y novedosos que le costaba encontrar el modo de aceptarlos.

Por su parte, aunque llena de los nimios miedos que la asaltaban ante lo incierto de su futuro, Thyre tampoco dudaba. Iba camino a un lugar del que solo conocía lo que él le había contado y lo único que sabía de la vida que le esperaba era que tenerlo a su lado era pago suficiente para olvidar cualquier sufrimiento.

Mientras lo veía agazapado en la orilla del río, procurando comida para ambos,

Thyre se acarició el vientre y recordó los consejos de Brýnhild. La agitación de los últimos tiempos no había hecho fácil llevar la cuenta, pero ahora estaba segura.

Esa tarde llegaron a Lindon y, aunque tuvieron que capear algunas miradas hostiles arrancadas por su evidente origen norteño, encontraron una posada regentada por un nórdico en donde pasaron una agradable noche, ajenos a que, mientras ellos se amaban, Víkar torturaba a Odd en Jòrvik.

El posadero, un manco rubicundo que se había instalado en la encrucijada de Lindon para huir de los fríos inviernos de Rogaland cuando los suyos todavía dominaban aquel estrecho de la tierra de los anglos, miró a su compatriota con aire suspicaz y luego bajó los ojos hasta el grueso pedazo de *hacksilver* que el otro había depositado ante él.

—¿Una pareja?

Víkar asintió restregándose con la manga los rastros espumosos que había dejado la cerveza en sus barbas. Sus ojos refulgían impacientes.

El cantinero parecía dudar y un nuevo trozo de plata se unió al primero gracias a un imperioso gesto en el que abandonar la jarra de madera y rebuscar en la faltriquera pareció todo uno.

—¿Hace cuántos días?

Las cejas del posadero oscilaron dubitativas antes de echar un último vistazo a la plata y recogerla con la mano buena.

—Durmieron aquí hace cuatro noches…

Les había ganado una o dos jornadas, recortaba la distancia. Si podía mantener el ritmo, los alcanzaría antes de que llegasen al fuerte de London.

Salió de la posada a toda prisa y, ante la atónita mirada de dos francos que llegaban desde el norte buscando donde avituallarse, apaleó a un pobre desgraciado con el que se cruzó y le robó el caballo.

—¿Embarazada?

Assur parpadeó con una incredulidad que Thyre encontró adorable.

—¿Embarazada? —volvió a preguntar el hispano como si su insistencia pudiese aclarar en algo el asunto.

Ella asintió una vez más y le pasó una mano dulce por la frente, apartando un par de mechones rebeldes en un gesto como el que le había visto hacer a la mujer del talabartero con su hijo.

—Sí… Brýnhild me lo dijo, según ella bastaba mirarme para saberlo —comentó Thyre abriendo sus manos delicadas ante su rostro—. Pero yo no estaba segura, tenía mis sospechas, pero… Bueno, hasta ahora, ahora estoy segura.

De pronto ante Assur pasaron recuerdos que se agolparon con prisa, recordó los gestos de Toda, lo que había pasado con Sebastián. Pero también pensó en el pequeño

Ezequiel, y en Ilduara, incluso en los vagos recuerdos que tenía de cuando sus hermanos eran solo bebés indefensos en el regazo de su madre. En su padre, en Gutier, en Jesse, en Weland, y en todo lo que ellos le habían enseñado y cuánto había significado para él tenerlos a su lado.

Thyre, nerviosa, esperaba a que su esposo asimilase la noticia. Incluso sintió un ridículo escalofrío de angustia, dudando de si él se mostraría tan inmensamente feliz como ella.

Assur, recomponiendo la boca descoyuntada por el asombro, giró el rostro hacia su mujer.

Como era su costumbre en las últimas jornadas, estaban acampados en un claro al borde del camino. Con su lenta marcha apenas habían avanzado, demasiado entretenidos con la compañía mutua. Habían dejado atrás la encrucijada de Venonis el día anterior, y todavía tenían varios más por delante antes de llegar a los embarcaderos del puerto del gran Thames, en London.

El hispano sintió cómo el corazón se le embotaba en la garganta impidiéndole hablar y ella esperó impaciente sin saber si debía o no añadir algo más a lo que ya había dicho.

—Pero yo no sé si seré un buen padre —dijo Assur con una cómica expresión de incertidumbre.

Por un instante, Thyre notó el arrebato del enojo, pero luego se dio cuenta de que el hecho de que él se viese abrumado por las dudas demostraba su verdadera valía.

—Estoy segura de que serás un padre maravilloso… —le dijo ella atrapada en el calor del profundo amor que la inundó.

Entonces se abrazaron y, apreciando el apoyo que su esposa le brindaba, la alegría se desató en el pecho de Assur y se abrió paso a borbotones que traían consigo cientos de sentimientos gozosos.

—¡Embarazada! ¡Embarazada! ¡Seremos una familia!

Cuando se separaron, bajando las manos para entrelazarlas, ella vio el resplandor en los ojos de él y se sintió afortunada.

—¿Y qué es? ¿Niño o niña? —preguntó Assur sin pensar siquiera.

Thyre rio con franqueza y Assur, avergonzado por la tontería, agachó la cabeza.

—Lo único que espero —dijo entonces ella— es que si es niña no salga con tu barba…

Assur, riendo también, apoyó la mano en el vientre de su mujer con un gesto que la duda volvió delicado, temiendo que el solo contacto rompiese la magia de la vida que allí se estaba gestando.

—Y si es niño…, mejor será que no herede esos bracitos enclenques —repuso él.

Volvieron a abrazarse y solo se separaron para entregarse a largos besos calmos que compartieron hasta que les faltó el aire.

Durmieron abrazados, cerca de la fogata que iluminaba las sombras alargadas de los árboles que rodeaban su campamento, y ambos encontraron el sueño pensando en lo que significarían para sus vidas los cambios que se avecinaban.

Por la mañana, que se abrió radiante, Assur se despertó con una indescriptible sensación que no supo identificar hasta que recordó. Luego, dejó a su esposa arrebujada en las pieles del lecho para atender el fuego, que ya se había consumido y, mientras tostaba algo de pan seco al calor de las llamas, ella abrió los ojos y se desperezó.

Las monturas se acercaron al trote, buscando las caricias y golosinas que ella tan complacientemente les brindaba.

—¿Para cuándo? —preguntó él con impaciencia.

Thyre lo miró con severidad mientras recogía los rizos rebeldes de su larga melena y hacía un mohín de falso disgusto arrugando los labios.

Assur comprendió que a ella no le había gustado ese modo de recibir su despertar. Se acercó hasta ella abandonando el pan al lado del fuego. Le posó una mano en la mejilla y se inclinó para besarla. Y ella, ya satisfecha, contestó:

—No estoy segura, pero creo que será para el final del verano… Principios del otoño.

El hispano bajó el mentón para afirmar y meditó unos instantes.

—¿Y crees que podrás viajar?

—No lo sé —confesó ella encogiendo los hombros. Recordaba las historias sobre náuseas matutinas, dolores de espalda y calores inesperados que había oído desde niña—. Yo por ahora no me siento diferente…

Assur empezó a considerar las opciones que tenían, lo poco que sabía de la preñez de las mujeres se limitaba a lo que podía recordar de los últimos embarazos de madre, a lo que había visto en el caso de Toda y a las escasas referencias que los años, en sus idas y venidas, le habían brindado. Y no tenía idea de si tardarían mucho en encontrar un barco que los transportase al sur, de cuánto llevaría la travesía y desde dónde deberían continuar viaje para poder acercarse a Compostela, donde pensaba llegarse al obispado e intentar seguir la pista de Ilduara.

Sabía que existían varias rutas posibles: en lugar de navegar hasta Galicia, podían buscar un navío que los llevase a Frisia o Wendland y seguir el camino franco a la seo del apóstol, así pasarían menos tiempo embarcados, pero luego tendrían que afrontar un viaje por tierra mucho más largo. Aunque, en cualquiera de los casos, seguir pretendiendo pasar como devotos en santo peregrinaje parecía la opción más asequible.

—Será mejor que vayamos paso a paso —dijo aturullado—, lo primero será llegar a Lundenwic, luego ya veremos…

Thyre decidió que lo dejaría a él encargarse de tomar esas decisiones y, sin darse

cuenta de que era su embarazo el que la obligaba, desayunó con glotonería; comiendo una ración mayor incluso que la del propio Assur.

Al día siguiente, sin embargo, Thyre entendió mucho de lo que hasta entonces había sido un misterio para ella. Como si el hecho de haber anunciado su condición hubiera servido para ponerla de manifiesto. Se despertó perezosa y derrengada, sintiendo que las últimas millas del día anterior le pesaban como una losa, y no solo no fue capaz de desayunar ni una sola migaja, sino que terminó vomitando los restos de la cena, presa de violentas arcadas.

Assur la atendió con todo cariño, sujetándole la frente y apartando los largos cabellos, susurrándole palabras animosas. Y luego, mientras ella se quejaba de fuertes olores que él no podía percibir, le preparó una tisana con las hojas de una mata de camomila que encontró a la vera de la travesía.

No se pusieron en camino hasta bien entrada la tarde y, a partir de entonces, ralentizaron la marcha para que ella no se sintiera incómoda. Necesitaron todavía tres días más para llegar hasta la gran urbe de los anglos.

El rey Egbert, encumbrado por sus vasallos tras ser capaz de someter a los pueblos de Kent, Mercia, Northumbría y a los rebeldes de la Anglia Occidental, dejando solo para los nórdicos la vieja franja del este de la isla que los de Danemark habían arrasado años atrás, había nombrado a la villa de Winton como la más importante de todos sus dominios, unificados por fin bajo su gobierno desde las antiguas invasiones de jutos y sajones a aquellas tierras aisladas por un hosco mar. Sin embargo, en aquellos convulsos tiempos en que los anglos debían seguir defendiéndose de la sempiterna amenaza normanda, la antigua Lundenwic le había ganado la partida a la ciudad elegida por el viejo rey.

Con gran parte de las murallas que los romanos habían construido allí todavía en pie, la población, servida por el navegable Thames, había medrado en la ribera norte hasta extenderse mucho más allá de la fortificación que los legionarios del antiguo imperio habían levantado. A pesar de los continuos ataques a la ciudad y a todas las costas del sur de la isla, los comercios de London crecían sin parar y sus barrios se llenaban de gentes llegadas desde todos los rincones de aquellos territorios unificados por el viejo Egbert; inmigrantes que se mezclaban con exiliados de las presiones carolingias, con buscadores de fortuna que esperaban medrar en la promesa de la gran ciudad y con más y más clérigos, que fundaban una iglesia tras otra e intentaban encaminar las almas descarriadas que llegaban hasta allí expandiendo con sus monasterios y cenobios el imparable arraigo de la nueva regla de San Benito.

El gremio de los carpinteros construía a destajo, y casas de toda condición se levantaban en la ribera del Thames albergando a nobles, mercaderes y artesanos cuyos dineros atraían a furcias desesperadas y tahúres ansiosos que se refugiaban en las tabernas y posadas que brotaban cerca de los embarcaderos.

Si para Assur, que había conocido Compostela y Nidaros, el asombro fue absoluto, para Thyre, que apenas recordaba otra cosa que las colonias de las *tierras verdes*, lo que sus ojos veían resultaba tan fantástico como los cuentos de dragones y orcos que había oído de niña.

Todo a su alrededor era un maremágnum. Gentes de todo tipo esquivaban carros y carretas cargadas con mercancías ordinarias y exóticas, y también evitaban palanquines en los que nobles y ricos de ampulosas hopalandas de terciopelo presumían de condición y posición. Grandes calles abiertas se enredaban con oscuros callejones apestosos cubiertos por charcos de orín. Y entre las enormes casas de los gremios y los ostentosos palacios de los mercaderes afortunados en los negocios se inmiscuían las casuchas apretujadas de los oficiales y maestros, las de los comerciantes con menos éxito y las de simples desgraciados que se apilaban unos sobre otros en exiguas chozas levantadas entre callejuelas.

Había judíos que dejaban ver los flecos blanquiazules de sus *tzitzit* bajo las costuras de sus jubones, y algunos eran francos que hablaban con el mismo deje que tantos años atrás Assur había escuchado de labios de Jesse. También germanos de voces que recordaban al nórdico, algún sarraceno despistado que había sabido encontrar destino y que llenaba los mercados de melodiosos regateos, y frailes que utilizaban el latín para discutir con sacerdotes de aspecto serio.

La pareja descubrió pronto que los anglos hablaban entre sí en un idioma que les era desconocido y, aunque muchas palabras les resultaron familiares, enseguida entendieron que sus ropas y acento causaban recelo en aquellos a los que preguntaban; y Assur supuso que sería, precisamente, por los continuos ataques que sufrían a manos de los nórdicos de Danemark, una ironía que no se le escapó al hispano, pues también se cruzaron con otros normandos que se dedicaban, simplemente, al mercadeo.

Era su primer día en la ciudad. Habían llegado acompañados de vientos racheados que anunciaban chubascos y, a medida que las nubes se fueron oscureciendo, ellos se introdujeron en el dédalo de calles.

Dieron vueltas y vueltas hasta encontrar la orilla del río y ver los grandes embarcaderos de pilotes en los que bosques de mástiles se alzaban entre pasarelas por las que se descargaban todas las mercaderías imaginables; casi siempre gracias al ingente esfuerzo de desgraciados esclavos de cabeza rapada que, vestidos con harapos deshilachados, sufrían bajo el peso de sus cargas llenando el aire con el hedor reseco y salino de sudores pasados, jugándose la vida entre carromatos sobrecargados y tiros de enormes caballos.

Pero, por más que preguntaron, no consiguieron terminar de entenderse con ninguno de aquellos con los que se toparon. Y se vieron obligados a seguir avanzando, inmersos en la marabunta, buscando alternativas entre miradas

reprobatorias y algún gesto obsceno que les recordaban la opinión que los suyos merecían en el lugar.

Cuando comenzaron a caer las primeras gotas, buscando refugio descendieron por la vera del río hacia el este y llegaron a una gran confluencia de calles apelotonadas que alimentaba un espectacular puente que cruzaba las mansas aguas del Thames hasta la orilla sur, donde un pequeño barrio parecía emerger de entre las ciénagas, como si la vida de la ciudad, imparable, no pudiera ser contenida ni siquiera por el enorme brazo de agua. Y Assur se dio cuenta de que, mientras aquellas gentes no se decidieran a fortificar las riberas con torres y castillos como los que el obispo Sisnando había levantado en el Ulla, seguirían sufriendo la acometida de los afilados barcos de los nórdicos.

Sin lograr decidirse por una alternativa mejor, a medida que la lluvia calaba sus ropas, continuaron moviéndose por la populosa ribera septentrional y, ya por la tarde, cruzaron un enorme mercado en el que se exhibían gordas truchas, salmones, sábalos, platijas y mil pescados más de curioso aspecto bajo los gritos e improperios de tenderos descarados que parecían capaces de jurar en todas las lenguas conocidas.

Allí encontraron a un mercio que, entre aspavientos de manos cubiertas de brillantes escamas que llevaban hasta ellos el olor punzante del pescado, fue capaz de chapurrear en nórdico lo suficiente como para que averiguasen que estaban en un lugar llamado Billingsgate y que, si querían buscar acomodo, podían hacerlo si regresaban sobre sus pasos hasta la desembocadura del arroyo Walbrook, cerca de donde los inmigrantes se instalaban, en un barrio llamado Dowgate.

Agotados y desesperados, empapados por el aguacero que arreciaba, tras muchos intentos infructuosos por entre las callejuelas de aquel lugar, consiguieron establo para las monturas y un rincón en la sala de una tabernucha de los aledaños del embarcadero; un lugar umbrío donde se durmieron preocupados y apretando su bolsa, temiendo un robo.

Por la mañana tomaron con desgana unas desagradables gachas aguadas acompañadas de pan mohoso. Y Thyre se sintió incómoda desde que abrió los ojos, con el estómago revuelto y un apetito indeciso que le impedía optar entre el ayuno y la gula.

Cuando salieron del cargado ambiente de la taberna, les pareció haber sido cacheteados por la densa mezcla de olores que les sacudió el rostro. Era un bochornoso día que, bajo nubes que crecían alimentándose con la humedad del río, se prometía agobiante y largo.

—Será mejor que seamos pacientes —dijo Assur con resignación.

Thyre se limitó a asentir con desgana.

Fueron a comprobar que el dueño de los establos no les había engañado y, tras ver que la mula y los caballos estaban bien atendidos, se dispusieron a pasar otra jornada

callejeando por la zona portuaria, intentando encontrar barcos que partiesen al sur esa temporada y sin imaginar que, en cualquier esquina, podían encontrarse con el hombre que venía dándoles caza desde su partida de Groenland.

Cubriendo la jornada al galope, Víkar alcanzó la orilla del Thames a tiempo para adelantarse al aguacero que ensombrecía el horizonte. Sin embargo, para su desesperación, entre todos aquellos a los que rebasó en su enfebrecida carrera hacia London, no distinguió a sus presas.

A pesar de sus denodados esfuerzos, se le habían escapado. Por poco; pues en Venonis había sabido que solo le llevaban dos días de ventaja. Únicamente dos, pero se le habían escapado igualmente.

No podían haber llegado mucho antes, aunque eso no le sirvió de consuelo. Fuera como fuese, no había conseguido atraparlos, y Víkar, viendo la lluvia bañar aquel millar de callejuelas, comprendió con rencor que encontrar a aquella pareja entre la turbamulta que atestaba la ciudad iba a ser desesperantemente difícil.

Aquel lugar era enorme, un auténtico laberinto en el que resultaba impensable mantener el rastro fresco. Y enseguida se dio cuenta de que, si esos dos todavía seguían allí, la única opción que tenía era patrullar incansablemente el gigantesco puerto. Sabía que buscaban transporte al sur e imaginó que, quizá con las preguntas adecuadas en manos cargadas de la plata de la que estaba dispuesto a desprenderse, podría dar con ellos. Y su odio no le permitió desfallecer, no pensaba rendirse. Estaba dispuesto a encontrarlos, costase lo que costase.

En su primera noche, resguardándose del chaparrón, consiguió ahogar su ira a base de fuerte licor especiado que le sirvieron abundantemente en cuanto apoyó un trozo de *hacksilver* del tamaño de un huevo de gorrión en el mostrador de uno de los tugurios cercano a los pantalanes.

Y en cuanto despertó, con el palpitar de la resaca royéndole el cogote, su ira se reavivó al recordar lo cerca que había estado de capturarlos. Lo que sirvió para que la oleada de odio que lo embargó reafirmara su empeño; los encontraría antes de que consiguiesen un pasaje al sur.

Parecía haber pulgas suficientes para que hasta el más canijo y tiñoso de los perros callejeros cargase en su lomo regimientos enteros y, cuando se cansaron de pasar los días rascándose desesperadamente las molestas picaduras, dedicaron toda una jornada a buscar un nuevo alojamiento saneado y limpio que, además, les procurase algo de la intimidad que deseaban, ausente en los salones comunes, los tugurios y las posadas que habían probado. Sin embargo, sus esfuerzos resultaron infructuosos, o bien no lograban hacerse entender, o bien recibían frías contestaciones en las que, por las pocas palabras que comprendían y los ademanes de sus interlocutores, el desprecio era obvio.

Después de dos largos días sin pena ni gloria en los que el cese de las náuseas de Thyre fue la novedad más relevante, la suerte se les puso por fin de cara por pura casualidad. En una calle que parecía responder al nombre de Bush Lane encontraron una coqueta tahona en la que se vendían tortas de pan ácimo como las que elaboraban los nórdicos. Y a Thyre, después de las grasosas y pobres comidas de tabernas y cantinas, se le antojó recuperar aquel sabor de infancia.

Entornando los ojos como una niña traviesa, le pidió a Assur que comprase unas cuantas de aquellas piezas redondeadas de blanca corteza y escasa miga.

Contento de ver renovado el baqueteado apetito de su esposa, el hispano se preparó para un duelo de signos y palabras entrecortadas chapurreadas con esfuerzo y, con aire paciente, se dispuso a cumplirle el capricho a Thyre. Pero le bastó ver el aspecto del panadero para, después de la sorpresa inicial, soltar un suspiro de alivio.

De no ser por la corta talla que, aun subido en una tarima, apenas le dejaba mostrar el cuello y la cabeza por encima del mostrador de la tahona, el panadero podría haber pasado por un todopoderoso *jarl* de las tierras del norte. Aunque la neblina harinosa que desprendía en cada uno de sus movimientos rompía un tanto la ilusión, el pequeño hombre de largas guedejas y barba tupida tenía los fieros ojos claros de los nórdicos. Sus rasgos, apenas disimulados por su enanismo, recordaban a aquellos que tantas veces Assur había visto en los hombres con los que se había topado en sus viajes. Vestía ropas de *vathmal* sin teñir, un brazalete de oro labrado como un dragón se enredaba en el músculo de uno de sus cortos brazos combados, y de su escaso pero grueso cuello pendía un enorme colgante tallado con la forma del martillo sagrado de Thor. De haber estado rodeado de escudos y espadas en lugar de panes y palas, bien hubiera podido pensarse que el menudo hombrecillo se preparaba para la guerra.

Y algo no muy distinto debió de pasar por la mente del panadero porque, después de mirar a Assur de hito en hito, le habló directamente en nórdico.

—¿Y se puede saber de que *knörr* te has caído tú? —Había descaro y seguridad socarrona en la voz del tahonero, tan ronca y poderosa que desentonaba con el escaso cuerpecillo de su dueño.

Assur sonrió encantado, sin responder, consiguiendo que el otro lo mirase con evidente suspicacia.

—¿O es que te han tirado por la borda? Si vienes a por provisiones y no eres el patrón, no haré tratos contigo —le advirtió el enano con gesto hosco—. Bastantes líos tengo ya…

—No estoy embarcado —contestó al fin Assur.

—Ya me parecía a mí, hubiera sido mucha fortuna la mía hacer un negocio semejante… ¡En estos tiempos! ¡Has tenido suerte de que no te hayan linchado!

Assur no entendió a qué venía semejante afirmación y el enano se dio cuenta.

—No sabes de qué estoy hablando, ¿verdad? —lo instó el panadero con aire circunspecto.

Assur oyó a Thyre, que traspasaba el umbral y se acercaba hasta él. Después de girarse hacia ella y volver de nuevo a mirar al pequeño tahonero de aires tan suficientes, negó moviendo la cabeza de un lado a otro.

El enano miraba a la mujer que había entrado en su negocio con evidente interés y siguió hablando con aquella voz atronadora sin apartar los ojos de ella.

—A saber de qué guindo te has caído tú… Svend Barba Hendida anda como perro rabioso, después de quitarle el sitial a Olav de debajo de su mismo culo, ahora quiere cobrarle las rentas a Ethelred por haberlo ayudado a destronar a los de Haldr —dijo apresuradamente—. Cualquier día aparecerán dos centenares de navíos negros por ese apestoso río y quemarán esta ciudad hasta sus cimientos, o eso, o Svend colocará algún pariente en el trono de Ethelred. —A Assur le sonaba vagamente la cantinela, después de lo que había oído en Groenland aquello parecía lógico—. Así que ahora, mientras Ethelred siga temiendo que le arranquen los calzones a mordiscos, hasta el último de los vendedores de vinos francos que se ha instalado en la ciudad se atreve a mirarnos a nosotros con desprecio —aseguró el enano haciendo un gesto con su mano de dedos amartillados, como pretendiendo envolverlos a los tres en aquella disquisición—. ¿Podéis imaginarlo? Yo, que nací en estas tierras, en uno de los campamentos que instaló Ivar el Sin Huesos cuando arrasó esta maldita isla… ¡Desgraciados!

Assur supuso que el enano sería descendiente de alguno de los hombres que habían dominado aquella franja de la isla de los anglos que él mismo y Thyre habían atravesado para llegar a London.

—Nosotros hemos venido por tierra, desde Jòrvik, y pretendemos seguir viaje al sur. No queremos líos —aclaró el hispano—, solo un barco que nos lleve a Jacobsland o, si no hay otra opción, a Aquitania o Frisia.

El panadero rumió aquellas palabras tasando con la mirada a la pareja.

—Así que solo queréis cruzar el canal… —repuso el enano con aire pensativo.

Por un momento todos guardaron silencio, calibrándose mutuamente. Y, de improviso, el tahonero dio dos palmadas secas que levantaron nubecillas de harina, y Thyre no pudo evitar echar un pie atrás, sobresaltada por el ímpetu de aquel curioso personaje, vestido como guerrero, pero que parecía ejercer de pacífico panadero.

—¡Por Odín y todos los dioses! ¿Y dónde está mi hospitalidad? Pasad, pasad, tomaremos algo y brindaremos por este encuentro. Creo que tengo por ahí algo de hidromiel traído desde la mismísima *isla del hielo*…

Y el enano se echó a andar con ajetreo de sus piernas arqueadas, lleno de una seguridad y decisión que el propio Grettir el Fuerte hubiera envidiado.

Assur y Thyre, encantados de poder escuchar palabras que comprendían por

primera vez en días, lo siguieron sonriéndose cómplices, animados por la arrolladora personalidad del hombrecillo.

Tras el mostrador y los anaqueles llenos de bollos, roscas, tortas y panes de toda condición, estaba el horno, caliente aún a esa hora gracias a la piedra con la que estaba hecho. A un lado había un pequeño almacén, pulcramente ordenado, con una abundante provisión de leña menuda a lo largo de una de las paredes y, en la opuesta, montones de sacos de harina; del techo colgaban roldanas, poleas y anchas cinchas de cuero curtido que, según supuso el hispano, servirían al panadero para manejar aquellos pesos sin problema a pesar de su escasa talla. Más allá se veían en penumbra unas escaleras que debían conducir al piso superior, que, por lo que Assur intuyó, debía de ser la vivienda.

En la pared del fondo, aprovechando el tiro para dar calor a las piezas que hubiera en el piso de arriba, destacaba el horno, cerrado con dos grandes postigos de hierro, el superior para dar acceso a la gran solera de piedra donde se depositaban los bollos de masa y el inferior para servir de boca al quemadero, este último solado por una portezuela que permitía vaciar las cenizas. A su lado había una gran artesa de oscura madera y sencilla factura; la tapa, pulida por la continua labor del amasado, tenía una fina pátina de harina que la blanqueaba, y a los pies corría una tarima alargada con dos escalones para dejarle a Dvalin llegar al interior y poder trabajar.

El panadero rebuscó entre los sacos hasta hacerse con un barrilete que agitó con ansia, llenando el almacén de sonidos acuosos. Después consiguió para Assur un vaso mellado de cobre, para Thyre una sencilla copa de madera y, para él mismo, un bello cuerno labrado con filigranas. Tras servir raciones raquíticas a sus visitantes y llenarse su propio cuenco hasta rebosar, miró a la pareja con sus agudos ojos claros.

—¿Y qué se les ha perdido a dos nórdicos en un lugar como Jacobsland?

La respuesta solo podía ser la que ya habían dado en tantas ocasiones y, una vez más, no pareció resultar demasiado convincente.

—¿Peregrinos? Ya, y yo fui una vez tan alto como el mismo Thor, pero un chaparrón me cogió desprevenido y terminé encogiendo…

Assur no contestó y Thyre solo sonrió. El tono del enano les decía que su incredulidad también incluía la aceptación de la mentira, como si el panadero asumiese que el motivo del viaje de la pareja no era asunto suyo.

El tahonero apuró el contenido de su cuerno y se volvió a servir antes de hablar.

—Será mejor que empecemos de nuevo… Yo soy Dvalin, hijo de Hamal…

El enano hizo una pausa intencionada y Assur contuvo la pregunta a tiempo al notar la suspicacia del curioso panadero. Dvalin era, precisamente, uno de los nombres clásicos de los mitológicos enanos de las sagas nórdicas, pero era evidente que el tahonero no necesitaba que se lo recordasen, pues en sus ojos se veía un hartazgo palpable a las frecuentes chufas que su nombre debía de provocar.

—… Nací en Lindon, en los antiguos dominios del Danelagen conquistados bajo el estandarte del cuervo por los bravos Halfdan Ragnarsson e Ivar el Sin Huesos…

Thyre, encantada con el singular personaje, no pudo evitar sonreír al oír como el enano hablaba de sí mismo como si fuera el protagonista de una de las *eddas* recitadas por los escaldos. Pero ni ella ni Assur quisieron preguntar cómo, con tan nobles antecedentes, aquel que lucía aspecto de guerrero se dedicaba a amasar harinas y grano.

—Yo soy Ulfr Brazofuerte, y ella es Thyre, venimos de Groenland —presentó Assur escuetamente.

Dvalin contrajo el rostro valorando lo que intuía gracias a lo que aquella pareja callaba. Le habían caído bien, no habían hecho una sola mención a su estatura. Y tampoco habían puesto en duda su historia, a la que le faltaba algo de la sinceridad que siempre resultaba más fácil ocultar que revelar.

—Y… ¿ya tenéis barco apalabrado?

El enano Dvalin resultó un excelente aliado en aquella ciudad hostil. Aun a pesar de sus maneras grandilocuentes y su origen nórdico, parecía tener amigos hasta bajo las piedras de la vieja muralla romana; esa misma noche les consiguió alojamiento gracias a una viuda de imponente aspecto que respondía al rotundo nombre de Francesca Della Torre, una lombarda de pura cepa que tiempo atrás había huido de su Milán natal por culpa de las gabelas carolingias y un oscuro lío con un obispo implicado. Con la talla de un hombre corpulento, verla derrochando picardía al lado de Dvalin se antojaba más una broma que cualquier otra cosa, aunque, para regocijo de Thyre, la estrambótica pareja parecía llevar años manteniendo una curiosa relación íntima.

Después de un breve período de prosperidad, en el que las influencias traídas desde Milán habían servido a Francesca y a su marido para conseguir labrarse un modesto porvenir mercadeando con vinos en la llamada barriada de Vintry, donde los aquitanos tenían abiertas múltiples bodegas desde tiempo atrás, todo se había complicado. Un día su esposo, Pelagio, murió fulminado, sin aviso previo, quejándose de grave opresión en el pecho y de falta de aire y, desde entonces, Francesca había tenido que ir recurriendo a sus mañas para salir adelante. Había terminado en algún lugar a medio camino entre convertirse en meretriz, casera, mercachifle y adivina, gracias a una abuela mitad agarena mitad veneciana que le había enseñado a decir la buenaventura.

Tenía una casita de una planta, escondida en un rincón entre las tapias cubiertas de hiedra del caótico barrio de inmigrantes que crecía descontroladamente entre las anchas calles Cannon y Thames, ambas paralelas al cauce del gran río y próximas al arroyo Walbrook, que las cruzaba como queriendo desaguar los rumores y borrachos del cercano puerto. Era una vivienda bien arreglada, con un salón amplio y abierto a

la luz del día y un par de estancias que estaban separadas por simples colgaduras de lana basta y apretada. Sin duda, había conocido tiempos mejores, aunque ahora había que conformarse con el enjalbegado que la viuda le daba una vez al año a las paredes. Se mantenía a medias vacía, con los restos de los muebles que Francesca no había querido o no había podido vender. Estaba cerca de la iglesia dedicada al santo Stephen y del gran mercado de la zona de Cheap, lo que les permitía acudir a misa para dar sentido a su pretendida peregrinación y, de tanto en tanto, darse algún capricho gastronómico comprando arceas o alondras con las que satisfacer los eventuales antojos de Thyre.

Gracias a la intermediación de Dvalin, la viuda accedió a cederles uno de los modestos cuartos de la casa por un precio módico que no los obligaría a rascar el fondo de su bolsa si su espera hasta encontrar transporte se prolongaba. Además, desde la mañana siguiente, contento de ayudar a sus compatriotas en aquellas tierras extranjeras, el enano se comprometió a emplearse a fondo y hacer correr la voz entre sus conocidos. El panadero, que bien parecía tener tratos hasta con las ratas de los embarcaderos y las palomas de los campanarios, les aseguró que antes o después encontrarían el modo de salir de aquel albañal inmundo lleno de cobardes anglos.

Pero Assur y Thyre, que no podían saber los esfuerzos que Víkar hacía por encontrarlos, no se tomaron a mal la espera, la grandilocuente Francesca los cuidaba con mimo; les preparaba excelentes comilonas en las que abundaban el ajo y los quesos, y Assur disfrutaba compartiendo con Thyre los avances del embarazo. Muchas noches Dvalin se acercaba a visitarlos y les daba nuevas sobre la ciudad, el puerto y, sobre todo, los barcos; y después de disfrutar de alguno de los rustidos de la lombarda, que parecía querer alimentar al panadero como si pudiera conseguir que creciese tres palmos más, los jóvenes salían con alguna excusa sencilla y le dejaban intimidad a la discordante pareja; sin hacer preguntas indiscretas, conformándose con sonrisas cómplices, incluso cuando entendieron que Dvalin pasaba más tiempo en la residencia de la viuda que en la vivienda que tenía sobre su propio negocio.

Thyre empezó pronto a descubrir que la carga del pequeño que crecía en su interior tenía reservados para ella muchos más inconvenientes de los que imaginaba. Ahora que las náuseas parecían haber quedado definitivamente atrás, la pesadez y el dolor de espalda se convirtieron en la novedad y, muchos días, al llegar la tarde se sentía ya derrengada y sin fuerzas. Assur, esforzado y siempre dispuesto, la atendía con todo el mimo posible, preguntándole a menudo por cómo se sentía y si es que tenía algún antojo y, cuando no las traía el propio Dvalin en sus frecuentes visitas, el arponero se encargaba de acercarse a la tahona para conseguir las tortas que tanto le gustaban a ella; aunque él mismo seguía echando en falta, después de tantos años, el fuerte y macizo pan que su madre cocía en el horno de la pequeña casa de Outeiro.

Los dos esposos hablaban con frecuencia de sus expectativas de futuro y, mientras

las prácticas de castellano de Thyre se prolongaban en amorosas veladas de cuchicheos en baja voz para no importunar a la viuda, apartada de ellos únicamente por los bastos cortinajes, Assur le contaba a Thyre cosas sobre las verdes montañas y las interminables praderías garabateadas por ríos y arroyos. Le explicaba cómo sería su hogar, le hablaba sobre la bondad del clima y ella parpadeaba incrédula cuando él le decía que allí, en el sur, la nieve y el hielo solo estaban presentes en lo más crudo del invierno. Pensaban qué nombre le darían a sus hijos, qué cultivarían en sus huertos, qué animales comprarían: soñaban, y esos sueños los hacían felices.

Víkar vagó por la ciudad evitando y provocando líos por igual, pasando la mayor parte del tiempo en largos recorridos por el puerto, siempre ansioso por la posibilidad de encontrarse con sus presas.

Cada noche buscaba una taberna distinta en la que hacer preguntas discretas y dejar incentivos; no obstante, indefectiblemente, terminaba siempre borracho de alcohol y ahíto de frustración, desesperado por tener la oportunidad de despellejar a Ulfr. Sin embargo, necesitaba averiguar mucho más sobre los ritmos de los cargueros o las idas y venidas de los mercantes en el puerto y, aunque prefería pensar que había llegado a tiempo para evitar que se le escapasen, la incertidumbre lo carcomía.

Para resolver el problema del idioma optó por las bravas y, a las pocas noches de estar en London, buscó la más concurrida de las cantinas, un antro pestilente no lejos del mercado de Billingsgate cuyo descascarillado cartel de madera apolillada anunciaba como The Bald Swan. Y, tras pagar un par de jarras de carísimo vino franco, se puso a gritar a voz en cuello hasta que un ceniciento tipejo barbilampiño y escuálido que prolongaba las eses como si le fuera la vida en ello se le acercó.

—Yo puedo entender tu lengua…

Al tiempo que la concurrencia se olvidaba del revuelo y los más nerviosos enfundaban sus puñales, Víkar estudió al hombre. El pelo parcheado y las calvas delataban sarna, y los brazos huesudos y las piernas nudosas hablaban de hambre.

—¿De veras?

Tenía ojos saltones estampillados por pequeños iris castaños y una boca mugrienta de labios agrietados.

—Sí… Soy hijo de un esclavo liberado de uno de los burgos del Danelagen —aclaró como toda explicación.

El acento era, sin lugar a dudas, repelente, pero era evidente que sabía hablar la lengua de los nórdicos. Satisfecho, Víkar abrió las manos señalando las jarras de vino que le habían traído y el otro comprendió al instante.

—Estoy buscando a alguien —dijo cuando el sarnoso se hubo sentado.

—Pues esta es una ciudad muy grande —repuso el recién llegado mirando hacia el vino y pidiendo permiso con sus ojos de rana bien abiertos.

Víkar asintió y el otro se sirvió con impaciencia.

—¿Y de qué infecto agujero hediondo te has escapado? —preguntó el nórdico deseando saber algo más sobre su interlocutor antes de entrar en detalles.

—Mi nombre es Henry Smithson y nací en Dover, aunque ya no recuerdo cuándo —contestó volviendo a interesarse por el contenido de las jarras—. Parientes tuyos nos atacaron, mataron a mi padre y a mis hermanos, violaron a mi madre, quemaron la mitad de la aldea y yo y muchos como yo, los más jóvenes, fuimos vendidos en Jòrvik…

Resultó inquietante la apatía del relato, como si al propio Smithson no le hubiera importado. Víkar sabía que no habían sido los suyos los que se habían dedicado a expoliar las costas anglas, sino los de Danemark, como delataban los dejes del espantoso nórdico que el otro había aprendido, pero creyó más importante centrar la conversación en temas más interesantes.

—¿Y cómo sé yo que puedo fiarme?

Henry Smithson se encogió de hombros haciendo que el gesto lo emparentase con una comadreja tiñosa.

—Eso dependerá del pago, cuanto más alto sea, mayor la confianza —dijo con pasmosa naturalidad.

A Víkar le gustó la respuesta. Él necesitaba a un intérprete capaz de moverse por los barrios más pobres y por los embarcaderos, y también pretendía valerse de un correveidile que lo ayudase a esparcir las nuevas de la recompensa que estaba dispuesto a ofrecer, así que, evitando detalles, le explicó al anglo a quién estaba buscando, lo que dio tiempo al de Dover a vaciar la primera de las jarras.

—Bueno…, ahora, con las pretensiones de Svend, el ambiente vuelve a revolverse, pero los antiguos tratados de paz aún tienen algo de valía y sigue habiendo muchos como tú en la ciudad —aclaró pensativo—, la mayoría venidos desde el Danelagen, como yo mismo… Supongo que el mejor lugar para empezar a buscar sería el barrio de Dowgate, es donde suelen acabar todos los extranjeros…

Aquello era tan buen comienzo como cualquier otro para Víkar y, aunque no se esforzó por darle más detalles, se aseguró especialmente de recordarle que la recompensa sería cuantiosa; y también de sugerir que, no sin discreción, se corriera la voz de que estaba dispuesto a pagar por cualquier información que le llevara hasta aquellos que buscaba.

Henry valoró sus posibilidades, pero no le hizo falta pensar demasiado para caer en la cuenta de lo que le convenía hacer. Aquel nórdico de gesto hosco parecía muy capaz de quebrarle la cerviz de un golpe seco, pero también semejaba tan impaciente por encontrar a aquella pareja como para pagar un precio desmedido. Así, aunque sus tripas le decían que no, como solía pasarle a los hombres de poco espíritu, su avaricia pudo fácilmente vencer su escasa prudencia.

Faltaba poco para la festividad del santo Paul, patrono de la ciudad, y el verano se

volvía pesado con días húmedos y largos. Thyre se sentía cada día más embargada por las sensaciones que la colmaban a medida que su cuerpo cambiaba y el hijo de Assur crecía; el primer día que el bebé se había movido en su interior se sintió tan feliz que a punto estuvo de llorar. Ahora, con el estío encima, el tiempo bochornoso que el río proporcionaba a la ciudad no le ayudaba a sobrellevar la pesadez de su vientre, pero aun así, e incluso cuando la espalda y las corvas le dolían pidiendo un descanso, se sentía inmensamente alegre. Impaciente y deseosa de que llegase el día del nacimiento de su primer hijo.

Assur, tan encantado como su esposa, disfrutaba compartiendo con ella todas y cada una de las novedades, y muchas noches se dormía apoyando su mano en el vientre abultado de Thyre, sintiendo la vida que luchaba allí por abrirse camino. Sin embargo, un tanto más práctico que ella, también era consciente de que debía empezar a preocuparse por otros asuntos.

—O nos vamos antes de una semana, o tendremos que esperar a que el bebé haya crecido lo suficiente, no podemos afrontar un viaje tan largo de otro modo…

Dvalin asintió distraídamente, pues había centrado su atención en los devaneos de Francesca, que, con manos grasosas por las lonjas de tocino, mechaba pequeños pichones rellenos de olivas majadas, explicándole a Thyre lo que hacía en una espesa mezcolanza de todos los idiomas que chapurreaba. La islandesa asentía como si comprendiese mientras preparaba los espetones que usarían y, entre sonrisas, miraba de tanto en tanto a su esposo buscando de él algún gesto cómplice.

En un cacharro al fuego se pochaban las verduras de temporada que habían troceado como guarnición y toda la estancia se llenaba del olor de sus preparados.

Mientras las mujeres terminaban con la cena, Assur y el panadero, después de haber contribuido limpiando y troceando un hato de abrojos frescos, charlaban sentados a la mesa de roble que la viuda conservaba. Dvalin trasegaba cerveza y el hispano, con la silla de costado y las piernas dobladas para apoyar los pies en el travesaño que unía las patas, terminaba los detalles del labrado de aquella cajeta de colmillo de morsa que había empezado a trabajar tanto tiempo atrás, cuando se embarcara en el Gnod rumbo a las desconocidas tierras de poniente.

—Si apareciese ahora mismo un barco con destino a Jacobsland, no sabría qué decisión tomar…

El enano, después de voltear los ojos, probablemente imaginando lo que esperaba de la viuda para esa noche, centró de nuevo su atención en Assur antes de contestarle.

—Ya te dije que ese carguero a Bayonne de hace un par de semanas era una buena opción, te lo advertí.

—Lo sé, lo sé, pero de habernos embarcado, hubiera significado tener que completar treinta o cuarenta jornadas más a pie hasta Compostela —se quejó el hispano—, aunque nos llevásemos nuestras monturas o comprásemos otras, una vez

cruzado el canal, sería un esfuerzo demasiado grande para ella —afirmó girándose para mirar hacia donde las dos mujeres trasteaban—. No puedo abordar sin más cualquier cascarón que cruce el canal…

Assur no quiso enredar con sus dudas, la ayuda del otro estaba resultando inestimable y haber dejado en sus manos la búsqueda de pasaje los libraba a él y a Thyre de largas caminatas infructuosas por los embarcaderos.

Por su parte, Dvalin empezaba a pensar que, para su inmenso tamaño, el otro resultaba un tanto blando, y aunque estaba encantado de ayudar a dos que sentía como compatriotas, temía que sus esfuerzos fueran en vano.

—Creo que te preocupas demasiado, ella es fuerte y, sea lo que sea lo que crece en su interior, también lo será, a fin de cuentas, tú eres el padre —añadió el panadero pinchando con su índice achatado el músculo del brazo que Assur apoyaba sobre la rodilla mientras labraba el colmillo—. Habéis llegado hasta aquí, ¿no?

El hispano abandonó por un momento el cuchillo y pensó en lo que acababa de decirle su nuevo amigo.

Aquella misma noche, mirando el perfil dormido de su esposa y todavía con el sabor ajado de los guisados de Francesca en el gaznate, Assur luchó contra la falta de sueño pensando en las palabras de Dvalin.

Desde aquella aciaga mañana en que su vida se había roto a la vez que su hogar ardía, Assur había estado deseando recuperar lo que había perdido. Y sabía que muchos habían quedado atrás, pero aun así también había querido construirse un refugio de esperanzas que le había servido para seguir adelante sin rendirse ante las adversidades. Sin embargo, ahora que aquello con lo que había soñado estaba tan cerca, la sinceridad sin tapujos del enano le hacía darse cuenta de que deseaba, tanto como temía, lo que iba a suceder. Incluso sin imaginar que, no muy lejos, el esmirriado Henry Smithson obedecía las órdenes de Víkar, buscándolo a él y a su esposa.

La noche se fue encontrando más cómoda a medida que las horas avanzaban al ritmo de las campanadas del más del centenar de iglesias que atestaban London. Y, buscando respuestas que el entramado de vigas del techo no escondía, Assur oyó como Dvalin se despedía de Francesca entre susurros y se marchaba a la tahona para amasar la hornada del día.

Cuando el enano se fue, Assur, hastiado, se levantó procurando no hacer ruido y, teniendo cuidado de que los herrajes del portón no chirriasen, salió al fresco de la noche. Pero no encontró la paz que esperaba, demasiado acostumbrado a los espacios abiertos y a las cubiertas de los navíos, el opresivo horizonte de aquella callejuela de la ciudad, con sus altos muros, sus hedores y su desolado aspecto, le pareció una prisión.

Algo abatido, se dejó caer en el escalón de entrada y, mirando al suelo, se dio

cuenta de que, tumbo tras tumbo, había terminado por convertirse en un paria desarraigado.

Cuando alzó de nuevo la vista, vio a un gato que, desde el otro lado de la calle, lo miraba con suspicacia entornando enormes ojos amarillos. Era un bonito animal de largo pelaje gris rayado de oscuro, sentado sobre los cuartos traseros y con el rabo enrollado sobre las cuatro patas, apretadas en apenas una pulgada.

Assur extendió uno de sus brazos con la mano abierta y le chistó suavemente animándolo a acercarse. El gato inclinó la cabeza a un lado, como valorando la proposición, pero no se movió. Testarudo, el hispano movió los dedos queriendo llamar la atención del animal, invitándolo de nuevo a acercarse, y como respuesta solo recibió un corto maullido grave.

Olvidándose de sus preocupaciones, el antiguo ballenero entró en la casa procurando no hacer ruido y se hizo con una de las carcasas que habían quedado tras la cena. Al girarse de nuevo hacia el quicio de la entrada, descubrió que el gato había cruzado la calle y lo miraba con curiosidad desde el ruedo de la puerta.

Assur se acercó con pasos tranquilos y movimientos suaves, desmigando los restos de carne pegados a los huesecillos del pichón y el felino respondió con un nuevo maullido circunspecto.

Al llegar al umbral, bajo la escasa luz de una luna menguante y las pocas estrellas que se libraban del manto de nubes, el animal se echó atrás sin dejar de mirarlo, indeciso pero demasiado tentado como para salir corriendo.

Acuclillándose, Assur extendió de nuevo el brazo y le tendió las migajas al animal, que movía cómicamente el hocico, anticipando el bocado sin llegar a atreverse. Durante un buen rato, ambos se estudiaron valorando sus opciones hasta que, finalmente, y no sin desconfianza, el felino encontró los redaños que le hacían falta para acercarse.

A Assur se le combaron los labios con una sonrisa y el gato respondió con un maullido corto y bajo. Seguía mirando al humano con recelo, pero era evidente que el incentivo le resultaba apetitoso. Posando sus patas como si el suelo quemase, alzó el rabo plumoso y agitó sus orejas, decoradas con largos pincelillos de pelos grises. Y, cuando ya estaba a su lado, estiró el cuello arrugando el hocico negro y sacudiendo los largos bigotes. Dio un paso alejándose tímidamente y, arrepentido, miró a Assur con una expresión franca, sopesando una vez más la situación. Luego, lanzándose hacia delante con la rapidez de la suspicacia, cogió entre los afilados dientes la carne que Assur le ofrecía. Se echó de nuevo atrás, dejó caer el bocado al suelo y, solo tras olisquearlo, se decidió a comerlo.

Después de tragar se pasó la lengua rasposa por el canto de su mano peluda y, con simpáticos gestos hacendosos, se frotó los morros y bigotes para limpiarse los restos de grasa.

Assur le ofreció entonces la carcasa entera y el gato, algo más confiado, se acercó de nuevo, dándole tiempo esta vez a acariciarlo por un momento, con el pudor de una jovencita tímida. Luego echó los dientes a los restos del pájaro y se alejó corriendo con ellos, abriendo mucho las patas delanteras para hacer sitio a la carcasa del pichón.

Viéndolo marchar en dirección a los desaguaderos que daban al Thames, Assur sonrió de nuevo, sintiéndose de pronto mucho mejor.

Henry Smithson le había mentido a su nuevo patrocinador, había pasado su infancia y adolescencia como esclavo, pero jamás había sido liberado, se había escapado y había sobrevivido como fugitivo en los convulsos bosques de Sherwood, en pleno Danelagen, huyendo de nórdicos y anglos por igual mientras unos y otros se peleaban por el control de la zona.

Con el paso de los años, a medio camino entre la mendicidad y la delincuencia, el hijo del herrero de Dover había ido sobreviviendo a duras penas sin más gloria que la de ocasionales robos afortunados a algún acaudalado despistado, ya fuera en los abastos de Cheap o en cualquier otro de los populosos mercados de London, donde había terminado cuando el hambre del frío invierno de los bosques lo había empujado a buscar las provisiones de la ciudad.

Ahora, encantado de sacar ventaja a la lengua aprendida en sus años de cautiverio, aprovechaba la oportunidad que el hosco Víkar le brindaba para reunir unos buenos dineros. Contento como una comadreja en un corral cerrado y dispuesto a conseguirse el mayor beneficio posible, cumplía escrupulosamente las órdenes del nórdico, tomándose únicamente la libertad de sisar lo justo de la plata y preseas que Víkar le proporcionaba para sobornar a estibadores, cantineros, capataces y tenderos de medio London.

Sin embargo, a pesar del insondable dispendio del nórdico, Henry no conseguía encontrar a la pareja que buscaba su patrón y era consciente de que Víkar comenzaba a impacientarse. El verano avanzaba y la enormidad de la ciudad empezaba a resultar una excusa pobre e inútil a la que su jefe se había acostumbrado demasiado rápido.

Sabedor de su necesidad de prontos resultados, Henry tentó a Víkar con algunos rumores ingeniados, pretendiendo darle ciertas esperanzas sobre posibles pistas que sirvieran para soltarle los cordones de la faltriquera y así, continuar aprovechándose. Además, para distraer el ímpetu del nórdico, Henry le buscaba con asiduidad díscola compañía femenina que lo desfogase. Sin embargo, aquella misma noche, cuando se encontraron en una de las mesas del Bald Swan, tal y como habían acordado, el ceño fruncido de Víkar fue acicate suficiente para que Henry se diese cuenta de que la paciencia de su patrón se estaba terminando.

—Tengo buenas noticias —mintió el de Dover sentándose frente al nórdico—, conozco a un raterillo que se gana el pan en las cercanías de la iglesia del santo

Botolph —se inventó Henry sobre la marcha—, y esta misma tarde me ha contado algo interesante —dijo abriendo aún más sus ojos saltones y dejando la frase en suspenso.

Víkar no pareció impresionarse y pidió otra jarra del vino especiado al que se había hecho desde su llegada a London.

—Está seguro de que los vio hace un par de días saliendo de la iglesia, después del servicio…

El nórdico resopló cansinamente mientras se vertía una abundante ración.

—¡No hay duda! Tenían que ser ellos —insistió Henry encogiéndose al ver que el rostro del nórdico se mantenía impasible.

Víkar vació el vaso de barro y se pasó el dorso de la mano por los labios y el bigote.

Henry se estrujó sus dedos mugrientos de largas uñas sucias pensando en algo más convincente que decir.

Era temprano y había pocos parroquianos: unos cuantos canteros cubiertos del polvo de la piedra que se pasaban el día picando, el maestro jefe del gremio de curtidores, un obeso beodo que siempre llegaba al Bald Swan a tiempo para ser el primero en emborracharse, y dos tipos con pinta de caballeros venidos a menos que, con sus gambesones raídos y sus botas agujereadas, parecían esperar una guerra que les granjease una oportunidad sobre la que solo ellos sabían la verdad.

Víkar se alzó de pronto, haciendo bailar la mesa y tirando el taburete en el que había estado sentado, y echó la mano al pescuezo de Henry con un gesto brusco que tumbó la jarra y desperdició el vino. Antes de que el otro pudiera reaccionar ya le apretaba la gorguera imberbe con dedos de hierro.

—¡Escúchame, sapo inmundo! Tienes una semana…

Todos se giraron ante el estruendo, pero nadie dijo nada, mientras la gresca se quedase en una sola mesa no pensaban intervenir, así solía ser en el Bald Swan, donde cada cual sabía que no debía probarse las botas del vecino.

Henry, boqueando como una caballa en la red, empezaba a palidecer al mismo ritmo que sus labios azuleaban.

—Si no los encuentras antes de una semana, te rajaré tu mugriento vientre, te sacaré las tripas, las ataré a un pilote del puerto, te tiraré al río y te obligaré a nadar dejando tras de ti las inmundicias que guardas en tu merdoso ser…

Y luego lanzó al pobre desgraciado como a un pelele.

Mientras Henry gateaba intentando recuperar el aliento con roncos silbidos, Víkar retomó el asiento y pidió otra jarra de vino.

—¡Una semana!

—Os están buscando —anunció Dvalin sin preámbulos.

Assur se alegró de que Thyre hubiese ido con Francesca al mercado.

—¿Estás seguro? ¿A nosotros?

Dvalin, tras su mostrador, inclinó la cabeza y se rascó el cogote con gestos absurdamente exagerados.

—A lo mejor —dijo el enano con retranca—, te crees que aquí los gigantones con acento raro y cicatriz en la mano derecha brotan en las esquinas, especialmente ahora que ha llegado el calor, que es cuando florecen los de ojos azules con preciosas muñequitas de pelo ondulado colgadas del brazo… ¡Claro que estoy seguro!

Assur no tuvo que pedir detalles para imaginarse quién los estaba buscando. Sin embargo, Dvalin lo miraba esperando respuestas y el hispano se sintió obligado a decirle la verdad.

—Es una larga historia…

El enano salió de detrás del mostrador sacudiéndose malamente la harina que lo cubría y se acercó a Assur echando la cabeza atrás para mirarlo a los ojos.

—Hace tiempo que no me emborracho antes del mediodía, los años me han hecho perder las buenas costumbres. Pero creo que hoy es una ocasión tan buena como cualquier otra… Cerramos el negocio, nos vamos a una taberna que conozco en la calle Lombard y me cuentas lo que te apetezca —le dijo sonriendo con sorna—. Y mañana, cuando se nos pase la resaca, nos vamos a buscar a ese malnacido, le arrancamos la cabeza a golpes y escupimos en su garganta palpitante a tiempo para que sus ojos moribundos lo vean…

—¿Recuerdas cuando el otro día me preguntaste de dónde venía eso de Brazofuerte?

El enano inclinó su rostro repetidas veces, asintiendo con impaciencia, y Assur contó su historia, pero solo a partir del momento en que, gracias a aquel lanzamiento de ochenta yardas, había conseguido un puesto en el Mora. El resto se lo guardó. Procuró ser escueto y ceñirse a lo fundamental y, mientras hablaba, Dvalin no interrumpió; se dedicó a beber la abundante cerveza tibia que les iban sirviendo en aquella covacha que había elegido en la calle de los inmigrantes lombardos. Un lugar en el que, por lo que Assur pudo ver mientras sorteaban carretas y porteadores, todo el mundo saludaba con respeto y cariño a su pequeño amigo, y el hispano supuso que la relación de aquel con Francesca era la explicación.

El figón era un local estrecho como las caderas de una de esas beatas del Cristo Blanco, según el propio Dvalin. Y al enano le gustaba porque tenía buena amistad con el tabernero, un tipo obeso de rechonchas mejillas que era hijo de emigrados lombardos y llevaba el nombre de Carlo; ya que era precisamente allí donde solía adquirir olivas importadas de la Brixia natal de Francesca, un antojo caro y difícil de encontrar en London, pero que, como bien sabía Dvalin, la viuda adoraba. Y, gracias a la confianza con el cantinero que sus frecuentes compras le habían granjeado al tahonero, los dos amigos habían conseguido un tranquilo rincón al fondo del angosto

tugurio, lejos de miradas indiscretas.

—O sea, que el responsable no es ese sapo escurrido de ojos saltones que lleva semanas cagando plata en todos los mentideros de la ciudad…, sino ese tal Víkar.

Assur asintió jugueteando con su propio vaso y pensando en su esposa y en su futuro.

—Y… ¿qué piensas hacer?

No hubo contestación y el flemático enano porfió.

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

Assur no pudo evitar reírse recordando al glotón felino con el que se había topado la noche anterior y Dvalin estuvo a punto de estampar la rebosante copa de cerveza que acababa de servirse en la cabeza del hispano.

—¿Se puede saber qué te resulta tan gracioso? —dijo conteniéndose.

—Es solo que me has recordado algo —repuso Assur relajando la expresión mientras el enano lo miraba inquisitivamente.

—¿Algo relacionado con mi estatura? —preguntó Dvalin con un frío aire suspicaz sin soltar su copa.

El hispano negó con la cabeza mientras contestaba.

—Oh, vamos… Claro que no, ya sabes que el único problema con tu estatura lo tengo cuando he de preocuparme de cogerte en brazos para que puedas besar a Francesca…

Assur terminó la frase sonriendo y cambiando la seriedad inicial por un tono mucho más gentil.

—¿Por qué no te tiras al río a ver si encuentras ranas con pelo? —replicó el panadero haciendo aspavientos con las manos y echándose hacia atrás en su silla.

Dvalin, más por orgullo que por haberse sentido realmente ofendido, mantuvo su pose enfurruñada durante un buen rato, echándose al coleto pequeños sorbos de la amarga y espesa cerveza, lo que le dio tiempo al hispano para pensar con calma.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó finalmente el enano cuando la curiosidad pudo más que la soberbia.

Assur se tomó su tiempo antes de responder.

—Nada…

Al pequeño panadero se le destensó el rostro con un gesto que aniñó aún más sus rasgos infantiles.

—Nada —repitió el hispano con pesadumbre—, estoy cansado. Ya ha habido suficientes muertes…

Dvalin se revolvió rápidamente, como un animalillo al que hubieran pisado el rabo.

—¿Es que piensas que se va a cansar de ir tras vosotros? ¿O es que crees que os está buscando para invitaros a cerveza? —preguntó inclinándose sobre la mesa y

cogiendo la jarra tan bruscamente como para salpicar goterones de espuma en la tablazón—. ¿Acaso piensas esconderte como un cobarde?

Algo brilló en los profundos ojos azules de Assur y el enano calló de golpe.

—No se trata de ser o no cobarde… No es una cuestión de agallas, es solo que estoy harto…

Dvalin se había pasado su vida deseando ser grande y fuerte como lo era Ulfr, capaz de quebrarle el pescuezo a cualquiera sin otra arma que las propias manos. Blanco continuo de las burlas más crueles desde su infancia, hacía ya muchos años que el enano se había prometido a sí mismo que jamás permitiría que una ofensa quedase sin respuesta, por lo que no entendía a qué venía la calma de su amigo.

Sin embargo, a pesar de sus dudas, el tahonero consideró un momento lo que le estaban diciendo, y terminó asintiendo después de que Assur hubiera tenido tiempo de juguetear un poco más con su sobada copa.

—Pero… hasta ahora solo hemos tenido noticias vagas sobre barcos con destino a Jacobsland. Aquí ya hay más iglesias que burdeles y aun así parece que los anglos prefieren ser putañeros antes que peregrinos…

Assur no podía negar lo evidente. El enano tenía la razón consigo, en las lunas que llevaban en London las referencias sobre navíos en travesía al norte hispano habían sido escasas y poco fiables.

—Puede que tengas que esperar hasta la temporada que viene —insistió Dvalin.

—Puede. Especialmente con el embarazo de Thyre… Pero no buscaré una confrontación —añadió Assur con una firmeza obviamente inquebrantable.

El enano se guardó lo que hubiera querido decir, convencido de que su amigo se equivocaba. Pero también seguro de que, sabiendo como sabía que la cabeza del otro era aún más dura que un canto, Ulfr no cambiaría de opinión.

Sin darle oportunidad al panadero de decir algo más, el tabernero se acercó para charlar afablemente y, de paso, como si el asunto no fuese de su incumbencia, comentar que había recibido nuevos barriles de olivas. Ni Assur ni Dvalin lo interrumpieron y, mientras el cantinero hablaba, el enano miraba de tanto en tanto al arponero, que actuaba como si la conversación que acababan de mantener no hubiera existido jamás.

Perdida la atención de Dvalin, que no parecía interesado en la ganga que le ofrecía, el tabernero, sintiéndose incómodo, pero no queriendo ser descortés, buscó cualquier otro tema de conversación, para no despedirse sin más. Resultó que, como muchos otros en aquella isla cuajada de arroyos, tenía afición por ir al río y, caña en ristre, solía pasear las riberas en busca de escalos, cachos y anguilas. Lo que Ulfr aprovechó para seguirle la corriente hablando de anzuelos y liñas, contándole también sobre aquellas truchas de vivos colores que había pescado en Vinland.

El hispano habló de todo lo que se le ocurrió con tal de no darle oportunidad a

Dvalin para retomar la charla que habían dejado pendiente.

Se entretuvieron hasta la tarde, charlando amistosamente sin más preocupaciones que el suministro de cerveza. Y, un tanto ebrios, se despidieron con promesas grandilocuentes y palabras efusivas, como amigos de toda la vida. El tabernero, imbuido de la amistad promovida por el alcohol, incluso le regaló a Assur unos anzuelos vestidos con plumas e hilos atados, a la sazón de bichos y moscas de ribera que, según dijo, estaban muy en boga entre los de la isla. Agradecido, el hispano pagó con generosidad y, sin saber en qué otro sitio ponerlos, se guardó aquellos curiosos anzuelos, que casi parecían vestidos para una recepción real, en la cajeta de colmillo de morsa que había venido labrando.

Dvalin había conseguido disimular después de la cuarta o quinta ración de cerveza, pero ya había tomado su decisión antes de que los dos pescadores empezasen a contarse mentiras sobre el tamaño de los peces que habían capturado. Para el enano no había sentido alguno en la reacción de Ulfr. Y él sabía bien que, cuando se deja a un matón campar a sus anchas, al final, se pagan las consecuencias; por lo que Dvalin rumiaba cómo y qué hacer al respecto.

Al llegar a casa de Francesca fueron recibidos por las reprobadoras miradas de sus mujeres, que no supieron ver con buenos ojos el hosco talante de la tajada del enano ni el ausente temperamento de la borrachera de Assur. Pero ambas estaban enamoradas y, aun sabiéndose con la razón, perdonaron los excesos de aquellos niños grandes y les pidieron que aguardaran y se comportaran como debían mientras terminaban de asar la pitanza.

La casita estaba llena de los olores de la receta de Francesca. La noche se anunciaba con la pereza del verano, anticipando las nieblas de la amanecida siguiente. Fuera, en la calle, las madres llamaban a sus hijos para que dejasen de corretear y se preparasen para la cena.

Mientras esperaban a que el par de liebres que la viuda rustía al fuego terminase de hacerse, Dvalin supo que no podía dejar tras de sí todo aquel asunto así, sin más.

Henry Smithson nunca dudó de la veracidad de las amenazas de Víkar. Y el cañuto ya suponía que no le quedaría otro remedio que huir y esconderse en la espesura de los bosques anglos, de nuevo entre forajidos y bandoleros, cuando un golpe de suerte le permitió convencer a su patrón de que había encontrado, por fin, un rastro fiable.

De hecho, como si hubiera podido intuir los sentimientos de su confidente, Víkar no esperaba que aquel enclenque de ojos saltones se presentase a la cita, pero lo hizo, luciendo una grimosa sonrisa que le causó al nórdico la misma sensación incómoda que meter la mano en las entrañas de una becada que llevaba demasiado tiempo oreada.

Dvalin sabía que su estatura podía resultar llamativa, pero también que le permitía

ocultarse fácilmente en las calles atestadas, y no le costó seguir a aquel tipejo con aspecto de sapo arrollado por las ruedas de un carro recién cargado en las dársenas. A media tarde, cuando dejaba preparados el fermento y la harina para la masa del día siguiente, lo vio husmeando a la entrada del negocio y recordó las palabras de quienes lo habían advertido días antes. Tenía que tratarse del indeseable contratado por el tal Víkar para encontrar a Ulfr.

Y así, por el poco cuidado que tuvo Henry al cumplir el encargo, Dvalin pudo tomar partido en aquel enrevesado asunto, aun a pesar de lo que su nuevo amigo le había dicho.

Después de ver a aquel indeseable fingiendo ante su negocio, el panadero siguió pretendiendo indiferencia y, entre las visitas al mostrador para atender a alguna matrona que se había retrasado con las compras del día o a los desdichados que, por ahorrar, pedían pan rancio, continuó con sus quehaceres. Valiéndose de sus poleas y artilugios, trasladó los sacos de harina que necesitaría y amontonó la leña que le haría falta para templar el horno en la madrugada. Y hubo de pasar un buen rato disimulando antes de que el otro se decidiera a marcharse.

Echando un vistazo distraído a la concurrida calle, lo vio alejarse dejando tras de sí un olor a albañal reseco y Dvalin se apuró a cerrar el negocio. Mientras daba vueltas a la llave buscó a un chiquillo harapiento al que darle uno de los nuevos mancusos acuñados por el rey Ethelred a cambio de llevar recado a casa de Francesca: esa noche se retrasaría.

Había ido tras él, sorteando a otros transeúntes y manteniendo una distancia prudencial. En su camino ambos se fueron cruzando con los carpinteros de ribera y los oficiales de los astilleros, que habían terminado su jornada, con los tenderos que, como Dvalin, habían echado ya el pestillo, con niños roñosos que jugaban a la piedra o luchaban, con los carboneros del puerto, cubiertos por el negro polvo que les dejaba el trajín diario, con yegüerizos y mozos de cuadras, con cordeleros, herreros y una legión de menestrales, capataces, oficiales y aprendices; la ciudad se recogía y, como si hubieran recibido una señal, también pasaron junto a las fulanas que empezaban a surgir de los callejones, como gusanos de una manzana al fuego.

Tras unas cuantas vueltas por callejuelas cada vez más estrechas, Dvalin vio girar a su presa bajo el letrero desportillado del Bald Swan y, sabiendo que llamaría demasiado la atención si se metía en la taberna, se dispuso a esperar. Compró una empanada de carne en un puesto callejero que inundaba los alrededores con el olor del sebo cocinado y buscó una esquina oscura en la que acechar sin ser visto.

Aún no había terminado de chupetearse los dedos grasientos cuando aquel esmirriado con más ojos que cara salió de la taberna con una amplia sonrisa que le retorcía el mentón. Entonces, Dvalin tuvo que tomar una decisión y optó por aguardar. Si lo había despachado con tanta premura, probablemente se debía a que

Víkar querría más detalles, así que el enano se imaginó que, antes o después, sorprendería a aquel tipejo rondando su negocio en busca de Ulfr o Thyre, o quizá para seguirlo a él mismo.

El nórdico tardó un buen rato en salir del Bald Swan y, cuando lo hizo, se tambaleaba ebrio de un lado a otro. Era obvio que había aprovechado su tiempo en la taberna, pero aun borracho como estaba resultó evidente para Dvalin que aquel era un tipo peligroso.

Parecía un poco más bajo que Ulfr, pero más grueso, con el vientre hinchado por la cerveza y los excesos de carne, aunque el enano se hubiera apostado el valor de dos hornadas a que se mantenía firme, sin restarle agilidad a su dueño. Sus brazos eran fornidos y de muñecas gruesas, acostumbrados a alzar las armas que portaba a la cintura. Tenía el cabello y la barba oscuros y sus ojos eran claros, aunque Dvalin, por la distancia, no pudo distinguir el color. Era todo lo que el enano hubiera querido ser y parecer, y Dvalin no pudo evitar sentir un resquemor bilioso que le sirvió de acicate.

Lo siguió ayudado por la oscuridad y las sombras de la noche que se cernía en la ciudad, llenándolo todo con una brisa fresca que revolvía los hedores y las miasmas de los miles de almas que llenaban la ribera del Thames. Las ratas del puerto campaban pegándose a los frisos de las fachadas, camino a los muladares y, mientras los vagabundos las cazaban para evitar morir de hambre, los noctámbulos buscaban entretenimiento.

Cuando llegaron a los embarcaderos el nórdico se detuvo junto al río. Dvalin, que no lo perdía de vista, se agazapó entre cajas vacías, en un tramo de adoquines que brillaba por las escamas sueltas del pescado que se había trajinado en el cercano mercado de Billingsgate. Víkar, pese a su ebriedad, se subió con equilibrio envidiable en uno de los pilotes y orinó ruidosamente haciendo su aportación alcohólica al maltratado Thames, que a esa altura ya recibía las aguas de las sangraduras, achiques y desagües de gran parte de la populosa ciudad.

Luego lo vio rondar con familiaridad hacia el oeste, remontando el río hasta el salón de la cofradía de boteros para, después de titubear en un par de bocacalles, internarse en los callejones transversales a la vía del Thames. Después de un centenar de pasos se acercó a un corrillo de mujeres que, por los apretados corpiños y los llamativos colores con los que se habían pintarrajeado, anunciaban su oficio eficientemente.

Víkar eligió a la más alta, una mujerona corpulenta de amplias curvas con cierto aire a potranca desgarbada. Entre risas y palabras incoherentes que solo necesitaron la traducción que aportaron las monedas que le entregó, se echaron a andar.

Torcieron varias veces, regresando hacia el este. Y Dvalin la vio a ella hacerle arrumacos cariñosos al nórdico. Acabaron en una posada de mala muerte en el primer

piso de un caserón ajado oculto en uno de los callejones que daban a la calle del puente.

Viéndolos subir por la escalera que corría por el lateral de la vivienda para dar acceso a los hospedados, Dvalin se dio por contento. Ya sabía lo que necesitaba. Ahora solo le faltaba esperar a que el otro volviese a rondar alguna vez la panadería.

Thyre se sentía muy pesada y torpe, casi incapaz de hacer hasta las tareas más pequeñas. Y aunque no estaba segura, por sus cuentas todavía faltaba, al menos, una luna para el parto. Sin embargo, le daba la impresión de que la vida en su interior luchaba ya por abrirse paso, el bebé parecía ser inquieto y se movía a menudo. A veces le dolía la cabeza y se sentía mareada, con fiebres ligeras que le cuarteaban los labios, y sus manos y pies estaban siempre tan hinchados que a ella le resultaban grotescos por mucho que su esposo le dijese una y otra vez que seguía siendo bella y hermosa. Y, pese a que obedecía a la viuda como una chiquilla complaciente, empezaba a hartarse de la cantidad de ajo que Francesca la obligaba a comer para, según decía, ayudarla a sobrellevar los males de la gravidez.

Assur se esforzaba por recordar lo poco que Jesse le había contado sobre el milagro de la preñez de las mujeres, pero entre los años pasados y el poco tiempo que el médico hebreo había dedicado a aquel misterio en sus lecciones, poco más podía hacer que intentar convencer a su esposa de que todo saldría bien.

—Los escotos, cuando las ovejas están preñadas, las llevan a los peores pastos de los terrenos altos. Una madre debe pasar hambre —dijo Dvalin con vehemencia.

Francesca negó enérgicamente. Y, como siempre, mezcló el dialecto de su tierra natal, el idioma de los anglos y el nórdico que había aprendido del enano para chapurrear su desacuerdo.

—No, no… Tiene que comer por ella y por el bebé…

Thyre los miró a ambos divertida, ahogando un gemido de dolor porque el bebé parecía un poco más revoltoso de lo normal. Assur se dio cuenta y la miró con preocupación hasta que ella negó suavemente con la cabeza.

Estaban todos en la casa de la viuda, disfrutando tranquilamente de la charla de sobremesa tras la cena y, aunque Assur quería preguntarle al enano por su curioso comportamiento de esos días, la conversación, como tantas veces en los últimos tiempos, la acaparaban las mujeres con los detalles del embarazo.

—¿Y tú qué sabrás de embarazos y partos? —preguntó Francesca con retranca mal disimulada—. ¿Te piensas que como apenas has crecido lo recuerdas mejor? —terminó la viuda entre risas.

Dvalin, que no le hubiera consentido una chanza así ni al mismísimo rey Ethelred, contuvo la risa y fingió enfado. Estuvo a punto de decir una grosería, mentando lo poco que parecía importarle su estatura a la lombarda cuando en el asunto estaba la cama de por medio, pero calló por deferencia a Thyre, que sonreía con mesura.

Assur, pensando que la charla podía desembocar en palabras menos agradables si se empezaba a hablar del tamaño de los críos, pensó en aprovechar para preguntarle a Dvalin por las escapadas tempranas de las últimas noches, pero Thyre se le adelantó.

—Nunca me has hablado de tus partos… —insinuó Thyre con curiosidad, pero sin atreverse a preguntar de modo directo.

Una sombra cruzó la expresión de la viuda y Dvalin la miró consternado, haciendo que Thyre se sintiera mal al instante, sabedora de que, por algún motivo que desconocía, había metido la pata.

Francesca, recuperando su habitual aire de jovialidad, mudó pronto el gesto, pero sin llegar a decir nada.

—Esa es una historia triste y larga que no merece la pena ser contada —intervino el enano mirando a su amante con preocupación.

La viuda siguió en silencio, intentando componer su rostro con un aire de indiferencia y Thyre, haciendo un esfuerzo notable, se levantó para ponerse tras ella y apoyarle las manos en los hombros.

Assur miró a su esposa intentando decirle que no se preocupara, pero veía en sus ojos la consternación que sentía.

—Pues no te quejas de mi estatura cuando me bajo los pantalones. Para eso, parece que he crecido lo suficiente… —los sorprendió a todos Dvalin soltando de golpe la grosería que se había guardado para sí poco antes.

Francesca rio con franqueza, y negó una vez más con la cabeza limpiándose una lágrima furtiva que se le escurría por la mejilla derecha.

El embarazo de Thyre volvió pronto a centrar la conversación y no fue hasta algo más tarde, cuando ya pensaban en acostarse y las mujeres se entretenían charlando la una con la otra, que Assur pudo hablar con el enano.

Sin muchos detalles, Dvalin le explicó la triste historia de la viuda, que antes de perder a su esposo había dado a luz a casi media docena de niños que nacieron muertos y a dos que solo vivieron un par de días, algo de lo que Francesca no había podido recuperarse jamás y, según el enano, la causa segura de que la lombarda hubiera tomado tanto cariño a Thyre.

Después de escuchar a su amigo, Assur le preguntó finalmente por aquellos escarceos de los últimos días. Pero Dvalin respondió con mentiras y el hispano, que empezaba a conocerlo bien, se temió lo peor.

Dvalin no había vuelto a ver a aquel enclenque de ojos saltones, al que uno de los estibadores del puerto, que había recibido las monedas de Víkar, identificó como Henry gracias a un nuevo soborno del enano. Aunque el tahonero supuso que el hecho de no haberlo pillado espiándolo no significaba demasiado y, por eso, cada día se aseguraba muy mucho de no seguir la misma ruta para llegar hasta casa de Francesca, haciendo siempre paradas incoherentes en cualquier taberna e intentando

despistar a cualquier posible perseguidor con alguna carrera entre bocacalle y bocacalle después de haber tomado una intersección. De hecho, en un par de ocasiones hasta se había quedado a dormir en el negocio, acomodado entre los sacos de harina, aunque le supusiera levantarse con los cuadriles doloridos y el cuello castigado.

Sin embargo, aprovechando esas noches en la panadería y otras excusas varias que se inventó al vuelo ante la severa mirada de Francesca, había buscado el modo de tener sus buenos ratos libres en los últimos días, porque además del tal Henry, también pretendía ocuparse de Víkar.

Pasando irónicamente de un papel al opuesto, Dvalin dedicaba todas sus escapadas a seguir con disimulo al nórdico, para intentar averiguar lo que podía sobre el que ya consideraba su enemigo. Y después de haberle pisado los talones a Víkar durante todos aquellos ratos robados, el enano empezaba a sentirse razonablemente seguro de los hábitos que su enemigo había adoptado en el ajetreo de la ciudad.

Por lo que averiguó el tahonero, su rival llevaba una vida bastante disoluta, buscando jarana y mujeres de escasa reputación en las noches y sobrellevando las resacas durante el día sin más preocupación que elegir la taberna en la que comería. Víkar solo parecía fiel a dos citas en cada una de sus jornadas: invariablemente y sin que importase la cantidad de alcohol que hubiese ventilado en la víspera, cada mañana, con aire resacoso, retiraba a su montura de los establos que había contratado y cabalgaba hasta cruzar el puente sobre el Thames y alejarse hacia los primeros bosques fuera de la ciudad; allí, como descubrió Dvalin escondido entre arbustos, el nórdico se dedicaba a la práctica con las armas hasta bien entrada la mañana, incluso se había hecho varios peleles con atados de heno y, tras vestirse con cota de malla, los usaba para probar su espada al tiempo que mantenía la guardia con una rodela; y, por las noches, acudía siempre al Bald Swan, donde, por lo que supuso el enano, aguardaba bebiendo por si aparecía su soplón a darle nuevas.

Después de casi una semana siguiendo al nórdico y sin noticias de Henry, Dvalin sopesó largamente sus opciones al calor sofocante del horno, entre paletada y paletada de bollos y panes. Pronto entendió que había una mejor que las demás: lo primero debía ser eliminar a aquel andrajoso con pinta de sapo. Así, después de acabar con el informador, el patrocinador estaría ciego y sordo, falto de las confidencias de aquella sabandija. De ese modo, razonó Dvalin, tendría tiempo de encontrar la manera de acabar para siempre con Víkar.

Dvalin no tuvo que esperar mucho para que la oportunidad surgiese. A los pocos días de haber tomado su determinación, cerca de la festividad que los anglos dedicaban al santo Timothy, mientras el bochornoso verano de la ciudad del río avanzaba hacia su final, sorprendió al tal Henry Smithson rondando la panadería a la hora en la que el enano tenía por costumbre echar el cierre. Dvalin se hizo una rápida

composición de lugar y supuso que aquella sabandija lo esperaba para que lo guiase hasta Thyre y Ulfr; y razonó que, probablemente, aquel soplón se había vuelto más atrevido porque, gracias a sus esfuerzos de los últimos tiempos, había conseguido despistarlo en más de una ocasión.

Y allí estaba, medio escondido por el umbral de un portal vecino, rumiando algo que parecía carne seca y mirando a todos lados con aquellos ojos abultados. Con la pinta impaciente de un sabueso babeando ante una liebre recién desollada.

Unos críos, en alguno de sus juegos llenos de imaginaciones alimentadas por viejas leyendas, pasaron persiguiéndose con rostros cubiertos de mugre. Y un carnicero, anunciado por su mandilón pegoteado y la carga de menudos de su carro, les gritó enfurecido cuando pasaron ante los caballos del tiro y los encabritaron. Las risas de los chiquillos se fueron apagando a medida que avanzaban en su carrera y un botero de gorro calado a pesar de los calores del día le dio la razón al del carro quejándose de la alocada juventud de la ciudad, que parecía haber perdido el respeto por sus mayores.

Henry volvía a sentirse apremiado por la necesidad de resultados, había logrado seguir los rumores hasta la panadería del enano, basándose en las palabras de las lenguas que había soltado el dinero de Víkar, pero desde entonces no había avanzado. Sus esfuerzos habían resultado inútiles, por más veces que había pasado delante de la panadería o que había intentado seguir al tal Dvalin, no había conseguido nada digno de mención para su patrón. Ni el hombre ni su mujer se habían pasado por el negocio, y callejear tras el tahonero para llegar hasta ellos solo había servido para perderlo entre las esquinas de la ciudad.

Un corrillo de meretrices pasaron ante él dejando tras de sí aromas a potingues y ungüentos. Las alegres jovencitas se cruzaron con dos comadres de aspecto serio que llevaban cestas llenas de verduras frescas y las miraron con severidad.

Henry escuchó a las fulanas burlarse de las mujeronas que regresaban del mercado de Cheap y a las mayores replicar sin pudor. Perdido en las curvas de las jóvenes, se limpió la saliva que se le acumuló en la comisura de los labios, resecos por la cecina que había estado masticando. Cuando volvió a mirar hacia la panadería, vio al enano preparándose para cerrar y se agazapó en las sombras del quicio en el que intentaba disimular su presencia, dispuesto a intentar seguirlo una vez más y esperando que en esta ocasión no lograse despistarlo. Tenía muy presente que la prórroga que Víkar le había concedido después de las primeras buenas noticias estaba a punto de caducar. Y, como varias otras veces en los últimos tiempos, el de Dover había decidido abandonar el filo por el que caminaba, o conseguía algo esa noche, o huía a los bosques evitando las furias de su patrón.

Unos herreros de gruesos antebrazos y ropas marcadas por chispas rebeldes de la fragua pasaron haciéndose bromas obscenas sobre unas fulanas con las que acababan

de cruzarse. Girando de tanto en tanto la cabeza para echar últimos vistazos a los traseros de las muchachas, caminaban hacia el salón de su cofradía.

Dvalin, ansioso como un muchacho a punto de perder la virginidad, repasaba la ruta que había ideado. Sabía lo que quería hacer y cómo, y se sentía impaciente porque todo comenzase.

Uno de los molineros del Walbrook pasó por allí y le desbarató los planes.

—Buen día, Dvalin, ¿te es tarde ya? —preguntó el recién llegado viendo al otro en disposición de echar el cierre.

El enano se giró sorprendido, probablemente el aceñero venía a buscar la cuota de la hornada que le correspondía por la harina que le había entregado a buen precio unos días antes, cobrada a su vez como gabela del grano que hasta su ingenio llevaban los campesinos que tenían la venia del rey.

—No, no —contestó el panadero con afabilidad echando un vistazo de reojo al portal en el que se resguardaba Henry.

El molinero, un hombre correoso de largos brazos y piernas, con pinta de tallo reseco en otoño, correspondió con media sonrisa que saltó en su rostro al asentir, haciendo que sus ojos verdes, lo único con gracia en un rostro cuarteado como el pergamino viejo, brillaran con curiosidad.

—Prepararemos un saco en un momento —dijo Dvalin invitando al otro a entrar con un gesto de su pequeña mano, fingiéndose amable, pero lamentando el retraso.

Henry vio como el otro despachaba a un tipo de aspecto desgarbado con las ropas cubiertas por un polvillo blanquecino. Y, cuando el enano se puso por fin en marcha, aguardó unos instantes antes de seguirlo manteniendo el hombro pegado a las fachadas.

Nervioso, cuestionándose el propio ritmo de sus andares para no levantar sospechas, Dvalin dudó. Para seguir su plan original tenía que dirigirse, precisamente, hacia el arroyo Walbrook; hacia donde también se encaminaba el molinero, con un saco lleno de sus panes a la espalda. Así que, para evitar compañía, el enano giró sobre sus talones y se volvió, preguntándose en qué lugar retomar sus intenciones sin levantar sospechas.

Sin otra idea, callejeó hasta la taberna en la que conseguía las olivas que tanto gustaban a Francesca y allí disimuló por un rato mientras el cantinero le preguntaba si su amigo Ulfr había probado ya los anzuelos emplumados que le había regalado.

Cuando salió no vio a Henry, y temió que el otro se hubiera hartado de esperar. Pero se encaminó al Walbrook esperando que, en cualquier bocacalle del camino, aquella sanguijuela de ojos saltones lo sorprendiese.

Mientras andaba, el enano tanteaba el cuchillo que llevaba a la cintura y se hacía preguntas.

En un principio Henry se ilusionó, por primera vez parecía que el enano no se le

escaparía. Pero cuando lo vio entrar en un figón no lejos de la zona lombarda, temió que el panadero pretendiese despistarlo saliendo por la trasera del local y se apuró a dar la vuelta, escamado por sus anteriores fracasos.

Cuando se cansó de esperar en el callejón oscuro, regresó hasta la entrada principal y se sintió afortunado de tener el tiempo justo de tomarle el paso al enano cuando Dvalin se alejaba de la cantina.

El calor de la ciudad, arrebujada de gente, y la bondad del verano caldeaban la anochecida. Una luna tempranera se veía por levante, decorada por las filigranas de humo de los hogares.

Como había esperado, en un giro hacia el norte abandonando Beerbinder Lane, Dvalin vio a su perseguidor con el rabillo del ojo.

A partir de entonces todo fue rápido, y la mezquindad de Henry, que era comparable a su desmaña como luchador, lo hizo fácil. Conocedor de su ciudad, el enano viró en un callejón umbrío y sin salida donde los gatos acorralaban a las ratas y la porquería se acumulaba entre restos rotos y abandonados. Era el lugar que había previsto, cuando el otro girase tras él se lo encontraría de frente, esperándolo agazapado entre viejas cajas desfondadas con olor a pescado que había sacado de entre los desechos del puerto.

Henry, antes de morir, se convirtió por momentos, a capricho de los recuerdos de Dvalin, en cada uno de sus enemigos pasados. Y el panadero desfogó en aquel chivato inmundo todas las iras que las burlas y mofas acumuladas durante años habían alimentado.

Dvalin salió de aquel callejón haciendo dos cosas, sonriendo y limpiando la sangre de su arma en los bajos de su camisa. Ahora solo faltaba Víkar.

Aunque había oído hablar de ello y Francesca se había preocupado de contarle lo que sabía al respecto, cuando sucedió, Thyre no pudo evitar asustarse. Además, le pareció que era demasiado pronto.

Entre susurros y confesiones, abrazada a su esposo, había estado charlando con Assur hasta tarde, incluso habían escuchado como Dvalin se marchaba a tiempo para sacar la primera hornada antes del amanecer. Lo último que recordaba era haberse dormido entre los fuertes y reconfortantes brazos de él; el olor de su piel, el vello bermejo del dorso de sus muñecas, que devolvía pequeños destellos en la penumbra. Todo había sido placidez, envuelta en la protección de aquel pecho que había aprendido a recorrer con dedos ansiosos y ojos cerrados, sintiendo en su espalda los rítmicos y enérgicos latidos del corazón de su esposo. Sin embargo, ahora se despertaba de golpe, sobresaltada, empapada por el tibio embalse que se había liberado sin previo aviso entre las sábanas.

Assur también lo sintió, con un vago recuerdo de las noches en las que dormía con el pequeño Ezequiel y el pobre no podía contenerse. Estuvo a punto de decirle a

su hermano que no se preocupase, que él lo limpiaría todo. Iba a abrir la boca cuando la somnolencia se desvaneció, como niebla al calor de la mañana, y se dio cuenta de lo que realmente sucedía.

—¿Estás bien? —le preguntó a su esposa intentando mantener la compostura.

Ella asintió con los ojos muy abiertos.

—Francesca me ha dicho que debe ser transparente, que si hay restos de sangre o si tiene un color oscuro, puede que algo vaya mal…

Lo había dicho de sopetón, sin pensar en otra cosa, con el aire de una niña recitando la lección, y Assur no pudo evitar sonreír.

—… Creo que todavía tenemos algo de tiempo hasta el parto —continuó ella hablando con aire dubitativo.

Assur le pasó una mano por la frente recogiendo cariñosamente un par de mechones de largos rizos trigueños.

—Tranquila, todo está bien —dijo contestándose a sí mismo al tiempo que intentaba tranquilizar a su esposa—. Todo irá bien.

El hispano no sabía si las aguas eran o no claras, no había luz, lo había dicho porque había sentido que ella necesitaba oírlo. Y tampoco estaba seguro de lo que debía hacer, por primera vez en su vida desde que se había convertido en un hombre sintió verdadero miedo. En un instante revelador entendió que podía superar sus propias desgracias e infortunios, que siempre habría un paso más allá, pero al tiempo comprendió que el solo hecho de imaginar que le sucediese algo a su esposa, o al hijo que iba a nacer, servía para engendrar un terror helado que le reptaba por la cerviz. No le importaba pensar en su propio dolor, pero la sola posibilidad de que a ellos, a los suyos, les pasase algo le aterraba.

Tuvo que hacer un esfuerzo por serenarse y desterrar la terrible premonición que lo golpeó al figurarse cómo sería su vida si la perdía a ella o al pequeño que estaba a punto de venir al mundo.

Desechó aquellas funestas ideas de su mente y cobró el aplomo que, estaba seguro, ambos necesitaban. Volvió a acariciar la mejilla de su esposa y bajó el brazo hasta cogerle la mano y apretarla con suavidad.

—Será mejor que despertemos a Francesca, y habrá que ir a buscar a la partera de la que nos habló Dvalin.

Thyre afirmó bajando el rostro, pero antes de que tuvieran tiempo de hacer nada más que volver a apretarse las manos, Francesca, descorriendo los paños colgados de *vathmal*, apareció ante ellos, con el pelo revuelto, los bastos tirantes de su camisón de sayal arremolinados en los hombros, y una pregunta abierta en su rotundo rostro.

—¿Ha llegado?

Thyre miró a Assur, como si necesitase una confirmación, y no contestó hasta que él asintió.

—Sí, eso creo…

Francesca se desperezó abriendo los brazos y soltando un último bostezo, ruidoso y desvergonzado.

—Pues entonces hay que prepararse… ¡Tú! —le gritó a Assur—. Déjala tranquila, que no se va a romper, búscale ropa seca y reaviva el fuego…

El hispano no pudo evitar asombrarse ante la evidente autoridad de la mujer, cuyo tono de voz, aun con el estrambótico acento que gastaba, resultaba tan vehemente como el del más enfurecido Tyrkir en plena galerna.

—¡Vamos! ¿A qué esperas?

Assur, después de echar un último vistazo a su esposa, se dispuso a cumplir con lo que le ordenaban. Se levantó y, por un instante, titubeó, estuvo a punto de echar mano de sus ropas, dobladas sobre un arcón anejo a la cama, pero se dio cuenta de que la viuda ya habría visto en la vida todo lo que los hombres le hubieran podido enseñar. Así que se quedó con los largos calzones sueltos con los que había dormido y ni se calzó ni se tomó la molestia de cubrirse el torso desnudo.

—Y tú, mi pequeña niña —le dijo ahora la viuda a Thyre—, relájate, esto solo acaba de empezar, permanece tranquila y deja que la naturaleza siga su curso. Además, hoy es un buen día para nacer, es el día de la Natividad de Nuestra Señora la Virgen María… Sí, es un buen día.

Y se acercó hasta la asustada joven dispuesta a sentarse a su lado y a esperar pacientemente a que la labor del parto empezase.

Assur regresó pronto, traía el rostro encendido por el calor y los músculos de su pecho brillaban por el sudor. A su espalda se distinguía el cimbreante resplandor de las llamas, que lo rodeaba de un halo anaranjado; se podía asegurar que había hecho un buen trabajo con el fuego.

—¿Acaso pretendes convertir mi casa en la antesala del infierno? Te dije que avivaras el fuego, no que le hicieras competencia al mismísimo demonio —dijo Francesca con irónica malicia, sorprendiendo con las palabras elegidas a Assur, que llevaba demasiados años entre los nórdicos oyendo hablar del *Hel* y de los dioses del Asgard—. Anda, tráele algo seco para que se cambie, ¡y paños! Y pon un par de ollas al fuego para calentar agua. ¡Ah! Y trae también un trapo para que se limpie… ¡Vamos! ¡Vamos!

Sonriendo, recordó de nuevo al viejo contramaestre. Assur se volvió para hacer lo que le pedían al tiempo que negaba con la cabeza, incrédulo.

—Estos hombres son unos inútiles —le dijo la mayor a la joven mientras intentaba recolocarse los cabellos—, ¿qué sería de ellos sin nosotras?

Thyre se sintió reconfortada, como a su llegada a Jòrvik. Tanto Francesca como Brýnhild habían sabido brindarle su apoyo y librarla de las preocupaciones que la embargaban. Eran mujeres fuertes y duras, acostumbradas a los rigores de la vida. Su

calor y sus atenciones, aunque rudos, habían resultado un alivio para ella, que no podía evitar echar de menos a los suyos.

Oyeron cacharrear a Assur entre el chisporrotear de los leños, y pudieron notar el olor ceniciento del fuego inundando la casa entre volutas de humo.

Él, complaciente, volvió pronto con los brazos ocupados y dispuso todo según las indicaciones de la viuda. Luego, igual que un muchacho que vuelve con los mandados, se quedó en pie esperando, seguro de que recibiría alguna otra orden.

Francesca lo miró y sonrió.

—¿Has puesto las ollas de agua al fuego?

Assur solo asintió.

—En ese caso será mejor que vayas a buscar a Dvalin y que traigáis a la partera; antes de que acabe el día serás padre…

El hispano pensó por un momento en lo que acababa de oír. Luego se acercó hasta donde estaba su esposa, conteniendo las protestas de Francesca con una mirada severa.

—¿Estás bien? —le preguntó a Thyre ante la mueca escéptica de la viuda.

Ella tardó en responder.

—Sí, creo que sí…

—De acuerdo, voy a buscar a Dvalin y a la comadrona…

Al tiempo que Thyre asentía, Francesca arremolinaba las manos como si pretendiese quejarse de que el hispano hubiera puesto en duda sus órdenes.

Assur se puso las botas, se echó un sobretodo encima de los hombros y se aseguró de coger unas monedas para la comadrona; antes de salir miró una última vez hacia su esposa.

Dvalin no llegó a darse cuenta de nada. Solo tuvo tiempo de escuchar el golpe que lo aturdió, amortiguado como el último retronar de una tormenta alejándose. Luego percibió el dolor que fue creciendo desde la nuca y todo se volvió confuso, con imágenes desvaídas que semejaban pasados recuerdos de infancia.

Viviendo la escena como si fuese un mero espectador, se sintió alzado en vilo. Lo transportaron hasta el interior de su propia panadería y lo ataron con las cuerdas de sus propias poleas. No recobró del todo la consciencia hasta que le echaron encima el agua del cubo cincado que él mismo había apartado la noche anterior para preparar la masa del día.

—¿Eres Dvalin?

El panadero se sacudió salpicando todo a su alrededor con las gotas que salían despedidas de los mechones de su cabello y sus barbas. Miró al hombre que tenía en frente, era Víkar.

—Eres Dvalin, no creo que haya muchos otros panaderos enanos en este lugar infecto lleno de follaovejas… ¿Dónde están?

Víkar se había cansado de esperar. Su paciencia había llegado al límite y quería acabar con aquella persecución.

Dvalin, que tenía un arrojo que desbordaba su menudo cuerpo, no se sintió intimidado.

—Voy a destriparte como hice con tu soplón con cara de rana —dijo con los ojos encendidos por la furia.

Ya lo había supuesto, pero aun así, el bravo reconocimiento del enano no dejó de sorprenderlo. Para Víkar lo único útil que podía haberse hecho con aquel engendro diminuto era haberlo rechazado al nacer, aquel ser deforme debía haber sido un *úborin börn*. Y pensaba que si el padre de aquel bichejo no había tenido redaños para renegar de él tras el parto, no había explicación para el valor que el panadero parecía demostrar.

Víkar estaba harto, y no se sentía dispuesto a revivir un interrogatorio como el de Jòrvik, si aquel ogro en miniatura de ojos encendidos no le decía pronto dónde encontrar a Ulfr, le rebanaría el pescuezo y esperaría allí hasta que el otro apareciese.

Si, como le había dicho Henry, ambos eran amigos, antes o después el ballenero querría saber qué había sido del enano, con algo de suerte se presentaría en la tahona antes de que cayera la noche. Y darse cuenta de que aquel monstruo podía resultarle simpático a Ulfr hizo que su odio creciese.

—¿Dónde están?

Dvalin no hubiera traicionado jamás a sus nuevos amigos, esa oportunidad para demostrar su valía era algo que llevaba esperando toda su vida. Se sentía lleno de una determinación que no había conocido. Además, ellos estaban ahora con Francesca.

—No hablaré —dijo sin molestarse en negar que lo supiese.

Víkar descargó un brutal puñetazo que mandó al enano dos pasos más allá. Y, caminando hacia él, desenvainó su espada.

—Solo lo preguntaré una vez más, ¿dónde están? —repitió apoyando la punta de su espada en el cuello del enano.

Dvalin escupió una flema sanguinolenta que dejó hilillos rojizos pendiendo de sus labios. Cuando oyó el repiqueteo de sus propios dientes desprendidos, rodando por el suelo y formando coágulos con la harina que lo envolvía todo, sonrió sin importarle el dolor que se extendía por su rostro y lo atenazaba con la hinchazón que empezaba a palpitarle en la mejilla izquierda.

—No te lo diré…

Apenas había gente, aún era temprano. Y el Thames, ahora que el amanecer estaba próximo, empezaba a desprenderse de jirones de niebla que se revolvían entre las esquinas de las casas. Solo se cruzó con trasnochadores borrachos y con aprendices apresurados de oficios que requerían empezar la jornada temprano, como los que tenían que prender la forja o los que, al igual que Dvalin, tenían que preparar el horno y la masa para que, al despertar, los londinenses tuvieran pan recién cocido, o pescado fresco o leche todavía tibia.

Corría inspirando bocanadas del aire pesado de la ciudad, al que no llegaba a acostumbrarse. Y a cada poco se tocaba la faltriquera para asegurarse de que llevaba los dineros que necesitaría para el pago de los servicios de la partera.

Cuando llegó resollando hasta la tahona del enano, supo enseguida que algo no andaba bien, en lugar de encontrar una puerta abierta con franqueza y toparse con los olores del horno y el fermento, halló la hoja entornada en el vano y un silencio que no le pareció natural.

Echó la mano a la cintura buscando sus armas y lamentó no haber sido más precavido. Empujó suavemente la puerta procurando no hacer ruido. Avanzó despacio, posando los pies con cuidado. En el zaguán de entrada todo le pareció normal, el enano todavía no había sacado la primera remesa del horno, en los anaqueles y el mostrador solo se veían restos de harina y migas irregulares desprendidas de la corteza de las hogazas y los bollos.

Gracias a que había dejado la puerta abierta algo de la escasa claridad de la noche se colaba haciendo largas las sombras. A un lado estaba el almacén de Dvalin y Assur avanzó cruzando sus pasos calmos.

—No te lo diré…

La silueta de Víkar era inconfundible, incluso en aquella penumbra. Y la espada desenvainada recogía la poca luz enseñando sus filos con perversidad.

Su amigo estaba tendido en el suelo, hecho un revoltijo desmadejado.

—Creo que me buscas a mí.

Víkar se giró sin demostrar sobresalto alguno y Dvalin intentó retreparse alzando la cabeza.

La sonrisa que Assur vio en su oponente tenía el fiero aspecto de las alimañas enfebrecidas por la rabia.

Se oyeron algunos gritos y risas que llegaron desde la calle y el hispano avanzó con calma considerando sus posibilidades.

Dvalin forcejeaba con sus ligaduras y retrocedía hacia el leñero. Allí no había armas disponibles, solo las que portaba el propio Víkar. Al otro lado, los sacos de harina amontonados y al fondo, el horno abovedado, con sus portezuelas de hierro entreabiertas y su gran solana de piedra que, como Assur sabía, podía mantenerse templada de un día para otro.

Colgando del entramado de vigas que sostenía la tablazón del piso superior estaban las roldanas que el menudo panadero usaba para mover los pesados costales de harina y los maderos. Tramos de cuerdas sueltas se combaban entre las poleas y las pértigas que las sostenían, los cabos deshilachados recordaban a las pelambres de las sencillas muñecas de trapo con las que jugaban las niñas de los estibadores del puerto.

Olía al aroma acre de la harina y del fermento. Aquellos borrachos que habían gritado reían ahora con la algarabía de la juerga que proporciona el alcohol.

Víkar dio un paso hacia Assur levantando su espada y desenfundando la daga que llevaba al cinto con la izquierda.

—Morirás.

Assur asintió imperturbable.

—Y luego ella será mía…

El hispano se limitó a volver a asentir al tiempo que daba otro paso hacia su rival.

—Y cuando me canse de ella la mataré también.

Assur se contuvo apretando los dientes, sabía que no podía dejarse llevar por las provocaciones del otro.

Víkar se lanzó de pronto con la espada al frente y la daga mortíferamente preparada bajo la estocada. El hispano giró sobre sus pies con habilidad, dejando que el otro pasase a su costado como una exhalación. Se volvieron a un tiempo y quedaron enfrentados recuperando el equilibrio. Assur cogió una de las roldanas de Dvalin, que pendía de un tramo de maroma como un péndulo y, alzándola por encima de su cabeza, la envió con fuerza hacia el otro.

Pero Víkar también era hábil en el combate y esquivó el vuelo de la polea con facilidad, preparándose para asestar una nueva estocada con una finta con la que esperaba engañar al arponero.

Mientras los otros dos se enzarzaban, Dvalin se acercaba al leñero al desesperante paso de un bebé gateando. Forcejeaba lastimándose las muñecas con las ligaduras, pero solo podía pensar en la pequeña hacha que usaba para abrir los leños cuando eran demasiado gruesos o cuando tenían una rama ahorquillada que los hacía demasiado aparatosos para la boca del quemador del horno.

Con las piernas flexionadas Assur recibió el envite de Víkar resoplando un gemido sordo por el esfuerzo. Ambos eran hombres fornidos y sus torsos chocaron con un estruendo mullido por las ropas. Assur, empujando con su hombro el pecho de su rival, sujetaba con ambas manos la muñeca derecha de Víkar intentando obligarlo a soltar la espada, pero el nórdico no perdía el tiempo y revolvía la mano libre buscando clavar su daga entre las costillas del arponero.

Assur se dio cuenta y continuó girando, empeñando todo su peso y dejando un pie atrás.

La cuchillada de Víkar cortó la tela basta y abrió el costado del hispano a la altura de los riñones salpicando sangre. Había fallado por poco y ahora, entre el impulso en balde y la fuerza del otro, sintió como perdía el equilibrio a la vez que los huesos de su muñeca se partían sonando como ramillas que se pisan en un suelo otoñal.

Víkar cayó con estruendo, ahogando con los dientes apretados el grito de dolor por la muñeca quebrada. La espada retumbó un poco más allá haciendo cimbrear el hierro y Assur se echó atrás llevándose la mano a la herida abierta. Entonces ambos lo vieron, una sombra sobre ellos.

Dvalin cortó la cuerda con un golpe seco del hacha y el costal de harina se precipitó sobre Víkar dejando volutas blanquecinas suspendidas tras de sí.

Instintivamente Assur dio otro paso atrás, a tiempo para ver caer el saco sobre su rival. El costal se abrió rasgando la fina tela con un reproche de fibras tensas que se rompieron como los calabrotes viejos de un *knörr* sobrecargado agitado en el puerto por una tormenta. Al abrirse el saco, todo a su alrededor se cubrió de pronto con una irónica bruma blanquecina y las cinchas, libres súbitamente del peso del costal, chocaron con un sonido que sonó como el aplauso cohibido de una mozuela.

Antes de que Assur pudiera reaccionar Víkar surgió a través de los delicados encajes entretejidos que formaba la harina. Había perdido la daga con la maniobra del enano, pero, sin importarle no tener otra arma a mano, embestía al arponero con los brazos al frente y la cabeza gacha, resoplando igual que un buey en estampida.

A Dvalin le pareció que dos montañas colisionaban y pensó en los grandes bloques de hielo que navegaban a la deriva desde las banquisas del norte, tal y como le habían contado los marinos.

El impacto le arrancó avariciosamente el aire del pecho y Assur se vio arrastrado hacia el fondo del almacén. La escarcela del hispano se desgarró y los mancusos cayeron repiqueteando. Chocaron con la pared del horno haciendo rebotar los postigos. Assur apoyó la mano en el saliente de la piedra todavía tibia de la solera e intentó tomar impulso para derribar a su oponente. Víkar se resistía, gruñía como un verraco lanzando puñetazos con su mano sana a las costillas del hispano y embistiendo con su hombro izquierdo el vientre de Assur. Forcejaron así por un rato, en una macabra pausa frente al suave calor del horno apagado, hasta que el arponero entrelazó sus dedos uniendo ambas manos y descargó toda su fuerza entre las paletillas del nórdico.

Víkar cayó de bruces y Assur saltó a un lado sintiendo la sangre que le caía por el costado escurrirse hasta la cadera. Se agachó un instante y aprovechó la portezuela que daba servicio a la caldera del horno. La cerró con todo el ímpetu del que fue capaz y la plancha de forjado golpeó la cabeza de Víkar sonando como una de las campanadas de las iglesias de London.

Una brecha se abrió en la sien del nórdico, pero él solo gruñó, e intentó levantarse

como si el brutal golpe no hubiera sido más que un roce insignificante.

Antes de que Assur pudiese evitar que su amigo se inmiscuyese, Dvalin saltó sobre la espalda de Víkar gritando como un poseso. En su mano cuadrada de cortos dedos aferraba un hacha con una hoja poco mayor que la palma del propio Assur.

—¡No!

Assur no quería que el enano tuviera que internarse de ese modo en las alcantarillas de su propio pasado. Pero Dvalin no escuchó y descargó el filo en la espalda de Víkar consiguiendo que este se desplomase.

El enano sintió como las fuerzas escapaban del cuerpo del nórdico y lo dio todo por terminado dejándose caer a un lado y aceptando la mano que Assur le ofrecía para levantarse.

El hispano se quedó mirando el cuerpo de Víkar, la pequeña hacha enterrada en las carnes del nórdico hasta la madera del mango sobresalía en un ángulo extraño. Como la aleta deforme de un enorme pez.

—No tenías que haberlo hecho…

Dvalin lo miró, su ojo empezaba a cerrarse entre párpados abolsados y cárdenos.

—Sí, sí que tenía…

Assur lo observó indeciso, sin saber si deseaba preguntar o si prefería que el otro se guardase las respuestas. Pero el enano no tenía dudas, parecía satisfecho y dispuesto a zanjar el asunto sin más.

—¿Se ha puesto de parto?

El arponero alzó las cejas sorprendido. Recordó de pronto y las prisas que se apoderaron de él lo volvieron descuidado. Y el enano se dio cuenta de que había acertado por la expresión de Ulfr.

—No creo que tuvieras otra razón mejor para aparecer por aquí… —dijo haciendo que Assur reconociera la obviedad.

Dvalin resopló abriendo y cerrando el ojo amoratado con cuidado.

—Esto me va a doler toda la semana —añadió llevándose la mano a la mejilla—. Supongo que has venido para que vayamos a por la partera… Pues será mejor que nos apuremos, si no lo que me hará Francesca será peor todavía —dijo de nuevo abriendo los brazos y abarcando el desastre en el que se había convertido su almacén.

Assur seguía callado.

—¡Vamos! Cerraré y ya volveremos esta noche para tirar ese despojo al río —comentó sin darle importancia al tiempo que señalaba con el mentón el cuerpo de Víkar.

El hispano miró a su alrededor, negó una última vez moviendo pesarosamente la cabeza y aceptó lo que su amigo le decía, ahora tenía que pensar en su esposa.

Apenas habían dado dos pasos cuando lo oyeron y Dvalin cerró la boca antes de sugerir que se adecentaran un poco para ir en busca de la comadrona.

Assur se giró a tiempo de ver como Víkar corría hacia ellos a trompicones. Abriendo las narices como un caballo desbocado.

Tuvo solo un instante para apartarse. Luchando con el dolor de la herida al abrirse por el esfuerzo, alargó un brazo para coger las cinchas que pendían de otra de las sogas del enano.

Cuando Víkar los alcanzó Assur se cruzó y giró enredando la cuerda en el cuello del nórdico y, sin perder un instante, dio dos pasos rápidos hasta la polea que correspondía al cordaje de las eslingas. El cabo que pendía de la roldana se le escurrió entre los dedos. Víkar forcejeaba intentando librarse y haciendo bailar la maroma igual que una víbora en celo. Assur tuvo el tiempo justo de atrapar el extremo de la cuerda antes de que se colase en las guías de la rueda de madera. Ágilmente, en el último momento, sintiendo la cuerda deslizarse quemando las yemas de sus dedos, se volteó, echó su peso hacia delante con los brazos sobre la cabeza, y cogió con ambas manos la áspera soga.

Dvalin había usado muchas veces aquellas poleas, le había llevado años terminar la instalación para que su trabajo resultase fácil y cómodo aun pese a las limitaciones de su tamaño. Y, aunque comprendió la intención de su amigo, pensó que sería imposible, Víkar era un enorme bigardo que pesaba mucho más que el mayor de los costales de harina y ahora, después de la reyerta, el pulcro sistema que tantos esfuerzos le había costado idear no era más que una serie de enredos y nudos sueltos que colgaban sin gracia de las poleas.

La soga rechinó en los surcos de madera, tensándose y soltando volutas de harina. Y un lazo que se había formado con el ajetreo se aplastó atascando la guía y anudando la cuerda sobre sí misma. Assur gruñó sintiendo la sangre manar del corte en su herida y, volcándose sobre las puntas de los pies, intentó estirar los brazos haciendo que sus músculos protestasen por el envite.

Las manos de Víkar palmeaban en torno a su pescuezo, esforzándose por soltar las dos vueltas de cuerda que, prendidas con la polea, le atenazaban el cuello. Maldecía con la voz ahogada y ronca por la presión.

Dvalin no daba crédito, poco a poco los talones de Víkar se iban alzando y las punteras de sus botas se apoyaban escasamente en el suelo de la tahona. Sin embargo, estaba seguro de que Ulfr no lo conseguiría, era imposible, cuando había enredado el cabo alrededor del cuello de Víkar, todo el ingenio se había agitado liándose, las poleas ya no trabajaban para ayudarle y un nudo en la cuerda se apretaba en uno de los surcos de las roldanas; la guía de metal que evitaba que la soga se saliese del carril labrado en la rueda de madera empezaba a doblarse.

Afuera, el amanecer empezaba a sacar colores de las oscuras aguas del Thames y los miles de almas de London se desperezaban para enfrentarse a un nuevo día.

Sus brazos protestaban y Assur notaba como los músculos temblaban reclamando

un descanso. La herida de su costado servía sangre que empapaba su ropa. Podía oír cada gota que caía al suelo con un suave chapoteo amortiguado. Sus manos entrelazadas empezaban a despellejarse y la cicatriz de su derecha se resentía, ya las tenía a la altura de la frente al final de brazos que vibraban por el esfuerzo, pero cuando echó la vista atrás vio que las botas de Víkar todavía rascaban el suelo de la tahona.

Recordó la vieja barca del molino del Mácara. Casi pudo oler el cieno revuelto de la orilla y la sensación de frío en sus pies descalzos, por un momento incluso creyó escuchar los gruñidos de Furco, que, arrugando los belfos, mostraba sus dientes a los normandos que los perseguían.

Como aquel día de tantos años atrás, Assur puso cuanto tenía dentro en juego. Porque sabía que no le quedaba otra salida, o acababa con Víkar, o el riesgo de que los encontrase y pudiese hacerle daño a Thyre lo perseguiría para siempre. Por desgracia y muy a su pesar, aquel hombre albergaba demasiado odio en su interior.

Haló con todas sus fuerzas, despellejándose los dedos y las palmas, y le pareció que era otro el que sufría, como si estuviera viéndose a sí mismo desde la platea de un anfiteatro, pensó que sus huesos iban a quebrarse, vibraban; y sus dientes rechinaban. Tiró aún con más fuerza. Y poco a poco aquellos brazos que no sentía suyos se fueron estirando ante él. Vio sus manos crispadas de nudillos blanqueados pasar ante sus ojos. En su espalda el dolor lo asaetaba con latigazos que hacían reverberar sus músculos y algo entre sus costillas se desgarró. Pero siguió jalando de aquel cabo, percibiendo con un leve tremor cada vuelta del esparto retorcido apretarse en la polea para hacer pasar bajo la guía el nudo que se había formado. Sintió el cambio de peso al elevarse el nórdico unas pulgadas sobre el suelo. Notó el pataleo que hacía vibrar la soga. Oyó, a lo lejos, la llamada perdida de Víkar maldiciéndolo a él y a toda su descendencia.

Víkar murió con un último gorjeo acuoso que se desvaneció entre las campanadas de maitines. Su lengua hinchada asomó entre los dientes. Su miembro erecto abultaba el tiro de sus pantalones.

Assur siguió manteniendo los brazos estirados, temblando por el esfuerzo. El sudor que le caía en los ojos le picaba, sus manos estaban doloridas, sus dedos agarrotados.

—Ya está, se ha acabado —le dijo Dvalin acercándose.

Y, antes de que el enano lograse que su amigo le creyese, la maltratada guía se abrió por fin, Assur cayó de bruces, vencido por su propio esfuerzo, y la soga, ya libre, siseó en la polea. El cadáver de Víkar se desplomó con el coro sibilante de las cuerdas corriendo por los surcos gastados de las roldanas.

Desde el suelo, alzándose en uno de sus codos, Assur miró una vez más al que se había convertido en su enemigo sin haberlo pretendido y lamentó profundamente lo

que había sucedido.

—No podemos tirarlo sin más al Walbrook, se merece algo mejor…

La partera, una enjuta mujer que parecía hecha de ramas secas y cuero sin curtir que había sido remojado y abandonado al sol, estaba acostumbrada a que se presentasen ante su puerta en cualquier momento del día gentes de toda condición. Y a ella le venía a dar igual traer al mundo al retoño de un carpintero, de un herrero, de un cordelero o de un botero, pero al ver a aquellos dos lo último que imaginó es que tenían la intención de contratarla.

Su buen trabajo les costó a los inquietos Assur y Dvalin convencerla, y la mujeruca, desconfiada, no se dejó acompañar hasta que el hispano, trabucando las palabras de un idioma que aún no dominaba, le propuso que fuera con ellos uno de sus hijos mayores. Un muchacho igual de esmirriado que ella que servía de aprendiz en el negocio de un sastre de Dowgate. Eso la tranquilizó, aun cuando el chico pareciese incapaz de matar a una mosca de un papirotazo.

El camino se le hizo eterno a Assur. La comadrona renqueaba y el crío, que portaba un hatillo con los útiles de la mujer, andaba alelado mirando a todas partes como si cualquiera de los detalles de la ciudad tuviera la capacidad de sorprenderle.

Dvalin se palpaba de tanto en tanto su rostro dolorido y Assur mantenía la presión en la herida de su costado, intentando que no sangrase. Apenas había tenido tiempo de echarle un vistazo, pero sabía que necesitaría unas cuantas puntadas para cerrarla. Aunque la sangre era clara y eso lo mantenía tranquilo, por lo visto, no había tocado el hígado o los riñones.

La puerta se abrió de un tirón seco antes de que Dvalin pudiese dejar caer sus nudillos por segunda vez.

—Pero ¿adónde…? —Francesca, plantada en el umbral, envuelta en los aires de su evidente enfado, calló de pronto al ver el lamentable estado de la pareja. Luego, al distinguir a la partera despuntando tras el enano, práctica como era, prefirió dejar para más tarde el interrogatorio al que pensaba someter a aquellos dos y le hizo señas a la mujeruca para que entrase—. ¿Habéis ido a buscarla entre los parisii, al otro lado del canal? —remató con gesto hosco sin esperar realmente una respuesta.

Antes de que ellos pudieran hacer un vano intento por contestar, la comadrona, tan pragmática como la lombarda, se adelantó.

—¿Dónde está?

La viuda señaló hacia el fondo de su vivienda y se hizo a un lado para dejar pasar a la partera y al chico que la seguía con cara de lelo.

—¿Está bien? —preguntó Assur inquieto.

Mirando al interior para ver si la mujeruca se las apañaba, Francesca, para disgusto del hispano, tardó en contestar.

—Sí, de momento sí, pero creo que va a ser complicado —dijo sin ser consciente

de la preocupación que causaba.

—¿Cómo? ¿Qué sucede?

La viuda iba a responder cuando la comadrona gritó algo desde el interior de la casa que ni Assur ni Dvalin entendieron.

—Bueno, ya está bien, ¿por qué no vais a emborracharos? ¿O a bañaros al río? —les instó echando un nuevo vistazo a su desastrado aspecto—. Aquí hay mucho que hacer.

Y Francesca cerró con un portazo que les revolvió los cabellos e hizo que las maderas de la hoja resonasen; a lo que Assur iba a responder llamando y exigiendo que le permitieran entrar cuando la puerta volvió a abrirse y el hijo de la partera salió a trompicones con la cara pálida y los ojos abiertos como platos.

—A ver si aprovecháis y lo convertís en un hombre —dijo la viuda cerrando de nuevo tras de sí.

Assur retomaba su idea y se disponía a golpear con los nudillos, pero Dvalin lo interrumpió.

—Será mejor que las dejes, es cosa de mujeres…

El hispano dudó sin responder.

—Tranquilo, está en buenas manos. Anda, vayamos a la taberna de Carlo, si conseguimos que no nos cuente su último día de pesca, puede que nos dé algo de beber y que nos permita atender ese feo corte —aventuró señalando la mancha de sangre del costado de su amigo.

Al hijo de la partera se le iluminó el rostro pensando en la cerveza y Dvalin, intuyendo las cuitas de Ulfr, llamó a un pilluelo andrajoso que pasaba corriendo, inmerso en algún juego de fieras persecuciones.

—¿Quieres ganarte una moneda? —le dijo al crío cuando se detuvo.

El niño, uno más de entre los cientos que correteaban descalzos, bailó inquieto sobre la punta de los pies cuando vio al enano revolver en su bolsa y sacar una de las brillantes piezas de calderilla acuñadas por el rey Ethelred.

Le pendían dos velas verdosas de las narices y en su cara había tanta porquería como para hacer un montón tan alto como él mismo.

—¿Quieres o no? —lo tentó el enano mostrándole una moneda.

—Sí, sí que quiero —contestó restregándose las manos en los restos andrajosos de sus pantalones, que apenas le cubrían las canillas huesudas y enlodadas.

—¿Cómo te llamas?

—Nathanael.

El enano esperó y el niño comprendió.

—Nathanael Jackson.

Dvalin afirmó inclinando su rostro cuadrado, ya sabía de quién se trataba, era el menor de los hijos de uno de los armeros que vivían unas calles más arriba. Una

familia humilde pero honesta; sabía que podía fiarse de él.

—Te quedarás aquí —le dijo el enano al crío tendiéndole una moneda—, hasta que esta puerta se abra, ¿entiendes? —Y ante la inclinación de cabeza, que hizo bailar los mocos en aquella sucia nariz, siguió hablando—. Antes o después se abrirá y saldrá una mujer, dile que nosotros te hemos mandado quedarte aquí y pregúntale si tiene algún recado. Cuando te lo diga vienes corriendo a buscarnos a la taberna de Carlo, ¿la conoces?, ¿la del lombardo?

El niño volvió a asentir sin dejar de mirar su recién conseguido tesoro.

—Si lo haces bien, te ganarás otra moneda.

Promesa que consiguió que el crío volviese a alzar el rostro, lleno de evidentes ilusiones. Y que, acto seguido, se sentara complaciente en el escalón ante la puerta, aguardando como un perrillo obediente y dando vueltas y más vueltas a la moneda entre sus dedos roñosos.

El hijo de la partera estaba borracho como una cuba antes de terminar la primera jarra de cerveza tostada. Y no llegó a acabar la segunda porque se quedó dormido sobre sus antebrazos, babeando entre labios fruncidos por una estúpida sonrisa.

Al llegar le habían pedido a Carlo una palangana y agua, y aunque Assur no había podido coserse la herida, se la había vendado envolviendo trapos limpios alrededor de la cintura. En esos momentos se sentía mucho más preocupado por Thyre y el bebé que por su propia salud.

Assur apenas bebía, y Dvalin, quizá por su mejilla dolorida y su cuerpo magullado, compensaba la inapetencia del hispano intentando evitar que el zagal de la comadrona reventase en lugar de caer rendido.

Para Assur el tiempo parecía detenido y las últimas palabras de Francesca pasaban una y otra vez por su mente, sin poder evitar preguntarse cómo estaría Thyre, deseando estar a su lado.

Cuando ya pedían la tercera jarra, el pequeño Nathanael apareció corriendo.

Dejaron al hijo de la partera durmiendo al arrullo del alcohol y salieron a toda prisa, abandonando algo de plata al corte en la mesa. A punto estuvieron de arrollar a Carlo, que se acercaba animadamente para charlar de pesca con Ulfr y el enano, cuando apareció el pequeño Nathanael corriendo a toda prisa tras su propia mugre.

El arponero marchaba como si le fuera la vida en ello y Dvalin era incapaz de seguirle el ritmo. La gente se apartaba cediéndoles paso y más de uno se llevó un empellón. Cayeron cestas con verduras y hortalizas y una yegua se espantó y alzó las manos con cabriolas nerviosas. Se oían insultos y maledicencias, pero Assur no se detenía y, aunque el enano apuraba cuanto podía las zancadas de sus cortas piernas, a cada poco se iba alejando más y más. Doblando la primera esquina, hacia una calleja un poco menos concurrida, entre las gentes desairadas que se acordaban de todos los

parientes de su amigo, vio a Ulfr girarse hacia él y adivinó sus intenciones enseguida.

—Como pretendas cogerme en brazos, te muerdo los huevos, me quedan a la altura justa —le gritó engallándose.

Assur no lo oyó todo, pero sí lo suficiente. Sonrió abiertamente y se encogió de hombros sin dejar de correr de espaldas.

—¡Ve! ¡Ve! No pierdas tiempo.

Y el hispano se giró de nuevo para salir como alma que lleva el diablo. Estaba tan ansioso que podía notar su corazón saltando en el pecho. Quería saber cuanto antes si Thyre estaba bien. Y el bebé. No le preocupaba si era niño o niña, solo quería que estuviera sano. Eso era lo que realmente le importaba, que madre e hijo estuviesen bien.

Entró en la casa como una tromba de agua que desbarata un pantalán, haciendo que la puerta se tambalease en sus herrajes y que la luz que por allí entraba parpadease. Se topó de frente con Francesca, que sostenía entre sus brazos un gurruño de mantas que parecían estar llorando.

El hispano se paró en seco, intentando asimilar.

—¿Y Thyre?

La viuda le ofreció al bebé y Assur vio un pequeño rostro contorsionado y enrojecido.

—¿Cómo está? —volvió a preguntar temiendo lo que se escondía en el silencio de Francesca y sin atreverse a coger al pequeño.

La mujer volvió a pegar al niño a su pecho y, acunándolo hasta que empezó a calmarse, suspiró.

—Hay complicaciones, todavía está con la partera —dijo sin tapujos.

Y Assur estuvo a punto de derrumbarse. Fue un instante de debilidad en el que todos sus temores se avivaron como carbón ardiendo al soplo de un enorme fuelle.

La viuda lo miraba sin saber qué decir. Assur parecía dudar, presa de la indecisión, luego, por un instante, posó su mano en la pequeña cabeza, el bebé se había callado.

—Voy a ver.

Un par de frases dulces tentaron a Francesca, pero al darse cuenta la viuda de que él iba a averiguarlo por sí mismo en breve, prefirió callar. Ella, que no podía olvidar sus propias desgracias, sentía ya la honda pena de imaginar que todo estaba perdido.

Cuando llegó hasta aquel lecho en el que se había despertado unas horas antes, encontró a la partera ante su esposa. Thyre, mal sentada, a horcajadas y cubierta apenas por un camisón sucio y arrugado, parecía consumida. Había un aguamanil con su bacina y otro par de palanganas, y trapos sucios con restos bermellones, el agua de todos los recipientes tenía un escalofriante color tinto. La mujeruca, al sentir que él estaba allí, se giró y habló con la naturalidad de su experiencia, pero sus palabras,

comprendidas solo a medias, no tranquilizaron al hispano.

—El primero ha salido como si lo hubieran aceitado, pero este cabroncete se ha retorcido como una enredadera…

Assur, que aún no se había hecho con el hablar de los lugareños, tardó un momento en asimilar lo que había escuchado. Y, mientras lo hacía, vio como la partera se restregaba las manos con grasa, dispuesta a hurgar de nuevo en el interior de Thyre. Un olor, entre mantecoso y rancio, lo llenaba todo, y a pesar de la luz que entraba en la casa, a él todo a su alrededor le parecía en tinieblas. Fue su esposa, llamándolo a su lado en nórdico, quien lo sacó de su ensimismamiento.

Él se acercó recordando la granja de su infancia, lo que solía pasar cuando un ternero no se presentaba como debía al parto y las pocas cosas sobre el alumbramiento que le había contado Jesse años atrás. Y se asustó.

Se sentó a su lado y buscó su mano, la encontró fría y seca. Ella parecía agotada, tenía los ojos entrecerrados y mechones desmañados de su cabello, húmedo de sudor y pegado a las sienes, caían desordenados hasta el escote de su camisón, dibujando oscuras telarañas entre las pecas y lunares. Pese al esfuerzo aparecía pálida, solo un poco de rubor tímido le cubría las mejillas. Tenía los labios agrietados y apenas le apretaba la mano hablándole entre susurros. Él temió perderla y le dijo que la amaba, le explicó que gracias a ella había vuelto a soñar con algo más que el día siguiente, le habló de lo afortunado que se sentía por tenerla junto a él.

Thyre preguntó por el bebé, no entendía lo que estaba sucediendo. Y no podía hacer otra cosa que cuestionar a su esposo sobre el pequeño, quería saber si su hijo estaba bien, insistía una y otra vez cargada con la escasa paciencia que le permitía su estado. Entonces los ojos se le crispaban y la mano de la partera convertía sus entrañas en un lugar de tortura. Luego volvía a preguntar y su esposo no sabía qué contestar.

Assur le pasaba la mano por la frente, con suavidad. Y le decía que estaba allí, con ella, que todo iba a salir bien; y se odiaba por mentirle, pero le faltaba valor para hacer otra cosa.

Se oyó el húmedo entrechocar de piel contra piel entre los gemidos de Thyre y, de improviso, la partera alzó el rostro.

—Este es más pequeño, y creo que ahora está como debe —anunció sacudiéndose la mano sucia de grasa y sangre.

Tomando el último de los trapos que la viuda le había dejado a mano, se limpió.

La comadrona se arregló de nuevo los cabellos, que se le habían desmandado, se pasó por el rostro algo de la poca agua limpia que quedaba en uno de los cacharros esparcidos y, mirando con severidad maternal a Thyre, le hizo una advertencia rotunda que la joven apenas escuchó, pero que sirvió para erizarle el vello a su esposo.

—¡Mocita! Sé que estás cansada —afirmó sin preocuparse por cuánto de lo que decía entendería la joven—. Pero vas a tener que empujar otra vez. Y tienes que hacerlo ahora, ¡y con todas tus fuerzas! No podemos perder más tiempo, si esperamos más…

A Assur no le hizo falta seguir escuchando, quiso preguntar si su esposa corría peligro y tuvo que callarse, la mujeruca había vuelto a concentrarse en su trabajo. Así que el hispano hizo lo único que podía hacer, consolarla con sus palabras más dulces, y animarla con sus frases más tiernas. Y cuando la sintió desfallecer y no supo de qué otro modo actuar, le rogó que no se rindiera, le ordenó que no se dejara vencer.

La partera murmuraba para sí. Dvalin llegó y Francesca lo sentó y lo mandó callar, ambos escuchaban los gemidos, los rumores, el roce de las telas.

Thyre empujó y Assur no se separó de ella.

La más sorprendida fue Francesca, que, obligada al pesimismo por sus propios temores, no había esperado otra cosa que salvar únicamente al primero de los bebés.

Ahora, mirando por la ventana descubierta mientras sostenía al pequeño en los brazos, se regocijó con el bonito día que comenzaba. La luz y el sol en el cielo sin nubes le alegraban la mañana, y, notando como el bebé acomodaba su diminuta cabeza, se sintió maravillada por el milagro de la vida.

Acariciaba la nuca del crío con solo las yemas de los dedos cuando oyó a Dvalin trastear con el pestillo. Desde el parto había cerrado siempre pronto y hoy, de nuevo, también regresaba temprano.

Antes de que Dvalin cruzase el umbral ya llegaba hasta ella el embriagador aroma del pan recién hecho que él traía consigo, aunque apenas lo pudo disfrutar, un penetrante olor mucho menos agradable la obligó a arrugar la nariz.

Habían pasado unos pocos días desde el alumbramiento, intensos y extraños, llenos de novedades. Y esa mañana, mientras Francesca cambiaba los pañales, Dvalin se acercó sonriendo. Acarreaba a duras penas un aparatoso saco lleno de todas sus especialidades.

En casa de una viuda sin hijos que se arrejuntaba con un panadero no tuvieron otro recurso mejor con el que aviarse; así que, para disponer de cuna, habían acomodado una vieja artesa acolchándola con mantas y frazadas. Lo que obligó al panadero a subirse a un escabel para mirar al interior a la vez que la viuda se inclinaba para depositar al bebé. Lo primero que vio fue el revoltijo de colchas y lanas, luego se encontró con dos pequeñas caras redondas, de carrillos hinchados y expresión plácida que destacaban entre el barullo de frisas.

Niño y niña. El varón había sido el primogénito, más grande y protestón, siempre hambriento; y la pequeña, que era más menuda que su hermano, parecía que solo supiese dormir plácidamente. Los ojos de ella recordaban al azul profundo de su padre, y en el rubicundo rostro de él destacaban los inconfundibles iris de su madre.

El enano los miraba con curiosidad, deseando verlos crecidos para que hicieran algo más interesante que moverse con torpeza y chupetear el aire.

—Espero que al chico, aparte de los ojos, no se le ocurra sacar el culo de la madre… ¡Menuda pinta tendría!

Y Francesca rio feliz, tanto que Dvalin temió que a la viuda fuera a darle un aire. Eran carcajadas fáciles y sinceras que brotaban desde lo más profundo de su alma; ella estaba más que complacida con la situación. Se serenó a trompicones, como una mula coja en una cuesta bacheada, volviendo a reírse de tanto en tanto cuando recordaba el comentario del enano. Y no fue hasta después de un buen rato, mientras se limpiaba las comisuras de los párpados con la manga de la camisola, cuando acertó a librarse de esa risa floja que Dvalin le había provocado.

Más calmada, se dio cuenta de que la algarabía podía haber llamado la atención de los otros. Así que levantó a los niños de su rústica cuna y acogió a uno en cada brazo, luego se agachó para besar al panadero y susurrarle palabras risueñas que hicieron a Dvalin pensar en la noche que les esperaba.

Y, con la mirada fija del enano en sus ancas, la viuda se acercó contoneando las caderas al lecho en el que, tras los mantones colgados que le daban algo de intimidad, Thyre descansaba. Assur no se separaba nunca de ella, la velaba cada noche y dormitaba a su lado de día, turnándose de mala gana con el enano o la viuda para echar cabezadas despistadas en cualquier esquina. Y, aunque ya había conocido a sus dos hijos, los había dejado al cuidado de la viuda, que parecía estar encantada con la sola idea de ocuparse de ellos.

Thyre parecía dormitar con ligereza y Ulfr, sentado a su lado, tenía una de las manos de ella entre las suyas. La viuda notó los ojos hinchados y el rostro cansado, pero no quiso decir nada, él sonreía y Francesca supuso que había oído la broma de Dvalin o sus propias risas.

—¿Qué tal ha dormido? —preguntó sin más.

—Bien, creo que lo peor ya ha pasado —contestó el ballenero entre bostezos.

El día siguiente había sido el peor, Thyre había tenido calenturas y le había costado mantenerse serena. La partera no les había explicado mucho, solo que le dieran aceites y cataplasmas y que, con el segundo bebé, algo se había desgarrado. Assur había estado a punto de enloquecer, habían llamado a un médico, un gordinflón con la bata negra llena de restos de sangre coagulada que quiso cobrarles una fortuna por sangrarla. El hispano no solo se lo impidió, teniendo muy presentes las lecciones del hebreo, sino que, de no ser por Dvalin, lo hubiera despachado a golpes.

Le habían dado infusiones de verdolaga, de hierbaluisa, de zarza. Le pasaban compresas empapadas por la frente y, poco a poco, las fiebres remitían. Era fuerte y había luchado como una jabata, quería vivir. Y ahora, todos pensaban que el peligro ya había pasado.

Thyre abrió los ojos, a tiempo para ver a su esposo sonriendo y a la viuda acercándole a sus hijos. Intentó hablar, pero tenía la boca reseca. Assur, complaciente, se dio cuenta y se apuró a ofrecerle un poco de agua en un cuenco de madera.

Cuando Francesca depositó a los pequeños en el regazo de la madre y palmeó el hombro del padre, la niña, limpia y aceitada, dormía, y el niño abría sus ojos y boqueaba como un arenque en la red. Thyre se acomodó retrepándose en la cabecera del lecho y Assur, para ayudarla, se hizo cargo de la pequeña, cogiéndola como si fuera a romperse y sorprendiéndose una vez más de que fuera tan chica como para coger en la ambuesta de sus manos apenas abiertas.

—Creo que ya sé cómo deberíamos llamarla —anunció Thyre abriendo el escote para dejar que el pequeño se aferrase a su pecho.

Assur la miró, todavía no se daba mucha maña, pero el bebé sabía lo que tenía que hacer mejor que la madre y empezó pronto a comer, haciendo que Thyre retorciese de tanto en tanto los labios, dolorida por los tirones ansiosos de aquel pequeño glotón.

—Me parece que Ilduara es el nombre adecuado…

El antiguo arponero miró agradecido a su esposa. Y sonrió, porque ella, que aún arrastraba el castellano con el mismo deje que su propia lengua, había pronunciado el nombre de modo extravagante. Sin embargo, no dijo nada, no hacía falta, los dos sabían lo que significaba.

Entonces Assur pensó que sería justo darle al chico un nombre nórdico, pues tenía muy presente que no podía negarle a su esposa todas sus raíces.

—En ese caso, creo que a él —dijo señalando al bebé con el mentón— deberíamos llamarlo Weland.

Thyre conocía la historia y le pareció un bonito gesto.

Las exageraciones podían hacerse habladurías a fuerza de repetirse, y esa era la única explicación que aquellos con algo más de dos dedos de frente podían dar cuando los recién llegados preguntaban. Y es que abundaban los que, incluso sobrios, aseguraban que la ciudad de London pasaba ya de las diez mil almas, algo impensable para los muchos que apenas sabían contarse los dedos de las manos.

Sin embargo, lo populoso de la ciudad, que se desbordaba por la orilla sur del Thames y anegaba la ribera norte con más y más casuchas, no servía para tranquilizar al rey Ethelred, que seguía sometido a los empeños de Svend Barba Hendida, dando razones para los chismorreos de las tabernas.

Todavía con el buen tiempo del final del estío habían llegado rumores de incursiones acometidas por los hombres del *jarl*, y las luchas por el poder político arrasaban las villas costeras y le hacían ganar al monarca el sobrenombre de Indeciso; pues parecía vencer en una batalla, rendirse en dos, perder media y arrasar

pírricamente en la siguiente sin lograr que su pueblo se librase de la amenaza de aquellos salvajes y consiguiendo que muchos recordasen al viejo y gran Egbert. Y prueba de esa ineficacia eran los continuos tiras y aflojas entre los rápidos barcos de los nórdicos, que no se amedrentaban, y las pesadas naves de combate del gobernante anglo, que no eran capaces de imponerse; incluyendo los duros enfrentamientos de Escanceaster y Dewnens.

Aun así, las calles de Dowgate, los callejones que partían la avenida del Thames, los laberintos que rodeaban Billingsgate, y las grandes y lujosas casas que los nobles y ricos empezaban a construir en el este de la ciudad, la zona donde se congregaban mayor cantidad de influencias y chanchullos políticos, seguían albergando a gentes que vivían y morían con muchas otras preocupaciones que quedaban lejos de las de Ethelred el Indeciso.

Para casi todos ellos había cosas mucho más importantes en el devenir de los días: una pequeña deuda con el carnicero, una apuesta cobrada, la mirada de una jovencita sobre los puestos de verduras del Cheap, el constipado de un hijo, el acuerdo de una dote, la primera menstruación de una hija, o simplemente el placer de llegar al hogar cada anochecida y encontrarse con los seres queridos sabiendo que en la mesa había comida suficiente y en el hogar madera abundante.

El otoño había sido suave, las cosechas generosas y muchos sonreían contentos por los réditos; cruzando las puertas de la ciudad, los campesinos que podían traían su propio grano y los señores recolectaban los diezmos. Los mancusos de oro acuñados por el rey Ethelred circulaban de mano en mano pasando entre los oficiales y maestros de las cofradías de artesanos, de los boteros, de los mercaderes y, como no podía ser de otro modo, de las fulanas, que llevaban allí desde que la ciudad no había sido otra cosa que un campamento de legiones romanas.

No nevó por primera vez hasta unos días antes de Navidad, cuando los abastos del mercado de Cheap se llenaban de gordas ocas cebadas que los afortunados compraban y los desgraciados miraban con ojos espantados por los precios; con las lenguas ahogadas y las manos rascando bolsillos vacíos.

En la casita de la viuda los días pasaban despacio y, cada cual a su modo, todos disfrutaban de la novedad que suponían los dos pequeños. La propia Francesca en especial, que vivía a través de Thyre la maravillosa experiencia que había aguardado por tantos años. Y el que menos Dvalin, que, cansado de los lloros nocturnos, solía encontrar más excusas de las habituales para dormir en la panadería en lugar de hacerle compañía a la viuda. Algo de lo que Thyre y Assur sacaban provecho, pues, cuando el enano marchaba, la lombarda se hacía cargo de los bebés gustosa, y los jóvenes compartían breves veladas de pasión entre las tomas que los pequeños reclamaban.

En lo que les correspondía, que era poco más que comer, dormir y hacer sonreír a

sus padres, Weland e Ilduara crecían sanos y fuertes. A medida que los días pasaban, los gemelos ganaban peso y aprendían nuevas habilidades, como usar sus manos, lo que les permitía regocijarse agarrando todo lo que caía a su alcance para luego lanzarlo tan lejos como podían.

Un día, poco después de año nuevo, se llevaron todos un buen susto cuando el pequeño Weland se atragantó con la cuenta de vidrio de uno de los collares de la viuda. Como si no le hubiera bastado con haberlo roto y esparcir los abalorios por toda la casa, el crío había decidido probar una de aquellas relumbrantes bolitas. Había acabado pasando por todos los colores hasta que sus labios se azularon y un asustado Assur lo puso boca abajo para palmearle la espalda. Cuando logró toserla, reluciente de saliva, se puso a llorar hecho un basilisco y todos respiraron aliviados menos su hermana, a la que pareció contagiársele el miedo de su gemelo y decidió unirse a coro.

Con los fríos del invierno Assur sonreía a menudo viendo cómo Francesca y su esposa amantaban a los niños hasta ponerlos colorados y, de tanto en tanto, pensaba en el viaje que tenían todos por delante; haciéndose preguntas sobre Compostela, el obispo Rosendo, el propio Gutier y el bueno de Jesse, imaginando que encontraba a su hermana y podía presentarle a su familia, estaba seguro de que Ilduara sería inmensamente feliz al conocer a sus pequeños sobrinos.

Durante esa época, la más cruda del año londinense, el gran canal se volvía peligroso y los mercantes se resguardaban en los embarcaderos, pero Dvalin se ocupó de que la voz siguiese corriendo. Para cuando llegara la primavera hasta los habituales de la más infecta de las tabernas del puerto sabrían que se recompensaría el aviso de algún patrón que viajase a Jacobsland.

No sin dudar, Assur había valorado muchas opciones y, siguiendo el consejo de Dvalin, había tomado una decisión. Esperarían hasta el siguiente otoño, al final de la temporada que vendría y, si hasta entonces no había aparecido ningún barco con el destino que les convenía, se limitarían a cruzar el canal hasta la tierra de los francos, bajarían hacia las montañas de la Marca del imperio magno y harían por tierra el resto del camino a Compostela.

Sus monturas y la mula Thojdhild estaban gordas por la falta de ejercicio, y Assur intentó venderlas en las caballerizas que habían contratado. Pero Thyre se había encariñado con la acémila y, aunque no le puso objeciones para llegar a un acuerdo por los caballos, cedieron parte de lo obtenido para seguir manteniendo al animal en los establos, hasta saber si podrían o no llevarla con ellos.

El gato al que Assur había dado los restos de los pichones cocinados por Francesca poco antes de que nacieran los niños se acostumbró pronto a la rutina y, antes de que pudiesen evitarlo, se atrevió a tomarse confianzas. Se hizo habitual que se colase por las mañanas para dormir al calorcillo del fuego del hogar y que, antes de

salir de ronda cada noche, aprovechase las sobras de los platos.

Dvalin se hizo rápidamente su amigo y no era raro ver al animal acurrucado en las rodillas del enano, entornando los ojos mientras el panadero le rascaba entre las orejas provocando ronroneos graves. Aunque con quien se llevaba mejor era con Thyre, que le regalaba siempre los restos de los apetitosos guisos de la viuda. Y, cuando ya era evidente que el felino se había convertido en el verdadero dueño de aquel hogar, Dvalin decidió llamarlo Sleipnir, pues viéndolo correr tras el cabo de un torzal con el que Francesca andaba cosiendo remiendos, al enano le pareció que bien se podía decir que el gato parecía tener ocho patas.

Eudald del Port siempre le decía a quien quisiera escucharlo que solo había dos verdades absolutas e inamovibles que podían tomarse como dogma de fe cierta y auténtica: que Barcelona era la mejor y más bonita ciudad del mundo conocido y que, a medida que uno se alejaba de ella, el número de mentecatos sin seso crecía y crecía hasta parecer que no tendría fin.

Hijo de la miseria arrastrada por dos payeses que buscaran fortuna entre las murallas de Barcelona, la disentería lo había convertido en huérfano antes de que sus padres pudieran librarse siquiera del hambre que los había desahuciado del alfoz. Y el zagal, a medio camino entre ladronzuelo que escapaba de los hombres del Veguer y recadero de cualquiera de las naves atracadas en las dársenas de la gran ciudad, había crecido en la indigencia, durmiendo apretujado entre las nasas desastradas del puerto, ansiando cada bocado de fruta robada y rabeando tras escarcelas abultadas en cintos descuidados; hambriento y casi raquítico mientras la urbe, como queriendo llevarle la contraria, medraba con ostentosa prosperidad gracias a las encomiendas y dineros de las casas condales que, para salvaguardar su frontera más meridional, habían sido instauradas en la Marca Hispánica por los herederos del imperio carolingio.

En aquellos años de su infancia Barcelona brillaba en el Medi Terraneum. En liza con la Genua ligurina o la misteriosa Venezia, en la que las gentes nadaban en lugar de caminar; la ciudad de los condes luchaba por forjar un comercio que trajera caudales hasta los negocios de sus gentes. Hasta los ancladeros barceloneses llegaban naves de Calabria, de Apulia y hasta de lugares de impronunciables nombres como Ishm o Gru, y el joven Eudald, deseando dejar atrás el miedo a que las ratas le comiesen los pies mientras dormía entre desperdicios, consiguió, gracias a su pillería y descaro, un puesto de grumete en la Matosinha, una altiva galera bajo el mando de un ascético luso de nombre João Florez.

Cuando le mandaban limpiar las cubiertas de los galeotes, le asaltaban arcadas que el cómitre cortaba haciendo restallar el rebenque, pero el recuerdo del hambre era mucho mejor acicate que el látigo y Eudald, que no tenía otra cosa que su voluntad, temiendo ser abandonado en cualquier puerto si no se mostraba útil, la puso toda en el empeño.

Para cuando la barba empezó a espesarle ya era timonel, y en pocos años más un severo contramaestre que atesoraba con esmero cuanto ganaba para librarse de los recuerdos de tanta miseria.

A la muerte del patrón Florez, Eudald, al que todos conocían como *del Port*, se convirtió en dueño de la Matosinha y, tal y como había hecho el luso, se ganó la vida con lo que cargaba en su nao. Sin embargo, para colmo de su desgracia, al poco de disfrutar de su nueva condición, cuando ya se había atrevido a pensar que las penurias podían olvidarse, las tornas se volvieron de nuevo.

En una terrible, dura y cruel arremetida contra los dominios de la resistencia cristiana, el caudillo muslime Al-Mansur había decidido arrasar con aquellos descreídos infieles que molestaban al inefable atreviéndose a campar por los límites de los dominios del único dios verdadero, llegando incluso a adorar falsos ídolos y, lo que era casi igual de grave, atreviéndose a robarles preponderancia a los mercados del califato.

Como buen creyente, Al-Mansur sabía que solo acontecía aquello que el mismo y único Allh deseaba; Él, cuya voluntad era destino, en su plenitud, en sus noventa y nueve nombres, era todo y todo lo podía. Por eso, liderando miles de bereberes armados hasta los dientes con alfanjes afilados, el caudillo había iniciado la *yihad*, para llevar a cualquier extremo del mundo conocido la grandeza y la fe del único y todopoderoso. Y Barcelona, con sus mesas de cambistas judíos, su palestra en el floreciente mercado de esclavos y su extenso Mercadal, había sido uno de los primeros objetivos del líder agareno.

Eudald regresaba de una última escala en Apulia con un cargamento de lana y telas adamascadas que había conseguido vendiendo delicados corales tallados, exquisita cerámica decorada y densos aceites hechos de las mejores olivas. Llegó a tiempo para ver la destrucción que, después de medio año de ocupación, había dejado tras de sí Al-Mansur. Barcelona había sido pasada a sangre y fuego, y además del salvaje saqueo de sus arcas, el moro había raptado a prohombres de la ciudad como el vizconde Udalardo o el arcediano Arnulfo, presos en Córdoba. Tal fue la magnitud de los desmanes del caudillo mahometano que tras él quedaron las cenizas de monasterios barceloneses y de la mismísima catedral.

Las únicas beneficiadas fueron las descendientes de aquellas ratas del puerto que tanto había temido Eudald, el comercio se fue al traste y la pobreza y las penurias se extendieron adelantándose a la peste. Siguieron años terribles aun a pesar de los esfuerzos de la casa condal, que se negaba a renunciar a la prosperidad de sus señoríos y que, con el apoyo del discutido papa Silvestre II, del que se decía que dominaba la cábala y otras artes esotéricas, incluso se atrevió a romper el juramento de lealtad que les habían venido exigiendo los reyes francos.

El miedo a la miseria de la que con tanto ahínco había escapado se instauró de

nuevo en su ánimo y Eudald del Port, en aquellos escabrosos tiempos, se devanó los sesos buscando el modo de garantizarse el pan.

Recordó que el viejo patrón Florez había empezado sus días como navegante llevando hasta las islas de los anglos el vino de sus tierras lusas, que era allí muy apreciado, y el barcelonés, que había escuchado aquellas historias en múltiples guardias al timón, había tomado la decisión en un instante.

Era un lance del que no sabía otra cosa que aquellos rumores de cubierta y sollado, hubo mucho que disponer y más aún en lo que gastar: más de un doloroso soborno que entregar y la obligación de contratar a un liberto de nombre Yusuf para que le sirviera de intérprete en las tierras del antiguo patrón, bajo el dominio sarraceno aun a pesar de los esfuerzos de los reinos cristianos de la península.

A algunos les pareció que era imposible, sin embargo, remontando el río que los anglos llamaban Thames, se llegaba, tal y como había explicado el viejo João, a una gran ciudad portuaria de nombre London en la que los vinos lusos se vendían a buen precio. Y Eudald, obligado por sus viejos miedos, pronto encontró otras mercancías que merecían el viaje de ida y vuelta; cruzando el estrecho al sur de la roca de Tariq, bojeando los dominios sarracenos hasta llegar a las primeras tierras cristianas, navegando hasta Anglia a través de un mar bravío y oscuro muy distinto al que Eudald había visto y conocido frente a su puerto natal.

Era un largo recorrido que, con el auge de Compostela, le había brindado inesperados mercados nuevos. Pues, a pesar de las malas temporadas que siguieron a las razias de Al-Mansur, que habían llegado a la misma ciudad del apóstol, las reliquias de Santiago habían convertido a Galicia en un lugar al que toda la cristiandad quería peregrinar. Y en London, además de vender los vinos lusos, los encajes que compraba en Barcelona llegados desde territorio franco y las telas de Apulia, Eudald del Port hacía también negocio transportando a devotos anglos cuya ansia de visitar los restos del Zebedeo los llevaba a emprender tan larga travesía.

Y, una vez más, atracado en los embarcaderos del Thames antes de sexta, y dejando en manos de la tripulación estar pendientes de la carga, Eudald desembarcó dispuesto a pagar los impuestos que le exigieran y a tomarse un descanso en una taberna del distrito lombardo en la que conseguía unas fantásticas olivas que le libraban de la morriña que sentía siempre que estaba lejos de Barcelona, pues su fresco sabor agrio le recordaba a las que se cultivaban en los campos de olivos que había cerca de su propia ciudad natal.

Lo que el marino jamás hubiera esperado era que, antes incluso de terminar la primera jarra de vino, fuera a encontrarse allí mismo con un enano de estrambótico aspecto. Con la pinta de una talla hecha por un habilidoso artesano, el curioso personaje parecía una versión reducida de los norteños contra los que los anglos llevaban años peleando.

El enano iba vestido al modo normando, tenía el rostro barbado, llevaba brazaletes en sus cortos brazos y del cuello le pendía uno de esos colgantes en forma de martillo que tan abundantes eran entre aquellas gentes. Lo trajo a la mesa el tabernero y aquel peculiar personaje se sentó sin ser invitado con una seguridad que, de no ser por los restos de harina que le manchaban el corto tabardo, le hubiera servido al barcelonés para suponer que se encontraba ante uno de aquellos terribles guerreros sobre los que los isleños hablaban con temor.

Antes de que Eudald pudiese hablarle o quejarse al tabernero, el enano empezó a dirigirse al patrón con hoscas formas en una inverosímil mezcolanza de idiomas.

—Dvalin ya ha salido, pronto sabremos si es algo más que un rumor —le dijo a su esposa.

Thyre, que amamantaba a Weland, alzó el rostro y miró a Assur. El pequeño se revolvió inquieto y la madre acomodó el brazo.

El tahonero solo había parado un instante en la casa de la viuda para darles recado a sus amigos; la noticia había llegado desde el puerto y, poco después, su amigo común, el tabernero de origen lombardo, le había hecho llegar la confirmación a través de uno de los chicuelos de la ciudad, que se había presentado en el negocio de Dvalin sin resuello y pidiendo una moneda a cambio del mensaje.

—¿Y crees que ese tal Carlo está en lo cierto? ¿A Jacobsland?

Assur consideró la pregunta de su esposa antes de responder. Apenas conocía al cantinero, pero sí tenía confianza en el criterio del enano. Y, si a su regreso el panadero les confirmaba las noticias, sabrían a qué atenerse.

—Dvalin y Francesca lo conocen desde hace años, y los rumores corren en las cantinas más rápido que la cerveza… Sí, supongo que sí, puede que haya llegado el momento.

El hispano no se olvidaba de que la opinión de Carlo apenas podía tenerse en cuenta en poco más que en lo referente a vinos y pesca, pero también sabía que no podía ser tan difícil reconocer a un navegante llegado desde un lugar como la Marca, y mucho menos pasar por alto que en el puerto ya se hubieran empezado a arremolinar otros peregrinos.

Ilduara gateaba tras Sleipnir entre gorgoritos felices y el gato, falto de paciencia ante los abusos de la pequeña, que encontraba de lo más divertido tirarle del rabo, buscaba algún lugar al que subirse para echar una siesta en paz.

Thyre miró los recreos de su hija por un momento. Luego su sonrisa se apagó, no sabía si sentirse emocionada o contrariada, se había acostumbrado a la vida que llevaban en la casita de Francesca y, aunque sabía que ese momento llegaría, no podía dejar de temer el incierto futuro que se abría ante ellos. Estaba dispuesta a seguir a su esposo adonde fuera y como fuera, pero el inmenso amor que sentía por él no siempre era suficiente para librarla de todas las incertidumbres que, de tanto en tanto, se

empeñaban en asaltarla.

Assur se dio cuenta de las tribulaciones de su esposa y se acercó hasta ella. Acarició suavemente la cabeza de su hijo, en la que ya se distinguían los mismos rizos lánguidos que tenía la madre, y luego se sentó junto a su esposa.

—Podría ir yo solo y volver tras haber encontrado a mi hermana…

Ella miró a su esposo agradecida, una vez más le demostraba su amor. No dijo nada y se limitó a cogerle la mano.

—¿El gato también?

Ante el mudo gesto de asentimiento, decorado con un inocente parpadeo, Assur se desarmó.

—Pero… ¿qué pretendes? Con dos chiquillos, una mula y un gato… parecerá que somos una panda de artistas callejeros, lo único que nos va a faltar es una cabra…

Thyre solo sonrió y Dvalin, divertido, intervino.

—Os faltaría un enano…

Assur lo miró asombrado, con palabras sin pronunciar colgadas en los labios y pendientes protestas inacabadas que no supo cómo formular.

—Podría aprender a hacer malabarismos —dijo el tahonero moviendo sus manos como si estuviese haciendo rebotar pelotas de colores.

El hispano no pudo evitar que se le escapase una carcajada que terminó por desarmarlo y arruinar por completo sus quejas.

—Está bien, está bien, nos llevaremos al gato… ¿Crees que el patrón pondrá problemas? —preguntó dirigiéndose al enano.

—No, supongo que no, aunque os saldrá caro, especialmente por la mula —contestó Dvalin dejando de mover sus manos.

—Supongo que eso es lo de menos —concedió el hispano meditabundo—, lo importante es saber si nos podemos fiar…

—Eso no lo pongo en duda —aseveró Dvalin—. Carlo dice que lo recuerda, por lo visto, no es la primera vez que ese patrón viene hasta London. Aparece por aquí cada par de años, trayendo vino luso, telas y cerámica. Y también algún peregrino que otro… —dijo con intención—. Y por más que él y yo hemos preguntado, nadie tiene queja de sus tratos o su valía, de no ser así, no te lo hubiera dicho —aclaró—. Que sepamos, siempre cumple su palabra. Y ya ha habido otros que han contratado su pasaje para Jacobsland…

Assur asintió satisfecho. Conociendo al enano y su capacidad para amigarse con oídos adecuados en todas las tabernas de London, el hispano era consciente de que, si ese patrón no fuera fiable, Dvalin lo sabría; siempre era fácil soltar la lengua de los rencorosos.

—Está bien, ¿y cuándo planea zarpar?

Una vez más, lo más desagradable había sido la despedida, endulzada tan solo por las promesas de enviarse noticias cuando fuese posible. Pero aun así, no fue fácil. Las dos parejas habían compartido mucho y se hacía imposible pensar en desprenderse de todo ello para dejarlo únicamente a los vientos de la memoria.

Francesca y Thyre habían llorado haciendo que los pequeños se asustasen y se decidiesen a acompañarlas. Assur y Dvalin se habían dado la mano, en el gesto firme que hubieran compartido dos guerreros que hubiesen formado parte, codo con codo, del mismo muro de escudos. Les había bastado mirarse con franqueza a los ojos.

Y cuando el chapoteo de los remos había empezado a alejarlos de las dársenas de London, a Thyre se le escaparon lágrimas furtivas. Dvalin, subido a uno de los pilotes de los embarcaderos, se había despedido agitando su mano, y Francesca, a su lado, había hecho revolotear sus dedos ante sus labios, enviándoles besos a los críos.

Ahora, recuperando sensaciones por un tiempo olvidadas, Assur notaba el viento en el rostro y el penetrante salitre del mar que le llenaba los pulmones. Navegaban hacia el sudoeste, rodeando las peñas de la isla de los anglos, cortando aguas oscuras con la proa chata de la galera del barcelonés y sabiendo que en unos días más echarían pie a tierra. A babor veían en la lejanía la mancha difusa de las costas de la Armórica franca, hacia donde muchos britanos habían huido a lo largo de los años para librarse de los continuos ataques normandos a su isla.

A bordo de la Matosinha había otra media docena de peregrinos con destino a Jacobsland, formaban un grupo variopinto que viajaba ligero y con el que no cruzaban más palabras que las obligadas por la cortesía. Thyre y Assur mantenían una actitud discreta, y se preocupaban de evitar que, cuando había que amamantar a los pequeños, hubiese ojos ansiosos mirando impertinentemente.

Aunque el mar se mantenía tranquilo, sin llegar a alborotarse más que con aceitosas marejadas, no estaba resultando un viaje cómodo, cada uno pensaba a su modo en lo que les esperaba una vez llegasen a destino, sentimientos que engrosaban penosamente su equipaje. Y el rudo ambiente de la nave del barcelonés no era grato para una pareja joven con sus hijos, trastos y animales.

Por evitarse explicaciones, imbuido de un humor voluble y dubitativo, Assur mantuvo su papel de Ulfr. Y, aunque entendía mucho de lo que el patrón Eudald del Port les decía a sus hombres, prefirió escuchar sin hablar. Había demasiado en lo que pensar y, además, las preguntas que hubiera deseado hacerle al barcelonés solo tenían respuestas que no estaba seguro de querer escuchar. Así que el ballenero mantuvo su silencio hasta que, en la cuarta noche, mirando por la borda a la vez que revolvía en sus manos la caja de colmillo de morsa, mientras el patrón hablaba distraídamente con el timonel y Thyre dormía con los niños, escuchó algo que no pudo dejar pasar por alto.

—¿Compostela? ¿Habéis dicho Compostela? —preguntó girándose hacia los

marinos.

El barcelonés calló de golpe y miró a su pasajero, primero con asombro, luego con suspicacia y, por último, con una comprensión que le sirvió para guardarse las dudas que su propia experiencia sabía responder. Eran ya muchos años llevando gentes que preferían reservarse sus pasados. Y aquel tipo y su mujer podían ser muchas cosas, pero desde luego, no peregrinos; llevaban demasiados trastos, y una mula, hasta un gato. Podían ser fugitivos buscando empezar una nueva vida, o gente honrada que pasaba por una mala época. Sin embargo, habían pagado generosamente y el propio Eudald sabía que los secretos no tienen por qué ocultar maldades.

—Sí, Compostela —concedió observando con suspicacia al gigantón de anchas espaldas que ocupaba sus manos con una pequeña caja tallada.

El acento le resultaba extraño y Assur no sabía si era por el tiempo que llevaba sin escuchar su propio idioma o si era porque el barcelonés lo hablaba de un modo peculiar.

—¿Los sarracenos?

Del Port asintió con pesadumbre y, suponiendo que algo de importancia debía irle al otro en el asunto, se decidió a explayarse después de rascarse el cogote por un instante.

—Sí, un caudillo de nombre Al-Mansur. Lleva años castigándonos de cutio, como un buitre famélico. Y yo lo sé bien —afirmó pesaroso—, Barcelona fue de las primeras en caer bajo sus garras, tras él no quedó otra cosa que desolación y cenizas, hemos tardado años en recuperar influencias y poder, el arcediano Arnulfo aún sigue cautivo en alguna de las mazmorras del califa… Y mientras, los puertos de Genua y Venezia se han ido comiendo el trozo de pastel que nos hubiera correspondido…

Assur enarcó una ceja al tiempo que se guardaba la cajita labrada. No quería interrumpir, pero deseaba que el patrón de la Matosinha llegase a la parte del relato que se refería a Compostela.

—… Pero el muy hideputa no se conformó —continuó Eudald dándose cuenta de las inquietudes de su pasajero—. A lo largo de los años se fue internando más y más en los reinos cristianos. Cayeron tierras como las de Sahagún y Zamora, y, como no podía ser de otro modo, Compostela, que era un dulce que el muy bastardo no pensaba olvidar… Por lo que he oído, obligó a los prisioneros a cargar con las campanas del templo del apóstol hasta la misma Córdoba…

Hablaron un rato más y el barcelonés tuvo la delicadeza de no hacer preguntas, pero tampoco tenía todas las respuestas que el antiguo arponero necesitaba. Barcelona parecía ser la única preocupación del patrón y lo poco más que pudo sacar en claro Assur se limitó a noticias vagas; referencias que no sirvieron para aliviar sus dudas, sino, más bien al contrario, para generar nuevas incertidumbres.

Los normandos, tras el fracaso de Gunrød el Berserker, del que todavía se

contaban rumores y mentiras, parecían no haber vuelto a encontrar los ánimos o recursos necesarios para atacar Jacobsland. Y, tal y como le había dicho Eudald a Assur, ahora, el peligro para el reino de Galicia y las demás reservas cristianas de la península venía de los islamitas.

Los mahometanos, bien asentados en los territorios sureños que habían conquistado en su desembarco desde las costas africanas, habían cobrado fuerza desde su invasión. El admirado Abd al-Rahman III había convertido el inicial emirato, subordinado al poder abasí de Bagdad, en un próspero califato independiente que sus herederos seguían gobernando con la sola idea de hacer grande al único y verdadero, a Allh, permitiéndose incluso burlar los pactos firmados con los reyes cristianos y soñando con conquistar los reductos de la resistencia de los adoradores del crucificado. Una fuerza moral que el caudillo Al-Mansur había aprovechado para ver patrocinadas sus despiadadas campañas, contenidas escasamente por las imperturbables montañas que convertían el norte hispano en una gigantesca fortaleza natural prácticamente inexpugnable.

Gracias a esas cordilleras que impedían el avance moro y a la falta de presión de los normandos, las villas costeras, resguardadas entre el mar y los montes, habían cobrado mucha más importancia de la que Assur podía recordar. Aunque hubo muchas otras cosas que avivaron su memoria desde el primer instante.

El horizonte tenía el preciso tono de verde lujurioso que se le había grabado a fuego en su infancia, y entre los oscuros berruecos que coronaban las muelas y riscos destacaban los mismos árboles retorcidos que parecían estar a punto de caer, apenas tintados por los amarillos secos del final del estío. Las montañas, viejas y pulidas, se abrían en innumerables valles angostos que hacían desaguar ríos y arroyos de aguas vidriosas.

Lo primero que habían visto, inmersos en harapos de bruma que les hablaron sobre la humedad de aquellas costas, fueron los arcos y monumentales columnas de pizarra y esquisto punteado que el océano había labrado con capricho. Increíbles acantilados trabajados por las olas que, en la bajamar, dotaban a los abruptos batientes de sus propios castillos y torres.

Siguieron navegando a vista de tierra, primero al oeste y luego al sur; hasta que el gran golfo de Ártabros los recibió haciendo que Assur recordase las palabras que Gutier le dijera tantos años atrás. Las bahías de sus cuatro ríos endulzaban la gran porción de mar contenida entre aquel laberinto de brazos de tierra y, cuando la proa de la Matosinha se internó por la estrecha bocana de la ría del Iubia, el niño que había escapado de la esclavitud para hacerse un hombre sintió algo en su interior que no supo discernir, los recuerdos se agolpaban con demasiada prisa.

Adóbrica ya no era el sencillo villorrio de pescadores que Assur recordaba. El puerto seguía en el mismo lugar, acunado entre las lenguas de tierra afilada que tanto

tiempo atrás habían bebido la sangre de aquella terrible batalla en la que hispanos y nórdicos habían dejado mucho más que sus vidas. Reconocía las pequeñas calas, los oteros y, al tiempo que todo parecía igual, Assur sabía que, en realidad, era distinto.

Había otros barcos atracados, una colección de navíos de todas las condiciones imaginables en la que incluso había algunas naos de larga eslora y poca borda que recordaban a los *drekar* nórdicos. El movimiento de gentes y cargas era abundante, y entre las barquichuelas de los pescadores zigzagueaban los botes de los grandes cargueros. Antes de echar el hierro de la Matosinha al agua, con solo una cubierta de galeotes ayudando al timonel a maniobrar cautelosamente, ya podían oír el griterío y el barullo de las gentes de Adóbrica. El humilde ancladero ribereño se había convertido en una ciudad con todas las de la ley.

Al despedirse, sin mucha alharaca, el propio Eudald, alzando la voz por encima del barullo de los pantalanes, les recomendó un establo donde adquirir monturas. Y Weland e Ilduara pisaron por primera vez la tierra de su padre cuando Thyre los dejó gatear en un pequeño prado anguloso de hierba raquítica que quedaba marcado entre los cercados del caballerizo.

Mientras sus hijos se caían y levantaban entre risas felices, Assur examinó los animales y, aunque había espléndidos garañones de estilizadas ancas que levantaban briosos la cola cuando se arrancaban, eligió un pío ruano y un tordo de aspecto fuerte que sirvieran para tiro. Por último, compraron un robusto carromato cubierto en el que poder acomodar los trastos y a los niños, y en el que Sleipnir pareció sentirse a gusto desde el primer día, pues, esa misma tarde, a medida que iban dejando atrás el pueblo de Adóbrica, el gato se subió al pescante, muy ufano, contemplando con ojos orgullosos el mundo por el que avanzaban y acompasando los chirridos de las ruedas con maullidos ocasionales.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —dijo Thyre intentando que su esposo abandonase las abstracciones que lo distraían.

Él, ocupado preparando yesca y un nido de ramillas secas, tardó en contestar.

Se lo habían tomado con calma, Assur no había querido sacar al tiro de caballos del paso y ella había preferido no decir nada, no tenía prisa y sabía que su esposo necesitaba algo de tiempo para sí mismo. Y con aquel ritmo tan lento apenas habían avanzado, todavía se cruzaban con gentes que iban o venían: peregrinos que, como ellos, abandonaban la ciudad portuaria, y mercaderes o campesinos que regresaban después de haber cerrado sus tratos en los abastos de Adóbrica.

Siguiendo las indicaciones que les había dado el caballerizo, habían ido sorteando la ribera norte de la ría del Iubia. Y ahora estaban acampados en un bosquecillo de robles que escondía una pequeña iglesia dedicada a san Martín, un hito en el camino que, según el palafrenero, deberían haber dejado ya atrás, pero que a ambos les había parecido un buen lugar para pernoctar.

Assur prendía una fogata para asar algo de la carne de la que se habían provisto en Adóbrica, y Thyre dudaba sobre la conveniencia de hablarle o no. Su esposo se había mantenido adusto y silencioso desde que echaran pie a tierra.

Los niños, recién cambiados y aceitados, retozaban en una frazada que Thyre había tendido entre dos de los carvallos, entendiéndose a su manera con palabras incompletas y gorjeos entrecortados por risas agudas. Su madre miraba hacia ellos de tanto en tanto y sonreía con complacencia. Sleipnir, después de haberse entretenido rascando el hocico en todas las esquinas del pescante para reclamarlo como propiedad, estaba echado en el asiento del carromato cuan largo era, y miraba la carne que estaban a punto de cocinar sus amos, moviendo de tanto en tanto el extremo de su cola como si la impaciencia pudiese con él; y Thojdhild, junto a los dos caballos del tiro, mordisqueaba la alta hierba que crecía al pie de los sencillos muros de la humilde iglesia, buscando los mejores brotes.

—Unos pocos días… —reaccionó Assur después de avivar las primeras llamas con un par de soplidos.

Thyre se dio cuenta de que él había contestado sin saber si ella se refería a Compostela o al pueblecito en el que establecerían su hogar y cuyo nombre seguía resultándole impronunciable.

Pero conocía bien a su hombre y, como había supuesto, después de que los niños se durmieran, cuando la noche se cerró y la fogata les brindaba sus luces cimbreantes, él se decidió a hablar.

Cuando algo dentro de sí le dijo que era el momento, mientras revolvía las brasas con una ramilla, Assur se desahogó. Le contó detalles de una historia que ella apenas conocía y Thyre entendió algunos de los flecos tristes que moraban en los ánimos de su esposo, rincones de su alma que guardaban con avaricia penas incurables. Él había sido un niño y ella se daba cuenta de que había tenido que enfrentarse a situaciones en las que hombres adultos no hubieran sabido hacer otra cosa que esconderse.

Cuando él calló ella se acercó y se dejó recoger en sus brazos, al amor del fuego. Y, como no supo qué palabras podían servir para aliviar la pena de él, lo besó tiernamente en el cuello y la mejilla. Al principio, Assur no reaccionó, demasiado absorto en los lugares de su pasado que acababa de visitar, pero luego una mano dulce correspondió el beso con caricias suaves que recorrieron los surcos de su espalda. Finalmente, él se giró hacia ella y sus bocas se encontraron con la torpeza de una primera vez, y tardaron unos instantes en reconocerse, después se apresuraron robándose el aire y sus lenguas dibujaron arabescos familiares que despertaron deseos que quisieron conservar por siempre. Ambos sintieron la urgencia de la pasión y ambos se entregaron a ella.

Bajo la mirada curiosa de un autillo, que acechaba los bichos atraídos por las luces de las llamas de la hoguera; envueltos por los aromas secos del fin de la

estación y cubiertos por las estrellas que punteaban el horizonte, hicieron el amor suavemente, colgándose de los oídos palabras dulces, enseñando a sus manos a recorrerse como si no hubieran hecho otra cosa en toda su vida, y acariciándose como si tuvieran miedo de romperse. Él la necesitaba y ella lo adoraba, se amaban.

Viajaban hacia el sol de mediodía encontrando los mismos recovecos que tantos años antes Assur había rodeado para dirigirse a Adóbrica. Y el camino estaba lleno de recuerdos, atrapados en los arriates de flores que flanqueaban la vía, colgados de las ramas que abovedaban los pasos, prendidos en los aromas que arrezagaba la brisa.

Cruzaron vados y pasaron por valles y collados, remontaron montes de gruesos bosques. Eran tierras de rocas y ríos, con nombres como Regueiro y Conces que se las describían. Y en cada paso Assur se sentía a punto de encontrar el rastro que él mismo, Furco y Gutier habían dejado. Como si en la siguiente cañada pudiese toparse con la silueta del infanzón leonés recortada a contraluz, caminando ante ellos.

Cruzaron el Eume, limpio y rabioso, aprovechando la pausa de su estuario. Gracias a los servicios de un botero con el rostro picado por alguna enfermedad de juventud, las piernas nudosas y la nariz corva; un tiparraco con aspecto de buitre famélico que les habló con un acento tan cerrado que Thyre fue incapaz de comprender una sola palabra. Al paso de la barcaza espantaron un banco de sábalos que arrancaron destellos en las aguas calmas del cálido día y, una vez en la orilla sur, remontaron el impetuoso río hasta que Assur le pudo enseñar a su esposa las piedras del monasterio de Caaveiro, colgadas de forma inverosímil en la pared del valle de la ribera opuesta. Allí, él le contó lo que recordaba del obispo Rosendo y volvió a hablar de lo que Karlsefni le había dicho en Vinland.

—Entonces…, ¿irás a verlo cuando lleguemos a Compostela? —le preguntó Thyre mientras le tendía al pequeño Weland un currusco de pan duro para que aliviase el dolor de las encías mordiéndolo.

—Sí, estoy convencido de que el religioso del que hablaba Karlsefni es el obispo…

Ella asintió, contenta al ver la sonrisa cohibida que la esperanza blandía en los labios de su esposo.

—Seguro que sí… Seguro que sí…

Y, como no tenían prisa, dejaron a los pequeños jugar persiguiendo con pasos inseguros libélulas de brillantes azules metálicos que revoloteaban a la vera del río.

Con la mañana llena se toparon con un pescador de larga vara y rostro enjuto que descendía hacia una de las villas de la ría. Le compraron dos reos que habían caído en la tentación de las gusarapas que el hombre había movido entre las peñas de las corrientes. Se había hecho con media docena de plateados peces de dos palmos de largo con los que había llenado una rama de sauce, en la que los llevaba ensartados por las agallas, ya limpios de entrañas.

Se tomaron un tiempo para aliviar el hambre. Asándolos al fuego, acompañaron los reos con el último trozo del tocino que habían conseguido en Adóbrica y, tal y como tenía por costumbre su padre, Assur aderezó la jugosa carne con brotes de menta que recogió en la umbría del bosque. Luego se regalaron con las avellanas que encontraron entre las ramas de los viejos ablanos que se colgaban entre los berruecos de la orilla, y dejaron a los críos sestear tranquilos bajo la sombra de un enorme fresno. Mientras, los caballos y la mula abrevaron y buscaron la hierba fresca de la ribera, que despuntaba entre helechos añejados por el calor y matas de zarza y tojo allá donde las piedras lo permitían.

El pescador, encantado con el pago fácil y generoso que le había dado Assur a cambio, les había hablado dicharachero, comentando el remonte de los reos y salmones de ese año, el suave verano y las virtudes de las cosechas que se esperaban, lo que Assur había aprovechado para hacer algunas preguntas; y las respuestas les sirvieron para conocer los mejores lugares de pernocta en su viaje al sur. Así, antes de acabar la tarde ya habían pagado acomodo en una posada de las afueras de Brigantium a la que habían llegado gracias a las indicaciones recibidas. Un lugar modesto, pero limpio y cuidado, en el que les sirvieron un potaje ligero hecho con verduras de temporada acompañadas por escasos trozos de carne y en donde, por un par de monedas más, les dejaron ocupar una habitación para ellos cuatro y un rincón del establo para sus animales.

Al día siguiente, virando ya al suroeste, el paso a Compostela se les hizo evidente al alcanzar la parroquia de Mesía, donde se cruzaron con otros peregrinos que, desde el puerto de Crunia, también se dirigían al templo del apóstol. Allí se unían los caminos que llegaban de la costa y vieron y oyeron a gentes que, como ellos, habían llegado desde lugares del norte en barco. Sus ropas y palabras los delataban, e incluso hubo una pareja de desgarbados ancianos de Rogaland, recién convertidos a la fe del crucificado, que les pidieron indicaciones y con los que compartieron afablemente una frugal comida en la que Thyre se dio cuenta, no sin melancolía, de que podía ser la última vez que escucharía su lengua natal de labios de gente como ella misma. Aunque esa nostalgia incómoda desapareció sin más en cuanto miró a sus hijos, que, plácidamente, dormían una larga siesta.

Habían avanzado con parsimonia y no fue hasta la mañana de su sexto día en tierras hispanas que cruzaron la puerta nordeste de la empalizada que el obispo Sisnando había construido para proteger Compostela.

Entre enormes pinos bordearon la capilla que los benedictinos ítalos habían construido en honor a san Martín, para tener un lugar en el que orar al apóstol. Maestros canteros se esforzaban porque el lugar recuperara el esplendor pasado y Assur entendió, por primera vez, lo terrible y devastador que debía de haber sido el brutal ataque de Al-Mansur.

Toda la ciudad parecía esforzarse para levantarse de nuevo tras la cruel aceifa mora y, entre peregrinos, mercaderes y campesinos que se movían de un lado a otro, se veían innumerables carros cargados con grandes vigas de madera y sillares tallados.

El desvencijado aspecto de cuanto los rodeaba no ayudaba, pero Assur, ahora un hombre, miraba a su alrededor sin encontrar la magnificencia que sus ojos de niño recordaban de su anterior visita a Compostela, cuando siendo solo un crío había acompañado a Gutier. Pero aun así, la ciudad vibraba mágicamente entre las piedras de sus cimientos, decoradas por los mismos trazos de humedad de tantos años atrás.

Populosa y embotada de los olores de sus gentes y cocinas, Compostela le agobió enseguida y, como le había pasado en London, Assur echó pronto en falta los espacios abiertos y el horizonte infinito que le descubría la borda del Gnod.

Thyre, asombrada, se había sentado en el pescante junto a su esposo, robándole el sitio a Sleipnir, y miraba a todos lados, observando las grandes construcciones de granito y entendiendo solo palabras sueltas entre las frases de los variopintos caminantes que pasaban a su lado.

Los recuerdos de Assur eran vagos, pero antes de que las campanas de la ciudad tocasen sexta, ya habían llegado al corazón de Compostela, hasta el templo dedicado a resguardar los venerados restos de Santiago el Mayor, al lado de la residencia episcopal.

Bartolomé Fillol había sentido una temprana vocación; una llamada inspiradora que le hizo entender el incomparable regocijo de la seguridad, pues a partir de aquel momento vivió con el convencimiento de haber sido arropado por un mandato divino que habría de guiarlo por siempre. Fue en su último verano en Maiorica. Había nacido en él una fe capaz de romper cualquier resquicio de incertidumbre y, de pronto, aun siendo solo un crío, había sabido, sin asomo de duda, que las díscolas cabras y su pastoreo eran tareas mundanas, el Señor lo quería a su lado.

Su isla natal, codiciado enclave estratégico del mar Medi Terraneaum, llevaba décadas bajo el dominio moro y, aunque Bartolomé lamentaba estar tan lejos de casa, agradecía cada mañana en los oficios de laudes el buen hacer de su padre cuando, en una barquichuela de contrabando, lo había enviado con una carta de recomendación y una escasa donación para la Iglesia a la gran Barcelona, para estudiar y formarse en su camino hacia Dios.

En la inmensa ciudad, ya antes de ordenarse, Bartolomé había oído sobre las reliquias del santo apóstol Santiago y no lo había dudado. Arrebujado por el mismo impulso divino que lo había obligado a rogarle a su padre sin cesar, el mallorquín porfió en su empeño hasta que sus continuas peticiones fueron aceptadas por sus superiores. A los pocos meses le habían concedido el permiso que tanto ansiaba y Bartolomé había peregrinado hasta Compostela, donde los años y avatares de la vida

lo llevaron de un lado a otro, contento de cumplir con su voto de obediencia mientras pudiera seguir cerca del bonito templo que el rey Casto había empezado a levantar en honor al discípulo Zebedeo.

Con el paso del tiempo las obligaciones fueron medrando y, por pura casualidad, terminó trabajando en la tutela del obispado, muy necesitado de hombres laboriosos, pues la institución aún tenía infinidad de tareas pendientes desde su traslado, años atrás, cuando el impulso de las reliquias de Santiago había movido al antiguo obispo a reubicar su residencia, abandonando la cercana Iria Flavia, mucho más sensible a los ataques moros y normandos que llegaban por el río Ulla. Y tanto quedaba por hacer que, desde la dignidad del papado, ni el predecesor Gregorio V ni el actual Silvestre II habían enviado todavía embajada alguna que bendijese y aprobase el cambio de la cátedra episcopal; si bien era cierto que los problemas en Roma eran acuciantes, pues el propio Silvestre y el mismo emperador Otón habían tenido que huir a Rávena para evitar la furia del populacho. Aunque Bartolomé, que había preferido mantenerse en cometidos más humildes, poco sabía de aquellas disquisiciones entre los altos círculos de la Iglesia.

Él era un hombre tranquilo, gustoso de la vida sencilla y laboriosa que su amor a Dios le había granjeado. Con el cuerpo ya trajinado por sesenta largos inviernos en los que el persistente orvallo compostelano había tenido tiempo de metérsele hasta las juntas de los huesos. Era de gestos comedidos, casi avaros, que cuadraban con su rostro bonachón de ojos redondos y profundos. Pero abrazaba cada jornada con entusiasmo, dando gracias al Señor por tener tareas sencillas a las que enfrentarse y por saberse dueño de la oportunidad de salir cada tarde a rezar ante los restos del Zebedeo, que había predicado en aquellas mismas tierras para expandir y hacer conocer las santas enseñanzas de Jesús crucificado.

Hasta su mesa en la entrada del obispado, donde ejercía labores a medias aguas entre cillerero y portero, llegaban gentes de toda condición; y Bartolomé estaba acostumbrado a templar malos humores y malsanas ínfulas. Apenas veía al obispo, que era un hombre ocupado y pendiente de cometidos mayores, pero cuadraba las peticiones de los que se acercaban hasta la casa episcopal con el secretario, un manso de nombre Adosindo que le recordaba al mallorquín a un mirlo acicalándose las plumas, pero que, aun pese a sus floridas maneras, cumplía con eficiencia, como demostraba el tiempo que llevaba en el cargo, pues había sido ya ministro del anterior obispo, Rosendo Gutiérrez.

Aquella tarde, que anunciaba otoño con las nubes que empezaban a labrarse su camino en el cielo, estaba resultando ajetreada; habían llegado mensajeros de Oviedo y León, también del obispado de Mondoñedo, y Bartolomé, cansado, esperaba impaciente la llegada del oficio de vísperas, pues deseaba cenar y retirarse. Pero la curiosidad venció con facilidad al desánimo cuando vio al extravagante personaje que

cruzó el umbral de la sede.

Al contraluz que enmarcaba el quicio del portón, dejando un gesto en el aire como si alguien lo esperase fuera, había un hombretón barbado de largas greñas con pinta de norteño. Alto como una columna y con las hechuras de un buey, le hizo presagiar al mallorquín que se avecinaban problemas, incluso pensó en llamar a los guardas que franqueaban el paso en la puerta.

El recién llegado se movió hacia Bartolomé con andares pesados. Tenía grandes manos curtidas que delataban trabajos duros y la piel de su rostro, tensada por los pómulos angulosos, estaba curada por la intemperie, lo que le hizo suponer a Bartolomé que el que tenía frente a sí era marino.

—Buen día —saludó el otro sorprendiendo a Bartolomé por la falta de acento.

—Buen día, hijo, bien hallado seáis, ¿qué se os ofrece?

Tenía profundos ojos azules ribeteados de tristeza y el sacerdote supuso que aquel era uno de esos hombres cuyo aspecto traiciona la bondad de su alma y, con una puntada de contrición, comprendió que se había apresurado en su juicio.

—Mi nombre es Assur Ribadulla y quisiera pedir audiencia con el obispo Rosendo. —El portero entrecerró los ojos y Assur dudó—. Sé que su dignidad es un hombre ocupado, pero si le pasáis recado de que yo fui…

—Hijo —interrumpió Bartolomé—, el obispo Rosendo murió hace años…

Assur no supo qué decir, por muy natural que fuese, no se le había ocurrido pensar que algo así hubiera podido ocurrir. El patrón Eudald del Port le había contado algunas de las cosas acaecidas durante sus años en el norte, pero no había incluido aquel detalle en su relato.

—… El señor lo tenga en su gloria. El obispado está ahora en manos de Pedro de Mezonzo…

A Bartolomé, que calló al ver el gesto contrito del otro, le pareció muy extraño que aquel hombre no tuviera idea de los cambios acontecidos en la cátedra episcopal. Ya desde que el bienaventurado Pedro acompañara al bendito Rosendo al concilio celebrado en León para eliminar la sede de Simancas, años atrás, todos sabían que el de Mezonzo apuntaba maneras para la sucesión.

—Sí, hijo mío, Pedro de Mezonzo —repitió.

El rostro ahora impasible le dijo al mallorquín que aquel extraño que se había presentado como Assur no había oído hablar jamás del nuevo obispo, y mucho menos de los abundantes y jugosos rumores que habían llenado los tiempos sucesorios por las disquisiciones con Payo Rodríguez. Por lo que Bartolomé se reafirmó en la idea de que el tal Ribadulla debía de ser un marino al que sus viajes lo habían llevado lejos por mucho tiempo.

—Sea —dijo Assur recomponiéndose—, pues, Pedro de Mezonzo, ¿y podría solicitar audiencia?

Bartolomé juzgó una vez más el rudo aspecto del visitante, que bien parecía capaz de terminar él solo la invasión del caudillo Al-Mansur a la ciudad.

—Habría de hablarse con el padre Adosindo, su secretario y amanuense, pero —acotó el mallorquín—, sea como fuere, el obispo no se encuentra en Compostela, su arrojo frente al moro le ha ganado una llamada a León, pues el nuevo rey, quinto de los Alfonsos, y el regente, el conde Menendo, lo han reclamado para la corte.

Assur contrajo el rostro una vez más, eran demasiadas novedades para las que las palabras del marino barcelonés no le habían preparado. Y, en el silencio de aquel extraño, Bartolomé no pudo evitar caer en el pecado de soberbia presumiendo de las acertadas decisiones del obispo, que había hecho evacuar la ciudad antes de la llegada de las huestes de Al-Mansur.

—El obispo Pedro se ocupó de llevar a los compostelanos a las montañas en cuanto llegaron noticias del avance de los muslimes. Y él permaneció en la ciudad, ¡él solo! Rezando frente al sepulcro de Santiago —las palabras se le atropellaban con la emoción de contar las hazañas de su prelado—. Y cuando llegó el moro, encontró la ciudad vacía. Aun así, Al-Mansur decidió arrasarlo todo a su paso, ¡todo! Hasta que llegó al templo del apóstol y se encontró al de Mezonzo orando…

—¿El nuevo rey? —preguntó Assur coartando la historia de cómo el fervor y la fe del obispo habían conmovido al caudillo agareno salvando así el sepulcro y el templo de Santiago.

El mallorquín resopló buscando algo de paciencia y dejó a un lado su relato.

—Sí, hijo, sí, al bueno de Bermudo el Gotoso —calificó Bartolomé por evitar discusiones políticas— lo llamó el Señor a su lado hace ya unos años y ahora la corona reposa en la testa de su hijo Alfonso, que gobierna con la regencia de su madre y la del conde Menendo González.

El antiguo ballenero, que había sido capturado mientras reinaba el niño Ramiro, ni siquiera quiso seguir cuestionando cómo el joven rey había perdido el trono a favor del tal Bermudo, o cómo había muerto este para que su hijo pequeño llevase ahora la corona, y tampoco por qué era un conde quien parecía ostentar el verdadero poder; y comprendió que no debía haber esperado que las cosas fueran tan sencillas. Nunca lo habían sido.

—Asaz perdido os veo, hijo… ¿Por qué no empezáis por el principio? ¿Qué necesitáis del obispo? —preguntó Bartolomé queriendo ayudar.

—¿Cuándo regresará?

El mallorquín inclinó el rostro y se rascó con aire dubitativo la tonsura, con un gesto blando y sin ánimo, como si temiese abrirse la tapa de los sesos si emplease demasiado ímpetu.

—No estoy seguro… Pero aún tardará —aclaró mirándose los dedos con los que acababa de rascarse—, partió hace unos pocos días, en las calendas de septiembre.

No creo que haya llegado a León…

La puerta que comunicaba la antesala de la portería con el interior de la residencia episcopal se abrió y, entre pasitos tímidos, asomó el impecable hábito holgado de Adosindo.

—¿Ha llegado recado de Mondoñedo? —preguntó mirando con curiosidad al gigantón que estaba frente a la mesa del portero.

Bartolomé rebuscó entre los legajos que tenía ante sí y, alzándose a medias, le tendió el mensaje, que había recibido poco antes, al ministro del obispo que se acercaba a su mesa.

—Tendré respuesta esta misma tarde y quiero que la lleve alguien de las mesnadas, avisadlos —dijo Adosindo con vehemencia, haciendo un gesto vago a los guardas de más allá del umbral y arrancando un severo asentimiento del portero.

Cuando el mallorquín volvió a retreparse en su asiento, después de que Adosindo se retirase, descubrió que su curioso visitante se había marchado ya y se preguntó si volvería a verlo.

—¡Lo recuerdo! —exclamó Assur de improviso.

El día amenazaba con terminarse colgando algunas nubes más en el cielo y todos en Compostela sabían que pronto se volverían grises y madurarían hasta descargar. A la ciudad le gustaba la lluvia.

Avanzaban con calma, vagaban sin saber qué esperar o cómo actuar. Llevaban toda la tarde callejeando en busca de acomodo y no habían encontrado nada que les satisficiera, lo que no ayudaba a mejorar el mustio humor de Assur, abatido por haber perdido la pista de su hermana. Incluso habían hablado de acampar en las afueras hasta decidir qué hacer tras las desalentadoras noticias. Y Thyre empezaba a preguntarse si no hubiera sido mejor idea permanecer en Groenland, ya que aquel viaje parecía no servir para otra cosa que para amargarle la existencia a su esposo.

—Lo recuerdo…

Girándose en el pescante, Thyre vio a los críos jugar con el gato en la colcha que había dispuesto en la trasera del carromato, entre sus trastos. Los pequeños estaban entretenidos, ajenos al alboroto repentino de su padre, y Sleipnir lo sobrellevaba como podía con algún bufido cansino.

—¿El qué? —preguntó, eligiendo las palabras con cuidado, todavía se sentía insegura con el idioma que aprendía a marchas forzadas.

—Bueno, no me acuerdo del nombre, pero lo he reconocido, trabajaba para Rosendo…

Y como si el gesto lo aclarase todo, Assur dejó las riendas entre las rodillas y revoloteó delicadamente con sus manos.

Thyre, que había esperado pacientemente mientras su esposo entraba al obispado tras responder a las preguntas de la guardia, y que había adivinado en cuanto él había

salido que algo andaba mal, no entendió a qué se refería Assur.

—Ya estaba aquí cuando yo vine con Gutier, si pudiera hablar con él… Seguro que recuerda algo…

Thyre no lo comprendió, le costaba entender a su esposo cuando hablaba tan apresurado. Assur se percató de la perplejidad de ella y cambió al nórdico para explicarse, consiguiendo que su mujer se diese cuenta al fin de que existía una nueva posibilidad de encontrar a Ilduara.

—Entonces, ¿nos quedamos?

Assur miró por un instante el sol ya tendido sobre las pizarras de las techumbres de Compostela. Y sintió la humedad que llenaba el aire presagiando la lluvia.

—Ya es tarde, y todavía tenemos que encontrar dónde pasar la noche, pero volveré mañana e intentaré hablar con él… Estaba al servicio de Rosendo cuando todo sucedió —repitió—, tiene que saber algo sobre mi hermana.

No conseguía conciliar el sueño. El ritmo de las campanadas que marcaban el paso de las horas se hacía eterno, y cada vez que los badajos blandían el bronce, a Assur le fallaban las cuentas y echaba en falta alguno de los toques. Y por más veces que se empeñaba en contarlos, siempre eran menos de los que hubiera querido escuchar, el tiempo parecía detenido.

En la bulliciosa zona de los francos, un barrio donde el continuo ir y venir de peregrinos dejaba habitaciones de toda condición libres con rapidez, habían encontrado acomodo a precio razonable. En una posada regentada por un inmigrante aquitano que respondía al rimbombante apodo de *le petit Duc* y que había elegido para su negocio el nombre de La Guyenne, como si así pudiese presumir de gobernar su propio ducado. El personaje, que hablaba melosamente endulzando las consonantes, no le gustó a Thyre, pero fue la única hospedería con la que toparon que tenía también suficiente espacio en los establos para acomodar a sus bestias y el carromato, por lo que tuvieron que conformarse.

La noche tenía los silencios mentirosos de una ciudad como Compostela y Assur, harto de los gritos de los noctámbulos, estaba ya cansado de enredarse en los mantos de su insomnio. Comprobando el dormir plácido de sus hijos, que, acostados entre ambos padres, soñaban encogiendo sus labios de tanto en tanto, se levantó con cuidado. Sin saber qué otra cosa hacer se abrigó y, susurrándole al oído a Thyre sus intenciones, que asintió somnolienta, salió a vagabundear y despejarse.

Deambuló sin rumbo, oyendo sus pasos resonar en las piedras y adoquines, inmerso en sus pensamientos. Y sus pies o sus recuerdos, sin que pudiera estar seguro de a cuáles culpar, lo llevaron hasta la calle de la Rainha; donde el alboroto de la madrugada y los borrachos impenitentes obviaban lo sacro de la ciudad ofreciéndose amistades eternas y duelos enfebrecidos por el exceso de vino barato.

Incómodo e impaciente, sin dejar de pensar en Ilduara, Assur tuvo que rebuscar

en sus rincones más amables a fin de encontrar la calma que necesitaba para negarle sus servicios al par de fulanas que se acercaron.

En una esquina, encima del travesaño ajado de un dintel carcomido, había un cartel desportillado y caído, inclinado como si cumpliera una vieja penitencia y sujeto solo por un par de eslabones oxidados. Era la abandonada proclama de una taberna ya cerrada que le trajo a la memoria imágenes de Nuño, Lope, Ariolfo, Velasco; de Froilo. Y del propio Gutier. Recuerdos que surgieron de algún lugar de su memoria para llenar sus ánimos de una melancolía de la que solo se pudo librar una vez pensó en la esposa y los niños que lo esperaban.

Dejó atrás el tablón, grabado con letras amplias para que los parroquianos lo encontrasen con facilidad; el tiempo lo había cubierto de mugre y apenas se leían una *o* y una *r* mayúsculas, decoradas con pequeñas hojas, como si los trazos fueran ramas cubiertas de brotes.

Assur giró en la primera esquina y se topó con dos que discutían sobre el mejor tiempo para la siembra. Y de entre la penumbra humeante que se deslizaba desde el interior de otra cantina vio a un tabernero echando a un borracho balbuceante sobre el que vertía pestes; y se dio cuenta de que, como sucedía con los reyes, entre los que la caída de uno propiciaba el auge de otro, los negocios del callejón de la Rainha vivían de las rentas que había propiciado el cierre de O Recuncho.

Se acordó también de las bruscas caricias de aquella mujer que Ariolfo le consiguiera aquella noche de tantos años atrás, y de las bromas de Velasco en la mañana siguiente, antes de partir a Caaveiro.

Se dio la vuelta, dispuesto a buscar lugares más tranquilos para su paseo cuando una puerta se abrió ante él y a punto estuvo de dejarse las narices entre las juntas de la tablazón. Paró en seco y tras la hoja apareció una figura embozada que retrocedía saliendo de la vivienda.

—¿Volverás mañana? —oyó Assur que alguien decía con voz engolada desde el interior de la casa.

Las sombras que cimbrearon a la luz de los hachones y el susurro de los pies en los adoquines le contaron a Assur que el que acababa de salir se arrepentía de su decisión. El hombre se acercó de nuevo al umbral y el ballenero escuchó el chasquido de un beso.

—Si puedo, volveré…

Assur dio un paso atrás para dejar intimidad a los amantes que se despedían y, cuando empezó a girarse para buscar la soledad que deseaba, distinguió de reojo la sombra del que salía, y algo indefinible le hizo detenerse. Pudo ver la punta de un borceguí de fino cordobán, un largo dobladillo, y entre los claroscuros de la capa de amplia cogulla tuvo la fugaz visión de un rostro fino y blanquecino.

Los dos borrachos que discutían habían llegado ya a las manos en su absurda

disputa, y los secos sonidos de puñetazos reverberaron entre la cháchara dispersa que se colaba por las rendijas de los postigos de las tabernas.

Assur tardó un momento en darse cuenta. Pero, como le había sucedido horas antes, el recuerdo le golpeó como si fuera uno más en aquella necia reyerta. El nombre seguía esquivando los esfuerzos de su memoria. Sin embargo, reconoció aquel rostro zalamero. Era el amanuense del obispado.

Los sesos le decían que sí, pero la sorpresa lo retenía. Aun así, el ballenero se recompuso con rapidez.

Los dos borrachos llevaban la trifulca a su punto más álgido y Assur estaba dispuesto a hablarle al secretario del prelado, contento por la oportunidad que la casualidad le brindaba. Pero, antes de abrir la boca, el que se había quedado en la casa cruzó el umbral con rapidez para decirle algo más al sacerdote. El arponero estaba en la penumbra que le daban el par de pasos que se había retrasado y solo vio la escena entrecortada por la hoja de la puerta.

Era un joven delgado, con largos cabellos lisos arreglados al estilo occitano, cubierto a medias por una manta que abrazaba en el pecho, con las mejillas cubiertas por el arrobo de la pasión.

—Pues haz por poder… Haz por poder… Ya te estoy echando en falta.

Se movieron como una pareja bailando con timidez cohibida, el secretario empujaba poniéndole las manos en el pecho a su amante para refrenarlo.

—¡Quieto! Podrían vernos…

Assur oyó el beso de despedida, y el leve chirrido del abisagrado, y no volvió a ver al secretario del obispo hasta que la puerta se cerró con suavidad.

Con su mano todavía apoyada en la hoja de la puerta, Adosindo sonrió con el regusto del amor en los labios y solo entonces se dio cuenta de que había alguien más en la calle, un hombre corpulento con un pie en vilo, como si al abrir el postigo hubieran interrumpido su paseo.

Los dos borrachos se pedían disculpas pastosamente, arrepentidos ambos por los golpes dados y recibidos.

Asustado, Adosindo miró a aquel extraño por un momento, sopesando la situación, dudando sobre lo que el desconocido podía haber visto. No creía que mucho, pero no le gustó. Por poco que fuese, podía resultar comprometido. Y, mientras titubeaba, se dio cuenta de que no era la primera vez que sus caminos se cruzaban, era el mismo normando con el que se había topado esa mañana en la portería del obispado, recordaba los bonitos ojos azules. Entonces se tranquilizó, porque suponía que el nórdico apenas haría otra cosa que chapurrear el castellano, además imaginó que no lo reconocería, por lo que se dispuso a regresar al reciento episcopal.

—¡Disculpad! Quisiera hablaros —dijo Assur sin más intención que preguntar

por su hermana.

Adosindo tardó un momento en asimilar lo que había oído, pero en cuanto lo hizo, no se le ocurrió otra cosa que echar a correr, primero con pasos indecisos, después como si el mismísimo Satanás le hubiese echado lumbre a los bajos del hábito. Y Assur se dio cuenta al instante de que el sacerdote lo había malinterpretado, y de que ya era tarde para explicarle que a él le importaba bien poco saber o no saber que el otro violentaba su voto de castidad, y mucho menos con quién decidía calentar su lecho. Lo último que vio fue el revuelo de la cogulla, que se entretuvo tras los talones de su dueño después de que el secretario del obispo torciese en la siguiente esquina.

Luego empezó a llover mansamente, con finas gotas que bañaban la ciudad perezosamente, haciendo que sus piedras encontrasen resplandores que aparecieron con la fina pátina de humedad que las cubrió.

Sin otra cosa que hacer, Assur regresó pensativo a La Guyenne. Deseaba hablar sobre lo sucedido con Thyre. No podía evitar lamentarse, era consciente de que existían muchas posibilidades de que hubiera estropeado la última oportunidad de encontrar a su hermana, y esperaba contárselo a su esposa para escuchar lo que ella le diría.

—Hijo, no sé qué ha pasado —le dijo Bartolomé por encima de los brazos cruzados de los guardias—. O qué habréis hecho, pero él lo ha dejado muy claro, no quiere veros…

—Pero…

—En cuanto le he mencionado quién erais —continuó el mallorquín sin dejar que Assur terminase su queja—, se ha dado cuenta de que ya habíais estado ayer aquí… Y no va a recibiros…

El portero no creía que fuese el momento de entrar en detalles, aunque lo dicho ya resumía con acierto la respuesta de Adosindo ante la petición de audiencia. Aquella mañana Bartolomé se había encontrado con el secretario, como cada día, y había notado que Adosindo andaba más saltarín e inquieto de lo que tenía por costumbre, hasta se atrevió a figurarse, con cierta picaresca, que al amanuense se le había colado un avispero en el hábito.

Sin embargo, cuando aquel gigantón barbado se volvió a presentar en la portería de la casa episcopal, Bartolomé no pudo llegar a imaginarse que Adosindo reaccionaría de semejante modo al pasarle recado de que, a falta del obispo, había quien quería hablar con él.

—No va a recibiros —insistió el mallorquín sin querer añadir las blasfemias que se le habían escapado al secretario en la negación.

—Pero…

—O callas, o te callo —le espetó uno de los guardias amenazante entre vaharadas

de un aliento que confesaba que en la cena de la noche pasada había abusado de los puerros.

Estaban todos apelotonados bajo el quicio de la entrada, el ballenero a un lado, el portero a otro, lo guardias en medio.

Assur tuvo por un momento la tentación de acabar con los guardias y granjearse el paso, pero la desechó con presteza al imaginar tan solo las primeras consecuencias.

—Ha dicho que no sois bienvenido en esta santa casa… Y me temo que aún podría ser peor…

En las prisas del momento Assur no llegó a entrever la amenaza velada, y tampoco entendió que el portero intentaba hacer el rechazo cordial. El tal Adosindo, para salvar su propio pellejo, bien podría haberle acusado falsamente de brujería o de cualquier barbarie, condenándolo a sufrir una ordalía y a verse preso. Algo bastante común en esos tiempos convulsos, en los que una ciudad como Compostela atraía a gentuza de todos lados, incluidos facinerosos y timadores que escapaban de los dominios del rígido régimen del sacro imperio, más allá de los Pirineos.

Thyre, al pie del carromato, veía la escena con preocupación, sin llegar a comprender todo lo que sucedía, pero entendiéndolo sin necesidad de acertar el significado de cada palabra. Mucho más calmada y lúcida que su esposo, ella adivinaba lo sucedido. Asustado por el encuentro de la noche anterior, el sacerdote había preferido agazaparse como una cochinilla sorprendida al levantar un pedrusco y, enrollado sobre sí mismo, cerraba a cal y canto cualquier posibilidad de ponerse al descubierto por las palabras de Assur. Y, aunque Thyre era consciente de que a su esposo le importaba muy poco con quién se encamaba el ayudante del obispo, también lo era de que el secretario no podía saberlo. Y bien podía el tal Adosindo imaginar que Assur quisiera chantajearlo, o que se animase a denunciarlo ante el tribunal eclesiástico por la pura vileza de hacerlo.

—No os recibirá, hijo, y no creo que os convenga volver a acercaros por aquí —dijo el portero con una conmiseración de la que no supo explicar el porqué al recordar las pestes vertidas por Adosindo al negarse a recibir al de Ribadulla.

—Me conoce, me conoce…

Uno de los guardias, menos propenso al mal humor que su compañero, murmuró unas cuantas palabras en voz baja.

—Deberíais obedecer, solo puede ir a peor…

Era un hombre de las mesnadas mantenidas por el episcopado en acuerdo a las viejas leyes góticas; y por su rostro sufrido y la cicatriz que le cruzaba la ceja, bien podía tratarse de un veterano de la batalla de Fornelos, en la que los normandos habían dado una muerte cruel al obispo Sisnando, y esa suposición hizo que a Assur le extrañase el gesto; pues el antiguo arponero sabía bien que su aspecto y sus formas le hacían parecer un nórdico a los ojos de muchos de sus paisanos.

Pero el ballenero no sabía que aquel hombre, que respondía al nombre de Malaquías y que no solo había estado en la feroz lucha del sur de Compostela durante el ataque de Gunrød, sino que también había sido uno de los que levantaran el desfigurado cadáver del obispo, intuía, de hecho, lo que estaba sucediendo.

El guardia Malaquías llevaba tantos años en la sede episcopal que incluso podría haberle hablado a Assur de su hermana, pues recordaba perfectamente a la agradable niña que Rosendo había rescatado de las manos normandas, y conocía muy bien a todos los que allí trabajaban, así como todos los rumores que corrían de un extremo a otro. Además, había visto a Adosindo en más de una de sus furtivas escapadas nocturnas, en madrugadas en las que un hombre solo podía escabullirse si tenía en mente una de entre dos o tres posibilidades, lo que cuadraba con las habladurías que años atrás había hecho correr un joven palafrenero.

—Marchaos —volvió a susurrar Malaquías, consiguiendo una mirada de reproche del otro guardia.

Tras los mesnaderos, desde el umbral de la residencia episcopal, Bartolomé seguía intentando explicarse sin saber qué decir, pues a él tampoco le habían expuesto razones.

Thyre conocía bien a su esposo y, cuando lo vio apretar los puños de las manos que tenía a los costados, se acercó por detrás, abandonando el carromato un momento, y le tocó la muñeca suavemente. Él se giró y no hicieron falta palabras, Assur entendió que no merecía la pena enzarzarse en una pelea que a nada bueno conduciría.

Se retiraron cabizbajos, sin otro signo de despecho que un maullido ronco de Slepnir y un detalle humeante y caliente que la mula Thojdhild dejó tras de sí, como si con ello quisiera rubricar lo que pensaba su amo de los recelos del secretario del obispo.

—¿Y ahora qué haremos?

Él había hecho la pregunta en castellano, pero Thyre prefirió contestar en su propio idioma.

—Creo que te has cegado… Lo que importa es que has encontrado un nuevo cabo del que tirar para encontrar a tu hermana, eso es lo que deberías tener presente —dijo ella girándose hacia su esposo en el pescante y reacomodando al pequeño Weland en su regazo—. ¿Qué importa que no desee recibirte por culpa de sus miedos? —Assur intentó hablar y ella lo detuvo alzando su única mano libre—. ¿Es que no te das cuenta?

El arponero calló por no hablar en vano y dejó a su esposa explicarse.

—Ahora, estás al tanto de que es probable que él sepa algo sobre tu hermana. Es más de lo que tenías ayer, cuando supimos que ese tal Rosendus —Assur no se molestó en corregirla— había muerto. Así que basta esperar una temporada a que el

miedo se le escurra del cuerpo…

—Pero yo no voy a airear sus trapos sucios, a mí me la trae al pairo lo que haga y cómo lo haga —intervino él sin poder evitarlo.

—… Bastará con esperar —insistió ella—. Luego, cuando ese Adosindo haya tenido tiempo de sacudirse el desasosiego, podemos enviar recado. Podríamos pedírselo a otra persona, para que no se le vuelvan a retorcer las tripas al saber que eres tú de nuevo. O escribir un mensaje haciéndote pasar por Sebastián o alguno de tus hermanos, o de cualquier otro que pudiera interesarse por el paradero de tu hermana —sugirió—, no creo que él sepa los detalles de lo que sucedió con el resto de vosotros. Y después, bastará con esperar respuesta…

A Assur se le iluminaron los ojos y, en un arrebato feliz, le plantó un sonoro beso a su esposa en los labios.

—Parezco idiota —confesó él cuando se separó, aprovechando para acariciar tiernamente la cabeza de su hijo mientras con la otra mano tensó las riendas para recuperar el rumbo correcto.

Thyre no quiso echar más leña al fuego y prefirió no decir nada más al respecto, por lo que se limitó a añadir:

—Todo saldrá bien…

Entonces el arponero cayó en la cuenta de algo y volvió a girarse hacia ella.

—¿Y dónde esperaremos? ¿Qué haremos mientras tanto?

Ella sonrió antes de contestar. Era algo en lo que ya había pensado, y mucho, pues ansiaba cambiar aquella vida errante que llevaban.

—Creo que podemos ir hasta esa casa de la que tanto me has hablado, me parece que va siendo hora de que tengamos un hogar… No podemos pasarnos la vida dando tumbos por el mundo en un carromato… ¿O es que no tienes intención de cederme las llaves? —preguntó con picardía—. Porque va siendo hora…

Ambos se miraron sonriendo, llenos, gracias a ella, de un buen humor que despejaba todos los inconvenientes y que acompañaba al día que, librándose de las nubes que habían traído la lluvia la noche anterior, empezaba a solearse.

Y él volvió a besarla con una expresión risueña cubriéndole el rostro, y la pequeña Ilduara, que había estado durmiendo en la trasera, se echó a llorar disputándole la atención de su madre a su padre.

Antes de salir de Compostela se entretuvieron haciendo algunas compras en los abastos y, además de víveres y un par de paños de muaré de los que se encaprichó Thyre, Assur adquirió varios rulos de torzal de seda y unos cuantos metros de cordel trenzado, hecho con crines de caballo y tratado con aceite de linaza.

Por primera vez en mucho tiempo Thyre volvió a ver cómo su esposo sonreía cada mañana y, aunque esperaba que todo saliese bien, no podía alejar de sí las incertidumbres que esa nueva vida que pensaban emprender despertaba en ella, pero

no compartió esos miedos con Assur. Estaba encantada participando de las esperanzas de él y prefería mantener el buen ánimo sin dejarle rincones abiertos a las dudas.

Siguieron camino hacia el sur, hasta los hitos de Iria Flavia y, continuando por una vieja calzada romana, viraron a levante, remontando el Ulla, el mismo río del que tantas veces él le había hablado; y Thyre se sintió complacida recordando los días felices en los que habían viajado al sur desde Jòrvik, en la isla de los britanos.

Assur reconocía ahora lugares del camino, pero lo hacía con un regocijo que alivió las inquietudes de su esposa y, como ya habían hecho en las *tierras verdes*, hablaron de lo que harían en su hogar, de lo que cultivarían y de los animales que criarían.

En su avance hacia el este pasaron por bosques cerrados que a Thyre se le hicieron extraños por la multitud de árboles y plantas que no conocía, pues parecía haber mil clases más que en las tierras del norte. Y, en esas soleadas tardes cubiertas del benigno calor del final del verano, aprovechaban lo que la naturaleza les brindaba para acompañar sus comidas.

Antes de llegar a un lugar llamado Aixón, hicieron noche cerca de los restos de grandes construcciones vejadas por el devenir de los años, y Assur le explicó a su esposa que se trataba de las fortalezas de los pueblos que habían dominado aquellas tierras de montes y ríos antes de que los romanos conquistaran el intrincado territorio. Y Thyre, que se había criado entre gentes acostumbradas a abrir su propio camino y a conquistar tierras baldías para expandirse, se asombró al saber que en lugares como aquel los hombres llevaban cientos de años labrando su lugar.

Al pie de los grandes murallones derruidos, casi asimilados por las ondulaciones del propio paisaje, había crecidas matas de zarzamoras llenas de frutos maduros, y los gemelos comieron golosos hasta acabar con sus manitas y sus rostros llenos de manchurrones tintos y pegajosos.

Y, cuando sus hijos se durmieron y Sleipnir salió de ronda para conocer los alrededores y acallar los maullidos de alguna ardorosa gata en celo, Assur y Thyre se acostaron satisfechos bajo las estrellas que brillaban en un cielo despejado, punteando los escasos huecos que las ramas llenas de hojas de los árboles dejaban. Ella apoyó la mejilla en el pecho de su esposo y lo rodeó con un brazo cariñoso mientras hablaban del futuro que les aguardaba y Assur, que contestaba a las preguntas de Thyre con paciencia amorosa, peinaba entre sus dedos los largos rizos trigueños.

Del bosque, con los golpes tímidos de la brisa, llegaban los olores secos que anunciaban el otoño, confirmado por los colores dorados de las espigas maduras de los campos de cereal que habían ido dejando tras de sí al avanzar en el camino.

En la espesura se movieron las matas de jaras, levantando murmullos y obligando a una lechuza a cambiar de apostadero. Una gineta avispada que había estado al tanto

se adelantó a la rapaz y cazó a un gazapo despistado que buscaba aliviar el hambre. Era una noche serena, y las cigarras entonaban sus cantos llenando el aire de llamadas que solo ellas entendían.

Gozosos, Assur y Thyre se entregaron el uno al otro, disfrutando de la madurez de sus cuerpos, sin que el amor les dejase ver las huellas que el tiempo había ido dejando poco a poco.

Cuando terminaron se recostaron de nuevo el uno al lado del otro, en silencio, disfrutando sin más de la mutua compañía y, mientras Thyre acariciaba el hombro firme de su esposo con yemas delicadas que recorrían las líneas que marcaban los músculos, una nueva vida empezó a nacer en su interior sin que ninguno de los dos supiese que, al abrazarse para dormir aquella noche, entre ambos quedaría su próximo hijo, un varón que heredaría el rudo aspecto de los ancestros de Thyre y al que llamarían Gutier.

En el lugar de Brevis, al que muchos llamaban Melide por ser hito de un miliario en la vía que habían ideado y abierto los conquistadores romanos, se desviaron al sur para cruzar el río de Furelos; donde se toparon con un grupo de peregrinos francos que llevaban más de un mes recorriendo el norte hispano. A lo lejos, si el camino coincidía con una loma, ya podían ver las cimas de Outeiro y, más allá, el pico de Ludeiro. Estaban cerca.

Era día de mercado en Melide y, antes de dejar el pueblo atrás, se decidieron por completar las compras que habían empezado en Compostela. A lo largo de la vía principal se tendían puestos hechos con cuatro paños y unos pocos vientos, o en las mismas traseras de carros y carretas. Las voces vibraban y todo se llenaba de los aromas de las últimas frutas del verano y las primeras del otoño. En un tablón entre dos tocones una obesa mujer vestida de arriba abajo con rudas prendas de lana basta teñida de negro ofrecía algo de carne de ciervo, premio de algún cazador afortunado, y también los restos de un puerco que, sospechosamente, había pasado por la matanza antes de tiempo. Y, envueltos entre capas de helechos y rodajas de un peculiar fruto amarillento que les era desconocido a ambos, también vieron algunos pescados traídos desde la costa, pero el arponero no quiso comprar ninguno, pues en los ojos velados se veía que estaban pasados.

Assur y Thyre sí compraron cestos de mimbre, un par de cajas de madera, algo de manteca y un rollo de unto acordelado y ahumado. Y, hasta que decidieron que les resultaría muy difícil hacerse cargo de tanto bicho, estuvieron a punto de adquirir media docena de cabritos del año con bonitos mantos pardos, pues fueron de los pocos que encontraron que eran animales de buena raza.

Una vez dejaron Melide, con la bolsa algo más vacía, pero el ánimo lleno, tuvieron que buscar los servicios de un herrero al que comprarle nuevas herraduras para el tiro del carromato y para Thojdhild. Y un campesino que traía a la feria cestas

de pequeñas manzanas de áspera piel parda les indicó que, río abajo, había un molino de mazo en el que encontrarían una forja.

El ingenio, adosado a la vivienda del menestral y acodado en un meandro del impetuoso río Furelos, que bajaba hacia el sur para ceder sus aguas al Ulla, contaba con una rueda de palas que el flujo del cauce mantenía en movimiento para prestar su fuerza a la chumacera de una rueda menor; que a su vez, gracias a las grandes muescas de su borde, hacía saltar el cabo del eje del enorme mazo que servía al artesano para afinar láminas de hierro y aleación. Y el herrero, un escapado de los moros que había llegado desde Ébora, lugar donde los valíes agarenos cargaban con orgullo fama de crueles y sanguinarios, era conocido por templar los mejores hierros de la comarca.

Era un hombre mediano, ni grande ni pequeño en la complexión o la talla, de brazos correosos por el oficio y sonrisa fácil a pesar de las dificultades de la vida. Los recibió enguantado y vestido con un gran mandil de cuero salpicado por las quemaduras de los chisporrotazos de la fragua. Un personaje afable que admiró las armas de Assur y se sintió complacido cuando el antiguo arponero le cedió su espada, gesto que les sirvió a los dos hombres para aburrir a Thyre por un buen rato, mientras el artesano le explicaba a Assur las propiedades del metal según el calor de la forja, lo que se venía sabiendo por complicados matices de color.

El herrero, de nombre Juan, pero al que todos llamaban, simplemente, *Ferreiro*, les cedió su propio establo para pasar la noche, y la pareja y sus hijos durmieron cómodamente entre heno recién segado; envueltos en el penetrante olor dulzón de la cosecha.

En la mañana, después de un hospitalario desayuno a base de gachas que compartieron con el herrero, su esposa, y sus cuatro hijos, el artesano ayudó a Assur a calzar las bestias; y todo fue bien a excepción del trabajo con la mula, que, haciendo honor a su fama, se empeñó en actuar de modo tozudo y caprichoso. No terminaron hasta que tercia había pasado ya y el sol se movía hacia el mediodía; sudorosos y cansados de bregar con la terquedad de Thojdhild.

Antes de marcharse, queriendo ser cortés, Assur decidió comprar allí mismo los aperos que necesitaría en su nueva vida. Y pagando un precio justo sobre el que no hubo regateos, se hizo con varias hojas de arado, unos barretones, un par de sachos con mango de fresno, una zuela, una pareja de guadañas y dos hoces de largo brazo que sirvieron para que Thyre aprendiese una palabra de la zona, pues allí recibían el nombre de *gateños*. Un término para el que jamás encontraría el modo de librarse de una peculiar forma de pronunciarlo, ni siquiera con la ayuda del paso de los muchos años que viviría en Galicia.

Con el carromato cargado y los útiles bien asegurados y envueltos, para evitar que los niños pudieran hacerse daño, se despidieron como buenos amigos y marcharon

rozando sexta para comenzar la última etapa de su camino.

El paso que franqueaba el río Pambre, un antiguo puente de modestos pilotes de aliso, no había sido reconstruido desde el ataque normando que había marcado por siempre el destino de Assur. Se encontraron los restos carbonizados y rotos que el ímpetu del río había respetado, convirtiendo el frágil viaducto en un amasijo enmarañado en el que se enredaban las ovas y hasta el que llegaban, enmarañadas, las ramas de las matas de zarza de las orillas. Y observar la construcción derruida, con los postes vencidos atravesados de modo extraño en el agua, le causó al arponero una desazón incómoda que nada tenía que ver con el desvío en el camino al que se veían obligados. Quizá porque se dio cuenta de que el regreso a un lugar amado no siempre resultaba posible si lo que se pretendía era seguir una ruta sencilla y familiar.

Habían pasado demasiados años y los lugareños, habituados a los malos tiempos por la fuerza, habían buscado su propia alternativa para que la devastación de los normandos no coartase los quehaceres de sus días. A la izquierda de la vía, casi en la misma orilla, se abría una senda que, en apenas un par de millas, los llevó hasta una suave curva de aguas poco profundas cuyos playones tendidos eran prueba suficiente de que aquel lugar se usaba como vado; y Assur supuso que el tiempo había relajado las presiones del conde de Présaras en sus dominios, de no ser así, no comprendía por qué el noble no se había ocupado de reconstruir el puente.

Para no perder la costumbre solo tuvieron problemas con Thojdhild. El agua no llegaba siquiera a cubrir los bujes de las ruedas, pero la mula debía de ver en ella abismos insondables, pues hizo falta que Assur la dejase en la orilla y regresase a por ella para, pacientemente, obligarla a vadear al paso mientras su familia, que había cruzado en el carromato con el primer viaje, lo esperaba en la ribera opuesta; donde Thyre desenredaba ya las ovas que se habían prendido en los radios y los niños correteaban torpemente de un lado a otro haciendo callar a las últimas ranas del verano.

Sujetaba el bocado de la mula con una mano, con el brazo libre extendido mantenía el equilibrio; y mientras cruzaba el Pambre con el agua por las rodillas, sintiendo la arena dorada colarse entre los dedos de sus pies, Assur miraba río abajo, observando el túnel verdoso que formaba el espejo de la suave corriente bajo la larga bóveda del bosque. Veía ondear las manchas glaucas de los ranúnculos, y libélulas de brillantes colores cazar al vuelo mosquitos desprevenidos. Observaba el agua tomar brillos tostados de las piedras del lecho y ondularse entre las raíces lavadas de los árboles de las orillas. Los vencejos volaban a ras de agua haciendo cabriolas imposibles entre las ramas que colgaban, señalando una gran piedra que, despuntando entre los pliegues de la corriente, aguardaba el paso de los días con calma impertérrita. Y no solo se dio cuenta de que podía reconocer aquel tramo de río: aguas arriba había un trecho de rabiones y chorreras que se descolgaban de una presa

anguilera y, apenas media milla río abajo, había un gran pozo donde se detenían los salmones a descansar en su remonte; también se percató de que un poco más allá, río abajo, en una tabla tranquila rodeada de praderías que hubiera podido alcanzar antes de que llegase la tarde, estaba el lugar en el que todo había empezado. Y los recuerdos de aquella mañana se apresuraron en su memoria.

Furco a su lado, pendiente del pastoreo, y las vacas aprovechando la fresca para hociquear entre las matas, la hierba alta entre la que buscaba saltamontes con los que engañar a las truchas, su hermana trayéndole el almuerzo; y el humo, las grandes columnas de humo que habían visto. Y lo que habían significado.

Thyre, alzando el rostro, lo vio detenerse en medio del vado y, en un principio, imaginó que la mula le estaba dando problemas, luego se dio cuenta de cómo su esposo miraba fijamente río abajo y estuvo a punto de preguntarle si necesitaba ayuda, entonces comprendió que era mejor dejarlo a su aire por un rato. Lo conocía bien, y supo que su esposo necesitaba uno de sus frecuentes instantes a solas. Porque del mismo modo que había sabido desde el primer momento que él era el hombre con el que deseaba pasar el resto de sus días, también había adivinado que en su alma había rincones oscuros cubiertos de tierras baldías por las que él necesitaba caminar sin más compañía que su propio dolor; y ella había aprendido a aceptarlo, porque conocía la historia y se esforzaba por no olvidarla, ni siquiera las partes más terribles.

Cuando Assur, con taimada paciencia, logró convencer a la mula para que ascendiese por la suave pendiente de la orilla, Thyre se acercó a él y lo besó con ternura en la mejilla, él correspondió el gesto con una suave caricia y no les hicieron falta palabras. Pero ambos se sintieron mejor.

Desde el valle del Pambre, el terreno comenzó a subir suavemente, escondiendo el camino en recovecos que negociaban la pendiente con curvas arropadas por las sombras de castaños en los que maduraban erizos verdes.

Llegaron a lugares en los que Assur reencontró escenas de sus juegos infantiles. E incluso hicieron un alto en el camino para perder un rato en una caminata que les llevó hasta el terreno en el que había estado la madriguera en la que, siendo un niño, Assur se había hecho con su lobo Furco. Y Thyre escuchó el relato una vez más, con una sonrisa sensible que le iluminaba el rostro, encantada al ver a su esposo gesticular mientras señalaba lugares concretos, hablándole con una pasión y un regocijo que embellecían sus palabras y emociones.

Tan cerca del que había sido su hogar, Assur sintió toda la intensa melancolía nostálgica que había anidado en su interior durante largos años y, curiosamente, ahora que estaba tan próximo el final del camino, la impaciencia era mayor de lo que había sido nunca. Pues, si hasta aquel momento el regreso había sido solo un sueño con el que entibiar sus noches de más triste soledad, ahora era una realidad que se hacía arrebatadoramente presente. Y las preguntas, para las que solo el tiempo tendría

respuestas, se le apelotonaban obligándolo a espantar las dudas y a coger a menudo la mano de su esposa para darle un apretón leve que servía para reconfortarlo; sintiéndose afortunado una y mil veces más por haberla encontrado.

Todas sus prisas tuvieron que aguardar a que el ánimo se sintiese preparado y, en el modesto alfoz de Outeiro, en un campo de centeno que solo reconoció gracias al viejo castaño castigado por los rayos en el que había jugado de niño, hicieron noche por última vez antes de llegar a su destino. Y, a la cimbreante luz de la fogata que armaron para cocinarse algo de cena, las malas pasadas de la memoria le obligaron a contarle a Thyre como su hermana solía usar aquel inmenso tronco ahuecado por las tormentas para esconderse, cuando las tareas de la casa les dejaban tiempo con el que entretenerse con juegos de agachadizas.

Los pequeños Weland e Ilduara durmieron mal, despertándose a menudo y reclamando atenciones, como si presintiesen el ánimo revuelto de su padre, que parecía no saber si estaba preparado para que aquellas raíces que llevaban tantos años en barbecho brotasen de nuevo.

A lo largo de la noche, entre los llantos de los gemelos, el cielo fue encapotándose como si se viese obligado a cubrir las vergüenzas de la luna creciente y la mañana los recibió con una luz grisácea y difuminada que cargó el aire de las pesadas humedades del otoño; portadoras de sonidos lejanos y de los olores de los campos de cosecha.

Con las prisas contenidas por el parsimonioso tiro del lento carromato y la impaciencia desbocada, Assur tuvo que reunir todo su aplomo para acometer el último trecho, que empezaba a parecer empeñado en convertirse en eterno.

Ascendían poco a poco las ondulaciones que llevaban al otero que cedía el nombre al pueblo y, entre campos nuevos de cultivo, Assur descubrió fincas a las que podía darles el nombre de las familias que las habían poseído cuando él era niño; y se los fue enumerando a Thyre contándole las mismas anécdotas que su propio padre había desgranado para él al responder a sus preguntas infantiles, entendiendo ahora, gracias a su paso a la adultez, las razones de algunos sobrenombres que, siendo un crío, no había comprendido.

Pronto vieron la que había sido la casa del sayón del conde de Présaras, defendida por un muro de piedras que la cercaba. Y también la que había sido de Osorio *o zoqueiro*, y Assur le habló a su esposa de aquel viejo amable que siempre había estado dispuesto a tallar algún juguete de madera para los zagales del pueblo.

Se cruzaron con un muchacho que guiaba una docena de vacas rucias de regreso al establo tras el pastoreo de la mañana, y algo en las facciones le resultó familiar a Assur, lo que le despistó por el tiempo suficiente como para perderse los detalles de las pequeñas casas de granito que iban dejando atrás.

Un par de gallinas pardas con manchas blancas se atravesó en el camino y se escabulló del tiro del carromato con cacareos estridentes. Desaparecieron con

pequeños saltos indignados por el espacio cubierto de matas entre dos de las viviendas, una remozada y en buen estado, la otra, apenas una estructura cuadrangular de piedras amontonadas, tocada con maderos que mostraban los restos del incendio que habían provocado los normandos.

No muy lejos oyeron la voz de una mujer que ordenaba algo que no entendieron. Y en la escasa luz que filtraban las nubes vieron a un gato rayado tendido en las pizarras del enlosado de un alpendre, disfrutando del exiguo sol.

Outeiro era un pueblo pequeño, y aunque parecía que muchas de las familias habían conseguido rehacer sus vidas tras la estela de destrucción que había llegado desde el mar del Norte, el villorrio no había crecido desde que el arponero lo viera por última vez; tan solo se había moldeado en función de la fortuna de sus habitantes, buena para unos, mala para otros. Y pronto estuvieron en el extremo opuesto, donde debían encontrarse con la casa en la que Assur había nacido.

Había perdido la cuenta hacía ya tiempo, su cautiverio y la larga escapada desde el fiordo de Sigurd Barba de Hierro, así como las eternas temporadas ganándose la vida como ballenero, habían sido los períodos más confusos, pero estaba seguro de que, al menos, habían pasado veinte años.

Assur no esperaba encontrar otra cosa que un montón informe de pedruscos y, con suerte, algún resto de las cruces que él mismo había plantado en las tumbas que se había visto obligado a cavar para su familia, en las que, ahora que podía hacerlo, esperaba poder disponer lápidas con nombres tallados, algo digno y respetable que guardase a los suyos. Porque, tal y como le había enseñado Gutier, un hombre debe cumplir siempre con la palabra dada. Sin embargo, las cosas no podían haber sido más distintas.

Thyre no sabía muy bien lo que esperar, pero lo que vio era, sin duda alguna, muy diferente a cualquier versión que hubiese podido dar si alguien hubiera preguntado. Había imaginado una casa abandonada y derruida, destrozos entre los que despuntarían matojos de zarzas y otros arbustos, salteados por maderos ennegrecidos por el fuego que habrían sido lavados por inviernos lluviosos, largos y húmedos, pero mucho más suaves que los que ella había conocido en el norte. Había supuesto que encontraría algo similar a los escombros que, salteados, podía descubrir a su alrededor, destacando incongruentemente entre las viviendas que sí habían sido reconstruidas y atendidas. Por eso, al principio, pensó que su esposo se había dejado engañar por una mala pasada jugada por los años.

Assur dudaba. Miraba con fija intensidad, atendiendo a cada detalle y buscando en el paisaje las señales que guardaba en su memoria. Volvía el rostro a ambos lados y se preguntaba cómo había podido equivocarse. Y solo después de un buen rato fue capaz de encontrar los mismos matices que recordaba, en las piedras, en los árboles, incluso en el travesaño que dintelaba la entrada; a su alrededor.

No debería haber sido así, pero parecía recién construida. La que había sido su casa, la que esperaba convertir en su hogar. Lucía impecable, mejor aún. El huerto de madre estaba impoluto, incluso habían levantado una pequeña cerca de estacas enceradas que guardaba las tumbas. Y la antigua techumbre de paja, que ardiera durante el ataque, había sido reemplazada por el mismo entramado de pizarras acopladas que se podían permitir las familias más pudientes, incluso hasta los anexos del establo y el horno, que también parecían mayores. Toda la parcela estaba libre de maleza, con la hierba alta, precisando un corte, pero cuidada. Y la puerta era nueva, de grandes tablones de madera bien cepillados que habían sido ahumados. Hasta habían allanado y labrado un buen trozo del terreno tras la casa, como si alguien hubiera querido prepararlo para que sirviera como nueva huerta.

Assur sacudió las riendas y las ruedas chirriaron. A lo lejos se oyeron algunas voces y un gallo se hizo notar. A medida que se acercaban percibió los detalles: las hiladas superiores de las piedras tenían un color ligeramente distinto, más claro, menos castigado, habían reparado los muros para acomodar la nueva techumbre y, de cada poco, en huecos dejados adrede, se veían las codas de las vigas, que también habían sido ahumadas y enceradas para protegerlas de la intemperie y la carcoma; pasaba lo mismo con el horno, que si antes había sido modesto, ahora parecía suficiente para asar un buey entero; y habían añadido una chimenea que se alzaba grácilmente desde un costado para mirar a todo el pueblo y darles una excusa a las cigüeñas para detenerse a tomar un descanso.

Y las tumbas, dentro del cuidado cercado, estaban libres de maleza. Cada una con su propia lápida de granito, las cuatro amorosamente talladas por un cantero que conocía bien su oficio, sin los nombres, pero con el apellido Ribadulla meticulosamente grabado.

De no ser porque todos los postigos aparecían cerrados, y porque no había humo que delatase que el hogar estuviese prendido, bien podrían haber visto como el niño Ezequiel salía de la casa para jugar con su pequeño carro ante la puerta hasta que madre lo llamase a comer.

De no haber sabido la verdad, juzgando la hierba alta y algunas telarañas que pendían de las esquinas del alero, más bien podía parecer que los dueños se habían ausentado por un tiempo, sin más.

Assur estaba a punto de hablarle a su esposa, roído por la estupefacción, cuando oyó ruido de cascos tras el carromato y, aunque al principio pensó que le había dado a la mula por arrancarse, ahora que ya habían vuelto a detenerse, se dio cuenta de su error cuando, con el rabillo del ojo, vio que los adelantaba una montura.

—¡No tenéis permiso para estar aquí! —resonó una voz masculina demasiado aguda.

El caballo avanzó arrastrando las palabras de su jinete y pronto vieron a un

hombre obeso que los miraba hoscamente por encima de abultadas mejillas ridículamente sonrosadas.

—Los buhoneros y los caldereros —dijo juzgando el cargado carro con un vistazo — no son bienvenidos en el condado.

El arponero lo miró con suspicacia, calibrando a su enemigo con ojo crítico. Sleipnir, molesto, abandonó el pescante y se refugió en la trasera del carromato con un resoplido indignado.

Era un hombre gordo de carnes blandas con escaso pelo castaño de hebras finas y ojillos porcinos que los miraban con abierto desdén. Vestía telas finas y llevaba la capa sujeta con una aparatosa fíbula que, junto con sus modos, y la enseña acuartelada de la frazada que acomodaba la silla, lo anunciaban como sayón del conde o noble que en esos días dominase aquellas tierras.

—Esta es la propiedad del capellán de San Pelayo de León y los intrusos no son bienvenidos.

Llegaron dos jinetes más sobre monturas igualmente anchas, bestias de combate, y Assur se dio cuenta de que examinaban el carro con ojos codiciosos y sintió cómo observaban las armas de su cintura, constreñidas por el pescante del carromato. Pero lo que más le preocupó fue el destello libidinoso que vio en los ojos del que parecía ser el sayón cuando miró a Thyre, pues no le hicieron falta palabras para entender que aquel seboso desnudaba a su esposa con la mirada.

El antiguo ballenero valoró de inmediato sus posibilidades, y se acomodó librando la vaina de su espada a pesar de permanecer sentado. El líder era un saco de grasa al que estaba seguro se le iría la fuerza por la boca, pero los otros dos podían ser peligrosos.

Assur notó como Thyre acercaba su mano hasta él y se percató de que a ella le gustaba tan poco como a él la situación.

—¿Es que estáis sordos? Son tierras del capellán de San Pelayo y los extraños no son bienvenidos —insistió el que Assur había tomado por sayón con voz mucho menos firme de lo que hubiera pretendido.

Sus pequeños ojos recorrían sin culpa la sensual curva del cuello de Thyre, descubierto por el pelo recogido. Y la piel tensa y brillante que llegaba al nacimiento de los pechos, henchidos todavía por la lactancia.

Si hubiera estado solo, Assur estaba seguro de que no habría sido capaz de contener la ira que burbujeaba en su interior. Se había prometido que no habría más muertos, pero si su esposa y sus hijos no hubieran estado allí, no habría podido evitarlo.

—Es la última vez que os lo advierto, u os marcháis o podéis daros por presos.

Su ridícula voz aguda seguía falta de la vehemencia que sí tenían sus lujuriosas miradas y Assur se dio cuenta de que los otros dos miraban al supuesto sayón con

desaprobación acostumbrada, como si los excesos de las tropelías que se intuían fueran algo común.

Thyre apretó con nerviosa intensidad la mano de su esposo y Assur, lamentando que desde su regreso los malos modos y las negativas fueran tan habituales, cedió por no poner en riesgo a su familia.

—No os preocupéis, no queremos problemas, ya nos marchamos —anunció con displicencia al tiempo que volvía a agitar las riendas.

Assur, con la rebeldía justa, dirigió el tiro de modo tal que obligó a los jinetes a abrirse para cederle paso al carromato.

Cuando se hubieron alejado lo suficiente, Thyre le rogó que le explicase lo que había sucedido y Assur no pudo darle todas las respuestas que hubiera deseado, ya que él mismo se repetía iguales preguntas que las que asaltaban a su esposa.

Al tiempo que iban apartándose del que habían esperado que sería su hogar, Assur echó un último vistazo atrás para ver las cuatro lápidas y recordar una vez más que allí quedaban el pequeño Ezequiel, Zacarías, su padre, Rodrigo, y madre.

De nuevo atrapados por las circunstancias, en esta ocasión fue Thyre la que no vio solución alguna.

—¿Y ahora? ¿Iremos a otro lugar? ¿Quieres volver a Compostela? Si encontramos a Ilduara, quizá ella podría acogernos…

Incluso pensó por un momento en regresar al norte, a Groenland, pero no creyó que fuese el momento de sugerirlo.

Assur se giró para mirar a su esposa a los ojos mientras hablaba.

—No, iremos a León. Ese sapo seboso ha dicho que estas eran ahora las tierras del capellán de San Pelayo. Así que iremos a León. Lo primero que debemos hacer es recuperar lo que nos pertenece —dijo Assur con vehemencia—. Fue mi familia la que reclamó este lugar después de que fuera reconquistado a los moros, y no voy a consentir que ese legado se pierda sin más.

Y Thyre lo entendió, porque eso mismo habrían hecho de haber estado en el norte, donde los suyos habrían estado dispuestos a recurrir a la violencia sin remilgos si cualquier *godi* inmundo se hubiera atrevido a arrebatarle sus tierras a un hombre libre.

Assur creía haber conocido los límites de su impaciencia de camino a Outeiro, pero el largo trayecto a León fue una prueba mucho más dura. Especialmente cuando, por culpa de los primeros vientos fríos del otoño, que los azotaron al cruzar las altas sierras que separaban los agrestes territorios galaicos de las mesetas castellanas, la pequeña Ilduara enfermó con altas fiebres que ninguno de los remedios que conocía pudo aliviar. Cuando su hermanito Weland se contagió de los mismos males, Thyre y Assur habían tomado la decisión de detenerse en Astorga, transidos de preocupación por los fuertes estornudos que convulsionaban los pequeños cuerpecitos y las

calenturas que parecían consumirlos.

Sin que pudieran hacer mucho más que cuidar con toda ternura a sus hijos, la pausa se prolongó por dos largas semanas, de cuarta a cuarta feria. Y después de pasar el primer par de días al raso, acampando en las afueras de la villa, terminaron por buscar hospedaje para resguardarse de las frías noches, privadas de la templanza del día por las brisas secas que descendían del alto pico Teleno, destacado en el accidentado horizonte de poniente.

Encontraron cama y establo en una pequeña cantina no lejos de la iglesia que fundara san Toribio, un humilde lugar que sobrevivía a duras penas, sin más negocio que el de los peregrinos eventuales, pues la ciudad había sido abandonada ante la arremetida del caudillo Al-Mansur y la villa todavía no había logrado recuperarse como para atraer mercaderes y viajeros que garantizasen la prosperidad de sus posaderos y taberneros.

Los dueños de la hospedería, una pareja de ancianos arrugados que habían perdido a sus hijos en las continuas guerras contra los islamitas, tomaron cariño enseguida a los jóvenes. La mujer, una paciente matrona que cargaba con la experiencia de haber criado a sus propios vástagos, preparó cada día tisanas de milenrama y sopas de bayas de saúco que, finalmente, consiguieron aliviar poco a poco los males de los chiquillos.

A partir de entonces, el camino fue mucho más llevadero. Habían dejado atrás el difícil paso de las enconadas montañas y el ritmo de la marcha aumentó ostensiblemente, permitiéndoles llegar ante las murallas de León treinta jornadas después de haber abandonado Outeiro. A la vez que los primeros síntomas del recrudecimiento del otoño.

A Thyre, despreocupada ahora que la salud de sus retoños no estaba en un brete, le resultó curioso constatar los cambios que habían ido apareciendo en el paisaje. Al descender la sierra ya había podido ver que ante ella se abrían grandes planicies cruzadas por ríos calmos y anchos que nada tenían que ver con los rabiosos arroyos escondidos en agrestes florestas que habían quedado atrás. En Castilla, las tierras del reino de León eran fincas tostadas por el sol del verano en las que había grandes campos de cereal que teñían la vista con los colores de la madurez, asociados a la arcilla parda con la que los lugareños fabricaban los ladrillos de adobe que sostenían sus casas.

León, al igual que Compostela, y tantos otros lugares, había sufrido el cruel e imparable ataque de las huestes del caudillo Al-Mansur; y del mismo modo que en Outeiro, entre comercios y negocios de la villa se alternaban aquellas casas que habían podido ser reparadas y vueltas a levantar con las que todavía mostraban la evidencia del ímpetu conquistador de los mahometanos.

En el antiguo campamento de la *Legio VII gemina*, mezclándose con los

lugareños, se movían multitud de artesanos, carpinteros y albañiles, de esportilleros, de ceramistas manchados de arcilla fresca hasta los codos, y también aprendices que acarreaban pequeñas cargas o acometían los recados de los maestros.

Entraron en la vieja ciudad por la puerta que llamaban Cauriense y, como Assur y Thyre no sabían llegar a su destino, se pasaron de largo sin darse cuenta de ello. Giraron en dos esquinas, esquivando el ajetreo de la población, y se internaron buscando el centro de la villa a través de la que decían *vía de los Escuderos*. Preguntaron por los nombres y supieron que pasaban ante las cortes de Pelagiz y Muñiz, que lindaban con el templo de San Juan, en donde un tuerto de manos agarrotadas mendigaba con frases educadas, de noble venido a menos, una limosna piadosa.

—Disculpad —dijo Assur lanzándole una moneda al pordiosero desde su asiento en el carromato—, ¿podéis indicarnos dónde se encuentra San Pelayo? —le preguntó no queriendo seguir avanzando en balde.

El menesteroso, aun pese a su tara, cazó la moneda al vuelo con pasmosa habilidad y, retorciendo el rostro para mirar como era debido a su benefactor, respondió complaciente, deseando agradar.

—Pues, si como parece, acabáis de llegar desde la entrada Cauriense, me temo que ya habéis dejado atrás la esquina en la que debíais haber virado…

Assur temió por un momento que el mendigo no pretendiese otra cosa que enredarlos con alguna engañifa y lo miró dudando de la bondad de sus palabras. Pero el tuerto, que intuyó los recelos del gigantón del carromato, se apresuró a explicarse, con la lengua suelta por la propina y el ingenio aguzado ante la posibilidad de recibir una moneda más.

—Aunque si venís de la puerta del Conde, bien podríais haberlo pasado por alto, pues no queda mucho más que lo que andan ahora levantando con humildes ladrillos —dijo con lo que parecía sincera resignación—, como en San Marcelo o San Miguel. Los hideputas de los moros arrasaron con todo y el rey Alfonso… —el pordiosero miró rápidamente a ambos lados con suspicacia— no parece en disposición de ceder dineros suficientes… Ahora son los propios curas y monjas los que andan en procura de medios.

»Cuando se divisó la polvareda de las caballerías del moro en la lontananza, huyeron remangándose los hábitos y llevándose las reliquias del niño mártir, pero han regresado y hacen esfuerzos por levantar de nuevo los sagrados sitios, aunque lo hacen con pobres ladrillos y adobe, en lugar de las piedras y cantería que deberían emplearse para gloria del Señor… ¡Ni siquiera han traído de nuevo los restos del mártir Pelayo!

El antiguo arponero no se sorprendió con la historia, era la misma de tantos otros lugares. Pero después de tanto tiempo dando vueltas en vano estaba inquieto y no

deseaba perder ni un instante más.

—Comprendo —dijo intentando ser paciente—. Pero ¿dónde está? —preguntó lanzándole una moneda más que, de nuevo, el mendigo atrapó con habilidad.

—Debéis volver sobre vuestros pasos —contestó con rápida complacencia guardando ambas monedas en la bolsa con trabajosos gestos de sus manos tullidas—. Después, habéis de cruzar la vía Cauriense y continuar al norte, hacia la puerta del Conde. Allí veréis parte del antiguo murallón romano, que intentan aprovechar ahora para apuntalar la iglesia. Y allí encontraréis el lugar de San Pelayo, y el más antiguo de San Juan Bautista. Lo distinguiréis porque, como ya os he dicho, andan haciendo esfuerzos por levantarlo de nuevo con los escasos fondos que ha provisto el rey. Veréis menestrales y oficiales en labores propias, y grandes montones de ladrillos…

Assur, dedicándole un gesto de asentimiento al pordiosero, sacudió las riendas, le chistó a los caballos del tiro y comenzó a maniobrar para dar la vuelta.

No les llevó mucho, y pronto encontraron una escena como la descrita por el menesteroso.

Ante ellos se revolvía un ajetreo de gentes entre las que se movían carros y cargas con materiales diversos, y podían ver cómo, de los escombros de la iglesia y monasterio de San Pelayo, iban renaciendo ambos lugares consagrados. Colgados de entramados desnudos de maderos, defendidos por andamiajes que, como había dicho el tuerto, parecían aprovechar un trecho de la antigua muralla para asentar la reconstrucción; que, por lo que parecía, resultaría modesta, de planta sencilla con testero dividido en tres y anexo a otro pequeño lugar dedicado a la que debía de ser la humilde iglesia nombrada a favor de San Juan Bautista.

Había jóvenes aprendices; unos trabajaban a buen ritmo obedeciendo las órdenes que les habían dado, otros recibían regañinas altisonantes adornadas con coscorrones. También oficiales que preparaban argamasa y supervisaban los cargamentos de ladrillos pellizcándoles los cantos con ojo crítico. Y los maestros, que prestaban atención a las líneas que poco a poco se iban definiendo, se descolgaban desde la alta muralla y bosquejaban los edificios en ciernes.

Pero, aunque vieron pasar a un par de monjitas de corta talla, enfundadas en largos hábitos oscuros, no distinguieron lugar al que dirigirse para preguntar por el capellán. No había portería o, al menos, no la había todavía. Aunque tampoco se adivinaba mucho de la iglesia: poco más que el trazado de la planta y sus cimientos, de la alzada del cenobio apenas se distinguía una primera hilada de celdas. Gran parte del solar era poco más que un erial vacío donde se acumulaban escombros.

Assur detuvo el carromato y le pidió a Thyre que esperase. Después se apeó y se dirigió al primer hombre que encontró que, aun pareciendo ostentar algo de autoridad, se veía desocupado.

—Perdonad, maestro…

El hombre, un fornido moreno cejijunto de hombros cargados, lo miró con rostro indiferente.

—¿Podríais indicarme dónde está la portería? ¿O dónde debería estar?

El otro sonrió, dándose cuenta de que la pregunta pretendía guardar las maneras aun cuando era evidente que allí faltaba mucho para que hubiese algo a lo que llamar portería.

—Esperad aquí y mandaré a uno de los aprendices a por la hermana Leocadia, que es la que se encarga de esos asuntos…

Assur asintió y giró el rostro lo justo para mirar a su esposa con un gesto de aquiescencia, luego aguardó, tal y como le habían indicado.

Al poco, saliendo de aquella primera planta a medio hacer del cenobio, apareció una rechoncha mujer de corta estatura, con aspecto de trompo. Caminaba bamboleándose sobre castigados tobillos y, arrugando el rostro con resignación, seguía al muchacho al que el maestro constructor había dado recado de ir a buscarla.

La mujerona, arropada en las amplias telas gruesas de su hábito, tenía el rostro perlado por el sudor que le había generado el esfuerzo del corto trecho, haciendo evidente que los años y las gorduras ganadas la obligaban a acometer cualquier tarea física con suprema voluntad.

Tenía un enorme rostro redondo que no cuadraba con su severa expresión, afeada por un par de vellosas verrugas que le abultaban una de las mejillas. Y torcía la boca con impaciencia, como si la interrupción de sus labores que había provocado la visita fuera imperdonable.

—¿Qué queréis? —preguntó con mala cara.

A Assur no se le escapó que la monja Leocadia parecía valorar su tiempo más que las mismas Escrituras.

—Buen día, hermana —dijo con complacencia—, lamento interrumpir vuestra afanosa jornada —continuó sonriendo, lo que provocó que la religiosa torciese el rostro con suspicacia—, comprendo que debéis tener el tiempo muy tasado. Más aún ahora, que la comunidad debe acometer la reconstrucción de este santo lugar. —Frase con la que consiguió arrancarle un asentimiento displicente a la religiosa—. Pero seré breve, tan solo he pedido que os llamasen porque busco al capellán…

La monja miró al antiguo arponero de hito en hito antes de echar un vistazo al carromato, desde el que Thyre, que tenía a sus dos hijos en el regazo, correspondió con una radiante sonrisa, contrapunto de la presumida y seria expresión de Sleipnir, que ojeaba todo aquel ajetreo con evidente desprecio molesto.

—¿Y quién lo busca? —preguntó volviendo a centrar sus redondos ojos perspicaces en aquel curioso visitante.

El ballenero se dio cuenta de que, tan ofuscado como había estado intentando ganarse la simpatía de la monja, había cometido el desliz de no presentarse.

—Mi nombre es Assur, Assur Ribadulla, y hemos venido desde las tierras del conde de Présaras.

La hermana Leocadia hizo saltar las verrugas de su mejilla con un encogimiento extraño de los labios.

—Hijo, de más lejos debéis de venir cuando no sabéis que las tierras del conde de Présaras las cedió la corte a Martín Placentiz ya en tiempos del obispo Rosendo…

Eso podía explicar por qué el puente sobre el Pambre aún no había sido reparado, y por qué el sayón se servía de la compañía de hombres armados. Debían de haber sido tiempos revueltos.

La monja lo miraba con intensidad, tirándose de los pelillos que decoraban sus verrugas con rostro circunspecto.

—Así que mejor será que me digáis la verdad…

A Assur se le escapó una enigmática sonrisa que intrigó a Leocadia. El ballenero se daba cuenta de que, si le contaba su historia a la religiosa, lo más probable era que no le creyese, y que, por embustero, llamase a alguno de los maestros para que lo echasen de allí a mazazos, tanto a él como a su familia. Sin embargo, también comprendió que sería difícil inventarse sobre la marcha cualquier otra versión.

—Me da en la nariz que la verdad va a pareceros una sarta de mentiras…

En los ojos de la religiosa, de un castaño brillante que los años no habían apagado, despuntó una chispa de interés curioso.

—La verdad, como Dios nuestro Señor, es única… Y lo que se conoce por la nariz es la caza y no las mentiras.

Assur sonrió una vez más, recordando palabras parecidas en boca de Nuño, luego se encogió de hombros con resignación y tomó aire.

—Nos tomará parte de vuestro valioso tiempo. Quizá fuera mejor que nos sentásemos…

La religiosa revolvió las manos en el aire, invitando a hablar con un gesto impaciente que dejaba claro que ya tomarían asiento después si ella lo consideraba prudente.

El arponero lo había dicho intentando hacer que la monja cambiase de opinión, pero al comprender que la hermana Leocadia no pensaba ceder, asintió y, después de pasarse las manos por el rostro reuniendo voluntad, comenzó:

—Como os decía, mi nombre es Assur Ribadulla, y nací en un pueblo llamado Outeiro, en el condado de Présaras… En el antiguo condado de Présaras —se corrigió —. En una granja tomada por behetría por mis mayores, después de que las tierras fueran reconquistadas a los mahometanos. Era uno de los hijos medianos de una familia cristiana y piadosa —añadió queriendo ganarse el favor de la religiosa—. Vivíamos…

—¿Era? —preguntó la monja interrumpiendo.

Assur volvió a afirmar, bajando y subiendo el rostro. Luego, continuó con su historia alargando la mañana aun a pesar de intentar ser breve.

Terminaron los cuatro siguiendo a la hermana Leocadia a las cocinas y compartiendo las viandas de la comunidad. El arponero había pretendido ser conciso, pero la monja tenía más preguntas que las cuentas de un rosario y, a cada poco, interrumpía para pedir más detalles, haciendo eterna la narración.

Había pasado nona, dando a las religiosas tiempo de sobra para encariñarse con Weland e Ilduara, cuando Assur pudo acabar.

—Y un sayón con cara de pocos amigos nos dijo que las tierras de mi familia son ahora propiedad del capellán de San Pelayo…

Leocadia asintió estirando un brazo para ofrecer un currusco empapado en miel al pequeño Weland, que caminaba hacia ella con pasos indecisos y evidente regocijo contorsionando su rostro sonrosado.

Assur, queriendo refrescarse, echó un trago del vino rebajado que le habían servido las monjas.

—Han pasado muchos años… Es de sentido común que no todo siga igual. Sin embargo, conozco al capellán, es un buen hombre, y no entiendo…

—No pongo en duda que lo sea, pero ¿creéis que podríamos verlo ya? —interrumpió Assur con impaciencia consiguiendo que las verrugas de la monja bailasen de nuevo al llevar el paso de una sonrisa agitada.

—Sí, hijo, habéis sido sincero, no me cabe duda. Y, después de tantas pruebas, os merecéis recuperar vuestro hogar… Aunque ya os digo que me extraña del capellán haber abusado de su posición para apropiarse…

—¿De su posición? —preguntó el arponero sin comprender cómo el sacerdote de un convento podía ostentar el poder de reclamar unas tierras tan lejos de los muros en los que no tendría más cometidos que los piadosos oficios de un cenobio.

La monja dejó pendiente lo que pensaba decir y contestó a la pregunta.

—Sí, de su posición, pues si bien ahora lleva una vida humilde, fue hombre de confianza del obispo Rosendo, y sigue manteniendo buena relación con el episcopado. Y debió de ser también hombre de armas, él nos guio cuando huimos a Oviedo. Tanto es así que, por mandato del rey Alfonso, será recompensado con el cargo de los camposantos que se van a abrir en estos mismos terrenos —continuó la hermana Leocadia enredándose en su propia narración al tiempo que señalaba con sus manos gruesas el suelo que pisaba—. Aquí quiere la corte que, desde ahora, haya dos cementerios para nobles y notables: uno a la cabecera para obispos y traslado de los restos de reyes pasados, sobre el que habrá de alzarse un altar a Martín de Tours; y otro a los pies de la muralla, como un atrio sin cubrir, dedicado a enterramiento regio, para los mismos padres del rey…

—Entiendo, pero ¿dónde…?

—¿Dónde podéis encontrarlo? —adivinó la hermana Leocadia, que aceptó no caer en pecado de soberbia y dejó a un lado el orgulloso discurso sobre los cambios en su convento—. Ya, hijo, ya… Bueno, veréis, él es hombre de San Justo de Ardón y, aunque antes del ataque del moro tenía aquí sus propias dependencias, a día de hoy, mientras terminamos la reconstrucción, ha regresado a su antiguo monasterio. Basta con que os acerquéis hasta allí y preguntéis por Gutier de León.

La copa de madera que Assur sostenía se le escapó de las manos derramando el vino y sonando con un repiqueteo que arrancó risas felices de la pequeña Ilduara.

—¿Gutier? —preguntó Thyre mirando a su esposo.

Nadie le aclaró su duda, Assur miraba a la monja con el rostro cruzado por el asombro y Leocadia le pedía a una novicia que limpiase el estropicio.

Entonces fue el propio Assur el que habló.

—¡Gutier de León! ¿El infanzón del conde Gonzalo Sánchez?

La religiosa, satisfecha con la pulcritud de la muchacha, que se encargaba de secar el vino derramado, se volvió hacia el arponero.

—Pues no lo sé, pero ya os he dicho que, por lo que parece, fue hombre de armas…

—¡Describidlo!

La monja miró a Assur con aire de severa reprimenda torciendo el rostro con ironía.

—Hijo, ¿acaso os parece que una mujer como yo va por el mundo fijándose en el aspecto de los varones?

A Thyre, que había comprendido lo suficiente, se le escapó una carcajada, y Assur se sintió extrañamente incómodo al comprender que le había pedido algo impropio a la monja.

—¿Estará allí ahora? ¿En San Justo?

La hermana Leocadia no comprendía a qué venía tanto interés y premura.

—¿No estaréis pensando en matarlo por lo de esas tierras?

Ahora fue Assur el que rio con desenfado.

—No, por supuesto que no. Es solo que quizá lo conozca…

El rostro de la monja se iluminó con la repentina comprensión.

—¡El infanzón! ¿Es el infanzón que os acogió?, ¿el que os llevó a Valcarce?

El arponero asintió.

—¿Pero cómo no lo habéis dicho antes?

Assur resopló pensando en que ya había dado más detalles de los que pretendía por culpa de las persistentes preguntas de la monja.

—¿Estará en San Justo? —insistió el arponero entre ademanes urgentes.

La hermana Leocadia asintió comprensivamente, batiendo sus verrugas con un gesto beatífico de comprensiva paciencia.

—Pues imagino que sí, no creo que le haya surgido un compromiso en la corte de Apulia —replicó la religiosa con sorna.

Antes de que la monja terminase la frase, Assur se estaba levantando a la vez que tiraba con una mano de su mujer y alargaba el otro brazo para recoger del regazo de una novicia a la pequeña Ilduara.

Thyre se levantó trastabillando y se encargó de Weland, que jugaba con dos cacharros viejos que le había prestado otra de las novicias. Salieron a toda prisa dejando a la monja que hiciese bailar sus verrugas.

Lo primero que vieron aparecer fue media docena de cachorros de orejas caídas y pelo oscuro que trotaban con prisa hacia el centro del atrio, donde habían detenido el carromato.

Tras los perrillos apareció un hombre alto y delgado, de pómulos marcados y cabellos canos. Con intenciones que dejaban a sus zancadas rezagadas, renqueaba estropeando sus pasos con un pie que se quedaba atrás, y el sol de la tarde lo obligaba a entrecerrar los ojos.

Assur había tardado en darse cuenta de que conocía a Adosindo, pero ahora no le cupo duda alguna de quién era aquel que avanzaba hacia él trabajosamente. Lo hubiera reconocido en cualquier momento y lugar, hasta encerrado en la más profunda y oscura de las mazmorras.

Los recuerdos lo sacudieron, las emociones se derramaron. Era Gutier.

Sin embargo, el antiguo infanzón no supo quién era aquel hombre corpulento que lo esperaba al pie de un carromato junto a una llamativa mujer que sostenía a dos niños inquietos en brazos. Vio las grandes manos, la barba cenicienta, las armas que portaba, el aspecto rudo, las ropas majadas por un largo viaje.

Algo le resultó familiar. La mujer dejó a los niños en el suelo y los cachorros los rodearon brincando. Ella sonrió y él alzó los brazos. Sus ojos ya no eran los mismos de años atrás y Gutier no supo qué era aquello que le recorría el espinazo haciéndole sentir lo mismo que cuando regresaba al castillo de Sarracín tras un largo viaje.

La mujer, que llevaba recogido el largo pelo del color del cereal a punto de ser segado, se apartó respetuosamente y con palabras que le resultaron extrañas al infanzón, les pidió a sus hijos que se comportasen. Y el hombre dio una zancada al frente alzando aún más sus brazos.

Con el siguiente paso los aleros de San Justo taparon el sol y Gutier vio claramente el rostro del desconocido, marcado por dos profundos ojos azules, graves y serenos. Tenían los tonos recónditos del mar y lo miraban con un deje de alegría.

Entonces, con la intensidad de una epifanía divina y la agilidad de un relámpago rompiendo una galerna, se dio cuenta. Lo supo.

—¿Muchacho? ¿Eres tú?

Assur dio otro paso al frente y lo envolvió en un asfixiante abrazo que a Gutier se

le antojó parecido al que le hubiera dado un oso.

—¡Eres tú!

A Thyre se le escapó una lágrima furtiva y, sin saberlo siquiera, los pequeños Weland e Ilduara compartieron la alegría de sus padres jugando con los traviesos cachorros.

—¡Eres tú! Muchacho… Muchacho… ¡Eres tú!

El tiempo pareció detenerse, las piedras resplandecían con el seco ocaso de Castilla y solo el arrullo de la suave brisa que jugaba con el polvo del atrio del cenobio acompañó el trepidante ritmo de las emociones que embargaron el corazón de Assur. Thyre no pudo contenerse por más tiempo y empezó a sollozar mientras apoyaba una mano temblorosa en la espalda de su esposo.

Y los pequeños y los cachorros, que no podían comprender, pero sí sentir, abandonaron sus juegos para mirar absortos a los adultos.

Cuando se separaron llegó el tiempo de las preguntas y las respuestas. Todas atropelladas e impacientes.

—¿Y estos perros? —preguntó Assur sin saber por dónde empezar.

Gutier rio con franqueza.

—Son nietos de ese saco de dientes que siempre andaba contigo.

—¿De Furco?

—Sí, sí —afirmó el infanzón a través de una ancha sonrisa—. Creo que no hay perro en León que no sea hijo o nieto de ese alocado bicho. A lo largo de los años he tenido que soltar más de una vez un buen puñado de monedas para evitar que el dueño de una galga lebrera no quisiera despellejarlo por arruinarle una camada.

Assur sonrió con melancolía al recordar a su lobo. Sentía en su pecho una presión que encogía su corazón, acorralado por tal cantidad de sentimientos abrumadores que ni siquiera hubiera podido describirlos.

El infanzón miró con intensidad a su antiguo pupilo, viendo en él al hombre que tantas veces había imaginado y el pecho se le llenó de orgullo paternal.

—Será mejor que paséis y os acomodéis, hay mucho de que hablar —dijo el leonés con la voz tomada por la emoción.

Y hablaron. Durante horas. De hechos gozosos y de circunstancias menos dichosas, compartiendo el paso de los años. Aprisionados por las emociones, riendo un momento, llenos de hilaridad contagiosa, y acongojados por la pena al siguiente. Y las preguntas de Gutier hicieron que las de la hermana Leocadia pareciesen pocas.

Y esta vez, aunque no se lo había contado a la monja, Assur sí le dijo a Gutier lo que había pasado con Víkar en la tahona del enano Dvalin, entristeciendo a Thyre por unos instantes en los que se embargó de preocupación por lo que hubiera podido haber sucedido. Aunque se le pasó pronto, cuando Assur le pidió que le hablara al antiguo infanzón de cómo habían venido sus hijos al mundo, haciendo que Gutier

sonriera entre ojos enrojecidos al saber que al chico le habían dado el nombre de Weland.

Jesse había muerto años atrás, vencido por las desgracias y el dolor, aunque, como habían sospechado en su momento, su hijo Mirdin había sobrevivido al ataque de los normandos gracias a estar de viaje por la Ruta de la Plata, pero aquel regocijo no había sido suficiente para apagar las penas del médico hebreo; que se había ido consumiendo poco a poco presa de su propio dolor hondo y profundo.

E Ilduara, como Assur había sospechado, había sido rescatada por el obispo Rosendo, más aún, estaba en León, en San Pelayo, como muchas jóvenes de la nobleza que, entregando una cuantiosa dote, ingresaban en el cenobio para servir a Dios. Y fueron necesarios todos los esfuerzos conjuntos del propio Gutier y de Thyre para que Assur, a pesar de la hora, que ya pasaba de completas, no pretendiese entrar en San Pelayo por la fuerza y despertar a todas las monjas hasta encontrar a su hermana.

El antiguo infanzón le explicó a Assur cómo, también gracias a las venias del obispo Rosendo, había conseguido el derecho de propiedad de la casita de Outeiro, y cómo se había encargado de tratar de recomponerla con tan buen juicio como Dios le había dado a entender. Y le reveló al arponero que había arreglado las tumbas con todo respeto y que solo había encargado que labrasen el apellido porque nunca había perdido la esperanza de que regresase y que él mismo pudiese ocuparse de los nombres. Y a Assur le costó encontrar el modo de expresar el sincero y sentido agradecimiento que deseaba mostrarle al infanzón.

Y al hilo de aquellas palabras, hablaron del desagradable encuentro de Assur con el sayón del nuevo conde. Y Gutier le contó que se trataba de Berrondo, el mismo crío que, junto a Ilduara, había sido rescatado de manos normandas por el obispo Rosendo. Por lo que podía recordar, el conde Placentiz, en virtud del título que había ostentado el padre de Berrondo, le concedió el cargo. Aunque el nuevo cómite nunca se había preocupado en exceso de aquellos territorios que la corona le había obligado a anexionar a los propios. Por lo que Gutier imaginaba que para alguien de la catadura de Berrondo habían sido años de libre albedrío. Sin embargo, el infanzón le aseguró a Assur que hablaría sobre ello con el nuevo obispo, Pedro, e incluso con el regente, Menendo, pues gracias a su papel en la evacuación de León, Gutier estaba seguro de que conseguiría convencer al prelado y al regente de que le permitiesen a Assur sustituir a Berrondo como sayón de los Placentiz en las tierras de Outeiro, especialmente si, como imaginaban, Berrondo había estado abusando de su posición.

Sin más compañía que los perrillos, que dormían acurrucados entre los críos en una manta que Thyre había tendido junto a la mesa, conversaron hasta que al pobre Gutier, esclavo de los años que le habían cruzado el rostro de pequeñas arrugas, empezaron a fallarle los párpados.

A la mañana siguiente, bajo la severa mirada de la hermana Leocadia, que pretendía aparentar que la escena no era tal como para dejarse llevar por la ternura, y el cariñoso gesto de Gutier, que había mandado a paseo las apariencias y sonreía con la misma ilusión de los pequeños gemelos, los dos hermanos se encontraron al fin, tras tantos años, y en el largo abrazo que obligó a albañiles y aprendices a girar sus rostros con curiosidad, Assur pudo sentir en su pecho, a través de la tela humedecida de su camisa, las calientes lágrimas de Ilduara. Cuando se separaron, ambos se hablaron atropelladamente, mezclando sus palabras con risas entrecortadas, capaces de iluminar el alma del viejo infanzón, quien, renqueando, se acercó más a Thyre y a los pequeños, que, contagiados por la alegría que los rodeaba, armaban su propia algarabía llenando a los mayores de felicidad.

—Nunca perdí la esperanza… Nunca… —confesó el infanzón conteniendo como pudo el arrebato que le embargaba el alma.

Thyre asintió con una sonrisa radiante, y recibió con regocijo el pellizco cómplice del viejo mentor de su esposo. Luego puso a sus hijos en el suelo y, con sendas palmaditas, los instó a caminar hacia su padre y su tía para presentarse como era debido.

Después de esas jubilosas jornadas que siguieron a su llegada, pasaron casi un mes más en León, adscritos a la hospitalidad de los monjes de San Justo de Ardón, y solo se marcharon cuando empezaban a temer que la nieve cerrase los pasos de las montañas impidiéndoles regresar a Outeiro antes del deshielo de la siguiente primavera.

Se dejaban las mañanas en San Pelayo, con Ilduara, que se había echado a llorar de nuevo al saber que su sobrina llevaba su nombre. Y entre las charlas y los paseos Assur ayudó a colocar algunos ladrillos, pues llegó a trabar buenas migas con el maestro albañil al que había preguntado por la portería. Al tiempo, la hermana Leocadia, incapaz de seguir aparentando su disciplinada lealtad, compartía la felicidad de aquel curioso grupo y se ocupaba de que la abadesa dispensase a Ilduara de la mayoría de las tareas, a fin de que la familia reunida disfrutase de tiempo que compartir.

Ilduara le habló a Assur de cómo habían sido capturados, de lo que Berrondo había hecho y de cómo el obispo Rosendo la había acogido y ayudado. Lamentaron haberse cruzado en Compostela, sin comprender lo tortuoso de los caminos que el Señor los obligaba a recorrer. Y Assur le contó a su hermana cómo obtendrían una compensación, pues según parecía, el mismo rey Alfonso firmaría petición para que lo aceptaran a él como sayón de las tierras de Outeiro.

Y Assur también oyó de labios de su hermana cómo se había encontrado con Gutier, y del susto que le había dado Furco. Y en una ocasión, sentados los tres en las cocinas de San Pelayo, su hermana y el infanzón le contaron cómo, durante muchas

tardes de invierno, sin más amor que el calor de la lumbre y su propia memoria, habían dejado correr el tiempo hablando sobre los recuerdos que cada uno tenía de él.

Hubo momentos mucho menos alegres, pues aun a pesar del reencuentro había dolorosas historias que necesitaban ser liberadas. Assur le contó a Ilduara el triste final de Sebastián, al que había encontrado para perderlo al poco, aunque obvió la triste intervención de la codicia de Toda, buscando proteger los sentimientos de su hermana.

Otros días, Gutier acaparaba los ratos libres de los que disponía charlando con Assur mientras las dos Ilduaras, el pequeño Weland y Thyre se entretenían con juegos infantiles gracias a los que la propia hermana de Assur reencontró el gozo de la niñez.

Y el arponero se sintió afortunado al darse cuenta de que su hermana y su esposa se llevaban tan bien, pues parecían capaces de hablarse durante horas incluso a pesar de que Thyre todavía no tuviese soltura con el castellano. Además, Ilduara parecía la mujer más feliz del mundo cuando la dejaban hacerse cargo de los pequeños. Algo que aprovecharon Assur y Thyre para, durante su estancia en León, disponer de algunas tardes para sí mismos, pues estaban necesitados de compartir en su propia intimidad la inmensidad de los acontecimientos.

Gutier también llevó a Assur a conocer a sus propias hermanas, todas ellas felizmente casadas con hombres insignes de la ciudad gracias a los esfuerzos del infanzón. Y el antiguo arponero acompañó tardes de amables charlas y anécdotas repetidas en las que el de León le sacó los colores ante Thyre hablando de los tiempos en Valcarce o del arrojo que había demostrado en Adóbrica.

Cuando se despidieron con la amargura que velaba el saberse reencontrados, Gutier se empeñó en hacer el trecho hasta Astorga con ellos.

—Mis huesos ya no dan para más —dijo con expresión resignada—, pero compartiremos camino por unos días, como en los viejos tiempos.

Las mujeres se dieron adioses francos entre lágrimas sinceras, incluyendo las de la hermana Leocadia. Y acometieron la travesía con la calma sosegada de las metas cumplidas, contentos de disfrutar los unos de los otros. Además, el día en que partieron el infanzón le regaló a Assur a la más traviesa de los cachorros de la camada, una inquieta revoltosa que parecía haber heredado mucho del lobo que había sido su abuelo, como auguraban sus gruesas patas marcadas por una franja oscura y el afilado hocico. Y Thyre, que la acogió rápidamente como uno más de la familia, le puso el sonoro nombre de Garmr, como el mitológico cancerbero que, en las *eddas*, guardaba la morada de Hela.

En Astorga, después de compartir un par de noches en la misma posada en la que habían cuidado de los pequeños, se despidieron por fin con promesas de visitas y compromisos adquiridos con felicidad.

—Cuida bien de él —le dijo Gutier a Thyre—. Y tú no dejes de tratarla siempre

como la reina que es —le advirtió a Assur—, o yo mismo te moleré a palos.

Luego se inclinó en la montura y, dejándose caer hacia los hijos que la madre sostenía en sus brazos, les tendió a los gemelos dos varillas de regaliz que había comprado en una botica de Astorga.

—A vuestro padre le encantaban cuando era un crío, siempre se lo andaba escamoteando a un buen amigo…

Y Gutier y Assur sonrieron recordando a Jesse al tiempo que los críos empezaban a mordisquear los palitroques. Y ya con los labios manchados, ante la admonición de Thyre por la falta de modales, los gemelos consiguieron arrancarles risas impetuosas a todos los adultos cuando, entre titubeos, la pequeña dio las gracias en nórdico y el chico las dio en castellano.

—Cuidaos, Gutier, nos veremos pronto.

—Cuídate, muchacho…

E, inclinándose de nuevo sobre la silla de su montura, Gutier volvió a abrazar a Assur, consiguiendo que su pupilo le hiciese temer por la integridad de sus huesos.

Luego, el leonés puso a su tranquila montura rumbo al Este y el antiguo ballenero y los suyos se subieron al carro para emprender por última vez un largo viaje.

Assur viró el carromato hacia poniente, hacia los picos que rompían el horizonte. Las riendas chistaron, uno de los caballos bufó y los ejes chirriaron. Se pusieron en marcha y Sleipnir, sin nadie cerca de quien desconfiar, se sentó en el pescante con su típico aire ufano, mirando en derredor a medida que el tiro avanzaba con parsimonia por la vieja calzada romana, hacia el paso entre las montañas, camino a Outeiro. Al hogar.

EPÍLOGO: EL HOGAR

… y el rocío vestía la hierba, lo primero que hicieron fue recoger unas gotas con sus manos y humedecerse con ellas sus labios. Y aquel rocío les pareció la cosa más dulce que habían probado jamás…

La saga de los groenlandeses (fragmento)



Aunque tenía más de perro que de lobo, la cachorrilla se envalentonó llevada por los instintos que bañaban su sangre. Cazaba saltamontes entre la hierba alta con la misma fiereza con la que una manada entera hubiera acosado un venado y Assur la miraba sonriendo.

El ganado todavía no le prestaba el respeto necesario, pero pronto se convertiría en un buen perro pastor. Como lo había sido su abuelo.

Era una mañana clara del final del verano, decorada con unas pocas nubes blancas que recordaban jirones deshilachados. El aire todavía guardaba el frío de la noche y el río, con las aguas bajas, brillaba con charcos dorados despertados por el sol, aún tendido en el horizonte.

Las bestias pastaban hociqueando en la pradería y, más allá, una cigüeña prestaba atención a lo poco que el estío había dejado del humedal de la orilla, picoteando de tanto en tanto en busca de ranas y otros animalillos con los que llenar el buche.

Había pasado casi un año desde su regreso, pronto llegaría la siega, y Gutier había enviado recado de que vendría a pasar unos días antes de que el otoño se convirtiese en invierno; llenando las expectativas más halagüeñas de Assur después de que, gracias a la intervención de la hermana Leocadia, la superiora hubiera dado permiso a Ilduara para haber compartido con él y su familia las fiestas de Pascua.

Assur, con vistazos frecuentes al crecido cachorro y al ganado, observaba el río preguntándose por qué todavía no había conseguido hacerse con ninguna trucha.

Era el mismo tramo de aquel día de tanto tiempo atrás y, como en aquella mañana, había salido al Pambre después del ordeño de la amanecida con la intención de hacerse con unas cuantas truchas. Solo los años y el hecho de que ya no sería su padre quien esperaría las pintonas hacían la jornada distinta.

Sin embargo, los peces no parecían colaborar. A pesar de que rompían las calmas aguas que discurrían entre las ovas con frecuentes cebadas, en las que capturaban pequeños insectos que la corriente arrastraba, por más que Assur se esforzaba presentando ante ellas los saltamontes que había prendido en sus anzuelos, las pintonas rechazaban sus intentos decantándose por los bichejos de altas alas que se escurrían por la superficie.

Assur se sentó un rato en el nudo de la vieja raíz engrosada de un aliso de la orilla, que había ido quedando al descubierto con las avenidas invernales.

Río arriba, bajo las ramas que pendían de un pequeño sauce, acantonada entre unas ovas ondulantes de llamativo verde y la misma ribera, una ahusada cabezota parda llena de húmedos reflejos rompió la superficie del agua para engullir otra de aquellas pequeñas moscas que la corriente hacía derivar.

Cambiando la posición para evitar el reflejo, Assur pudo ver que era un pez excepcional, de más de tres palmos de largo, con un ancho lomo bruñido que, resplandeciendo como bronce, rozaba la superficie del agua cada vez que su cuerpo

se ondulaba para vencer la suave corriente.

Garmr se acercó hasta él y le hociqueó el costado buscando atenciones y Assur, sonriendo, le rascó entre las orejas sin dejar de observar como la trucha volvía a elevarse para tragarse una de las moscas.

Assur pensó por unos instantes en cómo podría lanzar hasta allí el saltamontes y llegó a la conclusión de que solo alcanzaría si se metía en el río. El viejo pez se había buscado un refugio cubierto capaz de desalentar a hombres menos taimados.

Así que, entusiasmado con la idea de conseguir aquella magnífica captura, apretó los dientes y, después de descalzarse, asumió como pudo el frío del agua.

En el aire circulaban aromas de hierba y matas maduras; y un pájaro que Assur no identificó cantó como riéndose de su boca tensada por el helado contacto cuando el tiro del río le llegó a la cintura.

Se introdujo en las aguas del Pambre con cuidado no solo por el frío, sino porque no quería que el barullo asustase a aquella gran trucha.

Fue vadeando poco a poco, sintiendo en sus pies el contacto de los cantos del fondo y buscó el modo de que los ranúnculos disimulasen su avance absorbiendo las pequeñas olas que provocaban en el agua sus pasos.

Cuando estuvo cerca de la otra orilla, al abrigo de ramas de fresnos y robles, unas yardas aguas abajo de su objetivo, la enorme trucha volvió a cebarse con un suave sonido de chapoteo, casi como si estuviera retándolo.

Assur repasó su liña de crines trenzadas, sacó un nuevo saltamontes que prendió en el anzuelo y, después de luchar con un escalofrío, lo lanzó lo mejor que pudo con su larga vara de avellano.

El saltón, de intenso pardo manchado, pasó justo por encima de la trucha moviendo frenéticamente sus fuertes patas traseras y Assur sintió el corazón acelerarse al ver que el pez ascendía suavemente. A punto estuvo de tirar con fuerza para clavarlo, convencido de que lo siguiente que vería sería la gran boca abrirse, cuando, para su desazón, la pintona volvió a ignorar el cebo, dejando al antiguo ballenero con la boca abierta y deseando tener uno de sus viejos arpones a mano.

Absorto por el desdén de la anciana trucha, que comía ahora otra de aquellas pequeñas moscas, su liña se acercó demasiado a la orilla trenzada de matas y quedó prendida en las ramillas secas que se habían enredado en unas raíces expuestas por la sequía y, cuando Assur se percató e intentó liberar el anzuelo, la liña se partió con un chasquido, haciéndole perder uno de sus pocos aparejos.

Mirando cómo el pez volvía a cebarse, Assur se palpó el interior de la camisa buscando su cajita tallada, donde guardaba los anzuelos, y, cuando iba a empatar uno en el que enganchar un nuevo saltamontes, vio en el fondo oscuro aquellos emplumados que le había regalado Carlo, el tabernero lombardo de London, y pensando en las moscas de las que parecía estar alimentándose la pintona, eligió el

más pequeño, hecho con un cuerpo de torzal ahumado del tono de las nueces maduras y cubierto por negriscas plumas de gallo que imitaban las alas de un delicado insecto.

Hizo el lance con sus mejores mañas, evitando por un pelo las traicioneras ramas del apostadero del viejo pez. Y, cuando la mosca derivó frente a los morros de la trucha, contuvo la respiración. La pintona, como había hecho en el anterior intento, se elevó con parsimonia hasta rozar con su gran aleta dorsal la superficie, haciéndole recordar a Assur las ballenas de los mares del norte.

El inmenso pez se dejó llevar por la corriente, observando el curioso engaño, que navegaba llevado por las aguas del Pambre. De pronto, con exasperante prudencia, como Assur la había visto hacer con las naturales, la gran trucha abrió su bocaza y engulló el cebo.

El arponero no dio crédito y se olvidó del gesto, luego, al verla bajar, anzoló con un gran arco de su brazo, como si levantase su espada para asestar un potente mandoble y, al momento, sintió la fuerte tensión.

Y el hombre y el pez lucharon, enconadamente, rodeados por el bosque, iluminados por el día que nacía arrancando de los rápidos del río vaharadas de agua disuelta que recordaban al aliento de los dioses de las sagas nórdicas.

La vara se dobló frenética y la liña se estiró hasta su máximo con un sonido agudo y seco. El ímpetu de la arrancada de la trucha al sentirse presa desequilibró a Assur, que, manteniendo la mano de su caña en alto, cayó al agua con estruendo haciendo que el ganado se asustase, que la cigüeña alzase el vuelo, y que la cachorrilla ladrase con preocupación.

La trucha brincó fuera del agua, enseñando su librea dorada a la vez que se contorsionaba agitando su cabeza de un lado a otro para escupir el anzuelo emplumado que la prendía; obligando al río a desprenderse de brillantes gotas de agua que caían a un lado y a otro y que hicieron al arponero recordar las perlas de Masqat de las que le había hablado Jesse.

Assur, que se incorporaba chorreando, volvió a asombrarse por el tamaño. Era un pez excepcional que se defendía vendiendo cara su vida.

La pelea le pareció eterna y el antiguo ballenero sintió el castigo en sus brazos por los bravos esfuerzos del pez, que no parecía dispuesto a entregarse sin luchar tanto como sus fuerzas le permitiesen.

Y Assur se dio cuenta de que el sol ya se había movido en el horizonte, testigo mudo del tiempo, y se sorprendió de la vitalidad del animal.

Hubo momentos en los que temió que aquella enorme trucha se arrancaría en una brutal carrera rompiendo su liña, pero, cuando ya le parecía que sus brazos no aguantarían más, el pez se entregó tendiéndose sobre unas ovas, boqueando despacio. Y, aunque reaccionó con un último intento cuando Assur abarcó a duras penas su cola con la mano, agradeciendo tener largos y fuertes dedos, bastó algo más de pelea

resignada hasta que se hizo con ella.

Cuando le retiró el anzuelo del interior de la enorme boca plagada de pequeños dientes blanquecinos, la contempló. Era un animal extraordinario de preciosos colores, resplandeciente como madera ahumada y aceitada; y había planteado una lucha digna e irrepetible, obligando a Assur a usar todos sus recursos e ingenio, y el arponero sintió una pena honda y profunda. Un dolor que se las apañó para agarrarse a su alma como un parásito.

Ya había habido demasiadas muertes. Y mucho tiempo atrás había hecho la promesa de que no habría más. Y si lo que quería era llevar unas truchas a su mesa, ahora que sabía cómo engañarlas, podría hacerse con unas pocas menos excepcionales que aquel magnífico ejemplar que tanto había exigido de él.

Sin darse cuenta de que el gesto acarreaba mucho más de lo que imaginaba, Assur introdujo el pez en el agua sujetándole la cola y, mientras la veía mecerse recuperando el hálito de la vida, Assur recordó. Aquella covacha entre berruecos, aquel nórdico al que disparó con su arco cuando Weland y él mismo lo habían emboscado, y a los normandos de la batalla de Adóbrica, a Gunrød, y a aquel nativo de Vinland al que había arrebatado la vida en el puente, a Víkar. Y a Hardeknud, y a su propio hermano Sebastián. Jesse. Halfdan. Ariolfo. Bram. Lope. Velasco. Finnbogi… Incluso Eirik el Rojo. Y volvió a sentir el miedo de la primera vez que un rorcual había pasado junto a la ridículamente pequeña falúa desde la que él debía arponearlo. El frío de aquella tormenta de nieve que lo había atrapado en el norte. Y entendió que no era aquel excepcional animal el que debía sacrificarse ese día, si alguien tenía que desaparecer, ese era Ulfr.

La trucha se estremeció abriendo las agallas y se impulsó hacia delante escurriéndose de entre sus dedos, que se cerraron echando en falta algo que Assur no supo definir.

El pez se alejó aguas arriba, recobrando su libertad y llevándose los fantasmas del pasado, llevándose el dolor de la soledad y del cautiverio.

Assur la miró hasta que el reflejo del agua la ocultó y pudo sentir algo en su interior que se desprendía como la vieja costra de una herida.

—Te traemos el almuerzo.

Assur levantó el rostro y vio a su mujer y a sus hijos, ella sostenía al nuevo bebé, Gutier, en sus brazos. Los pequeños Ilduara y Weland jugaban con Garmr. Su esposa, tan bella como el primer día, lo miraba con intriga sonriendo pícaramente. Y Assur asintió saliendo del agua al tiempo que miraba en el horizonte temiendo encontrar negras columnas de humo.

Pero no había más que la enorme extensión de azul que se encontraba con las copas de los árboles, no había ninguna columna de humo.

Assur escuchó el rumor de la brisa entre las hojas, el murmullo del río, las risas

de sus hijos. Olió la tierra húmeda y fértil de la ribera, y el aroma del cabello recién lavado de su esposa. Y, recordando por última vez las penas que habían marchado por siempre aguas arriba, sintió que, por fin, todo había acabado.

F I N

NOTAS Y OTRAS MENCIONES DE INTERÉS

A continuación, para el curioso que desee conocer algo más sobre el mundo y la historia real que han dado cabida a *Assur*, se incluyen algunas referencias y aclaraciones que pueden ser de interés.

Antes de nada, permítame, querido lector, rogarle disculpas por las posibles incorrecciones que haya podido encontrar. He intentado ser coherente y preciso, y he realizado un arduo trabajo de investigación, sin embargo, hay muchos casos en los que las decisiones han sido difíciles, especialmente cuando no he tenido otra fuente que la escasa documentación conservada de algunos períodos o eventos, entiéndase que ha habido quien ha dedicado toda su vida a lo que en esta novela son solo unas pocas páginas.

En este sentido, precisamente, me veo obligado a nombrar el trabajo realizado por numerosos historiadores y estudiosos. Si no fuese por los excelentes trabajos de Sánchez-Albornoz, Morales Romero, Clements, Pérez de Urgel, Hall, Griffith y muchos otros (pues no solo se trata de historia, sino también de esgrima, arquería, cetrería, navegación, etc.), esta novela no habría pasado de ser una simple idea. A ellos, a sus libros y textos, a su esfuerzo y a su legado les debo la posibilidad de haber podido construir esta narración.

El conocido como mapa de Vinland representado en las guardas traseras de esta edición, de discutida valía y autenticidad, podría o no demostrar la presencia vikinga en el llamado Nuevo Continente. Sin embargo, hay otros sobre los que no se duda en tal medida en cuanto a su veracidad y que también hacen mención a las tierras que, hoy en día, sabemos que existen al otro lado del Atlántico. De hecho, aunque los detalles pueden ser escurridizos y los datos difíciles de interpretar, casi ningún estudioso niega la posibilidad fehaciente de que fueran los vikingos los primeros europeos en echar pie a tierra en lo que se conocería como el Nuevo Continente (dejando a un lado relatos mucho más confusos y legendarios como el de san Brandán).

Baste como muestra el asentamiento de L’Anse aux Meadows, descubierto en 1960 en la isla de Terranova y declarado patrimonio de la humanidad por la Unesco unos años después, prueba irrefutable de la presencia de estos viajeros nórdicos en América quinientos años antes de que Colón hubiera llegado a imaginar su grandioso viaje.

Assur no es, desde luego, un nombre común. De hecho, no parece haber un acuerdo completo en cuanto a la grafía, encontrándose también las versiones Ansur y Asur. Elegí Assur simplemente porque fue la variante que más me gustó, ahora bien, a pesar de ser también el nombre de uno de los dioses de más relevancia de la

mitología asiria, me gustaría aclarar que, sea cual sea la versión que quieran aceptar los historiadores, existen datos suficientes como para afirmar que fue usado en el noroeste español. Ejemplo de ello es el primer conde de Monzón: Assur, Asur o Ansur Fernández, mencionado en distintos anales castellanos como fiel al rey Ramiro II, que, en su encargo de repoblar tierras palentinas durante la Reconquista, funda el mencionado condado.

Por cierto, respecto a Furco, me he animado a hacer de un lobo un animal de compañía porque, además de rumores y habladurías, yo, personalmente, he tenido referencias cercanas de dos casos similares al de Assur y Furco. Además, desde que escribí *Los lobos del centeno* esos preciosos cánidos tienen un lugar muy especial en mi corazón (ya desde antes si contamos con la influencia del genial London). Por otro lado, los experimentos llevados a cabo en Rumanía con lobeznos demostraron que en las camadas estudiadas estos animales solían ser mucho menos dóciles y obedientes, incluso recibiendo la misma educación que los cachorros de perro que sirvieron de control; sin embargo, en Rusia llevan cincuenta años eligiendo a las crías más dóciles de zorro plateado para obtener un animal que podría calificarse de doméstico. En conclusión, aunque es cierto que el caso de Furco sería excepcional, es plausible.

En cuanto a los animales que aparecen en la novela, también cabe una breve nota respecto al topillo que hace ademán de comerse unas colmenillas; pues, como bien es sabido por los aficionados a la micología, la ingesta de *morchellas* en crudo ha sido causa de envenenamientos, sin embargo, sin saber si estos roedores pueden o no digerirlas, recurrí a este hongo por ser típicamente primaveral, lo que servía como refuerzo del esquema temporal del texto.

La cronología de la novela podría no ser exacta en todos sus puntos. En primer lugar, yo he adaptado todas las fechas al calendario que seguimos hoy en día, a fin de simplificar, algo que me pareció más cómodo para el lector que incluir referencias cruzadas del calendario gregoriano, del juliano, el musulmán o el judío, pues de todos ellos hay fechas importantes que se mencionan en la obra. Y, en segundo lugar, yo he precipitado la sucesión de acontecimientos en beneficio del ritmo de la narración. Por ejemplo, el ataque de los vikingos a Galicia en el 968 (según nuestro actual calendario en Occidente y tomando como cierta la versión de los hechos con la que más historiadores concuerdan) también podría haber sucedido en el 966, o incluso el 971. Cualquiera de esos años podría ser el correcto, incluso bien podría haber ocurrido unos años antes o unos después. Además, los invasores nórdicos permanecieron en el caótico reino durante tres o cuatro años (aunque no parece estar muy claro, hay quien razona que hasta siete) y no el año escaso que yo represento. En el caso del descubrimiento de Vinland se suele aceptar el año 1000 de nuestro calendario, asumiendo una horquilla de unos diez años antes o después, y a mí me resultaba conveniente tomar la versión más temprana posible a fin de que Assur no

fuese demasiado mayor en ese momento, de ahí que la historia transcurra algo antes del milenio. Y que su regreso a España se produzca justo después de los ataques de Al-Mansur a Barcelona y Compostela; que si bien se produjeron en el 985 y 997 respectivamente, yo presento en la novela más cercanos en el tiempo. Digamos que he combinado las posibles fechas de los hechos relevantes (dentro de los intervalos más o menos aceptados) eligiendo las que más me convenían a fin de hacer la historia más fluida y con menos tiempos muertos. Principalmente para respetar la edad del protagonista.

En cuanto a los lugares en los que transcurre la novela, he intentado usar únicamente aquellos para los que tenía fundadas razones de su existencia y habitabilidad en el siglo X, y los he nombrado respetando las formas medievales, que, a su vez, son en muchas ocasiones herencia de topónimos más antiguos. Por ejemplo, en Agolada la propia etimología nos lleva a un nombre latino cedido por los ocupantes romanos; además, existen referencias a su inclusión en el condado del Deza ya en el siglo VI. También parece lógico asumir lo mismo para Brocos y, obviamente, Lugo o León. Y, por supuesto, Compostela, si bien es cierto que el topónimo es discutible, eso no voy a negarlo. Aunque, en el caso de las poblaciones más pequeñas, el problema estriba en saber con certeza si, tras la desocupación que produjo la conquista de los musulmanes, esos pueblos y ciudades se volvieron a repoblar. Algo similar, si cabe todavía más enrevesado, sucede con los topónimos (y también antropónimos) nórdicos, sobre los que (además de alguna otra nota que dejo caer en los siguientes párrafos) debo decir que me he limitado a apropiarme de las formas que me resultaran más convenientes en cada momento, ya que las diferencias de alfabeto y las dificultades en la pronunciación me obligaron a pensar con detenimiento cada una de esas elecciones (siempre bajo criterios literarios).

Merece la pena mencionar que Adóbrica se refiere a Ferrol, y no quise usar el nombre actual por tener demasiadas reminiscencias contemporáneas. Lo mismo que sucede con Brigantium, Betanzos; y Crunia, A Coruña. Y en este punto me debo referir aquí a mi querido amigo Fernando y a su familia, todos ellos tuvieron la paciencia y el cariño necesario para perder tardes en mi compañía, enseñándome la bella ría de Ferrol y el golfo de Ártabros. Gracias.

El caso de la marinera Barcelona de la novela es distinto, sobre ella tenía algo más de documentación al alcance de la mano y, aunque quizá hubiera sido más lógico elegir a un navegante luso o franco para llevar a cabo la tarea de traer a Assur al norte de España, creo que la propia historia de Eudald del Port guarda una veracidad bien argumentada. Y yo no pude resistirme a incluir esta bella ciudad en esta historia, ya que en Barcelona paso gran parte de mi tiempo, y a Barcelona me atan mis muy queridos César, Iván y Jesús, a los que les debo toneladas de cariño y paciencia. Los tres me han ayudado de manera inestimable.

Continuando con asuntos de la novela, de la misma manera que con los lugares, el lenguaje empleado se ha basado en la gramática y ortografía actuales a pesar de que debiera yo decir Castiella y no Castilla, o poner en labios de los cargos de la iglesia el latín escolástico. Sin embargo, he intentado no incluir expresiones anacrónicas y me he decidido por usar el tratamiento formal en algunos diálogos porque me ha parecido que se asociaba mejor al momento histórico, aun no siendo la forma real del habla de aquellos tiempos. Ejemplo de mis intenciones es el no haber usado el término *vikingo*, que, aun siendo tan cotidiano hoy en día, no era el modo en el que los habitantes de los reinos de la Reconquista hispana se referían a los invasores escandinavos. Nota curiosa para algunos historiadores es el pueblo de Lordemanos, en León, supuestamente «lugar de normandos». Por otro lado, si bien es cierto que el idioma usado por los nórdicos parece haber sido muy similar entre todos los territorios de la península escandinava, el norte de Alemania y la actual Dinamarca, no sucede lo mismo con el español, que era en la Edad Media una mezcla confusa en la que el galaicoportugués, el catalán y las formas castellanas tenían sus diferencias claras, incluso en el propio León y otras zonas, como aún hoy ponen de manifiesto la multitud de expresiones típicas de lugares como Salamanca o la existencia de una lengua oficial distinta al portugués en el propio Portugal, el conocido como mirandés y que, muy probablemente, no es tan distinto a lo que se hablaba en la Castilla occidental de la Alta Edad Media. Resumiendo, yo me he tomado la licencia de asumir un idioma común que pudiera permitir a los personajes de la historia entenderse sin problemas, incluso en el momento del tercer libro en que un naviero barcelonés se cruza con Assur, algo que hubiera sido posible, aunque más complejo de lo que aquí se muestra.

Al hilo de esta cuestión cabe hablar de la docena escasa de frases que he preferido dejar en nórdico original. En este asunto todo el mérito lo tienen Lisbeth Johansson, de la Universidad de Bergen, que tuvo la paciencia de ayudarme, y mi ya apreciado amigo, el profesor dr. art. Bergsveinn Birgisson, que no solo me facilitó las traducciones sino también comentarios sobre los distintos matices y las posibles variaciones; sinceramente, gracias a ambos por su buena disposición, cariño y ayuda.

La iglesia de Santa María de Pidre existe aún a día de hoy, aunque se trata de un precioso templo románico del siglo XII. Y, si bien es cierto que no he sido capaz de encontrar ninguna prueba de que previamente existiese en el mismo lugar una construcción más modesta, me he tomado la libertad de suponerlo así, como lo es, de hecho, en muchos otros casos. Lo que, además, se encuadra con lógica en el escenario de ese puñado de pueblos que surgieron al sur de la actual Palas de Rei a raíz de las reocupaciones de la Reconquista. Sin embargo, el cenobio de Caaveiro, en los bosques ribereños del Eume (bellísimo lugar que recomiendo visitar), se menciona en la novela respetando con mimo datos fehacientes, pues, tal y como se

narra, fue el propio obispo Rosendo el que fomentó su desarrollo.

El encuentro del Ulla con sus afluentes, donde establezco el campamento vikingo, es, como los del lugar habrán adivinado, el actual embalse de Portodemouros (para algunos entendible como «Puerto de moros»).

Los condes se servían en el siglo X de sayones y merinos para el gobierno de sus condados y, si bien es cierto que he encontrado referencias a estas dos figuras en el condado de León, no las he encontrado en el gallego de Présaras, sin embargo, me ha parecido lícito suponerlo. Por otro lado, aunque las referencias a los sayones suelen situarlos en la población más importante dentro del mismo condado (que imagino debió de ser el lugar que aún hoy en día sigue llevando el nombre de Présaras), me he tomado la libertad de suponer al sayón del conde de Présaras viviendo en Outeiro, conjeturando que no resultaba imposible que este tipo de delegados eligieran para vivir algún lugar de menor relevancia si el condado carecía de una gran población significativa.

En lo que respecta a la cronología y árbol genealógico de las familias reales mencionadas en el texto, la gran mayoría hacen referencia a hechos contrastados y aceptados por la opinión general de los historiadores. Aunque podría decirse que existen algunos puntos controvertidos que yo he tomado como más me convenía a la hora de hilar la historia; por ejemplo, el que sería conocido como Bermudo II el Gotoso (presentado en la novela en sus años mozos) pudo ser hijo ilegítimo de Ordoño III, lo cierto es que no parece existir unanimidad sobre si era o no realmente nieto del conde Fernán González. Al hilo de estos asuntos de corte, cabe explicar también que las conspiraciones de los nobles obligaron a Sancho el Craso a apartarse del trono por unos años, un asunto que se obvia en la trama de la novela para no recargarla excesivamente con detalles históricos, pero que no resulta baladí, pues demuestra la díscola voluntad de ciertas facciones nobiliarias, como se muestra en la novela, que auparon al trono a su adlátere Ordoño IV por un par de años, hasta que el propio Sancho recuperó la corona.

Aunque en la novela se eluden las explicaciones para no complicar la trama, quede claro que el obispado que en el siglo X regía Compostela era el de la cercana Iria Flavia. De hecho, la dignidad episcopal no fue trasladada a la ciudad del apóstol hasta años después, y lo fue, precisamente, por los ataques vikingos que llegaban desde el Ulla.

Como los lectores más ávidos habrán notado, el médico hebreo Jesse ben Benjamín es mi particular y humilde homenaje al grandioso personaje de Noah Gordon, y debo confesar que hubiera disfrutado acercando más al comedido judío de mis páginas al Robert J. Cole de Gordon si no hubiera sido por el anacronismo, ya que entre ambas historias existe un desfase de unos sesenta años, lo que, por ejemplo, me obliga a no considerar la madraza de Ispahán y sí a usar como centro universitario

de Jesse la escuela de Bagdad. Además, de modo similar, y también como un sincero y rendido homenaje a Alberto Vázquez-Figueroa, cuyos libros poblaron mi adolescencia de aventureros sueños, me he permitido darle a Assur el sobrenombre de Brazofuerte durante su estancia en Brattahlid, tal y como lo llevó el inmortal personaje Cienfuegos del genial escritor canario. Y, del mismo modo, presto consideración al genial poeta Neruda en el capítulo en el que Assur y Thyre hacen el amor por primera vez, de ahí la inclusión del inmortal verso, «A veces, cuando callas…». Dicho quede, con toda humildad.

Aunque no conozco ningún caso semejante en Galicia, para desgracia del monarca parisino Carlos el Calvo, una traición muy similar a la aquí planteada en manos del vikingo Weland la sufrió el rey francés tras contar con los servicios de un noruego homónimo por un largo período.

Los datos y explicaciones referentes a los templos anteriores a la actual catedral de Santiago son escasos y poco fundamentados, principalmente por la destrucción de la que fueron objeto tras el incendio provocado por el caudillo Al-Mansur en el año 997. De hecho, a pesar de resultar un hecho ampliamente aceptado, incluso existe cierta disensión respecto a si las supuestas reliquias del apóstol sufrieron o no un traslado desde un primitivo templo más humilde en la actual calle del Franco hasta el emplazamiento contemporáneo de la seo. Sin embargo, he intentado, con menos detalles de los que hubiera querido, basarme en lo poco que he podido descubrir al tiempo que procuraba que la profusión de pormenores no entorpeciese la lectura.

El tributo de cien mil sueldos, aun sonando exagerado, bien podría haber sido verdad, ya que, un siglo antes, se había pagado una suma ligeramente inferior por la liberación del rey navarro García Íñiguez, precisamente capturado por una incursión vikinga que remontó el Ebro.

La batalla de Adóbrica, actual Ferrol, es un acontecimiento sobre el que no he logrado encontrar más que leves referencias que, además, eran parciales, pues siempre se trataba de textos escritos por religiosos en crónicas que, innegablemente, resultan favorables a las fuerzas reunidas por san Rosendo. De modo que, asumiendo cierto el hecho, las estrategias, consecuencias y resultados son fruto de mi imaginación.

En el segundo libro se hacen muchas referencias a la geografía de la apasionante Noruega, quede claro que la mayoría son reales, y que he intentado, en todo momento, ser fiel a las fuentes del siglo X. Por ejemplo, aunque Nidaros (actual Trondheim) no fue fundada oficialmente hasta el año 997, se acepta oficiosamente que antes de dicha fundación, debida a Olav Tryggvasson, la desembocadura del río Nid ya albergaba un puerto comercial de especial importancia. Además, su preciosa catedral, imbuida de importantes retazos de la historia noruega, y atribuida al más tardío san Olav, convierte a este maravilloso lugar en centro de peregrinaje desde

tiempos medievales, lo que, humildemente, me ha permitido hacer un guiño al papel de Compostela en la historia de Assur (siendo ambos lugares de peregrinación); asumiendo a la vez que el propio Tryggvasson iniciase la construcción de un templo previo a la seo del rey santo. Por otro lado, en cuanto a los detalles urbanos de la propia ciudad, me he permitido tomar lo que se sabe con certeza de la antigua Trondheim (que no es mucho, pues el mismo hecho de que continúe habitada impide, lógicamente, trabajos arqueológicos de gran envergadura) y aderezarlo con detalles constatados de otros lugares como Kaupang, Hedeby o Birka, intentando que allá donde no había certeza histórica mi imaginación se prendiese en algo, al menos, veraz. Jòrvik, la actual York, ha sido un poco más fácil, pues sí hay bastantes detalles proporcionados por las excavaciones que se han venido realizando.

Al hilo de York, en cuanto a los topónimos de la actual Gran Bretaña, me he decidido, de modo similar a como he mencionado en párrafos anteriores, por mantener la forma antigua, incluso para aquellos que tienen a día de hoy una traducción concreta en su forma escrita. De ahí el uso de Lundenwic y London en lugar de Londres, o de Lindon en lugar de Lincoln, a fin de usar en todos los casos el mismo criterio.

Para los lectores que tengan curiosidad también diré que el fiordo en el que sitúo los dominios de Sigurd Barba de Hierro no está lejos de Stavanger, en la provincia de Rogaland; territorio de inmensa belleza que recomiendo encarecidamente visitar.

Hay un tema curioso e interesante que acotar respecto a los barcos de los normandos. Hasta escribir esta novela y pasarme tantas y tantas horas investigando, yo entendía, y supongo que así lo pensarán muchos lectores, que los vikingos tenían navíos llamados *drakkar*, o *drakar*. Sin embargo, en el curso de mis indagaciones para escribir la novela descubrí que no era cierto. Según parece, aunque hay más de una discusión al respecto en foros de un nivel cultural muy por encima del mío, *drakkar* no es más que una mala transformación del antiguo francés de lo que en nórdico sería *drekar*, que a su vez es el plural de *dreki*, que significa «dragón» y que vendría a resultar una metonimia, ya que no sería el nombre de los barcos, sino de los típicos mascarones con los que los carpinteros nórdicos decoraban las rodas de sus barcos de guerra. Dicho esto, cabe añadir que barcos nórdicos en los que sí parece haber consenso son los *knörr*, de plural *knerrir*, los *langskip*, los *herskip*, los *skeith* y algunos otros de diferente nombre según el tamaño y las características.

Por cierto, continuando con lo nórdico, esa terrible tortura denominada *águila roja*, en la que los pulmones de la víctima son extraídos por la espalda, es cuestionada por más de un historiador, sin embargo, es indiscutiblemente cierto que es mencionada en las sagas.

En cuanto a la biografía de Leif Eiriksson y los hechos de su vida que se narran en la novela, tengo que confesar que me he servido únicamente de aquellas partes que

me parecieron más adaptables a la historia de Assur del modo en que yo quería contarla. El problema que subyace al relato es que ni de él, ni de su padre, ni del propio Olav I (también involucrado tangencialmente), se tienen detalles suficientes como para formarse una idea clara, ya que muchas referencias se desdicen. De hecho, cuando comencé a documentarme para escribir esta novela, leí frecuentes menciones a las contradicciones entre las sagas nórdicas, pero no fui capaz de imaginar las dificultades que supondría a la hora de incluir en la trama las apasionantes vidas de estos personajes.

Quede claro que, a pesar de que en la novela se habla con asiduidad del crudo invierno y los rigores del clima del norte, los expertos parecen ponerse de acuerdo en que en esos siglos de la Alta Edad Media el clima resultó ser más benigno que en tiempos anteriores o posteriores, algo que suele referirse como *óptimo climático medieval* y que precede a la conocida como *pequeña edad de hielo* (posterior al tiempo de esta novela).

En cuanto a la actividad ballenera de Assur, no he encontrado ningún documento que avale esas migraciones según temporada de los balleneros, sin embargo, es más que plausible que así fuera, y así han coincidido conmigo algunos de los expertos con los que lo he comentado; además, creo que era importante incluir en la epopeya de Assur por Noruega un elemento tan relevante en la cultura de ese país como la caza de ballenas, que, de hecho, sigue siendo en el día en que escribo estas letras una práctica habitual, asunto sobre el que mi discordante opinión no es importante en este foro.

Respecto a las unidades de medida, en el entorno hispano he usado referencias al sistema romano, absolutamente vigente en aquellos días. Sin embargo, en el entorno normando y sajón la decisión fue mucho más difícil. Las expresiones marinas eran asumibles, pues su antigüedad está bien constatada. Pero otras, como *yarda*, podrían ser discutibles, sin embargo, la falta de palabras adecuadas en castellano como lo serían las inglesas *rod*, *pole* o *perch*, por ejemplo, me ha animado a decantarme por *yarda*, que bien pudo usarse en los tiempos de la novela aunque no se formalizara hasta algo después.

Eirik el Rojo parece haber sido el primero en conseguir establecer una colonia sostenible en Groenlandia, así como el que le dio el publicitario nombre de *tierra verde*, sin embargo, no fue el primero que llegó a esas tierras, pues parece que Gunnbjörn Ulfsson y Snaebjörn Galti conocieron primero esta increíble y mítica isla de titánicas proporciones.

En cuanto al fraile Clom, simpático personaje creado con todo mi cariño (va por ti, Brian), debo reconocer que es, en realidad, una mezcla convenientemente literaria de la figura de san Brandán y la de san Columba, con pinceladas de otros como san Columbano o Juan Escoto.

Es también necesario hacer notar que, cuando Leif cuenta la historia de su padre, Eirik el Rojo, su monólogo es, casi en su totalidad, una versión un poco retocada de la traducción de la saga de Eirik el Rojo que hicieron Antón y Pedro Casariego de Córdoba, a los que debemos este trabajo meticuloso y excepcional a cuya lectura invito.

Los detalles sobre el barco de Bjarni (al que yo doy el nombre de Gnod), la tripulación, los avatares de su travesía, y la ruta que siguieron los hombres de Leif hasta América del Norte, son en gran parte invención propia, y no se trata de que haya yo querido saltarme los pormenores históricos, sino que las sagas que sirven de fuente se contradicen en varios puntos. En cualquier caso, los grandes rasgos que definieron esa travesía que cambió la historia del mundo son, o al menos pueden considerarse, verídicos.

La talla labrada por Assur es una forma propia de hacer referencia a la denominada *cajita de San Isidoro,* conservada a día de hoy en el museo de la Real Colegiata de San Isidoro de León, lugar que aparece en la novela todavía en su etapa como modesto cenobio dedicado al niño mártir Pelayo. Yo asumo que está tallado en colmillo de morsa, aunque otros expertos suponen que es otro tipo de asta o hueso, siendo la cornamenta de ciervo el candidato con más opciones. En cualquier caso, la extraña historia de esta fantástica pieza me ha permitido elucubrar que fuese Assur, en su regreso a la península ibérica, el portador de tan curiosa manufactura, de inclasificable artesanía por tratarse de una mezcla indeterminada de los estilos artísticos de los nórdicos y por no conocerse su verdadera procedencia. Y si bien es cierto que es poco probable que fuese una de las primeras cajas para moscas artificiales del mundo, tampoco existe modo de negarlo. Al hilo de este asunto también comentaré que parece haber pruebas suficientes como para asumir que la pesca con anzuelos vestidos de pluma e hilo fuera algo ya extendido en la Edad Media, sirviendo de semilla a los manuscritos que, pocos siglos después, ya en el Renacimiento, se escribirían, precisamente, en España, tanto en tierras aragonesas como leonesas; ejemplos tenemos en el texto de Basurto de 1539 y en el más conocido *Manuscrito de Astorga* de ochenta años después. Por otro lado, en este asunto de anzuelos y plumas, tengo que mostrarle aquí mi agradecimiento a mi buen amigo y compadre pescador Julio, indiscutible señor de las moscas, a quien he acompañado en el río y en el torno de montaje muchas tardes. Gracias, Xulen.

En el viaje a poniente de Leif me he permitido asumir la ruta más comúnmente aceptada por los historiadores, entendiendo que Helluland sería el extremo meridional de la actual isla de Baffin; Markland, la costa de Labrador, y Vinland, el territorio norte de Terranova, coincidiendo con el asentamiento, actual patrimonio de la humanidad, de L’Anse aux Meadows. Por cierto, el caso de Vinland, tal y como se cuenta en el libro, es curioso en cuanto al nombre, pues Tyrkir (que existió en

realidad), probablemente porque el paso de los años había empañado sus recuerdos, confundió cepas de uvas, como las de su Alemania natal, con los arándanos azules nativos de Norteamérica, de modo que el apelativo de *tierra del vino* sería en realidad un error. Como debió de serlo el caldo que resultó del basto intento que procuró Leif, pues, como en la novela, toda la alharaca resaltada en las sagas sobre el descubrimiento de las «cepas» de Vinland se apaga tras el regreso a Groenland.

Y esos extraños árboles en los que se fijan los tripulantes del Gnod son alerces americanos, desconocidos en Europa y de los que se han encontrado maderos en distintos asentamientos vikingos, demostrando que estos exploradores los llevaron a sus tierras natales desde el continente americano.

En este punto cabe también mencionar que, desafortunadamente, mi experiencia en el mar, como navegante o tripulante, es mucho más escasa de lo que me gustaría. Y si bien es cierto que yo he hecho todo lo posible por que las descripciones y técnicas de navegación sean fidedignas y veraces, he podido equivocarme en más de una ocasión, así que vayan en este párrafo mis disculpas más sinceras para los marinos y hombres de mar que hayan podido encontrar alguno de esos errores.

La saga de los groenlandeses no menciona que el propio Leif tuviera problemas con los indios algonquinos, pero sí lo hace con los que siguieron los pasos del hijo de Eirik el Rojo. Y aquellos enfrentamientos fueron sangrientos en más de una ocasión. Por cierto, también se menciona que en su regreso a Groenland, Leif asiste a la tripulación naufragada de un tal Thorir, sin embargo, en la novela yo he preferido cambiar un poco estos hechos para, sin abandonar la veracidad, dotar de un poco más de acción a la historia sin dejar de centrarla en el propio Assur.

Existe cierta controversia entre los estudiosos con respecto a la tribu exacta de algonquinos (*skraelingar* para los vikingos) con la que se enfrentaron los nórdicos. En cualquier caso, yo he basado mis investigaciones asumiendo que se trataba de los indios mi’kmaq. Y he intentado ser fiel a sus usos y costumbres, aunque me he tomado la libertad de asumir que se tocaban con plumas cuando, en realidad, hay muchos expertos que opinan que este pueblo no lo hizo hasta siglos después, imitando a los sioux. Permítaseme además comentar aquí que no solo ellos, sino todas las tribus cree, hoppi, sioux, etcétera, han sido siempre para mí portadoras de una cultura maravillosa y digna de ser conservada. Además, espero sinceramente que la visión que de ellos presento en estas páginas les resulte satisfactoria, pues siento por todas ellas (especialmente por los navajos, con los que compartí más de una charla durante el tiempo que residí en el sudoeste norteamericano) un profundo respeto y afecto, *Ah-sheh’heh*.

Aunque es cierto que a su regreso de Vinland, Leif tuvo que asumir el liderazgo de Groenland, yo no he conseguido encontrar detalles sobre los funerales del propio Eirik el Rojo, por lo que me he permitido recrear una versión veraz que, al tiempo,

sirviese para mostrar una parte de la cultura funeraria de los vikingos.

Las curiosas ballenas «astadas» que descubre la tripulación del Gnod en las costas de poniente son, en realidad, narvales. Y es cierto que uno de sus colmillos, recordando a los cuernos de los unicornios, se proyecta desde su boca hasta superar el metro de longitud. Además, estos misteriosos animales han sido siempre fuente de extravagantes historias entre los marinos.

Por otro lado, hablando de cuernos, no parece haber ningún hallazgo arqueológico que certifique la clásica imagen de los cascos vikingos, tocados con grandes cuernos, algo que, acorde a los textos de muchos estudiosos, se debe, más bien, al legado cinematográfico de Hollywood y no a la realidad histórica.

Y en cuanto al Gnod, permítaseme aclarar que yo no he tenido constancia de que ninguno de los barcos vikingos encontrados hasta el presente tuviera un bote auxiliar como el que describo, sin embargo, en las sagas se hace frecuente mención a los denominados «botes de remolque». Aunque no he hallado explicaciones más concretas sobre la técnica de transporte de estas falúas.

El tipo de duelo denominado *hólmgang* es una versión más civilizada de la antigua tradición del *einvigi* que Víkar clama, en el que no había juez ni límites y que solía terminar con la muerte de uno de los contrincantes, lo que provocaba, de hecho, una espiral de muerte y venganza entre los familiares de uno y otro luchador.

La boda entre Assur y Thyre la he contado respetando muchas de las cosas que, a día de hoy, se aceptan como ciertas en esas ceremonias, sin embargo, hay varios aspectos que he tenido que retocar. Por ejemplo, he pasado de puntillas sobre el asunto del «pago por la novia», porque me ha parecido algo difícil de aceptar para el lector de hoy en día; incluso a pesar de haber intentado dejar claro que la mujer tenía una preponderancia en la sociedad vikinga muy superior a la de épocas más modernas en otros lugares del mundo. Por ejemplo, aunque el matrimonio fuese concertado, no se solía aceptar que la novia estuviese en contra, pues se sabía que sería una pareja condenada al fracaso. Además, la mujer tenía el derecho a divorciarse y, como se ha mencionado en la novela, era la mujer la que guardaba la casa y se hacía responsable de la hacienda.

Por último, y para todos aquellos que quieran saborear algo de ese mundo vikingo del que se habla en *Assur*, permítanme que les proponga visitar la península escandinava y, muy especialmente, Noruega. Aunque, dicho esto, me une a mi tierra una obligación moral que no me perdonaría olvidar: hay en esta vieja Hispania desde la que escribo un lugar mágico que, todos los veranos, encuentra un día para festejar la libertad que consiguieron sus habitantes enfrentándose a los temibles demonios normandos: un lugar llamado Catoira, en las costas gallegas, un pueblo cuyas maravillosas gentes nos recuerdan cada agosto cómo aquellos difíciles tiempos de sangre y lucha marcaron el destino de las generaciones venideras con una sonada

representación de un ataque vikingo. Vaya entonces para el Ayuntamiento y las gentes de Catoira mi más sincera felicitación y mi más sentida dedicatoria.

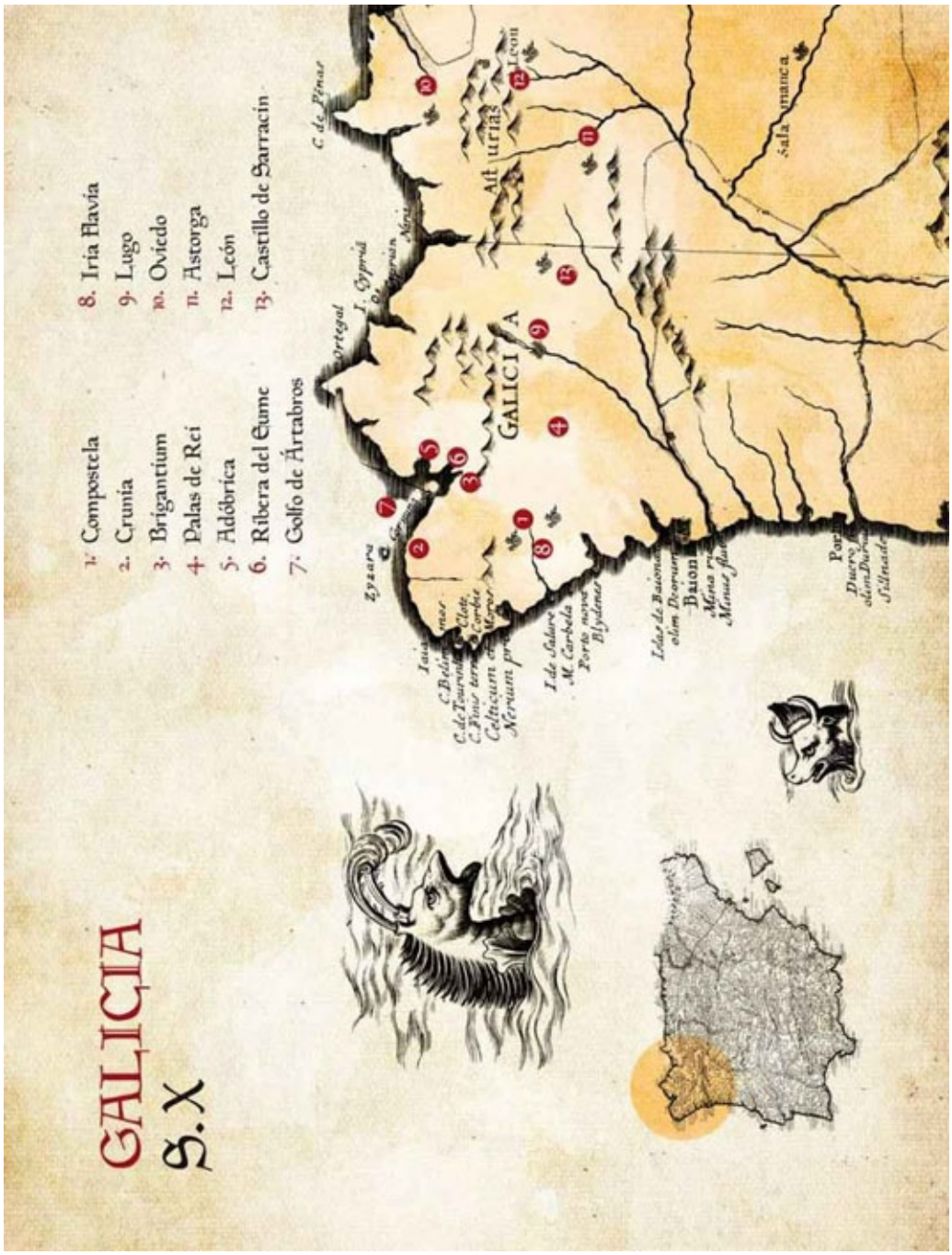
Escribiendo estas últimas líneas me siento también en la obligación de recordar a todo el que lo desee que, aunque su planta no es la de la época en la que transcurre la novela, el castillo de Sarracín, en la preciosa vega del río Valcarce, sigue ahí, en pie, para quien desee visitarlo y contemplar las mismas montañas de las que se habla en esta novela.

Y, cómo no, tampoco puedo dejar de recomendar el viaje a Santiago de Compostela, que hoy en día sigue siendo tan mágica y bella como en el siglo X. Una visita obligada, ya sea por una de las rutas de peregrinación establecidas (como el camino de los ingleses o norteño que sigue Assur), o por el mero placer del turismo.

Seguro que algo se me queda en el tintero, en cualquier caso, permítame, querido lector, recomendarle que se acerque a algunas de las referencias aquí hechas, estoy seguro de que encontrará tantas satisfacciones como yo mismo.

Por lo demás, gracias, de todo corazón, gracias.

Mapa de Galicia (siglo X)



Mapa de Vinland

